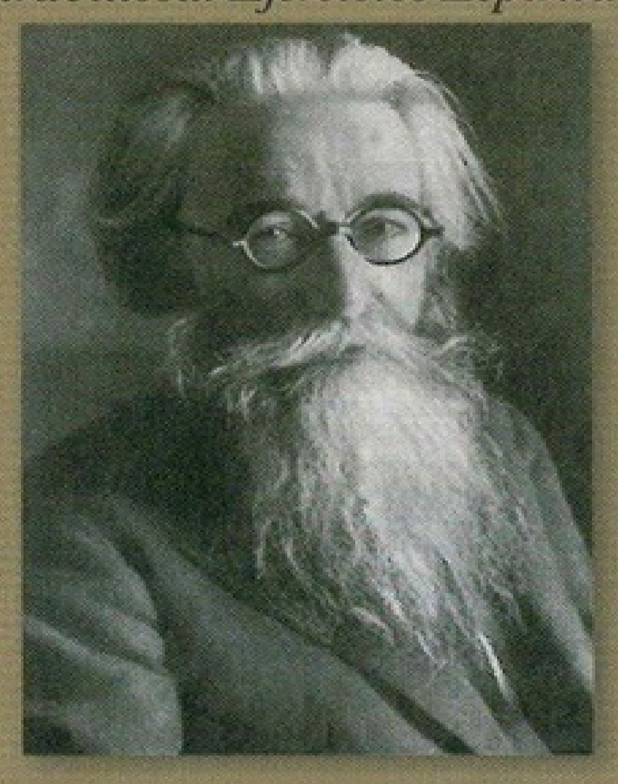
OBRAS COMPLETAS, III (NARRATIVA Y ENSAYO)

VALLE-INCLÁN

El Ruedo Ibérico. La Corte de los Milagros
El Ruedo Ibérico. Viva mi Dueño
El Ruedo Ibérico. Vísperas Setembrinas. Primera parte de Baza de Espadas
Fin de un Revolucionario. Segunda parte. Vísperas de Alcolea
Un Bastardo de Narizotas. Página histórica
El Trueno Dorado
La Lámpara Maravillosa. Ejercicios Espirituales





Este volumen de las *Obras completas* de Ramón del Valle-Inclán, tercero y último de los que acogen la prosa narrativa y ensayística del escritor, está integrado por las obras que conforman *El Ruedo Ibérico*, en las ediciones indicadas en su lugar; al igual que por *La Lámpara Maravillosa*, incorporada como broche de este volumen, con un criterio que obedece básicamente a razones editoriales, aunque su carácter excepcional (mirada que integra pasado y futuro) en la producción del escritor gallego permite adjudicarle simbólicamente en su trayectoria literaria un papel de *alfa* u *omega*.



Ramón María del Valle-Inclán

Obras completas, III

Narrativa y Ensayo

ePub r1.0
Titivillus 28.10.17

Ramón María del Valle-Inclán, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



INTRODUCCIÓN

Este volumen de las *Obras completas* de Ramón del Valle-Inclán, tercero y último de los que acogen la prosa narrativa y ensayística del escritor, está integrado por las obras que conforman *El Ruedo Ibérico*, en las ediciones indicadas en su lugar; al igual que por *La Lámpara Maravillosa*, incorporada como broche de este volumen, con un criterio que obedece básicamente a razones editoriales, aunque su carácter excepcional (mirada que integra pasado y futuro) en la producción del escritor gallego permite adjudicarle simbólicamente en su trayectoria literaria un papel de *alfa* u *omega*.

Además de la problemática textual específica de cada obra, expuesta en las correspondientes introducciones, en este volumen como en los precedentes, se han aplicado a los textos aquí reunidos los criterios establecidos por el Grupo de Investigación Valle-Inclán y expuestos por Margarita Santos Zas en su introducción al primero de ellos, inicial de esta misma colección. Recordemos al respecto que nuestra edición es filológicamente conservadora, lo que supone que respeta el *usus escribendi* del autor, aunque en ocasiones contraríe la norma académica actual, por las razones que se aducen y con las salvedades que requieren oportuna justificación. Las enmiendas realizadas son básicamente erratas y errores, con independencia de que tengan su origen en el autor, la copia o sean de carácter mecánico. Cada decisión, en cualquier caso, ha sido tomada teniendo en cuenta los testimonios de un mismo texto y el conjunto de las obras del escritor, cotejos que facilita un trabajo en equipo, como el llevado a cabo en la preparación de estas *Obras completas*[1].

MARGARITA SANTOS ZAS

EL RUEDO IBÉRICO

El Ruedo Ibérico fue el mayor proyecto literario en la vida de Ramón del Valle-Inclán, no solo por sus ambiciosos objetivos, sino por la constancia en su elaboración, poco habitual en el autor gallego. En efecto, las novelas de la serie isabelina no fueron el único plan creativo que se diseñó en su vida (antes ya lo fueron las famosas *Memorias del Marqués de Bradomín* o *Sonatas*, las *Comedias Bárbaras*, o el ciclo de *La Guerra Carlista*, que quedó en trilogía, etc.), pero sí el que mantuvo durante más tiempo, y en el que más trabajó.

Desconocemos el momento exacto en el que Valle-Inclán inicio su elaboración, aunque la profesora Amparo de Juan estima que debió comenzarlo hacia 1923, algo que parece ajustarse bien a las declaraciones que por estos tiempos hizo tanto en entrevistas como en cartas personales. En ese año y en una conversación publicada en el mes de junio, tras la escritura y publicación de sus primeros esperpentos (*Luces de Bohemia*, 1920, y *Los Cuernos de don Friolera*, 1921), y de su tercera «comedia bárbara», *Cara de Plata* (1922-1923), se le pregunta por la obra que está preparando, y don Ramón afirma que vuelve a trabajar en su serie de novelas sobre la guerra civil del siglo XIX, publicadas en 1908-1909 («Son los episodios de la guerra carlista»), pero plantea un marco temporal mucho más amplio que el que ofreció en la trilogía tradicionalista: «desde el destronamiento de Isabel II hasta la restauración de Alfonso XII», lapso histórico que excedía por ambos extremos el tiempo de la narración de la serie bélica ya veterana. Es decir, imaginaba un conjunto de textos (los llama «episodios») que, aunque se plantean en principio como continuación, o revisión, de aquel antiguo proyecto, sin lugar a dudas lo rebasaba por todos sus lados. Es decir, que tenía en mente un proyecto mucho más amplio que una simple continuación de la serie carlista.

Sí tenemos un dato cierto y de enorme interés en la carta que el 18 de marzo de 1924 le dirigió al gran crítico, y amigo de nuestro autor, Eduardo Gómez de Baquero, *Andrenio*. En esa epístola se nos ofrece la primera información sobre la nueva serie novelística, cuando le comunica que en esos «días terminé *La Corte Isabelina* como un antecedente de la Guerra. Seguirá *La Setembrina* y entraré de lleno en la Guerra». Evidentemente, y como destaca la profesora Juan Bolufer, Valle-Inclán contempla entonces estas novelas como presentación de los

antecedentes que conducirían al núcleo central de tales obras, en concreto las que se ubicasen en el conflicto bélico de 1872-1876. De lo que no podemos estar seguros es de la veracidad de su afirmación sobre la conclusión de la primera novela, ya que se retrasó su publicación casi dos años, pues no la ofreció hasta comienzos de 1926 en el diario bonaerense *La Nación*. A partir de entonces, el escritor empezará a brindar noticias acerca de su proyecto, actitud que mantendrá hasta muy cerca del momento de su fallecimiento. Lo cierto es que, todavía en los primeros días de 1936, estaba trabajando en esta gran y extensa obra.

La historia de una creación: *El Ruedo Ibérico*

Pero retornemos a la historia de la creación de *El Ruedo Ibérico*. Tradicionalmente, y de manera creo que equivocada, se suele describir el proyecto de este ciclo narrativo como formado por un conjunto de nueve novelas dividido en tres series de tres libros cada una. Pero este esquema creativo solo representa uno de los varios estadios en las diversas concepciones con que planificó su colección narrativa, y que se ajusta al período de 1927-1928, años estos en que se editaron en forma de libro las dos primeras entregas, *La Corte de los Milagros* y *Viva mi Dueño. En* estos volúmenes incluyó un plan dispositivo de la nómina de obras que lo constituirían y que se organizaba de la siguiente manera:

EL RUEDO IBÉRICO

PRIMERA SERIE
Los Amenes de un Reinado
I. La Corte de los Milagros
II. Viva mi Dueño
III. Baza de Espadas

SEGUNDA SERIE
Aleluyas de la Gloriosa
IV. España con Honra
V. Trono en Ferias
VI. Fueros y Cantones

TERCERA SERIE
La Restauración Borbónica

VII. Los Salones Alfonsinos
VIII. Dios, Patria, Rey
IX. Los Campos de Cuba

Esta disposición de obras ha sido siempre el proyecto privilegiado por la crítica debido a que fue el único impreso. Pero tal plan, en sus orígenes, e incluso tras la edición de estas dos primeras partes, tuvo diversos planteamientos. Siguiendo las declaraciones que hizo entre 1924 y 1935, así como otras informaciones que fue suministrando por muy variados medios, podríamos destacar hasta cinco proyectos, al margen de otros no muy determinados, como aquel primer anuncio de 1923, donde describe unos episodios sin determinar ni número ni títulos posibles, o el que le indicaba a Gómez de Baquero, donde le habla de un texto concluido (*La Corte Isabelina*) y su continuación en otro volumen aún por escribir (*La Setembrina*).

El primer esquema lo ofrece en 1926, en una entrevista con José Montero Alonso, que es la primera ocasión en la que manifiesta la denominación general para toda la serie: *El Ruedo Ibérico*. En ese planteamiento inicial, don Ramón anuncia un conjunto de seis títulos, según el cual abarcaría desde marzo de 1868, con lo que dio en llamar los «amenes de un reinado» o «vísperas de la Gloriosa», es decir, los antecedentes de la revolución de septiembre de ese año, y que llegaría hasta el fallecimiento del rey Alfonso XII, en noviembre de 1885. En ese momento tan solo le brinda al periodista los títulos de la primera y de la última entrega: *La Corte Isabelina* y *Los Cucos de El Pardo*. Como comprobamos, ya modifica aquel primer planteamiento de 1923, en donde la serie solo llegaría hasta la Restauración, más o menos tras la coronación del hijo de Isabel II el 29 de diciembre de 1874, y en este nuevo diseño se extiende el tiempo de la historia hasta diez años más, sobrepasando, y en mucho, el propio conflicto carlista, con lo que podríamos considerar que el escritor ya había renunciado a hacer una nueva visión literaria de esta guerra. Curiosamente, solo un mes después de expresarle este programa a Montero Alonso, le narra uno muy distinto a otro periodista, José Castellón, que podemos considerar como el segundo proyecto. En efecto, en esa entrevista le apunta al periodista que su intención es escribir una colección histórica formada por cuatro novelas muy extensas, de la que solo explícita el título de la primera (*Estampas Isabelinas*). Esto podría considerarse un error del autor al citar el título del primer volumen, ya que en ese momento se había publicado íntegramente en Argentina como *La Corte Isabelina*. Pero,

acaso, Valle-Inclán se había replanteado el diseño de seis textos reduciéndolo ahora a una tetralogía en la cual, la que abriese el conjunto, recogiese todo el período pre-revolucionario que, al menos en el primero de sus esbozos, debía desarrollarse en dos al menos. Así, el título de *Estampas Isabelinas* reuniría el texto de la novela ya escrita y publicada y el de la que entonces debía estar redactando y que conocemos como *Viva mi Dueño*.

El tercer proyecto fue el ya reproducido más arriba, y que se recogió en los volúmenes de *La Corte de los Milagros* y *Viva mi Dueño* (1927 y 1928). Este fue, sin lugar a dudas, el más ambicioso tanto en número de libros como en extensión temporal. Nos engañaríamos si lo tuviésemos por el definitivo e inalterable. Ni mucho menos fue así. El mismo año en que se reproducía en la segunda novela, 1928, en una entrevista con Gregorio Martínez Sierra vuelve a alterarlo, y establece lo que se puede tener por el cuarto proyecto. Aunque no le ofrece un plan detallado, sí reduce el tiempo de la historia que habría de narrar, pues vuelve a la idea de detenerse con el inicio de la Restauración y, por lo tanto, no llegaría al conflicto cubano que anunciaba el último titulo de su croquis impreso: *Los Campos de Cuba*. Claro que, solo unos meses después de esta entrevista con Martínez Sierra le ofrece una nueva a Montero Alonso, ya en 1929, y en ella parece regresar al diseño inicial que le había explicado tres años antes. Y aún lo volverá a repetir en mayo de 1930 cuando le informa de que ya ha concluido la tercera entrega, denominada entonces *Albur de Espadas*, y sigue manteniendo que el ciclo solo lo formarían seis textos, concluyendo de nuevo con la muerte de Alfonso XII y en una novela cuyo titulo recupera: *Los Cucos de El Pardo*.

Finalmente, y ya en el período de la República, Valle-Inclán hablará en muchas ocasiones de su deseo de continuar el trabajo de la serie ibérica, al tiempo que lamenta no disponer m del tiempo ni de la tranquilidad necesaria para hacerlo. En una de esas oportunidades ofrecerá lo que debemos estimar como quinto proyecto, y lo hará de nuevo en una entrevista, editada en noviembre de 1932. En ella afirma que ya tiene concluidos tres volúmenes (en efecto, ya se había publicado por entregas *Vísperas Setembrinas*), y que si gozase de las condiciones ideales, escribiría tres volúmenes por año. El periodista le recuerda que en principio el proyecto estaba conformado por seis libros, pero don Ramón responde que se ha enamorado de los personajes, y que por eso quiere continuar la serie ya sin un número cerrado de entregas. Ante la pregunta de qué temas iba a tratar en esos futuros textos, le indica que quiere

tratar sobre los emigrados españoles en París, y sobre la influencia del Vaticano en la política española de la época isabelina. Con este anuncio, por lo que parece, el escritor gallego lo que está demostrando es que el periodo histórico que le tiene verdaderamente atrapado es el de los «amenes del reinado», es decir, las vísperas de la revolución y los últimos estertores del reinado de Isabel II.

Es bien conocido que don Ramón no pudo llevar adelante, de manera completa, ninguno de estos proyectos. Él sabía, acaso desde los orígenes de su idea, que difícilmente podría concluirlo, pues no solo pretendía construir un amplio ciclo de novelas, sino que estas iban a ser de una extensión inusual en lo que había sido su actividad creativa hasta entonces, y que, para mayor complejidad, requería de una amplia y dificultosa labor de documentación histórica y social. Pero el que no pudiese ver su magna obra rematada no quiere decir que no dejase un amplio Corpus de textos que, en conjunto, conforman su mayor producción artística.

Se puede hablar de tres grandes bloques textuales: en primer lugar, el de las novelas concluidas y editadas; en segundo lugar, el de fragmentos publicados de manera independiente, que bien pudieron funcionar como pre-textos, bien como extracciones de las obras mayores; y en tercer lugar, y como fenómeno muy reciente, el de los manuscritos inéditos que últimamente se han descubierto dentro del Legado manuscrito Valle-Inclán Alsina (depositado en la Cátedra Valle-Inclán de la Universidad de Santiago de Compostela), y que consisten en breves episodios no integrados en ninguna de las narraciones conocidas.

El primer bloque estaría formado por tres novelas, a las que se añadiría la conocida como «novela póstuma» de Valle-Inclán, *El Trueno Dorado*, que en realidad es una expansión, posiblemente inconclusa, de un episodio ya recogido en la primera de las narraciones isabelinas. La primera de estas obras es *La Corte de los Milagros*, que fue dada a conocer en una serie de treinta y siete entregas en el diario *La Nación* de Buenos Aires (entre el 10 de enero y el 15 de febrero de 1926), con el título original de *La Corte Isabelina*. Sin embargo, su edición en libro hubo de esperar más de un año, hasta abril de 1927, momento en el que aparece en Madrid con la denominación final con la que ha pasado a la historia, y que fue reeditada unos meses después (en agosto) con una nueva revisión del autor. En octubre de 1928 editó, en un grueso volumen, la segunda entrega de proyecto, *Viva mi Dueño*, obra que también alteró su título en el momento de su publicación, pues hasta ese instante era conocida como *Secretos de Estado*. Desde 1928 hasta 1932 don Ramón divulgó que estaba escribiendo

una tercera parte, que ya aparecía anunciada en el plan impreso de las dos primeras obras como *Baza de Espadas*, aunque en sus declaraciones posteriores el título que comunicaba era el de *Albur de Espadas*. Al fin, entre junio y julio de 1932, el autor editó en folletín y en el diario madrileño *El Sol* (en veintiocho entregas) la primera parte de esta nueva novela, que se publica como *Vísperas Setembrinas. Primera parte de «Baza de Espadas»*. Aunque solemos hablar de tres novelas del ciclo ibérico, en realidad esta última quedó en lo que dice su título, en la primera parte de *Baza de Espadas*, cuyo título real es *Vísperas Setembrinas*. El aplicarle la denominación de o que no llegó a concluirse es un defecto que procede de su primera edición en libro, ya de manera póstuma en 1958 donde se optó por convertirla en texto completo (Primera Serie-Tomo III), y con el título del todo por la parte: *Baza de Espadas*. Pero esta novela no se cerró con lo que debía ser su segunda sección, en la cual habría de describirse el desarrollo de la propia revolución Gloriosa de 1868. Finalmente, en los últimos meses de su vida, Valle-Inclán decidió redactar una nueva novela que, en vez de tratarse de la continuación de *Vísperas Setembrinas*, consistió en la ampliación de un episodio ya relatado en *La Corte de los Milagros*, y que se editó póstumamente en el diario *Ahora* de Madrid en seis amplias entregas, entre marzo y abril de 1936. Dicha narración es *El Trueno Dorado*.

Aunque lo referido hasta ahora es lo que se tiene por el conjunto de obras que conforman *El Ruedo Ibérico*, en realidad la historia textual de tal corpus es mucho más amplia, ya que Valle-Inclán, por un lado, fue escribiendo sus narraciones de manera episódica, y por otra parte fue rentabilizando económicamente su trabajo mediante publicaciones dispersas, tanto en folletines que se editaban seriados en periódicos, como en opúsculos impresos en varias de las populares colecciones de novelas cortas de los años veinte. Hasta no hace mucho se estimaron estas publicaciones como el método creativo más propio del autor gallego: la redacción de episodios sueltos que, posteriormente, ensamblaba con los ajustes oportunos para conformar los volúmenes definitivos. Sin embargo, hallazgos bibliográficos esenciales han venido a cuestionar este proceso, pues al localizar la edición periodística de *La Corte Isabelina* de principios de 1926 se demuestra que lo que antes se tenía por pre-textos de la primera novela ibérica, en realidad eran extracciones fragmentarias de la narración concluida, tal como advierte la profesora Juan Bolufer. Este tipo de textos constituyen el segundo bloque de escritos de la colección, que es preciso

comentar y que está formado por hasta catorce publicaciones, que conozcamos a día de hoy. El primer pasaje conocido de *El Ruedo Ibérico* que se publicó, antes incluso de que se pudiese hablar de una serie narrativa y que se ubicase bajo este título común, fue *Cartel de Ferias*, editado en la colección de *La Novela Semanal* el 10 de enero de 1925. Entonces llevo el subtítulo de *Cromos Isabelinos*, y no remitía, por tanto, a ninguna obra mayor, sino que se presentaba como un relato de carácter histórico, ubicado en el período final del reinado de Isabel II y en un marco muy señalado: el mundo rural andaluz-manchego, donde se mezclan las clases populares y las altas esferas de la sociedad madrileña en período vacacional. Esta novelita fue utilizada por Valle-Inclán para formar el libro quinto de la segunda novela mayor, *Viva mi Dueño*. En este caso no hay dudas sobre el carácter germinal del texto, pues difícilmente podía extraer un fragmento de una novela que aún estaba lejos de empezar a escribir.

Muy distinto es el caso del conjunto de publicaciones que se relacionan con *La Corte de los Milagros*, y que vieron la luz entre abril de 1926 y abril de 1927. En muchos estudios se tuvieron por episodios de redacción previa a la elaboración final de la novela, pues casi todos fueron dados a conocer con anterioridad a la *editio princeps* de la obra, en ocasiones con un año de antelación. Pero, como se indicaba más arriba, el hallazgo de la publicación de *La Corte Isabelina* vino a demostrar que todas estas ediciones dispersas no eran otra cosa que extracciones, reelaboradas, de fragmentos de la novela mayor. Los primeros extractos que dio a conocer en España fueron los dos folletines que recogió en *El Día Gráfico*, de Barcelona, el 18 de abril y el 9 de mayo de 1926 con los títulos de «La Jaula del Pájaro» y «Para que no cante (Segunda parte de *La Jaula del Pájaro*)», donde se reproduce el episodio del secuestro del hijo de don Luis Pineda. Varios meses después, el 23 de diciembre, aparecía en la colección *La Novela Mundial* un texto mucho más amplio, *Ecos de Asmodeo*, en el que se acoge el libro del mismo título, tercera parte de *La Corte*. Y ya, prácticamente coincidiendo con la impresión del tomo primero de la serie, de nuevo en *La Novela Mundial* aparecía otra entrega, *La Rosa de Oro. Estampas Isabelinas*, el 21 de abril de 1927 así como concluía la publicación en el diario *Heraldo de Madrid* de un folletón de veintiuna entregas, aparecidas entre el 28 de marzo y el 20 de abril, de *El Coto de los Carvajales*.

Una vez concluida esta novela, y seguramente ya centrado en la redacción del tomo segundo, ofrece con el mismo método de aprovechamiento editorial varios avances de dicha obra, aunque siempre como narraciones perfectamente

autónomas. En este caso, y como no existe una edición periodística previa de este libro, no tenemos tanta seguridad en cuanto a la función constructiva de estos segmentos, es decir, si fueron materiales previos a la redacción final o si se trataron, como ocurrió con la novela precedente, de extractos de un texto ya elaborado. Lo cierto es que, dejando al margen la ya comentada publicación de *Cartel de Ferias*, el primer anticipo del volumen, publicado en junio de 1927 en la revista madrileña *Arte y Vida* (texto que no podemos comentar a ciencia cierta, porque aún no ha sido posible localizar ningún ejemplar de esta gaceta, aunque no hay dudas sobre la existencia de tal edición) ya se presenta como de carácter fragmentario extraído de la obra mayor: «Estampas isabelinas (del libro inédito *Secretos de Estado*)». A esta anticipación le siguió, en enero de 1928, una breve narración publicada en forma de cuento, «Un naufragio» en el diario de Vigo *El Pueblo Gallego*, donde recoge el breve episodio del capitán Romero García. Finalmente, se seguirán las publicaciones de tres folletos en colecciones de novelas cortas. Las dos primeras se dieron a conocer en la serie de *Los Novelistas*: el 15 de marzo aparecía *Fin de un Revolucionario. Aleluyas de la Gloriosa*, edición que requiere un comentario aparte y que veremos más adelante, y *Teatrillo de Enredo*, el 26 de junio. Cierra este apartado la aparición, solo unos días antes de que se concluyese la impresión del tomo segundo, de *Las Reales Antecámaras*, en la colección *La Novela de Hoy*, el 12 de octubre de 1928.

De la tercera novela, *Baza de Espadas*, tenemos menos anticipos, seguramente porque hasta las vísperas de la edición folletinesca de la obra en el diario *El Sol* (junio-julio de 1932), Valle-Inclán no ultimó la redacción de la obra. De esta manera, tan solo avanzó a sus lectores dos adelantos: en 1929 editaba en la colección *La Novela de Hoy* (el 15 de noviembre) el fragmento *Otra Castiza de Samaria (Estampas Isabelinas)*, que se corresponde con buena parte del libro más amplio de *Vísperas Setembrinas*, «Alta Mar», y unos meses después y en la misma colección ofrecía *Vísperas de la Gloriosa* (el 16 de mayo de 1930) que a su vez conformaría el cuarto libro del tercer volumen ibérico, el titulado «Tratos Púnicos». Desde entonces y hasta el inicio de la edición folletinesca de la primera parte de *Baza de Espadas*, no volvería a ofrecer ningún otro texto de dicha novela. Con estas entregas, concluye la historia textual de las novelas mayores de *El Ruedo Ibérico*.

No obstante, con estos fragmentos, anticipos, cuentos y novelas cortas no concluye la historia textual de la serie ibérica valleinclaniana. Aún tenemos

algunas otras aportaciones que consignar. Del corpus editado de textos, propios del círculo de *El Ruedo*, hay que mencionar dos más. En orden cronológico, el primer escrito del que debemos tratar es de *Fin de un Revolucionario*. Esta novela corta, editada en marzo de 1928, está dividida en dos partes. La primera, titulada «La Espada de Damocles», reelaborada y ampliada, se convirtió en el Libro segundo de *Viva mi Dueño*, «Espejos de Madrid», donde nos encontramos con el curioso personaje de Benjamín Fernández Vallín, revolucionario histórico de origen cubano que brujulea por el Madrid pre-revolucionario en los últimos días de la reina Isabel en la capital de España. La segunda parte, «Vísperas de Alcolea», no se pudo integrar en ninguno de los volúmenes concluidos porque supone una anticipación del argumento cronológico, ya que en ella se narra la ejecución del revolucionario Vallín a manos del desequilibrado coronel isabelista Ceballos, justo en los días previos a la ocurrencia de la batalla de Alcolea en la que se certificó el triunfo de la Septembrina o revolución Gloriosa. Las novelas mayores no llegan a un punto de la historia tan avanzado, ya *que Baza de Espadas* se detiene en agosto de 1868. Por eso mismo, «Vísperas de Alcolea» supone el primero de los fragmentos que podemos considerar «descolocados» por la interrupción del desarrollo de la serie histórica. Por esa razón, se incluye en esta edición, ya que se trata de un episodio que no se integra en las tres novelas de la compilación.

Muy similar es el caso del texto publicado en la revista bonaerense *Caras y Caretas*, en su sección «La Novela del Jueves», el 5 de enero de 1929, con diecisiete magníficas ilustraciones del dibujante catalán Luis Macaya, titulado «Un Bastardo de Narizotas». La narración de este episodio no excede, al contrario que en el caso anterior, el marco temporal que se desarrolla en las novelas ibéricas, más bien es simultánea a acontecimientos que suceden en *Viva mi Dueño*. En efecto, la historia de esta novela corta se sitúa en Roma, que junto con el Londres donde se refugia el general Juan Prim y otros emigrados, y con el Graz austriaco en el que vive el pretendiente carlista, es el único escenario extranjero del ciclo de *El Ruedo Ibérico*. En la ciudad italiana nos encontramos con el príncipe Luis María César de Borbón, Conde Blanc, «famoso en las ruletas internacionales», tal como lo define reiteradamente el autor, supuesto nieto de Narizotas, es decir, del rey Fernando VII. Lo hallamos como personaje en *Viva mi Dueño*, en concreto en el libro cuarto, «Las Reales Antecámaras», donde los reyes Isabel y Francisco se encuentran con su supuesto sobrino, al que reconocen e integran en su corte con el estatus de miembro de la Familia Real,

aunque pronto lo identificamos como un pícaro ávido por hacerse hábilmente con recursos ajenos. Por cierto, este nuevo error político de los monarcas Valle-Inclán se lo aplica, como muchos otros, a la Seráfica Monja, la falsaria Madre Patrocinio, que es quien no solo avala al supuesto descendiente del Deseado, sino que es quien exige el reconocimiento formal de su legitimidad. En el capítulo XVI del libro sexto, «Barato de Espadas», la Seráfica porta una epístola manuscrita de la reina Isabel donde le solicita al Santo Padre que resuelva su duda sobre quién debe ser el recipiendario de la corona de España, si ella se ve forzada a dejarla: su enfermizo hijo, y todavía niño, Alfonso, o su primo el Infante Don Juan, cabeza de la facción carlista, o en su defecto el hijo de este, el Duque de Madrid, que luego se convertirá en el pretendiente legitimista Carlos VII. El Conde Blanc, ante la Madre Patrocinio y su tío el rey Francisco, apunta la necesidad de portar de inmediato dicho escrito a la Santa Sede, y el monarca no duda en encargarle llevar «nuestras cartas» al Papa urgentemente. Lo que narra «Un Bastardo de Narizotas» es precisamente la acción del Conde Blanc en la capital italiana, su intento de vender los documentos que porta como embajador ante el Papa a los carbonarios, y cómo estos, engañándolo, lo asaltan y se los arrebatan. El efecto de esta acción lo vamos a conocer también en *Viva mi Dueño*, en los inicios del libro octavo, «Capítulo de Esponsales», cuando el Nuncio papal en Madrid, Monseñor Franchi, le da noticias de lo ocurrido en Roma a su sirviente Lorencino:

> Tenemos enemigos poderosos, y en estos momentos ha venido a demostrárnoslo una tenebrosa maquinación, cuyos frutos son el secuestro del Conde Blanc. La Reina Isabel le había confiado cartas secretas para Su Santidad. A lo que parece ha caído en poder de una secta luciferina, que mantiene relaciones con la demagogia española. Monseñor Antonelli no ha vacilado en iniciar gestiones al fin de recuperar esos despachos, pero los enemigos del orden social exigen una suma cuantiosa, inaccesible para el erario de la Santa Sede. Últimamente, han amenazado con enviar alguno de esos documentos a la masonería española.

Sabemos, a través de declaraciones realizadas por Valle-Inclán, que tenía la intención de que una de las futuras entregas de *El Ruedo Ibérico* se desarrollase en Roma y se centrase en la actitud intrusiva de la Santa Sede en el gobierno de España, y que ese libro iba a titularse *Política Vaticana*. Es más, cuando el escritor gallego hizo campaña para que se le adjudicase la dirección de la Academia de Bellas Artes de España en Roma, utilizó como argumento la necesidad que tenía de conocer la ciudad del Tíber a fondo para poder redactar dicha novela. Por eso podemos sospechar que esta novela corta bien puede ser

un fragmento, el único conocido, de tal narración acaso frustrada. Pero también puede pensarse que, ante un compromiso con la revista argentina donde se publicó, semanario con el que don Ramón tenía magníficas relaciones, concibiese hacer una extensión del episodio narrado en *Viva mi Dueño*, pero ahora desarrollando efectivamente los acontecimientos que en el segundo tomo de la serie tan solo se sugerían. Tal como expone los sucesos en este volumen, el Conde Blanc no tiene mayor protagonismo que el de ser atrapado y robado por una «secta luciferina». «Un Bastardo de Narizotas» le permite a Valle-Inclán narrar los acontecimientos romanos, elididos en la novela mayor, y mostrarnos la actitud traicionera del supuesto sobrino de Isabel II, y su castigo al ser engañado y saqueado por aquellos de los que pretende beneficiarse.

En 1933, y cuando finalmente es nombrado director de la citada Academia de Roma, Valle lo celebra recuperando su único texto literario que se desarrollaba en la capital italiana, este precisamente, y con unos ajustes, correcciones y cambios, lo edita en marzo de 1933 en el diario *Ahora* con el título de «Correo Diplomático», primera y única ocasión que tuvo el público español de leer dicho texto.

El tercer y último bloque de escritos que forman el conjunto textual de *El Ruedo Ibérico* tiene un carácter distinto, puesto que estamos hablando del *corpus* manuscrito, que está formado por el conjunto de episodios y capitulillos que Valle-Inclán redactó pero que dejó inéditos y que está en proceso de estudio y edición. Dichos documentos se conservan en el «Legado Valle-Inclán Alsina», y ya en 2008 el nieto del escritor, Joaquín del Valle-Inclán Alsina, rescató cuatro de estos fragmentos en el libro *Valle-Inclán inédito*. Estos textos son «Sevilla», «La muerte bailando», «Bradomín expone un juicio pesimista y paradójico de España» y «La Marquesa Carolina y Bradomín», manuscritos que están siendo estudiados, en especial por Adriana Abalo Gómez. Otras breves piezas pueden ir apareciendo según profundizan los estudios en este magnífico fondo manuscrito, como el caso que Amparo de Juan Bolufer dio a conocer en 2015, el capítulo «La Real Falúa», segmento del que de momento no contamos con edición pública. Y, sin lugar a dudas, y al margen de borradores más o menos elaborados pero que no dejan de ser pruebas, aproximaciones a temas, diálogos o situaciones, conocemos de la existencia de otras fracciones aceptablemente concluidas.

La historia textual de *El Ruedo Ibérico* aún está lejos de quedar sellada. El Archivo manuscrito tiene muchísimo que decir en este sentido, y no puede

descartarse que tanto en la prensa española como en la hispanoamericana puedan surgir novedades valiosas como las que se han venido ofreciendo en los últimos años, algunas tan esenciales como la localización de la edición periodística de *La Corte Isabelina* que vino a trastrocar gran parte de lo que se pensaba del dosier genético de esta gran producción literaria.

El propósito de novelar la historia

Al margen de las variaciones en el tiempo de la historia que pretendía narrar en este ciclo ibérico, el objetivo de Valle-Inclán era relatar, desde una perspectiva degradadora y crítica, un amplio momento histórico que a su entender era la piedra angular del desastre español, protagonizado por el régimen conocido como Restauración. No era otra la España contra la que habían clamado los escritores del Fin de Siglo. Pero el fenómeno de la decadencia hispana no partía de la guerra colonial de 1898, y por lo tanto no era producto de un conflicto absurdo, sino del modelo de estado que se había generado tras un laberíntico período en el que ocurrieron demasiadas cosas en un país desestructurado como era este en la segunda mitad del siglo XIX. Para nuestro autor, el sinsentido de la vida española empieza a germinar con el desastroso reinado de Isabel II.

La soberana, hija del Rey Felón Fernando VII, fue una mujer sin dotes intelectuales, que llegó al trono siendo una niña, y por ello, más que gobernadora, fue gobernada siempre, primero por su madre, y continuamente por militares arribistas que no dudaban en emplear la violencia para hacerse con las riendas del gobierno. Sometida la reina, además, a un estrecho cerco clerical, así como a una aristocracia improductiva y parasitaria, la nación marchó a gran velocidad hacia su propia desintegración. Su imagen, aunque por su carácter populista gozó en ocasiones del favor del pueblo, se deterioró hasta un grado extremo, y así el fin del reinado isabelino era lo único previsible. Durante meses lo único que dominó el panorama político español era la forma que tendría el nuevo estado una vez se librase la nación de su inepta monarca. Un intrincado juego de confabulaciones optó por una multitud de soluciones: la abdicación en su hijo Alfonso, la entronización de la infanta Luisa Fernanda, hermana menor de Isabel y esposa del Duque de Montpensier, la regencia de alguno de los prepotentes generales españoles, la proclamación de la República, la elección de

algún príncipe europeo al que coronar, etc., etc. Todo esto concluyó con la revolución de septiembre de 1868, también conocida por Gloriosa, por la cual se la expulsó del trono y del país, quedando el territorio en manos de dos de esos generales endiosados, los Espadones, que por común acuerdo vinieron a repartirse el poder mientras se decidía la futura forma del estado. El general Serrano se convertiría en Regente, mientras que el general Prim asumía la presidencia del Consejo y, de esta forma, se hacía con el verdadero dominio. A medio plazo, la revolución solo sirvió a los intereses de aquellos que no participaron en la misma: a los de los alfonsistas, es decir, los que siendo monárquicos-borbónicos no querían que se extendiese el reinado de Isabel, y que se trasladase la corona a su hijo Alfonso.

A la revolución le siguió el conocido como sexenio revolucionario (1868-1874), en el cual pasó absolutamente de todo: primero la diarquía militar de Serrano-Prim; el reinado del hijo del rey de Italia, Amadeo, triunfador en la feria que se convirtió en la elección de una nueva casa real en España, y que apenas duró dos años en el trono en los cuales hubo de soportar todo tipo de menosprecios, desaires y hasta atentados contra su vida; el asesinato del factótum de la caída de los Borbones, el general Juan Prim, en vísperas de la llegada del nuevo monarca; la proclamación de la República, que no llegó a vivir un año, sometida a todos los disparates imaginables; una nueva guerra civil en el norte de la península que superó los límites temporales del propio sexenio; un primer golpe de estado que acaba con la República federal y establece una república dictatorial con Serrano a su frente, que también es liquidada con un segundo golpe de estado, esta vez del general Arsenio Martínez Campos, que dio fin al sexenio y supuso la oportunidad para construir el artefacto de la Restauración. Aquí arrancaba lo que, para los intelectuales del Fin de Siglo, era la suma de todos los males de España. Una trampa política, falsaria, demagoga y autoritaria, que llevó desde 1874 a la nación a su decadencia más absoluta, a una crisis perpetua que degradaba paulatinamente a un país cada vez más pobre, desilusionado y desestructurado.

Valle-Inclán quería analizar todo este juego de falsedades, de intereses espurios sin fin, de los personalismos absolutos de figuras mediocres, que habían socavado no solo los recursos económicos y humanos de España, sino la propia confianza en sí mismos, generando así un complejo de inferioridad asolador.

Aunque tradicionalmente se asocian las narraciones de *El Ruedo Ibérico* con el gran proyecto galdosiano de los *Episodios nacionales*, por su intento de

novelizar parte de la historia decimonónica española, en realidad la relación literaria entre ambos conjuntos creativos es mínima. Galdós pretendía narrar, desde la perspectiva de un narrador testigo y protagonista, los hechos más determinantes de esa historia nacional desde los mismos lugares en que sucedieron y con sus protagonistas esenciales. Valle-Inclán pretende abarcar mucho más en el juego de perspectivas, pero menos en el número y extensión de acontecimientos que ofrece. Así, don Ramón utiliza la tercera persona, que le permite inmiscuirse en todos los lugares de la acción histórica, mostrar a los personajes principales en sus aspectos más públicos y más íntimos, pero al mismo tiempo deslizarse por los ámbitos más populares y, por lo tanto, menos determinantes en cuanto al discurrir de los hechos capitales. Es bien conocido que estas novelas isabelinas se inscriben en su proyecto, estético del esperpento, y en efecto aplica sus técnicas de degradación grotesca a acontecimientos y hechos dramáticos, como hizo poco antes con *Tirano Banderas*. Pero el esperpento es, además de una técnica con la que afrontar la narración y el tratamiento de personajes y situaciones, una perspectiva nueva para analizar la realidad. Otra cosa bien distinta es el modelo narrativo que precisa para desarrollar estas creaciones de tipo histórico.

Sorprende, y mucho, que este aspecto prácticamente nunca ha sido tratado en los estudios sobre estas obras, resolviéndolo todo en asociar el tipo galdosiano con el valleinclaniano, algo que ni mucho menos es totalmente cierto. Y es este un motivo trascendental debido a que el escritor se obsesionó con dicho modelo, con las diversas opciones de representar la realidad narrativa. Valle-Inclán no fue especialmente afecto a ninguna tendencia literaria previa a él, y menos aún a las que procedían del siglo de la novela, del XIX. El escritor gallego siempre respetó, y tuvo en alta estima, a Benito Pérez Galdós, pero en ningún momento se le pasó por la cabeza adoptarle como ejemplo. Es más, el tipo de novela que representaba el maestro canario, lo que se daba en llamar «novela psicológica», siempre fue un patrón del que abominaba. También es cierto que durante sus primeros años creativos, Valle fue muy poco dado a la exégesis de los modelos para la narración, más preocupado como estaba por el tipo de historias que redactaba, así como por el ejercicio estilístico con que las construía. Pero fue a mediados de la segunda década del siglo cuando empezó a plantearse retos como el de estructurar sus relatos y la perspectiva que debía aplicarles. Es famoso el caso de *La Media Noche,* novela en la que plantea por vez primera un juego que

condiciona la visión narrativa, y habla entonces de la perspectiva «astral», la percepción de los acontecimientos desde las alturas, que permite contemplar, entre otras cosas, la simultaneidad de las acciones. Creo que es por estos años cuando el autor gallego empieza a apasionarse por el que va a ser el único modelo que le llegará a satisfacer plenamente, y que, sin lugar a dudas, utilizó para erigir *El Ruedo Ibérico*.

Esa visión astral que conforma el modo narrativo de *La Media Noche se* constituye a partir de su visita al frente francés durante la Gran Guerra en 1916, aunque ya ofreció algunos tanteos y anticipos con anterioridad. Precisamente una de las personas que le acogen en París, y que le acompañan durante su estancia de dos meses, será Corpus Barga, entonces corresponsal de prensa en la capital francesa. Años después, recordando precisamente esos momentos de relación con don Ramón, recuerda algo que es esencial:

> Si a pesar de ello la novela naturalista no le convencía, la anatomía interior del personaje hecha desde fuera, esa perspicacia de los personajes que se dan cuenta de todo lo que les ocurre, saben todo lo que les ha ocurrido y prevén lo que les va a ocurrir, es decir, la novela psicológica, en general, especialmente la francesa, aburría a Valle-Inclán. Le sugestionó la novela rusa por su aspecto de tragedia, Dostoievski y su arquitectura, Tolstoi, sobre todo, precisamente, *Guerra y Paz* (…). Me parece que con bastante aproximación se puede considerar que Valle-Inclán (…) buscaba, sin embargo, un punto de vista de creación total:
>
> —Ese modo grandioso de presentar *Guerra y Paz* asentada en tres geometrías: la corte europea, la capital moscovita y la Tierra…

En efecto, Valle-Inclán empieza a buscar el modo de crear un tipo de relato que abarque desde una misma voz todos los planos que se superponen, simultáneamente, en un mismo acontecimiento. Ya decía el escritor que la línea recta carecía de estética, es decir, pensar que los hechos de una acción se desarrollan lineal y cronológicamente es un absurdo artístico. Y ese modelo solo lo ofrece un autor y una obra: León Tolstoi y su creación histórica *Guerra y paz*. Por eso, a partir de entonces, y cada vez con mayor ímpetu, su reflexión sobre la obra tolstoiana se va convirtiendo en una constante pues, al mismo tiempo que la analiza, le permite ir construyendo su propia propuesta. Hasta tal punto se convierte en su obsesión que va a sublimar por encima de cualquier otra obra este libro, tal como Otero Pedrayo nos transmitió: «para el exigente Valle-Inclán *[Guerra y paz* es] la primera novela del mundo».

Los años veinte, que son realmente capitales en la historia literaria de nuestro autor, se convierten también en el periodo en que la voz pública de Valle-Inclán se hizo más intensa y protagonista. Intervendrá en la vida intelectual española

con una inusitada frecuencia, a través de entrevistas en general muy sustanciales, pero también desplegando una amplia actividad oratoria que con anterioridad solo había ejercido de manera ocasional. Así, del aproximadamente medio centenar de conferencias que impartió en su vida, casi la mitad de ellas las pronunció en esta década, y más concretamente entre 1921 y 1926. Justo son los años del florecimiento del esperpento, de la creación de *Tirano Banderas* y del arranque de *El Ruedo Ibérico*. Por eso, sometido a un intenso ejercicio creativo, será en estas exposiciones públicas donde analizará la actividad narrativa con mayor ahínco. Es en estas disertaciones donde descalifica totalmente el modelo de la novela psicológica, aunque estima que Tolstoi fue quien la llevó a su mayor altura. Pero como tal tipo narrativo, cree que su decadencia es absoluta, y que la obra de Marcel Proust es el ejemplo máximo de su degeneración. Frente a este modelo agotado y ya ridículo, él despliega lo que entiende que debe ser el que domine en la nueva narrativa, al menos en la suya:

> Hay un nuevo método de hacer novela, que es desinteresarse del individuo e interesarse por las colectividades. El que ha llevado a más alto grado esta novela ha sido Tolstoi en *La guerra y la paz* (conferencia en Burgos, 1925).
>
> Dice que hoy le preocupa otro tipo de literatura que no sabe si podrá realizar: la literatura opuesta al tipo stendhaliano (individualista, procedente de la Revolución Francesa), que representa Tolstoi. Es ella la literatura de las grandes masas, la de las colectividades, de que es genial ejemplo *La guerra y la paz*, del conde ruso. Este, dice para finalizar su conferencia, es el camino de la novela moderna (conferencia en Avilés, 1926).

Guerra y paz es un modelo constructivo a partir del cual poder escribir una narración de masas, pero ni mucho menos lo es para la edificación de su fábula. La novela rusa es una de las mayores creaciones realistas de la literatura universal, donde se analiza la vida heroica (y antiheroica) de los seres humanos ante los avatares de la historia; *El Ruedo Ibérico* es una gran farsa grotesca donde los seres que por ella discurren son antihéroes, en general ridículos y distorsionados por la focalización desde las alturas que le aplica su autor. Es decir, es una gran novela esperpéntica, donde la historia trágica de España se convierte en una acumulación de bufonadas. Nada más lejos de la intención narrativa de Tolstoi.

Técnicamente hablando, y tal como parece concebir Valle-Inclán este tipo de novela moderna, y que adaptará a *El Ruedo Ibérico*, consiste en la narración de múltiples acciones protagonizadas por un muestrario amplísimo de personajes donde el protagonismo jamás recaiga en un ser concreto, sino que se diversifique y se extienda. De ahí que don Ramón aplique a sus novelas isabelinas una

técnica muy propia: la presentación de episodios que se fragmentan en un alto número de breves capítulos, que fraccionan la acción, con continuos saltos tanto de escenario como de personajes. Sin embargo, para que la fábula no se convierta en un relato anárquico de fragmentos descoordinados, el autor les confiere unidad dentro de las partes en que divide la obra (lo que él llama «libros»), ya que estas secciones conforman una unidad de espacio, en menor grado de protagonistas, aunque estos interactúan, distanciándose y aproximándose. Por ejemplo, el libro más extenso de los veinticuatro que conforman las tres novelas mayores, el titulado «Alta Mar», dentro de *Vísperas Setembrinas*, se desarrolla íntegramente en el vapor *Omega*, en su trayectoria desde Gibraltar a Londres. En el mismo se entrecruzan personajes de todos los tipos, desde la figura más mítica de la acracia, Mijail Bakunin, hasta algunos de los revolucionarios españoles esenciales del período, como Fermín Salvochea o Paúl y Angulo, así como personajes ficticios que ya habían aparecido en episodios y novelas precedentes, como don Joselito Cartagena, más conocido como El Pollo de los Brillantes, o don Teodolindo Soto, la Sofi y su novio maltratador Indalecio. Y todos se mezclan, y generan diversas tramas que se entrelazan con los múltiples discursos ideológicos de los revolucionarios. Finalmente, el resultado que nos ofrece Valle-Inclán es el de una masa con muy variados intereses, encerrados en los límites de un barco y durante un lapso temporal muy amplio, que funciona como mosaico de la realidad social y activista en los meses precedentes a la revolución. A ella hay que sumarle otra serie de rasgos funcionales que se aplican en la técnica esperpéntica, como la reducción temporal, la presentación escénica de las acciones, con una enorme presencia del diálogo, que evita la intervención del narrador omnisciente, la estructura circular, etc.

El objetivo del escritor era, como manifestó en distintas ocasiones, mostrar a las colectividades que se movían por el intrincado laberinto de intereses, pretensiones y acciones del período pre-revolucionario. Y destacaba que algo que le fascinaba de la novela de Tolstoi era precisamente que pudiese desarrollarlo en tres geometrías, que identifica con la corte de San Petersburgo, con la capital moscovita y con el mundo rural. Su propósito, pues, para *El Ruedo Ibérico* era establecer también geometrías, al modo en que las desenvuelve el conde ruso. Estas geometrías no son los escenarios donde se producen las acciones, sino los estratos sociales por los que deambulan los múltiples personajes. De ahí una de las características esenciales de las novelas isabelinas:

no existen núcleos estancos, sino absolutamente abiertos, en los que se entremezclan y conviven las más diversas categorías sociales. Ya vimos cómo en el libro «Alta Mar» se fusionaban ideólogos como Bakunin o Salvochea con activos revolucionarios, como Paúl y Angulo, con potentados del estilo del Pollo de los Brillantes, y todos estos, a su vez, con pícaros degradados por la miseria, o por la mala condición, como don Teo o el Inda. Esta será la constante en los demás episodios: la aristocracia, deformada por su misma inutilidad, se siente más identificada con los modos y las actitudes populares, llegando a convertirse en más bárbara que esas clases incultas y menesterosas a las que pretenden servir de ejemplo social. Son, evidentemente, modelo de ello los pollos de la goma a los que no se les ocurre mejor divertimento que tirar a un guardia por la ventana, y que solventan su crimen con irse de vacaciones a sus propiedades rurales, donde se sumen más aún en su barbarie. Pero en el mundo esperpéntico valleinclaniano hay pocos inocentes, generalmente solo las víctimas directas de los excesos de los poderosos. En definitiva, una metáfora de la mayor víctima de tales elementos: España, convertida en un país de saldo social que se rifan gentes de muchas palabras y de intereses aviesos. *El Ruedo Ibérico* no puede tener un protagonista, porque esa nación desmantelada no se puede resumir en una figura. Solo el mosaico de caracteres, sus acciones desnortadas, su baja catadura moral, incluso su imbecilidad, puede mostrar ese mundo decadente y atrofiado que es lo que pretende transmitirnos Valle-Inclán.

EDITAR *EL RUEDO IBÉRICO*

En la presente edición ofrecemos, hasta donde podemos saber, el mayor *corpus* de textos isabelinos que se haya recogido hasta el momento como serie de *El Ruedo Ibérico*, lo cual no quiere decir que se encuentre todo lo existente, debido, entre otras razones —aunque entramos en otra dimensión—, a que el estudio del fondo manuscrito, encomendado al Grupo de Investigación Valle-Inclán, aún no está totalmente desarrollado, y nos seguirá deparando novedades como demuestra la edición citada de Joaquín del Valle-Inclán (2008). Al margen de ello, es preciso hacer una serie de aclaraciones acerca de las decisiones que se han adoptado para ofrecer este conjunto amplio de escritos.

El objetivo fundamental de la edición de estas *Obras completas* de Ramón del Valle-Inclán era, como se ha explicado en el volumen i de los tres que

conforman en esta colección la narrativa del autor, recuperar por primera vez en la historia editorial del escritor gallego, las versiones originales de sus obras a través de la transcripción de las primeras ediciones, a fin de que los lectores conociesen, por decirlo filológicamente, el texto en su contexto, el modo artístico en que sus obras fueron creadas en su concreta circunstancia estética.

Contadísimas han sido las excepciones a esta norma y no pocas dudas han suscitado, siendo precisamente uno de esos casos, al menos parcialmente, la última serie del escritor, precisamente porque se trata de un ciclo inconcluso, que creemos poder tratar también de manera excepcional. En otras palabras, plantearse la edición de *El Ruedo Ibérico*, con sus muchísimas particularidades, sujeta a esta norma, resulta casi un imposible. El sistema editorial que hubo de emplear el escritor para ir dando a conocer sus creaciones ibéricas no fue ni tradicional ni cómodo. Ya sabemos que a finales de 1925 Valle-Inclán ya tenía concluida su primera novela, y que así pudo darla a conocer a principios de 1926 al público argentino. Pero hasta casi mediados de 1927 no pudo ofrecérselo a su público natural, el español, en forma de libro, y cuando lo hizo tuvo que autoeditar el volumen. Sus relaciones con los editores siempre fueron conflictivas a lo largo de su vida, y en demasiadas ocasiones tuvo que arriesgarse a publicar él mismo sus libros, y de encargarse de toda la actividad editora: la adquisición del papel y de la tinta, la búsqueda de una imprenta adecuada, el diseño y maquetación del volumen, la encuadernación, y, por supuesto, la distribución de los ejemplares y el pago de facturas, así como del cobro de sus derechos, tanto de autor como de editor, de las librerías, tal como ya lo retrató Valle-Inclán Alsina (2006). Pero esta situación, en los años veinte, se agravó y muchísimo.

La crisis del papel que se produjo tras el final de la Gran Guerra perduró durante años y años, sin que el gobierno español adoptase ninguna acción realmente benéfica para el sector, lo cual preocupó extraordinariamente a muchos escritores, en especial a Valle-Inclán, que nunca se alió con ningún editor, como sí hiciera por ejemplo Pío Baroja con la editorial de su cuñado Caro Raggio. Así, don Ramón tuvo que buscar siempre el modo de dar a la luz sus nuevas creaciones y la reedición de sus textos anteriores. En algún caso pudo cerrar acuerdos con empresas consolidadas, como Renacimiento, pero pronto se sintió o estafado o engañado. Eso hizo que varias de sus producciones esenciales de esa década tuviese que publicarlas por cuenta propia, como ocurrió, pongo por caso, con *Cara de Plata* en 1923, y, por supuesto, con sus grandes creaciones

narrativas de la segunda mitad de la década: *Tirano Banderas* (1926), *La Corte de los Milagros* (1927) y *Viva mi Dueño* (1928). Por fortuna para el escritor-editor, las tres obras fueron grandes éxitos editoriales, que se vendieron magníficamente. Pese a ello, Valle no pudo reeditar entonces más que la primera de las novelas del ciclo ibérico. Es más, una vez dio a conocer en América el folletón de *La Corte Isabelina*, su esperanza de recoger dicha novela en forma de libro la cifraba en que una gran editorial argentina se hiciese cargo de ella. Esto quiere decir que no hallaba posibilidad alguna de imprimirla en España. Con tal situación, Valle-Inclán no encontró, en general, otra manera de ir dando a conocer sus textos al público, y de paso rentabilizar económicamente su trabajo, que las ediciones fragmentarias tanto en folletines en la prensa como en las colecciones de novelas cortas populares.

Al fin, el 27 de agosto de 1928, firmaba el contrato más importante de su vida: su unión a la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones (CIAP), magníficamente retribuido para el escritor, y que le daba la opción de reeditar sus obras de manera masiva y de facilitarle la aparición de sus nuevos libros. En los casi tres años que fue efectivo dicho contrato, sin embargo, don Ramón apenas tuvo actividad editorial, así que la principal función que cumplió la CIAP para Valle fue la de adquirir los enormes fondos de ejemplares de sus libros que almacenaba el escritor-editor. Sin embargo, en el «Legado manuscrito Valle-Inclán Alsina» se conserva un alto número de galeradas de textos de *El Ruedo Ibérico* que forman parte de una edición inédita de sus obras precedentes, y donde seguramente el escritor replanteaba de nuevo su proyecto novelístico (posibilidad que estima la profesora Juan Bolufer). Es más que probable que Valle-Inclán preparase una nueva serie de volúmenes de la serie ibérica que debían aparecer en las librerías hacia 1932, pero la quiebra de la CIAP entre 1931 y 1932 debió frustrar tal posibilidad.

Pero lo que nos interesa ahora es el suceso editorial de sus obras isabelinas que afectan, y mucho, a nuestra decisión a la hora de escoger las versiones que aquí se reproducen. Siguiendo el principio general de estas *Obras completas*, debíamos recoger, para el caso de las dos primeras novelas de la serie, sus respectivas *editio princeps*, la de *La Corte de los Milagros*, realizada por la Imprenta Rivadeneyra, con el número XXI de su *Opera Omnia*, y cuyo colofón afirma que concluyó su impresión el 18 de abril de 1927, y la de *Viva mi Dueño*, también elaborada por la Imprenta Rivadeneyra, con el número XXII de sus

Obras, acabada su elaboración el 23 de octubre de 1928. Pese a ello, en el caso de la primera de estas obras, la edición madrileña de 1927 no es la versión inicial del libro, sino la que se publicó por entregas en *La Nación* de Buenos Aires entre enero y febrero de 1926. Sin embargo, de estas *Obras completas* se excluyeron en primera instancia, siguiendo criterios de la editorial, las primeras ediciones periodísticas, sino las aparecidas en libro, que por otra parte, se considera que reflejan más adecuadamente el sentir definitivo del escritor sin las urgencias periodísticas que requerían una redacción rápida y sin el cuidado y revisión personal del autor. Pese a lo expuesto, he descartado la opción de reproducir esa primera edición de 1927. Esto se debe a que no recoge la versión completa de la novela, tal como la conocemos hoy, pues esta composición no se produjo hasta que don Ramón la presentó en folletón en el diario madrileño *El Sol* en 1931. En la impresión de 1927 *La Corte de los Milagros* estaba formada por nueve libros, arrancando la novela con el titulado «La Rosa de Oro». La publicación del folletón en *El Sol* añadía un nuevo libro, con lo que llega a diez, siendo esta adición la nueva apertura de la narración, el libro «Aires Nacionales». Es evidente que la decisión de reproducir la versión de 1927 suponía dejar fuera ese primer libro, y por lo tanto brindar al lector una versión incompleta desde el punto de vista temático y estructural. De ahí que se acordase recoger no la primera composición, sino la última, única forma de poder transmitir el texto íntegro.

Como en el caso de *Viva mi Dueño* no existe tal divergencia entre la edición en volumen de 1928 y la recogida en el folletón de 1932 (también aparecido en *El Sol*), se presenta al lector el texto de la *editio princeps*, siendo esta, por lo tanto, la primera ocasión en que se ofrece la posibilidad de leer, en una reproducción moderna de las obras valleinclanianas, esta primera versión.

Muy distinto es el caso de la tercera novela, *Vísperas Setembrinas (Baza de Espadas)*. Esta narración solo la editó en una ocasión Valle-Inclán, y como no lo pudo hacer en forma de libro, la publicó por entregas, al igual que la serie de folletones de *El Ruedo Ibérico*, en el diario *El Sol* entre 1931 y 1932. Podría sorprendernos el hecho de que, tras utilizar este medio periodístico para dar a conocer su nueva novela, no se preocupase por editarla en formato de libro. La explicación, acaso, se encuentra en que se trataba de una obra aún inacabada (recordemos que lo que editó fue solo la primera parte de *Baza de Espadas*) y que, muy posiblemente, lo retrasó con el objetivo de concluirla y así poder recogerla de manera íntegra, algo que no logró llevar a su fin. Por ello mismo,

aquí se reproduce esta única edición en vida del autor, aunque se trate de una publicación periodística.

Tras las novelas mayores, que conforman el ciclo de *El Ruedo Ibérico*, se incluyen tres textos más, que completan el Corpus textual de esta serie, tal como la editó Valle-Inclán y que, en virtud de su interés editorial, hemos podido también incluir en este tercer volumen de la narrativa completa. En primer lugar se recoge la segunda parte de *Fin de un Revolucionario*, titulada «Vísperas de Alcolea». No se reproduce íntegra esta novelita porque, como ya se ha expresado con anterioridad, la primera parte de la misma («La Espada de Damocles»), ampliada y corregida, se integró en el libro «Espejos de Madrid» de *Viva mi Dueño*. Pero no es el caso de esa segunda parte, que es un texto plenamente independiente, ni utilizado ni integrado en ninguna otra versión, y que sirve al lector de este conjunto narrativo para conocer el destino final de uno de los personajes más destacados de las novelas precedentes. Es el mismo caso el de «Un Bastardo de Narizotas», que ya se ha comentado, y por lo que se incluye en esta recopilación de escritos ibéricos, como episodio autónomo que completa, por otra parte, una de las tramas narrativas de *Viva mi Dueño*. Se cierra esta serie con la «novela póstuma» de Valle-Inclán, que no solo es el último escrito literario del autor gallego, sino el postrer ejercicio narrativo de la serie isabelina. Don Ramón estableció un acuerdo editorial en los últimos meses de su vida con el diario madrileño *Ahora*, gracias al deseo y apoyo del subdirector del periódico Manuel Chaves Nogales, quien deseaba tener al gran escritor como colaborador de este magnífico rotativo. Fue un último e importante impulso creativo para Valle, quien durante casi todo el período de la Segunda República parece que estuvo bastante inactivo en lo que respecta a su tarea de escritor, etapa que, desde el punto de vista literario, acaso podría ser tenida como el momento más oscuro de su carrera artística. En los casi cinco años que vivió bajo el nuevo régimen político, Valle-Inclán solo ofreció un texto mayor, la primera parte de *Baza de Espadas*, y nada más. Muy poco para un literato como él. Pero al llegar 1935, y tras su marcha a Santiago de Compostela en febrero de este año con el fin de ser tratado de su cáncer de vejiga por el doctor Villar Iglesias, la tranquilidad que le ofreció la ciudad gallega, frente al frenesí político, administrativo y social que había vivido en Madrid y Roma, le inclinó a volver a sus fueros creativos, que sin duda llenarían las horas de vida reposada. El acuerdo con Chaves Nogales le llevó, en primera instancia, a escribir una serie de artículos, trece en total, que aparecieron en las páginas del periódico

madrileño entre junio y septiembre. Pero la guinda de esta colaboración debía ser una novela que inició precisamente en Compostela. La primera noticia que tenemos de su redacción la hallamos en una carta que desde su refugio gallego le escribe a Manuel Azaña el 9 de mayo de 1935, y donde le comunica que al recuperar un poco la salud gracias a los tratamientos que recibe, «he recobrado un poco de optimismo, y he empezado una novela. La llevo muy adelantada. No sé todavía si la publicaré por mi cuenta o con editor. De todos modos quiero que sea pronto».

El Trueno Dorado, pues creemos que a ella se refiere, debió iniciarse en esa primavera compostelana, y como estaba comprometida su publicación en las páginas de *Ahora*, será en este periódico y de manera póstuma donde vería la luz en los meses de marzo y abril de 1936. Nos queda la duda de si la novela fue completada por su autor, o si lo que se editó es una narración incompleta. Las investigaciones últimas realizadas sobre esta obra, en especial por Amparo de Juan y una vez se ha accedido al Legado manuscrito, parecen indicarnos que la intención del escritor era continuar el texto que finalmente dejó supuestamente concluido, y que quedan trazas autógrafas de lo que podían ser capítulos posteriores al resultado final que conocemos. Hacia noviembre de 1935 el escritor debía tener un texto relativamente preparado, porque es entonces cuando le propone a Chaves Nogales su publicación, quien acepta el ofrecimiento, aunque queda muy poco claro en la correspondencia entre ambos que en esas fechas la obra estuviese rematada. Muy posiblemente, cuando murió Valle-Inclán, el periódico no contaría con todo el material manuscrito de *El Trueno Dorado*, aunque sí andaban por varias redacciones algunas de las cuartillas de su última novela, pues nada más fallecer se editaron un par de ellas para dar cuenta de su existencia.

El problema textual del complejo mundo de *El Ruedo Ibérico* ni mucho menos se resuelve con lo explicado hasta ahora. Aún queda el estudio detenido, de acuerdo con criterios adecuados a la singularidad de esos materiales, de más de dos mil cuartillas del «Legado manuscrito Valle-Inclán Alsina», en diversas ocasiones descrito por M. Santos Zas, y abordado por Amparo de Juan, Adriana Abalo Gómez y Alba Alonso, además del propio Joaquín del Valle-Inclán Alsina, hoy indexado en una base de datos relacional (Archivo Digital Valle-Inclán USC), destinada a su clasificación y ordenación para su posterior ubicación en las diversas etapas cronológicas del tiempo de la historia narrativa. Ciertamente, este gran grupo de borradores autógrafos en distintas fases

redaccionales es acaso el que requiere mayor y más reposado análisis crítico, porque se trata de la creación más intrincada de Valle-Inclán.

JAVIER SERRANO ALONSO

NOTA A ESTA EDICIÓN

Este volumen de las *Obras completas*, tercero y último de los que acogen la prosa narrativa y ensayística de Ramón del Valle-Inclán, está integrado por las obras que conforman *El Ruedo Ibérico*. Las versiones/ediciones de los textos que se reproducen son las siguientes:

El Ruedo Ibérico. La Corte de los Milagros [Primera Serie. Tomo I], en *El Sol*, Madrid, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 27, 28, 29, 30 y 31 de octubre, 1, 3, 4, 5, 6, 7, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 24, 25, 26, 28 y 29 de noviembre, y 1, 2, 3, 4, 6, 8, 9, 10 y 11 de diciembre de 1931.

El Ruedo Ibérico. Primera Serie. Tomo II. Viva mi Dueño, Madrid, Imprenta Rivadeneyra, Opera Omnia, XXII, 1928.

El Ruedo Ibérico. Vísperas Setembrinas. Primera parte de «Baza de Espadas», en *El Sol*, Madrid, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 16, 17, 18, 19, 22, 23, 25, 26, 29 y 30 de junio, 1, 2, 3, 6, 7, 9, 10, 12, 15, 16, 17 y 19 de julio de 1932.

«Vísperas de Alcolea», en *Fin de un Revolucionario. Aleluyas de la Gloriosa*, Madrid, Prensa Moderna, *Los Novelistas*, I, 1, 15 de marzo de 1928, pp. 34-62.

«Un Bastardo de Narizotas», *Caras y Caretas*, «La Novela del Jueves», Buenos Aires, XXXII, 1579, 5 de enero de 1929 (15 páginas sin numerar).

El Trueno Dorado, en *Ahora*, Madrid, 19 y 26 de marzo, 2, 9, 16 y 23 de abril de 1936.

J.S.A.

BIBLIOGRAFÍA ESENCIAL SOBRE *EL RUEDO IBÉRICO*

ABALO GÓMEZ, Adriana (2014): «“La muerte bailando” y el proyecto de *El ruedo ibérico*: diálogo intertextual». *Anales de la Literatura Española Contemporánea/Anuario Valle-Inclán* XIII, 39.3, 39-32.

— (2015): «Análisis del dossier genético de “Sevilla”, un texto recuperado de

Ramón del Valle-Inclán». *AIEMH. Revista de la Asociación Internacional para el Estudio de Manuscritos Hispánicos*, 1, 61-91.

BOUDREAU, Harold, L. (1966): *Materials Toward an Analysis of Valle-Inclán's «Ruedo Ibérico»*. Madison: University of Wisconsin.

ENA BORDONADA, Ángela (1985): «El personaje colectivo en *El ruedo ibérico*: Expresión de grupo». *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica*, 4, 123-131.

FERNÁNDEZ PRIETO, Celia (1996-1997): «La ruptura con la tradición genérica de la novela histórica: Análisis de *La Corte de los Milagros* de Valle-Inclán». *Tropelías*, 7-8, 115-130.

GARCÍA DE LA TORRE, José Manuel (1972): *Análisis temático de «El ruedo ibérico»*. Madrid: Gredos.

GLAZE, Linda S. (1984): *Critical Analysis of Valle-Inclán's «Ruedo Ibérico»*. Miami: Universal.

JUAN BOLUFER, Amparo de (2007): «Aproximación a la historia textual de la estructura de *La Corte de los Milagros* de Ramón del Valle-Inclán». *Moenia. Revista Lucense de Lingüística & Literatura*, 12, 19-50.

— (2013): «Primera aproximación a los manuscritos relacionados con *El Ruedo Ibérico* en el archivo familiar Valle-Inclán Alsina». En Ermitas Penas (ed.). *Perspectivas críticas para la edición de textos de literatura española*. Santiago de Compostela: USC Editora, Clave, 1, 309-346.

— (2015a): «Génesis e historia textual de *El Ruedo Ibérico* de Ramón del Valle-Inclán». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, XCI, 15-59.

— (2015b): «"La Real Falúa". Una escena del veraneo de la Corte en el archivo manuscrito de *El Ruedo Ibérico* de Ramón del Valle-Inclán». *Bulletin of Hispanic Studies*, 92, 7, 791-803.

— (2016): «De mirón en las mojigangas. Hacia una relectura de *Fin de un revolucionario* de Ramón del Valle-Inclán». *Castilla. Estudios de Literatura*, 7, 425-460.

RISCO, Antonio (1966): *La estética de Valle-Inclán en los esperpentos y en «El ruedo ibérico»*. Madrid: Gredos.

SCHIAVO, Leda: (1977): «Sobre *Un bastardo de Narizotas*, de Valle-Inclán». *Ínsula*, 363, febrero, 3.

(1980): *Historia y novela en Valle-Inclán. Para leer «El ruedo ibérico»*. Madrid: Castalia.

SERRANO ALONSO, Javier (1996): «*La Corte Isabelina* (1926), primera edición de *La Corte de los Milagros* de Ramón del Valle-Inclán». *Bulletin Hispanique,* 98, 1 (enero-junio), 161-173.
SINCLAIR ALISON (1977): *Valle-Inclán's «Ruedo ibérico». A Popular View of Revolution*. London: Tamesis Books.
SPERATTI-PIÑERO, Emma Susana (1968): *De «Sonata de otoño» al esperpento. Aspectos del arte de Valle-Inclán*. London: Tamesis Books.
TASENDE-GRABOWSKI, Mercedes (1994): *Palimpsesto y subversión: un estudio intertextual de «El ruedo ibérico»*. Madrid: Huerga y Fierro.
VALLE-INCLÁN ALSINA, Joaquín del (2006): *Ramón del Valle-Inclán y la imprenta (Una introducción).* Madrid: Biblioteca Nueva.

LA LÁMPARA MARAVILLOSA

Ejercicios Espirituales

La Lámpara Maravillosa constituye el tratado de estética de Valle-Inclán, en el que expuso no solo su doctrina estética y su concepción del arte y de la función del artista en el mundo, sino también su cosmovisión. En Valle-Inclán arte y vida están íntimamente entrelazados, pues el primero resulta ser un medio de trascendencia espiritual que le permite desvelar los misterios de la existencia. Se trata, pues, de un libro de madurez creativa, de sistematización de su pensamiento, cifra y clave de toda su producción. Por eso, Valle-Inclán, cuando inició la publicación de su *Opera Omnia* en 1913 le reservó el primer volumen de la colección, confiriéndole simbólicamente el papel de guía en 1916, fecha en que se edita por vez primera.

La lenta gestación de los «Ejercicios Espirituales» de Valle-Inclán

La Lámpara Maravillosa no nace *ex novo*, sino que cuenta con una prolongada prehistoria, un complejo proceso de gestación —paralelo a una crisis profesional y personal del escritor—, que evidencia el goteo de publicaciones en prensa previo a su edición: fragmentos, pasajes descriptivos o narrativos, que Valle integra más tarde en *La Lámpara Maravillosa*, tras un laborioso proceso de reescritura. El punto de partida de estas primeras versiones lo constituyen dos textos publicados en 1910, que fluyen de forma más continuada a partir de diciembre de 1912 con dos primeras entregas para el periódico madrileño *El Imparcial*, que acogió seis colaboraciones más entre enero de 1913 y diciembre de 1915. En este intervalo y hasta la publicación de la *editio princeps*, en febrero de 1916 (Madrid, Imprenta Helénica), aparecieron otros 35 textos en revistas y

periódicos gallegos, nacionales, hispanoamericanos y norteamericanos, cuyo análisis permite seguir el rastro de temas, motivos, ideas que desarrolla en el libro de 1916. Pero la historia del texto no culmina aquí, pues entre la primera edición y la segunda y última en vida del escritor, editada en 1922 (Madrid, Artes de la Ilustración), se publicaron 32 textos más, parcialmente editados. Deben contemplarse también en la historia textual de la obra algunos artículos como «Modernismo» (*La Ilustración Española y Americana*, 1902) y las críticas pictóricas publicadas con motivo de las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes de 1908 y 1912 en *El Mundo y Nuevo Mundo*, respectivamente; así como las conferencias y entrevistas que impartió o concedió durante la gira teatral, que en 1910 le llevó por diversos países de Latinoamérica. En ellas Valle-Inclán fue desarrollando algunas ideas clave de su pensamiento estético como la «armonía de contrarios» o la «estética del recuerdo» que, finalmente, cristalizaron en el tratado estético (Garlitz, 1986 y 2007; Lavaud, 1969).

La Lámpara Maravillosa, un texto controvertido

La lectura de esta obra ha generado opiniones sumamente dispares y hasta contradictorias: desde los que piensan, como Juan Ramón Jiménez (1936: 5), que la lámpara «no tiene aceite, solo humo» y que se trata de un texto malogrado (Speratti-Piñero, 1974); o los que ven en ella una parodia de los *Ejercicios Espirituales* ignacianos (Flynn, 1994) o una burla desacralizadora de los dogmas ortodoxos y de la espiritualidad finisecular (Morón Arroyo, 1968; o Maldonado Macías, 1980), hasta quienes, en extremo opuesto, la consideran, como Díaz-Plaja (1965: 262), «el más importante libro de estética que el Modernismo ha producido». Las dos últimas décadas han sido claves para la revalorización de esta obra, que buena parte de la crítica actual considera un texto crucial en el conjunto de la obra del autor (VV. AA. 2016).

A nuestro juicio, *La Lámpara Maravillosa* es una guía de iniciación para los poetas, expresada por medio de un lenguaje de filiación místico-esotérica por el que un experimentado «Poeta Peregrino» instruye al neófito «Hermano Peregrinante» con la intención de transmitirle el conocimiento para alcanzar su meta. Siguiendo a la profesora Virginia Garlitz, esta peregrinación es triple. En el nivel espiritual, es el viaje del alma que pasa por las escalas de la vía mística, purgación e iluminación, para lograr la última unión con Dios. En el nivel

mágico, es la operación alquímica que hace pasar el metal por la vía paralela de putrefacción, purificación, y matrimonio de contrarios para producir el oro. En el nivel estético, es la vía intuitiva por la cual el artista ve tres tipos de arte que, juntos, le dan la visión del arte ideal (Garlitz, 1992).

La propuesta artística de Valle-Inclán se inscribe en una estética idealista, que concibe la realidad percibida por los sentidos como ilusoria y engañosa. Para la percepción del sentido oculto del mundo, el poeta o artista debe contemplar la realidad a partir del recuerdo, desde una perspectiva estelar, una vez superadas las coordenadas espacio-temporales, es decir, debe adoptar la mirada del «quietismo estético». Previamente, el poeta debe amar todas las cosas por igual, hacerse centro de amor para armonizar los contrarios, que constituyen el mundo. Es, por tanto, una estética ética. Pero para Valle-Inclán el lenguaje, las palabras, resultan insuficientes para expresar el sentido oculto y eterno que late en todo lo creado, porque los idiomas son el resultado de un proceso histórico, y son, por tanto, la expresión de una visión del mundo y de la realidad cronológica. Para salvar esta dificultad, Valle-Inclán propone una renovación del idioma y una retórica musical, basada en el ritmo y en el tono capaz de expresar más allá de los significados denotativos, que designa como «milagro musical».

DISEÑO Y ESTRUCTURA DE *LA LÁMPARA MARAVILLOSA*

En esta apretada recapitulación es preciso mencionar otra parte fundamental de *La Lámpara Maravillosa*, su diseño, que como el de todas sus *Opera Omnia* y otras ediciones anteriores, especialmente, *Cuento de Abril* (1910) y *Voces de Gesta* (1911), entronca de lleno con la edición artística modernista y responde a la concepción del libro como objeto artístico en Valle-Inclán, y sus originales ilustraciones que complementan el discurso de la obra, más que ornamentan, desde una perspectiva simbólica de superación espiritual teosófica, alquímica y del Tarot, incomprensiblemente eliminadas de todas las reediciones modernas (Garlitz, 1989b; Barros, 2007; Vílchez, 2012).

Estos «Ejercicios Espirituales» poseen una cuidadosa organización interna, como han señalado entre otros Garlitz (1992 y 2007) y Blasco (1995). Consta de un prólogo titulado «Gnosis» y un epílogo, «Guión de las glosas», que enmarcan 43 capitulillos de similar extensión, que se reparten en cinco capítulos simétricamente (7+10+9+10+7): «El Anillo de Giges» (7); «El Milagro

Musical» (10); «Exégesis Trina» (9); «El Quietismo Estético» (10), y «La Piedra del Sabio» (7). La estructura, por tanto, es circular, como los círculos que surgen alrededor de una piedra arrojada en una laguna.

Seis partes forman círculos alrededor de la parte central, «Exégesis Trina». Los capitulillos obedecen a una simetría basada en el simbolismo de los números 3 y 7. El contenido de los apartados con el mismo número de capitulillos es paralelo. «Gnosis» establece las premisas de su disciplina estética basada en la Contemplación, un modo de conocimiento intuitivo, que le permite llegar a Dios y a la Belleza; «Guión de las Glosas» recoge las máximas o sentencias con las que se cierra cada capitulillo, síntesis de la enseñanza expuesta; «El Anillo de Giges» traza la trayectoria estético-mística desde la juventud a la madurez; «La Piedra del Sabio» retoma esta trayectoria desde la vejez, realizando una analogía entre el proceso creativo y el alquímico; «El Milagro Musical» establece su poética del lenguaje literario; «El Quietismo Estético» elabora el concepto central de su disciplina que ejemplifica con experiencias extáticas; y «Exégesis Trina» constituye el eje doctrinal del tratado que presenta cuatro tríadas del Bien y la Belleza (tres tránsitos del alma, tres veredas extáticas, tres rosas estéticas, tres artes) frente a dos tríadas del Mal (tres enigmas del Tiempo, tres enigmas del Mal) que se interrelacionan a través de las personas de la Divina Tríada. Siete tríadas en total.

CONTEXTO Y FUNDAMENTOS FILOSÓFICOS DE *LA LÁMPARA MARAVILLOSA*

El centenario ensayo estético de don Ramón se inscribe plenamente en la tradición simbolista europea y en el Modernismo, entendido, este, como «una primera versión hispánica de la modernidad» (Iglesias Feijoo, 1995: 38), producto de la gran crisis finisecular europea que reaccionó virulentamente contra el imperio de la razón, el positivismo y la estética realista decimonónicos, y recuperó la soslayada dimensión espiritual del hombre, optando por otras vías de conocimiento (intuición), pensamiento (idealismo) y estética (simbolismo). No en vano, fue definido por Giovanni Allegra (1982: 9) como «trattato mistico concepito in piena modernità».

Es un libro de prosa inigualable pero de lectura difícil: mensaje y código están cifrados. En él late la idea de la *gnosis* de contener un conocimiento secreto reservado a unos pocos: los poetas, capaces de intuir la armonía oculta

que rige el universo y afirma la unidad esencial del mismo. El desciframiento del tratado exige cierta familiarización no solo con el código, lenguaje y símbolos ocultistas, sino también con el mensaje, los principios filosóficos que lo fundamentan: la teosofía y la mística quietista de Miguel de Molinos.

La crítica valleinclaniana en numerosas ocasiones ha incidido en el sincretismo esotérico de la obra, pero esta amalgama de pensamiento neopitagórico, neoplatónico, gnóstico, cabalista, hermético y mágico, como supo ver Gómez Amigó (1995), emana de una misma fuente: la moderna teosofía fundada por Blavatsky (1875), que estableció su origen, precisamente, en la Escuela de Alejandría de Amonio Saccas, de la que se siente sucesora.

La teosofía o Sabiduría Divina es el fondo de verdad esotérico que comparten todas las antiguas religiones y antiguos sistemas de filosofía, revelado a los iniciados a través de los tiempos, manifestándose su unidad en la universalidad de los símbolos religiosos y de las tradiciones de las civilizaciones antiguas. Esta Verdad o *Doctrina Secreta*, divulgada por la *Sociedad Teosófica*, integra, por tanto, múltiples saberes procedentes del ocultismo y el orientalismo, que en la cultura finisecular tuvo una enorme influencia. Y en Valle-Inclán también. En cierto sentido, el escritor reconocía esta deuda en una entrevista a propósito de una cuestión sobre *La Lámpara Maravillosa*:

> es el libro del cual estoy más satisfecho, tanto por la forma como porque me parece que logré la idea que tenía, de que él despertara en cada uno de los lectores una emoción diversa y que como los antiguos libros de las escuelas iniciáticas de Alejandría, pudiera tener verdades de eterna belleza; siempre nuevas, porque cada quien que las siente, puede interpretarlas (*Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, 28 de noviembre de 1921: 171).

De la teosofía extrae Valle-Inclán la visión del mundo como unidad indivisible, un principio absoluto del que derivan por emanación las tres personas de la divinidad, en una evolución constante, de eterno retorno, y por ende, el concepto del tiempo como ilusión; la esencia divina del hombre que debe recordar de dónde procede y volver a su origen (gnosticismo y neoplatonismo); el concepto de la ley del karma; la transmigración (pitagorismo) o reencarnación; o la *individualidad* o parte eterna del alma que transmigra en otras vidas de la que derivan sus conceptos del «gesto único» y la «rosa del matiz».

El otro pilar en el que se sustenta la urdimbre de *La Lámpara Maravillosa* es la doctrina quietista del místico heterodoxo Miguel de Molinos, que promulga la oración de quietud como medio para alcanzar la unión mística y cuyos elementos

centrales son la primacía de la contemplación sobre la meditación, el cese de toda actividad del alma mediante la inhibición de la voluntad, y la doctrina de la nada: la aniquilación o disolución del alma en Dios, deificándola, que guarda semejanza con el nirvana búdico.

En el quietismo de Molinos, Valle-Inclán encontró la formulación teórica de su experiencia de trascendencia estética —en él innata, como deja entrever en el tratado— que cristalizó en el «quietismo estético». Ahora bien, hay que destacar que Valle-Inclán llegó a Molinos a través de la teosofía, pues su doctrina fue rescatada del olvido por el teósofo Rafael Urbano, que publicó la *Guía espiritual* (1675) por entregas en la revista *Sophia* (1905). Evidentemente, esta restitución del quietismo no es gratuita ya que la mística molinosiana, ajuicio de Urbano, engarza con la teoría de aniquilación del budismo, divulgada por la teosofía. Pero no se trata de una interpretación forzada, pues fue la ortodoxia cristiana la que hizo primero este tipo de lectura y por la que Molinos fue condenado, al encontrar en el quietismo vínculos con la tradición de la mística renana y la teoría de la nada del maestro Eckhart, también censurada. Además, esta línea exegética había sido expuesta más de dos décadas antes por Menéndez Pelayo en *Historia de los heterodoxos españoles* (1880-1882), que Valle-Inclán conocía sobradamente pues le sirvió de fuente para su tratado, como ha revelado el estudio de los manuscritos conservados en el «Legado Valle-Inclán Alsina» y, en cierto modo, también por Blavatsky en su *Glosario teosófico* (1892) al definir a los quietistas como los *Hatha-Yoguis* occidentales (Vílchez, 2015 y 2016).

A la luz de estas cuestiones puede concluirse que la similitud entre algunas enseñanzas teosóficas y la mística molinosiana permitió a Valle-Inclán realizar el sincretismo filosófico y místico que sustenta *La Lámpara Maravillosa*.

Editar *La Lámpara Maravillosa*

La edición de *La Lámpara Maravillosa. Ejercicios Espirituales* que se ofrece recupera como texto base la *editio princeps* publicada en 1916 siguiendo los criterios generales de *Obras completas* establecidos en la introducción del volumen i. En este caso, la elección adquiere una doble significación pues además de brindar al lector el texto genuino de la edición príncipe desde su primera publicación en 1916, sirve para conmemorar su centenario. En el cotejo realizado para esta edición no solo se han contemplado las dos ediciones en vida

del escritor (1916 y 1922) sino también la dilatada historia textual en prensa de la obra, que ha revelado la existencia de erratas y variantes textuales. Nada extraño, por otra parte, si tenemos en cuenta el sistema de composición manual y el afán del escritor por revisar y perfeccionar constantemente sus obras. Tan solo en dos ocasiones se ha recurrido a la lectura de 1922, al considerar que se trataba de erratas: En 1916 leemos: «¡En la llama viste, en la piedra *revestiste* temblando al decir Amor de Dios!»; y en 1922: «¡En la llama viste, en la piedra *revertiste* temblando al decir Amor de Dios!» («Exégesis Trina» VII). En el segundo ejemplo leemos en 1916: «Por donde *una vez más pasamos*, allí perduramos»; frente a 1922: «Por donde *una vez pasamos*, allí perduramos» («La Piedra del Sabio» I) (cursivas mías).

El interés del texto de 1916 radica, sin embargo, en algunos pasajes que sufren alteraciones en 1922 y que hasta ahora se habían soslayado, a falta de una edición crítica de la obra. Estas variantes textuales concentradas en la segunda mitad del libro imprimen mayor precisión semántica al discurso haciéndolo más inteligible o coherente como ocurre, por ejemplo, en este pasaje de «Exégesis Trina» v: «El Demiurgo resume el *Todo*» (LLM1916: 134) / «El Demiurgo resume el *Acto*» (LLM1922: 126), en el que *Acto* resulta más preciso para referirse a la acción creadora ínsita del Demiurgo, divinidad inferior al Pre-Padre con el que se identificaría el sustantivo *Todo*, según la cosmología gnóstica. En otras ocasiones estas matizaciones suponen el sacrificio de la forma en pro de la precisión del concepto como ocurre en la glosa de «El Quietismo Estético» vi: «Para que el recuerdo *se haga* quietud» (LLM1916: 185) / «Para que el recuerdo *sea* quietud» (*LLM1922*: 177). Estilísticamente, la variante de 1916 es más sugerente; sin embargo, la sustitución de la forma verbal supone un cambio de aspecto, imperfectivo en *se haga* por perfectivo en *sea*, que imprime mayor precisión conceptual a la teoría estética del quietismo que Valle-Inclán concreta en este capítulo del tratado. Asimismo, el lector podrá apreciar el lapsus cometido en «El Quietismo Estético» VII donde la voz narradora protagonista evoca la primera experiencia extática que tuvo siendo un niño a través de la contemplación de las acciones y formas de la figura de la Madrina, a quien se refiere en una ocasión como *mi abuela*. Este término que rompe el halo sagrado e iniciático del personaje, cuya contemplación le suscita la emoción inefable del éxtasis, tiene una explicación lógica, si tenemos en cuenta que en gallego el sustantivo ‘madriña’ se utiliza como sinónimo de ‘abuela’.

A la luz de estos ejemplos, podría concluirse que, siendo esta una edición autorizada, Valle-Inclán en 1922 pule algunos deslices o desaciertos conceptuales inadvertidos en 1916 a pesar del exquisito cuidado que puso en el cifrado textual e iconográfico del tratado. Asimismo, se ha realizado una enmienda en un pasaje de «La Piedra del Sabio» v que no hacía sentido en ninguna de las ediciones: «en aquel momento, como *mirase* hacia el mar» (LLM1916y LLM1922) por «en aquel momento, como *si mirase* hacia el mar».

Por otra parte, la necesidad de crear un nuevo lenguaje que, ajuicio del escritor, reflejase la conciencia española del momento conservando la esencia de la tradición y siguiendo la máxima del maestro Verlaine: «elige tus palabras siempre equivocándote un poco» que cita en «El Milagro Musical» ni, motiva la presencia en el discurso de neologismos como *antagonía* —ingeniosa combinación de ‘antagonismo’ y ‘armonía’ que utiliza para describir la armonía de contrarios entre Panteísmo y Quietismo—, o la castellanización de galicismos como *miraje*, es decir, ‘espejismo’ o *magista* —término frecuente en la literatura esotérica para referirse al mago-sabio ocultista, o la reproducción fonética de la región huasteca mexicana a la que se refiere como *guazteca*. Asimismo, encontrará el lector latinismos procedentes del lenguaje gnóstico valentiniano y místico como *Horus del Pleroma* —el Horos, el Límite que separa el ámbito inferior material y el superior, divino o pleromático— o *Divina Caligo*— la tiniebla o calígine luminosa que emana de la esencia de Dios, en la que se sume el alma aniquilada, superadas las tres vías o tránsitos del alma.

CARMEN E. VÍLCHEZ RUIZ

BIBLIOGRAFÍA ESENCIAL SOBRE *LA LÁMPARA MARAVILLOSA*

1. Primaria:

VALLE-INCLÁN, Ramón del (1916): *La Lámpara Maravillosa. Ejercicios Espirituales* (dedicatoria a Joaquín Argamasilla de la Cerda). Madrid: Sociedad General Española de Librería, Imp. Helénica. *Opera Omnia*, I (colofón: 08 de febrero). Ilustrada por José Moya del Pino.

— (1922): *La Lámpara Maravillosa. Ejercicios Espirituales*. Madrid: Sociedad General Española de Librería, Artes de la Ilustración. *Opera Omnia*, I (colofón: 30 de junio). Ilustrada por José Moya del Pino.
— (1992): *La lámpara maravillosa. Ejercicios espirituales*. Edición de Virginia Garlitz. Barcelona: Círculo de Lectores, Biblioteca Valle-Inclán.
— (1995): *La lámpara maravillosa. Ejercicios espirituales*. Edición de Javier Blasco. Madrid: Espasa-Calpe, col. Austral.
— (2002): *La lámpara maravillosa. Ejercicios espirituales*. En *Obra Completa* I*. Prosa*. Madrid: Espasa, 1905-1985.

2. Secundaria:

ALLEGRA, Giovanni (1979): «Ermete modernista. Occultisti e teosofisti in Spagnatra fine Ottocento e primo Novecento». *Annali dell'Istituto Universitario Orientale*, Sez. Romanza XXI 2, 357-415.
— (1981): «Sull'influsso dell'ocultismo in Spagna (1893-1912)». Suplemento de *Vie della Tradizione* 39, X, 3-45.
— (1982): «Introduzione» a la edición italiana. *La lampada meravigliosa*. Lanciano: R. Carabba, 5-37.
— (1986): «El modernismo de Ramón del Valle-Inclán. Antecedentes, paralelismos y aprendizaje místico en su estética de la sincronía». *El Museo de Pontevedra*, XL, 177-191.
BARROS, Fernando (2007): La Lámpara Maravillosa *de Valle-Inclán. Algunas claves esotéricas*. Vigo: Ediciones Cardeñoso.
DÍAZ-PLAJA, Guillermo (1965): *Las estéticas de Valle-Inclán*. Madrid: Gredos.
ETREROS, Mercedes (1995): *Sub specie aeternitatis. Estudio de las ideas estéticas de Valle-Inclán*. A Coruña: Fundación Pedro Barrié de la Maza, Conde de Fenosa.
FLYNN, Gerard (1994): *The Aesthetic Code of Don Ramón del Valle-Inclán*. Huntington (West Virginia): University Editions.
GARLITZ, Virginia Milner (1986): «La evolución de *La Lámpara Maravillosa*». *Hispanística* XX *(Leer a Valle-Inclán en 1986)* 4, 193-216.
— (1987): «Fuentes del ocultismo modernista de *La Lámpara Maravillosa*». En John P. Gabriele (ed.). *Genio y virtuosismo en Valle-Inclán*. Madrid:

Orígenes, 101-113.

— (1989a): «El ocultismo en *La Lámpara Maravillosa*». En Clara Luisa Barbeito (ed.). *Valle-Inclán. Nueva valoración de su obra*. Barcelona: PPU, 111-124.

— (1989b): «José Moya del Pino, ilustrador y colaborador de Valle-Inclán». En Félix Menchacatorre (ed.). *Ensayos de literatura europea e hispanoamericana*. San Sebastián: Universidad del País Vasco, 179-185.

— (1992): «Introducción» a *La Lámpara Maravillosa*. Barcelona: Círculo de Lectores, Biblioteca Valle-Inclán, 17-35.

— (2007): *El centro del círculo: La Lámpara Maravillosa, de Valle-Inclán*. Santiago de Compostela: Servizo de Publicacións e Intercambio Científico de la USC / col. «Biblioteca de la Cátedra Valle-Inclán», vol. 2.

GÓMEZ AMIGÓ, Carlos (1995): «La teosofía en *La Lámpara Maravillosa*». *Valle-Inclán y su obra*. Actas del Primer Congreso Internacional sobre Valle-Inclán. Ed. Manuel Aznar Soler y Juan Rodríguez. Barcelona: Cop d'Idees / Taller d'Investigacions Valleinclanianes, 197-205.

IGLESIAS FEIJOO, Luis (1995): «Valle-Inclán, el Modernismo y la modernidad». En Manuel Aznar Soler y Juan Rodríguez (eds.). *Valle-Inclán y su obra*. Actas del Primer Congreso Internacional sobre Valle-Inclán. Barcelona: Cop d'Idees: Taller d'Investigacions Valleinclanianes, 37-50.

JIMÉNEZ, Juan Ramón (1936): «Ramón del Valle-Inclán. (Castillo de quema)». *El Sol*, 26 de enero, 1.

LAVAUD, Jean-Marie (1969): «Une collaboration de Valle-Inclán au journal *Nuevo Mundo* et l'exposition de 1912». *Bulletin Hispanique*, LXXI, 286-311.

LIMA, Robert (1994): «The Gnostic flight of Valle-Inclán». *Neophilologus Groningen*, 78, abril, 243-250.

MAIER, Carol (1979): «Symbolist Aesthetics in Spanish: The Concept of Language in Valle-Inclán's *La lámpara maravillosa*». En Roland Grass y William R. Riley (eds.). *Waiting of Pegasus: studies of the presence of symbolism and decadence in Hispanic letters*. Macomb: Western Illinois University, 77-87.

— (1985): «Untwisting the Castilian Tongue: Some Suggestions from Valle-Inclán's *La lámpara maravillosa*». *Hispanic Journal*, 6, 2, 59-67.

MALDONADO MACÍAS, Humberto Antonio (1980): *Valle-Inclán, gnóstico y vanguardista*: «La lámpara maravillosa». México: Universidad Nacional

Autónoma.

MORÓN ARROYO, Ciriaco (1968): «*La lámpara maravillosa* y la ecuación estética». En: Anthony N. Zahareas (ed.). *Ramón del Valle-Inclán. An appraisal of His Life and Works*. New York: Las Américas, 443-459.

RISCO, Antón (1977): *El Demiurgo y su mundo: hacia un nuevo enfoque de la obra de Valle-Inclán*, Madrid, Gredos.

SANTOS ZAS, Margarita (1991): «Estéticas de Valle-Inclán: Balance crítico». *Ínsula,* 531, 9-10.

SPERATTI-PIÑERO, Emma Susana (1974): *El ocultismo en Valle-Inclán*. London: Tamesis Books.

VV.AA. (2016): «En el centenario de *La lámpara maravillosa*», núm. monográfico de los *Anales de la Literatura Española Contemporánea / Anuario Valle-Inclán* XV, 41.3.

VÍLCHEZ RUIZ, Carmen E. (2012): «*La Lámpara Maravillosa*. el libro como obra de arte en Valle-Inclán». En Margarita Santos Zas, Javier Serrano Alonso y Amparo de Juan Bolufer (eds.). *Valle-Inclán y las artes*. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela, Biblioteca de la Cátedra Valle-Inclán, vol. 7, 379-397.

— (2015): «Análisis de las fuentes documentales de *La Lámpara Maravillosa* de Valle-Inclán a través de los autógrafos del Legado Valle-Inclán Alsina». *Anales de la Literatura Española Contemporánea / Anuario Valle-Inclán* XIV. *Homenaje a Luis T. González del Valle,* 40.3, 325-49.

— (2016): «Las fuentes y conceptos teosóficos de *La Lámpara Maravillosa* a la luz de los autógrafos conservados en el legado Valle-Inclán Alsina». *Anales de literatura española contemporánea / Anuario Valle-Inclán* XV*,* 41.3, 153-178.

EL RUEDO IBÉRICO.
LA CORTE DE LOS MILAGROS

PRIMERA SERIE

TOMO PRIMERO

AIRES NACIONALES

I

EL reinado isabelino fue un albur de espadas: Espadas de sargentos y espadas de generales. Bazas fulleras de sotas y ases.

II

EL General Prim caracoleaba su caballo de naipes en todos los baratillos de estampas litográficas: Teatral Santiago Matamoros, atropella infieles tremolando la jaleada enseña de los Castillejos:

—¡Soldados, viva la Reina!

III

LOS héroes marciales de la revolución española no mudaron de grito hasta los últimos amenes. Sus laureadas calvas se fruncían de perplejidades con los tropos de la oratoria demagógica. Aquellos milites gloriosos alumbraban en secreto una devota candelilla por la Señora. Ante la retórica de los motines populares, los espadones de la ronca revolucionaria nunca excusaron sus filos para acuchillar descamisados. El Ejército Español jamás ha malogrado ocasión de mostrarse heroico con la turba descalza y pelona que corre tras la charanga.

IV

—¡PEGAR fuerte!

La rufa consigna bajaba de las alturas hasta la soldadesca, que relinchaba de gusto porque la orden nunca venía sin el regalo del rancho con chorizo, cafelito, copa y tagarnina. Los edictos militares, con sus bravatas cherinolas proclamadas al son de redoblados tambores, hacían malparir a las viejas. El palo, numen de generales y sargentos, simbolizaba la más oportuna política en las cámaras reales. La Señora, encendida de erisipelas, se inflaba con hucheo de paloma:

—¡Pegar fuerte, a ver si se enmiendan!

V

¡NO se enmendaban! Ante aquella pertinaz relajación, la gente nea se santigua con susto y aspaviento. Las doctas calvas del moderantismo enrojecen. Los banqueros sacan el oro de sus cajas fuertes para situarlo en la pérfida Albión. La tea revolucionaria atorbellina sus resplandores sobre la católica España. Las utopías socialistas y la pestilencia masónica amenazan convertirla en una roja hoguera. El bandolerismo andaluz llama a sus desafueros rebaja de caudales. El labriego galaico, pleiteante de mala fe, rehúsa el pago de las rentas ferales. Astures y vizcaínos de las minas promueven utópicas rebeldías por aumentar sus salarios. El huertano levantino, hombre de rencores, dispara su trabuco en las encrucijadas bajo el vuelo crepuscular de los murciélagos. El pueblo vive fuera de ley desde los olivares andaluces a las cántabras pomaradas, desde los toronjiles levantinos a los miñotos castañares. Lalsos apóstoles predican en el campo y en los talleres el credo comunista, y las gacetas del moderantismo claman por ejemplares rigores. Entre tricornios y fusiles, por las soleadas carreteras, cuerdas de galeotes proletarios caminan a los presidios de África.

VI

SE pegó muy a conciencia. No faltó la ley de fugas, ni se excusaron encarcelamientos regidos de ayuno y maltrato de verdugones, como pide el

restablecimiento del orden, frente al desmán popular que rompe faroles y apedrea conventos. Los edictos militares, con sus hipérboles baladronas, se emulaban en aquel retórico escupir por el colmillo. Desde todas las esquinas nacionales lanzaban roncas contra las logias masónicas, que en sus concilios de media noche habían decretado la revolución incendiaria, el amor libre y el reparto de bienes. Con tales alarmas se asustaba la gente crédula, y las comunidades de monjas rezaban trisagios, esperando la hora de ser violadas. El maligno andaba suelto, sin que pudiese fusilarlo el General Narváez. ¡Y todo lo exigía el restablecimiento del orden! Se zurró con tan generosa voluntad y se quebraron en la fiesta tantas varas, que se peló de florestas Castilla. Valladolid estuvo tres días con tres noches tartamuda bajo las ráfagas del tiroteo, con las manos en las orejas, medio ojo abierto sobre la soldadesca tiznada de pólvora, que penetraba a culatazos en las tabernas y hacía servicio de retén a la custodia de conventos y Bancos.

VII

EN Santa Clara, de Valladolid, la monja organista quedó loca para muchos días, suceso no extraño si se atiende a que una bala le rozó las tocas cuando sacaba agua del pozo. En aquel tiroteo hubo cinco muertos en la calle y un lorito en el balcón de Capitanía. Todo lo acarreaba la judaica pasión por los bienes terrenales, ahora más temosa con la quiebra fraudulenta del Banco de Castilla. Eran muchos los que se lloraban arruinados, y unánimes en el rencoroso clamor por el castigo del presidente y los consejeros, santones de la opinión moderantista en las riberas del Pisuerga. Una providencia judicial, alzando el auto que los tenía en cárcel, sirvió de pretexto a los enemigos del orden. Comenzó la jarana con pedrea y rotura de cristales, alarma de gritos y susto de carreras. Salió la tropa, resbaló un caballo, holgose el motín callejero alternando chifles y vayas, abroncáronse con esto los pechos militares, sonaron cornetas, encendió el aire la fusilada, y entre cirros de pólvora, en charcas de sangre, cantaron su triunfo las ranas del orden. Cinco paisanos muertos, y aquel verdigualda cotorrín antillano, que las furias populares inmolaron a pedradas en el balcón de Capitanía. El restablecimiento del orden nunca se logra sin el sacrificio de vidas inocentes. La muerte de su cotorrín desconsoló a la señora generala. Recibía visitas de pésame en el estrado, y con mimos de cuarterona

solicitaba del veterano esposo un castigo ejemplar para los crímenes de la demagogia. El general, marido complaciente, dictó un bando de farrucas retóricas y extremó ternezas conyugales disponiendo que fuese disecado el cotorrín para consuelo de su dueña y adorno de consola. La generala, entre soponcios y congojas, con beata simplicidad, prometía donárselo a las monjas de Santa Clara: Su mitológica fantasía de criolla cuarterona ambicionaba que la maravilla verdigualda del cotorrín, emulase en los limbos monjiles a la blanca paloma del Espíritu Santo.

VIII

LA gente nea rezaba trisagios implorando la salvación de España. Toda Andalucía, delirante de rencores proletarios, sentíase convulsa por la fiebre anarquista. En Lucena, Montilla y Villar del Duque, los gremios menestrales y las peonadas agrarias asaltaban los archivos municipales y les ponían lumbre. Era su clamor por el reparto de tierras. Con el susto de las represalias se fugaban a las capitales de provincia los caciques y alcaldes de Real Orden. Se desvanecían los alguaciles y chulos del resguardo. En las Casas Consistoriales, llenas de humo, solo aparecían por raro caso los famélicos chupatintas que se dejan crecer la uña del meñique: Aparentaban simpatía por la causa popular, y con falso guiño leguleyo aconsejaban cordura: Sórdidos, desgalichados, retuertos, insinuaban tramposos arbitrios convenientes a la defensa de los amotinados si, fallado el golpe, los empapelaban en un proceso. Y, a hurto, echaban un ojo por las ventanas, en avizorada espera de que asomase la Guardia Civil.

IX

EN Villar del Duque, el alcalde, un usurero ricachón con mucha gramática parda, salvó la vida declarándose conforme con el reparto de bienes. Caído en poder de los revoltosos, cuando a lomos de un asno se fugaba con disfraz de melero, fue arrastrado hasta la Casa Consistorial: Entre pitos y befas, a empellones, siempre en un cerco de roncos y estentóreos amotinados, salió al balcón:

—¡Ea, caballeros, haremos el reparto, y no se hable más cosa ninguna! A lo que sea de razón no ha de negarse vuestro alcalde.

Se arrancó un curda:

—¡Eso es canela!

El alcalde le descubrió entre los amotinados bajo el laurel de una taberna: Era un viejo cañí, esquilador de oficio, con ribetes de cuatrero. Le cayó encima el alguacil, que aún llevaba en el quepis las telarañas del desván donde se había ocultado:

—¡Cállate la boca y no metas el corvejón! Esto es muy serio.

El alcalde se enjugaba el sudor:

—¡Un botijo, no tenéis a mano?

Salió una voz del grupo que lo cercaba:

—¡Un botijo para el señor alcalde!

Otra voz oficiosa:

—¡Mejor una limoná si está acalorado!

Un malasangre:

—¡Que reviente!

Sorna del señor alcalde:

—¿Y quién os hace la partijuela? Yo no os la hago sin refrescarme el gaznate.

Por encima de las cabezas, de mano en mano, volaba una pintada botija de Andújar. El alcalde, luego de beber largo y despacio, la posó a su lado, en el arrimo del balconaje:

—¡Vamos allá! Para mis luces, antes de adelantar paso ninguno, todos los presentes os habéis de disponer en tres bandos: Los que tengan más de una yunta: Los que no pasen de la pareja, y los pelanas.

Un tío lagartón:

—Baje su merced a ponerse en el bando que le corresponde.

Un disidente:

—Lo primero es el reparto de tierras.

Otro:

—Y de yuntas.

Un pelanas:

—Conmigo no reza.

El alcalde:

—Donde que no haya avenencia, nombráis una comisión de vuestro seno

para que se entienda con mi autoridad.

Un terne:

—No hay autoridad.

Otras voces:

—¡Abajo los Consumos!

Un violento:

—¡Haremos una degollina!

El alcalde:

—¡El que tenga dos parejas dará una!

Cada bando encrespaba su protesta:

—¡Eso no es razón!

—¡Queremos el reparto de tierras!

—¡La rebaja de caudales!

—¡Abajo los Consumos!

—¡Abajooo!…

—¡Abajo las quintas!

—¡Abajooo!…

Cuando mayor era el tumulto oyose el toque de militares cornetas que sonaban fuera de la villa, y del balcón municipal se fugaron los amotinados que rodeaban al señor alcalde. Por la lontananza amarilla del rastrojo, moviéndose en hileras, fulgían brillos de roses y fusiles. Los pantalones colorados escalaban los cerros: Latían los gozques de corral sobre las bardas: Eran un clamoroso guirigay todos los gallineros.

X

AL dramatismo libertario y anárquico de las peonadas andaluzas, romántica falseta de cante jondo, respondían bromas de vinazo, bermejas de pimentón, las ribereñas cabilas del Ebro. Los bonetes de aldea predicaban la cruzada carlista, y el jaque valentón rasgueaba el guitarrín patriótico, cantando la jota. La musa popular coronada de ajos y guindillas romanceaba en el lauredo umbral de los ventorros: El rejo temerón y selvático de aquellas métricas, era punteado por todos los guitarros del Ebro. En las sacristías se iniciaban colectas para contrabandear fusiles por la muga de Francia: Las comunidades de monjas bordaban escapularios con el detente, bala. Si en el silencio de la media noche

oían el punteado de las rondallas, deslizábanse, furtivas y descalzas, de sus catres penitentes, para acechar, como novias, tras de las rejas:

—Levantaremos pendones
Por la Santa Religión,
Que nos sobran los riñones
A los hijos de Aragón.

XI

LA tea anarquista y las hogueras inquisitoriales atorbellinaban sus negros humos sobre el haz de España. La furia popular trágica de rencores, milagrera y alucinante, incendiaba los campos, y en el cielo rojo del incendio creía ver apariciones celestiales. La fiebre revolucionaria, en la hora de máxima turbulencia, se infantilizaba con apariciones y presagios del mileno. El clero aldeano, predicador de la cruzada carcunda, conducía a sus feligreses a las gándaras de los ejidos comunales. Ágiles pastores de cándidos ojos mostraban el sendero, como en las viejas crónicas que refieren las batallas contra el moro, con la blanca aparición de Santiago. Las negras sotanas escalaban los cerros capitaneando las fanáticas rogativas. Sobre el horizonte incendiado, los niños pastores señalaban las celestes apariciones. La comunión de feligreses esperaba inmovilizada. En el silencio atento, rompía los cristales de la tarde el suspiro histérico de las beatas como en una cópula sagrada. Sobre las rojas lumbres de las represalias se encendían las cándidas luces del milagro. Todos los ojos contemplaban el teologal prodigio de las escalas angélicas y el trono de nubes donde pacen ovejas e hila su copo de oro Nuestra Señora. Y el incendio de las furias populares corría sobre los campos, y el rico avariento huido de su fundo, se refugiaba en las ciudades, y por las hispánicas veredas, con los últimos reflejos del día destellaban tricornios y fusiles.

XII

EN las sedientas villas labradoras, negras de moscas, cercadas de corrales, encendidas de sol, los alcaldes de capa y monterilla reclamaban el amparo de la Guardia Civil. Temían el desmán de las glebas hambrientas desbandadas

por los caminos con adusto duelo, sin hallar trabajo: En cuadrillas, implorando limosna, emigraban a las tierras bajas ribereñas del mar, menos castigadas del hambre que las altas llanuras trigueras: Dormían bajo el cielo de luceros, por las lindes de los campos asolados. En los villajes de la ruta pedían pan. Algunas mozuelas bailaban a la puerta de los ricos: Viejas de greña caída y ojos de brasa se metían por los zaguanes enlabiando bernardinas: Lloriqueaban los críos encadillados al refajo de las madres, pardas mujerucas en preñez: Tenían una canturía lastimera, y las madres les daban lección de humildad cristiana enseñándoles a besar el mendrugo de la limosna. Las sarracenas peonadas que aún cargaban al hombro las hoces en huelgo, pedían un polvo de tabaco, la palabra adusta, los ojos esquivos bajo el negro zorongo, el rojo pañolete, el catite o la montera, según fuese su éxodo riberas del Ebro, del Guadalquivir, del Tajo, del Sil, del Duero. Se salían del camino real para rastrear por los majuelos algún racimo olvidado del gorrión: Divertían el hambre con raíces y langostas silvestres como los Profetas del Desierto: Soportaban con enconado rencor la ceñuda hostilidad de la Guardia Civil: Temían su encuentro en el despoblado de las carreteras: Se descubrían y saludaban:

—¡Con Dios la Señora Pareja!

XIII

ENTRE tricornios y fusiles, cuerdas de proletarios sospechosos de anarquismo acezaban por todas las carreteras de España: En los páramos y soledades camperas se atribulan con el presentimiento de la muerte: Sus ojos, quemados del sol y del polvo, tienen lumbre de rencores: Aletea su pensamiento en una noche de recelos y penas: Caminan esposados, taciturnos: Cargan escuetos hatillos sobre los hombros, y con miradas de través acechan las dañinas intenciones de los tricornios. Nunca se les autoriza para descansar en poblado: Frecuentemente son conducidos fuera del camino real por tajos de rastrojera, sendas de olivar y negros pinares de silencio, con huellas de lobos y raposos. Entre luces salen a la vista de algún remoto villorrio de los que todavía tienen cárcel con cadena, cepo para borrachos blasfemos, y en la plaza el rollo labrado por toscos y barrocos cinceles. En torno del campanario aletean vencejos y murciélagos. Dan un humo azul los tejados. Una guitarra llora penas. El nocturno morado del cielo solemniza las voces y las sombras. Los tricornios se

contraseñan en silencio, inician un despliegue sobre los flancos, retroceden de espalda con los fusiles prevenidos, ganan distancia, hacen fuego. Un guardia lleva el parte al villorrio. El alcalde lo convida a unas copas. El secretario, en la misma mesa, moja la pluma en el tintero de asta. Redacta entre dientes: Viéndose esta fuerza agredida por un grupo que intentaba facilitar la fuga de los presos…

El monterilla bebe con el guardia:

—Y menos mal que por esta vez los habéis caído cerca del pueblo.

XIV

LAS tropas salían de los cuarteles batiendo marcha, se acantonaban en los villorrios, merodeaban por los corrales. Las mujerucas que sufrían el daño sacaban de lejos las uñas, enronqueciendo clamores. Los pantalones colorados perseguidos por la zalagarda de los perros, el gruñido de los marranos y el rebuzno de los asnos escapaban trasponiendo las bardas. Los jaques de pueblo se reunían en la taberna: Si el mosto acaloraba los ánimos y encendía la trifulca popular, tres toques de atención para empezar la fusilada y restablecer el orden como previenen las sabias leyes marciales. El Caballo de Espadas, levantado en corneta, arenga con rutilantes tropos. En las mochilas cacarea un gallinero. Ladran los perros, innúmeros perros, nubes de perros: En fuga, cojeando, se expanden por la redondez del ruedo ibérico. Y sobre todos los horizontes, en el curvo límite, donde se juntan la tierra sin sembrar y el cielo, roses y pantalones colorados, brillo de bayonetas, fusilada y humo de pólvora. De la mochila de un quinto vuelan plumas de gallina. El Caballo de Espadas comenta en plática doctrinal con el rucio de Sancho:

—¡El mundo se arregla pegando fuerte!

XV

LOS Generales de la Unión Liberal conspiraban fumando vegueros en las tertulias del Casino ele Madrid. Aquellos Martes con reuma sifilítico, con juanetes, con bigotes y perillona de química buhonera, compadreaban por las prebendas en ciernes, y comprometían pactos para coronar al Duque de Montpensier. En la espera acudían al tapete verde para probar fortuna, y

firmaban pagarés a cuenta de la cucaña revolucionaria: Con sesuda cuquería de tresillistas, premeditaban una función de pólvora, sin plebe, sin muertos, liberal en el reparto de mercedes, y les ponía en cuidado la ambiciosa condición dél Conde de Reus. ¡Aquel soldado de aventura que caracoleaba un caballo de naipes en todos los baratillos de estampas litográficas!

XVI

EL reinado isabelino fue un albur de espadas: Espadas de sargentos y espadas de generales. Bazas fulleras de sotas y ases.

LA ROSA DE ORO

I

LA Santidad de Pío IX, corriendo aquel año subversivo de 1868, quiso premiar con la Rosa de Oro, que bendice en la Cuarta Dominica Cuaresmal, las altas prendas y ejemplares virtudes de la Reina Nuestra Señora. A la significación de tan fausto suceso, no correspondió, como prometía, el cristiano sentimiento de la Nación Española: Aquellos que más debieran celebrarlo tenían intrigado en las camarillas vaticanas contra la designación de esta señalada merced para la Reina Nuestra Señora. Hubo una difusa intriga diplomática con mitras, frailes y monjas, recordando el tiempo de los Apostólicos. Personajes muy señalados terciaron en aquel enredo: Del Padre Fulgencio, Confesor del Rey Don Francisco, parece probado, y acaso no estuvo tan ajeno como debiera el Augusto Consorte. Una monja milagrera también anduvo en ello, según se propaló en murmuraciones de antecámara: Esta monja, que tenía captadas las regias voluntades, preciaba sus artes políticas por mejores que las de Roma. El Confesor y la Madre Patrocinio estimaban más eficaces que las muestras de amor indulgentes, los anatemas con su cortejo de diablos y espantos: La monja y el fraile trataban de purificar al pueblo español de la contaminación masónica, y, escarmentados de otras veces, recelaban que por el conforto de las bulas pontificias, se les fuese de las manos el gobierno de la Señora. La Reina, libre de miedos, candorosa y desmemoriada, podía volver a los descarríos de antaño y firmar paces con las facciones liberales, que, emigradas, conspiraban en Francia. Eran machos los palaciegos que acogían este linaje de suspicacias cuando llegó a la Corte el Enviado Apostólico. Con tal motivo hubo grandes fiestas en el Real Palacio: Capilla con señores obispos y cantantes de la Ópera: Besamanos y parada: Banquete de gala y rigodón

diplomático. Todo el lucido y barroco ceremonial, de la Corte de España.

II

LA Rosa de Oro, salvado el símbolo y mirada en su ser de orfebrería, no era un primor del cincel: Si deslumbraba a los legos ingenuos, a los peritos edificaba contándoles las estrecheces del Santo Padre. Su Majestad la Reina, muy experta tasadora de alhajas, en el ceremonial de la entrega, se afligió con un ahogo de lágrimas, secundado por todo el cortejo de plumas y bandas que llenaba la Real Capilla.—Fue la solemnidad del acto, en consonancia a la señalada muestra con que distinguía a su Amada Hija en Cristo, la Santidad de Pío IX. Ofició el Señor Patriarca, asistido por los mitrados de Tuy y Salamanca. Estrenose un temo pluvial, que la regia munificencia había encargado a las Seráficas Madres de Jesús. Era muy rico y refulgente, sin que pasase a competir con otros más antiguos que guarda aquella Real Sacristía. Alguna gente de tonsura lo denigró más de lo justo, comentándose que, por solo el bordado de aquellos sacros paños, hubiesen percibido doscientos mil reales las Benditas de Jesús.—Vicarios y sacristanes de otras monjas promovían estas murmuraciones. —El reparto de las regias mercedes siempre acongoja más ánimos de los que congracia.

III

FUE muy conmovedor el momento, y escasos ojos permanecieron enjutos, cuando se alzó para leer la salutación pontificia, el rojo Legado Apostólico:

—Nos, Sumo Vicario de la Iglesia, para conocimiento y edificación de todos los fieles, queremos atestiguar solemnemente, con acendrado empeño y perenne monumento, el amor ardentísimo que te profesamos, carísima hija en Cristo. Con excelso gozo te confirmamos en esta predilección, así por las altas virtudes con que brillas como por tus egregios méritos para con Nos, para con la Iglesia y para con esta Sede Apostólica.

Se oían suspiros y sollozos. El Reverendo Padre Claret, Arzobispo de Trajanópolis, había traducido al romance castellano el mensaje latino, y los monagos repartían la bula en vitelas impresas con oros chabacanos. Salmodiaba

ante el altar refulgente de luces, el Legado de Roma:

—Nos, Sumo Vicario de Cristo, asistido de su gracia, desde esta Sede Apostólica, te hacemos presente de la Rosa de Oro, como símbolo de celestial auxilio para que a tu Majestad, y a tu Augusto Esposo, y a toda tu Real Familia, acompañe siempre un suceso fausto, feliz y saludable.

Las cláusulas prosódicas subían en ampulosas volutas con el humo de los incensarios, y el cortejo palatino, asegurado en la bula del fraile, se maravillaba entendiendo aquel latín ungido de dulces inflexiones toscanas. La Familia Real tenía un resplandor de códice miniado. La Señora, particularmente, estaba muy majestuosa con el incendio que le subía a la cara: Sobre su conciencia turbada de lujurias, milagrerías y agüeros, caían plenos de redención los oráculos papales.

IV

CUANDO, al término de la ceremonia, el palatino cortejo de plumas, bandas, espadines y mantos se acogió a los regios estrados, la Reina Nuestra Señora hubo de pasar a su camarín para aflojarse el talle. La Doña Pepita Rúa acudió pulcra y beatona: Era dueña del tiempo fernandino, una sombra familiar en las antecámaras reales. La Señora, al aflojarle la opresa cintura las manos serviles de la azafata, suspiró aliviándose: Estaba muy conmovida y olorosa de incienso: En la capilla, oyendo leer la salutación del Santo Padre, casi se transportaba, y el ahogo feliz del ceremonial, veníale de nuevo. La Reina sentíase desmayar en una onda de piedad candorosa, y batía los párpados presintiendo un regalado deleite:

—Pepita, voy a confiarte un secreto. ¡Es para ti sola y no vayas a publicarlo por los desvanes!

Saltó la Doña Pepita, muy avispada:

—¡No me cuente ninguna cosa la Señora, porque hay duendes en Palacio! Sin fin de veces me tiene ocurrido callar como una muerta —tampoco es otra mi obligación— y divulgarse cosas muy secretas que me había confiado Vuestra Majestad. ¡Y más no digo!

—Haces bien, porque eres un badajo cascado. ¡Mira que con lo que sales!

—No he querido disgustar a la Señora. ¡Ay, Jesús, qué pena tan grande!

Se arrugaba la vieja con un fuelle rumoroso de enaguas almidonadas. La Reina se abanicaba con aquel su garbo y simpatía de comadre chulapona:

—¡Pepita, no hagas visajes!

—¡Si Vuestra Majestad querría desenojarse conmigo!

—No seas pánfila.

—¡Estoy desolada!

Isabel II abultaba con una sonrisa de picaras mieles el belfo borbónico heredado del difunto Rey Narizotas:

—Mira, dame un dedal de marrasquino. Se me barre la vista y creo que va a darme un vahído.

La Doña Pepita pasó del remilgarse compungido al remilgo consternado:

—¡No es de extrañar con tanta opresión del talle!

—¡Y la emoción oyendo leer aquellas expresiones cariñosísimas del Santo Padre!

—¡Eso lo primero!

—¡Naturalmente, tarambana!

La Reina Nuestra Señora extasiaba el claro azul de sus pupilas sobre la pedrería de las manos, y un suspiro feliz deleitaba sus crasas mantecas. Salió del éxtasis para mojar los labios en la copa de marrasquino, y melificada totalmente con la golosina, paró los ojos sobre la vieja azafata:

—¡Ay, Pepita, no debía contarte nada!

—¡Mi Reina y Señora, yo hablé como hablé, por un escrúpulo! ¡Estoy traspasada!

La Majestad de Isabel, benévola y zumbona, hacía el ademán de espantarse un tábano:

—Pues he pensado mandar un millón de reales para la limosna de San Pedro. ¿Te parece que será poco? Yo, francamente, no sé lo que puede hacerse con esos cuartos.

Reflexionó la Doña Pepita, con los ojos en el techo de amorcillos:

—Con un millón, bien se hace una casa.

—¡No, mujer! Se harán muchas.

—Casitas pequeñas. Yo hablaba de una casa de renta, una casa como las del barrio.

—Y tú, grandísima tonta, ¿crees que un millón no da para más misas?

—¡Yo, por lo que oigo!

—¿Pero entonces un millón no es nada?

—Paco Veguillas compró en treinta mil duros un cascajo en la calle de la Cabeza.

—Le habrán timado.

—¡Bueno es Veguillas!

—¡Ay, hija! ¿Y quién es ese personaje?

—Paco Veguillas, el barbero de Su Majestad el Rey Don Francisco.

—¡Rigoletto! Hablarás claro. ¿Conque compró una casa? Mucho se gana rapando barbas de papanatas.

La Reina de España, un momento quedó suspensa, hilvanando recuerdos de tantas intrigas, donde había mediado muy principalmente aquel ilustre personaje, uno de los que más valimiento alcanzaba en la Camarilla de Nuestro Señor Don Francisco.—Cuando se celebraron las bodas reales, había entrado en Palacio con la servidumbre ultramontana del Augusto Consorte, y, desde entonces, pesaba su consejo en los negocios de Estado.—La Señora almibaró el acíbar de aquellos recuerdos volviendo a catar el marrasquino:

—¿Y tú cuándo te compras una casa, Pepita?

—Cuando junte una peseta y muchos cuartos, y no tenga una población de sobrinos a quien ayudar… El Gervasio, que está de guarda en el Real Sitio de Aranjuez, quiere cambiar de puesto y venir al Buen Retiro… Si Vuestra Majestad se interesase…

—Claro que me intereso, y he dado la nota. ¡Por tu sobrino me intereso, y basta!

De un sorbo apuró el marrasquino, poniendo el sello a su palabra real.

V

LA Majestad de Isabel II, pomposa, frondosa, bombona, campaneando sobre los erguidos chapines, pasó del camarín a la vecina saleta. La dama de servicio, con el aire maquinal de los sacristanes viejos, cuando mascullan sacros latines, le prendió en los hombros el manto de armiño. Los regios ojos, los claros ojos parleros, el labio popular y amable, agradecieron con una sonrisa a la cotorrona de casa y boca. Aquella estantigua de credo apostólico, nobleza rancia, cacumen escaso, chismes de monja y chascarrillos de fraile, también intrigaba en las tertulias de antecámara desde el año feliz de las bodas reales. Era Duquesa de Fitero y Marquesa de Villanueva de los Olivares, con otros títulos y sobrenombres de claro abolengo, mucha hacienda en cortijos, dehesas, ganados, paneras, cotos, granjas, castillos y palacios. El escudo de sus armas está

repartido por toda la redondez de España. La vejancona, confusamente, se sabía de un gran linaje, sangre bastarda de reyes aragoneses y judíos castellanos. Luego, tras estas exiguas luces, todo el saber histórico y familiar de la rancia señora constituía una fábula trivial, llena de incertidumbre, cubierta de polvo como los legajos de Simancas.—En la puerta, cuando salía, se detuvo la Reina Nuestra Señora:

—Eulalia, de ti para mí, y no vayas más lejos…

Respondió hueca y espetada la rancia infanzona:

—¡Sobradamente me penetro, Señora!

—Tengo en pensamiento mandar dos millones a la limosna de San Pedro. ¿Será poco? Claro que no pretendo pagar tan señaladas muestras de amor como me da el Santo Padre. ¡Eso no se paga! ¿Quedaré mal con dos millones, Eulalia?

—Yo creo que no.

—¿Qué se puede hacer con dos millones?

—Muchas mandas y sufragios para tener lejos a Patillas.

La Duquesa de Fitero era muy temerosa de que la muerte la sorprendiese en pecado, y al dormirse la veía ensabanada como un antruejo, terrible y burlona con su hoz. Aquella vieja orgullosa y pueril trascendía todos sus conceptos a imágenes corporales: El Infierno con sus calderas de pez hirviendo y su tropa de rabos y cuernos entenebrecíale los nocherniegos trisagios: El Purgatorio también le daba espeluznos, sin ser parte a confortarla, el pensamiento de que con llamas a los pechos pudiera verse entre un tiarado y un coronado, conforme al ritual de todos los retablos de ánimas. Se hacía cruces la Reina de España:

—¡Qué cosas sacas! El Santo Padre tiene poder para confundir a Patillas.

La rancia estantigua, bajo las plumas del moño, acentuaba su gesto de cotorra disecada:

—Con dos millones también puede comprarse papel del Estado.

La Majestad de Isabel II recapitulaba:

—Dos millones, tengo idea de que en los últimos monos le pedía Paco a Narváez… Dos millones debe ser una cantidad decente, porque en el pedir nunca se queda corto Pacomio.

La Duquesa petrificaba su gesto magro y curvo de pajarraco:

—Esa limosna debe darla el Gobierno.

—No querrá.

—¡Herejes!

—¡Mujer!…

—¡Herejotes y masones todos ellos!

—¡No me impacientes! Narváez es muy escrupuloso y defiende el dinero del presupuesto como si fuese suyo.

—Porque es un cascarrabias. Del General nada digo, pero el que no me entra es el tal Don Luis Bravo.

—Pues me ha servido lealmente.

—Es un ambicioso con una historia muy negra. Narváez y otras personas debían estar muy sobre sí, con ese gitano.

—Eulalia, no me traigas cuentos, porque los creo, y entre unos y otros me revolvéis la cabeza.

—¡Vuestra Majestad es demasiado buena!

—Ya lo sé, pero eso no tiene remedio. Nací buena, como nació marraja Luisa Fernanda. ¡Mira que revolucionar para quitarle a su hermana el Trono! ¡A su hermana, de quien solo ha recibido favores y muestras de cariño! ¿Has visto maldad tan refinada?

La Duquesa de Fitero hizo el comentario de protocolo:

—Vuestra Majestad tiene el amor de sus súbditos y le basta. ¿La Señora ha reparado qué mala cara tiene hoy Narváez?

—¡Bilis que le hacen tragar esos pilletes que conspiran en Francia!

La Duquesa, en la punta de los pies, aseguraba con sus manos de momia los postizos y la diadema, que hacían un guiño en la cabeza de la Reina Nuestra Señora.

VI

ENTRE un cortejo de plumas fatuas y chafados visajes pasó la Reina Nuestra Señora al salón de Gasparini. Una gran mesa fulgente de cristal y argentería estaba dispuesta a fin de que hubiesen reparo para sus fallecidos ánimos, las ilustres personas que habían recibido el pan eucarístico en la solemne función de Capilla. Para todos tenía una zumba popular y amable la Majestad de Isabel II. El Rey Don Francisco hacía chifles de faldero al flanco opulento de la Reina. Las Augustas Personas, agotado el repertorio de sonrisas y lisonjas, se entretuvieron largo espacio con el Duque de Valencia: Estaban los tres en el hueco de un balcón, tan profundo y amplio, que parecía una recámara. El Rey, menudo y rosado, tenía un lindo empaque de bailarín de porcelana. La

Reina, con el pavo sanguíneo, se abanicaba. El Espadón, puesto en medio, abría las zancas y miraba de través, bajando una ceja, a las Personas Reales:

—Mi deber es aconsejar lealmente, sin perder de vista los intereses políticos y las altas responsabilidades de mis actos. La Real Familia no puede reconocer públicamente, ni tampoco con relaciones privadas, el origen misterioso de ese personaje.

Acudió severa la Reina:

—¡Es nieto de reyes, Narváez!

—Señora, dice serlo.

—Haces mal en dudarlo. Estoy bien enterada y creía que tú lo estuvieses. A Luis Fernando, fruto de unos amores de mi padre, tú le has conocido en París. Ese es su hijo.

El Augusto Consorte se arrimó con respingo de perro faldero, el recadén propincuo de la Reina:

—¡Nuestro sobrino, Narváez!

El Espadón, bajando el párpado, miraba al bailarín de porcelana, como los esquiladores al jaco antes de esquilarle:

—Señor, mi deber es advertir a Vuestras Majestades.

Insistió la Reina:

—Yo tengo secretas razones de conciencia para recibir al Príncipe Luis de Borbón.

—Señora, permitidme que os recuerde los disgustos pasados cuando os visitó en Zarauz el Infante Don Juan.

—Porque yo dije una cosa y mi primo entendió otra.

—Seguramente.

—¿Y ahora qué temes? Sé franco.

—No puedo serlo.

El Rey Don Francisco, como a impulsos de un resorte, sacó del buche los enojados tiples de su voz:

—¿Y si te lo exigiese Isabelita?

—No podría menos de complacerla.

Acudió la Reina:

—Pues yo te lo pido. ¿Cuál es tu recelo?

Se impacientó el Espadón:

—Señora, mi deber es hablaros lealmente. El Gobierno tiene pésimas referencias del que se titula sobrino por la mano izquierda de Vuestras

Majestades: Ha recorrido varias Cortes Europeas, llamándose unas veces Conde Blanc y otras Príncipe Luis María César de Borbón: En todas partes ha vivido de un modo turbio: La Policía, alguna vez, le condujo a la frontera: Últimamente acompañaba al Infante Don Juan, en Italia: No me extrañaría que hubiese llegado aquí bajo el patrocinio de alguna monja.

Cortó con un hipo de paloma buchona, envuelta en majestuosos arreboles, la Reina Nuestra Señora:

—Está bien, Narváez. Has hablado lealmente y te lo agradezco. Como Reina Constitucional he querido someterte este asunto de familia. Haré lo que me aconsejes y no recibiré a mi sobrino, a ese personaje, como tú has recalcado con la intención de un colmenareño. Eres un cascarrabias, y me has ofendido, porque se trata de mi sangre.

El Rey Consorte acucó la voz, acogido al flanco matronil de la Reina:

—¡Nuestra sangre, Narváez!

La Majestad de Isabel II tenía en el celaje de los ojos el azul de la mañana madrileña: Murmuró con donosa labia:

—Mira, Narváez, amor con amor se paga. Deseo atraer a mi lado con algún cargo al hijo de un leal servidor que no ha sido recompensado. ¡Los reyes, algunas veces, somos muy ingratos! El Barón de Bonifaz ha sacrificado su vida por mi Causa. Yo quiero que el hijo venga a mi lado, con un puesto en la Alta Servidumbre de Palacio. Tengo una deuda sagrada con la memoria del padre, y para borrar ese olvido, esa ingratitud, te recuerdo al hijo de aquel servidor tan leal, a fin de que le tengas presente en la nueva combinación de cargos palatinos.

Resopló el Espadón:

—¿Sabe Vuestra Majestad que ese pollo es un perdis?

Se acachazó burlona la Reina de España:

—Aquí le sentaremos la cabeza.

El Espadón bajaba el párpado y abría el compás de las zancas, con aire de jácaro viejo:

—Señora, mi deseo es complacer siempre a Vuestras Majestades, y si el nombramiento no halla oposición en el seno del Gobierno…

—¡Me traes la cabeza del que disienta!

La Reina Nuestra Señora, chungona y jamona, regia y plebeya, enderezaba con su abanico el borrego del toisón que llevaba al cuello el adusto Duque de Valencia, Presidente del Real Consejo.

VII

LA Majestad de Isabel II —luego de haber repartido retratos con laudosas dedicatorias entre obispos, monseñores y palaciegos— se retiró a los limbos familiares de su Cámara. El Excelentísimo señor Don Jerónimo Fernando Baltasar de Cisneros y Carvajal, Maldonado y Pacheco, Grande de España, Marqués de Torre-Mellada, Conde de Cetina y Villar del Monte, Maestrante de Sevilla, Caballero del Hábito de Alcántara, Gran Cruz de la ínclita Orden de Carlos III, Gentilhombre de Casa y Boca con Ejercicio y Servidumbre, Hermano Mayor de la Venerable Orden Tercera y Teniente Hermano de la Cofradía del Rosario, hacía las veces como Sumiller de Corps. En la Cámara de la Reina el personaje ponía los ojos en blanco, doliéndose respetuosamente, pues también había esperado un retrato de la graciosa voluntad de la Señora. Era un vejete rubiales, pintado y perfumado, con malicias y melindres de monja boba: En cuanto a leñas y seso, no desdecía en las cotorronas tertulias de antecámara: Vano, charlatán, muy cortés, un poco falso, visitaba conventos por la mañana, lucía hermosos troncos por la tarde, a la hora del rosario acudía secretamente al reclamo de una suripanta, y ponía fin a la jornada en un palco de los Bufos, donde se hablaba invariablemente del cuerpo de baile y de caballos. La Señora le consoló populachera y jovial:

—¿No comprendes, calabaza, que a las personas de mi íntimo aprecio quiero hacerles un presente más señalado? ¿Te parece mandar fundir una medallita? Precisamente quería consultarte.

El Marqués de Torre-Mellada se desbarató con una escala de gallos:

—¡Señora, es una gran idea la medallita!

—¿De oro o de plata?

Se precipitó el palaciego:

—¡De oro!

La Majestad de Isabel II abultaba el belfo con chunga borbónica:

—Tú no te paras en barras. Mira, Jeromo, el retrato no te lo di porque no quise. ¿Hasta cuándo le van a durar a tu mujer las jaquecas nerviosas?

Se atontiló el repintado vejete:

—¡Pobrecita! ¡Esta madrugada ha tenido un ataque que nos ha consternado!

—¡Vaya, vaya! Dile a Carolina que si quiere ponerse buena inmediatamente y contentarme, renuncie a ser dama de la Duquesa de Montpensier.

—¿Es el deseo de Vuestra Majestad?

El palatino estafermo inclinábase con tan arrugada pesadumbre, que se compadeció la Reina Nuestra Señora:

—Yo agradezco mucho las muestras de amor y lealtad de mis súbditos. El que me quiere, ya me tira tierra a los ojos. Mi deseo es hacer la felicidad de los españoles y que ellos me quieran. Pero esto debe ser algo muy malo, porque solo recibo ingratitudes. Mi hermana y su marido, que tanto me deben, conspiran para destronarme: El Gobierno ha sorprendido una carta del franchute a Serrano: ¡El General Bonito se ha vuelto contra mí! ¡Le hice cuanto es, no he podido hacerle caballero! ¡Figúrate si con esta espina puedo mirar con buenos ojos a tu mujer en el puesto de dama de la Duquesa de Montpensier! Narváez ya te hizo una advertencia. Estoy enterada. Por lo visto querías oírlo de mis labios.

—¡Señora, no me dolería más un puñal que me hubiesen clavado!…

—El Puñal del Godo.

La Reina, siempre indulgente, tendió la mano al palaciego, que la besó inclinándose cuanto el corsé le autorizaba. Viéndole arrugar el apenado visaje, entre crédula y burlona, le ofreció su pomo de sales la Reina:

—No he dejado de quereros. Tú, para mí, eres siempre el mismo. Mi confianza en ti no ha menguado, y precisamente quería someter a tus luces una duda. ¿Qué se puede hacer con dos millones?

—¡Muchas cosas!

—No me entiendes. ¿Cuánto dinero es?

—¡Pues dos millones! ¡Cien mil duros! ¡Quinientas mil pesetas!

Se embobó la Reina:

—Ponlo también en reales.

—Pues dos millones de reales son precisamente dos millones de reales.

La Majestad de Isabel II hizo un aspaviento de graciosa soflama:

—¡Qué talento matemático tienes, Torre-Mellada! Pues verás, quiero hacer un donativo a Roma… Había pensado algo… Pero con certeza no sé. ¿Tú, si te lloviesen dos millones, qué harías?

El Marqués de Torre-Mellada no dudó, que de antiguo lo tenía meditado:

—¡Yo, Señora, tendría una cuadra de caballos como las mejores de Inglaterra!

—Tú, sí… ¡Pero el Santo Padre!

—¡Es que, francamente, no sé por dónde puede irse el dinero siendo Papa!

—¡Nadie lo sabe y nadie me saca de la duda!

Se levantó con mecimiento de bombona, pasando al camarín por aliviarse de nuevo.

VIII

EL besamanos estaba señalado para las tres de la tarde, pero comenzó lindando las cuatro. La clara luz de la tarde madrileña entraba por los balcones reales, y el séquito joyante de tornasoles, plumas, mantos y entorchados evocaba las luces de la Corte de Carlos IV. La Reina Nuestra Señora, revestida de corona y armiños, empechada como una matrona popular, entró con mucha ceremonia en el Salón del Trono. El Rey Don Francisco dábale el brazo: Vestido de capitán general, muy perejil, todo colgado de cruces y bandas, casi desaparecía al flanco pomposo y maduro de la Señora: Asidos levemente de la mano, subieron las gradas del trono: Se saludaron con una genuflexión, como pastores de villancico, y tomaron asiento, sonrientes para el concurso, con gracia amanerada de danzantes que miman su dúo sobre un reloj de consola. Su Alteza Real el Príncipe de Asturias, vestido con marcial uniforme y luciendo divisas de cabo, hizo besamanos el primero: Era un niño pálido, con las orejas muy separadas: El enclenque desparpajo de la figura, la tristeza de la mirada llena de prematuras curiosidades, promovían, con aquel disfraz del charrasco y el pantalón colorado, un recóndito dejo de cruel mojiganga. La expresión aguzada, enfermiza y precoz del Augusto Niño no prometía una vida lozana. Le agasajó con maternal orgullo la Señora. Alargó el Rey, sin llegar a tocarle, una mano blanca y llena de hoyos. Resplandeció el palatino cortejo, con sonrisa extasiada, y todos los rostros se asemejaron en una expresión de embobamiento familiar. El bálsamo cadencioso de la ceremonia religiosa se decantaba en los pechos cruzados de bandas: Todos eran felices en aquel momento y casi se amaban, complacidos en el júbilo maternal de la Reina Nuestra Señora. Sentían la protección celeste, estaba en sus corazones como una miel acendrada. El besamanos fue largo, pero tan lucido de mantos y oropeles, que muchos, en su embeleso no lo reputaron cansado, y las horas se les hicieron instantes. La Señora, siempre de la mano de su Augusto Esposo, sonriendo purpúrea bajo la corona real, descendió del Trono: Tuvo palabras gratas para sus cortesanos: Era pimpante, donosa y feliz de malicias en la vana charla de la etiqueta: Entonces advertíase reina. ¡Hada de alcázares! Pero en las asperezas del gobernar político

se le desvanecía la atención, dolorosamente incomprensiva. En este año de la Rosa de Oro se amargaba con la duda de que muchos españoles habían dejado de quererla. ¡Eran bien ingratos! ¡Y cuántos tendrían que condenarse por sus ideas extraviadas de progreso! ¡Condenarse! La Señora no deseaba el fuego eterno ni a sus mayores enemigos: Era pecado del que jamás había tenido que lavar su conciencia ante el Santo Tribunal. ¡El infierno para nadie! La Señora, por el hilo de los pensamientos, llevó la mirada de sus claros ojos al señor Duque de Valencia, que, vestido de gran uniforme, destacaba en medio del dorado salón, su angosto talle de gitano viejo. La Señora le sonrió llamándole: Hablaron a solas. Los que estaban vecinos, respetuosamente, se distanciaban:

—Te estuve mirando, y me parece que algo te pasa. Estás preocupado. ¿Hay malas noticias? ¿Se han pronunciado en algún cuartel?

—Vuestra Majestad puede estar tranquila.

—¿De manera que reina la paz en Varsovia?

—Por ahora tienen buen vino.

—Pero a ti algo te sucede.

—Estoy enfermo, y me retiraría si mereciese la venia de Vuestra Majestad.

—¿De veras estás enfermo? ¿No me engañas? ¡Tienes muy mala cara! Dame la mano. ¡Ardes! Cuídate mucho. Te necesitan España y la Reina. Retírate. Afortunadamente no será nada. Voy a poner una esquelita para que iluminen la santísima imagen de Jesús. Si mañana continúas mal, yo iré a rezarle. No será nada.

Murmuró displicente el Espadón:

—Un enfriamiento esta mañana en la Capilla Real. Creo, en efecto, que con un ponche y sudar…

—¡El ponche bien cargado!

El General Narváez, cambió en sonrisa el gesto de vinagre:

—¡De campamento!

La Señora le dio a besar su real mano, y apagó el celaje de los ojos bajo el vuelo de un presentimiento que la llenó de pavorosa inquietud. El General Narváez, abriendo el flamenco compás de las zancas, desaparecía como un fantasma, entre el fatuo susurro de las Camarillas.

IX

POR las galerías y a lo largo de las escaleras, uniformes y mantos susurraban al despedirse loores de aquel paso donde habían sido vistosos comparsas. Con aire de pedrisco pasó de pronto la nueva y el comento, del agrio talante con que se tenía despedido de las Reales Personas, el señor Duque de Valencia. Algunos políticos decían que enfermo: Casi todos los palatinos, que enojado. El Marqués de Torre-Mellada se afligía, y en secreto comunicaba sus temores al Marqués de Redín: Eran cuñados los dos marqueses: Este de Redín, casado con una hermana de Torre-Mellada: Bajaban despacio, y retardándose, la gran escalera. Sobre la gala de los uniformes destacaban los guantes blancos su cruel desentono, y eran todas las manos, manos de payaso. El Marqués de Redín, que pertenecía al Cuerpo Diplomático, comentó con inflexiones perspicaces y erres francesas de salón de Embajada:

—Lo peligroso, realmente, sería una auténtica enfermedad del General Narváez.

Bajaron tres escalones, y en un rellano:

—¡Después de O'Donnell, Narváez! Habría para preocuparse.

Un tramo de la gran escalera madurando reflexiones. Otro descanso. Voz de confesonario:

—En París y en Londres, unionistas, progresistas y radicales conspiran para cambiar el Trono. ¡Y aquí no queda otro hombre que González Bravo!…

Pausa. El soplo del aire:

—¡Un vesánico!

Chascó afligida la caña hueca del otro Marqués:

—¡Calla, por favor, Fernandito! ¡Las paredes oyen! ¡Ya nos han mirado! ¡No pareces de la carrera!

El Marqués de Redín, ante la simpleza pueril y medrosa del palaciego, sonrió con un rincón de la boca, entornando desdeñoso los párpados. Torre-Mellada se esquivó refitolero, saludando a unas damas que estaban detenidas en la escalera. Luego emparejaron los maridos, ataviados como para comedia antigua, con plumas y capas de maestrantes: Eran primos remotos, pero extremados en el parecido: Los dos zancudos, pecosos y ojiverdes, muy angostos de mejillas, aguileños y de narices tuertas: Los dos hablaban borroso, con un casi baladro, y eran por igual de gran linaje extremeño, con guarros y dehesas hipotecadas en las lindes de Villanueva de la Encomienda. El Marqués de Redín, bajando la escalera, respondía con gestos y cabezadas al General Fernández de Tamarite, un

viejo embetunado y completamente sordo. Se les juntó, disculpándose cumplimentero, el Marqués de Torre-Mellada. Pasaban otras madamas risueñas, que hacían monadas y saludos, tocando con los abanicos el hombro de los caballeros. El Marqués de Torre-Mellada las acogía cacareando un añejo repertorio de donosuras galantes. La Duquesa de Santa Fe de Tierra Firme y la Condesa de Olite, en espera de sus carruajes, las celebraban con guiños de burla. Comentó la Santa Fe:

—¡Jeromo, para ti no hay penas!

El repintado palatino filosofó con epicúreo cacareo:

—¡Y si las hay, me las espanto!

Insinuó delicadamente la de Olite:

—¡Con el rabo!

Y la Santa Fe completó el juego de sales madrigalescas con un susurro en el oído de la otra:

—Se las espanta con la cuerna.

La Condesa de Olite se sofocó reprimiendo la risa. Curioseó el palatino fingiendo candor:

—¿Qué ha dicho esa loca?

—¡Nada!

—¿Con qué me las espanto, Pilín?

La Santa Fe respondió con descoco:

—Acércate. No es para publicarlo.

El Marqués de Torre-Mellada, salvando en la punta de los pies colas y mantos, pasó al costado de la madama:

—¿Qué has dicho, Pilín?

Silabeó la Santa Fe en la oreja del palaciego:

—Un eufemismo del rabo.

El vejestorio repitió, turulato:

—¿Un eufemismo? ¿Cuál? ¡No entiendo! ¿Qué eufemismo?

La Santa Fe, impaciente, le sopló en la oreja con popular desgaire:

—¡Carraco!

El repintado palatino agitó las manos, bullicioso de risas:

—¡Eres terrible, Pilín!

Asintió burlona la madama: Montó en el carruaje y saludó asomando la cabeza prendida de pluma y joyeles:

—¡Ática!

Sucédense los años, y todavía, cuando se pondera el ingenio tradicional de las grandes damas, se recuerda en las tertulias aristocráticas a la Duquesa de Santa Fe de Tierra Firme. En la Corte Isabelina se hizo famoso su desgarro, y cuchicheaban sus salaces donaires, todos aquellos palaciegos gazmoños, que tenían, otras veces, llorado de risa, con las gracias de fray Gerundio y Tirabeque. ¡El lego y el frailuco droláticos habían sido los maestros humanistas en aquella Corte de Licencias y Milagros!

X

EL ceremonial conmemorando el fausto suceso de la Rosa de Oro finó con banquete y baile de gran gala. El señor Duque de Valencia, Presidente del Real Consejo, no pudo asistir, enfermo, según se susurró, con fiebres y punto de costado. El Ministro de la Gobernación tuvo una plática muy reservada con los reyes. Era un viejo craso y cetrino, con ojos duros de fanático africano: Ceceaba:

—Abrigo el presentimiento de un luto nacional. El Duque se halla realmente grave, y esta tarde ha tenido momentos de delirio.

La Reina, gozosa y encendida de la fiesta, imbuida de ilusa confianza, cerraba los oídos a las agoreras nuevas del señor González Bravo:

—¡No puede ser! Dios no abandona a España ni a su Reina… ¡Tú todo lo ves negro!

Don Luis González Bravo murmuró apesadumbrándose, sin un matiz de duda en el ceceo:

—¡El General nos deja!

Y parecía que no fuese el filo de la dolencia, sino el augurio implacable de aquel búho semítico, quien le matase. La Señora, purpúrea de piadosos fervores, mareándose un poco, se abanicaba, ahuyentando el espectro de la muerte:

—¡No se debe ensombrecer con esos pesimismos el júbilo de un día tan señalado! ¡Dios no abandonará a España, ni a su Reina!

—Señora, mis pesimismos están confirmados por la opinión de los médicos.

—¡Pues yo tengo puesta toda mi confianza en la ayuda Divina!

La Reina de España se abanicaba con soberanía de alcaldesa. Intervino el Augusto Consorte:

—¡Una sangría a tiempo hace milagros!

—Se le han aplicado cáusticos en el pecho.

Se afligió la Señora:

—¡Qué gana de hacerle sufrir! A Narváez, quien lo ha de poner bueno es el Santísimo Cristo de Medinaceli. Esta misma noche le empiezo la novena. Mira, Bravo, el corazón a mí no me engaña, y en este momento lo siento rebosar de esperanza, a pesar de tu cara larga y de tus pronósticos. ¡Durante el día me he preocupado, y ahora tengo la más ciega seguridad!

Tocaba la orquesta unos lanceros y salió a bailarlos la Reina Nuestra Señora con el señor González Bravo. En los pasos y figuras tuvo sonrisas muy zalameras para un pollastrón sobre la treintena, que lucía la llave de gentilhombre. El señor González Bravo atisbaba con su gesto de búho, formulando un monólogo poco piadoso:

—¡Esta grandísima!…

XI

EL Barón de Bonifaz —Adolfo Bonifaz en los salones—, después de los lanceros, mereció el honor de dar unas vueltas de habanera con la Señora. La Majestad de Isabel suspiraba en la danza, y el galán interrogaba con rendimiento:

—¿Se fatiga Vuestra Majestad?

—Tú debes ser el fatigado, porque estoy muy pesada.

—No se advierte, Señora.

—¿Me dirás que soy una pluma?

—¡Si Vuestra Majestad me autoriza para decírselo!

—¡Pues eres un solemnísimo embustero!

Bromeó marchoso Adolfito Bonifaz:

—Señora, hay pesos tan gratos que no se sienten… ¡El peso de la Corona!

—¡Te lo imaginas! ¡Cuántas veces se quisiera no sentirla en las sienes! ¡También rinde el peso de la Corona!

La Majestad de Isabel sonreía frondosa, y adrede se reposaba en los brazos del pollastrón:

—Me gusta bailar contigo porque me llevas muy bien.

La voz tenía una intimidad insinuante. Adolfito, advertido, estrechó el talle matronil de la Señora:

—¡Vuestra Majestad me honra en extremo!

La Reina de España, encendida y risueña, juntó los labios con cálido murmullo:

—Voy a tenerte muy cerca… He pedido un puesto para ti en la nueva combinación de cargos palatinos.

—¡Señora, mi gratitud!…

—Pero tendrás que sentar la cabeza si quieres estar cerca de mí.

Adolfito apasionó la voz:

—¡Muero por ello!

La Majestad de Isabel II iba en los brazos del pollastre, meciendo las caderas al compás de la música criolla, gachoneando los ojos. El voluptuoso ritmo complicaba una afrodita esencia tropical, y todas las parejas velaban una llama en los párpados. Adolfito, propasándose, se acercaba más, y consentía candorosa la Reina Nuestra Señora. Era muy feliz en el mareo de las luces, viendo brillar en el fondo de los espejos multiplicados jardines de oro.

XII

LA Católica Majestad de Isabel adormecíase con las luces del alba, mecida en confusos pensamientos de reina —terrores, liviandades, milagros, rosadas esperanzas, clamoreo de cismas políticos, fusilada de pronunciamientos militares—. Isabel II, en este año subversivo de 1868, se contristaba con el espectro de la Revolución, causa de tantos males en el Reino: Juzgaba, candorosamente, que extirpada la impiedad liberal y masónica tornaría a la ruta de sus grandes destinos la Nación Española.—Era muy reverenciosa de las conquistas sobre infieles, de su abuelo San Fernando.—España —la hija predilecta de la Iglesia—, vilmente calumniada por los malos patriotas desterrados en la frontera, la encendía en lumbres y corajes populares de Dos de Mayo: Visitaba todos los sábados por la tarde el Convento de Jesús: Hacía en el camarín largos rezos, pasando la camándula de la Madre Patrocinio: Mudaba más que nunca de la risa al llanto, y era tan pronto amor como esquivez lo que sentía por el Príncipe de Asturias.—En Francia, algunos emigrados fomentaban una intriga para que abdicase la Señora.—Felizmente, Roma, en aquella hora tan atribulada, acudía con sus bálsamos al conforto de su amada hija en Cristo. La Reina adormecíase cobijando ilusas esperanzas: El dejo azul de los ojos se velaba en el oro de las pestañas: Soñaba con labrar la felicidad de todos los

españoles: El Santo Padre, señalándola con nuevas prendas de amor, promulgaba una bula que redimía de las calderas infernales a todos los súbditos de Isabel: Las logias masónicas, en procesiones de penitentes, con capuchas y velillas verdes, se acogían al seno de la Iglesia. La Reina de España sentía el aliento del milagro en el murmullo ardiente con que la bendecía su pueblo. ¡Y en este limbo de nieblas babionas y piadosas imágenes, brillaba con halo de indulgencia y felices oráculos la Rosa de Oro!

ECOS DE ASMODEO

I

EL palacio de los Marqueses de Torre-Mellada estuvo en la Costanilla de San Martín.—El Palacio de los Picos le decían por el ornamento del muro. —Aquel caserón con gran portada barroca, rejas y chatos balcones montados sobre garabatos de hierro, fue, en las postrimerías del reinado isabelino, lugar de muchas cábalas y conjuras políticas. La crónica secreta conserva en donosos relatos y malignas hablillas el recuerdo del vetusto caserón con rejas de cárcel y portada de retablo, la clásica portada de los palacios de nobles en Madrid.

II

EL Salón de la Marquesa Carolina —rancia sedería, doradas consolas, desconcertados relojes—, repetía un poco desafinado los ecos literarios y galantes de los salones franceses en el Segundo Imperio. La Marquesa, ahora en su cautivante y melancólico otoño, escéptica de las ilusionadas peregrinaciones en busca del amor, conspiraba soñándose una Marquesa de la Fronda. Acababa de encender las luces el lacayo de estrados, y la doncella, reflejada sucesivamente en los espejos de las consolas, reponía las flores en los jarrones. La Marquesa Carolina, esta noche, como otras noches, mimaba la comedia del frágil melindre nervioso, recostada en el gran sofá de góndola, entre tules y encajes, rubia pintada, casi desvanecida en la penumbra del salón retumbante de curvas y faralaes, pomposo y vacuo como el miriñaque de las madamas. La Marquesa Carolina era de un gran linaje francés, hija del célebre Duque de Ramilly, Mariscal y Par del Reino en la Corte de Luis Felipe. Reclinada en el

sofá de góndola, perezosa y lánguida, quejábase de una enfermedad imaginaria: Hacíanle tertulia dos damiselas y un caballero con empaque de rancio gentilhombre: Este caballero era el afrancesado Marqués de Bradomín. Las damiselas —lindas las dos— eran Feliche Bonifaz y Teresita Ozores. La Marquesa se oprimía las sienes con las manos: El gesto doliente agraciaba su expresión de rubia otoñal. Teresita Ozores encarecía los encantos de París: Acababa de llegar, y suspiraba por volver:

—¡Los franceses, locos con el Imperio! ¡París, maravilloso! ¡La Opera, brillante! ¡Los modistos, un escándalo! ¡Pero qué lujo, qué gracia, qué *esprit*! Esta primavera, el último grito, los fulares estampados con rosas. Eugenia ha puesto la moda. ¡Para las rubias, admirable! ¡Tú, Carolina, estarás encantadora!

Teresita Ozores escondía sus treinta abriles bajo un vistoso plumaje de pájaro perejil: Hablaba con voluble y casquivano gorjeo. La Marquesa Carolina murmuró, declinando los ojos y la sonrisa:

—¿Te has divertido mucho, a lo que parece?

—¡Locamente, Carolina! ¡Locamente! ¡No hay más que París!

—¡Cierto! París es único.

III

EL Marqués de Torre-Mellada, con uniforme muy papagayo, cubierto de cruces y bandas, retocado y rubiales, entró haciendo gallos:

—La conjura revolucionaria parece abortada. Se confirma que unionistas y progresistas andan a la greña, sin ponerse de acuerdo para designar candidato al Trono. Hacen como los compadres que peleaban una noche por quién echaría en la olla un tordo que habían visto en el aire aquella mañana. ¡Hay que rezarle un responso al Duque!

—¡Muy interesante! ¡Muy interesante!

La Marquesa desviaba la flecha con su amable sonrisa pintada. El Marqués exprimía su regocijo, alternando dos voces en falsete:

—El General Dulce, que corrió estos tiempos de la Ceca a la Meca oficiando para avenir a los malavenidos, ha vuelto con el rabo entre piernas, y completamente descorazonado de que puedan entenderse. ¡Jesús! ¡Qué tardísimo! ¡Me voy a Palacio!

Se apartó con almibarada morisqueta, cediendo el paso a unas damas que

hacían estación en la tertulia, para llegar después del primer acto a los Bufos de Arderíus. Eran señoras casquivanas y un poco tontas, con los talles altos, el pelo en bucles y el escote adornado con camelias: Hablaban de modas, de amoríos, de un tenor italiano: Se abanicaban y reían sin causa. Sonaban confundidas las voces, como en una selva tropical el grito de las monas. En rigor ninguna hablaba: Sus labios de falso carmín lanzaban exclamaciones y desgranaban frases triviales, animándolas con gestos, con golpes de abanico, con zalamerías:

—¡Pero qué elegante!

—¡Encantadora! ¡Encantadora! ¡Encantadora!

—¡Ay, qué gracia!

—¡Date pisto!

—¡Ni pensarlo!

Y en medio de cada frase, el gorgorito de una risa que presta a las palabras la gracia que no tienen, y muestra la blancura de los dientes, al mismo tiempo que esparce la fragancia del seno alzándole en una armoniosa palpitación. Todas aquellas señoras intrigaban: Para ellas la política era el botín de las bandas, de las grandes cruces, de los títulos de Castilla: Amaban los besamanos y los enredos de antecámara: Curiosas y noveleras, procuraban descubrir entre los caballerizos y gentileshombres al futuro favorito de aquella reina tan española, tan caritativa, tan devota de la Virgen de la Paloma. El Salón de Carolina Torre-Mellada fue famoso en las postrimerías del régimen isabelino, cuando rodaba en coplas de guitarrón, la sátira chispera de licencias y milagros.

IV

DOLORCITAS Chamorro, en el sofá secreteaba con la francina Marquesa. La Chamorro, vejancona nariguda, con ojos de verdulera, negros y enconados, era sangre ilustre de aquel famoso aguador camarillero y compadre del difunto Narizotas. Dolorcitas picoteaba:

—¡El Duque está indignado! ¡Hija de mi alma, le cuesta un dineral la danza revolucionaria, y ahora quieren darle carpetazo! ¡Ya sabes que pone el veto a su candidatura para rey, el trasto de Pringue! ¡Le dejarán compuesto y sin novia! ¡Me lo estoy temiendo! Si Ayala viene esta noche, procura sonsacarle. Dicen que el candidato de los radicales es el Niño Terso. ¿Has visto mayor escándalo?

Murmuró Carolina Torre-Mellada con un gesto distraído, como si diese

respuesta a sus callados pensamientos:

—¡Serrano tiene un compromiso de honor con el Duque!

Saltó la Chamorro:

—¡Compromisos de honor, Serrano!

Hablaba con desgarro vivo y popular, rasgando la boca sin dientes: Tenía la cara arrugada, las cejas con retoque, y llevaba sobre la frente un peinado de rizos aplastados, que acababa de darle cierta semejanza con los retratos de la Reina María Luisa: Espetose de pronto en el sofá, advirtiendo con el codo a Carolina:

—¡Aquí está Ayala! ¡Sonsácale!

Era el que entraba un caballero alto, fuerte, cabezudo, gran mostacho y gran piocha: Vanidad de sargento de guardias.

V

FELICHE Bonifaz miraba furtiva al Marqués de Bradomín. La Chamorro se allegó cotillona:

—Tu hermano, si ahora tuviese juicio… Me han contado que han sido marcadísimas las deferencias de la Señora. ¡Ya os veo en Palacio!…

Feliche se había encendido, y estaba muy bella:

—A mí me verá usted donde pueda estar dignamente. Ya lo sabe usted.

La vejancona comadreó:

—¡Soñadora! ¡Romántica! La Reina ha estado deferentísima con el perdis de tu hermano, y no puede serte indiferente.

—¡Dolorcitas, es usted cruel insistiendo!

—¡No seas loca! Ya sabes dónde están mis simpatías, no las oculto. Sin embargo, comprendo que aún tiene mucho arraigo el Trono…

Gimió Feliche abrasada, enjugándose los ojos:

—¿Pero insiste usted?

—¡Insisto porque te veo huérfana, sin experiencia! El orgullo es muy mal consejero, y tú no estás en situación de hacer la Doña Quijota…

Feliche le clavó los ojos:

—Dolorcitas, mi hermano no ha caído tan bajo como usted sospecha.

—¡Pamplinas! Ahora, si las cosas van por donde muchos piensan, lo que necesita es tener cabeza. Ya le rezaré yo la cartilla a ese perdis.

Feliche se avizoraba, encendida y perpleja, batiendo los párpados: Sentía el

atisbo sagaz del Marqués de Bradomín: Adivinaba la sonrisa, la mirada, la triste y amable expresión, el dejo romántico de ciencia y solimanes mundano. Alzó los ojos. No se había equivocado: El viejo *dandy* estaba mirándola, y en aquella sonrisa deferente, dilecta, se acogió la azorada damisela con largo mirar agacelado. El Marqués de Bradomín, en pie, de espaldas a la monumental consola, adoptaba la actitud de galante melancolía, que como suprema lección de donjuanismo, legó a los liones de Francia el señor Vizconde de Chateaubriand. Cotilleó la Chamorro:

—¡No morderá, que si mordiese hacías boda!… Y los años no hay que mirarlos. Yo no los miré tampoco.

Dolorcitas Chamorro jamás repudiaba su estirpe aguadora de la Fuente de Pontejos: Era, por gracia de sus doblones, Condesa-Duquesa de Villanueva del Condestable: Había feriado en lote las deudas, los pergaminos y los alifafes de un linajudo vejestorio:

—¡Aquel Don Pedro de Borja y Azlor, Carvajal y Pacheco, descendiente por la mano izquierda de reyes aragoneses y valencianos tiarados! —La Chamorro, con sus husmas cotillonas, sus postizos y remangues, no era un anacronismo en la Corte Isabelina. Acaso un poco anticuado el estilo de sus derrotes, que lozaneaban la tradición del difunto Rey Narizotas.

VI

LÓPEZ de Ayala, el figurón cabezudo y basto de remos, autor de comedias lloronas que celebraba por obras maestras un público sensiblero y sin caletre, saludaba con pomposa redundancia a las madamas del estrado: Tenía el alarde barroco del gallo polainero. La Marquesa Carolina le acogió con bella sonrisa:

—¿Trae usted alguna noticia? Nosotras estamos rezando el trisagio como las viejas cuando truena.

—¡No es para que los luceros lloren perlas!

El figurón era gongorino y rutilante en el estrado de las damas. La Chamorro, por contraste, se arrancó con desgaire chulapo:

—¿Se confirma que los carcas se entienden con Pringue?

—Eso parece, querida Duquesa.

Acercose Teresita Ozores, linda y mariposera con tantos lazos y perifollos:

—¡Me arrebatan, Carolina! ¡Me raptan!

El figurón abrió la cola con floreo de galantería:

—¿Quién es el audaz robador de la ninfa?

Repuso la damisela, coqueta y donosa:

—¡Los Bufos, Ayala! ¡Los Bufos! Pero me encantan más las buenas comedias.

Se fue con un ritmo de baile. La Torre-Mellada insinuó:

—Adelardo, si a usted le interesan los Bufos…

—Maliciosa es usted, Marquesa.

Jugaba del guante el poeta, con aquel artificio de los cómicos cuando galanean, y cantaba en sordina su madrigal revolucionario:

—¡Queridas señoras, la única candidatura posible es la Infanta Luisa Fernanda! ¡Cuando la torpe mano real deja caer el cetro en el fango, solo puede recogerlo, sin mancharse, la mano de un ángel!

Saltó la Chamorro:

—Explíqueme usted, Ayala: ¿Es Pringue quien se pone la boina, o se pone el morrión el Pretendiente?

—Querida Duquesa, las arras en estos esponsales serían un cambio mutuo de monteras.

Dolorcitas volvió a meter la husma:

—¿Qué dice el Duque? He oído que está furioso.

—Acaso. Pero no creo que lo demuestre.

Ayala calló aparentando reservarse grandes secretos, y las damas esperaron el final de la pausa, con una sonrisa retocada y fatigada. El poeta levantó su guante, con un arabesco:

—La revolución es fatal, y, ante la ola demagógica, se impone la solidaridad de cuantos aman las libertades dentro del orden, representado en la Monarquía Constitucional.

—¡Chito! ¡Chito!

Carolina miraba en torno, el gesto entre risueño y contrariado. Damas y galanes conversaban en grupos: Afortunadamente ninguno ponía atención a lo que se conspiraba en el estrado. El figurón bajó el tono:

—La Infanta Luisa Fernanda hoy encarna los ideales que triunfaron en las sangrientas discordias civiles, y me parece locura insigne la de los radicales cabildeando con la rama de Don Carlos. Es renegar de su historia, y diré más, es un perjurio a los mártires de la causa constitucional.

Carolina inclinó la cabeza, apiadada y lánguida:
—¡Me da tanta pena la pobre Reina!
Lamentó Ayala:
—¡Desgraciadamente, se ha hecho imposible!
Y Dolorcitas Chamorro puso la rúbrica de su respingo:
—¡Se deja embaucar como una pánfila!
Suspiró Carolina:
—¡Está ciega! ¡Qué dolor no encontrar modo de salvarla! El celebrado poeta sentenció:
—¡Ha perdido el amor de los españoles!
—¡La pobre lo sabe y se duele, porque es muy buena! Carolina juntaba las manos, como en una visita de pésame.

VII

CON gritos y aspavientos, irrumpieron los que se habían ido a los Bufos: Damas y galanes:
—¡Hay barricadas!
—¡No se puede tolerar!
—¡El caos! ¡El caos!
—¡Todos los días un motín!
—¡El caos! ¡El caos!
—¡Aún el corazón me da saltos!
—¡Y esto ocurre gobernando Narváez!
Explicó el Barón de Bonifaz:
—¡Nada! ¡Total, nada! ¡Cuatro señoras que arañaron a un guardia!
Preguntó la Chamorro:
—¿Hubo tiros?
Chilló una tarasca, tapándose las orejas:
—¡Descargas cerradas!
Adolfito Bonifaz hizo una mueca de valentón:
—¡Panoli!
—¿No hubo descargas?
—El cierre de puertas.
Buscó testigos la tarasca:

—¿No hubo descargas, Teresita?

Teresita Ozores amurrió la cara con sal y desgaire:

—Yo solo sé que hemos perdido el palco, y que es intolerable.

El isabelino salón con las luces multiplicándose en los espejos, por gracia del garrulero parlar se convertía en una jaula, cromática de gritos y destellos. Cuando remansaba el chachareo percibíase un acompañamiento de guitarra y los jipados floripondios de un cante flamenco. La Marquesa Carolina, graciosamente consternada, se recogió en su nido de cojines:

—Tenemos de huésped a Paco el Feo.

Desgarrose la Chamorro:

—¡Está de moda! También es el maestro de mis hijos.

Llegaba el jipar del cantador, florido y dramático. Saludó Adolfito con una cortesía versallesca:

—Voy a ver los progresos que hace Gonzalón.

Teresita le guiñaba un ojo:

—¡Olé tu madre, resalado!

VIII

GONZALÓN Torre-Mellada recibía las lecciones de cante y acompañamiento de guitarra en la biblioteca, vasta sala frailuna y silente, propicia al trato de las musas y al estudio de la guitarra por cifra, que profesa Paco el Feo. Asistían a la lección y terciaban con timos y sentencias, Pepe Río-Hermoso, el Duque de Ordax y el Pollo de los Brillantes.—Una redoma pintada de rubio sobre dos pies del bailarín, con tacones muy altos.— El Pollo de los Brillantes era una momia acicalada: En este tiempo vivía del juego, y algunos sospechaban si de acuñar moneda: Era muy camarada del Barón de Bonifaz: Corrían las mismas chirlatas y cenaban juntos. El Duquesito de Ordax era un pollo, teniente de húsares, que llevaba el luto de su padre, y se divertía por los colmados no pudiendo hacerlo en su mundo. Pepe Río-Hermoso, primogénito de esta casa condal, asistía a la lección por matar el tiempo, y sin conseguirlo: Le miró, templando, Paco el Feo:

—Pepillo, para ti, mi vida, estos tientos. A ver si sueltas la murria, pelmazo. ¡Allá va!

Abría la boca el cañí, sacando la nuez, y entraba Adolfito:

—¡Estáis escandalizando!

—¿Se nos oye?

—¡La tertulia de tu madre queda haciéndose cruces!

Ceceó el Feo:

—No parece posible que se pueda tanto escandalizar, porque aquí estamos como en el panegírico de la misa.

Gonzalón bajó la voz:

—¿De veras se han enterado? Pues ya tengo que aguantarle caras a mi madre.

—¡Y no es para menos! ¡Haber convertido el solar de tus abuelos en café del cante!

—¡Asadura!

—¿Y no tenéis nada que pueda beberse?

Gonzalón callaba: Aquella carota de niño cebado a manteca tenía un gesto preocupado: A Gonzalón escaseábale el dinero, y se inquietaba con la suspicacia de no poder sacárselo a su madre. ¡Una vez más, caprichos y nervios iban a conjurarse en contra suya y de Toñete! Toñete era ayuda de cámara, oráculo y alquimista del repintado Marqués de Torre-Mellada. Gonzalón, si había de pedirle dinero, paralelamente tenía que maltratarlo de palabra y de obra. Era siempre la misma comedia: El puntapié, el llanto del vejete, con las manos en las nalgas, el abrazo de reconciliación. Una comedia aburrida y dolorosa. A Gonzalón, aquellos lances melodramáticos y grotescos, monótonamente repetidos, le dejaban siempre malhumorado, con una sorpresa dolorida y remota de afecto al viejo servidor. Toñete, en medio de sus lágrimas, jipón y tunante, las manos en las posaderas, nunca dejaba de recordar que le había visto nacer una noche de muchos truenos. Gonzalón, después de tales farsas, sentía la nerviosidad de un niño que hubiese maltratado a un pelele. Insistió Adolfito:

—¿Hacéis la juerga a palo seco?

El Pollo de los Brillantes taconeó el vito:

—Mira si queda alguna cosa en ese infolio.

Y señaló el caneco de ginebra derrengado bajo la silla del cantador. Pepe Río-Hermoso se despedía de Gonzalón:

—¡Me voy! ¡Que por la tertulia de tu madre se divulgase que asisto a la juerga, me haría la Pascua! El autor de mis días también tiene ojeriza al género flamenco, y no hay posibilidad de que uno se divierta sin que lo achaque a la vagancia. Estos tiempos le ha dado por leer filosofía krausista, y está

insoportable: Se le ha puesto entre cejas la austeridad, que consiste en andar a pie con unas botas muy gordas y comer bellotas del Pardo. Antes, aunque poco, me daba algún dinero, pero con el krausismo le ha entrado regalarme libros y aconsejarme que estudie. ¡Para qué quiero yo ser un sabio! A mí no me gusta andar a pie, el calzado gordo me molesta, las bellotas me dan cólicos. ¡Chico, te digo que está mi padre!…

Suspiró Gonzalón:

—Para ponerlo en tronco con mi madre.

—Tú llevas otra vida. A ti te divierte la juerga de vino y guitarra. Eso se hace hasta sin dinero. Pero a mí solo me gustan los caballos, y es un gusto muy caro.

—Hazte veterinario.

Paco el Feo, con la gorrilla de seda sobre la oreja, enfundaba la guitarra:

—¿Hay algún rumboso que convide a unos chatos en Casa de Garabato? ¡Le ha llegado una manzanilla sanluqueña de picho canela!

Puso su veto el Duquesito de Ordax:

—Yo no voy de uniforme a las tabernas.

Había en su voz y en su actitud una contrariada resolución. Paco el Feo cambió un guiño con Adolfito:

—¡Es muy actorazo para el drama!

Decidió Gonzalón:

—Esperadme en el Suizo. Yo tengo que ver de capear a Toñete.

—Pues mano izquierda.

—Me sé la faena. Es un toro mecánico.

—¡Hasta la vista, majito!

Dispersose el alegre cotarro. Gonzalón dio un suspiro y tiró de la campanilla para que compareciese Toñete.

IX

UNA sombra apareció en la puerta de la biblioteca. Gonzalón, que apuraba el caneco, cloqueó con el gollete en la boca:

—¡Toñete!

—¡Se ha evaporado!

Y la sombra desapareció con una zapateta. Gonzalón le tiró el caneco:

—¡Mamarracho!

Salió a grandes zancadas. La sombra se escurría por el corredor: Llevaba las manos en las posaderas:

—¡Se acabaron las danzas!

—¡Toñete!

—¡Se ha evaporado!

—¡Imbécil!

Gonzalón, porque se arrestase, rezábale detrás el clásico ensalmo de injurias, denuestos y amenazas: Tendía el brazo sobre el pelele huidizo y engarraba la mano. La sombra desapareció por una puerta, y corrió el cerrojo:

—¡Se acabaron las danzas!

Gonzalón sacudió la puerta:

—¡Donde te agarre te estrangulo!

—¡Muy buenas ideas!

—¡Abre! Tengo necesidad de hablarte.

—Diga su excelencia lo que desea, y se verá de servirle.

—¡Abre!

—¡No abro! ¡Primero dejaré el servicio de esta casa!

—¡Toñete, que te estás aparejando una tunda!

—¡Sería usted capaz! ¡A un pobre viejo que le ha visto nacer!

Gonzalón puso el hombro en la puerta, apartose, tomando impulso, y saltó el aldabillo. Toñete retrocedió con una espantada:

—¡Ave María!

Rugió Gonzalón:

—¡Insolente! ¿Quién eres tú para cerrarme las puertas de mi casa? ¡Voy a desollarte vivo!

—¡Ya lo estoy! ¡Me he visto negro para desempeñar las condecoraciones del señor Marqués! ¡Todo por cubrir el honor de quien no sabe agradecerlo! ¿Qué hubiera sido de mí si no hubiese encontrado un amigo que me prestó ese dinero? ¡Quedar por ladrón o declarar que habían sido pignoradas por el señorito!

—Pero has hallado un amigo, y eso es lo importante. Ya sabes que yo nunca discuto réditos. A ese amigo le pides, para mí, dos mil reales, y hemos acabado.

—¡Precisamente esa es la cantidad que, con muchos apuros, me ha prestado para sacar de donde estaban las condecoraciones!

—Mañana se vuelven a empeñar, y me das las beatas. Ahora me arreglaré con veinte duros. Pero ahora mismo, sin salir de aquí, porque estoy en un apuro.

—¡Imposible! He arañado los bolsillos hasta el último chavo. Los réditos ya

subían cuarenta machacantes.

—¡Toñete, no me pongas en el disparadero! ¡Mira que estoy desesperado!

—¿Y Toñete qué culpa tiene?

—Toñete, no seas gato, que tu misión en esta casa es robar para los dos.

—¡No condene el alma! ¿Que yo robo? ¡Si el venir a esta casa ha sido mi ruina!

—Puede que en otra robases más, aun cuando lo dudo. Apoquina, y guardémonos mutuamente los secretos.

Y remató haciendo bailar con la punta del pie al desprevenido pelele, que, puestas las manos en las nalgas, rompió a llorar en falsete.

X

EL Café Suizo no cerraba sus puertas. El madruguero cazador —morral, escopeta y perro— podía entrar con el alba a beberse una taza de café caliente, antes de salir al ojeo en la paramera de Vicálvaro. El Suizo mantenía siempre encendidos los pomposos tulipanes de la rinconada frontera al mostrador: Allí aposentábase un cenáculo de noctámbulos: El periodista mordaz, el provinciano alucinado, el cómico vanidoso, el militar de fanfarria, el respetuoso borracho profesional, admirador de los cráneos privilegiados, el guitarrista alcahuete, el opulento mendigo, primogénito de noble casa: Era una trinca apicarada y donosa, con ajadas plumas calderonianas, un eco de arrogancias y estocadas, recogido en aire de jácara matona. Aquella noche se juntaban Tóbete Bringas, Perico el Maño, el Coronel Zárate, Manolo Candarías, el Barón de Bonifaz, Paco Cembrano, el Cura Regalado, Don Joselito el Pollo de los Brillantes y el Rey de Navarra. Las horas luminosas en aquella tertulia solían ser las de madrugada, cuando aparecía el sablista famélico, siempre cesante. El ilustre primogénito, el militar, el torero, guiñando la pestaña, roncos de la misma ronquera, hacían gárgaras con ron de Jamaica. Entonces el gacetillero cruel jugaba el vocablo, el provinciano se extasiaba, el cómico encarecía el corte de su sastre, el borracho profesional, lloroso y babón, le adulaba, y el guitarrista, con sonsoniche, feriaba a una niña de tablado: Era aquel uno de los círculos más depurados de la sensibilidad española, y lo fue muchos años. El Suizo y sus tertulias noctámbulas fueron las mil y una noches del romanticismo provinciano. Adolfito Bonifaz propuso salir a robar capas. Celebraron la ocurrencia Toñete

Bringas y Perico el Maño: Sin pagar, en cuerpo, se echaron a la calle. Comentó el mozo que los vio tan dispuestos:

—¡Vaya unos perdularios!

El Cura Regalado les echó una bendición: Paco Cembrano y el Rey de Navarra, con absoluta indiferencia, siguieron dándose jaque mate, atentos al tablero, en la última mesa de la rinconada. Pero se alzó como un león el Coronel Zárate:

—¡Mozo, cierra las puertas! ¡Esta peña no patrocina esas bromas de mal género! ¡Es una peña de caballeros! ¡La broma de esos niños tiene muy mala pata! ¡Echa los tableros, Gabino! Que busquen dónde meterse si se les van encima los del Orden. La broma es broma, yo soy el primer bromista, pero esta relajación no es de caballeros.

Gabino permaneció mudo, asintiendo con la cabeza, sin moverse para echar los tableros, obediente a la mirada de la rubia del mostrador, que le advertía de estarse quieto. El Coronel, muy galante, saludó a la rubia, y acogido con sonrisa, haciendo piernas y sonando espuelas, llegose al mostrador, con bordeo de gallo viejo:

—¡Está usted cada día más guapa, Enriqueta!

—¡Siempre el mismo! Usted sí que está bueno.

—Tal cual. Pues la broma de esos niños me ha puesto frenético. ¡A mí, hace tres noches, me robaron la capa!

—¡Ellos!

Con piadoso regocijo se volvían todas las cabezas interrogando al Coronel. Repuso el héroe:

—Ha sido en las afueras.

Husmeó impertinente la rubia:

—¿Cuántos eran ellos, Coronel?

—No me paré a contarlos.

—¿Iba usted de paisano?

—¡Naturalmente! Si voy de uniforme, ni ellos se atreven, ni yo me dejo.

Hubo un tácito acuerdo. El Rey de Navarra, volcando las piezas sobre el tablero, insinuó con delicada majestad:

—¿Era buena la prenda?

—Era de mi suegro.

—¿Paño de Béjar?

—¡Indudablemente!

—¿Embozos de felpilla?

—Creo que sí.

—¿Siete duros de empeño?

—Te equivocas. El invierno pasado daban doce, si la llevaba mi suegra.

Sentenció el Rey de Navarra:

—¡Una buena prenda!

Este Rey de Navarra, quimérico y perdulario, era en verdad un gran señor, rama primogénita de Alfonso X el Sabio: Pleitos, usuras y dádivas le habían empobrecido, y desde muy joven vivía de trampas: En este momento isabelino, su edad no pasaría de los cincuenta: Indulgente, con una magnánima y desdeñosa comprensión de todos los pecados, no se pasmaba de nada: Era ingenioso, placentero y muy cortesano. Los amigos de aquella tertulia, recordando alguna de sus fantasías, le llamaban siempre Rey de Navarra. Paco Cembrano, viejo cínico, de pintoresca labia, con un dejo de jugador del mus, le llamaba simplemente Monarca. El Cura Regalado, cuando tenía cuatro copas, le decía César Imperator. Otros, Majestad. Por su nombre, ninguno le llamaba. Pero el mote burlesco, en su pompa resonante llevaba un reconocimiento de jerarquía y una amistosa complacencia en señalarlo. El arruinado prócer inspiraba el respeto de las imágenes sacras cubiertas de polvo y maltratadas del tiempo. Piedad y lástima. La rubia del mostrador le amaba en secreto, y era visible la emoción con que le nombraba. En rigor, la rubia habíase prendado de aquel círculo luminoso y romántico, donde se referían, como en las novelas, amores y adulterios de grandes damas. La Tertulia del Suizo, en sus horas más brillantes, con sus eternos temas de conspiraciones y valentías, lances de naipes y tauromaquia, cobraba un interés expresivo, una contorsión de teatral jactancia. En aquellos momentos, el corazón marchito de la rubia se conmovía con una primaveral floración, que le recordaba obscuramente la fiesta patriótica del Dos de Mayo.

XI

EL Barón de Bonifaz, Toñete Bringas y Perico el Maño celebraron consejo en la puerta del Suizo: Allí, bajo el parpadeo de las estrellas sonámbulas se concertaron para la burla, en aquellas noches madrileñas, reverdecida por una juvenil cuadrilla de chulos parásitos, jaques marchosos y aristócratas tronados.

Por la calle desierta cruzaba el coche ministerial que conducía a González Bravo. Adolfito apenas pudo saludar desde la acera, con un afanoso golpe de sombrero: Súbitamente recobraba el modo fatuo y ceremonioso de los elegantes isabelinos en las postrimerías de aquel reinado, cierto automatismo petulante de fantoche británico. Habían impuesto la moda de aquel saludo, algunos pollos de la goma, que se vestían en Londres. El Ministro de la Corona, incierto en el fondo del coche, respondió inclinándose, maquinal y preocupado. El cochero, desabrido, dijo al lacayo:

—¡Vaya unos pollos!

Y el lacayo filosofó:

—Del día se hace noche, y la viceversa. Todo anda del revés en España.

Adolfito, a espaldas del coche, hizo un corte de mangas. Puestos de acuerdo para la befa, y caminando juntos, diéronse de manos los alegres compadres con Jorge Ordax y Gonzalón Torre-Mellada. Comunicados los planes, no merecieron el acuerdo de Jorge Ordax: Se inhibió, con gesto despectivo. Mostrose vacilante el primogénito de Torre-Mellada:

—¡Me hace la pascua no poder correr! Es el caso que aún me resiento de la coz que me ha dado Redy.

Preguntó el Maño:

—¿Es verdad que lo vendes?

—Si me lo pagan…

El Maño le tendió el brazo por el hombro y le llevó unos pasos lejos:

—Yo tengo un amigo que bebe los vientos por un caballo de esas condiciones. Si estás en venderlo, acuérdate que puedo ganarme un corretaje. Ese animal a ti no te conviene, y hay que largárselo a un encaprichado. A ti te conviene una jaca andaluza, cuatro años, el pelo un velón de Lucena. Ya te hablaré.

Interrumpió Toñete Bringas, que estaba bastante iluminado:

—¡Rediós! ¿Qué se hace?

Jorge Ordax repitió su gesto indiferente, llamó un simón y se metió dentro, dando las señas en voz baja. Sacó la cabeza por la portezuela:

—Caballeros, que salga bien el trabajo.

Gonzalón Torre-Mellada, súbitamente decidido a correrla, respondió, fingiendo el empaque de un cumplido de la trena:

—¡Bien y lucido!

En este tiempo venían de par por la acera, con amplias pañosas y

enchisterados, dos respetables carcamales frioleros: Apenas asomaban las narices por el embozo. Toñete Bringas hizo un quiebro postinero recortándolos en corto. A cuerno pasado, asió la punta de un embozo y con clásica rebolera salió por pies, liándose en la pañosa de la momia, primero alelada, después iracunda. Corrieron los otros burlones y en tropel, cayendo sobre ambos viejos, les enterraron las chisteras hasta los dientes. En esta trifulca perdió la capa el que aún quedaba con ella. Tremantes de furia senil gritaban los dos carcamales, arrancándose los abollados sombreros:

—¡Sereno!

—¡Guardias!

El farol colgado del chuzo, en la esquina de una puerta, respondía con un guiño triste. Roncaba el sereno. Los dos viejos iracundos deshacían el acordeón de las chisteras bajo el alero, donde un gato mayaba a la luna: Renegaban alternativamente, con la misma bilis y los mismos arabescos del vocablo:

—¡Me corto!

—¡Me rajo!

—¡Esto no quedará impune!

—¡Es un escándalo la Policía!

—¡El Patio de Monipodio!

—¡Me oirá Luis Bravo!

—¡Me rajo!

—¡Me corto!

Los burlones asomaban en las esquinas, solazándose con la furia de los viejos catarrosos, que atravesaban la plaza, aspados los brazos, negros y grotescos. Los alegres compadres se alertaron viéndoles entrar en la antigua Casa de Correos. Disimulando el jadear de la carrera, se metieron en un colmado andaluz, donde nunca faltaban niñas, guitarra y cante.—La Taurina de Pepe Garabato—. Penetraron en fila india y se acogieron a un cuarto del piso alto, adornado con carteles de toros: Batiendo palmas, armando jarana, pidieron manzanilla y jamón de la Sierra. Tras el chaval en jubón y mandil, entraron dos niñas ceceosas, con revuelo de faldas, y a la cola, con la guitarra al brazo, Paco el Feo. Toñete Bringas, descolgándose la capa que llevaba sobre los hombros, se la tiró al gitano:

—¡A Peñaranda!

Se desembozó no menos marchoso Perico el Maño:

—Y esa.

Las recibió sobre su cabeza el cañí:

—¿En cuánto?

—Lo que quieran darte.

—¿Y a nombre de quién?

—Del Nuncio. ¡Ya estás de naja!

Trajo el chaval las cañas de manzanilla. Se convidaron incontinenti las dos mozas del trato. Pidió el Feo refrescarse el gaznate antes de salir a beberse los vientos: Ceremonioso, se limpió la punta de los dátiles en el escurridito talle, apagó la tagarnina en la suela del zapato, se puso el chicote en la oreja, tomó una caña, y la refrescó con un olé pinturero: Ondulose en el aire como un surtidor el vino dorado, y, sin derramarse una gota, volvió al cristal que levantaba el cañí, rematando la suerte con un arabesco de mucho estilo: Arrimó la guitarra después de aflojarle los trastes, y salió embozado en las dos pañosas. Se detuvo en la puerta:

—¿Cómo se llama el Nuncio? ¿Es Pérez o Fernández?

XII

COMENZÓ la juerga. Las niñas batían palmas con estruendo, y el chaval entraba y salía toreando los repelones de Luisa la Malagueña: La daifa, harta de aquel juego, saltó sobre la mesa, y, haciendo cachizas, comenzó a cimbrearse con un taconeo:

—¡Olé!

Se recogía la falda, enseñando el lazo de las ligas: Era menuda y morocha, el pelo endrino, la lengua de tarabilla, y una falsa truculencia, un arrebato sin objeto, en palabras y acciones: Se hacía la loca con una absurda obstinación completamente inconsciente. En aquel alarde de risas, timos manolos y frases toreras, advertíase la amanerada repetición de un tema. La otra daifa, fea y fondona, con chuscadas de ley y mirar de fuego, había bailado en tablados andaluces antes de venir a Madrid con Frasquito el Ceña, puntillero en la cuadrilla de Cayetano. Pidió venia, anunciándose con los nudillos, el Pollo de los Brillantes: Esparcía una ráfaga de cosmético que a las daifas del trato seducía casi al igual que las luces de anillos, cadenas y mancuernas: Susurró en la oreja de Adolfito:

—¡Estate alerta! A Paquiro le han echado el guante los guindas y vendrán a

buscaros. Ahora quedan en el Suizo.

Interrogó Bonifaz en el mismo tono:

—¿Paquiro se ha berreado?

—No se habrá berreado más que a medias, pues ha metido el trapo a los guindas, llevándolos al Suizo.

Adolfito vació una caña:

—¡Bueno! Aquí los espero.

—¿Crees que no vengan?

—¡Y si vienen!…

Acabó la frase con un gesto de valentón. Luisa la Malagueña se tiró sobre la mesa, sollozando con mucho hipo. Saltó la otra paloma:

—¡Ya le ha entrado la tarántula!

Gritó Adolfito Bonifaz:

—Luisa, deja la pelma o sales por la ventana a tomar el aire.

Los amigos sujetaban a la daifa, que, arañada la greña y suspirando, miraba al chaval del jubón y mandil andar a gatas recogiendo la cachiza de cristales. La Malagueña se envolvía una mano cortada en el pañuelo perfumado de Don Joselito. Entró Garabato con gesto misterioso:

—Caballeros, abajo están los guindas, van a subir. No quiero compromisos en mi casa. Si andan ustedes vivos creo que pueden pulirse por la calle de la Gorguera.

XIII

RESONABAN pasos en el corredor. Asomaron los bigotes de un guardia:

—¿Dan ustedes su permiso?

El guardia, detenido en la puerta, miró a las daifas, al chaval del mandilón y a Garabato: Le inspiraban un sentimiento familiar en su calidad de pueblo, y mirándolos consolaba su aturdimiento. Toñete Bringas y el Pollo de los Brillantes probaron la captación del guardia, y lo torearon al alimón, como ellos decían:

—Guardia, no haga usted caso de borrachos.

—Guardia, no se quede usted en la puerta.

—Beba usted una caña, guardia.

Repuso excusándose el guardia:

—Caballero, si no lo toma usted a falta…

Adolfito, montado en una silla, con mueca que le torcía la boca, miraba al guardia:

—Pase usted, beba una caña y diga lo que desea.

Pepe Garabato le empujó amistoso:

—No empieces tú faltando, Carballo.

Entró el guardia saludando de nuevo con la mano en la visera, y tomó la caña que le alargaba la Malagueña:

—¡A la salud de ustedes!

Ordenó Adolfito:

—Maño, abre la ventana. Hace aquí demasiado calor, y hay que atemperarse antes de salir a la calle. ¿No le parece a usted, guardia?

El guardia, receloso, empezaba a discernir el escenario que le tenían dispuesto. Miró a Garabato. El patrón, con gesto encapotado, le recomendaba prudencia. Por la ventana abierta sobre las livideces del alba, entró un revuelo de aire frío, agitando las luces. Adolfito apuró una caña:

—¿Tiene usted buena voz, guardia?

El guardia sonrió como una careta, bajo los grandes bigotes de betún:

—No muy buena. Pero ustedes sabrán… Ello es que tienen ustedes que molestarse en llegar hasta el Ministerio…

Perico el Maño se alzó, ofreciéndole una silla:

—Toma asiento, Fernández.

Todos celebraron la chungada, y en la selva de voces descollaban las risas de Luisa la Malagueña. Gonzalón Torre-Mellada brindó con mala sombra:

—¡A la salud de su señora, guardia!

El del Orden se hizo un paso atrás, y respondió secamente:

—Se agradece.

Adolfito, muy lento, sosteniendo una caña en la mano, se acercó al guardia:

—Otra.

—¡Gracias!

Adolfito, torciendo la boca, se arrancó con insolencia de jaque:

—Esta la bebe usted, porque a mí me da la gana.

Y se la estrelló en la cara. Quiso el otro recobrarse, pero antes le llovieron encima copas, botellas y taburetes. Gritó la Malagueña, escalofriada de gusto:

—¡Adolfito, hazlo viajar por la ventana!

Cayeron sobre el guardia los alegres compadres, y en tumulto, alzado en

vilo, pasó por la ventana a la calle. Puso el réquiem la daifa fondona:

—¡Jesús, que lo habéis escachifollado!

Fueron las últimas palabras, porque todos huían escaleras abajo.

XIV

—¡EN los altos del suizo!

Corrida la consigna cada cual buscó argucia para salir del enredo. Adolfito y Gonzalón se entraron en un cuarto vacío, que aún tenía sobre la mesa los relieves de una cena. Adolfito ordenó con helada prudencia:

—¡Siéntate y cuélgate una servilleta!

Gonzalón obedecía con aire sonámbulo:

—¡Adolfo, has ido demasiado lejos!

—¡Silencio! Nosotros hemos cenado aquí, y nada sabemos.

El Barón de Bonifaz ocupó una silla, alzó la botella y leyó el membrete:

—Matusalem.

Se sirvió una copa. Gonzalón abría los ojos con alelamiento, incomprensivo y atónito:

—¡Nos puede salir cara la broma!

—¡Allá veremos!

—¿Tú estás tranquilo?

—¡Pss!…

Se levantó, dirigiéndose a la puerta:

—¿Adónde vas?

—¡Espérame! Se me ha ocurrido ofrecerme a los guardias y darles mi tarjeta. Un acto de deferencia a la autoridad y de respeto al orden. Verás cómo así nos dejan tranquilos.

—¿Y yo, qué hago?

—Acabar de emborracharte.

—¿Hay grupos fuera?

—Probablemente.

—Yo voy a ver si me escurro.

—¡Tú no te mueves!

El Barón de Bonifaz, humeando el veguero, vestido de frac, con la gabina de soslayo, se registraba, a la rebusca de una tarjeta: Salió despacio, frío, correcto,

con un pliegue en las cejas. Musitó Gonzalón:

—¿Podrás arreglarlo?

—Seguramente. No te muevas.

Gonzalón llenó un vaso con los restos de la botella, y se echó un trago al gaznate, relajados, laxos el ademán y el gesto:

—En último recurso, que afloje la mosca el buen Don Diego. ¡A mí, plin!

Quedose aletargado en nieblas alcohólicas, mecido en un confuso y alterno marasmo de confianza y recelo. El Barón de Bonifaz salía levantando en dos dedos su tarjeta. Una pareja de guardias llegaba por el corredor, precedida de Pepe Garabato. El coime, con los brazos arremangados y mandilón de tabernero, venía abriendo a derecha e izquierda las puertas de los reservados. El Barón de Bonifaz se adelantó, cambiando un guiño con Garabato:

—Señores guardias, un deber de ciudadanía me lleva a buscarles: Tengan ustedes esta tarjeta y cuenten conmigo para cualquier declaración que haya necesidad de prestar. Garabato, tú tienes la culpa del bochornoso drama ocurrido esta noche: Tú conoces a esa gentuza y hace mucho tiempo que debías haber puesto mano en estos escándalos. Por mi parte, es la última vez que visito tu casa. ¡No hay derecho a comprometer a las personas decentes que desean pasar un rato de agradable expansión! Guardias, ustedes cuentan conmigo para esclarecer el incalificable crimen de esta noche.

Interrogó uno de los guardias con suspicacia y respeto:

—¿Usted estaba presente, por un casual?

Adolfito humeó el veguero con delicada y condescendiente sonrisa:

—Soy Grande de España y tengo tratamiento de Excelencia. En fin, como la soga rompe siempre por lo más delgado, cuenten ustedes conmigo para sostenerlos en sus puestos. Es intolerable el crimen de esta noche. Yo cenaba en ese reservado con otro amigo, ignoro todos los detalles del hecho, pero estoy convencido de que en esta ocasión el desgraciado compañero de ustedes ha sido víctima de su deber. Garabato, manda por un simón, y que suban una botella para que refresquen estos beneméritos.

Bajo los marciales bigotes mascull la pareja embrolladas palabras de agradecimiento. Pepe Garabato, con un guiño, marcó su aplauso por la faena, y corredor adelante, siguió abriendo puertas. Gonzalón roncaba a un canto de la mesa, de bruces sobre el mantel, y una mariposa nocturna se quemaba en la lámpara.

XV

GONZALÓN Torre-Mellada, vinoso y soñoliento, en la prima mañana, como tantas veces, pasó entre los criados que lustraban la enorme antesala: Cruzó torpón entre los trastos revueltos, y con el mismo aire sonámbulo se acostó, ayudándole una vieja que le había mecido en la cuna: Se durmió con feliz ronquido de borracho: Dormido estaba, cuando entró con gran aspaviento la antigua niñera:

—¡Hijo! ¿Qué has hecho? Quieren llevarte a la cárcel. ¡El mundo está loco! ¿Con qué compañías te has juntado? Cuatro guardias en la escalera. ¡No es para ti, niño mío, el cadalso! El inspector está en disputa para llevarte. ¡Tus papás están traspasados! Hijo, ¿qué estás a discurrir?

Barboteó Gonzalón:

—¡Que suelte la mosca mi padre! Yo me quedo en la cama. Explícale que me acosté tarde… Mi madre, que es muy diplomática, sabrá arreglarlo, y si no, que mi padre se lo pida al Cristo de Medinaceli.

—¡El inspector trae orden para prenderte!

—Que vuelva cuando no moleste.

—¡Será lo mejor!

—¡Indudablemente!

—Puede ser que un ángel te dicte lo que haces. Estate en la cama, que no serán atrevidos a llevarte en pernetas. Voy a meter toda tu ropa en los armarios y a esconder las llaves.

—Que mi padre afloje la guita.

—¿Pero qué has hecho?

—Ni lo recuerdo.

—¿Mataste a un guardia?

—¡Le dimos una broma! ¡Si no sabe llevarlas, que aprenda!

—¡Un guardia es un cristiano! Tus papás podrán arreglarlo; pero es necesario que te enmiendes y no les amargues sus días. Los papás representan a Dios. ¡Tú te corrompes con gente reprobada!

Gonzalón vio salir a la vieja, y, cambiando de pensamiento, la llamó con un grito:

—¡Dame el traje de campo, que me voy a Los Carvajales! ¡Allí que me busquen!…

—¡Hay guardias en la antesala!

—Se les ciega. Al señor Inspector, con todo respeto, dile que me presentaré apenas me vista, y avisa a Toñete.

XVI

EL Marqués se presentó en el cuarto de su hijo, un poco friolero, zapatillas bordadas, gorro y bata de Rey Mago: Se dramatizó en la puerta con respingo de fantoche:

—¡Acabas de echar un borrón sobre tu sangre! ¡Incomprensible! ¡Sin explicación!

Se disculpó el hijo con gesto amurriado:

—¡Una broma!

Gritó el padre:

—¡De borrachos!

El primogénito se miró al espejo, poniéndose el calañés del traje campero:

—Querido papá, debes comprender que ha sido una fatalidad y que me estás desesperando. El espectro del guardia no se aparta de mis ojos. ¡Acabaré por pegarme un tiro!

—¡No lo tomes tan por lo trágico!

Y todo el flácido sentimiento paternal del repintado vejestorio se desbarató en una fuga de gallos. Gonzalón hacía la escena como los actores sin facultades, en un tono medio de monólogo y aparte, con un gesto aguado y una acción desarmónica, puesto ante el espejo, para ladearse el calañés. Asomó Toñete:

—El Inspector volverá dentro de dos horas, pero dejó guardias en el zaguán.

Suspiró el Marqués:

—¿Se les podrá cegar?

Se mostró docto en el humano saber, el criado:

—Cuestión de guita.

Se lanzó afligido el Marqués:

—¿Con mil duros será bastante?

Le miró el criado como a un doctrino:

—¡Y con veinte!

Se conmovió el vejete:

—¡Pobrecitos! Veinte no es nada. Si lo arreglas con veinte, dales cincuenta.

—¡A quien habrá que arreglar con algunos miles será a la viuda del cadáver!

Todos comprendían que debía costar algunas pesetas el consuelo de aquella mujer ronca y desconocida, que acaso clamaba maldiciones en un barrio lejano, ante el cadáver del guardia.

XVII

LA Marquesa de Torre-Mellada tenía crispaciones, ahogos, gritos, soponcios y otros mil remilgos de dama nerviosa: Por ráfagas fulguraba en su pensamiento el súbito espanto de la casa llena de guardias, con los criados atónitos cambiando mudos signos: Una visión extática y trastornada como la del relámpago, de lívidas imágenes en movimiento sin mudanza. La doncella, para calmar aquellas congojas, le sirvió una taza de tila con cinco perlas de éter, receta de un famoso especialista de París:—el Doctor Jenkins—. La Marquesa tenía la fórmula por su gran amiga la Duquesa de Morny. Se animó con la tila y el éter. El Marqués se anunció con dos golpes discretos en la puerta del tocador:

—¿Puedo pasar?

La doncella, a una seña dolorida de su señora, abrió la puerta, cuadriculada de espejillos con figuras pompeyanas. Entró de puntillas el marido:

—¡Carolina, estas desgracias suceden en todas las familias!

La Marquesa se exaltó bajo el influjo del éter:

—¡Un hijo asesino, no lo tienen todas las madres!

El Marqués, escandalizado, se tapó los oídos:

—¡Carolina, no desbarres! ¡Lía sido una desgracia!

Sollozó la Marquesa:

—¡Y tendrá que ir a la cárcel!

—¡Imposible! Ya Toñete pudo comunicarse con el gitano, y le ha puesto en la boca un candado de dos mil reales.

Apartando la mano de los ojos, murmuró la Marquesa:

—¿Has visto a Narváez?

—Estuve en la Presidencia. No pudo recibirme. ¡Parece que está grave! He visto a Marfori, y esta noche veré a Luis Bravo.

La Marquesa se acongojó, ahogando su grito en los cojines del canapé:

—¡Me horroriza haber llevado tal monstruo en las entrañas!

El palatino se crucificó sobre un gesto lacrimoso, abriendo los brazos:

—Mañana hablará la autopsia, y los médicos forenses sospechan si el guardia pudo morir alcoholizado. Un ataque apoplético, y los muchachos, para no verse comprometidos, sin saber lo que hacían… ¡Criaturas inexpertas!

Gimió la Marquesa:

—¿Has visto los periódicos? Todos hablan.

—¿También *La Época*?

—¡Todos!

—¡No lo hubiera creído de Escobar! Siendo así, reconozco que estamos en una situación molesta.

—¡Horrible! Yo me voy a París en cuanto recobre algunas fuerzas.

—Haremos ese viaje. Se está poniendo esto muy revuelto. Narváez puede morirse, y aquí solo queda González Bravo. ¿Cómo es la palabra para decir loco? ¡Ah! Sí. ¡Un vesánico!… A mí me has creado una situación insostenible en Palacio. ¡Carolina, eso te deja indiferente!

—¿Jerónimo, tengo el corazón tan lejos de esas vanidades!…

Tiró de la campanilla y vino la doncella: Interrogó en francés, con fría indiferencia, la dama:

—¿Aline, qué mundo hay en el salón?

—La señora Marquesa de Redín con la señorita Eulalia. Antes vino muy acongojada la señorita Feliche. Como madama no recibía, se fue, para volver.

—¡Pobre Feliche! Advierta usted que la pasen aquí. Jerónimo, discúlpame con todos.

—Con tu permiso.

Salió con premura casquivana, feliz de verse lejos, a la golosina del salón donde todo eran mundanidades, en un ritmo que dominaba como el bailarín los quiebros y figuras de su danza. La Marquesa volvió a su enajenado silencio, abismándose en la aridez de una contemplación interior: Miraba ceñuda el pasado, y solo descubría la continuidad de un dolor largo y mezquino. Este afán marchito, desilusionado, era la vida, pasaba a través de todos los instantes, articulándolos de un modo arbitrario, y no valía más que el resorte de alambre que un muñeco esconde en el buche de serrín:

—¡Qué asco de vida!

XVIII

LA Marquesa abrió los ojos con cierta extrañeza de insomnio alucinado. Un murmullo de voces apagadas venía del tocador. Respondía la doncella. ¿Pero quién interrogaba? La Marquesa se incorporó en los cojines de encaje:

—¿Eres tú, Feliche? Pasa, estoy trastornada. ¿Y tú, mi pobre niña? ¿Cómo no has entrado antes? ¡Todo el tiempo acordándome de ti!

Sollozó Feliche:

—¡Es horrible! Una pobre mujer con tres niños pequeños. ¡Horrible! Siento repugnancia de mi hermano…

—Cálmate. ¿Cómo sabes eso de la mujer con los niños?

—¡Lo he oído! Me lo han dicho. No sé. ¡Estoy muerta! Eso de la mujer y los niños lo trae un periódico.

—¡Cálmate!

—Perdóname.

Se besaron abrazándose:

—He pensado en visitar a esa familia, y socorrerla con lo poco que yo pueda.

—¡Déjame esa obligación!

—Quiero enterarme por mí, ver a esa pobre mujer, a los huérfanos: Horrorizarme, aborrecer esta vida aún más de lo que la aborrezco.

—¡Me asustas!

—He venido por si quieres acompañarme.

Dudó la Marquesa:

—¿No será una locura, Feliche?

—Es un deber, Carolina. ¡Un deber!

Volvieron a llorar juntas. La Marquesa, con resabio de añeja coquetería —solo lloraba en las entrevistas galantes—, recogíase las lágrimas al borde del párpado, para que no corriesen abriendo surco en el dulce carmín. Feliche gemía con la voz impostada en un sollozo:

—¡Me da vergüenza de mi hermano!

La Torre-Mellada se reconcentró en un grito agudo:

—¡Y no lo llevaste en las entrañas!

La doncella, tocando discretamente en la puerta, preguntó si podría entrar a despedirse la señora Marquesa de Redín. Carolina se hizo toda un lánguido arrumaco:

—¡Eulalia, pasa! ¿Por qué querías irte sin que te viese?

Advirtió la camarista:

—La señora Marquesa está en el salón, y envía a preguntarlo.

Entró el Marqués con falso rendimiento:

—Carola, hija del alma, si pudieses con un esfuerzo pasar al salón. ¡Lo comprendo, estás traspasada, pero el mundo tiene estas exigencias! Los amigos que en estos trances nos acompañan nos dan también un consuelo. Nadie le concede importancia a lo sucedido. ¡Un guardia muerto! ¡Bueno! ¡Una desgracia! Era un borracho sempiterno y reventó. ¡Que los chicos se hayan asustado es muy natural! Solo algún malvado puede culparles. Pobrecitos, lo que estarán renegando de habérseles ocurrido echar una cana al aire. Porque eso ha sido: Una cana al aire, probablemente para celebrar el envío de la Rosa de Oro a la Reina de España. ¿Eso es un crimen?

Se exaltó Feliche:

—En último término va a salir con la culpa Su Santidad Pío IX.

—¡Qué tontería! Fíjate, Feliche: Lo que yo digo no es ningún disparate. La Reina, cuando se entere de que todo vino por ella, se interesará en salvarlos. ¡Creo yo! ¿Carolinita, tú qué dices?

—¡Jerónimo, ten compasión de mí!

—¡Pero hija!

—¡Estoy trastornada! Vuelve al salón. Déjame con Feliche. Las dos juntas nos consolamos.

—No insisto. Te disculparé. En nuestro mundo, afortunadamente, todos saben lo que son nervios.

XIX

CAYETANA, la antigua niñera, con un trotecillo voluble y asmático, acudía al requerimiento de la señora Marquesa. Viéndola entrar, ordenó perentoria la madama:

—Una falda de trapillo y tu manto. Vísteme como para visita de pobres.

Feliche, pálida y ojerosa, esperaba en pie: Las manos crucificadas sobre su libro de misa y su rosario. Cayetana arrugaba la boca con un puchero:

—¿La Señora Marquesa necesita el coche?

Denegó la dama con el gesto:

—¡Estoy helada! ¡Este disgusto me acelera la vida! Feliche, si te parece tomaremos un alquilón. Cayetana, tú debes acompañarnos.

Repuso la vieja con resabio de tercería:

—Voy por los mantos. ¿La señora Marquesa saldrá por la escalera de servicio?

—Tú verás por dónde es más disimulado.

Susurró la antigua servidora:

—¡Hay guardias en el zaguán!

Gimió nerviosa la Marquesa:

—¡Qué vergüenza!

—El niño se escabulló por las cocheras.

—¿Adónde ha ido?

—Me parece que a Los Carvajales. Se quita de muchas molestias. ¡Pobrecito, está traspasado!

—¡No me lo nombres!

—¡Son las malas compañías!

Salió la vieja con su trotecillo asmático, y no tardó en reaparecer con el manto. La Marquesa Carolina se lo puso temblándole las manos. Maquinalmente se miró al espejo y se tocó los rizos:

—¡Qué pálida estoy! Esto me acelera la vida. Vamos, Feliche.

Se detuvo, sofocando un sollozo con el pañuelo sobre el rostro. Feliche le murmuró al oído, al tiempo que la tomaba del brazo:

—¡Carolina, ahora tenemos que ser fuertes! Vamos.

—Pobre niña, tú me enseñas, y me das ánimo. Cayetana, ve delante.

Y otra vez el relámpago de la casa en susto, con las figuras lívidas, paralizadas en una acción, como figuras de cera.

XX

RODABA el simón por una calle angosta de tabernuchos y empeños. Feliche se recogió en el fondo, echándose la mantilla a los ojos:

—¡Creo que nos ha visto!

—¿Quién?

—Bradomín: Salía de la Nunciatura.

La Marquesa sonrió triste y comprensiva, acariciando la mano de Feliche:

—¿Nos habrá visto, o nos habrá adivinado?

Feliche sintió una delicada sospecha de albores remotos, en la negra oquedad

de sus pensamientos. La Marquesa le oprimió la mano. Cayetana, que iba mirando por el vidrio, se santiguó:

—¡Bendito Dios! ¡Por qué calles nos trajo!

El cochero arrimaba el penco a la puerta de un conventillo. La portera, colérica, arañaba con un peine sin púas la greña de un chaval que rasgaba la boca con berrido de oreja a oreja. Advirtió la Marquesa:

—Cayetana, no se te escape el tratamiento. Somos dos señoras de San Vicente. Dos señoras modestas que cumplimos un acuerdo de la Asociación. ¿No te parece, Feliche?

—Sin duda.

Cayetana interrogó a la portera:

—¿Vive aquí la viuda del guardia?…

—¿El desgraciado que mataron anoche unos curdas de la goma? Aquí vive. ¿Pues qué, ustedes, por un si acaso, preguntan por esa mujer?

Asintió la Marquesa:

—Somos dos señoras de San Vicente… Y si es que vive aquí, deseamos verla.

—¡Aquí vive! ¿Pues qué va a hacer la infeliz? ¿Tirarse por la ventana con sus cuatro críos? Aquí vive, pero ha salido a pretender de asistenta: Se ve viuda y tiene que apañárselas como otras nos las apañamos. Yo quedé viuda el sesenta y cinco, en la barricada de Antón Martín. ¡Allí me lo sacrificaron!

La Marquesa tocó el hombro de su antigua criada y discretamente le deslizó algunas monedas para que se las entregase a la portera. La vieja miró las monedas con un gesto ambiguo de codicia y recelo:

—¿Para mí o para la Macaría?

La Marquesa murmuró con un gesto lacio:

—Para usted.

La vieja se agarró a una oreja del crío:

—¡Muchísimas gracias! Da las gracias, Celino. ¡Límpiate las narices y besa las manos de estas señoras!

Celino saludaba con su berrido de oreja a oreja. Las damas montaban en su coche: Murmuró la Marquesa:

—Creo que hemos tenido suerte no encontrando a esa pobre mujer. Era un paso muy aventurado, Feliche. Fácilmente podía entrar en sospechas y reconocernos. Vendrá Cayetana y se enterará de lo que necesita esa infeliz familia, y se la socorrerá. Pero nosotras creo que no debemos volver. Yo voy

enferma. ¡Es horrible cómo vive esa gente!

Cayetana, la vieja servidora, pulcramente asomada a la puerta de un tabernucho, llamaba al cochero, que levantaba el vaso de morapio, brindando por la República.

XXI

VENÍAN en disputa por la acera, una rubiales enlutada, y un prójimo con catadura de músico ambulante, el violín en funda y la colilla pegada al labio. Con un reojo a las madamas del coche, se metieron por el zaguán. La portera les salió al paso, con misterios de comadre:

—¡Gente de postín! Han preguntado por la Macada. ¡Para mí que le traían un socorro!

Saltó la rubiales:

—¿Las furcias del simón?

—Las propias.

Intervino el pelanas del violín:

—¡Me puede, que tu madrastra se guarde el mosquis sin contar contigo!

Explicó la portera:

—No se han entrevistado.

La rubiales se salió al arroyo, con apuro de lágrimas y remangue de faldas. El cochero arreaba el penco:

—¡Espera, cristiano! Que las señoras disimulen una palabra… Con permiso… ¡Más negro que este luto que visto es el duelo de mi alma! ¡Ay, mi padre!

Se llegó al coche con desgarrado y popular dramatismo. La Marquesa Carolina asomó su melindroso perfil:

—¿Qué se le ofrece?

—Pues ustedes no lo tomen a mal… Esta servidora es hija del finado guardia que mataron unos pollos de la goma.—¡Así los vea hechos cuartos!— La portera me ha impuesto de que habían ustedes preguntado por la viuda… ¿Y si esta servidora puede darles alguna razón en lo que desean?…

El prójimo del violín asomaba la jeta por la otra portezuela. La Marquesa Carolina se recogió al fondo del coche con voluble sobresalto. En el arroyo el clásico borracho hacía saludos joviales, y el cochero restallaba la fusta sobre el

enjambre de chicuelos macilentos que rodeaba el simón. Alguno más arriscado se encaramaba a la trasera.

La Marquesa consultó con Feliche:

—¿Te parece que se entienda con esta gente Cayetana?

—Será lo mejor.

La Marquesa entregó su portamonedas a la doncella:

—Les das un socorro.

—¿Como de cuánto, señora Marquesa?

—Lo que tú veas. Encárgate de todo.

Cayetana se apeó del simón oprimiendo timorata el portamonedas, y dio orden al cochero de que arrancase.

La Marquesa Carolina era toda un lánguido y rubio desmayo en el sofá del salón isabelino y dorado, retumbante de curvas y borlones, con el barroquismo de los meriñaques. Don Adelardo López de Ayala abría la pompa de gallo polainudo en el estrado de las madamas. ¡Qué magnífico el arabesco de su lírico cacareo, arrastrando el ala! El poeta se condolía con elegantes metáforas:

—Querida Marquesa, comprendo que tenga usted el corazón de luto como ataúd en bajel zozobrante. Lo comprendo, y, sin embargo, el estado de abatimiento en que a usted la veo no es razonable. Un espíritu como el de usted debe mirar serenamente ese contratiempo. Fíjese usted, mi cara amiga, que de cuantos se hallaban reunidos uno es autor, los demás gente alegre que estaba de broma.

Suspiró la Marquesa:

—Es usted muy benévolo juzgando ese aquelarre.

—¡Broma! ¡Nuestra clásica broma! Desgraciadamente, aún nos divertiremos así mucho tiempo en España. Esas son las novatadas de los Colegios Militares… Y las chungas del Deseado. Así se divierte en las bodegas andaluzas la más rancia nobleza. Y el estudiante aureolado con el asesinato de algún sereno, también es clásico en las Universidades. ¡Querida Marquesa, así nos hemos divertido todos los españoles en algún momento!

La dama se oprimió las sienes:

—¡Es África!

—¡Herencia africana!

—Triste consuelo que mi hijo no pueda ser una excepción. ¡Triste, triste, triste tener que consolarse con el mal ejemplo de los otros! ¡Es absurdo, Ayala!

—Y, sin embargo, tiene usted que reconocer ese absurdo, como el pecado original de España.

La Marquesa premió al poeta con una lánguida sonrisa de Clemencia Isaura. Aquellas razones fatuas, y el pomo de sales inglesas, insensiblemente le habían aliviado la jaqueca: Murmuró con delicado interés:

—¿Cuándo es la reposición de su comedia, Ayala?

—Esta noche. Pero la comedia no es mía. Yo soy un modesto refundidor. Había reservado un palco para usted, Marquesa.

—¡Muy galante! ¡Pero estoy muerta, Ayala! Mi corazón lleva luto, como usted ha dicho antes, tan bellamente. Me acordé de su comedia porque al hablar del crimen de esos insensatos ha expuesto usted una tesis que podía llevarse al teatro.

El cabezudo poeta dibujó su arabesco de gallo polainero:

—¡Muy peligrosa para nuestro público! Acaso podría llevarse a la escena combatiéndola, porque en el teatro es donde se castigan siempre las malas costumbres. ¡Y repare usted por boca de quién! Por boca de los cómicos, que son de tradición la gente más relajada, y no se sabe que ninguna de las bellas máximas que los autores ponemos en sus labios les hayan llevado a buena vida.

—¿No tiene santos la farándula?

—Algún arrepentido por asuntos de familia, no por gracia de las comedias que representaba. El teatro, sin duda, ejerce saludable influjo en las costumbres de la colectividad, pero no provoca súbitos arrepentimientos ni hace milagros. El teatro clásico nos ha dado el espejismo del honor de capa y espada: Intentaba combatir la tradición picaresca y la ha contaminado de bravuconería. Las espadas se acortaron hasta hacerse cachicuernas, y la culterana décima se nacionalizó con el guitarrón del jácaro. ¡Los pueblos nunca pierden su carácter!

—¡Es usted desolador! ¡Y como usted, casi todos los españoles de talento! Todos tienen el mismo escepticismo en la obra de los hombres. ¿Pero, entonces, quién hace los pueblos?

—El mismo que los deshace: ¡el Tiempo!

—¿Y usted por qué es revolucionario?

—Por decoro, querida Marquesa.

—¿Sin esperanza en la revolución?

—Lo que puede esperarse de un barrido en una casa vieja.

—¡Desolador! Y así todos los españoles de talento: Campoamor, Antonio Cánovas, Juanito Valera…

La Marquesa Carolina, lánguida y nostálgica en su nido de cojines, se incorporó, asiendo el borlado cordón de la campanilla. Acudió con breve pisar de pájaro la señorita francesa. Declinó los ojos la madama:

—¿Aline, quiere usted entrar de puntillas y ver si descansa la señorita Feliche?

Deploró el poeta:

—¡Pobre niña!

—¡Me angustia el alma!

En la puerta apareció Feliche. Tenía encendidos los ojos y la contracción de una sonrisa en la boca pálida:

—¡Estoy bien, Carolina! No te inquietes.

—¿Has descansado algo?

—He dormido a intervalos. ¿Y tú?

—Ayala ha hecho prodigios de ingenio para distraerme, y lo ha conseguido. Siento que tú no le hayas escuchado.

El gallo polainero trazó la más pomposa de sus ruedas:

—¡No merezco la corona que usted me ciñe, Marquesa!

Denegó la madama con una sonrisa, y cambiando el gesto en un arrumaco, tomó de la mano a Feliche:

—Ayala nos ha reservado un palco para el beneficio de Julián Romea. Lo hace con una refundición de Ayala. ¿Te hallas con ánimo para asistir?

Se dolió Feliche:

—¡Carolina, y me lo preguntas!

—Ya sé que gusto no lo tienes… ¡Yo tampoco!… Y que a las dos nos perdone el autor. Pero te he dicho ánimos. La gente parece dispuesta a considerar esa desgracia como consecuencia de una relajación tolerada y consentida. No es justo que ahora comience el rigor. Pero si nosotras nos recluimos, con nuestra actitud agravamos la situación de esos insensatos. Pudiendo dominar nuestros nervios, debíamos asistir esta noche al beneficio de Romea.

—¿Y cómo tomaría el mundo ese gesto de audacia? ¿No sería contraproducente?

—No, porque todos están en no darle importancia. Más comentada sería nuestra ausencia.

Aparecieron entre un cortinaje las medias rojas de un lacayo.

—El señor Marqués de Bradomín.

La Marquesa Carolina estrechó la mano de Feliche.

XXII

LA Marquesa Carolina, prendida de perlas y encajes, con bucles y camelias en el escote, repartía saludos y sonrisas desde su palco en el Teatro de la Cruz. Julián Romea, envejecido y mortal bajo el colorete, celebraba su beneficio con *El alcalde de Zalamea*. Valero hacía el Pedro Crespo, y el Don Lope de Figueroa, Romea. En el Saloncillo de Autores, un crítico flaco, miope y pedante, ponía cátedra con maullido histérico. Le decían, por burlas, Epidemia:

—Nuestro Adelardo se ha parangonado, se ha parangonado con el genio de Calderón. ¡De Calderón! Ayala no ha refundido, no ha refundido, ha colaborado. Como Calderón había antes colaborado con Lope. ¡Con Lope! El tema inicial pertenece al Fénix. Ayala ha igualado la versificación calderoniana en sus más felices momentos. ¡En los más felices de Calderón! ¡Igualado!

Interrogó un pollo camastrón que asistía a todos los estrenos, y regalaba bombones a las actrices:

—De la interpretación deseaba yo oír el juicio de usted.

Intervino un vejete despejado y risueño, con levitón y bufanda, narigudo, muy expresivo de mirada y gesto:

—Yo le diré a usted el juicio de nuestro eminente amigo: ¡Valero, bien! ¡Julián, mal!

Se aseguró los quevedos Epidemia:

—Valero, casi bien. El otro, detestable. Valero, alguna vez, llega a convencernos de que es Pedro Crespo. ¡Alguna vez! El otro es Lopillo del Gigo. Lopillo del Gigo, que va a operarse de una pierna al hospital. En ningún momento es Don Lope de Figueroa. ¡En ningún momento!

Un apuntador jubilado, peregrino de puerta en puerta por los tabucos donde se vestían los cómicos, sonaba un campanillón.—Julián Romea, verdadero reformador de la escena, había entronizado aquel adelanto, mejorando la añeja corruptela de avisar batiendo con los artejos.— Al Saloncillo de Autores llegaba un rumor colmado de aplausos. Masculló Epidemia:

—¡Son los primeros que oigo esta noche!

Finalizaba el intermedio de bolero, y el chusco de la cazuela gritaba el clásico:

—¡Zape!

XXIII

JULIÁN Romea jadeaba, suelto el coleto: Espada, chambergo y capa repartidos por los muebles del camerino: El arruinado galán también puso atención a los aplausos tributados al bailarín:

—¡Es triste y bochornoso! La joya del teatro clásico, refundida por otro clásico, apenas se tolera. No se aplaude la admirable interpretación de Pepe Valero. ¡Verdaderamente admirable, si se prescinde de ciertos defectos propios de su escuela! ¡Malos tiempos cuando así triunfan del arte las boleras manchegas!…

Quedó taciturno mirándose las flacas y descoloridas manos. Don Luis González Bravo, sentado enfrente, observaba con adusto efecto al arruinado Don Lope:

—Debes descansar, Julián. Una temporada en la Huerta de Murcia te pondría nuevo.

—¡Esto se va, Luis!

Replicó el ceñudo Don Luis:

—¡La Huerta de Murcia y abstinencia del sexto!

Don Luis González Bravo —Ministro de la Corona en aquel Gabinete del Espadón de Loja— estaba casado con una hermana de Julián Romea. Los dos carcamales profesábanse añeja amistad, y se llevaban el genio que los dos tenían esquinado. Julián Romea llamó al criado para que le librase de botas y espuelas: Se arrancó la peluca con un suspiro, y la tiró sobre el tocador:

—¡Poco me queda de oír aplausos!

El Marqués de Torre-Mellada apareció en la puerta:

—¡Admirable! ¡Admirable! ¡No hay que decir!… ¡El de siempre! ¡He visto aplaudir a los Reyes! ¡Admirable!

El actor le tendió la mano con deferente sonrisa:

—Gracias, Torre-Mellada. También he visto en un palco a la Marquesa: Salúdela usted en mi nombre, y dígale cuánto la he agradecido su presencia esta noche, que acaso sea mi última *serata d'onore*.

Intervino el cetrino Don Luis:

—Una temporada de campo y abstinencia…

—No tienes que recomendármela, ya me la imponen ellas. A nuestra edad no

se hace volver la cabeza a las mujeres.

Comentó con sorna Don Luis:

—Yo jamás he tenido esa gracia, ni de mozo ni de viejo. Torre-Mellada, tú no podrás decir otro tanto.

Cacareó el Marqués:

—¡En Madrid nada hay secreto! Sería ridículo que ahora negase haber tenido algunas fortunas… Pero no creo que nuestra edad sea para cortarse la coleta. Julián está en lo mejor de su edad, y en el apogeo de su gloria.

Denegó nostálgico el actor:

—En la escena hago los galanes y en mi casa los característicos. Me vencen los achaques más que los años: ¡Cincuenta y tres!

Se alborotó Torre-Mellada:

—¡Un muchacho! La mejor edad cuando se tiene experiencia… ¡Nada, una temporada en el campo y otra vez a cosechar laureles! ¡Esta noche ha sido memorable!

—¡Acaso lo sea!

El arruinado galán hundía los ojos en la noche del porvenir, y los cerraba después, dramadzando la ceguera de un relámpago. La humada de azufre, como si el relámpago fuese de teatro, le encrespó la tos. El Marqués de Torre-Mellada, zalamero, tocó con los guantes el hombro de González Bravo:

—Dos veces estuve en el Ministerio. ¿Te lo han dicho? Es urgente que amordaces a la prensa. ¡Porque se trata de una campaña política contra la sociedad más señalada por su adhesión a la Reina! Esas calumnias contra la aristocracia, solo favorecen a la revolución. Es la demagogia quien propala esas infamias. ¿Conoces el resultado de la autopsia? ¡Un ataque apoplético!

Cortó duro y sin reservas González Bravo:

—¡Una falsedad! Esos forenses debían ir a la cárcel, y esos ilustres jóvenes al palo.

Se desconsoló el Marqués:

—¡Luisito!

González Bravo acentuaba su ceño duro, de jaque viejo.

—Esta noche puedes verme en el Ministerio.

Susurró el palatino vejestorio, con fatuo merengue:

—Te llevaré en mi coche. ¡Ya no te suelto!

Julián Romea miraba su pañuelo estriado de sangre, contraída la boca con un rictus de amarga desesperación. González Bravo, que tendía el ojo, afirmó

rotundo:

—¿Miras el colorete?

El actor, forzando una sonrisa, arrojó el pañuelo y llamó al criado:

—Quítame esos arreos, y vámonos a casa.

Susurró Torre-Mellada a la oreja del Ministro:

—El coche está a la puerta… Cuando decidas…

Cortó Don Luis:

—Tengo que hablar con Julián… De madrugada me tendrás a tus órdenes en el Ministerio. Voy de aquí a la Presidencia.

—¿Se confirma la gravedad del General?

Atajó ceñudo Don Luis:

—De todo hablaremos.

El Capitán, Isabel, Felipe II y Rebolledo entraban con una relumbrante corona, ofrenda de la farándula al genio de Julián Romea.

XXIV

EL Ministro de la Gobernación, Don Luis González Bravo, meditaba en su poltrona, con los pies en la tarima del brasero, y el gorro turco sobre la oreja: Meditaba, y se enfriaba el chocolate con churros, que solía tomar en las horas de madrugada: Tenía la mirada semita y de azulinos blancos, que parecía afilarse sobre la línea corva de la nariz, la frente calva con tufos de ceniza, y aquel ceño brusco y acusado que, otro tiempo, los imagineros ponían a los judíos, en los pasos de Semana Santa. Entró Carlos Morí, un pollo elegante, pariente remoto y secretario del Ministro:

—Don Luis, ha vuelto el Marqués de Torre-Mellada.

Afirmó su duro ceño de jaque gaditano, el Ministro de la Gobernación:

—Hazlo pasar. Aguarda. ¿Qué pollos aristocráticos están mezclados en la danza?

—Gonzalo Torre-Mellada y Adolfo Bonifaz. Ese parece que ha sido el autor de la gracia.

—¡El Barón de Bonifaz puede acabar en el palo! ¿Será por salvar a ese rufo, el interés de la Reina?

—¡Don Luis, por ahí se murmura que le ha hecho tales mimos en la fiesta de Palacio!…

—No hagamos esperar al Marqués. Quizá ese raposo con piel de tonto, nos aclare el misterio.

El Marqués de Torre-Mellada entró haciendo gallos, con una elegante morisqueta:

—¡Vas a darme tu palabra de que se echará tierra en la causa de esos locos!

—Si por mí fuese, su locura no les eximiría de ir algunos años a la sombra. ¡Sería un saludable escarmiento! Desgraciadamente, se tercian influencias tan altas que la ley habrá de torcerse. El solo intento de hacerla cumplir me obligaría a dejar la Cartera… Y la situación política, en estos críticos momentos, no puede supeditarse a la broma de unos audaces.

González Bravo profesaba la doctrina del azote en carnes vivas: Torvo y mesiánico, lleno de intuiciones y fulgores, acariciando absurdos crueles, concibiendo gestos magnánimos, sentía el fuerte latido de su ambición, y en su política reaccionaria cifraba la salud de España. El taimado palaciego se abobalicó con un desbarate de gallos:

—¡Luisito, yo estoy desolado, y en el fondo, restadas las naturales exageraciones, de acuerdo contigo! ¿Pero, dime, se interesa Palacio?

Sesgó la boca con acre desdén el Ministro de la Corona:

—La Reina se ha interesado hasta la ofuscación.

—¿Te habló?

—Me ha coaccionado. Me ha exigido, entiéndelo bien, exigido, que se eche tierra y que se amordace a la Prensa.

Repitió Torre-Mellada, acentuando el gesto babión:

—¡Se interesa la Reina! ¡Es angelical!

—La Reina se ha interesado… Que sea por afecto a tu persona… Acaso… Pero no estabas muy en predicamento en la Regia Cámara.

—¡Luisito, me matas! Para mí es esencial, como el aire, la buena opinión en la Regia Cámara. ¡Yo me hubiera divorciado! Afortunadamente, Carolina se ha convencido, y renuncia a su puesto en Casa de la Infanta Luisa. ¡Se olvida mi acrisolada lealtad de tantos años y se me pone un inri! Mira, Luisito, yo estaba en la higuera; pero he recibido noticias de que en la nueva combinación de altos cargos palatinos, me dejáis fuera. No lo siento…

—Aparte tu sentimiento. ¿Quién te deja fuera?

—¡Vosotros! ¡El Gobierno!… La Reina, eso es lo que me duele, habrá mostrado su beneplácito. El Gobierno, antes de incurrir en su enojo… Creo yo… No sé… ¿Tú dirás?

El Ministro desvió la taimada pregunta:

—Los nuevos nombramientos están aplazados. Tú, acaso cambies de puesto; pero es indudable que continuarás al lado de la Reina. El Gobierno no quiere separarte de Palacio. Te necesitamos allí, Torre-Mellada. Tú puedes tenernos al corriente de lo que fraguan aquellos camarilleros: Eres uno de tantos, y tus servicios sabe apreciarlos el Gobierno. ¡Acaso sea preciso dar una batalla en Palacio! Más tarde hablaremos. El General puede morirse, y sería una catástrofe sustituirle con fantoches como Pezuela. Creo que es el candidato de la monja. Esa señora no debe olvidar lo que la ocurrió el año treinta y cinco. Tú vas a confesarte conmigo, sin reservas. Se trata de salvar a España y al Trono. El Barón de Bonifaz parece ser el nuevo capricho de la Señora: Si es así, conviene tener asegurada la voluntad de ese pollo: Hundirle en la cárcel o ganarle para nuestro bando. ¿Cuáles son sus ideas políticas?

—¡No las tiene!

—¿Sus simpatías? ¿Sus preferencias?

—Me pones en un aprieto.

—¿No tiene prejuicios?

—Es un tarambana. Si quieres cazarle, pon tus sabuesos en acción y recoge los pagarés que tiene rodando por manos de los usureros.

—Seguiré tu consejo; pero es preciso asegurarse de que el capricho real es de consecuencias. Los fondos secretos no pueden dilapidarse… Y si luego de recoger los pagarés nos resulta que ha sido una calentura pasajera…

Se atropelló el palaciego:

—¡Son calumnias de la demagogia! No es tan voluble la voluntad de la Reina.

Deslizó el Ministro, con cínica indiferencia:

—¿Quién terciará de medianero?

—No creo que se acuerde de mí… En otra ocasión… Pero ahora estoy en desgracia. Sin embargo, como ese tuno está en Los Carvajales…

Repitió el Ministro:

—¿Está en Los Carvajales? Me has dado una luz. Es preciso retenerle allí. Acaso resultes el hombre necesario, Torre-Mellada.

—La Reina, si no es olvidadiza, recordará la lealtad con que la he servido siempre.

—Tendrá que recordarlo, si ante el crimen de ese insensato no se arredra de la aventura y cambia de ánimo.

Se alborozó Torre-Mellada, dando al aire, con un arabesco, el fatuo desbarate de su cacareo:

—¡No conoces el corazón femenino! Si está interesada, le hará gracia.

El Ministro, con reto de majo, se puso en pie, y, cruzando ante el palaciego, hizo el final de la escena en los medios del salón:

—¡Hay que guardar a ese pollo en Los Carvajales! Aumentarle la medrana, y cuando salga de allí, que sea de tu mano. Si el capricho real se confirma, debemos tener muy seguro a ese bergante. Torre-Mellada, vas a ser el alcaide del castillo: Ni una carta, ni un aviso, ni una seña, sin que yo tenga noticias cabales. Te llevarás, como fámulos de tu servicio, dos agentes de la ronda secreta.

Se atortoló el Marqués:

—¿Pero yo también debo desterrarme?

—Una breve ausencia.

—¿Podré invitar amigos? ¿Organizar una cacería? ¿Disimular?

—Indudablemente.

El Marqués selló el pacto con su pintada sonrisa de viejo verde:

—Pues convídame a chocolate con buñuelos.

XXV

EN el Palacio de Torre-Mellada se albergaban dos tertulias mal avenidas, como en las Regias Cámaras: El Salón de la Marquesa Carolina y el Tresillo del Marqués, en la Biblioteca:—Allí disputas, toses, reumas de apostólicos carcamales, comentaban con igual acrimonia las veleidades del naipe y las calumnias propaladas en el extranjero por la demagogia revolucionaria.—Estaban aquella noche en momento de paz las dos tertulias. La Marquesa, arrastrando la cola, frágil y mundana, recorría las mesas de juego apoyada en el brazo del Marqués: Con lánguido arrumaco dulcificaba los ojos sobre la constelación de calvas y lechuguinos bisoñés. Hacía invitaciones y se despedía para Los Carvajales:

—¡Señor Navia Osorio! ¡Señor Arcediano! ¡Brigadier! No olviden que esperamos la visita de ustedes.

Soplaron alternativamente los tres bajos:

—¡Nos veremos!

—Se les guardará un fiel recuerdo.

—¡Que no sea larga la ausencia!

Cacareó el Marqués:

—Yo tendré que pasarme la vida en el tren. ¡Soy aquí tan necesario!

Aduló el Arcediano:

—La Reina no se vale sin usted. ¡Tan antiguo en Palacio!

—Me quiere hasta la obcecación. ¡Es la frase de González Bravo! ¡Cuando se habla de mí, siempre la repite! ¡Ustedes se la habrán oído infinidad de veces! Y es verdad que no puedo estar quejoso del afecto de la Señora.

Solfearon los bajos su concertante de plácemes, y destacó un solo de requinto el Vizconde del Zeneje:

—¡Otros pueden tener quejas, tú no la tienes! ¿Y cuándo es la partida?

La Marquesa Carolina dobló la cabeza sobre el hombro del Marqués:

—Jerónimo, ¿para cuándo nos han señalado audiencia los Reyes?

El Marqués se volvió, deferente, tocando con su nariz la nariz de la Marquesa:

—Mañana, querida, mañana.

Selló el Vizconde:

—Lo he leído en los *Ecos de Asmodeo*.

Los Marqueses, apartando en abanico las cabezas, asentían con su sonrisa pintada. Tocando con la flor rosada de los dedos el brazo del marido, tornó a su estrado la Marquesa Carolina. El reuma, la tos y el resuello sochantre de los carcamales tresillistas la escoltaban. Aquella noche, por corto tiempo, firmaban paces las dos tertulias hostiles del Palacio de Torre-Mellada.

XXVI

SE fueron en el tren nocturno de Andalucía. Las siete de la tarde, en aquellos claros días marzales, era una hora elegante y discreta para las últimas despedidas en la Estación de Atocha. ¡Las siete de la tarde! Volvían de la Castellana los troncos, con un vaho acre, salpicados de espuma los paramentos. El Marqués se llenaba de angustia con aquella evocación: El desfile de carruajes, los teatros, las visitas de monjas, el ceremonial palatino, todas las candilejas de su vida refitolera y mundana, se apagaban en la cortijera reclusión de Los Carvajales. Para consuelo y amargura, lo mejor de la sociedad habíase dado cita en la Estación de Atocha. Un sentimiento confuso de ajenjo y almíbares

arrugábale la cara, mientras se ponía los guantes, detenido en la portezuela del vagón. Asomó la Marquesa:

—¡Feliche! ¿Dónde estás, Feliche?

—No se pierde Feliche.

Era la voz gatuna y callejera de la Chamorro, Condesa-Duquesa de Villanueva del Condestable: Estaba en secreta conversación con Feliche:

—Me lo ha dicho persona muy enterada. La Reina está trastornada por el perdis de tu hermano, y todo su interés por que se tapase la cosa, ha sido por él. Tú no debes irte a Los Carvajales. Niña, cuando pasan rábanos, comprarlos. ¡Se te abren las puertas de Palacio! ¡Aprovéchate! La revolución aún está muy dura. Al Duque no le sacan más dinero, y sin dinero no anda el carro. La Reina ha manifestado deseos de verte, lo sé, porque tengo muy buenos espías en la Casa Grande. La Reina, en el fondo, es buena, tú eres buena… Podéis entenderos. ¡Qué mal te vendría un puesto en Palacio!

Volvió a llamar la Marquesa:

—¡Feliche! ¡Que el tren arranca!

Insistió la Chamorro:

—¡Vuelve pronto!

Sollozó Feliche:

—¡Dolorcitas, usted no me conoce! Haré cualquier cosa, antes que envilecerme con esa tercería.

Se pasmó cándidamente la Chamorro:

—¡Serías capaz de representar *El Quijote* con faldas!

XXVII

ERAN las últimas despedidas. Saludaban los caballeros alzándose las chisteras. Agitaban el pañolito las madamas. Teresita Ozores se subía al estribo para decirle un verde donaire a Torre-Mellada. Trepidaba el tren. La locomotora chispeaba, sudando aceite. Por la puerta de viajeros, de carrerilla, en un remolino, aspados los brazos, entraba un tipejo. Torre-Mellada lo vio y recibió el último consuelo mundano: Aquel tipejo que llegaba con retardo, era Asmodeo.

EL COTO DE LOS CARVAJALES

I

ERAN tierras de señorío. La vasta casona fue lugar de muchas intrigas y conjuras palaciegas durante el reinado de Isabel II. Los Duendes de la Camarilla, más de una vez juntaron allí sus concilios, y tiene un novelero resplandor de milagro, aquel del año 49, donde se hizo presente en figura mortal, la célebre Monja de las Llagas. ¡Notorio milagro! Se comprobó que cuando esto acontecía, la Santa Madre Patrocinio estaba rezando maitines en el Convento de la Trinità dei Monti, recoleta clausura de los Estados Pontificios, donde ejemplarizó día a día, todo el tiempo del inicuo destierro a que la tuvo condenada el colérico Espadón de Loja. ¡Mucho sufrió entonces el cristiano sentir de la Reina de España! Para ahorrarle lágrimas y tribulaciones de conciencia, se celebraban aquellos concilios de Los Carvajales: Ellos trajeron nuevamente a la santa beata y sosiego al piadoso corazón de nuestra Señora. Después, el tiempo veleidoso, que muda usanzas y tradiciones, sustituyó el santo rosario de las momias apostólicas, por las cacerías y apartados de reses bravas, tientas y derribas, que están historiadas en los *Ecos de Asmodeo*. En este año subversivo de 1868, los lucios personajes del credo moderado y la aristocracia camarillera, intrigaban con el sesudo acuerdo de quebrantar la hidra del liberalismo que conduce fatalmente al caos de las revoluciones. Unos, como los viejos predicadores de aldea, sacaban el Retablillo del Alma Condenada: Otros, más profanos y teatrales, de un lugar invisible del espacio sacaban, asida por los pelos la ensangrentada cabeza de Luis XVI. ¡Cabeza de malabares que desdobla su ejemplo en las logias y en las sacristías, mostrando alternativamente una de sus caras, porque tiene dos, como el latino Jano! Del Coto de Los Carvajales quedan luengas memorias en las páginas tontainas de Asmodeo.

II

LA señorita Aline, Damiana, Toñete y *Monsieur* Pierre Durand, jefe de las cocinas, viajaban, con billete de segunda, en la santa compañía de dos monjas. El resto de la servidumbre iba en tercera. Los caballos, en un vagón, bajo la custodia de ternes mozos de cuadra. Las jaurías estibadas en la perrera. Toñete, siempre que lo permitía la demora en las estaciones, se apeaba y asomaba la jeta tras el vidrio del coche donde viajaban los señores. El Marqués pegaba la nariz batiendo con el ovillejo de los guantes:

—¡Los caballos! ¿Cómo van los caballos?

Toñete le tranquilizaba con un gesto y desaparecía. El tren dejaba la estación con su candilejo triste y sus bultos enmantados: Corría por los campos desiertos, que, a la luna, copiaban el blanco de los osarios y tenían claros lejos azules de quiméricos mares. Bajo la luna muerta, el convoy perfilaba una línea de ataúdes negros: Con su pupila roja y su fragor de chatarra, corría en la soledad de la noche, en la desolación de los campos, hacia las yertas lejanías de mentidos mares. Toñete penetraba en el coche con el tren en marcha, se aflojaba la bufanda y reverdecía una antigua querella con la señorita Afine. Las monjas, juntas las rodillas haciendo mesa, tenían abierto el escriño de su parca colación. La más anciana murmuró dengosa:

—¿Gustan ustedes?

La señorita Aline, Toñete, Damiana y *Monsieur* Pierre agradecieron unánimes. Las dos monjitas se santiguaban: La más vieja partió el pan y dio un pedazo a su compañera. A un guiño socarrón del ayuda de cámara, el jefe de las cocinas requirió el canasto de las vituallas: Con alardosa cortesía de gabacho brindó a las monjitas, para hacer boca, unas alcaparras y un pequeño vidrio de Borgoña. Se remilgaron las beatas. Dijo la vieja:

—En nuestra regla no se estilan esas finezas, y sería muy malo que nos acostumbrásemos.

Y la joven:

—Sin tomarlo, se lo agradecemos igualmente, hermanos.

Retenía su marcha el tren. El revisor entró y quedose alertado, mirando a la vía, suspenso en la actitud de cerrar la portezuela, sin recoger los billetes que le tendían los viajeros. El llano manchego, a la luz muerta de la luna, tenía la vastedad desolada y vacía de un mar petrificado. Amusgaban la oreja los

viajeros: Las mujeres, con susto: Los hombres, arrecelados. Interrogó Toñete:

—¿Ocurre alguna cosa?

Volviose el revisor, cerrando la portezuela:

—¡Nada! Un maleta que viaja de gorra, y andamos para darle caza.

Cuchicheó Damiana:

—¡Hay gente sinvergüenza en el mundo!

La señorita Aline extraía su billete del guante con afectación pizpireta:

—¿Por qué no dan aviso a los gendarmes?

—Ya le tienen el ojo encima.

—¡Menuda tunda si lo atrapan!

Toñete sacudía los dedos, y con este ademán superlativo, escandía las palabras colmándolas de regocijadas posibilidades. Las monjas, un poco aleladas, tendían sus billetes. Explicaba el revisor, mientras hacía el taladro:

—Ese gachó se ha puesto en viajar de guagua, y conmigo no le vale.

El revisor saludó alzándose la mano a la visera del quepis, abrió la portezuela y se fue por el estribo. Las monjas, para reponerse del susto, aceptaban las alcaparras y el Borgoña.

III

A los costados de un vagón de tercera, por sendas ventanillas, asomaba fusiles y tricornios, la Benemérita Pareja. Como un gato, se descolgaba la sombra adolescente de un pícaro, y luego corría a campo traviesa. Jadeaba el tren. Ahora, por el mismo costado del vagón, asomaban parejos, los cañones de dos fusiles. Apuntaban. Sonaron alternos disparos, y el pícaro que corría, echó los pies por alto con brusca zapateta. Murmuró un inglés, vendedor de Evangelios:

—¿Lo han morido, señores Guardias?

—¡Vaya usted a saber!… Algo lleva.

—En Inglaterra, la vida de un semejante…

Atajó el más antiguo de los dos Civiles:

—Estamos en España, no debe usted olvidarlo.

Intervino un clérigo, que viajaba con el ama:

—¡Así agradece nuestra hospitalidad, esa gente!

Y el otro Guardia:

—Será bueno que enseñe usted los documentos.

El inglés sacó la cartera y enseñó el pasaporte. El Guardia intentó leerlo a la luz aceitosa del farol. Advirtióle el compañero:

—¡Déjalo, Orbaneja! ¡Ya luego veremos si las señas que ahí se especifican son concordantes!… ¡Que se me antoja que no van a serlo!

El Guardia Orbaneja dobló el pasaporte, y se lo puso en el pecho, bajo el correaje. Protestó el inglés de los Evangelios:

—El documento ser de mí, y no poder retenerlo ustedes. ¡Mí ser súbdito inglés!

Saltó el cura:

—El ser súbdito inglés no autoriza a difamar y calumniar un país. ¡Pobre España, abierta a todos, sin mirar las víboras que acoges en tu seno!

Replicó el inglés, con grotesca articulación de loro:

—En Inglaterra tampoco ser así los pastores de almas.

Se levantó el clérigo:

—En Inglaterra son amancebados.

El inglés le miró, flemático:

—En Inglaterra ser maritos y no pasar como en España.

El ama, avispándose, sosegaba al clérigo, que se sentó vociferando:

—¡El primer amancebado, Martín Lutero!

La chusma del vagón se regocijaba con pullas. En los vagones de tercera, la chusma suele ser más liberal que Riego. El súbdito inglés, desdeñoso, tornaba a su tema, tendido a la bartola entre el caneco gibraltarino y la rima de Evangelios:

—En Inglaterra…

Saltó el tonsurado, abriendo de nuevo el cisma:

—¡La pérfida Albión!

Otra vez se enzarzaron. El ama tiraba del balandrán al clérigo. Dos mozuelas del trato, que iban bajo la custodia de una vieja, se conchababan con los lacayos del Marqués. Alargando el rabillo del ojo, espiona, la celestinaríe con tres dientes. En los túneles eran los achuchones y la bulla maleante. Un alarido de antruejo rijoso revoloteaba en el vagón. El convoy perfilaba su línea negra por el petrificado mar del llano manchego. Trotaba detrás, enristrada la lanza, todo ilusión en la noche de luna, el yelmo, la sombra de Don Quijote: Llevaba a la grupa, desmadejado de brazos y piernas, un pelele con dos agujeros al socaire de las orejas.

IV

—¡ARGAMASILLA de la Orden! ¡Diez minutos de parada!

Los Civiles cambiaron algunas palabras:

—¿Qué tiempo ha dicho?

—Diez minutos.

—Siempre serán veinte.

—Y te quedas corto.

—Podemos pasar el oficio.

Recogieron las carabinas y se apearon. En la mesa del jefe de estación, adobaron el parte: Lacónico, claro, veraz, como previenen las ordenanzas del Benemérito Instituto. La Pareja había sorprendido a una cuadrilla de gente sospechosa que viajaba sin billete. Intimada la rendición, unos se dieron a la fuga y otros hicieron armas. La Guardia Civil, forzada a disparar, los puso en dispersión, viendo caer a uno de los que tenían opuesto mayor resistencia. El hecho había ocurrido entre los kilómetros 213 y 214. Un escrúpulo de conciencia les llevó a escribir las cifras en números arábigos y en latino alfabeto. El Guardia Orbaneja, que tenía la pluma, murmuró, dejándola en suspenso:

—¿Se aducen testigos?

—Siempre es bueno.

—¿Qué testigos?

—Con tres hay suficiente. El revisor, el cura y la señora que le acompaña.

—Hay que saber los nombres.

—Espera, que voy a preguntárselo.

El Guardia Romero, en dos zancadas, llegó al vagón.

—Señor Cura, ¿me hace el favor de su gracia?

—Torcuato Valentín, párroco de Los Castriles.

—¿Y la señora?

—Soledad Reina.

Se sofocó el ama, porque no quería andar en declaraciones. El Guardia Romero la tranquilizó:

—No habrá caso. Se ponen testigos por mero trámite, pero es más que suficiente la declaración de la Pareja. No pasen ustedes cuidado. Gracias y hasta luego.

El Guardia Romero volvió a la oficina del jefe de estación, soplándose la

escarcha del bigote:

—Escribe, Orbaneja.

El Guardia Orbaneja requirió la pluma y esperó con ella en alto:

—¡Acaba de parir!

—Don Torcuato Valentín, cura párroco de Los Castriles, y Soledad Reina.

El Guardia Orbaneja escribió los nombres y rasgueó el Dios Guarde: Después presentó la pluma al Guardia Romero: Era el más antiguo, y su firma debía de ir la primera, como previenen las sabias ordenanzas del Benemérito Instituto. El Juzgado ya podía levantar el cadáver:

—¡Señores viajeros, al tren!…

La Pareja de Civiles se apresuró a montar, y con las últimas estrellas, ensuciando de humo los albores del páramo, entró el convoy en la estación de Los Pedrones.

V

EL Marqués de Torre-Mellada, Conde de Cetina y Villar del Monte, Señor de la Torre de Los Pedrones, adueñaba por estas antiguas casas, muchas tierras de señorío en los términos de Solana del Maestre. Don Segis Olmedilla, gallo cuarentón y garboso, era el administrador, con residencia en Córdoba. Don Segis estaba en la estación, escoltado por una tropa de monteros uniformados con rodamonte y castoreño: Tenían con tal avío un aire de bandoleros cantando zarzuela. El Marqués, asomado a la ventanilla, los miraba complacido:

—¡Carolina, ha sido un acierto el nuevo uniforme! ¡Muy elegante! ¡Verdaderamente elegante! ¡No lleva mejor a sus monteros Benardino Frías!

Don Segis corría al costado del tren: Era alto, patilludo, berrendo en colorado: Vestía de labrador andaluz, con muchos brillantes, y llevaba la capa con garbo: En Córdoba le decían el Niño de Benamejí. El Marqués le recibió con los brazos abiertos:

—¡Querido Segismundo!

—¡Señor Marqués! ¡Usted siempre tan famoso!

—¡Gracias a Dios! ¡Y usted también, Segismundo!

—A mí no me parte un pedrisco. ¿Y la señora Marquesa?

Con una sonrisa desvanecida le acogió la madama:

—No tan bien como usted, Segismundo.

—Pero si usted es la santa de los milagros. Hoy estos campos se han extrañado de ver nacer el sol una hora antes.

—¡Muchas gracias! Es usted de su tierra.

Cacareó el Marqués:

—¡Segismundo, elegantísimo el uniforme de los monteros! Y ellos, muy buenos mozos.

Aseguró el Niño:

—¡Y crudos! Dispuestos para cualquier cosa, señor Marqués.

El palatino se arrugó con una risa:

—¡Bueno es saberlo! ¿Y de caza, cómo andamos? ¡Hay que disponer una gran batida!

—Jabatos y corzos no faltan. Y todo el invierno nos ha rondado el lobo. ¡Han sido muchas las nieves este invierno! Al presente se mudó el tempero, pero con unos calores que no son propios de la estación.

—Las tormentas de Santiago el Verde.

—Veremos lo que traen. Como no venga por ahí un deshielo que nos anegue las siembras…

Los criados sacaban del coche vajillas, sombrereras y maletines. Silbaba la máquina, y el jefe de estación, con sucios galones dorados, pringando sueño y aguardiente, daba sus mandones avisos. Don Segis le contuvo con voces, ademanes y gestos:

—¡Un momento, amigo, que no se pierde la misa!

Interrogó el jefe:

—¿Toma usted el tren?

—El señor Marqués va a decir si lo tomo. ¿Quiere usted autorizarme las consabidas cuatro palabras, y despacharnos, señor Marqués?

El señor Marqués, con gesto de alarma pueril, dio algunos pasos por el andén, en plática muy reservada con el marchoso administrador:

—¿Qué sucede? ¿Llego yo, y usted quiere irse?

—Con billete de ida y vuelta, si no me prenden en Córdoba.

—¡Segismundo, habla usted en serio?

—Voy llamado por el Gobernador. Allá sabremos lo que se le ofrece… ¡Ya tenía yo su migaja de curiosidad por verle los dientes a ese chucho! A lo que me han contado algunos que le conocen de otras partes, es un loco de teatro. Se le ha puesto acabar con la gente cruda, que es el mejor vino de estos pagos, y esa fantasía no la ha tenido ni Don Quijote. El bandolerismo, por acá, es endémico, y

algunas veces muy conveniente, señor Marqués. Lo que se llama un mal necesario.

—¡Si es necesario, no es mal! ¡Dios no lo consentiría!

—¡Justamente! Y a ello voy: Esa gente, ahora tan perseguida porque le desentierra las onzas a unos cuantos ricachos, es la mejor para ciertas danzas. Más de una elección nos han hecho ganar esos niños, y el olvidarlo no es propio de caballeros. Sobre que una elección puede haberla cualquier día, y entonces habrá que indultarlos.

Se llenó de pueriles alarmas el Marqués:

—¡El Gobierno está ciego!

—Señor Marqués, hágase usted oír en las alturas, y que nos quiten a ese Gobernador.

—¡Está muy agarrado!

—Señor Marqués, ese hombre puede ser nefasto para los propietarios de tierras en toda esta parte. Vea usted que haciéndole algunos favores a la gente cruda, íbamos salvando de incendios, talas y latrocinios de ganados. El Gobierno, de por sí, no basta para el resguardo de semejantes daños. Y eso es más viejo que el andar a pie. Si se enciende la guerra con los caballistas, el fuego se va a llevar muchas cosechas.

Abría los brazos el Marqués:

—¡La Revolución Social!

—Social o antisocial. Pero ello viene. Estas justicias de enero, solamente traen perturbaciones a los campos, donde un poco o un mucho, todos viven de hacer la capa a secuestradores y cuatreros.

Torre-Mellada se despintaba con una mueca:

—¡El Evangelio! ¡El Evangelio! Es la tradición del pueblo y de las grandes casas. La Condesa de Villar del Monte, mi abuelita materna, cuentan que apadrinó una boda en pareja con el Tempranillo. ¡Eso cuentan! Es la tradición de las grandes casas, y no podemos faltar a ella. ¡Los caballistas, sin duda, andan por muy mal camino! ¡Pero si no fuesen caballistas, acaso serían algo peor! ¿No vemos el mundo sacudido por la demagogia? ¡Los caballistas no niegan a Dios! ¡Hasta tengo entendido que los hay muy buenos cristianos!

Aseguró marchoso el Niño de Benamejí:

—¡Y tanto! Juan Caballero, cuando andaba en la vida, le regaló un manto bordado de oro a la Virgen de Linarejo.

—La ola demagógica es lo que debía preocupar al Gobierno. ¿Le preocupa?

Sin duda le preocupa, pero menos de lo que debiera. ¡Un pavoroso problema, Segismundo!

Protestaban del retraso algunos viajeros asomados a las ventanillas del tren. Paseaban frioleras las madamas. El Niño de Benamejí requirió soflamero:

—Señor Marqués, ¿tomo el olivo para Córdoba?

—¡Indudablemente!

—¡Pues hasta la vuelta!

Con el tren en marcha, saltó al estribo, revolera la capa y en alto el sombrero. El Marqués correteaba por el andén, a juntarse con las pálidas y despeinadas madamas.

VI

FUERA de la estación esperaba el coche: Cascabeleaban las cuatro mulillas del tiro, cubiertas de borlones, primorosas y parejas: Ocupaba el pescante, y tenía las riendas un viejo de centeno quemado, duro, ojiverde, las sienes con brillos de acero. El Marqués celebró el atalaje:

—Muy bien, Blasillo. ¡Muy bien!

El Señor Blasillo de Juanes era un antiguo cachicán, que también terciaba de picador y de cochero. La Marquesa le interrogó con amable indiferencia de gran dama:

—¿Cómo anda su gente, tío Juanes?

—Pues todos tan guapos, incluso la mujer, que la dejo sacramentada.

Se alarmó el Marqués:

—¡Hombre! ¿Por qué la has dejado?

—Pues a no ser por la obligación de recibir a sus vuecencias, no la habría dejado. Bien que me lo derrogaba la infeliz, porque está de un momento para otro.

Rezongó Toñete, que acomodaba en el coche un lío de mantas:

—¡Mala pata! Entrar en la casa, y estar la muerte dentro.

Se volvió el palatino, con su clásica vuelta refitolera:

—¡Tú siempre buscándome preocupaciones! ¡Ya podías callarte!

Dengueó la Marquesa:

—¡Pues no es nada agradable!

Murmuró Feliche:

—¿Pero está desahuciada?

Respondió el viejo, dando un suspiro:

—Así parece. ¡Suerte que los hijos están ya criados!

La Marquesa Carolina, recogiéndose con un tiritón bajo su abrigo de pieles, interrogó:

—¿Usted sabe si la enfermedad es de contagio?

—¡Un propio contagio!

—¿Has oído, Jerónimo? ¡Pero esos muchachos cómo no nos han puesto un telegrama! Hubiéramos suspendido el viaje.

Preguntó Feliche, serena y pausada:

—¿Qué padece?

—¡Contagio! Pero nosotros, como no sabemos más, le decimos zaratán maligno. Otros nombran cáncer. ¡Propio contagio de la sangre!

Se avivó la Marquesa:

—¿Pero es un cáncer?

—Eso han dicho los médicos que la vieron, hizo un año este San Martín.

La Marquesa Carolina murmuró al oído de Feliche:

—¡Hija, qué susto me ha dado este buen hombre!

Hablaban en el fondo del coche. El Marqués, en el pescante, requería las riendas para guiar. Alargó la cabeza buscando con los ojos a Toñete:

—¡Los caballos! Recomiéndale mucho cuidado a Pepe. ¡Que los amante!

—¡Buena la trae Pepe!

El Marqués dobló la cabeza con un suspiro y restalló la fusta. Las cuatro mulillas arrancaron, llenando la mañana de cascabeles.

VII

CINCO quinterías albergaba en su término el Coto de Los Carvajales: Castril, Solanilla, Pedrones, Cerrato y Majuelos: Era un gran dominio de olivas y tierras adehesadas, con casona antigua en cerco de cuadras, alpendes, lagares y toriles. A lo largo del camino, oculta en los encinares, sonaba la castañuela de la urraca. En los oros celestes cantaban las remontadas alondras, y las gentiles gollerías picoteaban en las siembras, moviendo las caperuzas, con melindre de niñas viejas. Un cazador —sombrero haldudo, escopeta y perro— cruzaba un cerrillo de fulvas retamas, con el sol de soslayo, anguloso y negro. El

baladro de las esquilas, el grito del boyero, el restallo de la honda, juntaban su música agreste, con los olores de la tierra, y en el cielo rasgado de azules intactos, era solo el trino de la alondra, remota, remota.

La Marquesa y Feliche, en el fondo del coche, con dulce conforto se estrechaban las manos: No hablaban, pero sin decírselo, cada una sabía de la otra, y de su consolación en el feliz cristal del campo mañanero. El Marqués ponía su atención en las mulillas del tiro: Preguntaba por el precio del ganado y la concurrencia de las ferias. El cachicán, sentado a su vera en el pescante, le informaba por menudo. Las cuatro mulillas sostenían el trote, alegres y cascabeleras. El camino cruzaba un olivar viejo, con pardos baldíos. Una moza venía cantando sobre el anca de su borriquillo. Se entreveía un palomar. Entró el coche por un majuelo: Eran tan verdes y juveniles los brotes de la viña, de tan suave rosa la tierra del camino, tan azul el cielo, la luz tan clara, tan nítidas las voces en el beato silencio, que las madamas sentían la sensación de una pena mitigada, como después de haber llorado y rezado mucho. Traspuesto un cerro almagrero, asomó el campanario de Doña Ximena. Ahora entraba el coche por una avenida de negrillos. Ladraban los perros. En el fondo aparecía la casona con sus grandes rejas y su portalada, donde se agrupaba el cortejo de mozas, jayanes, pastores, guardas. Feliche se sobresaltó: Le dolía el corazón, y sintiose como arañada por una torva aridez espiritual: Le pesaba su cruz, y resistía abrazarse con ella: Un negro resplandor le atorbellinaba la conciencia: Feliche se asomaba ceñuda a un abismo de odio, que copiaba la imagen, que repetía la voz de su hermano: La idea de verle, de oír aquella voz, la sumía en una angustia azorada y esquiva:

—¡Qué horror de hermano!

La Marquesa Carolina le acarició la mejilla:

—Se nos ha nublado la mañana. ¡Y era tan bella!

El Marqués frenaba las mulillas. El cachicán saltaba del pescante. El cortejo labriego rodeaba el coche, con resplandor de frentes tostadas, y añejas prosas castellanas. Entre el cortejo labriego, era la sombra trenqueleante y caduca de una mujer adolecida, que se doblaba sobre un palo: Tras ella, la hija, moza lozana, abría el garbo de los brazos, atenta a sostenerla, con bermejo reír de manzana. La sombra trenqueleante, apretando la boca sin dientes, afirmaba en la estaquilla el pergamino de la mano. La Marquesa cerraba los ojos con espeluzno de miedo y repugnancia. Murmuró el viejo cachicán:

—¿Por qué dejaste el jergón? Los amos te lo tenían dispensado.

—¡Dios se lo recompense!

Saltó la hija, con mentida labia:

—No está tan para irse, que aún rompe unas mangas. ¿Verdad, mi madre?

Se volvió arisca la vieja, temblándole la barbilla:

—¡Las romperán los gusanos!

Cortó la Marquesa:

—¿Los señoritos aún duermen?

Explicó la mozuela con su bermejo reír:

—Los señoritos desde ayer están de caza. ¡Hay muchos guarros, un sin fin!… Veremos los que matan.

La Marquesa, pintando un rubio desmayo, caminaba asida al brazo de Feliche:

—¡Al menos han tenido la gentileza de alejarse y dejarnos solas!

—¡Si ha sido como supones!…

Feliche tenía una flema rencorosa en la voz. Entraban por el ancho zaguán, y se detuvieron a la puerta de una sala baja, con enormes rejas. Llegaba el *break* donde venía la servidumbre. Alegrábase el camino con la zalagarda de los perros y el relincho de los caballos, que los mozos de cuadra traían del diestro. El Marqués interrogó a Toñete:

—¿Los caballos? ¿Cómo vienen los caballos? ¿Tose alguno?

—El que tose es un servidor. ¡He atrapado un pasmo!

—No te hagas el interesante. ¿Cómo viene Fanny?

—Pepe me ha tapado la boca con que eso no era de mi incumbencia, y no he podido enterarme.

—¡Majadero!

La vieja cachicana, trenqueando sobre la estaquilla, tornábase a su jergón, y guardándola, con los brazos abiertos, a la vera, iba la mozuela del bermejo reír. Rezongaba la vieja, erizando los lunares de la barbilla:

—¡Cutres! No han sido para darme un chulí.

VIII

LAS madamas, con las ojeras del insomnio, pero refrescadas y olorosas de aguas inglesas, desayunaban en la sala del zaguán: Era vasta como un refectorio, con enormes rejas y techos de bovedilla. Las paredes, encaladas y

desnudas, tenían un zócalo de azulejos, tan alto que sobrepasaba el dintel de las puertas chatas y con bailones herrajes, parejas por su tracería, de las holgonas alacenas empotradas en los muros. La Marquesa y Feliche, mostrando desgana, apenas mordían la punta de los picatostes, apenas los humedecían en el chocolate:

—¡Qué horror! ¡Feliche, podemos decir que hemos visto la estampa de la muerte! ¡Yo estoy descompuesta para todo el día! ¡Es incomprensible cómo viven esas gentes!

—Como les permite su miseria.

—¡No, hija, esa infeliz, para estarse en su cama y ahorrarnos el espectáculo, no necesitaba más que querer! Sin duda no sienten como nosotros los refinados por la civilización, que llevamos en los nervios la biblioteca de Alejandría. ¿Recuerdas quién dice esto? Tu mentor Bradomín.

Sonrió Feliche con gracia serena:

—Mi mentor habla siempre un poco en broma.

—Una broma seria. ¿Le escribirás?

Se sofocó levemente Feliche:

—No sé si debo hacerlo.

—Si te distrae el *flirt*.

—¡Carolina, le voy tomando miedo!

Se inclinó pueril y mundana la Marquesa:

—Pues no le escribas… ¡Pero qué artes tiene ese viejo verde! ¡Si todo terminase en boda!

Feliche cruzó las manos con gesto de fatalista indiferencia. El Marqués de Torre-Mellada, pintado, retocado, untoso de cosméticos, entraba con su típica morisqueta de fantoche, y rememoró haciendo aspavientos:

—¡Aquí fue, Feliche! ¡Aquí, en esta sala, se nos apareció edificándonos a todos, la Madre Patrocinio! Veintitrés de octubre del año cuarenta y nueve. ¡No lo olvidaré jamás! Yo era, como puedes imaginarte, un pimpollo, pero ya figuraba: Figuré desde muy joven. ¡Aquí fue!

Hablaba sacudiéndose livianamente una mota de la solapa, con el ovillejo de los guantes. Feliche sonreía desengañada:

—¿Pero puede ser?

—¡Un milagro! ¿Vas a negar los milagros? Ahí tienes al Cristo de Medinaceli. ¡Pues ese todos los viernes guiña un ojo y tuerce la boca!

—Yo no lo he visto.

—Otros lo vieron.

—¿Tú?

—Lo vio Bradomín. Pero como es tan volteriano salió diciendo que le había hecho la seña del tres. ¡Merecía que la lengua le quemasen! ¿Te ríes? A ti te cae en gracia ese cínico farsante, como le llama el Padre Claret. ¿Pero es posible que no creas en la aparición de la Madre Patrocinio? ¡Si todos la hemos visto! ¡A mi lado estaba tu pobre padre!

Murmuró Feliche, serenando la sonrisa:

—¿Y también la vio mi padre?

—¡Todos, criatura, todos! ¡Pregúntale a tu tío Quintanares!

Insinuó con ironía la Marquesa:

—Estaríais alucinados.

Media vuelta de marioneta y el cacareo petulante del vejestorio, en los medios de la sala:

—Querida, tú sabes que yo no me alucino fácilmente. Llevábamos una hora reunidos. Tenía la palabra el Padre Fulgencio. De pronto una ráfaga de viento apaga las luces y quedamos a obscuras. Fue un momento el volver a encenderlas. Ahí, hijas, en esa puerta, estaba la Madre Patrocinio. La estoy viendo, toda en un resplandor, tendiendo hacia nosotros las palmas llagadas. Yo oí muy claramente: Traigo para vosotros la bendición del Santo Padre. Desapareció y todos nos quedamos edificados.

Aseguró displicente la Marquesa:

—No era para menos.

Inquirió Feliche:

—¿Pero se probó que la monja estaba en Roma?

Galleó el Marqués:

—¡Plenamente!

Esparciendo vahos de ginebra, asomó en la puerta el cochero, grande, obeso, encendido como un Rey de Portugal.

—Fanny, la yegua inglesa, tose.

El Marqués de Torre-Mellada se agarró el bisoñé:

—¡Y me lo sueltas a boca de jarro!

Salió con su trote menudo, azotando el aire con el ovillejo de los guantes. La Marquesa hizo una mueca desdeñosa:

—Hija, tenemos que echar fuera la murria. Vamos a ver si es grave la tos de Fanny. Después pondremos telegramas a los amigos apremiándoles para que nos

visiten. Los amigos tienen la obligación de distraernos, como dice Jerónimo.

—¿No sería preferible la soledad?

—¡Hija, esto es un páramo!

—A mí me gusta este páramo, y soñar con ser una Santa Teresa.

—Más propio de aquí, es Don Quijote. Pero con esas ideas acabarás entrando en un convento.

Reconcentrose Feliche con un gesto abismado ante el insondable y negro destino:

—¡Acabaré haciendo cualquier disparate, y ese no sería el peor!

La marquesa quedó con los ojos clavados en su amiga:

—Tú has sido siempre juiciosa, y no puedes dejar de serlo…

Llegaba lejano lamentar de voces y llantos. Un mozo que con el zamarro al hombro zanqueaba por el límite de los olivares, daba su fúnebre pregón a la gañanada remota:

—¡Entregó a Dios el alma, la madre Dalmaciana!

IX

FANNY, la yegua inglesa, elegante, desfallecida, romántica, tose y parece contagiada por la Dama de las Camelias. En torno del pesebre hacen junta mozos de cuadra y gañanes cortijeros. Tío Blas de Juanes, tascando la tagarnina, y por muestra de su luto la capa a cuestas, entró dando compañía a un vejete de levitín y castora, como los escribanos: Era Don Lope Calderete, mesonero, comadrón y albéitar en Solana del Maestre. Se pasó aviso al señor Marqués. Don Lope, calándose las antiparras, inquirió si el animal mordía o coceaba, y tras el seguro que le dieron los mozos, procedió a mirarle los dientes: Luego, entrándose por el horcajo de los brazuelos, salió por el costado, sacudiéndose el levitín. Llegaba el señor Marqués, y el albéitar le saludó con una genuflexión muy petulante: La mano extendida, y encorvándose con gesto de sacerdote africano, formuló su dictamen:

—Siempre se tropieza en la práctica con que estos pacientes no saben explicarse… Y el animal, salvo que sea inglés, no está mal sacado.

El Marqués de Torre-Mellada cacareó divertido, abriendo un paréntesis en el duelo:

—¡Pura sangre, Don Lope!

—Ya digo que no está mal sacado, para ser casta extranjera.

Se regocijaba el Marqués:

—¡Este bicho vale un puñado de napoleones!

Cazurreaba Don Lope:

—Hay caprichos, y el que puede los paga.

—Amigo, usted apure toda su ciencia y póngame sana la yegua.

—¡No hay que exprimir por demás la uva del sesamen, para recetar el consiguiente de este animal! Cocimiento de liquen con malvavisco, medio por medio, en tres cuartillos de agua: Hacérselo tomar de mañana y tarde. Puede escribirlo alguno de estos mozos que sepa de letra.

Pepe el cochero se burlaba encendiendo el farol de la jeta:

—Conocemos el tratamiento. ¡Hay que sacar otras novedades, maestro!

—Novedades pides tú, que vienes de donde las promueven. Aquí no estilamos de novedades, que basta muy bien a valernos el saber de los antiguos. El remedio que por aquí estilamos, es el cocimiento de liquen y malvavisco, como tengo preceptuado. ¡Ítem, la horilla es saludable y los animales agradecen el tempero, como si fueran personas infusas!

Asintió el cachicán:

—El tempero lo agradece hasta la tierra, que no padece achaques de cuerpo mortal.

Sentenció un viejo:

—Padece el achaque de parir para nuestro sustento.

Y un bigardo:

—El parir, más aparenta potencia que achaque.

El Tío Viroque, gitano de las cuevas, alzó el hombro puntiagudo, hasta tocar la oreja:

—Potencia del padre y achaque de la madre. ¡El mozo rubio, ese sí que no padece achaques!

Adoctrinó el pardo cachicán:

—¡Cállate la sentencia faraona! El mozo rubio, como antojan los de tu casta, padece el achaque de nacer todas las mañanas y diñarla al toque de Ánimas.

—¡Qué diñarla! Abre su mamporí en otros gallineros.

Por delante de la puerta cruzó la sombra de un zagalón negruzco y polvoriento, que caminaba apoyado en una vara verde, con flores de retama en la punta: La greña sudada y angustiada, se le pegaba a la frente: Sentado a distancia bajo un olivo, clavaba los ojos en el horizonte, ojos negros y atristados, de mozo

doliente. La Pareja de Civiles azacanaba por la linde de los olivares, con el sol en los tricornios, y al zagalón se le quebró aún más el color de la cara: Alzose y, disimulando la cojera, desapareció tras un almiar, ocultándose a la vista de la Pareja.

X

LA hija de la difunta, el manteo en capuz, y asomándole al borde un hacillo de cuatro velas, galguea a carón de las bardas, y hace el planto, conservando entre lágrimas los colores de cereza lozana. Aúllan nigrománticos los perros, y en las cochiqueras gruñen indiferentes los marranos. Tienen un azorado presagio los círculos de las palomas. Mirlos y tordos revolotean anocturnados en las ramas de los olivos. Velando a la difunta, allegados y amistades se consuelan con rondas de anisete y roscos de dulcero. Al pie del ventano, hilvana la mortaja Gilda la Costurera: Con afanoso braceo, tasca bajo el diente la hebra, y requiere las tijeras, y es toda ella un cierre de ojos, y un mover de labios, y un abismarse en cálculos, con el palmo tendido sobre la mortaja. Entraba, encrespando el planto, la hija de la difunta: Una comadre le tomó la cera, otra le hizo catar un sorbo de anisete: La mozuela serenose viendo alumbrar el rectángulo de las cuatro velas, con una obscura consolación ante la simetría de las luces. Gilda la Costurera, al pie del ventano, daba el último hilván a la mortaja. Bajo el alpende el viejo cachicán, tascando la tagarnina, escudriñaba el tempero, cabal para la poda del olivo y el enterramiento de su vieja. Entre pajas, anidada en un cesto derrengado, cacarea la clueca, sin el cuido de la difunta. El hijo, baboso, cegato y tontaina, con aguardentosa pena, llenaba la copa que de mano en mano corría el círculo del duelo. Los críos de una comadre, lambiscando los roscos del dulcero, pedían la cata. El cegato tontaina, bajo el influjo del anisete, encandilado con la luz de las velas, llorón y cordial, conquería a los remilgados para que no hiciesen cumplimiento. La hija, al pie del ventano, sacaba del faltriquera la esterilla que mercara para decoro de la mortaja. Gilda la Costurera abría el palmo haciendo un visaje:

—¿Qué has comprado?

—Siete cuartas.

—¡Para vistas, y apenas que alcance! ¿Qué pagaste?

—Real y medio.

—¡Qué latrocinio!

—Todo sube.

—¡Pero no suben a la horca los ladrones!

Desde el umbral, saludó el zagalón cojitranco que había tomado los vientos del anisete:

—¡A la paz de Dios!

Le invitó el cegato:

—Entra, Chirolé.

Juco el Chirolé, pícaro de capeas, entró despacio, al arrimo de su vara de ginesta, con su trémolo de flores amarillas:

—¡Ya considero la desgracia!…

Blasón, el hijo de la difunta, afarolado, con desiguales compases, abrazó al cojitranco, que recogía en el aire la pierna mancada:

—¡Chirolé, huérfano me hallas!

Lloró enternecido, alucinado por las velas, siguiendo el círculo de la copa por la rueda del duelo. Murmuró el Chirolé:

—¡No sabemos dónde tenemos el fin! Aquí donde me miráis vosotros todos, de la muerte escapo. Esta cojera se la debo a los Civiles.

Gilda la Costurera rezongó displicente, suspenso el palmo y el cálculo sobre la esterilla de la mortaja:

—Tendrías algún débito.

—¡Ojeriza! No se afusila por viajar en los topes del tren. Esas no son leyes.

El hijo de la difunta lagrimeó:

—Chirolé, vas a beber una copa. ¡Hay que olvidarlo!

El Chirolé fue a sentarse en el umbral, descubriendo la pierna pasada de un balazo:

—Viniendo me ha parecido que ahí atrás, en las cuadras, queda Don Lopillo. ¡Si alguno me hiciese la buena obra de avisarlo!

Inquirió una vieja:

—¿Y esos negrones te los causaron por viajar de balde?

—De balde en los topes. Si aún fuera en un primera… Pero yo me pregunto: ¿Hay billete de topes? Pues mientras no lo haiga, el viajar en los topes queda libre. ¿Se afusila por subir a la trasera de las diligencias? No se afusila, porque no hay billete de trasera.

Se regocijó entre lágrimas la encendida mozuela:

—¡Juco, y pudiera ser tanta tu suerte que te quedarás señalado para toda la

vida!

Aseguró la Gilda:

—¡Qué buenas danzas ibas a sacar cojitranco!

Y el llorón encandilado:

—¡La suerte que pudieras esperar atoreando, se te volaba!

Advirtió otra comadre:

—¡Cubre la pierna, que puede sobrevenirte un erisipel! Yo que tú, me ponía en manos de Doña Quica la de Solana.

Y el llorón:

—Tampoco está por demás que ahora le mire la herida Don Lope.

Tornó la comadre:

—Don Lope está más impuesto en huesos y quebraduras. Para llagas, golondrinos y cualesquiera herida, yo me iría derechamente a Doña Quica.

Gilda la Costurera se levantó con la mortaja:

—Fuera los hombres. Cerrad la puerta. Vamos a ponerle la última gala a la difunta.

El Chirolé, sentado en el umbral, reunía el duelo en torno y enseñaba los dos agujeros de la bala. Un compadre apostilló con arisca pulla:

—¡Chirolé, se están poniendo malos los tiempos para viajar!

—¡De reniego!

La boca morisca del cojitranco se arrugó con la sonrisa apicarada del hambre. Atajando por descampado, venía una mujeruca que cargaba el ataúd destinado a la difunta. Acercábase la mujeruca, declamatoria, limpiándose el sudor con la mano y goteándola sobre el camino:

—El campo tiene sed, y estas calores tan prematuras se me antoja que van a cumplimentarle el deseo. ¡Marzal sediento, tormentas a ciento!

El vaho azulado de los olivos se dilataba en onduladas líneas, colmadas de silencio y galbana. Las barcinas esguevas, con matorros de carrascal, resecas y erémicas, pedían agua al cielo. Los rebaños se inmovilizaban sobre los alcores. El rumor de la vida, en el silencio del campo, tenía un compás de eternidad, un fatalismo geomántico de dolor y de indiferencia.

XI

LA casona del señorío, reclusa en su cerco de limoneros y naranjos, parecía achatarse bajo el aleteo de las palomas que iniciaban el vuelo. La Marquesa y Feliche conversaban con espacios de silencio, en la sala zaguanera. La señorita Aline anunció a *Monsieur* Pierre. El franchute, craso, chaparro, reluciente, apareció en la puerta, luciendo una condecoración del Principado de Monaco:

—¡Señora Marquesa, yo no puedo mismo comprometer mi reputación! Aquí no hay medios para guisar un pimiento. Querría presentar una salsa de langostinos con setas. ¡Imposible! Faltan los elementos. Un lenguado al gratín con berros. ¡Imposible! Faltan los elementos. ¡Señora Marquesa, declino mi responsabilidad!

La Marquesa le despidió con gesto de fatiga:

—Está bien. Procure usted que no sea completamente una cena de pan y queso.

La campa barcina se llenaba de sombras moradas. Los gallos cacareaban cimeros, con los oros del sol en la cresta. La gañanada, en fila india, se encaminaba al duelo con el remusgo del anisete. Las voces y las figuras tenían una desolación solitaria en la claridad mortecina de los senderos. La sala zaguanera obscurecía lentamente. La Marquesa y Feliche, sentadas en los cortejadores de la reja, sentían la tristeza de sus vidas. Un criado de librea trajo luces. El Marqués entró derramando en un suspiro las congojas de su ánimo:

—¡Me tiene muy preocupado la tos de Fanny! ¿Y vosotras, qué tal de aburrimiento? Mañana, seguramente, llegarán algunos amigos. He puesto más de veinte telegramas invitando para la montería de jabatos. ¿Feliche, quieres que juguemos una partida de *écarté*?

Repentino cerró los ojos, con chifle de vieja espantada. Un murciélago revoloteaba azotando las paredes. Temblaban las luces desquiciando las sombras. Huían las madamas del pie de la reja, y a sus clamores acudía la servidumbre con palos y escobas. En el silencio crepuscular se llenaba de ruidos la casona de Los Carvajales.

LA JAULA DEL PÁJARO

I

ESTÁ el Coto de Los Carvajales señalado en la crónica judiciaria de aquellos días isabelinos, como madriguera de secuestradores y cuatreros. El Viroque y Vaca-Rabiosa, Carifancho y Patas Largas, reverdecían los laureles del Tempranillo y Diego Corrientes. El Marqués de Torre-Mellada, en los pagos manchegos, y Su Alteza el Infante Don Sebastián, en Córdoba, eran notorios padrinos de la gente bandolera. Mojigatos los dos, soñaban con el espectro de la demagogia incendiando los campos, y a cuenta de no tener malos sueños, protegían al Maruxo y al Lechuga, a Vaca-Rabiosa y al Tuerto. Y tan notorio era este padrinazgo, que la gente de la chanfaina, mudándole el nombre a lo pícaro, llamaba a Los Carvajales, Ceuty.

II

HABÍA salido la luna y era el olivar una incierta humareda verdina. Tío Blas de Juanes silbó de lejos, contraseñando, y el lechuzo cantó por tres veces. A poco, sobre el camino, resonaban las herraduras de un caballo. El viejo raposo salió de su silo, entre matorros. La sombra de un jinete —tabardo y calañés— se perfilaba en el claro lunero. Traía los brillos del retaco en el arzón:

—¡A la paz de Dios, Tío Juanes!

—Con ella vengas. ¿Qué novedades dejas?

—¡La novedad usted tiene que decirla, pues tan aína nos ha reclamado!

—De novedad poco tiene, hijo Carifancho. Pues ello es, poneros de manifiesto la suma urgencia para que os llevéis al pájaro, pues aquí nos apareja

un compromiso y hay que buscarle nido lejos, y caso contrario, darle suelta. A tiempo os advertí que este negocio no era lo que os pintabais. Debisteis haber cogido los sesenta mil reales que de primeras os daba esa familia, y no soñar con Californias. Otra: ¿Tenéis dispuesto dónde engayolar al pájaro?

—Pensamos que si puede continuar aquí por unos días… Eso pensamos. De no, veremos de transponerlo en dos noches al cortijo del Infante. Por allá los amigos son amigos.

—Y en todas partes. Pero vosotros estáis tan ciegos que no reparáis el peligro que corre de ser descubierto el escondite. ¿Y qué sacaréis entonces?

—Maestro, no se hable más. Sea como usted ha dicho. La gente está notificada, y si hemos de transponer a ese palomo, conviene aprovechar la noche. Súbase usted a la grupa, Tío Juanes.

Y le soltó el estribo para que montase. Tres jinetes —calañés, retaco y manta— salieron de los jarales. La noche, diluyendo los contornos, agrandaba las sombras. A lo lejos choqueaban las esquilas de un rebaño de chivos, y destacaba sobre el cielo la silueta del ágil pastor insomne, que los seguía saltando de risco en risco. La tropilla de jinetes a la procura del molino donde estaba dispuesto el aparejo de la cena, subía la cuesta de Jaral Bermejo.

III

SOBRE la piedra del hogar se calentaba un hombre tullido, acochavado en astroso serón de esparto: Salía el pábilo del busto, cosido en la amarilla angostura de un jubón de franela. La molinera aguzaba el ojo, de atalaya en el ventano: Era tuerta, endrina, rizosa: En la figura, brío y vivacidad de cabra: Murmuró apagando la voz:

—¡Si no vendrán esta noche!

El tullido, avispado en su yacija, alargaba la oreja:

—Extraño se me hace, vista la urgencia de transponer el contrabando. Tío Juanes andaba muy agudo sobre ese empeño… Pero también se me hace extraña la tardanza.

—¡Lo peor sería un encuentro con la Pareja!

—Ya saldrían avante, que no son mancos. ¿Y tú, por qué no aprovechas y le bajas la cena a ese lechuzo? Luego que los compadres aporten, no habrá de faltar faena.

—Me parece que aquí los tenemos.

La molinera salió algunos pasos fuera del umbral. Los cuatro jinetes sobresalían por el repecho. Luego que estuvieron arriba, dejaron los caballos bajo el cobertizo, y se juntaron con la molinera. Preguntó Tío Juanes:

—¿Se halla más conforme con su cautiverio ese palomino?

—Es muy repodrido y de todo se queja.

—Pues eso con que la familia apoquine el loben, pronto se remedia.

Los otros compadres ya se habían metido puerta adentro, y tenían la plática con el baldado. El cachicán y la molinera se retardaban arrimados al muro, en la sombra del alero. Interesada y maligna, la bisoja sofocaba la voz:

—¿Es cierto que ha merado la vieja?

—Cierto es.

Malició la molinera, relajándose del talle:

—Un descanso para ella y para todos. Pues a buscar otra que le caliente la cama, Tío Juanes.

—Mira tú de quedarte pronto viuda.

El viejo pardo abrazaba a la molinera, refregándole a la oreja los caños del bigote:

—¡Buen humor trae usted de chanzas, para el tropiezo en que nos vemos!

—Todo se arreglará. Vamos a echarle un pienso a los caballos, Juanilla.

—Deje usted que les sirva un jarro a esos chavales y que encienda el farol.

Esquivose la molinera, y requebró el Tío Juanes:

—Esperándote quedo, cabra loca.

IV

CUANDO entró la molinera, explicaba la causa del retardo un mozo crudo, cumplido de la trena, que atendía por Patas Largas: Era cañí y ceceaba muy cortado, en el modo extremeño:

—La Pareja nos echó el alto desde un cerrillo, y nos ha dado una migaja de trabajo.

La molinera, que encendía el farol, agachada sobre el hogar, se recogió suspensa:

—¡Mal encuentro!

Se avispó el tullido:

—¿Y cómo salisteis avante?

Patas Largas rio, enseñando los dientes:

—Que lo digan los caballos. Oído el alto, volvimos grupas más ligeros que corzos. La Pareja, de que lo guipó, hizo fuego, sin alcanzarnos, pues habíamos tomado mucho vuelo. ¡Y aquí estamos! Pero hemos tenido que dar un gran rodeo para que perdiesen la pista.

Se aguzó la molinera:

—Muy bien hecho. La Pareja ronda por estos lugares, y hay que estar sobre aviso.

Encendió el farol y salió a la puerta. La figura cirial del tullido se removió en el hogar, alargando el busto amarillo:

—¿Dónde vas?

—A echarle un pienso a los caballos.

—¿Por qué se quedó fuera Tío Juanes?

—Querrá tomar la luna.

Salió la molinera. El tullido, arratado, fúnebre, removió las brasas y encendió el cigarro que guardaba tras de la oreja. Aún explicaba Patas Largas:

—Pues tomamos campo, y estuvimos culebreando por esos olivares, hasta que se entró bien la noche.

V

IBA nublada la luna, y en el recato de las bardas, se hacían un bulto el cachicán y la bisoja… Y ha vuelto la luna, que tras el nublo saca un cuerno. La molinera líe desatándose con garbo tuno, el pañolito del talle, sacudiéndose los granciones prendidos en los flecos. Endrina, garbosa, tuerta, cenceña, ríe caprina y maligna. La sombra del viejo, socarrona y parda, proyecta otra sombra sobre las cales del tapial: Tiene brillos lilailos en el pecho, luces de lentejuelas, obra de un majo escapulario de Nuestra Señora del Monte Carmelo.—Un escapulario regalo de monjas, que el cachicán, en fiestas y domingos, se reviste sobre la gala de sus prendas—. Sujetándose las ligas, se comba y cimbra la comadre:

—Esta broma hay que rematarla. Igual hace usted que un mozo sin miramiento. Para usted que se camina, bueno está… Pero no dice lo mismo quien aquí se recrea oyendo las músicas de un perro sarnoso. ¿Tío Barrabás, qué

hizo usted para despabilarse de su vieja?

Picardeó el viudo:

—Pedírselo a la Divina Providencia.

La bisoja se ataba el pañuelo del talle:

—¿Con alguna receta, Tío Blas de Juanes?

—Con no más que el pensamiento, y el diente de la enfermedad que comía en la desinfortunada.

—No me sirve su ejemplo, Tío Juanes. Yo, si espero la obra del pensamiento y de una enfermedad misericordiosa, no me veré sin cruz en sempiternis.

Tío Juanes se agachó para levantar un haz de paja, y lo volvió a la fajina donde hacía servicios, disimulando la boca de una cueva:

—Juanilla, hay que ver de alejar el mochuelo.

—¿Adónde va usted con ese cantar? Estoy que no sosiego, y no hay más sino que esta noche lo transponen.

—Pudieran esos chavales destocar, visto el tropezón que tuvimos con los tricornios. Eso, supuesto que viniesen en el ánimo de trasponer al pájaro, que está en ciernes.

—Pues este nido hay que aburrirlo.

—¿Adónde?

—A donde sea.

—En esa tirantez, no habrá otro remedio que darle franquía, con lo cual se habrá perdido el trabajo y la opinión.

—¿Y obrar un escarmiento?

—Juanilla, no abramos un pozo para cerrar un hoyo.

—¡A usted me lo han mudado, Tío Barrabás!

—Los tiempos son los mudados, y no están para faenas de compromiso.

—Tío Juanes, mejor se esconde un muerto que un vivo, pero usted se trae la novedad de confiar ese negocio a la industria de la Divina Providencia.

—Juanilla, no me atorees.

—No le atoreo, y hago propósito de que se rematen estas y las otras fiestas. La soltera es libre, la viuda es libre, la casada no lo es, cuando tiene en el propio costado un perro que no cesa de ladrar condenados textos, ni de día ni de noche.

—Cállate esas aleluyas, Juanilla. Ninguno sabe lo que trae reservado en sus divinas cavilaciones el Señor de Cielos y Tierra.

La voz cazurra trascendía un sentido de rezo sacrílego ante la silueta que en el claro de luna cimbreaba su arabesco caprino y moreno.

VI

LA molinera levantaba el farol, que había escondido bajo el caparazón de un cesto viejo:

—¿Quiere usted echarle la vista al palomo, Tío Juanes?

—No estará por demás.

—Usted siempre busca que le adivinen la idea.

—Eres tú muy zahorí.

—¿Negará usted que se inducía sobre esa cavilación?

—No lo niego. Juanilla, vamos a representarle la comedia a ese palomino, que nunca está por demás. Por ese paripé, que no cuesta dinero, en alguna ocasión muy señalada me zafé de una condena.

—Pues a ello. Vivo, nuestramo, que tengo el apaño de la cena en el horno.

La molinera esquiciaba los haces de paja, que, en fajina, disimulaban la boca del silo. Asomó la cabeza.

—¿Hay gazuza?

—¡Una sed del infierno!

Venía del fondo tenebrario, la voz lamentosa, con amplificación de difusas resonancias. La comadre, levantando el farol, metiose por la tobera, y proyectó la luz alumbrando una yacija alzada en cuatro tablas, sobre dos caballetes. A la vera, sentado en un banquillo, estaba el pájaro, con los ojos vendados y los pies en cepo. El Tío Juanes requirió el farolillo que traía la comadre y, levantándolo, estúvose un buen rato mirando al cautivo:

—¡Es una mala vergüenza, verlo a usted en este sufrimiento, por la avaricia de su señor padre!

Lamentó el cautivo:

—¡Mi padre no tiene el dinero que ustedes le suponen!

—Que su señor padre es hombre acaudalado, lo saben en esta tierra hasta los perros. Yo, sobre el tanto y el cuanto, tampoco voy de acuerdo con los compadres que le tienen a usted en esta mazmorra. Pero no vale mi consejo. Están alucinados y sueñan con Californias.

—Mi padre ha ofrecido sesenta mil reales. Tómenlos ustedes, que si más no da, es porque más no tiene.

—No van por ahí los sueños de esos pollos.

—Alguna vez despertarán.

—¡Y esa es la hora que yo me temo más que una tormenta de rayos! Puede volvérsenos para todos una hora negra. La avaricia de su señor padre, es un pico que ahonde entre la sepultura y la horca. ¿Usted comprende el sentido, criatura? ¿Comprende usted que el despertar de esos chavales, sería para usted una sentencia de muerte?

—¡Que me maten! Mi padre no puede dar más de lo que ofrece.

La voz tenía un plañido obstinado. La sombra en pernetas, con las manos sobre las rodillas y la venda sobre los ojos, prisionera en el círculo bailón del farol, se desquiciaba con el banquillo pegado al nalgario. El cachicán arrastró unas jalmas y se sentó frente por frente del cautivo. El farol, puesto en medio. La tuerta le asestaba el ojo, los brazos en jarra, la mueca de risa. El viejo pardo articuló conciso:

—El mal que a usted le sobrevenga por este secuestro será para mí un cargo de conciencia. Harto tiene cada uno con las cuentas propias, para cuanto más aparejarse las ajenas. Yo, en este negocio, estoy de la banda de fuera, y el que lo gobierna tiene el alma más negra que un pirata de Argel. Precisaba de un escondite y acá se nos vino con el influjo de ser muy jaque. Se lo he consentido, porque ya no está uno para reñir batallas con caballistas… Pero vista la pinta del naipe, usted comprenderá que un hombre de bien no quiera complicarse en el fin sanguinario que a usted le tienen asignado. Acabar en la horca, cuando se está al fin de la vida, es como un escarnio, y antes que eso me juego lo que se tercie sacándole a usted a salvo. Quiero hacer una buena obra, ya que tantas malas tengo sobre mi conciencia. En una palabra: Si usted se conforma con que le pasen el corazón de una puñalada o le vuelen la cabeza de un trabucazo, menda no se resigna con que le priete el corbatín el verdugo de Sevilla. Y esta comadre, es del mismo propósito. A los dos se nos ha puesto salvarle a usted la vida, por encima de la cuenta que hacen esos chavales, y de la avaricia de su señor padre. Conque a no dormirse, que esta noche aburre usted el nido.

—¿Pero usted quién es?

—Va usted a verme la cara y a fijársela bien en la memoria. Va usted a poder reconocerme en todas partes. Usted podrá delatarme y nadie le pedirá cuentas. Puede usted ser Judas. ¡Puede usted venderme!

Agitando la venda arrancada a los ojos del cautivo, retrocedía y alzaba del suelo el farol, encumbrándolo por encima de la frente. El rostro obscuro del cachicán bailó en el ángulo desquiciado de un reflejo:

—¡Míreme usted!

—¡Estoy ciego!

Apuntó la comadre, velada la voz por dramático recelo:

—Bata los párpados. Es de la venda.

El cautivo pestañeó con un gesto incoherente y aterrorizado. Se quedó fijo. Insistió el cachicán:

—Míreme usted.

—¡Ya lo miro!

—Para no olvidarse.

—¡Para siempre!

—Míreme usted, y no me agradezca mi buena acción, que si a considerarlo vamos, yo solamente me guío por el descargo de mis culpas. ¡Míreme usted, y sea usted Judas!

—¡Jamás!

Ponderó la comadre:

—¡Vaya, que vale usted para misionero! ¡Hay que ser muy dura para no llorar con sus textos! ¡Y cómo lo pinta el hombre! Tío Barrabás, vuelva usted a taparle a este niño los soles.

La molinera, con quiebro y sandunga, levantaba en la punta del pie la venda del cautivo. El farol aprisionaba en su círculo bailón, las figuras, y correteaban por el muro, con intriga de marionetas, las tres sombras.

VII

EN la cocina del molino, la pellejuda del mosto hacía la rueda: Sobre la piedra del hogar, retorcido como un pábilo, el baldado mojaba el hocico, en la honrada compañía de Vaca-Rabiosa, Patas Largas, Pinto Viroque y Carifancho. El tullido, que reparaba con un ojo a la puerta, cuando entró el cachicán escupió repetidamente en la lumbre y se puso a picar tabaco con una navaja de a tercia, cacheada en su nido de remiendos. La bisoja, con el escarnio y el desafío de su risa de cabra, sacó del horno un lebrillo de chicharrones:

—¡Vamos a repartirnos esta pobreza!

Cantó Patas Largas:

—¡Nunca nos falte!

Y Pinto Viroque:

—¡Juanilla, Dios bendiga tu apaño!

—¡Y tus manos, Juanilla!

—¡Y la sal de tu cuerpo, y la sal que has puesto al marrano!

El tullido, estibado en la amarilla coraza, torcía el pábilo del busto, puesto a picar la tagarnina con la enorme navaja. La comadre, balando su risa de cabra, plantó el lebrillo en medio de la rueda, y se enderezó ondulándose como si estuviera desnuda. El cachicán se quitó el calañés y lo puso a su lado, cubriendo el yesquero y la petaca. Los otros compadres imitaron la cortesía dél viejo. En el canto del hogar, el tullido, con una mueca de reconcomio, picaba la tagarnina: Se le acercó por detrás la parienta:

—¡Vamos, guárdate ese alfiler, que ya le has lucido lo suficiente! ¡Tienes a estos ángeles en sobresalto!

Pronta y agatada, le arrancó la chaira, y la cerró sonando los muelles: Se atorbellinaba con el humo, chimenea arriba, su balido de cabía. Juraba el paralítico:

—¡Rediós, vuélveme la cerda!

Torcía el pábilo amarillo del busto, encadillado al ruedo haldudo de la tuerta:

—¡Arría!

—¡La herramienta!

—No la precisas.

—¡Rajo, que me la vuelvas!

—¡Arría, mala ralea!

El baldado, echándose de bruces, le clavó los dientes en el tobillo:

—¡Tirada!

Se remontó la tuerta:

—¡Tú quieres que te aplaste!

Desprendiose, de una rebolera, y le dio en la cabeza con el zapato. El rejo despreciador, y las manos sobre el talle, escupió una salivilla de mofa. El tullido, con brama de injurias, le clavaba los ojos enconados, redondos de rabia:

—¡Tirada!

La mujer, soflamera, se daba al guiño con los bandidos, que se divertían embullando el rifirrafe. Carifancho le alargó la bota:

—Bebe tú, que beba ese, y a darlo todo por acabado.

La bisoja recogió la pellejuda y, levantándola con garbo, refrescose la boca: Luego, sacando una tajada del lebrillo, se puso a cantar:

—¡Aquel tuno, tuno,
Robarme quería,
Robarme la cerda
Que llevo en la liga!

VIII

TÍO Juanes, con dignidad homérica, metió los dedos en el condumio, y los cuatro bandidos secundaron en el ejemplo. El mosto y la ocasión azarosa condujeron el coloquio. Pinto Viroque, desertor de presidio, contrabandista y cuatrero, expuso el ideario del Finisbusterre de Cartagena:

—La ley de Dios es la igualdad entre los hombres. ¡Va diferencia del robo que supone la riqueza, sustentándose sobre el trabajo del pobre, y la justicia que nosotros hacemos rebajando caudales!

—¡Esa es la chachipé!

La sombra del tullido se alargaba. Proseguía el Viroque:

—Yo he rodado por todos los cortijos de esta tierra, y en todos ellos roban al trabajador, que deja la vida en los campos y no come.

El cachicán molía su sonrisa de viejo cazurro, en un rincón de la boca:

—El trabajador, hoy en día, tiene hasta vicio. Yo conozco lo que se pasa, sin que ello valga para contradecir que haya mucha avaricia en el señorío. Por eso, nuestra obligación es atender a la rebaja de caudales.

—El mundo está muy descompuesto, y hay que arreglarlo. ¡Unos tanto y otros tan poco, no está bien!

—¿Qué méritos pone el que hereda?

—Ser hijo de su padre.

—¡Y muchas veces no serlo!

—Un mundo bien gobernado no permitiría herencias. Allí todos a ganarse la vida, cada cual en su industria. ¡Ya subirían los más despiertos! Dende que se acabase la herencia, se acababan las injusticias del mundo. Y como el dinero agencia el gobernar, los ricos que truenan en lo alto, todo lo amañan mirando su provecho, y hacen de la ley un cuchillo contra nosotros y una ciudadela para su defensa. ¡Si a los ricos no les alcanza nunca el escarmiento, por fuerza tienen que ser más delincuentes que nosotros! ¡Con la salvaguardia de su riqueza se arriesgan adonde nosotros no podemos!

Confirmó la tuerta:

—¡Y cuando se puede, es por algún padrino que nos asegura!

Clavó su aguijón el tullido:

—Se puede robar un monte, y no se puede robar un pan. ¡Eso es la España! Y el caso aconteció en Doña Ximena: Tío Belona, cuando fue alcalde, se quedó con el monte del Peralvillo. ¡Sembrado de olivar lo tiene!

Tornó la bisoja:

—¡Y a un mozo, por robar un pan, lo mandaron a Ceuta!

—¿Eso es justicia? La extrañeza es que, siendo tantos los castigados por la falsedad de las leyes, no se junten y hagan valer su fuero.

Sacó el busto Pinto Viroque:

—Si yo tuviese cincuenta hombres que me siguieran, veríais la iguala que hacía, y entonces, el que trabajara que comiera. ¡Y cuántos ricos inútiles, iban a jamar maroma!

Se removió el tullido:

—¿Es justicia que un hombre, cuando se estropea para el trabajo, no tenga otro amparo que la muerte? ¡Poco es la rebaja de caudales! ¡Con menos que la horca no pagan los que fomentan tanta desigualdad como hoy impera! Pero eso no se alcanza con soflamas de sobrecena. Pasadas noches se ha cuestionado rebajarle a ese mochuelo quinientas onzas de su caudal, y ahora lo habéis dejado por bajo de la mitad. Con esas blanduras se camina al descrédito.

Rechinó, esquinada, la molinera:

—¡Vinieran los tres mil durandartes!

Falló doctoral Tío Juanes:

—¡Esa familia no es una California!

—Pues si mi fe valiera, antes de rebajar un chulí se obraba un escarmiento. En la primera carta a la familia, se ha escrito que se colgaría la cabeza del cautivo en el aldabón de su puerta, y no se aventuran palabras para no darles cumplimiento.

IX

HACÍA nocharniegas el farol, y estaba floja la pellejuda. El Tío Blas de Juanes explicaba con su rezo conciso, que tenía tañido de metal antiguo:

—Todo en la vida se pone en lo mismo, y no hay otra cosa. ¡Tener aldabas! Ahora las aldabas dicen: Caballeros, a no repicarnos y andarse con pupila y

estarse aplastados. Pues eso nos cumple, y la primera cosa ha de ser esquivarnos de peligros manifiestos, y transponer al pájaro. Y, en fin de cuentas, ver si en alguna cosa puede condescenderse, y rematar lo más pronto posible este negocio.

Enconado, asestó el tullido:

—¡Antes de recoger una miseria, debe hacerse como se ha dicho, y colgarle la cabeza de la aldaba!

—Esas son pamplinas. Si se sacan tres mil durandartes, no habremos salido con las manos en la cabeza. Hay que ponerse en razón y comprender que esa familia no es una California.

Saltó Vaca-Rabiosa:

—La rebaja, sin contar con todos los compañeros, no puede acordarse.

Asintió Patas Largas:

—De la rebaja se hablará a su tiempo, que, como encontrásemos una jaula segura, no habría caso.

Confirmó el Viroque:

—¡Planoró, que has estado muy bueno!

Tío Juanes, con un gesto duro, borraba los dichos de los otros, para proseguir tenaz y pausado:

—La Guardia Civil, visto lo tenéis, anda julmando por descubrirnos las querencias, y conviene proceder con sentido. Este negocio puede torcerse y aparejarnos un estropicio si no se tiene mucha cifra. Ocho mil duros que se han pedido por el rescate son muchos miles, y la familia, aun cuando acaudalada, tardará en reunidos. Han pedido un plazo, y no habrá otro remedio que concederlo.

Patas Largas amontonaba el ceño:

—La familia se ha berreado y busca ganar tiempo.

Se alargó la sombra del tullido, entalada y fúnebre:

—¡Esa olisca me ha dado! Y de salir cierto, se impone cumplir lo que iba puesto en la carta, y hacer un escarmiento que sea sonado.

Vaca-Rabiosa se tocó el navajón que escondía en la faja:

—Caballeros, si llega el caso de cumplir la sentencia, como me sospecho, que se me reserve la cabeza de ese jabato. Va para dos meses que afilé la herramienta, y todavía está sin haberse estrenado.

La sombra del tullido encendía los ojos de lechuza, en su nidal de trapos:

—¡Colgarle la cabeza en la aldaba de la puerta, es lo que cumple, si la

familia no apoquina el loben! No se hable de rebajar la suma. Si os hacéis de miel, se os comerán las moscas. Las cosas se divulgan, y aluego no se podrá trabajar sin que vengan proponiendo alguna rebaja.

Enseñó los dientes el Viroque:

—Se tarifa contando con ello.

El tullido se alargaba en su mortaja:

—¿Y el tiempo que se pierde? ¿Y el riesgo que se corre con el pájaro en la jaula? Si de una vez se hiciese un escarmiento, veríais cómo las familias andaban menos renuentes para aflojar el parné.

Vaca-Rabiosa se estallaba los artejos:

—¡Tú la entiendes, y esa es la fija!

A espaldas del tullido, sacó la lengua la bisoja, con hurto bellaco:

—¿Dirá usted que ha estado por demás el pienso que le echamos a las caballerías? Pero estoy conforme en que no conviene retardarse.

Negrotes, zainos, burlones, los cuatro bandidos se contraseñaban. Carifancho se alzó con zalameras jonjanas:

—El negocio se ha escachifollado, vista la precisión de aburrir este nido. El nuevo escondite habrá que pagarlo, y por el camino habrá que ir aflojando parné para callar lenguas y cegar ojos. En lo menos tres noches no llegamos a seguro, si llegamos, que los tricornios ya se ha visto cómo nos andan sobre los pasos. Camino tan disforme, se lleva un pico de la ganancia. Añadid ahora el nuevo escondite. Pues hemos trabajado para el archipámpano, y no valía la pena de haberle puesto los espartos a ese pollo.

El tullido se recogía escupiendo en la lumbre con tos cavernosa.

X

TÍO Blas de Juanes maduraba en los rincones de la boca su mueca de viejo pardo:

—Si esta noche hacéis cuenta de transponer al mochuelo, no hay que perder la sazón.

Saltó la comadre, palmoteando sobre la cadera, con un revuelo de la falda:

—¡Ya os veo de venir, y toda esa retórica es para dejarnos otra vez cargados con el mochuelo!

Acudió con un quiebro Patas Largas:

—No vayas tan apurada, Juanilla. Nosotros, para resolver, esperamos las noticias que traiga esta noche Padre Veritas. Si se halla comprometido cambiar de jaula, y vosotros persistís en lo dicho, se apiola al pájaro.

Confirmó Vaca-Rabiosa:

—Antes que repartirnos una miseria, más provecho sacaremos obrando un escarmiento.

Se afilaba el tullido en el borde del fogaril:

—¡Hay que colgarle la tiñosa cabeza, en el aldabón de la casa!

Tío Juanes apuntó su sentencia lagarta:

—¡No abramos un pozo para cegar un hoyo! Y por lo que discierno, el compromiso más pequeño es dejar al lechuzo en su oliva.

Se avino Carifancho:

—Si eso puede ser, no se hable más.

Y ariscose la comadre:

—¡Tío Juanes, que los tricornios nos tienen puesta la fila!

—¡Lo traspondremos a Cueva Beata!

—¿Y quién le lleva el alpiste?

—Que ayune el traspaso. Ahora, caballeros, vamos a ver cómo se le hace escribir una carta que le ponga el alma en un puño, al cutre de su padre. O por mejor, al padre y al hijo, porque vamos a darle un bromazo al pollo. Es una diablura que puede traernos algo en el rabo. Pues, caballeros, mi discurso es que ese mocito escriba otra carta, aluego que vosotros le deis la gran desazón con amenazas de muerte, haciéndole creer que le ha llegado la última hora. Así conseguiremos que el hombre apriete al marrajo de su padre, para que aflojen el loben. ¡Y todos contentos, en la reserva de enterrarlo vivo en una zanja o de llevárnoslo por esos andurriales, conforme lo que traiga en las mirlas Padre Veritas! Si es necesario enfriarlo, se hace, y si no es necesario, se le guarda. De todas suertes, con hacerle escribir la carta, nada perderemos.

Sobre el umbral, en el claro de luna, la tuerta picardeaba:

—¡Saca usted más invenciones que un papel de romances! ¡Tío Juanes, mueva las tabas, si habernos de ahuecar con el bulto para Cueva Beata!

Tío Juanes, ladeado el catite, redondo el ruedo de la capa, sobre el pecho los lilailos monjiles del escapulario, se caminó para la puerta. En el fogaril, el tullido levantaba el busto, aviborado sobre el arrebujo de las canillas:

—No estaría de más que algún otro saliese a ver si está libre el campo.

—¡Muy puesto en razón!

Vaca-Rabiosa apagó el chicote en la suela del zapato, y agudo se salió afuera.

XI

LA bisoja, apartadas las gavillas que disimulaban la lobera, y puesto el farolillo al borde, se sumía en el antro:

—¡Padre camastrón, aquí tocan llamada!

—¡Me abraso de sed!

Rodaba difusa y profunda por las terrenas bóvedas aquella voz de africano cautiverio. En la boca del silo asomaba la mano de la comadre, a la requisa del farol:

—Tío Juanes, échese usted de pechos para le antecoger por los brazos.

—¡Allá vamos!

Despojado del sombrero y la capa, zanquilargo, en talle de galgo viejo, aplastose sobre la boca de la cueva:

—¡Hala, gandul! ¡Hala! ¡Hala! ¡Hala! ¡Pesa usted menos que una lenteja! ¡Hala! ¡Hala!

Izaba al prisionero asido por las muñecas. Detrás asomó la bisoja, con el farol y unas enjalmas:

—¡Vale Dios, echarle sobre las carnes ese apaño!

Gimió el cautivo:

—¡No puedo caminar con las cormas!

Y conquirió Tío Juanes:

—¡Ánimo! Le llevaremos a usted en volandas. ¡Echa acá una mano, Vaquilla!

Acudió ligero el bandido, jugando los brazos al saltar del bardil desde donde oteaba. Cubierto con las jalmas, metieron al preso en la cocina. Era un mascarote consumido, afligido, en pernetas, como lo habían raptado de su cama. Un pañuelo le vendaba los ojos, un cepo le trababa los pies, un grillete le rodeaba las manos. Le metieron en la cocina: Para verle, el baldado del fogón aguzaba el hocico y los ojos, con una expresión de rata maligna.

XII

—SUÉLTENSELE las manos y póngasele delante el lebrillo de los chicharrones. ¡Que lo rebañe! El requisito del bien cenar no se le niega a ningún reo de muerte.

Empavoreciose la voz del cautivo:

—¿Van ustedes a matarme?

—¡Vamos a cumplir la sentencia que te impone con su cicatería, el raído mala casta de tu cochino padre!

Gimió el cautivo:

—¡Mi padre está por encima de esos insultos! Si no ha ofrecido más, es porque más no puede.

Alzando el hombro hasta tocar la oreja, ceceó Patas Largas:

—¡Pues ya verá dónde se le pone la guasa de querer diñársela a los caballistas! Se acabaron las contemplaciones. Tu padre te sentencia a morir, y tú, como buen hijo, debes disponerte a ello, sin rompernos la cabeza con llantijas.

Se aventuró el cautivo:

—¡Si ustedes me matan, no sacarán nada!

Flameó el pábilo consumido del baldado, sobre las trébedes de las canillas:

—¡Sacaremos haber dado un ejemplo a las cochinas familias, que se pudren de talegas y dejan morir a sus hijos! ¡El cochino usurero de tu padre verá lo que le cuesta no desenterrar las onzas!

Intervino, poniéndose de por medio, el Tío Juanes:

—Caballeros, creo que nos aceleramos, y que si una carta no ha sido bastante a ultimar este negocio, otra puede arreglarlo. Este pollo le escribirá, por última vez, a su señor padre, la necesidad en que se encuentra. ¡Amigo, usted buscará modo de ablandarle el corazón!

Corearon los compadres:

—¡Duro lo tiene el raído!

—¡De usurero ladrón!

—¡Un canto de río es más humano!

Suspiró el cautivo:

—¡Mátenme ustedes, pero mi familia no puede reunir la suma que ustedes exigen!

Apaciguó Tío Juanes:

—Tú escribirás, y ellos verán lo que gobiernan.

—¡Mi familia no puede encontrar ese dinero!

Amenazó Patas Largas:

—Déjate de pamplinas. Tú, si no quieres pasarlo mal, vas a escribir otra carta.

—¡Yo haré lo que ustedes ordenen, pero sé que todo es inútil!

Tío Juanes se inclinó tocándole el hombro:

—Guárdese usted esos calendarios… ¡Tan y cuando estos ángeles se cercioren, date por muerto, padre camándula!

La molinera sacó de la hucha el recado de papel, tintero y pluma. El Patas Largas puso al cautivo de cara a la pared, y en tanto le desvendaba, hacía el ojo zaino a los otros compadres, para que se estuviesen detrás:

—¡Si vuelves la cabeza te paso de una puñalada!

Y le mostraba por encima del hombro, el facón que se había sacado de la cintura. La molinera, cubierta la cara con el mandil, puso sobre las rodillas del prisionero un cartapacio con el recado de escribir:

—¡Aviado!

XIII

LOS caballistas se consultaban con los ojos. Tío Juanes meditaba. Se arrastraba el tullido al borde del fogaril. Suspiraba el preso. Patas Largas le tenía apoyada la punta del facón, sobre la nuca. Musitó el cautivo:

—¡En mi casa no hay dinero!

Tío Juanes, arisco, sin volver la cara, interrogó:

—¿Caballeros, se acuerda alguna rebaja?

Respondió un levante de voces:

—¡Que el camastrón de su padre apoquine el loben!

—¡Que afloje la zaina!

—¡Mi padre ya da lo que puede!

—¡Gandulazo, que te buscas un finibusterre! ¡El cutre de tu padre abillea el sonacai en tinajones!

Silbaba el baldado:

—¡No escribes, charrán! ¡Reza el yo pecador!

Coreaba Carifancho:

—Basta de cartas y de enredos. ¡Ahora voy a darte lo tuyo, majito!

Vaca-Rabiosa montó su retaco:

—¡Hombre muerto no habla!

Con grandes voces, aparentando que el compadre se disponía para hacer fuego, metíase por medio Tío Juanes:

—¡No dispares!

—¡Aquí se hará lo que nosotros queramos, porque aquí no mandan más bocas que las de los retacos!

Y Carifancho, sacando su faca, se mofaba con flamenca gambeta:

—¡Un tiro vale dinero, y este palomino no merece cosa mejor que una puñalada!

—¿Qué vas hacer? ¡Trae esa faca!

—¡No quiero!

—¡Detente!

XIV

TÍO Juanes trabó una lucha para que no descargase el golpe. El cautivo no se movía. Asustado, miraba en la pared el tumulto de sombras, el guirigay de brazos aspados, ruedos de catite, mantas flotantes, retacos dispuestos. Intuía el sentido de una gesticulación expresiva y siniestra, por aquel anguloso y tumultuoso barajar de siluetas recortadas. La sota de copas, ronca de la disputa, bebía de una pellejuda. La de espadas inscribía en la pared los ringorrangos de un jabeque. El cautivo temblaba con el cartapacio sobre las rodillas: Alarmas y recelos le sacudían: Batallaban sensaciones y pensamientos en combate alucinante, con funambulescas mudanzas y un trasponerse del ánimo, sobre la angustia de aquel instante, al pueril recuerdo de caminos y rostros olvidados: Sentíase vivir sobre el borde de la hora que pasó, asombrado en la pavorosa y última realidad de trasponer las unidades métricas de lugar y de tiempo, a una coexistencia plural, nítida, diversa, de contrapuestos tiempos y lugares. Fuera se remontaban azorados ladridos, cacareaba, puesto en vela, el gallinero, zamarreaban con relinchos y coces los caballos atados bajo el cobertizo. Crujía la techumbre. El preso volvió la cabeza: Acicateados en una ráfaga, contrahechos en una sombra sin relieves, los bandidos se salían por la puerta. El tullido, encenizado, oliendo a chamusco, se sacaba del jubón la llave del cepo:

—¡Oye, gran rajado, sinvergüenza! Yo te liberto las tabas y tú me sacas en brazos. ¡Esos tíos sarnosos y la gran roída poco que se alegrarán de vernos salir

ilesos! ¡Y este cochino techo está mirando cuándo nos aplasta!

XV

¡LA riada! Giraban las aspas del molino con un vértigo negro de pájaros absurdos. Huroneaba por los olivares el viento. La zorra aullaba al borde de la barranca, y su hálito fosforecía en la nocturna tiniebla. Bajo la luna, la quiebra azulada del horizonte, indecisa de resplandores y nieves, tenía un pronto y confuso tumulto de rebotante marea:—Saltante, pujante, espumante torbellino de crines al viento—. Hacían agorino todas las voces del campo, despiertas, sobrecogidas de terror ante el crinado relámpago de las azulinas quiebras. El lobo y la loba, en el claro de luna, suspendían sus juegos y aguzaban las orejas. Los pájaros que dormían en los surcos se levantaban azorados, acogiéndose a los olivos, con inquieto aleteo. Arreciaba remoto el baladro de los chivos, y el machero, encaramado en un tolmo cercado de espumas, rezaba juntando las manos, la cigüeña del cayado, sobre un fondo de luceros. Rugían las secas esguevas, y sus terreñas encías desmoronábanse enlodando el rugiente cristal de las quebradas nieves. Una tromba de viento desgreñó el lunero tejado del molino. Las aspas, negras y frenéticas, rodaban sus cruces sobre el repente de voces asustadas. La riada, abierta en mares, remansada en curvas de espuma, se tendía ganando las vegas. Flotaba sobre el agua un gallinero arrancado de sus poyos: El gallo y las gallinas navegaban cacareando. Gruñía en el fangal una piara. Pronunciábase la gente de las quinterías, con gritos y alarmas. Gatos y mujeres desnudas salían a los tejados. En los remansos de las vegas la luna multiplicaba su medalla.

LA SOGUILLA DE CARONTE

I

NEGRO, sobre la lumbrada del ocaso, el arruinado molino tenía inmóviles las aspas. El Marqués de Bradomín, a mitad de la cuesta, muy velazqueño con atavíos de cazador, oía los cuentos de la molinera, y atendían de lejos, sentadas en un ribazo del camino, Feliche y la Marquesa Carolina. Agorinaba la molinera:

—¡Subitáneo, mi señorita! ¡Subitáneo! ¡Fue aquel desate un propio santiamén de Lucifer! ¡Como lo pinto! ¡A pique de perecemos sin el aviso de la viga!… ¡Y vaya un revuelo de tejas por los aires, más negras que cárabos! ¡Como lo pinto! ¡Propio desboque de yeguas era aquel tumulto de mares monte abajo! ¿Y ahora qué se hace? ¡Buscar una cueva para acabar estos tristes años! ¡Todo aquel arreglo bendito se lo llevó el desate de aguas! ¡Santísimo Dios! ¡Ya nos tienes otra vez coritos como al nacer! ¿Qué cueva nos deparas, Justo Juez? ¡Y si tampoco quieres darnos una cueva, mándanos un tabardillo y acaba tu obra misericordiosa, ya que tan desnudos nos dejaste! ¡No lo descuides, Rey de los Cielos! ¡Cinco inocentes, dos de un parto, un hombre impedido que pinga los reumas!… ¡Y qué te cuento, si sabido lo tienes!

En el cielo raso y azul, serenaban las lejanías sus crestas de nieves, y en pujante antagonismo cromático encendía sus rabias amarillas la retama de los cerros. Remansábase el agua en charcales. Asomaba, en anchos remiendos, el sayal de la tierra. Volaban los pájaros en aparejado noviazgo: Entraba y salía en los círculos de la tarde serena, el frívolo cuchillo con su flautín irreverente.

II

LAS madamas, desde el ribazo, recogidas y sobrecogidas, miraban a la molinera flaca, morena, caprina, un ojo velido, el otro con iris de verdes ágatas. Murmuró Feliche, impregnada la voz de suave bálsamo:

—¿Y ahora dónde se acogen?

Agorinó la molinera:

—¡Bajo el manto de la Santísima Virgen, que es la noche estrellada!… ¡Ni una cueva, mi señoría, ni un guiñapo para cubrirnos las carnes, sino estos guindillones que llevo sobre mí! ¡En lo fortunada, pocas me igualan! ¡Tengo de arriendo toda la tierra del mundo, para correrla del cabo al rabo con un cadillo de criaturas y un hombre que anda a las rastras!

La Marquesa Carolina se tapaba los ojos, poniendo un toque teatral en su espanto:

—¡Parece una sibila!

Y Bradomín, persuasivo, amable, con desdeñosa afectación de dandismo, rectificó a la madama:

—Un Job volteriano, Carolina.

Feliche, con rubores de reproche, agacelada y furtiva, miraba al caballero: Bradomín le envió una sonrisa, los ojos compadecidos, desilusionados, tristes de ciencia mundana:

—Feliche, ahora verás bajar del trípode a la última sibila manchega.

Se aguzó la molinera:

—Juana de Tito, para servirles en aquello que gusten de me mandar. ¿No me aseñaba?

Bradomín asintió con desdeñosa indulgencia:

—Juana de Tito, por mi cuenta te será reparado el molinejo.

La mujer echose de rodillas, la voz transportada de populares fervores:

—¡Bendito corazón que me guiaste al encuentro de este sol soberano! ¡No se le borre el buen pensamiento, mi señoría!

Murmuró con espiritual donaire la Marquesa:

—¡Era una falsa sibila, Feliche!

Juana de Tito asestaba su ojo de pájaro, sobre el velazqueño caballero:

—¡Si la promesa me cumple, he de besar por donde pise el señor mi dueño! ¿Cuándo hace el propósito de empezar su buena obra?

—Mañana.

—¡Dios del Cielo!

La molinera abría los brazos y se acorujaba besando el camino. Susurró con melindre la Marquesa Carolina:

—¡Feliche, nosotras también tenemos que preocuparnos de esta pobre gente y hacer algo por remediar su miseria!

Feliche batía los párpados:

—¡Me siento árida!

Y Bradomín la consoló con sutil dejo de galantería:

—¡Has visto convertirse en polvo a la última sibila! Dulce Feliche, una vez más han estado reñidas la estética y las obras de misericordia.

La molinera, acurujada en el camino, asestaba la inquieta y redonda pupila sobre Feliche. El ojo velido acrecía enigmático, el prestigio unitario del ojo que miraba.

III

TORNANDO a Los Carvajales aullaban lúgubres los perros, Luzbel y Belial: Se detenían vueltos sobre un rastro, las orejas erguidas, el rabo cobarde. La Marquesa Carolina se impacientó con un grito nervioso:

—¡Por Dios! ¿Qué les pasa a esos bichos?

—¡Ventean a la difunta!

Las madamas se asustaron: A su espalda agorinaba la voz de la sibila, que, callada, venía detrás. La Marquesa se asió al brazo de Feliche:

—¡Qué horrible mujer!

Y explicaba la voz sobre el camino:

—Miren acullá el farolete del velorio.

Feliche se santiguó:

—¿Quién ha muerto?

—La tía Cachicana, que despachó el viernes pasado, y como el desate del río se ha llevado la puente, aún no pudo recibir tierra bendita.

Se alarmó la frágil y pintada Marquesa:

—¡Para desenvolver una epidemia!

Y profetizaba, nocharniega, la voz sobre el camino:

—¡Volveremos a ir con soguilla para el cimenterio, como antañazo!

Feliche cerraba los dulces ojos agacelados:

—¡Es pavoroso!

Mostró asombro el Marqués de Bradomín:

—¿Y si el río se ha llevado el puente, por qué no entierran a la difunta en Solana?

—La nuestra parroquia es Doña Ximena. Por ello mi decir de que otra vez iremos con soguilla, para la sepultura.

Batía los párpados Feliche:

—¡Esta mujer da miedo!

Y acriminaba voluble la Marquesa:

—¡Parece loca! ¿Qué habla de la soguilla?

La molinera chusco el ojo:

—El caballero bien me comprende. La soguilla con que se pasan los muertos por el río. Antañazo todos iban con ese aditamento. Después hubo puente. Ahora no lo hay. Miren acullá el farolete bajo el alpende. Conócese que sacaron a la difunta para el fuera de la casa por la pestilencia.

Las madamas, sobrecogidas, miraban la luz que en el sombrizo del alpende también hacía el guiño de mirarlas, asomándose por cima de los bardales. Graznaba, manchando el cénit de la tarde, una bandada de cuervos, y los perros, sobre la linde, tenían un largo gañir estrangulado. Las madamas rezaban supersticiosas:

—¡Qué horror, Feliche!

Murmuró Feliche, estrechándose a la Marquesa:

—¡Y esta mujer sin dejarnos!

Se volvió con instintivo sobresalto: Sentía la mirada fisgona de la molinera, la mirada redonda y enconada, que parecía signarla con negro presagio.

IV

LA Marquesa y Feliche, estrechándose, cogidas del brazo, medrosas y ligeras, se metían por el portón de la casona. Un mozuelo pitañoso y zanquilargo, gorra de visera y alpargatas, batía la aldaba, sin que acudiese ningún criado. Ante el revuelo de las azoradas madamas, se ariscó, escupiendo una salivilla:

—¡Contra! ¡Aquí todos parecen sordos! ¿Es que no va a haber quien reciba un parte del telégrafo?

Volvió a los redobles de aldabón y salió un criado de librea, solemne, las

manos a la espalda, la pechuga de papagayo: Echaba por delante con grave compás los zapatos de hebilla:

—¿Te has creído que llamas en un mesón?

—¡Pues sí que está ocurrente! ¿Sabe usted el tiempo que aquí llevo?

El criado salió al umbral, y con gozo sereno de clérigo panzón, se estuvo mirando la puesta solar: Se volvió, finalmente, al pitañoso mozuelo:

—¿Qué se te ofrece?

—Un parte del telégrafo.

—¿Y para eso tanto ruido? Ahora saldrá quien te lo recoja. Se alejó majestuoso, mientras el zagalón rezongaba limpiándose la pestaña con un trapo mugriento. El Marqués de Bradomín descargó la escopeta sobre el remontado vuelo de unos estorninos, y los perros sacudieron su espanto corriendo con alegre zalagarda. El olor de la pólvora y las carreras de los perros trastornaban el sentido de la tarde, dándole una apasionada vehemencia. Al otro lado del portón, la molinera y el mocete se tiraban manganas:

—Si no llamas, raro que vengan.

—Y llamando acontece lo propio.

—¡Mete un repique como para despertar a San Pedro!

—¡Y me gano una tunda! Puedes tú hacerlo.

—A mí nada me va, que mi procura la tengo en ese caballero cazador.

El Marqués de Bradomín se acercaba, y la molinera, al acecho, recogida en el misterio de su máscara, comenzó una prosa:

—¡Señor mi dueño, remediador bendito, tanto me gozo con el día de mañana, que hago el cuento de lo esperar en este portón!

El Marqués de Bradomín, en la fría claridad del crepúsculo, acentuaba su empaque de figura velazqueña. Feliche, en una ventana, los rizos revolantes sobre la frente, llevaba los ojos por los pardos lejos, buscando con obstinada expresión la luz del alpende: No logró descubrirla, y quedó en la ventana, diluyendo su angustia interior en la angustia de la hora crepuscular. El Marqués de Bradomín, enviándole una sonrisa, entró en la casona. A su espalda, la sombra caprina ponía el ojo en la ventana, escrutando a Feliche. Tornaba el aullido de los perros. Feliche huyó con un grito:

—¡Qué horrible mujer!

Sentíase yerta, transida de angustioso sobresalto, con la certeza irremediable de su destino, como si acabase de verlo en el fondo maligno de aquella pupila agorera.

V

EL Marqués de Torre-Mellada, avecinándose al balcón, desdoblaba el telegrama que un lacayo acababa de presentarle en bandeja de plata. Terminada la breve lectura, con los quevedos en la punta de la nariz y el aire lelo, miró a su mujer. Fa Marquesa, aspirando el pomo de sales inglesas, le observaba:

—¿Alguna contrariedad?

—¡Un telegrama que no entiendo!

—¿De quién?

—Firma Luis.

—Será de tu primo Luis Osorio. ¿Qué te dice?

El repintado palatino, asegurándose los quevedos, se arrimaba el papel a los ojos, metiéndose en el hueco del balcón.

—«Ven con el quiquiriquí, Luis».

—¿El quiquiriquí?

—¡Perfectamente claro!

—¿Tú has ofrecido algún quiquiriquí a Luis Osorio?

—No recuerdo. ¡Pero a santo de qué!…

—¿A nadie le has ofrecido?…

—¡A nadie, que yo recuerde!

La Marquesa Carolina se emperezó con gesto displicente:

—Eso tiene todas las trazas de una burla. ¿A qué persona con sus cabales, puede ocurrírsele ese ordeno y mando de que tomes el tren, para llevarle un gallo?

Torre-Mellada, en el balcón, tenía un falso balido y hacía dobleces al papel, con los espejuelos bailones en la punta de la nariz:

—¡Una broma! ¿Pero de quién?… ¡Luis! ¡Luis!… ¿Como no sea Luis Bravo?

La Marquesa Carolina aspiraba su pomo de sales con una sonrisa de conmiseración:

—Volvemos a lo mismo. ¿Tú le has ofrecido un gallo?

El Marqués emprendió un trote menudo del balcón a la puerta:

—¡Luis Bravo! ¡Qué luz! Está aclarado el misterio.

—¿Le has ofrecido un quiquiriquí?

—Carolina, tendría que darte explicaciones muy enojosas para que pudieses comprender toda la trascendencia de este telegrama. ¡Son secretos de Estado!

Se incorporó con movimiento vivo la madama:

—Escucha, Jerónimo: Si tus deberes de hombre importante te imponen silencio, nada te pregunto supuesto que ese telegrama sea de González Bravo… Pero trae tal olorcillo de faldas que pudiera no serlo, y en ese caso tendría derecho a una explicación. ¡Cuando menos, a reprocharte que no hubieses sido un poco más discreto reservándome el contenido de ese papelucho!

El Marqués se arrugó con carantoña de beatería:

—¡Qué imaginación la tuya, Carolinita! ¡Son secretos de Estado! Perdóname que no sea más diáfano.

La Marquesa se recogió en el canapé con gesto de hastío:

—¡Está bien!… Y créeme arrepentida de haberte cuestionado sobre ese importante secreto del quiquiriquí. ¡Qué asco! ¡Apesta a mujerzuela!

El palaciego se afligía falsamente:

—¡Carola, esa aberración no es compatible con tu talento!

Repitió la madama con risa de displicente mofa:

—¡El quiquiriquí!

El Marqués volvió desde la puerta con su falso balido:

—Voy a levantar una punta del velo. No quiero que existan nubes entre nosotros, querida Carola. Lo del quiquiriquí es un simbolismo: Luis Bravo alude a uno de nuestros mejores amigos que actualmente se halla en Los Carvajales. La Marquesa frunció el dorado arco del ceño:

—¿Adolfito?

La engatusó el marido:

—¡Qué sagaz eres!

—Pues ya puede volar solo, sin que tú le acompañes.

El Marqués acarició las manos de su mujer:

—¡No era más que una punta del velo!… ¡Carolinita, no me pongas en el trance de serte desagradable!

La Marquesa retiró las manos con disgusto:

—No deseo que violes ese secreto de Estado. Desgraciadamente creo adivinarlo.

—¡Siempre irás demasiado lejos!

La madama tenía un empaque puritano:

—El quiquiriquí es el nuevo capricho de la Reina.

—¡Por Dios, Carola!

—¡El último baile ha sido un escándalo!

—¡Qué calumnias!

—¡Todo eso da asco! ¡Y verte a ti terciando en tales tapujos, me avergüenza y me duele en el alma!

El Marqués hacía su carantoña de beatería:

—¡Carolinita, te obcecas y me apesadumbras con apreciaciones injustas! ¡Tapujos!… ¡Francamente, empleas un vocabulario!… ¡Tapujos!

La madama clavó los ojos agudos y enconados:

—El nombre podría ser más duro.

Se solemnizó el palaciego, alargando una mano:

—¡Calla! ¡No manches tus labios! ¡No abras entre los dos un abismo infranqueable!

Los ojos de la madama se hacían cada vez más duros:

—Jerónimo, las obligaciones de tu sangre te vedan esas tercerías. González Bravo ha olvidado que eres un Grande de España.

—¡Qué nervios! ¡Qué nervios! Carolinita, la imaginación te exalta todas las cosas. Vas a escucharme con calma. Yo soy como un padre para ese perdis de Adolfito. Feliche es como una hija en nuestra casa.

Musitó la Marquesa:

—¡Pobre Feliche!

Torre-Mellada bajó la voz, revistiéndose de un aire importante:

—Luis Bravo, sabes lo expeditivo de su genio, sabes nuestra antigua amistad, y no puede extrañarte que me haya hablado con cierta franqueza respecto a Adolfito.

—¡El quiquiriquí!

—Carolinita, deja las reticencias. Si me oyes con calma, acabarás por darme la razón. Luis Bravo, en nuestra última entrevista, sin ambages, a boca de jarro, como él las gasta, me ha enterado de algunos pormenores… En una palabra, que vino a decirme:—Tengo a ese pollo en las uñas. He adquirido todas sus deudas y en mi poder obran testimonios infalibles de que vive bordeando el Código Penal. — ¡Exagera! ¡Indudablemente exagera! ¡Comprenderás Carolinita mi situación en aquel momento! Intenté disculpar a ese perdis. ¡No hallé palabras! ¡Estaba anonadado! Luis Bravo me autorizó para prevenir a nuestro insensato amigo y hacerle saber que está en las uñas del Gobierno. ¿Carolinita, debo dejarle con los

ojos vendados, caminar a un abismo cuyo fondo no puede medir? Esa es toda mi intervención en este asunto. Ya has visto cómo mis convicciones de amigo y de cristiano, no están reñidas con ser Grande de España.

La Marquesa plegaba su boca de falso carmín, con una mueca desdeñosa:

—¿La explicación de esa intriga, donde tú actúas como amigo entrañable y ferviente cristiano, no podrás dármela?

Cacareó Torre-Mellada, entre ladino y abobalicado:

—¿Por qué no? Tú, Carolinita, me prometes no divulgarlo. Adolfito, son las voces que corren, está indicado para un puesto en la Alta Servidumbre.

—¿Y la indicación es de la Reina?

—Carolinita, mi lealtad monárquica me impone discreción.

—¡Es repugnante!

—Carolinita, nosotros no podemos hacernos eco de bajas hablillas. El Gobierno, muy natural que busque aliados de su política en Palacio. La política es maquiavelismo.

—¡El quiquiriquí! ¡Alta Servidumbre!

La Marquesa acentuaba sus palabras con gesto de repulsa. Explicó el palaciego:

—No se quebranta el protocolo. Adolfito es Grande de España.

—¡Un Grande de España que bordea el Código Penal!

—¡Carolina, esas cosas no se creen!

—¡Tienes razón! Creyéndolas, no sería nuestro huésped el Barón de Bonifaz. ¡Pobre Feliche!

Sobre el fondo sinfónico del anochecido, cruzaba ululante la queja de los perros. La madama agitó el cordón de la campanilla. Evadiose el Marqués. La señorita Aline acudió con esbelto trote de cebra:

—¡Esos perros, Aline! ¡No puedo más! Cierre usted el balcón.

—¡Son los perros de todas las noches, señora!

—¡Es horrible! Avise usted a Toñete. Es preciso que den tierra a ese cuerpo.

VI

LA Marquesa Carolina, mimando la comedia del frágil melindre nervioso bajó a la sala zaguanera donde damas y galanes hacían la tertulia del véspero. Teresita Ozores, Lulú Berlanga, Pepe Támara y Jorge Ordax, se

divertían jugando al burro, con chabacana algarabía. El Brigadier Valdemoro y Don Pedro Navia, paseábanse de uno a otro testero, arcanos y meditativos.—Dos bueyes labrando un surco—. Gonzalón, cabalgando en una silla, tomaba el fresco al pie de la reja, y desde allí, de tiempo en tiempo, graznaba un timo chulapo. Pepín Río-Hermoso asistía al carcamal palaciego, en la traducción de un tratado inglés de veterinaria. La Marquesa Carolina hizo su aparición armoniosa y lánguida, rubia pintada, gracia crepuscular y francina de Dama de las Camelias. El Marqués llamó a su mujer, con falsete casquivano y glándulo:

—¿Carolinita, quieres sacarnos de esta confusión? Entornó los ojos la madama:

—¿Tú dirás? ¡Yo con mil amores!

Apuntó el pollo Río-Hermoso:

—Estamos completamente peces, Carolina.

Murmuró la dama:

—¡Pues sigo sin haberme enterado!

—De la lengua de Milton.

—¡Oh!… ¿Y qué deseáis?

—Que nos eches un capote. ¡Tú chamullas el inglés como una *lady*!

—No tanto.

Suspiró el retocado carcamal:

—Haz el favor de traducirnos este párrafo, Carolinita. La Marquesa tomó el libro y se acercó al quinqué. El marido, meticón y zalamero, le apuntaba el párrafo con el índice. Pepín Río-Hermoso hacía el propósito mental de perfeccionarse en la lengua inglesa, disciplina indispensable, dadas sus aficiones hípicas. El Brigadier Valdemoro y Don Pedro Navia se replegaban en un testero, y suspendía la broma del naipe, el otro cotarro. Sonreía la Marquesa:

—Parece que voy a oficiar.

Comenzó a leer en medio de un profundo silencio. El Marqués arrugaba la cara, confrontando la lección del librote con los síntomas que presentaba Fanny. Pepín Río-Hermoso entornaba los párpados deseando atesorar íntegramente toda aquella doctrina veterinaria. La Marquesa Carolina hizo una pausa:

—¿Continúo?

Murmuró el marido con falsa carantoña:

—Si no te cansas…

—Pues tomaré asiento.

Insinuó Pepín:

—No te molestes leyendo, Carolina. ¡Jerónimo, son los síntomas de Fanny!

—¡Indudablemente!

El Brigadier Valdemoro, haciendo piernas, heroico y campanudo como si recorriese un campo de batalla sembrado de muertos, salió de la sombra y vino a fincharse en medio de la sala:

—La Fanny no tiene otra enfermedad que mimo y monada.

El Marqués le reconvino con aspaviento:

—¡No has oído cómo tose!

—¡Monada!

—No prueba el pienso.

—¡Monada!

Pepín Río-Hermoso sentía una profunda indignación:

—¡Si se ahoga!

Se encrespó el milite glorioso:

—¡Monada!

Insistió el pollo:

—¡Si tiene la enfermedad pintada en los ojos!

El Brigadier Valdemoro acentuaba su pompa de gallo bélico:

—¡Monada! Esa niña requiere una tanda de palos, ponerle la silla y meterle una carrera que la bree.

El Marqués y Pepín Río-Hermoso cambiaron una mirada de estupor. Cacareó el vejete:

—¡Pobrecita Fanny!

Y apuntó Pepín Río-Hermoso:

—¡Si el animal se cae, Brigadier!

—No sea usted doctrino. Esa niña se pone buena con una estaca.

Gritó burlona Teresita Ozores:

—¡Jesús, qué hombre más sanguinario!

—Teresita, con usted soy una malva.

—Yo quiero que lo sea usted con todo el mundo, incluso con esa yegua Traviata. ¡Para usted todo es monada!

El Brigadier Valdemoro se finchaba tripón:

—¡Todo, no, Teresita!

—Vamos a ver: ¿Yo qué soy para usted? ¡Una monada! El Brigadier Valdemoro, guiñando la pestaña, se puso los galones de sargento:

—¡Usted, una monería!

Aplaudió burlona la Marquesa:

—¡El Brigadier es invencible en los salones y en los campos de batalla!

Jorge Ordax, musitó sentado entre Teresita y Pepe Támara:

—¡Me irrita cómo ese hombre se pone en ridículo!

Se regocijó Lulú Berlanga:

—¡Es una eminencia!

Y Pepe Támara:

—¡Valor probado!

Bromeó Teresita:

—¡Un Daoiz y Velarde, como dice mi doncella!

VII

CON voces, silbos, carreras y zalagarda de canes, se avecinaban al portón de la casona, algunos huéspedes, que por quemar la pólvora habían estado tirando a los buitres en Los Castriles. El Marqués de Torre-Mellada se avizoró metiendo la cabeza por la reja:

—¡Adolfito! ¡Adolfito!

Graznó una voz jocosa:

—Se ha extraviado, Jeromo.

El Marqués acudió al zaguán, y el ritmo del trote rimaba el teclado de su risa ovejuna:

—¿Dónde está ese perdulario?

Berreó Gonzalón desde la reja:

—¡Papá, si esta tarde se ha ido en el tílburi a Solana! Canturreó Teresita Ozores:

—Tiene allí la querencia.

El Marqués tornaba a los medios de la sala. En la puerta, el grupo de cazadores sobresalía algarero y bizarro. En el zaguán un montero atraillaba los perros. Lulú Berlanga metía la cabeza entre Pepe Támara y Jorge Ordax:

—¡Sois unos sosainas! ¿Por qué no le gastáis una broma esta noche, cuando vuelva de pelar la pava?

Saltó Teresita:

—No tienen imaginación estos chicos.

Lulú Berlanga, con guiño de confidencia, se llegó a Gonzalón:

—Estamos conspirando para gastarle una broma a Bonifaz.

Gonzalón se alegró con sonrisa pascual:

—¡Podíamos darle un susto!

—¿Has pensado algo?

—¡Darle un susto!

Gritó la tarasca azotando blandamente los lomos del joven Torre-Mellada:

—¡Este tiene una idea!

Goijeó Teresita:

—¡Será buena!

—¡Pss!… Salirle al camino y darle el alto con una descarga. ¿Hace?

El Marqués abría los brazos con una carantoña de mal comediante:

—¡Niño, no seas tan armadanzas! ¡Me asustan esas bromas peligrosas!

Graznó el hijo con zaino respeto:

—¿Qué peligro ves tú en soltar cuatro tiros al aire?

—¿Pero cómo pueden divertiros esas bromas incultas?

Se transfiguró el hijo en filósofo:

—¡A falta de cosa mejor!

El padre consintió, atribulándose:

—Unos tiritos al aire, y os volvéis. ¡Lo peor será si se espanta el caballo! ¡En esas bromas siempre puede ocurrir una desgracia!…

Sobre la voz fatua apuntó de pronto un mimo asustado. El Marqués se acordaba del guardia muerto en la tasca de Garabato. Y su pensamiento se comunicó a todos. Sobrevino el silencio tras la festiva bullanga de damas y galanes. Entraba el claro de luna por las rejas, y el nigromante ladrido de los canes rasgaba el azul nocturno de grillos y luceros. La Marquesa Carolina, como el héroe antiguo, se tapaba las orejas.

VIII

EL farolillo, bajo el alpende de las yuntas, convocaba al velorio. La caja puesta sobre dos caballetes, partía el círculo de luz. Hedía la carroña de la difunta. El velorio, apartado en un rincón del corralizo, bajo los naranjos, mataba las horas chusco y refranero. Las mozuelas prendían en los labios hojas de malva olorosa. Algún jayán se restregaba la jeta con aguardiente: Otro, con requiebro, cortaba un ramo de azahares y lo repartía entre el concurso femenino: Otro se

jactaba de tener perdida la olisca, con unas fiebres. Gritó una voz que se acercaba:

—¿Cuándo contáis darle tierra al cadáver? La Señora Marquesa ha tenido noticia del caso y dispone que sepultéis el fiambre, como ello sea.

El Tío Juanes, arrastrando la capa, salió al claro de luna, sobre el borde de sombra que dibujaban los naranjos:

—De haber lugar, ya lo tendríamos cumplimentado, y el propósito era hacerlo tanicuanto bajase la crecida del río. Y que sea mañana tiene que decirlo el tiempo. Conforme, por lo de ahora, parece estar con ese dictamen. Las aguas bajan.

—Y si las aguas no bajan, hacéis la cueva al pie de un olivo. Siempre será mejor que levantar una epidemia.

—¡Ay mi madre! ¡Ay mi madre!

La mozuela del bermejo reír, hipaba llorona, en el sombrizo de limoneros y naranjos. El jayán que a la vera y a hurto le corría la mano por el talle, la consoló brindándole su copa de aguardiente: Con remilgo, por no hacer desprecio, cató un sorbo la mozuela, y el galán recalcándole la mirada apuró el resto. El Tío Juanes, en el claro de luna, volvía la cabeza con ritmo pausado:

—¡Cállate la boca, chicharra y déjame darle su respuesta a este amigo! —Pues sabrá usted, amigo, que su ocurrencia, está muy ocurrente para las bestias: A los fieles con la sal del bautismo, les corresponde tierra bendita.

Toñete, asomado sobre el cancel, se tapaba las narices:

—A todas partes llega la pestilencia.

—¡Ay mi madre! ¡Ay mi madre!

—¡Calla, chicharra! La señora Marquesa, si bien lo considera, verá que la culpa no es de la familia. La señora Marquesa dispensará la molestia, y en el tocante a la sinrazón que representa enterrar a la finada bajo de una oliva, aventuro que no lo mentó la nuestra dueña.

—La señora Marquesa ha ordenado que sin otro más la llevéis a sepultar en Solana.

—No es la nuestra parroquia. La nuestra parroquia es Doña Ximena.

—Os dejáis de parroquias, y de madrugada salís pitando con el fiambre.

—¡Menuda jornada! La señora Marquesa no se representa que son al pique de cinco leguas a Solana. Puestas las cosas en no conceder esperas para que haya vado por el río, pasaremos con soguilla a la difunta.

—¡Ay mi madre! ¡Ay mi madre!

—¡Calla, chicharra!

El que ahora imponía silencio, era el hermano: Salía de las cuadras, dormilón, cubierto de granciones, restregándose los ojos y arrastrando la faja. Toñete, tras la cancilla, con la mano en las narices, hablaba gangoso:

—Quedamos en que, como ello sea, va la finada al hoyo.

Recalcó el viejo pardo:

—Si se avienen la orilla y la soguilla, en ello quedamos.

Y Toñete retrucaba con su voz de máscara:

—De otra, haberla embalsamado, Tío Juanes.

Bajo la luna, el soñoliento zagalón colmaba la copa, e iba, arrastrando la sierpe de la faja, a verterla sobre la tierra, al pie del féretro, conforme al ritual. El Tío Juanes arrimábase a la cancilla, tanteando la sonsaca de Toñete:

—¿No ha mandado sus noticias el señor Administrador?

—A este cura no se las ha comunicado.

El hijo de la difunta, lloroso y babón, con la mejor política, pisándose la faja, se acercó brindándole una copa al ayuda de cámara, que la recibió postinero:

—¡Vaya por el descanso de la finada!

Apuntó desabrida una voz de beaterío:

—¡Esos responsorios no sacan de penas y llamas a las Benditas!

Sentenció otra voz, timbrada de burlas:

—¡Todo ayuda!

Y el hijo, con trémolo llorón:

—Ayuda y consuela.

Retornó a su tema el viejo pardo:

—¿Por modo, que no hace cuenta de venir por acá el Niño? Y con todo ello, considerando el averiazo de las aguas no estaría muy por demás que se diese una vuelta. O mucho me engaño o esta noche, acá le tenemos. ¿No ha ido el cesto a Pedrones?

—Más sabe usted que un servidor.

El Tío Juanes, apicarando la jeta, se volvió dando voces al hijo:

—Chaval, aporta otra copa para este amigo, que trae apegada una oblea.

Saltó, bajo la sombra del naranjal, el remilgo de la beata:

—Tío Juanes, si gusta de lo hacer pasar, aquí tiene una silla.

Saludó Toñete:

—Se estima el cumplimiento.

El viejo cachicán descorría el cerrojo de la cancilla:

—Entre usted, señor Toñete.

—Para irme de naja, Tío Juanes. No más que echarle un vistazo a la difunta y rezarle un páter.

La voz enmascarada del ayuda de cámara resaltaba como una pulla irreverente, en el nocturno de perros nigromantes.

IX

CON las últimas estrellas, viejos y viejas del velorio, adormecen calamocanos, mientras mozos y mozas insomnes, encandilándose con rijos de celo, se hacen mamolas. Y Tío Juanes apareja el cuartago bajo el alpende, propositando llegarse a tratar el entierro con el Padre Cura de Doña Ximena. Al tiempo de alzarse sobre el estribo, distinguió una sombra que gazapeaba al arrimo de la barda: Salió trotando, los ojos avizorados, tendidos en curva mirada. De un burujo incierto, al borde del camino, surgió la confusa silueta de Juana de Tito:

—Se halla de vuelta el padrino, y reclama por usted, Tío Juanes. Dende la cancilla le descubrí a usted aparejando, y fue el aplastarme a la espera, para no ser notada. ¡Pues se halla de vuelta el padrino y aparenta sobresaltado!

—¿Dónde te has entrevistado tú, con nuestro majito?

—¿No distingue allá abajo una sombra, en el resguardo del olivar, pasado el cerro de la casona? Yo me había medio traspuesto, al arrimo de la puerta, allí agazapada a la espera del día para una diligencia. Bien que usted no sabe que uno de los huéspedes —a mi parecer caballero titulado— me ha hecho promesa de poner en pie el desbarate del molino. ¿Usted qué pronóstico saca, Tío Juanes? ¿Cumplirá?

Cazurreó el viejo:

—Juanilla, las palabras de esos señores, por veces se las lleva el aire.

—Pues habrá de verme en sueños.

—¿Quién te ha hecho la promesa?

—Para mi discurso, titula de Marqués.

—¿Uno entre viejo y mozo, blanco de barba, pero muy derecho y muy gallo?

—El propio. Tiene su enredo con una guapa señorita. Nada he visto que me lo declare, y con todo ello… Tío Juanes, de ponerlo en claro, algo nos pudiera valer el secreto de esa pareja.

—¡No estás mala liebre! Monta a la grupa, y vamos en una trotada a vernos con el padrino. Has mentado que de algo pudiera valernos averiguar los pecados de ciertos sujetos, y no vas descaminada.

—¡Pues que hay gatiperio, por seguro!

Juana de Tito apagó el cuchicheo y cabalgó en la grupa. El cuartago rebotaba el anca, y la tuerta se sostuvo abrazándose al talle de Tío Juanes:

—El acelero del padrino es motivado a no haber todavía transpuesto al pájaro.

—¿Y acaso hubo modo?

—Pues hágale usted los cargos.

—¿Qué cargos, si basta con echar una vista, y considerar el desbarate de las aguas, y el mucho tránsito por los pasos libres, al tenor de ser las ferias de Solana?

—El padrino viene levantado por algún cuento… Y no sería extraño que este cisma lo promoviese aquel condenado que me chupa la sangre. Siempre a morirse, y nunca acaba. ¡También eso hay que considerarlo! ¿Qué falta raída hace en el mundo ese veneno?

Socarroneó el cachicán:

—Será, Juanilla, que ni la muerte lo quiere.

—Pues habrá que darle voces.

—¿Tú, qué cuentas haces?

—Responda aquel de quien son mis cueros.

—¿Adónde vas con ese derrote?

—Una pregunta, con otra pago.

—¡Mucha letra tienes, Juanilla! Y a no ser tanta la angostura del tiempo, ibas tú a ver cómo te aclaraba las luces.

El cuartago relinchaba sobre la linde del olivar, y la tuerta saltó del anca con rechifle de burla:

—¡Larga iba a ser la respuesta, cuando así del tiempo reclama!

—Decirte no más de quién son tus cueros.

Sobre la linde, bajo un grupo de olivos, el padrino cuarteaba la sudada montura, por mantenerla con la grupa al viento, y dos jinetes culebreaban por el olivar, en operación de descubierta.

X

TÍO Juanes, de un espolazo, se puso a la vera del padrino:

—¡A la paz de Dios! Parece que su merced le ha metido un buen julepe a la jaca. ¿Ocurre algún contratiempo?

Don Segis asintió brusco y encapotado:

—¡Un averiazo, Tío Juanes! El Gobernador, sin andarse por las ramas, me ha conminado para dar suelta al pájaro.

—¿Y sabe que lo tiene usted preso, ese Ilustrísimo Gobernador? Porque si no lo sabe, sería pedirle a usted la luna. ¿Sabe eso, y le deja a usted libre?

—No lo sabe para poder empapelarme, pero tiene la evidencia. ¡Y me lo ha cantado! ¡Tío Juanes, que buscan hacernos la cama!

—Ese aviso ya me ha llegado, y estoy con la mosca en la oreja, sin poder aburrir al mochuelo. Con mil sobresaltos le hemos puesto la gayola en Cueva Beata. ¡Y suerte andar agudos, porque todos estos días no ha dejado de visitarnos la Pareja!

—¡Que buscan hacernos la cama! El Gobernador es un novato con mucha fantasía, y conviene advertir a los amigos para que se suman, en tanto dura esta justicia de enero.

—Malo sería que se nos volviese del año entero. ¿No hubiera modo de cambiarle el pastizal a ese Ilustrísimo Gobernador?

—Es sobrino del Espadón.

—¡Buena aldaba! Pues alguna cosa hay que resolver para que no estorbe y deje vivir a los hombres. Entre los amigos hay gente necesitada, y un poco o un mucho, todos nos ayudamos con lo que se trabaja. Don Segis, hay que oír cómo respiran el Pinto y Carifancho. ¡Son extremidades, pero su aquel es el de otros muchos!

Don Segis sacudió la ceniza del chicote, y se lo puso a un canto de la boca:

—Tío Juanes, usted me conoce: Hoy digo estarse achantados: Mañana, si la situación no se resuelve como espero, acaso diga otra cosa… Redaños para cuanto sea menester tiene el hijo de mi madre.

Asentía el cachicán con su gesto duro y conciso:

—Ya sabemos cómo usted las gasta, y que no tienen mejor padrino esos chavales… A todos nos interesa que no dure mucho la holganza, y en cuanto a caminar con pupila, viva usted asegurado. Quién más, quién menos, todos

tenemos afilada la pestaña. Vea usted cómo habernos transpuesto al pájaro fuera del molino. Ello es que sin saber de cierto ninguna cosa, se me puso el alma en sobresalto, y no sosegaba por el contrabando tan a la vera. Ese negocio, ya sabe usted que no ha pintado como se esperaba. Yo, dende un principio advertí que esa familia no era tan acaudalada como la quería suponer Padre Veritas. Usted recordará que cuando se vino con aquellos mapamundis, harto le aduje que esa familia no era una California… ¡Pues a no tener mudado de gayola a ese cárabo sin plumas, acaso se nos hubiera ocasionado un desavío con tanta visita como ahora nos hace la Pareja!

Don Segis se pasaba el pañuelo de seda por la frente:

—¿El señor Marqués se ha diquelado alguna cosa?

Cazurreó el cachicán:

—El señor Marqués —perdonando la manera— no se diquela de tres sobre un pollino. ¡Hay quien lo cuenta muy en desgracia por las alturas! ¿Usted se hallará enterado?

—El señor Marqués siempre goza de influjo.

—Pues esa aldaba usted la tiene asegurada. Por el hilo de algunas preguntas se me ha puesto que se busca sacarle a usted los monises con otra hipoteca sobre Los Carvajales. Usted, aun cuando no suelte el loben, puede muy bien atorearlo. Camine usted sobre esa luz. ¡Y quién sabe si le puede convenir quedarse con Los Carvajales!

El cachicán tendía la astuta y codiciosa mirada por las lejanías de olivos. Don Segis meditaba, y sus pensamientos pintábanle una sonrisa de fachenda, entre las patillas de jacha: Era su más íntimo reconcomio alzarse por dueño en los señoríos de aquellas dos antiguas casas de Cetina y Villar del Monte: Silbó, y culebreando por el olivar, se acercaron los remotos jinetes, destacados en descubierta. De entre las matas, como una coruja, se levantó Juana de Tito. Tiniebla de voces:

—¡Acullá van los tricornios!

—¿Sobre qué vientos irán esos pachones?

—¡Por el cerro arriba, si no es al molino, irán al cielo!

—¡Pues se llevan chasco si buscan mis tejas caídas!

—¿Esquiciaste todos los rastros?

—¡Pídame usted otra ciencia!

XI

TÍO Juanes, cambiadas noticias y concertados pareceres, espoleó el cuartago, sobre su anterior propósito de tramitar el entierro: Cruzó por Vado Jaron: Oyó la misa muy beato, con golpes de pecho y bisbiseo de oraciones: Sobre el ítem entrose a la sacristía y trató el entierro de la parienta con el señor Vicario de Doña Ximena: Pagó los responsos, se enjugó los ojos, ofreció una misa, y fuese, dejando una pieza de dos cuartos en el cepo de las Ánimas. Por el camino, a lomos del cuartago, sentíase fortalecido por una fe tosca y milagrera. La Santísima Virgen del Carmen, que le tenía asistido con su celestial ayuda en más apurados empeños, ahora, en aquella faena, no iba a negarle una punta de su manto de luceros.—Durante la misa, entre *kiries* y *leisones*, habíase cuidado de recordarle que era su devoto del tiempo de la Nana.— Obstinábase sobre el atisbo de que así obligaba a la Divina Señora. ¿A un devoto antiguo iba a negarle el cobijo de su manto, de una punta, ya que no solicitaba más el Tío Juanes? ¡Y aun contaba con otros valedores en la Corte Celestial! El Cristo de Medinica, Nuestra Señora de la Serrana, San Pedro de Matejón, San Dámaso de Ceruel. En la iglesia, aquella misma mañana, también tenía mosconeado sus rezos por congraciarse la ayuda de estos aventajados padrinos. Suspicaz y cazurro, consideraba que nunca por mucha cebada enflaquece el bayo.—¡Y cuántas tribulaciones para solo mal vivir!— ¡En este valle de lágrimas, todo son redes y caramillos puestos al pobre desafortunado! Sufre más persecución que los lobos, siempre en el trámite de atropellar las leyes. Los Bienaventurados de la Corte Celestial, donde se conocen todas las intenciones, de por fuerza habían de considerarlo así. ¡Nadie por su gusto se juega la cabeza y lleva un vivir sobresaltado! La rebaja de caudales, aun cuando los ricos la acriminasen, era obra de justicia. El derramamiento de sangre en casos extremos, tampoco merecía el vituperio con que lo señalaban. En un vivir de tantos riesgos, las sentencias de los caballistas eran siempre obligadas, en tanto que muchos desgraciados, sin mayor delito que buscarse el manró, acababan en el patíbulo por la mala voluntad de jueces y escribanos. Transpuesto Vado Jaron, con el cuartago a paso de andadura, iba el viejo pardo devanando la madeja de sus pensamientos: La vista de las tierras asoladas le nubló el ánimo con esquivos dejos de amargura: Erguido sobre la silla, abarcaba con acuciado oteo los campos encharcados y malograda la siembra: Sentía más honda la cotidiana

pesadumbre de la vejez esclava de las labranzas, sin levantar jamás cabeza. ¡Castigo del fisco! ¡Castigo del amo! ¡Y en última instancia, el sin fin de calamidades que se le ocurra ordenar al Padre Celestial! ¡Unos, hartazgo, y otros tan poco, que una vuelta de las nubes basta a dejarlos sin pan y sin techo! ¡Si es más que justicia rebajarle a los ricos sus caudales! ¡Tanto vituperio sobre los caballistas, y callar la boca para el mal ejemplo del que corrompe su hacienda en el bateo de vino, baraja y mujeres! ¿Y esto no es más escarnio que tentarle las onzas a un malvado usurero que las tiene enterradas? No les faltaba razón a los compadres cuando decían que las leyes las sacan los ricos, sin otra mira que sus prosperidades. El viejo pardo, por el hilo de sus cavilaciones y recelos, deducía el monstruo de una revolución social. En aquella hora española, el pueblo labraba este concepto, desde los latifundios alcarreños a la Sierra Penibética.

XII

SOBRE la querencia del pesebre, apresurábase con relinches, el cuartago de Tío Juanes: Salía el jinete del olivar, sesgando la campa de barcinos almiares: Oteaba la casona del señorío, cercada de cipreses y naranjales, el vasto vuelo de aleros el torreado de chimeneas: La portalada tenía soles de mañana: Era luminosa con su retablo de escudos y rejas. Cabrilleaban prestigios de charoles y metales en el arco de entrada, y había fuera un grupo de gente quieta. Tío Juanes sintió el alma enfriarse, serena y fuerte, como un mar que hubiese quedado convertido en roca de cristal, en la inminencia de mayor zozobra. ¡La Pareja! Tricornios, fusiles, cartucheras, definían sus luces negras. Tío Juanes, sin una vacilación, puso espuelas y bajó resuelto adonde estaba la Pareja. El peligro se convertía en un sentimiento quieto, mudo, sin tregua, una carga del nacer, una condición fatal de la vida, como las plagas celestes sobre los campos. Trotó valiente:

—¡Señores Guardias, a la paz de Dios!

—¡A la paz de Dios, Tío Blases!

Saltó del cuartago y por las riendas se lo entregó a un mozuelo mirón:

—Anda, hijo, llévalo a la cuadra y desencínchale, échale un pienso y no le quites la silla, porque viene un tantico sudado. ¿Se pasa alguna cosa, en que se pueda servir, señores Guardias?

Alternaron los tricornios:

—Hacernos presentes al señor Marqués.

—¡Ofrecernos!

El Tío Juanes asintió encopetado:

—Con franqueza, se me hacía extraño no haber antes tenido ocasión de saludarles. El señor Marqués estimará mayormente —esa cuenta hago— que ustedes ronden por estos lugares, y vivirá más seguro cuando ustedes le hayan cumplimentado. En estos tiempos, con el hambre y las guerras, hay muchos desesperados que se han puesto al camino. Otros, sin tanto necesitarlo, por vivir mejor, y lucir y triunfar en francachelas, se les han juntado… Sin contar los aturdidos de mala sangre, con alguna muerte a cuestas, y los levantados por las coplas del Tempranillo. ¡Hay una perversidad en las conciencias, y una falta de respeto a las buenas costumbres, como jamás se ha visto! Es el hambre, ellos lo dicen, pero el hambre justifica garbear un racimo sobre una cerca, no el secuestro de un hacendado. ¡Que no se puede vivir, y a no ser por el respeto que ustedes imponen, habría que ahuecar de los campos!

Tío Juanes se revestía la piel de raposo. El Cabo Ferrándiz no le quitaba la fila, el ojo penetrante, duro, con el pavón de las balas:

—Como habla usted, hablan otros muchos, pero cuando llega la hora, se vuelven encubridores de los caballistas.

—¡Se transige, para no verse uno cosido a puñaladas!

—¡Pues a no transigir, Tío Blases!

Con pulcritud de notario, enmendó el viejo crudo:

—Blases son Juanes.

Comentó burlón el otro Guardia:

—Usted no quiere que le corrompan la cédula.

—Así podrán ustedes mandarme sin equívocos.

—¡Pues a no torcerse!

—Qué más torceduras que el reuma, y los años, y las desazones del vivir. ¡Vean ustedes cómo se nos ha despedido la vieja para donde el Señor!

—Ya nos ha llegado la noticia, y no hay otro más que llevarlo con paciencia.

El Cabo Ferrándiz, veterano, canoso y cenceño, aceraba los ojos sobre el Tío Juanes. Con gesto senequista, marcaba su asentimiento el viejo pardo:

—Por demás se sabe que la muerte es el camino de todos. Una sentencia que no la remite ningún indulto. ¿Y ustedes no se servirán de echar un trago en el velorio, señores Guardias?

Los señores Guardias se miraron indecisos. El Cabo Ferrándiz, cejas,

lunares, perillona y mostachos ordenancistas, miraba inquisitivo al compañero, un hastial rubio, indolente, con cara de luna, los ojos inmutables cuarzos azules, la boca y los dientes alobados, con fulvas inocencias de fiera. El Cabo:

—Nos hallamos de servicio.

El Guardia Turégano:

—Otra vez será. Diga usted, maestro: ¿Irá con soguilla la difunta?

—Eso vengo a tramitar con el señor Vicario.

—¿Se pasa bien por Vado Jaron?

—Un vado, ustedes lo saben, se pasa bien o se pasa mal, conforme el conocimiento que tenga la bestia en que uno transite. El cuartago lo ha pasado sin novedad. Si otra cosa no mandan, ahí tienen ustedes al ayuda de cámara del señor Marqués.

Toñete, rasurado, achulado, encopetado como un bailarín de flamenco, abría el compás por el zaguán penumbroso, fresco, encalado, con un reflejo rojizo de aljofifadas baldosas. Toñete, llegando, saluda con torero saludo militar a los Guardias. Un quiebro, y se engalla con el Tío Juanes:

—¡Amigo, tiene usted buena a la señora Marquesa! ¿Pero no sabe usted que hay dos huéspedes con epidemia? Pasen ustedes, señores Guardias.

Los señores Guardias, unánimes, se echaron el arma al hombro, unánimes sacaron el pie marcando el paso, unánimes inflaron la equis de las correas, y unánimes el tono, la palabra y el gesto, advirtieron:

—¡Ojo con torcerse, Tío Blases!

Sermoneó el viejo:

—¡Qué más ojo que no poder alevantarlo del trabajo, y dejar en la tierra el sudor de toda la vida, a pago de contribuciones y enfermedades! ¿Qué más ojo me piden ustedes, señores Guardias?

—No hablemos más.

—Pues sonsoniche.

El cachicán silbaba, y con la punta del verduguillo hacía primores en una rama de oliva.

XIII

EL Marqués de Torre-Mellada, gorro, batín y pantuflas, se ovillaba en una mecedora, la cara vuelta a la reja. Más que por fuero orgulloso, por el repulgo de no mostrarse despintado, permaneció de espaldas cuando entró la Pareja:

—¡A la orden de Vuecencia, señor Marqués!

Cacareó el prócer con cacareo usado, untoso de rutina protocolaria:

—¡Adelante! ¡Adelante!

La Pareja permaneció en la puerta. Habló el Cabo Ferrándiz:

—Sentiríamos haber llegado en ocasión molesta. Venimos a ofrecernos a Vuecencia.

—¡Gracias! Vigilen ustedes. La tranquilidad de este país está en manos del Benemérito Instituto. Es una gran responsabilidad, pero es un honor insuperable, el que le rinde el país confiándole la salvaguardia del orden. Toñete, ofréceles habanos a estos amigos.

El Cabo Ferrándiz:

—Se agradece.

El Guardia Turégano:

—Yo no lo gasto, pero lo tomaré para el Comandante del Puesto.

Cacareó el palaciego:

—¡Toñete! ¡Una caja sin abrir! Se la ofrecen en mi nombre, estimulándole por su celo en defensa del orden social. ¿Cómo se llama el jefe?

—Don Cosme Maroto.

—Ustedes le saludan, y le ruegan en mi nombre que acepte el recuerdo de un amigo. Toñete, incluye una tarjeta. ¡Adiós! Me dejan muy complacido. Acompáñales, Toñete. ¡Adiós! Mis saludos al jefe. Que me cuente como un amigo. No olviden ustedes su misión. ¡El orden! ¡El país! Toñete, dame el correo. Se me habrá enfriado el chocolate. Toñete, hoy nos vamos. Prepara las maletas.

Aprobó Toñete:

—Me alegro, porque esto es un desierto para embrutecerse y perder las maneras. Pero si hemos de irnos, apenas llega el tiempo. Son las doce, y a la una y tres cuartos pita la locomotora en Pedrones.

—¡Qué escándalo!

—¡Pues así es!

—¿Pero cómo me has dejado dormir hasta las doce? ¡Y si aún durmiese!

Pero me he aburrido toda la mañana leyendo una entrega tonta de *La Mujer Coqueta*. ¡Y el tren a la una y tres cuartos! ¡Cuando las cosas se tuercen! Toñete, dame el correo. Averigua si se ha levantado el señor Barón de Bonifaz.

—¡Qué esperanza! El señor Barón todavía estará en el primer sueño. Aquí solo madruga el señor Marqués de Bradomín: Ese, con el alba ya está sobre el camino, y no cesa de recorrer el país y hablar con la gente, y aprender el gitano. No parece que se halle muy en sus cabales, pero no ha perdido el gusto para el bello sexo. ¡Para mí que se entiende con la hermana del señor Barón!

—¡Feliche es muy buena, y si se pone en amores, será para casarse! ¡Se le está pasando el tiempo! ¡Lástima esa juventud malograda! ¡Porque es un encanto de criatura! Toñete, hazme la barba. ¡Un encanto! Bradomín sería un canalla.

—¿Por qué? Vuecencia póngase en su caso. Esa pieza no la deja escapar ningún hombre de gusto.

—¡No seas imbécil! Bradomín es un caballero. Enjabóname bien. Desdóblame *La Época*. Mira si trae *Ecos de Asmodeo*. Nos iremos mañana, Toñete. ¿Vienen *Ecos*? ¿Qué ocurrirá para que no salgan *Ecos*? Dame *La Época*. El doctor Riva Moreno sigue anunciando el Aceite de Bellotas. ¿Tú crees en su eficacia?

Sacó el belfo con gesto cesáreo el ayuda de cámara:

—¡Estamos en la tierra de los primaveras!

Suspiró el carcamal aventando la espumilla de la jabonadura:

—¡Con todos sus defectos, la patria es la patria, y tenemos el deber de amarla!

Toñete asintió pasando la navaja por el cordobán. Eran palabras mayores, palabras escandidas con una claridad tipográfica de libro escolar, redondeadas, pulimentadas en un fluir de conceptos y deberes, intuidas con la palmeta del dómine. El ayuda de cámara sentía la retórica como un papanatas.

XIV

EL Marqués y Don Segis tuvieron conversación muy reservada. El Marqués, terminada la toaleta, recibió al administrador con una sonrisa amanerada, tocándose el pecho para reconocer si llevaba la petaca; explorando por el pañuelo en los faldones del levitín:

—Retírate, Toñete.

El palatino, con lisonjas y mieles, acabó solicitando del administrador un adelanto sobre las rentas. Don Segis, sin aventurar prenda, dábale el vaya con promesas marrajas:

—El dinero es muy cobarde, y por el miedo a los secuestros, los que antes lo manejaban en el negocio del rédito, ahora compran fincas y nadie tiene una peseta en su casa. Y a propósito de secuestros: ¿Sabe usted que esta mañana anduvo por aquí la Pareja?

Se escaroló el beato palaciego:

—Me han cumplimentado. Yo, naturalmente, no les dije ni fu ni fa… Pero pienso quejarme. Hacer presente que para la defensa de mis propiedades, tengo mis guardias. El bandolerismo por estas tierras es endémico.

Asintió Don Segis:

—Y algunas veces, muy conveniente, señor Marqués. Lo que se llama un mal necesario.

El Marqués y Don Segis se conocían de muchos años, y en sus tratos jugaban a engañarse, sin ningún miramiento. Don Segis tendía sobre aquella gran casa los lazos de la usura, y el palaciego embrollaba las cuentas, solicitaba demoras y devengaba réditos. Siguiendo las espirales del humo, apurando el veguero en los vanos y perezas de un silencio, untando las palabras de disimulo, sacó la oreja de sus zozobras, el garboso Don Segis:

—¡Señor Marqués, pues no estoy en la cárcel de milagro! El Gobernador de Córdoba es muy joven, muy atolondrado, y pudimos tener un disgusto. Los Carvajales no están en su jurisdicción, y he tenido que recordárselo. Se le ha puesto acabar con los secuestradores, y como se han corrido a las provincias vecinas, en ellas los busca y en ellas los prende, sin pararse en jurisdicciones. Acoge toda clase de infundios, no ve cuatro sobre un asno, y se presume estar sobre la pista del secuestro de Villar del Río.

—¿Y qué hay de eso? ¿Es verdad que los bandidos le piden al padre del muchacho cien mil duros?

—¡Qué disparate! ¡Ni cinco mil!

—Aun con esa rebaja, no se le puede negar un interés de folletín, doblemente conociendo y estimando al pobre Don Luis Pineda. Para un padre es un golpe terrible y una gran responsabilidad. Pineda no tiene derecho, por un hijo, a malvender su hacienda, cuando le quedan otros. ¡Es un caso terrible! ¡Un drama, Segismundo! ¡Un drama!

—Pues en Córdoba lo ha complicado el Gobernador. ¡Señor Marqués, me ha

calentado las orejas con que tienen por acá sus escondites los secuestradores!

—¡Eso no es tolerable! ¿Qué ha respondido usted, Segismundo?

—¡Me he reído, señor Marqués! Hay ocasiones en que no puede darse otra respuesta.

—¿Pero ese hombre está loco?

—¡Visionario!

—¿Usted me lo asegura, Segismundo?

—Señor Marqués, no vaya usted tan de prisa, que todavía tengo yo que asegurarme.

—¡Segismundo, evíteme usted un compromiso!

—No se apure usted, señor Marqués. ¿Qué trascendencia puede tener que, en uno de sus muchos predios, se robe una bestia, se cometa un crimen o se esconda un secuestro? Usted vuela por encima de esos accidentes naturales en la vida del campo. Señor Marqués, yo mismo, que tengo una inspección más directa, me lavo las manos.

—¿Pero usted cree posible que el joven Pineda…? ¡Tan cerca de nosotros! ¡Acaso en los mismos Carvajales! ¡No, Segismundo! ¡No! Sería demasiada audacia la de los secuestradores, y un peligro. ¡Lejos! ¡Lejos! Transmítales usted mi orden.

—Usted, señor Marqués, tiene muy agradecida a esa gente.

—¡Pero si no los conozco, Segismundo!

—Pero los tiene usted amparados sin conocerlos. ¡Señor Marqués, el buen corazón hace amigos en el infierno!

—¡Son criaturas pervertidas, Segismundo! Gente fuera del carril, y no hay que fiarse. Debieran haberme evitado esta molestia, y no buscar en mis tierras asilo para sus fechorías.

—Suspendamos los juicios, señor Marqués. ¡Todavía falta ponerlo en claro! El Gobernador es un pollo que pierde la color con demasiada prisa, y hace falta mucha soflama para ese cargo. Está haciendo el panoli, y gastándose los cuartos en pagar una nube de confidentes, que le timan con cuentos del mico. Vive alucinado por esas sanguijuelas, y se cree todos sus catafalcos.

—¡Una autoridad obcecada es una calamidad!

—Pues nos ha caído esa plaga.

El señor Marqués se distrajo mirando volar una mosca, y cambió la clavija del discurso, pasando a otro tema, con un desgarbo aéreo de marioneta:

—Segismundo, usted es entendido en caballos, y me complacería que viese a

Fanny.

—Ya la he visto, señor Marqués. Fanny está enfosada. ¡Es un bicho muy delicado!

—¡Un puñado de duros, y están muy malos los tiempos!

—¡Que va usted a dejar de reponer la plaza de Fanny!

—¡Y qué remedio! No es mi voluntad, son las circunstancias, y en último trámite usted, amigo Segismundo. Llévese usted esos papeles, estudie usted una operación por tres años, con un rédito razonable. Estúdiela usted durante el día para que a la noche podamos quedar acordados. Yo me voy mañana. La Señora me ha llamado. Esto indica que hay marejada política.

—¡Sí que la habrá! ¡Las noticias de los periódicos dan por desahuciado al Espadón!

—¡Qué desgracia para la Reina!

—Va a bailar entre dos Juanes: Don Juan Prim y Don Juan Pezuela.

—¡Y todo podría ser! ¿Dónde ha leído usted la gravedad del General?

—En Córdoba lo han leído en la peña del café. Yo poco me mato descifrando calendarios de la política.

—Segismundo, Narváez es irremplazable. Las noticias mías no le dan de cuidado.

—Pues será una fantasía de las gacetas.

—Segismundo, recoja usted esos papeles. Estudie usted la operación. Si no pudiéramos acordar nada definitivo esta noche, hace usted un viaje a Madrid. Salgamos, Segismundo. ¡Se impone una visita a Fanny!

XV

EL Marqués de Torre-Mellada, rejuvenecido por artes de alquimia, el trote menudo, los gritos éticos, apareció entre sus huéspedes: Falso, casquivano, timorato, repartía, como caramelos, palmadas, agasajos y zalemas. En una puerta, pronto a esquivarse, muy expresivo, con mano y sonrisa, llamó a Bonifaz. El pollastre abrió los ojos, arqueó las cejas y pidió confirmación con un gesto exorbitante. El palatino asintió con lento mecimiento de cabeza y manos: Adoptaba una indulgencia de tío de comedia, tío francés, de comedia francesa mejorada por Mariano Pina. Al salir de la sala, que se abría sobre un patio de naranjos, el carcamal sacó el perfumado pañuelo, limpiándose los ojos:

—¡Adolfito, ya sabes que te quiero como a un hermano menor!

Adolfito se sacudió los bolsillos vacíos:

—¿No irás a pedirme dinero?

—¡Quién sabe!

Y el Marqués reía malicioso: Un cacareo con hoja, como la moneda falsa. También el perdulario reía con el cinismo de los elegantes encanallados:

—¿Qué ocurre, Jeromo?

Suspiró el vejestorio:

—Ya sabes la amistad que tuve con tu padre. Por eso alguna vez me permito reprenderte y aconsejarte. Es por tu bien, y tú me lo consientes. ¿Verdad que no te ofendes? ¡Figúrate que es tu pobre padre el que está hablándote! ¿Has pensado seriamente en tu porvenir? Que no es solamente el tuyo, pues tienes una hermana. ¡Adolfito, hay que sentar la cabeza! Quién más, quién menos, todos hemos sido algo crápulas. Pero llega un día en que conviene dejarlo. ¡Hay que cambiar de vida, Adolfito!

Adolfito miraba con sorna al repintado beato:

—Jeromo, coincidimos. Esta vicia hay que dejarla. Proporcióname dinero, y mañana me redimo.

—¡No seas trueno!

—¡Cada día me hundo más!

—Pues yo quiero darte la mano. Déjate guiar, como harías con tu pobre padre.

—Jeromo, no argumentes. Yo he sido muy mimado y siempre hice mis caprichos.

—Adolfo, permíteme que te lo diga, en estas circunstancias, ese modo de expresarte es poco serio. Mañana nos vamos a Madrid.

—¿Quiénes?

—Nosotros. Tú conmigo… Nos llaman…

—¿El Juzgado?

—¡No te alarmes!… Pero esa lección debes tenerla siempre ante los ojos, y no acompañarte de cierta gentuza… Frecuentar tu mundo… Acaso en estos momentos está decidiéndose tu porvenir.

—¿Y para eso nos llaman?

—¡He sellado mi boca!

—¿Pero quién nos llama?

—Luis Bravo.

—Jeromín, ofíciale al majo gaditano que me estoy curando unas bubas. ¡Te descubro el drama de mi corazón, Jeromín! Ayúdame a raptar a la chica del Tío Juanes.

—¡Qué insensatez! ¡Raptarla! Supongo que será una broma. ¡Pero a ti no te llega un serrallo! ¡Porque esa de ahora no es la hija del otro guarda del Jaron! Luego, como son unas lagartonas, le cuelgan el milagro al tontaina de Gonzalón. ¡Y eres tú quien me hace abuelo! ¡Adolfito, una broma muy cara, porque me supone la obligación de dotarlas para que se casen! ¡En bodas y bautizos se me va mucho dinero al cabo del año! Hay que ser hombre formal.

—De acuerdo. Pero yo mañana tengo compromiso de pelar aquí la pava. ¡Está madura la niña, como una breva!

—¡Adolfito, no seas ciego! Renuncia a levantar de cascos a una lugareña. Es una aventura vulgar, insípida. ¡Te cubres de ridículo con esa conquista! ¡Líbrenos Dios que se divulgue, porque te creabas una situación imposible!

—¡Me ha dado cañazo!

—Te conviene el cambio de aires.

—¿Pero qué se nos ha perdido en Madrid?

—No sé. El Gobierno nos llama. Déjate guiar. Tengo el presentimiento de que encontrará algo más digno de ti, que la chica del guarda.

Adolfito puso los ojos en blanco:

—¡Jeromo de mi vida, soy un romántico!

Con mueca de máscara llorona, el perdulario abría los brazos ante el pintado carcamal, que, compungido de veras, respondió abriendo los suyos. Adolfito Bonifaz era ingénitamente simulador, propendía por temperamento a la ironía y duplicidad en la labia: Representaba la farsa del pecador enamorado, sin otro propósito que el goce socarrón y ruin de engañar el casquivano juicio del palaciego. Con una mano sobre la frente y los ojos abatidos, escuchó el cacareo de Torre-Mellada:

—¡Pero, Adolfito, recapacita que si esa niña te otorga sus favores, es una solemnísima!…

—¡No aventures juicios, es una vestal!

—¡Bobadas! ¿Qué tiempo has tenido para adquirir ese conocimiento? ¡A una mujer no se la conoce con pellizcarla! ¡Son muy complicadas! Adolfito, no seas ingrato, tienes el santo de cara. La Señora, lo sé por un pajarito, quiere que ocupes un puesto en la Alta Servidumbre de Palacio. Mañana tomamos el tren, y te vienes conmigo a darle las gracias.

—Te agradezco tus buenos oficios, pero todavía no es tiempo.

—¿Qué esperas?

—Que me llame la Señora.

—Te llama el Gobierno.

—Pues yo espero a ser llamado por la Señora.

El Marqués aspaba los brazos, taconeando:

—No te esquines con el Gobierno. Adolfito, no estoy autorizado para revelarte ciertos secretos, pero es posible que a estas horas, con tus pagarés, tus deudas y tus trampas, te halles prisionero de Luis Bravo.

—¿Para no cobrar habrá hecho esa operación financiera?

—Para tenerte en las uñas. ¿Por qué has de ser díscolo y crearte una mala situación con el Gobierno? Si tienes juicio, y te dejas guiar, y no asomas la oreja, no ha de faltarte ocasión de volcar Ministerios… ¡Y ocasión de hacerlos!

—Jeromo, para ese entonces te ofrezco una cartera.

—Ya te lo recordaré, tarambana. Déjate de tontadas. Dispon la maleta, que mañana nos vamos.

—¡Jeromo, tú me matas!

—¡Tarambana! González Bravo apoya tu entrada en la Alta Servidumbre. Lo hace con su cuenta y razón, esperando tenerte propicio para sus trabajos de Corte. Tú en el prometer no te acobardes. Después, sabiendo el terreno que pisas, procuras libertarte sin reñir. ¡Reñir, jamás! Nunca hay motivo bastante entre personas de mundo. En Palacio hay que templar muchas gaitas.

—Si Don Ramón estira la pata, allí la batalla será entre carcas y moderados.

—Será lo que aconseje Roma. ¡Muy justificado que en la política de una sociedad católica, se escuchen los consejos del Santo Padre! ¡Adolfito, tú no habrás cumplido con la Iglesia? ¡Es un requisito indispensable para servir a los Reyes! En Palacio, en las dos cámaras reales, se da ejemplo todas las noches rezando el Santo Rosario.

—¿Y es verdad lo que cuentan de las camisas? ¿Se las pone primero Sor Patrocinio?

—No sé… Puede ser… ¡Nada tendría de particular esa devoción de la Señora! Adolfito, en Palacio, quien hace el sol y la lluvia es la monja. Pero no te dejes prender demasiado en sus artes. Eloy todo lo gobierna. ¿Quién sabe mañana? González Bravo es hombre para desterrarla, como hizo Bravo Murillo.

—¡Monjas y Bravos, coplas para fandango!

—Adolfito, acaso vas a verte en una situación única para ser oído, tu consejo

puede influir en la vida política. ¡Son momentos excepcionales, y solo debe guiarte el bien de la Patria!

El Marqués hablaba con un tono beato, y el oírse le producía una efusión de lágrimas felices, una ternura chabacana con eco de novenas, sermones y comedias ramplonas.

XVI

TENÍA la casona un jardín de naranjos con alambrilla en los caminos: Un jardín de traza morisca, recluso entre tapias de cal rosada. El espejo de una alberca estrellaba sus mirajes en una métrica de azulejos sevillanos. Aquel jardín pedía las voces de un esquilón de monjas, tal era su gracia sensual y cándida, huidiza del mundo, quebrada de melancolía. El Marqués de Bradomín amaba desenvolver sobre aquel fondo romántico, sus coloquios con Feliche: El Marqués los conducía con arte de lírico mundano, sabía engarzarlos en sales y burlas, tenía en la verba fáciles y oportunos cristales de letras y artes. Feliche, serena, agacelada, sumisa, se deleitaba con las historias del viejo *dandy*. El Marqués habíale retirado de las manos un librote empergaminado, y teniéndolo cerrado en las suyas, exponía una extravagante lección de paradojas y donaires:

—*¡El Quijote!* Feliche, este es el libro que no debe leer una niña ilusionada. Este libro perverso va contra los sueños que todos hemos tenido, alguna vez, de redimir los dolores del prójimo.

—El celo de almas.

—¡Muy doctora! Malvado libro que ni a la santidad le autoriza la extravagancia.

Con blando hechizo se animó Feliche:

—¿Y van juntas, a tu juicio?

—¡Fatalmente! Santidad y extravagancia no se separan jamás. A un capellán que hubo en mi casa, un bendito varón tentado de la usura, le he oído demostrar, por silogismos, que están llenos de exageraciones los Santos Evangelios. Humanista y teólogo, reía con sus tres paperas, considerando el absurdo de que al rico, por sola la desgracia de serlo, le estuviese difícil la entrada en el Reino de Dios. Con razones muy doctas, restablecía la buena doctrina canónica respecto a los bienes terrenales, y propugnaba la urgencia de un concilio para expurgar de exageraciones, extravagancias, fantasías, paradojas y metáforas, una

cosa tan seria como los Libros Sagrados. Te diré que mi capellán era escoliasta del *Quijote*. No quieras conocer el veneno de esta serpiente encuadernada en pergamino, edición príncipe de Sevilla. Pero dame la mano.

—¿Sin que la beses?

—Te empeño mi palabra.

—Ahí va la mano, y sigue tus cuentos.

—Un hijo de rey se lanza por los caminos del mundo para mejorar la suerte de los destinos humanos. Yo hubiera querido casarte con él.

—Suéltame la mano, y acaba tu cuento sin hacerte casamentero.

—El hijo del rey, puesto en el santo propósito de amar al prójimo, se salió del palacio de sus quimeras a mirar lo que ocurría por estos cerrillos: Los cerrillos abrigaban en sus cuevas las mismas cabilas que ahora. ¡Figúrate el calvario del hijo del rey! Sufrió burlas villanas. Este libro las cuenta con divino arte. ¡Libro quietista y condenado! Miguel de Molinos ha puesto en solfa mística las mismas alegaciones contra el celo de almas. ¡Guárdate de esta serpiente encuadernada en pergamino! Te robaría el don de soñar y la voluntad de las bellas locuras para ser santa.

Reflexionó Feliche:

—¿Se puede, sin pecado, soñar con ser santo?

—¡Delicado problema de confesonario! ¿Se puede, sin pecado, soñar con ser santo? Feliche, ser santo incluye la naturaleza de pecador, la inteligencia del mal, la propensión a la culpa. ¡Los santos son bario de Adán!

Bromeó Feliche:

—No era esa mi duda, Padre Xavier.

—¿Pues cuál era?

—Ya no sé decirlo. Me has embrollado los pajaritos. ¡Ah, sí! Mi duda era esta: ¿El sueño de remontarse y querer ser santo, no roza el pecado? Pecado de orgullo.

Murmuró Bradomín entre burlón y sagaz:

—Eres una doctora molinosista.

—Contéstame.

—Solo es pecado soñar dormido, perezosamente. El proceso de la santidad se nutre de soñar andando. ¡Soñar! ¡Extravagar! Trascender la paradoja del juego de vocablos, al acto: Realizar transformismos absurdos y, alguna vez, deleitarse con el halago de la iconografía, son achaques de todo el que profesa la santidad. Si haces el bien, aun cuando sueñes alguna vez con la canonización, y que la

escoba de un sacristán te barrerá la cara, en imagen, no es pecado, Feliche.

Rio Feliche con grave donosura:

—¡Pecado del sacristán, que mío sería para condenarme!

—¿Tú entiendes que la voluntad, la decidida voluntad de ser santo y correr todas sus aventuras, hasta la escoba del sacristán, es pecado?

—Sí. El santo debe creerse un gusano. Ese debe ser su estado de conciencia. ¡Gusano, el más miserable!

—La santidad no es aridez y desgana.

—¡Yo la siento así!

—La santidad es música y canto. Día de fiesta. Para el santo no hay gusanos miserables, todas las criaturas son obra de Dios. El santo puede acendrar tanta humildad que su conciencia se aniquile en la efusividad del Universo. Pero un santo que, juzgándose el gusano más miserable, operase prodigios de taumaturgia, siguiendo el proceso de humildad, debía concluir con que todo ello eran trucos de Satanás. ¡El Dios Trino solo en un rapto de demencia, podía haber ungido a la más vil de sus criaturas, con la gracia de calmar mares y vientos, prosperar cosechas, transigir agravios, saludar zaratanes y pestes, mirar por huérfanos y viudas, mejorar la suerte de las solteras! Con todos estos dones en la punta de los dedos, llamarse vil gusano sería de un pesimismo trágico. ¡Una blasfemia!

—Sin burla: ¿tú crees que no debo leer ese libro?

—Te haría más vieja.

—¡Pues no habrá mujer que lo lea!

—¡Indudablemente! Acaso la Avellaneda… Pero eso ocurre con todos los libros que celebran los académicos.

—¿Y es un libro magnífico?

—Único.

—¿Y envejeceré mucho si lo leo?

—Acaso.

—Vuélveme el libro: ¡Lo leeré para que no me tengas por coqueta!

—Y para que me guarde de darte consejos.

—Tendrás todavía que darme uno. Acaso el último. Pero ya hablaremos.

Pasaba por el silencio del jardín el rumor de un cortejo lejano, con campanilla y salmodia. Aullaban nigrománticos los perros.

XVII

EL entierro iba sesgando el olivar: Llevaba una carrera agalgada, gacho y nocharniego: Pero cuando cruzaba por los atardecidos prados, el ocaso ponía brillos y romerías de luces sobre el negro betún del féretro. Acezaba el cortejillo de jayanes y mujerucas lloronas, enternecidas con el anisete de cinco noches de velorio. Era muy remoto el cementerio, y el camino, traspuesto el olivar, de muy mal paso. En la tarde serena y azul, el flaco cortejillo calcaba su silueta galguera, remontando por la ribera del río, a buscar los vados por donde iba antaño el arruinado puente de maderos. El Villaje de Doña Ximena, sobre la otra orilla, acastillado en un cerro, escalonaba bardas y tejados: Cimero, entre tapias y cipreses, el campanario de la iglesia abría los ojos de sus campanas, bajo el roído tejadillo, ilustrando una metamorfosis de la corneja. El doble de difuntos dilataba sus mohosos círculos en el atardecido. El entierro galgueaba adonde dicen Vado Jaron. De la mano contraria, por un vericueto, aparecían los brillos de la cruz parroquial, y entre cuatro mantillas revoloteaba la sobrepelliz del clérigo: Tras de la cruz aguzaba sus cuernos el bonete. Se adelantó el sacristán, y encaramado a una cresta de la orilla, dio al aire su carraspera de viejo mandón que anda a escobazos con los santos:

—¡Ahí va la soguilla!

Tiró un tejuelo amarrado al cabo de una piola. Al otro lado, todo el cortejillo alzaba los ojos siguiendo el vuelo del tiro. Cayó la piedra en mitad de la corriente. El sacristán habló para sí: Rosmaba. Borrachín, barbudo, pelicano, tenía el tartajo de cascarrabias que los añejos chascarrillos atribuyen a San Pedro. Corriendo por la vera del río, volteaba el brazo para darle impulso al tejo, que otra vez se hundió en la corriente. Gritó el viudo, al canto del féretro:

—¡Más nervio, padre mantecas!

—Haber traído tú la soguilla, ya que te pones por tan diestro.

El clérigo, con brusco arrebato, arrojó el hisopo en el calderete, se recogió la sotana, reclamó el tejuelo, y con arte de mayoral, lo lanzó, remontando sobre el río, a la otra ribera. Al verlo caer, algarearon los jayanes que acompañaban a la muerta:

—¡Ahí se ven los hombres!

—¡Ha estado usted muy güeno, Padre Cura!

—¡Eso lo hace la bota y el magro!

Los jayanes que acompañaban a la difunta halaron de la piola hasta tocar el amarre de una soga fuerte. Gritó el sacristán con la dignidad de un maestro de ceremonias:

—¡La gereta por los calcados!

Ya habían sacado a la difunta del ataúd, y estaban apretándole el lazo de la reata, en las canillas de cera:

—¡Harto se sabe! ¡Jalaaa!…

Renovose el planto de las mujerucas. En la otra orilla, el preste entonaba su latino responso y sacudía el hisopo sobre las aguas del río:

—¡Jalaaa!…

El cuerpo de la vieja zozobraba en el curso de la corriente. El sacristán, asistido de algunos mozos, recogía la soga en la ribera. Cantaba el preste. Las remotas campanas daban su doble y abrían en el atardecido círculos de sombra sonora. Los zapatos de la difunta navegaban río abajo, haciendo agua. La mellada luna, en el fondo de la corriente, guiñaba el ojo. Salían fuera del agua las manos de cera:

—¡Jalaaa!… ¡Jalaaa!…

XVIII

UN vuelo de cuervos manchaba con negros graznidos el cénit de la tarde morada… El hijo de la difunta, en muestra de filial respeto, ofreció al padre la cantimplora de aguardiente:

—¡Vaya un trago!

El veterano cachicán saludó reverente al concurso, y bebió poniéndose en la boca el gollete. Afirmó el hijo llorón y badulaque:

—¡Siempre da su consuelo!

Rompió a llorar y a mesarse la mozuela del bermejo reír:

—¡Ay, mi madre! ¡Ay, mi madre!

Tentábase la faltriquera y sacaba un puñado de bellotas:

—¡Teney!

Las fue repartiendo al tenor que daba la vuelta por el corrillo la cantimplora del aguardiente. Bramó un jayán:

—¿Qué se hace con la caja, Tío Juanes?

Sentenció el viejo:

—Dejarla no hemos.

Hipó la mozuela:

—¡Vaya un expediente! Carguemos con ella, que no habrá que faltarle empleo.

La miró el padre, duro y arisco:

—Te pondremos a dormir en ella.

Retrucó el jayán:

—Puede usted revenderla o rifarla.

Encapotose el viejo:

—O esperar a morirme, que a mis años no será muy larga la espera.

—Tío Juanes, si usted la rifa, yo le tomo una papeleta, que estoy viendo cómo se nos va la güela.

Murmuró el cachicán, perdido en adusta cavilación:

—Niño, échatela a cuestas, que llegado el caso lo trataremos.

Las voces agorinaban esparcidas en la niebla crepuscular. Silbaba en su olivo el mochuelo. El ataúd vacío navegaba bajo la luna, en el alterno rumor de las voces:

—¡Pagó con la suya!

—¡Es el camino de todos!

—¡Ninguno se excusa!

—¡Así es! Nacimiento dice muerte.

—¡Desgracia de aquel a quien no quiere la muerte!

—¿Por qué desgracia?

—Se cansará de ver duelos.

—¿Y si le esperaba suerte más negra? Por muy grandes que sean los trabajos de esta vida, nunca se igualan con los trabajos del infierno.

—El pobre, por lo tanto como aquí pena, tiene ganada la Gloria de Dios. Si así no fuese, sería cosa de matar en una noche a todos los ricos.

—¡Pues tarda ese tiempo!

—¡Están anunciadas revoluciones!

—¿Y comeremos los pobres?

—¡Si no comemos, bailaremos!

—Acuérdate del canto: Baila y no cenes, verás a la mañana qué cuerpo tienes.

—¿Sabes que hedía la difunta?

—¡Y qué extrañeza! ¿Cuántos días estuvo la finada sin recibir tierra, Tío

Juanes?

—Pues, hijo, lo que va de un sábado a un viernes.

—Siete días.

—¡Justamente! Y de tener sabido que a la fin iría con soguilla, no habríamos tardado ese tiempo.

—¡Así es! Poca dura tuvo la puente.

—¡Y tan poca! Dos años. Ya andaba la difunta con su mal.

—¡No le tocó pasar la puente ni de viva ni de muerta!

—¡Chascos del mundo! ¿Por cuántos años estaremos sin paso?

—¡Por siempre jamás!

—¿Quiere decirse que todos tendremos soguilla?

—¡Y qué te importa, si no lo sientes!

Se oía remoto el trote de cuatro mulillas. Brillaban a lo lejos, rasgando el olivar, los faroles de un coche, y los cascabeles del atalaje despertaban los ecos del campo como una encendida orquesta de grillos.

PARA QUE NO CANTES

I

CORRÍA el galgo madruguero por el sayal de las labranzas, pesquisidor sobre la sombra de las alondras en vuelo. Tío Blas de Juanes, con profundos dejos de melancolía, miraba perdido el sudor de la siembra. Era sol naciente. Las gollerías picaban en la juvenil amanecida, sacudiendo la caperuza de niñas viejas. Sobre las bardas doraba sus plumas el gallo algarero, y los charcales eran floridos de luces. Aún farfollaban, crecidos, los cauces serranos. El cachicán subía el recuesto del arruinado molino, y la comadre tuerta bajaba ondulando los guindillones de la falda:

—¿Se halla usted al tanto, Tío Juanes? La Pareja se me ha incautado del mala costilla. ¡Y ese solimán se berrea tanicuanto le aprieten las mancuerdas! ¡Que no vaya adelante de ningún escribano, porque nos pierde, Tío Juanes!

Abismose el viejo crudo, en su gesto senequista, tendidas las miradas del ánimo, a considerar la incertidumbre de los sucesos:

—¡Me hallaba sobreavisado para cualquier desavío, que lo peor de lo más malo se me había pasado por el pensamiento, y la tan maldita ocurrencia ni una sola vez me ha dado el alto! Juanilla, la prisión de ese tuno, puede traer un averiazo que nos doble.

—¿Y cuenta usted mucho con el valimiento del Niño?

—El Niño bailará el cuerpo por ayudarnos, a la cuenta que le tiene.

Agorinó la tuerta:

—¡Si nos hacen proceso, que no se vaya suelto ese toro majo, Tío Juanes!

—No podrá irse. Pero al entanto ruede el tuno entre carabinas, la faena que cumple no es del Niño. ¡Si canta, vamos todos al estaribel! ¿Y cómo se pasó el zafarrancho?

—Asomaron los tricornios, y me subí sobre sus pisadas.

—¿Tú tenías esquiciado todos los rastros?

—¡Si registro lo hicieron y nada hallaron, usted verá! En acabando, se ponen a picar un cigarro, y de que lo fuman, me ordenan traerles el rucio, que estaba pastando. ¡Qué remedio! Pero la sangre me dio un vuelco. ¡Era vista la idea! Y así fue: Sobre el pollino, terciado, se llevaron el camastrón.

—¿Cómo lo ha tomado el tuno?

—Con su risa rajada.

—¿No se te habrá pasado averiguar adónde lo conducen?

—Puse los espartos, sin sacar ninguna cosa en claro. Pero atendiendo al andar del rucio, aun cuando lo muelan, en todo el día no salen del camino, si van a Solana. Tío Juanes, donde aclaramos las dudas es en la Venta del Manchuela: Esa comadreja, de cierto que ya tiene tomados vientos. Y también le habrán dejado los amigos la noticia de sus escondrijos. ¿Por qué no pica usted para allá, Tío Barrabases? Yo me llego a las cuevas para avisar a la prójima del Carifancho. ¡Allá nos juntamos!

—¡Oye, chiva loca! Tú no sabes de más obligaciones, y a mí me sujeta el cargo en que me hallo. Sobra estos tiempos mucha gente mirona por Los Carvajales.

La comadre se rebotó de un salto, con vuelo de faldas, resaltando el anca de cabra:

—¡Pues usted verá si hay modo de cumplir en las dos partes! Y cuanto más agudo se despache el negocio del camastrón, más tranquilo queda usted. Vea usted cuál de los dos cuidados es más urgente.

El Tío Juanes sacó del chaleco su pesado y platero reloj: Con ceño de présbita, teniéndole en las dos manos, escrutó la hora, las riendas sueltas sobre el cuello del tordillo:

—No olvidemos que si es buena la diligencia, el acelero trae por veces más daños que un pedrisco. No pongamos los cuerpos al descubierto, y andemos con ojo. Una es que el tuno se berree, y otra que por el cuido de sellarle la boca, nos echemos encima el recelo de la Pareja. Esa gente anda muy avisada, y como aconseja el padrino, hay que aplastarse y no dar el cuerpo. Antes que ninguna otra cosa, la primera diligencia es obrar con disimulo y poner sobre los autos al Niño.

Se oía el trote de dos caballos, y la tuerta dio una huida a esconderse entre las retamas:

—¡La Pareja!

Sobre el cerro, lujosos en el sol mañanero, bebiendo el aire, asomaban una amazona y un jinete. Volvieron bridas caracoleando los caballos, y otra vez desaparecieron. Sacó su redonda pupila la comadre:

—¡Vaya un susto!

—Pareja la era.

—¡De enamorados! ¡Tío Juanes, un cúrelo para no descuidarlo!

—Si hay trapisonda… Y la habrá, que el tentador menea su rabo por todas partes, y lo mismo se peca por los chamizos de los pobres, que por los palacios reales.

—¡Apuradamente!

—Agáchate, Juanilla, que de lo menos se induce una sospecha, y pudieran recelarse aquellos tunos que podan en Olivar Viejo.

—¡Así cieguen! Tío Barrabases, yo me voy con el viento a desayunar unas migas con la comadre Carifancho.

—Juanilla, que los amigos se dejen caer por la Venta de Manchuela. Allí se resolverá. ¡En el apuro, plan maduro!

II

LA Carifancho, comadre renegrida y garbosa, canta, disputa y peina la mata, a la boca de un silo, en Castril de las Cuevas. Las pencas del chumbo espinan las bardas. Perros y jamelgos, bien amados de la mosca, sacuden el rabo con ritmos alternos. Las voces, las greñas arañadas y las rapiñas, tejen el hilo de la cotidiana disputa que allí mueven las mujeres. Los coimes, cuando no cumplen alguna sentencia en presidio, garbean en la tunería de lechuzas, aljoijines y traineles, o se licencia en los estudios mayores de caballistas y cuatreros. Aquel rancho gitano tiene un resalte de ochavo moruno:—Luces cobrizas, magias y sortilegios, ciencia caldea de grimorios y pentáculos.— En Castril de las Cuevas la herradura, el cuerno, el espejillo rajado, los azabaches y corales de las jigas, el santico bendito, con ataduras y por los pies ajorcado, son los mejores influjos para torcer y mejorar los destinos del castigado Errate. El cuerno hace mal de ojo a los vellerifes: El espejillo enferma de muerte a los jueces: El santico ligado y ajorcado, abre las cárceles: La herradura prospera sobre los caminos y saca adelante en los pasos apurados: Las jigas mejoran la

estrella del nacimiento. En Castril de las Cuevas, a la boca de un silo, canta y peina la greña Malena de Carifancho: En estas ha visto llegar, dándose aire con una punta del pañuelo, a la comadre tuerta:

—¿Por dónde anda el tuyo, Malena?

—¿Cristo, qué se pasa?

—¿Por dónde anda?

—¡Lleva vuelo muy largo! A decirte verdad, no sé por dónde anda mi Pepe.

—¿Adónde vas tú con tanta ignorancia? Tu Pepe no puede andar lejos, pues allí cuelgan el retaco y la canana.

—¡Juanilla, te desconozco! ¡Ya te empapas en el engaño como los balichos!

—¡Así cieguen! ¡Los tenemos encima! Malena, me trae el aquel de que tu rufo, con todo acelero, se caiga por la Venta del Manchuela.

—¿Dirás de una vez lo que se pasa?

—¡Se pasa que nos pueden conducir a todos en una cuerda, si se berrea el mala sangre que esta madrugada se llevó preso la Pareja! Tío Juanes, que se ha entrevistado con el padrino, estima que se nos depara un averiazo con ese lagarto en las uñas de los Guardias. ¡A la primera solfa de baquetas, nos pone el grillete! Con todo ello, la más negra sería que pudiese cantar en papel de Juzgado. ¡Allí nos abrasan!

—¡Juanilla, no me soponcies con esas cuentas tan negras, que estoy en meses mayores! ¿Tú traes ya cavilada la melecina para que no muerda ese churel? ¿Qué tiro es el tuyo?

—¡Yo estoy atolondrada desde que vi que se lo llevaban atado a los bastes del pollino!

—¡Vaya un retablo!

—Y el raído ha puesto una risa tan malvada, que descubría sus intenciones. ¡Ni solfa de baquetas precisa, para que todo lo cante ese renegado! ¡Más pesarosa estoy de no haberle dado boleta para los Infiernos! ¡Y allí que cantase!

—¿Qué discurso hace Tío Juanes?

—Que no siga en las uñas de la Pareja.

En el fondo, moviendo el vistoso colgarín de una colcha gitana, por el arquillo de tierra, con esperezo y bostezo, apareció Carifancho:

—¡El desavío puede ser templado!

Saltó la bisoja:

—¡Ya me daba la olisca de que no andabas lejos!

Y la otra comadreja:

—Pues has oído la gachapla que esta trae, dale respuesta.

Tosió Carifancho:

—La resolución ha de tomarse en junta, y no me parece mal discurrido, entrevistarse bajo el alón de Frasquito Manchuela.

—Esa es la mía, y tras eso vengo, para que te dejes caer por aquella querencia.

La comadreja hincábale el ojo de pájaro, dorado en la rayola de sol que partía la cueva. Carifancho, negro y garboso sobre la cortinilla gitana, ajustábase el cinto del puñal. Malena le presentaba el retaco, le ajustaba las espuelas, barriendo los suelos con la clavelina del rodete. La bisoja se prevenía cruzando el pañuelo bajo el brazo:

—Si estás en ello, no se pierda más tiempo, y nosotras dos a procurar alguna noticia de la Pareja. ¡Y con este acelero, ni palabra se mezcló sobre el cúrelo de Cueva Beata! Pues ello es, que la otra mañana, presentose el Niño: Venía muy levantado y sobrecogido por unos dimes con el Gobernador. Su consejo es aburrir el nido quien pueda, los demás aplastarse, y dejar pasar esta justicia de enero.

—Todo eso está bien. ¿Y tocante al pájaro, qué propósito hace? A mí me ha llegado el aire de algunas palabras que no sé dónde se han dicho, y sobre las cuales acaso no estuvieran conformes todos los interesados. ¿Se clareó el padrino sobre el compromiso que trae de soltar al pájaro?

—Alguna cosa mentó.

—Pues habrá que echarle el alto.

—Esa cuenta os la arregláis entre vosotros. ¡Ahora cada cual sobre su obligación, y a no dormirse!

Rezaba la coima de Carifancho:

—¡Hay días que nacen aciagos!

Baló con hipo rabioso la otra comadre:

—¡Y de vidas enteras!

Comentó jactancioso y ensombrecido el Carifancho:

—¡De este averiazo pudiera salimos tejida la soga!

Las tres figuras, al moverse sobre las cales de la cueva, alternativamente, cortaban la rayola de sol, y salía de la sombra su gesto expresivo, con un claroscuro potente.

III

COMADREJAS, con el hombro pegado a las bardas, hacían cauteloso acecho por unas eras, Juana de Tito y Malena la Carifancho. Subían los Guardias con el preso, hacia el villorrio lomero de Castril Morisco. Un zagal requisado por los tricornios, alegraba al rucio con oraciones arrieras y halagos de vara. Ponía el sol en los adobes una llama adusta, una luz de castigo que calcaba con tintas chinas el perfil de los tejados. Las comadrejas, cada una por su sesgo, abiertas las mirlas, y el ojo lagartero, metíanse por las callejuelas, atisbonas a los pasos e intenciones de los Guardias. Recayeron a un campillo con tres casucas arrugadas, puestas de esquina, en disputa termosa de viejas. Ante la puerta laureada de un tabernucho, apagaban las sedes del camino, el rucio, el espolique, el preso y la Pareja. Los tricornios con una sangría: Con agua de la noria los otros tres penitentes. Las comadrejas sacaban el ojo por contrapuestas esquinas. Los Guardias se alzaron, y el bulto del asno con el tullido, salió trotando a la carretera, bajo la lluvia de azotes e injurias con que lo animaba el renegado espolique. Juana de Tito, escurrida y ligera, se acogió al tabernucho, cortando el terreno a espaldas de la Pareja: Con el pañuelo caído sobre el ojo tuerto, llegó al mostrador, y garbeando la mano soltó una peseta:

—Madre Melonilla, desengáñeme si es buena esta beata.

Cambiaron un guiño: Disimulando, la tabernera contó la peseta en cobres, y puso el cambio sobre el mostrador:

—¡No me rompas la cabeza! Es moneda de ley.

—Se ve tan poco de esta fruta, que no es extraño desconocerla.

—¿Te sirvo alguna bebida?

—Agua del cielo, porque traigo más sed que un esparto.

—Pues, hija, si la gustas de tomar como unas nieves, ve a sacarla del aljibe.

—¿Y el perro, no me echará el alto?

—¡Me le han dado morcilla los vellerifes! ¡Aún se me encorajina la sangre!

A hurto, por entre el coloquio, sesgaban una sonrisa de trapicheo las dos alechuzadas comadres. En el fondo, con una mesa y un jarro por medio, el seminarista, el herrador y el pedáneo, disputaban por una baza de julepe. La Tía Melona, obesa y reumática, subió un cadalsillo de tres escaleras y pasó por una puerta achatada, seguida de la comadre bisoja. En el corral, sentada entre los geranios del aljibe, con un espejillo sobre la falda y una alcuza a la vera, se

aceitaba la Carifancho. Arrecelose la Tía Melona:

—¿Por dónde has entrado, que no has sido vista?

—Por un agujero.

—¡Propia rata! Pues nos has cegado.

—¡Buen trabajo cegar a los ciegos!

—¿Pero tú has entrado por la puerta?

—¡Como una reina!

—¡Vaya un arte que tienes para no ser vista!

—¡Y nada es bastante, Tía Melonilla!

—¿Y esa alcuza?

—Al entrar, se me ha puesto delante.

—Pues aquí las cosas tienen dueño.

—Como en todas partes. Y por tener a nuestros dueños con un pie en el finibusterre, andamos nosotras aperreadas fuera del drunjí. ¡Ha visto usted que los vellerifes le han echado el guante a Tito el Baldado!

Atajó la tuerta:

—¿Qué intención descubrían los Guardias? ¿Qué palabras tuvieron? ¿Mi mala costilla, por dónde rajaba?

—Cuando el sol se cubre no pidas ver claro. Los balichos gastaron pocas palabras: A lo visto, el sol del camino les tenía seca la garganta. El tuyo se dolía de las ligaduras, y no dejaba las maldiciones para que se las aflojasen.

—¿Habrá cantado?

—Las correas tan oprimidas, dicen lo contrario.

La Tía Melona protegía la alcuza bajo un pico del mandilote, y motejándole la cicatería, alzaba los brazos con gracia culebrosa la Carifancho.

—Tía Melonilla, no sea usted roña, y écheme usted una gota de olio en las palmas, para engordar las liendres.

—¡Si estás más lucida que un disanto!

—¡Tía Melonilla, écheme usted una gota, que no pido para freír un güevo!

—¡Si no has dejado ni la muestra!

—¿De una escurridura quiere usted que le deje un trapiche? ¡Valga Dios, la sangre que usted tiene, Tía Melonilla!

Se anudaba el pañuelo y sujetaba la liga Juana de Tito:

—¡Hay que no dormirse y sellarle el buzón al renegado! ¿Adónde le conduce la Pareja?

—Aquí requisaron para mudar de pollino, no hallaron coyuntura de servirse,

y largaron sin pagar su consumo. ¡Lejos los vea yo de mi puerta!

—¡Ganado de Lucifer!

La mano morena de la gitana prendía en el aire, con falsos anillos, el garabato de los cuernos. Juana de Tito acechaba sobre las bardas del corral:

—¡No perdamos los rastros de la Pareja!

La escueta procesión del preso y los tricornios azacanaba por la carretera: La andadura cojitranca del pollino descomponía los ángulos del cortejo, con una visión estigmática: Era en la llama de la carretera un adusto rastro negro, expresión de errantes destinos y estrellas funestas. Entraban por una sombra de alcornoques. La tuerta aguzaba el ojo sobre la barda:

—¡Soo! ¿Adónde va ese ganado que se sale de vereda?

Rio la Carifancho:

—Si le dan mulé, aquí oiremos el tronío.

Apaciguó la Tía Melonilla:

—Son comedias que representan, para ablandarles el rejo a los infelices conducidos, y hacerles cantar.

Juana de Tito respondía a sus voces interiores:

—Yo me acercaría, pero si tiene cantado el mala sangre, soy la primera que cae.

Reflexionaba la Tía Melona:

—Tú, bien está que te guardes. En cuanto a esta, puede rondar por los lejos de la Pareja.

La Carifancho, juncal y esquiva, ponía el moreno racimo de las uñas en las ondas lustrosas del pelo:

—¿Reina de España, no me ve usted cómo estoy para alumbrar lo que traigo?

—Desde que te conozco, y van años, siempre te encuentras en el mismo ser.

—No se me logra fruto, Tía Melonilla.

Razonó, con un pronto, la tuerta:

—¡Sin más! Tía Melona, procúreme usted unas prendas de hombre. Malena, componte para ser una vieja.

Asintió Tía Melona:

—Vamos al fayado, y allí escogerás en lo que tengo.

—Unos calzones y una chamarreta.

—El caso, que te vengan.

—¡Engordo el cuerpo, que por prietos no será la duda!

Ceceó la Carifancho:

—Tía Melonilla, ya me procurará usted unos polvillos de harina para encanecer la mata.

—Pides tú para adobarte el cascuelo más ingredientes que el postre de un canónigo. ¡Vamos al desvanillo! Tú por delante de mí, Carifancha.

Inquirió la bisoja:

—¿No cierra usted el despacho?

—Así es más disimulado… Y Paco el Seminarista se ocupa de vigilar en mis faltas. Paco el Seminarista es muy aprovechable. Ese acaso… Si os parece le pongo en autos. ¡Es de los buenos planistas, no hay otro más aventajado! Él habló con los Civiles.

Dudó la tuerta:

—Vamos al fayado y allí resolveremos. ¿Qué ayuda podría darnos su Paco?

—¡Ojo, que vivimos muy honradamente! ¡Nada de mi Paco! ¡Líbreme Dios de torcerle la vocación a ese arzobispo!

Temblaba con el peso de los tres bultos la escalerilla del fayado. La Tía Melona, asentada al pie del ventanillo, desató un burujo. Las dos comadrejas metían la husma y las uñas sacando los pingos al aire:

—¡Estos calzones me vienen pintados!

La bisoja se alzó con desgaire: Sacaba la pierna y medía por ella las longuras del calzón. Las otras dos, agazapadas al pie del ventanillo, dieron su dictado. La Carifancho:

—¡En esa tripa, mal metes tus cachas!

La Tía Melonilla:

—¡Te daba unas onzas de las mías! ¡Estás como una vara!

Requebró la Carifancho:

—¡Cuerpo de bailadora! ¡Átate un pañuelo a la cachucha, y ponte este catite sobre un lado! ¡Así disimulas la trenza!

—Tía Melonilla, si usted trae unas tijeras me la rebano. Este disfraz ya no me lo quito. ¡Gachó me vuelvo!

Reflexionó la Tía Melonilla:

—¡La nube del ojo te delata! Habías de ponerte un parche.

—¡Más notado!

Saltó la faraona:

—¡Un pavero, Juanilla! Te lo echas sobre la ceja.

La tabernera reposó las manos sobre las ancas:

—¿Y dónde lo hay el pavero, badajo rajado?

Tornaba la tuna:

—Juanilla, te completas con estas alforjas.

Y Juana de Tito, arrimándose a la tabernera, marteleaba:

—Para el pavero llame usted a su Paco.

—¡Deja la pelma! ¿Tú estás en que le hable y le ponga al cabo? El convidó con la petaca a la Pareja. Al tuyo, como va esposado, le puso el pitillo en la boca y se lo encendió. Alguna seña pudieron haber entrecambiado. Tú verás si vale la pena de llamarlo para que os convide. El interés que tuvo por ti, no se le ha pasado.

—¿Tía Melonilla, quiere usted cargarme el pecado de que le robe un santo al Cielo? ¡Llámele usted, para ser formales! ¡Paco es muy tuno, y si habló con los tricornios, alguna cosa se habrá diquelado!

—Pues espera: Bajo yo, le hago una seña, y vosotras luego bajáis.

—¿No tiene usted a mano unas tijeras?

—Ese primor déjaselo a Paco.

La Tía Melonilla, renqueando, bajó al mostrador. Paco guipó por el aire su seña, buscó pretexto y suspendió el julepe.

IV

PACO el Seminarista rascó la garganta con una tos maja, viendo salir a las disfrazadas comadrejas. El mentido chaval se le ponía a la vera, tocándose el catite:

—¡Salud, maestro! ¿Sabría usted decirnos dónde hallar bagaje, que la güela no puede moverse? Señores Guardias se han servido requisarnos el rucio para un pícaro que se hace el baldao. Por aquí los verían ustedes pasar.

Simuló con hipo senil, la Carifancho:

—¡De infantería me han dejado!

Apuntó el Seminarista:

—¿Qué padece la güela?

Torció el hilo de las burlas la Carifancho:

—¡Flato de años!

Las comadrejas sesgaban el diálogo con dobles intenciones. Un oculto sentido ondulaba su vena picaresca en los acentos. Paco el Seminarista, con el

mismo arte, ponía una a una las fichas de su réplica: Paco el Seminarista era un bigardo sobre la treintena, que, atrás diez años, tenía ahorcada la beca en Sacro Monte de Calatrava. Las comadrejas se hacían gustosas a su disfraz. La premura del tiempo y los peligros se rezagaban sobre la tunería del coloquio: Gozaban de la frase, con una rémora absurda: Sentían su virtud para el engaño, y templaban con sabroso deleite su arte de máscaras: Jugando aquellos picardeos, se adiestraban para sus tretas. Juana de Tito, súbitamente, mudó el registro en un sonsoniche:

—¿Hablaste al raído?

Paco el Seminarista, sin sorpresa, torció un canto de la boca, y del mismo lado bajó el párpado:

—Tuvimos contadas palabras.

—¿Y ellas fueron?

—No te las repito por no sofocarte…

—¡Deja el miramiento!

—Pues no más que le puse el cigarro en la boca, y le di lumbre, estos puñales: —¡Cuñado, aquella grandísima, te ha pospuesto a Blas de Juanes!— ¡Y esto a la presencia de los tricornios, para escarnio!

—¡Poco ha sido, al veneno que tiene esa serpiente! Paco, hablaremos un día despacio. Las cosas son como son, y no me hagas el mal tercio de esquiciarme al viejo, cuando le tengo en las uñas.

—¿Me quieres más caballero?

—Gracias, Paco. ¿Tú no dejarías sin respuesta al raído mala sangre?

—La Pareja nos tenía el ojo encima, y no era caso de andarse con polémicas.

—¿Adónde lo llevan?

—A Solana.

—¿Tú ignoras que se han salido de la carretera?

—¿Por los Jaramillos?

—¡Propiamente!

Apicarose el rufo:

—Lo sabía hace un chico rato. Menda les ha puesto ese enguade. La Pareja la tenéis ahora sobre Castril Morisco: Lleva idea de requisar el jumento al Santero de San Blas. Aquí pidieron informes y van sobre ellos. ¡El engaño sería que anduviese recorriendo mundo el Tío Solano!

Susurró la bisoja:

—¡De estar en ello!…

Y la Carifancho:

—¡Poco mejoran, aunque hagan el trueque de bastes!

Juana de Tito recogiose, con el ojo clavado en el vaso de aguardiente:

—¿Habrá cantado?

El Seminarista tendió la pestaña:

—¡Cantará!

Resolvió la tuerta:

—¡Hay que no dormirse y sellarle el pío!

El cuerpo magro, ambiguo, de una elasticidad viciosa, en el sayo varonil, acentuaba su esencia de monstruo. Paco el Seminarista, deleitó la mirada sobre la comadreja:

—¡Tenemos que entrevistarnos!

V

POR Jaron de San Blas, en los lejos, avizoraban las dos disfrazadas comadruelas. Arrimados los fusiles al muro de la ermita, sesteaba la Pareja. Tito el Baldado retorcía el pábilo del busto en la palmatoria de tuertas canillejas, peregrinante por el campillo, sobre los bastes del rucio, que tendía el cuello y desconcertaba los cuadriles, olfateando por una brizna de hierba. Era la hora del descanso, y curiosos de mirar al preso, acudían los gañanes de un cortijo: Tenían destellos de sudados soles, risas fulvas y rejos ibéricos. Con aquella cuadrilla, acuciado de un cierto sobresalto, asomábase por vigilar la ermita, el pardo Santero: Movía en el baldón de la capa, las secas tabas de galgo verdino: Con alegres cintajos de escapularios animaba el sombrero: En las manos sostenía el cepillo del Santo. Entró en la ermita, y salió en talle, con un botijo, que brindó a los Guardias:

—¡Otra cosa no tengo mejor que ofrecerles!

Un jayanote soldado veterano sacó el busto, el hombro, el brazo y el gesto, encarando a la Pareja:

—¡Se llevan ustedes un pájaro de valía!

La Pareja, silenciosa, a la sombra del muro, desdoblaba la adusta geometría de sus siluetas: Substanció el Cabo Ferrándiz:

—Tío Solano, tenemos que requisarle el pollino, para bagaje de ese tuno. La cuaresma que traemos no aguanta la carga.

Filosofó el Santero:

—¡Y qué remedio de aguantarla! Si esa ley valiese en la vida, todos seríamos testas coronadas. El compañero que tengo en la cuadra, poco mal remedia: Es entrado en quintas y tiene sobrehuesos en las dos manos. Ustedes resolverán a luego del cotejo. Voy a estornudarle de su pasmo.

El Santero galgueaba para los adentros. El espolique, con el rucio de ronzal, advertido, acudía a ponerse bajo los ojos de la Pareja. Los gañanes, luces centenas las caras, en atento pasmo, curiosos, animados, felices de sentir el aliento popular del drama, contemplaban al preso:

—¡Amigo, vas caballero! ¡Así se sube a la horca!

Por unas lomas se retardaban, disimulándolo con el paso cansado, el zagal verdino y la vieja haldona. Las dos comadrejas, a pesar del disfraz, tenían recelo de aventurarse, sospechándose la mala voluntad de aquel dañino: ¡Era muy lince, y si las descubría, las delataba a la Pareja! De lejos estuvieron mirando el cotejo de los borricos, y el baile babilónico que, asegurado en el goce del suyo, celebró Tío Solano, Santero de San Blasito. El Glorioso Patrono, todo báculo y mitra, en la clave de un arquillo proyectaba su ingenua bendición de piedra.

VI

TITO el Baldado se retorcía sobre los bastes del rucio, y clamaba por que le aflojasen las ligaduras. La gañanada lucía los dientes: Risas crueles animaban los rostros centenos:

—¡Ya te curarán con sal y vinagre!

—¡Qué tan buenas acciones llevarás tú a cuestas!

—¡Por algo estás lisiado y señalado del Señor!

—¿Si ahora es tanto el quejido, qué guardas tú, para cuando te aprieten la mancuerda?

El preso se enguruñaba, agudos los ojos, la boca torcida, el gesto malvado, los acentos misioneros de hipócritas lástimas:

—¡Ningún cristiano considera mis padecimientos, en cautividad de unos criminales, impedido de valerme, lisiado como me veo de las dos piernas! ¡Cinco años sujeto a malos tratamientos, entre gente ruin que vive fuera de ley! ¡Un cautiverio de cinco años, al tino dé que no pudiera cantar los malos pasos de aquellos empedernidos! ¡A sus robos y secuestros llaman rebaja de caudales y

reparto de justicia! No encontraréis, hermanos míos, gente más sañuda que aquellos hombres, y que más vaya contra la ley de Dios. ¡Nada se les da del tuyo y el mío! Puestos a negar, todo lo meten por tierra, y no les importa decir que las dehesas y las olivas, las tienen robadas sus dueños. ¡Todo es robo para aquellas negras conciencias, y solo es justicia la rebaja de caudales mediante la industria de los secuestros! ¡Es mucha desventura, hermanos, vivir cautivo un año y otro, entre tanta perdición, baldado y sin recursos, escarnecido por la conducta de la propia mujer! ¡Una gran criminal que merece subir a la horca! ¡El Señor la tiene marcada de su mano!

El garabato del pícaro, cosido en el jubón de hieles, encinchado a los bastes del rucio, zarandero entre los rígidos fusiles, traspasaba el atento silencio con su grito misionero. La tropa cortijil, morena, sudada de soles labradores, extasiaba la bárbara risa, tensa y suspensa en las voces dramáticas del preso: Gustaba, en la gracia ingenua de sus orígenes, la virtud del romance popular y de la estampa con que se ganan la vida por ferias y romerías, los ciegos evangelistas.

VII

DE lejos tuvieron el atisbo las disimuladas comadrejas, advertidos los ojos por el movimiento de las figuras, allá abajo, en el Campillo de San Blasito. Huidizas tomaron vuelo para la Venta del Pino: Allí se asilaron. Era el ventero un compadre desertor de presidio, que llevaba treinta años por aquellos parajes, con el nombre supuesto de Frasquito Manchuela. Ya estaban en concilio, Carifancho, Viroque y Patas Largas: Reunidos en torno de la lumbre, asegurados de que no había huéspedes, ni otro recelo, dándole fin a una fritada de higadillos, perfilaban las últimas socaliñas para poner los espartos a la Pareja. Y apenas asomaron por la puerta las disfrazadas comadres, se alborozaron los bailones, al tino de quiénes eran los tales. Juana la Tito cortó la bulla, rajada de piernas, de gesto y de brazos:

—¡A lo que importa! Para mi discurso, visto el temor de que ese veneno nos lleve a la horca, más que a libertarle de los vellerifes ha de irse a sellarle el pío. La Pareja, si le echáis el alto, lo primero que hace es enfriar al preso. ¡Eso de toda la vida! ¡Pues a ello, chavales, y orégano sea!

La unitaria pupila de ónix, avivada por la lumbre del hogar, imponía su oráculo. Patas Largas, que a todo miraba, apuntó un reconcomio antiguo, que

tenía con el Tío Juanes:

—Aquí, para tomar acuerdo, falta alguno a quien debe escucharse. Si está con el aviso, esperar es lo propio, y si no ha sido convocado, convocarle. ¡Aquí falta Tío Blas de Juanes!

Rajó la bisoja:

—Obrando como se ha dicho, no tiene falencia. De Tío Juanes será prudente que amuestre poco la fila. Los que andáis sin paradero, de una parte a la otra, exponéis menos. ¡Hay que hacerse del cargo! Horilla el sobresalto está en si los tricornios le han zurrido el barandel a mi tuno y se ha berreado, porque de ser así, ya tenemos encima el alzapié y no habrá otra que aburrir el nido.

Pinto Viroque le brindó con requiebro la bota del mosto:

—¡Tírate un latigazo, que tienes tú más cifra que el Verbo Divino!

Corrió la pellejuda de mano en mano. La bisoja, animada del trago, bailó el cuerpo con ritmo de cabra, lúbrica y ambigua en su disfraz de mancebo:

—¡Aquel tuno, tuno,
Por verme la liga,
Me dijo, me dijo,
Que fuese su amiga!

Pinto Viroque, con zumba de jaque, se ladeaba el castoreño:

—¡Buena gachapla!

—Pues a no olvidarla, amigos. Yo me meto en vanguardia para que aprendáis lo que es una mujer. Con esta copla os daré el santo, apenas de que asomen los tricornios. Paraje hay que estudiarlo.

Como ya lo tenían tratado entré sí los bailones, con pocas palabras más hubo concierto, y se caminaron a un jaral donde habían escondido las monturas. Vaca-Rabiosa, en centinela sobre su cuartago, las tenía en reata. Salieron en fuga, apretadas las espuelas, bebiendo los libres aires y las luces del hogar ibérico.

VIII

—¡Por verme, por verme,
Por verme la liga!…

SE remontaba la voz. Los brillos simétricos de tricornios y fusiles asomaban apostillando la cinta de la carretera, repartidos a una y a otra mano, por

donde dicen la Barga del Moro. Trotaba el preso, zarandil sobre los bastes del rucio, y el mozuelo espolique, sin darle paz al zurrido, cantaba una solfa de responsos arrieros. El camino daba vueltas entre espesos coscojares: Vaca-Rabiosa y Patas Largas, Pinto Viroque y Pepe el Carifancho, prevenidos, pecho en tierra, los retacos apuntando al camino, esperaban el cruce de la Pareja. Por la Barga del Moro, luminosa, agreste de brisas, ondulaba la copla fulera:

—¡Me dijo, me dijo
Que fuese su amiga!…

Un fogonazo dio su llamarada en el coscojar. Rodó por el campo el trueno de un tiro, y encadenados el vuelo de una garza, el latir de un mastín, un fugitivo rebato de cencerras. Unánime exclamó la Pareja:

—¡Los caballistas!

Y doblándose sobre el camino, montaba los fusiles: Espantaba el rucio las orejas, y encogía las ancas. Aplastábase el espolique, barriga en tierra. Clamaban en el aire los pelos, las uñas y las voces de Tito el Baldado:

—¡Esta es la hora maldecida de mi muerte!

La Pareja hizo fuego. Con un trastrueque inverosímil, se arrugaron el baste y el preso, en un batir de manos y cascos al aire. La Pareja volvió a cargar y quedaba en alerta. El Guardia Turégano, traspuesto un holgado espacio de silencio, consultó al Cabo Ferrándiz:

—¿Qué se hace?

—¡Como no sea esperar a que el pollino se levante!

—¿No habrá por ahí alguna emboscada?

—¡Apenas! Si venían a libertar al tuno, esa cuenta ya se la hemos liquidado.

El Cabo Ferrándiz, encorvado, el fusil dispuesto, se acerca y pisa en la sanguinosa mancha de arena que recoge el sórdido bulto del preso y el asno. El Cabo Ferrándiz toca, inquiere, golpea con la culata:

—¡Listo!

—¡Un pícaro menos!

El espolique se alzaba para mirar el sangriento burujo:

—¡Lo que hace una bala bien puesta!

Le marcó el camino, con la culata, el Cabo Ferrándiz:

—Tú, chivato, no has visto nada. ¡Toma soleta, y ojo a lo que se habla!

Con media carrera huidiza, sin perder la cara, se apartó el zagalón, y de lejos

quedó mirando a la Pareja:

—¿No cobro bagaje?

—¡Como no cobres una tollina que te encienda el pelo!

El Guardia Turégano exorbitaba su risa de brutal inocencia, recogiendo sobre el zagalón la mirada celina, opaca, de piedra turquesa. El Cabo Ferrándiz, doblando el cuerpo, recelaba los ojos sobre uno y otro lado del camino. El Guardia Turégano, sospechándole el pensamiento, adelantó un comentario:

—¡Aquí tendremos que dejarlo sin vigilancia!

—¿Y quién encuentra alma viviente por estos desiertos?

La Pareja, repartida a una y otra linde, con los fusiles montados, desdoblaba las negras siluetas, apostillando la cinta luminosa de la carretera por donde dicen la Barga del Moro.

IX

LA Barga del Moro se alegraba con el cascabeleo del atalaje. Trotaban las cuatro mulillas enganchadas al faetón, y las regía el Marqués de Torre-Mellada. En la adusta soledad penibética, era un adefesio anacrónico aquel vejete de chistera gris, guantes anaranjados, tobina con recortes de astracán, y en los flácidos cachetes, rosicleres de alquimia… Tío Blasillo de Juanes, acerado de sienes, ojiduro, cetrino, cenceño, iba en el pescante a la vera del pintado carcamal. Adolfito Bonifaz, hundido en los almohadones del asiento, proyectaba el humo de un sueño ambicioso. ¡César o nada! Y con la divisa sonora, trenzaba el devaneo ruin con que se prometía jugarle una mala partida a Torre-Mellada. ¡Una con que reventase de rabia aquel mentor impertinente! Adolfito Bonifaz alargaba las piernas, cuidadoso de no macular con mesocráticas rodilleras los lechuguinos pantalones de trabilla. Las mulas amusgaban la oreja. En medio del camino, un pastor rodeado del hato, abría en el aire las mangas del capisayo. Tío Juanes se incorporó en el pescante, y ojiduro removió la boca:

—¡Esto dice cautela!

El tiro de mulillas enderezaba las orejas. Dos perros con carlancas, lamían en la charca negra y viscosa de sangre. Las moscas picaban los ojos yertos del tullido y del asnete. Crispose asustado el Marqués. Emperezó Adolfito una mueca torcida de asco. Tío Juanes callaba, y disimulando hacía el cuento de las horas y sacaba sus consecuencias. El Marqués de Torre-Mellada dilató el susto y

la congoja, en una fuga de gallos:

—¡Esto es el delirio! ¡No hay seguridad en las carreteras del Estado! ¡El caos! ¡El caos! Sin un castigo ejemplar vamos a la catástrofe. ¡La Guardia Civil se descuida en la vigilancia de las carreteras, y los caminos son los cruces vitales del Organismo Nacional! ¿Qué ha pasado aquí? ¡Ese pastor! Interrógale, Blasillo. ¡Adolfito, mala pata!

Adolfito sesgaba una sonrisa:

—¡Son las delicias del campo!

—¡Esta tierra es un presidio suelto!

Tío Blas de Juanes quebrantó el pliegue de la boca, con adusta y concisa mueca de sentencia:

—¡Pues será al parigual de toda la redonda España!

X

EL Marqués saltó del pescante, refitolero y medroso, las manos cruzadas bajo las haldillas de la tobina pisaverde:

—¡Se nos aguó la fiesta!

Adolfito acentuaba su cínica indiferencia:

—Un romano se hubiera vuelto a su casa. ¿Tú dirás si somos romanos?

—¡No me descompongas los nervios! ¡Cuántos cadáveres! ¡Qué espanto!

El Tío Juanes, con austera cordura, puntualizaba:

—Los muertos no pasan de dos. Un tuno, y el pollino en que iba montado. Esta justicia, entendido que lo sea, se la debemos a la Benemérita.

Se alteró súbitamente el palaciego:

—¡Qué subversión de las ideas! ¡La Benemérita! ¡Ave María!

—¡Gracia plena!

Sin asomo de zumba, el viejo pardo se hacía la cruz desde la frente al pecho donde daba sus luces garridas el escapulario del Carmelo.

MALOS AGÜEROS

I

OLIVAS y rastrojos, pardos sayales de aradas tierras, agrestes tomillares, fulvas retamas, morados lejos de carrascos en flor, venenosos digitales y torbiscos, quebrados roquedos. Un tren con fragor de chatarra cruza el puente de hierro. —Notas de minio en la cárdena herrumbre.— La locomotora, sudada de aceites, despide borregos de humo, relumbra el arete dorado de la chimenea:

—¡Pedrones! ¡Cinco minutos!

Renegridas mujerucas haldeaban a lo largo del tren, ofreciendo botijos ibéricos con leche de cabra: Subían al estribo, acuciosas y vocingleras. El Marqués de Torre-Mellada, en el angosto marco de la portezuela, se los compraba, y, tras de pagarlos, se los volvía, gozando mentecato la puerilidad limosnera de aquel toma y daca. Toñete, en el fondo del vagón, acomodaba en las rejillas sacos, mantas, sombrereras. Silbó la máquina y montaron con premura los rezagados. Un mozo con galones rojos, sucio de hollín y aceites, pasó echando el aldabillo a las portezuelas. El Marqués encasquetose un gorrete de seda. Adolfito, sentado enfrente, presentía el aburrimiento del viaje, y reclinaba la cabeza, entornando los ojos. El palaciego se santiguó devoto y se abismó en un gesto de reserva:

—Esta noche aún veremos a Luis Bravo.

Adolfito se tumbó desflorando un bostezo:

—Lo dejaremos para mañana. Esta noche, yo, recalo en los Bufos.

Se aleló el taimado vejestorio con meloso aspaviento:

—¡Ya empiezas a rebelarte!

No arrancaba el tren. Chalanes de castoreño y garrocha, con voces y malos textos, atendían a enjaular una punta de becerros bravos. Al remate de la faena se

aceleraron para beber un vaso en la cantina, siempre cuestionadores y hablando recio. Volvía a silbar la máquina, y aplazando la disputa saltó al estribo un mayoral viejo, de zamarrón y peales:

—¡Pupila, pollos, que he visto rondar muy malas caras! Yo, para ir con algo más de seguro, voy a meterme en este coche de primera.

Runflaba la locomotora, y la ringla de mujerucas levantaba sus cacharros ibéricos a lo largo del andén.

—¡El botijo tres cuartos! ¡Fresca! ¡Fresca!

II

EL Barón de Bonifaz, desabrido y displicente, se tumbó en el asiento:

—¡Jerónimo, así no se viaja!… Debías llevar el coche abonado.

—¡Indudablemente! Pero fíjate lo precipitado del viaje.

El palatino, anidado en el rincón frontero, balaba su excusa con vágulos hipos. El viejo de los peales saludaba, alzada la mano al castoreño:

—¡A la paz de Dios! ¿Caballeros, quieren ustedes acomodarse en forma que todos quepamos?

El Marqués le advirtió con fatua amabilidad:

—Este vagón es de primera.

Confirmó el mayoral:

—¡Justamente!

Y Adolfito, tumbado a la bartola, bostezó con agresiva insolencia:

—Jeromo, es el adelanto de los tiempos. Ya los rústicos van en primera.

El castizo de la garrocha, limpiándose el sudor con el pañuelo de hierbas que sacó de la faja, repuso con recortada prosodia toledana:

—El asiento en el tren, como todo en el mundo, es de quien lo paga. ¡A Madrid se va hogañazo en primera, con menos coste que hace veinte años en el caballo de San Francisco!

Asomó la gorra el revisor, y el toledano, cacheándose, sacó un billete de tercera:

—¿Qué vale el suplemento?

El revisor requirió el lápiz que llevaba en la oreja:

—Voy a verlo.

Explicó el mayoral con aguda intención, en tanto que le hacía el otro la

cuenta:

—¡Para mi constancia, llevamos en el tren media partida de Quinto Barajas!

El revisor levantó los ojos, con el lápiz en suspenso:

—¡Y al propio capitán! Mucho me engaño, o un clérigo a quien acabo de picar el billete en segunda, es Quinto Barajas.

Sobresaltose el Marqués:

—¿Por qué no le echa el guante la Guardia Civil?

El revisor movía la cabeza:

—Mejor hará con no ver nada. Si quisiese prenderle tendríamos un zafarrancho. La Pareja cumple con que el golpe no sea en el tren.

Adolfito insinuaba una duda burlona:

—¿Y eso cómo se sabe?

—La Pareja siempre lo sabe.

Saludó el revisor tocándose la visera de la gorra, y continuó recorriendo el estribo del tren, pidiendo los billetes para ponerles el taladro. El Marqués interrogaba con flácidos pianillos:

—¿Ese Barajas dicen que no mata?

El manchego razonó estoico:

—Parece ser que, sin verse obligado, no mata.

El Marqués se santiguó. El Barón de Bonifaz gozábase con mala sangre, adivinándole las medrosas bascas: Sacándose el revólver de la cintura se incorporó farandulero, encarnizados los ojos sobre el mayoral:

—¿Buen amigo, a qué llama usted verse obligado? ¿A encontrar resistencia? ¡Pues a mí no me desvalijan sin que deje seco a uno!

Aseguró con bravata el viejo:

—Seremos dos a no dejarse tentar la bolsa.

El Marqués se arrugaba compungido:

—¡Prudencia! ¡Prudencia! Cuando vuelva el revisor le haré que entregue mi tarjeta a ese clérigo sospechoso que viaja en segunda.

Murmuró al garrochista:

—Algo me dice que pasaremos sin contratiempo. Quinto Barajas, para mi ver, ha dado el golpe en la feria de Cabeceros. Y dos seguidas rara vez las empalma. Sabe el oficio, y muchas fechorías en una misma comarca dan que hablar, y eso no trae cuenta. Los Guardias tampoco son lelos, y no desconocen que allí donde menudean los desafueros, la gente se revoluciona y hay que andar sobre los pasos de las partidas y exponerse a malos encuentros.

Rezó el Marqués:

—¡La Virgen Santísima nos proteja bajo su manto! ¡Adolfito, ocurra lo que ocurra, tú vas a tener mucha prudencia! Dame el revólver.

—¡Me pides demasiado!

Adolfito giraba los ojos con expresión tan feroz, que el pintado vejestorio temblaba de pie y mano:

—¡Ten compasión de mis nervios! ¡Son demasiadas escenas! ¡No se me borra del pensamiento el espectáculo de esta mañana! ¡Hay para creer en agüeros!…

—Ya te he dicho que un romano se hubiese vuelto a su casa.

Entraba por un túnel el tren. En la obscuridad de los túneles el tiempo se alarga, se desdobla, multiplica las locuras acrobáticas del pensamiento.

III

RASGÓ la sombra el duro llamear de los páramos barcinos, y se desovilló en su rincón el Marqués de Torre-Mellada:

—¡Está mandado alumbrar los coches en los túneles, y jamás se cumple el reglamento de ferrocarriles! ¡Con la mayor facilidad pudimos ser degollados a mansalva!

El mayoral, calándose los ojos, sentenció con sorna:

—Caballero, no habrá caso. Esos ahora van a esconderse en los montes de Toledo. Tienen la sobrecapa en el coto de Don Juan Prim.

Cacareó el palaciego:

—¡Ese soldado vesánico sin duda pensará hacer con esa gente la revolución!

Interrogó el garrochista con aguda malicia anovelada:

—Cuentan que va por buen camino y que viene al pisar de las uvas. ¡Septiembre no es muy largo plazo!

El Marqués, entre las bascas medrosas, abría su cola pavona, de alto personaje:

—¡Afortunadamente el país está desengañado de aventuras!

Promulgó el mayoral grave, dogmático:

—Pues hace falta un cambiazo que todo lo meta del revés. La Reina es un mal ejemplo para el mujerío. Lo propio del mujerío es el engaño, y solamente aquello del qué dirán puede tenerlo en sujeción. Pero si en las alturas hay un mal

ejemplo, nuestras propias mujeres induciranse a seguirlo. Aquí cumplía haber puesto en el Trono a Don Carlos. ¡No se hizo y hay que purgarlo!

El Marqués recogía los brazos y se adamaba. Sus manos parecían haberse reducido dentro de los guantes:

—Ese pleito lo ha sentenciado el amor de los españoles a su legítima Soberana.

—¡Sí que ha costado sangre!

Interrogó Adolfito, por enzarzarla:

—¿Parece ser que en esta tierra abundan los partidarios de Don Carlos?

—No falta gente de buenas ideas, pero también hay algunos republicanos. Esta tierra es a tenor del resto de España: Negros y blancos que se guían de sus principios, y los cucos que comen y roban al amparo de todos los Gobiernos.

Apuntó Adolfito:

—¿Usted es carca?

—Yo soy un hombre honrado que no se mete en política, pero no me parece mal Don Carlos. Sus ideas son buenas. Dicen que suprimiría las elecciones de diputados.

Se llenó de fatuidad el palaciego:

—Hallaría dificultades. Si eso pudiera ser, ya estaría vigente.

—Pues es lo que necesita España. Las elecciones y el reparto de los consumos son causa de todas las querellas en los pueblos: Unos se arruinan, otros emigran, y sin fin de veces corre la sangre. El diputado tiene que amparar a sus amigos, y el hombre más justo, cuando sabe que la ley no le alcanza, pierde pie en la buena conducta, y tenemos que el santo se vuelve diablo. ¡Las elecciones son la perdición de España!

El Marqués se volvió con un aparte de flácidos y pianillos, al Barón de Bonifaz:

—Ejemplar típico. Yo le voy estudiando.

El viejo garrochista le clavó los ojos, que, bajo el cano entrecejo, por ser ellos de color garzo, parecían más sagaces:

—Caballero, me preguntan y respondo. Sin letras no será muy extraño algún decir equivocado, y hay que disimularlo.

El Marqués de Torre-Mellada, amistoso y protector, se encaró con el villano:

—¡Buen amigo, antes pronunció usted palabras muy graves! ¡Debe usted saber que nuestra amada Soberana es un ángel!

—Sentimientos compasivos dicen que tiene.

—¡Un ángel!

—¿Todo lo que divulgan algunos papeles, será entonces engaño?

—¡Calumnias de plumas venales!

—Bien podrá ser, y cuando usía lo dice, no soy yo quién para contrallevarlo. Por el hablar de ese otro caballero, vine a enterarme de que tiene usía gracia de Marqués. Por muchos años.

El Marqués asintió con sonrisa benévola. Decaída la llama de la siesta, era en los páramos lívida y angustiada de infinito, la tarde.

IV

—¡ALCÁZAR, veinte minutos!

Jipi, guayabera de dril, zapatos de charol, un negro antillano corría el andén, abierto de zancas, y balanceaba una jaula de loro o cotorra en cada mano. Bajo la marquesina de cinc, ocupando el recuadro de sombra, se agrupaba en retablillo el familión de un militar que regresaba de Cuba. La Coronela era joven, morocha, caída de pechos, aviejada, con la mata fosca de canas y azabaches: Tenía en los ojos una tristeza de carnales fuegos, en insomne contraste con la ceniza de la crencha: Aturbulaba los ojos sobre los hombres, con un mirar sagrado, profundo de tinieblas y génesis. Las hijastras eran tres señoritas muy semejantes, con la semejanza de tres cirios que arden en un candelero, con igual angustia de apagarse: Las tres concertaban sobre la madrastra una mirada atenta y chismosa. La madrastra tenía para ellas perezoso despego: No era más extremada con los hijos, una tropa chamiza entregada al cuido de mucamas y asistentes. La servidumbre negra y mulata se desplegaba por el andén, portando maletines, sombrereras, líos de mantas: Ondulante, ceñida a la sierpe del tren, ceceaba tropicales cadencias. La Coronela, bajo la marquesina, fumaba un largo veguero. Asombrados y burlones, los pardillos indígenas se paraban en hilera. Mocinas, abuelas y zagalones, se anonadaban en la verde maravilla de los loros y en el escándalo con que fumaba la mujer morena. El Coronel Sagastizábal, alto, flaco, enfermo de calenturas, del hígado, de los remos, maniático, polemista, republicano, hereje, masón y poeta, volvía de las calientes islas antillanas. Desembarcado en Lisboa, pisaba tierra hispánica en Alcázar: Retórico y buen patriota, frente al campo adusto, sin agua, sin pájaros, sin ramos, buscaba en el cofre de las divisas heroicas una sugestión para

entusiasmarse, y se desolaba en la procura: El alma permanecía en un estado de sórdida sequedad: A la visión real del páramo manchego se yuxtaponía la nostalgia memorosa del remoto archipiélago antillano, en una transposición de imágenes con luz tropical: Maniguales espesos, campos de caña, vegas tabaqueñas, cafetales, vastos silencios, encendidas siestas. La hamaca, el esclavo, el rebenque. Cerró los ojos frente al páramo, y se recogió en sí mismo, envolviendo el alma friolera en un jirón de retórica roja y gualda:

—¡Qué hermosa es la patria!

Ceceó perezosa y displicente la Coronela:

—¡No sea zonzo, Sagastizábal!

Tolondró la campana:

—¡Señores viajeros, al tren!

V

SE acomodó por tres coches el retablo antillano: La Coronela, con las hijastras, en el reservado de las señoras: Por donde cupieron, los diablos menudos, con asistentes y mucamas: El Coronel, con la fardeta de espadines, sables, bastones de mando y otros de raras maderas, incrustó su esqueleto entre la momia palaciega y el castizo de la garrocha. El Coronel, con gesto guillado, sacó del capote un juguete de acertijo, dos alambres con terceduras gemelas, representando dos báculos enlazados:

—¿Conocen ustedes este embeleco? ¡Muy ingenioso! ¡Un furor en Lisboa! Es divertido el nombre que le pusieron. ¡De mucha chispa! Cuestión Romana. Fíjense ustedes: ¡Dos báculos unidos! ¡Hay que separarlos! ¿Conocen ustedes el truco? Dos báculos unidos. ¿Quiere alguno de ustedes quebrarse la cabeza?

El palaciego tomó el juguete, y le dio vueltas entre los dedos enguantados, con un gesto perplejo en los craqueles de la careta:

—¡Yo soy poco mecánico!

Interrogó el garrochista:

—¿Qué se tercia? ¿Separar esos dos alambrillos? Pues la mejor industria para lograrlo es un alicate.

Acudió el Coronel con númenes de chiflado elocuente:

—¡Eso hubiera hecho el Gran Alejandro!

Apuntó el mayoral encapillado de malicia:

—¿Y el tal picolete, por obra de qué se llama Cuestión Romana?

Explicó el Coronel:

—Son dos báculos unidos, y el truco está en separarlos. ¡El nombre es lo más ingenioso!

Puso sus tildes el palaciego, seráfico y beatón:

—¡Ingenio francés! ¡Ligereza! ¡Burbujas! ¡Nada!

Tornó el garrochista alargando la mano:

—¿Permite usted, señor militar?

—Tenga usted, paisano.

El mayoral tomó en los garfios el embeleco:

—Esto hay que estudiarlo.

Advirtió el Coronel, levantando el brazo con insólita firmeza:

—¡Todo maña! ¡Ninguna fuerza! No me lo haga usted añicos, que se lo tengo destinado a un amigo de Cuba. También allá tenemos nuestra Cuestión Romana. ¡El Capitán General y el Obispo andan muy enzarzados estos tiempos!

El Marqués se puso en atisbo:

—¡Cierto! ¡Cierto! Usted es una fuente viva, y las noticias que acá nos han llegado son muy contradictorias. ¿A quién dan la razón en la Isla? Las impresiones aquí son poco favorables a Lersundi. Se le tilda de estar influido por las logias masónicas. Los periódicos católicos han publicado una carta del Padre Jacinto.

—¡Su Ilustrísima es de Caballería!

Guiñaba el ojo con humorismo de enfermo del hígado, el heroico Coronel Sagastizábal. Otro túnel. El tiempo se alargaba diluido, amortajado en la sinuosidad de tinieblas y alientos trepidantes. Por la obscuridad radiaba el lagartijeo de los pensamientos. El túnel convertía el vagón en una muda jaula de locos.

VI

EL palaciego proyectaba su anímula en falsas sonrisas de monja curiosa:

—Usted, como militar y caballero, no quiere comentar las disposiciones del Capitán General. Es una actitud que comparto.

El Coronel hizo una mueca de enigmas guillados:

—¡Repugno la mentira! ¡Repugno la farsa! Soy hombre de ideas progresivas,

y creo que la libertad de juicio es más sagrada que la Ordenanza Militar. ¡Me presento como soy! ¡Podré equivocarme! El General Lersundi pecó de manso en el pleito con el Obispo. ¡Es mi opinión! ¡Podré equivocarme! Se ha puesto la cogulla el soldado y las botas de montar el fraile. ¡Toda la historia de nuestro país en el siglo XIX!

Sentenció Adolfito con humor maligno:

—¡Qué afeitadura en seco merecían esas dos calabazas!

Le imploró con los ojos el palaciego. El Coronel repitió absorto y maniático:

—¡Toda la historia del siglo XIX! ¡Ese embeleco de alambre guarda una gran lección! ¿Da usted con el truco, paisano?

—Está ello para cabezas con más chispa.

—Pues es muy sencillo.

—¡Qué! ¿Ha desajuntado usted las dos cachabillas?

—Llámele usted báculos.

—¿Báculos? Tampoco está mal hablado. ¿Los ha desajuntado usted?

—¡Siendo ingeniero, para mí no tenía dificultades!

Floreó el Marqués:

—¡Hermosa carrera! ¿Porque usted es joven?

—¡Mucho más joven que todos mis antepasados!

Al Coronel le saltaba un ojo sobre la bilis de la mejilla, arrugada con una risa fúnebre. Todos le miraban puestos sobre una linde de inquieto regocijo. Acaso el Coronel iba a desencadenar su guilladura, en locas acciones. El garrochista, precaviéndose, le devolvió el embeleco de alambrillos:

—Tenga usted, y muy agradecido.

El Coronel lo recogió y puso cátedra, explicando el acertijo con gestos abstrusos de sabio maniático:

—¡La Cuestión Romana! Dos báculos unidos. Yo los separo: ¡Primer movimiento! ¡Segundo movimiento! ¡Tercero y último! ¡Ya están separados!

Jaleó Adolfito:

—¡Olé!

El Coronel arrugaba la mejilla, saltante el ojo de rana estriado de bilis:

—¡La Cuestión Romana, es la historia de España! ¡La estamos viviendo con la Monja y el Fraile! El absolutismo tiene sus raíces en el Vaticano.

Recalcó Adolfito con mala sangre:

—¿Mi Coronel, qué haría usted con la monja?

—Mandarla azotar por impostora.
Se aleló el Marqués:
—¡Qué sacrilegio!
Confirmó Adolfito, siguiendo la guasa:
—¡Es indudable!
Se atolondraba el Marqués:
—¡Qué juicios tan aventurados!… ¡Y tan comprometedores!
El Coronel Sagastizábal se ademento con un gran gesto de teatro heroico:
—¡Creo hallarme entre caballeros!
Todos se apresuraron a confirmarlo. El palaciego, con afable petulancia, le tendió la mano:
—Sin duda, debo hacer mi presentación: Soy el Marqués de Torre-Mellada.

VII

EL palaciego, inquieto de curiosidades, mosconeaba sus malicias de monja boba sobre el tema de aquellas desavenencias suscitadas entre Fray Jacinto de María Anunciadora, Obispo de La Habana, y el Capitán General de la Gran Antilla. El Coronel, prendido en los lazos del palaciego, hacía la relación con pintorescas divagaciones de progresista guillado:
—El Ilustrísimo señor Obispo tomó pasaje con rumbo a las patrias playas, días antes que este servidor de ustedes. En Madrid debe estar intrigando.
El palatino puso la tilde de protocolo:
—¡Pidiendo justicia! Adelante.
El Coronel abismó la voz en un caos de gestos:
—¡Yo les aseguro a ustedes que es muy honda la marejada entre el elemento militar de la Isla! Satisfacer al Obispo relevando al Capitán General podría causarle un serio disgusto al Gobierno. ¡El Ejército no consentirá jamás verse privado de sus fueros por el capricho de una mitra!
Interrumpió el Marqués:
—El Gobierno puede juzgar necesario el relevo de Lersundi. ¿No cree usted que en ese caso se impondría la disciplina? El Ejército en Cuba, frente a los manejos del filibusterismo, no dará un mal ejemplo.
—¡La mayor relajación sería verse pospuesto a la mitra! El palatino declinaba una sonrisa benevolente:

—¿Conoce usted en todos sus detalles el origen de esa lamentable desavenencia?

—Creo estar algo enterado. *El Siglo* es un diario moderno: Sus ideas son las de paz, justicia, progreso, un liberalismo que se encuentra en las máximas del Evangelio. Interrumpió Adolfito con reservona tunada:

—Cristo no ha hecho declaraciones autonomistas.

Cacareó el Marqués:

—¡Has estado muy oportuno!

Y el viejo de la garrocha:

—¡Buen golpe!

El Coronel Sagastizábal reía con gesto amarillento de difunto resucitado por un chascarrillo:

—El Rabí de Judea ha enseñado la igualdad entre los hombres, no hizo diferencia de castas y pudo ser adorado por un rey negro. A los reyes negros, en nuestras ínsulas antillanas, les ponemos la marca de esclavos. Sigo mi cuento: Su Ilustrísima excomulgó al diario por sus ideas liberales, y el diario respondió con unas décimas de burla. Hoy se cantan como guajiras.

Lamentó el Marqués:

—¡Qué relajamiento el de esa Prensa!

Prosiguió el Coronel:

—El Obispo acabó de arreglarlo con una Pastoral Diocesana. ¡Para Fray Jacinto, el Reino de Satanás se asentaba en la punible tolerancia del Capitán General! Se le contestó con una formularia protesta de la Secretaría Particular. Y en estas, se abre un teatro con los cuadros vivos del Barón Keller. ¡Lluvia de excomuniones! El teatro, los artistas, la orquesta, la sociedad cubana que acudía al espectáculo, todos sufrieron el entredicho. La Prensa se agrupa haciendo un solo frente y enfila sus baterías sobre el Palacio Episcopal.

Gemía el palaciego:

—¡Qué falta de tacto en todos! ¡Qué responsabilidades tan grandes! ¡Aquí no estábamos enterados! Perdóneme usted que le haya interrumpido. ¡Es un relato muy interesante!

—¡Pues aún va largo! El Obispo amenazó con elevar sus quejas a la Reina. Contestó la Secretaría del General con mayor aspereza. La Mitra volvió a fulminar sus anatemas, afirmando ser tanta la impiedad de aquellos diocesanos, que para verlos reír bastaba nombrarles a su Obispo. En la Secretaría del General ya lo tomaron a chunga.

Se animó el palaciego con un balido:

—¡Las noticias que acá tenemos son de habérsele contestado con notoria irreverencia al Señor Obispo!

—La contestación fue la atinente. De Capitanía excusaron su culpa, aun cuando reconocían ser cierta aquella lamentable hilaridad de que se quejaba Su Ilustrísima.

—¡Incalificable!

El palaciego se desbarataba con aspavientos mojigatos.

El Coronel, con el reflejo azul de las cortinillas bailándole sobre los ocres biliosos de la cara, acentuaba su mueca de difunto humorístico:

—Su Ilustrísima se ladeó la mitra, escupió por el colmillo y puso la mecha en el polvorín, con otra Pastoral. Una aclaración, caballeros: A su paso por villas y ciudades deben ser saludados con repique de campanas los Capitanes Generales. Es el fuero militar, y al fraile se le antojó dictar órdenes en contrario, a sus párrocos diocesanos.

Sentenció el toledano mayoral:

—¡Ahí pecó el bendito!

—En Sancti Spíritus, la Pastoral del Obispo provocó un motín de beatas.

—¡Lo estaba viendo!

El palaciego se dolía con falsa pesadumbre. Le saltaba el ojo bilioso al veterano:

—El Capitán General, para mantener la pureza del fuero, ordenó que fuesen violentadas las puertas de las iglesias y que los pistolos subiesen a repicar las campanas.

El Marqués declinaba los ojos con su mímica huera de personaje conspicuo:

—¡Es indudable que ese sacrilegio pudo haberlo evitado el Capitán General!

Se atufó el Coronel:

—¿Cómo? ¿Con la relajación del fuero militar?

—Excusando su entrada en la ciudad. ¡Ya sabemos todos que esas visitas son meramente formularias!

Tronó el Coronel:

—El Obispo se ha plantado en la villa y corte, con su memorial de agravios, y debe estar intrigando.

El Marqués denegaba con su balido benévolo:

—No es usted justo. El Obispo, me consta, ha sido llamado por el Gobierno.

VIII

¡MADRID! Lostregaba a lo lejos la collera de luces municipales. El convoy, con silbatadas de vapor y humos densos, echaba de sí la postrera fatiga. El Marqués se asomaba, aplastando la máscara tras el vidrio de la portezuela. El reloj de la estación le caía delante:

—¡Escandaloso! ¡Seis horas de retraso! ¡Nuestro mal endémico! ¡Lo he dicho siempre! ¡Nuestro mal endémico! ¡En este país nadie tiene prisa, y el tiempo es oro, como canta el inglés de la zarzuela! ¡Ahí debíamos tomar ejemplo! ¡Pero somos incorregibles! ¡Solo seremos para las acciones heroicas! ¡Lo he dicho siempre! ¡Nos sobra heroísmo y nos falta maquinismo!

Se abrían algunas portezuelas. Astures y galaicos bigardotes corrían el andén, luciendo en las gorras el bronce de sus medallas, y la probidad racial en la cantiga. Toñete, marchoso y cañí, vino al estribo, saludando a su amo:

—¡Señor Marqués, ya estamos en tierra civilizada!

Subiose al vagón, comandando a dos astures de la cuerda, para que cargasen los bártulos. De la petaca extrajo un listín con el apuntamiento de sus quehaceres:

—¡Cuidado, vosotros, que son maletas inglesas! Esas no se compran en la Bajada del Rastro. Quince bultos de mano.

El Marqués, que curioseaba asomado a la ventanilla, desvaneciose en el asiento, santiguándose consternado:

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!

—¿Jeromo, quién estornuda?

Adolfito Bonifaz posponía la gorra escocesa por el curro calañés: Se lo ladeaba con estudio y diluía su pregunta en estas acciones, con una sonrisa de chunga. El Marqués no salía de su aspaviento. En la estridente marea del andén, un vendedor de periódicos calaba su grito:

—¡Gravedad del Duque de Valencia! ¡Extraordinario de *La Correspondencia*!

Saltaba irreverente la befa chulona en los desvencijados acentos del pregón: Se guiñaban el ojo los consonantes del aleluya, como dos compadres. Metían en competencia sus trinos, una mujerona desfondada y un mangante con mal de orzuelos:

—¡Extraordinario de *La Correspondencia*! ¡Gravedad del Duque de

Valencia!

IX

EL landó rozaba la acera. Se inflaba rubicundo el inglés del pescante, y el lacayo, al pie del estribo, rendía la chistera galoneada. El palaciego suspiró, recogiéndose en los almohadones:

—¡Qué momentos para la Patria!

Y cuidando de no torcerse el bisoñé, declinaba la sien sobre el hombro de Adolfito. Malició el perdulario:

—¡Funerales de gran espectáculo!

Baló la momia sentimental y chabacana:

—¡La Prensa es muy alarmante! ¡Narváez no es viejo! Adolfito sesgaba la cara con agudeza de pillastre:

—Si el Espadón se despide de este valle de lágrimas, mal veo el partido del orden.

Se amilanaba el Marqués:

—Indudablemente la situación ofrecería serias dificultades.

—¡Y tanto! Aquí siempre ha gobernado algún charrasco.

—¡El moderantismo tiene también sus espadas!

—No las veo.

—Juanito Pezuela, Novaliches, Pepe Concha…

—Se llaman de tú y no tardarían en pelearse por la mejor tajada.

—¡Quién sabe! Verás cómo se impone a todos la lealtad al Trono.

Adolfito se divertía contrariando al turulato carcamal:

—Tendremos a Prim por cabo de vara.

Se atipló el vejestorio:

—¡Imposible! ¡Prim, grado treinta y tres de la masonería, no puede ser consejero de la Reina Católica de España! Afortunadamente, el liberalismo está para siempre alejado de Palacio. A Roma no puede disgustársela en las actuales circunstancias, sería corresponder con la más negra ingratitud. España, en medio de la general impiedad, es un ejemplo de respeto a la Santa Sede. ¡Tomará las riendas Luis Bravo!

—Le darán un disgusto los Generales de la Unión.

Sopló el palaciego con su amable suficiencia:

—¡Hay poderes más altos que los Generales!
—¿La monja?
—¡Y el Papado!
Adolfito rejoneaba:
—Jeromo, tenemos en puerta al Conde de Reus.
—¡No me lo digas! Tú déjate guiar.
—¡Como un manso cordero!
La sorna del dicho, el tono y el gasto encresparon al Marqués:
—¡Eres un ingrato!
Bromeó el perdulario:
—Espera a tener pruebas para acusarme.
—Que las tendré muy pronto.
—¡Indudablemente! No te precipites.
El Marqués se santiguaba con hucheo de palomo:
—No sabes lo que es Palacio. Ya vendrás a mí… Real y verdaderamente parecemos cuervos. El General Narváez vive todavía, y estamos cortándole la mortaja. Vive y vivirá para bien de España. Adolfito, tú déjate conducir. El General, hemos de ver cómo les da un trágala a todos, poniéndose bueno. Por encima de los infundios periodísticos, está la voluntad de Dios. ¡Dios, que no cesa de dar pruebas de su predilección por nuestra España! ¡Adolfito, tú no tendrás director espiritual! ¡Has llevado una vida! En Palacio es necesario este requisito y comulgar con cierta asiduidad. ¡Si supieses qué consuelo tan grande representa lavar la conciencia de pecadillos, todos los meses!
Pueril, insignificante, se recogía en una mansa actitud de beaterio.

X

RODABA el coche por una calle angosta, entre iluminadas cortinillas de tabernas. Las ventanas, con fuentes de guisote, tendían bandas de luz sobre las aceras. Salió de su flácida meditación el Marqués:
—¡Esos intrigantes se han cogido los dedos!
—¿Quiénes?
—Los Generales Unionistas. El Emperador de los franceses le pone el veto al hijo de Luis Felipe. ¡Oficial! Montpensier Rey de España, desencadenaría la guerra con Francia. ¡Oficial! Estos días he visto alusiones esparcidas por la

Prensa. En Madrid, cuando yo salí, éramos muy pocos los iniciados en el secreto. Probablemente habrá convenido hacerlo público. ¡No me negarás que es un golpe de muerte para esos intrigantes!… ¡Adolfito, no te alucines! ¡Ten cabeza! ¡Déjate guiar!… Si la Patria fuese tan desgraciada que perdiese al más ilustre de sus hijos, se impone la continuidad de la misma política, tomando las riendas del Poder, González Bravo. Ese será mi consejo leal, y creo que pocos disentiremos en la Alta Servidumbre. Fíjate, Adolfito: La Seráfica Madre siempre ha estado de uñas con los espadones. ¡Prim, ni mentárselo!… ¡Espartero, quemado te vea! ¡O'Donnell, cruz y raya! ¡Narváez! Narváez el mal menor… El Vaticano no estuvo bien con ninguno. ¡Adolfito, se acabó la política de Generales!

Adolfito enrabiaba al vejestorio, con guasa chulapa:

—Nuestro Glorioso Ejército nunca ha consentido dictaduras de personajes civiles. Aquí las doctrinas políticas han sido siempre Don Baldomero, Don Ramón María, Don Leopoldo, Don Juan, Don Paco…

—Pasaron esos tiempos.

—¿Y adónde iremos con monjas y frailes?

—¡Por Dios, Adolfito!

Frunció las cejas el perdulario con súbito advertimiento:

—Jeromo, eso es muy grave. La dictadura teocrática puede desencadenar otra guerra civil.

—¿Y si tuviésemos un Cardenal Jiménez de Cisneros? ¿Qué dirías entonces de la dictadura teocrática? Desengáñate, el clero tiene otros estudios. Los militares saben poco. Cierto que no se les exige, ni les hace falta. Se les exige valor, heroísmo.

Cortó con buena sombra el perdis:

—Jugar al tresillo, sublevarse una vez por semana.

—¡Eres terrible!

El Barón de Bonifaz tascaba el veguero con un gran gesto desdeñoso, de vividor elegante:

—El Ejército jamás consentirá otra dictadura que la suya. Si en Palacio han pensado cosa distinta, están ciegos en Palacio. Los espadones se sublevarán con algún grito mágico: Libertad, Constitución, Comuneros, Soberanía Nacional… ¡Cualquier mojiganga!

Apenaba la cara el palaciego:

—¡Acabarás por contagiarme de tus pesimismos!

El Barón de Bonifaz tenía una expresión de agudeza felona y taimada:

—Los espadones se afiliaron al bando cristino y constitucional, porque en el otro mandaban las sotanas. De Prim a Narváez, son todos ellos más absolutistas y menos constitucionales que Calomarde. Prim es Narváez con acento catalán y sin gracia gitana.

Cacareó el Marqués:

—¡Distingamos! ¡Narváez no es masón! ¡Mira que si les diese un trágala a todos, poniéndose bueno! ¡Y se han visto casos!

Bajo la fusta dogmática del rubicundo inglés, entraba el atalaje por la puerta del caserón. Fronteros, bajo una luz de taberna, dos curdas deletreaban el extraordinario. Remoto entonaba un pillete:

¡La Isabel y Marfori,
Patrocinio y Claret,
Para formar un banco
Vaya unos cuatro pies!

XI

EL Palacio de Torre-Mellada. La gran escalera. La antesala. Reverencias de lacayos. Sigilo de sombras. Timbres de relojes. Haces de luces en candelabros. El Marqués, ratonil y fugaz, cruzó la dorada penumbra de los salones: Frente a los espejos calaba los ojos con pueril desconsuelo, adivinándose la figura lacia, chafada: Penetró en el tocador, seguido del ayuda de cámara:

—Toñete, un retoque y vísteme.

Arrugado sobre el butaquín se reflejaba en el biombo de tres luces, con bronces franceses del Imperio. Sentenció Toñete:

—Parece que la diña el General Narváez.

El Marqués se quitaba el bisoñé con un gesto de momia perpleja:

—¡Qué momentos tan graves!

—El papel es un réquiem.

—Mándamelo comprar.

—Creo que lo guardo.

El ayuda de cámara se cateó los bolsillos. El Marqués distrajo el pensamiento, hundida la mirada en las luces del biombo: Su ánimo trenqueleante

saltaba de una congoja a otra mayor, al contemplarse lacio, despintado, multiplicado en la desquiciada perspectiva de los tres espejos:

—¿Qué dice ese papel? Ya le echaré luego la vista. Cuéntame tú lo que dice.

—¡Qué va a decir! Pues que está para diñarla el señor Duque de Valencia.

—¿Y tú das crédito a las invenciones de los periódicos? Toñete, la Prensa explota esas alarmas.

—Conforme. Pero puesta a cantar la muerte de un sujeto, alguna vez tiene que acertarla.

Suspiró el Marqués:

—¡La muerte! Dios nos dé una buena hora para arrepentimos. Toñete, si meditásemos que están contados nuestros minutos, indudablemente no tendríamos humor para nada. ¡Vale más no pensarlo!

Filosofó Toñete:

—La muerte es el camino de todos. Una buena hora es lo que hace falta.

El Marqués se afligía, versátil en la contemplación de su triple imagen:

—¡Toñete, el bisoñé me lo cambias y ese lo mandas a peinar! Has de averiguar quién le hace las pelucas al actor Catalina.

Sentenció el ayuda de cámara:

—Esas vienen de París.

Murmuró, arrobándose, el Marqués:

—¡Primorosas! Dame la bata.

Tocaron en la puerta. El lacayo de estrados presentaba un telegrama en bandeja de plata. El Marqués, luego de abrirlo, quedó alelado. Volvió a leer:

—Guardias buscan Segismundo. Lleváronse Tío Juanes. Horrores. Llegamos mañana. Carolina.

RÉQUIEM DEL ESPADÓN

I

EL Palacio de Torre-Mellada, en la Costanilla de San Martín.—Entre dos salones mal alumbrados, un camarote con mesillas de naipes y pinturas pompeyanas: Humo de vegueros, brillo de calvas.— El Marqués se santiguaba timorato:

—¡Habría para creer en agüeros y hechicerías, si no fuese pecado, como reza el Padre Astete! ¡Todo ha salido mal en este viaje!

Escuchaba la trinidad de carcamales, al reparto verde de la mesa de tresillo, solemnes las calvas. Con los tufos blancos encaracolados sobre las orejas, alguno tenía el estrafalario acento de un faldero achacoso. El Marqués, peinando el naipe, balaba su cuita beatona:

—De Segismundo Olmedilla, mi administrador, me resisto a creer que esté tan comprometido que puedan encausarle. No es posible que se haya dejado cazar. ¡Sería absurdo, con su posición!… Yo estoy decidido a revolver Roma con Santiago. ¡Le conozco, y aprecio mucho sus buenas cualidades! Es honor mío sacarle del pantano. Requiero la ayuda de ustedes.

Quedó en espera. Meloso y jesuítico sentenció Don Gaspar Arzadun, Auditor de la Rota:

—Amparar al culpable sin culpa, es obligación cristiana. Asintieron las solemnes calvas de Don Pedro Navia y el Conde de Cardesic. Promulgó Don Pedro Navia:

—Los hombres están en el mundo para ayudarse, la sociedad no tiene otros lazos.

Y el Conde:

—Jeromo, espera el cambio de Gobierno. Es mi consejo, porque no la cuenta

Narváez.

Doblaba la cabeza el Marqués:

—¡Pobre España! Todo está trastornado. El mismo día que me ausenté, sobrevino la catástrofe de Los Carvajales. ¡Mi mujer aún está con crisis nerviosas!

El Auditor, un ojo sobre el naipe y la ceja en saltos perplejos, meditando el descarte, propuso, con su docta prosodia de latín eclesiástico:

—La puesta sacada, presentaremos nuestros respetos a la Señora Marquesa.

II

LA Marquesa Carolina, rubia y lánguida, tules y encajes, mimaba la comedia del frágil melindre nervioso: La Marquesa, con visaje de susto y escuela francesa de teatro, refería aquel espanto de Los Carvajales: El estrado isabelino, pomposo de curvas y miriñaques, encendido de luces cristalinas y prismáticas, divinizaba su rosicler de París. ¡Y era tan emocionante el parlamento, que suscitaba los murmullos del melodrama en la comparsa de tertuliantes! Atendía Feliche inmóvil, rígido el busto, cruzados los brazos. La Marquesa Carolina anovelaba de literatura, el encuentro con la última sibila manchega. Sobre el relato pasaba, con fuga de susto, el comentario de Feliche:

—¡Aquella mujer daba miedo!

Don Adelardo López de Ayala, tendido el alón de gallo barroco, cacareó, encendida la cresta de retóricos galanteos:

—Marquesa, ha heredado usted el estro narrativo de las grandes damas que ilustraron la Corte de Francia. Nos ha comunicado usted la emoción dramática y cautivante que tienen las mejores páginas de Alejandro Dumas.

La Marquesa entornó los ojos, con un matiz risueño sobre el carmín de los labios: Por este mimo daba deriva a la pomposa retórica del poeta. El Marqués de Bradomín, en pie, de espaldas a la consola, desplazado e irónico, ponía los ojos en Feliche. La damisela permanecía hierática, tendido de atención el pulido entrecejo, la frente dibujada y ceñida por las dos ondas de la crencha: El susto de su voz se intercalaba con el parlamento de la Marquesa:

—¡Aquella mujer hacía mal de ojo!

Inmovilizado, recluso en las jambas doradas de una puerta, se prolonga el vacío de otro salón iluminado, donde hace reverencias un lacayo con librea de

sinople y gules. Por el fondo vienen haciendo estaciones dos viejos calvos y otro con hábitos talares, verde la borla del solideo.

III

LA Marquesa Carolina, coqueta y lánguida, recibía el último homenaje del gallo polainudo: Don Adelardo López de Ayala, pomposo, barroco, hiperbólico, modulaba sus despedidas. Estaba la Marquesa bajo el reflejo malva de una lámpara, reclinada en el nido de plumas y faralaes, con pintada sonrisa de madama en retrato:

—¡Se va usted cuando tenemos tantas cosas que contarnos!

—¡No soy yo, ciertamente, quien menos lo deplora!

Tenía un medio tono halagüeño la voz de la Marquesa:

—¡Estoy llena de curiosidad por saber lo que aquí pasa! ¡Es usted un verdugo, Ayala!

—Querida Marquesa, hoy conspiramos en el Ateneo. ¡Esta noche peleamos una gran batalla los hijos de Apolo!

—¿Habla usted en serio?

—Don Francisco y el Duque de Montpensier son los candidatos para presidir una traducida y nonata sociedad de hombres de letras.

—¿Y quién ha tenido esa idea genial?

—González Bravo indicó al Rey Consorte, y Patricio de la Escosura, presumiendo que escondiese alguna maniobra política, propuso al Infante. Ya nos tiene usted divididos en dos bandos mortales a todos los portaliras de España y Ultramar. Esta noche, a las diez, celebraremos la primera junta en el Ateneo. Nuestra consigna es copar por el Duque.

—Ayala, no le retengo, y con la promesa de venir mañana a contarme el resultado de esa gran batalla, le devuelvo mi amistad.

Se inclinó el barroco personaje:

—Marquesa, con el escudo o sobre el escudo, aquí estaré mañana.

La Marquesa Carolina, en el reflejo malva de la lámpara, declinaba sobre el hombro su frágil perfil, con mimo de coqueta:

—¡Hasta mañana! Esta noche voy a leer las obras de los dos candidatos.

Dolorcitas Chamorro, que estaba en la rueda, se acachazó con popular remangue:

—Te basta con que leas el epistolario del Rey Consorte.

Murmuró la Marquesa:

—¡Absurdo!

La Marquesa sorbía en la palma de la mano dos perlas de éter. El triunvirato de calvas y solideo, con protocolarias y obesas cortesanías, se demoraba en los áureos límites de la puerta, sobre la frontera de los dos salones. El Auditor inclinaba la borla verde. La Marquesa Carolina, avizorada con la presencia del eclesiástico, metía los ojos por las clandestinas penumbras, y con las plumas del abanico advertía el fin de los amartelados coloquios. El Auditor de la Rota, desplegado el vuelo de los hábitos talares, tendía las dos manos y estrechaba la diestra de Don Adelardo:

—¿Usted se eclipsa porque nosotros llegamos?

Declaró risueño el amado de las musas:

—Voy al Ateneo.

Y el Auditor, con entonado sarcasmo:

—La docta casa está, según cuentan, convertida en gallinero parlamentario.

Intervino Don Pedro Navia, cortando un aparte con el Conde de Cardesic:

—¡González Bravo no debía descender a esos centros de poetastros, ni presidir sus gorjeos, ni comprometer en una votación de estorninos, el nombre y las simpatías del Rey Don Francisco!

El Marqués de Torre-Mellada se detuvo a escuchar: Vestía uniforme muy papagayo, con espadín, cruces y bandas: Asumió un aire misterioso:

—No estoy muy enterado del matiz que representa ese club. Cuando lo fundaron recibí alguna indicación para que, haciéndome socio, ayudase a su sostenimiento. ¡Es una cuota tan insignificante! Pero jamás lo he frecuentado, y solo en raras ocasiones, como las lecturas de Mariano Roca o Juanito Pezuela…

La Marquesa Carolina, adivinadora, guiaba los rubios ojos de pájaro, por su tertulia, y sutilmente se hacía dueña de todo cuanto las lenguas decían. El Marqués y Adolfito cerraban una curva para encontrarse. La Marquesa, invadida del frío neumónico del éter, presentía el diálogo.

IV

ALEA jacta est!

—¿Dónde?

—Ahora, en la Presidencia del Consejo.

—¿Y si rehusase la entrevista?

—¡Matabas tu porvenir político!

—¡No creo que por cambiar de vida se cambie de suerte!

—¡Déjate guiar!…

El Marqués, con una ondulación refitolera, de viejo intrigante, se llevaba de la tertulia al Barón de Bonifaz. Aún arrastraban la disputa cuando subían la desbaratada escalera del viejo caserón, llamado con oficial jactancia Palacio de la Presidencia. Un ujier mal despierto, cabeceando entre los alones de la levita galoneada, los introdujo en el humo habanero del despacho ministerial, cámara isabelina con damascos raídos y caobas de las Indias. Don Luis González Bravo, recluido tras la mesa ministerial —negro un lado de la cara y el otro con el reflejo verde del quinqué—, expurgaba de galicismos el preámbulo de un Decreto. El Ministro de la Gobernación vivía con el ojo de mochuelo aguzado sobre la herencia política del General Narváez: En el ínterin, ya lograba la Presidencia del Real Consejo: Caduco, craso, con arrugas en las sienes y la calavera monda, inscrita en el círculo verde, se aprontaba a jugar los hilos novelescos de una intriga para captar, en lazos de licencias, la voluntad de la Señora. Púnico de Gádex, agudo y amable, tendidas las manos con engañosa comedia, salió al encuentro de los visitantes: Tornado a la luz del quinqué, les brindó tabacos de una caja que tenía abierta sobre la mesa. El ministro hablaba a golpes secos y nerviosos, con acentuado expurgo de su prosodia andaluza:

—A Torre-Mellada le agradezco esta buena ocasión. ¡Y qué lástima no haber sido una hora antes! ¡Acaba de visitarme el juez que ha instruido la sumaria por el suceso del desgraciado guardia Carballo!

El Marqués y Adolfito, con la mirada, se dieron mutua advertencia para no enredarse en aquella vuelta raposa. Sobrevino un silencio. El Marqués copiaba el aire triste de un pájaro dormido. El Barón, deferente y falso, alargaba las posibilidades de la sonrisa, disimulándose capcioso en una actitud de maniquí elegante. El Ministro, con acusada resolución, todo el tiempo le tenía fijos los ojos de caíd africano:

—¿Bonifaz, le divierte a usted la política?

Adolfito recobró su cínico alarde de tronera elegante:

—¡A mí todo me divierte! Soy un ingenuo, señor Presidente.

Sonrió advertido González Bravo:

—¡Y un filósofo!

—Cuando menos, busco la piedra filosofal.

Apuntó Don Luis con sorna gaditana:

—No se desanime usted, que acaso la encuentre.

Adolfito abría los ojos con falsa sorpresa, como si presintiese y no alcanzase veladas intenciones. Para fijarlas ponía el gesto clásico y bobalicón del comediante que representa *El Vergonzoso en Palacio*. Una mariposa volaba en el círculo del quinqué. A intervalos, la péndola del reloj proyectaba en la obscuridad una risa momentánea y dorada, redonda y jocunda como el vientre de un dios tibetano. El Ministro, la cara en la convulsión de la luz verde, transponía a un claroscuro inverosímil, su mueca gitana:

—¿Quiere usted aceptar un cargo en la Alta Servidumbre? El Gobierno necesita rodearse de ambos en Palacio. Los revolucionarios intrigan en la Regia Cámara. ¡Gobernar así es imposible! Yo no me asusto de nada, pero jamás tomaré por modelo a la demagogia carbonaria. Reconozco que tampoco es una solución el neocatolicismo de mi cuñado Nocedal. España no puede ser una excepción en el concierto europeo, y lo que quiere esa gente es el carlismo sin Don Carlos. La guerra civil, su significación, sus consecuencias no pueden borrarse. El Gobierno, que tiene de usted la mejor opinión, se ha complacido coincidiendo con los bondadosos deseos de la Reina… Lamento tener que asistir a una votación en el Ateneo… Aún volveremos a vernos, y si no nos viésemos, cambiaríamos noticias por Torre-Mellada.

Adolfito, extremando su actitud de maniquí elegante, solapaba el firme propósito de jugársela al Ministro. Torre-Mellada quebró su gesto de loro dormido, con las arrugas y melindres de una risa falsa:

—Luisito, procura correr las órdenes para que cese la persecución de mi administrador Segismundo Olmedilla. Está siendo víctima de una venganza caciquil. ¡Entérate!

Aseveró el Ministro:

—Ya estoy enterado. Me habló en el mismo sentido el Infante Don Sebastián. También tiene un ahijado.

—¿El Niño de Casariche?… ¡Otra víctima del mismo Pondo!… El Niño lleva en arriendo el Cortijo de la Media Luna.

Trastocaba el ujier, asomado a la puerta, bastones y sombreros. El Majo del

Guirigay, negro y envejecido, interrogaba con finura de dómine, saliendo a los perfiles de la alfombra:

—¡La Media Luna! ¿En qué bajalato cae eso?

—Términos de Lucena. Una propiedad del Infante.

—¡Es verdad! Esa es la nota que me ha dado. Aún nos veremos. ¡Adiós, señores!

El Barón de Bonifaz, inclinándose con gélida ceremonia, procuraba crear una situación de reservas mentales: Sus prejuicios de linaje removíanse despechados, y entendía significar por aquella actitud, que nada le ligaba, que con el humo de los vegueros se habían desvanecido todas las palabras: Adolfito sentía una aridez desilusionada, una vileza intelectual reflexiva, negadora, indiferente para cualquier logro de prosperidades: Su pensamiento extremaba la certidumbre de una fatalidad que le encadenaba con los grillos del vino, del juego y de las mujeres. Para Adolfito la órbita de su vida era una matemática negra, infalible y deshonesta. Renació la disputa de los dos aristócratas cuando bajaban la escalera:

—¡Qué arte de captación!

—¡Un gitano!

—¡Napoleónicamente, impone su jefatura frente al lecho de muerte del General! ¿Saldrás quejoso de la acogida que te ha dispensado?

—¡Me ha tomado por otro!… Sin descubrir su juego, sin comprometer una palabra, me saca de fantoche a representar en sus tramoyas para suceder a Narváez. ¡Muy bien! ¿Qué voy ganando?

El Marqués susurró, confidencial y circunspecto:

—¡Entrar en Palacio!

Se achulapó Adolfito:

—¿Y a qué gracia lo debo?

—¡El Consejo de Ministros interviene en los nombramientos!

—¿Y qué? Siempre ha impuesto sus caprichos la Señora. ¡Me ha molestado ese farsante, y me arrepiento de no haberle chafado! ¡Tenga usted, señor Ministro!

A mitad de la gran escalera vacía y destartalada, se volvió, haciendo un ademán de rufa bellaquería, con juego de los dos brazos. Arriba, y en el primer escalón, asomaba un búho con la pañosa azul y la chistera ladeada, de González Bravo.

V

EL Marqués, enfurruñado y chillón, insinuando un liviano hipo, a cada zarandeo del coche, vituperaba la falta de respeto a las conveniencias sociales:

—¡Adolfito, te hundes! ¡Te encanallas! ¿En qué salón has visto ese ademán?

Adolfito experimentaba una maligna satisfacción de rufo:

—¡Ese tío ya sabe que no me la da!

—¡Tantas fórmulas cortesanas tenías para decírselo!

—Napoleónicamente, elegí la más breve.

—¡Tú no la has elegido! ¡Fue una sorpresa! ¡Te quedaste yerto!

—¡No me quedé yerto! Ni arrepentimiento ni sorpresa. Evidentemente, fue un acto involuntario… Me apeo del burro napoleónico. Pero de haber sido consciente, lo hubiera realizado de la misma manera. ¡Dios me adivinó el pensamiento!

—¡Qué diablo eres!

Miró el Barón por el vidrio:

—¿Adónde vamos?

—Serafín sabe mis costumbres… Nos lleva al último acto de los Bufos.

—Ya podían hacer almoneda con el cuerpo de baile.

—¡Lo tiene peor el Teatro Real!

—¡Y son más antiguas las Pirámides! A mí me dejas en el Club. Quiero probar fortuna.

—¡Te domina el juego!

—¡Y el vino, y las mujeres, y el cante, y el baile, y las trampas!… Pues bien, prefiero hundirme con todo eso, a que me mueva por un hilo Maese Pedro.

—No puedes mostrarte ingrato con la Señora… Ha manifestado deseos de llevarte a Palacio… Quiere honrarte con un cargo en la Alta Servidumbre… Premiar la lealtad de tu heroico padre… ¡Adolfo, medítalo y comprende que no puedes debutar creándole una situación enojosa a la Señora!

—¡Si está encaprichada!

—¡Siempre es la Reina!

—Solo le juraré eterno amor, cuando haga por mí una crisis.

—¡En estos momentos sería gravísimo un cambio político!

—¡Pasión excluye razonamiento!

—No te pongas chulo. Acuérdate de quién eres.
—Necesito la cabeza de González Bravo.
—Ya la tendrás.
—Se me ha puesto darle una lección a ese tío.
—Se la darás.
—¿Y tú por qué le sirves?
—Son servicios mutuos. El Gobierno, como tiene tantas pruebas de mi lealtad, no quiere tomar en consideración la actitud frondista de mi mujer… Comprenderás que sorteo la situación en fuerza de diplomacia. ¡Gustoso renunciaría a mi servicio en Palacio! ¡Gustosísimo! Pero no puedo… El Gobierno me exige permanecer al lado de la Reina. Y me sacrifico silenciosamente.
—Silencio de una Heroína. Novela por entregas.
El Barón de Bonifaz se apeó saludando a las estrellas con una carcajada.

VI

EL Club vertía sus luces sobre la acera, y el sereno, caperuza, chuzo, farol, apuntaba sus triángulos sobre una esquina. El Marqués de Redín, en la puerta luminosa, levantaba el junco: Las luces de la chistera y el charol de las botas inscribían el prestigio elegante de la silueta. Con el junco erguido y el veguero echando humo, entonado y británico, llamaba a su cochero. El Marqués de Torre-Mellada se apeó agitando las manos de foca, zalamero, con flautín de alharaca:
—¡Fernandito, qué alegría! Deseando saber de vosotros. Tenemos que hablar confidencialmente. ¿A qué lugar de perdición encaminas los pasos?
El Marqués de Redín insinuó con docta malicia:
—Voy al Ateneo, y dudaba si luego sería demasiado tarde para asomarme un momento por el salón de Carolina.
—¡Carolina, encantada de verte en su tertulia! Te acompaño. ¡Adolfito, formalidad! Me voy con la alhaja de mi cuñado. Fernandito, estaba con la idea de verte. Monta. Carolina te hablará seguramente de nuestro disentimiento político. No le hagas caso. Aun cuando te parezcan razonables algunas de sus quejas, no se lo digas. ¡Fernandito, las mujeres nerviosas e inteligentes son una jaqueca para los maridos! ¡Fernandito de mi alma, voy a tener que divorciarme!

¡Mi situación es insostenible en Palacio! ¡Carolina ha decidido amargarme la vida!

—¡Ya sabes tú endulzártela por fuera!

El palaciego se recogió en el fondo del coche, con cacareo dramático:

—Pasó lo que sabes, con la calumnia que me urdió aquella loca. Desde entonces hemos roto toda relación marital. ¡El motivo no era para tanto, pero las cosas vinieron así! Yo, acaso, soy el más culpable, pero había recobrado la dulce libertad. Carolina, al asumir esa actitud, me concedía patente de corso para divertirme fuera de casa. Yo la vi venir queriendo enmendarse… Pero ya no había remedio. ¡Y así doce años! ¡Cuando estos tiempos!… Es mefistofélica… Ha querido ganarme para su partido, por todos los medios. ¡Hasta seduciéndome!

El Marqués de Redín disimulaba una fría contrariedad bajo el pliegue de su sonrisa. Torre-Mellada, transformándose en cada visaje, se tocaba la onda del pelo, ahuecándola con mucho tiento y arte. El de Redín miró a su cuñado con un gesto firme y receloso:

—¡Acabemos!

Torre-Mellada, atento a su papel, no paró mientes en la actitud un poco extraña de su cuñado:

—¡Fernandito, tú solo puedes salvarme! ¡Porque supongo que tú eres de los leales a la Reina!

—Ya sabes que deseo permanecer ajeno a la política.

Torre-Mellada bajó la voz, con un dejo de casquivano comadreo:

—La Infanta tiene partidarios en el mismo Palacio. La Señora trina contra su hermana, y no le falta razón. ¡Es una ingratitud sin ejemplo!

Murmuró, interesado, Redín:

—No sospechaba que las relaciones entre las dos hermanas fuesen tan tirantes.

Siguió en su tema Torre-Mellada:

—Tú puedes mucho en el ánimo de Carolina. ¡Háblale, Fernandito! Despliega toda tu elocuencia. ¡Convéncela! ¡Ayúdame a domar la bisbética!

El Marqués de Redín, que esquivaba una respuesta, sesgó la boca:

—¡Qué! ¿La Infanta tiene partido en Palacio?

Se encogió en el rincón del coche, Torre-Mellada:

—Verdaderamente, no lo sé… En Palacio se teme a los Generales de la Unión. Yo nunca he comprendido ese miedo. ¿Cómo puede el descontento de

unos cuantos fajines, derribar el Trono de San Fernando?

—No es precisamente el de San Fernando.

—¡De San Fernando! ¡Se ha dicho siempre! Pero diré de Doña Isabel. Es lo mismo. Su Santidad, al enviarnos la Rosa de Oro, le ha dado un golpe a las intrigas revolucionarias. ¡El pueblo es católico!

Calló rendido. Estaba acostumbrado al picoteo de las antecámaras, y en las muchas palabras se ahogaba, perdido el ritmo de los alientos. Se aseguró el cuñado las lentes de oro, con docta y elegante sonrisa:

—¡Hay momentos en que es un crimen la adulación a los Reyes!

Picoteó Torre-Mellada:

—¡Mal discípulo de Maquiavelo!

El diplomático le miró con lástima risueña, disimulando en el tono la crueldad de su réplica:

—Jeromo, deja reposar los manes de ese ilustre compañero a quien solo conoces de murmuraciones.

—Con todo ello, vuelvo a decirte que ciertas verdades son disculpables en algún chafarote, pero nunca en nosotros, Fernandito. Los Grandes de España no podemos olvidar las conveniencias de la etiqueta, por mucha que sea la confianza que nos dispensan las Reales Personas… A Carolina no puedes decirle que viene la Revolución. ¡Sería darle alas!

Cortó el Marqués de Redín con una sonrisa:

—¡La engañaremos!

Y saltó el otro, adulador y casquivano:

—¡Sé diplomático!

Callaron, y Redín se inclinó, ojeando por el vidrio la acera iluminada de la Fonda de Europa. Un personaje agigantado, con el uniforme de los zuavos pontificios, se apeaba de un landó que tenía las armas de Monseñor Barili, Nuncio Apostólico. El diplomático quedó pensativo con un gesto de duda en el labio:

—¿Ese aventurero está en Madrid? Le suponía en Italia. En París andaba metido en la abdicación del Infante Don Juan.

Torre-Mellada se puso el espadín entre las rodillas:

—¡El Infante no hará armas contra su prima!

—¡Quién sabe!

—Tenlo por cierto.

—El Infante, no… Pero su hijo…

—Tenemos al Papa.
—Y el carlismo en Palacio.
—¡La mejor política, Fernandito!
—El Infante estuvo en España.
—Lo inventaron los gacetilleros.
—Y estuvo en Palacio.
—¿En Palacio?
—Celebró una entrevista con los Reyes.
—¿Me preguntas, o afirmas?
—Te pregunto, porque a mí solo llegaron voces fatuas.
—¡Yo no sé nada! La Reina quiere mucho a su primo, que como es un cumplido caballero, le corresponde. La Madre Patrocinio tiene la política de unir las dos ramas. Pero hay celos de por medio, y queriéndolo todos y siendo para todos tan beneficioso, no se ponen de acuerdo.
Quedó con los ojos cerrados, acariciando las plumas del sombrero, posado en las rodillas como un pajarraco:
—Fernandito, es lo mismo que las luchas por la Constitución. ¡Una comedia! ¿Qué político puede querer atarse las manos? ¡Algún loco! Yo estoy contigo en lo de llamar a Serrano. ¿Qué inconveniente hay en que alguna vez manden los liberales? Ya se verá cómo todo es lo mismo. ¿No era esa tu idea?
Quedó en reposo, esperando una respuesta. Instintivamente quería penetrar el sentir de su cuñado, y halagarlo, lleno de concesiones para todas las ideas, con una benevolencia de palatino milagrero y volteriano. Tornó a su tema:
—¿Por qué conspiran? ¿Cuál es el cacareo? ¿El poder o la libertad? ¿El poder? Pues dárselo. Estoy contigo en lo de haber llamado a Serrano. ¡Me ha hecho reflexionar lo que me has dicho tiempo atrás al salir de Palacio! Fernandito, hay que dejar las teorías, y convencerse de que ningún político se ata voluntariamente las manos. La Constitución, con tanto discurso, y tanto meter bulla y costar una guerra, no la quiere nadie. ¡Es un fantasma!
—¡La Tía Fingida!
Aplaudió adulador Torre-Mellada:
—¡Ático! ¡Siempre tienes la frase!
Y repitió balanceando el esdrújulo:
—¡Ático! ¡Ático!
Redín entornó los ojos y se aseguró los quevedos, un poco irónico del incienso con que le regalaba su cuñado. Torre-Mellada sentía el agobio del

silencio y se mareaba hablando, con un dolor íntimo y lejano, de su situación en Palacio.

VII

EL Ateneo Literario y Artístico tenía su sede en un casón obscuro y decrépito, de la calle de la Montera. Bullían algareros los Ejércitos de Apolo: Estaba indecisa la batalla entre el Rey Don Francisco y el Duque de Montpensier. Patricio de la Escosura peroraba en un corro. Eduardo Saco correteaba por salas y pasillos, agudo y maldiciente. En el Olimpo de sillones y calvas, tosía Julián Romea. Manuel del Palacio, cerca de una ventana, apartado con otros de la cuerda progresista, recitaba un soneto, que era celebrado con risas. Floro Moro, bohemio y noctámbulo, se desayunaba en un rincón, con chocolate y buñuelos. Se abrazaban bajo una lámpara, el Marqués de Molíns y González Bravo. Un ujier potroso, los botones colgantes y la colilla apagada en la oreja, daba bordos buscando con la mirada y batiendo la misma tecla:

—¡El señor Marqués de Redín!

Iba de uno a otro grupo. Julio Nombela, pequeño, barbudo, circunspecto, subía a la tribuna para comunicar el aplazamiento de la votación: Despedíale el concurso con aplausos y siseos. Patricio de la Escosura se inflaba tribunicio:

—La Junta Directiva ha cedido a la presión del Gobierno.

El eco de las disputas turbaba la paz sabihonda de la biblioteca. Cánovas del Castillo se ajustaba los lentes sobre una revista. Rasgueaba una larga carta libidinosa, con citas latinas del vate mantuano, Juanito Valera. Escamoteaba un libro entre los hábitos, el cura Freyre. El gato bibliotecario recorría las filas de estantes, aterciopelando en ondulaciones elásticas, su ronda acrobática, la cola en arco, los ojos lucientes. El ujier asomó cauteloso en el santuario de la sapiencia atenea. Examinó los rostros inclinados, luminosos en el ruedo de las lámparas de petróleo, con enagüillas verdes. La docta tábula cubierta de infolios, fascículos, atriles, calamarios y péñolas, tenía una luz de mesa de juego. El Marqués de Redín se distraía hojeando el Gotha. Llegose el ujier, y familiar le habló a la oreja:

—Señor Marqués, ha venido buscándole un fámulo de su casa. Motivado la insólita concurrencia, no se le pudo dar cercioro de hallarse usted en el local, y dejó el aviso en conserjería.

El Marqués de Redín se volvió con un gesto de sorpresa:

—¿Recado de mi casa?

—Y parece que urgente.

—¿Por qué no esperó el criado?

—Pues si creo que ha dicho que iba en busca de médico.

—¡Un médico!

El Marqués se levantó, recogiendo los guantes, cambiando un leve saludo de compañero, con Juanito Valera. El docto cordobés respondió volviéndose al paso, con atildado y congénito empaque:

—¿Redín, a quién otorga usted su voto? ¡Ilumíneme usted! ¿Cuál de los dos egregios candidatos aquilata más merecimientos?

Sonrió Redín:

—Indudablemente el Rey Consorte. Su epistolario será famoso con el tiempo.

Glosó, docto y malicioso, Valera:

—Abelardo y Eloísa en un cuño. El Rey Consorte indudablemente tiene un prestigio mitológico.

Se despidió Redín:

—Adiós, Juanito.

—Adiós, Redín. Y gracias, porque ha sido usted para mis dudas, el Paracleto.

VIII

EL Marqués de Redín halló su casa en trastorno. Media noche pasada, y las luces del zaguán y de la escalera todavía sin apagar. Franca la antesala, un criado recibiendo el abrigo, el bastón, el sombrero del doctor Laguna:

—¿Quién está enfermo?

El doctor se volvió bajo el globo del farolón, iluminada la carátula inglesa de *setter* con espejuelos:

—¡Calma, amigo Don Fernando! ¡Nada de alarmas! Solo se trata, según creo, de una descalabradura del chico. Sospecho que no sea mucho el daño.

Salió una doncella con aire peripuesto de urgencia, asustada:

—¡La señora Marquesa está con un ataque!

—¡Travesuras de muchachos y nervios de señoras! Calma, amigo Don Fernando.

El doctor Laguna, en sus visitas de médico, adoptaba un estilo humorístico, aparentando no conceder la menor importancia a las quejas y quebrantos de sus enfermos. Las lunas de los espejuelos sellaban con cierto empaque de sabiduría escéptica, las palabras del famoso médico. El Marqués se quitaba los guantes:

—Doctor, vea usted al chico. El mal de mi mujer ya lo conocemos.

Asintió la rubia carátula de pachón con gafas sabihondas:

—Que la libren de opresiones y le hagan tomar una infusión de tila. ¿Dónde está el señorito?

El lacayo, pegándose a la pared, incomprensivo y admirado del dictamen, guio al doctor.

—Por aquí.

—¿Cuándo ha ocurrido el percance?

—La hora justa no está en claro. Quien primero oyó como una queja, ha sido la señorita Eulalia.

—¿Es diablo el señorito?

—¡Más que diablo!

Salió en un blanco revuelo, a la puerta de la alcoba, impregnada de afán y fragancia, una indecisa figura de mujer joven:

—¡Doctor, qué susto nos ha dado el bueno de Agila! ¡Le recogieron desvanecido! ¡La pobre criatura apenas se queja para no asustarnos! ¡Doctor, se descolgaba por un canalón desde el segundo piso!

—¡Y no se ha matado!

—¡Un milagro! Véalo usted.

IX

EL doctor, suspenso en la puerta, se hacía cargo de la posición del enfermo. Agila, pálido, con la frente bajo una servilleta mojada en vinagre, apenas entreabrió los ojos. El doctor, indicando con el gesto que aproximasen una luz, le descubrió el pecho y las manos: Le estiró los brazos con largo movimiento y los colocó paralelos al tronco: Puso sobre la sábana su cartera de cirugía: En el arsenal de aceros buscó las tijeras y cortó la camisa. Sobre el desnudo esternón corría la luz con un tremido que desconcertaba las líneas de la figura yacente. Eulalia se cubrió los ojos. El doctor levantó la cabeza y miró en redondo, paseando las lunas de los espejuelos con una muda interrogación. Sus dedos

tanteaban sobre el cuerpo de Agila:

—Quéjese cuando sienta mayor dolor bajo la presión de mis dedos.

Suspiró Agila:

—¡Todo me duele!

—¡Magullamiento general! ¿Y la cabeza?

—También.

—¿Náuseas de estómago?

—También.

—¿Y sueño?

—Mucho sueño.

—El pulso no está demasiado agitado. ¿Puede usted recordar si ha caído desde muy alto?

—¡Nunca acababa de caer!…

—¡Hay una Providencia! ¡Ni una fractura! ¡Ni gran conmoción visceral! ¿Y cree usted haber caído de muy alto?

—Estuve no sé cuánto tiempo en el aire, con la luna en los ojos, sin acabar de caer, cayendo. ¡Debió ser de muy alto!

—¿Y cómo se le ocurrió ensayar ese vuelo acrobático?

—Para bajar.

—¿No era la primera vez?

—¡Claro!

El doctor le alzó los párpados y aproximándoles un fósforo encendido, examinó las pupilas contráctiles, de turbados cristales. Le dejó en reposo, cubierto con la sábana hasta el pecho, y se apartó sin ruido. Eulalia, con una seña, le sacó fuera:

—¿Qué?

—No veo nada alarmante.

—¡Un milagro!

—Que no lo repita.

—¡Es un chico tan extraño!…

Apareciose por el quicio disimulado de una puerta, la doncella del trote peripuesto y el aire de apremio asustado:

—La señora Marquesa reclama los auxilios del señor doctor.

X

LA Marquesa de Redín, en el sofá de su alcoba, se recogía llorosa, con un papel en las manos. El Marqués, sentado enfrente, guardaba silencio, contraído el rostro con una expresión de duda angustiada. Entró el doctor:

—Molimiento, coscorrones, travesura innata. ¡Mañana, saltando!

Sollozó la Marquesa:

—¡Este hijo me acorta la vida!

Inquirió con apasionada zozobra el Marqués:

—¿No podrá sobrevenir alguna complicación?

—¡Nada! Amigo Don Fernando, le ha salido a usted el muchacho volatinero.

—¡Es una criatura anormal!

Aplacó el doctor:

—Acaso cierto predominio del sistema nervioso. Ya se buscará un tónico para fortificarlo.

Se dolió, ahogándose, la Marquesa:

—¡Doctor, este hijo es una desgracia!

—Señora, yo he sido padre de once desgracias semejantes, y soy actual abuelo de veintisiete. La familia es una institución llamada a extinguirse por sus muchas molestias.

Los Marqueses cambiaron una mirada. El Marqués, apagado, borroso, maquinal, con gesto de severidad formulista, trascendido de anteriores ocasiones, un gesto impuesto por las circunstancias, solicitó el papel que oprimía la Marquesa:

—Doctor, es usted nuestro amigo y no debemos ocultarle la terrible evidencia. ¡Esa criatura ha querido suicidarse!

Se angustió la madre, caído el busto, doblándose sobre las manos cruzadas:

—¡Es horrible!

El doctor abismó en un gran cabeceo su rubia expresión de perro con lentes:

—¿El hecho es de absoluta evidencia?

Moduló el padre con un tono velado de amargo reproche:

—¡Esta carta nos dejaba ese insensato!

La Marquesa lloraba angustiada, soponciándose. El Marqués tiró de la campanilla y acudió la doncella, que en el primer momento cayó en la cuenta, y se arrodilló al pie del sofá. El Marqués, con una mirada macilenta, le hizo

donación de la Marquesa. Con fría compostura, lentamente, se apartó hasta las luces de una consola: Tendida la carta ante los ojos, levantó la cabeza y apagó la voz:

—Doctor, oiga usted lo que escribe esa criatura de trece años: «No me es dable seguir soportando la cadena de la existencia. Mi vida se consume sin gozar del sublime espectáculo del Universo. Prefiero matarme —y soy un niño—, antes que volver a verme en la mazmorra del colegio. Vuestro arrepentido, Agila».

La Marquesa, reclinada en el sofá, suelta de cinturillas y corchetes, apuraba la infusión de tila, envuelta en las falsas mieles de la doncella. Jicara y cucharilla promovían un quebrado son cristalino, en la penumbra de la alcoba: Tintinaban su leve zozobra, en el asombrado silencio. El doctor, humorista y filosofante, quebró la pausa soplando con cascados fuelles:

—¡No se preocupe usted, Don Fernando! Tendremos en ese chico otro Narváez. El Espadón, cuando apenas era estilete, también ha querido suicidarse. Convídeme usted a soconusco y le contaré esa historia, que muy pocos saben. El chocolate mándelo usted subir de la buñolería de la esquina. Suelo tomarlo algunas madrugadas, y es un veneno que no mata. Marquesa, procure usted serenarse y dormir.

Las lunas de los espejuelos brillaban joviales sobre los rubios cachetes de perdiguero británico.

XI

EL doctor y el Marqués, vagarosos, lentos, conversando en voz baja, se acogieron a una saleta vecina, con fuego en la chimenea. El Marqués de Redín, sin perder su elegante empaque, se apartaba el cordón de los quevedos, sobre el rizo de una oreja:

—Doctor, necesito su consejo: Su doble consejo de padre prolífico y hombre de ciencia. Tengo remordimientos respecto a mi conducta —acaso demasiado rígida— en los métodos educativos empleados con Agila. ¡Es una criatura anormal y me negaba a reconocerlo! ¡Me dolía profundamente! Ahora me obsesiona su evidencia. ¡Mi severidad ha sido monstruosa! ¿Doctor, usted qué me aconseja? ¿Doblegarme? ¿Ceder? ¿Dar oídos a esa carta? ¡Ceder! ¿Pero a los propios ojos de ese niño no arrastraría mi dignidad de padre? ¡En este momento,

son tantas mis dudas que me harán un gran bien sus consejos, querido doctor!

El Marqués fraseaba con atildada tersura, recalcando los acentos sintáxicos, ondulando las cláusulas. El doctor pringaba en el cangilón de chocolate, los populares buñuelos:

—¿Querido Don Fernando, de qué extrañas conjeturas ha sacado usted la anormalidad del chico? Un chico precoz, voluntarioso, atiborrado de novelones, de dramones, de romances, no es una anormalidad. ¡Convengo en que son terribles esas precocidades de los hijos!

—¿Doctor, cuál sería la conducta de usted?

—Seguramente hubiera dejado a mi mujer que dictase sentencia.

—¿Su mujer de usted será de una voluntad enérgica?

—Resolvería el caso por instinto, que es como gobiernan las mujeres. El instinto, en buena pedagogía, debe ponerse sobre el razonamiento. La infancia es instinto, la paternidad debe ser también instinto. No me pida consejo, amigo Don Fernando.

—¿La paternidad, instinto?

—Seguramente.

—Me falta ese instinto.

—Todos hemos padecido alguna vez la misma zozobra.

Meditó el Marqués con una bella expresión de ansiedad dolorosa:

—¡No sé educar hijos! ¿Doctor, ninguna anormalidad ve usted en la carta de este niño?

—Nada más que contagio de literatura.

—¿Y el intento, afortunadamente frustrado?…

—La fobia del aula es casi siempre el origen del suicidio infantil.

—¿Y la anormalidad del acto, en sí misma?

—La anormalidad es muy discutible. Puede ser un impulso extravago y puede tener una órbita: Repetirse. Estudiaremos al chico, Don Fernando. ¡Es paradójico! Yo, a uno de mis vástagos, lo hubiera entregado a la férula instintiva de mi mujer, y usted quiere que se lo analicemos en el laboratorio.

—Doctor, ¿si usted impusiese como plan inapelable que el chico se fuese con su abuela a Navarra? No quiero parecer blando, y con ese arbitrio…

—Don Fernando, ha recetado usted lo más conveniente. La montaña tonificará al muchacho.

—La prescripción es de usted, doctor. No hay que olvidarlo. ¡Usted impone el tratamiento!

—En absoluto.

—Gracias, doctor.

—Vea qué fácilmente se resuelven los problemas, y no se preocupe buscando anormalidades. Todo pudiera ser que padeciésemos otros Narváez. El Espadón, de chaval, también hizo la mona de suicidarse. Aquel fue con una navaja barbera.

—Ignoraba completamente ese episodio de la rada del Duque.

—¿No ha reparado usted una cicatriz que tiene en el cuello?

—En un militar, y en un militar valiente, las cicatrices siempre están justificadas.

—Ramón Narváez, a los chicos de su edad, nos embaucaba que el chirlo se lo había ganado en riña con unos gitanos.

—Y está más de acuerdo con su carácter.

—Ha sido como le cuento. Tengo la versión por mi padre, que era médico de Loja.

—¿Diga usted, es tan grave como se dice el estado del Duque?

—No le visito. Rompí, hace tiempo, toda relación con ese ilustre cabo de vara… Pero he oído, entre compañeros, que es caso perdido. ¡Pavoroso porvenir!

El doctor abismaba la carátula de perro canelo en un gran gesto. Tenían cabrilleos de sabiduría los brillantes de sus manos y de su pechera.

XII

EL Marqués se recogía el cordón de los quevedos, con aquel su empaque de atildada prosopopeya:

—El Duque de la Torre volverá a ser Ministro Universal. En la rubia carátula del médico acusaron los cachetes una sonrisa de filósofo humorista:

—Está ya muy feo el General Bonito.

Explicó el Marqués:

—Será Regente, porque los revolucionarios vendrán imponiendo la abdicación en el Príncipe Alfonso.

—¿Y Montpensier?

—Esa candidatura tiene el veto de Napoleón. ¡Y no creo que solo por el gusto de hacerlo mal, nos busquemos una querella con Francia!

El doctor se inclinó con murmullo confidencial:

—Don Fernando, llevo en el bolsillo mi renuncia como Médico de la Real Casa. Hay una intriga facciosa, a la que no quiero prestarme. Usted no estará sin alguna noticia de esos cabildeos: Anda en ellos su cuñado Torre-Mellada. Las Camarillas, y esto va en reserva, se muestran poco afectas a la abdicación del Príncipe. Roma gobierna hoy en Palacio. ¡Allí lo que asusta es el credo liberal, aun en dosis homeopáticas! Siempre significaría un avance en tal sentido la abdicación impuesta por los Generales de la Unión. Las Camarillas desean una inteligencia con la rama de Don Carlos. El Príncipe, bien que mal, representaría una concesión al espíritu revolucionario, y se desea un dique: No se sueña con menos que con restaurar la Inquisición… ¡Y como desgraciadamente fomenta esas cábalas la salud del Príncipe!…

—¿Es verdad que ha tenido una hemoptisis?

—Una hemoptisis no tiene la significación que le conceden los profanos. Su Alteza viene padeciendo un estado catarral muy pertinaz.

—¿Y la intriga se teje sobre la fúnebre promesa de su muerte?

El Marqués articulaba con docta elegancia de retórico. El doctor asentía:

—En el heredero de una corona todas las alteraciones de salud son motivo de intrigas cortesanas.

El Marqués sacó una punta al hilo de sus reflexiones:

—No creía que se repitiesen las locuras de La Rápita. En Palacio pudo soñarse una vez con la abdicación y el reconocimiento de la otra rama. ¡Una vez! No todos los generales saben guardar un secreto tan profundamente como Jaime Ortega.

Explicó el médico:

—Don Juan abdicaría en su hijo Don Carlos.

—Todavía me parece más absurdo el proyecto. El Infante Don Juan, en todo caso, debía ser el candidato de los liberales. Don Juan ha hecho declaraciones en un franco sentido constitucional, que le han enajenado la voluntad de las honradas masas; sin embargo, es el legítimo sucesor en los derechos de Don Carlos María Isidro. Reinando el Infante, las huestes carlistas, sin candidato, se convertirían en el viejo partido apostólico, y se habría resuelto para siempre el pleito de la sucesión legítima. La lucha de las dos tendencias se haría entonces más civil, más parlamentaria, más doctrinal. El Infante Don Juan, con todo de ser un botarate, puede representar el embolado de Rey Constitucional, en tanto que el hijo representa el fanatismo de la Corte de Oñate: Le ha educado la Princesa más fanática de Europa. De cambiar el orden dinástico, lo hábil sería la

legitimidad, sin sotanas ni trabucos: La rama carlista, sin carcas. ¡Don Juan nos ofrece ese milagro!

—No miran así las cosas los que andan en la tramoya. Don Juan es un contagiado de liberalismo, y merece ser depuesto por su heredero y primogénito, el Duque de Madrid. Don Juan, según parece, ha puesto precio a la abdicación: Dos millones, y el trato está hecho. Los dos millones los ha ofrecido el Padre Maldonado.

—Nada cambia en esta bendita tierra. Vuelven a darnos el folletón de La Rápita. Soñarán con otro triunvirato como aquel de Don Juan, Cabrera y Narváez.

Sobrevino el silencio. Se apagaba el fuego en la chimenea. Un reloj desconcertado precipitó en el silencio su lluvia de lentejas sonoras.

XIII

EL Espadón de Loja, con garrafas en los pies, cáusticos en los costados, y en las orejas cuatro pendientes de sanguijuelas, íbase de este mundo amargo, a todo el compás de sus zancas gitanas: En sopor, con hervores de pecho, sostenía inconexos diálogos agitado por los fantasmas de la fiebre:

—¡España se divorcia de la Monarquía!

Aconsejó, familiar, el criado que le velaba:

—Hay que ver de conciliar un sueño.

—¡No me jorobes, Bodega! ¡Harto me queda de dormir en el cementerio! ¡Bodega, dejo mandado que me lleven a Loja!

—Hay que dormirse y dejar cavilaciones. Otra cosa no recomiendan los doctores.

—Que les pongan un cencerro. ¡Revolución demagógica! No hemos sabido acabar la guerra civil. El abrazo ha sido más falso que el beso de Judas. España pedía una sola política y se la hemos negado. ¡Carlismo sin sotanas! Carlismo de Carlos III. ¡España, mi España! ¡Negro todo y sin saber adónde vamos ninguno de los dos! ¡Bodega, si me hubiese equivocado, qué enorme culpa!

—No la reputo por tan mayor.

—¡Irreparable! ¡Hice la historia, y muero ignorante de mi página! ¡Me atormenta la duda! No saber nada cuando voy a ser juzgado… ¡Aquí!… ¡Allá!…

Don Ramón María Narváez, Duque de Valencia, Grande de España, Capitán

general de los Ejércitos, Caballero del Toisón y Presidente del Real Consejo, hacía su cuenta de conciencia: Miraba en sí, con mirada advertida, juntando la contemplación ascética con presagios y agüeros de gitano rancio. El señor Duque de Valencia, en las sombras de la alcoba, fulminaba sus últimos reniegos con ojos lucientes de fiebre, y la calva ceñida a lo majo, por el gibraltarino pañuelo de seda:

—¡Esto se va! ¡Lástima no haberla diñado antes! ¡Bodega! ¡Bodega!

Respondió en la sombra de la cabecera el ayuda de cámara:

—¡Aquí estamos a la orden!

—Se me ha escurrido una sanguijuela. Será bien limpiarla.

—Ya lo veremos.

—¡Esto se va!

—Cuando Dios lo acuerde, y no ha salido esa disposición en la *Gaceta de San Pedro*.

—¡Cuántas responsabilidades sobre mi conciencia! ¡Así no hubiese gobernado nunca esta Ínsula Barataria!

—Ya no hay remedio, pero nos hubiéramos ahorrado sinfín de rabietas.

—¡Vete al diablo, Bodega!

XIV

EL Espadón de Loja batalla con las ansias de la muerte, y el guitarrillo del ciego ya solfea unas guajiras con la befa del entierro: Don Felipito, dómine jubilado, las entona a puerta cerrada en la rebotica del Licenciado Santa Marta: Era Don Felipito un vejete con negras antiparras, bigote de pavo, taima y guitarrillo. El gozque de lanas que le guía de un cordel, atiende al nombre de Merengue: En dos pies, con el platillo sobre los brazuelos, plantábase ante las bolsas cerradas, destacando una escala agresiva de ladridos, que dibujaba con el rabo. Merengue sabía oír en una actitud recogida las coplas de su amo, y entornar como un académico los tristes ojos con legañas. Era un perro sabio. Don Felipito cantaba:

—¡Gori! ¡Gori! ¡El cherinol
Guiña el ojo! ¡Gori! ¡Gori!
Lloran la Monja y Marfori,
Y de Cádiz al Ferrol,
Repite Juan Español:
¡Gori, Gori, que la diña!
¡Que el remo alarga! ¡Que guiña
El ojo! ¡Que tuerce el pico!…
Y desde Calpe a Motrico
Se grita: ¡Viva la Niña!

¿Adónde va el Espadón,
Con tan gallardo compás,
Si grita San Pedro:—¡Atrás!
Y echa el cerrojo al portón?
No te empalmes, Don Ramón,
No escupas por el colmillo,
No montes el cachorrillo,
Que puede el Santo Portero
Majarte con el llavero
Peluquín y colodrillo.

Las coplas del ciego entusiasmaban en la rebotica. Don Eugenio Santa Marta le compró todos los pliegos para repartir al día siguiente entre la parroquia. Acallado el regocijo, volvió a cantar el vejete, bajo la mirada comprensiva del perro:

—No se lamen de canguelo
Desde Marfori a Roncali.
Sor Patrocinio, un álcali
Sorbe. Por darse consuelo,
La Reina, zampa un buñuelo
Con una copa de anís.
Y Don Francisco de Asís
Sacando la minga muerta
Al amparo de una puerta
Lloriquea y hace pis.

Ruge la Revolución,
Se avecina la tormenta.
Maldiciendo de su afrenta
Se levanta la nación.
Detrás de Isabel, Antón,
Afilando la pestaña,
Quiere reinar en España,
Olvidando que la miel,
No es para la boca del…
Del naranjero Cucaña.

Gritó Don Blas Salmonte, que era corrector de la *Nueva Iberia*:

—¡Eso es de Manolo Palacio! ¡Clavado, del Maestro Fenómeno!

Encomió Don Eugenio:

—¡Bueno viene el *Gil Blas*! Lo reparten bajo sobre.

El doctor Cayuela interrogó atropellado y serio:

—¿Tú lo tienes?

—Se lo llevó mi cuñada para leerlo en Platerías.

—Pues guárdame la vez.

Rugió un capitán retirado, entusiasta de Prim:

—¡Hay que leerlo en la tertulia, caballeros!

Declaró Don Felipito, inclinado sobre la guitarra, apretando las clavijas:

—Yo traigo *El Alacrán* y *El Dómine*. Tampoco les falta mostaza.

Don Eugenio se volvió al mancebo de la botica, un gordinflón rubio, con lentes y calva:

—¿Pues no me habías dicho que estaban recogidos, cuando te mandé a buscarlos?

Salustio alzó los hombros, un poco alelado:

—¡Recogidos están!

Don Felipito levantó el rostro, que las negras antiparras hacían más triste y consunto:

—¡Recogidos, y los redactores en la cárcel! Se venden de ocultis y se pagan a peseta. Si ustedes quieren, pueden verlos, y dejo a su voluntad el estipendio.

El boticario pasó en ronda la petaca, y después, liando un cigarrillo, lo puso en las manos del ciego, con una palmada:

—¿*El Alacrán* y *El Dómine* a peseta? Se conoce que hay muchos millonarios.

Insistió el vejete:

—Algunos números se han vendido a ese precio.

—Compadre, usted se hace rico bajo este Gobierno.

El militar, que sujeto a su retiro pasaba muchos trabajos, tenía una expresión dura y amarga. El boticario, siempre de plácido talante, encendió un fósforo para el cigarrillo del ciego:

—Don Felipe, yo pago un real por número. ¿Hace?

—No hablemos más.

Buscó el vejete los periódicos en las profundidades del chisterón. Estaban sobados y con manchas de café. Don Eugenio los extendió sobre el mostrador:

—¡Si son de la semana pasada!

—¡Pues no han salido otros!

El gordinflón rubio se animó con una risa de todo el rostro:

—¡Ya me dejaba usted mal, Don Felipito!

Don Felipito levantó sus negras cuencas, y llevose una mano al pecho:

—¡No quise dejarte mal!… Sufrí una equivocación y pido perdón a la concurrencia. Si esos números salieron a la calle, mañana estarán aquí. No digo más. Buenas noches. ¡Salud y pesetas!

Se fue guiado de Merengue. Un momento permaneció detenido en la acera, adivinando el claro cielo con luceros.

XV

DON Felipito, pegado al filo de la acera, golpea con el hierro de la garrota en los adoquines, hasta sacar chispas. Le detuvo un guindilla, que al oírle pasar, salió de la iluminada taberna:

—¡Alto!

Tendíase sobre la acera ancha banda de luz, y el ciego se detuvo en ella con rara sensibilidad:

—¿Qué se ofrece?

—¡Que voy a arrimarte una solfa como sigas vendiendo papeles contra el Gobierno!

—¡Calumnia! ¡Vil calumnia! ¡Mi vida es tan honrada como paupérrima!

—¡Ya te lo dirán en la Comisaría!

—¡Ya no se respeta la voluntad ciudadana, y al hombre se le ponen grilletes!

Vino, acercándose, la sombra caduca de una mujer que revolvía por los rincones, con un gancho y un cesto.

—¡Qué negras leyes! ¡Ni ganarse la vida le dejan al abuelo!

Gritó engallado el vejete:

—¡Es la justicia que manda hacer el Rey mi Señor!

Crisanto, el tabernero, salió a la puerta, limpiándose las manos al mandilón: Tenía los brazos arremangados, y un gesto saturnal de verdugo que ha cortado muchas cabezas: Era grandote, alegre, tripón, zancudo, la cara de luna, y la voz y la gola de clérigo:

—¡Déjale, Parrondo! ¡El hombre se gana la vida como puede!

Don Felipito se quitó el abollado chisterón saludando:

—¡Todos me conocen! He pasado mi vida adoctrinando a la juventud en la calle del Olivar. Por mi escuela pasó alguno que después fue Ministro de Isabel. ¡Ciertamente que no era de los más aventajados, y algunas albardas le he puesto!

Parrondo llevó la mano a la empuñadura del sable, y se volvió al tabernero:

—¡No lo ves que ya está faltando!

—¡A nadie falto!

—Usted no ha puesto albardas a ningún Ministro.

—¡Yo no miento!

—Usted es un demagógico, y lo que dice no lo sostendrá en la Comi.

—¡La Comi! ¿Qué ruda prosodia es esa?

Parrondo volviose de nuevo al tabernero:

—¿Te parece que aún no falta, Crisanto?

Crisanto se cruzó las manos tras la nuca, con un esperezo:

—Ello es según se aprecie.

Acriminó con el gancho, la sombra caduca de la trapera, que era castellana de Burgos:

—¡Te da buena enseñanza, y debes agradecerlo!

Por el arroyo venía un borracho metiéndose en los charcos y hablando con su sombra: Se detuvo con las piernas abiertas, balanceando el cuerpo como si estuviese en la cubierta de un navío: Encarándose con el guindilla, gritó provocativo, la lengua torpe y chapucera como si tuviese borlas:

—¡Viva la Federal!

Parrondo se limpió el rocío de los bigotes, con la manga:

—¿Qué hace un hombre, Crisanto?

Repuso el orondo tabernero:

—¡Míralo cómo viene!

El borracho se acercó haciendo eses:

—¡Buenas noches, maestro! Al que guste de trincar una copa, le convida Eliseo Dueñas. Convida y paga. ¿No es verdad, maestro?

Rio Crisanto:

—Para el que no paga tengo yo una estaca muy buena.

—Yo soy un borracho de conciencia. Convido a todos, y a usted también, guardia. En esto no tienen que ver las ideas. El abuelo del guitarrillo canta unas coplas regulares, y el perro es una eminencia.

Rasgueando sobre el garrote, empezó a cantar con voz estropajosa:

—¡A la Isabelona,
El Padre Claret
Le trajo de Roma
Polvos de rapé!

El del Orden, desnudando el sable, se lanzó sobre el borracho, que cayó abriéndose la frente en el borde de la acera. Salieron los parroquianos de la tasca, y con amotinada protesta, levantaron al caído, que barbollaba vituperios, medio cegado por la sangre. La vieja del gancho sacó las uñas:

—¡Por una copla matan a un hombre!

En la boca obscura de un callejón, pintada y con flores en el pelo, asomaba una mujer:

—Las coplas no son delitos mayores, y hay que tener otro miramiento.

Parrondo se volvió al tabernero:

—¡Crisanto, declara tú si este sujeto no ha faltado a la moralidad pública!

Desde la boca obscura del callejón, respondió la sombra florida:

—¡Hasta con los cantares se mete este cochino Gobierno!

Crisanto levantó una mano grande y apaciguadora:

—¡Parrondo, hay que ser más ecuménico!

Habían metido al borracho en la taberna, y delante del mostrador le lavaban la herida con vinagre. La sombra del callejón alejose cantando en sordina, como un trágala a la furia autoritaria de Parrondo:

—¡Isabel y Marfori!
¡Patrocinio y Claret!
¡Para formar un banco,
Vaya unos cuatro pies!

Parrondo, sin hacer apariencia de oír la copla, entrose en la taberna, y ante el mostrador donde vendaban al borracho, se puso a lavar una mancha de sangre que tenía en el uniforme: Luego explicó al chico que frotaba el cinc:

—No creas que nos viste el Gobierno. El uniforme sale del cochino haber. Figúrate que ese pelanas me lo rasga. El puchero, a la funerala, y la mujer y los hijos a pedir por las puertas.

Cacareó Don Felipito:

—¿Por qué, siendo un paria como todos los presentes, se deja usted arrebatar del odio contra el pueblo?

Parrondo le miró, y soplándose los bigotes se puso a la altura de aquella

arenga:

—La España es un país ingobernable.

Gritó una voz desde el fondo de la taberna:

—¡Viva la Niña!

Suspiró Don Felipito:

—¡Ya tarda!

Y tirando del cordel al perrillo, caminó bajo la luna, siguiendo la acera. El hierro de la garrota, al batir las losas, resonaba en la calle solitaria. El vejete se anunciaba de lejos, y pasaba sin ver, triste, con la tristeza de sus antiparras negras, orientado por el rabo de Merengue. También era triste la vitola del perrillo. ¡Una pinturera trasquila convertía en león de consola, al petulante Merengue!

XVI

DON Felipito entró en el Café de Platerías. La coima sin edad que vendía fósforos, aleluyas, gomas y calendarios, le detuvo en la puerta:

—Han estado los del Orden: Se llevaron a los del *Gil*. Dicen que mañana salen en cuerda. A mí me quitaron tres números del *Alacrán*. No me quedaban más, si más me quedan igualmente se los llevan. ¡Ya no se puede vivir! Usted, Don Felipito, si trae algún papel de los subversivos anda expuesto.

—¡He vendido todas mis coplas al boticario de Santo Domingo!

—Dicen que por ellas está preso el poeta de las melenas. Se engoló Don Felipito:

—Pues se equivocan, son de otra minerva.

—¡Por mí, que sean del Nuncio!

En el café había tanta gente, que el vaho de la parroquia embasaba los espejos. Merengue, huroneando por entre las mesas, llevó al ciego a la rinconada del mostrador, donde había una ilusionada tertulia de radicales famélicos, y dos jamonas pensionistas, que cenaban su café con tostada. Don Felipito sentose con la guitarra al flanco. El lanudo lazarillo, luciendo sus habilidades, levantado en dos patas, iniciaba un paso de baile. Satisfecho de aquellos ejercicios didácticos, empezó a sorber su café el antiguo maestro de la calle del Olivar. Merengue se agazapó debajo de la mesa, tenía la humildad desdeñosa y cínica de Diógenes Ateniense. Uno del corro, clérigo sin licencias, contaba la tenida secreta en la

Logia de Botoneras. Había asistido el Infante Don Enrique. Interrumpió Virgilio Llanos, mozo alto y fuerte, ronca y socarrona la voz.

—¡El Infante es un barbián!

—¡Y un Borbón!

Don Amancio, padre de esta sentencia, sonreía con los ojos cerrados. Era un viejo enteco, amomiado, doctoral, que parecía haber salido del sarcófago para venir aquella noche al Café de Platerías: Depositaba los frutos de su saber mileno, en la tertulia de radicales, suavemente, con un gesto blando, religioso, medido: Dijérase que aquellos conceptos sagrados temía verlos convertidos en polvo, como los tesoros de las tumbas:

—Del Infante no hay que fiarse: Está sin un cuarto, y el hombre ventea dónde lo hay. Me arriesgo mucho al decir esto, pero temo que sea un espía de la Reina.

—¡Imposible! ¡Ha venido de la emigración jugándoselo todo!

Virgilio apostillaba siempre con el puño en el mármol de la mesa. Insolentose Merengue con un ladrido, y el bonete excomulgado advirtió burlón:

—¡Protesta Merengue!

Y chilló una de las pensionistas:

—¡Ay, qué ladrón, no me sale de entre las faldas!

El clerigote anudó el relato:

—Don Enrique se ha mostrado decidido adversario de la candidatura de Montpensier.

—¡Por ahí! ¡Por ahí!

Era un eco frío y sepulcral la voz de Don Amancio. Continuaba el excomulgado:

—El Progreso tampoco quiere al naranjero. Nuestro candidato es Don Fernando de Portugal.

Murmuró Don Felipito, dando el último sorbo en su vaso de café:

—Si Prim y Serrano no se ponen de acuerdo, veo muy lejos el triunfo de la causa revolucionaria.

Afirmó Virgilio:

—¡Proclamaremos la República Federal!

Don Amancio insinuó suavemente:

—¡Señores, hay moros en la costa!

Se acercaba postinero un vejete alto, cetrino, jeta y zancas de gitano; vestía zamarra negra y pantalón de talle, podría pasar por bailarín o guitarrista de

tablado, si lo gaitero del chaleco con botones de metal no lo acentuase de lacayo:

—¡Caballeros y hombres buenos, a la paz de Dios!

Susurró Don Amancio:

—¿Qué hay de bueno, Toñete?

—Lo que ustedes digan.

—¿Cómo está el señor Marqués?

—La flor de la maravilla, Don Amancio.

Preguntó compungida una de las pensionistas:

—¿Ha estado enfermo?

—Ha tenido un torzonazo el año pasado, pero está ahora otra vez, como una rosa de pitiminí.

Bramó Virgilio:

—¡Pues ya tiene años ese camafeo!

Toñete levantaba el codo, acariciándose un tufo con el ojo contrario guiñado:

—Pues es el caso que ando loco. ¡Ahí verán ustedes! Ese es el caso… Loco de la cabeza, buscando el relajo de unas coplas que han salido haciendo un planto de pamemas al pobrecito General Narváez. Don Felipito, a usted vengo en última instancia.

Se engalló el vejete:

—Amigo, nada le autoriza a usted para acusarme de un delito como sería repartir libelos. Yo desconozco la existencia de esas coplas.

—¡Alto ahí! Nadie le ha dicho a usted que las repartiese… Solamente que usted puede darme alguna luz para buscarlas.

—Ya le he dicho que desconozco su existencia.

—¿Y ninguno de ustedes puede ayudarme para encontrar esos pliegos?

Saltó Virgilio:

—Yo me las sé de memoria, y si tu amo quiere oírlas, dile que venga a Platerías: Se las cantaré, con acompañamiento en la guitarra de Don Felipito.

—No son para mi amo… Son para la señora Marquesa. Parece ser que en la tertulia desean conocerlas.

Declaró Virgilio con su ronquera socarrona:

—La señora Marquesa, muy señora mía, mañana las recibirá bajo sobre, y no molestes más, Toñete.

—¿No hay un hueco para mí en la mesa?

—¡Por mí, la mesa entera!

Alzábase del rojo diván la hercúlea figura del buen mozo: Requería la capa

para irse, y en aquella actitud se detuvo, mirando retador a la puerta. Entraban en ringla cuatro polizontes, que, atravesando por entre la parroquia, con la mano en la visera, vinieron a ponerse frente al mostrador, esperando el recuelo de café con que todas las noches los convidaba el dueño. Virgilio levantó su bengala, un formidable as de bastos, y acompañándose con las cucharillas de los vasos, rompió a cantar toda la parroquia:

¡El pobre guindilla
Café de recuelo,
Y la Camarilla
Tocino del cielo!

Perro cazallo
Da pronto fin,
Oye el caballo
De Don Juan Prim.

Sin la jamancia,
Vinagre y hiel,
Tendrás en Francia
Triste Isabel.

Los del Orden, con las espaldas inclinadas y los bigotes en los vasos, sorbían en silencio. La parroquia se regocijaba. Merengue dejó las faldas de la solterona y salió bailando en dos patas, con el hocico vuelto. El maestro, turulato y conmovido, alargaba una mano, tanteando sobre el mármol, a la rebusca de un terrón. Las dos solteronas, que, como todas las noches, hacían la zafra en la mesa del café, le fulminaban con terribles miradas. Toñete, marchoso, resplandeciente con la luz genial de una idea, saltó sobre una silla: Con gran gesto levantó los brazos y lanzó un grito sobre la alborotada parroquia:

—¡Viva España!

Un enorme fervor de banderas pasó por la nebulosa sala de Platerías. En el humo de los cigarros, sobre el rojo de los grasientos divanes, en el fondo luminoso y desvaído de los espejos, en la calva del mozo patilludo, que envenenaba con café, brilló el Viva España. Merengue seguía con el hocico torcido, y eran luz las antiparras negras de su dueño. Ya Don Felipito requiere la guitarra y se arranca con un gallo:

—¡La Virgen del Pilar dice
Que no quiere ser francesa,
Que quiere ser capitana
De la tropa aragonesa!

Los del Orden, aprovechando el momento patriótico, salen en fila india, una mano en la visera y otra recogiendo el charrasco. La sala, con noble sentimiento que desborda de su fe progresista, aplaude. Un chulo alumbrado les invita a tomar lo que gusten. Un Coronel honorario los llama y les estrecha los dátiles. Se habla en algunas mesas de proponerles para una recompensa. La menor de las pensionistas encontraba muy simpático al de en medio: Se conocía que era de buena familia. En Doña Gonzalita, la efusión y las lágrimas patrióticas que le correspondían por huérfana de militar, recalaban siempre en una nota romántica, amorosa y tierna. Había nacido el mismo día que Doña Isabel: Le gustaban las batas sueltas, los loros y las habaneras. Lloraba leyendo los folletines, y tenía que tomar agua de azahar.

XVII

EL Barón de Bonifaz ha entrado en el café. Remoto en el fondo nebuloso de divanes y espejos hace señas un clérigo fachendoso —alzacuello, capa torera, espejuelos verdes—. El Niño de Benamejí, rasurado, con el chisterón a lo curro, tenía la maja vitola de un capellán castrense. Adolfito llegó sorteando las mesas:

—Recibí tu aviso cuando meditaba un atraco. ¿Y a ti cuándo te echan el guante? Te va bien el alzacuello, pero un clérigo de tu pinta requiere llevar al costado una buena ama. Segis, tú vas a ser mi tabla de salvación. Antes de las doce de mañana me son urgentes treinta mil reales. ¡Segis, tú vas a ser mi padre!

El otro repuso en sordina, especioso, dando al aire el humo del veguero:

—Yo bien quisiera… Y en otra ocasión no me sería difícil complacerte… Pero sabes la que tengo encima. Si pudiera moverme libremente, estoy seguro de que con algunas formalidades, hallaríamos ese dinero.

—Segis, hay que torear por derecho. Tú sabes que a mí nadie me presta un chavo.

—Han cambiado las circunstancias. Hoy puedes ofrecer un crédito que ayer no tenías. También se cotiza la influencia. El Marqués me ha puesto al

corriente…

—¿Y haces caso de esa cotorra? Acabo de perder la última mota, tengo empeñado el uniforme de gentilhombre y estoy viendo que mañana no voy a Palacio. ¡Necesito a toca teja parné!

—Poca cosa llevo encima.

—¿Qué puedes dejarme?

—No te podré dejar más de veinte duros.

—¿Y mañana?

—¡Habría que explorar voluntades! Proponer el negocio. Cotizar tu influencia. El asunto no es de un día ni de dos. Será preciso vencer muchas dificultades. Sobrevendrán aplazamientos. Lo más urgente es que yo tenga asegurada mi libertad de acción.

—¡Indudablemente!

—Mi seguridad personal y subsidiaria, es lo primero que tienes que recabar de Palacio.

—Cuenta que así será.

—¡Lástima que está en puerta la de vámonos!… ¡Se conspira en todas partes!

—Se ha conspirado siempre.

—No como ahora. Estoy asombrado del aspecto de club demagógico que tiene este café.

—No es función diaria. ¿Acaso estira la pata todos los días un Presidente del Consejo? Segismundo, este es mi naipe,

—No te lo niego. Y si tienes sindéresis puedes situarte muy ventajosamente para luchar en este charni de la vida. No es decirte que hoy ni mañana vayas a reponer tu fortuna.

—Como tú mismo decías, la influencia es dinero.

—¡Cierto! Pero no sueñes con que vas a ser el Muñoz de Tarancón. Era otro el caso.

—Segis, sellemos un pacto.

—Por mí que no quede. Pero sonsoniche, que no conviene enterar a ese pelmazo.

Toñete traía el rumbo para juntarse con ellos: Llegado a la mesa, apoyó una mano en el mármol, y haciendo misterio, metida la cabeza entre los hombros, sonó la castañeta con la lengua:

—¡Para dársela al Verbo Divino!

—¡No sea usted imprudente, Toñete!

El ayuda de cámara permaneció inclinado sobre la mesa, sin tomar asiento:

—El señor Marqués, si usted no ve compromiso, tendrá gusto en hablarle y conferenciar.

XVIII

EL Marqués leía la prensa moderada, recogido a sus habitaciones, con remusgos de gato larero: Saliéndose de la niebla soporífera de un artículo de fondo, aprestó la oreja: Reconocía el trote lechuguino del ayuda de cámara. El Marqués vivía afligido de usuras y deudas. Era por aquellos tiempos muy extrema su carestía de dineros, y estaba en gran zozobra de que naufragasen los préstamos que tenía en trámite con el Niño de Benamejí. Todas las esperanzas del palaciego se cimentaban en los arbitrios de aquel marchoso, por donde tanto le urgía sacarle libre de malos pasos. Para concertar unas secretas visitas, había nombrado internuncio a Toñete. El Marqués, suscitado por el trote tilingo, volvió los ojos a la puerta, con plácido suspiro:

—¿Qué?

—¡Bueno, gracias!

—¿Le has visto?

—En Platerías estaba esperando. ¡Y que está de órdago aquella parroquia! Vamos a tener tremolina revolucionaria.

—¡Déjate de calendarios! ¿Hablaste con el amigo Segismundo?

—Allí estaba con el señor Barón de Bonifaz. Vendrá mañana.

A lo largo del diálogo desnudaba el criado a su señor, le disponía la ropa de noche y levantaba el damasco que cubría la cama. El vejestorio, sin dientes, calado el gorro de dormir, con babuchas y en faldeta, perdía completamente el sexo.

—Toñete, rezaremos el Rosario. ¡Ah! Llámame mañana temprano, que quiero oír misa.

—Pues entonces será lo mejor dejar el rezo y entregarse a Morfeo. Son las mil, y mañana se le pegarán a vuecencia las sábanas.

—¿Crees tú?

—¡Y cualquiera! El que trasnocha, siempre duerme la mañana.

—Pues entonces espera a que concilie el sueño. ¿Por qué no hay agua

bendita en la pileta?

—Se habrá secado.

El Marqués se aliviaba con suspiros:

—Toñete, creo que rezando me dormiré más pronto. Busca mi rosario en el joyero. Si ves que me aletargo, procura andar de puntillas, y no me despiertes al retirarte.

Toñete se arrodilló con el rosario a los pies de la cama. El beato carcamal pasó blandamente del rezo al sueño, y sobre el latín macarrónico del segundo gloria, ya roncaba.

XIX

EL Marqués se despertó cuando diluía su pueril repique, en rubias luces, el esquilón de unas monjas confiteras. El Marqués tenía por devoción hacer su desayuno con el sabroso chocolate de aquellas Benditas Madres. Entre sorbo y bizcocho, malicia apocada y suspiro beato, divertía la oreja con los cuentos del ayuda de cámara. Doblando sobre un hombro el perfil de loro afligido, vestida la bata de seda verde con borlones y ringorrangos, escuchaba las décimas del réquiem, y aun procuraba aprenderse la tonadilla, según la lección de Toñete. Daba fin al desayuno, cuando el criado le presentó el correo. En tanto desgarraba los sobres, quería recordar con flácidos pianos el sonsonete de las espinelas. Entre solfa y soflama, agorinaba el carcamal:

—¡Un sacrilegio, Toñete! ¡Un sacrilegio! ¡No debías venirme con esas fábulas de la canalla más vil! ¡Un escándalo que esas irreverentes coplas puedan circular libremente! ¡Ya no se respeta ni la Parca ni el Trono! ¿Adónde vamos?

Toñete disponía en el tocador un lujoso estuche de navajas barberas:

—Lo primero a enjabonarle a vuecencia con todo primor. Y como dijo el gitano del cuento, aluego de menda el deluvio.

El Marqués, con las gafas en la punta de la nariz, repasaba el correo. De pronto se alteró perlático, espantados los ojos sobre un escrito: De la borla del gorro a las pantuflas, le conmovía la tembladera:

—¡Qué desenvoltura! ¡Me insultan, Toñete! ¡Me insultan!

Sentenció el criado:

—¡Entonces ese papel viene de alguna prójima, o de los masones!

—¡No me asustes! ¡Tú algo sabes!

El Marqués tenía en su ayuda de cámara un consejero y un oráculo. Todas las mañanas, aquel andaluz cañí descifraba los sueños de su amo al servirle el chocolate. El Marqués, entre sorbo y bizcocho, le hacía sus confidencias:

—¡Los masones! ¡Los masones dueños de los secretos de Palacio! ¡No sabes lo que dices! ¡Eres un majadero! ¡Si este papel viniese de los masones, denunciaría un hecho muy grave!… ¡Las logias filtrándose con su espionaje en la Regia Cámara! ¡Inaudito! ¡Las logias no pueden conocer tan al dedillo las intimidades del Regio Tálamo!

—¿Que no? Si en coplas andan…

—Toñete, este papelucho viene de algún envidioso. Puedes leerlo.

El ayuda de cámara tomó el escrito y comenzó un lento deletreo:

—«Jeromita».

—¡Qué mal gusto!

El ayuda de cámara proseguía con su canturreo de escuela:

—«Jeromita: Confirmarás tu fama de entrometida, terciando en arreglos para alimentar el lecho de Mesalina. ¡Si piensas que son agradecidos tus afanes, límpiate, que estás de huevo!».

—¡No estás volado!

Toñete deletreaba su canturía, con un vaho de asombrado aliento:

—«La Señora se burla de ti, y todos en la Casa Grande. ¡Me figuro que ya te habrás hecho pis, y lo otro! La Señora está muy al corriente de que eres un falsario, y bien te lo ha demostrado en la última guardia. Pero tú pasas por el feo de que no te hable, y mucho más».

Murmuró el palaciego con gesto de flácida malicia:

—¿Aún te parece masónico?

Sacó el belfo el ayuda de cámara:

—Esto viene de alguna lechuza de Palacio.

—¡Tal sospecho! ¿Qué pone al pie?

—El Duende de la Camarilla.

—¡Justamente! No lo había visto. Ese personaje nos trae a todos intrigados en la Regia Cámara. Hoy me toca a mí, mañana a otro. Nadie se exime de recibir estos anónimos. Yo me iba librando. Todo papel sin firma es despreciable. Sin embargo, no es posible sustraerse a cierta preocupación. El Duende de la Camarilla me consta que traía loco durante algunas temporadas al pobre General Narváez. ¿Y qué noticias corren de su gravedad?

—Que está con la cabeza perdida y no se hace cuenta de que pase del día.

—¡Pobre España!

—*¡Réquiem in pace!*

XX

EL Marqués de Torre-Mellada salió de sus habitaciones, retocado y pintado, a una galería de arcos, abierta sobre el picadero. Pepín Río-Hermoso adiestraba una jaca. El picadero del engomado carcamal, era un círculo de elegancias, en las postrimerías del Reinado Isabelino. Madrid, famoso en el mundo por sus mujeres y sus caballos, adquiría el tono supremo con una cuadra tenida a la inglesa, como la cuadra de Torre-Mellada. El lujo de carrozas y palafrenes era tradición de aquella antigua casa. El Marqués no ignoraba que a la prosapia de sus caballos, debía el resalte mundano y el rango en la Corte Isabelina. Su valimiento en la servidumbre palaciega estaba sostenido sobre el aparato de sus caballos y cocheros ingleses. El Marqués se arruinaba con esta clara conciencia de su proyección en el mundo: Desde la galería examinaba y ponía precio, entre mientes, a la jaca anglohispana de Pepín Hermoso. Pepín le saludó con inocencia de niño en juegos:

—¿Qué te parece el animal?

—Bien sacado. ¿Qué pagaste?

—No es mío. Es de tu cuñado Redín.

—¿Mi cuñado Fernandito? ¿Habéis venido juntos? ¿Por dónde anda? ¿Es que tú le esperas? Yo también tengo que echarle la vista.

Escandía sus tiples el carcamal, y sacaba el busto por el arco. Pepín Río-Hermoso acariciaba el cuello de la jaca:

—Para Fernando aún amanece. Me ha dicho que lo chimpan a Méjico. ¡Pues lo joroban!

Saliéndose del arco, remoto bajo el alón de tejas, torcía la cresta el cotorrón palaciego:

—¡Ya arreglaremos que no salga de Europa! ¿Tú esperarás a Fernandito?

—No hemos quedado en nada.

—Yo voy a Palacio. Si Fernandito aparece, recuérdale la obligación de verse con Carolina.

En un ángulo, el tuno de cuadra, que cepillaba un arreo, se encendió de risa, sacando lustre al cordobán. El chaleco de librea, fulgía con el correaje y la carota

inflada, en las luces de una claraboya.

XXI

EL Gabinete Azul de la Marquesa Carolina, puro colorín de titiritainas, frívola aspiración de elegancias, pintoresco y exótico, pronunciaba sus luces con arreglo al estilo y la moda que iniciaba París de Francia. La Marquesa, en poético *déshabillé*, rasgaba los márgenes del *Monitor Inglés*, y era un dije de preciosa latiniparla, la menuda cuchilla con labores de Damasco. Fue anunciado el Marqués de Redín. La dama, lánguida, se miró la camelia sujeta en el pico del escote, y requirió la entrega abandonada en el regazo. Al azar, sobre cualquier página, entretuvo los ojos, con delicada insinuación de hastío en el carmín de la boca, la mano izquierda, como flor, caída en la falda. El Marqués se detuvo en la puerta:

—Temo molestarte.

La madama suspiró en su trono de encajes:

—No te esperaba.

El Marqués de Redín, con tibieza de amante antiguo, le besó la mano: Luego, sentándose enfrente, tomó la revista que la dama tenía en el regazo. La Marquesa Carolina entornaba los ojos, mirándose la camelia del escote, con una sonrisa burlona en los rincones de la boca:

—¿Vienes como plenipotenciario de mi marido?

Insinuó sin calor el Marqués de Redín:

—Le has hecho imposible su situación en Palacio. ¡Jerónimo me habló con ayes desgarradores!

La Marquesa Carolina, cerniéndose entre veleidades, ahora sentía una punta de sobresalto con el entredicho de Palacio. Recogiose calina e insinuante:

—Aconséjame, Fernando.

Redín la miró con larga mirada, suscitando lejanos recuerdos, tendido el pensamiento en potencia de alcanzar algo que hubiese conocido y olvidado, algo profundamente femenino, inmutable, sutil, versátil, ingrávido, capaz de cobijarse en las pestañas doradas de la Marquesa. Murmuró lentamente:

—Creo que has ido demasiado lejos. Te ha cegado el cariño a la Infanta.

La Marquesa Carolina pareció conformarse.

—Fernandito, aconséjame, y veré si puedo obedecerte. Te diré, sin embargo,

que estos días se han cambiado ramitos de oliva, entre el Palacio de Oriente y el de San Telmo. Y los Duques de Montpensier, puedo asegurártelo, asistirán a las bodas de la Infanta Isabel… Acaso se hospeden en el Regio Alcázar.

—¿Es posible?

—Es seguro.

—Aun cuando así sea, me resisto a creer en la sinceridad de esta reconciliación. El Duque está muy comprometido en la intriga revolucionaria. ¡Es el candidato de los Generales Unionistas!

—Con ese coco se ha querido meter miedo en las alturas. Formal no hay nada.

El Marqués de Redín, con sonrisa incrédula, distrajo la vista hojeando la entrega que conservaba en la mano: Era muy bien apersonado, aguileño, los ojos verdes, orgullosos y bellos tras los cristales: Hablaba con gracejo andaluz, contaminado de un cierto amaneramiento de Academia: Ocultaba la aridez de su alma, en una risueña mueca de sofista: Desdeñaba y estimaba, conforme a un casuismo que confundía la moral y la estética: Abrigaba un concepto despectivo del mundo donde casi todos los pecadores son unos pobres diablos, y aquellos pecadores dilectos que sobresalen, casos ejemplares. El Marqués de Redín, desviándose sobre la oreja el cordón de los quevedos, sonreía a la madama:

—Creo fatal un cambio de Corona. De dinastía, ya no lo creo. La Reina, al final, abdicará en el Príncipe Alfonso.

—Tú crees siempre lo menos revolucionario. ¡Pues hay muchos espadones descontentos!

—No creo en las revoluciones que haga el Ejército.

—¿Y el pueblo?

—El pueblo no tiene recuerdo de una vida mejor, y sus pocas luces no le permiten crear el concepto.

Quedó en suspenso, atildado y elegante, observando los ojos y la sonrisa ambigua de la madama, que en su nido de cojines jugaba con la menuda cuchilla nielada de oro. La Marquesa Carolina se recogía agatada, con dengue:

—¿Te has divertido en París?

—¿A qué llamas tú diversión en este momento? He trabajado en la Biblioteca de La Sorbona. Visité la Bretaña. Frecuenté la Comedia. Asistí a las fiestas diplomáticas, y me he aburrido, y me he consolado con tu recuerdo.

—¡Embustero!

Se miraron con una sonrisa de libertinaje y descreimiento, sin pena de aquel

viejo amorío que daba las boqueadas: Pero ninguno de los dos quería desatar el último lazo que vinculaba el goce clandestino de las conversaciones susurradas en voz baja, el cambio de juicios y gracejos libertinos en torno a las intrigas del mundo elegante. Ensayaban sin fe y sin drama, a repetir el milagro de la resurrección de Lázaro.

JORNADA REGIA

I

AQUELLA primavera, como tantas otras, trajeron orla de luto las brisas del Guadarrama. Marzo y abril, siempre ventosos en sus idus, suelen declinar cierzos y nieves sobre la Corte de España. Los azules filos serranos, en estas lunas, se llevan del mundo a muchos viejos de catarro y asma. Así, de un aire, acabó sus empresas políticas, y sus bravatas de jácaro, el Excelentísimo Señor Don Ramón María Narváez. ¡Guadarrama de azules lejos, fríos y claros como el alma de los criminales insignes, por tu culpa lloran los azules ojos de la Reina de España! ¡Tus colados filos segaron la flor de la canela para entregarla a pasto de gusanos!

II

LOS Señores Ministros, abrazados a las carteras, esperaban en la Real Antecámara. Su Majestad, voluble de inquietudes y buenos propósitos, deseaba celebrar Consejo. Los Señores Ministros esperaban con grave compostura: Cambiaban impresiones: Tenían una sombra preocupada. Eran muy alarmantes los pliegos llegados de Londres y París: Aquellas Embajadas advertían de un complot para derribar el Trono. Los Generales Unionistas, olvidando todos sus juramentos, amenazaban con sacar las espadas contra la Reina. Algunos Consejeros se negaban a creerlo. Era, sin embargo, indudable que se conspiraba más que nunca en los cuarteles. Don Luis González Bravo, en veces presidenciales, oía el medroso agorinar, con sonrisa de hieles:

—Ni Sartorius ni Bravo Murillo lograron sobreponerse al elemento militar. A

la tercera va la vencida, y espero mostrar que puede un hombre civil ejercer la dictadura.

El Ministro de la Guerra, inquieto, nervioso, tecleaba sobre el rojo marroquín de su ministerial cartera. Tragaba saliva, saltábale la nuez. Con la lengua hacía trabajos de aproche tanteando la fortaleza de su dentadura postiza. Al fin rompió:

—La Revolución no contará jamás con el Ejército. El Ejército, fiel siempre a sus juramentos, sabrá mantener la disciplina. Yo respondo con mi cabeza de la lealtad del Ejército. El Trono es consubstancial con el Ejército.

Asintió con inflada jactancia Don Carlos Marfori, Ministro de Ultramar:

—Los Generales revolucionarios no encarnan el sentimiento de la Milicia.

Don Lorenzo Arrazola, Ministro de Estado, arrugaba la cara, con feo mohín de dómine:

—Señores, no cerremos los ojos a las dolorosas realidades. El horizonte político está preñado de tormentas. Yo, desgraciadamente, no comparto las ilusiones de ustedes. Nuestras Embajadas de Londres y París están sobre los hilos de un complot al cual no parecen ajenos los cuarteles. En el extranjero se hace una inicua campaña de calumnias contra la Reina. Se la presenta como otra Mesalina. Para contestar a esas difamaciones, he redactado una circular dirigida a nuestros representantes en las Cortes Extranjeras. Puesto que nos hallamos reunidos, quiero someter su texto al juicio de ustedes.

Se calzó los espejuelos y buscó la minuta entre los papelotes de su cartera. La nota era de una sintaxis barroca, pareja con los ringorrangos caligráficos de las antiguas covachuelas. El Ministro contestaba a las gacetas que en el extranjero se hacían eco de las calumnias urdidas contra la Reina: Acusaba a los conspiradores de sacrificar la sagrada unidad de la Patria Española.—Su voz rodaba sobre la curva ampulosa de las cláusulas, conmovida de un ramplón patetismo frailuno.— ¡Aquella turba revolucionaria proclamaba la destrucción del orden social y político! Afortunadamente el noble pueblo español no se dejaba engañar por falaces aventureros, sedientos de sangre y ganosos de botín. España, fiel a su tradición católica y monárquica, era un solo corazón para amar a su Reina. ¡Una voz en la exaltación de las excelsas virtudes de su Soberana! ¿Pero qué más? ¡La Santidad de Pío IX acababa de premiar tan altas y resplandecientes prendas, enviándole el preciado presente de la Rosa de Oro! El señor Arrazola, con tersuras lingüísticas de dómine, subraya, y mira a sus compañeros, con las antiparras en la calva:

—Estas sucintas verdades conviene hacerlas notar en el extranjero.

El Consejo tuvo un murmullo de rezos corteses. El señor Arrazola, poniendo el papel en la cartera, agradecía los plácemes de sus compañeros. El Presidente sacaba el reloj y miraba la hora, torciendo un ojo. Como si aquella acción fuera un conjuro, salió refitolero por detrás de un cortinaje —pantorrillas de seda, casaca y espadín—, el Marqués de Torre-Mellada. Su Majestad, afligida por la jaqueca, no podía recibir a sus Ministros. Los Consejeros, abrazados a sus carteras, simularon una profunda condolencia llena de formulismos y votos por la salud de la Señora. En parejas salieron de la Real Antecámara:

—¡Esta jaqueca me ha dado mala espina!

—¡Jaqueca oficial!

—¡Aún no asamos y ya pringamos!

—¿Qué será ello?

—¡Caprichos reales!

—¡Nervios!

—¡Algún cuento!

III

LA Cámara de la Reina tenía aire de velorio. Doña Isabel lloraba, con medroso presagio de su ruina, la muerte del Espadón. La Señora tenía en la boca un pucherete de desconsuelo, y la morrilla de la nariz, reluciente. La Doña Pepita Rúa, en servicio de alcoba, la asistía con vinagrillos: Por distraerla, enhebraba cuentos, devociones y chismes de azafata rancia. La Reina de España, frondosa, rubia y herpética, con nada se consolaba: Para no" caer en desmayo, se fortalecía con bizcochos y marrasquino, tumbada en el sofá de damascos reales: Pasó el día en afligida zozobra. Al encender las luces, quiso hacer su tocado nocturno: Suspiró los rezos, tomó agua bendita, y entró en la cama, santificado el rubio y flamenco desnudo con la camisa que antes había vestido la monja milagrera: Cuatro aspas de sangre en el costado de la preciada reliquia dibujaban una cruz. La Señora, recogidas las trenzas en la papalina de seda celeste, sin dormirse, atendía al ir y venir de la azafata sahumando con la salvilla donde se quemaba la clásica pajuela de incienso y estoraque: La Reina, cubierta por la colcha de damasco, apagaba los suspiros en los encajes de la almohada: El sahumerio dábale un vago sentimiento piadoso de liturgia y latines solfeados:

—¡Pepita, estoy muy preocupada! Deja la chufleta. Acércate, mujer, y ven a consolarme.

La Doña Pepita se acercó silenciosa, con las manos juntas, y quedó a los pies de la cama: Era pequeña, flaca, arrugada, con los ojos muy negros y el pelo entrecano. Doña Isabel suspiró, enjugándose su real llanto con una punta de encajes:

—¿Crees tú que estaré condenada?

La azafata respondió con otro suspiro y una lágrima:

—¡Jesús mil veces!

—Contesta, mujer. ¿Qué dicen tus naipes?

—¡No los he consultado!

—¿Y tu ingenio, qué te dice? ¡Porque tú eres muy lista! Si fueses hombre, ya tenía tu Reina con quién sustituir al pobre Narváez.

—¡Ay, Señora, yo soy una tonta que no sabe nada!

—¿Por qué no has consultado la baraja?

—Lo tengo prohibido por el confesor.

—¿Quién es?

—Fray Pedro de los Ángeles.

—Debías buscar un confesor que no fuese tan raro. ¿Tú le explicaste que lo hacías sin mala intención, como un honesto pasatiempo? ¿Se lo has explicado?

—¡Naturalmente!

—¿Y mantuvo la prohibición?

—¡Con la amenaza de no absolverme!

—¡Pues es una ridiculez, y que me perdone ese santo! ¿Por qué no le dejas?

—¡Todos son iguales!

Reina y azafata quedaron silenciosas, apenadas, cavilando en los rigores del confesonario y entreviendo castigos del otro mundo: Para las dos eran motivo de dramáticas preocupaciones, las calderas del Infierno. Insistió la Señora:

—¡Yo, a la verdad, no creo estar condenada! ¿Tan mala soy? ¡Nunca he querido más que el bien de los españoles!

—Vuestra Majestad es una santa. ¡Otros son los malos!

—Serán ellos los que se condenen. ¡Pepita, ya sé que no debía sostenerlos, pero a quién llamo! ¡Si tú fueras hombre!

Doña Isabel tenía en la voz un timbre risueño, de gracia popular y socarrona. La Doña Pepita puso el gesto de vinagre:

—Vuestra Majestad tiene muy leales servidores.

—¡Eras tú, quien me hacía falta con los tres entorchados! ¿Pepita, sabes lo que he pensado? Ir al convento esta madrugada, y hablar con la Bendita Patrocinio. ¿Qué te parece?

—La Madre tiene luces celestiales, y podrá aconsejar a la Señora.

—¿Crees tú que sea masón, como dicen, González Bravo?

—Afirmándolo condenaría mi alma.

—¿Pero lo has oído?

—¡Desde los tiempos de *El Guirigay*!

—Si fuese verdad, tendría que firmarle los pasaportes. ¿Pero a quién llamo? ¿Para ese fin, no será pecado consultar las cartas?

—¡Para ese fin!…

—¡Mira, tráelas! Yo me confesaré por ti del pecado, si lo fuese.

IV

LA Católica Majestad, incorporada en las almohadas, metíase un rizo en la papalina, con gesto picarón y campechano. Doña Pepita, santiguándose para dejar toda sombra de pecado, sacó de la faltriquera el naipe, y miró a los rincones, buscando una mesilla. Batió en la colcha, con las regordetas palmas, la Reina:

—Aquí, mujer.

Y se santiguó como lo había hecho la azafata. Doña Pepita puso la baraja al corte, y luego extendió las cartas en hileras de siete. Preguntó Doña Isabel:

—¿Es a la francesa?

—Sí, Señora.

—Como no salgan a mi gusto, me las echas a la española.

Doña Pepita, con los espejuelos en la punta de la nariz, doctoral y condescendiente, sonrió a la regia chanza: Quedó en gran meditación, estudiando las cartas alineadas. Alentó la Reina:

—¡Acaba! ¿Qué dicen?

—Tenemos un as de oros entre espadas: Tiene dos significados: Una guerra, considerando que el as aquí representa la España…

—¡Otra guerra civil! ¡Están buenas las cartas!

—¡Puede ser en África, en Cuba, en Joló!

—¡Con tal que no sea entre hermanos! ¡Una guerra civil es la mayor

desgracia! Mira, quiero que le preguntes a las cartas con qué bando estaría el Santo Padre.

—Aún no he acabado. Este as de oros, también puede representar el Trono. Entonces las espadas que tiene a los lados, como son figuras, representarían Generales. Este caballo de la izquierda podía ser el Conde de Reus.

—¡Hasta le da un viento a ese pillastre!

—Las espadas de la derecha representan a los leales del Trono.

—Novaliches y Pezuela. ¡Ay, de qué poco me valen! Sigue, mujer, y no hagas melindres.

—Bastos contrapeados. No sé cómo interpretarlos. El tres de bastos siempre representó el patíbulo.

—¡No será para mí!

—¡Ave María! España no es Francia. También puede este naipe representar el Infierno. ¡Bien considerado, es el patíbulo de los pecadores!

—¡Pues lo estás arreglando! Mira, recoge las cartas, siéntate y espera a que me duerma.

—¿Su Majestad sigue con la idea de ir al convento de madrugada?

—Iré por la tarde. La Madre habrá pensado a quién me conviene llamar en estas circunstancias. Pon la luz más lejos. Hasta que me duerma no te vayas. Oye, Pepita, llámame de madrugada. Quiero ofrecer ese sacrificio al Divino Crucificado.

Se durmió con entrecortados suspiros, que, lentamente, fueron cambiando hasta tornarse en plácido roncar.—¡Guadarrama de azules lejos, ya cansados de llorar, los azules ojos se han dormido! ¡La boca sonríe libre del pucherete que la apenaba! Sueña la graciosa Soberana. ¡Olé! ¡Olé! Don Luis González Bravo, terciada la capa, templa el guitarrillo, cantando las boleras antiguas, de la salvación de España. ¡Olé! ¡Olé!

V

ERA plena de luces la mañana madrileña, cuando dejó su lecho de columnas con leones dorados, la Reina Nuestra Señora. La Católica Majestad, vestida una bata de ringorrangos, flamencota, herpética, rubiales, encendidos los ojos del sueño, pintados los labios con las boqueras del chocolate, tenía esa expresión, un poco manflota, de las peponas de ocho cuartos: Con desgonce de caderas,

asentose frente al tocador, altarete lleno de lilailos en el gusto de los retablos monjiles, y esperó a que la azafata pasase la chufleta, para comenzar el tocado.

—Pepita, quiero que me pongas muy guapetona: Tengo interés en gustar…

Remilgose la Doña Pepita:

—¡La Señora ha recibido ese don bendito del que todo lo da, sin la intervención de mis manos pecadoras!

—Ya sabes lo que quiero decir: Me vistes con descote bajo.

Los bigotes del chocolate ponían una gracia chabacana y bribona en la boca de la Católica Majestad. Recalcó la dueña:

—¿Descote bajo en viernes de Cuaresma?

—Pepita, obedece y calla… Ya me has contagiado el escrúpulo.

Acudió, enmendándose, la vieja lagarta:

—¡Hablé sin licencia de Dios! El corpiño abierto nunca se ha tildado de pecaminoso, y con un tul queda tan decente como el cuerpo alto.

—Pepita, tú todo te lo guisas: Siempre Juan Palomo.

La Reina abrió un álbum de fotografías, sobre el ancho regazo, y con donaires populares comenzó a pasar hojas: Era una abigarrada galería: Reyes, príncipes, servidumbre palaciega, espadones, obispos, cantantes de ópera, personajes extranjeros: Un mundo luminoso de ramplonas vanidades. De todos se burlaba con gracia, la Reina Nuestra Señora. Quedó breves momentos mirando con gesto gachón el retrato de un buen mozo —uniforme de maestrante —. Lentamente sacó la fotografía, y con ella en la mano, acabó preguntando:

—¿Sabrás que hoy hace su primera guardia? Pepita, tú que todo lo hueles, me han contado que anda en muy malos pasos este pollo.

Y levantaba la cartulina para que la cotorrona viese el retrato. Se arrugó con maternal suspiro la vieja:

—¡Muy salado!

Malició la Señora:

—¡Siempre has tenido buen gusto! Quiero hacer algo en favor de este tarambana: Su padre ha sido de los más leales servidores del Trono. ¡Ay, estoy siendo muy ingrata con sus hijos! Cuéntame, y no te andes con remilgos, lo que por ahí se dice del nombramiento. ¿Qué comentarios hacéis por los rincones?

—¡Y quién sería tan osado que no reconociese en ese acto, el buen corazón de la Señora!

—No me vengas con sahumerios. ¿Qué sayo se me corta?

—¡Muerta me vea si he percibido la más leve murmuración en la

servidumbre de la Señora! Si hay malas lenguas, dónde no las hay, será por otros círculos de Palacio. Mi verdad por delante, no pondría mis manos en el fuego por salir garante de la otra Cámara.

—Desembucha, Pepita.

La Católica Majestad sonreía con chunga borbónica. La Doña Pepita, con las horquillas del moño real en los labios, exprimía un gran aspaviento:

—¡No es para creído!

Y comenzó un susurro de comadres. Hasta el camarín de la Reina llegaba, de tiempo en tiempo, rodante, difuso de apagadas y profundas sonoridades, el eco militar de las salvas que rendían honores fúnebres al General Narváez.

VI

LAS Madres de Jesús recibieron la regia visita con gozosos aspavientos: Habían puesto en los altares rizadas velas, primorosos paños, extraordinarios floripondios de talcos y papel. Una nube de incienso flotaba en el locutorio sigiloso, lleno de tácitas pisadas, susurros y sombras: En la tiniebla de los rincones las cornucopias tenían un brillo de remotos faustos, y la religiosa vastedad del locutorio, agrandábase en la incerteza de la penumbra donde apenas concretaban sus destellos la esfera de un reloj, la copa de un brasero, las espadas de una Dolorosa. Llegaban apagados los ecos de la plegaria que cantaba en el coro la Comunidad. Rezaba repartido por la iglesia el palatino cortejo. En el locutorio, asistida por dos novicias que alumbraban con velas verdes, apareció la Madre Patrocinio: Eran transparentes de blancura el rostro y las manos: Caminaba rígida y extraña: Parecía en tránsito. Se abrió rechinante la enrejada puerta, y afligida, con el pañolito sobre los ojos, entró Doña Isabel. La Seráfica Madre quedó en pie, los brazos abiertos en cruz, mostrando la palma sangrienta de las manos, sobre las dos novicias arrodilladas, alumbrantes con sus velillas verdes: La figura de la monja tenía un acento de pavor milagrero y dramático. Doña Isabel se arrodilló sollozante:

—¡Madre mía, qué enojada estás con tu pobre Reina!

La monja exhaló una queja y retrocedió andando de espaldas en la tiniebla del ámbito. Las dos alumbrantes quedaron aisladas en el círculo de sus velas. La Madre Patrocinio apoyó los hombros en una puerta, que se abrió silenciosa para darle paso, y desapareció con un grito. La Reina se cubrió el rostro. En el

movedizo círculo de las velas las dos alumbrantes seguían el canto remoto del coro.

VII

ENTRÓ en el locutorio con premura y afanes, la dama de Su Majestad. Acudieron también entre luces, algunas monjas. La Priora, con mieles y sahumerios de beata lagarta, se acercó a la Reina: Sollozaba la Señora en brazos de la dama: No podía respirar con la congoja, se ahogaba, iba a desmayarse. Otras Madres trajeron vinagrillos olorosos en salvillas de plata, para humedecerle las sienes, reliquias, agua del Jordán. Doña Isabel, poco a poco, se recobraba conmovida por largos suspiros, reclinando la cabeza en el sillón dorado, con un cojín de terciopelo a los pies, entre la dama y la Priora. El azul celino de sus ojos sonreía en el cerco de lágrimas: De las tenues y claras pupilas se borraba el susto, bajo los mimos de las Benditas Madres: Sentía el amor de aquellas vidas consagradas al rezo y al ayuno, místicas desposadas del Divino Crucificado: El piadoso sobresalto de las monjas penetraba como un bálsamo el ánimo amoroso de la Reina: Lloraba y sonreía agradeciendo aquellos cuidados de la Comunidad. La rodeaba el coro beato:—Ondular de sombras talares, albura de tocas y manos, rumor de sandalias, sonajería de cruces, rosarios y patenas.—La Comunidad había dispuesto un agasajo de almíbares y chocolate. La Priora consultaba el caso en voz baja, con la dama de la Reina.

—¿No le convendría un reparito a la Señora?

La dama respondió con un gesto, indicando espera. La Señora tomó por la mano a la monja, acercándola más a su vera, con un secreto murmullo en los labios. La Priora se levantaba la toca sobre una oreja, para mejor oírla:

—¿Y Patrocinio, no volverá?

La Priora, levantando los ojos, interrogaba al Cielo. La Reina volvió a indicarle que se inclinase:

—¡La Madre Patrocinio ya no me quiere! ¡Debo de ser muy mala!

La Priora se arrodilló a los pies de la Reina.

—La Madre Patrocinio no tiene ningún enojo con Vuestra Majestad. ¡No puede tenerlo! ¡Y aun cuando lo tuviera, poco puede importarle el enojo de una pobre monjita, a la Reina de España!

Gimió Doña Isabel:

—¡Yo quiero que me aconseje Patrocinio!

—La Madre Patrocinio cierto que tiene luces espirituales, pero no son para el mundo. En el mundo hay mucho pecado. La Madre Patrocinio, fuera de su convento, no es más que una pobre monjita, ignorante, como todas nosotras.

—¡La Madre es una santa!

—Los santos son para el Cielo: En este valle de lágrimas es donde tienen su martirio.

—Yo deseo hacer la felicidad de todos los españoles, y para lograrlo necesito que nunca me niegue sus consejos Patrocinio. La picarona sabe que los he seguido siempre y que mi mayor empeño es tenerla contenta. ¡Pero ya no me quiere!

La Priora se inclinó besando el regazo y las manos de la Reina.

—¡Pero habrá alma de tan duro pedernal que no quiera al Ángel de España!

—¡Madrecita, haz tú que no me niegue sus consejos ni sus luces, la picarona de Patrocinio!

—Sus luces —entiende esta humildísima sierva que nada sabe— son luces místicas, que no valen para el Gobierno de las Monarquías.

—¡Sabéis mucho todas vosotras! Dile a Patrocinio que no sea rencorosa, que está muy mal en una santa. Ya sabe ella que por algo la llamo yo Licenciado Vidriera. Dile que me voy muy triste por no poder abrazarla.

—¡No será menor el disgusto de la Madre!

Doña Isabel se puso en pie y requirió el brazo de su dama. La Comunidad le abrió camino, repartiéndose en dos hileras, y pasó despacio, acariciando el rostro a las novicias, palmeando el hombro de las viejas sores, estrechando a todos la mano, sonriendo y suspirando.

VIII

LA Señora, al arrancar el coche, murmuró limpiándose la mano húmeda de babas y lágrimas:

—¡Patrocinio es una santa insoportable! Suponiendo que sea santa, porque hay quien se ríe de sus llagas.

Se sulfuró la dama de guardia:

—¡Impíos como González Bravo!

—Calla, mujer, que, según me han contado, en los libros de medicina vienen

casos nerviosos de mujeres malas que tuvieron las cinco llagas, y hasta hubo una epidemia en Francia. ¡Mira tú que si lo de Patrocinio fuese también nervioso! ¡Y si continúa con estas impertinencias, habrá que pensarlo! ¡El feo de esta tarde no se lo paso! ¡Por muy santa que sea, yo soy la Reina de España! Es muy mandona y quiere que siempre le haga caso, y siempre no puede ser. Con todas sus luces místicas, también se equivoca: Acuérdate del Ministerio Relámpago. La verdad es que aquello no podía ser. ¿Pero tú, ave fría, por qué vas tan silenciosa?

La dama abrió y cerró los ojos, como quien repentinamente es despertado:

—Señora, yo escucho y callo.

—Pues no calles. ¿Qué ibas pensando?

—Iba pensando en la Madre.

—¿Y pareciéndote muy mal mis palabras?

—Yo nunca me permito juzgar las palabras y las acciones de mi Reina.

—Confiesa que estás escandalizada de mi lenguaje progresista.

—Yo desconozco cómo hablan esos sabios.

—¿Tú no has leído nunca *El Dómine*? Pues es muy chusco. ¡Son horrores lo que dicen de mí esos pillastres, pero cuando me dejan en paz, tienen buena sombra! No me digas que no son oportunos los gozos que le sacaron a Paco:

Paquito Natillas
Es de pasta flora…
Y orina en cuclillas
Como una señora.

¡Si está clavado, mujer! Son unos pillastres que debían estar en Fernando Poo. Narváez, últimamente, no era ni su sombra: En otro tiempo ya hubiera mandado darles una paliza, cuando menos. Y O'Donnell, con su vista larga, les hubiera soltado dinero para que hablasen mal de Prim… El Gobierno de España tiene que ser un tira y afloja. ¡Cuando más falta me hacían, la muerte me roba a los dos Espadones! ¡Estoy sola, sin cabezas para regir esta casa de orates!

IX

CANTABAN las cornetas militares y formaba la guardia de trasquilados pistolos, presentando armas, en las puertas de Palacio. El regio cortejo —damas, caballerizos, edecanes— volvía cariacontecido a murmurar su intriga por

rincones de antecámara, galerías y escaleras. Solamente Doña Isabel tenía una expresión encalmada, contenida en augusto gesto de chunga borbónica: Campaneándose, con aire de oca graciosa, entre golpes de alabarda y trémolo de cornetas, subía la gran escalera apoyada en el brazo del Marqués de Novaliches: Retirada al secreto de su cámara, dejó caer la máscara, recayendo en los temores y congojas del convento: Tomó la pluma con ánimo de escribirle a la monja, pero le dolían los ojos, y la pluma solo dejaba caer borrones: Llamó a Doña Pepita Rúa, y cambió de vestido. La azafata, con arrumacos de bruja, daba vueltas en torno de la Reina:

—¡Pepita, no me marees! Tú algo tienes que pedir: Habla pronto y vete. Estoy de muy mal humor y muy harta de tus entrometimientos. ¡Hubieras visto el feo de la Bendita Madre!

La cotillona se alargaba en un aspaviento:

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Esto es cosa de milagro! ¡Que por bruja me quemen si no es milagro! ¡Antes y con antes de la media tarde, está esperando aquí la Madre Patrocinio!

—¿Qué absurdo cuentas?

—¡Divino Señor, de tu poder me espanto!

—¡No me impacientes! ¡Responde! ¿Qué delirio proclamas?

—¡Por lo que oigo y veo, vuelve el tiempo de los milagros!

—¿Qué decías?

—Lo que decía digo. ¡Y me hago cruces!

—Pepita, vengo del convento y acabo de ver a la Madre.

—¡Quedaré por embustera, aun cuando yo también acabo de verla y conversarla en el oratorio de Vuestra Majestad! ¡Este pañolito lo estrechó en las manos, y la reliquia de su sangre véala, mi adorada Reina!

—¡Sostenme! ¡Acompáñame! ¡Toda yo tiemblo! ¿Será ilusión tuya, Pepita?

—¿Y este pañolito, con su fragancia y su sangre?

—¡Ay, muero! ¡Llévame al sofá! ¡Aflójame! ¡Ay, muero!

Los ojos negros de la azafata, bajo los rizos canos, tenían un extraño rigor, fijos sobre el rostro desmayado de la Reina. Doña Isabel suspiraba en el sofá, mientras la vieja servidora le soltaba los herretes:

—¡Pepita, no te vayas!… ¡Ay, sí!… ¡Procura traerla!… ¡Ruégala!… ¡No me dejes!

Pero la vieja se fue aspaventera y corretona.

X

LA Reina, en desmayo, vio llegar a la monja beata. Era un canto dulcísimo su voz:

—¡*Laus Deo!*

Sor Patrocinio caminaba serena, y traía un dorado pomo de sales, en la mano. Suspiró la Reina:

—¿Patrocinio, cuando te he visto en el convento, tú dónde estabas? ¿Es verdad lo que cuenta Pepita?

Respondió apenándose la monja:

—¡Reina de España, la mentira puede engañar a los hombres, pero no engaña a Dios!

—¿Tú dónde estás ahora?

—¡Mi espíritu se reparte!

—¿Y tu ser mortal?

—¡Es polvo, y un puñado de polvo llena el aire!

—¿Estás aquí a mi lado? ¿Eres la que habla conmigo? ¡Dame una mano! ¿Eres un fantasma?

—¡Nuestros fantasmas son los remordimientos!

—¿Por qué estás tan enojada con tu Reina? ¡Patrocinio, yo quiero que tú me aconsejes para dar un poco de paz a mi querida España!

—¡Señora, los consejos de una pobre monja, nada valen!

—¡A ti te visita el Espíritu Santo!

—¡Mis cinco llagas escarnecidas por la impiedad, no son favores celestiales! ¡Los falsos libros de la ciencia masónica lo declaran!

—¡No me aflijas, Patrocinio!

¡En Francia hubo una epidemia de beatas con las cinco llagas!

—¡Me matas!

—¡Señora, ya una vez fui desterrada, y mis trabajos y persecuciones no acabaron!

—¡Yo te doy mi palabra! ¡Patrocinio, contéstame, responde! ¿Estabas en el convento cuando fui a visitarte?

—¡Allí me ha visto Vuestra Majestad!

—¿Y cómo otros te vieron en Palacio? ¿Cómo estás ahora a mi lado?

—¡Por divina gracia!

—¡Patrocinio, dulce amiga, haré cuanto tú me aconsejes! ¡Mi alma se ilumina con el conocimiento de tu gran santidad! ¡Un suave resplandor me ciega! ¡Ponme una mano en la frente!

¡Vuestra Majestad no debe agitarse hablando!

XI

LA Doña Pepita incorporaba la cabeza de la Reina:

—¡Señora, un sorbo de agua de azahar!

Doña Isabel alargó una mano trémula que apenas podía sostener el cristal. Se desvanecía. ¿La santa aparición, dónde estaba? ¿Por qué se iba alejando y parecía moverse en un fondo de esmalte? La veía en el cristal de la copa, distinta y miniada como una estampa piadosa: Desaparecía con un cabrilleo de la luz en el agua. Suspiró Doña Isabel:

—¿Pepita, estaba aquí la Madre Patrocinio?

—¿Ahora?

—Sí.

—¡Una sombra estaba!

—¡Antes te dije que fueses en su busca!

—Hacía intención de ir ahora, luego de servir a Vuestra Majestad.

Recogía la copa de las manos reales. Doña Isabel dejó caer el desmayo de sus ojos en un ramo de azucenas que aparecía al pie del sofá:

—¡Pepita, llévate esas flores, que me están mareando!

Doña Pepita, al levantarlas de la alfombra, vio que un papel venía prendido en el lazo que ataba las azucenas, y se lo presentó a la Reina: Traía muchos dobleces, y estaba sellado con una cruz: La escritura era de la Bendita Madre. Doña Isabel, cegada por las lágrimas, estuvo mucho tiempo sin poder descifrarla, aspirando el olor suavísimo del pliego. Al fin pudo leer:

—Nombramientos para el buen servicio de la Iglesia y del Estado: Capitán General, en premio a sus méritos, y acrisolada lealtad, el Marqués de Novaliches. Camarera Mayor, la Marquesa de Estúñigas. Cabo del Resguardo, Patricio Basoco, hermano de nuestra mandadera. Destitución del Capitán General de la Isla de Cuba. Dote para poder profesar una virtuosa joven, confesada del Padre Sigüenza. Gracia de un título de Marqués a Don Carlos Marfori. Embajador cerca de Su Santidad, el señor Conde de Cheste. Serán

suprimidos todos los periódicos ateos, liberales y masónicos. Se dará satisfactorio despacho, a la solicitud que tiene en trámite el serenísimo Infante Don Juan. En ocasión oportuna será cambiado todo el Gobierno.

Doña Isabel entornó los ojos. Sentíase feliz. ¡Quedaba aplazado el cambio político!

XII

EL Señor González Bravo esperaba en la cámara regia. Esperó mucho tiempo. La Señora jamás se dignó acudir puntual a sus regias audiencias. Don Luis González Bravo, en aquella ocasión, no pasó a exponerle la situación política, sin una larga meditación de antecámara: La Señora le acogió con hipos de pena:

—Siéntate. Ya veo que no traes cartera: Te lo agradezco porque no hubiera podido ocuparme de asuntos de gobierno. ¡Estoy desolada! Se me va el más leal de los políticos militares. Si vienes a consultarme respecto a los honores del duelo, mi voluntad es que no le falte ninguno de los que llevó O'Donnell. ¡Y si hay más, más!

Asintió el Ministro:

—Vuestra Majestad se dignará poner la firma en el decreto.

—No sé si tendré pulso para no echar un borrón. Estoy tomando antiespasmódico. ¡Pobre Narváez, irse de este pícaro mundo cuando le hacía tanta falta a su Reina!

El Ministro extrajo de la casaca bordada el pliego del decreto y, puesto en pie, lo extendió sobre la mesa, ante los ojos de la Reina:

—Espera. Siéntate. No te precipites. ¿Tú no padeces de jaquecas? Quería hablarte… No he consentido que te fueses sin verme… Agradécemelo. ¡Se me vuela la cabeza!

La Majestad de Isabel II oprimía en ovillejo el pañolito de encaje, y lo accionaba en tres tiempos, como suelen hacerlo las damas de teatro cuando dramatizan sus papeles: Sobre la faz arrebolada, el húmedo moquero discernía los tres ritmos clásicos: En un ojo, en el otro, y bajo la morrilla de la nariz reluciente. Giraba Don Luis González Bravo, en redonda visual, las pupilas de cuervo, estriadas de bilis. El Primer Ministro sentía un acre y profundo desprecio: Sin matices, incluía en un mismo juicio pesimista y asqueado, a toda

la Real Familia: En Palacio le temían y le adulaban: Don Luis González Bravo vivía advertido, y caminaba al logro de sus fines, con la suspicacia de no ser persona grata en los reales estrados. Las Camarillas, con acuerdo beato, intrigaban en favor de una política ultramontana, refrendada por bulas de Roma. La Reina visitaba secretamente a la Monja de Jesús. El Ministro, parco y cauteloso, exploraba el ánimo de la Reina:

—Señora, me retiraré para volver cuando se digne acordarlo Vuestra Majestad. Debo, sin embargo, adelantaros que os traigo con mi dimisión, la de todo el Gobierno.

Serenose la Reina:

—Explícate. ¿Ha surgido algún antagonismo entre vosotros, o es simplemente la cuestión de confianza?

Meditó el Ministro:

—En el Gabinete se combaten dos tendencias. Los señores Arrazola y Belda propenden a una avenencia con las facciones liberales, mediante la alternativa en el Gobierno.

La Reina le miró enojada:

—¡No quiero nada con el liberalismo! ¿Quiénes son los otros?

El Ministro amargó la cara cetrina:

—Señora, la otra tendencia, no creo deciros nada nuevo, representa el vaticanismo en Palacio. Es el carlismo sin pon Carlos.

La Señora cruzaba las manos, herpéticas, con sanguínea soflama:

—Sin duda, para ti y para otros personajes, el liberalismo masónico es preferible a los convenidos de Vergara. Pero es el caso que yo no quiero volver a incurrir en las censuras de Roma.

Aclaró el Ministro:

—Roma representa el caso de conciencia para Su Majestad Católica… No la oportunidad política en España.

—¿De manera que os iríais todos a la revolución, si vieseis el coco apostólico en el Poder?

—Yo, Señora, me iría a mi casa.

—¿Y tus amigos?

—A mis amigos les aconsejaría que siguiesen al Marqués de Miraflores.

—¡Miraflores! Ese predica una transigencia con los emigrados. ¿Es también tu consejo?

—Señora, mi consejo es continuar fielmente la política del General Narváez.

Una línea equidistante de los dos fanatismos, el liberal y el apostólico.

—¿Y la Jefatura?

—La darían los sufragios del partido.

Abultó el labio malicioso y borbónico, la Reina:

—¿Quién es tu candidato?

Clavó su aguijón el Ministro:

—Por su saber, por sus dilatados servicios, por su lealtad acrisolada, yo dudaría entre el Marqués de Miraflores y el Conde de San Luis.

—¡Pero si esos dos predican el pacto!

—¡Indudablemente! El uno y el otro, ante la oportunidad política, no ponen mientes en el escrúpulo de conciencia que se le ofrece a Vuestra Majestad… Pero su patriotismo, en cualquier caso, les dictará lo más conveniente para la Corona.

Un poco displicente, se dio aire con el pañolito la Señora:

—¡Di, tú, que hay muchos que rezan por mí, y que nunca ha dejado de protegerme el Divino Crucificado! Te agradezco que me hayas hablado lealmente, y ten seguro que el coco apostólico no te llevará al Aventino. Yo quiero que sigas tú encargado del Gobierno.

—Señora, yo nunca tuve ambición de mando, y menos ahora que estoy viejo y lleno de males.

La Reina le miró apicarando el gesto:

—Pues cuídate mucho, porque van a serme muy necesarios tus consejos.

La Católica Majestad sonreía conqueridora y frescachona, con la sonrisa de la comadre que vende buñuelos en la Virgen de la Paloma:

—Dame que te firme el decreto. ¡Bravo, qué cosa tan terrible es la muerte!

XIII

DON Luis González Bravo, cumpliendo deberes de etiqueta, pasó a presentar sus respetos al Rey Don Francisco. El Augusto Señor le recibió con amable reserva, adamando la figura bombona:

—Me alegro que seas tú quien recoja la herencia del pobre Narváez. Yo estoy muy contento porque conozco tu lealtad y sé que siempre has querido mucho a Isabelita. Mi Persona también ha recibido de ti señaladas muestras de afecto… Además, no soy rencoroso… Si lo fuese, es posible que en estos

momentos tuviese de ti una queja muy grande: Me la reservo y no quiero reconvenirte… Se ha omitido consultarme para la provisión de cargos en Palacio: Se ha querido, sin duda, con esa actitud, ultrajar mi dignidad de esposo, mayormente cuando mis exigencias no son exageradas. Que Isabelita no me ame, es muy explicable… Yo la disculpo, porque nuestro enlace no dimanó del afecto y ha sido parto de la razón de Estado. Yo soy tanto más tolerante cuanto que yo tampoco he podido tenerla cariño. Nunca he repugnado entrar en la senda del disimulo, y siempre actué propicio a sostener las apariencias para evitar un desagradable rompimiento… Pero Isabelita, o más ingenua o más vehemente, no ha podido cumplir con este deber hipócrita, con este sacrificio que exigía el bien de la Nación. Yo me casé porque debía casarme… Porque el oficio de Rey lisonjea… Yo entraba ganando en la partida, y no debí tirar por la ventana la fortuna con que la ocasión me brindaba, y acepté con el propósito de ser tolerante para que lo fueran igualmente conmigo. ¿Y qué consideración se me guarda? No hablo solo por mí. Esos nombramientos van a escandalizar en la Nación. ¡La Nación no puede tolerar dignamente el espectáculo y el escarnio que se hace del tálamo! ¡Godoy ha guardado siempre las mayores deferencias a mi abuelo Carlos IV! En ningún momento ha olvidado que era un vasallo. ¡Cierto que son otros los tiempos! Pero el respeto a las jerarquías debe ser una norma inquebrantable. Es la clave del principio monárquico. Mi abuela María Luisa no sé lo que haya tenido con Godoy. ¡Allá su conciencia! Lo que todos sabemos es el profundo respeto y amor que siempre mostró a su Soberano, el Príncipe de la Paz. Pero mi situación es muy otra, y con ser tan bondadoso el abuelo, dudo que la hubiera soportado. La Reina, con su conducta, se hace imposible a mi dignidad y a la del pueblo español.

El Rey Don Francisco se puso en pie, señalando el final de la audiencia. El señor González Bravo le clavaba los ojos adustos, movidos los rincones de la boca por una sonrisa de compasión y escarnio:

—¿Vuestra Majestad desea que ponga sus reales quejas en conocimiento del Consejo?

El Rey le pagó con un mohín desdeñoso:

—Eres muy dueño de hacerlo, si lo juzgas conveniente.

Tornó el Ministro:

—Su Majestad la Reina desea que os dignéis presidir el duelo del General Narváez.

—Está bien. No puedo negarme. Está bien. La Reina tendrá así una prueba

de mis sentimientos transigentes.

En la Cámara Real, vasta, cuadrada, solemne, su voz recibía una mengua jocosa, de fantoche que sale al tablado vestido con manto y corona de rey de baraja.

XIV

EL Espadón de Loja tuvo magnas exequias con honores de Capitán General muerto en campaña. Para ver pasar el entierro por la carrera tendida de roses y fusiles, ha salido al ruedo celeste, vestido de luces, el mozo rubio, como retórica la tribu faraona, allá por los pagos del difunto. El Espadón había dispuesto que se le diese sepultura en tierra de Loja. Madrid le despedía tendido por las calles, animado y bullanguero con tantos brillos de bayonetas, roses, plumajes y charangada de metales. La guarnición, con uniforme de gala, cubría la carrera. La pompa de luces y cánticos, músicas y banderas, coronas y salvas militares era de una desorbitada redundancia a lo largo de las callejuelas moriscas, con tabernuchos, empeños y casas de trato. El latín de los rezos se difundía en barrocas nubes de incienso, por la calle verdulera: Los acólitos levantaban los incensarios, y las graves voces de los oboes solfeaban la oquedad protocolaria del duelo nacional. Hacían Viernes Santo a lo largo de las aceras, niños hospicianos con flacas velillas, y con fachenda de hachones, los porteros de Cámaras, Tribunales y Academias. El Rey Consorte, exiguo y tripudo como una peonza, presidía el duelo:—Pasos de bailarín y arreos de Capitán General.—Batían marcha los tambores. Un mirlo, viejo solista, silba el trágala en la tienda del zapatero, héroe de barricadas, que se ha puesto, con desafío, el morrión de miliciano. El cortejo bajaba hacia la Estación de Atocha. Aromaban las primeras lilas, y eran plenas de misterio floral las arboledas del Jardín Botánico. En el andén, elocuentes voces del moderantismo tejieron la rocalla de fúnebres loores, y tras el último pucherete retórico, renovose el flato de añejas conjuras que tenían por patrono al Rey Consorte.

EL RUEDO IBÉRICO.
VIVA MI DUEÑO

PRIMERA SERIE

TOMO SEGUNDO

LIBRO PRIMERO
ALMANAQUE REVOLUCIONARIO

I

CHISMOSOS anuncios difundían el mensaje revolucionario por la redondez del Ruedo Ibérico. Y en las ciudades viejas, bajo los porches de la plaza, y en los atrios solaneros de los villorrios, y en el colmado andaluz, y en la tasca madrileña, y en el chigre y en el frontón, entre grises mares y prados verdes, el periquito gacetillero abre los días con el anuncio de que viene la Niña. ¡Y la Niña, todas las noches quedándose a dormir por las afueras!…

II

—¡*ALEA jacta est!*

Así terminaba su homilía beatona, en un Consejo de Ministros, el Ministro de Gracia y Justicia, Señor Coronado. Echada la suerte, sobrevino, como en tiempo de romanos, juramentarse para la guerra sin cuartel a las huestes púnicas de los revolucionarios. Don Carlos Marfori, Ministro de Ultramar, para celebrarlo encendió un veguero de Vuelta de Abajo: Su jácara matona propuso que saliesen en cuerda, aquella noche, los conspicuos de la conjura progresista que aún no andaban emigrados. La cuadrilla ministerial con elocuentes murmullos, loaba el cante del Señor Marfori:

—¡A Chafarinas con todos, y un barreno en el barco que los lleve!

III

LOS Ministros del Real Despacho, en aquellos amenes isabelinos, eran siete fantoches de cortas luces, como por tradición suelen serlo los Consejeros de la Corona en España. El Presidente, Don Luis González Bravo, zorro viejo en el corral político, había procurado encaminarles por caminos de avenencia con los espadones revolucionarios, pero alguno de los consejeros, traspasado de escrúpulo beato, hubo de contárselo en el torno a la monja de las llagas, y la seráfica, afligida con el horror de aquella contaminación, se lo sopló en la oreja a la Reina Nuestra Señora. El Majo del Guirigay —nunca las momias apostólicas le perdonaron el remoquete— tañó el primer barrunto por los hipos ele paloma buchona, con que le habló en un Consejo, Su Majestad Católica. Tomó de allí cautela y puso en entredicho al Señor Coronado, Ministro de Gracia y Justicia. El Presidente del Real Consejo, fallidos los volubles ánimos de liberalizarse, gobernó en aquellos amenes isabelinos, supeditado a las camarillas chascarrilleras y rezadoras de las palaciegas antecámaras.

IV

PROCLAMADA la Ley Marcial por hacer inexorable el castigo de los conspiradores, aquellos más comprometidos se apañaron escondite a las esperas de ocasión y disfraz para fugarse de España. El Coronel Lagunero, con patillas de boca de jacha, catite y zorongo salió tocando la guitarra por el Puente de Segovia. Fernández Vallín abandonó el halago de una prójima para hacer el gato en los desvanes de las Madres Trinitarias de Córdoba.—Doña Juanita Albuerne, señora de piso en aquella clausura, era tía del travieso cubano.—Don Luis Alcalá Zamora, clérigo privado de licencias, hubo con tales alarmas de cambiarse en melero alcarreño. El Coronel Cembrano, sin bigotes ni perillona, tomó para sí el balandrán y la teja: Luego se propaló que, revestido con los andularios del clérigo progresista, y echando bendiciones, había repasado la muga de Francia por Dancharinea. El Licenciado Santa Marta, medroso y heroico, ocultó en el sótano de su botica, a dos patriotas de la Plaza de Antón Martín. Por la Tertulia progresista y la Logia de la Escalerilla corrían barruntos de alarma, con el santo de vecinas trifulcas. —Batallones pronunciados en Zaragoza y Cádiz—. A los gacetilleros de la opinión liberal se les atragantaba el café con media de abajo, y el faisán con trufas al angélico Marqués de

Miradores. Llegó hasta las tabernas el cauteloso hablar en voz baja:

—¡Vamos a bailar con la Niña!

—¡Dígalo usted, que estuvieron más verdes!

—¡Sonsoniche!

—¡A mí, plim!

—¡Que viajas por cuenta del Gobierno!

No faltaron en aquella ocasión, como puede presumirse, las clásicas cuerdas de deportados a los presidios de África: El Colchonero, Pepe el Carambolista, Julepe el Tato, Serafín el Pinturas, Paco el Pestaña y el Naque, fueron al destierro ceutí, con otros patriotas famosos entre Antón Martín y las Peñuelas. Pero no pasó de pocos días el tiempo que logró amordazar las lenguas el temeroso bando del Capitán General de Castilla la Nueva, Excelentísimo Señor Don Juan de la Pezuela, Conde de Cheste.

V

¡LAS cuerdas de Leganés! El Capitán Romero García, que logró fugarse, se aprieta la bufanda frente al viento duro en el muelle de Hendaya. Para ganarse la vida, sale al mar con los pescadores vasco-franceses y cumple la obligación marinera como ellos:

¡Ay Marión!
¡Ay Marión!

Cantan los pescadores al salir de la taberna. Brillan los chaquetones de agua. ¡A embarcar! Tiene una luz anaranjada el muelle, luz vasca, que sube por los prados a refugiarse en el atrio de las iglesias, que huye de la marina, y todos los azules pinta de verde. ¡A embarcar!

Lluvia y viento recio. Zaloma y grita: ¡Arriba la vela! En la puerta de la taberna, abierto el compás, barulla un profeta con cuatro copas, ojos y barbas de genio marino:

—¡El *Raúl* capea todo cuanto se sirva mandar el Napoleón de los Truenos!

Por sotavento viene muy cerrado, y otra no queda que arriar la vela. Con espumante tumbo arbola el mar por la proa. Achican, entre bandazos, los marineros. Cortas palabras, prontas resoluciones. El *Raúl* embarca más agua que

pueden achicar los baldes. ¡Muy negra ha cenado la noche! Solo las luces alternas de los faros por la proa. El *Raúl* corre el temporal a palo seco. Entre el salitre de las olas y el racheo del viento, voces y zaloma alarmada. ¡Hombre al agua! Un remo detrás para que aguante a flote. ¿Por dónde asoma? ¿Pudo o no pudo alcanzar el remo? El *Raúl* marina como una gaviota. Para verle entrar de arriada se ladean el quepis, a la puerta de sus garitas, los bigotes aduaneros del Imperio Francés:

—¡Bravo!

—¡Un remojazo! Y algo que escribir para la Comandancia… Y menos mal, no tener que vestirse de luto ninguna de nuestras familias.

—¿Pues qué ha sido?

—¡El Emigrado!

—¡Menos mal, como usted ha dicho, patrón! ¿No aceptaría usted una copa de vitriolo? ¡Me simpatizan los bravos lobos de la marinería francesa!

VI

EL Emigrado, sostenido en el remo, llena de sal la boca, volvía a verse en la cuerda de Leganés. ¡Trigos y sol manchegos en la noche negra del naufragio, doblado sobre el remo! Súbito triángulo de agria y desconcertada luz amarilla. Casernas y pabellones. Soldados que hacen ejercicio. Paralelas. Reductos. Baterías. Pelotones en traje de maniobra. Una corneta. Se desbarata la luminosa y triangulada geometría. En el repliegue de notas se incrusta la luz árida de un polígono militar. Patulea de soldados. Todo cerca y lejos, nítido, cristalino, diminuto, como encerrado en la lentejilla de un anteojo mágico. De pronto, un vértigo dinámico, pero los pelotones que hacen el ejercicio, sin embargo, están inmóviles. Se ha borrado la sucesión de los movimientos, todos se realizan a un tiempo, con un milagro táctico: Todo se desbarata y transporta con rafagueo de cornetas. Azules horizontes. Encendidos trigales. Carretera de Leganés. Sudor y polvo. Fuentecilla de hierro, donde un soldado, con el ros en la cuneta, se lava la sangre de los morros, que le hinchó el cabo. ¡La cuerda! ¡La cuerda! Chunga y bullanga. Sobre un ribazo, grandullones y mozuelas, comadres de pueblo, un clérigo con bonete y sotana. Rompe a cantar el zapatero remendón que va en la cuerda:

—¡Tanto cura, tanto cura!
¡Tanto relajado fraile!
¡Tanta monja sin convento!
¡Tanto chiquillo sin padre!

El Teniente de la fuerza ordena silencio. El soldado que tiene la cara llena de sangre, enrojece el hilillo de la fuente. Una taberna con frisos azules: La cortinilla levantada sobre la puerta: Enjambre de moscas: El ramo de laurel seco, cayéndose: Húmeda obscuridad, frescuras mosteñas promete el zaguán. Caminar y caminar, la sombra al costado. Fatigosos brillos de micas. Yermos terrones. Yuntas de mulas. Toros caretos que se incorporan bramando. Moscas y tábanos. Remotos piños de ovejas. Polvareda con piaras. Y sobre los términos de la marcha, la torre de la iglesia y el cigüeño en las nubes remontado. Promesas de un corral donde dormir con centinelas. Las baquetas de cabos y sargentos mosquean las espaldas y avivan el paso de los aspeados. En la plaza del pueblo, la murga municipal: Un globo hecho con gacetas, se quema sobre los tejados: Tumulto de campanas. ¡Están ardiendo las eras! Se hace todo relampagueo el recuerdo. Abierta la iglesia. Un clérigo deja su confesonario. ¡Aquí! El náufrago escupe la sal que le llena la boca, y cobra conciencia de la pértiga que le sostiene entre mar y cielo. ¡Las luces de un barco!

VII

¡VERDES escampadas de lluvia y ventisca, luces de tarde, paseo y melancolías de los emigrados españoles por la orilla húmeda de la carretera, entre Irún y Hendaya! En la frontera vasco-francesa, los emigrados engañaban sus atribuladas privaciones, con las bengalas de los manifiestos revolucionarios. Aquellos ilusos patriotas del credo progresista, soportaban honestamente en sus tabucos, muchas gazuzas de pan y tabaco: Formaban un bolo de famélicos iluminados: Alguno profesaba la guitarra por cifra y solfeo, otros se habían puesto a rapabarbas, sin que faltase el carambolista de cartel, ni el maestro de baile y castellano: Ejercían sus vagos y amenos oficios con un aire distraído de poetas en busca de consonante: Conspiraban en el humo de los cafés y botillerías con verdes billares. Las tardes de la primavera vasca, cuando hacía claro, salían a pasear por las mojadas carreteras, y la revolución con bufanda, paraguas, chanclos de goma, se asomaba sobre la frontera de España. Por las

noches, los que podían dispendiar algunos cobres, se juntaban a jugar el tute en la botillería de *Madame* Collette. Entre los ronquidos de la vieja francesa, y el remangue de los arrastres, se leía el inflamado programa de *La Discusión*. Fuera, la lluvia azotaba los cristales. Y en el sereno de estrellas, cuando volvían a sus tabucos aprovechando la escampada, se transmitían órdenes secretas llegadas de los círculos revolucionarios, los acuerdos entre los grandes emigrados de Londres, de Bruselas, de París: Se contaban los apuros para bandearse, se hacían pequeños empréstitos de cobres y tabaco, cambiaban noticias sobre el zapatero remendón y el sastre taumaturgo, que volvía la juventud a los gabanes: Murmuraban de la hospitalidad francesa, de la petulancia de los hombres, del poco recato de las casadas, y, con resquemor patriótico, discutían que se hablase en gringo a un paso de la frontera, solo por hacer de menos al fuero del castellano. Entonces se conmovían y renovaba su juramento pancho López, Teniente de Cazadores:

—¡Eso es un corte de mangas a mi Madre! ¡Señores, alujo a la enseña roja y gualda! ¡Pancho López, se juramenta para no hablar más que la lengua patria!

VIII

EL Soldado de África, como escribían los retóricos del progresismo, conspiraba emigrado en Londres. Don Juan Prim y Prats, Teniente General, Marqués de los Castillejos, Conde de Reus y Vizconde del Bruch, era el más señalado caudillo de la revolución liberal, que prometía convertir a la patria española, en feliz Arcadia. El Soldado de África, enfermo del hígado, amarillo de bilis regicidas, aborrascaba el horizonte político, con los metafóricos relámpagos de su matona, aquella que en los albores isabelinos habían feriado las camarillas apostólicas, revolucionadas frente a la Regencia Baldomera. Al General Prim, las ratas palaciegas se lo figuraban siempre a caballo. A caballo, cubierto de polvo, con batallones pronunciados, así le vio por primera vez la augusta niña, desde un balcón de su Real Cámara —La Condesa de Espoz y Mina, Aya y Camarera Mayor, hace recuerdo en sus Memorias—. El General Prim tenía puesto sitio a Palacio: Caracoleando, recorría las filas de sus batallones: Arengaba con un brazo en alto: Intimaba la rendición de la guardia. Y sonando espuela cubierto de lodo, pisó la Regia Cámara. El General Narváez, también sublevado, se lo presentó a la Reina:

—¡Señora, la más invicta espada de Vuestro Ejército!

La más invicta espada, siempre díscola, ahora esgrime su jaque floreo, entre las nieblas del Támesis: Con el torvo y escarmentado despecho de los fracasos anteriores, ya no excusa pacto ni compromiso, para sacar a puja la Corona de Castillos y Leones. ¡Lástima que no hubiese sido el despecho agudeza política, porque nada ayudó tanto al descrédito isabelino, como aquel sonsoniche con que los revolucionarios corrían las Cortes de Europa!:

—¡Me compra usted un Trono!

El General Prim sostenía secretas negociaciones con los tibios unionistas y los apasionados radicales que escribían *La Discusión*. Y como aún no convenían todos en el fin antidinástico, chupaban, alternativamente, una vieja tagarnina de Don Baldomero:

—¡Cúmplase la voluntad Nacional!

Pero ninguno daba tantos humazos en aquella colilla miliciana, como el Soldado de África.

IX

¡NARANJALES de San Telmo! Corte de Infantes. Los Serenísimos Duques de Montpensier conspiran contra su augusta hermana, y las matonas del unionismo tramitan la conjura con sus Altezas Reales. El Infante de Orleáns tiene abiertas sus gavetas para la puja de la Corona de España. Rompiendo cortinas, con frufrú de sedas, aparece la Señora Infanta: —Moño de batería, pañoleta de encajes, falda de volantillos, meriñaque de mucha rueda.— Trae en la mano una carta, se engalla, y la muestra con un baile en los largos pendientes de calabaza: Brillantes y turquesas:

—¡De mi hermana! Nos invita a las bodas de su hija. ¿Qué hacemos?

El Duque inclina su enorme nariz, con taimada condescendencia:

—¡No faltar! Es un deber de familia… Un desaire, sería significarnos demasiado… Tu hermana, en esta ocasión, ha estado muy diplomática.

—¡Pues no lo celebro!

El Duque se vuelve sobre la gaveta, y repasa el correo, listas de conjurados y avisos misteriosos, con llantinas y tientos a la bolsa de Su Alteza. Al Serenísimo Infante se le resbalan los lentes sobre aquellos papeles. Las revoluciones no se hacen sin dinero, y tiene comprometida la oferta de tres millones, para la compra

de generales y sargentos. Negociadores van y vienen. La Unión Liberal, escondiéndose, alarga la mano, pero los viejos del progresismo rehúsan todo pacto, y hacen la cruz a los dineros de San Telmo. El Infante de Orleáns, zamacuco y burgués, con la pluma en la oreja, repasa sus libros comerciales, y suspira el tango cañí del Adiós mi Dinero.

X

EN París de Francia, Don Salustiano Olózaga bate el organillo progresista con la tocata de la Unión Ibérica. Esta música daba prestigio histórico y colmaba de compases elocuentes, la tramoya de los emigrados, contra la Dinastía Borbónica. El Embajador de Portugal en París sostenía frecuentes y reservadas conversaciones con Don Salustiano. Se intrigaba para que aceptase la Corona de España, Don Fernando de Coburgo, desconsolado viudo de Su Majestad Fidelísima. Don Salustiano, por este tiempo, era un hermoso viejo de patilla blanca, epicúreo, sanguíneo, verboso, que aún conservaba joven la mirada, y fuegos endrinos de ingenio y travesura, en los párpados inflados: Muy ameno conversador, se complacía evocando lances de la mocedad, amores y fortunas, cárceles y destierros: Hacía frecuente memoria de los días en que anduvo enamorado de Rafaelita Quiroga. ¡Aquella Rafaelita que cantaba en las tertulias el Triste Chatas! Don Salustiano, bajo el palio de recuerdos, tenía una sonrisa de epigrama latino: ¡La angelical hermosura de rosas y natas que le había merecido tantos cocos, era, por Gracia del Espíritu Santo, la Seráfica Madre Patrocinio! ¡Qué lejos todo y cuántas mudanzas! ¡Aquella Rafaelita Quiroga, acaso ya tenía luces sobrenaturales, cuando exprimía su agudeza en los juegos de prendas, cargando navíos de La Habana!— Don Salustiano ironizaba, como cualquier mundano Marco Aurelio. Las fantasías de la Unión Ibérica daban luz a las horas de su destierro en la niebla y los reumas del Sena. Pero no le faltaban aprensiones de viejo, y pensaba que pudiera ser su destino, irse a la sepultura con el fruto en la era.

XI

¡UNIÓN Ibérica! Sueños que al mar llevan los númenes del río que el pecho saca fuera para hablar a los reyes. —¡Tajo y Texo, cuna de latinas gramáticas que se vierte en el mar de América! ¡Cima de linajes y espadas, arsenal de naves, verbo Ispaniense!— Graves vacilaciones llevó aquel alocado pensamiento al viudo consorte de la Reina Fidelísima: Don Fernando se finchaba con el cumplimiento portugués:

—*¡Muito obrigado!*

Don Fernando de Coburgo andaba remiso para comprometerse, y las razones que alegaba, muy para tenidas en cuenta: Aducía ejemplos, como en las buenas lecturas piadosas, y recordaba el caso de un judío, joyero en Amsterdam: Se llamaba Fritz: A este judío, se llegaron unos burlones: —¿Fritz, en cuánto tasas la corona de Napoleón? —Fritz se puso a reír con una mueca muy fea: —Para calibrar las piedras y tocar el oro con el agua fuerte, hay que desmontársela de la cabezota.

Don Fernando de Coburgo celebraba con cuca soflama de príncipe, la roma ironía tudesca, y no explicaba más. Tenía el veguero apagado: Con amable deferencia pedía yesca a un ayudante:

—*¡Muito obrigado!*

Bajo los miradores reales, se desliza, coro de líquidas voces, la verde fábula del Tajo. El emisario de los descontentos españoles, flaco, tuerto, la levita llena de manchas, el chisterín gentilmente apoyado en una cadera, pantalón de franja y trabillas, las botas fuelles, desbetunadas, tiene un lírico apasionamiento: Explica con vocablo de gacetero, los elocuentes telones históricos de Don Salustiano: Y, metafóricamente agobiado con el peso de aquel glorioso destino, oye la parrafada el desconsolado consorte de la difunta Reina Fidelísima. Al Don Fernando de Coburgo, obeso elefante tudesco, no dejaban de encandilarle las mirillas, los abalorios de la Corona de España. Pero del destino histórico con que enfáticamente le brindaban, dábale pesadumbre. Don Fernando, muy cuerdamente, temía los enojos ingleses, y, con aquel veto, perder la ocasión de coronarse: Don Fernando miraba el reloj: Era la hora del tapadillo y la cena con una bailarina de la Opera. Cortó la audiencia:

—¡Oh! ¡La Unión Ibérica! ¡Hermoso sueño! ¡Irrealizable sin el beneplácito de Inglaterra y Francia! ¡Aún nos veremos!

Volvió tarde, se metió en la cama, se puso el gorro, y se durmió cansado. Soñó con la *Signorina* Grimaldi. Bajo los miradores reales, el río sacaba fuera

mucho más del pecho, y solo por escrúpulo de la luna, no descubría las vergüenzas.

XII

DON Juan Prim, aquella noche en el conciliábulo de emigrados que le hacían tertulia, daba cuenta de un cable llegado de Lisboa. Iba el papel de mano en mano. Don Juan lo reclama, lo dobla, y con un palmetazo lo fija en la mesa. Musita una voz:

—¡Algo enigmático!

Y otra de vejete:

—¡Perfectamente claro!

El General, cortando los murmullos, toma el papel y lo desdobla: Lee recalcando:

—«Mala feria. Sousa».

Explica a su vecino el vejete:

—Sousa es Carlos Rubio.

Toma la palabra el General:

—Han, sin duda, surgido dificultades por parte de Don Fernando de Coburgo. Mala feria es la frase convenida. Sin embargo, tengo motivos para sospechar que es cosa nada más que aplazada la aceptación. Y si falta esta candidatura, otra habrá con menos inconvenientes.

El vejete cuchicheaba con el vecino:

—El General está en desacuerdo con Olózaga. Alude, claramente, a los tratos de Cascajares con Don Carlos.

—Pues creí que no los aprobase.

—Don Carlos juraría la Constitución.

—No hizo menos Fernando VII.

Proseguía el General:

—El Duque de la Victoria tiene el mejor concepto de lo que debe hacerse, y suya es la frase que lo expresa: —Cúmplase la voluntad nacional.—Esa debe ser nuestra enseña: Las Cortes Soberanas, elegirán la forma del futuro Gobierno. A nosotros solo nos cumple, ahora, unirnos para lavar el oprobio que supone el cetro en las manos de Isabel II. Don Salustiano Olózaga, gloria del progresismo, nos abrió el horizonte de una elocuente promesa. Todos los mitos son bellos, y a

mi corazón de soldado, ninguno como la Unión Ibérica. Pero yo pregunto: ¿Ese hermoso mito, puede concillarse con las realidades? La revolución debe alejarse de toda política de aventuras. ¡No soñemos! ¡No soñemos! ¡No soñemos!

Calló el General, y en pie, vuelto el rostro a los oyentes, refrendó con un puñetazo en la mesa el *ukase* que prohibía los sueños. Finalizó la reunión con alguna colecta. Y en la calle, entre el tapabocas y la niebla, murmuraba el vejete descontento:

—¡Este hombre no hará nada!

Y responde el confidente:

—Sacarnos los cuartos.

—¡La Historia se hace con sueños!

—¡Y con ambición!

—No hay honrada ambición sin demencia.

—Don Juan se pasa de cuerdo.

—Eso le pierde. ¡No hará nada!

—Derribará el Trono. Yo tengo confianza en su acción.

—Le faltan las alas. ¡No sueña!

—¿Quería usted un poeta para hacer la revolución?

—Si a usted le da lo mismo, un Profeta. Mañana me embarco para Pasajes. La inteligencia con los republicanos es indispensable.

—¿Qué dice Don Juan?

—¡Acepta!

XIII

EL Capitán Romero García acaba de aparecer con aquel chaquetón de contramaestre que le dieron a bordo del patache holandés.—Buena ginebra, buena peluquilla, no vale olvidarlo.—Brindaba con la petaca. Ha perdido todo nombre anterior, y se llama el náufrago. Los jugadores de malilla barajan más lentos. En la taberna, mientras pone velas a un barco de juguete, el náufrago relata su naufragio:

—Completa y redonda como una moneda, mi vida se me volcó en un recuerdo. Me vi todo chico, quebrándole la cabeza a mi abuela. Me vi como era en la Academia. Y frente a Sebastopol. Señores, yo soy un oficial con estudios y he asistido a la Guerra de Crimea.

Queda callado poniendo drizas al navío. La malilla revive disputas y remangues del naipe. La tabernera trae una escudilla con vapores de *ragout* y pimienta. El náufrago entonces se encarama, y cuelga su navío de tres puentes en un clavo del techo. Salta al suelo. Cojea el banquillo. Un jugador de malilla:

—¡Bien huele eso!

La hija de la tabernera toma un taburete y cabalga la pierna.—Bata de percal, lazos azules, un aro de lacre en el pelo, pupilas de mar, labios pintados, rizos en la frente, mejillas inmóviles, con rigidez de albayalde.—Melania es su nombre y estudia solfeo:

—Me ha hecho gracia que en vez de considerar el peligro, se ha visto usted quebrándole la cabeza a su mamá.

—¡Y sin embargo es así!

—¡Pues será usted el primero!

Uno que corta la baraja:

—¡Poco tiene de novedad el caso!

La mozuela ríe toda pintada y vieja. La madre, que anota la cuenta, mira por encima de sus anteojos:

—¡Niña, no seas bachillera!

Otro jugador de malilla:

—Son fenómenos magnéticos.

La tabernera, con un gesto complacido:

—Usted habrá leído el folletín de *El Collar de la Reina*.

—Hay un mundo sobrenatural.

El náufrago contempla el barco de juguete, que navega quieto, colgado de la viga:

—Si no estuviese en desacuerdo con mis ideas, se lo ofrecería a la Patrona de los Marineros.

XIV

—¡Mon papá!
¡Mon papá!

MELANIA corría la casa y mudaba la lechuga al canario, con el estribillo de Offenbach. A los vecinos, les parecía aquella letra poco respetuosa

para *Monsieur* Trebouchet. La tabernera tenía marido:—Quepis azul, galones colorados.—Un aduanero de la cáscara republicana, gran lector de las gacetas liberales, muy dicharachero y petulante. Con este tiempo de lluvias y ventiscas, no era extraño que volviese apimplado de las guardias en la marina. *Madame* Collette, mujer inteligente, se lo explicaba con un arrebujo, escondiendo las manos bajo su pelerina de estambre:

—¡Mucho mal tiempo!… ¡A los hombres, no les pida usted milagros!

Monsieur Trebouchet elogiaba los encantos y opulencias de su compañera: Nunca, con luces en el campanario, decía mi mujer, porque era un curda romántico. *Madame* Collette, únicamente sacaba las uñas los domingos cuando leía los folletines de la semana y faltaba alguno de la serie. El domingo, la niña, sin colegio ni solfeo, se cuidaba del mostrador. *Madame* Collette, en la sala del piano, devoraba folletines: Tenía un estante con *Los Tres Mosqueteros, Las Aventuras de Rocambole*, *El Judío Errante*, *Las Veladas de la Granja*. *Madame* Collette, fofa, mantecosa, rosada, leía en las tardes domingueras, con los visillos del balcón levantados.—La sala tenía un balcón azul, con crestas de espuma sobre la lontananza de la playa.—Melania, abajo, en el mostrador, cantaba:

—¡Mon papá!
¡Mon papá!
¡On ne le connais pas!

Don Tomás, el maestro de solfeo, no podía soportar aquellos compases.—Estimaba al matrimonio Trebouchet.— Por otra parte, un matrimonio muy respetable: Quería a su discípula, y el precoz descaro de la mozuela le alarmaba: Don Tomás era un emigrado español, músico de charanga, hombre tímido, y terco, muy devoto del Soldado de África: Don Tomás leía los folletines que le prestaba *Madame* Collette: Eran pocas las lecciones, y se aburría en su desván de emigrado: Los domingos, anocheciendo, solía aparecerse por la sala del piano: Algunas veces se volvía sin entrar, tanto le irritaba el sonsonete:

—¡Mon papá!
¡Mon papá!

XV

DON Tomás otras veces toca aires tristes en la bandurria. Melania canta la letra española engordando las erres. El aduanero se ladea el quepis:

—¡Horas inolvidables!

Melania se asegura el aro lacre del pelo. En unas fiebres se lo habían cortado, y lo llevaba en melena. Sobre el canto, sale a bailar de la mano de *Monsieur* Trebouchet: Frente al marido de su madre, arquea las cejas.—Enigmas crueles la boca pintada en corazón, las azules ojeras, el rígido estuco de la máscara.—Inicia una pirueta de cancán, y escapa mofándose:

—¡Mon papá!
¡Mon papá!

Monsieur Trebouchet, con su guiño de franchute petulante, martiriza al profesor de solfeo:

—¡No tienen ustedes los españoles un Offenbach! Replica Don Tomás:

—¡Tenemos un Eslava!

Se llena de suficiencia el aduanero:

—¡Yo lo ignoro!

Madame Collette, con mucho tacto y dulzura, intervenía para no herir el patriotismo del emigrado:

—Tú, querido, lo ignoras porque no puedes conocerlo todo. Estás hablando con un profesional, y la música no es tu fuerte. Le debes una satisfacción a Don Tomás. En la España, hay músicos muy eminentes que no dejan mal a sus modelos franceses. El Señor Eslava, posiblemente, será uno de los primeros.

Suspira Don Tomás desconsolado:

—¡Un maestro universal! ¡La niña estudia por su Método!…

La niña saca la lengua:

—¡Muy aburrido!

Don Tomás, suave y dulzón, dobla la cabeza sobre un hombro:

—¡El estudio siempre es árido! Natural de su joven edad preferir Terpsícore a Orfeo.

Melania, con la flecha clavada en los aceros del corsé, salta en los medios, con una cabriola de escenario:

—¡Mon papá!
¡Mon papá!

—¡Cállate, Melania! ¡A Don Tomás no le gusta que cantes esas desvergüenzas!

—¡Ya lo sé!

—¿Pues entonces?

Don Tomás se resigna:

—Se complace en mortificarme… ¡Por nada del mundo, quisiera ser el novio de usted, Señorita Melania!

—¡En todo caso de mi mamá! ¡Más iguales!

Don Tomás se ruboriza. *Madame* Collette coquetea, y el aduanero celebra el desgaire de la muñeca:

—¡Lo que ella sabe!

Don Tomás se despide: Con la guitarra al brazo, ejecuta una cortesía tímida, sobre el alfombrín del piano, entre la vasca marina del balcón y la Vista de Versalles.

XVI

EN aquellos días isabelinos, los emigrados españoles llevaban por el mundo la negra leyenda de cárceles y destierros: Sobrados de fantasía, cuanto escasos de miramiento, contaban y no acababan licencias y desafueros de las Personas Reales: Nombraban a la Señora con muy feas expresiones, y daban el remoquete de Paquita al Rey Consorte, de Puigmoltejo al Augusto Heredero del Trono. Reverdecía por el Ruedo Ibérico, la rufa tonada de Juanilla la Beltraneja. —¡Aleluyas antiguas de tan buen compás para los Católicos Reyes Isabel y Fernando!— Como siempre, en la sombra, intrigaba el Gran Camarillón del Augusto Consorte: Recibía correos misteriosos y despachaba emisarios a la Corte Romana. Ante los avances demagógicos del liberalismo, aconsejaba la abdicación con todos sus derechos y privilegios, en el hijo de la Archiduquesa Beatriz.—Nombrándole con este artificio, se daba advertencia de un cierto interés por parte de Austria.— Renovábase la conjura que años atrás había traído los fusilamientos de La Rápita: El Gran Camarillón del Rey Consorte intrigaba como antaño, y no parece dudoso, que, de donde salieron las primeras murmuraciones beltranillas, fue de aquel cabildo. Las cornejas palaciegas, de mucho antes que los emigrados, ya tenían en el pico la castañeta del Puigmoltejo. Pero ello no excusa a los corrillos progresistas que cantaban

aquellas boleras por el mundo. Aquellas boleras y el mal ejemplo de una monja que últimamente había parido en Barbastro:

—¿De quién?

—¡Pueden ustedes figurárselo! ¡Del Papa!

XVII

EL Gobierno se había reunido en Consejo:

—¡Confirmado, plenamente confirmado el abrazo de Unión y Progreso!

Se burlaba el Señor Presidente:

—¡No es un abrazo! ¡Es una gruesa! Abrazo de Don Juan y Don Baldomero. De Don Juan y Don Salus. Don Salus y Espartero. Espartero y Serrano. Serrano y Don Juan. Don Juan y el Duque de Montpensier. El Duque y la Duquesa. ¡Valiente fandango!

Pero no lo llevaba en paciencia el docto Señor Coronado, Ministro de Gracia y Justicia: Sus ricillos de maniquí, se sublevan al humor chancero del Señor Presidente:

—¡Es preciso que la ley, en todo su rigor, sirva una vez de ejemplar escarmiento!

Apoyó el Señor Marfori, que fumaba los mejores vegueros de la Vuelta de Abajo:

—¡La tranca! ¡La tranca! ¡La tranca!

Corrigió pulcramente el Señor Coronado:

—¡La Ley! ¡Déjeme usted a mí con la Ley! ¡No necesito más!

Esclareció con celo ejemplar el Señor Ministro de La Guerra:

—¡La Ley Marcial!

El Señor Coronado, era un vejete atrabiliario, sabihondo y tontaina, muy escrupuloso en las devociones de oír misa diaria y comulgar los viernes: Hablaba escuchándose, pero con un aire pulcro, modestamente, porque tenía una voz fatua de ético catedrático:

—Señores, mi sentir es que deben desarchivarse todos los procesos políticos. Tras este pequeño expediente, enviar a la cárcel a muchos ilustres personajes de las logias liberales, que ya debieran dormir en ella para tranquilidad de estos Reinos.

El Señor Ministro de Gracia y Justicia hablaba alambicado, con formas un poco anticuadas, pero, sin duda, muy doctamente. El Señor González Bravo se lucía haciendo pajaritas de papel y las colocaba en las carteras de sus compañeros: Tomó la palabra, doblando el pico a la pajarita número siete:

—El Gobierno tiene noticia de haber recorrido algunas capillas de los barrios bajos Don Nicolás María Rivera.

—¡Muy cierto!

—¡Probado!

—¡Y también Becerra!

—¡Lo sé por mi cochero!

Continuó el Señor González Bravo:

—El Gobierno no debe precipitarse, con riesgo de darle al suceso más importancia de la que en sí tiene. Don Nicolás María Rivera pudo haber ocurrido a esos lugares de la alegría popular, por expansionarse, sin ánimos de zaragata política… ¡Mera y generosa pasión báquica, como el cochero de mi querido colega Don Martín Belda!

El Presidente del Consejo puso una nueva pajarita sobre la cartera del Señor Coronado. Se le saltaba al docto vejete la dentadura postiza, pareciéndole que el obsequio, no venía sin ánimo de picarle. El Señor Coronado era muy comedido, y se contuvo de dar un papirotazo en la cartera y meter todas las pajaritas en vuelo. Pero aquella broma le sulfuraba: Así era su lamento en el locutorio de las Madres de Jesús:

—¡Juzgaba hombre de más seriedad al Señor González Bravo!

XVIII

RIVERO y Becerra, con trancas de nudos, calañés y capa, conspiraban por las tabernas de los Barrios Bajos.—Era la voz popular entre Antón Martín y las Peñuelas.— Ninguno los había visto, pero todos tenían un compadre de mucha verdad, que lo aseguraba. Rondas de la secreta los buscaban todas las noches, por los cafetines y tabernas que frecuentaba la gente del bronce, pero no daban con ellos, y, como sombras duendes, se les iban de las manos: Donde preguntaban oían la misma relación alusiva a dos puntos que acababan de irse.—¡Dos puntos de calañés, capa y basto!— La ronda secreta se convidaba a un chato en el mostrador, deseaba salud, y tomaba soleta, atropellando al invariable

curda que mea el vino en la acera:

—¡Viva Prim!

—¡Dale un mamporro!

—¡Aquellos son!

Una carrera. Otra taberna, y hasta el alba con el cuento de la buena pipa, la ronda secreta.

XIX

EL Licenciado Santa Marta había trasladado la tertulia de la rebotica, al sótano. Don Felipito aquella noche llegó con un nuevo romance. Merengue, puesto en dos patas, sostenía el platillo de estaño. Rasguea el dómine:

—*Pro causa natura,*
El Padre Claret,
Una bula obtuvo
Para la Isabel…

LIBRO SEGUNDO
ESPEJOS DE MADRID

I

—¡SE redondea el tuno de Don Pancho!

—¡Vaya pestaña la del gachó!

—¡Ha dado con una mina!

—¡Aquí todo es bufo!

—¡Bufo y trágico!

—¡Pobre España! Dolora de Campoamor.

II

—¡ME gustan todas! ¡Me gustan todas!

En los cafés, los jugadores de dominó, en las redacciones, el gacetillero, en las tertulias de camilla y botijo, el gracioso que canta los números de la lotería, en el gran mundo, las tarascas más a la moda, los pollos en cambio de voz, los viejos verdes, todos los madrileños, en aquella hora de licencias y milagros, canturreaban algún aire aprendido en el Teatro de los Bufos. Un cancán de alegres compases cierra los amenes de la fiesta isabelina, cuando los santurrones candiles dislocaban el último guiño ante las pantorrillas de un cuerpo de baile, y solfas de opereta sustituían al Himno de Riego.

—¡Pero la rubia! ¡Pero la rubia!

III

—¡YA tenemos Teatro Nacional!

—¡Música y letra!

—¡Es vergonzoso!

—Yo no me siento tan pesimista.

—¡Nosotros, que somos los creadores de la zarzuela, dando entrada al ínfimo género francés! ¿Por qué no llevar a los periódicos una cruzada combatiendo las traducciones de libretos y novelas? ¡Que se hagan ediciones económicas del *Quijote*! ¡Que se represente a los clásicos!

—¡Por ese camino iríamos muy lejos, Adelardo!

—¡No se prostituya usted con arreglos del francés, Eusebio!

—¡Hay que buscar el dinero donde fluye! ¡Arderíus es otro Salamanca!

IV

ENTREACTO. La Corte deslumbra con sus lentejuelas de tambor y gaita en el Teatro de los Bufos. La Señora —diadema, pulseras altas, pendientes brasileros— luce el regio descote, pomposa y mandona, soberaneando desde la bañera de su palco, moños y calvas, atriles de la orquesta y cuerpo de baile. Se apoderan del entreacto los galanes de la luneta y asestan los gemelos a las madamas: Aquellas dos, con mucho retoque de ricillos, cejas y lunares, son las Generalas Dulce y Serrano. El cristobalón de las patillas y los brillantes es un fantoche revolucionario, que vuelve a lucir su vitola habanera en los círculos y teatros de la Corte:—El Señor Fernández Vallín, que viajaba por el extranjero y ha venido, según se dice, con instrucciones de la Junta Revolucionaria de Londres.— Los cinco adefesios de aquel entresuelo, son las niñas del Conde de Vilomara. El fatuo de la barba cosmética y las perlas de ricachón, es el Duque de Fernán-Núñez. La Marquesa de Torre-Mellada y Teresita Ozores deslumbran en la segunda platea de la derecha.— Antes del tercer acto, se irán al baile de la Medinaceli.— El Barón de Bonifaz tiene su puesto entre la regia servidumbre Noche de moda. El gran tono girola su pingo de lentejuelas a la redonda de la sala, por las rojas y doradas peceras de los palcos. ¡Perlas de la Lombillo! ¡Encajes de la Cenicero! ¡Diamantes de la Casa-Juárez! ¡Rosicleres de Juanita Montes! ¡Falsas pedrerías de la Generala Ortega! ¡Bomboneras y lunares de la Torre-Mellada! ¡Lazos y plumas de Carmen y Josefina Córdova! ¡Gorjeos de

Teresita Ozores! ¡Pelucona de la Duquesa de Riela! ¡Descote de la Casalduero! El rojo terciopelo de los palcos enciende un guirigay de luces y vaporosos tules, hombros desnudos, abanicos y brazaletes. En aquel proscenio, izquierda del espectador, asesinan corazones los elegantes del reino: Pepe Alcañices es el patilludo cetrino y jaque: El rubiales del párpado caído, Gonzalo de Bogaraya: El otro del monóculo y la roseta en el ojal del fraque, un diplomático francés. El Conde de Cheste es aquel fantasmón del sombrero con plumas y la capa blanca, que ahora besa la mano de las Augustas Personas.—Apolo y Marte ciñen sus sienes.— Los tres petulantes que se lucen apostados en el pasillo de lunetas, no pertenecen al gran mundo: Por lo excesivo de las corbatas y el ensortijado de las cabezas, parecen del honrado comercio. El buen mozo del calañés y la capa con embozos grana, es el Niño de Benamejí.—Ahorcados los andularios de clérigo y recobrada la estampa marchosa, se hace de amigos en la Corte.— Aquellos bigotes de pábilo, son del Teniente General Marqués de Novaliches: Se aloja con la regia servidumbre y le aflige el escrúpulo de haber atisbado, por el rabo del ojo, a los bajos de las suripantas. Gonzalón Torre-Mellada, Pepe Bringas, Angelito Sardoal y Manolo Zambrano, que enamoran a todas las del coro, ocupan las primeras lunetas de orquesta. El húsar, con tantos cordones, es un ayudante del Duque de la Torre. —La Duquesa le confía frecuentemente su escolta, y no faltan murmuraciones.— Preludia la orquesta. La batuta silencia el patio. Se alza la cortina. Moños pimpantes, brazos desnudos, bocas pintadas, tules y talcos, mallas color de carne. Playera de las coristas, con baño de ola. La luz de las candilejas mete en un primer término absurdo y brillante, la fila tobillera de erguidos chapines. La Corte abre su pavón de luces, divertida en el encanto fácil de ritmos y bufonadas. La Católica Majestad, siempre magnánima, se digna aplaudir la apoteosis de cancán y bengalas, y al ejemplo real, aplauden las camaristas, los mayordomos, las damas de la banda, los gentiles hombres y el Rey Consorte. ¡Silba en la cazuela un cajista de *El Imparcial*! ¡Desacato a la autoridad! Le llevan preso.

V

¡SOBRESALTO en los bastidores de los Bufos! Sonando O espuelas, y arrastrando el sable, llegaba el Coronel Ceballos. Coristas y suripantas, en corsé y papillotes, acuden a cerrar la puerta de sus camarines:

—¡Ya tenemos al loco!

El Coronel Ceballos de la Escalera, brillante hoja de servicios, continente marcial, bellas barbas de cobre, ojos saltones, incoherentes y desorbitados, era un bizarro militar, rígido y ordenancista, credo apostólico, maniáticas devociones, propósitos y plumas de orate calderoniano. Gentilhombre de la Real Cámara, tuvo alborotado el sentido, por amores de la Graciosa Majestad. Los augustos ojos —claro celaje madrileño— miraban aquella locura compasivos y chanceros. A pesar de tan dulce ejemplo, algunas lechuzas apostólicas batieron la castañeta del pico, con espantado repulgo. Al Teniente General Marqués de Novaliches —Áulico del Príncipe— aquel desacatado amor, le ponía perlático y confuso. A la Duquesa de Fitero se le torcían las plumas del moño. El Conde de Cheste, Capitán General de Madrid, tuvo tanto enojo al saberlo, que arrestó y dejó sin mando al Coronel Ceballos. Refrendó las órdenes con un rugido poético:

—¡El amor de ese jefe, no es un desacato, es un sacrilegio!

Cumplido el arresto, sin mando de tropas, privado del servicio de entrada en los reales aposentos, se le veía rondar en torno a Palacio. Todas las mañanas asistía al relevo de la guardia, en el Patio de la Armería. De uniforme, a la cabeza de mirones y papanatas, saludaba con estentóreos vivas y devotos textos, la aparición, tras los cristales, de la Augusta Dulcinea. Repartía cigarros entre los pistolos:

—¡Muchachos, algún día tendréis que verter vuestra sangre en defensa de la Reina! Esa belleza corruptible que habéis saludado con las armas, ni comparable con la belleza de su real ánimo. ¡Quieren hacerla descender del Trono! ¡El Trono es suyo! ¡La Corona de España, suya propia! Ahora no la lleva porque es muy pesada. Estos tiempos son de jaquecas. Se la pone para dormir y tener sueños magnánimos. Las cabezas de todos los masones deben caer esta noche. ¡Vino y doble ración, valientes! ¡Esta noche!

Amonestado por la superioridad militar, dejó de acudir a la Parada. Se le veía en los cafés y botillerías, se hizo noctámbulo, perdía al juego, frecuentaba los garitos y el confesonario, las novenas y los bailes de Capellanes: Llevaba a todas partes el mismo gesto alucinado y maniático, de una timidez explosiva: Caminaba rozándose con las paredes y tenía sombra de orate: Salió de su encumbrado delirio erótico, para poner los ojos en una suripanta de los Bufos: Frecuentó aquel escenario, tuvo piques con metesillas y sacabancos: Una noche, movió gran escándalo por celos, y quiso matar a la ingrata: Luego, durante algún

tiempo, no se le vio por los círculos de la juerga dorada: Hacía vida devota, confesaba y comulgaba: Solía acompañarse de un capellán castrense, clérigo trabucaire, con marcado estrabismo y anteojos, pobres manteos, y zapatos arrugados, llenos de polvo. Juntos hacían largos paseos y visitaban a los pobres de San Vicente. Y en medio de esta vida, impensadamente, reaparece en el escenario de los Bufos. Susto, revuelo de faldas. En el pasillo de los camarines, subitáneo cierre de puertas. El traspunte corre en busca de Don Pancho. Don Pancho, mundólogo y efusivo manda traer pajarete y pasteles:

—¡Formalidad, Coronel! Tenemos a Sus Majestades en el Teatro.

El Coronel le abraza con arrebatado entusiasmo:

—¡Sus Majestades! ¡Don Pancho, noble amigo, no tiene el telón un agujero?

Corrió turulato, y equivocándose, metió el ojo sobre el palco de las Generalas Dulce y Serrano —dos jacobinas de aquellos amenes—. El Duquesito de Ordax, uniforme de húsares, cordones de ayudante, dábales escolta. Fernández Vallín hacía su entrada con una caja de chocolates en cada mano:

—¡Intrigantes!

VI

FERNÁNDEZ Vallín despidió bajo la iluminada marquesina, a las Generalas Dulce y Serrano. Las madamas sacaban los abanicos por la portezuela del coche. El cristobalón cubano faroleaba alzándose la chistera. Y acudía por la puerta del teatro, ondulando la capa andaluza, el Niño de Benamejí:

—Se me había usted eclipsado. Su señor padre político, en carta de hoy, me comunica que tiene usted instrucciones.

—¡Efectivamente!… Me ha escrito… Le daré a usted la carta. ¿Adónde se dirige usted?

—¡A cualquier parte, menos a mi casa!

—Pues vamos al Casino. Leerá usted lo que dice el viejo. Por la Plazuela de Matute y calle del Príncipe, salieron a la Carrera de San Jerónimo. El Casino de Madrid, en los fastos isabelones tuvo allí su Sede. Subiendo la escalera, tropezaron con un mozo recadista, que bajaba corriendo. En lo alto, el ujier de casaca y medias rojas se encorvaba sobre el balaustre, y hacía tornavoz con la mano:

—¡La Botica de Borrell está abierta toda la noche!

El Niño de Benamejí, con autoritario desembarazo, alargó el bastón cortando el camino al criado:

—¿Qué sucede?

—¡Un accidente! Voy a la botica con esta receta.

El ujier explicó desde lo alto:

—El señorito Torre-Mellada. Un vómito de sangre.

Don Segis comentó en voz baja, tocando el brazo de Fernández Vallín:

—Un vómito de vinazo. ¡El circunloquio del gachó tiene gracia!

—No me ha parecido que hablase en broma… Ni se hubiera propasado a tanto…

—¡Estamos en un país muy democrático!

—¿Y la receta?

—¡Dos reales de amoníaco!

Bajaban conversando en grupo algunos carcamales reumáticos, embufandados y enchisterados:

—¡La vida de crápula!…

—¡Un tarambana!

—Un tarambana vicioso.

—Si este chico faltase, el título y los bienes de esa casa…

Murmuró Don Segis apresurándose:

—Vamos a ver qué sucede. Tenía usted razón. Un vómito de sangre. ¡Mala cosa!

El ujier, con la mampara entreabierta, explicó:

—Jugaba una partida en la mesa grande.

—¿Ha perdido el conocimiento?

—Desvanecerse, sí, señor. Habla con un hilo de voz. La cara y las manos, una cera.

—¿Dónde está?

—No se le sacó de la Sala de Billares. En seguida apareció un médico y ordenó que se le tendiese sobre el diván y se le dejase en reposo, que era de mucho peligro trasladarle.

Atravesaron el gran salón, que por lo avanzado de la hora tenía las luces casi apagadas. Algunos grupos conversaban aislados en zonas de sombra: —Discretos susurros, lentitud, silencio. Un ujier con bandeja. Solfas de fagot. Vislumbres de una cerilla. La brasa de un cigarro. Un terno—. No estaba más iluminada la Sala de los Billares. Daba su verde resalte, bajo una lámpara con

enagüillas, la mesa pequeña de carambolas, donde continuaba la partida de dos maniáticos, que se movían en el fondo luminoso, solos, aislados, con gesticulación desmesurada. En el otro extremo, casi a obscuras, el grupo de amigos silenciosos, rodeaba al pollo del trueno, que yacía tendido sobre el diván. Un viejo con los lentes temblándole en la junta de la nariz, le tomaba el pulso. El Niño de Benamejí se acercó, recogida la capa con garbo torero:

—¡Salud, caballeros! ¿Qué ocurrencia ha sido esta, Gonzalón?

El Pollo Torre-Mellada, amurrió la jeta:

—Segis, conviene avisar en mi casa.

—¿Pero qué es ello?

—El petate para el otro mundo.

—¡Qué asadura!

El viejo de los lentes sacó el reloj, y consultó el minutero. Todos callaron, en espera de que hablase el oráculo:

—El pulso marcha bien… Un poco débil… Aires de campo…

Jugó la pañosa el marchoso Don Segis:

—Aires de campo y abstinencia de carne. ¡Gandulazo, a tomar el olivo para Los Carvajales!

Gonzalón entornó los párpados:

—No me abaniques con la capa, Segis.

Abría, de repente, los ojos y se incorporaba, haciendo con los brazos un ademán afanoso de apartarse la gente. Le saltó por la boca un chorro de sangre.

VII

LAS malas noticias tienen alas, vuelan desaforadas en lenguas, hay como un placer en divulgarlas y así ocurrió con el accidente de Gonzalón Torre-Mellada: Al palacio de Medinaceli, que ardía en fiestas, se metió el notición de una vez, por cien ventanas iluminadas. La Duquesa Ángela, de rosa y crema, en el primer espejo que halló ante los ojos, ensayó un bello mohín de condolencia, indispensable en aquellas circunstancias:

—¡Qué contrariedad!

Pero inmediatamente se corrigió, gustando una fórmula selecta, que satisfacía plenamente las aspiraciones elegiacas de su alma romántica:

—¡Qué dolorosa nueva!

Las damas del gran mundo suelen tomar su lección de retórica en las revistas de salones. La dolorosa nueva, dinámica y sombrona, llevó un ligero trastorno a la fiesta de Medinaceli. Los Marqueses de Torre-Mellada estaban en el número de los concurrentes. La Marquesa, soponciada, fue conducida al tocador. El Marqués corrió turulato, refugiándose alternativamente en los brazos de unos y otros, todos en aquel momento amigos del alma:

—¡Recibiré con resignación el golpe que me envíe la Providencia!

Adolfito valsaba con Eulalia Redín. En un revuelo de colas y compases, le susurró la noticia otra pareja. Cuando se detuvieron para tomar aliento, ya la noticia era de todos: Adolfito vio al desolado padre venir con los brazos abiertos:

—¡Eulalia, tu pobre primo! ¡Adolfo, tu hermano de locuras! Acompáñame hasta el Casino. Dame tu brazo.

Era la hora de la cena, y apenas algunas almas caritativas y dispépsicas se agrupaban en torno del compungido cortesano: Adolfito le abrazó:

—¡Jeromo, aunque me manches de babas la solapa!

—¡Sois como fieras!

Salieron acompañados de unos pocos y llegaron solos a la escalera, brillante de luces, decorada con tapices y guirnaldas de flores valencianas. En el Casino tuvieron los primeros informes ciertos, por el ujier que les abrió la mampara. El Marqués, con empaque muy digno, discretamente, dejó un duro en la palma del criado. Adolfito se sorprendía de no verle más lacrimoso, pero le duró poco este cuidado: Al penetrar en el salón lleno del rumor de las tertulias, comenzaron los chifles del palaciego, las frases elegantes y rebuscadas:

—Los hijos dan trabajos pero dan alegrías. ¡Perderlos es el mayor dolor que puede enviar el Cielo!

El Niño de Benamejí se destacó del grupo donde conversaba, y abrazó al carcamal:

—¡Señor Marqués, soy de los amigos que saben compartir un dolor!…

—Segismundo, conozco su gran corazón. ¿Ha visto usted a Gonzalo?

—Hace un momento. ¡Una hemoptisis, no es la de vámonos!

Renovó sus chifles el Marqués de Torre-Mellada:

—En medio de la felicidad acecha siempre el dolor… Pero esa sentencia árabe no basta al consuelo de un golpe tan inesperado: ¡Es el único hijo, Segismundo! ¡La esperanza y el orgullo de su pobre madre!

El timorato palaciego se apoyaba en el brazo de Adolfito. Aconsejó el Pollo Real:

—¡Hay que ser hombre, Jeromo!

—¡Y lo soy, lo he sido en todas las circunstancias de mi vida! ¡Pero comprende que mi corazón se dilacera!

Se detenía en la puerta de los billares, falso y lacrimoso como si le arrestase la zozobra de una fulminante desgracia. Al cabo, pisando de puntas, con un gesto de aparatosa consternación, acudió al lado de su hijo:

—¡Qué disgusto! ¡No has pensado en tu pobre madre!

VIII

LA pobre madre, ya instalada en su nido de cojines y faralaes, en la luz rosa del gabinete malva, olía un pomo de sales y susurraba mimosos cumplimientos a los buenos amigos que dejaban la fiesta por acompañarla. Los buenos amigos respondían haciendo la tornada de los cumplidos: No eran muchos: Teresita Ozores, Jorge Ordax y Pepín Río-Hermoso, muy aprensivo de que podía sobrevenirle un accidente como el de Gonzalón. La Marquesa jugaba muy discretamente la comedia de madre afligida: Su dolor resignado y del mejor tono, contrastaba con el hipo rotundo de Pepín Río-Hermoso:

—¡Pobre Gonzalón! ¡Tan fuerte que parecía!

Los buenos amigos le miraron consternados. Jorge Ordax le dio un pisotón:

—¡No hagas el asno!

—¡Una muerte repentina!

—¡Si no ha muerto, gaznápiro!

—¡Es lo mismo! Una hemoptisis…

A Pepín Río-Hermoso, las muertes repentinas le asustaban con una luz dramática de relámpagos y naufragios. Hubiera sido feliz si el mundo no abrigase hemoptisis, derrames cerebrales, anginas de pecho y cólera morbo asiático. Pepín estaba saludable, dormía doce horas, era comilón, escupía el vino, no tragaba el humo, y nada podía ya asegurarle contra una muerte repentina: Gonzalón, fornido como un toro, arrojando chorros de sangre por la boca, le advertía con una temerosa ejemplaridad cartuja. Y la inicial sugerencia plástica, se le revertía en una zozobra toda nutrida con posibilidades de morir. Pepín Río-Hermoso lloraba no ser inmortal: Como no podía reprimir la congoja saliose al balcón, abierto sobre el jardín perfumado de magnolias, y se puso a rezar bajo la noche estrellada. El temblor remoto de los astros le enfriaba la carne: Afligíale,

cada vez más negra, la zozobra de la muerte, incertidumbre y pavura de dormirse y no despertar: Dejó el rezo, para formularse el propósito de confesar inmediatamente sus pecados. Teresita Ozores salió al balcón con una revolera:

—¡Ridículo!

—¡Moscas!

—¡Vete a otra parte!

—¡Teresita, tócate las narices!

—Estás haciéndole un mal tercio a Jorge y Eulalia. Tienen que hablarse. Se han arreglado. Pepín, rico, toma aire.

Pepín, tras los estores, extendía el brazo hacia la damisela:

—¡Ahora llegan! ¡Un coche acaba de pararse! ¡Tan fuerte que parecía!

Teresita le tomó de la manga:

—¡No digas nada! ¡Vamos a verle!

—¡Es horrible tener que morirse de repente!

Atravesaron el gabinete, con fuga silenciosa, pisando de puntas. La Marquesa Carolina, oculto el rostro en los almohadones, sollozaba nerviosamente con los hombros, como las primeras damas de la Comedia Francesa.

IX

EL Palacio de Torre-Mellada, silencioso, con luces mochuelas en salones y corredores, mudó en miedoso susurro, la charla voluble de Teresita Ozores:

—¡Pobres padres!

Teresita tomó el brazo de Pepín. Lacayos soñolientos velaban en la antesala. —Tapices y armaduras, una silla de manos decorando en el gran rellano de la escalera, un oso blanco cargado de paletos y chisteras—. Teresita corrió al balaustre. Gonzalón subía de su pie, apoyado en el hombro de Don Segis. Detrás, acompañaban al desconsolado padre, Bradomín, Alcañices y Adolfito con uniforme de sombrero apuntado y capa blanca. Pepín corrió a dar sus brazos para sostener a Gonzalón:

—¡No ha sido nada!

Gonzalón le reparó los ojos:

—¡Te has anticipado a derramar una lágrima!

Ya hablaba con el fuelle apagado y cínico de los perdis que arrastran la tisis

por garitos y billares con treinta y una. En lo alto de la escalera, doblada sobre el balaustre, le acogió Teresita:

—Monín, para que aprendas y no hagas calaveradas.

El Marqués de Torre-Mellada aprobó con un chifle patético:

—¡Ríñele, Teresita!

Toñete, muy compungido, levantaba el portier en el fondo de la antesala. Gonzalón le dio la mano:

—¡Toñete, sube a desnudarme!

—¡Hay que no tirar la salud! Si en la diversión falta el compás, son propios estos contratiempos, y sin más pensarlo…

Las últimas palabras del viejo servidor las apagó el portier. En tanto, el oso disecado se embozaba en la capa blanca de caballero maestrante, y el acongojado padre hallaba refugio en los brazos de Teresita. La damisela, vuelta a su ser casquivano, le daba de ojo al Pollo Real. Bradomín y Alcañices conversaban en voz baja:

—Seguiremos la discusión, Pepe. Usted no puede dudar…

—No dudo. Sé que usted reprueba esa intriga.

—Completamente.

—Pero usted la condena en silencio.

—No puedo hacer otra cosa…

—Seguiremos hablando.

Callaron discretos. Abríase una puerta. Del fondo rosa y malva del tocador, salía la desconsolada madama, el pañolito en los ojos, el chal de cachemira por los hombros, los anillos sobre el brazo del Pollo Real. La Marquesa se dirigía a las habitaciones de su hijo. Toda la capilla de fieles amigos, dábale asistencia y consuelos. La obertura de la gran escena, apagaba las voces y las pisadas, mantenía atentos los ánimos. Y, sin embargo, fue un fracaso. Toñete guardaba la entrada de la alcoba, con un dedo sobre los labios, en consigna de Arcángel:

—¡Está en un mador!

Abrió la puerta sin ruido por deferencia a la Señora Marquesa. Una lamparilla de noche, apenas alumbraba la alcoba. La Marquesa Carolina, con el pañolito ahogaba los sollozos: Se desmayó en silencio, doblándose sobre las rodillas. El cortejo de buenos amigos, con sigilosa alarma se la llevó en volandas. Gonzalón, vuelto de cara a la pared, fingía dormir, sin tomarse la molestia de cerrar los ojos: No quería escenas.

X

EL Doctor Seoane, avisado con urgencia, llegó tarde, malhumorado y soñoliento: Enterado del caso, opinó que no era oportuno turbar el reposo del enfermo, y se fue. Los fieles amigos iniciaron también el desfile. La Marquesa de Redín besuqueó a su cuñada:

—Carolina, procura descansar.

El apenado padre se apartó un momento, conversando con el Niño de Benamejí:

—Segismundo, le agradecería a usted que mañana se hallase presente durante la visita de nuestro Galeno. Si ve gravedad, es muy hombre para soltármelo de un escopetazo. Usted le interroga, se entera, y luego con toda clase de precauciones, me dice usted lo que hay. Segismundo, nada de alarmas infundadas, que puedan alterar los nervios de la Marquesa. ¡Desgraciadamente los padres entendemos a medias palabras!

La Marquesa de Redín se acercó a su hermano:

—¡Adiós, Jeromo! Probablemente no será nada lo de Gonzalón.

—¡Estoy alarmadísimo! ¿Y qué noticias de Fernando?

—Mañana llega.

—¿Deja al chico con su abuela?

—Por ahora. ¡Los hijos nos hacen viejos! Solo vienen al mundo para darnos disgustos.

El Marqués se alarmó con repentinos gallos:

—Esto de Gonzalito, no hay derecho a suponer que puede tener consecuencias… ¡Creo yo!…

—¡Naturalmente!

La Marquesa de Redín, apoyada en el brazo de su hija, comenzó a bajar la escalera. El lacayo de antesala repartía paletos y sombreros. Bradomín y Alcañices, en un aparte, convenían en verse. El palaciego hacía cortesías, en lo alto de la escalera:

—¡Abrigarse! Segismundo, no olvide usted estar aquí mañana.

El Niño de Benamejí, terciada la capa, se volvió asintiendo y saludando con estilo torero. Al mismo tiempo resonaron pasos en el zaguán, y un clérigo acompañado por el sereno, apareció en el primer peldaño: Saludó quitándose la teja:

—¿Llego a tiempo?

Los buenos amigos quedaron inmóviles a lo largo de la escalera, mirándose con un gesto de enigmática sorpresa. El clérigo comenzó a subir. Don Segis le detuvo:

—¿Adónde va usted, padre?

—Me han llamado para auxiliar a un moribundo. ¿No es aquí?

En lo alto sollozaba el palaciego:

—¡Qué gente oficiosa!

Murmuró Don Segis:

—¡Y qué mal ángel!…

Todos entendían que el aviso al clérigo era obra de una cínica guasa. Supersticiosos y vejados, permanecían detenidos en la escalera. El clérigo se enjugaba la frente:

—He venido corriendo. ¿De quién se trata?

—¿Quién le llevó el aviso, padre?

—Alguien… No sé quién… Una persona de la familia…

—¡Un gracioso de mala pata! Aquí hay un enfermo, pero no tan apurado que precise confesión.

—En ese caso, me retiro.

Cacareó desconsolado el palaciego:

—¡No, padre! De ninguna manera…

Pepín Río-Hermoso recogió la zozobra de Torre-Mellada:

—¡Un sacerdote, en estos momentos, puede muy bien ser un enviado del Cielo!

—¡Naturalmente! ¿Quién nos dice que no le llevó aviso un ángel?

Interrumpió Adolfito:

—¿Le ha sentido usted el aliento, padre?

El clérigo inclinó la tonsura, y pegado al balaustre, subió la escalera, santiguándose, con rezo latino: Teresita Ozores se apoyó en el brazo de Jorge Ordax:

—¡Mal agüero!

—¡O una broma estúpida!

—¿Y qué? ¿Te has arreglado con Eulalia?

—Aún no lo sé.

—¡Tarambana!

XI

EL Pollo Real y Don Segis salieron juntos. Era la noche clara y tibia, noche madrileña del mes de mayo. Adolfito con la contera del bastón despertó a un cochero de alquiler, dormido en el pescante:

—¿Segis, adónde vamos?

—Yo al Casino. Estoy allí citado.

—Después de este funeral, parece que la vil materia pide unas cañas. Vámonos a Casa de Garabato.

—Me es urgente hablar con Fernández Vallín.

—Le avisas. ¿Tienes algunas esperanzas de resolver pronto mi asunto?

—Adolfo, es negocio que no se resuelve en una mañana. En estos tiempos buscar dinero sin garantías, y hallarlo en condiciones, es un problema… Tú no puedes dudar de mi interés en servirte y ando en ello.

—Si el préstamo no se resuelve pronto, mira tú de hacerme un adelanto, Segis.

—¡Oh! ¡Si yo tuviera parneses, no había caso! Pero estoy empapelado, y es una ladronera la justicia histórica en España.

—¡Segis, eres un farsante! Leo en tu corazón como en el mío. A otra cosa. ¿Vallín tiene dinero?

—Ya se me había ocurrido pulsar esa aldaba… Pero una obligación, con hombre tan significado en la intriga revolucionaria, podía comprometer tu puesto en Palacio.

—O asegurarlo.

—¡Si no haces escrúpulo!…

—¡Ninguno!

—Ya sabes que el cubano está muy metido en el jaleo de San Telmo.

—Faroles unionistas, que se apagan en las alturas con un guiño al Duque de la Torre.

—¡Es posible! Pero arriba no hacen el guiño.

—¡Lo harán!

—¡Me achanto!

—La Unión Liberal escala el poder al cerrarse las Cortes… Con ese aviso, hago mi juego.

—¡Que no salte y venga la contraria!…

—Mañana conferencian con la Reina, Alcañices y Miraflores. La Señora ha decidido pedirles parecer, y su actitud no es un secreto. El cambio político está en puerta.

—¿Saldrá desterrada la monja?

—¡La quemaremos!

—¿Y es verdad lo de las camisas?

—¡Son secretos de alcoba, Segis!

El coche, trompicando, entró por la calle de la Gorguera. Luces tabernarias. Un terne se pisa la faja. Jaleo de cante y baile. Aromas sanluqueños. La Taurina de Garabato. Apeose Adolfito, y desde el fondo del coche, habló Don Segis:

—Yo llego hasta el Casino.

—¿Vuelves?

—Acaso.

—Bríndale mi alianza al cubano.

—¿Por qué no me acompañas?

—Me pide el cuerpo juerga.

—Debías cortarte la coleta, y no lucirte por estos lugares del vicio. Vámonos al Casino. Te comunicaré un secreto para que toques jandoripen…

—¡Vamos allá!

—Da las señas.

El Pollo Real volvió a montar en el coche:

—¡Al Casino!

El Niño de Benamejí murmuró en voz baja:

—¿Tu valimiento llegaría hasta conseguir el indulto de los reos de Solana? Ese indulto puede ser dinero…

—El indulto lo trabaja Torre-Mellada.

—Al Marqués no le supone un cuarto. Cierto que tampoco hay esperanza de que lo consiga. Tú camela a la Soberana: Interesa su magnánimo corazón.

—¿Cuántas son las penas de muerte?

—¡Tres!

—El Gobierno quiere hacer un escarmiento. ¡Y después del fracaso de Torre-Mellada!…

—¡Lúcete con una buena faena, sálvame a esos ángeles del garrote, que las buenas acciones siempre hallan recompensa!

—Concreta, Segis.

—¡Cinco mil durandartes!

—¿Haces tuyo el compromiso?

—Con un documento como lo desees. Esa gente es muy agradecida, e indultada de la última pena, vuelve en un periquete a trabajar en el campo. El presidio para esos pollos, tiene cien puertas.

—Tu proposición es irrisoria. Por tan poco dinero me parece indecoroso apelar a los magnánimos sentimientos de la Reina.

—¡Son unos pobretes!

—El Ministro de Gracia y Justicia dimitiría la Cartera… Una crisis… El resentimiento de González Bravo… Niño, no puedo tasarme tan barato. Cinco mil durandartes es una cantidad antipática. Los picos le dan gracia a las cantidades. Siete mil setecientos setenta y siete chulís. ¡Ese es un número simpático!

—Reconozco tus escrúpulos y por eso no he querido hablarte antes de ahora… Esos compadres no son unos Osunas… Debes hacerte cargo… Tú dices, el oro y el moro supone en este caso mi influencia en la Cámara Regia. ¡Corriente! Dignamente no puedo dejarme sobornar por una suma tan exigua… ¡Lógica! ¡Pura lógica! Pero no es cuestión de soborno, ni mucho menos de pagar tu influencia. Tú te interesas por el indulto generosamente. Hombre moderno, te es odiosa la pena de muerte. Has recibido una solicitud de los reos. Desenvuelves tu actuación en una luz meridiana… Los reos, por mi mediación, te hacen un obsequio. Ese es mi punto de vista.

—¡Vaya un astrónomo!

Penetraron en el Casino.—Humo de tabaco, salones a media luz. Tertulias de noctámbulos, algún bulto por los divanes. En la sala de billares, tras una zona de tinieblas, dos carambolistas con el reflejo verde de la mesa.— Acudió un ujier:

—Don Benjamín dejó dicho que los señores tuvieran la bondad de esperarle. Está en Secretaría conferenciando.

XII

LA Secretaría del Casino. Anaqueles y legajos, incómoda y aparatosa sillería de brocatel, gran mesa oficinesca provista de plumas, lacre, cuadradillos, raspadores, obleas, campanilla de plata.—Cabildo de fortunones antillanos. Preside Don Antonio de Buen, Marqués de Buen: Hácenle rueda en torno Don José María Calvo, Don Evaristo Fernández de la Mortera, Don Lucas Lombillo,

Don Jerónimo López Cué, Don Francisco Xavier de Miranda, Don Manuel García Pando, Don Francisco Ponce, Don Gil Alonso, Don José Zulueta, todos honorables plutócratas con ingenios de caña, y vegas de tabaco, plantaciones de café y esclavos de color: Les daba su fortuna influencia en la Corte: Algunos tenían asiento en el Senado: Otros eran grandes cruces y títulos de Castilla. Don Antonio de Buen, Marqués de Buen, daba fiestas adonde acudía el mundo aristocrático, y era una gracia del mejor tono, llevarse la plata del servicio, sin escamoteo, con bulla y descaro. El Marqués de Buen solía mirar estas elegantes expansiones con un guiño de gitano filósofo:

—¡La juventud bordea siempre el Código!

Fernández Vallín, apoyado en el respaldo de una silla peroraba con fácil verba criolla:

—¡Señores, la revolución es un hecho! Reconocerlo, no implica, ciertamente, declararse enemigo del Trono. ¿Pero acaso, nuestros intereses pueden ser ajenos al cambio político que traería la abdicación, voluntaria o impuesta por las espadas? No faltan exaltados que aspiran a implantar la República: Otros, sin dejar de ser monárquicos, son incompatibles con la actual Dinastía: Muchos, los elementos de más solvencia, los que real y verdaderamente representan una garantía para el país, apoyan la candidatura del Duque de Montpensier. Esta es la situación, y, previniendo los sucesos posibles, no creo que debamos permanecer sistemáticamente alejados de los hombres que, en un mañana muy próximo, escalarán el poder, y serán árbitros de los destinos de la Patria. Yo, he meditado largamente sobre el peligro que un régimen liberal llevaría a nuestros intereses de la Isla. ¡La democracia española es antiesclavista, y una ley prohibiendo la trata nos arruinaría!

Murmullos de asentimiento, doctos cabeceos. El Marqués de Buen se sacaba los puños con mancuernas de brillantes:

—No vamos, solo por el interés de nuestra hacienda, a conspirar contra el Trono de Doña Isabel. Somos caballeros, y debemos lealtad a esa Augusta Señora. Pero, como ha indicado nuestro amigo, sin lanzarnos a la revolución, debemos admitirla como un hecho fatal, temer sus consecuencias, y en lo posible adelantarnos a evitarlas. A ese fin nos hemos aquí reunido. Conozco la opinión de cada uno de ustedes y ustedes conocen la mía.

Nuevas y más solemnes aprobaciones. Fernández Vallín, las dominaba verboso:

—Me he reservado comunicar a ustedes, hasta vernos aquí reunidos, ciertas

insinuaciones que tuvo a bien hacerme Don Juan Prim. Repetir una por una sus palabras no me sería posible, ni ellas en sí tienen un gran valor desligadas de la ocasión, del tono, del gesto…

El Marqués de Buen mecía la cabeza:

—¡El retintín!

—¡Justamente! El General no es un demagogo, ni un aventurero, como afirman algunos elementos del moderantismo. No es, siquiera, un fanático del credo progresista como Espartero.

Se infló Don Evaristo de la Mortera:

—Señores, ningún ambicioso puede ser sinceramente demócrata, y ante todo, es un gran ambicioso el Conde de Reus. Si escala el poder, le veremos más duro, más autoritario y menos liberal que Narváez. La situación antillana no le es desconocida. El General ha estudiado nuestros problemas, y sabe que el pleito esclavista no puede resolverse de un modo romántico, concediéndole la libertad a los morenos, y prohibiendo la trata.

Solfearon distintas voces:

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo!

—¡El romanticismo, para los poetas!

—¡Indudablemente!

—¡La política debe ser siempre realidades!

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo!

El Marqués de Buen apuntó su guiño de gitano filósofo:

—¡La prohibición de la trata significa la ruina moral y material de aquellas Islas!

En la pared abría los brazos la sombra cristobalona de Fernández Vallín:

—El General está capacitado del problema. Nosotros no podemos olvidar su actuación en Puerto Rico. ¡Recordemos, señores, el estado anárquico del país, los crímenes de los negros contra los patronos, el incendio de los ingenios, las acusaciones injustas de los periódicos, sus campañas combatiendo la trata! En estas críticas circunstancias pasa a ejercer el mando de la Pequeña Antilla, Don Juan Prim. Recordáis, todos, cómo en poco tiempo cambió el panorama: A la incertidumbre de los negocios, a los motines de los esclavos, a los incendios y secuestros, sucedió un momento de prosperidad no igualado. ¿A qué causas fue debida esta mudanza? ¡A la energía y a las dotes de gobernante que en tan alto grado acompañan al Conde de Reus! Voy a permitirme leer el documento que en aquellas gravísimas circunstancias dictó el entonces Capitán General de Puerto

Rico. Veréis, señores, cómo este notable documento, confirma plenamente cuanto dejo expuesto.

Don Benjamín extrajo de su cartera un recorte de prensa, y acercándose a la mesa, lo metió bajo la luz verde del quinqué. Leyó ceceante:

—«Bando del Capitán General de Puerto Rico, Excelentísimo Señor Don Juan Prim y Prats, Conde de Reus y Vizconde del Bruch:—Artículo Primero: Los delitos de cualquier especie que, desde la publicación de este bando, cometan los individuos de raza africana, residentes en la isla, libres o en esclavitud, serán juzgados y penados militarmente por un consejo de guerra, con absoluta inhibición de todo otro tribunal.—Artículo Segundo: Todo individuo de raza africana, libre o esclavo, que hiciere armas contra los blancos, justificada que fuere su egresión, si es esclavo, tendrá pena de la vida, y si libre, se le cortará la mano derecha por el verdugo, pero si resultare herida, será fusilado.—Artículo Tercero: Si un individuo de raza africana, sea libre o esclavo, insultare de palabra, maltratare o amenazare con palo, piedra o en otra forma que muestre su ánimo deliberado de ofender a la gente blanca en su persona, será el agresor condenado a cinco años de presidio si fuere esclavo, y si libre, en la pena que a las circunstancias del hecho corresponda.—Artículo Cuarto: Los dueños de esclavos quedan autorizados por este bando, para corregir y castigar a estos, por las faltas leves que cometieren, sin que funcionario alguno, sea militar o civil, se entremeta a conocer del hecho, porque solo a mi autoridad competirá, en caso necesario, juzgar la conducta de los señores, respecto a sus esclavos.—Artículo Quinto: Si, aunque no es de esperar, algún esclavo se sublevare contra su señor y dueño, queda este facultado para darle muerte en el acto, a fin de evitar con este castigo justo e imponente, que los demás sigan su ejemplo.—Artículo Sexto: A los comandantes militares de los ocho departamentos de la isla, corresponderá formar las primeras diligencias, para averiguar los delitos que cometan los individuos de raza africana, contra la seguridad pública o contra las personas y las cosas, procurando que el procedimiento sea tan sumario y breve, que jamás exceda del improrrogable plazo de veinticuatro horas. Instruido el sumario, lo dirigirán a mi autoridad por el inmediato correo a fin de dictar en su vista la sentencia que corresponda, al tenor de las penas establecidas en este bando.—Y para que llegue a noticia de todos los habitantes»…

Laudosos murmullos. El cristobalón ceceaba:

—Señores, este documento pone de manifiesto que no es un demagogo el heroico General Prim. ¿Pero sabemos hasta dónde puede arrastrarle un pacto con

los partidos avanzados? Y llego, señores, a puntualizar lo que he llamado insinuaciones del General Prim. Repetidas veces, refiriéndose a la revolución, me afirmó su deseo de que fuese exclusivamente militar, porque el pueblo la llevaría demasiado lejos. Se mostró pesaroso de verse obligado a conspirar unido a los republicanos, y llegó a significarme la responsabilidad que contraían los elementos de orden, no colaborando en la revolución. Aludió directamente a la campaña antiesclavista de los demócratas, y al compromiso que podía significarle. Yo, señores, he creído entender que si en estos momentos iniciásemos una aproximación, nuestros intereses no sufrirían el menor vejamen por la futura política antillana, del General Prim. La ayuda que se nos pide, no es necesario decir cuál puede ser, pero no olvidemos que el sacrificio de hoy es una letra con próximo vencimiento.

El Marqués de Buen mecía la cabeza con pausada suspicacia:

—No somos, los aquí presentes, los únicos interesados en mantener y consolidar las valoraciones del capital antillano. Hay otros que, igualmente, deben sacrificarse. Algunos, probablemente, lo rehusarían. Yo, por mi parte creo prudente seguir el norte señalado por el amigo Vallín. Pero al contribuir con nuestro numerario, pidamos garantías contra el utopismo de las democracias españolas. ¿El General Prim está dispuesto a darlas? En ese caso, nuestra colaboración entiendo que no debe serle negada.

Don José María Calvo, Don Jerónimo López Cué, Don Francisco Xavier de Miranda, Don Carlos Argüelles, Don Francisco Ponce, Don Gil Alonso, Don José Zulueta estuvieron de acuerdo, y el cristobalón obtuvo muchas felicitaciones por su negociación diplomática con el Conde de Reus. Convinieron en volver a reunirse para allegar fondos, y se despidieron.

XIII

UN ujier se acercó a Fernández Vallín:

—Don Segismundo Olmedilla espera al señor en el crimen.

Fernández Vallín, metiéndose por un corredor de luces afligidas, extrajo de la cartera algunos billetes, se los puso en el bolsillo del chaleco y contó el oro del portamonedas. Al final, una mampara: La empuja, y penetra en la atmósfera de la sala de juego. Luces y humo de tabaco, paños verdes, y puntos de fraque. Angelito Sardoal, rubio, atildado, el veguero entre los dientes, tenía la banca del

bacarrat. Apuntaban los de siempre: El Brigadier Valdemoro, Pepe Támara, Manolo Villegas, Manolo Ceballos, Don Pedro Tomé, Bernardino Frías, Pepe Arias, Adolfito Bonifaz, y otros trasnochadores, pollos y camastrones del trueno dorado. El Marqués de Sardoal anunciaba las tres últimas tallas. El Barón de Bonifaz tenía delante piletas de oro, fichas y billetaje: Había empezado por un centén, y amenazaba saltar la banca: Casi era el único que jugaba en aquel momento: Apuntaba con fingida indiferencia, un poco pálido, frío y sonriente, gustando la fatua satisfacción de asombrar a los mirones, atraídos por la temeridad con que arriesgaba cuanto tenía delante. Cada pase suscitaba ardorosos murmullos. Don Segis, que seguía el juego, tocó en el hombro al Barón de Bonifaz:

—¡Retírate!

—En tres golpes me llevo la banca.

Don Segis se dobló más, hablándole a la oreja:

—Te expones a perderlo todo, sin desquite posible. ¿Qué tienes delante?

—¡Unas treinta mil pesetas!

—¡Vámonos!

—Necesito llevarme la banca.

—¡No seas insensato!

—¡Déjame!

El Niño de Benamejí, al incorporarse, vio enfrente, a espaldas del banquero, la gigantona figura de Fernández Vallín. Con una mirada se convinieron y aplazaron hablarse, intrigados, de momento, por los azares del naipe. Adolfito, con gesto de aburrida indolencia, empujaba sobre el paño fichas, billetes, carrerillos de oro:

—¡Juego!

Adolfito levantó sus cartas del tapete, se impuso, miro al banquero, y a una muda interrogación, plegó el naipe:

—¡Paso!

El banquero volvió sus cartas:

—¡Nueve!

—¡Cinco!

El Niño de Benamejí, otra vez se inclinaba sobre el hombro de Adolfito:

—¡Vámonos! ¡Sesenta mil pesetas te salvan!

—¡Toma tila, Segis!

El Niño de Benamejí se incorporó acogido de una admiración repentina por

aquel perdulario:

—¡Qué corazonazo, compadre!

Adolfito, siempre con los mismos faroles de tedio, repitió la maniobra de empujar con la raqueta cuanto tenía delante, indiferente, sin darse la molestia de contar la puesta. El Marqués de Sardoal, jugador de raza, le interrogó en el mismo tono de elegante frialdad:

—¿Cuánto llevas, Adolfo?

—¡Creo que unas sesenta mil!…

—No hay tanto en la banca.

Intervino Fernández Vallín:

—Si usted lo permite, va abonado el paño.

El Marqués de Sardoal volvió la cabeza:

—¡Querido Vallín, no se lo aconsejo!… ¡Bonifaz las acierta todas!

—¡Déjele usted que me gane!

Era Fernández Vallín extremado de cuerpo, lucida estampa, negras patillas, vitola antillana, amigo de juergas y toros, amparador de celestinas, docto en caballos, arriscado jugador, carambolista y tirador de armas muy diestro, liberal y valiente: Lográbanle tales prendas, el oficioso rendimiento de limpiabotas y mozos de café, floristas y cocheros de punto, trápalas del sable y niñas del pecado. El cristobalón se acariciaba las patillas. Adolfito sonreía con el archigesto del tedio insoportable. Anunció el Marqués de Sardoal:

—¡Abonada la jugada!

El Barón de Bonifaz recogió su naipe, lo miró un momento y pidió carta. El Niño de Benamejí se echó atrás espantando los ojos. Adolfito, sonriente, un poco pálido con ligero temblor de la mano, mostró su juego:

—¡Nueve!

El Niño de Benamejí levantaba los brazos y se volvía a todos los vientos:

—¡Pedir con cinco!

Carraspera doctoral a una punta de la mesa:

—¡Siempre!

El que sentenciaba tan rotundo era un viejo que había leído cuarenta años el libro de Vidan. Concluía Don Segis:

—¡Ya lo ve usted!

Corroboraba otro sabio del tapete verde:

—¡Con cinco no se pide jamás!

Un erudito inicia una disertación:

—¡En Monte Cario, señores!…

Un patriota:

—¡No estamos en Monte Carlo!

Un filósofo:

—¡Con cinco hubiera ganado!

El Barón de Bonifaz:

—¡Señores, he preferido perder con nueve!

Don Segis no bajaba los brazos del cielo:

—¡Si en la talla anterior habías ganado con cinco!… ¿Por qué no quedarte en el mismo punto?

El Barón de Bonifaz se vendió con una súbita mudanza de voz y de gesto:

—¡Por seguir la corazonada!

Se recobró incontinenti, y por un rincón del bigotejo, sacó ilesa la sonrisa de fatua indiferencia: Le brillaban algunas gotas de sudor en la frente, sentía y disimulaba, la necesidad de moverse, de andar, de emborracharse. El Marqués de Sardoal había cedido su puesto a Fernández Vallín. Ceceles del cubano:

—Caballeros, si hay puntos haré banca. Bonifaz, le ofrezco a usted el desquite.

Adolfito esbozó una mueca fría y desvergonzada:

—¡Gracias! ¡He perdido el último chavo!…

El criollo, insistió generoso y farruco:

—Eso no puede ser impedimento. La palabra de usted es el Banco de Londres.

Adolfito Bonifaz acentuaba su mueca cínica:

—¡El Banco de Londres, tronado!

—Repito que en cualquier momento me tiene usted pronto a darle el desquite. ¿Segis, quiere usted ayudarme a tallar?

—Benjamín, me parece que no hay partida, y usted y un servidor aún tenemos, esta noche, que tratar de la salvación de España.

Fernández Vallín batió las palmas:

—¡Casa! ¡Casa!

Ordenó a un criado que contase el dinero de la banca, y dejó la mesa. El Niño de Benamejí le llevó al fondo de la sala:

—¡Estoy en las parrillas de San Lorenzo! ¿Se decide al préstamo su señor padre político?

—He dejado la carta en el bolsillo del paleto. Usted la verá…

—¿Qué dice?

—El viejo, a la hipoteca, preferiría la compra de Los Carvajales… Le daré a usted la carta.

—¿Me será permitido mostrársela al Marqués de Torre-Mellada?

—Indudablemente.

Abandonaron la sala de juego con el grupo noctámbulo de los últimos puntos, y en tertulia bajaron la escalera, las luces del alba en la claraboya.

XIV

UNA vez en la calle, en grupo caminaron por la acera. Los siguió un bulto avizorado que se ocultaba por los quicios de las puertas. El Niño de Benamejí advirtió la maniobra, y se le fue encima, prevenido, con la mano en la culata del revólver:

—¿Qué se ofrece?

—Un aviso para Don Benjamín.

—¿Faldas?

—Por faldas viene. Cosa política, Don Segis. En estos tiempos no hay otra comida. Usted de mí no se recuerda. Paquita la de los Bufos es cuñada mía: Propia cuñada, hermana de mi señora. ¡Destino de las criaturas! Mi señora, la puerca cenicienta. La Paquita, estrella coreográfica con un lujo que mete miedo: Abono a los toros, peinadora, cenas con toda la goma, una alcoba como la de una reina, cama dorada, armario-espejo… Don Benjamín le pondrá a usted más al corriente. Don Benjamín ha sido su protector, y siempre se ha portado muy decente. La Paquita se iba de cena con gente de tono, y me ha dado la llave de su cuarto para que se oculte Don Benjamín. Por una conversación habida en el escenario, ha sacado que le tienen armada la ratonera para mandarle fuera de España.

—Venga la llave. ¿Cuáles son las señas?

—¡Don Benjamín no sabe otra cosa!

—Toma un duro.

—¡Salud y suerte, Don Segis!

El Niño emparejó con el cubano: Se retardaron por la acera. El criollo con sornas de valentón, oía el recado de la suripanta, y se guardaba la llave:

—Es un arma defensiva.

—Benjamín, debe usted ponerse a recaudo.

—¡Ya veremos lo que se hace!

—¡El Gobierno le tiene a usted filado!

—No lo ignoro, Segis.

—Pues a jaranearse menos por Madrid. El consejo de esa niña me parece muy acertado, y debe usted seguirlo.

A Fernández Vallín, en los corros políticos se le tenía por uno de los más eficaces agentes de la tramoya revolucionaria, y aquellos días susurrábase que estaba incluido en unas secretas cuerdas de deportados, todavía no aprobadas del Consejo de Ministros. Se detuvo bajo un farol para encender el cigarro:

—Probablemente, es infundio de la Paquita.

—¡Quién sabe!… Poco pierde usted con acudir a su reclamo.

—Sí acudiré… ¡Segis, a mi cuñado ni una palabra! De estas cosas la familia no debe enterarse.

Don Augusto Ulloa, Ministro de la Cartera de Ultramar con los Unionistas, calvo, rubio y ventrudo oboe galaico, era cuñado de Fernández Vallín: Hermanas las mujeres, hijas de un famoso liberal de los pagos cordobeses, rico en tierras de pan y olivar, rebaños y reses bravas.—Llegaban lejanas voces y risas de la camarada. Había doblado la esquina y, aprovechando la coyuntura, propuso el marchoso Don Segis:

—Benjamín, será oportuno najarnos de esos ángeles. Vamos los dos a cenar y a discutir despacio lo más conveniente. ¿Hace la Casa de Garabato?

—¡Es noche de borracheras!

—Nos alegraremos para no hacer mal papel.

Fernández Vallín se registró los bolsillos:

—Tenga usted la carta de mi suegro. Verá usted que el viejo está dispuesto a la compra de Los Carvajales.

—La compra, por la acumulación de intereses, vendría detrás de la hipoteca. Hoy es prematuro tratarla…

—Mi suegro desea conocer la producción del coto.

—Se le cumplirá el gusto. ¡Es la mejor finca de la casa!

Amanecía. Fernández Vallín detuvo un alquilón que pasaba:

—Segis, vámonos a tomar chocolate con buñuelos a la Pradera del Santo.

—¡Viva la Pepa!

XV

HUMEABAN las últimas candilejas por baratillos y tenderetes. Tocaba el acordeón un soldado manco. Acudían a verle mozas de la greña caída y clavel en el rodete, patriotas alumbrados, juerguistas insomnes. El soldado, con el gorro sobre la oreja y el canuto de la licencia al pecho, se fumaba un brigadier:

—¡Manco por la patria, señores! ¿Qué he sacado? Este cigarro puro, que me dio sobre el campo de batalla el heroico General Zavala.

Preguntó un chulo:

—¿Qué tiempo va de eso?

—El cincuenta y nueve. En la campal batalla que libraron nuestras tropas frente a los muros del Serrallo.

—¡Y aún tienes más de medio chicote!

—¡Pues ahí verá usted! Lo considero como una reliquia, y rara vez lo enciendo.

Una gitana se salió del corro, tocando con disimulo la manga de Don Segis:

—¡Niño, que tan extraviado andas!

Don Segis reconoció a la Carifancho:

—¿Has venido sola?

—¡Con mis pecados!

—¿Y el compadre?

—¡Allí lo tienes! Una llaga en la pierna que da compasión, y no junta dos chavos. Parece que por acá la gente es poco devota del Bendito San Roque.

Carifancho, tuno de los pagos cordobeses, al borde del camino, en la fila de lisiados, mostraba una pierna cancerosa, negra de moscas: Le malcubría la cuera una capa remendada, y se oprimía las sienes con un pañuelo de hierbas. Carifancho guiñó el ojo, y brindó su prosa al Niño:

—¡Noble caballero! ¡Un bien de caridad para este pobre trabajador del campo, que se sustentaba de un jornal! Agosto hace el año, me pasó por encima la rueda de un carro, y quedé inválido para ganarme la vida. ¡Más me hubiera valido quedar allí muerto, con la cabeza tronzada!

El Niño, con disimulo, entregó un centén a la Carifancho:

—Vengo con un amigo.

—¡Lo he guipado! Don Benjamín, el habanero que casó en Puente Genil.

¡Ahora verá usted cómo se alegra de verme! Majuela Fonda, el cortijo del suegro, otros Carvajales. ¡Don Benjamín, barbillas de almirante, déjeme usted algo bueno!

Don Benjamín miró a la gitana, que repicaba las sonajas del pandero entre los vuelos de la falda:

—¿De dónde me conoces?

—¡Abre los ojos, bien plantado! ¿Ya no recuerdas quién te dijo la buena ventura a la verita del pozo, cuando ferias de Puente Genil? ¿De qué te conozco? ¡Pues no eres tú poco notorio en toda la Andalucía!

Vahos alcohólicos y humazos de aceite chafan las rosas del alba. Cansados tumultos difunden sus ecos noctámbulos por la Pradera. Teclea una *polka* el acordeón del soldado, y salen a bailarla, cogidos por los meñiques, una mozuela rasgada y un babión adormilado. En el camino, tambaleándose, el gallego de la cuba, enrojece de avinada nostalgia:

—¡Viva Sarria!

XVI

EL Niño y Don Benjamín entráronse en una barraca de lonas donde servían chocolate y café de recuelo. Detrás, sonajeando el pandero entre los volantes de la falda, jaleándose culebrosa, pisándoles la sombra, se metió la Carifancho. Y por delante de los tres, dos farolonas pintadas, mantón de talle y tacón alto. Se inflaban los buñuelos en el sartenote de aceite. Tosía el perrillo de aguas que educó un presidiario en San Juan de los Reyes. Tosía la comadre fondona, que, en un tino, lavoteaba platos y jícaras. Al pie del anafre, tosía el Tuerto de Valencia. Tosieron las dos farolonas y los usías y la Carifancho:

—¡Azú! ¡Para que se luzca un buen cantador!

El Niño y Don Benjamín celebraron la chuscada. El Tuerto, impasible al pie del anafre, volvió el ojo sobre los nuevos parroquianos. Se apartó del tino la fondona, aguda y cismática, los ojos encendidos de humo, y decidió sonarse, despreciando a toda la casta gitana. La Carifancho, ondulándose, se pegó a la mesa de los usirías:

—¿A qué convidáis?

—A lo que gustes.

—¡Chocolate con buñuelos!

—¡El chocolate será ladrillo, y los buñuelos, argamasa!

—¡Os echáis encima una copa de rapañí, resalados!

Entró una pareja fatigada del baile:

—¡No se sigue compás!

—¡Bastante hace para una sola mano!

—¡Almas caritativas!

—¡La gran batalla campal!…

En un rincón, las dos farolonas cuchicheaban y reían, tapándose media cara. El Niño se ladeó el cordobés:

—¿Me autorizan ustedes para convidarlas?

Se descubrieron con ruidosa algazara. Fernández Vallín se puso en pie:

—¿No es una la Paquita?

Taconeó la prójima:

—¡Ven acá, ángel de Dios! Me has tenido toda la noche en la escalera sin poder entrar en mi casa, que es la tuya y la de ese otro caballero.

Saludó el Niño:

—¡Gracias, preciosidad!

El Tuerto les clavaba el ojo de juez. La coima, enjugándose las manos en el delantal, atisbaba la intriga. Se apartó la greña que le cubría la oreja, la Carifancho. Don Benjamín mostraba una llave de puerta, y la morena farolona la recibía bajo el chal con gachoneo de los ojos y saque de lengua. Para mover y prestigiar la gran escena del reconocimiento, habían salido de su rincón las dos palomas, y acudido a encontrarlas en los medios Don Benjamín y Don Segis. Toda la escena, revestida de ademanes y gestos, ya no pasó de un cuchicheo, sin valores dramáticos, apagada, muerta por la salmodia del tuno que en el camino enseña la pierna con el cáncer pintado:

—¡Más me hubiera valido quedar allí, la cabeza tronzada del tronco!… ¡Almas caritativas!

Finalizó el cuchicheo, sentándose damas y galanes ante un velador.

XVII

LA Paquita, con bigotes de chocolate y dedos de aceite, explicoteaba:

—¡El planchazo ha sido bueno! Sin la Feli, que vive vecina, me estoy toda la noche de tiros largos, en la escalera, llamando a la puerta de mi casa.

¡Buen aprecio has hecho de la llave y del aviso que te mandé por mi cuñado! ¡Hay que ver! Llega una con el aquel… Llamo, vuelvo a llamar. ¡Ya se ve, no tenía llave! Dejo pasar un rato. ¡Ese palomo se ha dormido! Otro campanillazo, y a esperar en la puerta. ¡Para sueño ya se me hacía muy pesado! Más repique. ¡Nada! Con el coraje me pongo a tirar de la campanilla. ¡Un escandalazo! Sale esta. ¡Menos mal! Le cuento el planchazo.

Interrumpe la Feli:

—¡Estaba hecha un basilisco! ¡Lo que pude reírme! La digo: Entra, hija, que para ti siempre hay una cama en mi casa. ¿No fue así?

Tornó a prender el hilo la Paquita:

—¡Gracias a esta! Nos animamos las dos, me prestó un mantón y una falda, y nos vinimos a oírle una misa al Santo.

Sandungueó el Niño:

—¡Otros autores dicen que a correrla!

La Paca lamió el pocillo de chocolate, sabidilla y rasgada:

—¡Mi desprecio para los incrédulos! El Santo Bendito me ha devuelto la llave del cuarto, y si usted lo quiere más finústico, del abandonado hogar.

La Feli se lanzó, picoteando los enigmas del mundo como paloma sobre una espiga:

—¡Esta lo dijo! Vas a ver que no vuelvo sin mi llave. ¡Pues ella estaba tan ignorante como una servidora! Algo le anunciaría el corazón. Puede no ser milagro del Santo… No lo será, pero el anuncio esta lo tuvo.

Se limpió los bigotes la Paca:

—¡Venía yo tan segura!

Batió las palmas. Llegose el Tuerto:

—¿Qué se ofrece?

—Estos rumbosos que desean pagar. ¡Niños, caminando!

Tomó al cubano del brazo, y le sacó fuera de la barraca. Don Segis echaba un napoleón sobre la mesa. La Paquita, en la puerta, pellizcaba el brazo de Fernández Vallín:

—¡No es una broma! Te han puesto la fila, y vas a salir embarcado para una isla donde revientes. ¡Tómalo a chunga!

—¿Cómo lo sabes?

—¡Aquellos tíos estaban muy lejos de suponer que yo los escuchaba! Ceballos, como no se contiene, habla siempre muy alto. A ese era al que más se oía. Quieren que desaparezcas… ¡Ándate con cuidado!

—¿Qué oíste? ¡Concreta!

—Lo que te digo.

—¡Las palabras! ¡Procura recordar las palabras!

Los otros hablaban bajo. A lo que entendí, ya tienes extendido el pasaporte para viajar por cuenta del Gobierno. El que más levantaba la voz era el loco de Ceballos: ¡Ajo! ¡Ese tal, hijo de tal!… ¿Cómo quieres que te lo repita?

—¡Voy a tener que sentarle la mano!

La Paca ladeaba la cabeza, descubriéndose la garganta:

—Mira la señal. ¡Por milagro lo cuento! Le empezó la manía por querer redimirme. A ti no te perdona el haberte llevado el pan de higos.

—Son los celos de un idiota.

La Paquita pellizcaba cruelmente el brazo del cubano:

—¡Tú andas metido en alguna muy gorda! Mira que para ti soy toda corazón, y no te digo una cosa por otra. De mi casa dispones a tu gusto.

—¡Eres un ángel!

—¡Tómalo a guasa!

Don Segis se acercó trayendo del brazo a la Feli:

—Entrego a ustedes esta joven. Benjamín, se me hace tarde. ¡Ya debía estar en el Palacio de Torre-Mellada!

Sonrió el cubano:

—¡La Paquita lo pinta muy negro!

Recomendó el Niño:

—Debe usted ocultarse.

—Te aconseja bien.

Don Benjamín se metió en una calesa con las dos farolonas. La Paquita, terciado el mantón, dio las señas de su casa. Fernández Vallín se acariciaba las patillas:

—Adiós Segis. Esta noche tomo el tren.

La Paquita con un remolino de risas, echaba la cabeza sobre el hombro del criollo:

—¡Te vas y me dejas y decías que mamabas!

—¡Gorberé!

—¿Cuándo?

—¡Para la vendimia!

—¡No seas trueno!

El Niño de Benamejí tendió la vista y llamó a un calesero que, al pie del

pescante, inflaba la cara alumbrando una tagarnina:

—¡Costanilla de San Martín! Un caserón con rejas.

XVIII

EL Marqués de Torre-Mellada —batín y pantuflas— acogió con severos chifles la presencia de Don Segis: La cara llena de jabón y una toalla a guisa de babero, se arrancó a las manos del ayuda de cámara:

—¡Imperdonable, Segismundo! ¡Imperdonable! ¡No me explique usted nada!… ¡Imperdonable! ¡Confiaba que usted se hallaría presente!… ¡Era natural que confiase! ¿Cómo suponer que fuese un mito la adhesión de usted a esta casa? ¡Segismundo, a su falta de puntualidad, debo el rato más amargo de mi vida! ¡El doctor acaba de irse lanzándome la flecha del parto!

El Niño de Benamejí, se santiguó aparatoso:

—¡Pero ese hombre madruga más que un trapero!

—¡No me atrevía a preguntarle! ¡Esperaba que apareciese usted de un momento a otro! ¡Pero a usted se le habían pegado las sábanas! ¡Imperdonable, Segismundo! ¡Imperdonable!

—¿Pero qué opina el doctor?

—¡Puede usted figurárselo! Segismundo, la ciencia, como la política, no tiene entrañas. Yo, naturalmente, temía el dictamen facultativo, y por eso, el ruego que formulé anoche. ¡Imperdonable, Segismundo! ¡Imperdonable!

—¿Caso perdido?

—¡Ya está usted lanzado al absurdo! ¡Caso perdido!… ¡Eso sería el colmo! Segismundo, soy hombre entero, sin embargo no hubiera podido sobrellevar ese golpe. ¡El caso es para preocuparse! ¡Eso sí!… ¡Para no descuidarlo, Segismundo! ¡Para no descuidarlo! Nos iremos a Los Carvajales… ¡Un destierro para el pobre chico!… Yo iré y vendré. ¡Van a celebrarse las bodas de Su Alteza!… ¡Imposible desatender mi servicio de Palacio!… Iré y vendré. Se dará alguna fiesta Invitaremos a los amigos. El Herradero puede organizarse con algún aparato. ¡Buscarle distracciones al chico!… ¡Hacerle amable el destierro, Segismundo! ¡Hacérselo amable! ¡Comprenda usted adónde voy! ¡La necesidad de fondos, Segismundo! ¡La necesidad de fondos!… ¡Un deber sagrado!…

Enlabió Don Segis:

—Señor Marqués, mi deseo, aunque aparezca lo contrario, es complacerle a

usted en todo y por todo. Los fondos vendrán… Precisamente, he hablado del caso con el yerno de Gálvez.

—¿El yerno de Gálvez? ¿Ulloa?

—El cubano.

—¡Un hombre muy peligroso, Segismundo! De los más comprometidos en la intriga de la abdicación. Trate usted directamente con el suegro, el yerno es una bala perdida.

—¡Que irá muy lejos, Señor Marqués!

—Trabajos en el vacío, Segismundo. La abdicación, si la hubiese, que no hay caso, sería en la rama sálica. ¡Una rectificación histórica! Una abjuración de todos los errores progresistas… Una afirmación de los derechos monárquicos… Solamente así, y en último extremo, abdicaría la Señora… Esa es mi opinión… Pero no llegará el caso… Los tratos, con el suegro, Segismundo. ¡El suegro! ¡El suegro!

—Indudablemente, Señor Marqués.

—Hace usted un viaje a Puente Genil.

—Ese asunto queda arreglado en dos semanas.

—Sin dormirse, Segismundo. Sin dormirse. ¡Es un deber hacerle amable el destierro a ese hijo de mi alma! Extienda usted hoy mismo las invitaciones para asistir al Herradero.

—¿Nos atenemos a la lista del último año, Señor Marqués?

—Habrá que añadir algún nombre.

Intervino Toñete:

—Un servidor tiene compromiso con dos respetables sujetos: ¡Me lo han derrogado tanto que no he podido denegarme! Otro a quien también debe tenerse presente, es al peluquero del señorito. El último año pasó por olvido, pero este año ya no cuela.

Se avinagró el Marqués:

—No me traigas historias de escaleras abajo. ¡Llévate a quien quieras!

Toñete, dando los últimos perfiles a la restauración de su amo, se volvió a Don Segis:

—¡Señor mío, para este cura, tres!

Y levantaba tres dedos en el aire. Don Segis le miró con guasa reservona:

—¡Si recibo esas instrucciones!…

El Señor Marqués hizo un gesto afirmativo, y se arrancó a los cuidados del ayuda de cámara, para mirarse al espejo:

—¡Una fiesta brillante!… Esa criatura necesita distracción…

El Herradero de Los Carvajales gozó de mucho renombre en los amenes isabelinos, y todas las primaveras, finando mayo, era allí una juerga castiza, donde alternaban chulos de la garrocha y elegantes del gran mundo, estrellas del cante jondo, y tenores de la ópera italiana, ganaderos de pro, y jaques chalanes.

XIX

EL Marqués recogió el pliego que un lacayo le presentaba en bandeja, y rasgó los lacres: Dejó colgar los quevedos:

—No puedo eximirme de asistir a la Sesión de Cortes. En la orden del día figura la declaración oficial referente a la boda de la Infanta. Segis, almorzará usted conmigo en el Casino. Seguiremos hablando… Esta noche toma usted el tren para Córdoba. ¡Con el yerno, nada! ¡Ese pollo acabará mal! Tengo mis noticias de que no se tardará en ponerlo a la sombra… ¡No acaba bien ese pollo!

El Marqués de Torre-Mellada se abrochó la levita, recogió el bastón y los guantes, se puso cucamente la chistera, sacó con estudio por el bolsillo del pecho una punta del perfumado pañuelo, tanteó si llevaba petaca y cartera:

—¡Vamos!

XX

EN el coche le acordó de súbito el duelo que tenía en la casa con el hijo enfermo, y una asustada congoja le tomó los ánimos:

—¡Segis, qué exigencias tan crueles tiene el mundo! Ya me ve usted, agobiado bajo el peso de la desgracia, y sin poder excusarme de asistir a la Sesión de Cortes… Sería comentadísimo, y muy mal visto en las alturas.

Diputado con carácter palatino, muy apegado al protocolo, y muy petulante, llenaba de sentido trascendental su asistencia a la Cámara: Apuntábanle bajo el bisoñé brotes de espartanas sentencias, frases todavía en nebulosa que esperaba redondear y lucir en ocasión oportuna.—El hijo moribundo, el concepto del honor, las obligaciones de su linaje, la devoción por la Real Familia.—Mirándose en el espejo de su heroica conducta, recogido en el fondo del carruaje, se enternecía: Saludaba, santiguándose, las portaladas de iglesias y

conventos. El lujoso atalaje despertaba los ecos verduleros del antiguo Madrid: Desembocó por la esquina de Medinaceli. El Casino tenía su sede en el Palacio del Marqués de Santiago —Carrera de San Jerónimo y Angosta de Peligros—. La bandera nacional ondeaba en el Templo de las Leyes. Los contrapuestos leones de la escalinata esperezaban un regaño simétrico.

XXI

—¡Al alimón! ¡Al alimón!
¡Que se ha roto la fuente!

RUEDA de niñas. Jardinillo municipal. Plazuela del Congreso. El Manco divino que cobra perenne alcabala del ruedo manchego, hace un punto de baile en calzas prietas ante el Palacio de las Leyes:

—¡Al alimón! ¡Al alimón!
¡Con cáscaras de huevo!

LIBRO TERCERO
EL YERNO DE GÁLVEZ

I

EL Yerno de Gálvez, como repetía malignamente el santurrón palaciego, reapareció en los círculos andaluces, sin disfraz, conspirando con jaque petulancia: Al Gobierno llegaban tardas y confusas noticias del travieso criollo: —Su paso por alguna ciudad sobornando guarniciones con dineros del Duque de Montpensier: Las entrevistas con Barca y con Caballero de Rodas: Los conciliábulos con las Juntas Revolucionarias.— En Córdoba, fue descubierto por la policía, y se corrieron órdenes para prenderle, pero le llegó a tiempo el soplo y pudo ocultarse. Por la ciudad divulgose un sacrílego susurro. Se santiguaban las beatas.

II

EL Gobernador Civil de Córdoba, Señor Méndez de San Julián, había puesto una ronda de vigilantes esbirros, sobre el convento de las Madres Trinitarias. Secretas confidencias le aseguraban que en aquella clausura estaba oculto el agente orleanista.—De este sacrilegio, aparece culpada una señora de piso, unida por lazos de parentesco con los Gálvez de Puente Genil: Doña Juana Albuerne, que por sus luces y limosnas, gozaba de mucho valimiento con la Madre Priora.— El Gobernador, sin resolverse a la campanada del registro policíaco, conferenciaba con el Diocesano. Su Ilustrísima, reiteradamente, habíale significado que la masonería era la inventora de aquellos rumores urdidos para descrédito de las Benditas Madres. En la duda, esbirros de gorra y

bastón, paseaban día y noche las aceras del convento.

III

CUANDO a las monjitas llegó aquel mundano runrún de que un fracmasón se escondía por debajo de sus camas, novicias y profesas acudieron a levantar las colchas, a mirar con hipo asustado bajo los catres: Las más púdicas, recordaban haberse puesto en la meorica con poco recato, sin apagar la luz: Cuchicheaban con melindre a cuenta de aquel escrúpulo. Una monja arrugada y sin dientes, golpeaba con la escoba los pies del catre:

—¡Sal para fuera! ¿Etíope del Infierno, qué has podido ver? ¡Soy una esposa del Señor! ¡Mírame como mirarías a tu madre! ¡Sal, negro excomulgado!

La Madre Priora, entre monjas alumbrantes, saludaba con aspergios de agua bendita el umbral de las celdas. Después de estas ceremonias resplandeció la pureza de la clausura y todo se tuvo por obra del Maligno. Volvió al torno la tornera, las novicias a su bordado, a su calceta las viejas, a los almíbares y reposterías, Sor Milagro, Sor Juana Inés, Sor Manuela.

IV

EL Yerno de Gálvez aburríase lindamente en el desván de las Madres Trinitarias: Encendía un cigarro en otro, leía folletines y cifraba cartas que un monago zanquilón llevaba secretamente al sotanillo donde conspiraba la Junta Revolucionaria: Alguna diversión tuvo con el susto de las monjas y los apremios del sotasacristán:

—Mi Señora Doña Juana vive alarmadísima. ¡Son de órdago sus responsabilidades! ¡Hay que considerarlo! De fuera ha venido el soplo, y no se podrá mantener el secreto con la Comunidad. ¡Es mucha la malicia de las mujeres! Se murmura por toda la vecindad, y no es para menos con el escándalo de guindas. ¡Hay que considerarlo, y sus amigos, que no le facilitan la evasión, no lo consideran! Salvo Don Segis, ninguno da la cara. Esa es la veri. Doña Juanita, repito que está volada y espera que los compinches de usted pongan mayor diligencia… Su señora tía, sin saberlo, ha incurrido en pecado mortal. ¡Profanación y sacrilegio! Nada menos viene a ser la presencia de usted en esta

santa clausura. ¡Su Ilustrísima está que bota! Si usted no fuese un erudito tan a la moderna y menda un sujeto tan paupérrimo, me permitiría aconsejarle. ¿Adónde va usted, miembro de una familia cristiana, con rentas más que suficientes para darse la gran vida, con salud, con buena presencia, con relaciones para hacer carrera en el mundo? ¿No considera usted que sus prendas, y su educación están reñidas con la bullanga de los que no tienen nada?

Fernández Vallín se divertía con la culti-parla-cañí del sotasacristán. Por la bufarda del desvanillo, cortando la perspectiva de terrados y chimeneas, paseaba un gato. Fernández Vallín, llevado de inconsciente sugerencia, canturreó los primeros compases de una seguidilla antigua:

—¡Quién fuera gato!
¡Quién fuera gato!

Con este soniquete, devanaba el aventurado propósito de fugarse por los terrados. Reiteró el sotasacristán:

—¡Que sus amigos no se duerman!

—Esta noche me disfrazo y hago la del humo.

—Tampoco se trata de lanzarse, sin medir las consecuencias. Póngase de acuerdo con sus amigos… Ellos pueden hacerle muy bien la capa. Don Segis alguna cosa planea…

—¡Lo dicho! Esta noche me salgo de meditación por las azoteas. ¿Ve usted la bufarda? ¿Ve usted el gato? ¿Ve usted el guardillote de enfrente? ¡Allí ceno yo esta noche!

—¡No pierde usted el buen humor!

—¡Sin choteo!

—Ahí enfrente viven siete niñas huérfanas de militar, con una mamá castrense de coraceros. ¡Dios me perdone este hablar profano! ¡Ahí viven unas desgraciadas que se pasan el día de ventaneo!… Para mayor escándalo tienen un lorito que solo canta procacidades. ¡No quiero condenarme pensando mal! Acaso solamente son criaturas ligeras de cascos sin mayor malicia… Pero están en la pendiente y dan un malísimo ejemplo a las jóvenes honestas del barrio.

—La mamá de esos pimpollos, si es militara de ley, a poco que vea guita, se pronuncia contra el Gobierno.

—¡No sería extraño, al descoco de esa señora! ¡Hace bajar los ojos con su remangue!… Y bien pudiera no pasar de la apariencia y en todo lo demás

observar buena conducta. Don Segis estudiaba alguna diablura por ese lado.

En la perspectiva de terrados y chimeneas rompió a cantar el lorito:

—¡Dame rapé! ¡Dame rapé!

V

PRESIDÍA el Comité Democrático de Córdoba Don Epifanio de Castro Belona, personaje provinciano, jefe político de varias provincias, durante el bienio, buen señor, con un enfisema doctoral y sabihondo que llenaba su conversación de pausas: Como era abogado con muy buenos pleitos, los envidiosos le habían sacado el alias de Don Juris: También tenía admiradores, y la clientela de burgueses se fanatizaba contemplándole revestido de toga, muceta y birrete, colgado de un clavo entre dos estanterías con tejuelos de lujosas pastas, sobre el barómetro del regalo: Se apoyaba en una columna y tenía bajo el brazo, los textos del Derecho. Don Segis tomó asiento y encendió un cigarrillo, seguro de que iba a verle multiplicado en la puerta, con gorro de terciopelo, manguitos verdes, zapatillas bordadas. Y así sucedió, porque sin duda estaba escrito en las estrellas. Don Juris tomó asiento tras la mesa cargada de legajos, y se dispuso a escuchar rascándose la nuez con la plegadera: Se hacía cargo con profundas cabezadas:

—¡Conozco a Gálvez!… No me confía sus asuntos… Eso no obsta… Del yerno tengo los mejores antecedentes. Usted cuenta conmigo. Estamos todos en el deber de ayudarnos.

Apuntó el Niño:

—¡Hoy por ti, mañana por mí!

—El *do ut des* del romano, querido Olmedilla. ¿No es eso jo que usted quiere significar?

—Probablemente, Don Epifanio.

—Fernández Vallín no es, precisamente, un correligionario. El caso se ha discutido en el seno del Comité. Fernández Vallín trabaja por la candidatura del Duque de Montpensier para Rey de España. En Córdoba, esa candidatura no cae simpática entre los elementos populares, con los cuales, desgraciadamente, necesitamos contar. Yo, personalmente, estoy en todo a la disposición de ustedes. Si se me pide consejo, hasta donde alcancen mis luces, pronto estoy a cumplir ese deber. Si alguna ayuda de fondos, se hará lo que se pueda. Se dispone en

absoluto de mí, amigo Olmedilla. ¿Usted habrá pensado en alguna travesura para que vuele el pájaro? ¿Qué se le ha ocurrido a usted?

—Cegar a los guindas y sacarlo disfrazado por la casa contigua.

—¿La casa contigua no estará desalquilada? Y no estándolo, se nos ofrece esa cuestión previa. ¿Qué datos tiene usted referentes a los inquilinos de esa casa?

—Una tarasca de tropa, con cinco pimpollos.

—¿Mujer mundana?

—Probablemente con algún trapicheo.

—¿Usted la conoce?

—De florearla al paso.

—No es grande el conocimiento para abordarla… Habrá que indagar si alguno de nuestros amigos…

—¡Se ha indagado! El Gran Pompeyo le hace cocos, y no parece que llore desengaños.

—Ese rey de bastos nos está resultando un tenorio. ¿Quiere usted que yo le capte?

—Usted es el llamado.

Este Gran Pompeyo era hermano mellizo y todo en el aire de aquel rotundo hablador, que tanto vociferaba por las tertulias republicanas de los cafeses madrileños. El Gran Virgilio. La semejanza de los dos hermanos dio pábulo al cuento de que enamoraban a las mismas mujeres sin que lo advirtiesen ellas: Se vestían iguales y jugaban el bastón un nudoso garrote, con el mismo estilo de gigantes. Eran sobrinos de Don Epifanio. Castro Belona por la rama materna. Don Epifanio prometía:

—Ahora salimos juntos a la captura de ese perdis, y al paso le echamos un vistazo a la susodicha casa. Quiero cerciorarme. La San Juana tiempos atrás me ha venido con proposiciones encubiertas. Socaliñas de esas mujeres. La despedí, porque me pareció que era lío caro y de compromiso. Gente de clase… El esposo sin mandar una mota, destinado en el Archipiélago.

Le dio vaya Don Segis:

—¡Siempre la Virgen se aparece a los pastores!

VI

RECAYERON por la Peña de la Perla: Tomaba allí café con copa y ejercía de hierofante el Gran Pompeyo. Don Juris se le puso al costado:

—¡Mozo, camomila!

Sumió la voz en profundos bajos el Gran Pompeyo:

—¿Está usted enfermo?

—¡El café envenena!

—¿Y llama usted café al brebaje que nos suministra Demetrio?

—¡Procura hablar bajo!

—¿Hay algo?

—¡Vallín!

—¡Que tiene a todas las monjas embarazadas!

—¡Hombre, no digas atrocidades!

—¡Me ha defraudado!

—¡Hablemos seriamente! Vallín no puede permanecer en su escondite, y se ofrece un medio para sacarlo por los tejados.

Explicó afónico Don Segis:

—Me ha mandado un croquis. Luego lo estudiaremos. Siempre hay mirones. ¡Prudencia! ¡Prudencia! Estamos en la obligación de ayudar al amigo y correligionario.

—¡Jamás correligionario de menda! Ese niño es de los de Antón Perulero.

—Hoy todos trabajamos por lo mismo. ¡Cúmplase la voluntad nacional! Hasta los republicanos convienen en hacer la revolución con ese lema.

—¡Pero no en que la hagan exclusivamente los espadones, sin contar con el pueblo!

—¡Al pueblo, todos los hombres de gobierno le temen!

—Pues yo me declaro enemigo de la revolución de fajines sin masas. ¡Eso nunca será una revolución, será una cuartelada! ¿Espera usted algo de Prim? ¡Otro Narváez!

—¡Pero sin monjas ni frailes!

—¡Con negreros y bolsistas! Aquí hace falta una revolución proletaria que fusile a cuantos llevan fajines y bandas. ¡Y el resto, a la guillotina!

—¡Dirás al garrote!

—¡A la guillotina!

—¡No la tenemos en España!

—¡Se establece!

—¡De acuerdo! Una pregunta, y excusa la franqueza. ¿Tú andas mal de conquibus?

—¡Mal es poco!

—¿No podrás convidar a siete niñas y una mamá?

—¡Ni a mondadientes!

—¿Pero a tener medios?…

—¡A tener medios, convido yo a siete niñas y a siete docenas!

—¡Corriente! Pues tendrás medios.

—¡Orégano sea! Vamos a ver. ¿Esas niñas son de la alta, de la baja o de la intermedia?

—¡Militaras pensionistas!

—¿Ultramarinas?

—¡Tienen un loro!

—¡Ganado de buena lidia! ¿Y ha dicho usted que son siete? ¿El autor de sus días un héroe de Joló? ¿La mamá, una jamona muy terne, que aún toma varas? ¡Las conozco! Nada de pensionistas. El autor de sus días es un coronel con mando en el Archipiélago. La familia se divierte con su cuenta y razón. Achuchones, sobeo, de ahí no se pasaba… Ahora no sé…

Intervino Don Segis:

—Supongamos que nada ha cambiado. ¿Tiene usted inconveniente en ponerse al habla con esas tarascas para sacar a Vallín? Mi situación usted la conoce. No puedo dar la cara. Estoy empapelado. Se me infama, suponiéndome encubridor de secuestros, se me embarga, se me procesa. Tengo amigos en la situación, acudo a ellos, y mis cuatro terrones, embargados. ¡Esto anda mal! En Andalucía las guarniciones están ganadas por el Duque. Vamos al caso. A Vallín le urge aburrir el nido. Yo he pensado transbordar al cautivo del coro al caño.

—¿Quiere usted explicarse por derecho?

—Pasar a Vallín por el tejado del convento a la querencia de Doña Leopoldina.

—¡Y poner pasquines!

—Le disfrazaríamos y le sacaríamos por la puerta sin dejar a perro ni a gato salir de la casa. Se interesa su influencia con la Coronela.

—La mejor influencia es una untada de parneses.

—Se trabaja con fondos.

—¡Olé!

Salieron juntos.

VII

EL Gran Pompeyo, manejando su basto con estilo de tambor mayor, metiose por el zaguanillo de la casa contigua al enrejado paredón de las Trinitarias. Se arañó el bolsillo y puso dos pesetas en la mano pringosa de la señá Donisia:

—¿Cómo andamos?

—¡Aperreá! ¿Y este aguinaldo?

—Para gárgaras.

—Usted dirá. Y como no sea sobre el vedado de los inquilinos, ya puede usted contar con una servidora. Estos días se desocupa un piso con muy buenas vistas. Algo deteriorado de papeles. Aún no se han ido los inquilinos, pero no les importará que usted lo vea.

El Gran Pompeyo sintiose penetrado de una corazonada:

—¿Se muda la Coronela?

—¡Ya podía! Esa se contenta con juntar recibos y colgar la ropa de las camas en los balcones, faltando a las Ordenanzas. Ya le han caído tres multazos, pero aluego salen por ahí la madre y las hijas moviendo el bulle bulle, y no hay cara para denegarse. ¡Pues que no ha pagado ninguna multa Doña Leopoldina! Y no es mala mujer. ¡Cuando ella tiene a nadie le falta! ¡Buen corazón y amiga de hacer un favor lo es! ¡De las primeras!… Las hijas, hay de todo… Ya no salen tan a la madre.

—¿Reciben visitas?

—No falta algún pelma que por las tardes mande por pasteles y amontillado. La mayor toma lecciones de guitarra. ¡Es la más punto de todas ellas!

—¿No hay de noche gatos por la escalera?

—Yo, después que pongo el fecho a la puerta, me tiendo a dormir, rendida del trajín diario.

—¿Y el sereno no tiene con usted confidencias?

—El sereno pudiese suceder que se hallase más enterado que una servidora. La pregunta de usted, caballero, toca al privado de la honra. En una casa de siete mujeres, con la madre ocho, no pida usted que todas sean santas. Alguna descarriará más que la otra. ¿Adónde irá usted que no se vean esos ejemplos? Novios por las aceras, eso nunca falta… ¡Que alguno suba de ocultis, tampoco sería chasco!

La portera, flaca, dentona, los ojos descoloridos, el pañuelo en la punta del moño, la raya del pelo con calvas, se apartó con bufido de gata resfriada:

—¡En la acera de enfrente se nos ha puesto un guinda! Pues aún no he sacado la caldereta.

VIII

—¡DAME rapé! ¡Dame rapé!

Y así todo el día, el escándalo de la cotorra, frente al guinda de centinela en el esquinazo. La mamá y las niñas tan pronto asomaban como se metían dentro: Eran cubanas: La mamá, hija de un segundo cabo.—Don Leopoldo y Doña Manuela, aquel entonces gobernadores de la ínsula la tuvieron en la pila: Fue bautizo de mucho lucimiento, con baile y guateque en Capitanía: Doña Manuela y Don Leopoldo extremaron tanto el agasajo, que la ahijada recordó siempre el baile de su bautizo en los salones de Capitanía:—¡Un sarao digno del Conde de Montecristo!— Las niñas mayores parecía que igualmente hubieran asistido al bautizo de su mamá, tan caídas estaban en aquel cuento de las Mil y Una Noches. Cuando Hermelinda, la mayor, enseñaba a las visitas el álbum de retratos, ya se sabía cómo acababa:

—¡Los Duques de Tetuán, padrinos de mamá! El bautizo de mamá fue sonado en toda la Isla. Hubo unos helados muy ricos de piña y jerez. ¡Con el calor de aquel clima, deliciosos! Mamá no lloró más que cuando le pusieron la sal.

Doña Leopoldina —Coronela Fajarnés— se sujetaba los peinecillos, se miraba de refilón toda ella, paraba el rabillo del ojo sobre el descote:

—Los helados no eran de piña. Eran de mango y mamey. ¡Segis, le digo a usted que deliciosos!

—¡Así ha salido usted tan frígida!

—¡No sea usted tunante! El repostero iba a poner *champagne* en el sorbete, pero mi papá le mandó poner jerez. Papá era muy patriota y quiso que en el bautizo de su hija todas las bebidas fuesen de España.

Jaleó el Gran Pompeyo:

—¡Un rasgo!

—¡Papá era así!

Confirmó Don Segis:

—¡Un buen catador!

—¡Otro tío guasa! Segis, usted que ha conocido a papá…

—Por el retrato.

—¡Ay, qué tío mala sombra! ¡Papá era ciego por su patria!

—¡Lo mejor del planeta, Europa! ¡Lo mejor de Europa, España! ¡Lo mejor de España, la Almunia!

—¡Ve usted cómo le ha conocido!

Solfeó el Gran Pompeyo:

—No saque usted historias que nos hacen viejos, Leopoldina. ¡Este amigo desea tratar con usted un negocio más serio que casar a las niñas!

—¡No es usted nadie!

—Afine usted la pestaña, Leopoldina… Poca exposición y algunos cuartos es el negocio del amigo. Haga usted salir a los pimpollos.

—¡Niñas, ya estáis remontando el vuelo! Y cuidado con ponerse a escuchar detrás de las puertas. Si viene algún pelmazo, le recibís vosotras en el comedor. ¡Formalidad!

Hermelinda, Manola, Lulú, Leopoldita, Pilín, Silvana y Totó se fueron con el álbum de retratos. Repicaba por el achorizado pasillo el campanillote de la puerta. Tras los visillos del balcón era la jaula de la cotorrita policroma:

—¡Dame rapé! ¡Dame rapé!

IX

LA Coronela ofreciose con alma y vida, apenas malició que podían, por aquella gotera, lloverle unos cuartos, pero cuidó de advertir que lo hacía llevada solamente de su entusiasmo por la causa liberal: Sin embargo, a última hora, si querían hacerle alguna fineza no la rehusaría: Con aquel familión veíase muy atropellada: Fajarnés apenas si se acordaba de mandar dinero. ¡Con el sueldo que tenía y las buenas ocasiones para ponerse las botas! Pero nunca había mirado por el porvenir de su familia:

—¿Usted, Segis, conoce a Fajarnés?

—Leopoldina, dejemos los recuerdos para más tarde. Ahora, a lo que importa. ¿Quiere usted enseñarnos la ventana que cae al tejado de las Trinitarias?

—Es el cuarto de la sirvienta.

El Gran Pompeyo soterró la voz:

—Conviene alejar a la maritornes.

—¡Se la aleja!

—Leopoldina, ¿quiere usted aceptar mi modesta invitación y mandarla por pasteles y Tío Pepe?

El Gran Pompeyo, sonando la plata, puso tres duros sobre el velador.— Tapete de malla, caracoles y nácares marinos, una licorera de tómbola.— La Coronela, con guiño y sandunga, recogiose la falda: Corretona, soltando un chapín salió al pasillo dando voces:

—¡Crisanta! ¡Crisanta!

—¡Va!

Crisanta acudió limpiándose las manos al delantal de los friegues:

—¡Mujer, no salgas así!

—¡Fuera bueno que enseñase algo!

—Toma ese dinero y baja por pasteles y montilla. Antes arregla tu cuarto, no me lo encuentre hecho una leonera.

—Con no asomar por allí.

—Esa cuenta no es tuya.

Crisanta era moza serrana, rubiales y pecosa, la boca encendida, los ojos aguas verdes: Con las manos bajo el delantal, entró a tomar el dinero que estaba sobre el velador y se escurrió, gazapera. Murmuró Don Segis:

—Leopoldina, que tome boleta la maritornes y que deje el arreglo de su gabinete.

—A gusto de ustedes.

La Coronela se levantó. El Gran Pompeyo y Don Segis quedaron solos:

—¡Buena hembra! ¡Y toma varas!

—¡Pues a ello, Pompeyo!

—¡Me gustan más tiernas! ¡Las niñas dan el opio!

Venía por el pasillo el taconeo de la Coronela. Entró, perfumada y frufrante, un clavel en el escote, recogidas las mangas del peinador, frotándose las manos con una esencia, las muñecas con pulseras.

X

EL cuarto de la sirvienta tenía un ventano azul sobre el tejado de las monjas. Pompeyo sacó el cuerpo, estudiando el paso:

—¡No estaría de más advertir al recluso!

La Coronela, que también quiso curiosear, abría los brazos en balancín sobre un banquillo tembleque:

—¡Sosténgame usted, Segis!

El Gran Pompeyo salió al terrado, y al socaire del ventanillo se quitó botas, chaqueta y calzones:

—Me falta la espuerta para ser el perfecto albañil.

—¡A ver si se rompe usted el alma!

—¡Es usted encantadora!

Quebrando tejas y abriendo goteras pasó al tejado de las monjas y cantando, para advertir al cautivo, se acercó a la bufarda:

—¡Levántate, carcunda,
Que las cuatro son
Y viene Espartero
Con su división!

El gato, que dormía puesta la tripa al sol, saltó dentro. Vallín levantó la cabeza. Saludó el Gran Pompeyo:

—¡No está usted mal instalado!

Vallín le reconoció sin sorpresa:

—¿En qué piensan los amigos?

—De cabeza nos trae usted. Para esta noche tenemos dispuesto el cambio de nido… Luego se verá cómo sacarle a usted de Córdoba. ¡Está la situación muy negra!

—¡Ya lo sé!

—¡Todos andamos un poco a salto de mata!

Fernández Vallín metía el ojo sobre la vitola de Pompeyo.

—¿Se levanta usted de la siesta?

—¡Más quinqué, compadre! Con esta pinta soy el obrero albañil que le repara las goteras a la Comunidad.

—¿Habló con usted el Niño de Benamejí?

—Traigo su representación.

—¿Se puede ganar a la familia militara?

—Se puede conseguir hasta su complicidad, pero no guardarán el secreto.

¡Es una familia a la *polka*! Segis velará sobre ella hasta que usted se halle seguro. Usted no hace parada: Meterse por la ventana y salir pitando por la puerta de la calle, dándole el cambiazo a los guardias.

—¿Con qué disfraz?

—El disfraz tiene que ser de acuerdo con el pasaporte que podamos agenciar. De padre cura no le veo a usted… De arriero, tampoco. No estaría usted mal de contrabandista El Niño, que es un águila, nos sacará de dudas. Y hasta más ver, que aún tenemos que buscarle a usted el nuevo nido.

—¡Agencien ustedes que pueda salir de Córdoba!

El Gran Pompeyo le alargó la mano por la bufarda, donde había vuelto a tumbarse el gato:

—¡Se harán los posibles y los imposibles!

Descendió por el tejado de las monjas y se metió por el azul ventanillo donde revoloteaban los rizos de la Coronela Fajarnés:

—¡Es cosa de novela! ¡Será preciso que las niñas no se enteren! Yo he leído algo parecido en alguna parte.

Apuntó el Niño de Benamejí:

—En un folletín.

—¡Yo heroína de novela! Solamente falta que alguno de ustedes se chale y me rapte contra mi voluntad.

XI

DON Epifanio Castro Belona sacaba el gorro por la ventana de su despacho, mirando a la calle: Le apuraba el escrúpulo de comprometerse y la zozobra de los tratos con la tarascona militara. ¿Quién sabe si el tapadillo que le prometía la San Juana? Despidió al escribiente, viendo entrar al sobrino con Don Segis. El sobrino jugaba el nudoso basto con dos dedos: Retumbaron los toneles de su vozarrón:

—¡Tío, bátame usted palmas! He visto al recluso, y esto le dirá a usted mi completa victoria con la hermosa Coronela. ¡Todo arreglado para esta noche!

Apremió Don Juris:

—¿Qué dice el cautivo?

—En el preguntar es usted más conciso que un héroe de Esparta. ¡Aún estoy esperando sus parabienes!

—¡Y te los doy!

—El pájaro pía por aburrir el nido.

—¡La ilusión de todo encarcelado! El hombre, como las aves, ama innatamente la libertad. Es el sentimiento de que se nutre la dignidad humana. ¿Y adónde le llevamos esta noche con alguna seguridad?

Terció Don Segis con un quiebro prudente:

—Ese negocio hay que meditarlo. La calle está muy guardada.

El Señor Castro Belona se abstrajo, maduraba un plan bajo el gorro de terciopelo:

—Preparemos un golpe hábil. Sacar disfrazado al Señor Fernández Vallín. ¿Qué dice usted, amigo Olmedilla?

—Que estamos de acuerdo.

—¿Y de qué le disfrazamos?

Terció el Gran Pompeyo:

—De contrabandista.

Se arrugó, displicente, Don Epifanio:

—¡Música de zarzuela, sobrino! ¡Música de zarzuela! La realidad es muy otra. Un disfraz que no diga nada, que pase en todas partes inadvertido. Unas alpargatas y una chamarreta de proletario. Esa es mi opinión. ¿Qué dice el amigo Olmedilla?

—A mí se me ocurre que lo más disimulado sería sacarle con una sera de carbón, bien tiznada la jeta.

—Viene usted a confirmar mi aserto, en cuanto a disfrazarle de proletario.

—Justamente.

Saludó quitándose el gorro el Señor Castro Belona.

—Me congratula la coincidencia de opinión. El atavío de proletario, completo, sin que falte un detalle, tengo el mayor gusto en ponerlo desde ahora al servicio del Señor Fernández Vallín. ¡Veo la sorpresa pintada en los rostros! ¡Caballeros, nada tiene de extraño!… Yo tampoco me juzgo seguro y todos los días recibo anónimos con amenazas. El Gobernador me tiene entre ojos: Le inquieta nuestra propaganda. Como Presidente del Comité, yo recojo todas las responsabilidades, y no hace muchos días se pensó en detenerme, y fue consultado el Gobierno. Nicolás María paró el golpe. Una noche, sin embargo, estuve dispuesto a fugarme. Anselmita, como es la suma prudencia, no quiso darme la llave del armario, donde tenía el disfraz. Se alegrará de verlo fuera de casa. El busilis está en sacar al pájaro del convento…

Maduró el Niño:

—Y proporciónale papeles.

Don Epifanio se rascó la nuez con el cuchillo de marfil:

—No faltarán papeles. La faena de compromiso es sacarle del convento, con el golpe de policía que allí ha puesto el Gobernador.

—No crea usted… También están muy guardadas las salidas de Córdoba.

—¡Ya lo sé! Tengo mi policía y estoy en antecedentes… Sin embargo, entiendo que no debe permanecer en la capital. Aquí sería mayor el riesgo para todos. Los deberes cívicos no están reñidos con la prudencia. Y para nosotros mismos es conveniente alejarle. ¿Cómo? ¡He ahí el problema!

XII

TRAS larga polémica, llegose a un medio acuerdo. El Niño de Benamejí, para cumplimentarlo, buscó a un mayoral contrabandista, terne de la tralla, que le estaba muy obligado.—El Zurdo Montoya, gallo del cané en el Corral de la Pulgona.— Allí le avistó, y con una seña le sacó del corro de jugadores, en la sombra de un carromato. Salió el tuno ajustándose la faja:

—¿Qué manda su merced?

—¿Puedo contar contigo?

Entonó el crudo una seguidilla cañí:

—Pregunte su merced si el mozo rubio puede en dejar de salir por las mañanas para arreglar los cuadrantes de los reinos. ¿Qué otra cosa viene a ser la gachapla del padrino? ¡Con este ruin a toda hora se cuenta!

—Te necesito para trasponer a un amigo y dejarlo salvo en el Peñón. ¿Te comprometes?

—Por mi parte, se hará lo que se pueda. ¿El padrino trae maquinada alguna industria?

—¡Tú sabes cómo eso se hace!…

—Cómo eso se hace lo sabemos todos los nacidos… No es mucha ciencia. Pero estoy sin ganado, esperando a comprar en la feria de Solana. Tengo el carro sin mulas, que es un tener pan y no tener dientes. En esta semana compro tiro. Vendí en la cuadra, para ir a la feria con jandoripen, sin supedito… Con el sonacai pronto, el que tiene pestaña guipa las ocasiones y se saca otro provecho. La persona se halla a todo pronta. Eso dicho se está. El padrino me manda.

El Niño de Benamejí puso una mano en el hombro del terne:

—Te paso la escusa y hasta las ferias de Solana… Si para entonces no he salido del compromiso, te buscaré. ¡A ver si también tú me resultas rana!

—Padrino, no merezco esa mala razón.

—El tiempo lo dirá. Yo me voy esta noche a Los Carvajales.

—¿Cuándo es el Herradero?

—Mañana.

—¿Será de lucimiento?

—Como todos los años.

—No ha mucho he pasado por aquella parte, y vaya unas pinturas. ¡Ni en Jerez he visto potros más bien sacados!

—Asómate por allí, que puede haber changa.

—¡A qué otra está un pobrete, padrino!

—Déjate ver. Si antes no se puede trasponer el contrabando, contigo cuento.

—¡Hasta el *finibus*!

—¡Búscame en Los Carvajales!

—¡Mediante Dios!

—No faltes.

—No faltaré.

—Estás convidado.

Don Segis le dio la mano y se fue jaquetón con el cigarro atravesado en la boca, y el sombrero aburrido sobre una ceja: Se cruzó con un galán verdino y se saludaron:

—¡Con Dios, Don Segis!

—Con Dios, Linarejo.

Y el galán verdino fue a juntarse con el Zurdo Montoya: Tramitaban engaños para la venta de un caballo loco.

XIII

EL Palacio de Torre-Mellada, en Córdoba, era un caserón destartalado:— Atrio de limoneros, cales rosadas, iris de un surtidor, arábicos arrayanes, doble arquería del orden toscano.— La sala del archivo, rejas y puerta de complicados entalles, estrellada de clavos enormes, caía a la verde penumbra del patio. En la tórrida galbana adormilábase la canturía de unos albañiles que

andaban a gatas por el tejado, reparando goteras. En la Sala del Archivo acogió el marchoso administrador al inflado Señor Gálvez.—Don Pedro Gálvez de Puente Genil, empaque de mayor contribuyente, personaje de pueblo, juez de paz unas veces, otras alcalde, cacique con votos y olivas:

—Estoy muy disgustado con Benjamín. Augusto me escribe en el mismo sentido: Benjamín debió haberse quedado en Madrid. Le hubieran detenido, pero solo algunas horas. Augusto hubiera parado el golpe. ¿Qué podía sucederle? ¿Que lo metiesen en un barco y lo plantasen en Canarias? Pues todos nos alegraríamos de tenerle allí sujeto.

—Le arde la sangre revolucionaria, Señor Don Pedro. Y siendo así, ¿qué prudencia va usted a pedirle?

—¡Me tiene muy disgustado! ¡Sabe usted cómo están aquellas mujeres! ¡Rosarios y novenas! ¡Luces encendidas por toda la casa! ¡Lo menos que se lo figuran es en capilla! ¡Me tienen loco!

Le abrió los brazos Don Segis:

—Véngase usted a Los Carvajales. Asiste usted al Herradero, y se distrae, y se saca usted unos días de quebraderos. Al Señor Marqués le colmaba usted el gusto. ¡Anímese, Don Pedro!

Bajo el espectáculo de la consternación familiar: arqueaba las cejas el hacendado de Puente Genil:

—¡Me tienen loco aquellas mujeres!

—Véngase usted a Los Carvajales.

—¡Me retiene ese mala cabeza!

—Don Pedro, cachaza. El Gobernador no tiene rejo para meter un registro en el convento y si tenemos esperas, ocasión vendrá de hacer las cosas en debida forma. Ya estudiaremos alguna travesura para trasponer el contrabando. Un tunante que me debe no estar en presidio se me ha rajado, y las razones que me opuso aún no sé si son verdades. El tiempo para ponerlo en claro no será muy largo.

Don Pedro Gálvez se mesaba el perillote de la luchana:

—¡El Zurdo Montoya me ha dado igual desengaño!

Saltó el marchoso Don Segis:

—Nos hemos ido sobre la misma querencia. Ese tunante se calló como un muerto que usted le hubiese buscado. ¿Cómo se disculpó con usted?

—No creo que fuese disculpa: Me aseguró que no tenía ganado.

—A mí lo propio.

—Siempre le hallé dispuesto y no creo que ahora…

—La gente se vuelve ingrata.

—Del Zurdo Montoya no lo creo.

—Pronto saldremos de dudas. Yo, como usted, siempre le he tenido en el mejor concepto, y aún no se lo pierdo. Le libré de una condena.

—Ya lo sé.

—Tiene la sangre muy acalorada, pero yo también la tengo, y la causa puede resucitarse. Me conoce y sabe hasta dónde llego…

—No habrá caso.

—En esa idea estoy, y espero a la feria. Decídase usted a ver nuestras fiestas, que este año van a ser de lucimiento. ¿Nos vamos a Los Carvajales?

—No desecho completamente el ofrecimiento.

—Si usted se decide, expídame un telegrama para salir a la estación de Pedrones. Y vaya usted dispuesto a firmar la escritura en Solana. Hay que proteger a ese notario, que es un padre de familia.

XIV

EL Gran Pompeyo esperaba noticias en el comedor de la Coronela: Y en medio de la sosada del juego de prendas, cuando el pañolito iba de mano en mano con flácido vuelo, he ahí que se abre de capa y hace la jarra:

—Niñas, un servidor convida. ¿Dónde les hace a ustedes pasar la velada?

Clamó el coro femenino palmoteando:

—¡Mamá!

—¡Mamá!

—¡Mamá!

Entró por una puerta la mamá, sujetándose los peines:

—¿Estáis locas, niñas?

—¡Este, que convida!

La Coronela Fajarnés gachoneó los ojos:

—¡Usted siempre tan galante! No puedo consentir que por estas chicuelas se sacrifique usted…

Leopoldina jugaba la comedia, pues era acuerdo anterior alejar a las niñas para meter en casa al fugitivo. Pompeyo, con un ademán, abarcó el ramillete de las niñas coronelas:

—¡Eso, y mucho más se merecen estas caras de ángel!

—¡No me las levante usted de cascos, que van a creérselo!

Revolotearon por el pasillo tacones y faldas, vocingles y chuchurrines:

—¡Las tenacillas!

—¡Soy la mayor!

—¿Acabarás con el peine?

—¿Dónde están los polvos?

—¿Mamá, tú vas a rizarte?

—¡Todo el día estoy con jaqueca! Pompeyo, no me hable usted de ver la calle.

Totó, la más pequeña, llevó la noticia a las mayores:

—Mamá sale ahora con que tiene jaqueca.

—¡Pues saldremos sin mamá!

—¡Qué socorrida es la jaqueca!

—¡Ya la convencerá Pompeyo!

—¡Le da rabia que nos divirtamos!

Las niñas coronelas, sentadas por los baúles y en las camas, se estiraban las medias, dejaban caer los galorchos, gritaban por el calzador:

—¡Espérate!

—¡Pues date prisa!

Hermelinda encarose con Totó:

—Pregunta a Pompeyo que adónde nos lleva.

Volvió Totó batiendo palmas:

—¡Al Circo! ¡Al Circo! ¡Al Circo!

Las niñas, que se peleaban ante el espejo por la brocha de polvos, quedaron deslumbradas.—¡Aquella misma tarde, desde sus balcones, habían visto el desfile de monos, titiriteros, dromedarios y jaulas de fieras, bellos acróbatas, alegres payasos!— Quedó vacía la caja de polvos:

—¡Pilín! ¡Silvana! ¡Tiradme del corsé!

XV

AÚN alborotaban las niñas por la escalera, cuando ya estaba sobre el ventanillo de la maritornes la luz de una contraseña. Eran en el guardillote, el solemne Don Epifanio y Don Segis. Con las cabezas tocaban el cañizo de la

techumbre. Por el ventanillo abierto, entraba un gran silencio de terrados y chimeneas, recogido en el cielo de estrellas. El farol, retirado del alféizar, alumbraba puesto sobre el baulete de la moza. La Crisanta había recibido el aguinaldo de una columnaria, para convidar al novio, un quinto de su pueblo. En el fondo de la casa cantaba playeras la Coronela. Don Segis ponía toda su atención en mirar por el ventano: Don Juris, acurrucado a los pies del catre, se alarmaba solemnemente, la atención zozobrante entre el ay de la espera y el boga, boga, marinero:

—¡Mujer de gancho!

—Pues no pierda usted el tiempo.

—¡Muy peligrosa!

—¡Cuestión de trasteo!

—Crea usted que siento haber conocido a esta mujer. Estamos en sus manos expuestos a caer en una ratonera. ¡No lo hemos pensado! ¡Puede entregarnos inermes a la policía! Real y verdaderamente, si no lo hace es una heroína, y tiene derecho a un altar en nuestro corazón. ¿Pero cree usted que sea otra Mariana Pineda? Puede costamos muy caro este servicio a la causa revolucionaria. ¡Con ello y con que luego lo olviden nuestros prohombres!

El Señor Castro Belona amuebló la sombra con los roncones de su enfisema. En aquel momento, el fugitivo pasaba la zanca por el ventanuco:

—¡Viva la libertad!

Descubriendo la pinta de la luna, saltó dentro. Don Epifanio se sorprendió de que toda la atención se le fuese al canto de la Coronela:

—Deja el remo,
Batelera,
Que me altera
Tu manera De remar…

Como Ulises, Don Epifanio se tapó las orejas:

—¡No perdamos momento! Urge salir de aquí.

Don Segis se recostó sobre la pared, con la lumbre del cigarro en la boca:

—¡Ya discutiremos eso!…

Don Epifanio había extendido sobre el catre las prendas para disfrazar al prófugo, y se las ofreció con gesto solemne:

—¡Aun a riesgo de comprometer la preciada libertad, le dejaremos a usted fuera de puertas! En Villar Grande, un compañero de mi profesión, está en

antecedentes. Bastará con que usted se presente y le diga: ¡Naranjas!

—¿Villar Grande, cuánto dista?

Bromeó Don Segis:

—Pasa de una legua y no llega a veinte.

Se pavoneó Vallín:

—¡Tendré un buen caballo!

Don Epifanio bajó la voz con afectado sigilo:

—¡Vamos a disfrazarle de humilde proletario! Un servidor se ha puesto alguna vez esas ropas… No aduzco el hecho para dignificarlas, sino como un antecedente…

—¿Pero he de andar a pie ese camino?

La ingratitud del criollo picó a Don Juris: Despegándose de la pared, dio con la cabeza en el techo: Retumbó el golpe:

—¡A pie o a gatas!

—¡Me han jorobado!

Fernández Vallín, desabrido y con mal gesto, comenzó a vestirse las burdas prendas, extendidas sobre el catre de la maritornes. El Niño puso el candil en un clavo y tomó asiento sobre el baulete:

—Querido Benjamín, con que usted se pruebe el vestuario nada se pierde. Que pueda concertarse la fuga para esta noche, no lo juzgo tan mollar como el amigo Don Epifanio. Villar Grande está lejos, y esas carreteras muy vigiladas.

Cortó rotundo el cubano:

—Segis, como quiera que sea, no vuelvo a entumecerme en el desván de las Madres. El compromiso de mi tía es muy grande.

Asentían los hipos asmáticos del Señor Castro Belona:

—¡Mi consejo es alejarse! ¡Alejarse! ¡Volar lejos de Córdoba!… Mi proyecto está cuidadosamente estudiado. En Casariche…

Don Segis sacó lumbre del veguero:

—¡Me lavo las manos!

XVI

LA Coronela vino a pulsar en la puerta, y tuvo un alboroto de risas entrando:

—¡Ay, qué gracia! ¡Ni su mamá le reconoce!…

Se amoscó, disimulándolo con bromas, el criollo:

—¿No le parezco a usted bien, paisana?

—¡Me ha dado usted flechazo!

El Niño y Don Epifanio, arrimados a la pared, para dejar lugar, disentían en voz baja:

—¡No engaña al más topo con esa pinta!

—¡Porque está usted en el secreto!

La Coronela Fajarnés se volvió:

—¡Era de menos anchuras el difunto!

Confirmó burlándose, Don Segis:

—Menos anchuras y menos guinda.

La Coronela tomó el farol y pasó la luz sobre la figura del disfrazado, desde la frente a los pies:

—¡Todo flamante!

Fernández Vallín, corrido y contrariado, mirábase los calzones, que apenas le rozaban los tobillos, y las mangas del camisote, sobre las sangrías.—El apresto y los dobleces de aquellas prendas estaban diciendo a voces su estreno.— Lo ridículo de su traza le infundió, con un resentimiento vanidoso y agudo, el absurdo deseo de cubrirse con una careta: Esta sensación de que con la careta se sustraería a las miradas, era como el revenir de una credulidad perdida en remotos avatares: Nacido en un ingenio de azúcar, canciones de negras esclavas habíanle adormecido en la cuna: Músicas y bailes cimarrones habían ilustrado su infancia, en las luces del trópico, frente a la fábula del manigual poblado de serpientes. ¡Acaso llevaba en la sangre un escondido efluvio de canela el travieso revolucionario! La Coronela volvió a pasarle la luz por el perfil de la figura. Vallín abría los brazos, náufrago, indiferente, en una suprema entrega al ridículo de su disfraz. La Coronela, sentada en el suelo, con la luz a un lado, reía enseñando la garganta: El prófugo, herido de aquella risa, le dio un puntapié a la luz. Saltó en pie la Coronela:

—¡Una gracia!

Vallín, prevaliéndose de la obscuridad, la aprisionó por el talle. Ella rio disimulando, y con un mismo impulso, en silencio, se besaron. La Coronela Fajarnés apretaba los labios fríos sobre el disfrazado criollo, hasta hacerle daño. El Gran Virgilio rozaba un fósforo. La Coronela Fajarnés renovó su risa en la obscuridad, y orientada por el ventanillo, abrió la puerta:

—Vamos a mi gabinete.

XVII

UN quinqué de porcelana alumbraba sobre el velador con tapete de ganchillo. La Coronela, luego de pasar la punta del peinador por el espejo de la cómoda, llamó a Vallín:

—¡Contémplese usted!

—¡Qué aire absurdo! ¡Parezco un náufrago!

Leopoldina y Don Segis, con burlas a dúo, celebraban la facha del criollo. El Niño acabó poniéndose serio:

—Benjamín, insisto en que lo 'más prudente sería que usted se volviera al desván de las monjas. Ya le sacaremos a usted en condiciones. Espere usted mi vuelta de Los Carvajales.

—¡Imposible, Segis!

El Señor Castro Belona habló con docta madurez:

—Yo observo, y digo resumiendo mis observaciones: ¿Qué falta y qué sobra en el disfraz de nuestro amigo?

Retoñó el enojo de Vallín:

—¡Parezco un náufrago!

—¡Muy bien! Pues vamos en lo posible a darle un carácter al disfraz: Se le hace algún desgarrón, se le mancha, no se le dejan dos botones parejos. Amigo Vallín, de obrero sin trabajo, le haremos a usted mendigo. ¡Pero hay que sentirse un poco actor!

Vallín se quitó la chamarreta, y con algunos tirones, desgarró las mangas y el cuello, después la arrugó como una rodilla, pisoteándola. Propuso Don Segis:

—Muy conveniente trasquilarse la patilla, lo que llamamos los clásicos afeitadura de tijera. ¿Leopoldina encantadora, quiere usted suministrarnos ceniza del fogón y hollín de la chimenea?

—¡Ahora mismo!

Con intriga corretona fugose la tarasca, y puestos los ojos en la puerta, apagó discretamente la voz el Señor Castro Belona:

—Mentira parece que esa mujer pueda ser la mamá de una prole tan numerosa. ¡Representa más joven que sus niñas!

Apuntó Don Segis, con jonjaneo:

—¡Y lo es! Simboliza la eterna juventud. Don Epifanio, vamos a conquistarla entre los dos… Para usted solo, esa mujer me parece demasiado.

Repulgose, con aire muy digno, Don Epifanio:

—Me apena profundamente oírle a usted ese lenguaje. Esta señora, por el servicio que nos presta, y por ella misma, merece mis más respetuosos homenajes, téngalo usted entendido. ¡El honor de las mujeres, para mí siempre ha sido sagrado!

El Señor Castro Belona hablaba con atildada emoción ingenuo y pedante. Se acercaba por el corredor el taconeó de la Coronela: Frufrante, arremangándose los brazos, entró portando un lebrillo: Calose los lentes Don Epifanio.

—¡Ya trae usted hecha la mixtura! ¡Es usted una mujer admirable!

La Coronela, le puso en las manos el lebrillo, con una mirada de lanzadera, sin excusarle ni mohín, ni sonrisa. El Señor Castro Belona, ante aquellas muestras, lejos de animarse, cayó en un abatimiento de enamorado sin esperanza. Fernández Vallín, puesto ante el espejo, metía las manos en el lebrillo, y se refregaba la cara: Quedó con tanto tizne, que parecía un náufrago escapado por una chimenea. Leopoldina, volándose al recuerdo de un novelón con estampas, le sacó el parecido:

—¡El vagabundo de Clermont-Ferrand! ¡Pero exacto!

Gachoneaba los ojos sobre el criollo, y con celoso pique miró su reloj Don Epifanio:

—Toca a su término la función del Circo. Pronto esta amable señora tendrá el gozo de volver a verse con sus niñas. ¡Urge el tiempo! Amigo Vallín, no se olvide usted de las instrucciones: Nosotros, sus amigos, le deseamos la mejor suerte. ¡Comprendo que el hombre para quien todo son triunfos en el mundo, que obtiene el homenaje de las mujeres, quiera vivir! ¡Cómo le envidio la juventud!

Don Segis alternó un guiño entre la Coronela y Vallín.

—¡Filosofa usted, Don Epi!

—¡Filosofía de sepulturero!

Le puso una vara la Coronela:

—¡Usted, Don Epi, es un hombre en lo mejor de la edad!

Suspiró, discreto, el Señor Castro Belona:

—¡Sí, soy viejo, pero ello no impide, señora, que me lleve de usted un imborrable recuerdo! Me ha parecido usted esta inolvidable noche una segunda Mariana Pineda.

Don Epifanio tenía en la voz los trémolos mortecinos de un candil romántico: Estudiado de palabra y sin perder la ingenuidad del sentimiento, se

decoraba el buen señor con la pedantería literaria de los conspicuos liberales, cuando entonaba en los teatros La Pitita el General Riego.

XVIII

MOVIÉNDOSE en la punta de los pies, con celo folletinesco, tropezándose las manos, pusieron los últimos retoques en el disfraz del criollo, la Coronela y Don Epifanio. Don Segis, plantado en frente, insistía desaprobando la fuga, y enumeraba los riesgos, con doctrina de veterano caído en aquellos lances. La Coronela se lanzó fuera del gabinete, arrastrando a Don Epifanio:

—Nosotros nos entendemos.

Corrieron a la cocina, y por el pasillo, ayudándose, tropezándose, trajeron a rastras la sera de carbón que completase el carácter del fugitivo, según el meditado plan del Señor Castro Belona. El Niño se barrenó la frente con un dedo:

—¡Tenemos a Don Epi chalado!… Y usted, Benjamín, perdóneme que le aconseje…

Fernández Vallín le clavó las pupilas, resaltadas de blanco en el tizne de la cara, pupilas de carbonero:

—¿A usted, Segismundo, le parece una temeridad?

—¡Una locura!

—¡A mí lo mismo!

—¿Pues, entonces?

—¡Precisamente por eso!

—¡No lo entiendo!

—La fortuna es de los audaces.

—Benjamín, los valientes y el buen vino…

—Cuentos de comadres.

—No digo nada, y vamos andando. Encantadora Leopoldina, volveremos a vernos.

Cortó con emocionados hipos el Señor Castro Belona:

—¡No pretenderá usted que salgamos en grupo, Segismundo! Entiendo que debemos darnos un abrazo fraternal y salir escalonados: Vallín delante, rompiendo marcha, entregado a su destino. Usted, Segismundo, algunos pasos distanciado. En cuanto a mí, juzgo un deber no abandonar a esta angelical

señora. Y si me autoriza, quedaré acompañándola hasta la vuelta de sus niñas.

La Coronela le tendió la mano:

—Es usted más galante que los pollos del día. ¡Así me gustan a mí los hombres!

Gachoneaba los ojos, avivándose el carmín de los labios con la punta de la lengua: Corrió al balcón, y lanzada a las resoluciones heroicas, atose una liga, encandilando al policía apostado en la acera. Con breve intervalo, asomaron en la calle Vallín y Don Segis: Distanciados, sin contratiempo, esforzándose por retener el paso, doblaron la esquina. Resonaban las voces de una tasca: La luz de la puerta cortaba la calle.

XIX

FERNÁNDEZ Vallín, asegurado en que nadie le seguía, mirando atrás, apresuró el paso.—Callejuelas mal alumbradas, faroles trasnochados, palmas que requieren al sereno.— Salió a la ronda, y en la orilla del río tiró la sera de carbón para ir más libre. Sobre el puente brillaba la lumbre de un cigarro. Majuelos con algo de olivar, ceñían la polvorienta carretera. Alto cielo, verdes luceros, nocharniego concierto de grillos y sapos, una hoguera sobre un collado, espejos del río, juncales, médanos de luna, en los olivares la castañuela de los mochuelos. Sobre el puente, remota, una sombra levanta los brazos: Brilla la lumbre del veguero. Vallín recordó los presagios del Niño: Se santiguó:

—¡Dios sobre todo!

En los primeros pasos alentose con gallarda resolución, un impulso romántico prestigiaba su aventura revolucionaria: Lentamente sobrevínole una angustiada mudanza del ánimo, ante la recta sin término de la carretera. Con la fatiga del camino se juntaba el bordoneo del caviloso pensar, inscrito en los círculos de una torva incertidumbre, apretado en ellos, temoso, monótono, sin poder salir fuera de aquel pleroma. La clara noche, los verdes luceros, el silencio del campo, la indiferencia taciturna de todas las cosas, quitaban sentido a los afanes del mundo, los diluían en la angustia je un fin último. Recordó los años juveniles, los estudios, las devociones en el colegio de jesuitas, los propósitos que entonces tuvo de profesar en la regla de Loyola. Se apagaban las estrellas. Ante los ojos del fugitivo aparecía la visión de un pueblo de adobes, con gruñidos y cacareos. Bordeaba la carretera la erosión barcina de un cerrillo.—

Grises de olivar, la medalla de la luna en el cielo sobre las rosas del alba, el artilugio de una noria seca.— Estaba franca la puerta del ventorrillo, y la dueña, refajo, chanclas, pañuelo pingón por los hombros, barría la entrada. Vallín se detuvo irresoluto: Sobre una cerca, le ladraba un perro. La mujer del ventorrillo, recogida al umbral, le observaba suspicaz:

—¿Qué se ofrece? ¡No estoy sola en casa!… ¡A ver si tomamos soleta! ¡Aquí no se mantienen holgazanes!

Vallín, llevándose de su natural altanero, puso en entredicho el disfraz:

—Yo pago mi gasto. Sáqueme usted una copa y un rosco, y vea usted, tía maulona, si la moneda es de recibo.

Con insensato resentimiento, ponía un duro en mano de la mujeruca, que se agachó para sonarlo.

—Suelta otro, majito, que este tiene hoja.

Vallín iba a dárselo, pero repentinamente sospechó la retorcida intención de la ventorrillera, caído en cuenta de lo que requería el disfraz:

—¿No le parece a usted de ley?

—¿Qué deseaba usted?

—Ya lo he dicho. Una copa y un rosco para andar camino.

—¿Va usted muy lejos?

—Voy adonde encuentre trabajo.

—¿Y no tiene usted otra moneda?

—No la tengo.

La ventera se entró al ventorrillo, y a poco salieron, con garrotes, un mozo y un viejo: Preguntaron a una:

—¿Qué se ofrece?

—¡Reparar las fuerzas!

Intimó el viejo, con ceñuda amenaza:

—¡Ya estás tocando marcha! Aquí no tenemos cambio para la moneda que has dado a la parienta.

—¡Pues a volvérmela!

—Eso es muy justo, majito.

Asomó la mujeruca, que tiró en medio de la carretera un duro taladrado. Vallín se inclinó para recogerlo, y al descubrir la engañifa, perdió toda continencia:

—¡Ningún hijo de zorra me roba a mí impunemente!

Sacó, arrebatado, un revólver, y alborotose el grupo ventorrillero, que se

metió a los adentros batiendo de golpe la puerta y poniendo las trancas. Comenzó un rifirrafe de insultos y amenazas por las dos partes:

—¡Miserables!

—¡Cabra! ¿De qué presidio escapas?

—¡Bandidos!

—¡Sinvergüenza!

—¡Ladrones!

Fernández Vallín reprimió los impulsos de su sangre criolla, que le pedía a voces descargar los siete tiros del revólver sobre la puerta del ventorrillo.—A lo lejos brillaba la chapa del peón caminero, recomendándole prudencia.— Siguió adelante, recaído en la zozobra de cavilaciones y presentimientos, contrariado de su conducta en la pasada gresca, prometiéndose no volver a salirse de lo que pedía su disfraz: Caminaba con hambre. Por un cerro amarillo trepaba el carrero de un rebaño. Eran las lejanías por aquella parte, como límites de un lago rosa y celeste: Con el sol, encendíase el verde de los majuelos en resaltados cuarteles. A una y otra orilla de la carretera, dilatados campos de mieses, apasionadas olivas color de polvo, navas y vargas, toros y jarales.

XX

ENTRE olivas, a la vera del camino, acampaba un familión de gitanos. Las mujeres se peinaban las greñas. Críos desnudos, perros rabones, amatados jamelgos, asnos meditabundos, metían en ruedo de polvo al carricoche pintado de azul con toldete de remiendos. Pasaba Vallín de largo y le dio voces una gitana, que levantaba al corito churumbel, azotándole la nalga:

—¿Llevas un mixto?

—No llevo nada.

—¡Cachéate bien, rubio serafín!… ¡Me ha escarriado el apaño, este venido de las negras calderas!

Tornó a zurrar la nalga del travieso, y le dejó revolcándose en una hoya, llorando a moco y baba. Vallín simuló registrarse:

—Lo dicho: No tengo.

—No hay más que rascarse y esperar que pase algún santo con ese avío. ¿Tú qué norte haces?

—Busco trabajo.

—¿Trabajo buscas y no encuentras? ¿Quieres tú más trabajo que correr el mundo para no sacar ni un pedazo de pan negro? El que nace sin estrella, con solo la carga de su suerte tiene trabajo superado… ¿Y tú de dónde eres? Tú no eres lo que aparentas.

Vallín disimuló:

—Ahí atrás me han tomado por el Sacamantecas.

—Ni eres sacauntos ni sacabolsas.

—Pues seré lo que tú quieras.

Vallín se inquietaba mirando a la ceceosa, suspenso, como en aliento de serpiente: Era flaca, culebrina, morena, con un ojo velido: Se volvió a un vejete que mirlaba desde un carricoche:

—Estamos sin avío para hacer lumbre, tío Ronquete.

—Ráscate el jopo.

El tío Ronquete echó el busto fuera: Le cubrían el pecho sartas de rosarios, cruces y cadenetes: Mordía alambrillo con un diligente alicate. El vejete aceituno, con el pectoral de brillos devotos, emocionó a Vallín: Le trajo el deseo piadoso de ponerse un rosario al cuello: Pensaba estar más defendido: Se le apareció el abandono de su casa, las velas encendidas a los santos, las novenas familiares, la alta noche y el llanto que la olorosa cabellera reprime en la almohada:

—¿Quiere usted venderme un rosario?

—Si usted paga lo justo.

—¿No estarán benditos?

—¡Benditos por el propio Padre Santo! Y toda la fabricación que sale de mis manos al igual. El comercio recibe bendito el género, y si las cuentas y el engarce están santiguados, no mete duda que lo estará el rosarete. A ver si nos ajustamos. ¿Cuál te hace el ojo?

Vallín disimulándose con el habla popular, eligió un rosario: Se arañaba el bolsillo y regateaba el precio, con la experiencia de la pasada trifulca:

—¡Catorce cuartos es demasiado! ¡Real y medio!

El tío Ronquete le alargó el rosario:

—¡Pierdo contigo dos cuartos, majito!

Fernández Vallín se lo puso al cuello:

—¡Con otro los ganarás!

—Es la ley del mundo, majito. Te llevas un rosarete de gusto. Mira el engarce.

Dos mozuelas se atusaban la greña, alternando un cacho de espejillo, el peine sin púas y el pringue de la alcuza para matarse las liendres. Saltó, avispada, una de aquellas endrinas:

—¡Dátil fino! ¡Déjate conmigo alguna cosa!

De un escriño sacaba collares en sarta, cadenillas con cruces y patenas, luces y cabrilleos de latón y cristales. Vallín contaba los cobres de la vuelta:

—¡Este rosario me representa una semana de hambre!

—¡Tito arremojado, mira esta gargantilla! ¿No tienes tú una chaví para quien me la mercar?

Advirtió el viejo:

—¡Ostelinda, deja el rebridaque!

Otro tizne venía cantando por la carretera, y un asnete trotaba delante, con la feria de calderos y peroles:

¡Entre sol e sombra
Asoma la aurora
E tocan tambora
En Sebastopol!

XXI

EL compadre de las calderas se contraseño con la culebrosa del ojo velido, y bajo unas olivas se juntaron a tratar en secreto. Ostelinda echaba sus sartas en el escriño:

—¡Poca sal tienes, morcilla ajumada!

Vallín se puso al camino con renovado ánimo: El rosario que llevaba al cuello le servía de escudo.—Una voz secreta le había impulsado a comprarlo.—Se apartó cediendo camino al otro tizne que venía detrás, apurando al asnete cargado de peroles: Se detuvo el compadre:

—¡Buena ha sido la zaragata del ventorrillo!

Acautelose Vallín:

—¡Cosa de nada!

El compadre aguijó al borriquillo, y viéndole correr delantero, emparejó con el mohíno criollo:

—¡Esa familia es de lo peor que se ha visto!

Vallín se detuvo con aire bravucón:

—¡A mí no me va nada!

El de los calderos se puso a cantar, aguijando con la punta del verduguillo, los cuadriles del asno:

—¡Viva Garibaldi
Nostro Capitán!

Se levantaba el sol alargando la línea uniforme de la carretera, entre los campos de mieses, por engañosas lontananzas de marinos horizontes. A la entrada de un lugarón, el pastor comunal sonaba el cuerno, y por todas las callejuelas acudían piños virriatos de ovejas y cabras. Madrugaba el lugarón envuelto en olores de establo y jarilla quemada. Caserío corcovado y tapiales con chumbos, se apretaban a la sombra de un tejadillo campanero, bajo el gallo de la veleta, que recortaba con tinta china su vuelo, inmovilizado en la rosa del alba. Sobre el arco de un puente, desfila en un caballejo, el pardillo de manta y catite, la negra rueda del sombrerote sobre la oreja. Yuntas de ganado muleño labraban una heredad partida por el camino carretero:

—¡Buen día de calores se presenta!

Trotaba el asno con su música de peroles y calderetes, aguijado por el verduguillo del compadre. El encubierto criollo se desazonaba viéndole a su lado. El de los cobres le brindó con la petaca:

—No lo gasto.

—Nuevo eres en andar caminos. Para disimular las cuestas se ha inventado el tabaco. Pregunta a una tropa en marcha si prefiere pan o tabaco. Hubieras tú militado como este ciudadano. ¿Sabes tú quién es Garibaldi?

Murmuró Vallín divertido a su pesar:

—¿Garibaldi has dicho?

—¡Garibaldi! El moderno Napoleón. Yo he servido en sus filas. Sépase que este ciudadano es un revolucionario enemigo personal del Papa. Con este ciudadano puede usted franquearse. Usted no es lo que aparenta, usted se ha disfrazado para escapar de alguna gorda. Las manos de usted no son las del hombre trabajador. Y si no lo son, enseñe usted los callos.

Amontonó el ceño el criollo:

—He sido escribiente.

—¿Y cómo tanto ha bajado?

—¡Las enfermedades!

Le miró el tuno de los calderos:

—No valen disimulos con esta calandria. Usted escapa del Gobierno. Y como es usted el niño de la bola, se ha encontrado con el ciudadano Martínez, de Casariche. En Casariche pregunta usted, y allí le informan hasta los perros de quién es Martínez el Garibaldino. Me conocen con ese nombre por haber servido en las filas del Gran Patriota. El Prim de la Italia, que le pone las peras a cuarto al Padre Santo. ¡Caballero, puede usted confiarse!

—A ti te ha contado un cuento la tuerta del rancho.

Vallín, si con las palabras aún persistía en disimularse, en lo recóndito del ánimo ya se inclinaba sobre el propósito de confiarse y tratar con el tunante. Por los remotos confines de un altillo, asomaban dos siluetas con luces de charoles:

—¡La Pareja! Apartémonos del camino, que no es conveniente el encuentro.

Fernández Vallín permaneció irresoluto sobre la carretera, sorprendido de la prisa con que el tuno metía el asnete por una senda traviesa. Comprendía que seguirle era confesarse, y aseguró jactancioso:

—¡Se me da un pitoche a mí de los tricornios!

Le encaró de lejos el compadre:

—¡Ojo! ¡Esa gente no se apea de pedir los papeles!

Fernández Vallín, desabrido, se salió de la carretera y murmuró el tunante:

—¡Se guipa alguna cosa!

XXII

POR sendas de jaras y retamares entraron a Monte Lebrija. El calderero, vaqueano de aquellos parajes, guiaba hacia Torre Lucera. Vallín, rendido de hambre y de sed, quemados los ojos del polvo, del sol, del sueño, sentía mayor desmayo al ver el mocho almenaje, siempre en lejanía, destacado sobre el horizonte, en una nava de tierras paniegas: Caminaba irritado, pisando la sombra del asnete, que tanto se detenía oliendo las jaras, como arrancaba trotero, con música de peroles y calderas. Un enjambre de moscas volaba sobre los ensangrentados cuadriles del bertoldo. El Garibaldino no dejaba la sonsaca:

—Aparentando carecer de posibles, saca usted un chulí en el ventorrillo del Maluenda. ¡Para que afile la pestaña el más primavera! Caballero, no lo tome usía a molestia, pero usía es un personaje de muchas campanillas. Sujeto que para escapar de la justicia se viste de paria, o es un personaje, o un desgraciado

de muy poca pupila para guipar lo que sucede en la feria del mundo.

Por las jaras, en aquel pronto, salieron voces, perros y escopetas:

—¡Alto y pecho en tierra!

Vallín, con arrebatada lucidez, reconoció en los asaltantes al mozo y al viejo del ventorrillo: Hizo un disparo y vio volar el sombrero del mozalbete. El padre y el hijo se aplastaron en las jaras. Espantose el asnete, arrastrando en soga peroles y calderos. Vallín entre el desgarre de ladridos, esperó el estruendo de las ocultas escopetas. El Garibaldino levantaba los brazos y se ponía por delante:

—¡Amigos, no son maneras! Me interpongo para bien de todos. Vosotros bajáis las carabinas. ¿Es que vamos, por menos de nada, a tener aquí un zafarrancho? ¡Que se os quite de la cabeza! ¡La muerte de un hombre no se esconde así como quiera! Eso se queda para casos más extremos, y no está medio bien buscarse ahora un finibusterre.

El viejo saliose al camino, con el cañón de la escopeta vuelto a tierra:

—¡No me asusta el presidio!

Le siguió el mozalbete, que se había distanciado a la busca del sombrero:

—¡Si a rozarme llega, me le como las entrañas!

El tuno de los calderos fue por el borriquillo, y teniéndole del ronzal inició el parlamento:

—¡Adónde vais vosotros con tantos humazos! El que más y el que menos tiene su contrabando y no está sin la ojeriza de la Pareja. Hay mucha vigilancia estos tiempos.

—¡Repito que no me asusta el grillete, y este muchacho es mi sangre!

El tuno de los calderos se puso a picar un cigarro:

—¡Sois unos ángeles!

Comenzaron los parlamentos y socaliñas. Fernández Vallín, receloso, con el revólver montado, atendía a la conchaba para aliviarle de dineros. Al cabo de cuentas, los tres tunos convenían en ayudarle:

—¡Entendidos!… ¡Y el sonacai por delante!

XXIII

FERNÁNDEZ Vallín, que atendía con un fulgor de cólera, repentinamente se desató en verboso torbellino de temerarias jactancias: Empuñaba el revólver: Tenía el arrebato lúcido, la fría y apasionada tensión de los jugadores

en el tapete verde, y a sabiendas arriesgaba la vida en aquel albur de bravatas:

—¡Esto se resuelve a tiros! ¡La vida para mí no es nada! ¡Al primero que haga un gesto, le dejo frío! ¡Canallas! ¡Ladrones! ¡Miserables!

Como el viejo y el mozo levantaban las escopetas, tornó a mediar el otro tunante:

—Ahora le ha llegado a este caballero la vez de cantar su valentía. ¡Calma y buen tiempo! Este caballero tiene la mosca en la oreja, porque de antes le habéis escamoteado un chulí, con muy mala gracia: Caballero, usted no se acalore. El paso en que usted se ve no es nuevo. Usted, como cualquier nacido, tiene sus cuentas con la justicia, y excusa verle la cara. Pues vamos con estos pollos a estudiar cómo usía sale adelante. ¿Es otra cosa lo que tenemos hablado? Apéese usía de la sulfurosa, que de este mal paso le saca a usía el ciudadano Martínez de Casariche. ¿Tiene usía cincuenta onzas?

—¿Es la tarifa?

Fernández Vallín sostenía la mirada de reto: Metíanse por la jara el padre y el hijo, apartándose cada cual a tomar posición en opuesto flanco, con tácita conchaba. El tuno de los calderos rasgaba, con una risa de soflama, su boca negra:

—¡Quietos vosotros! ¡Y usía, no se vaya del seguro, que aquí está para servirle el ciudadano Martínez de Casariche! Afloje usía la mosca, que conviene tener seguros a estos ángeles: Sepa usía que esa gente puede darle muy buena ayuda.

Repuso el criollo, despectivo:

—¡Cincuenta onzas! ¿A cambio de qué?

—¡A cambio de poner a usía en Gibraltar! ¿Hace?

—¿Y quién me asegura de que no voy a ser traicionado por esos bergantes?

—¡La mosca!

—¡No la tengo!

El compadre se recostó sobre el asnete:

—¡Pues usted verá lo que hace!

Fernández Vallín sentía el aplacamiento de su cólera, con un frío desdén por las dos escopetas que distanciadas y encañonándole salían por la jara. Se resolvió a parlamentar:

—Ese dinero puedo entregarlo en Gibraltar.

—Vea usía de contentar ahora a esos gachos.

Volvió a sulfurarse la sangre criolla:

—¡Con una bala!

—¡Ya estamos en ello, pero por mi mediación se priva usía de ese gusto! ¡Tíreles usía cincuenta durandartes y no se hable más!

—¡No los tengo!

—¡Pues usía verá lo que hace!

Fernández Vallín, con dual inquietud, consideraba el peligro de soliviantar la codicia de aquellos tunos con la dádiva y las consecuencias de la negativa, frente a las dos escopetas que le encañonaban. Simuló transigir:

—Tengo fondos en un Banco de Gibraltar. No cincuenta onzas, cien entregaría yo al que me pusiese libre en aquella plaza.

—Conviene antes algún resplandor.

—Pues vais a seguir ciegos. Si uno de vosotros quiere exponerse llevando una carta a Córdoba…

—¿En Córdoba tiene usted fondos?

—Indudablemente.

—Pues escribirá usted esa carta, y menda la llevará a su destino. Guárdese usía el revólver, que el trato es trato, y no tenga usía recelo de ninguna cosa.

—¡Ya lo sé! No está vuestro negocio en quitarme ahora la vida, sino en robarme.

—¿Escribirá usted esa carta?

—¡No te repuches tú de ir con ella!

El compadre llamó a los ocultos en la jara:

—¡Allegaros acá vosotros y no hagáis más papeles!

Abobados, y por distintos lugares, volvieron al camino los ternes del ventorro: Bramó el mocete:

—¡Ya aburre tanto hablar!

Vallín le despreció con una mirada, y acudió el viejo, cambiando su guiño con el ciudadano Martínez:

—¡A ti te toca callar en donde esté tu padre!

Luego, el ciudadano propuso los términos de la componenda y para discutirla se salieron fuera del camino, a un raso quemado en la jara. El viejo ventorrillero solapaba su dura expresión en un gesto malvado:

—¡Caballero, verá usted cómo se le sirve honradamente!

Brutalizó la voz del mocete:

—¡Que haya luz!

Y entonó con fervor demagógico el ciudadano de Casariche:

—¡En el mundo todos estamos para ayudarnos!

A lo primero se inclinaban por ocultar al fugitivo en el ventorro, hasta tener resolución de la carta: Luego apuntó el vejete sus dudas, recapacitando el compromiso que aquello le suponía si llegaba a olérselo la Pareja. Vallín, entonces, insinuó que le llevasen a Córdoba: Asegurose el viejo:

—¿Podrá usted recoger fondos?

—Indudablemente.

—Pues esta noche a Córdoba. ¡Y ojo!

Fernández Vallín, mirándose en manos de aquellos tunantes, comenzaba a discernir, como lo más seguro, volverse a la bufarda de las Madres Trinitarias. En Córdoba, sería lo más cuerdo aflojarles la mosca y cada uno por su lado.

XXIV

ESCONDIÉNDOSE, salieron al camino de ruedas que va por Cabrillas y Villar Grande a Nuño Domingo. Transitaba, entre nubes de polvo, el rezago de una feria.—Piños de ovejas y cabras, tropas de mulos y caballos, yeguas de vientre, recuas arrieras, carricoches de lisiados, galerones de titirimundis.—Quedándose a la sombra de unas encinas, volvieron a disputar sobre lo más conveniente. Revolviose Vallín contra el acuerdo de los tunantes:

—¡El hijo de mi madre no se agazapa aquí sin comer!

El ciudadano de Casariche se golpeó el pecho:

—¡Cada cosa con su compás, caballero! Las ferias de primavera llevan mucha concurrencia por los caminos, y todo hay que mirarlo.

—Yo necesito un pedazo de pan que me sostenga. No faltará cerca algún ventorro.

—No faltan… Pero usted tiene el genio muy súbito, y donde que se vea entre concurrencia, nos mueve usted el gran escalzaperros.

—Y me denuncio.

—O le hacen a usted la capa. Esta gente se precia mucho de dar amparo a los delincuentes, y para darle a usted amparo ya estamos nosotros.

Murmuró el viejo:

—Para darle amparo, para cubrirlo con nuestro cuerpo y para servirlo en cuanto se ofrezca.

—Está bien. Pero yo he resuelto hacer mi voluntad.

Terció el ciudadano de Casariche:

—No se quedará usted sin acallar la gazuza. ¡Esto hay!

De un zurrón sacó recado de aceite, sal y vinagre: Santiguose el viejo:

—¡Alabada sea la gracia de Dios!

Vallín dudaba si tomarlo a broma:

—No es un banquete.

—Haremos gazpacho. El chaval, que no es manco, garbeará algunos frutos por esas huertas.

Fernández Vallín, sin atender aquellas discretas razones, se dirigió al camino, y los ventorrilleros le apuntaron los retacos con alteradas voces:

—¡Que te pongo una bala!

—¡Quieto!

—¡Tente!

—¡Falsario!

—¡Te juegas la vida!

—¡Alto!

—¡Quieto!

—¡Traidor sin palabra!

El ciudadano de Casariche, en el entanto, corría a tenerle: Fernández Vallín le dobló de una bofetada, y sin volver la cabeza siguió adelante. Los otros dos seguían encañonándole, poseídos de colérico asombro, ante aquel desprecio de no volver la cara, un nunca visto rentoy, al rentoy de sus retacos: Bramó el chaval:

—¿Me lo tumbo, padre?

—Está el camino muy transitado.

—¡Que se nos vuela!

—¡Déjalo que se vaya de naja!

—¡Lástima no meterle una onza de plomo!

—¡Y no sacar cosa, si no es el compromiso de la trena!

—¡Nos la ha diñado!

Fernández Vallín, apresurando el paso, se juntaba a una cuerda de trajinantes. Las ferias de Sevilla —no es cosa nueva—, con tanta gente forastera como allí acude, agonizan en luminosas boqueadas por las villas y caminos del Betis. Toda aquella tierra de moros romanizados, celebra con festejos de pólvora y campanas los verdes de abril y mayo.

XXV

FERNÁNDEZ Vallín, metido en la cuerda de trajinantes, aun cuando asegurado de momento, se sobresaltaba, presintiendo la delación de los tunos a quienes dejaba burlados: Fortaleciéndose de fe religiosa, besó el rosario que llevaba al cuello, y en aquel amparo descansó la zozobra de sus pensamientos, pero a lampadas fulminábale el recuerdo de los pícaros con sus acechos y malas artes. Andando camino, le distrajo la plática de un mozo que cargaba en espuerta, pintada imaginería de barros:—Toros, piqueros, santos de cerquillo, serafines en punto de baile, parejas de vito y fandango.— El mozo, con verba flamenca, ponderaba el rejo de una hembra de entraña, que se había fugado de la trena enfriando al carcelero, después de haberle encendido las pájaras. Pidió esclarecimientos la picada de viruelas, que acompañaba a un tío vendemantas:

—¿Dónde ha sido ese caso?

—En Solana ha sido.

Desdeñó el de las mantas azotando al mulo con la vara:

—¡Gachó con tus novedades! Eso, todo, anda puesto en coplas. La Tuerta del Molino se llama esa mujer, y es una criminal de las más notables, en vía de hacerse notoria por medio mundo.

Fernández Vallín, obscuramente, recordó a la faraona del gitano aduar, las soflamas que había tenido para su disfraz de tizne y guiñapo.—Aquella tunanta era también velida de un ojo.— Pasaban por la Venta de Calamucos, y arriscado, metiose adentro para reponer fuerzas. Sonaban ante el portón las amurriadas campanillas de un coche, de diligencias, con el tiro mirando hacia Córdoba: Refrescaban el mayoral y los pasajeros. Fernández Vallín comió, bebió, pagó el gasto y se proveyó de tabaco: Salió a la puerta. El mayoral requería la tralla, subido al pescante, montaban los viajeros, sacudía el tiro las colleras con aprontado son de campanillas. Fernández Vallín observaba a los viajeros:—Una vieja enferma de los ojos con una joven. Dos señorones de pueblo. Un asistente de infantería con maletines y sombrereras.— Decidiose y pordioseando, preguntó al mayoral, el cuánto de llevarlo hasta Córdoba:

—¡Cinco patacones!

—¿Nada menos?

—Te pongo mitad de pasaje.

Se dolió Vallín:

—¡Mucho para un pobre!

—¡Dobla la costilla a trabajar!

—Estoy enfermo.

Intervino con ceceo campechano uno de los señorones:

—¡Chacota, dale billete a ese barbián!

—Ya lo oyes. Agradéceselo a Don Pedro Antonio.

—¡Gracias, caballero!

El Teniente veterano, con el recorte de un callo en la bota, gorro de cuartel, tapabocas y ronquera, montó el último. Encendieron cigarros los viajeros. Rodó la diligencia. La vieja de los ojos vendados solicitó de la joven que abriese la ventanilla, y sacó la cabeza.

XXVI

DON Pedro Antonio y el otro señorón anudaron la hebra:

—¡No pasamos el verano sin jarana!

Don Pedro Antonio miró de reojo al veterano de la ronquera y el ojo de gallo:

—¿Qué opina usted, mi Teniente?

—Un militar no debe tener opinión política.

—Será usted el primero.

Intervino el otro señorón:

—¿Qué vientos corren por los cuarteles?

—Lo que ustedes digan.

Le ofreció lumbre Don Pedro Antonio:

—No se reserve usted de opinar, mi Teniente. ¡Está usted entre caballeros! La revolución ninguno de nosotros la desea. Es la demagogia, y a ninguno que tenga cuatro terrones le conviene… Todo hay que mirarlo. ¿Pero deja usted suelto al pueblo soberano, para que haga mangas y capirotes, si rueda lo existente? ¿Adónde iríamos entonces? Hay que mirarlo todo. La revolución, si llega, deben hacerla los elementos de orden. En las manos del pueblo soberano, iríamos al caos.

Sacó la voz el clerigote que bostezaba sobre *La Esperanza*:

—Cerradas las Cortes, algunos espadones van a viajar por cuenta del

Gobierno.

—¿Cuándo es la clausura?

—El diario es del martes… Pues esta misma tarde. La cuenta es clara.

LIBRO CUARTO
LAS REALES ANTECÁMARAS

I

PLAZUELA del Congreso. Jardinillo municipal. El Manco Divino que cobra perenne alcabala del ruedo manchego, hace un punto de baile en calzas prietas, ante el Templo de las Leyes. Rinconete y Cortadillo, al pie del pedestal, juegan a la uña alfileres y formillas:

—Te pago cinco.

—Me pagas siete.

—Esa no te la paso.

—¡Por la leche que me han dado!

—Vamos a ventilarlo.

—¡Me caso en Cristina!

—¡No vale rachar la ropa ni mentar la madre!…

II

ONDEA el Pabellón Nacional. Clausura de Cortes. Simones y carruajes oficiales:—Galones, escarapelas, aguardentosas bufandas, viseras aburridas.— Esbirros de capa y garrote toman el sol por las esquinas, sostienen los faroles:

—¡Claveles! ¡Claveles!

La florista engatusa con labia pindonga, y decora la solapa de los diputados que acuden al Oficio de Difuntos:

—¡Claveles! ¡Claveles!

Corre la salerosa a la portezuela de un charolado landó: Tronco de yeguas inglesas, cochero y lacayo británicos:

—¡Claveles! ¡Claveles!

III

EL Embajador de Su Graciosa Majestad, seguido de dos Secretarios, cruza la acera: Flemático, hace la jarra, y en la palma de la morena deja una blanca, con tan puritano escrúpulo, que los dedos del guante no afrontan el roce más leve. Luciendo los bajos, la florista se apaña la faltriquera, y al requiebro de un chusco, responde rasgada:

—¡Si se ve algo, llévalo a los Mostenses!

—¡Está penado expender carne sin patente!

—¡Ya quisieras regalarte con una de mis tajadas!

La voz de un auriga ministerial se mete por medio:

—¡A la Vicenta, si gusta de tomar algo!…

Con inocentona malicia, ríen, sin entender palabra, los dos Secretarios de la Embajada Inglesa:

—Tengan ustedes, místeres, un ramo. Se lo regala la Vicenta. ¿No chamullan ninguna cosa? Tenga cada uno su ramo. No es nada, gusto en regalárselos de la Vicenta.

El chusco del tapabocas, que abre las portezuelas, guiña el ojo:

—¡Ya te sacaste la lotería!

La Vicenta jalea el talle, y recorre la acera, con la banasta en alto:

—¡Claveles! ¡Claveles!… ¡Son roñas estos místeres! El Duque de Fernán Núñez, por un clavel, le ha dado veinte durandartes a la Trini…

Un simón filosófico:

—No sería por el clavel.

—¡Por el clavel! Luego si ella ha querido corresponder de alguna manera… También pudo guardarse el parné, y me alegro verte güeno.

En la escalinata, un ciego romancista recuenta los pliegos del Horroroso Crimen de Solana. Los leones, duales y contrarios, esperezan un regaño simétrico:

—¡La más culpada de todos,
Una mujer ha salido!
Oprobio del bello sexo,
Por sus perversos instintos,
A las inocentes víctimas
Sacaba los higadillos…

IV

LOS ujieres saludaban. El Embajador de Su Graciosa Majestad, en medio de los dos acólitos, ocupa la tribuna diplomática. Diputados en los rojos escaños: En el banco azul, el retablo ministerial. Uniformes y cruces, levitas y calvas. El Conde de San Luis dormita en la Presidencia: Velan a los costados, anacrónicos bigardones con porras de plata y dalmáticas de teatro. Está en el uso de la palabra el Jefe del Gobierno: Muy entonado, sacándose los puños, anuncia la concesión de honores y haberes de Infante, a Su Alteza Real el Serenísimo Señor Conde de Girgenti. Una voz en la tribuna de la Prensa:

—¡Indigenti!

Risas. Protestas. El banco azul se conmueve con gestos y ademanes de reto. El Presidente de la Cámara, rompe una campanilla, y aquietado el jollín, vuelve a dormitar solemnemente. Un Secretario lee, y nadie se entera. Los señores diputados desvalijan sus pupitres de plumas, de papel y de obleas. En el aburrimiento de la tribuna pública, el ujier conversa con el cesante que pretende ser repuesto:

—¿Ha visto usted, Señor Cárdenas? Ya tenemos aquí a los loros ingleses.

—Son así. La Diplomacia Británica, adonde va, se entera de los problemas.

—Pues no crea usted que saquen mucha sustancia. Chanelan poca cosa de cristiano. Pero ahí están. No vendrá nadie del Cuerpo Diplomático… ¡Ellos perennes!

—¡Un gran pueblo!

—No soy quién para discutírselo a usted, Señor Cárdenas. Pero un servidor no los traga. Gente que no va a misa ni confiesa, para el gato.

—¡Hombre, así en absoluto!

—Usted los defiende, y luego de sustentar esas ideas, se extraña usted, todavía, de que lo haya dimitido el Gobierno.

—El partido moderado, al que pertenezco desde hace muchos años, no es un

partido obscurantista, y el favorable concepto que me merece el pueblo inglés, no lo creo, en modo alguno, relacionado con mi cesantía. ¡Otro gallo nos cantara, con estadistas a la inglesa! ¿Le parece a usted de buen gobierno, que por cochinos seis meses no me jubile yo con los cuatro quintos?

Se distrajo el ujier:

—¡Aplauden!

—¡Insensatos!

—Ya podían haber dado el cerrojazo un mes antes. El Sábado de Gloria que hubiera sido, y me habría colocado de acomodador en el Circo del Príncipe.

—¡No se gobierna el mundo a nuestro deseo!

—¡Ya lo estamos tocando!

—¡Insensatos, aplauden sus exequias!

Terminaba la sesión: Parabienes en el redondel y siseos en la tribuna de la Prensa. El Conde de San Luis se ha puesto el sombrero ante el pomposo retrato de Nuestra Católica Majestad. La Soberana de Dos Mundos, corona y cetro, manto de armiño, vuelos de meriñaque, guipures y céfiros, luce sus opulentas mantecas, en una roja sinfonía de sombras, bajo el doselete de la Presidencia: Empopada de joyas y bandas, asoma el pulido chapín por la rueda del meriñaque, entre los cabezudos leones del Trono.

V

EL Pasillo Circular. Corros vaticinantes. Sesudas calvas, panzas doctrinales, sabihondas levitas, brillos de espadines y bordados.—Diserta el Señor Presidente del Consejo, en la rueda de ilustres compadres:

—¡Ya lo sé, caballeros! Bravo Murillo y San Luis intentaron, sin conseguirlo, sobreponerse al elemento militar. ¡Caballeros, a la tercera va la vencida, y espero demostrar que puede un hombre civil ejercer la dictadura en España!

El Señor Coronado salvó su opinión con pedagógico susurro:

—El mílite glorioso tiene siempre más propicia el aura popular.

Confirmó epigramático el Señor Catalina:

—¡Hable el ramo doméstico de niñeras y amas de leche!

Don Severo Catalina, Ministro de Fomento, nunca dejaba de lucir las sales de su ingenio: Feo y cascarrabias, era berrendo en colorado, como pintan a

Judas: Tomaba muy a pecho que sus conmilitones no le celebrasen las jocosidades, y ellos, corazones blandos, le colmaban el gusto, salvo Don Carlos Marfori: El Pollo de Loja, con los pulgares en las sisas del chaleco, abravucaba la fachenda:

—¡Mano dura! No es otro el secreto.

Aprobó con unánime arrullo el coro ministerial. El Señor Coronado exhaló su soplo pedagógico:

—*¡Dura lex! ¡Dura lex!*

—¡Y navajeo! ¡Y navajeo!

El Presidente del Consejo, formulada la honda sentencia, se destacó, requerido por el saludo de un engallado vejete:

—¡Señor Presidente!

—¡Ilustre amigo!

Don Manuel de la Concha, Marqués del Duero y Teniente General de los Ejércitos, vestido de paisano —levita ajustada, chistera, botines blancos—, acogió con brusca intimación al Presidente del Consejo:

—Vengo de casa de Pepe. Esos nombramientos, no discuto méritos, son altamente inoportunos. Como se lo digo a usted, se lo he dicho a Pepe. En las circunstancias actuales crear descontentos en el generalato, es tanto como no amar a la Reina. Mi hermano está en el deber de no admitir el tercer entorchado, y dar con ello una prueba de deferencia a los ilustres compañeros, que, con razón o sin ella, alegan mayores servicios.

Gitaneó el Presidente del Consejo:

—¿Estima usted que reúne alguien mayores méritos que su ilustre hermano, el Marqués de La Habana?

El General se atufó:

—Sé lo mucho que vale mi hermano, pero ello no excluye mi censura respecto a la oportunidad de agraciarle con el tercer entorchado. En el escalafón ocupan lugar preferente los que han mandado Cuerpo de Ejército en África. Sobre los vínculos de la sangre, coloco los dictados de mi conciencia, y abogo por el más alto interés de la Reina. Esas mercedes solo servirán para agriar el resentimiento de muchos leales servidores del Trono.

Acogiose a una terne soflama el Señor González Bravo:

—¡Déjelos usted que rabien!

—No estoy de acuerdo. Pepe debe oponerse, y lo mismo el Marqués de Novaliches.

—Verá usted como no lo hacen.

—¡Pepe lo hará!

—El Gobierno mantendrá el nombramiento.

—¡Cosechará usted tempestades!

—Procuraré capearlas.

Bruscos y desabridos, sin darse la mano, se despidieron con las chisteras. El Señor Presidente del Consejo, vuelto a la rueda ministerial, brindó la petaca:

—Este patriota no sufre en paciencia que su hermano se adorne con el tercer entorchado. Ya veremos si un hombre civil puede ponerle el cascabel a los Invictos Generales.

El Señor Ministro de la Guerra, mirándose los galones de la bocamanga, volvió por el fuero de Marte:

—¡El Ejército es la salvaguardia de las Instituciones!

—Justamente, y por eso debiera permanecer apartado de las luchas políticas… No me ha sorprendido la actitud del Marqués del Duero: No me sorprenderá tampoco la de otros espadones, que de antiguo los conozco y todos tienen escrito en sus gloriosos aceros, el viva mi dueño de las cachicuernas. El Gobierno puede dimitir, pero en ningún caso someterse al dictado de una conjura militar. Eso es lo que nunca puede hacer el Gobierno. El Gobierno responderá llevando los decretos a *La Gaceta*. ¡Hasta Palacio han llegado las bravatas de algunos díscolos! ¡Es intolerable! Daremos la batalla a esos gallos, y hasta diré que me alegra tener una ocasión para poder humillarles la cresta. La lucha pequeña y de encrucijada me aburre. Venga algo gordo que haga latir la bilis, con tal que no venga por provocación o negligencia de mi parte. Entonces tiraremos resueltamente de navaja y nos agarraremos de cerca y a muerte. Entonces respiraré ancho, no que ahora todo se vuelven intrigas de comadres.

Tras estas castizas máximas, ejemplario de la política española, tiró el chicote en medio del corro el Presidente del Real Consejo.

VI

LOS Señores Ministros, fieles al protocolo, se trasladaron a la Cámara Regia. Nuestra Augusta Señora, aquella tarde, se cansó de la mano, firmando gracias y mercedes: Mirándose los dedos llenos de tinta, beata y maliciosa, engordaba el labio borbónico:

—¡Me apena saber que habrá algunos despechados! Mi corazón quisiera complacerlos a todos, pero no puede ser… ¡Y esta no me la perdonan los desairados!… Veremos por qué registro salen los espadones cuando vean *La Gaceta*.

La Católica Majestad, siempre magnánima, correspondía al ingrato desamor de su pueblo, aumentándole de real orden el número de los Héroes Nacionales. —¡Y los españoles, sin darse cuenta del ánimo generoso con que los gobernaba su Reina!— Graciosamente, sin recargo en los tributos, les otorgaba dos flamantes Capitanes Generales: Ceñidos de laureles, calvos y asmáticos, se los brindaba sin limitaciones, indistintamente para decorar en las cajas de cerillas y hacer pronunciamientos.—El Señor González Bravo espolvoreaba de arenilla los regios autógrafos:

—Esta noche irán a *La Gaceta*.

Rememoró la Reina Nuestra Señora:

—¡Pepe Concha y Manolo Novaliches son dos servidores leales y del más ortodoxo credo moderado, enemigos de las novedades que la demagogia nos quiere traer de extranjis! ¡Yo creo que al concederles el tercer entorchado he obedecido a una voz de lo Alto!

Había firmado aquellas gracias, con un suspiro de consuelo, feliz de guiarse por las luces de la Seráfica Patrocinio. El Presidente del Consejo, por su parte, había buscado congraciarse el favor de las Camarillas Reales. Las conjuras palaciegas de monjas y frailes, damas cotorronas y apostólicos carcamales, promovían un céfiro santurrón, más traicionero que el aire del Guadarrama. El Presidente del Real Consejo, sabio de ciencia antigua, recordaba que muchas vidas ministeriales, cuando más lozaneaban, habían merado al soplo de los flatos camarilleros. Asistía al Consejo el Rey Don Francisco, y con gesto alambicado se inclinó para deslizar algunas palabras en la oreja de la Reina: La Augusta Señora, volviéndose al coro ministerial, dio a sus mantecas un empaque altanero y una azul frialdad al celaje de los ojos:

—Me olvidaba deciros… La Real Familia ha tomado el acuerdo de reconocer como a uno de sus miembros, al Príncipe Luis María César de Borbón. Al realizarlo, cumplimos deberes de conciencia, porque se trata de un nieto del Rey Fernando VII

Los Señores Ministros se miraban de reojo, y con cautela gitana, esperaban que acudiese al envite el Señor Presidente del Consejo. La Reina Nuestra Señora, enjugábase los dedos manchados de tinta, en una salvilla de plata. Con

resuello apoplético, tomó la palabra Don Luis González Bravo:

—Señora, supongo fruto de maduras reflexiones la decisión que ahora tenéis la bondad de comunicarnos, pero no juzgo ocioso recordaros que a ella era opuesto el Duque de Valencia.

La Católica Majestad tenía una dura resolución en las pupilas de turquesa:

—Es asunto de conciencia, que solo incumbe a la Real Familia. Narváez, autorizado por mí, pudo permitirse un consejo… ¡Más, no!

Chifló el Rey Consorte:

—Su Santidad acaba de agraciar a nuestro sobrino con el título de Príncipe de Borbón. Eso significa el reconocimiento de su jerarquía como vástago del inolvidable Rey Fernando: Desde ese momento es indudable la obligación moral que pesa sobre la rama española. El Gobierno no puede poner en entredicho los actos del Santo Padre. Inflaba la pechuga la Reina Nuestra Señora:

—De eso no se habla más… Es asunto privativo de mi conciencia. Su Santidad, al agraciarle, me ha mostrado el recto sendero. Reanudemos el despacho.

El Señor Presidente puso a discusión el cisma de las Madres Trinitarias de Córdoba.—¡Aquellas pánfilas, que habían quebrantado la clausura, dando escondite al pollo habanero, notorio revolucionario, y como tal incluido en el listín de las deportaciones que tenía a madurar el Gobierno de Su Majestad Católica!—. El Señor Coronado, Ministro de Gracia y Justicia, apostilló el caso con profunda doctrina civil y canónica, manifestándose contrario al registro policíaco de la clausura, como pretendía el obcecado Gobernador de Córdoba.—El Señor Belda, Ministro de Marina, se aprontó a la defensa del Señor Méndez de San Julián:

—¡El Gobernador Civil de Córdoba no ha hecho más que cumplir con su deber! Pero eso a quien cumple decirlo es a nuestro querido Presidente.

Se sacudió el Señor González Bravo:

—¡No me ha dejado usted ni respiro para abrir la boca, compañero!

—Querido Presidente, mis excusas por la viveza con que me he lanzado a intervenir… Francamente, me ha dolido la injusticia de los cargos que se hacen a esa Autoridad… Francamente, se trata de mi cuñado.

El Señor Ministro de Gracia y Justicia entornaba los párpados con escrúpulo timorato:

—Las rondas de polizontes vigilando el convento son escándalo y motivo de murmuraciones que afectan a la conducta de unas Vírgenes del Señor. Yo creo

que todo ese aparato ha debido excusarse… Tal es mi opinión humildísima, y al exponerla, en modo alguno he querido causar molestia a mi compañero Don Martín Belda.

La Católica Majestad, con arrebato de sangre en las mejillas, pomposa y mandona, se quitaba y ponía los anillos reales:

—Estoy perfectamente enterada. Mi deseo es evitar maledicencias, pero en ningún caso encenderlas con golpe de policías. Eso me tiene muy disgustada con el Poncio de Córdoba.

En torno al gran velador del despacho, adormecían la pestaña los siete pardillos del Consejo Real. El Presidente, con sube y baja del entrecejo, elocuente aparato de la frente calva, puso a tono el asma y el ceceo:

—El Gobierno comparte plenamente los laudables sentimientos de Su Majestad.

—Me das una satisfacción muy grande. Esas pobrecitas monjas son víctimas de alguna maquinación tramada en las logias.

—El Gobierno tiene confidencias que le aseguran de lo contrario.

El Presidente del Consejo arrugaba el calvo frontal con arrugas hondas, cargadas de perplejidades. Se picó la Reina:

—¡Me resisto a creerlo! En los conventos hoy se me quiere, y se trata, según me han enterado, de un intrigante enemigo del Trono.

La Católica Majestad no dejaba el mete y saca de los reales anillos, mirándose las manos de herpéticas mantecas, tan bastas y grandotas, que podían manejar como un abanico el pesado cetro de Dos Mundos.

VII

—PEPE Concha y Manolo Novaliches son tan leales y bravos militares, como buenos cristianos.

La Señora, decorando con el tercer entorchado a los piadosos espadones del moderantismo, había satisfecho su real antojo, pero al firmar aquellas mercedes, no era ajena al propósito de aplacar con guiños gatusones el resquemor de los Generales Unionistas. En reserva, con fe borbónica, maduraba cargar la culpa sobre los Consejeros de la Corona. Espadín y calcetas, por entre cortinas, acudió al regio llamado, el Marqués de Torre-Mellada:

—Voy a darte una comisión que exige mucho tacto. Mis queridísimos

hermanos vendrán a la boda, y me ha llegado el toletole de que algunos espadones descontentos proyectan hacerles una manifestación de simpatía. ¿Tú qué has oído?

El Marqués de Torre-Mellada elevó los ojos a las desnudas mitologías del techo: Suspiró santurrón:

—¡No puede creerse!

—¿Pero corren esas voces?

—¡*Flatus vocis*, Señora!… Una pitada a la cual no creo que se arrojen los Generales Unionistas.

—¡Cría cuervos!

—¡Yo me hago cruces!

—Serrano se ha comprometido a no hallarse ese día en Madrid. Por ese lado estoy segura… Con el pretexto de no asistir al ceremonial palatino de la boda, se irá de cacería a sus posesiones. ¡Con esa excusa los deja pintados a la pared, y el que venga atrás, que arree! Yo tengo que agradecérselo. El muy tuno, dice que lo hace por serme grato, que no ha dejado de quererme… ¡A otro perro con ese hueso! Adolfo dice que se ha puesto hasta romántico… ¡Me ha hecho gracia!

—¡El Duque de la Torre, no puede olvidar los favores que ha recibido de Vuestra Majestad!

Se achuscó la Señora:

—¡Y qué favores, Jeromo! ¡La flor y la nata!…

Encendiose el santurrón, con apurado cacareo:

—El Duque de la Torre, ausentándose en estas circunstancias, rinde un verdadero servicio a Su Reina. La conjura queda sin cabeza, y no creo que prospere el acuerdo… ¿Vuestra Majestad, sin duda lo conoce?

—Acudir a la estación con sus ayudantes, de gran uniforme y espetera… ¿No es eso?

—Angelito Sardoal lo ha vociferado por todas partes.

—Y hace pocas noches, ha puesto el paño del púlpito en vuestra casa, tu primo Fernando Córdova.

—¡Y todos se lo hemos vituperado!

—Tu mujer la primera. Estoy enterada, y me ha parecido muy discreta su actitud cortándole los vuelos a Metralla.

Se asombró el palaciego con pueril regocijo:

—¡Vuestra Majestad, se halla perfectamente enterada!

—Pues así, de todo cuanto ocurre por vuestras casas: Baja a contármelo un

pajarito del Cielo.

—¡No lo dudo!

—Vamos a cuentas. ¿Qué pretenden esos Martes? ¿Por dónde respira tu primo Metralla? ¿Pretenden, esos insensatos, poner veto a mis decisiones? ¡Pues se equivocan! Los decretos que tanto les alteran, saldrán mañana en *La Gaceta*. ¡Hasta ahí podían llegar las bromas! ¡Están dementes! Cuanto son, a mí me lo deben. Con todos he sido demasiado generosa. Algunos me han servido lealmente, y su alejamiento, lo creo circunstancial, y si hoy los llamase, no dudo que estarían a mi lado… Por eso estimo que debe ponerse una salivilla de miel en las escoceduras. Me han defendido con sus espadones, y olvidándolo pecaría de ingrata. El Gobierno, puedes asegurarlo donde convenga, está dispuesto a tener mano dura, y no deben echar por la calle del medio. ¿Tú te has penetrado de mis sentimientos? Es conveniente que veas a tu primo Fernando Córdova: Le desarmas con buenas palabras, no te quedes corto, mucha mano izquierda, le dejas entrever el bajalato de algún Archipiélago. Me lo ablandas y procuras traérmelo secretamente, para que conferencie conmigo… Ese trueno anticuado, es el que más ruido mete… Aduce como mejor derecho que tuvo el mando de la Expedición a Italia. ¡Como si aquel simulacro hubiese sido una guerra extranjera! ¡Más razón tienen Ros y Zabala, que mandaron Cuerpo de Ejército en África! Razón no la tiene ninguno, porque todos los nombramientos son de Gracia Real.

La Católica Majestad se abanicó la pechuga, con pava magnificencia. Promovió un susurro beato, el Marqués de Torre-Mellada:

—En la medida de mis cortas luces, procuraré satisfacer los deseos de Vuestra Majestad. El General Córdova espero que no desoirá las obligaciones de su sangre.

—¡No me cuentes quién es Metralla! Tú le buscas.

—Precisamente, ayer hemos convenido salir esta madrugada para Los Carvajales. Es cosa sabida, que no falta ningún año, al Herradero.

—Pues arréglale por allá otra montería, rétenlo una temporada. Y a propósito de Los Carvajales… Quiero que invites a mi sobrino de la mano izquierda…

—Me cabe la satisfacción de haberme adelantado a los deseos de mi Reina. El Conde Blanc ha recibido una invitación particularísima.

—¡Tú siempre adivinándome los pensamientos!

La Reina Nuestra Señora, empechada y matrona, le despidió con un caramelo, y envidiaron el goloso presente Mayordomos de Semana,

Gentileshombres de Casa y Boca Damas de la Banda, y Grandes del Reino, con Ejercicio y Servidumbre en las Reales Antecámaras.

VIII

LAS Augustas Personas, entre golpes de alabarda, con palatina ceremonia, se trasladaron a las habitaciones particulares del Serenísimo Infante Don Sebastián de Braganza: Esta Alteza Serenísima, agasajaba con un concierto sacroprofano, al nuevo Nuncio de Su Santidad.—Doña Cristina y Don Sebastián, en amante pareja adulona, salieron, con el mundillo de sus familiares, al encuentro de la Corte.— Los Reyes, repartiendo sonrisas y obligando genuflexiones, hicieron su entrada en la saleta de damascos lioneses: Mirando a una plataforma con atriles y solfas, ocuparon en el estrado dos sillones parejos. Promovía un casquivano susurro el séquito de plumas y lentejuelas, entorchados y bandas.—Un solista, acompañado de violas y piano, finalizó el primer tiempo, cantando el *Stabat Mater*, de Rossini. Sus Majestades, con bondad de protocolo, a dúo, le celebraron la voz y el buen estilo de capilla: Le despidieron dándole a besar la mano, y con amable indiferencia, siempre duales, fieles al mismo ritual, le olvidaron completamente, dejándole en una orfandad de levitín y rodilleras. Con transición de teatro, emulándose en las mieles, pasaron a conversar con el Enviado del Santo Padre:—Aquel Monseñor Franchi, Arzobispo de Tesalónica, que tanto había mediado en los arreglos matrimoniales del Conde de Girgenti.—Se dobló con aparatosa ceremonia el Legado del Papa. Correspondieron en el mismo aire las Augustas Personas: Gatuseó la Reina:

—¡No ha cantado mal el pobrecito!

—Una voz maravillosa, cuyo descubrimiento se debe, según creo, al Serenísimo Señor Infante.

Chifló el Rey:

—Mi cuñado es el único para descubrir estos genios que se ocultan como modestas violetas.

Se abanicó la Reina:

—Será preciso pensionarle.

El melenudo de levitín y rodilleras pasaba a cosechar los plácemes de la Señora Infanta Doña Isabel Francisca. Su Alteza le dio a besar la mano con brusquedad ramplona, que recordaba el estilo del Padre Claret. La Serenísima

Infanta, contrariamente a su costumbre, mostrábase lacónica y reservada, sin que la buena música la hiciese cabecear un sueño pasajero. La Alta Servidumbre rumoreaba que tales vinagres los promovía el acuerdo de matrimoniarla con el Conde de Girgenti. El Conde Indigenti, de unas aviesas aleluyas que circulaban manuscritas por desvanes y antecámaras de Palacio.

IX

—¡EL prometido no es una ganga!

Unánimes las cornejas palatinas, repicaban con este rezo la castañeta del pico. El Infante Don Sebastián, por sacar de penurias al pariente napolitano, había sido el primer sugeridor de la boda, piadoso metimiento, que le atrajo la repulsa materna. Desde Trieste, con chapurreo portugués, le descomulgaba de hijo la Señora Princesa de Beira: En un pliego, bajo cuatro obleas, por la posta certificada, habíale remitido su maldición con muchos borrones, y el sello de sus armas. Al Serenísimo Infante le lloró todo un día el ojo tuerto. La Corte Carcunda de Trieste, santurrona y cismática, no encubría su desacuerdo con la diplomacia vaticanista, y había llevado una conjura de gran estilo, para estorbar la boda que convertía en posible Rey Consorte, al Conde de Girgenti. La Princesa de Beira acogía con apasionada credulidad todos los rumores referentes a la mala salud del Príncipe de Asturias. Fanática y mandona, recriminaba con atribulado sobresalto la conducta de la Corte Pontificia:

—¡Dios está de nuestra parte! No puede ser de otra manera. Iré a Roma, y veré en audiencia al Santo Padre. Le demostraré cómo se halla obcecado en los asuntos de España. Nuestra Causa es la Causa de Dios.

En el Palacio de Oriente, la Camarilla Apostólica del Rey Don Francisco se arrugaba con el mismo melindre, garabatera de cruces:

—¡Dios ilumine al Santo Padre!

En la Servidumbre de la Reina había dos bandos: El apostólico, de trashumancia carcunda, y el contaminado por las ideas del siglo, que era favorable a la abdicación en el Príncipe. El Príncipe también tenía de su parte al gran tono, los abonados de la ópera italiana, los elegantes que se vestían en Londres.—Asomaba entre cortinas la vieja tramoya con el reconocimiento de los derechos que representaba la rama de Don Carlos María Isidro. Era la Causa de Dios, y no podía faltarle en la tierra el dulce influjo de la Seráfica Madre

Patrocinio:

—¡Amor con amor se paga!

El Padre Claret también acogía con crasas vocales payesas la inteligencia con la rama sálica:

—¡El Vaticano volverá de su acuerdo! ¡Dios es muy grande!

Cautamente, en voz baja, sin salir de la sombra, la diplomacia vaticana acogía la posible regencia mancomunada de los Condes de Girgenti. El rojo solideo se inclinó con aparatosa cortesía:

—Jamás olvidaré tan grata fiesta, que me ofrece el honor de saludar a Sus Majestades.

X

EL Rey Don Francisco volvía con deleite los ojos al sobrino de la mano izquierda, recién aparecido a pretender en la Corte.—El Conde Blanc, famoso en las ruletas internacionales, últimamente enrolado en los zuavos pontificios, como Príncipe Luis María César de Borbón.—Los Duques de Parma, Su Alteza Serenísima la Archiduquesa Beatriz de Este, los Condes de Bari y los de Siracusa, la Gran Duquesa de Toscana, le reconocían como bastardo de la sangre fernandina, brote lozano de Su Majestad Católica. La Familia Real de España, indecisa algún tiempo, le abría amorosa los brazos, en aquel histórico entreacto, aconsejada, según se propaló en hablillas de antecámara, por la Seráfica Madre Patrocinio. El Augusto Monarca le habló con merengue, sacando la cadera:

—Pronto recibirás un testimonio de nuestro aprecio. Isabelita quiere darte la gran cruz de Carlos III.

Se dobló solapado el Príncipe Pontificio:

—Es una distinción muy señalada que estimo profundamente, y sin embargo yo… El Rey Carlos III en algunos sitios despierta un doloroso recuerdo… El Vaticano, en todo evento, dirá la última palabra. Para mí sería altamente honroso, recibir tan señalada gracia.

Extremó los tiples de marioneta el Rey Don Francisco:

—Me agrada mucho descubrir tus dotes diplomáticas. No se me había pasado por el pensamiento el inconveniente que alegas, y mucho menos a Isabelita. Pero no vas descaminado. No será de Carlos III. Será de Isabel la

Católica.

Enterneciose bizarramente el Príncipe Luis María César:

—Gustoso desnudaría mi espada y daría mi sangre por Vuestras Majestades.

El Rey Don Francisco, a su modo, arrogantizó la figura, sacando un cuarto de anqueta:

—¡Qué fuego tienes! ¡En todito descubres la sangre que circula por tus venas! Los Borbones, todos son valientes.

El Conde Blanc, famoso en las ruletas cosmopolitas, se inclinó con pomposa suficiencia:

—No lo desmentimos, Señor.

Su Majestad Don Francisco le susurró en voz baja:

—En la intimidad, puedes llamarme Tío Paco.

La inolvidable fiesta, donde leves instantes habían sido las horas, terminó con un honesto fandango, que bailaron la Primorosa y Malas Cachas —Estrellas del tablado flamenco, que sabían conducirse en los salones, sin alzar un demasiado la pierna.— La Reina Nuestra Señora aplaudió con los ojos húmedos de emocionado rocío:

—¡Mi adorada España!

Después del concierto, el sobrino de la mano izquierda fue invitado al rosario de familia en la Cámara de la Reina.

XI

BALCÓN miradero al Manzanares, azules lontananzas con árboles.—La Señora abre la pompa de su regazo entre un rojo solideo, y los velos de una tapada. La Reina Nuestra Señora, esperando la hora del rosario, celebra secreta merendona de compota y chocolate, con el Padre Confesor y la Madre de las Llagas. El soconusco, en la espiritual compañía de aquellas santificadas personas, era un regalo del Cielo:

—¡Dios sobre todo! Ya están firmados los dichosos nombramientos, y mañana saldrán en *La Gaceta*. Miraflores me ha puesto esta mañana el alma en un puño con la conjura de los Generales Unionistas. Me ha hecho indicaciones muy claras para que les contente con el Poder.

El Confesor sacó la tabaquera:

—Ese cándido no comprende que está siendo instrumento ciego de las logias

carbonarias.

—¡Sabré resistirme! Mi madre tampoco deja de mandarme emisarios, aconsejándome que abdique. Me he contenido para no contestarle que jamás entregaré la tierna flor de un hijo a los cuidados de otro jacobino como Espartero. ¿Y por qué la abdicación? ¿Acaso han triunfado los revolucionarios? ¿Que hay conspiraciones? Las hubo siempre. ¿Que esta vez prometen ir más lejos? Ya se verá. Y en todo caso no ha de faltarme la celestial ayuda y el amor de los españoles.

La monja y el fraile juntaban sus voces, celebrando tan saludables propósitos. Dulzona extasiaba los ojos Sor Patrocinio:

—La Reina de España es un dulce muy regalado para los festines de Lucifer. Las Legiones Infernales no descansan para poder ofrecérselo.

Sorbió un polvo teológico el Confesor de la Reina:

—¡Naturalmente! Patillas apetece siempre el piperete preferido del Rey de Reyes. La Reina de España, ante todo, debe mostrarse madre cristiana y resguardar de la pestilencia la flor tiernísima del Augusto Niño.

La Católica Majestad remansaba el timorato pensamiento en las memorias de su infancia, bajo las censuras de la Santa Sede:

—¡Abdicar, jamás! ¡Mi hijo educado por la demagogia, jamás! ¡Una abdicación impuesta, jamás!

Remachó el Padre Claret:

—¡Una abdicación impuesta por la ola revolucionaria!

Y entonó la monja, con dolorida expresión:

—Dios se vale de tantos temores y sobresaltos para probar la entereza de su amada hija frente a los enemigos de la Iglesia.

La Reina se arrebolaba de fervores:

—¡Salvaré mi alma!

—¡Digna nieta del Tercer Fernando! Si Vuestra Majestad, un día, fatigada del peso de la Corona…—El caso no es probable, y solo en hipótesis coloco la perspectiva de otro Yuste.— Si Yuste abre sus puertas, y saluda con sus órganos a la Reina Católica… Santo y bueno. ¡La abdicación! ¿Pero en qué rama? ¡Y cuántas veces no hemos considerado el caso en el Santo Tribunal! La Reverenda Madre tampoco es ajena a estos propósitos. Y referente al supuesto de que la conjura masónica se desbaratase con la abdicación, tampoco conviene cerrar completamente los ojos. La Italia nos habla con sus ejemplos.

Doña Isabel se abanicaba con reservona suspicacia de alcaldesa:

—¡Me creo completamente segura! ¡Para aguar la fiesta de la revolución me bastaría con llamar a Serrano!

El Reverendo se frotaba las palmas, con soma y rejalgares:

—Tiene muchos bemoles ese liberalismo templado.

Suspiró la Seráfica:

—¡Yo creo muy adicto al Señor González!

Dilataron sus odres las anchas vocales catalanas del Padre Claret:

—¡Muy adicto! ¡En estas alarmas, la mejor garantía del Altar y del Trono! ¡Insustituible, para mis luces!

Suaves pianos de la monja:

—El Señor González, hasta el presente, ha dado muestras de una energía muy saludable.

Se apuró la Reina:

—¡Si no he pensado un momento en retirarle los poderes! Nombré a Serrano para indicar que la tormentosa revolucionaria se disipa con un abanicazo de esta Santa Bárbara.

El Padre Claret glosó, recogiendo el ruedo del manteo:

—El Arcángel San Miguel tiene un espadón de fuego, para defender a la Reina Católica. El Señor Duque de la Torre puede quedarse por allá, muchos años, sacándole filo al suyo.

Sor Patrocinio besaba la cruz de su rosario:

—¡Divino Señor, a todos los momentos abrimos las heridas de tu Santo Costado!

La Reina de España tenía el pañolito sobre los ojos:

—En el Cielo deben estar enojados conmigo, y lo comprendo. ¡Es natural! Los Reyes vivimos en un círculo de tentación. Nuestros alcázares no pueden ser Tebaidas.

Solfeaba el fraile dando lustre a la tabaquera:

—El más arduo problema que se nos ofrece en este valle de lágrimas, es el de nuestra salvación. Vuestra Majestad no puede perder su alma, si se mantiene en la gobernación de su pueblo como firme columna de la Iglesia.

Ilustró la monja con melosa intriga:

—¡La Reina Gobernadora ha cometido el mayor de sus yerros aviniéndose a gobernar con jacobinos! ¡Y se ganó las censuras de la Santa Sede!

El Confesor, recordándose del púlpito, abría los brazos:

—¡Que España no vuelva a caer en los errores del liberalismo, es la

obligación primera de Su Majestad Católica! Dios Nuestro Señor, en sus altos designios, dispuso que en una guerra sangrienta fuese vencida la rama sálica y que las sienes de la augusta huérfana recibieran la corona de San Fernando. ¡Ahí es nada! Dios Nuestro Señor ha coronado vuestras sienes, para su servicio en la tierra, no para el fin execrable de entregar al influjo de las logias el Gobierno de la Católica España.

—¡Naturalmente! Para tomar una resolución he de oír a todos los que me aconsejan y rezan por mí.

Sonaban cornetas crepusculares con el relevo de guardias. Remotas, en la orilla del río —azules y morados de trastarde—, riñen de lengua dos lavanderas, y cada cual se azota la nalga con una mueca para los balcones reales.

XII

FRAY Antonio María Claret, Arzobispo de Trajanópolis y Confesor de Nuestra Augusta Señora, guio el rosario en la penumbra de la Regia Cámara. El Conde Blanc, famoso en las ruletas internacionales, fue motivo de edificación para el concurso, rezando en armonioso latín romano, como era de protocolo en el rosario del Santo Padre.—Asistían con sus ayas y tenientas las Serenísimas Infantas Doña Paz y Doña Eulalia. Con áulicos y mentores, el Príncipe de Asturias. La Serenísima Infanta Isabel Francisca, con una dama de honor. Con el Pollo Meneses, Gentilhombre de su Cámara, la atiplada Majestad del Rey Consorte.— El Conde Blanc, después del rosario, presentó sus homenajes al Príncipe Alfonso. El Augusto Niño le acogió con vivaz simpatía:

—Me alegro que seas zuavo del Santo Padre. La primera obligación de todo caballero cristiano. En España no tenemos ningún cuerpo de zuavos, y es un uniforme muy bonito. El de los mamelucos ya no me gusta tanto. Cuando yo sea rey, de lo primero que firme será la creación de un cuerpo de zuavos. Es un uniforme precioso, y a ti te va muy bien. ¿Mamá, por qué no creas un cuerpo de zuavos?

Sonrió picada la Católica Majestad:

—Te dejo a ti esa gloria, para cuando gobiernes.

El Príncipe se refugió en los brazos de Nuestra Augusta Señora:

—¡No te enfades, mamá!

—¡Pobre tontín, si piensas hacer la felicidad de los españoles con la creación

de un cuerpo de zuavos!

El Príncipe, sorbiendo una lágrima, se llenó de suficiencia:

—Ya sé que eso no sería bastante. Pero siempre era algo, mamá. Ten seguro que todos los niños de mi edad se alegrarían extraordinariamente.

—¡No lo dudo!

—¡Pues ya era algo! ¿O es que los niños no son nadie?

La Señora le miró conmovida, cargados los ojos de dudas y tristezas:

—En estos tiempos los niños son más que los grandes. Despídete, que es hora de que te recojas y duermas, ya te llegará el tiempo de que te quite el sueño el peso de la Corona.

El Príncipe se inclinaba sobre el hombro maternal:

—¿Luis habrá visto muchas veces al Santo Padre?

Bombeó el labio con grata sonrisa la Augusta Señora:

—Puedes preguntárselo.

—Ardo en deseos de que me digas cómo es el Santo Padre. ¿Cojea un poco, verdad? ¿Tú le habrás visto muchas veces? Yo tengo un retrato dedicado… Te lo enseñaré para que me digas si está parecido. ¿Tú le has visto de cerca?

—Muchas veces le he dado escolta, y muchas le he montado la guardia.

—¡Qué suerte!

Se abanicó la Reina:

—Cuéntanos algún particular del Santo Padre. Te oiremos con sumo gusto.

El Conde Blanc era meloso, insinuante, saturado de efluvios eróticos: Estaba muy al tanto de los cotilleos y murmuraciones de las Cortes Extranjeras: Sobre estas gracias mostraba la más acendrada fe religiosa, y era un piadoso regalo espiritual oírle referir la vida penitente del Santo Padre:—Ayunos, cilicios, azotes, dormir sobre una tarima.— Las Católicas Majestades se edificaban, suspensas del relato. La Señora, particularmente conmovida, se despechugó, con uno de sus generosos prontos reales:

—¡Como yo estuviese a su lado, ya te digo que esos disparates no se los consentía! Los Santos son como los niños, y arruinan su salud si se les deja salir con todo adelante.

Chifló el Rey Consorte:

—¡Muy extraño que no sean más conocidos los milagros del Sumo Pontífice! ¡Y con la vida de maceraciones que tú explicas, no está sin el don de milagros!

Decretó categórica la Reina Nuestra Señora:

—¡Apuradamente! ¡Cómo iba a negárselo el Espíritu Santo!

El sobrino de la mano izquierda bajó la voz:

—El Santo Padre no está sin ese don precioso. Pero es tanta la humildad de aquel corazón, que con lágrimas en los ojos ha suplicado el mayor silencio, a cuantos nos hallamos en el secreto.

—¡Qué ejemplo!

El Barón de Bonifaz arrobó los ojos:

—¡La Santidad que le arrastra!

El Príncipe Alfonso, al despedirse, antojó ver desnuda la hoja del sable que lucía el Conde Blanc: Un corvo y dorado sable turco, que había pertenecido al Gran Duque de Berg.

XIII

NUESTRA Augusta Señora se retiró a sus habitaciones privadas, con barruntos de neuralgia. Cerraba un ojo. Olvidados los regios disimulos, llenaba el aire de suspiros y el pañolete de lágrimas. Dócil a las recetas de su camarista, se puso parches de sebo en las sienes, y alternó pajarete con bizcochos, para sobrellevar el peso de la Corona. Impensadamente, le sobrevino un cambio de humor, y desechó la preocupada aflicción, con sandunga populachera:

—¡Fuera penas! Pepita, sírveme otro culito de antiespasmódico.

La quintañona, cumplimentado el servicio, sacó un gesto de rancia pudibunda:

—Si Vuestra Majestad me concediese su real licencia, ya le haría entrega de una esquelita.

—Venga.

La Doña Pepita corrió a ponerla en una bandeja, registrándose la faltriquera: Halduda y pilonga, se confitaba con almíbar beato:

—¡Es muy saladísimo!

Su Majestad rasgó el sobre:

—¡Y un corazón de niño! Con haber sido tan trueno, conserva vivo el tesoro de la Fe.

—Permanecer incorrupto en la relajación, presupone un milagro.

—¿Creerás que en ningún momento olvida santiguarse? ¡Aun al pecar! ¡Si te

digo que me da a mí ejemplo!

—¡Casi no es para creído!

La Católica Majestad, conmovida por aquellos recuerdos empañaba de lágrimas la tinta del billete.

—Pepita, voy a tener que acuñar moneda falsa.

—¡Qué gracia bendita!

—Revisas mi joyero, y eliges un lote, para llevarlo al Monte.

—Tendrá que ser un lote de alhajas discretas, que no vayan contando su procedencia.

—No me aumentes la jaqueca. Tú sabes muy bien cómo eso se hace.

—¡Que se vea en tales apuros la Reina de España!

—Un Rey de España ha empeñado su gabán para cenar, y su nieta aún no ha llegado a tanto.

—¡Jesús mil veces!

—¡Hasta hay una función de teatro con ese argumento!

—Como que es un ejemplo muy para considerado.

Reía la Señora, enjugándose los ojos:

—¡Pepita, no hagas dengues! Es preciso que reúnas un buen puñado de dinero… Me ha referido sus apuros… Es tan caballero que tuve que ponerme seria para hacérselos confesar. ¡Ha sido un mala cabeza, pero qué corazón tan noble! Estoy en la obligación de redimirle… Me parece que es una buena acción: Así mi extravío obtendrá más fácilmente gracia a los ojos del Altísimo.

—Vuestra Majestad no ha de salvarse como mujer, sino como Reina de España.

—¡Eso es verdad! Yo seré juzgada por los méritos que contraiga en el gobierno de la Nación Española. Como Reina Católica, recibiré mi premio o mi castigo, pues no me parece natural que se me juzgue por fragilidades que son propias de la naturaleza humana.

—¡Claramente!

—En ese respecto me hallo perfectamente tranquila. Mis flaquezas de mujer son independientes de mis actos como Reina: Teólogos muy doctos me han dado las mayores seguridades sobre este particular. Como Reina Católica he de ser juzgada, y por eso quiero seguir escrupulosamente los consejos de la Santa Sede. Patillas habrá de chincharse, si tengo por abogado en la Corte Celestial a Su Santidad Pío IX.

La Doña Pepita se arrugaba lagartona:

—¡Vuestra Majestad no iba a repartirse con un pie en los profundos y otro en la Gloria de Dios!

—¡Eres muy talentuda! No podría, por mucho que me abriese de piernas.

La Reina sacaba con sandunga el morrete: Envuelta en un peinador de lazos, con desgonce de caderas y celosos arreboles, pasó a su alcoba. Olvidado y caído sobre la alfombra, quedaba el billete, un pliego con escritura cruzada y cifra heráldica. La Doña Pepita, con pulcro cuidado, se lo puso bajo el corpiño, sujeto por un alfiler.

XIV

EL Barón de Bonifaz pasó entre cortinas, asido al guiño refitolero de la Doña Pepita. Su Majestad le acogió espantadiza, descubriendo las aprensiones de su real ánimo:

—El Presidente del Consejo me ha puesto los nombramientos a la firma, y no juzgué político excusarme… La coacción ejercida por algunos descontentos me obligaba. Ya verán ahora esos intrigantes que soy la Reina de España. ¡Los más obligados a la obediencia se conjuran y pretenden imponer su veto a la Regia Prerrogativa! Que tengan paciencia. Ya les llegará su vez. Pues ahí los tienes, amenazándome como barateros. ¡Aconséjame!

Adolfito Bonifaz extasiaba los ojos, en la manera de Sor Patrocinio:

—La Reina de España ha pecado de complaciente al no diferir la firma. El Gobierno va demasiado lejos, provocando un conflicto que puede costarle la dimisión.

—Eso no es posible.

—¡Tal puede venir la amenaza!

—El Gobierno tiene elementos para resistir.

—¿Y no sería más cuerdo excusar la batalla? Hablo con el pensamiento en la conveniencia de no restar defensores al Trono. La Reina, por esos nombramientos, deja obligados a los espadones del moderantismo, y con una crisis oportuna desagravia al otro cotarro, entregándole el disfrute del Poder al Duque de la Torre.

—Lo había pensado, pero en los actuales momentos no puede hacerse eso… Compromisos de conciencia me impiden realizar un cambio político, que disgustaría a la Santa Sede. Aconséjame otra cosa. Deseo oírte. Tú no me

engañas, y te abro mi corazón. ¡Ay, nene, temo el fregado que pueden mover esos revoltosos! Te diré: Tampoco estoy de acuerdo con liarse la manta, como quiere González Bravo. He pensado dejar en suspenso la publicación de los decretos, y esperar… No me parece mucha exigencia… Esperar a que se les aplaque la sulfurosa a los Martes Unionistas. Te aseguro que sería mi mayor satisfacción poder hacerles una jugarreta. Se lo merecen por intrigantes. Les enviaré con promesas a Pepe Alcañices. Me lo traes. Quiero saber por dónde respira. Es posible que, como tú, salga con el registro de dar el Poder a Serrano.

El Pollo Real, a estilo de tablas, metió una rodilla en tierra, pegándose al regazo de la Reina:

—Mi Graciosa Señora, me ha pedido un consejo y se lo he dado lealmente.

Suspiró la Graciosa Señora, tirándole de las orejas:

—¿Quieres que me atraiga las censuras de Roma? Yo he de salvarme por mis actos como Soberana Católica. Y vamos a cuentas: Un pajarito me trajo el mensaje de que mi niño desea juerguearse en el Herradero de Los Carvajales.

Adolfito besuqueó la augusta mano:

—Yo nunca disfruto de mayor juerga, que cuando me empleo en el servicio de mi Reina.

La Señora amontonaba con sandunga el labio borbónico, recogiendo el venusto sentido de aquella lagotada:

—Una semana vas a dejar de ocuparte en mi real servicio… Ya ves, no quiero quitarte el gusto de que vayas a Los Carvajales. Lo he pensado… Aprovecho la ausencia para hacer limpia de cuerpo y de alma, la Semana de la Purísima.

Adolfito, suspirando entre veras y burlas, requirió las majos de la Señora:

—¿Hoy comienza la privación?

—Sí, porque están sonando las doce… Ya es mañana.

Adolfito apagose con lacerado lamento:

—Esta noche van adelantados todos los relojes de Madrid.

—Camelista. En Los Carvajales tendrás de compañero a mi sobrino de la mano izquierda. Una pregunta. ¿Qué golpe te ha dado?

—¡Le he visto tan poco!

—¡Es muy apuesto!

—Sin duda.

La Católica Majestad apreció en conocedora:

—Quizá demasiadas redondeces… Pues yo me sé, y tú también, dónde ha

dado flechazo… ¡Que existan esos vicios por el mundo! No tengo derecho para ser severa con los pecados del prójimo, sin embargo se hace de mucha necesidad otra lluvia de fuego… Anda, bésame la puntita del dedo meñique. ¡Sin morderlo!

—¿Así?

—Así, hasta que podamos estar como teja con teja.

XV

EN el Casino, jugando al monte, esperaban la hora del tren andaluz, algunos pollos del gran mundo, invitados al Herradero de Los Carvajales. Armando jaleo tiraron los últimos albures, pidieron coches. El Conde Blanc y Adolfito, cambiando cortesías, se metieron en el mismo fiacre, como decía entonces el buen tono:

—¡*Clamor del Pueblo!*

—¡*La Nueva Iberia!*

—¡El de la suerte! ¿A quién se lo doy? ¡Mañana sale! ¡El de la suerte!

El Conde Blanc, en el fondo del coche, murmuró escéptico:

—Me han dicho que es caso muy raro la falsificación de billetes… La emisión fraudulenta de series dobles…

El Barón de Bonifaz sacó un suspiro de chunga:

—¡Somos un pueblo sin imaginación!

Desembocó el coche en las arboledas del Prado. Un sonámbulo de quepis y pincho apagaba los faroles:

—¡*Clamor!*

—¡*Iberia!*

—¡Café caliente!

Sacó la cabeza el Conde Blanc:

—¡Bella arquitectura la del Museo! ¿Tampoco por ahí se ha intentado un golpe?

Adolfito se tiró de los puños con cínica petulancia:

—¡Todos los buenos negocios están inéditos!

El Conde Blanc, famoso en las ruletas cosmopolitas, le miró con suspicaz extrañeza:

—Carísimo, esos milagros los hace la educación religiosa del pueblo. La España es todavía un ejemplo para el mundo.

En la Estación, bajo la marquesina de cristales rotos, agrupábase una hueste de criados con maletines, líos de mantas, perros de caza y escopetas en funda. La locomotora maniobraba en agujas. De pronto un bulto —paleto, bastón, chistera— salta a la vía, y haciendo la rana, se aplasta en los rieles. Grito del andén. La locomotora negra, sudosa, abierta la válvula del vapor, le pasa por encima lanzando silbatadas. Corren los mozos de tren. Se apea el maquinista, agarrándose la cabeza. Saliendo por fuera de la vía, un brazo trunco agarrotaba un papel entre los dedos. Muchas voces reclaman saber lo que escribió el suicida. Se apodera del papel el viajante de géneros catalanes: Un mozo del andén levanta su linterna:

«Soy una víctima del despótico Gobierno de Isabel. Pascual de Cárdenas».

Murmura el Jefe de Estación:

—¡Un loco!

El Cabo de Polizontes se apodera del escrito y ordena al grupo de curiosos que se disuelva: Deja dos números de vigilancia, se asegura el papel en la correa del cinto y aprieta el paso para poner el hecho en el superior conocimiento de sus Jefes.

XVI

RECIBIÓ el parte un chupatintas, y lo pasó a otro tal, que escribía en una mesa cargada de legajos. Este ruin, con el papel del suicida en la mano y la pluma en la oreja, lo elevó a conocimiento del oficial, que dormitaba en una leonera apestosa de tabaco, atufarada del quinqué a media mecha. El papelito del suicida, corriendo rigurosamente todos los grados del escalafón policial, ascendió al Gabinete Negro: Estuvo allí perdido en el acelero de timbres y mamparas, hasta que el secretario lo pasó con la firma al despacho de Su Excelencia. Carlitos Morí se detuvo en la puerta, pidiendo excusas: Pulida petulancia. El Presidente conferenciaba con Don Cándido Nocedal: Eran cuñados: Don Cándido Nocedal, ya por entonces se había puesto boina de carcunda. El secretario hizo ademán de retirarse. Le interrogó el Presidente:

—¿Qué noticias tenemos?

—¡Ya respiramos, Don Luis! El General Córdova ha tomado el tren para Los Carvajales.

—Lo esperaba.

—Por cierto que ha ocurrido un lamentable accidente: Se arrojó a la vía un pobre guillado. ¿Recuerda usted aquel infeliz que redactaba memoriales en verso?…

Le cayó un nublo sobre la cara al Presidente.

—Todavía esta tarde me atracó en el Congreso… Y creo que me ha dado una carta. No la he leído. Aquí la tengo.

Carlitos Morí la tomó arqueando las cejas sobre aquella coincidencia de mal agüero, y poniéndose bajo la gran araña, rasgó el sobre: Buscó la firma:

—Pascual de Cárdenas. El suicida de la Estación.

—¿Qué escribe?

El secretario leyó con desentono:

—«Ingrato amigo de la Joven España: Si esta carta, como tantas otras, quedase sin respuesta, si el recuerdo de una tierna amistad»…

Cortó desabrido el Presidente:

—¡Nada! ¿Que me anuncia su muerte?…

Carlitos Mori adelantaba los ojos por el pliego:

—¡Así es!

Don Cándido Nocedal se petrificaba en una mueca de bilis y lástimas:

—¡Un botarate de palabra!

—¡Qué remordimiento, Cándido!

—¡Manda que le digan misas por el alma!

—¡No haber leído la carta!

—¡Reperoles! No la has leído, y nada le debes.

—El disgusto que tengo… ¡Y había una vacante!

—Que no hubieras cubierto con ese orate.

Don Cándido Nocedal era un feo cuarentón de mucha planta, ojinegro, cetrino, patillas de jaque, carátula de cartón mal humorada.

XVII

EL Señor Presidente comenzó la firma: Quedó con la pluma en el aire:

—Torre-Mellada me ha pedido cuatro tricornios para decoro de una procesión, no sé si de Solana: Se los ha ganado: Le mandaremos seis. Queda a tu cargo que se curse la orden, mañana seguiremos la firma. Te dejaré en tu casa, Cándido. Solo me faltaba, para quitarme el sueño, la fantasma del pobre

Cardenillo. ¡Hasta este momento no había caído en quién era!…

LIBRO QUINTO
CARTEL DE FERIAS

I

¡Solana ya no es Solana,
que es segundo Guasintón!
¡Tié Recreo y toa la hostia
de una culta población!

II

EN la llanura fulgurante, el villaje ancho y decrépito. Fuera de bardas, el gitano aduar. Sobre un cerro de retamares la mina del castillo. Triscan las cabras, y el pastor remontado en la sombra de la ruina, hace calceta.—En Solana del Maestre, como por todo aquel ruedo, las ferias aparejan siempre prematuros calores, y prosperan las alegrías del jarro. Por aquellos días, nunca faltaba el Trueno Madrileño en Los Carvajales. El Marqués de Torre-Mellada —parasol de alpaca, uniforme con espadín, sombrero apuntado—, entre un juez y un alcalde, los murguistas detrás, las vaquillas de la capea por delante, presidía, año tras año, la Ceremonia de los Verdes.

III

CON pólvora y murga, la comitiva penetra en la Iglesia de Santiago. El Marqués de Torre-Mellada ocupa un sillón puesto en el presbiterio, y dormita discretamente durante el oficio con armónium y solfa. En la sacristía,

adonde luego pasó con el clero, los directores de las bandas, y el cabildo de concejales, hubo de pedir que abriesen la puerta para que entrase el aire, y abanicándose con el sombrero apuntado, dejose caer en el asiento de una silla rebajada ruedo de dos gatos que le subieron por el espadín, a olerle la cara:

—¡Qué confianza!

El sacristán los espantó metiéndoles encima el apagadnos. El Vicario de los Verdes, aún revestido con la capa de coro, salió a la calle, deshaciendo a puntapiés el retablo de beatas y zanganillos, venido por ensalmo a curiosear en la puerta. Volvió sofocado, y al del apagacirios le ordenó ponerse de centinela:

—Señor Marqués, nuestro alcalde desea comunicarle la solicitud de indulto que todo este vecindario eleva hasta las gradas del Trono.

Cacareó el palaciego:

—¡Me preocupo! ¡Me preocupo mucho por esos pobretes!

El alcalde se adelantó haciendo una gran genuflexión con el catite en la punta de la vara.

—Señor Marqués, si usía excelentísima no pone expediente, nuestro secretario hará lectura del documento.

El Marqués de Torre-Mellada opuso un apurado cacareo:

—¡Lo conozco! ¡Está muy bien! ¡Muy sentido! ¡Hasta muy literario!

Con una sonrisa declarándose autor, saliose de línea el secretario, un tipo calvo, de chaquet y pantalón de trabillas con las arrugas del arca:

—Está de manifiesto, por todos los antecedentes, de los archivos parroquial, judicial y municipal, la suma honradez y cultura de este municipio.

Barbolló el Vicario:

—Aquí, como en todas partes, pacen la buena y la mala pécora confundidas. Señor Marqués, en su reconocido valimiento pone sus esperanzas, no este núcleo escaso de feligreses, todo el distrito. Señor Marqués, de su favor en las regias antecámaras, no esperamos menos que el indulto de nuestros convecinos. ¡Hay que ganárselos al palo!

—¡Indudablemente! El espectáculo del palo es horrible. La pena de muerte muy necesaria, pero para otros criminales.

—¡Estos infelices son unos hambrientos!

El Marqués de Torre-Mellada era muy fácil para las promesas, y no concedía la menor importancia a sus buenas palabras: Se complacía con aquella propensión zalagotera, considerándola virtud de cortesano:

—Si contra toda razón, no se alcanzara el indulto, se verá cómo sacarlos de

la cárcel de Córdoba. ¡Pero se conseguirá el indulto!… Desde ahora apuesto mis dos orejas: ¿Vamos, señores, creen ustedes posible verme sin orejas en la próxima feria?

Con un solo de gallos celebró la ocurrencia, mientras el concurso, ausente a todo espíritu de chanza, con tijeretas de los ojos, le estudiaba las orejas.

IV

SOLANA del Maestre, famosa por sus mostos y mantenimientos, se halla sobre los confines de La Mancha con Sierra Morena. Antañazo, como rezan allí los viejos, estuvo vinculada en una Encomienda de Alcántara: Hogañazo, las olivas, piaras y rebaños del término se reparten entre dos casas de nobleza antigua, y un beato arrepentido, comprador de bienes eclesiásticos, en los días de Mendizábal. Solana del Maestre, en la llanura fulgurante y reseca, es un ancho villar de moros renegados, y sus fiestas un alarde berebere.—Pólvora y hartazgo, vino y puñaladas.— En aquellas ferias, con los calores, las calles eran bocanas de lumbre, y un agobio el aire con polvo de trillas y moscas tabaneras. Los negros charros, los gitanos escuetos, el haldudo mujerío con vistosos pañuelos portugueses, adquirían en aquel ambiente una luminosidad agresiva. Entre acecinados pastores de zurrón y montera, trotaban piños de cabras, escandiendo el baladro de las esquilas con un hálito agreste: Iban las piaras tardas y gruñidoras en una tolva: Ringlas de mulos movían con desgarbo las cruces anqueras, y no faltaban trifulcas de arrieros al contorno de los dornajos, por las rinconadas de paradores y mesones. Los vastos zaguanes rebosaban de gente aquel año subversivo de 1868. El cartel de ferias, bronco de rojos y gualdas, anunciaba veintitrés vaquillas de capea y cuatro novillos de muerte.

V

EL Niño de Gloria y Curro el Chato, vestidos los ternos de luces —sudados oropeles famélicos—, fumaban recogidos a una alcoba guardillera, en el Parador de Don Lope Calderete: Fumaban en silencio, resignados, con estoica cobardía, al escarnio, al hambre y a la muerte. La alcoba llena de sol y de moscas, tenía una buharda en el tejado. Brillaba el espejillo sobre el aguamanil

de hierro. El Niño de Gloria, erguido y junto de pies, se pintaba coloretes con un naipe: Menudo, descolorido, triste, con la colilla pegada al labio, tenía un gesto vicioso de cinismo precoz. El Curro, entre nieblas de soñarrera y tabaco, bebía café con largos reposos, y alternaba menguados sorbos en la copa de ojén: Era un bigardote tenebrario, cobarde con los toros y bravucón en las tabernas: Lucía un jabeque y la mella de dos dientes: Masculló apicarado:

—Niño, no te comas la azogue, que te vas a ocasionar una fiebre tembladera. ¿Has visto la jeta de los morlacos? Esos guasones saben el calepino para examinarse.

El Niño de Gloria se volvió, bajando un párpado:

—Pues aguantaremos la soflama y los botellazos de la afición. A menda le gritan y le meten en la trena, pero no se deja empitonar por un choto atoreado.

Curro el Chato trasegó el último sorbo de café:

—En el ruedo se pierde la frialdad de razonamiento, se calienta la sangre y es propensa una cegazón.

—Cuando se busca cartel. ¿Y qué cartel vas buscando en este corral de cafres? ¡Ni siquiera han sido para convidarnos las Autoridades!

El Curro escupió la colilla:

—Pagamos el cambiazo de alcaldes.

—Y la poca educación. Nosotros sernos contratados para estoquear cuatro novillos, no para nombrar diputado. ¡Me parece! La opinión política en todas partes es empírica para los toreros. ¡Me parece!

El Niño de Gloria, que hablaba vuelto al espejo, terminó su razonamiento mojando con la lengua el envés del naipe.

VI

YA llevaban ambos chulos un buen espacio en silencio, cuando apareció en la puerta el posadero:—Aquel Don Lope Calderete, sangrador y albéitar —: El viejales, puesto de levitín y chistera, se movía con resortes de fantoche, sacando la tripa, engallando la cabeza:

—¡Chavales, habéis hecho la suerte! El Marquesita, que ahora llegó con su gresca de amigos madrileños, quiere apurar con vosotros una botella.

Ceceó el Curro:

—Maestro, nos hemos retirado de la bebida.

—Morral, ten pestaña. Al Marquesita os conviene camelarlo.

El Niño de Gloria presumió, mirándose el perfil del talle y sacó la petaca:

—Ese ganado madrileño está muy atareado.

—No seáis cepos. Al Marquesita hay que brindarle el primer morlaco.

El Curro tosió, apicarado:

—Le brindaremos la corrida, si es interés de usted, maestro.

Don Lope se apayasó con una mueca:

—¡Ya sería mucha soba!

Curro el Chato, abroncando el ceño, sacó una pregunta, como cabillo de madeja:

—¿Ese Marquesita no estaba convaleciendo en Los Carvajales?

—Justamente.

—Pues entonces viene a ser hijo de un personaje muy repintado.

Atajó Don Lope:

—¡El Marqués de Torre-Mellada, un caballero muy ecuánime!

—No le niego su mérito.

Recalcó el huésped:

—Un gran señor, sin orgullo, cuando le sobran circunstancias para tenerlo.

El Niño de Gloria silbó, aprobando y encomiando:

—A ese personaje le han sacado unas coplas muy chuscas donde le dicen alcahuete cotorrón. ¡Y cuando el río suena!

Se infló Don Lope:

—El Señor Marqués de Torre-Mellada, tengo motivos para saberlo, es el primero en los secretos de Palacio.

Curro el Chato, que retenía una mosca en el puño, la soltó:

—Aun cuando sea el segundo, maestro.

—¡El primero!

—Corriente, el primero.

—En la casa parroquial le tenéis refrescando con unas madamas.

Se agitanó el Curro:

—También le brindaremos un torete al sexo femenino, si es el gusto del patrón.

Retrucó Don Lope:

—El gusto mío y el provecho vuestro.

—Del provecho ya se verá. No nos haga usted mal ojo.

Presumió el Niño de Gloria:

—Y le brindaremos al padre bonete y a la sobrina, que es un botón de rosa.

Se oía la gresca de comilona en el zaguán. La murga cruzaba la calle tocando un pasodoble, y el tiroteo de cohetes arreciaba entre un repique de campanas.

VII

EL Parador tenía una sala baja con cenefas azules y cantarera de barros rojizos, animada por un arlequín de papeles portugueses: A esta sala le decían Sala de los Clérigos. Estaba aparejada con mesas y banquillos que repartían por corros las comilonas de tonsurados y cortijeros, chalanes cosarios, sin que faltase en aquella parroquia la pepona del biribís y el tuerto de la chirlata. A la redonda de una mesa, la cuerda de señoritos madrileños alborotaba con castizo jaleo de guitarra y palmas. El Barón de Bonifaz, vestido a la cortijera, botines andaluces, calañés y alamares, punteaba con muy buen estilo las carceleras que sacó de mozo, huésped de la trena, el Señor Juan Caballero.—Un hombre, con la cabeza gris de plata y el perfil de medalla romana, comentó en la mesa donde comía con otros chalanes:

—¡De chipén, el niño!

Ladeose el calañés aquel mozo aguileño que se sentaba frente por frente al encanecido feriante:

—¡Señor Juan! ¿No se le bailan a usted los dátiles? ¿Quiere usted echarse una canilla al aire, maestro?

—Rosalvino, déjalo para luego.

Insistieron, haciendo coro, los otros compadres, dos chalanes y un labrador con muchas olivas en los términos de Estepa. El Señor Juan batía el yesquero, apuntando una lenta y grave sonrisa de filósofo senequista:

—Caballeros, cada cosa a su tiempo. Ya se han pasado para mí los años del cantar y el majear y el revolucionar por el mundo. No es mi avío quitarle la vez a la gente nueva.

Rosalvino recaló el calañés sobre la oreja, donde lucía un arete:

—Señor Juan, deje usted la jonjana. ¿Quiere verse su merced con cuánta política le solicito la tiorba a ese pollo merengue?

Cobró un empaque de dignidad labradora la figura del viejo:

—Rosalvino, hay que no faltar y tener miramiento. Esos caballeros se divierten sin hacernos ninguna molestia, y nos cumple corresponder. Para andar

por el mundo, la cortesía es la mejor moneda.

Confirmó el ricacho de las olivas, con gesto reposado y sentencioso:

—Así es la verdad. Más puede sombrero que dinero.

Y los chalanes, cabeceando, también estuvieron en ello. El Señor Juan, como hubiera encendido la tagarnina, se puso en pie. Los compadres le imitaron, y en cabildo se salían todos afuera, a tiempo que entraban, con los capotes al brazo y en pareja, los dos novilleros. La cuerda de señoritos chulos empezaba a romper vasos y botellas, castizamente.

VIII

LOS dos chavales toreros alzáronse las monteras, saludando a los feriantes que salían. Entre unos y otros se trenzaron marchosos apretones de manos. El Señor Juan tenía una sonrisa de César:

—¡Tanto güeno!

El Niño de Gloria, con el capote al brazo, hizo un quiebro postinero:

—Lo bueno es la vista de su merced y la compañía.

Zaino y bronco, alardeó de gramático Curro el Chato:

—Lo bueno y lo óptimo.

Don Lope Calderete engalló la cabeza y sacó la panza, en grotesco pugilato:

—Lo bueno, lo óptimo y lo supérfulo.

Rebatió el Curro:

—Cállese usted, Don Calderete. Lo supérfulo ya es adorno, y no necesita adornarse el Señor Juan Caballero. ¿Hablo bien, maestro?

El Señor Juan entristeció los ojos, con la mirada de los viejos, que miran remotas sus glorias y vecina la muerte:

—No sé qué cosa te diga… Pero los buenos caballos se lucen en pelo, y con muchas borlas los borricos amatados. En fin, sea lo que fuere, vosotros, niños, a cumplir en la plaza y a dejar bien puesto el pabellón. Para la mejor faena tengo yo una pelucona.

Curro el Chato, que se había puesto a la vera del marchoso viejo, le tocó respetuoso con la monterilla en el hombro:

—Señor Juan, sernos unos morrales para lo que su merced tiene visto por esas plazas de Dios. Y el ganado no es como para lucimiento.

Presumió, entornando los ojos, el Niño de Gloria:

—¡Se hará lo que se pueda, maestro! Tanta largueza bien vale una cornada.

Rosalvino ceceó con jaque dictamen:

—Al torero lo hace el ganado y el tendido.

El labrador de las olivas le miró con sorna:

—De tu propia opinión era mi compadre el Buñolero. Esa misma sentencia le oí la última vez en Estepa.

De repente, gran estrépito de barros y cristales. Don Lope Calderete rompe y atropella por el corro, aplastándose la chistera. La cuerda de señoritos madrileños había volcado la mesa.

IX

DON Lope, con la chistera hecha un fuelle, abría los brazos ante la cachiza, tan expresivo, que el levitín se le subía al cogote con un aleteo de faldetas: Era la caracterización del fantoche desolado. Un chaval cañí, que venía con la cuerda de señoritos, lloriqueaba, negro y aceitoso, sentado a la punta bailona de un taburete. Se abrazaba con la rota guitarra: En la boca tenía una mueca cobarde, y un resabio traidor en el rodar endrino de los ojos, con azulinos blancos. Cacareó Don Lope sacando el gallo de la voz entre el aspa de los brazos:

—Este desavío supongo que me será abonado. No querrán ustedes, que representan lo mejor de la juventud y de la nobleza, mejor no cabe, arruinar a un pobre industrial, siempre deferente con el público y el progreso. Recomiendo a ustedes que sean benévolos con las faltas. Si tienen alguna queja, les agradeceré que me la manifiesten para ponerle correctivo. Este desavío ya se incluirá en la cuenta. Ustedes, caballeros, no pierdan la formalidad, que están ocupadas todas las camas.

Don Lope Calderete remató la faena del trasteo, saludando a lo payaso con el acordeón de la chistera, entre la algazara y la burla de los perdis madrileños. Gonzalón Torre-Mellada, enternecido y baboso, con rosetas de fiebre, le abrazó y besó la calva:

—¡Calderete, tú eres mi padre!

Y, con filial respeto, le dio en el cráneo una palmada. Creció la gresca. El Barón de Bonifaz cogió al gitano por la oreja y, cautivo, lo arrodilló ante Don Lope.

—Ínclito Señor Calderete, este mal ángel tiene la culpa. Se negó a subir sobre la mesa y bailarse la danza del vientre, como era su obligación.

Sacó las uñas Don Lope:

—¡Charrán, voy a comerte los higadillos! ¿Por qué esa desobediencia, mala sangre?

El gitano, con la greña sobre la frente, metía la cabeza en el pecho:

—¡Ni que me azoten! ¡Pero adonde se halle ese bailón renegado!… ¡Así le vea yo con las tripas arrastrás y picoteándolas todos los grajos de Estepa! ¡Bailar! ¡Cantar! ¡Donde se halle ese bailón renegado, ni siquiera respirar el aire!

El gitano, erguido sobre las dos rodillas, levantaba los brazos retadores, como los fusilados del Dos de Mayo. Don Lope Calderete tuvo intenciones de aplastarle: Se sostenía sobre un pie, con el otro levantado, bélico arcángel de un inverosímil cielo de fantoches:

—¡Los higadillos he de comerte!

Fulminó el gitano:

—Ese bailón renegado mató a mi güelo, mató a mi güela. ¡Así lo pasen con garfios! ¡Mató a los tres hermanos mayores de mi padre! ¡Y a los chavales de mi tío Antonio el Tuerto! ¡Bailón renegado! A todos quemó vivos dentro de una cueva que llenó dejara.

—Y no hizo con todo ello sino una muy buena obra, el Señor Juan Caballero.

El Curro formuló este epitafio con una mano en la cadera y un gran desdén en el labio de púrpura morisca. Se amainó el gitano:

—Señor Curro, cállese usted la sinrazón. Que si mi padre no acabó achicharrado en aquella hora tan negra, lo dimanó la suerte de hallarse en estas ferias de Solana. Hoy se cumplen treinta y dos años. ¡Maldilto el tiempo, que corre como un galgo y se lleva la vida y el coraje, sin dar ocasión para cumplir con los muertos!

El Chirolé saliose a gatas del corro. Negro y arrugado, pegose a un rincón y se limpió los ojos con el puño. Los señoritos y los toreros, pisando en la cachiza, se estrechaban las manos.

X

DONA Quica, la cirujana, una bruja con moño de castañuela, atisbona tras la cruz de su ventano, ceceó a los toreros, cuando salían del parador en el corro de señoritos. Rezongó el Niño de Gloria:

—Ya tenemos aquí a la bruja Marizápalos.

Secreteó Don Lope:

—No hay otras manos para bizmas y emplastos. Y, si se pone, receta en latín. El protomedicato la tiene ojeriza.

Llegaba la bruja lagartijera y corretona, el rebozo de merinillo revolante sobre el moñete: Una castaña pilonga con alas de mosca:

—¡Currillo!… ¡Tú, Gloria Patri!

El Curro hizo los cuernos con la zurda:

—¡Lagarto! ¡Lagarto!

—No me antepongas así, mal cristiano. Ante todo, que no vos ocurra desavío ninguno. ¡Eso por delante! La horilla que os pido para mí la quiero, y por que nada malo vos acontezca tengo puesta una candelilla a Santiago el Verde. Pero cuanti menos se piensa, los santos, santicos de las alturas, no miran abajo, y el diablo sopla en un pestañeo. Primero son los santos, pero cuando entra el cuerno, es muy pertinente una mano experimentada. Ya sabéis vosotros que la melecina no vale para los huesos quebrados, que el saber de los libros no es competente.

El Curro escupió por la mella:

—¡Señá madre! ¿Tiene usted el bálsamo de Fierabrás?

Picardeó la vieja:

—Mejor cosa tengo, y aun cuando el torete se vaya con tu cabeza a los corrales, yo te la encuelo, hijo del alma. Tú, Gloria Patri, si el público te pone en cuartos, no te desconsueles, que yo te restauro.

—Lo que usted restaura, yo me lo sé.

—Calla, desvergonzado. No seáis roñas, rascaros una blanca. Y ustedes, señores condeses y duqueses. Señor Marquesita, ya veo que usted me saca de penas.

Gonzalón le dio un duro. La bruja zalamera, llena de requiebros la boca sin dientes, quiso besarle la mano:

—¡Viva la flor de la nobleza española!

XI

—¡HAGAN sus mercedes el bien de caridad a un pobre sin ventura que no puede ganarlo!

Era la prosa de un tullido que, aculado en una tabla, sesgaba la rinconada entre nubes de polvo. Por el otro cabo venía trotando la pareja de ciego y lazarillo. Salía de los porches, aireando el talle, la verde gitana que ciñe el pandero al zagalejo y alarga pedigüeña la mano. Voceaba de lejos el Manco de los Romances. Al rezago acudían dos viejas haldudas y una moza enseñando el cirro que le come los pechos, y el evangelista que vende rosarios, y el viejo que pide para San Blas. Dejó su siesta en los granciones de una era, aquel soldado inválido que lleva al cuello el canuto de la licencia y teclea el acordeón con una sola mano. El Duque de Támara, que había soñado ser teniente de húsares, interrogó al soldado:

—¿Dónde has perdido el brazo?

—El brazo, propiamente, me lo cortaron en el hospital, pero la bala la recibí en los campos de África.

—¿En qué acción?

—En la Batalla de los Castillejos. ¡Creo que es bien nombrada!

—¿Tú has estado allí?

—Y en otras muchas partes. El General Don Juan Prim, creo que es bien nombrado, cuando visitó el hospital me dio un cigarro puro, me estrechó la mano y me prometió una cruz en nombre de la Reina. Aún estoy esperando.

Musitó el pardo santero:

—¿Quieres más cruz que la que llevas encima? Honores en la miseria para nada valen.

Y apostilló el ciego tunante:

—¿Sabes la historia del amén que dijo una vieja en la misa? Pues al sacristán, que era un gran borracho, le sobrevino un parálisis de la lengua, y tomando su vez, saltó mi vieja con el amén, metiendo el zancajo. Y sobre el punto saltó el padre cura con esta sentencia: Amén de putil y de alcahueta, vale menos que una carajeta. Eso te digo.

Pepe Támara puso una limosna en la mano del soldado, y se la estrechó:

—¿Cómo te llamas?

—Francisco Segoviano.

—¿En qué regimiento servías?

—Segundo batallón de Ciudad Rodrigo.

—¿Recuerdas quién era tu capitán?
—El Señor Conde de Valderas.
—Justamente.
—¿Le conoce usía?
Cortó el aristócrata con un gesto imperioso:
—Preséntate mañana en Los Carvajales. ¿Sabes dónde cae el coto?
—Y tanto que lo sé. El que tiene por su desgracia que andar caminos, sale veredero.
—Hasta mañana.
—¿Y la gracia de usía?
—Pregunta por el criado del Duque de Támara.
—¿Es usía el Señor Duque?
—Acaso. Tú pregunta por el criado.
Pordioseaba en torno la pelambre de pícaros con lacras y velidas. Llegaban rezando sus prosas el accidentado, el que va sobre ruedas en un camastrillo, el que pide para rehacer su casa quemada. Con este coro, entre manos pedigüeñas, señoritos y toreros llegaron al Compás de los Verdes.

XII

EL Zurdo Montoya —Bernal Montoya—, gitano alcalaíno y notorio cuatrero, desde la puerta de unas cuadras, aseñó a la madre curandera que aún venía enlabiando a condeses y duqueses. Llegó la vieja corretona, y a poco, del adentro, un galán cortijero. El Montoya alzó los hombros y escupió, una mano en la puya y otra en la faja:
—Vamos a ver si esta bendita madre nos remedia.
Se avizoró la vieja:
—Entremos, hijos.
—No es secreto, y puede hablarse en la puerta.
—Estoy muy vigilada. Todo el protomedicato revoluciona en contra de mí. Veamos en qué puedo servir a este niño cortijero, que si no me engaño es andaluz de la sierra, y si no será sevillano.
—Sevillano de Estepa.
—¡Olé! La tierra de los buenos mozos. De allí salió Juanillo Caballero. ¡Un momento hace que le vi! ¡Cuerpo de San Blas! ¡El garbo que conserva ese

hombre! Pues cumple mis años. También debe haber reunido buen caudal con el trato de caballerías que ahora trae. ¡Porque es entendido!

El galán cortijero, alto, verdino, silencioso, triste, fumaba reclinado en la puerta. El Zurdo Montoya, al otro canto, estiraba el flamenco compás y metía el ojo sobre el ganado que pasaba. Murmuró el cortijero, con galbana:

—Montoya, tú que eres el doctor, explica el caso.

El cañí, arrimado a la garrocha, se ladeó el catite. La figura de perfil, el brazo y la mano, tenían una reminiscencia de figura faraónica:

—Este amigo, aquí presente, trae a la feria un caballo que ha salido un barrabás. Si se le quiere montar muerde y cocea. No hay modo de poderlo tener sujeto, y un caballo ansí, que no se deja desanimar, no lo puede vender ni el Santo Padre. Yo sé cómo ello se remedia, y hablé del caso con este amigo, y tras eso andamos, porque nos es muy precisa una melecina.

Saltó la vieja:

—Puedo no tenerla. ¿Qué melecina es la que dices?

—Ungüento negro de adormideras. Suministrándole esa melecina en una sopa de vino, el caballo irá a la feria como una oveja.

—El ungüento negro de adormideras es una melecina muy buscada que viene de Oriente.—La tierra de tus antipasados, Benaldillo—. Es melecina muy pagada por las mujeres cuando se interesan por que no se despierten sus maridos. El adarme, no más, vale una onza, y por veces, si hay equinocios y están borrascosos los mares, aún supera, porque entonces los navíos naufragan y otros recelan aventurarse en esas rutas. Pero si el caballo es rebelde, con echarle una copa de aguardiente en la oreja, lo amansas.

—Está la gente caída en esa industria, y el que compra un caballo, si no es un lilailo, lo primero, le huele la oreja. El aguardiente es muy denunciador. Si tienes el ungüento de adormideras, sácalo del escondrijo.

—Vale un doblón.

—Ya te contentarás con una peseta columnaria.

—¡Ay, qué enemigo! Voy a darte una maceración de torvisco que cumple igualmente. La maceración de torvisco tú bien la conoces, Benaldillo.

—Ese caballo está pidiendo el ungüento de adormideras.

—Creo no pase de un dedalillo lo que me resta. Vendrás a mi covacha y lo veremos.

Jonjaneó el cañí:

—Señorito, le veo a usted con el ojo en las entradas del Compás. Usted tiene

priesa por se najar a la capea, váyase, usted, muy conforme, que menda arreglará lo que se pueda con esta comadreja.

El verdino galán aprobó sonriendo, aburrido y nostálgico:

—Arréglalo, y aluego nos veremos.

Con estas palabras se fue, y cambiaron un guiño a su espalda el gitano y la vieja. Zongueó el cañí:

—Bata, ajorremos conversación.

—Tú dirás, hijo.

—No se hable más del ungüento de adormideras. La melecina que a esta horilla preciso se la has procurado en pasadas ferias a mi compadre, Antonio Guzmán.

—¿Antonio Guzmán?

—Justamente.

—Del Antonio Guzmán creo recordar. De la melecina, ni idea. ¿Sabes, negro, si vale mucha guita?

—La melecina poco vale, pero el compromiso, si se acontece, o el reparo, o el secreto, en sini fin, lo que pueda terciarse, se paga. ¡Por lo más, la grasa de lobo y los polvos de guindilla no valen en por sí un jeme!

La bruja cruzó los garfios de las manos sobre el merinillo del manto, espetada y doctora:

—Se edicionan polvos de Picapica. Conozco la receta. Yo nunca la he suministrado. Ese que te lo ha dicho es un ruin levantador de calumnias. Conozco la receta, porque viene en los formularios. ¡Pero tú, escarriadote, considera en qué pasos tan malos andas! ¡Hasta muertes ocasionó un espanto en las ferias de Mérida!

—¿Bata, hacemos o no hacemos changa?

—¿Y si ventean alguna cosa los Civiles? Vosotros prontamente os trasponéis a otra parte, pero yo tengo aquí mi covacha.

—A todos nos conviene cautela.

—¡Eres propio un diablo tentador!

La vieja, azorrándose, entró en la cuadra. Siguiola el gitano: Cuchicheando en un rincón obscuro se convinieron, y la vieja recibió como señal del trato una peseta columnaria.

XIII

AL resguardo del carro toldero sesteaba el rancho de faraones. Hervía el aceite en las negras sartenes. Apestaba el humazo. El cadillo de chavales pelones jugaba en el polvo. Acezaba el can pitañoso, cautivo de una cadena a la galga del carro. En la vera de unas bardas, el caballo y el pollino, sueltos los jaeces sobre los cuadriles, cruzaban las soñolientas cabezas con un vaivén de pesadumbre, al mismo tiempo que se espantan las moscas con el rabo. El Tío Ronquete conversa entre dos mozuelas. Atareados en el mismo quehacer, aparejan cadenas, sartales y rosarios con un veloz triquitriqui de alicates. El Zurdo Montoya, terciado sobre la ceja el ruedo del catite, venía rozando el hombro con la barda. Dio un varazo y el rocín y el asno se apartaron con trote camastrón. Saltó avispada una de las mozuelas:

—¡Benaldio, te han dicho por un senigual alguna mala gachapla esos dos?

—¡Undevel, que sí me la han dicho!

—Me extraña, porque no hay dos más callados en todo el charnín.

¡Triquitriqui! ¡Triquitriqui! Mordían el alambrillo los alicates. El viejo advirtió, disimulado:

—Ostelinda, deja el rebridaque, que el planoró se trae su bulipen.

Saltó la otra mozuela:

—¡Aromali! Ese tiene más letra que el jabicote de la Misa.

El caballejo y el pollino, con los jaeces bailones, tornaban a la angosta sombra del tapiado. Remataba un sartal la otra mozuela, y, preso en dos dedos, lo bailó al sol:

—¡Benaldillo, míralo qué majo! ¿No tienes tú una chaví para quien me lo mercar, resalao? ¿Tú, tan presumido de ligero, cómo no te alcuentras en la capea?

—Estoy bizmado.

Cercioró el viejo:

—A las ferias se viene a ganar un chulí, no a dejarlo.

—Esa es la chachipé.

Con nuevo varazo espantó el cuatrero la pareja de rocín y jumento. Recalcó el vejete con sorna:

—Anda a modo, que si se espantan, a la sangre que tienen, arman una revolución en el charní.

—Tío Ronquete, cállese usted esa palabra condenada, que es peor que mentar la filimicha. Un espanto apareja muchas ruinas.

—Pues no sería raro, que hay siempre muchos chories con el ojo en eso.

—¿Del Errate?

—Caloré y busné.

—Jabilla usté más de la cuenta, Tío Ronquete.

—Yo nada jabillo, que siempre camino por el drunjí.

El catite sobre la oreja, hombro con la tapia, silbando y jugando la vara, iniciaba su camino el cañí:

—Tío Ronquete, tié usted toa la recamara de un juntuno.

—Chavoró, el mal que te deseo es verte con mucho sonacai… Cúrela tú no caer en las uñas del balicho.

—Tío Ronquete, sepa usted que a ninguno meten en el estaribel por ganarse honradamente el manró, manejando las cachas.

Murmuró el viejo socarrón:

—¡Dosta!

—¡Dosta! ¿Quiere usted beberse conmigo una copa de repañí?

—Déjame telerar estos rosarios y vete por alante, que luego me ajunto contigo en el cachimaní.

—¡No retardarse, planoró!

Alzose el viejo, y atando el manojo de rosarios, murmuró a las mozuelas:

—Sonsoniche, y a ver cómo en el revoluco socalichás a pastesas.

Llegaba la algazara de la capea. Por ventanas, cadalsillos y carromatos se veían jetas encendidas, pañuelos luminosos, picudos sombreros. Los tinglados de talabarte hacían vistosa perspectiva al final de la calle, sobre la pared de un convento. A la puerta de un tabernucho, dos borrachos enzarzados, mentaban el Santoral: Prim, Cristo, Cristina. ¡El Copón!

XIV

EL Compás de los Verdes, donde se celebraban de antiguo lidias y capeas, era una rinconada con saledizos balcones y chatos soportales, que se cerraba con carros y talanqueras. Por ventanos, terradillos y aramboles, promovían vistosa algazara cromática, frazadas, jalmas y sobrecamas. En la casa del cura, al flanco de la iglesia, los damascos parroquiales decoraban el

carcomido balaustre de la solana, y un cadalso, con percalinas nacionales, cerraba el Arquillo de los Caballeros. El alcalde, viejo zamarro, con alforjas y bota de vino, manta, vara y catite, presidía la fiesta. A una y otra mano, terciados los capotes de luces, los dos novilleros asistían con seriedad postinera. Era el coso un clamoreo trenzado de pitos y palmas. El gentío se enracimaba por canciles, cadalsos y ventanas. Un chusco de mala sangre arrojaba botellas al ruedo. Jaques y rufos, con baladro vinoso, promovían corros de pendencias, intuidos con la ruda emoción de los romances, que narran majezas de bandoleros en Sierra Morena. Una gitana, sacando el luminoso busto, saludaba con donosas bernardinas a los condeses y marqueses que llenaban la solana parroquial. Alargaba la mano cetrina y pedigüeña por entre los flecos de su pañoleta je Oriente: Tenía el sol en las sartas y corales del pecho. En el ruedo bramaba suelta una vaquilla zaina, y entre los gritos de una mujer enrojecida, bajó a torearla el castizo borracho que se pisa la faja. En algarero ramo aplaudían desde la solana parroquial unas madamas con peinetas de tejón, claveles y madroñera. El Marqués de Torre-Mellada, muy refitolero, recomendábales juicio. Acudían aduladores celebrando los raídos donaires, el tonsurado, la sobrina y la hermana provecta. Cacareaba el Marqués:

—¡No las autoricen ustedes! ¡Acabarán por bajar al ruedo! ¡Son unas locas!

El clérigo, la hermana y la sobrina, extremaban el agasajo. Andaba el bonete con la pretensión de alcanzar un beneficio, y las dos mujeres le ayudaban a conquerir la voluntad del cotorrón personaje:

—Señor Marqués, estas rosquillas son obra de mi hermana. No las encarezco, pero debe probarlas. Es una receta de las Madres Calatravas.

—No, hermano, de las Benitas. A cada uno su palma.

Adolfito Bonifaz hacía guiños a la sobrina, moza de prietas carnes, que bajaba los ojos con malicia mojigata. Arrimándose murmuró con la sorna gachona de toreros y majos:

—¿Y usted qué amasa, niña?

La mozuela hizo un remilgo:

—Ayudo a mi madre. ¡Ay, qué gracia!

—Me gustaría verla a usted amasar.

—¡Ay, qué gracia! Pues tiene mucho que ver.

—¿No se arremanga usted los brazos?

Encendiose la mojigata, aplastándose el vuelo de la basquiña, desazonada por la vecindad del perdis, y esquiva quedose mirando al ruedo. Las elegantes

tarascas —peinetas, claveles, lazos, fulares—, en vistoso y algarero ramo, se agolpaban al arambol de la solana. En la andanada arreciaba el tumulto. Los Guzmanes, gitanos cordobeses, enzarzados con unos chalanes, enarbolaban las picas lanzándose insultos y desafíos. La Guardia Civil, fiera de sol en charoles y fusiles, acudía poniendo paz a culatazos. Una madama aplaudió regocijada:

—¡Aquel sargento se parece al difunto Narváez!

El Marqués la amenazó con los guantes. Replicó la tarasca:

—¡Pues claro que se le parece! En el físico y en los procedimientos.

Terció el Vicario:

—Los únicos con esa gente cerril. ¡Créanme!

Se dolió el palaciego:

—Desgraciadamente, aún nos falta mucho camino para tener derecho a ser libres. ¡Nos falta cultura!

Suspiró la hermana del clérigo con rancio vinagre:

—Pues esta relajación nos viene de extranjis. Antes, en mi tiempo, no se bailaba como ahora el agarrao, y había más decencia en las costumbres.

XV

UNA añeja chirimía, con flacas falsetas y gallos bélicos, anunció el primer novillo de muerte. Los matadores, envueltos en las capas de luces, con jaleo de brazo y cadera, recorrían el coso al filo de las tablas, tras de haber saludado en los medios. El torete, careto y retinto, salió de un corcovo e inclinó el testuz mirando por la punta de las astas. Curro el Chato le alegró con el capote corriéndole de rabo a cabeza, con miedo y mala gracia. No paró hasta el burladero:

—¡Morral! ¡Sinvergüenza! ¡Jindama!

Antonio Guzmán, gitano cordobés, le tiró la navaja:

—¡Ladrón! ¡Sevillano habías de ser!

Rosalvino el de Estepa saltó al ruedo, amanotó la cachicuerna y escupió guardándola en la cintura:

—Si algún cabra se siente con derecho a esta herramienta, que se la pida a un sevillano de Estepa.

Tras esta majeza, volviose al tendido y se juntó con la tropa de chalanes. El Señor Juan Caballero, que estaba en ella, le clavó los ojos: Tenían una tristeza

desolada y cuerda, la melancolía de los viejos sin facultades, cuando siguen amando la fuerza y sus juegos valientes. La flaca chirimía daba sus gallos. El Curro, abierto de zancas, en una mano el estoque y el calañés en la otra, brindaba la muerte del novillo al Señor Juan Caballero:

—¡Dios te dé buena ventura!

Con resabio garboso le tiró una onza de oro:

La gitanilla del busto luminoso y moreno gritó aspando las prietas manos, llenas de anillos:

—¡Chato, no quieras parné de bailón, que te traerá la negra!

—¡Así te nazcan alacranes en la lengua!

El Curro empezó el trasteo dejando la muleta en la cuerna del novillo. El populacho acompasaba la vaya con un ritmo ternario de tambor marroquí:

—¡Ma-le-ta! ¡Ma-le-ta!

Una pellejuda desinflada rebotó en las costillas del chulo. La tropa de gitanos cordobeses, varas en alto, rompía con apasionados denuestos la cantilena del tendido:

—¡Falso!

—¡Cabra!

—¡Iscariote!

El Curro, al resguardo de una columna, aguantaba la chacota, jurando por bajo, torcido el ojo al torete que con las pezuñas desgarraba la muleta colgante de un cuerno. Mugía la res frente al tendido en gresca. El Curro, temerón y rosmero, con nueva muleta y mal garbo, reanudó la faena. El Niño de Gloria, tras el achaque de darle ayudas, la pintaba revolando el capote:

—¡Curro, déjalo ciego!

—Niño, me ha hecho mal ojo la chaví.

—¡Déjalo ciego!

El Curro, tardo y desabrido se fue al zaino, que en los canciles del toril mugía y corneaba: Lo trasteó sin arte, y al revuelo del trapo le pinchó los ojos. Arreciaron los gritos, y en el arrecio, con una estocada fullera a paso de banderillas, remató el chulo la faena. Pitos, cencerros, insultos, brazos y varas en alto. La flaca chirimía del alguacil hacía su escala de gallos bélicos. El Compás de los Verdes tenía el sol en los guardillones, y en el ruedo la sombra morada de la tarde. El populacho baladrón enronquecía. Mozos y chavales, en racimo, se descolgaban de carromatos y rejas: Se doblaban y vencían talanqueras y canciles. Las mujeres sujetaban a los jaques de la villa: Amoratadas y despóticas

interponíanse dando alaridos. La Pareja de Civiles abría las zancas corriendo por la cima del aborrascado tendido: Daba la ilusión de pisar sobre las cabezas. Gitanos y chalanes se revolvían con furia de voces, picas, tijerones y navajas.

XVI

EN un cerco, con la garrocha, se defendía el Señor Juan Caballero.—Aquel encanecido feriante de honrada palabra y honrado en su tierra, que había sido en los años mozos segundo de Joselito María, Rey de Sierra Morena.—Retrocediendo vino a quedar bajo el arambol donde las damas perejilas, en revuelo de rizos, espantaban los ojos, crispando las bocas pintadas. El clérigo, con un bramido, saliose del balcón. Gritole la hermana:

—¿Adónde vas? ¡Mira por el respeto de tu corona!

—¡No miro más que soy de Estepa!

La sobrina sacó el busto ansiada y ahogada:

—¡Ánimo, Señor Juan! ¡Ya acude mi tío!

Adolfito Bonifaz le tocó la mano:

—¿Está usted por el viejo?

—¡Por él estoy!

—¡Pues allá vamos!

—¡Pues ande usted!

—¡A su salud, niña!

Se doblaba sobre el arambol, con claro intento de saltar al coso, y le asió del brazo la mozuela:

—No se rompa una pierna. Baje por la escalera.

—¿Adónde cae?

—¡Venga!

Salieron afuera. En la penumbra de la sala, el perdis tomó a la mozuela por la cintura, besándola en la boca:

—¡Cedo a la tentación!

—¡Qué terrible!

Severa y rebelde, apagaba la voz la muchacha. Reía el perdis:

—¡Así se me doblan los ánimos!

—¡Ande! ¡Corra!

—¡Otro beso!

—¡No se retarde!

—¡Otro beso!

—¡Tómele y váyase!

Dudó Adolfito:

—¡Guárdemelo usted para luego!

—¡Luego, sí! ¡Corra! Váyase.

Salió el señorito, y la sobrina del cura, santiguándose, atravesó por la penumbra y entró en el balcón con apresurado rumor de enaguas: Sobresaltándose miró al coso: En sus pupilas azoradas había más fuego que espanto. Vio en un relámpago que el señorito madrileño tiraba tajos con una cachicuerna, y le vio caer con el rostro cubierto de sangre: Ahogó un grito. Las madamas perejilas, asustadas, se acogían bajo el cacareo llorón del repintado Marqués de Torre-Mellada.—Salían en tropel Gonzalón, Pepe Támara, Alfonsito Oropesa, Pepín Río-Hermoso, Don Segis, el sacristán y un monago.— El Marqués de Bradomín esbozó una sonrisa de premeditada impertinencia:

—Yo me quedo para enterrar los muertos.

El Marqués de Torre-Mellada abría los brazos, cacareante:

—¡La Guardia Civil! ¿Qué hace la Guardia Civil?

Saltó, entre asustada y burlona, Teresita Ozores:

—¿Qué quieres que haga? ¿Que dispare y te alcance una china?

—Tienes razón. Aquí estamos mal. Vámonos, niñas, a la sala.

Gritaba en el tendido una arpía gitana:

—¡Ahora las pagas todas, Juanillo Caballero!

—¡Dejámelo! ¡Dejámelo solo!

El viejo caballista paró un tajo. Tenía delante a un gitano negro y escueto que esgrimía una terrible faca:

—¡Con la vida no pagas, bailón renegado! ¡Degollador!

El Señor Juan se cubrió de asombro y espanto. Aquel gitano baladrón, al cual acababa de saltarle un ojo con la garrocha, se convertía de repente en Antonio Guzmán, el Tuerto.

XVII

GUZMANES de Córdoba, Maldonados de Extremadura, Montoyas de La Mancha, toda la grey faraona de esquiladores, cuatreros, jaques, ensalmistas y truhanes, arremetía contra el Señor Juan Caballero. Los de Estepa, en un haz, luchaban cercados en el revuelto golpe de gitanos. Las mujeres y los chavales, para cegarlos, les tiraban tierra a los ojos. El Señor Juan Caballero aún se defendía con la garrocha, pero en la mano izquierda, a prevención, empuñaba una pistola. El Vicario de los Verdes, confundido entre la gitana pelambre, repartía autoritarias bofetadas:

—¡Faraones! ¡Mala ralea!

Los gitanos se agachaban bajo la dura mano sacerdotal y con las caras rojas se revolvían contra el antiguo bandolero, retirado a los tratos de honrada chalanería en la sevillana villa de Estepa. Bramaba el clérigo:

—Anda, Juanillo, que esta canalla es flato de viejas.

Las mujeres, con las uñas de fuera y la greña en araños, cercaban al bonete: Brujas de cordobán y endrinas mozuelas le acosaban con rabioso plañir:

—¡Padre cura, no hable su merced tan de a ochavo!

—¡Padre cura, quítese su merced la corona!

—Si el flato de viejas no mirase las órdenes de su reverencia…

—¡Cuerpo de tal! ¡Tenga su merced quietica la mano que llevo huesos en la cintura!

Daban sangre algunos rostros. Picas y varas, con seco restallo, saltaban rotas. Relucían puñales y navajas. La cuerda de señoritos, con un impulso, se echaba sobre el gentío gitano. Una bruja clamaba mesándose:

—¡Pague ese ladrón renegado la deuda que arrastra!

La Guardia Civil repartía culatazos: La cabeza de un chavalillo manaba sangre. Una mujer obesa se desmayaba en un balcón. La Guardia Civil hundía el cachete de las culatas en las jetas endrinas de Montoyas, Maldonados y Guzmanes.

XVIII

EL Barón de Bonifaz, cubierto el rostro con un pañuelo, subía la escalera por su pie, entre Gonzalón y Pepe Támara. Las madamas, con lacrimoso veleide, se agolpaban al balaustral. En la alcoba del cura, la sobrina, seria y

reconcentrada, mudaba los lienzos. La Doña Virginia, ante el ropero, rasgaba un vendaje. El Marqués, lloricón, se despintaba sobre el hombro de Teresita Ozores:

—¡Creí que lo habían matado, Teresita!

—¡Hierba mala!…

—¡Jesús!

—Toma mi pañuelo y suénate.

La sobrina asomó en la puerta de la alcoba:

—Pasen aquí al herido. Hagan el favor.

Seca y reprimida, le vio llegar, y se apartó. Pepe Támara y Gonzalón, a uno y otro lado, le amparaban. El Marqués, de puntillas, se vino detrás.

—¿Qué ha sido?

Repuso el perdis:

—Un chirlo. ¡Nada!

—¡Creí que te habían matado! Eso es para que tengas juicio. A todos nos has dado un susto que no lo vales. Las chicas están muertas, y a mí tendrán que sangrarme. En Madrid, al saberlo, se liarán comentarios, y andaremos en lenguas. Yo, sobre todo, que por mi posición tengo tantos envidiosos.

El Barón de Bonifaz recostose dolorido en la cama: Recogió el pañuelo, que llevaba como un sudario sobre el rostro, y miró al flácido palaciego:

—¡Jeromo, vete adonde se fue el Padre Padilla!

La sobrina del cura, iluminándose en tintes bermejos, sonrió al herido, que se arrancó el pañuelo y se incorporó a mirarla, recalcándole los ojos, intensamente pálido, con el pelo pegado a las sienes. Y quedaba en la almohada una huella de sangre, del breve instante que tuvo reclinada la cabeza. Adolfito apagó la voz:

—¿Niña, quiere usted darme un sorbo de agua?

—¿La tomará usted con vinagre?

—Como usted quiera dármela.

Salió la sobrina, y el perdis rápidamente murmuró:

—Me estáis jorobando. Saliros fuera.

—¡Qué tío!

—¡Con mil diablos poneros fuera! Estoy camelando a la niña.

—¡Qué bárbaro!

—¡Está al caer!

—No eres tú nadie.

—¡Poneros fuera!

—Estás delirando.

Entraba la sobrina, y el gesto del perdis fue tan imperioso, que los otros, por no hacerle mal tercio, se pusieron fuera.

XIX

LA niña paleta miró a uno y otro lado viéndose sola. Severa y avizorada, acercose al señorito madrileño, que dejaba caer la cabeza en la almohada y cerraba los ojos haciéndose el muerto. Murmuró con ceño la niña paleta:

—Beba, que le hará bien.

Adolfito mojó los labios y le pasó un brazo por la cintura:

—Después del vinagre, la miel.

—Diga la deuda.

—La miel.

—La deuda. Reclama usted como un judío Iscariote.

—¡Si estás deseando pagarme!

—¡Ave María!

—Tú eres una niña de mucha conciencia, y tendrás escrúpulo de no satisfacer tus deudas.

—Ahora descanse.

—Mira que devenga réditos.

La sobrina, abismada en una afanosa tortura y andando de espaldas, se alejó de la cama. Desde la puerta, trémula, sonajero el cristal que llevaba en las manos, pronunció en voz baja con sombría resolución:

—No soy ninguna fullera. Pagaré lo que adeudo.

—¿Con réditos?

—Con lo que sea. Pero en la presencia de mi tío y de toda la gente que aquí está, ya que usted me pone en esa vergüenza.

El perdis bromeó:

—Págame y avisa al notario.

—¿Es que no me cree?

—No te creo.

—Usted ha de verlo.

—Mira que es un secreto de los dos.

—Pues romperé el secreto. Oiga la oración: Señor tío, señores presentes, un hombre, por dar ayuda a otro en peligro de morir, me pidió un beso. Se lo

prometí. El hombre reclama su deuda como un judío: Sean todos testigos de cómo le pago. Esta es la oración. ¿Le agrada?

Adolfito, dramatizando, tirose la venda que le ceñía la magullada frente, y lo hizo con tal arte que la sangre brotó, empañándole la cara con un reguero:

—¿Me cumples lo prometido?

—Póngase la venda.

—No quiero.

—Yo lo mando.

Llegose ceñuda, recogió la venda sobre el alfombrín y, esquivando el cuerpo, la puso en la frente del señorito farsero. Después, humedecido en el vaso su pañolico, le lavó la sangre de la cara.

—¡Sácame del Purgatorio!

—¿Publicándolo?

—Las buenas obras deben ser secretas.

—Uno, al menos, tendrá que saberlo.

—Nadie.

—¡El que tiene a la cabecera!

Adolfito, instintivamente, volvió los ojos: El Santo Cristo, con el bonete del vicario en el clavo de los pies, abría los brazos. El madero de la cruz resaltaba en el muro de áridas cales. La sobrina, al borde de las almohadas, hacía el intento de cubrir con su pañolico la faz del Crucificado El Pollo Real la tomó por la cintura. La niña paleta se desprendió, azotándole las manos, y el mal seguro antifaz caía resbalándose por la cruz. La sobrina del cura, afirmada en los cabeceros, tornó a cubrir con el pañolico la cabeza del Justo. El perdis, incorporado en las almohadas, abría los brazos, aupando a la devota mozuela. Llegaba el regocijado algareo de la capea. Picardeó Adolfito:

—¡Nos aplauden!

—Aplauden la faena del Niño de la Gloria.

—Aquí se ven milagros.

—Milagros del diablo.

Y la sobrina se clavó las uñas en la cara.

XX

EL Director de la Banda subió a la rectoral con el Guardia Roldán: El Señor Cabo de los Civiles era un arrugadillo de pellejos autoritarios, marcial y jaquete, bigote de moco, ojos colgantes estriados de bilis y de sangre, peluquín heredado del General Narváez, la barbilla con mosca agarrotada entre las cifras reales. El Cabo Roldán tuvo un aparte con el Vicario de los Verdes:

—El Jefe de la fuerza desea tomar declaración al herido, y ponerse a las órdenes del Señor Marqués.

Se atufó el bonete:

—¡El herido! ¿Acaso hay algún herido? Tajos más aparatosos y con mayor hemorragia, me los doy todas las mañanas al descañonarme la barba. El Señor Barón de Bonifaz está descansando, y no es cosa de que le molesten con babionadas de expediente. ¡Ya comprendo, Cabo! ¡Ustedes tienen un formulario y se atienen a esa letra! Yo también tengo mi formulario, y es pasar todos los pleitos a juez de mayor competencia. Ahí tiene usted al Señor Marqués. Formule usted su deseo al Señor Marqués.

El Cabo Roldán penetró en la sala con paso gallero. Por el cotarro elegante de damas y galanes, con líquida risa propalose que entraba el General Narváez:

—¡Es el mismo, Jeromo! ¡En el otro mundo le han rebajado y puesto a mondar patatas!

—¡Criatura, respeta siquiera a los muertos!

—¡No te pongas lúgubre!

Teresita Ozores volvió los ojos sobre el Cabo Roldán. Aquella arbitraria semejanza, sin apagarle del todo la vena risueña, de pronto le infundía un sentimiento de asombrado misterio. El Niño de Benamejí, en los medios de la sala, dibujaba una revolera, toreando al espectro del Espadón:

—¡Mi enhorabuena, Cabo! ¡Usted querrá saludar al héroe de este Dos de Mayo! ¿Ha visto usted un tío más terne repartiendo leña? Pues para todo el mismo corazonazo: Dispuesto a dar el último duro y la vida por un amigo. ¿Querrá usted que le presente al Señor Marqués?

El Cabo Roldán, abierto de zancas, sacaba la mosca, revolvía el ojo abesugado, en el bolsón del párpado:

—Don Segis, usted conoce los trámites. La fórmula de tomar declaración al herido hay que cumplimentarla. El Gobierno de la Provincia, tratándose de personaje tan importante, ha de poner la fila para la depuración de los hechos y que no queden sin penalidad los autores de la agresión.

El Niño de Benamejí acudió con pomposo galleo:

—¡Cabo, que no trascienda la menor cosa! ¡Así complacerá usted al Señor Barón de Bonifaz! ¡Ni la menor cosa! Los periódicos le sacarían punta promoviendo una campaña de escándalo para aumentar la tirada. A Córdoba me voy yo en el tren de esta noche, para evitar que hable la Prensa.

—¿Verá usted al Gobernador?

—¡Es posible!

—¡Dígale usted el día de luto que ha evitado la Benemérita!

—Le diré eso, y el valor y la prudencia que usted ha desplegado. ¡Muy bien, Cabo! ¡Muy bien! Veremos ahora al Señor Barón de Bonifaz. Al Señor Marqués, le saludará usted luego.

El Niño de Benamejí, apoyado por un guiño del clérigo, se llevó al tricornio fuera de la sala. Teresita Ozores suscitó el comentario de damas y galanes:

—¿Habéis visto? ¡El falso Espadón!

El Marqués de Bradomín trasnochó su galaica humorada:

—¡Resucita siempre que hace falta, en la capea!

XXI

LA Gasa Rectoral se llenó de hacendados cortijeros y señorío de los villotes comarcanos, clérigos de la parroquia y avinados cofrades de los Verdes. Un viejo de cabeza blanca, vestido sin gala, con zajones de ganadero, y un joven de levitín y castora, quebrado de color, permanecían en la puerta con aire desorientado. El Niño de Benamejí se detuvo con ellos:

—¡Han visto ustedes qué Dos de Mayo! ¡Estos sí que son toros de sangre!… ¡Y no hemos tenido un día de luto, por la oportuna intervención de la Benemérita!

El Marqués de Torre-Mellada, con la fisga sobre la puerta, escuchaba el runrún que le metía por la oreja la hermana del clérigo:

—Don Luis Pineda con el hijo que tuvo en el secuestro. ¡Se ha portado!… En el careo con los presos, declaró que a ninguno reconocía… ¡Un alma de Dios! No así el padre: Por no aflojar una miseria de su caudal, ha puesto a toda esa gente en las manos del verdugo. ¡Y el hijo mucho que lo cuente!… ¡Al mozo que era, no es conocido! ¡Para mí que en los jamases vuelve!… ¡Consunto, Señor Marqués! ¡Consunto!

El palaciego, con un suspiro, espació los ojos buscando a Gonzalón: Le descubrió en el fondo de una ventana, de codos sobre el alféizar, sacudidos los hombros por un acceso de tos:

—¡Son funestos los resultados de la crápula!… ¡Y si fuesen ellos solos a pasarlo!…

La hermana del clérigo, sin parar mientes, soplaba el cismático rezo:

—¡El padre es un Alejandro! Como un toro está porque el hijo no ha declarado contra los presos, y no para de revolver Roma con Santiago. Se le han contrapuesto los parientes de Puente Genil y Don Manuel Reina. El Señor Ulloa, que tuvo un alto cargo, es yerno de Gálvez… El casado con la Manolita. Pues como vengan los suyos ha prometido sacarles el indulto… ¡Por acá los anuncios son de marimorena!

El Marqués, denegando con el ovillejo de los guantes, torcía la boca sobre la oreja:

—¡Necedades! ¡El país está harto de pronunciamientos! Un Gobierno con Ulloa en Gracia y Justicia, no es imposible… Ulloa es persona servicial. En última instancia, yo cuento con interesar la clemencia de la Señora.

—¡Usted, Señor Marqués, de esta gana el Cielo!

Gonzalón, sofocado, limpiándose la boca con el pañuelo, se apartaba del alféizar: El padre le llamó:

—No estás todavía para bromas. ¡Abrígate! ¡Abrígate! Debes irte y llevarte a esas locas. Tu madre estará con cuidado.

—Yo me quedo al baile del Casino. Llévate tú a ese ganado.

—¡Eres incorregible, criatura! ¿Qué diversión puede haber para mí en un baile de pueblerinos?… ¿No lo comprendes?… Pero no han parecido los que esperaba y me quedo por si se presentan.

—¡Deben andar de cabeza!… ¿No has leído *El Baluarte de Córdoba*? Trae las cargas de policía frente a Los Tres Clavitos.

—¡Una gente de tan buena posición, metida en jaleos revolucionarios! ¡Es incomprensible!

XXII

UNA comadre beatona, picada de entremetimiento, se juntaba al disimulo con la hermana del cura:

—¡Ten ojo con la chavala!

Desviose, sin ruido, tirándose la mantilla sobre la frente. La hermana del cura, inflado el ruedo de las faldas, se fue detrás con las manos en las caderas. Chifló el palaciego viéndola alejarse:

—¡Doña Virginia! ¡Doña Virginia! ¿Tiene su hermano *El Baluarte de Córdoba*?

Volvió el morro la vieja:

—¡Aquí no entran esos papeles!

Don Luis Pineda llamó la atención del hijo que con los ojos bajos castigaba el erótico deseo de contemplar a las madamas forasteras:

—¿No tenías *El Baluarte*?

El consunto, con aire apagado, se palpó la faldeta. Sacó el pañuelo:

—Debe habérselo usted guardado.

Se registró el viejo la zamarra de negros alamares:

—¡Una vez has tenido razón! Señor Marqués, tenga usted el periódico.

—¡Oh! ¡Amigo Pineda! ¿Qué hacía usted tan retirado? ¿Es *El Baluarte*? ¡Gracias! Un momento para echarle la vista…

—Puede usted quedárselo.

—Usted lo ha leído…

—No tiene mucho que leer…

—¿Qué ha sido del Yerno de Gálvez? Usted estará mejor enterado.

—No mucho. A lo que parece, se fugó, cuando le llevaban al Gobierno Civil… Que se halle escondido donde se murmura, me parece una novela.

—Algunas veces he pensado lo mismo. En Madrid, sin embargo, se ha repetido ese caso, con el Coronel Lagunero.

—¿Que se ocultó en un convento?…

—Le hizo la capa una monja muy influyente: Doña Mariquita Alday.

—Ahora se lo cuelgan a Doña Juanita Alburne.

—¡Lo verdaderamente escandaloso es que se haya fugado, cuando le conducían al Gobierno Civil!

—¡Le habrán dejado fugarse!

—¿Qué comentarios hace *El Baluarte*?

—¡Para hablarlo todo de una vez, no le he roto la faja!

El Marqués, desplegado el periódico y con los lentes en la punta de la nariz, salió a recoger el último rayo de sol en la balconada: Volvió agitado, guardándose los lentes en el pecho:

—¡Que gentes de posición se comprometan tan absurdamente! ¡Y parece que se lo ha tragado la tierra!

—¡A lo mejor, le hace la capa el propio Gobierno!

—Pudiera suceder… Es una persona decente… Pero no lo creo… El Gobierno se ha decidido a tener mano dura.

—El cubano habrá cegado a los guindas con dinero.

—¡La de siempre! El subordinado que se deja corromper. ¡Falta la conciencia del cargo!

XXIII

EL Barón de Bonifaz, con una venda sobre las cejas, sentado en el catre, templaba la guitarra vinculada a todas las fiestas castizas del tablado flamenco, y al trueno elegante. Don Segis entró con el Cabo Roldán:

—Un momento, Adolfo. El Cabo Roldán, Comandante del Puesto, desea recibir órdenes. Ya le puse en autos respecto al deseo tuyo de no dar un cuarto al pregonero.

Atajó el Pollo Real:

—¡Guardia, la mayor discreción! ¿Fumará usted un cigarro?

—¡Gracias! El Señor Barón me permitirá que le pregunte el dictamen emitido por los forenses.

—¡Ni hacen falta, ni han parecido por aquí esos señores!

—¿El Señor Barón reconocería al agresor, si le fuese presentado?

Adolfito se incorporó haciendo gemir la guitarra:

—¡Hombre, sí! ¡Me agradaría poder romperle la cara a bofetadas!

Saludó el Cabo:

—¡Si es habido tendrá algo más que una solfa!

Recordó Adolfito:

—Alto y flaco. Media edad. Trazas de chalán con una brecha abierta en la sien. ¡Era zurdo!

Agatilló el Cabo:

—No diga más su Excelencia: ¡El Zurdo Montoya!

—¡Cabo, hay que echarle el guante!

—Déjelo, Vuecencia, de mi cargo.

El Barón de Bonifaz, bajo la albura del vendaje, enconaba el verde veneno de los ojos, cargados de perfidia valenciana:

—¡Cabo, excuse usted los trámites de papel sellado!

Saludó el Cabo:

—Se hará conforme a los deseos de Vuecencia. Si Vuecencia no tiene cosa que mandarme, con su venia me retiro.

Adolfito le tendió la mano:

—Cabo, envíeme usted una nota con su hoja militar para trabajarle una recompensa del Gobierno. Especifique usted en la nota los destinos que pudieran convenirle.

Al Cabo Roldán le temblaba la mosca:

—¡Gracias, Señor Barón! El pundonor militar nos tiene sujetos para muchas reclamaciones que son de justicia: Un servidor lleva treinta años de servicio: Campaña de Joló Campaña de Cuba, Campaña de Italia con el General Córdova. ¡Aquello no fue cosa! ¡Campaña de África! Tres años en el Fijo de Ceuta. En la Benemérita, doce… Diez de servicio en esta provincia que no es la peor de las españolas, porque los malagueños se llevan la palma. Allí pasé los dos años de novato. Pues con tantos servicios, y teniendo interpuesta más de una instancia, no he sacado ni una pensionada. Si Vuecencia se interesa, como manifiesta, tendrá en mí un perro de Terranova.

Saludo militar, media vuelta, y sale más jaquete que un ocho de Iturzaeta. Adolfito se sacudía la mano despegando los dátiles. La guitarra se escurría arrastrando la colcha gaitera.

XXIV

EN la solana parroquial las perejilas madamas hacíanse risas y monadas conversándole al Señor Juan Caballero. Del susto chillón habían saltado a la zalamería vocinglera, y jugando de los ojos bajo las mantillas, cercaban con apasionada intriga al novelesco salteador, que, garboso y marchoso, sobrio de ademanes y gestos, las enlabiaba con andaluces requiebros.—Damas de la corte isabelina, intrigantes y zalameras, mezclaban al remilgo orgulloso las sales chulapas, gustando, castizas, la emoción guitarrona y cortijera que asonanta los

romances de bandidos.— Cuentos de fraile, majezas de cuatreros, milagrerías de santos iconos, cuernos de maridos, engaños de amantes, cifraban el mundo novelero de aquellas condesas y marquesas, no más letradas que las azafatas, ujieres, lacayos y sacristanes de Palacio.— En la rueda de madamas, con cesárea melancolía, el antiguo gandido gustaba su leyenda de bandido generoso: Reverdecía la ilusión juvenil, tan remota y aún fragante de cantares serranos. Con castizo requiebro pagaba el acogimiento, y se iba su recuerdo, lejano, lejano, a Joselillo María y la Duquesa de Alba. Recordaba de la cárcel y la reja y la voz que canta al son del guitarro:

¡Ya se murió mi madrina
La Duquesita de Alba!
¡Si ella no se muriera,
A mí no me ajusticiaran!

En el Compás de los Verdes —caídos canciles, derrengados caballetes— penetró una cuadrilla de chalanes y cortijeros de Estepa. El antiguo caballista se alzó saludando a todos con la mano. Respondieron diferentes voces:

—¡Salud, Señor Juan y la compañía!

—¡Aún vivimos, maestro!

—¡Aquí estamos para darle a usted escolta hasta Estepa!

—¡Hay que andar sobre aviso!

—Ya sabrá usted novedades: Que le entere a usted el Padre Vicario.

El tonsurado, requerido por una mirada del viejo caballista, le murmuró a la oreja:

—Hay un gitano muerto.

—Ese lo está hace treinta y dos años. Había resucitado esta tarde por el arte del mengue.

—No te alucines, Juanillo.

—Es la verdad de Dios. Me he visto peleando cara a cara con la sombra de Antonio Guzmán el Tuerto. ¿No es ese el difunto?

—Deja esa alucinación. Yo no más sé que el sacristán ha venido por las llaves de la iglesia para hacer señal.

El Señor Juan se inclinó sobre el arambol, interrogando a los jinetes de Estepa:

—¿Quién es el difunto, niños?

Respondió una voz:

—No ha sido identificado.

Lento, grave, el antiguo caballista sonrió al clérigo:

—Si no es fantasma del otro, este sería su hijo, acaso su nieto…

El Vicario, con brusquedad amistosa, le abatió la mano en el hombro:

—¡Juanillo, fue muy gorda aquella, y siempre retoña!…

Murmuró el garboso viejo, con desdeñosa sonrisa:

—Hoy pensé que se remataba ese pleito… ¡Nunca he visto tan cerca la muerte!

La sobrina del cura salía a hurto de la alcoba. El vuelo esquinado de los vencejos flanqueaba el campanario de la iglesia, y picoteaba sobre el rojo poniente, el gallo de la veleta. El Señor Juan percibió el leve andar de la mozuela en la sala:

—Siento, niña, no poder saludar a ese caballero buen mozo, que me ayudó tan valiente.

Murmuró la sobrina del cura, abismada en la penumbra:

—No sé si descansa.

El antiguo caballista dio un paso, buscándola en la sombra:

—¿Quieres averiguarlo?

—Véalo su merced, que solo tiene entornada la puerta.

—¿Qué te sucede, niña?

—Nada.

Se alejaba la sombra y la voz. El Señor Juan Caballero, con súbito presentimiento, empujó la puerta entornada. La alcoba era toda en anocheceres. Una luminaria de cohetes encendía los cristales de la ventana: Alcanzaron los resplandores al Santo Cristo. De la corona de espinas, cubriéndole la faz, colgaba el pañolico de la sobrina del clérigo, y en el clavo de los pies aguzaba la sombra de sus cuatro cuernos, el bonete.

XXV

DON Lope venía por el desierto tendido, saltando de banca en banca, con la chistera apabullada y un vaivén de fantoche: Bordeando de esta suerte, pudo avecinarse a la solana parroquial: Traía estudiado un discurso y el papel de la cuenta: Saludó, quitándose la chistera:

—Excelentísimas condesas y duquesas, y otro tanto digo a los varones de mi

sexo: Esta culta población celebra…

Aplaudían las tarascas de la solaría, graznaban los caballeros. Don Lope sacaba del levitín el papel de su cuenta, y, con una genuflexión, se lo ofrecía al Marqués de Torre-Mellada:

—¡Dime lo que deseas, querido!

Volvió a saludar Don Lope:

—Cobrar esta cuentecita.

—¡Jesús! ¡Creí que era un memorial pidiendo alguna gracia de la Reina!

—Solamente cobrar.

—Eso es cosa de mi administrador.

—Excelentísimo Señor, es muy grande mi urgencia.

—¡Bueno, hijo! El Señor Vicario me hará el favor de pagarte esa pequeñez. Señor Vicario, vea usted lo que es eso.

Se avinagró la hermana del bonete:

—¡Calderilla, no seas imprudente!

—Doña Virginia, soy un modesto industrial.

El Vicario, repasando el papel, se hacía cruces:

—¡Pero esta cuenta es un escándalo!

—Incluyo la cachiza.

—¡Es un robo!

—Señor Vicario, la traigo para rebaja.

Suspiró el Marqués:

—No se discuta, no vale la pena, querido. Mi costumbre es no discutir las cuentas. ¿Y tú cómo te llamas, badulaque?

—Lope Calderete, para servir a mi dueño, el Señor Marqués.

—Ya recuerdo. Ahora te paga el Señor Vicario, Calderete. Tú tienes una hermana lega en el convento de las Descalzas Reales. Ya recuerdo. Me ha sido muy recomendada. Ya sé que tiene el deseo, muy meritorio, de pasar a una fundación de la Madre Patrocinio. ¡Pobrecita! Veremos de que pueda cumplírsele y rece por nosotros. Solo así nos podemos hacer perdonar nuestros pecados. ¿Verdad, Señor Vicario?

Mudó la carátula, girando los ojos con alborozo refitolero. Un coche de campo tirado por mulillas cubiertas de borlones y cascabeles se metía al Compás de los Verdes. Las perejilas de la solana parroquial se agolparon sobre el arambol, agitando los abanicos.—Carolina Torre-Mellada, Eulalia Redín, Feliche Bonifaz, el Brigadier Valdemoro, y Bubi faldero inglés, ocupaban el coche.—

Con buena escuela dé picadero, trotaban a los estribos cuatro farolones de contrapuesta elegancia:—Fajín y ros, por obtener acatamiento de chicos y grandes, el Teniente General Fernández de Córdova: Con terne atavío de cortijero, el Marqués de Alcañices: Jorge Ordax de húsar colorado y cordones de ayudante: Con chistera gris perla y polainas inglesas, el Marqués de Bogaraya. Palmoteaba Teresita Ozores:

—¡La capea ha resultado un paso honroso!

Desabriose el palaciego:

—¡Muy lamentable! A Feliche no le sueltes de sopetón, el accidente de su hermano.

—¡Buen cuidado le da a Feliche!

—¡Comprende que al saberlo, tampoco puede quedarse como un palo!

XXVI

EL Brigadier Valdemoro, lastimado de una coz, renqueando, pero siempre galante sargento, se apeó de la bigotera para brindar su mano a las señoras. Las acompañó poniéndose al flanco: Renqueaba con marcial bizarría, apoyado en una garrota de pastor. En el zaguán de la Rectoral, las abandonó a los encomios zalameros de la vieja halduda, hermana del Vicario: Se rezagó para juntarse con el General Fernández de Córdova: El General venía muy sulfurado, tirándose del bigote: Jorge Ordax, a su izquierda, le asistía al palo, conforme a Ordenanza:

—¡Jeromo Torre-Mellada es un botarate! Me aseguró que los decretos no llegarían a salir en *La Gaceta*. Va a oírme cuatro frescas.

—Probablemente ha obrado de buena fe.

—Empiezo a dudarlo… Pues va a enterarse de que conmigo no se juega. ¿Quiere usted molestarse en subir, y decirle que baje? Aquí en el zaguán podemos hablar sin testigos inoportunos.

Falso de sonrisa y con secreta alarma, acudió el palaciego:

—¡Me ha dicho Jorge!…

Cortó el General, azotándose las botas con el látigo:

—¡Te advierto que no soy una mona! Me has asegurado que los decretos no llegarían a publicarse, y has tomado el nombre de la Reina. Si estabas autorizado para hacerlo, la burla es todavía más sangrienta. Responde. ¿Te hallabas

autorizado, o simplemente has hecho el zascandil, como toda tu pajolera vida?

—¡No te dispares, Fernandito!

—Responde por derecho.

—Probablemente yo estuve torpe y tú has dado una interpretación libérrima a mis palabras.

—Cuanto me has dicho, puedo repetirlo ce por be.

—Pues yo, con mis preocupaciones, no tengo cabeza para recordar una conversación sin importancia.

—¡Eres la auténtica mata de habas del cinismo!

—Por ese camino no puedo seguirte. Tú estás obcecado. Me ha dado en la nariz que tus recelos vienen por el lado de Arjonilla. Jorge te ha traído algún mensaje de Serrano.

—Así es. No hago reservas. El Duque de la Torre me ha hecho saber la publicación de los decretos en *La Gaceta*.

—¡Tan pronto!

Levantó el gallo el General Córdova:

—¿Cómo tan pronto? ¿Tú los esperabas para más tarde? ¡Eres pintado para alcahuete!

Se atufó el Marqués:

—No abuses, Fernandito. Puedes ir tan lejos, que hagas inevitable un lance, y en ese terreno yo voy a todas partes. Un lance contigo me sería doloroso, nos hemos criado juntos, somos como hermanos. ¡En un lance contigo, yo tiraría siempre al aire!

—¡Majadero!

—¡No me importaría serlo! ¡Y tú harías lo mismo, no te pongas tan bravo!

Al General Fernández de Córdova le acudió una risa, de duros y agresivos gallos:

—¡Eres impagable!

Se compungió el palaciego:

—Deseo transigir diferencias: Las transijo y luego me dejan en las astas del toro.

—¿Estabas plenamente autorizado para hablarme como lo hiciste el día que salimos de Madrid? Si lo estabas, y la burla viene de arriba, no dejarán de oírme en Palacio.

—Fernandito de mi alma, probablemente he retenido mal las indicaciones de la Señora. Tú procura no irte del seguro, que, pese a todas las apariencias, estás

en el mejor predicamento con la Reina.

Bajaba el bonete por la escalera, anunciándose con afectadas toses: Venía con el cuidado de que subiese a refrescar el Señor General. Reiteró con escrúpulo de buena crianza:

—El Señor General y su ayudante.

Puso los puntos el sulfurino Marqués de Mendigorría:

—Ayudante del Duque de la Torre.

—¡Igual para el caso! Espero que no me desairen. Se ofrece lo que se tiene, todo ello, pobre don de una rica voluntad, como hace hablar el vate latino al pastor Marcelo.

A requilorio de tan clásicas humanidades, no quedaba otra que capitular, y se metieron escalera arriba. De pronto, interrogó el General Fernández de Córdova:

—¿A qué hora pasa el tren de Madrid por Los Pedrones?

Hizo cuentas el Vicario:

—Pues sobre la madrugada. Nos sacará de dudas mi hermana, que lleva en la cabeza las horas de todos los trenes.

Se alarmó Torre-Mellada:

—¿Vas a dejarnos?

—¡Naturalmente!

El Marqués se le pegó, hablándole a la oreja:

—La Señora me afirmó textualmente, y para que llegase a tu conocimiento, que irás de Capitán General a Filipinas. Mi consejo es que no te muevas de Los Carvajales. Mañana se hace la primera montería. Quédate. Serrano ha sido siempre una pérfida sirena. Si persistes en irte, lo haremos juntos… Pero debes meditarlo.

—Tengo empeñada mi palabra.

—¿Cómo no has pensado en ponerte enfermo?

—No es mi escuela. Unidos diez y nueve Oficiales Generales, impondremos la dimisión al Gobierno. Te lo digo para que lo lleves como respuesta mía, a las alturas.

—¡Estás obcecado!

XXVII

AL Compás de los Verdes llegaba un confuso ventalle de voces y bramas, encabritados relinchos, carreras, tropeles y zalagarda de cencerros. Las vacas de la capea, súbitamente embravecidas, se corneaban en los corrales. Se alborotaban los vecinos gallineros, y sobre los carros volcados, ladraban los perros con las orejas tiesas. Llegaban clamores del gentío:

—¡Un espanto! ¡Un espanto en la feria!

Por las calles, el gentío, revuelto y clamoroso, no cesaba de gritar:

—¡Un espanto! ¡Un espanto!

Se echaban fuera de las tabernas chalanes y ganaderos, las varas en alto, sosteniéndose con una mano los castoreños: Corrían desatalentados. A la puerta de los mesones, las monturas alforjeras rompían las riendas. Acudían los espoliques, rasgadas con zafios denuestos las bocas tintorras del morapio. Un clérigo zancudo, con la sotana entre las piernas, abría y cerraba su paraguas bermejo, cercado por una piara de gruñidores cerdos. Ganaderos y feriantes buscaban burladero, encaramados por rejas y bardas. Alguno, avezado en estos lances, hacía molinetes con la garrocha, y lograba remansar un espaciado círculo, en la ciega y bramadora fuga de hombres y bestias. Una vieja, con gayo refajo, arrodillada ante su cesto de huevos, abría los brazos. Las mulas y caballos encabritados, revueltos, con terrible rijo, la respetaban.—¡Milagros que se ven por algunas ferias, y son como antífonas del Circo Romano!— Enmudecía el charlatán sobre su calesín. El buhonero, atropellado, rota la hucha de sus lilailos, gritaba en un círculo de espejillos, jabones, peines y navajas. Los tinglados de pañeros y talabartes doblaban sus flacos compases con un guiño absurdo. Se arrugaban tenderetes y tabanques. Un espacio silencioso y vacío sobrevenía a la ciega carrera de hombres y bestias. A la rezaga, pelambres de viejas y pícaros, coimes y coimas, afanaban la dispersa mercadería en la desnuda soledad, cercada de clamores y bramas alejándose. Con recio baladro de cencerros, los piños de cabras salían a las eras.

XXVIII

—¡HAY un planoró muerto en la trena!

—¡Lo mató a culatazos el sargento!

—¡Dai de los Calés! ¡Debel del Otalpe!

¡Madre de los Gitanos! ¡Dios del Cielo! ¡El Errate, atristado y nocturno, sentía el drama del muerto y el melodrama de ignorar quién era! Vagaba en torno del chato y carcomido caserón de la cárcel. Dos Guardias Civiles, las carabinas en descanso, geometrizados bajo el triángulo de charol, y las charreteras y las cruces del correaje, guardaban la puerta. Hacían planto en la calle viejas y mozuelas. Algunos bultos se recogían por las esquinas:

—¿Quién es el defunto?

—Nenguna luz se diquela.

—Los vellerifes nos satisfarán, si les sonsacamos.

—O nos zurrarán el drupo.

—No le penela chi.

—Esperemos a que lo embleje la identificación.

—¡Menda se naja denantes! ¡Que lo identifique el Grobelén!

—Puede que ni tal muerto haiga, y que todo, a la fin, resulte jonjana.

—Defunto lo hay, que aúllan por demás los chureles.

—¿Y por qué había el defunto de ser caloré?

—Es caloré, porque siempre pagamos los del Errate. Cuenta si no quiénes han ido al Estaribel.

Un gitano se jactaba entre otros, soterrando la voz:

—Ya le tenía partido el garlochín, cuando impensado salió por la puerta del padre cura el terremoto de chai madrilati, y eso le ha dado la bají.

Doblaba la campana de los Verdes. En el zaguán de la trena encendían un candilejo. Llegaba el tumulto verbenero. Los cohetes, al estallar, desconcertaban con luminosos triángulos el caserón de la cárcel y las rígidas figuras de los dos Guardias Civiles.

XXIX

SE encendían candilejas y pregones. Batía un tambor, tecleaba un organillo, se despepitaba un figle. Sobresalía la voz rajada de un valenciano:

—¡La cogida del Sevilla en la Plaza de Madrid! ¡Fusilamiento de Torrijos y sus compañeros! ¡María Griñón rezando en capilla!—Esta desgraciada mujer había llevado en sus entrañas al Tigre del Maestrazgo.—¡El Cura Merino en el patíbulo!

Otra voz, al son de un organillo napolitano:

—¡Vista de Nápoles, y erupción del Vesubio! ¡Las cenizas del célebre volcán llegan hasta los navíos fondeados en el puerto! ¡La gran batalla de Sebastopol! ¡El Rey Víctor Manuel pasando revista a las tropas garibaldinas que le vitorean!

Salta en el organillo el himno del famoso guerrillero. Salmodia una voz:

—¡Para San Blas! ¡Para San Blas!

Otra voz de ruda prosodia tudesca:

—¡El triunfo de la Ciencia! Diploma de la Gran Academia de Berlín. El lente revelador del Universo-Micro-orgánico. Una pulga aumentada hasta tres mil diámetros. Pasen, señores. El último invento de Berlín. ¡La Ciencia reveladora! ¡El *Fiat Lux*! ¡Bajo este lente, la pulga, aumentada hasta tres mil diámetros, nos produce el terror de una fiera!

Otra voz de extranjis:

—¡La Sílfide de las Tullerías! La Señorita Hortensia, de paso para el gran Teatro de Lisboa, ejecutará sus arriesgados ejercicios de barra y trapecio. En obsequio al ilustrado público de esta villa, trabajará sin red. ¡La Sílfide de las Tullerías! ¡Estrella de París! ¡Espectáculo preferido del gran mundo!

La voz agarena de una vieja:

—¡Jigas de azabache para el mal ojo! ¡Espejillos, navajas y lendreras! ¡Al barato! ¡Al barato! ¡Papel de cartas, batidores y peines! ¡Jabón d'olor! ¡Jabón d'olor! ¡Agua de esencia para las novias!

La voz huronera y ambulante que se acompaña con el regatón de una pértiga:

—¡Para San Blas! ¡Para San Blas! ¡Para San Blas: Abogado contra peste y rabia!

XXX

EL Curro y el Niño tomaban café con el Tuerto de la Chirlata. El Curro había convidado para cambiar la onza que recibiera del Señor Juan:

—Vamos, pues, a descambiar la baria.

El Tuerto le conquería, para que entrase con aquel dinero a repartir ganancias en la chirlata. Un negocio de hacerse ricos en las ferias de Portugal. El oro y el moro:

—Nosotros dos, y mejorado si se nos arrima una chulama de buen trapío, como tengamos un tanto de cifra, alzamos un cúrelo, y abelamos jandoripen.

—¡O vamos con la quimbilia a la trena!

—Ese randiñó te puede caer donde menos lo diqueles.

—Jabillela sin fin de chichis ese burlo.

—Duquendió que sicobamos para llenar la zayna.

El Niño de Gloria guiñaba el ojo truhán, a hurto del chirlatero:

—Curro, no cierres las mirlas, que el cúrelo pinta de mucho mamporí.

—¡Cúrelo pesquibado! ¡Barbí! ¡Pirela bastaró!

El Curro fumaba cerrando los ojos.

—¡No me jonjabes duquendió! Esta llama es para socarrar un terno de luces que tengo en la peñaranda de Erija… ¡Por eso no descambio la baria y vas a ser tú el que apoquine los cafeses!

El Tuerto de la Chirlata saludó pinche, hundiéndose dos dedos en el bolsillo del chaleco:

—No tarifemos.

—Gachó, chanela que ha sido jonjana y bulipén. Aún pie queda un chulí para abonar el gasto, sin descambiar la baria del Señor Juan.

—¡Dosta, compadre! ¿Y del cúrelo, cierras las mirlas?

—Chamullaremos callicaste. Horita me najo, que me espera la lacha de una chaví.

Despreció el Niño de Gloria:

—¿Aún queda de eso por este foro?

—Para menda, queda.

—¡Currillo, no tengas que recibir los sudores!

XXXI

TAMBIÉN Linarejo Sánchez, el taciturno y verdino galán cortijero, yacía sobre colchones en el parador de Don Lope Calderete. Doña Quica la Cirujana le ponía hilas con aceite en una brecha sobre la tetilla izquierda. Alumbraba Don Lope, a la zaga de la bruja, con una palmatoria, y hacían rueda en circunspecto silencio, labradores hacendados del mismo término. Cubierta la herida se santiguaba la bruja:

—Le salvó el *Agnus Dei* que llevaba al cuello.

Preguntó un compadre:

—¿Es profunda la herida?

—Sí que es profunda, y está símilmente sobre el corazón. Casi que se le ve

latir debajo.

Con andaluza jactancia, sacó la voz y el cuerpo un viejo marchoso:

—¡Suerte has tenido, Linarejo!

—A cualquier cosa llamáis vosotros suerte. ¡Me dan una puñalada y me roban el Chorlito!

—¿El Chorlito te han robado? Pues también ha sido suerte, porque ese caballo tiene trastornado el meningito, y estabas a pique de que te estrellase.

La Madre Cirujana doblaba con mucho primor el trapo de las hilas y lo guardaba en el escriño, junto al dedal, alfiletero y tijeras. El herido cerraba los ojos. En la puerta apareció la figura de un hombre con zamarra y gorro de cuartel bordado de oro. Era Don Roque Sabariegos, general convenido de Vergara: Don Lope, con un paso flexible de bolanchera y la palmatoria en alto, le salió al encuentro Quiso soplar un ladrón y apagó la vela. Murmuró el antiguo faccioso:

—Calderete, siempre tan badulaque.

—Se apagó con el viento de la puerta.

—¿Es mi sobrino el herido?

—¿Sobrino de usted? Se lo preguntaremos.

—¿Y la herida?

—Muy aparente, y de mucha suerte.

Abrió los ojos el herido descubriendo tras el estrellín de la vela, las negras siluetas del faccioso y del huésped:

—Tío, yo soy.

Se acercó el veterano:

—¿Cómo ha sido eso?

—Como son estas cosas, por patriotismo.

Se ariscó el faccioso:

—No profanes la palabra.

Pronunció perezoso el herido:

—Patriotismo es…

—Patriotismo de cabila. ¡Qué te debe, ni qué le debes tú a Juanillo Caballero? Los buenos días y las buenas noches.

Comentó una voz del corro:

—Bien se conoce que su merced no es de Estepa.

Gruñó el convenido de Vergara:

—Donde hasta la Virgen Santísima protege a los ladrones. ¿No dicen así por allá?

Cercioró un viejo:

—Así dicen. Y eso dimana de un milagro, que le salvó la vida al propio Señor Juan Caballero. En aquellos entonces no más que le decían Juanillo el Cantaor. El Señor Juan, que sufría una persecución a muerte, estaba esperando que pasase la solanera metido entre unos olivos, la jaca con más resuello que un galgo, cuando sintió encima la patrulla de miqueletes montados. De un salto se puso a caballo y salió espoleando. Aun cuando llevaba la jaca cansa de correr día y noche, escapando de aquella persecución tan encizañada, los miqueletes ni por soñación le competían, pero el teniente montaba un overo que había sido de un marquesita sevillano. Y como lo llevaba fresco, se veía en mucho compromiso el Señor Juan Caballero. Ya casi que se consideraba perdido. En todo el largo de la carrera, por darle alivio a la jaca, había ido soltando la canana, el trabuco, las alforjas, hasta la silla. La jaca se había quedado en pelo, pero no sacaba ventaja. Llegaron así, ganando terreno el teniente, hasta un barranco muy profundo. El Señor Juan metió las espuelas y pasó al otro lado con este grito: ¡Acórreme, Virgen de Linarejo! El caballo del teniente se reculó, sin atreverse al salto, y fue entonces, según cuentan, cuando dijo el teniente lo que su merced recordaba: ¡Hasta la Santísima Virgen protege en esta tierra a los ladrones!

—Llamar a eso milagro es una blasfemia.

—¿No le parece milagro a su merced ese vuelo de una jaca cansa, que ninguna bestia herrada ha podido dar ni antes ni después?

Atestiguó la bruja:

—Milagro y muy grande. Juanillo Caballero, en aquella ocasión, pasó sobre el manto que le tendió desde el Cielo la Santísima Virgen de Linarejo. Y otro milagro manifiesto que se halle con vida este galán tan guapo. El *Agnus Dei* que llevaba al cuello fue su coraza.

El viejo faccioso se abismó con ceño de inquisidor:

—Conviene no confundir las obras divinas con los juegos del diablo.

Socarroneó el viejo:

—¿Viene su merced a significar que no se debe recibir moneda sin haberla sonado?

Ceceó un galán:

—Lo que mi padre ha referido es verdad. Ese salto es un vuelo de pájaro, y no le da ninguna bestia herrada.

Alzó la cabeza el herido:

—Yo lo he dado en el Chorlito.

—¿Que tú lo has dado?

—Yo lo he dado.

Terció el viejo socarrón y marchoso:

—Ese salto se da, pero con una jaca rendida no se da.

Mostró su desdén el convenido de Vergara:

—El peligro presta alas, y el miedo también hace milagros

Insistió Linarejo, con doloridos acentos:

—Ese salto yo lo he dado por el gusto de hacerle perder el color a una mujer.

Hubo un holgorio novelero de comentarios:

—¡Mucho tenía que valer la gachí, compadre!

—¿Y cuando ibas por el aire, no recordaste de ningún Santo del Cielo?

—Solo me relampagueó volver los ojos para ver si tenía la cara pálida aquella mujer.

—¡Pues eres tú más que Don Juan Tenorio!

Formuló el faccioso, con dejo áspero de inquisidor:

—La juventud es muy loca.

Y el viejo cortijero:

—Cada edad tiene su caudal, y conforme se gasta uno, se gana otro. Se gastan ilusiones y se recogen experiencias. Tú, Linarejo, más tarde o más temprano, recogerás alguna lección de esa gran locura que cuentas haber realizado con Chorlito. Nada se pierde. Las ilusiones que se pierden en el albur, se ganan como experiencias en el gallo.

Linarejo doblaba la cabeza mareado. En nieblas de tabaco agrandaba sus picos sobre la pared la sombra de un gorro de cuartel y hacía cabriolas el borlanchín. Cabriolas muy expresivas y endiabladas. Le sobrevino un dolorido ardor en el pecho y entendió que la bruja le curaba con aceite hirviendo. Andaban todos en rueda a su redor, cerró los párpados y le traspasó el deleite del que vuela en sueños.

XXXII

DON Lope Calderete repica el aldabón: El gallinero del cura cacarea alborotado, ladran remotos canes, abren los brazos por la copa de las higueras, grotescos espantos y la luna carirredonda, clarea el Compás de los Verdes. El Padre Vicario saca la punta del gorro por medio ventanillo:

—¡Basta de escándalo!

Sujetándose las jaretas salía de su alcoba con una palmatoria la hermana del Padre Vicario:

—¡Caso muy apremiado ha de ser para venir con esa bulla!

Don Lope en la calle:

—El Santolio para un huésped. ¡Me ha caído la lotería!

La hermana del bonete, posa la palmatoria y se ata los refajos: Las pulsaciones del reloj y los ojos del gato, amueblan el corredor:

—Hermano, no queda otra que importunar al herido. En la alacena de su alcoba está el cofre del Santolio.

—Sueño de piedra había de tener para no haberse despertado.

—¿No será mal visto que yo entre tan a deshora en la alcoba de ese joven?

—Me pasaré yo. Voy a echarme la sotana.

Con súbito sobresalto fugose la vieja, llevándose la palmatoria, agarrándose la frente con una mano: Volvió desolada.

—La Rosina no está en su cama.

—¿Cómo que no está?

—Acabo de verlo.

—¡De baile se nos ha ido esa zarandaja! ¡Mañana la baldo!

—¡Ojalá fuera eso! Peor cosa me temo y no me aguardo más un instante, para ponerlo en claro.

Corrió a llamar en la alcoba que por el accidente de la capea ocupaba el Pollo Real:

—Caballero, sírvase usted abrir la puerta. ¿Me oye usted, caballero? ¡Mucha prudencia, hermano!

—¿A cuento de qué?

—¡Ahí dentro está la gran relajada!

Bramó el bonete:

—¡Todas unas sois las mujeres! ¿En qué fundamentas tus palabras?

—¡Lo siento dentro de mí! ¿Me estás escuchando, disoluta? ¡He de arrastrarte de los pelos! Caballero sin vergüenza, abra usted la puerta.

El bonete apartó a la hermana, y a puras costaladas, jadeando, logró saltar los cierres. Del tantarantán que pegó metiose en la alcoba. Oyó gemir a la sobrina: Reparó la ventana abierta y fue sobre ella. El Pollo Real se descolgaba por una cuerda hecha con las sábanas desgarradas. Acudió el clérigo a descolgar su escopeta de cazador, y en dos zancadas se repuso en la ventana haciendo

puntería. Sintiose de pronto, sujeto en la crispadura de unos brazos. Le sofocó el aliento de la sobrina:

—¡Máteme a mí, si es tanta su saña!

Se interpuso la madre con las uñas de fuera:

—¡Para siempre te encierro en los Tres Clavitos de Córdoba!

—¡Llévatela de mi vista, que me vienen tentaciones de matarla!

Hacía señal la campana. El bonete se rascó una cerilla en el zapato y en las tablas de una alacena buscó el cofre de los Santos Óleos.

XXXIII

FALDEANDO por el Cerro del Castillo, iba de retorno, con buen paso de andadura, la tropa de Estepa. Sobre el roto almenar, las cigüeñas velaban la noche de luceros. Traía el viento remotas voces de pastores y feriantes, en vaga ruta tras las reses descarriadas. Rosalvino, saliendo al raso la tropilla, metió el cuartago a emparejar con la mula bernarda que regía el Señor Juan Caballero.

—¡Ha sido esta feria un estropicio, Señor Juan!

—¡Por ti lo siento!

—A mí me hablaron Lechuga y el Maruxo.

—Buena gente. Pero si vale un consejo…

—Tras él vengo.

—Del sastre apártate cuanto puedas. Le acompaña a ese hombre un sino muy negro… Y sabe ser amigo, y nene palabra… ¿Recuerdas cuando le vimos en la feria? Pues con solamente verle, me ha hecho mal de ojo. Esta zaragata del espanto y la otra de la plaza te lo confirman. Verle venir para mí, y tener un santiamén de todo cuanto después ha pasado, fue una misma cosa. ¿Qué te han propuesto esos dos caballeros?

—Acuñar moneda.

—Poca estimación se tienen. Para esos sujetos ya no hay cortijos, ni diligencias, ni labradores con onzas, ni canónigos y marqueses en Córdoba y Sevilla. ¡En bien poco se precian! Tú, si te pones fuera de ley, hazlo noblemente. ¡Y qué otra voy a decirte, si la ley te pesa! Yo no valgo para predicador, y a más, tengo muchas culpas en la conciencia. Si te sales del camino legal, que sea noblemente: Has de tener el arranque de gritar: Rosalvino de Estepa no reconoce ni jueces ni varas. Él tiene sus leyes. Porque no hay oficio sin su código, y el que

mejor lo cumple más prospera. Eso nunca debes olvidarlo, Rosalvino.

—El Maruxo trabaja en todo, ya sabe su merced.

—El Maruxo es buen compañero, fuera de esa aberración de la moneda falsa. Rosalvino, los ímpetus que tú tienes piden mejor empleo. A mí me avergonzaría la celebridad de Luis Candelas. Tú puedes ser Rey de Sierra Morena.

—Usted se chancea, Señor Juan.

—Como yo pude serlo, de no habérseme metido la grima de la sangre, con aquellas muertes. Hoy la he sentido. Cuando iba a disparar la pistola, he visto resucitado a Antonio el Tuerto. Si no me vale esa ilusión milagrosa, cargo mi vida con otra muerte. ¡Y te hablaba enantes del sino negro de Lechuga! ¡Sino de carbón el de Juan Caballero!

—¿Señor Juan, no volvería usted a la Sierra?

—¡Jamás!

—Recapacite usted, maestro, que esta feria ha sido nuestra ruina.

—¡Fuera solamente ruina! Para mí estas ferias han sido el entierro.

—Señor Juan, espante usted esas murrias.

—¡El fin de todo! Al reñir primero, y después en una casa que no nombro, he sentido los años. Los gitanos me acorralaban y la casa guardaba para mí un desengaño todavía más cierto.

—¡Malas ferias!

—¡Renegadas!

—Maestro, tire usted de la cantimplora.

—Hoy ha sido mi entierro. ¡Ferias de Solana, qué mal me habéis tratado! Digo las ferias, y es la vida que no quiere nada con los viejos. ¡El Santo Cristo tenía la cara cubierta con un pañuelo! ¡Ay, que no supiera yo el misterio de ese pañolico alcahuete!

Tropezó la mula, y el viejo caballista la contuvo, jurando recio. El grillo y el sapo cantaban alternos. Pastores y ganaderos en vaga ruta por los campos, tras las huidas reses, se respondían con voces en la clara noche de estrellas. Cuatreros y caballistas, esquivándose a los caminos de cañada, iban arreando los piños garbeados en el espanto de la feria, cabras y recuas de mulos, rebaños de ovejas y gruñidores marranos.—Iban agudo, faldeando los oteros y por la sombra de los olivares para trasponer el robo a los cobijadores cortijos de la Sierra Azacaneaban en la noche. Iban por una desolación de lontananzas con estrellas, suscitando los ladridos de remotos perros

XXXIV

POR el camino carretero rodaba el carricoche del Tío Ronquete. Había renovado el tiro con una recua de tres mulillas, y el viejo gitano, en vanguardia, montaba la cruz de sus calzones en una yegua bien enjalmada, con alegre caballito al flanco:

—¡Salud, Señor Juan y la buena gente! Ya he tenido noticia del sinjuicio y mala conducta de algún caloré. A esos llamo yo caballos sin solabarrí.

A lo lejos, cruzaba la llanura el tren de Madrid. Para verlo pasar remontando las bardas manchegas, asomaba la luna su chato rosicler de Aldonza Lorenzo:

—¡Mucho se oye el pito de la máquina!

—Tenemos el tiempo mudado.

—No podían ser de dura estas calores.

XXXV

HACÍA señal de muerto la campana de los Verdes. Por la carretera, en las ancas de un mulo, al cabo de una recua, canta el berebere:

—¡Solana, corral de cabras,
Para no verte me voy!
¡Si la entrada tienes mala,
La salida es aun pior!

LIBRO SEXTO
BARATO DE ESPADAS

I

—¡AL alimón! ¡Al alimón!

Claras luces madrileñas.—Salón del Prado.— Niñas y ruedas de la tarde, coloquio de nodrizas y roses marciales. Calesines y simones bajan, en puja, a la Estación del Mediodía. Arrastra el viento las silbatadas de la locomotora por las frondas del paseo. El cesante reumático profetiza en un banco:

—¡Agua tenemos!

II

EN los amenes isabelinos ocurrieron notorios milagros, pero ninguno tan sobresaliente como la puntual llegada del tren andaluz, aquella clara tarde madrileña, cándida tarde de milagro, perfumada de lilas y canciones de Primavera. Al trote de los maravillados jamelgos retornaban simones y calesines cargados de viajeros, zancas abiertas, sobre el equipaje de valijas y sombrereras. El Marqués de Torre-Mellada, extremoso de mieles y obsequios, conducía en su carruaje al encapotado General Córdova: Brujuleaba por ganarle el aire:

—Te dejo en tu casa, y esperas hasta que conferencie con la Señora. Nada de hacerle el juego a Serrano. Si lo meditas, comprenderás que es un descabello esa cacareada manifestación de fajines. ¿Fernandito, qué le dejáis a las cigarreras? Figúrate que el exprés hubiera traído el retraso de costumbre… Por un momento hazte esa cuenta. No hubieras estado a tiempo oportuno. ¡Es indudable!

En el Salón del Prado la nodriza y el sorche, alternativamente, empujan la rueda del barquillero. Marte enciende una tagarnina de a cuarto. Convida Ceres Pasiega. La tagarnina arde. ¡Flora plena de milagros!

III

EL General Fernández de Córdova, sin tomarse descanso, metiendo prisa al asistente, revistiose los arreos militares y engomadas las guías del bigote, ilustrado el pecho con todo el cuelgue de medallas, cruces y veneras, echose a la calle: Muy farolón, puesto en medio de sus ayudantes, bajó al Prado. Entre los Generales de la conjura mediaba el acuerdo de acudir en cotarro marcial a tomar el sol en aquellas frondas. Como era tarde de milagros, no faltó ninguno de los juramentados Martes.—Vistosas luces de plumeros y bandas engalanaron el barcino arenal, entre las fuentes de Cibeles y Neptuno. En un banco, tibio de sol, el terceto de cesantes, emulándose, canta los nombres:

—¡El Duque de la Torre!

—¡Don Domingo Dulce!

—¿Ha visto usted? No oculta la cara el General Serrano.

—Pierrat, Contreras, Caballero de Rodas, Nouvilas, Echagüe.

—Esto es la caída del Gobierno.

—Buceta, Izquierdo, Sánchez Bregua. Juntos hemos sido escribientes en Oficinas Militares. ¡Suerte de gallego!

—Suerte de gallego, y la buena letra.

—¡Eso sí! Un pendolista de primera: Siendo sargento, puso en un librillo de fumar el Reglamento de Carabineros.

—¡Ya es mérito!

—¡También le ha valido el ascenso a oficial!

—¡Pues es un caso de justicia raro en España!

—Brigadier Letona, Zabala, Messina, Ustáriz, Baldrich, Alaminos, Milans, Serrano Bedoya.

—¿Los ha contado usted?

—¡Diez y ocho!

—¡Si esto no es la revolución, puede ser la mecha! ¡Son muchos charrascos!

—Consecuencia lógica de los nombramientos para las dos vacantes de Capitanes Generales. Crisis de Ultratumba provocada por los Duques de Tetuán

y de Valencia.

—¡Tómelo usted a chacota!

—Ahora llega Córdova. Si no he contado mal, son diez y nueve.

Ante las luces de charrascos y pompones, un súbito desbarate de las ruedas infantiles prolongaba la arenosa avenida, en el rosa y malva del crepúsculo. El cisma de toses y bandas, fajines y ojos de gallo, subió por la esquina de Villa Hermosa. Pregones y tonadillas reverdecieron bajo las arboledas. La pasiega y el sorche tornaron a cambiar promesas empujando la ruleta pitagórica del barquillero.

IV

EL Palacio de Oriente se hizo todo cruces al soplo de que habían salido a pintarla con terno de gala, salivillas y toses, diez y nueve jaques del Generalato. Entre apuros y sustos fueron alumbradas todas las santas imágenes de las Cámaras Reales. El Marqués de Torre-Mellada coincidió al pie de la gran escalera con el Marqués de Alcañices:

—¿Pepe, tú reprobarás la conducta de los Generales Unionistas? Los Grandes no podemos aplaudir esos aires matones. Yo confío que todo pasará como una nube de verano.

Adolfito Bonifaz se les juntó:

—Vengo de tu casa, Pepe. La Señora me ordenó que te buscase.

—Ya ves que me adelanto a los deseos de la Señora.

—Afrontando una silba, he dado orden al cochero de meterse por el Prado. Quería cerciorarme por mis ojos para enterar a la Señora… Yo conté hasta catorce espadones.

El Marqués de Alcañices dejose caer con pausa y reserva:

—Yo he contado diez y nueve.

Se apuró a subir la escalera el Marqués de Torre-Mellada:

—El Gobierno, si dispone de la guarnición, debe prenderlos. En el caso contrario, dimitir y dejar libre la elección de la Corona.

Bajaban la Duquesa de Santa Fe de Tierra Firme y Condesa de Olite, presidenta y secretaria de las Señoras Josefinas. Llegaban resplandecientes, con las regias promesas de un donativo para la tómbola de los parvulines bautizados en Conchinchina: Se detuvieron, coquetas y pedigüeñas. Sonaban las cornetas de

San Gil. En el zaguán formaba la guardia de alabarderos: Las madamas se miraron:

—¿Hay revuelta?

Esclareció el Barón de Bonifaz:

—Son precauciones.

La Condesa de Olite se hacía toda misterio:

—Debe de haber algo. El Confesor y la Santa han subido por la escalera secreta.

Se asombró la de Santa Fe:

—¿Cómo lo has guipado?

—Pestaña que una tiene.

Insistió la de Santa Fe:

—¿Pero hay pronunciamiento?

Cacareó un tramo de escalera arriba, el Marqués de Torre-Mellada:

—¡Una pantomima! ¡Nada! Pepe le ha puesto un nombre muy propio. La Parranda de Marte. Hay que divulgarlo, cubrirlos de ridículo, disolver la manifestación con las mangas de riego.

Le engatusó la de Olite:

—¡Propónselo a González Bravo!

V

EL Conde de Cheste, Comandante General de Alabarderos, capa blanca, sombrero con plumas, haciendo piernas barateras, acudió a recibir órdenes de la Augusta Señora. Su Majestad, con magnánima entereza, refrenó los hipos y apuntó donaires:

—Si esos murguistas pretenden llegar hasta mí, quiero que sean inmediatamente arrestados y puestos a pelar patatas. Todos me deben cuanto son: Sin mí, el que más, sería hoy teniente del resguardo. No tuerzas la cara, que tus méritos y los de otros no los olvido en ningún momento. ¿Qué pretende esa Parranda de Marte? ¡Imponerse al Trono! ¿Es así como pretenden esos díscolos llegar a la Regia Cámara?

Aseguró el Conde de Cheste:

—La fórmula estará, sin duda, llena de respeto. Solicitarán presentar un memorial de agravios a Vuestra Majestad. Si Vuestra Majestad no se digna

recibirlos, se limitarán a dejarlo para el Despacho en Secretaría.

—¿Y quieres decirme, qué boca de ángel te puso tan al corriente?

—Señora, son conjeturas que cualquiera puede hacerse.

—¿Solo conjeturas?

—¡Absolutamente!

—¿Y si te equivocases?

—Lamentaría que llegase ese caso…

—Vas a darme un consejo de amigo, que pospone la opinión política a los intereses del Trono: ¿Qué hago yo con el supuesto papelito? ¿Qué respuesta le doy? ¿Lo dejo sin respuesta?

—Vuestra Majestad habrá cumplido con someterlo a la iniciativa del Gobierno.

—¿Que resuelva el Gobierno? Tienes razón. Es lo constitucional, y esos templados no tendrían derecho a reprocharme nada… ¡Con todo, una dedalita de miel para amansarlos! ¿Tú cómo lo ves? El paso de hoy marca un cambio de frente en los Espadones Unionistas: Si pactan con los del progreso, hay que desbaratarles el pacto… La revolución, si estallase, sería para algo más que para un cambio de Gobierno. ¡No me hago ilusiones! Sería para imponerme la abdicación y arrancarme de las sienes la Corona.

Tomó tablas con la mano en el pecho, el Conde de Cheste:

—¡Eso querría ser! Dios hará que no se cumpla ese fementido deseo.

Desentono la Señora:

—Dios y un poco de prudencia en sus criaturas.

VI

SE movió discretamente una cortina, y salió muy entonado el Rey Consorte: —Cabeza de peluquero, levitín de fuelles, bombachos color canela, botitas de rusel con tacón alto.— Pisándole la sombra, salió, desfigurada en beata de merinillo, la Monja de Jesús:

—¡Ave María!

La Augusta Señora abrazó con lagotero compunge, a la Seráfica Iluminada:

—¡Patrocinio, interpon tu valimiento con el Altísimo! La cuadrilla de matachines se ha echado al ruedo, y, probablemente, intentará llegar hasta mi presencia.

—Vuestra Majestad cuenta con leales defensores y una heroica espada.

La monja derivaba un significativo golpe de ojos sobre el Conde de Cheste. El General se arrodilló esperando la gracia de besar el cabillo de correa, que, por el borde del manto, le coleaba a la Seráfica Madre:

—¡Qué tiempos de prueba, Señor Conde!

El Señor Conde se tocó la espada, con garbo de comediante:

—Si los conjurados llegasen en su desmán a pretender hollar la Regia Cámara…

Se apenó la Augusta Señora:

—No extremes las cosas. Si la Guardia hubiese de hacer fuego sobre esos locos, que sea después de agotadas todas las razones. ¡Esa promesa la exijo de ti! Con ella me dejas menos preocupada… Si se ponen pelmas y lo echan por la tremenda, no estará mal un escabeche con todos ellos. ¡Pero había de ser con todos!

Inflose, fantasmón, el Señor Conde de Cheste:

—Haremos una nueva representación de la Campana de Huesca.

El Rey Don Francisco, que se sonaba en el fondo de un balcón, vino a los medios, doblando con primor el pañuelo, el pasitrote currutaco:

—¿No estará ganada la Guarnición?

Se engalló el Capitán General:

—La Guarnición permanecerá fiel a la Reina.

Apuntó la Señora:

—¿No te cegará la confianza?

—Respondo con mi cabeza.

—¡Dime antes qué hago yo con tu cabeza! ¿Tienes seguridad en todos los Jefes de Cuerpo?

—¡Absoluta!

—¡Como ha visto una tantas ingratitudes!

El Rey Consorte acompañaba con su chirimía:

—¡Tantas! ¡Tantas!… Yo creo que debían ponerse baterías en los ángulos de Palacio. Isabelita, en puridad, está indefenso Palacio. Las Guardias, aun cuando hayan sido redobladas, son cuatro gatos… Sin duda harían una brillante defensa, basta para infundirles heroísmo el ilustre soldado que los manda. Pero mi duda está en que puedan los conjurados sacar tropas de los cuarteles y sitiarnos por hambre.

Se quitaba y se ponía los anillos la Reina Nuestra Señora:

—¡Cuando niña, me vi en ese trance!

Refrendó la monja:

—Aquel ayuno os libró de la regencia jacobina y os reintegró a los brazos de Vuestra Augusta Madre.

—¡Así fue! Dos días a galletas y chocolate…

Confirmó el Rey:

—¡En aquellos aciagos días las logias masónicas tuvieron secuestrada a la Corona!

Le salió el pavo a la Reina:

—¡Ese recuerdo, me impedirá siempre ceder ante las imposiciones y las intrigas de los interesados en perturbar con otra regencia la paz de España! Ante todo la tranquilidad de mi conciencia.

El Rey Don Francisco apuntó un discreto comentario:

—Estoy de acuerdo, y precisamente, ante el alarde de esos díscolos, lógicamente, temo que hayan trabajado los cuarteles. Sin duda, no intentarán tomar la escalera, y repetir la locura que una vez ha dado tan funestos resultados ¡Evidentemente! ¿Pero puede asegurarse que, si cuentan con las tropas, no intentarán poner cerco a Palacio? Recogerán las lecciones de la Historia. El asalto a la escalera ha sido un lamentable fracaso, pero, poco después, aquellos mismos hombres alcanzaron el logro de sus ideales poniendo cerco a Palacio. Isabelita ha recordado muy oportunamente la gazuza de aquellos tres días a régimen de galletas y chocolate

Sacó la Reina el cabillo de sus recuerdos infantiles:

—Al General Prim, desde los balcones, le veíamos caracolear en tomo a Palacio… La cara verde de bilis, lleno de salpicaduras de lodo el pantalón colorado. La de Mina le llamaba el Caballo de Espadas. ¡Qué vueltas da el mundo!

Concluyó apenujado el Rey Consorte:

—¡Dios sobre todo!

Con sonrisa de pastaflora, solicitaba el asentimiento de la Madre Patrocinio: La Seráfica aprobó, musical y balsámica:

—¡Procuremos desagraviar con nuestras acciones al Santísimo!

La música afligida de aquella exhortación insinuaba una queja secreta recibida en celestiales confidencias. La Reina Nuestra Señora, puesta en sobresalto, traspasada de recelos, temerosa de verse sometida a un sacrificio insuperable, intentó disimular con chungada borbónica las zozobras de su Real

Ánimo:

—La primera falta de esos parrandistas es que se hacen esperar demasiado. Pezuela, confío que tu espada leal sabrá defenderme.

Gatusona y mandona, le despidió dándole a besar su Real Mano.

VII

LA Antecámara tenía un aire de velorio, los palaciegos, apagando las voces, se reunían por los rincones, con alcahuetes soplillos. El Marqués de Redín, en servicio de Gentilhombre, recibía las timoratas confidencias de su cuñado Torre-Mellada:

—El Gobierno está reunido y supongo que de ahí salga la crisis para dar paso a una situación unionista bajo la presidencia del General Serrano.

El Marqués de Redín se incrustaba el monóculo, con engalle de británica elegancia:

—Eso sería lo más cuerdo. Hay batallas que no deben darse. Sin embargo, sospecho que la prudencia no sea el numen que en estas circunstancias inspire al Gobierno.

—¡Sobre el Gobierno está la confianza de la Corona!

—El Conde de Girgenti, Príncipe de la Casa Real de Nápoles, llega esta noche a Madrid… ¿Crees que puede darle la bienvenida el partido que tiene en su historia el reconocimiento del Reino de Italia? La Familia Napolitana lo tomaría como un agravio, y no olvides que cuenta con el apoyo del Vaticano. Como ves, empieza a dar sus frutos la absurda política de casar a la Infanta con Girgenti.

Torre-Mellada se compungía con asustados pianillos:

—¡Ese absurdo permite al carlismo una actuación contraria a las doctrinas de la Santa Sede! ¡El caos! ¡El caos! ¡Bueno está el partido de las sacrosantas tradiciones! ¡El caos! ¡El caos!

Tenía la voz una celeridad confitada. El Marqués de Redín, con el reflejo del monóculo, temblante en el arco de la ceja, adoptaba un docto y almidonado empaque académico:

—¡Explícate, querido!

—Confirmado, plenamente confirmado la inteligencia del carlismo con los radicales. Mediador, un tal Cascajares. En Suiza está y celebra conferencias

diarias con el Niño Terso. La noticia viene por nuestra Embajada de París. ¡Qué apostasía, Fernandito! ¡Qué apostasía por ambas partes! ¡Qué ausencia de ideales!… La Señora, no sé qué resolución adoptará.

Insinuó con embozada zumba el diplomático:

—La Señora debe escribírselo al Papa.

—¡Todos somos del mismo parecer, en la intimidad de la Señora! El carlismo, hay que reconocerlo, nunca se hubiese lanzado a pactar con las demagogias, sin la mediación de la diplomacia pontificia para la boda de Girgenti.

Sentenció Redín con sorna petulante:

—El Vaticano cambiará de política, aun cuando solo sea al piadoso intento de contener en el camino de perdición al Duque de Madrid. No vaya a tomar ese joven el mal rumbo del autor de sus días, y a parodiar la frase de su abuelo: Madrid bien vale una Constitución.

—¡Sería el colmo!

—¡Os dejaba pintados!

—¿A quiénes?

—A los camarilleros que trabajáis la abdicación en la rama legitimista.

—¡Qué absurdo! ¡Nosotros colaborando con Prim! ¡Un enviado de Palacio, Cascajares!

Sonaba con hoja de moneda fullera el remilgado cacareo del palatino. Redín le miraba incrédulo, con remotos dejos de lástima:

—El carlismo en esta ocasión actúa con una audacia maquiavélica, que no está en sus tradiciones: Simultáneamente parlamenta con los revolucionarios y con los círculos de Palacio.

Chifló con ladina quejumbre el palaciego:

—¡Fernandito, a mí no me compliques!… ¡Yo soy leal al Gobierno! La Señora no ha pensado en abdicar, y sin ese requisito no hay coyuntura para conversaciones con el Pretendiente.

—¡Sin duda! Pero en el vago supuesto de la abdicación, los camarilleros volvéis los ojos a Don Carlos.

—¡Antes que otra Regencia Progresista!… La abdicación impuesta por los revolucionarios no puede admitirse. ¡El Príncipe cautivo de las logias! ¿Tú entregarías la educación de un hijo a los redactores de *La Nueva Iberia*?

El diplomático, burlón y risueño, se ajustaba el monóculo:

—¡Es un grave caso de conciencia!

—¡Me alegro que lo veas así! La Señora no abdicará, pero si abdicase, es indudable que lo haría renunciando a sus derechos y los de sus hijos, en la rama desterrada. Otra Regencia Progresista con allanamiento de conventos y expulsión de monjas y frailes, renovaría la guerra civil en España.

—La Reina es madre, y querrá legar el Trono al Príncipe.

—Es madre, pero también es muy buena cristiana y se da cuenta de los males que acarrearía una Regencia. La Señora pone sobre sus sentimientos maternales la salvación de las conciencias españolas, en el Seno de la Iglesia.

Admirose Redín con irónica sorna:

—Tú escuchas entre cortinas los sermonetes del Padre Claret.

Adoptaba un aire de fatua suficiencia el Marqués de Torre-Mellada:

—Eres corrosivo. En modo alguno me obceco, y tal como ruedan las bolas, creo que debiera parlamentarse con Serrano. La Señora, me parece que está en ello. No lo divulgues. He recibido indicaciones para la busca y captura de cierto mensajero. No puedo decirte más.

Redín le clavó los ojos con aguda malicia:

—Jorge Ordax ha sido llamado a la Cámara de la Reina.

—¡Pues ya lo sabes todo!

—¡Aberrante!

VIII

EL Duque de Ordax, casaca y llave de gentilhombre, espadín y media de seda, estaba de servicio en la Cámara del Príncipe Alfonso. Con un susurro, le saca por la galería el Marqués de Torre-Mellada. Le introduce en la Cámara Real. Jorge Ordax, ante una benévola indicación, besa la achorizada mano de Su Majestad Católica:

—Mira, vas a quitarte esas preseas, para cumplimentar una misión de suma importancia… ¡Muy discretamente!… Necesito en estos momentos que me sirvas con la lealtad que es proverbial en vuestra casa. Vamos a cuentas. ¿Sigues entendiéndote con la sirena ultramarina? Antonia todo lo puede con su marido, es la que más intriga para que se pronuncie contra el Gobierno. Tú la ves, y, plenamente autorizado, le aseguras mi propósito de entregar el poder al Duque de la Torre. ¡Un compás de espera! ¡No me mires atónito! Estoy disgustada por haber cedido a la presión del Gobierno. ¡Verás la jarana que arman los dichosos

nombramientos de Capitanes Generales! Avístate con esa belleza y no le ocultes que vas de mi parte. Ella que brujulee para apaciguar la bilis de los descontentos. Lúcete, que te reservo una embajada.

El Duquesito de Ordax escuchaba con acentuada ceremonia de palaciego:

—¡La Señora me honra en extremo! Mi deber, como militar, es la obediencia… Pero la diplomacia nunca ha sido mi fuerte… Vuestra Majestad ha sido mal informada y me supone un predicamento, de que no disfruto, con la Duquesa de la Torre.

Empavesó el busto la Católica Majestad.

—Pues eran otras mis noticias.

—Repito que está mal informada la Señora. Media el honor de una dama, y como caballero, estoy en el deber de disipar las suspicacias de Vuestra Majestad.

Se acachazó con un mohín zalamero la Augusta Persona:

—Deja la caballerosidad a un lado, y sirve lealmente a tu Reina.

—No es otro mi deseo.

—¡Pues no lo parece!

—¡Al Rey, la hacienda y la vida
Se ha de dar, pero el honor
Es patrimonio del alma,
Y el alma solo es de Dios!

—¡No me vengas con coplas progresistas!

—Don Pedro Calderón no creo que tuviese noticia de Don Baldomero Espartero.

—¡Muy antiguo haces tú ese texto! ¡Parece del *Gil*! ¡Y es el caso que me suena! ¿De dónde me suena? ¡Del Teatro! ¡Justo! La comedia que representan en la Cruz, Julián y Valero. Ya recuerdo, es un cantable de Valero. Los monterillas en el teatro hablan siempre para la cazuela. ¡Está bien! ¡Un Grande de España que rehúsa servirme y aduce coplas de un rústico, que tuvo la vara de alcalde en Zalamea! ¡Está bien! ¡Un Grande que se zafa del real servicio con un cantable de teatro! ¡Un Grande que toma ejemplo de un monterilla rural, posponiendo las obligaciones de su sangre y el primordial deber de su clase, que es el Servicio de las Reales Personas! ¡Lo tendré presente!

La nieta de cien reyes, empopada y augusta, señalaba la puerta.

Jorge Ordax se retiró con el despecho abierto a la perspectiva de sublevarse y obtener un grado de la Revolución: Recapacitaba bajando la gran escalera:

—El Duque de Montpensier tiene algo de Rey de Oros… Prefiero al Príncipe… ¿Pero quién regenta? ¡No hay más que aguantarse con lo que tenemos!… La República acabará haciéndose fatal en España… El Príncipe es un candil sin aceite…

IX

—¡LOS Generales de la Unión en la calle! ¡Muy grave! ¡Muy grave!

—El Gobierno ha provocado el conflicto, con los ascensos de Concha y Novaliches.

—¡González Bravo es un impulsivo, y le creo capaz de liarse la manta a la cabeza!

—¿Qué puede hacer? ¿Meter en prisiones a todos los Generales? Sería de hecho la revolución, y nosotros, en todo caso, habríamos de regocijarnos.

La Tertulia Progresista sacaba sus oradores por el fondo verde de los Billares:

—¡Soplan aires de fronda! ¡Anuncios de auroras! ¡El fantasma de la tiranía!…

Un cesante con cara de resucitado:

—¡Veo en el poder a la Unión!

Un chamelista:

—¡El seis doble!

Un escarmentado:

—La Isabelona hará el paripé. ¡Se pinta para ello!

—¡Cesante de Pósitos, me repondrían!

—Esta baza la ganan los Príncipes de la Milicia.

—La Tiara tiene puesto el veto al morrión del progreso. España continúa siendo un feudo de Roma. Acuérdese usted de O'Donnell. Yo le he visto solicitar de rodillas con una vela verde la bendición de la Monja Milagrera.

—A estas horas, ya se ha ido por los calzones Paquita

—¡Qué peste!

—El Padre Claret tendrá que menearse, sahumando con la chufleta.

—Pediría para Ultramar.

—¡También anda mal aquello!

—Al Páter, cuarenta palos en las plantas de los pies, por primera

providencia. A la Monja, cambiarla de celda y ponerla el catre en casa de la Malagueña.

—¡Viva España con honra!

—¡Y sin Marfori!

—¡Fuera Marfori!

—Y el Pollo Real.

—¡Somos frígilis! El Pollo que se quede para remedio casero.

—El pueblo, el honrado pueblo, no ha escatimado la expresión de su entusiasmo, al paso invicto de los héroes más destacados de nuestras modernas epopeyas. ¡El Prado de San Fermín aún resuena con los vítores y aplausos! Oficiales Generales de todas las armas, de todos los partidos, de todas las procedencias se dirigen en este momento a la Cámara Regia. Allí, como los ricoshombres de otro tiempo, harán resonar la voz de la lealtad castellana. Les oiréis decir: ¡Una España con honra queremos!

El amargado chamelista interrumpe, sardónico:

—¡Eso con música!

Otras voces:

—¡Música! ¡Música!

El chamelista sin tabaco:

—¡Eso se canta!

Compases del Himno de Riego: Trémolos de un hortera romántico, víctima de las injusticias sociales:

—¡Por sus prendas al hombre estimamos,
No tan solo por conde o marqués!

La bulla deriva en ramplón entusiasmo:

—¡Otro Tamberlick!

El fácil poeta de las gacetillas brinda una letra: Improvisados coros la dan al viento:

—¡Una España con honra queremos,
Y que invictos decoren su sien,
Los laureles de Otumba y Pavía,
De Sagunto y Numancia también!

La música sale por los balcones y recorre las aceras, saltando sobre los mecheros del gas que alumbraban de repente.

X

LA Parranda de Marte, esparciendo una brisa alcanforada —preservativo de la polilla en los uniformes—, recorrió algunas calles con escolta de babiones y acabó la bélica jornada, encendiendo los vegueros en el rimbombante despacho de Don Augusto Ulloa:—Portieres de brocatel con blasones de linaje: Cerdos de Andrade: Dos gallos picando en un salero: Una constelación de sabrosas truchas del Ulloa: El pomposo farolón, con sorna de tresillista que tiene una puesta en el plato, ofrendaba odres de optimismo al rejalgar con que venía la Parranda de Marte:

—Creo, señores, que aún no es ocasión de liarse la manta a la cabeza… Confío que esta aldabada produzca saludables efectos en Palacio. ¡Calma! ¡Calma! ¡Calma! ¡Calma!

Estalló el General Nouvilas:

—¡Esa Señora es imposible! ¡Se está buscando una patada en el tafanario!

Terció con su clásico navajeo el Señor Duque de la Torre:

—Cambia en una loseta y malogra sus más loables cualidades.

El General Sánchez Bregua destacó su minúscula prosopopeya de cabo con buena letra:

—¡De acuerdo!

Se mantuvo un momento con el pulgar y el índice en rosquilla, pronto a volcarse en elocuentes considerandos. Don Augusto Ulloa, ganándole la vez, dilataba sus fuelles de buey galaico:

—La Reina se hallaba muy bien dispuesta para llamar al Marqués de Miraflores: El Marqués de Miraflores, ilustre prócer —ilustre por su sangre y por su elevado espíritu de cultura—, propugna una loable política de conciliación, y a este fin hallábase en inteligencia con la Unión Liberal. El Señor Duque de la Torre, el egregio soldado aquí presente pronto a sacrificarse por los altos intereses nacionales, no le rehusaba el apoyo de su espada. ¿Qué clandestina influencia pudo mudar el ánimo de la Corona? ¡Ah! ¿Qué pensar? La Corona sigue un camino equivocado, un camino que conduce fatalmente al destierro: Pavorosa tormenta cierra la noche de la Historia. ¿Cuál es nuestro deber? Sin duda en el corazón de todos palpita la misma respuesta: Sostener el Trono. Ganar las últimas trincheras del carlismo en la Cámara Regia. ¿Qué veis en lontananza? ¿Vosotros ilustres tantas veces en los campos de batalla, no

descubrís ahora las líneas del enemigo? ¿Sobre qué terreno acampa? ¡Ah! ¡Os es desconocido, ilustres veteranos! ¡No es el terreno donde habéis cosechado tantos laureles! Esa vasta lontananza, poblada de sombras, es el campo de las Camarillas Ultramontanas. La Guerra Civil que habéis ganado con tanto denuedo, renace en la Regia Cámara. ¿Ilustres Generales, puede consentirlo vuestro deber de españoles e hijos de Marte? Un hombre civil cree que no. Perdonad mi franqueza, ya que la franqueza es una de vuestras virtudes. Un hombre civil cree llegada la hora de las resoluciones heroicas. El Ejército, en una lucha sangrienta, se ha ceñido los laureles de la victoria, que son de un liberalismo templado. El Ejército no es, no puede ser, una demagogia contagiada de las utopías modernas. El Ejército es la encarnación del Orden. Elementos de los partidos populares conspiran contra la forma monárquica, y otros partidos, más afines con nuestros ideales, conspiran contra la Reina. ¡En nuestro seno combaten opuestas tendencias! ¡Ah! Señores, cualquiera decisión en estos momentos me parece temeraria. ¡Ah! Yo os diría, recordando al llorado Duque de Tetuán: Consultad con la almohada.

Sobrevino un tumulto de voces:

—¡Basta de tolerar sofiones!

—¡Mesalina en el Trono de San Fernando!

—¡Antes que los avances ultramontanos, la República!

—El Ejército no puede ponerse el gorro frigio. El Ejército es el Orden. Retirado en Logroño, el glorioso anciano, invicto adalid de los principios constitucionales, ha consagrado una frase que es todo un programa: Cúmplase la Voluntad Nacional.

El general Nouvilas interrumpe:

—¿Y si la voluntad nacional fuese la República?

Responde del otro cabo el Marqués de Mendigorría:

—No sería la voluntad nacional, sería la locura nacional, y a los orates se les pone camisa de fuerza.

—¿El General Fernández de Córdova no rehusaría el cargo de loquero?

—El General Fernández de Córdova, en el cumplimiento de su deber, no rehusaría fusilar al más querido de sus hermanos de armas.

—El General Ramón Nouvilas haría lo mismo.

Terció con humor el Duque de la Torre:

—¡Caballeros, que aquí todos somos unas malvas!

Don Augusto Ulloa cubría todas las voces con su orneo de buey galaico:

—Orden y Progreso, encuadrados en un liberalismo templado, es el programa que nos legó el glorioso cuanto prudente Caudillo de África. La Unión Liberal no puede lanzarse a una política de aventuras. ¿Y qué es una política de aventuras? ¿Qué significa? Una política de aventuras es lo contrario de nuestros ideales, lo contrario de nuestra historia, la negación de nuestros compromisos con el País. ¡Desgraciadamente, hay quien tremola esa bandera, quien alienta implacables agravios contra la Corona! ¡No desconocéis las tentativas revolucionarias de un ilustre soldado que vive en la emigración!

El Señor Duque de la Torre inició un aplauso: Con gentil compás de pies, salió a los medios y abrazó al pomposo Don Augusto:

—Esta misma noche debe usted presentarle nuestro ultimátum al Señor González Bravo. El Gobierno sabe dónde estamos… Conviene por ahora no ir más lejos y esperar las decisiones de la Corona.

Con unánime aliento se aliviaron aquellos pechos marciales. Don Augusto Ulloa reiteró el brindis de puros habaneros a los héroes de la conjura, y, alardoso en el obsequio, se los prendía por fajines y bandas. Su voz de labriego en el atrio pujando la yunta, dominaba todas las voces. La vena gacetillera ha dejado en la métrica de ocho versos, la moraleja de Don Augusto Ulloa:

Sin más letras que el Catón,
Este gallego Lucense,
Pasa por otro Brocense
En el Seno de la Unión.
Con pieles en el gabán,
Mucha voz y mucha panza,
En la Villa y Corte alcanza
fama, cualquier charlatán.

XI

DON Juan Prim, con el ros ladeado, desde un marco de oralina, preside la Redacción de *Gil Blas*. Allí Enrique Selgas, Luis Rivera, Roberto Roberts, se reparten café y dan coba al mozo que pide la mosca. El Coronel Lagunero entra de golpe, vestido de paisano, garrote y zamarra:

—¡Qué vergüenza! ¡No hay ideales! ¡La manifestación de espadas se ha quedado en manifestación de vainas! Se les arrugó la bragueta antes de ir a Palacio. Conviene recordarles que en caso análogo ha estado hecho un bravo el

General Salazar.

Manolo Palacio recordó campanudo aquel soneto atribuido a Villergas:

—¡Pueblo imbécil, no culpes a Espartero,
Que no pudo hacer más por agradarte!
¡Culpa fue tuya! ¡Culpa de pararte
Y no andar el camino todo entero!
¿No has visto en Zaragoza, al marrullero,
Siete días mortales esperarte?
¿Y luego no le vistes enviarte
Al loco Salazar, por mensajero?
¿No entró este en Palacio dando voces?
¡Llamó a Paco cabrón! ¡A Isabel, zorra!
¡A poco más el Trono, viene abajo!
¿Y aún la intención del Duque no conoces?
¡Si es esto no entender, vete a la porra!
¡Si es esto no querer, vete al carajo!

—¡Bravo! ¡Bravo!

Ante la batiente mampara de gutapercha, se aflojaba el tapabocas un hombre pequeño, aceituno, con los bolsillos llenos de papeles, la mirada en constante acto de furibundo revuelo: Era Federico Balart, poeta disimulado y cojo de bastón: Sacó tabaco y se puso a liar un cigarro, con ahínco de moro que pleitea:

—Si la generalada de esta tarde origina la crisis, tendremos un Gobierno Serrano-Miraflores.

Bullanga de voces:

—¡Y el suicidio de Montpensier!

—¡Nos queda Don Juan!

—¡El Duque de la Torre tiene compromisos muy serios con el Conde de Reus!

Balart tiraba la bufanda, encendidos los ojos africanos:

—Compromisos que olvidaría de muy buena gana, con tal de poder anularle. Palacio es quien mueve los hilos de este complot, y eso explica que se haya eludido la visita a la Regia Cámara. Barrunto una maniobra para desbaratar los avances revolucionarios de las Juntas Populares. ¡Ha visto uno tanto! No me sorprendería que en la sombra se ocultase una intriga de la Unión Liberal. Se repite siempre la Historia de España.

Paseábase haciendo piernas el Coronel Lagunero:

—Yo hubiera ido directamente a las alturas. ¡Era lo derecho!… Con cuatro tacos, imponerse a la tertulia de monjas y frailes.

Fulminó Balart:

—¡Las espadas se vuelven cachicuernas!

Apuntó Luis Rivera:

—Ahí tienes motivo para unas coplas.

El Coronel se estiraba los bigotes:

—Novaliches es un héroe de rigodón, y el otro de habanera. ¡Dos trotacámaras! Han sido pospuestos gloriosos veteranos, con superiores méritos de años y de campañas ¡Yo sé cómo respiran algunos, y esperaba que intentasen algo más!

Sobrevino otra bullanga de voces tarambanas:

—¿Una procesión de cofradía, te parece poco, Milciades?

—¡Y con la bendición del Padre Claret!

—¡Con indulgencias del Papa!

—¡El recuelo del café se os ha subido a la gavia!

El General Prim, con el ros ladeado, más chulo que un ocho, sofrena su corcel de baraja. Cogotes rapados y brazos con alfanjes, espatarran su rabiosa impotencia de perros infieles, bajo el potro de naipe, que otras veces montaba el Patrón Matamoros.

XII

EL Palacio de Oriente era todo cruces y luces mochuelas, todo un aspaviento, ante las benditas imágenes alumbradas por alcobas, camaranchos y retretes: Se alivió de penas, con las noticias del conciliábulo reunido en el rimbombante despacho de Don Augusto Ulloa. Nunca se supo por dónde llegó el soplo a las Camarillas de Palacio: Duendes sin duda anduvieron a la escucha tras los portieres:—Entre los gallos, los cerdos y las truchas de la armería galaica, duerme el secreto.— En las palaciegas antecámaras fue de mucho consuelo saber que desistía de presentarse sonando espuelas, la temerona Parranda de Marte:

—¡El Gobierno nos ha tenido indefensos!

—El Gobierno ha dado una muestra de sensatez no concediéndole importancia a la comparsa de espatadanzaris.

—¡Nos hemos evitado una página de sangre!

—¡Sangre de españoles!

—La Guardia tenía orden de hacer fuego.

—¿Qué es el liberalismo? La masonería. ¿Y qué es la masonería? ¡Un pacto con Satanás!

—¿Pero qué pretenden esos jaques? ¿Que abdique la Señora y que sea al gusto de las logias? ¿Prim Regente del Reino? La abdicación puede ocurrir para aunar a todos los que profesan los sanos principios de Nuestra Santa Madre la Iglesia.

—No pueden olvidarse los derechos del Príncipe.

—¡Flor de un día!

—El Conde de Girgenti es un joven de excelente natural y en ningún caso haría mal papel como Rey Consorte.

—Te recomiendo los *Ecos de Asmodeo*. ¡Interesantísimos, con la lista de los regalos que ha recibido la Infanta! ¡Te divertirás! Una reseña del *trousseau* con todos los modistos equivocados.

—¿De veras? ¡Lo que voy a pudrirle la sangre a ese trasto!

—¡Te las traes con Asmodeo!

—No me las traigo, pero es un estómago desagradecido. Se atraca de pastas finas como de alubias, y no se entera que son de Lhardy. Te gastas los ochavos por divertir a cuatro monos, das fiestas, y apenas si lo señala con alguna cursilería. Intolerable la ligereza de ese bohemio. Nos ha sucedido con el baile de trajes, que hemos dado en casa estos carnavales. Uno de mis chicos quería mandarle los padrinos.

—La gente joven es muy acalorada.

—Yo he visto los regalos. ¡Son magníficos!

—Todo se queda en los regalos.

—¿No te convence el Conde de Girgenti?

—Esta batalla la ganó Roma.

—Desengáñate, Fernandito, pudo ocurrir una hecatombe.

—No emplees el griego a tontas y a locas.

—¡No sabía que fuese griego!

—Hecatombe es matanza de cien bueyes.

—Pues no me retracto. Supóntelos con más arranque y que hubieran pretendido hollar la Cámara Regia. ¡Una página de sangre!

El Marqués de Redín bajó el tono:

—La Señora, de pechos en el balcón, les daría la bienvenida. Era lo procedente. La Cuerda de Generales, adivinándole el pensamiento, se adelantaba

a recibir sus Reales Órdenes.

—¿Y el Gobierno?

—¡Dimitiría!

—¿Tú lo juzgas un cadáver galvanizado?

—La crisis es fatal.

Se espabiló, batiendo un zancajo, la Duquesa de Fitero, Dama de la Reina:

—¡No recuerdo más pulgas en Palacio!

La Leonera, rejas sobre la galería, era como el tinelo de la Alta Servidumbre: El susurro de murmuraciones, trisagios y vaticinios, no había cesado en toda la tarde. Sobre una consola con perifollos monjiles, mataba moros, entre cirillos verdes, el Patrón de España.

XIII

EN la Cámara del Rey acogíase la intriga apostólica, años atrás fracasada en San Carlos de la Rápita. El Padre Claret entro orquestando con crasas vocales payesas el frailuno latinajo:

—*¡Salutem pluriman!*

Hábitos rojos, gran solideo, la jeta embridada de la oreja al mentón por el chirlo que le había pintado un moreno en Tierra Caliente. El Rey Don Francisco, dando ejemplo, puso las dos rodillas en tierra para besarle la pastoral amatista. Solfeó con evangélica simplicidad la frailuna Eminencia:

—La Real Majestad, elevando su alma, no considera en mi persona al humilde sacerdote, hijo de padres obreros, sin otro bien que su honradez y su acrisolada fe religiosa.

Cobraba una expresión santurrona, la jeta ilustrada con el chirlo de los mártires. El Rey se incorporó, apoyándose en un barbilindo de la llave dorada, muy mimado del Augusto Consorte. La Seráfica Madre saca por entre el misterio de sus velos, un papel plegado y sellado con obleas:

—Es un borrador… Otro igual tiene la Señora. Yo confío obtener el real autógrafo.

Maduró la frailuna Eminencia:

—El escrúpulo está muy justificado. ¡Es madre!

Suspiró musical la velada:

—Comprendo la lucha de conciencia que agita en estos momentos el corazón

de la Reina.

El Padre Claret abrió el tonel de su prosodia payesa:

—La Barca de San Pedro no puede naufragar, pero esta seguridad no excluye las persecuciones, y la posibilidad de una era con nuevos y gloriosos mártires de la fe. Su Santidad, me consta, observa con ánimo acongojado los avances del liberalismo y el auge de las malas ideas, en los cenáculos políticos de Europa. Muy especialmente, mira por esta heroica Nación.

Interrumpió con un majestuoso quiquiriquí el Rey Consorte:

—¡La hija predilecta del papado!… Desde los tiempos de mi ilustre abuelo el Rey Recaredo. ¡Ahí es nada! Una tradición que data de los tiempos más remotos, cuando regía la Sede Hispaliense la Lumbrera Isidoriana.

La Seráfica tornaba el misterio de sus velos hacia el Conde Blanc.

—¡Es uno de los monarcas más ilustrados de Europa!

El Rey, con pulida monada, devolvió la palabra al Reverendo. El Padre Claret alzose el rojo solideo:

—La Santa Sede anhela en todo momento el triunfo de aquellas instituciones que mejor combaten los errores modernos contrarios a las Sagradas Enseñanzas de la Iglesia. En España desea fervientemente cuanto pueda contribuir a una más estrecha alianza de todos los católicos con el Trono. La Diplomacia y las alianzas de familia no pueden ser obstáculo para la realización de tan altos fines.

Se dolió con celestiales músicas la Madre Patrocinio:

—Esa alianza, desgraciadamente, está rota y corre por medio el río de sangre de nuestras discordias civiles.

Inflose con fatuos pianillos la Real Persona:

—Yo estoy dispuesto a salvar mi conciencia… Si la sublevación de fajines trae la revolución, todo antes que pactar con las logias. Frente a la insubordinación, los juicios sumarísimos, y resistir hasta el último baluarte.

Asomó el Mitrado de Trajanópolis:

—Como quiera que la demagogia revolucionaria trae en mientes una regencia con el Augusto Niño. ¡Carpetazo! ¡Una y no más! ¡Ni Prim, ni Espartero! ¡Carpetazo!

Su Majestad le señaló asiento a su real diestra. Susurró de secreto:

—¿Isabelita se resuelve?

—¡Es madre!

Sulfurados tiples:

—¡Y Reina! ¡Primero Reina!

—Ahí está el camino de la amargura. Y Reina, que tiene un plazo muy perentorio para comparecer con gravísimas responsabilidades ante el Justo Juez.

—¿Y se obstina?

—¡Es madre!

—No lo comprendo. Por muy grande que sea la ceguera por su hijo, la salvación del alma es lo primero.

—¡Ciertamente! Y esas son las lágrimas de Su Majestad.

—Yo salvaré mi conciencia, sea cual sea la decisión de Isabelita. ¡Es el caso de los Reyes Católicos y la Beltraneja!… ¡Un heredero que, a bien decir, no es de tálamo! ¡Pues es el mismo caso!

Aplacó el Confesor de la Reina:

—Vuestras Majestades procederán en todo de acuerdo, dando ejemplo de la mejor avenencia, como debe ser entre esposos que tanto se quieren.

—Padre, es mi mayor deseo. ¡Si en todas las ocasiones he dado pruebas de ser un espíritu conciliador y tolerante!

—¡Muy loable! ¡Muy loable!

Sobre el hombro del valido lucían las reales tumbagas. Con arrumaco de bailarín, bombón y pulido, se puso en pie el Augusto Consorte. Mueve sus velos la beata por el fondo de un espejo: Ha vuelto a sacar el doblado pliego y lo pone en las reales manos. El Augusto Consorte, en el fondo del espejo, se ha parado a leerlo. A escondidas, volviendo la cara, sorbe un polvo de rapé la Reverencia de Fray Fulgencio. El Rey se desvanecía por el fondo del espejo, con el papel en la mano. El Conde Blanc, famoso en las ruletas cosmopolitas, se inclinó ante los velos de la Seráfica:

—¡Qué rectitud de conciencia la del Tío Paco!

XIV

LA Reina Nuestra Señora, aquejada de parecidos escrúpulos, se mira los dedos manchados de tinta, y se rasca con el cabo de la pluma, bajo una coca del peinado. Cuando escribe, amontona las uñas como los niños que andan en palotes. ¡Un borrón! Acude a la lengua, y lo enjuga, según lo practicaba el Dómine Candela. Requiere la arenilla, vierte el tintero, se mira las manos con dediles de luto:

—¡Buena la hice!

Considera con gran sobresalto la tinta en el pliego, en las manos, en el regazo. Hace sonar la campanilla. Acude rompiendo cortinas la rancia azafata:

—Limpia esa tinta. Tú, que todo lo sabes, sácame de dudas. ¿Qué significación tiene volcar el tintero?

—¡Esos son brujerías!

—Aun cuando lo sean.

—Lo que supone el vulgar, es que la tinta vertida trae tormenta de celos.

—Pues no vas descaminada. Mira la hora, y sin aparecer todavía el palomo.

—Le habrán retenido otras obligaciones.

—¡La obligación primera es conmigo, no tiene otra!… ¿Qué va a ser esto?

La azafata enjuga la tinta empapando su pañolito, con pulcritud de momia repispoleta:

—¡Todo se ha puesto perdido!

La Católica Majestad, arqueando el rubio ceño, paraba los ojos sobre las manchas del regazo. Repentina le acudió la visión del anterior despropósito. Un concierto desconcertado: El papel con deltas de tinta, los dedos negros, la tinta en el regazo. La Reina se acercó al bufete:

—¡Ha sido una inundación!

—¡Si casi parece que cuanto más se limpia más crece!

—¡Ay, Pepita, no sé qué me da! La Madre Patrocinio me había entregado este papel para que lo copiase de mi mano. ¡Mírale! ¡Salvó sin una mancha!

—¡Viniendo de quien viene, casi parece natural ese milagro!

Meditó un momento la Católica Majestad:

—Probablemente, estarás equivocada, y la mancha de tinta significa otra cosa muy diferente de lo que has dicho Patillas toda la noche ha estado dándome al codo para que no pudiese escribir. Viendo que nada lograba, a lo último me hizo el cubileteo de la salvadera.

—¡Esas mañas son mucho del tiñoso!

—¡Y ni una salpicadura en el escrito de Patrocinio!

—¡La Madre Patrocinio pone espanto al Infierno! Y bien sabe tirarle de las orejas a Patillas.

—¡Patrocinio tiene luces sobrenaturales!

—¡Para eso es santa!

—¡Ella sin duda sabe lo que debo hacer!

—¡Si ella no lo sabe, no lo sabe nadie!

—Anda, a ver si ha venido el palomo. ¡Qué aberración! Patrocinio rezando

por mí, y yo pecando como una mujer liviana.

—¡Las recompensas de amor, en la fuerza de la sangre, están dispensadas!

—¡No lo están, Pepita!… ¡Pero somos frígilis!… Anda y entérate, que estoy inquieta.

XV

LA rancia azafata no introdujo aquella noche el pecado en la Cámara de la Reina: La Seráfica Madre Patrocinio, usando de poderes sobrenaturales, había tomado su lugar. Allí, en la puerta, se levantó los velos: Resplandeció traslúcido de blancura, el bulto de la cara. Su Majestad Católica la llamó con blando bucheo:

—¡Patrocinio, qué vía crucis es el gobierno de los españoles!

La Seráfica sacó el papel, sentándose en el sofá a par de la Señora:

—¡La Reina Católica tiene una deuda pendiente!

Doña Isabel levantaba como reliquias las manos de la Seráfica Madre:

—¡Se me pide algo que destroza mi corazón! ¡No puedo resolverme al despojo de un hijo adorado!

—¡Un hijo que representa la profanación de un Sacramento!

—¡Sí, ya lo sé!… ¡Las cosas son así!… ¡Me casaron una niña, sin experiencia, y así salió ello! Yo, en todo caso, soy la menos culpable de mis faltas. Patrocinio, eso tú bien lo sabes, porque nunca ha tenido secretos para su monjita la Reina de España.

Suavemente retiró la monja las manos, y tomó la cruz de su rosario:

—¡La monjita, sin duda, es una ingrata que no sabe corresponder con las regias deferencias!

—¡Nunca he respirado por ahí! ¡Eso me lo cuelgas tú ahora!

—¡Líbreme el Señor! Es un reproche para mí, que no sé recordarme de tantos favores como recibo de la Señora.

—Eres muy lista, Patrocinio. Sueltas una de las tuyas y ya tienes pensado cómo arreglarla.

—¡Una intrigante muy peligrosa! ¿No dicen eso los enemigos de la Iglesia?

—¡No me aumentes la jaqueca! ¡Vamos a ver! ¿Has pensado en lo que se pretende de mí? El Príncipe ha nacido con derechos que yo no puedo quitarle… Paco se mueve por la mala voluntad que siempre le tuvo.

—El Rey ha consultado el caso de conciencia con eclesiásticos muy doctos. Su Majestad Don Francisco no se sale fuera del consejo que aquellos le han dado tras de maduras reflexiones, como cumple a personas prudentísimas… En mi ignorancia, juzgo muy recto y muy cristiano el escrúpulo de vuestro Augusto Esposo.

—¡Patrocinio, cómo os engaña! ¡Si todo le sale por una friolera!

—¡La Justicia no es siempre la virtud de los Reyes!

—Patrocinio, no te rehúso mi firma, pero déjame que lo piense. La comparsa de fajines no es tanto como la pintan. En los primeros momentos, cuando se dijo que venían a decirme cuatro frescas, y provocar la crisis ministerial, me reí. ¡Ya ves si los conozco! ¡Cuatro frescas! Es lo más probable que las hubieran oído con las orejas gachas. ¡Me lo deben todo! ¿Qué hubieran sido sin mí? Soldados obscuros. ¡Ya sabía yo que no osarían llegar a su Reina!

La Señora se encendía con despechado desgaire y buches de paloma real. Clavaba su alfiler la monja con musicales mieles:

—¡Faltó otro General Salazar!

Repuso aprontada la Reina:

—¡Aquel era un loco, y estos son muy cuerdos! ¡No tuviera yo otro toro en la plaza!… Patrocinio, eres muy lista, lo penetras todo, tienes luces celestiales, pero no eres madre. ¡La Virgen María se hará cargo que si obro ciega, es por amor al fruto de mis entrañas! ¡Patrocinio, no te enojes, pero es una lástima que no hayas parido! ¡Ya veríamos lo que tú eras puesta en mi caso!

Besó la Seráfica la cruz de su camándula:

—¡Jamás he quebrantado mis votos! ¡Jamás he abjurado de mis promesas! Casada en el mundo, hubiera implorado la divina ayuda para guardarle fidelidad al tálamo. ¡Esposo mío celestial, tú sabes cómo tu sierva te ama!… ¡Sin duda, puede mucho el Maligno! ¡Pueden mucho sus tentaciones! ¡Las concupiscencias y los malos ejemplos, pueden mucho! ¿Pero qué estado se ve libre de asechanzas y ocasiones de pecar? ¡El ser monja profesa, no excusa las tentaciones, y el más santo, más tentado! ¡El Redentor del Mundo soportó el pérfido aliento, encima del monte! ¡El Ángel Lucifer, siempre humillado, llevó su intento de seducción hasta el Rey de Cielos y Tierra!

—¡Patrocinio, toda tú resplandeces cuando hablas con ese fuego! ¡Tu escrito se ha salvado milagrosamente del diluvio de tinta!

—La Divina Voluntad ha querido reservarlo para que lo copie Vuestra Majestad.

—Patillas no ha dejado gota en el tintero. Tendrá que ser mañana.

La Seráfica tomó entre sus guantes negros las rollizas manos reales, y puso en ellas el papel, oprimiéndolas con fuerte nervio, extraño de blancura el rostro, musical y apasionada:

—¡Rehusaría Isabel ayudar con los mayores sacrificios al reinado del Espíritu Santo!

—¡Si no ha de llegar el caso!

—¡Reconozco esa respuesta! Son las dilaciones que pone a toda obra buena el Ángel Luzbel. ¡Camina a nuestro lado, nunca nos deja, va con nosotros hasta la muerte!

—¡No me asustes! ¡La muerte repentina y en pecado mortal es la cosa que más temo!

La Seráfica puso la cruz sobre la boca de la Reina:

—¡Juremos, juntas, servir los altos designios de Nuestra Santa Madre la Iglesia! En asunto tan grave, todo el escrito debe ser autógrafo de la regia mano. El Sumo Pontífice desea ardientemente la reconciliación de todos los católicos españoles.

—¡Naturalmente! ¡Qué más quisiéramos todos!

Sor Patrocinio se acercó al bufete:

—Escriba Vuestra Majestad. Yo haré el dictado.

—¡No queda gota en el tintero, Patrocinio!

—¡Véalo Vuestra Majestad, rebosante!

—¿Pepita, tú lo has llenado?

—¡Ave María!

Atónita ante el prodigio, cayó de rodillas Nuestra Augusta Señora. Sor Patrocinio extasiaba los ojos con musicales quejas, rendida a los dones del Espíritu Santo: La envolvía el aliento de aquellos celestes mensajes: Exudaba una suave fragancia de rosas y nardos, un divino bálsamo, que hacía translúcido el rostro de la Seráfica.

XVI

FIRMA la Reina entre lágrimas. Sor Patrocinio retira el papel: En silencio le hace cuatro dobleces y se lo guarda en el pecho bajo los siete puñales de un corazón de plata. Se aleja entre los sollozos de la Señora. Por el postigo del

Moro, voló alechuzada a meterse en un coche con tiro de mulas que tenía apagados los faroles. Rodó el coche: Una mano presurosa, saliendo entre lutos, bajó las cortinillas. La Seráfica Madre, al trote de las mulas bernardas, huía por las callejuelas del viejo Madrid. Penetró el coche en un zaguán palaceño, y detrás, con lento sigilo, fueron entornadas las hojas del portón. La Seráfica, sin ruido, toda velada, desaparece por una galería con los cuadros del Vía Crucis De trecho en trecho, un brasero de cobre. El fámulo de sotanilla y vericú, corre el sahumerio, inflados los carrillos sobre la chufleta. Al final de la galería, los espejos de un estrado multiplican las luces. La Seráfica iba por el fondo con levitación de marioneta. El vejete pulcro, mesocrático, manguitos verdes, que escribe, puesto el tintero de asta en una mesilla de naipes, se alela con profunda reverencia los anteojos en la frente, la pluma de ave sobre la oreja Una mampara de velludo, guarnecida con galones de oro apaga la polémica de voces eclesiásticas: Se abre de pronto, con apasionante impulso. El Señor Patriarca de las Indias revestido de sotana morada, apretado en un cortejo de meriñaques y manteos, uniformes militares y laicos levitones, se inclina ante la Seráfica:

—¡Mucha falta nos estaban haciendo las luces y los consejos de la Reverenda Madre!

—¿Ha venido Su Majestad el Rey?

—Le esperamos todavía, Reverenda Madre.

Sale por una punta del portier el fámulo de la chufleta, y lo mantiene en alto. El Rey Don Francisco entra acompañado del Conde Blanc:—Se disimulan con capas andaluzas y sombreros gachos.— Sor Patrocinio saca el pliego que guarda en el pecho y lo aprieta sobre el corazón de plata:

—La Reina, en este autógrafo, somete el caso de conciencia a las decisiones del Santo Padre.

Susurró el Conde Blanc:

—Tío Paco, esta batalla hay que ganarla en Roma.

—Tú serás el portador de nuestras cartas al Santo Padre. Tomas el primer tren para Francia.

XVII

EL Consejo de Ministros, con la mosca en la oreja, deliberaba reunido en la antigua Casa de Correos: Era empeñado el debate, disconformes los pareceres.—Las Madres de los Tres Clavitos, aquella noche, estuvieron en los ápices de ocasionar una crisis política, y mudar de raíz el Gobierno de España.—De menos cuidado fue para la vida ministerial el Barato de Martes.—La Reina mostrábase muy sentida con el escándalo de chuscadas, a cuenta de aquellas monjitas, y no había recatado un pique de enojo contra el Gobierno. El Consejo se prolongaba y no se ponían de acuerdo los Consejeros. Al Señor Coronado, Ministro de Gracia y Justicia, se le saltaba la dentadura. El Señor Catalina, Ministro de Fomento, era un coco arrugando la jeta. El Señor Roncali, Ministro de Estado, se santiguaba. Se pulía las uñas sobre el marroquín de su cartera, el Señor González Bravo. Tragaban alternativamente saliva los otros Consejeros. El Presidente agitó la campanilla, entregó al ujier algunos telegramas para la cifra, y tomó un sorbo de agua:

—¡Si a esas benditas se les descubre el contrabando, para qué más! La situación, en términos precisos, viene a ser esta: No autorizar en ningún caso el registro de la clausura. He dado órdenes terminantes para retirar las rondas de policías, pero a estas horas siguen los corrillos y el escándalo y la chufla de los hijos y nietos de Abderramán. Tengo aquí un recorte de *El Baluarte*.

—No puede hacerse caso de los diarios liberales.

—Vamos con todo el pecho. La Reina desea que se suspendan las órdenes libradas para prender al cuñado de Ulloa. Que se le permita lucirse en la Corte. Sin duda es el modo de acallar maledicencias. *El Baluarte* será multado con cuatrocientos reales.

Este acto de saludable energía obtuvo la unánime aprobación del Consejo. El Presidente miró la hora, y convidó a chocolate con buñuelos: El vaso de agua con boladillo, remedio de biliosos, produjo la ejemplar avenencia que siempre debe reinar entre los Conductores de Pueblos.—En un salón vecino esperaba Don Augusto Ulloa.— El Presidente del Congreso, con expresiones de amistad, sigilosamente, habíale prometido el salvoconducto para Fernández Vallín.—Dos Auditores de la Rota acompañaban al pomposo camastrón galaico. Sobre la mesa de su despacho, bajo los iris de un enorme ojo de cristal, quedaba puesto a dormir el recado de los Espadones Unionistas.

XVIII

—¡L*A Nueva Iberia!*

—¡El de la suerte!

El Señor Presidente del Consejo se retira con amargos de bilis. Noche de Madrid: Clara arquitectura de estrellas El Circo del Príncipe Alfonso apaga sus luces, y asaltan la acera todos los árboles de Recoletos. El tumulto de pregones, esparcido en rebatiña, rueda por la Plaza de Cibeles. El Carro de la Diosa, retenido en su cláusula de cristal, galopa sobre el cielo invertido de la noche.

—¡El de la suerte!

—¡*La Nueva Iberia!*

LIBRO SÉPTIMO
EL VICARIO DE LOS VERDES

I

EL Gobernador Civil de Córdoba, bajo la presión de los telegramas oficiales, hizo comparecer en su despacho al Director del *Baluarte del Betis*: Le amonestó puesto en pie, con las dos manos apoyadas en la mesa:

—El Presidente del Consejo me comunica haber sido detenido al cruzar la frontera el Señor Fernández Vallín. El hecho ha ocurrido cerca de Irún: En Dancharinea… Tome usted nota. El Diario, que usted tan dignamente dirige, publicará la noticia y una rectificación por haber acogido en sus columnas rumores absurdos, ayudando a extraviar la opinión y los trabajos de la policía. ¡Eso es intolerable, y he decidido multar al periódico con cuatrocientos reales! Para la rectificación, aténgase usted a esas cuartillas. Me deja usted mandado.

El Director del *Baluarte*, maestro de periodistas, saludó contoneándose:

—¿Se conserva el estilo?

—Son simples notas.

—¡Perfectamente! Yo mismo las daré forma periodística.

El Gobernador le tendió la mano:

—¡Es una lástima que no podamos entendernos!…

El maestro de periodistas protestó enfático:

—¡Nos entenderemos siempre, para todo lo que signifique el bien de la Patria!

Se miraban a los ojos con nuevo estrechamiento de manos. El maestro de periodistas doblaba la cabeza sobre el hombro, con degüello de mártir multado en cuatrocientos reales.

II

EL Baluarte del Betis —Diario Liberal de Córdoba— tenía su redacción sobre la imprenta, en un piso obscuro: Resmas de papel escalonaban el zócalo de las alcobas, y por los altos de la escalera, al pie del pasamanos, nunca faltaba el servicio de café con colillas apagadas. A toda la longura del pasillo iba un jirón de estera, sucio de lodo, con boquetes y tropezones de rómpete el alma. La cocina acentuaba una expresión de cales áridas, los fríos vasares desiertos, el ventanillo con geranios, el fogón apagado, las telarañas en el hollín de la chimenea. Un zángano pitañoso, sube y baja las pruebas. La bruja, con ramito verde en el moño, pasa la escoba por la escalera. En la mesa de redacción, los tinteros con plumas multicolores brindan su adorno de caciques africanos, al inspirado vate encargado de redactar los Ecos del Planeta:—Don Olegario Botella, que los ingeniosos de la redacción llamaban alternativamente, Don Ole Botellín, Don Botellín y Don Ole.— Se asoma al pasillo. La vieja de la escoba, el zángano pitañoso y dos compadres, suben en volandas el madejón de un espectro con ojos de fiebre: El Zurdo Montoya, que levantaba la mano de cera al entrarle en la sala de redacción y dejarle arrimado a la mesa:

—¡Acallaivos todos y dejaime que hable!

Se dobló, escupiendo sangre. Don Ole, con aire gilí, le ofreció un vaso de agua. Oficiosa, se lo tomó de las manos la madre de la escoba, moviendo los verdes del moñete:

—¡Bebe, hijo! Tú dirás si te la quiebro con unas gotas de vinagre.

Bebió el Zurdo: Se limpió con el cerillo de los artejos, y doblado con quebradura de huesos, abrió el cisma de proposiciones heréticas:

—¡La España, para los pobres que llevamos un trato por las ferias, se está poniendo al tino de una mazmorra de Orán!

Actuaron los compadres:

—¡Así sucede!

—¡Una mazmorra de Orán!

Declamó el Zurdo:

—¡Las Autoridades no son tales Autoridades! Por ahorrarse mandamientos de papel sellado, todo lo atropellan, con malos tratos y sinrazones… En un olivar me han hallado estos dos apóstoles repartido en cuartos. ¡Menuda faena han tenido antes de ajuntarlos! Dicen cuando los tienen ajuntados: —¡Vamos,

compadre, una copa de rapañí para acabar de encolarse! Con este remedio se libra usted de una cama en el hospital.— ¿Qué vos dije cuando se mentó el hospital? Primero me lleváis a los que hacen los papeles, para que publiquen el atropello. ¿Es ley a un hombre maniatado llevarlo por fuera de camino y dejarlo en medio de un olivar, lisiado para toda la vida?

Don Ole Botellín, rascándose un fósforo en la nalga, se ponía el pitillo en los labios:

—¡Jui! ¡Jui! ¡Jui!… ¡No es nada el lío que ustedes me traen! Las Autoridades reducidas a los trámites legales, carecen de medios para mantener el orden y tener fila sobre la delincuencia. No soy el Director. Eso lo primero. La Dirección resuelve en estas cuestiones… Pero, dada la sensatez del periódico, no puede acoger en sus páginas una denuncia tan grave. En ese respecto, nuestra doctrina es no crear dificultades a los Órganos del Poder. No sé si ustedes me habrán comprendido. ¡Es indiferente! El Director viene sobre las cuatro. Para verle antes, en el Café de la Perla. Tiene allí su reunión, a la mano del mostrador, entrando. Ustedes le presentan su queja, estudian la manera de llegarle al corazón. Es posible que le conmuevan. ¡Vayan con Dios! ¡Desalojen! ¡Tengo a mi cargo la confección del periódico! El Director está a las cuatro: Antes en La Perla. Salgo con ustedes. Unos minutos que le robo, con gusto, al trabajo embrutecedor del periódico. Tomaremos un refresco. Yo convido.

Por detrás de los compadres, la vieja, con la escoba decía que no: Vio a Don Ole, que venía para ella, y sacó las uñas:

—¡Veremos quién paga!

—¡Dona Quica, hágame usted restitución de una melopea!

—¡Que conviden ellos!…

—¡No es decente!

—¡Viva el rumbo a costa ajena!

—¡Doña Quica, que la pico la nuez con el cortapapeles!

—¿Qué sería de usted si una servidora no se compadeciese? ¡Ni siquiera llevaría cuello planchado! ¡Hoy cena gazpacho!

—¡Lo que a usted le plazca, Doña Quica! Afloje la mosca.

—¡Gilí!

—¡Blanca Flor de Chimenea!

—La cuenta es ahora once pesetas que le guardo.

Doña Quica se alzó la falda, y sujetándola en los dientes, sacó de la faltriquera el rosario y un diente de ajo, un alfiletero y medio peine. Entre migas

de pan pudo contar treinta y dos cuartos con un ochavo:

—¡Doña Quica, rásquese usted una pieza de plata!

—¡No, que la única que tengo es columnaria! Resígnese y tómela en cuartos.

—Doblo la noble cerviz a sus horcas caudinas.

—¿De qué le sirve tanto estudiar?

—¡De poca cosa!

—¡Para volverse loco y no tener camisa!

III

EL inspirado vate y los prójimos del bronce se metieron a una tienda de techo bajo, con olores de amontillado. El coime del mostrador lavoteaba los vasos en una tinajilla pintada de verde. Venía la luz de costado a los cristales y a las aguas:

—¿Qué gustan de tomar, caballeros?

Don Ole pasó el índice lleno de tinta, rozando las fajas de los tres compadres:

—Estos amigos dirán.

Respondieron en terna:

—Usted es el primero.

Saludos por ambas partes.

—¡Un culito de ginebra, Nicandro!

El Zurdo Montoya, con los ojos encendidos de fiebre, se recostaba en el mostrador:

—A menda, una sangría de limonada y vino de la tierra.

Se dobló para caer. El coime, con las manos mojadas, le agarró por el cuello:

—¡Este hombre está privado! ¡Pronto, a sacármelo para fuera! ¡Aquí están por demás las visitas del Juzgado!

Don Ole achicó de un trago el vasete de ginebra, y lo asentó con fuerza en el mostrador:

—¡Haré constar tu conducta en el periódico!

—¿Para usted la buena conducta sería consentir que se viniese cualquier ruina sobre el establecimiento? ¡Pues usted tiene luces para hacerse el cargo!

Llenando la puerta se salían a la acera los dos compadres, con el madejón del terne, que doblaba la cabeza de cera, los ojos vidriados, la sien sucia de sangre.

Le dieron aire con los catites. Vino por la esquina un polizonte azul, sable de músico y bastón de autoridad:

—¡No están permitidos estos espectáculos en las calles céntricas! ¿Qué tiene ese hombre?

Se miraron los zainos, alternando la misma tocata:

—¡Pues no sabemos lo que tiene!

—Cuando sea reconocido por un cirujano habrá dictamen. ¿Nosotros cómo vamos a saber lo que tiene este roble? ¡Que lo era, y de los fuertes!… No podemos saberlo. Le descubrimos al paso por unas olivas, y nos pidió que le acompañásemos hasta Córdoba.

El polizonte tocó el hombro del espectro, con el puño dorado del bastón:

—¡Te buscaba! ¡Hay orden de ponerte un rato a la sombra! Conque, saca fuerzas, y echa p'alante.

Los dos compadres sacaban contra el zurrado, una sorna lagartona, adulando el aire del polizonte:

—¡Vamos, Currillo! ¡No es tanta la pena, que a un paso está la posada!

Gimió el Zurdo:

—¡No tiréis de mí, que tengo quebrantadas todas las costillas de ese rumbo!

Le habló, familiar, el guinda:

—¿En qué mala faena te cazaron, Currete?

—Eso, maestro, lo diré en estrados. Llevaime con tiento ¡Meteime un pañuelo sobre la cara, que la luz me ciega!

—¡Fecha los ojos!

—¡No puedo!

—¡A este hombre se le acaba la vida!

Se volvió el polizonte con el bastón en alto:

—¡Vamos con él! ¿Sois tan flojos que no podéis tomarlo en suspenso?

—¡Son muchos huesos!

Gimió el terne:

—Y los quebrados se cuentan por dobles. Guarda, saque usted cédula de autoridad y reclame la ayuda de dos vecinos.

El polizonte paseó los ojos por la calle, y a fin de cuentas levantó con el bastón el cortinillo de la taberna:

—¡Nicandrito, procúreme dos puntos que ayuden a llevar un pelma al Cuartelete!

El Zurdo agitó una mano, volviendo los ojos, la lengua atravesada entre los

dientes:

—Dejaime arrimado a la pared. ¡Avisai el Santolio!

Le recostaron en la pared. El escarrio de comadres pilongas, galopines, maritornes y vagos de acera, se corrió al atisbo de aquel romance carcelero. Sacó una silla la jamona del estanco: Casabé, mitones, pelerina de estambre, el gato sobre el ovillo de la calceta:

—¿Qué le ha dado?

—¡Alferecía parece!…

Salían a la puerta del colmado los doctores del chato y del julepe. El azul polizonte levantaba el bastón, y metido al medio de la rueda, embestía con el pecherín de botones dorados, abriendo plaza. Los dos compadres, movidos de la misma recelosa experiencia, se daban de ojo y salían de naja, para no verse en autos de Justicia.

IV

UN ómnibus destartalado, con viajeros del ferrocarril, se detuvo ante el Parador de la Estrella. Con voces y ternos salió la escalera, que un galopín arrimó a la baca. Se apearon los viajeros, agachándose bajo la amenaza de los fardos que el mayoral arrojaba de las alturas. El Vicario de los Verdes descendió con un maletín de alfombra, y esperó a la sobrina, rezagada en el estribo: Ojos bajos, rizos deshechos, un mantoncillo negro por la cabeza:

—¡Aviva, mala pécora!

La mozuela se limpió los ojos: Ponía sobre el uno la punta del moquero, y atisbaba con el otro las sombras del Parador. El clérigo la hizo caminar delante. Al pisar el umbral, la metió dentro con un empujón, y, clavándole las tenazas en el codo, se la llevó escaleras arriba: La mozuela apenas fisgó un montón de equipajes, sombras de quepis y bufandas, lumbre de cigarros. La escalera, ocupada por el bamboleo del curda que subía las cajas de un viajante catalán, aumentó la quema del bonete:

—¡Vamos a estar aquí toda la mañana!

—¡No llevo una pluma!

Llegaron al piso. El curdela se arrimó a dejarles paso, y penetraron en una antesala con banquetas de hule. Salió un mozo en mangas de camisa, con zorros y mandilete: Por un pasillo lleno de puertas los guio hasta un alcobín claro, con

cama de hierro:

—Por la explicación de su carta sacamos que sería esto lo que usted pedía.

La sobrina pasó la puerta, mirando las losetas. Sobre el pecho ahogado de sollozos, cruzaba el mantoncillo, y en un nudo sostenía las cuatro puntas del toallón con la teja del clérigo: Arrinconada al pie del catre, escondía la cara en el pañuelo. El clérigo pulsaba la doblez de la reja, y metía el resguardo sobre la altura y circunstancias de la calle:

—¿No hay un cuarto sin ventana?

—Lo hay, pero cae propio encima de la escalera.

—¡Está bien! ¿Tiene llave la puerta?

—¡Téngala usted! Es de dos vueltas… Para mayor seguridad, tiene cerrojo por dentro. Para usted se le ha reservado una alcoba de la sala. Es buena habitación. Puede usted verla.

—Ya la conozco. ¿No hay otra más cerca?

—La tiene tomada Don Segismundo Olmedilla.

—Es amigo, y hablándole, se hará cargo. ¿A ver su puerta? ¿Esa? ¡Pues llama! ¡Espera!… Si está, dile que desea comunicarle una palabra urgente el Señor Vicario de los Verdes. ¿Contesta?

—Para mí que está fuera. Tiene una cuadrilla reparando las cales en el Palacio de Torre-Mellada. Se anuncia que viene a ser madrina de una misa nueva la Infanta de San Telmo.

—¡El Palacio está hecho un cascajo! ¡Veremos que las ratas se comen a la Señora Infanta!

—¡Traerá perrillos ratoneros!

—Perrillos ratoneros nunca faltan en el séquito de las Personas Reales. Muchacha, métete adentro, si no quieres que te meta de una vez para siempre.

La mozuela, que sacaba la corujilla, escapó para dentro. El clérigo vino detrás. Cerró las maderas de la reja, puso los tranquillos, rascó un fósforo, encendió una vela:

—Dame el canal. Esas maderas, como si estuvieran clavadas. ¡Ni llamar, ni moverse!

Tiró sobre sí la puerta, y cerró con dos vueltas de llave. Bajó a la plazoleta: Le sorprendió ver la gente en grupos, estacionada ante La Flor Andaluza. Vinos y licores.

V

UN retablillo de viejas y mozuelas, con acentos populares y dramáticos, se encadilló al ruedo del clérigo:

—¡Venga, señor capellán!

—¡Padre cura, que se va por la posta!

—¡Venga su merced, padre curita! ¡Una bendición con su latinillo para encaminarle a la Divina Presencia!

El cura se sacudió los andularios:

—¡Basta de algazara! ¡Hable uno solo! ¿Qué casa está ardiendo? ¡Uno solo! ¡Que yo me entere!

Le tomó por los andularios la pilonga del ramito en el moñete:

—Señor capellancito de mi vida, venga por esta mano. Otri poco. ¡Hala, dejai paso al señor capellán!

El Cabo de Polizontes levantaba el bastón con los borlines de su cargo, y abría plaza sacando el pecherín de botones dorados. Se clareó la fila de curiosos, y enhebrose la pilonga tirando del manteo. El Zurdo Montoya, caído en la silla, desmadejado de zancas, volvió las pupilas vidriosas sobre la estampa del clérigo:

—¡Padre cura, es la de vámonos!

Abrevió el clérigo:

—¿Estás en disposición de confesarte?

—¡De cabo a rabo toda mi vida tengo a la vista!

La jamona del estanquillo le ofreció un sorbo de agua. Recomendó una ceceosa verdina:

—¡No te canses hablando, Sinforoso!

Otra comadre entremetíase con un jarrico de Andújar:

—¡Aguardiente para fricciones!

Acudió la pilonga de carrerilla, aprontando el pergamino de las palmas:

—¡Vierta usted unas gotas, Doña Rosita! Le refrescaré a este infeliz los pulsos y las sienes.

El clérigo, malhumorado, se quitó la teja e hizo la señal de la cruz. Don Ole Botellín asaltó al clérigo con un guiño misterioso:

—¡Se hace el cadáver!

Giró sobre los tacones torcidos, aleteando las manos en la sisa del chaleco. El Zurdo Montoya, todo un gemido, estiraba las cuerdas del gañote:

—¡A ese niño, mal ángel, que me sirva una copa de aguardiente para dar calor a las entrañas!

El Vicario de los Verdes confundíase en la obscuridad de una sospecha. Aquel tuno estaba complicado en la trifulca de Solana. Le recordó en el tumulto de imágenes, con una brecha en la sien, tirando de faca, viniéndose ciego para cortarle la jeta al odioso Don Adolfito: ¡En qué nada había tenido la muerte aquel pollo crápula! El Zurdo apuró la copa de aguardiente, y tiró la cortina a los ojos de Nicandro:

—¡Toma, negra sangre! Para que te ricuerdes del moribundo a quien has negado un refresco de limonada. ¡Vamos, padre cura, que el alma tengo retenida en la nuez hasta soltar el último pecado! ¡Lo que más prisa me corre es el Santolio!

—¡Bueno! ¡Bueno! ¡Conmigo no pintes la comedia! ¿Qué mal es el tuyo?

—¡Todos los huesos quebrantados!

—¡Bueno! ¡Bueno! ¡Un San Benito de Palermo que te han arrimado!… Poca cosa para irse de este mundo. ¡Que te bizmen en el Hospital!

Se ajustaba la teja. El Zurdo le asió del manteo, resbalándose de la silla:

—Padre cura, meta usted su empeño para que no me chimpen en el Cuartelete. ¡Sáqueme usted para el Hospital!

El clérigo mudó de ánimo ante aquella lástima, con un sentimiento estoico y sombrío:

—Los auxilios espirituales te los prestaré cuando te halles en una cama del Provincial. ¡Cuatro hombres aquí! ¡Guardia, abra usted plaza!

El mayoral curda, con gorra de pellejos, se levantaba en el pescante:

—¡Venga! ¡De balde lo llevo!

El Cabo de Polizontes abrió filas.

—¡En marcha!

VI

EL Zurdo Montoya quedó asilado en una cama del Hospital: Con paños de vinagre sobre la frente, recostado en las almohadas, percibía la blancura de la sala, el vuelo ratonil de las tocas, la lumbre del cigarro, y la uña desmesurada con que el practicante, a los pies de la cama, ponía ungüento en unas hilas: Para ver mejor, se levantó sobre la ceja un pico del paño vinagril:

—Padre cura, no se naje su merced sin tomarme la cuenta de los pecados.

—¡Estoy con el chocolate!

—¡Despachamos en un bostezo!

Intervino el practicante:

—No la diñas, por lo de ahora…

El clérigo reparó que por entre las sábanas salía la mano del pecador, con un desvergonzado garabatillo de tres dedos, garullo, echando sobre la cama su sombra negra:

—¡No te permito que me desacates la corona con ese relajo malvado!

El clérigo trituraba la mano del pecador, rechinando los dientes. El Zurdo se volvió de costado:

—¡Afloje usted el dátil! ¡Una cherinoliya no es para condenarse!

Se acercaron unas tocas:

—¡Pobrecito, qué ejemplo para las otras camas!… ¡Así debían hacer todos, al entrar en este santo establecimiento! ¡Confesarse y arreglar sus cuentas con el Divino Tribunal!

El Zurdo Montoya se ajustó el compresil a las sienes:

—¡Un cigarrillo para entonarme, y vamos con el Yo Pecador!

Atropelló el clérigo, esparciendo los manteos al borde de la cama:

—¡Despacha o tomo soleta!

Comenzó a santiguarse, con la teja sobre el pecho. La monja y el practicante se alejaron dándose achares. Rumió el clérigo el rezo de latines y sacó el último amén sobre un bostezo:

—¡Vamos a levantar esa sobremanta de malas obras y malos pensamientos! ¡Por el primero! ¡La de siempre! El Nombre de Dios, muy respetado entre ajos y barajos. Por delante todas las concupiscencias, y atrás, arreando palo de ciego, la Justicia Divina. ¡Chúpate ahora esa! Ibas muy gallo y te dieron en la cresta. Para mí no ha sido mayor novedad. Estabas empupilado desde la feria de Solana. Mírate la conciencia, revuelve en ella, y hallarás el viaje que le tiraste al señorito madrileño, en el zaragatón de la capea. ¿Sabes toda la gracia de aquel pollete? ¡Llevar el deshonor a los hogares! ¡Silbar de serpiente!… ¿Por qué no lo dejaste allí seco? ¡Tente, lengua! ¡Es una mala ejemplaridad la que te doy! ¡No la recibas! ¡Los santos, en el altar! ¡Que mis disparates no vayan a confirmarte en propósitos de venganza! Tenías la sentencia desde que le rozaste el viaje. ¡No hay castigo para los crímenes y desafueros de ese pollo!

—Muy al cabo lo cuenta usted, padre de almas. ¿Y si no hubiera venido la

tormenta por ese lomazo? Menda rastrea otros vientos. Todo hay que decirlo, contando con que se recibe en confesión, para no publicarlo. ¿Conoce usted, padre cura, las familias de Puente Genil? De Gálvez el Viejo algo tendrá oído, y del yerno, que es muy personajote en la provincia. Esta noche era la convenida para esperarle con el carro fuera de puertas. De faltar, es mucho el compromiso que se apareja. Se restituye dinero y se restituye palabra. Usted, padre cura, no se complica en la menos. No más que poner en los autos a Don Segis Olmedilla. Dónde hallarle, se lo pueden decir en el Parador de la Estrella.

—¿Qué tratos eran los tuyos?

—Esperar esta noche, a hora fija, con un carro de mulas, fuera de puertas…

—¿Nada más?

—Ninguna otra cosa.

Los vuelos del manteo cubrieron el catre, el borde de la teja rozó el paño vinagril del pecador:

—¿Dónde está escondido el Yerno de Gálvez?

El Zurdo Montoya sacó una voz de ultratumba:

—¿Va usted a denunciarle?

—¡Si una palabra de mi boca hubiese de conjurar el trueno gordo, no la pronunciaría! ¡Primero arrancarme la lengua de cuajo! Venga lo que viniere, nunca será la pestilencia de lo presente. ¡Ojalá tuviese en su mano la mecha para volarlo todo, el Yerno de Gálvez! Pero no quiero ir a ciegas, y si hay gato, deseo saberlo. ¿Te han buscado para sacar al Yerno de Gálvez de Córdoba?

—Me habló el Niño de Benamejí.

—Está bien. Veré lo que hago… Volveré para que confieses debidamente. Repasa el pozo negro de tu conciencia. Haz examen, con el más firme propósito de enmendar tu vida y servir mejor a Dios…

Atropellaba una bendición. El Zurdo Montoya, incorporándose con quebranto de huesos, le besó la mano.

VII

EL Vicario de los Verdes tenía una hermana monja profesa, en la Cuesta de los Tres Clavitos —Madres Calzadas—. A la santa portería, en penumbra de cales, llevó sus negros andularios: Pulsa en el torno:

—¡Ave María!

—¡Gracia plena! ¿Qué desea, hermano?

—¿Ya me desconoce, Sor Pánfila?

—¡No se extrañe! La voz, al pronto, me hizo novedad. Tiene usted encima un pecado muy grande con el cacao que nos ha servido…

Interrumpió el clérigo:

—¡Cayó de un asno para subir a un camello! ¡Soy el Vicario de los Verdes! Mi deseo es saludar a Sor María de la Divina Inmaculada.

—¡Y quería que le reconociese! ¡Tanto tiempo sin acordarse de estas monjitas! Sor María se alegrará de saber que aún le vive el hermano. ¡Alabado sea el Señor!

—Llévele aviso.

—¡Volando!

El clérigo comenzó a pasear la portería. Vino un monago a ponérsele delante y a besarle la mano:

—Sor María le hablará por el coro bajo. Puede pasar por la sacristía… No hay alma en la iglesia… Acabadas las misas, se cierra…

Y enseñaba dos enormes llaves encadenadas. Salió por delante y sobre unas escalerillas se detuvo. Puerta verde, esquilón en el alero. Dejó paso y entró, cerrando la puerta. El Vicario sesgó la sacristía: Era ancha y obscura, con brillos de tallas, cornucopias y salvillas. En las cales del fondo, tres bultos que conversaban, volvieron la cabeza, cortando el tema. El clérigo, puesto el canal sobre el pecho, desplegado el manteo, pasó a la iglesia, y con una genuflexión, en los límites del presbiterio, saludó el altar: Atravesó la nave desierta, las claras luces de la cúpula, la arquería del coro alto. Tras la reja con pinchos de carlanca, las tocas de una monja. Un suspiro:

—Tengo recibida la carta que me puso. ¡Vaya sobresalto! Comuniqué el caso con la Madre Superiora. El depósito de la dote no puede dispensarse, porque se hace ante el notario eclesiástico… Solamente que persona de solvencia se aviniera a suscribir un compromiso, sujetándose con parte suficiente de sus bienes… La Madre Superiora no puede resolver… ¿Qué arrepentimiento muestra ese árbol torcido?

—La cabeza baja.

—¡Menos mal!

—¡Sumisión ciega!

—¿No dará guerra?

—¡Se la encalaboza, hermana!

—¡Hermano, ese no es arreglo!

—¡El mejor!

—¡El que una vez haya sido expediente con otra menos culpada, no lo considere!

—¡No amolemos con aguas pasadas!

—¡Ni a ese arbusto torcido, ni al mayor criminal le doy yo mi pasado!

Se fue la monja algo lejos, descomulgándose en el aire del hábito: Volvió más encismada:

—¡Guardada estaba la niña! ¿De dónde sacó esos ejemplos?

—¡Un crápula, que la levantó de cabeza!

—¡Antes se había desviado de la recta conducta! Usted propio me lo ha venido a declarar.

—Es muy pajaritera. Si no se la mete bajo rejas, no acaba en el escándalo de ahora.

—Su orgullo, hermano, se ve ahora bien castigado.

—¡En ninguna familia honesta debían nacer mujeres!

La monja se echó el velo y gangueó, haciendo papeles:

—¡Hermano, para todos los trámites, en la Secretaría del Obispado! ¡Hoy cayeron así las pesas, hermano! Mañana, otro día, puede encontrar más expedito el camino de sus deseos. ¡Sofismas del mundo, hermano! ¡Nos basta con el duende del fayado! ¡Ave María, esperanza nuestra!

El clérigo advertía que a los añejos resquemores llevaba, aquella vez, su hermana, el deliberado propósito de entorpecer la reclusión de la sobrina: No penetraba la causa del malvado capricho, ni discernía todas las alusiones. Y las encubiertas palabras con que la monja se fue de la reja, le complicaban el enigma. El Vicario de los Verdes atravesó la nave clara y pulcra, con los altares de rizados manteles, llenos de velillas y floreros. En la sacristía, los tres bultos del coloquio reservado, con el mismo ritmo de la vez pasada, cortaron la plática y volvieron la cabeza. El clérigo, largo y zancudo, el canal sobre el pecho, sesgó hacia la puerta. Al abrirla, quedaron en la ráfaga de luz los tres del misterio. El Vicario de los Verdes se detuvo dudando si era ocasión de cumplimentar el ruego del Zurdo Montoya. Tenía ante los ojos al Niño de Benamejí: Tampoco le eran desconocidos los otros: Don Pedro Gálvez, de Puente Genil, y el sotasacristán de las Madres.

VIII

VOLVIÓ desde la puerta el Vicario de los Verdes:

—¡Don Pedro Gálvez, de Puente Genil!

Saliose del trío un señorón buen mozo, caña, paleto y chistera: Empaque de mayor contribuyente, farolón de pueblo, juez de paz unas veces, otras alcalde, cacique con votos y olivas:

—¡A sus órdenes! Usted, si no me engaño, es el Vicario de los Verdes.

—¡Ya veo que no me desmiente, al cabo de tantos años! Tengo una comisión para usted, Señor Don Pedro… Lamento hacer de domingo siete cortando la reunión. ¡Una palabra, y despacho! ¿Le parece que pasemos a la iglesia, Señor Don Pedro? Estaremos más a gusto.

Pasaron a la iglesia. La puerta de la sacristía, franca sobre la callejuela, enunciaba una tapia con enredadera de pasionarias, cimada y corrida por un verde de limoneros. El sotasacristán sacó un gran aspaviento inflado de preguntas:

—¿Usted podría explicarme, Don Segismundo? ¡Yo no lo entiendo! ¿Qué papel juega el Vicario de los Verdes? ¿Le buscó usted? ¡No alcanzo qué ayuda nos traiga!

Don Segis asumía un gesto perplejo:

—¡Estoy en albis!… ¡Lo que sea sonará! ¡Algún pleito en el Supremo! Tiene la pinta. Al Vicario de Solana —a mí me da eso— le trae alguna recomendación para Ulloa.

El sacristán de las monjas extraviábase por otro laberinto de suspicacias:

—Doña Juanita ha ido de secreto al Palacio Episcopal: Su Ilustrísima trabaja un salvoconducto para que salga de España Don Benjamín. ¡Dios que lo entienda! El Señor Obispo aún está con la mosca de que lo tengamos en la clausura. ¡Algo extraño sucede! De guindas, ni uno queda por estos contornos.

—Me pone usted en cuidado. La policía, sin duda, ha tenido algún soplo y rastrea el nuevo escondite.

—¡Ha sido levantada en absoluto la vigilancia! ¡La Coronela, Don Segis!…

—¿Unte?

—Las mujeres todo lo charlan.

—Hay que prevenir a Vallín.

—¿Unte, ha dicho usted? ¡No pondría mi mano en el fuego por esa veleta!

—Que la policía ha tenido algún soplo, parece indudable. En fin, esta noche saldremos de dudas… No alarmemos a Don Pedro.

El Vicario de los Verdes y Don Pedro Gálvez tornaban a repasar la puerta del presbiterio y se despedían alternando protestas corteses:

—¡Señor Don Pedro, excuse las gracias!

—¡Le agradezco la molestia, y me obligo a una recíproca! ¡Me manda usted, Señor Vicario! ¡Me manda usted!

Levantaba la voz con aparatosa solfa. El Niño y el sacris se allegaron con saludos al Vicario de los Verdes. El Niño le observaba:

—¿Qué novedad verle a usted en Córdoba, Padre Verdín?

—La novedad usted la hace, Don Segismundo. A este lugar me trajo la indispensable visita a una hermana carnal, que es aquí monja.

El sacristán sacó un gesto perplejo, de curioso olvidadizo:

—La Madre Adelina de la Cruz de Mayo…

Por el borde del manteo salió una mano de cordobán, diciendo nones:

—Sor María de la Divina Inmaculada.

—¡Cabal! ¡Cabal! ¿Cómo encontró a la Madre?

—¡Una gata histérica!

—¡Qué buen humor gasta!

—Si me doy a morder, contagio la rabia. Don Segismundo, de verme con usted, ya tenía pensamiento. Podemos ahora quedar citados. ¿Después de comer, usted no toma café? ¿Le parece que nos citemos en La Perla?

Don Segis asintió:

—¡Corriente, Padre Verdín! De dos a tres, en La Perla.

—Supongo que no estará mal visto. La Perla no es un café de cante…

—Todas las tardes está lleno de clérigos.

Explicó el sacristán de las monjas:

—Sacerdotes de los pueblos, que vienen por sus asuntos a la capital. Los residentes no frecuentan esos lugares…

El Vicario de los Verdes torció el hilo de sus cavilaciones:

—¡Estoy aquí con la sobrina! Al cabo, hubo que reducirse a cumplirle el gusto de que sea monja. Tanta vocación y tanto ruego era por demás. El propósito qué allá hicimos era ponerla en la regla de estas seráficas. Y el camino que yo me pensaba tan ancho, lo encuentro cerrado. De todo hablaremos, Don Segismundo. No molesto más.

Se fue, y los tres del secreto volvieron a juntarse bajo las dobles miradas del

monaguillo, y del gato que acaricia en la nota encendida del ropón.

IX

EL Vicario de los Verdes quedó un momento irresoluto, la negra silueta talar recortándose sobre el verde postigo, en lo alto de las escalerillas: Descendió reflexivo, jugando con los borlados cordones del manteo, y remontó la Cuesta de los Tres Clavitos. Por Arco del Niño se metió en las luces y vocingles de un mercado:—Lozas andaluzas, frutas, gallinas, huevos, macetas, jaulas, romances de cordel, talabartes, clavos, herraduras: Sobremesillas con mantelete, roscos y licores: Papeles picados, botillería fabulosa de ámbares, rosicleres y verdes.— Un San Roquito de gubia popular, tutela los alfajores de tal tenderete: Una Santa Lucía, con los ojos en el plato, y manto celeste, que fue capote de paseo, da buen paladar a los refrescos y anisados de esta otra mesilla con lienzos caseros, pulcra y vistosa a la sombra de un gran paraguas rojo. El Vicario de los Verdes camina con encontrados pensamientos, que van desde la sobrina burlada, al justo castigo que pudiera ser aquella tan anunciada revolución de las Logias. La cólera divina estaba de manifiesto. ¿No era un signo de la subversión de los tiempos la demagogia laborando por la honra de España? El Vicario se abismaba en una rencorosa desolación de eclesiástico. ¡El Trono caído en el fango!… ¡Todos salpicados! La España con honra de aquellos murguistas era el manifiesto de que vivía sin ella. ¡Todos salpicados! ¡Una ola de fango! ¡Burladas las leyes! En la confusión de aquellos pensamientos se levantaban expresiones pulpitables, que trascendían al torvo rencor del clérigo, con ecos de texto moral en latines de seminario. Se acercó a un tabanque de clavos, herraduras, cerrojos y bocados de freno, en el resguardo de una lonilla:

—¡Seis clavos, maestro!

Un vejete fuguillas, con pañuelo de flores a la sien, se corrió a servirle desde el otro cabo:

—¿De qué marca?

—¡Esos están buenos!

Señaló el clérigo unos clavos negros de la fragua, con ancho remate. El fuguillas, jugando posturas, se los dio envueltos en la hoja rancia de un librote comprado a peso, en servicio de la parroquia:

—¿Alguna otra cosa?

—¡Un martillo!

—Vea usted el que le conviene.

—Un martillo con mango.

—¡Esos son ingleses! Quiebran todos. No tiene aceptación ese género. El mango, encarga usted que se lo pongan.

—¡Me urge emplearlo!

—¡No es nada el tiempo de aparejar un martillo!

—Aparéjalo y me lo llevo.

—¿Quiere su merced el martillo de que yo me valgo? Se lo lleva su merced y me da dos pesetas.

—Una, y está pagado.

—¿No representa nada el recuerdo, padre de almas? En las dos beatas van puestos los seis cuartos de los clavos.

El Vicario, con desabrida avenencia, pagó las dos pesetas, y por las sisas de la sotana manipuló el escamoteo de clavos y martillo: Se fue al sesgo del mercado. Mozuelas peripuestas acudían con alegres pinreles a besarle la mano. Una vieja curra, tras la mesilla de los alfajores, le saludaba levantando el San Roquito. La Santa Lucía del manto torero y la palma dorada, con el brindis de los ojos en el plato, le sugería, entre gulas ácimas, una sacrílega concordancia. Se santiguó para saludarse de aquella malvada ocurrencia y por el enredo de calles morunas encaminó las pisadas al Parador de la Estrella.

X

LA sobrina, que escuchaba tras de la puerta, al rechinar la llave, corrió sin zapatos al refugio de un rincón, y allí se pegó haciendo de mojigata: Con la cabeza entre las manos, percibió la claridad de la puerta y el trasponer de la llave. Otra vez las tinieblas. El ras de una cerilla:

—¿Dónde has puesto la palmatoria, mala pécora? Lamentó la descarriada:

—Sobre la cómoda.

Se levantó sujetándose las faldas, sueltas de las jaretas. El clérigo alumbró la vela: Miró a la sobrina:

—¡Toma la luz y tenla levantada!

Tanteó las contras de la reja, arrimó una silla, y, subido en ella, sacó el martillo y los clavos por las sisas de la sotana: Se volvió. La sobrina, al pie de la

cómoda, se sujetaba las enaguas: La luz de la vela le bailaba en la cara: Los rizos negros y la vislumbre roja en los planos de la mejilla, suscitaron en el clérigo, con un tumulto de sangre, dramáticas estampas de anacoretas tentados por hembras lascivas esclavas del Maligno. El clérigo desvió los ojos, puso un clavo en la madera y redobló encima con golpes de martillo. La sobrina, mal sujetas las enaguas, y el corpiño flojo, levantó la luz:

—¡No era preciso de clavos!… Estaba lo mismo cerrada con solo su mandato.

El clérigo levantó el martillo sobre la sobrina:

—¡Relajada! ¡Intentos me vienen de aplastarte!

Tanto vuelo metió al brazo, que la sobrina se espantó con un grito, dejando caer la palmatoria:

—¡Madre de mi alma!

El Vicario saltó de la silla y en la obscuridad persiguió a la despavorida:

—¡Aplastarte! ¡Aplastarte!

Tropezó con el cuerpo, escondido al pie del catre, y lo levantó por la mata del pelo:

—¿Qué le dio, para así ponerse? ¿No me conformo con su autoridad? ¿Voy acaso contra la suerte que me destina?

El Vicario bramó en la sombra:

—Adecéntate para salir al comedor… Luego nos dan las sobras…

Oyó a la mojigata que se metía los herretes del justillo, que se calzaba los zapatos: Le turbó el cateo y el ras de la meorica bajo el catre:

—¡Señor tío, vaya usted saliendo!

—¡Tú por delante!

—¡Pues cuando guste!

El clérigo tanteó la puerta y metió la llave: Hizo pasar a la sobrina: La miró de soslayo:

—¡Recógete esas greñas! ¡En no habiendo bateo, ni meterse un peine, ni pasarse el pico de una toalla por la cara!

La sobrina inclinaba el descolorido perfil con ojeras de Dolorosa: La miró desconociéndola, y recordándola con los juegos rojizos de la vela en la cara: Contemplándola, el clérigo sentía todos sus pensamientos vueltos sobre la imagen anterior:

—¡Sierpe de dos cabezas!

XI

EL comedor, lleno de bullicio en aquellas horas, era una sala baja de techo, con luz de camarote: Tenía vigas azules, descoloridos papeles donde alternaban quioscos, mandarines y piraguas. El asombro de la sobrina fue el reloj de cuadro, donde un tigre movía los ojos de cristal, al ritmo del péndulo: Después la mirada se fue al verdigualde de la cotorra puesta en la reja con una alcándara, y a las furias litográficas del Vesubio. Lo había visto mejor en la Feria de Solana: Allí el Vesubio vomitaba torrentes encendidos de azufre hirviente, sobre el aterrado Puerto de Nápoles.— Recordó las burlas del pollo madrileño en el panorama, el primer encuentro, el repentino cambio de miradas y el reconocerse perdida, si tal hombre, con aquellos ojos, se diese a seguirla. Sin embargo, no le había consentido que le pasase la mano por la cintura cuando miraban la toma de Sebastopol. ¡Qué filas de soldados! No se lo había consentido—. Siguiendo la sombra del manteo, ocupó una silla al extremo de la mesa: Le pusieron delante un plato: Metió la cuchara con melindre. El punto de azafrán la conmovía como un refinamiento de elegancias, era una proyección del mundo soñado. Por todas partes, luces del mismo engaño que traía en los ojos el tal hombre. La gente contaba que en bailes secretos bebía el vino por el zapato de raso de las mujeres. ¿Qué era aquello? Árida y desolada, como en otra ribera, intuía aquel tumulto de lances en una desgarradura de relámpago: Se asombraba de que pudiera parecerle tan lejana su noche de tormentas. Levantó los ojos para mirar al señor viejo que le pasaba un periódico al vecino Capitán de la Guardia Civil:

—¡Es un escándalo! Las alusiones del articulista son bien claras.

Levantó la voz por el otro lado un energúmeno:

—¿Qué novedad cuenta el periódico? ¡Ninguna! ¡La que todos sabemos! ¡Lo que es público desde el primer día! Al Yerno de Gálvez, si quieren cazarle, que metan los sabuesos en los Tres Clavitos.

El clérigo levantó la cabeza y sorprendió la atención de la sobrina, puesta sobre aquel badulaque. Al pronto le pareció absurdo cuanto el sujeto decía, pero como ninguno al escucharle mostraba extrañeza, se avino de golpe sobre una sobresaltada certidumbre y sacó en claro los enigmas de la monja, su hermana: ¡Las Madres de los Tres Clavitos amparando conspiradores! ¡Buenas estaban las seráficas! Miró a la sobrina con adusto aleteo del pensamiento:

—¡Me repudro de que hayas puesto atención a tales calumnias! ¡Esos son huesos para los perros! Poner atención a ciertos dichos es ponerse a comer bajo la mesa con los perros. Come, sin mirar a parte ninguna.

El Capitán de la Guardia Civil se pasaba la servilleta peinando el bigote:

—¡Tiene mano la Nicolasa! ¡Estaban de gusto los callos!

XII

EL Vicario de los Verdes, con el último bocado, puso a la sobrina en cierres y bajó al Café de la Perla:

—Café y copa.

Al mozo que le sirvió preguntó por Don Segis:

—Véalo usted. A la mano del mostrador.

Le descubrió en una tertulia de astros coletudos y señoritos jaques. Prefirió enviarle recado:

—A Don Segis Olmedilla dígale usted que tiene el mayor gusto en invitarle a una copa, el Vicario de los Verdes.

Vino Don Segis con el cigarro atravesado en la boca:

—¿Qué hay, amigo?

—¡Poco bueno, Don Segis! ¿Usted qué gusta de tomar?

—¡Cualquier veneno! Dame cazalla, Pepe.

Aprovechando el espacio del recado, con el mozo ausente, atropelló el clérigo:

—¿Qué pasa en el convento de los Tres Clavitos?

El Niño de Benamejí dio una vuelta al cigarro en la boca:

—Sé lo que dice la Prensa.

—¡Don Segis, no me haga comedias! En los Tres Clavitos hay gatuperio. Hoy he visitado a mi hermana… Daba por llano que más no era preciso para meter a la sobrina en clausura. ¡Usted ya está en antecedentes! ¡Sí, llano! ¡Como una montaña! ¡Aquella comunidad anda revuelta con el gatuperio del Yerno de Gálvez! ¡La aberración de ocultar a un sectario de las logias no es concebible!

—Fernández Vallín es uno de los hombres más religiosos que conozco. Ha estado a punto de profesar en Loyola.

—¡Ah! ¡Que me perdone!

—Vallín media entre unionistas y moderados, para sacar la abdicación en el

Príncipe Alfonso.

—¿Y la Regencia?

—La nombrarían las Cámaras.

Se sacudió los manteos el clérigo.

—¿Y qué falta hacen Cámaras? ¡Hogueras es lo que hace falta! ¡Hogueras y patíbulos! ¡Usted me mira asombrado! ¡Asómbrese usted más todavía! ¡Si solamente la voluntad bastase! ¡Si fuese posible el deseo, no dude usted, que todo rodaba hasta estrellarse! ¡El mal ejemplo cunde por toda España! ¿Que no soy el que era? ¡Cierto que no lo soy! Me mudé en otro. Tanicuanto deje a la sobrina en el convento —y usted puede ayudarme—, renuncio el beneficio, compro un trabuco y me echo al campo.

—¿Para qué?

—¡Para derribar lo existente! La España se abrasa de enconos. ¡Se consume de envidia! Que me pongan delante, sin valimiento, al gállete de Madrid… ¿Que no le muerdo la nuez? ¡Vaya si se la muerdo! ¡No me lo he merendado por quitarme de una cadena para toda la vida, y por respeto a las sagradas Órdenes!

—Padre Verdín, le veo a usted con el gorro colorado y una tea.

—¡Hace falta que estalle el trueno gordo!

El Niño de Benamejí, aparatoso y marchoso, echando humo, encaró al clérigo:

—Padre Verdín, tanta franqueza de su parte bien merece que un servidor no guarde con usted secretos. Estaba todo dispuesto para sacar esta noche al pájaro… Y sosegado el convento, juzgo cosa llana que usted deje allí a la sobrina. Nos valdremos de Doña Juana Albuerne.

—¡Conozco la tecla! Y a ese propósito quería hablar con usted.

—En eso, y en todo, completamente a sus órdenes, Padre Verdín. Decía a usted que todo estaba corriente para sacar esta noche el contrabando… El Zurdo Montoya debía hallarse con el carro… ¡La noticia de usted nos ha dejado yertos! Vamos a precisar. ¿El Zurdo ha entrado en el hospital?

—Allí lo tiene usted.

—Gálvez sospecha que nuestro complot ha sido descubierto… Yo me guío por otro cuadrante.

—Y un servidor.

—El Zurdo tenía sobre su cabeza una tormenta de palos… ¡Nosotros dos sabemos algo!…

—¡Qué lástima no haberle partido el corazón al pollo mal ángel!

—¡Luto nacional! Vamos a cuentas. ¿Quiere usted servirnos, y verse con el Zurdo Montoya? Sacarle dónde encierra el carro. A un hombre se le sustituye por otro, pero el carro y la reata son distinto cantar…

El clérigo asentía amontonando el ceño:

—Veré a ese… Habrá carro y habrá reata y mayoral, si es necesario.

Llamó Don Segis con un duro en el mármol. Disputa y manoteo sobre quién paga:

—¡Otra vez!

—¡No! Pepe, devuelve esa moneda.

—¡Qué importa!

—¡Pero hombre!

—¡Vámonos!

XIII

ACERAS angostas. Triangulados azoquejos. Lumbre de cales. El Arcángel San Rafael levanta el estoque sobre el concurso vocinglero de las fuentes. Brisas de azahares y callejones morados ondulando por tapias de huertos y conventos. Labrados canceles.—Motivos del moro.— Patios de naranjos y arrayanes, arquerías y persianas. En el verde silencio, el espejo de la alberca. La tarde, que acendra en el azul remoto una cristalina claridad de sierra, llegaba con remusgado cabrilleo hasta el catre del Zurdo Montoya —Montoya el Mozo—. Tenía el cuerpo una pavorida quietud, y el doblez de la sábana le tapaba la cabeza: Sobre el pecho cruzaba las manos con un ramito de oliva. En el encendido remusgo de la tarde, las moscas que le recorrían el haz amarillo de las manos, parecían más negras: El Vicario de los Verdes se detuvo santiguándose: Luego alzó el doblez de la sábana y miró la cabeza yerta del Zurdo Montoya:

—¡Has acabado!

Volvió a cubrirle con el lienzo, y leyó el papel que el médico había puesto en la cabecera. En el catre vecino, un viejo con gafas, que enhebraba una aguja, le interrogó con afectada prosodia:

—¿Señor sacerdote, quiere usted decirme el dictamen del tío matasanos?

El tonsurado barullo:

—¡Ataque de alcoholismo!

Sacó la voz por otras almohadas, un espectro con la cabeza entre vendas:

—¿Ataque de alcoholismo, pone? ¿Qué viene a ser eso?

Explicó el viejo del opuesto costado:

—¡Beber intemperante!

El espectro se hundió en las almohadas:

—¡La cuera que le han arrimado!

El viejo, en el rayo de sol, levantaba la aguja y el hilo, guiñaba un ojo:

—¡No se hacen cargo de las circunstancias! Al tío matasanos, si le quitan la plaza, le ponen los gabrieles en el alero. ¡Ahora se llevan los ataques de alcoholismo! ¡El vino cuesta barato!… ¡Todo hay que decirlo! Hace falta palo, mucho palo. Sin ser doctrinario, señor sacerdote, sin ser doctrinario… Mire usted qué remiendo más bien puesto. En la vida tenemos que hacer de todo. Las Hermanas, unas grandísimas tarascas. Todo el día retozando con los practicantes. Yo lo veo. Todos roban… ¡Un presidio de África! ¡Todos se merecen un ataque de alcoholismo! ¡Je! ¡Je! Usted se hace cargo, señor sacerdote. ¿Cómo se pasa de la vida a la muerte? ¡Ahí está el beber intemperante! ¡Y bebe usted agua, y no le vale! ¡Ataque de alcoholismo, señor sacerdote! ¡Ataque sobreagudo alcohólico! Puede usted levantar la sabanita. Los huesos de las costillas le salen por un costado. Tuvo el capricho de que todos lo viésemos. ¡Ataque de alcoholismo, señor sacerdote! ¡pin, pan! ¡Tente tieso!

Acudieron los velos corretones de una monja que se barrenaba la sien con el dedo:

—Señor Vicario, apenas de haberse usted ido rindió el alma.

—¡Poco que barajó con sus fantasmas! ¡Je! ¡Je!

—Don Acisclito, usted oye y calla. Traiga que le enhebro la aguja. ¡A ver cómo se luce en ese remiendo!

El clérigo sacó una voz asombrada:

—Si ese cadáver no ha sido identificado, yo lo identifico: Es Bernardo Montoya —Montoya el Mozo, por unos lugares, y por otros, el Zurdo Montoya —. Tratante en caballerías: Ha vivido, si no vivía al presente, por el Corral de la Pulgona.

Acalla con su ademán la réplica de la monja y se arrodilla al pie del catre, rezando en latín. El vejete de la cama vecina, con el sol en las gafas, estudia el remiendo y anuda la hebra, embebido en una canturía de turulato:

—¡Bueno, bueno, bueno!
¡Se casó Moreno!
¡Malo, malo, malo!
¡Mató a su mujer de un palo!

XIV

EL Niño de Benamejí esperaba al clérigo en el Círculo del Recreo.—El Recreo de Córdoba, billares, mesas de tresillo, veladores de dominó, mozos de librea con servicios de café y licores, humo de habanos, ceceos y rijos de los zánganos que en el vestíbulo jalean a las mozas de garbo que cruzan la acera.—Los del chamelo, golpeando la ficha, se juegan una ronda. Los calvos tresillistas, en las salas llenas de humo, la tarde en penumbra y velas encendidas, meditan el arduo problema del Basto y la Espada. Don Ole Botellín, los anteojos en la frente, el lazo de la chalina deshecho, pasa como una exhalación y recorre los corredores buscando al Músico Mayor. Agita un periódico:

—¿Qué signo es este?

—Un «la».

—¡Ya lo tengo! Llevaba la mano fuera… ¡Ya lo tengo! Me ha costado trabajo. Hasta luego. Aún me falta resolver el Salto del Caballo.

Se fue, con la chalina flotante, a sumirse en el sabio silencio de la biblioteca. En el velador del chamelo se hicieron comentarios:

—¡Vaya un tío guillé!

—¡Como todos los hombres de talento! Siempre le verán ustedes resolviendo problemas, consultando diccionarios, repasando la Prensa. En fin, ilustrándose… Lo que ninguno de nosotros hacemos. Yo paso.

Entre los señoritos del vestíbulo había tracas de gritos y carcajadas, con espaciados silencios de bostezo y galbana. En los medios de la calle tenían destacado a un jorobeta, que, al asomo de las buenas mozas, batía las manos y cantaba:

—¡Pájaro!

El coro de zánganos, en tales ocasiones, salía de golpe a la puerta. Olés y rijos sin gracia. Otra vez las disputas de toros, las mentiras de naipes, los relatos de majezas con bordoncete de propósitos obscenos declarados en alta voz:

—¡Esa hembra es para ir un rato a Panticosa!

Todos aquellos señoritos pelmas celebraron el dictamen del Niño:

—¡Segis, muy flojo te hallas!

—¡O muy dispuesto!

—¿Qué harías tú si te vieses teniendo que dar gusto a la comunidad de los Tres Clavitos?

—El cubano quedará mal si no las deja a todas embarazadas.

—¡Quién te diera en su lugar!

—El convento está vigilado de día y de noche…

—Vallín no está en Córdoba. Yo puedo asegurarlo… A estas fechas navega con rumbo a Londres.

Opinó un gallo jaque:

—Siempre he creído que le haría la capa el propio Gobierno.

Y sacó la voz un aceituno con trazas de escribiente:

—¿Ese trapisonda, qué va buscando? ¿Arruinarse?

—¡O redondearse!

—¿Tendremos jaleo, Segis? ¿Qué dicen las cornejas de Palacio?

—¡Poca cosa!

—Mayo no acaba sin tremolina. Los anuncios son esos.

Don Segis sonreía como si estuviese en el secreto:

—No me dan susto las revoluciones cantadas como la lotería…

—¡Hay trabajos!

—Paco Leiva y otros cuantos que se reúnen a jugar al julepe y a beber montilla en los altos de La Perla.

—Las guarniciones están muy trabajadas.

—Se viene diciendo eso desde los tiempos de la Nana.

Cruzó muy de prisa Don Ole. Se detuvo precipitado ante el Músico Mayor:

—¡Tenemos que ponernos de acuerdo!… Combinar una hora que usted tenga libre y que yo la tenga. Va usted a darme unas lecciones de solfeo. Me es indispensable.

El Músico Mayor hizo un gesto de asentimiento. El inspirado vate, la chalina flotante, la pechera fuelle, las manos abiertas y haciendo garabitos con los dedos, se volvió al sabio silencio de la biblioteca.—Obras de Julio Verne, Diccionario Geográfico de Madoz, colecciones encuadernadas de *La Gaceta*.— La traca de risas duró mucho tiempo. Se contaron extravagancias de Don Ole. Se paseaba en pelo por las afueras: Llevaba los bolsillos llenos de hojas de eucaliptos: Se tragaba toda la Prensa. ¡Rarezas del talento! Había resuelto ecuaciones que los primeros sabios del extranjero no habían podido resolver. Y los vagos del

vestíbulo y los profesionales del chamelo, reconocían que, aun cuando guillado, era una lumbrera Don Olegario Botella:

—¡Pájaro!

Nuevo golpe de bigardones sobre la puerta:

—¡Mala sombra!

—¡A ver si te arranco las orejas!

—¡No te ganes una soba!

—¡Pelmazo!

El jorobeta, en la esquina, se apretaba los ijares y guiñaba un ojo tras el Vicario de los Verdes.

XV

DON Segis salió al encuentro dél Vicario:

—¿Qué hay?

—*¡Réquiem in pace!*…

—¿Cómo?

—Justicias de África.

—¡Muerto!

—¡Ya sabe usted que estaba empupilado! Este crimen va sobre la conciencia del Pollo Real.

—¡Pues nos hemos hecho la santísima!

—¡Ya lo comprendo!

—El Zurdo era el pintado para pasar el contrabando al Peñón.

—¡Han escrito ustedes un compromiso en el agua! ¡Siempre la vida es un soplo, y en estos tiempos mucho más!…

—¡Se nos viene abajo todo el tinglado!

—¿No puede aplazarse y buscar otro sujeto?… A usted no le faltan obligados entre los tunos del bronce.

—¡El Zurdo era el pintado!

—Pues ese ya no vale…

—¡La tollina tuvo que ser bárbara!

—¡Para no contarlo!

—¡Realmente, se abusa un poco de los procedimientos extralegales!…

Barullo el clérigo:

—¡Se abusa tanto, que uno no sabe ya a qué carta quedarse! ¡Bandolerismo arriba, y bandolerismo abajo! Pobretes y potentados, ilustres personajes y tunos de presidio, operan con los mismos procedimientos. En todas las esferas se vive fuera de ley. ¡Yo he sido de los más obcecados para no verlo, y sin la bofetada recibida en mi honra, aún estaría con la tocata del orden con palo y tente tieso! ¡La España, estos tiempos, vive sin leyes! ¡Y barco sin timón, naufraga! ¡Se estrella! ¡Se hunde! ¡No se salvan ni las ratas!

Calló y los hábitos tenían un brusco roce atropellado. Se detuvo Don Segis:

—¿Y qué se hace?

—¡Parece usted un doctrino! Se busca otro compadre en el Corral de la Pulgona.

—Si contásemos con el carro y la reata del Zurdo…

—Se ponen los medios.

—¿Quiere usted acompañarme?

—Dejaré los hábitos en el Parador. Don Segis, me engancho en la revolución. Si llega la hora de levantar patíbulos no ha de escaparse del verdugo, el Pollo Real. ¡Hace falta un escarmiento muy resonante! ¡Que se oiga el trueno en toda Europa! Más aún de lo que ha sido la Revolución de Francia. ¡Sin aquellas impiedades! ¡Solamente ardiendo en una gran hoguera, se purifica España! ¡Está roída de todas las miserias, y si para declararlo tuviese que ahorcar el alzacuello, por ahorcado! ¡Me alisto en las filas revolucionarias! ¡Me junto con los excomulgados! ¡Desoigo los mandatos de Roma! ¡Me futro en el *Syllabus*! ¡Relajo los votos! Mi conciencia no admite traiciones. ¡El Padre Santo no me quita el rubor que tengo en la cara! ¡Subo, dejo los hábitos y bajo!

El Vicario se metió en el Parador: Tuvo un repentino visaje de la sobrina: Se palpó la llave del encierro: La recordó en la luz roja, abrochándose el justillo. ¿Por dónde se le había metido aquel pensamiento? Palpando la llave se detuvo en la escalera y volvió a bajarla: Se reunió con el Niño: Explicó, aludiendo con el gesto a los hábitos:

—Después de todo, es indiferente. El caso es no perder tiempo.

XVI

DON Ole, la chistera de medio lado, las trabillas sueltas, un rollo de papeles saliéndole por las faldetas del levitín, se echó fuera del Café:

—¡Don Segis! ¡Don Segis!

El Niño intentó capearle:

—¡Luego! Voy con este amigo…

Don Ole corrió a cortarle los terrenos:

—He dejado la confección del periódico para darle a usted la noticia. Telegrama de Madrid. El Yerno de Gálvez ha sido detenido al pasar la frontera…

Faroleó el Niño:

—¿Qué me cuenta usted, Don Ole? ¿Detenido al pasar la frontera? ¿Y qué hacemos con la novela de los Tres Clavitos? *El Baluarte* debe seguir con ese folletín. Un periódico a la moderna sostiene siempre sus opiniones y jamás rectifica. Las Madres de los Tres Clavitos aún pueden dar mucho juego. ¡Ustedes de seguro no publicarán ese telegrama en el periódico!

—¡Si está confirmado!… Son exigencias impuestas por conservar el buen nombre del periódico, su prestigio ante la opinión.

—¿Cuándo ha llegado el telegrama con la detención de Vallín?

—Hace unas horas. He supuesto que a usted, dada su relación con el cubano, le interesaría la noticia.

Soflameó Don Segis:

—¡Es natural! ¡Y muy agradecido, Don Ole! ¡La noticia, seguramente, vendrá por conducto autorizado!

—Nos ha sido comunicada por el Gobierno Civil. ¿La quiere usted más autorizada?

Quedó caviloso Don Segis:

—¡Indudablemente!

—¿No acepta usted una invitación? ¿Y el Señor Vicario? Esta mañana he tenido el gusto de verle. ¡Pues no era broma lo del Zurdo Montoya! ¡Amigo, que la ha diñado! He recogido la versión en el Gobierno. Ataque de alcoholismo.

Cortó el Vicario:

—¡La versión oficial!

—¡Naturalmente! La más autorizada, la única que pueden acoger las columnas de un periódico que tiene como deber primordial, no extraviar la opinión de sus lectores. En ese punto me hago solidario del criterio sustentado por la Dirección. ¡Señores, vamos a tomar alguna cosa!

Se disculparon. Pisando con los tacones, el rollo de papeles saliéndole por las faldetas del levitín, se fue Don Ole.

XVII

DON Segis, retardándose en la acera, confiaba sus atisbos al Vicario:

—¡Tenemos al Gobierno Civil propalando falsos rumores! ¡Maquiavelismo de capirote!… Simula ponerse la venda en los ojos, y desistir de la captura para infundir confianza…

Asesoró el Vicario:

—¡Ahora es el andarse más avisado! Me sujeta la vigilancia de la muchacha… De no ser así, con todo el pecho me tenía usted a su lado para ayudarle, Don Segis.

Don Segis aprovechaba la buena disposición del clérigo:

—Usted, Padre Verdín, lo primero que hace es dejar los hábitos y verse con el pájaro. Le pone usted en antecedentes de todo lo ocurrido.

—¿Usted dirá cómo me introduzco en el convento?

—No está en el convento. Le halla usted en el mesón de San Blas.

—¿Y en lugar tan concurrido, no le han descubierto los guindas?

—Precisamente el mucho entrar y salir de la parroquia le pone a cubierto.

—¿Si alguno le conoce?

—No le conoce ni su señora madre.

Bajaban al Corral de la Pulgona por callejuelas en luz de media tarde, calladas y solitarias. Trota el borriquillo con aguaderas y ondula sus faralaes un pregón muy garganteado:

—¡Agua!… ¡Fresca, de la fuente! ¡Agua!

Tapias con geranios. Cales. Volanderos cortinillos de puertas y rejas. En cuerdas al sol, vistosos tendales de ropas remendadas. Mata las pulgas de una frazada amarilla, la gitana de la greña untosa y el cuello de bruja, con corales. Un mulo morcillo se revuelca con las herraduras al aire. La vara del arriero lo levanta, y con el lomo sucio de polvo se mete por un portón con alfombra de paja trillada. Cuatro jaques, en una sombra, echados de bruces por tierra, tiran del naipe. Sobre una chumbera da luces un pingo de colorines. Un carro de toldo, con las lanzas mirando al cielo y el perro atado a la galga, escombra el corral. La comadre espulgadora reconoce a Don Segis:

—¡Tanto bueno por estos andurriales! ¡Y con un padre capellán! ¿Viene usted para avenir a algún mal casado?

El Niño no tuvo tiempo para la réplica: Una gitana con muchas voces y batir de brazos se metió en el corral:

—¡Me lo han matado! ¡Perros asesinos! ¡Me lo han matado!

El Vicario nubló la cara:

—*¡Sangre de Montoya!*

El Niño asintió:

—¡Vámonos de naja! ¡Aquí no se hace nada!

Los del naipe se habían incorporado. Asomaban por las puertas algunas comadres. Dormilones zagales salían de las cuadras y pajares. Se echaba el pingo colorín por los hombros la vieja chamiza que espulgaba la manta:

—¿Dónde dices que fue la desgracia?

—¡En el santo hospital! Lo recogieron tendido en medio de un campo. ¡Perros asesinos!

—¡No hay más que tener conformidad, Belnaldina! ¡Al santo hospital me voy para darle la última despedida!

—¡Perros asesinos!

Bostezó un arriero dormilón, metiéndose por el vano amarillo de un pajar:

—Cállate la boca, que bien estamos sin zaragatas.

El Corral de la Pulgona, con aquella advertencia, se tornó más mudo que *El Baluarte del Betis*.

El Vicario abría las zancas, echándose fuera:

—¡Esa tunería, no está más encontrada con la legalidad que las Autoridades! ¡Con los ejemplos que reciben de arriba, hacen bien en vivir como viven! La Pareja asesina en los caminos, y el pueblo soberano lo sufre y no se rebela contra ese freno arbitrario y criminal, más fuera de ley que los penados de Ceuta. ¡Ojalá, como aseguran, estuviese encendida la mecha para volarlo todo!

XVIII

SUBIENDO al Parador, por la esquina del Café, paseando a la puerta, descubrieron a Don Pedro Gálvez: Le abocó el Niño:

—¿Sabe usted la trola que hace correr el Gobernador?

—La detención de mi yerno en la frontera.

—¿Ha visto usted Maquiavelo? ¡Y por los Tres Clavitos no queda un guinda!

—También lo sé.

—¿Y Benjamín lo sabe?

—Lo sabrá cuando usted se lo diga: Augusto, en Madrid le ha ganado la partida al Gobierno. El Presidente de la Rota es hechura de Augusto. ¡Augusto ha hecho muchos favores! El Presidente de la Rota ha podido interesar al Nuncio: El Nuncio, no es extraño que manifieste su disgusto con el escándalo movido alrededor de un convento, por las Autoridades de Córdoba… Ese ha sido el camino. El Gobernador se ha puesto completamente al servicio de Su Ilustrísima. Son las órdenes recibidas. Le ha hecho entrega de un salvoconducto para Benjamín.

—¿Del Gobierno de Madrid?

—De González Bravo. Para el Gobierno, Benjamín continúa profanando la clausura con su escondite. ¡Son unas águilas! El Secretario de Su Ilustrísima ha puesto el salvoconducto en manos de Juanita Albuerne. En el bolsillo lo tengo.

—¿Pero tan poca vergüenza tiene el Gobierno? ¿Así manda destocar?

—¡Del lobo un pelo!

—Me ha dejado usted pensativo. ¿No habrá alguna añagaza en todo eso?

—El Gobierno se ha comprometido con el Nuncio.

—¿Podemos confiarnos?

—¡Absolutamente! Usted se lo hace entender así a Benjamín. Llévele usted el pliego.

Sacose de la levita un sobre con lacres, y lo puso en las manos del caviloso Don Segis:

—¿Cree usted en un cambio político, Don Pedro?

—¡Probablemente! Esta baza la han ganado las espadas.

—¡Diga usted las vainas! Los aceros no se han visto.

Un pelotón de chicuelos trotaba calle arriba con alegre vocingle. Detrás, la Guardia Municipal braceaba abriendo ancha calle a las Autoridades de la Provincia: Fajines y bandas, borlados bastones, con oficial prosopopeya, acudían a la estación para presentar sus respetos a los Serenísimos Duques de Montpensier.

XIX

UNA compañía con bandera y música, se alineaba en el andén, al paso del expreso de Sevilla. Marcha de Infantes. Saludo de las Autoridades. Diez minutos de ceremonias. Sus Altezas juegan papeles reales: Van a la Corte para asistir a las bodas de su sobrina la Serenísima Infanta.

LIBRO OCTAVO
CAPÍTULO DE ESPONSALES

I

MONSEÑOR Alejandro Franchi, Nuncio Apostólico, luego de haber celebrado misa, desayunábase con puches de polenta, ante majestuoso velador de caoba, sostenido por tres cisnes dorados. En pie, al otro extremo, un familiar se ocupaba en abrir los sobres de la correspondencia secreta. Monseñor posa la mirada en las manos pulidas del familiar, joven, rubio, alargado en sedeña sotana de abate elegante. La sala, cuadrada y prelacial, tiene una claridad tristona de calle angosta y balcones chatos. Monseñor Franchi, revestido en el reflejo carmesí del capusay, con un gesto sutil, deriva de los puches a la lectura de la correspondencia secreta, que sostiene con el Cardenal Antonelli. Monseñor alargaba los rincones de la boca, sinuosa de disimulos, y repetía con sagaz intención la lectura de un pliego. La escribanía, en el centro del velador, daba sus brillos, coronada de plumas arlequines, como la frente de un cacique indiano. Monseñor ha doblado el pliego, se ha santiguado, y reza con leve murmullo latino.

II

SILENCIOSO, como si pisase con suelas de goma, asomó el ujier de antesala, encorvado con eclesiástica reverencia, sobre las hebillas de los zapatos:

—Su Excelencia el Señor Marqués de Torre-Mellada espera en el salón rojo.

Monseñor hizo un leve gesto de asentimiento: Aún se detuvo a rasguear una

esquela: Puso por toda escritura el signo de la cruz en el sobre, y se la entregó al familiar:

—Lorencino, haz el favor de imponerle nemas de lacre, y llevarla al Convento de Jesús. Usa de mi nombre, y procura dejarla personalmente en manos de la Madre Patrocinio. La santidad no excluye que sea mujer y monja, de suerte que intentará sonsacarte: En ese supuesto, voy a darte mis instrucciones. ¡Toda discreción es poca, hijo mío, y las artes del demonio superan siempre a la prudencia de los hombres! Por esas líneas, le pido una entrevista a la Seráfica Madre… Pero nada le aclaro referente a los motivos, y solamente la encarezco la urgencia. No debe fiarse al papel lo que pueda comunicarse por la palabra. Tenemos enemigos poderosos, y en estos momentos ha venido a demostrárnoslo una tenebrosa maquinación, cuyos frutos son el secuestro del Conde Blanc. La Reina Isabel le había confiado cartas secretas para Su Santidad. A lo que parece ha caído en poder de una secta luciferina, que mantiene relaciones con la demagogia española. Monseñor Antonelli no ha vacilado en iniciar gestiones al fin de recuperar esos despachos, pero los enemigos del orden social exigen una suma cuantiosa, inaccesible para el erario de la Santa Sede. Últimamente, han amenazado con enviar alguno de esos documentos a la masonería española. ¡Yeso puede ser muy grave, hijo mío!… ¡Muy grave! ¡La Seráfica Madre no dejará de reconocerlo así!… ¡Ve, hijo mío!

Insinuó con flema burlona y devota cadencia, el familiar:

—¿Monseñor, y si no pudiese entregar la esquela, por hallarse en tránsito la Reverenda Madre?

Monseñor le caló los ojos sin darle respuesta: Se levantó y estuvo un instante observándole cómo ponía los lacres en la esquela:

—Hijo mío, procura conducirte con prudencia. A la Seráfica Madre no le ocultes las angustias de mi corazón. ¡Los que han hecho el daño que miren de remediarlo!

Y pasó ante los espejos, recogiéndose con estilo estatuario, los pliegues del ropón.

III

EL Marqués de Torre-Mellada, muy vanipavo, con levitín de fuelles, junco inglés y pantalón de trabillas, se atusaba la onda del bisoñé, el ojo atisbado a la puerta. Con extremosa cortesía acogió la entrada de Monseñor Franchi. La roja figura plegose con igual ceremonia:

—¡Carísimo Marqués! ¡Desgraciadamente, creo penetrar el motivo de su visita!

Tenía un grave solfeo la voz de su Eminencia. El Marqués tornó a inclinarse con arcana indicación de pésame:

—¡Estamos sobre un volcán!

Monseñor le estrechó las manos, sin consentirle besar el anillo:

—¡Querido Marqués, estamos en una hora de ensañada persecución a la Iglesia de Cristo! ¿Qué noticias han llegado a Palacio? Entéreme usted. Su Santidad ha tenido una subida de sangre a la cabeza y aún no le dan por bueno sus médicos de Cámara. Para Su Santidad ha sido un golpe muy doloroso y le aflige particularmente el daño que puede acarreársele a Su Majestad. Se hacen gestiones a fin de recuperar un importante documento. Al Santo Padre le preocupa que esos despachos lleguen a manos de los revolucionarios españoles, y puedan ser esgrimidos difamando a la Católica Majestad. Para satisfacer la cuantiosa suma que piden los carbonarios se procura un empréstito con la garantía del patrimonio privado de Su Santidad.

El palatino se despeñó por una escala de oficioso cacareo:

—¡La Señora en modo alguno podrá consentirlo! Monseñor inclinose deferente, ungido de bálsamos evangélicos:

—¿Y cómo está la Señora? Roma hubiera deseado que ignorase este lamentable incidente. Todavía no tengo cabal conocimiento de los hechos. Se me ha pedido, primeramente, una relación de los despachos que integraban la valija. ¡Correo oficial sin importancia, carísimo Marqués! Lo he comunicado así. Monseñor Antonelli, tranquilizado en ese respecto, no concedió a la substracción del regio autógrafo, una importancia máxima. ¡En sí no parecía tenerla, carísimo Marqués! ¡Era, ciertamente, un atentado abominable el secuestro del Conde Blanc!…

El repintado carcamal estiró el cuello con alardosa petulancia:

—¡No apruebo la conducta de ese caballero! ¡Debió haber vendido cara su vida!

Monseñor inclinaba la cabeza con amable sonrisa:

—¡Oh! El heroísmo no puede pedírsele a todas las naturalezas. Tampoco sabemos las circunstancias que concurrieron en el hecho. El Conde Blanc ha escrito una carta, a todas luces impuesta por sus opresores, y esa carta descubre los hilos de la tenebrosa maquinación… El Conde Blanc se declara portador de una carta confidencial, donde la Reina Isabel, como hija amantísima de la Iglesia Católica, somete a la consideración del Santo Padre escrúpulos políticos y privados que, en la hora presente, torturan la conciencia de la Regia Señora. ¡Esta revelación insospechada nos ha llenado de zozobras! Es una luz, pero luz turbadora como las llamas sulfurosas que enciende el báratro.

El palaciego guardó un edificante silencio, colmado de piadosas reflexiones. Monseñor juntaba las manos y ponía los ojos en las alturas. Ángeles rubios y azules, con inicios de dandi, deshojaban una guirnalda a lo largo del plafón. El palaciego, tras el edificante silencio, recobró el uso del fatuo cacareo:

—¡Estamos sobre un volcán! La Señora hallaría un gran consuelo recibiendo en audiencia a Monseñor. ¡Si Monseñor se dignase acompañarme a Palacio!…

—¡Oh! Ciertamente… Es lamentable que este incidente no haya podido substraerse al conocimiento de la Señora… A ese respecto he recibido instrucciones muy precisas del Cardenal Antonelli. ¡Dios lo dispuso de otra manera, y debemos acatar sus altos designios! Soy con usted, carísimo Marqués.

Cerró el parlamento con una cortesía de gran estilo eclesiástico, y salió mirándose en los espejos, estudiando los pliegues del capisayo.

IV

FORMÓ la guardia de pistolos ante la Puerta de Oriente El Nuncio de Su Santidad, pausado y decorativo, entre golpes de alabarda, acudía, cargado de evangélicos bálsamos al consuelo de la Católica Majestad. En el estrado de oros y damascos, adonde fue introducido, hacía espera Fray Antonio María Claret, Arzobispo de Trajanópolis y Confesor de la Reina Nuestra Señora. Saludáronse los dos eclesiásticos con gregoriano solfeo:

—¡Oh! ¡Qué grata sorpresa!

—No es menor mi satisfacción, aun cuando sabía que era usted esperado en Palacio. ¡La Reina está angustiadísima!

—¿Ha conferenciado usted con Su Majestad?

—No he conferenciado. La Augusta Señora, con feliz acuerdo, buscó los

consuelos de la religión y la he oído en el Santo Tribunal. ¡Se ha fortificado en las aguas de ese Jordán! ¡Cuántas tribulaciones sobre el regio corazón de la Señora! ¡Qué brasa encendida de amor a sus súbditos y a la Santa Sede Apostólica!

El Reverendo Padre Claret usaba el tonillo de los predicadores ramplones. Monseñor Franchi, con delicada sonrisa, le reparaba al manteo raído y a las manos con uñas de luto. El Reverendo tenía la boca vasta y obscura, rasgada de pastosas vocales catalanas, partida por el chirlo que diseñaba acentos de clérigo trabucaire, en aquella jeta payesa y frailuna. El Nuncio de Su Santidad guardaba una actitud de extremada reserva:

—Yo, hasta hoy, he ignorado que existía una carta de Su Majestad Católica. El Conde Blanc, guardando una reserva, sin duda impuesta, nada me había comunicado. Lejos de mi ánimo reprochárselo, ha procedido como un hombre de honor… Pero acaso hubiera sido conveniente otra cosa… ¡Acaso! Notoriamente no ha querido oírseme. Es una advertencia, y no volveré a incurrir con mis consejos en el desagrado de Su Majestad… ¡Y sin embargo de habérseme oído!…

Lamentó campechano el Confesor de la Reina:

—¡Las asechanzas del maligno han enredado esta madeja!

—¡Era poca toda prudencia! No quiero aventurar juicios, pero quizás mis indicaciones hubiesen sido de alguna eficacia… Tengo una triste experiencia de cómo actúan las Sociedades Secretas.

El Confesor de la Reina se revestía el pardo capillo de frailuco payés:

—La Augusta Señora es indudable que se ha guiado de un loable deseo. ¿Cómo podía ser de otra manera? ¿Quién osará poner en duda los excelsos sentimientos de Su Majestad? En esta ocasión no podía desmentirlos, y parece evidente que el móvil de su conducta ha sido el más ferviente celo religioso… ¡Un escrúpulo muy respetable! La Reina Nuestra Señora ha querido para sí toda la responsabilidad de sus augustas resoluciones, sin comprometer al dignísimo representante de la Santa Sede. ¡Una prueba indeleble de acrisolado amor a la Iglesia!… ¡Su corazón es como un dulce almibarado de los que ángeles y serafines sirven en la mesa del Altísimo!

Monseñor Franchi acogía con especiosa misericordia, las razones del Reverendo Padre. Resabios de protocolo movían el ánimo del Prelado Romano: El gran estilo de sus artes diplomáticas se mal avenía con la escuela chabacana del Regio Confesor. Aquellas expresiones ramplonas, dechado de sagacidad

frailuna, le inspiraban lástima, y acaso el despecho removía sus larvas en la conciencia de Monseñor: El vuelo ingrávido de un vilano que inicia su levedad en fluctuantes círculos.

V

TRAS larga espera, los dos prelados fueron introducidos a la Real Cámara. Nuestra Augusta Señora enjaretó ponderativas disculpas, amable de sonrisas el labio borbónico, majestuosa y pechona, ceñidos los rubios cabellos por una diadema portuguesa, las sienes, con parches de sebo. La Católica Majestad, aludiendo al achaque de su jaqueca, decía cefalalgia, locuaz y sabihonda, inflándose con hipos de paloma. Los evangélicos pastores se dolían con diverso estilo El Nuncio de la Santa Sede, musical y discreto, encarecía los milagros de las sales inglesas, y retrucaba el Confesor:

—¡Sanguijuelas, Señora! Sanguijuelas en salva sea la parte, para bajar la sangre. ¡Es la medicina de los viejos!

La Real Majestad sonreía alternativamente:

—La Pepita Rúa ha sido mi médico de cabecera: Ella está por los parches de sebo.

Se avino el Confesor:

—Sin duda que procuran alivio, pero el mal, de raíz solo se lo llevan las sanguijuelas. ¡La sangre viciada hay que echarla fuera del cuerpo!

El Nuncio de Su Santidad inclinaba el rojo solideo:

—Hoy la medicina moderna tiene depurativos… Se tiende a no restar sangre al organismo. Es el concepto de la medicina moderna.

—No me convencen tales innovaciones. En eso, como en otras muchas cosas, me declaro rutinario. ¿Qué nos ha dado la ciencia moderna? ¡El ateísmo! ¡La demagogia! ¡La perversión de costumbres! ¿Creo que estaremos de acuerdo?

Monseñor Franchi, con alambicada sonrisa, plegó los hábitos y cruzó las manos:

—¡No abramos cisma! Ciertamente, el sectarismo científico es abominable. ¡Pero qué maravilloso espectáculo el de la razón humana iluminada por el faro de las verdades eternas!

La Reina Nuestra Señora inclinó las celestiales pupilas, jugando con los cabos de su pañoleta de encajes: Disimulaba con mitones, el rosicler herpético

de las manos achorizadas y gigantonas como pedía el cetro de dos mundos:

—¡Estoy volada! ¡Qué audacia la de esas infames sectas secretas!… ¡Atreverse a interceptar mi real correspondencia con el Santo Padre! No soy rencorosa, pero si los autores son habidos, debe hacerse un escarmiento… ¡Un escarmiento muy grande, que sirva de ejemplaridad a esos herejes! Los Estados Pontificios debieran crear un organismo como nuestra Guardia Civil. Monseñor Antonelli, seguramente, ya habrá pensado en ello. ¡No es tolerable que se repitan semejantes ultrajes!

Solfeó el Padre Claret:

—El Benemérito Instituto haría un gran bien en los Estados de Su Santidad.

El Nuncio Apostólico aclaró con atildada deferencia:

—No estamos sin un Cuerpo de Gendarmes organizado y sostenido por la munificencia del Emperador de Francia.

La Reina Nuestra Señora alargaba el labio borbónico con una mueca de pique, extasiados los ojos sobre las manos:

—¡Poca ayuda nos ha dado en esta ocasión la gendarmería que sostiene Su Majestad Cristianísima!… Desde ahora me ofrezco a sostener una fuerza equivalente organizada como nuestra Guardia Civil. Me tiene muy afligida la suerte de mi sobrino, y verdaderamente, ese tarambana no debió haberse aventurado sin una escolta, conociendo la inseguridad de los caminos romanos.

El Reverendo Padre derramó el bálsamo frailuno de sus consuelos, embastecida la boca por crasos dejos catalanes:

—¡La juventud es siempre temeraria!

Monseñor Franchi subrayaba una actitud de prudente reserva:

—¡Acaso pudo evitarse este lamentable incidente, trasmitiendo por clave la carta de Su Majestad!… Mi consejo hubiera sido cifrar el documento y guardar el real autógrafo en los archivos de la Nunciatura. ¡Ya no tiene remedio!

Se entonó la Reina Nuestra Señora:

—¡No hablemos del pasado! ¿Qué puede hacerse ahora? Creo que esos infames piden una exorbitancia. ¡Algo así me ha significado Torre-Mellada! Yo estimo que nunca será tan grande que no pueda pagarla la Reina de España. Con un millón, ya se darán por satisfechos esos pobretes. ¡Es indispensable, sobre este punto, tranquilizar al Santo Padre! Mi Embajador en Roma tiene instrucciones del Ministro de Estado. ¡Pobrecito Santo Padre, cuántas muestras de amor le ofrece en todas las ocasiones a su amante hija!

Monseñor Franchi arqueaba las cejas, con un gesto colmado de ampulosas

perplejidades:

—¡La Corte Romana teme que el real autógrafo pase a poder de los revolucionarios españoles!

Empurpurose el rostro de la Católica Majestad:

—¡Andan muy derrotados esos intrigantes, para poder pagarlo!

Monseñor apuntaba nuevas zozobras:

—Son lobos de la misma carnada, que procuran la destrucción del orden social. Monseñor Antonelli abriga la sospecha de que esa carta haya vuelto a España.

Se atufó la Real Majestad:

—Me alegraría, porque al que se le cogiese con ella encima, lo iba a pagar muy caro… Pero me resisto a creer en esa maquinación: Sobre todo, habiéndole puesto precio a mi carta. Lo harían si hubiesen perdido la esperanza…

El Padre Claret inflaba sus bajos:

—Lobos de la misma carnada, sí lo son, pero el conquibus es muy goloso.

Esclareció el Nuncio de Su Santidad:

—Monseñor Antonelli, al comunicarme sus recelos, no le da otro valor que el de conjeturas. Sin embargo, sus instrucciones son para que prevenga al Gobierno de Su Majestad.

La Majestad de Isabel Segunda trascendía su enojo con buches de paloma real:

—Yo estoy muy reconocida al celo del Cardenal Antonelli. No tengo sus luces políticas, pero confío en la misericordia divina y creo que esa carta será fácilmente recuperada, sin ulteriores complicaciones. Esos herejes le han puesto precio y no desistirán de cobrarlo.

Asentía el Padre Confesor:

—No pierden ellos la tajada: El Cardenal Antonelli se nos pasa de listo, y cree en la sinceridad revolucionaria de los emigrados españoles. Entre nosotros, el democratismo es hambre atrasada, y todos sus chinchines tienen por objeto la conquista de *La Gaceta*. Cuantos hoy conspiran buscan comer. ¡Allí está el busilis!

El Nuncio de Su Santidad hacía pliegues al ropón:

—Con esa carta redoblarían sus aproches, y sin duda esa posibilidad no se le ha ocultado al Cardenal Antonelli.

La Reina Nuestra Señora tenía un incendio en la cara:

—¡Es posible! Pero me resisto a la idea de que vaya a ofrecerme ese cáliz de

amargura, el Divino Redentor. Y en último resultado, no quiero pensar en lo que todavía está en ciernes. ¡Eso es llamar por el mal! Con esa carta y sin esa carta, la demagogia jamás entrará en Palacio. Salvaré mi alma si no alcanzo a salvar el Trono. ¡La Iglesia nunca podrá reprocharme el perjurio de entregar mi pueblo a las logias masónicas! A este respecto había escrito al Santo Padre. ¡Se ha extraviado mi carta, pero no se ha extraviado mi palabra real!

Se doblaron, con eclesiástico solfeo de parabienes, el frailuco catalán y el prelado vaticano.

VI

LOS dos prelados, recelosos el uno del otro, encubiertas las suspicacias con amistosas expresiones, se despidieron en los umbrales de la Real Antecámara. En el fondo de la galería, conversaban la Dama de Servicio, Condesa-Duquesa de Villanueva de los Infantes, y el Marqués de Novaliches: Con un celo previsor, de criados encanecidos en las obligaciones de antesala, sabían estar atentos a las puertas, vigilantes sobre todos los pasos, y sostener el coloquio. Su Eminencia el Arzobispo de Trajanópolis, con el familiar al flanco, cruzaba la galería, y todas las cornejas palaciegas, en beato revuelo, acudieron a besarle el anillo pastoral. El Padre Claret se detuvo, pródigo de bendiciones, con el humor chabacano que en los chascarrillos se le atribuye al glorioso San Pedro:

—¡Vaya! ¡Vaya! ¡Vaya! ¡Cuántas ovejas del Señor! ¡Bueno! ¡Bueno! ¡Bueno!

Interrogó la Duquesa de Fitero:

—¿Su Eminencia predica hoy en las Góngoras?

—En las Góngoras, a las tres. Poco después de las cuatro en las Salesas. A las seis, la novena de Nuestra Señora de Montserrat. A las siete, ejercicios espirituales para jóvenes solteras, en la Parroquia de San Sebastián. A las ocho, he de estar a la cabecera de un penitente: ¡Ahí tienen mi jornada! Porque a las nueve, después de la colación y rezar el santo rosario, hago propósito de entregarme a la falsa divinidad de Morfeo.

El Reverendo Arzobispo de Trajanópolis acabó la cuenta tapándose las orejas, negándose a oír el laudoso murmullo del bando palatino:

—¡Cuántas almas ganadas para el Cielo!

—¡Su Eminencia se fatiga demasiado!

—¡Qué conmovedora batalla contra el poder de Satanás!

—¡Supera al esfuerzo humano!

—¡Su Eminencia puede enfermar!

—¡Es muy grande el poder de Nuestro Señor Jesucristo!

—¡Pasmoso que no se fatigue de la garganta!

—¡Se patentiza una ayuda muy señalada del Divino Redentor!

—¿Y no toma ninguna medicina su Eminencia? Yo voy a mandarle una caja de pastillas de malvavisco.

Era una dama la del ofrecimiento, y para acordarse le dio un nudo a su pañolito de encaje. El Padre Claret soterraba las manos labriegas por las sisas de la roja sotana, y en el ristre enlutado de las uñas, sacaba hojas de oraciones, medallas, estampas, ramitos de espliego, todo con la bendición del Santo Padre. Barullón de evangélicos consejos, hizo partijilla entre Gentileshombres, Mayordomos y Grandes. Con ingrata prosodia catalana, tejía una rocalla de milagreras hipérboles, que recordaba el estilo de los misioneros en tierras de Oceanía. El coro de la alta servidumbre se apapanataba con remilgos beatos. El Padre Claret sacó entonces su cebollón platero, de cuando era seminarista, y se llevó las manos a la tonsura:

—¡La mañana a pájaros! ¡Y aún tengo que hacer una plática de doctrina cristiana a Sus Altezas!

El General Marqués de Novaliches, Ayo del Serenísimo Príncipe de Asturias, con rancios extremos de etiqueta palaciega, se brindó como introductor: Era un vejestorio de cortos alcances, crédulo, picajoso, caballeresco y bien intencionado. El Padre Claret le pagó las flácidas cortesías con una medalla de Nuestra Señora de Loreto:

—¡Récele! Es una imagen muy milagrosa, y que concede señaladísimas gracias a quien se las pide devotamente.

El Ayo de Su Alteza entonó un solo de chirimía, colgándose la medalla sobre el pecho, en el deslumbrante tinglado de placas, cruces y veneras, regias mercedes concedidas a los claros hechos de aquel aguerrido figurón de antecámara:

—¡A las órdenes de Su Eminencia!

—¡Pues cuando guste el Señor Marqués!

Al salir, aún distinguieron la roja magnificencia del Nuncio de Su Santidad: Pasaba ante los espejos de un dorado salón, declinando saludos, con elegante ceremonia.

VII

EL Heredero de la Corona recibía las lecciones de catecismo, religión, moral y palotes, en una sala del entresuelo. Don Cayetano del Toro, clérigo de buena conducta, tímido y fanático, era el mentor: Las arduas enseñanzas del tonsurado se acendraban con el ejercicio de bayoneta y carabina, bajo el marcial comando del Coronel Zárate. Estas ilustres disciplinas se encaminaban al propósito de que, corriendo los años, fuese otro San Fernando, el Príncipe Heredero. Sin embargo, aquella mañana, el noble ejercicio de las armas, por lo mucho que le enardecía y sofocaba, se redujo a disparar tres pistones. Los Médicos de Cámara tenían puesto el veto a toda fatiga corporal, atendiendo a prevenir los resfriados de Su Alteza. El Augusto Niño, a una seña del dómine, adelantose con ingenua petulancia, y, lanzado de carrerilla, lució su mucho saber, aplicación, memoria y felices disposiciones. El dómine, con la mano en suave vaivén, intentaba apaciguar la fuga del egregio discípulo:

—Vuestra Alteza se fatiga demasiado. Es posible que tenga gusto en interrogarle el Eminentísimo Señor Arzobispo.

El Padre Claret marcó un signo de cazurra aprobación:

—¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Muy bien! No estará de más alguna preguntita… Y por delante mis parabienes al discípulo y al maestro.

—Su Alteza, estos días, ha leído con muy especial aplicación, los libros de Su Eminencia. Los conoce todos y tiene trazado, bajo mi dirección, breves síntesis de la doctrina que en cada uno expone Su Eminencia.

Al Heredero de la Corona le brillaban los ojos, con el deseo de lucir su flamante sabiduría: El Padre Claret le acarició la barbilla:

—Me es muy grato saber que mis lucubraciones han merecido el aprecio de Su Alteza.

El Augusto Niño desembuchó con otra carrerilla:

—*Consejos y Avisos a las Religiosas*. Este opúsculo, el primero en el orden cronológico, corrige arraigadas corruptelas y esclarece los caminos de la oración. *La Cesta de Moisés entre las siete bocas del Nilo y Avisos saludables a los jóvenes para librarse de las asechanzas del Siglo*. Llama la atención este opúsculo, tanto por la mucha doctrina que encierra como por el acierto con que expone y esclarece textos de San Francisco de Sales y San Ligorio: Todas las

páginas son una continua y feliz alegoría: El Nilo representa el mundo, y las siete bocas de su delta siete peligros que amenazan a los jóvenes. El aire húmedo del río representa las falsas máximas del liberalismo. He aquí el ornamento de este precioso libro: —Primero: Cesta tejida con mimbres y juncos de saludables y espirituales avisos, calafateada por el impenetrable preservativo de las virtudes cristianas.—Segundo: Gran Nilo del Mundo, que por siete bocas se precipita en el abismo de perdición temporal y eterna.—Tercero: Malos compañeros. Malos libros. Espectáculos y comedias. Cortejos y bailes. La Ociosidad y el Juego. Amor a los Deleites Sensuales. Amor a las Riquezas y Honores. Falsas máximas del Mundo.— A este opúsculo siguen: *Avisos a las Doncellas, Avisos Muy Utiles a los Padres de Familia, Avisos Muy Útiles para las Casadas, Avisos Muy Útiles para las Viudas, Avisos saludables para los Niños, Avisos a un Militar Cristiano*. El autor enumera las obligaciones de los diversos estados a los cuales se dirige, los peligros y dificultades que suelen encontrarse en ellos, y el modo de santificarse en cada uno. *El Rico Epulón en el Infierno, Maná, El Carnaval y su Entierro, Convite a la Gloria, La Escala de Jacob* y *La Galería del Desengaño* tienden a despertar en su tibieza a los cristianos, muchos en número, pero esclavos de alguna pasión, con la esperanza temeraria de salvarse y no ser por ella condenados: Estos son los que buscan, ciegos, la suspirada joya de la felicidad en los honores, deleites y riquezas de este mundo, donde cabalmente no pueden estar. La felicidad solamente se halla en Dios Nuestro Señor. Quien por ella suspire ha de buscarla por los senderos de la oración y de la penitencia.

Solfeaba el Padre Claret:

—¡Maravillosa retentiva! ¡Felices disposiciones!

El Augusto Niño tomaba mal los alientos, atropellándose con hipo afanoso, la voz sofocada y sin timbre: Le brillaban los ojos como si corriese, sobre aquella sabihonda retahíla, a la conquista de una corona de laurel. El Marqués de Novaliches intervino, paternal, en función de ayo:

—¡Su Alteza no debe agitarse!

El Augusto Niño se detuvo con alentar arroncado y fallido de gaita con agujeros. El Padre Claret le premió con una estampita:

—Vuestra Alteza me ha hecho recordar al Gran Rey David, que en edad párvula venció la soberbia filistea, aplastando con la piedra de su honda, la dura frente del Gigante Goliat. Mis felicitaciones también para el modesto jardinero que mantiene lozano el tierno arbolillo, limpiándole de malas hierbas. Por los países de extranjis se habla mucho de la educación que debe dársele a los

colegiales, y no es raro, en estos tiempos tan decaídos, que se les pervierta poniendo en sus manos inocentes, a los autores griegos y latinos, que difunden los más crasos errores del paganismo. Afortunadamente, Vuestra Alteza ha encontrado conductores, que saben preservarle de esta cizaña, y darle la saludable educación que debe tener el futuro Rey de España. ¡Récele, Vuestra Alteza, al Santo Ángel de la Guarda, para que mantenga siempre puro el preciado tesoro de vuestro corazón!

El Dómine se enternecía.

—¡Su Alteza une a las felices disposiciones, la más bondadosa índole, y la más acrisolada aplicación!

El Marqués de Novaliches, hueco y espetado, pulsaba al Augusto Niño:

—Vuestra Alteza no debe agitarse. Mi obligación es recordarle la prescripción facultativa.

—¡Marqués, no seas aprensivo! ¡Déjame que concluya!

—El Señor Arzobispo creo que abunda en mi opinión.

El Padre Claret se estallaba los artejos:

—¡Así es! ¡Muy de acuerdo! ¡Acatemos la tiranía de los galenos!

Entró un Gentilhombre con el mensaje de que las Reales Personas asistían a la plática de Su Eminencia. Golpes de alabarda. Largo y ceremonioso séquito. La Señora, con los ojos enrojecidos, pero pomposa y risueña, vestida de azul celeste, fayas y encajes, entró apoyada en el brazo del Conde de Girgenti:—El Príncipe de la Casa de Nápoles, Prometido de Su Alteza la Infanta Isabel Francisca.— El Rey Consorte menudo y peripuesto, levitín de alpaca, dijes en la cadena del reloj, pantalón perlino, venía detrás en pareja con la Reina Madre.— El Infante Don Sebastián, pisando las colas, volvía el ojo tuerto sobre la Infanta Isabel Francisca. Después, Damas, Grandes, Gentileshombres, Mayordomos.— El Reverendo Confesor hizo una plática con ornamento de latines:—Textos de los Santos Padres, que traían un resplandor de los retablos dorados, de las barbas ilustres y las nimbadas tonsuras en sabia meditación, sobre misales áureos.—La Corte se retiró edificada. Nuestra Augusta Señora, encendida de amor por las sacrosantas tradiciones, empeñó su real promesa de asistir aquella tarde a los toros con cachirulo de teja y mantilla española.

VIII

LA Puerta del Sol lostrega el prestigio oriental de su nombre. Calle de Alcalá. ¡Tarde de toros! Calle de Alcalá, luminosa y retintinante. Puerta del Sol. Bulla de pregones:

—¡Altramuces! ¡Abanicos! ¡Naranjas! ¡El programa de la corrida! ¡La lista grande! ¡Nardos y claveles!

Se vierte sobre las aceras el vocerío de cafetines y tabernas. Zumbona manolería asalta la imperial de los ómnibus. Disputas y zaragatas. Las coimas de rumbo se lucen en calesa, florido el rodete y el pañuelo del talle. La Corte muestra su vana magnificencia en landós y carretelas. Clarines. Escolta de Guardias. Morriones y plumeros. Grupas en corveta. Caballerizos de espadín y tricornio, a la portezuela de las carrozas reales. La Reina Nuestra Señora lozanea entre azules y guipures. A su izquierda se acoquina la pulcra insignificancia del Rey Consorte. Las Reales Personas no disimulan el desacuerdo del tálamo. La Señora saluda apomponada, florea la mano, tiene una afable sonrisa para su Pueblo. El Augusto Consorte se inclina con urbana mesura, en un término casi olvidado del gran atalaje. Charoles y metales. Cuatro yeguas andaluzas. Encumbrados palafreneros: Pelucas blancas y medias encarnadas. Otra sección de Guardias. Renovados clarines baten la marcha del Príncipe de Asturias. El Augusto Niño —uniforme de sargento— encanta al populacho con la monería de su saludo militar. Sonríe, entre bigotes y perillas marciales. Le asisten y celebran el General Marqués de Novaliches, Mayordomo y Montero Mayor de Su Alteza. El General Sánchez Osorio, Jefe de Estudios. El Coronel Losada, Placa de San Fernando, Medalla de África, Gran diploma de la Asociación de Caza y Pesca, Primer Premio en los Concursos de Tiro, gloria nacional en los ejercicios de carabina y bayoneta.—La Marcha de Infantes. Más landós, más carretelas. Los Duques de Montpensier saludan. Aplausos y vítores.— Los Comités de la Unión Liberal pagan dos pesetas.—El retén de pistolos permanece formado ante la verja del Ministerio de la Guerra. Los Duques saludan: Sonrisa de soberanos. La misma algazara de cornetas. Caballerizos y palafrenes. Las mismas pelucas blancas, las mismas medias encarnadas. Otra sección de Guardias, más coches de la Real Casa. Landó a la Grand d'Aumont. La Infanta Isabel Francisca, rubia, chata, una fábula verde el vestido, cachirulo de carey, mantilla de madroños, belleza manchega de Princesa Aldonza. A su lado, la Duquesa de Casteluccio. En la bigotera un uniforme: Dormán y chascás con pompón de gala.— Otra ráfaga de cornetas.—El Príncipe Napolitano, Prometido de la Señora Infanta.—

Vítores graneados. La Intendencia de Palacio paga dos reales:

—¡Altramuces! ¡Abanicos! ¡Naranjas! ¡El programa de la corrida! ¡La lista grande!

Alcahuetas y cesantes, pícaros y bohemios, ciegos y lisiados, con donaires y lástimas, dan tientos a la bolsa ajena. El gentío de a pie, con el sol en la espalda, sube hacia la plaza esparcido por las dos aceras. Endrina y garbosa, ondula la gitana prometiendo venturas. Sobre un penco trota el picador amarillo jinete, con el azul monosabio a la grupa. Un ciego pregona el romance del Horroroso Crimen de Solana. En la imperial de los ómnibus, chungas y algarabías, calañeses y peinetas de teja, bastoneo y pataleo, luces morenas. El mayoral arrea el tiro de mulas. Bailan borlones y cascabeles Restalla la fusta. Avinados berridos blasfemos. En torno de la plaza tumulto de ruedas y caballos. Humo de fritangas:

—¡Agua, azucarillos, aguardiente! ¡El programa de la corrida! ¡Agua, azucarillos, aguardiente! ¡Claveles! ¡Claveles! ¡Claveles! ¡Patitas de bailador, déjame una mota!

Moscas y polvareda. Negrea el gentío en las entradas de la Plaza. Disputas taurómacas. Impacientes empellones:

—¡Naranjas! ¡Naranjas! ¡Fresca! ¡Fresquita!… ¡De la Fuente del Berro! ¡Aleluyas de Don Pirlimplín! ¡Risa para un año! ¡El programa de la corrida! ¡El Horroroso Crimen de Solana!

Guitarra y solfa. Rondas de morapio. Apolo cuelga su laurel en la puerta de un ventorrillo. Desafina el ciego:

¡En un negro calabozo,
Confesados y convictos,
Pagan su sanguinidad
Los malvados asesinos!
Piden indulto al Gobierno
El Clero y el Municipio,
Militares y paisanos,
Viejos, mujeres y niños.

IX

LLENO en la plaza. La charanga de un regimiento acomete la Marcha Real. Mareas de difuso vocerío. Un clarín. Sale a caballo Felipe III. Bronca en el

sol:

—¡Naranjas! ¡Naranjas!

Tumulto en la talanquera del toril, y el toro en el ruedo: Bien criado, bien puesto de pitones, barroso, berrendo en colorado, divisa colmenareña. Aplausos al ganadero. La Reina le busca con los ojos y le saluda con el abanico. Las madamas de la grandeza engalanan sus palcos con ondulación de pañuelos chinescos. Algarero ramillete. Revuelo de abanicos. Peinetas, madroños, claveles. Aplausos en todo el ruedo taurino, al primer quite de Frascuelo. Un piquero por tierra. Trota el penco al filo de las tablas, pisándose las tripas. En los brazos de azules monosabios, se recuesta la mueca del garrochista, que se duele de la costalada. Frascuelo lancea, palmas y olés. El colmenareño se va suelto sobre la querencia del caballo difunto. Levanta el testuz careto de sangre:

—¡Naranjas! ¡Naranjas!

Frascuelo, vestido de luces —corinto y plata—, subió al Palco Real. El espada era alto, membrudo, la jeta obscura, de una fealdad bravucona: Arrodillándose con garbo de rufo, besó la mano de Sus Majestades y Altezas. La Corte acogía al espada con murmullo de lisonjas. La Señora le agasajó con una petaca, donde lucían las cifras reales:

—Ya he visto que sabes arrimarte. ¡A mí me gustan mucho los toreros valientes!

Intervino un poco bronca la Infanta Isabel Francisca:

—¡Cúchares nunca ha hecho más!

Asentía el Rey Consorte:

—¡Y los toros eran muy grandes!

Frascuelo explicó, doctoral:

—Codiciosos, y eso es lo que hace falta para poder lucirse y dar gusto a la afición.

Tornó la Reina:

—Del público no estarás descontento.

Certificó el espada:

—¡Es muy noble este público de Madrid!

La Majestad de Isabel Segunda paseó por la plaza las azules pupilas: Comparaba y escondía una queja celosa, por el desamor que el pueblo había mostrado a su Reina. Despidió al espada:

—Ve a verme alguna vez. Ya sabes que tendré mucho gusto en ser madrina del primer hijo que tengas.

Frascuelo tornó a la plaza. Era muy extremada su devoción isabelina, y agradecía la petaca, en el propósito de lucirla, y dar achares a más de uno, con aquella muestra del real aprecio. En la barrera, tomó el botijo, echó un trago y, sentándose en el estribo, mostró la petaca. Un caballero garboso, brillantes en la pechera, patillas y calañés, apareciose por el callejón repartiendo saludos protectores: Llegó al espada, y le asentó familiarmente en el hombro la mano pulida, brilladora de anillos y tumbagas:

—¡De órdago, Salvador! Vamos a nombrarte archipámpano del volapié.

—¿Te ha gustado la faena?

—Superior. Templando y mandando como los propios ángeles.

—No ha estado mal, porque era un bicho de cuidado.

—Ya lo he visto. De los que saben latín.

—¡Y con unos pitones!

—Cúchares lo hubiera despachado a paso de banderillas. Te has pasado de guapo.

—El Señor Curro ya tiene hecho su cartel. Vamos con el quinto, Benjamín.

—Una palabra. Me he comprometido a que le brindes la faena a cierta ilustre dama.

—¿Quién es ella?

—La Duquesa de Montpensier.

—¡Benjamín, no me traigas enredos!

—¡Salvador, me he comprometido!

—¡Hasta los toros queréis llegar con la política!

—¿Dónde ves tú la política?

—Benjamín, que no le doy ese trágala a la Reina.

—La Reina, encantada.

—Déjame de mapamundis.

—¡Si a nada te comprometes con brindarle un toro a la Duquesa!

—¡Con tanto saber, a mí no me la das!

—¿Qué telarañas se te han puesto?

—¡Que no me la das!

—Pues cuento acabado, y a la recíproca, Salvador.

—No te atufes, compadre. Los de la casaca liberal, os traéis esta tarde un trasteo de mucho mamporí, que decimos por la tierra. Os parecen pocos los vivas, y queréis armar un jaleo. Benjamín, soy empírico, y nada se me ha perdido en la política. En todo lo que no sea por esa querencia, me mandas. Este

toro, te lo brindaré a ti.

—Yo me retiro ahora de la plaza. Salvador, buena suerte. El espada encogiose de hombros. Requirió el botijo, apuró un chorrillo, y se limpió la boca enorme con el dorso de la mano:

—¡Vamos allá!

Saltó del callejón al ruedo, y apoyado en el estribo, quedó un espacio atento a estudiar las intenciones que descubría el toro, entre el capoteo de los peones:

—¡Fresca! ¡Fresquita de la Fuente del Berro!

X

LA Familia Real abandonó la plaza al comenzar la lidia del último toro. Las Augustas Personas, con largo séquito de palaciegos, repartían saludos y prodigaban sonrisas al ilusionado populacho de aguardiente y buñuelo. Madrid, polvoriento de sedes manchegas, tenía un último resplandor en los tejados. Sobre la Pradera de San Isidro, gladiaban amarillos y rojos goyescos, en contraste con la límpida quietud velazqueña que depuraba los límites azulinos del Pardo y la Moncloa. La luz de la tarde madrileña definía los dos ámbitos en que se combate eternamente la dualidad del alma española. La Corte de Isabel Segunda, con sus frailes, sus togados, sus validos, sus héroes bufos, y sus payasos trágicos, obsesa por la engañosa unidad nacional, fanáticamente incomprensiva, era sorda y ciega para este antagonismo geomántico, que todas las tardes, como un mensaje, lleva el sol a los miradores del Real Palacio. En aquellos amenes, la unidad del credo religioso, que a lo largo de tres sombrías centurias pudo hacer las veces de vínculo político, se relajaba ya impotente para mantener la ficción, una vez abolida las hogueras del Santo Oficio. La Fe Católica, encendida de dramatismo semítico, había dado su potente boqueada, quemando franceses, como había quemado hugonotes y judaizantes. España sostuvo la última de sus guerras religiosas frente a la invasión napoleónica y haberlo desconocido es el pecado del vocinglero liberalismo, que legisló en las Cortes de Cádiz. Se quiso entonces coronar el fantasma de la unidad nacional con engañosos laureles militares, y enmascarar la furia teológica del pueblo alzado en armas, con los rejos peleones del morapio patriota. Tan ilusas fanfarrias, solamente alcanzaron para engalanar con ramos de floridos tropos, odas, arengas, proclamas, vítores. Sagunto y Numancia, Pavía y San Quintín, Lepanto y el Dos de Mayo, desempolvaron el

diccionario de la rima, y los preceptos de la poética pseudoclásica. Pero la realidad es siempre más cruel que la mala retórica. Los Ejércitos Nacionales, que con heroicas retiradas, al perder todas las guerras, hacían gloriosos todos los desastres, no lograban mantener la pureza del caduco vínculo nacional, como la hoguera y el fraile.—Dos Españas acendraban sus luces en el horizonte de herrenales y tejares, dos almas diversas dilataban hasta opuestas playas su vasto secreto, en el silencio de la tarde. Verdes fríos, pinares brumosos, adustos roquedos, mudables mares, lluvias y vientos, intuía la sierra, frente a la llanura encendida de ecos africanos, vocinglera de zambras y majezas, amarilla de espartos, reseca de sedes.— Las Católicas Majestades inmovilizaban una tierna carantoña frente al populacho. Madrid, tendido al sol, con polvo en la greña y moscas en las orejas, ilustraba la tarde con rufas hazañas, por garitos y tabernas. —Una jactancia chispona de jeta con chirlos, pasea su gesto bravucón a lo largo del reinado isabelino: Las fanfarrias militares han trascendido a la conciencia popular, con olés y falsetas de una jácara matona.— Saludaban los Reyes. Promovían bélico artificio de luces, espadines y bandas, charrascos y pompones. El oro de los entorchados y los retintos bigotes marciales, encandilaban a la tunería de daifas y pirantes. Se complacían los marchosos de gusto, con las rubiales mantecas de la Augusta Señora. Partió el cortejo de cara al sol, entre un fugitivo espanto de perros y gallinas que dormían en las hoyas. A la puerta del tabernucho, en una rueda de avinados fervores, enronquecía el ciego, al compás del guitarro:

La más culpada de todos
Una mujer ha salido:
A las inocentes víctimas
Sacaba los higadillos,
Y guisados se los daba
De cena a los asesinos.

XI

EL Marqués de Bradomín, a la salida de la plaza, compró el romance. Chifló Torre-Mellada:

—¡No vale la pena de leerlo! ¡Paparruchas! Toñete me ha venido con ese papel. Os diré que casi tengo en la mano el indulto. Mis afanes me cuesta. ¡Qué

batalla! La Audiencia de Sevilla ha informado en contra. El Gobierno inflexible. Yo terne que terne. Me comprometí a que no se levante el patíbulo en Solana. A la Señora la he interesado en favor de los reos, echándome a sus plantas. ¡Es infalible! ¡La Reina Isabel la Católica dicen que era muy buena, pero dudo que aventajase a la Señora! Y muchas veces no puede exteriorizar los sentimientos de su excelso corazón, por las exigencias políticas. Una Reina Constitucional está siempre un poco atada. A lo mejor se le ocurre discrepar a un Ministro… Lo he dicho siempre, y como yo, pensamos todos en Palacio: A la Señora, para hacer la felicidad de los españoles, le ha sobrado la Constitución.

Murmuró Bradomín:

—Verdaderamente nada ha estorbado tanto al progreso de los españoles, como la Constitución. ¡Muertes, asolamientos, fieros males! ¿Y por qué? Por una hoja de higuera que se había puesto el bando cristino, frente al carlista. Cosa tan exigua, ha encendido la guerra civil, cuando en realidad, de las dos ramas borbónicas ninguna quería la Constitución.

Torre-Mellada se adornó con un ramillete de sentencias florecidas en la Real Antecámara:

—La Constitución está en pugna con el Derecho Divino. Ninguna vieja monarquía puede hallarse conforme con recibir el poder del pueblo, cuando lo tiene recibido de Dios Bien mirado es una aberración, pretender que haya Reyes Constitucionales. Tanto valdría empeñarse en el absurdo de que las monarquías se hagan republicanas. ¡Lógica! ¡Lo que yo digo, lógica!

—Estás hablando en perfecto carlista.

—Como se habla en Palacio. La Reina era una niña, y el pueblo estuvo a su lado por eso mismo. ¡Muy natural en un pueblo de tan nobles sentimientos como el español! Pero siempre se ha puesto por delante el Derecho Divino.

—Y la hoja de higuera constitucional.

—Con toda suerte de restricciones mentales. Así te lo concedo. Era una imposición de las circunstancias… La funesta influencia de Espartero… Pero la Monarquía ha repugnado siempre liberalizarse, y con ella cuantos aquí representan un sentido de orden: La Nobleza, el Clero, lo más sano de los cuarteles, las clases conservadoras del Comercio. Cuatro oradores de club y otros tantos grajos del periodismo son los únicos que desafinan, pero el pueblo se mantiene fiel a la sacrosanta tradición de nuestros mayores. Otro Santo Oficio es lo que hacía falta para limpiar al país de esa contaminación. ¡Una turba de descamisados! Porque no son otra cosa. Puedo aseguraros que es intolerable la

tutela ministerial. ¡La Señora cuántas veces tiene que reprimir los impulsos de su corazón para no disgustar al Consejo de Ministros! Se le ponen trabas, cuando quiere mostrarse magnánima, como sucede ahora con el indulto de los reos de Solana.

La Marquesa Carolina sacó una mano entre las blondas, sujetándose los claveles que prendía en el descote:

—¡Comprendo la clemencia para los reos políticos, pero con esos criminales!… El Señor Blasillo, un hombre que tenía nuestra confianza, no es digno de tu interés, Jeromo. Pudimos haber sido sus víctimas. ¡Esos recuerdos me han hecho imposibles los días que acabamos de pasar en Los Carvajales!

Feliche cerraba los ojos, con un gesto reconcentrado:

—¡Y aquella mujer!

Evocó Bradomín:

—¡La Sibila Manchega!

—¡Qué horror!

El Marqués de Bradomín ponía los ojos con leve burla en el papel del romance:

—Esta mujer, ángel malo,
De lo malo que se ha visto,
En la boca de una cueva
Vigilaba a los cautivos,
Y, por escarnio, los fuerza
A que coman en un pilo,
Perdonando la expresión,
Como si fueran gorrinos.

El coche trasponía con suave mecimiento el gran portón del Palacio de Torre-Mellada. La Marquesa, con dengue, estrechó la mano de Feliche:

—Te quedas a comer conmigo y nos iremos a los Bufos. Jerónimo tiene banquete en la Casa Grande.

Feliche, agacelada, miró a Bradomín. Era feliz sometiéndose a la voluntad del amado, apretando los lazos de su enamorado cautiverio.

XII

EL Marqués de Torre-Mellada, con un revuelo, cacareando, salió de manos de Toñete:

—La capa de maestrante.

Giraba sobre los talones, mirándose en un espejo. El ayuda de cámara le puso sobre los hombros la capa blanca. Pulsaban en la puerta con tremolín de artejos burlones, como de duende. Toñete acudió con quiebro de viejo danzante, y entornada la hoja, miró por el rendijín. El Marqués le interrogaba sacando el morro: Toñete falsificó una mueca de reverencia:

—¡El Excelentísimo Señor Barón de Bonifaz!

El Marqués, haciendo perifollos, desviose del espejo para recibir al Pollo Real:

—¡Encantado de verte!

Adolfito, sombrero apuntado, paleto inglés, medias de seda, fumaba un veguero: Con chunga elegante, lanzó una gran bocanada de humo:

—Vengo a pedirte un lugar en el coche. Tengo enfermo el tronco de yeguas normandas. ¡Una friolera! ¡Cuatro mil napoleones!… ¡Tengo enfermo al cochero! ¡Otra friolera! Sesenta duros mensuales. Cierto que es el mejor cochero inglés. ¡Wiliam Smit solo admite competencia con Carlos Alba!… Tengo enfermo al lacayo negro. ¡Otra friolera! Siete libras de carne cruda en cada comida. ¡Igual que el león de la Casa de Fieras!

El Marqués de Torre-Mellada se hacía cruces:

—¡Adolfo, estás en un estado lamentable!

—¡Algo mareado! ¡Todo hace falta para sobrellevar esta vida de calamidades!

—¡No tienes enmienda!

—¡Completamente de acuerdo!

—¡Te pervierten las malas compañías!

—¡Indudablemente!

—¡En tu posición actual, es preciso que cambies de vida!

—¡Y tanto!

—¿Por qué no lo haces?

—¡Porque no quiero!

—Adolfo, con esa conducta te juegas la posición que tienes en Palacio. La Señora abrirá los ojos… ¡Es muy buena! Con todo eso, un día puedes verte sustituido… ¡Acabará, necesariamente, por supeditar los sentimientos de su

corazón a las exigencias políticas! ¡Ya se anuncia otro cambio en la Alta Servidumbre! ¡No doy un ochavo por ti, si hacen Intendente a Marfori! ¡Tienes muy disgustado al Gobierno!

—¡Nos despedirán juntos!

—¿A mí?

—¡Probablemente!

—¿Sabes algo? ¿Tienes algún motivo especial para afirmar ese disparate? El Gobierno solo ha recibido de mí pruebas de lealtad. En Palacio he sido el primero que se ha pronunciado por la continuación del Gabinete. Luis Bravo no lo ignora.

—¡No te aflijas! Nos acogeremos juntos al desierto. Siempre será menos aburrido que los trisagios de la Casa Grande.

—Adolfito, tenemos que conservar nuestras posiciones… Por tu bien hablo… ¡Cambia de vida, no te juegues el porvenir tan bonito que ahora te sonríe!… ¡Procura asegurar lo que tienes!…

El Pollo Real, con los ojos chispones, tiraba del cigarro:

—¡En Palacio, los sueldos son irrisorios!

—¡No son sueldos!… Eso es precisamente lo que dignifica nuestros servicios a los Reyes. ¡No son sueldos!

—¡Son propinas!

—¡Hablas como un demagogo! ¡Propinas! ¡Te pones inconveniente! ¡Comprendo tus escrúpulos, los comprendo y los comparto! Hasta cierto punto… ¡Nada más que hasta cierto punto! La Señora tiene derecho a conocer tu situación, y, seguramente, dados sus generosos sentimientos, hubiera acudido a remediarla. Es el paño de lágrimas de todo zurriburri, y tú eres algo más, para el corazón de la Señora. ¡No seas orgulloso!

—¡Me haces demasiado panoli! ¡He pinchado en hueso, después de una faena que ríete tú de Frascuelo! Cuando ya tocaba la guita, se ha puesto otro más chulo por medio y cargó con el santo y la limosna.

El Marqués se transfiguró con una mueca turulata:

—¿Hay moros en la costa?

—El Vicario de Cristo. ¡Ese pollo ha copado!

—¡Adolfo, que es el Padre de los Fieles!

—¡A mí me ha jorobado!

—¡No blasfemes! Ya me penetro de todo el misterio ¡Yo las cazo en el aire!

—La Augusta, después de una escena de lágrimas, me ha ofrecido sus

alhajitas para pignorarlas.

—¡Qué gran corazón! ¡Otra Isabel la Católica! ¿Te habrás sentido conmovido?

—¡No mucho! Colón pudo darse por satisfecho… Eran otras sus circunstancias… No parece que estuviese muerta por sus pedazos aquella Augusta. ¡Pero yo he sido pospuesto al Niño del Vaticano!…

—¡Es natural, y no debes tomarlo tan a contrapelo! La Santa Sede tiene que ser remunerada. ¡Hazte cargo! Se ha impuesto un sacrificio muy costoso al negociar con los masones. El Santo Padre está con sanguijuelas. ¡Me consta! ¡Ha tenido una subida de sangre al cerebro!

—¡Pamplinas! Que cuelgue la tiara y se venga aquí a pelarla en la regia alcoba. Le cedo el puesto.

—¡Estás obcecado!

XIII

EN la Galería del Real Palacio un mundo de uniformes y mantos repartido en ruedas vistosas, susurraba fatuos comentarios de política y toros, modas y amoríos, novenas y sermones, desengaños y lisonjas, promesas y esperanzas:

—¡Inexplicable la conducta de Serrano!

—¿Tú esperabas otra cosa?

—La Señora le ha dirigido una invitación especial, para que no excuse su asistencia a la boda de la Infanta.

—No lo creo.

—El Presidente está celebrando una conferencia con los Reyes.

—¿Algo grave?

—¡Barruntos!

—¿A tu hijo le han dado la llave de Gentilhombre?

—¡Estoy agradecidísima!

—Para el mío no ha llegado esa gracia.

—Llegará.

—¡Si Pepe Concha me cumpliese la palabra de nombrarlo su ayudante!

—¡Señores, no hay nada, nada, nada!

—¡Qué faena la de Frascuelo!

—¡Y la mejor no la hizo en el redondel!

—¿Es verdad que se ha negado a brindarle un toro a los Duques?

—¡En el callejón ha sido la mejor faena!

—¡Qué pretensión la de esos señores!

—¡Pues es un caballero Frascuelo!

—Se les aguó el programa a los de la Unión.

—¡Intrigantes!

—¡Un torero que les da lecciones de lealtad!

—¡Qué pitada!

—¡Un fiasco!

—¡Adiós mi dinero!

—¡Parece indudable! Mis noticias vienen directamente de la tertulia del General.

—¿Del General o de la Generala?

—Su Alteza le ha escrito también.

—Todavía lo creo menos.

—La Señora no podía esperar una negativa.

—¿Y ha tomado el olivo?

—Eso parece.

—¡Es inconcebible!

—¡Estamos en tiempo de milagros! ¡El franchute había dado treinta mil reales para la ovación!

—¡Creo que exageras! ¡Déjalo en tres mil!

—¡Barata ovación!

—¡Frascuelo tiene todas mis simpatías!

—¡Vaya barbián!

—¡Mañana lo siento a mi mesa!

—¿Me convido?

—¡Encantada!

—Son noticias de Londres. Hay un pacto de Generales.

—¡Ríete! ¡No hay pacto! Prim gime cautivo en una sonrisa de la Reina Madre.

—¡Qué absurdo!

—¡Si hubo pacto, ya no lo hay!

—¿Tú haces el Mes de María?

—¡Estoy desolada! ¡Se me ha pasado!

—¡El General Serrano, ha salido ayer de Madrid!

—¿Confirmado?

—¡Plenamente! Una huida para no hallarse presente en las bodas de Su Alteza.

—Le remuerde la conciencia.

—No es hombre de escrúpulos.

El Marqués de Torre-Mellada movíase de corro en corro, refitolero y pazguato. Adolfito recibía dilectas sonrisas de las madamas, serviles saludos de fajines y entorchados, amistosas carantoñas de la servidumbre palaciega, envidiosas miradas de los bizarros de la alabarda.

XIV

LOS Serenísimos Señores Duques de Montpensier, recibían en sus habitaciones el homenaje del bando unionista que conspiraba, sin recato, contra la Majestad de Isabel Segunda. Generales, tribunos, y poetas decoraban aquella intriga, con grandes gestos de virtudes romanas. La Unión Liberal se disfrazaba de matrona.—Casco, rodela, lanzón, una sábana por manto, jugaba la tragedia, después de haber representado en las tablas políticas, el intermedio de baile, entre los Muñuelos Progresistas, y los Escapularios Moderados.— El Capitán General de los Ejércitos, Duque y Grande, que con su bengala imponía el ritmo de quiebros y mudanzas, había estirado el descomunal zancajo en tierra francesa. El Héroe de Luchana se fue del mundo para no ver aquellos amenes. Héroe de cortas luces, pero tresillista de mucha cautela, resplandece en los fastos isabelinos, aplicando a la ciencia política, los ardides con que se llevaba las puestas en la tertulia de su Doña Manuela. La Unión Liberal, huérfana y sin combas, croaba la fábula de las ranas pidiendo Rey. La lucida comparsa de vates laureados, elocuentes tribunos, y farrucos fajines, rendía acatamiento de testas coronadas a los Serenísimos Infantes. El Duque conversaba a un ángulo con el General Córdova. La Duquesa, asistida de damas y galanes ocupaba el estrado. Los Señores Alaminos y Torre Beleña desfilaban ante el ujier que sostenía el cortinón. Aún duraban los saludos, cuando llega el General Caballero de Rodas. A poco, casi sin tregua, portando gran fajo de papeles, muy misterioso y circunspecto, Solís y Angulo, Secretario del Duque. Tenían las voces un anovelado susurro de conjura. La Señora Infanta se compungía entre sus damas, oyendo la crónica palaciega de licencias y discordias, intrigas y milagros:

—¡No puedo creerlo! ¡Imposible que mi hermana pueda olvidar a tal extremo, las obligaciones de su sangre! ¡Una nieta de San Femando! Jamás he tenido ambición de reinar, apartada voluntariamente de la Corte… ¡Jamás! Y nunca pensé que me viese forzada a recoger el legado de mi difunto padre el inolvidable Rey Fernando VII. Lejos de estos faustos, entregada a los plácidos goces de la familia, era feliz con mis hijos y mi marido…

Declamó campanudo el Señor López de Ayala:

—¡Cuando la impotente mano real deja caer el cetro en el fango, solamente está en condiciones de recogerlo sin mancharse, la mano de un ángel!

La Señora Infanta se mostró agradecida, sonriendo con celestial melindre:

—No adelantemos los sucesos, Ayala. La Reina, afortunadamente, puede abrir los ojos y operarse un cambio en su conducta, consagrándose a labrar la felicidad de los españoles. Yo espero que así ocurra. Conozco los generosos sentimientos que atesora el corazón de mi hermana, y que no es culpable de los disturbios que afligen a España. La creo mal aconsejada, pero su corazón es bueno.

El campanudo poeta se llenó de aire:

—Las horas que alcanzamos solo tienen precedente en la decadencia de Roma. Las causas de las crisis políticas son de tal índole, que hemos de ocultarlas a nuestras madres y a nuestras esposas. España no puede tolerar más tiempo el vilipendio en que yace sumida, la revolución está en marcha, es ineludible, se proyecta en el horizonte como una fatalidad histórica.

—¡Las revoluciones son algo terrible! Ayala, no olvide usted que he visto rodar el Trono de Francia. ¡Por nada del mundo quisiera volver a vivir aquellas horas!

Sobrevino un silencio tembloroso de recuerdos dramáticos. Carolina Torre-Mellada lo aventó con su rubio mohín de rosicleres franceses:

—¡Las turbas descamisadas invadieron las Tullerías!… Yo estaba al lado de Su Alteza. ¡Qué heroica dignidad frente al peligro, cercada por los gritos y las amenazas de aquellos demagogos! ¡Qué ánimo verdaderamente regio cuando los hombres más valientes estaban pálidos!

La Señora Infanta tuvo una mirada furtiva para su Augusto Consorte: El Duque alternaba la lectura de un pliego cabildeando con el grupo de chafarotes de la Unión: La Señora Infanta declinó los ojos sobre las manos cruzadas, y se preparó con un suspiro para el relato de aquellos terribles sucesos ocurridos en la Corte de Francia. Le complacía el recuerdo de sus horas de heroína. El Duque, al

otro extremo de la cámara, con taimada mueca de asombro, dobla el escrito y deja caer los lentes, arrugando la nariz de enorme curva borbónica: Se asombraba con crasas erres francesas:

—¡Incomprensible! ¡Verdaderamente esta carta solo la escribe un perturbado! Sin ver el autógrafo, hay motivo para sospechar de la autenticidad del documento.

El secretario guardaba una actitud circunspecta:

—Indudablemente para alcanzar una plena convicción, sería preciso hacer un viaje a Londres.

—¿Está el vendedor en Londres?

—Eso dice el sujeto que ha facilitado la copia. En Londres… Un enviado de las Logias…

—¿Qué cifra?

—Quinientos mil reales.

—¡Oh! ¡Qué escándalo!

—En el pedir no hay engaño.

—¡Señores, si esa carta realmente existe, empiezo a temer por la razón de mi regia cuñada!

Aseguró Torre Beleña:

—El Gobierno, me consta, ha dado órdenes para comprar ese documento.

El Duque giró los ojos, y con un gesto paternal llamó a la Duquesa:

—Louisette, concédenos un momento.

La Señora Infanta, con amable sonrisa, salió de la rueda de sus damas, para acudir al reclamo del Augusto Consorte:

—¡Estoy apenadísima! Alfonsito al volver de los toros, sufrió una recaída. ¡Un vómito de sangre! Ahora me lo ha dicho Carolina. ¡Estoy alarmadísima! ¿Era eso lo que tú deseabas comunicarme?

—¡No era eso precisamente!… De Londres se ha recibido una copia de la carta que tu hermana ha dirigido al Santo Padre. Puedes leerla.

El Duque presentaba el pliego:

—¡Lee!

La Señora Infanta tomó el papel y aun insistió curiosa, mientras lo desdoblaba:

—¿Es como ha venido asegurándose?

—¡Mucho más grave!

Leía la Infanta con respiro de párvulo. El Augusto Consorte halló espacio

para condolerse por la flaca salud de su sobrino el Príncipe:

—¡Desgraciada criatura! El Destino se muestra inclemente con la Real Familia Española.

Insinuó el General Córdova:

—¡El Príncipe arrastra una herencia fatal! Hace diez años el favorito era Puigmoltó. No hace mucho, le hemos visto morir tísico.

Hubo un tácito acuerdo. La Infanta abrió los ojos cortando la lectura:

—¿Cómo ha escrito esto? ¡Llamar a la rama legítima! La rama legítima somos las hijas del Rey Fernando VII ¡Ninguna otra! Ella podrá abdicar sus derechos y los de sus vástagos, pero no los míos.

Asintió el coro:

—¡Es indudable!

—¡El Rey Felipe V no podía cambiar la Ley de Sucesión!

—¡Se da por no existente el codicilo del difunto Rey Fernando!

—¡Y la bofetada a Calomarde!

—¡Y una guerra, señores, y una guerra!

El Duque recogía el papel que le devolvía la Duquesa: Prudente y taimado volvía a repasarlo:

—¡Calma! ¡Calma! ¡Hay motivos para dudar que sea auténtica la carta de la Reina! ¡Es incomprensible que medite la abdicación desposeyendo a sus hijos!

Contradijo la Duquesa:

—¡No es incomprensible! ¡Otras veces ha manifestado los mismos escrúpulos! Mi hermana es muy dueña de insinuar reparos a la legitimidad de sus hijos… Cumple, sin duda, con un deber de conciencia. Pero mis derechos nadie ha osado ponerlos en duda, y para sostenerlos, si es preciso, montaré a caballo.

El coro acogió con susurro de adulaciones y plácemes, heroica decisión de la Señora Infanta. La lucida farándula de tribunos, chafarotes y poetas tuvo un trasnochado gesto romántico: Había asistido a los dramones históricos y a las paradas militares, a las logias masónicas y a los conciliábulos apostólicos: Eran hombres de mundo, viejos galanes con catarro de arrepentidos, que conspiraban por hacer feliz a la Patria. Fraques de Utrilla, cruces, uniformes y bandas se inclinaban en rueda ante la Serenísima Señora.

XV

LAS volubles hablillas palaciegas atorbellinaban su murmullo avispero, por galerías y antecámaras. Con el taladro de aquellos aguijones, eran lumbre las serenísimas orejas del Príncipe Cayetano María Federico de Borbón, Conde de Girgenti. El Caballero Canofari, personaje de su séquito, le había mostrado una copia del regio autógrafo, que tarifaban los carbonarios italianos, desde la herética sede de Londres. El Príncipe, dura frialdad de turquesa en los azules ojos de estirpe real, amontonaba el rubio ceño, y tenía despechadas palabras juzgando a la Corte de España: Era tanto su enojo que traducía intenciones de romper los conciertos matrimoniales:

—Es indispensable que conozca mi resolución la Familia Real Española. La boda ha sido concertada por interés de las dos ramas, y la abdicación lesiona mis futuros derechos. ¡Oh! ¡Es un despojo que no puedo tolerar de ninguna manera! La Infanta, mi bella prometida, está llamada a reinar, teniendo en cuenta la delicada salud del Príncipe… Con ser tan bella, yo, felizmente, no soy enamorado de sus gracias, no he tenido tiempo para caer a sus plantas. Muy indispensable que sea transmitida mi resolución de romper y tomar el camino de Roma. Las capitulaciones aún no están firmadas, y sin duda no cabe aludir en ellas a la endeble salud del Príncipe Alfonzzino. ¡Oh!… Estaría algo fuera de todo protocolo… Pero lo que no puede escribirse, puede ser objeto de conversaciones.

El Príncipe Napolitano se paseaba por la cámara: Era rubio, menudo, el bigotejo oralino, los ojos azules y crueles. Con el instinto obscuro de lograr sus fines, lanzaba la pueril bravata de romper los conciertos matrimoniales. Príncipe sin dineros, buscaba mejorar de fortuna, por sus bodas, y como acontece a muchos vástagos regios, en la intimidad de sus familiares, trataba cínicamente el tema de las usuras y trampas, que le agobiaban: Rencoroso, de cortas luces, frío de alma y viciado de sangre, tenía por veces un mirar insistente y vesánico, una súbita ausencia del pensamiento bajo la cláusula dura de los ojos. Sentía una desorientación de noche obscura, rasgada por súbitos relámpagos altaneros, que descubrían lontananzas de cínica desolación. El Caballero Canofari intervino áulico, ecuánime:

—No está confirmada la versión, y es posible que nunca haya escrito vuestra augusta prima la Reina de España.

El Caballero Canofari, antiguo diplomático, ejercía funciones de mentor cerca del Serenísimo Príncipe Cayetano María Federico. Apostilló otro personaje del séquito:

—¡No olvidemos hasta dónde llega la audacia de las sociedades secretas!

El Conde de Girgenti detuvo su paseo al otro extremo de la cámara, tecleando en el mármol de la consola:

—Admito vuestra duda… Mi situación no cambia. Yo no estoy dispuesto a enajenar mi libertad, sin haber definido cuáles son mis futuros derechos… La Infanta ha sido Princesa de Asturias… Puede volver a serlo… Puede ser Reina de España. La abdicación en la rama carlista es algo que daña mis intereses. ¡Yo esperaba que vosotros me ayudaseis!

Se adelantó, mesurado y dogmático, el Caballero Canofari:

—¿Puede dudarlo Su Alteza? Pero admitamos la posibilidad de un complot urdido contra vuestra augusta prima. Procedamos a cerciorarnos, sin incurrir en la ligereza de dar crédito a las murmuraciones… Otra cosa sería una ofensa a los leales sentimientos de la Católica Majestad.

El Caballero Canofari hablaba con premioso atildamiento, rebuscando las expresiones como si dictase una nota diplomática. Se advertía que sus reparos y salvedades eran fórmulas de protocolo, maneras de viejo cortesano que en todo momento elude la censura de las regias flaquezas. El Príncipe Napolitano insistía tecleando con nerviosa crispación, sobre el mármol de la consola:

—¡Canofari, vas en mi nombre a solicitar una entrevista!

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

—¡La Reina está obligada a explicarme la doblez de su conducta!

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

La más amable y cauta sonrisa rasgaba la boca del astuto mentor. Arrebatose la Serenísima Persona:

—¡Tampoco eso!

El Caballero Canofari, morosamente, trascendía a las sinuosidades de la sonrisa, un almíbar de sutil confidencia:

—No es, sin duda, el mejor camino para conocer lo que haya de verdadero en el asunto de la carta… Su Majestad no habrá guardado copia, y puede muy bien hacerle traición la memoria en sus referencias. Si Vuestra Alteza me lo autorizase, yo seguiría otro camino… Una gestión con el Nuncio de Su Santidad.

El Príncipe Napolitano asintió con incontinencia petulante de vástago regio:

—¡Esa ha sido mi primera idea!… Veo que por una vez nos hallamos de

acuerdo.

El Caballero Canofari se inclinó, agradador y mundano:

—¡Una vez que no será la última, Alteza!

Súbitamente se demudó la expresión del Príncipe: Vaciló con los ojos desorbitados, rechinando los dientes, convulsionada toda la figura. Acudieron los familiares a sostenerle. Una espuma epiléptica le asomaba entre los labios amoratados. Musitó una voz llena de prudencia:

—¡Es preciso que no trascienda la noticia de este accidente!

XVI

¡MADRILEÑA calle del Nuncio! El carruaje con blasones reales, que descendía lentamente, se llenó de brillos al doblar el esquinazo de la iluminada taberna. La tapia de un jardín le arrojó encima toda la taciturnidad de su sombra de adobe. Otra vez a trompicar en la luz de un farol. El Caballero Canofari recogíase en el fondo del carruaje, absorto en cábalas de diplomático casamentero. Fluctuante, desconectada de tan graves preocupaciones, invadíale una visual, morosa reminiscencia de calle napolitana, con aquel mujerío gesticulante en los umbrales de las puertas. Cierto humazo de aceite le fijó el recuerdo con sensación desagradable. Sin duda la calle madrileña tenía el vocinglero y popular anochecer de una calle napolitana. ¡Sin duda! El Caballero Canofari sorbió un polvo de rapé, y, distraído, frotó contra el pecho la tabaquera, regio presente de Su Majestad Napoleón III.—La tapa de esmalte, ostentaba el retrato de la Reina Hortensia.— El Caballero Canofari disimulaba una grave preocupación, bajo su mónita de vejete atildado.— La Corte de España alentaba una intriga de carcas y apostólicos, con daño de la Real Familia de Nápoles: Su Santidad, sin duda, era ajeno a tales furberías. ¡Debía serlo! La Santidad de Pío IX había mediado para vencer la desgana matrimonial de la Serenísima Infanta: El Príncipe Cayetano María Federico, Conde de Girgenti, se casaba bajo los auspicios del Santo Padre: Al Vaticano, políticamente, le interesaba la unión de las dos ramas borbónicas: Por aquellos conciertos matrimoniales se fortalecían los lazos de la sangre, nacionalizándose españoles los agravios e intereses de la destronada Dinastía de Nápoles. El Rey Piamontés hallaría siempre en todas sus aventuras italianas, la hostilidad de la Corte de España. El Caballero Canofari, inconscientemente, movido por la reminiscencia napolitana

de la calle, se inclinó mirando por el vidrio, levemente distraído de sus cavilaciones. En las remotas lontananzas del pensamiento, solapaba una marrullera desconfianza de la política vaticana, pero dejaba en las afueras del monólogo mental la ronda de suspicacias, recelos y prevenciones. El carruaje entraba por la rinconada de la Nunciatura. Un lacayo, a canto del portón, levantaba los brazos con pausada advertencia. Del ancho zaguán venía el landó de Monseñor. Saludáronse los dos personajes y simultáneamente se apearon:

—¡Carísimo Monseñor!

—¡Egregio amigo!

—¡Oh! ¡Cómo lamento ser inoportuno!

—¡El Caballero Canofari dispone siempre de mi mejor atención!

—Solo un instante, Monseñor. ¿Cuándo podríamos entrevistarnos?

—Hablaríamos en este momento si no tuviese que trasladarme al convento de unas siervas de Jesucristo.

—¿Esta noche en el concierto de Palacio?

—¡Complacidísimo! Esta noche en el concierto de Palacio.

Con extremos ceremoniosos volvieron a sus carruajes. Las vecinas cotillearon en las aceras. Cantaba en el aceite el buñuelo. En la tasca, modernizada con un mechero de gas, la mojama y el morapio conjugaban chisponas confidencias. Los dos carruajes, uno en pos de otro, rodaban lentamente, perseguidos por la gritería de unos mozalbetes que jugaban al toro flameando viejos percales.

XVII

LA Madre Patrocinio descendió al locutorio entre dos novicias, con aparato de velillas verdes. Inmóviles y veladas quedaron las alumbrantes a los quicios de la puerta, y la monja se adelantó, previa una profunda reverencia, al rojo Legado Pontificio. En los medios de la estancia volvió a inclinarse y se alzó, descubriendo el rostro de lunaria blancura: Quedó con los ojos estáticos y las manos en cruz, mística y sobrenatural, envuelta en un aire de lirios e inciensos. Monseñor Franchi, frente a la seráfica milagrera, ajustaba una bella sonrisa de prelado mundano, en las comisuras de su larga boca rasurada:

—Reverenda Madre, estamos sobre un volcán, como dice un ilustre personaje de la Corte.

La Madre Patrocinio exhaló un dramático suspiro:

—El lobo elige siempre la mejor oveja del rebaño… ¡Así son las asechanzas del maligno!

Entonó Monseñor:

—Por eso algunos doctos teólogos han podido escribir que la mayor tentación es no ser tentado.

Nuevo suspiro de la monja:

—El Maligno está siempre goloso del confite más estimado en la mesa de Dios Nuestro Señor.

El Nuncio Apostólico extremaba su deferencia galante:

—Indudablemente, carísima Madre… En esta ocasión, lo importante es que acudamos con toda diligencia a quitárselo de las uñas.

—Monseñor, de nada valdría nuestra diligencia si nos faltase la ayuda divina.

—¡Cierto!… Y para este combate con las potestades infernales, nos serán del mayor provecho las luces de la Seráfica Madre Patrocinio.

—Monseñor, mis luces son esas dos candelas verdes, gusanitos ante el potente faro teologal de Su Eminencia.

La Seráfica Madre sonreía con almíbar de santa que coquetea, en coloquio espiritual, con un devoto que implora su celeste ayuda. Monseñor, con amplia ceremonia, le designó un sillón, y recogiéndose las desplegadas hopalandas con estudiada parsimonia, demoró el sentarse hasta que tuvo enfrente a la Seráfica Madre:

—Antes de cosa alguna, carísima hija, he de interesar de esta Comunidad, que extreme las preces por que recobre su preciosa salud el Santo Padre.

En este momento la seráfica monja transportose, besando la cruz de su rosario, y con piadosa congoja cayó de rodillas ante el ahumado lienzo de un Santo Cristo: Quedó en repentino éxtasis, inmóvil la nieve del rostro, las llagadas manos vestidas con albos mitones de seda, dramáticas en un rapto por tocar el Cielo. Acudieron las novicias alumbrantes a sostenerla, veladas como dos arcángeles, y quedó esperando en la penumbra el rojo Monseñor. Llegaba el rezo de la Comunidad, gangoso de colaciones y vigilias con aceite.

LIBRO NOVENO
PERIQUITO, GACETILLERO

I

—Si es bula o cartilla
No se sabe bien.
Tres millones dicen
Que costó el papel.
¿Serán tres millones
O pesetas tres?…

II

A la Historia de España, en sus grandes horas, nunca le ha faltado acompañamiento de romances. Y la epopeya de los amenes isabelinos hay que buscarla en las coplas que se cantaron entonces por el Ruedo Ibérico. Tomaba Apolo su laurel a la puerta de las tabernas, como en la guerra con los franceses, cuando la musa populachera de donados y sopistas, tunos y rapabarbas, era el mejor guerrillero contra Bonaparte. Toda España en aquellos isabelinos amenes gargarizaba para un Dos de Mayo.

III

EL Majo del Guirigay presumía tener en la mano los hilos de la conjura militar, o, cuando menos, tales seguridades daba en Palacio. Propenso a la jácara matona, con estos alardes, entendía curar del hipo a las Camarillas Reales. La Señora hubiera sido feliz sin la bizarría de tanto caporal que se jugaba los

haberes a la carta de la revolución solo por ganarse dos estrellas y servir a la Patria. Aquellos astrónomos, borrachines y galicosos, se ladeaban el ros, escupían por el colmillo, limpiábanse con toses el gaznate y rajaban marciales ternos, jurando purificar de licencias el Solio de San Fernando. Rijos y Toros, temas de la charla castiza, alternaban con el cante de los regios devaneos. El escándalo chulapón de coplas y guitarrones, reverdecía glorias beltranejas por tascas y por cuarteles, de mar a mar y de frontera a frontera. En vano los morriones progresistas se ponían plumas calderonianas, los corrillos populares tomaban a chunga las regias lozanías, y, sin propósito moralista, las sacaban en coplas, solo por gustar el puro goce maldiciente. La Católica Majestad ofrecíase al coloquio de las lenguas, como una castiza que no le negaba ningún gusto a sus mantecas. El honor dogmático solo lucía sus bravatas por los cuartos de banderas, donde un falo heroico presidía las rondas de aguardiente. La Corte, en el escampo, se arremangaba los hábitos, y con cabriola de cancán corría al espectáculo de los Bufos, después del Santo Rosario.

IV

EN Londres, un italiano con las botas rotas, feriaba, haciendo misterios, la famosa carta de la Reina Nuestra Señora a Su Santidad Pío Nono.—¡El pliego de escrúpulos y confesiones, caído por artes infernales, en poder de una secta carbonaria!—. Entre los emigrados españoles circulaban copias del regio autógrafo: Alguno lo recitaba de coro: Nuestra Augusta Señora, toda en lágrimas de arrepentimiento, exponía sus culpas de mujer, postrada, en metáfora, ante el Solio de San Pedro:—Acusaciones contra el frígido esposo, flaquezas de la carne, alarmas de conciencia, angustias y congojas, maternales quebrantos, cegueras del corazón que suponían detentar en su sangre, por siglos de siglos, la Corona de España. La redacción del papel olía a rapé de fraile: Era el fruto de una gran intriga apostólica, con hilos en Roma Londres y Trieste: Todo lo movía desde su celda la monja por cuya boca hablaba el Espíritu Santo. —El italiano de las botas rotas, apóstol de la fraternidad universal, enemigo de todas las tiranías, aseguraba, secreto melodramático, que el regio autógrafo, con otros documentos de suma importancia para la revolución social y arreglo del mundo, estaba depositado en un cofre fuerte, bajo bóvedas subterráneas. Agentes orleanistas le habían hecho proposiciones: Al Duque de Montpensier le interesaba la posesión

del regio autógrafo. ¡Pagaba bien! Pero al italiano de las botas rotas le repugnaba entenderse con la odiada casta de Luis Felipe. Por mucho menos dinero, el apóstol de la fraternidad universal ofrecía el cismático papel a la revolución española: Mostraba una tarjeta de visita:

EL TENIENTE CORONEL
FELIPE SOLÍS Y ANGULO
AYUDANTE DE S. A. R. EL SERENÍSIMO
SEÑOR DUQUE DE MONTPENSIER

V

LOS Condes de Reus y de Morella disputaban en catalán: No se entendían en cuanto a la candidatura para Rey de España. El General Cabrera se declaraba por Don Juan de Borbón: El General Prim ponía las miradas en Don Carlos: Le juzgaba ambicioso, de noble corazón y de buen seso: Su juventud era una promesa. Atendía con mirada de gato el General Cabrera:

—¡Espere usted a conocerle como yo le conozco! Su primera culpa es haberse puesto a la cabeza del neísmo, que no reconoce a Don Juan.

—¡Todo el partido!

—¡No todo!

—¡La masa!…

—¡Los partidos son cabezas! El Príncipe ha impedido la evolución del carlismo, conforme al pulso de los tiempos. Un programa político no puede ser inmutable como un dogma. Don Juan lo ha comprendido así, y esta significación no la tiene su hijo, hechura de dos mujeres fanáticas, sin un adarme de sindéresis.

—¿Para usted, el mejor candidato sería Don Juan?

—¡Indudablemente!

—¿A pesar de sus trapisondas?

—¡A pesar de todo!

—Don Juan de nada nos vale si el partido le deja solo y levanta la bandera de Carlos VII.

—Por donde viene usted a condenar, conmigo, la disidencia del Príncipe… Es ambicioso, pero falto de visión política, y no va más lejos que la de Beira. ¡Para esa momia no han pasado los tiempos de Calomarde! ¡La Corte de Trieste aún sueña encender hogueras! Don Carlos, educado en esa escuela, no es una esperanza de la Patria. El propósito de unir la revolución liberal con los derechos de la rama carlista, solamente puede lograrse con Don Juan. Sin duda ha cometido ligerezas, pero es hombre de su tiempo: Se le ha calumniado igualmente por liberales y ultramontanos. Muy superior al hijo en todo. Unir el interés de la legitimidad dinástica con la revolución liberal, me parece muy buena política. Yo, personalmente, no puedo negarle mi pobre colaboración. No faltará quien me acuse de traidor… El Príncipe y sus sacristanes sabrán cómo pienso: ¡Fuesen capaces de comprender el movimiento liberal de nuestra época y se habría salvado España!

El General Prim sacó el pecho y retorció los guantes:

—El triunfo de la revolución no me inquieta. Me inquieta el porvenir: La demagogia republicana, la grave responsabilidad de encender otra Guerra Civil.

El Tigre del Maestrazgo le clavaba los ojos, duros filos verdes:

—Conténtese usted con Don Juan. No es todo, pero es algo… No es el partido, pero es el Derecho Divino. ¡Todavía mucho para el pueblo español! Ponga usted al hijo en guerra contra el padre, y verá usted cómo pierde crédito. Una buena política, en pueblos como el nuestro y el inglés, es apoyarse en los Mandamientos de la Ley de Dios. El cuarto, honrar padre y madre.

El Héroe de los Castillejos escorzose en el sillón con saludo de litografía, al Héroe de Morella:

—¡Mi General, es usted un maestro! ¡A usted corresponderá toda la gloria de haber dado un Rey a la Revolución! Don Carlos, hablo por referencias, está hoy animado de los mejores deseos, comprende que todas las naciones evolucionan hacia el Régimen Constitucional. Don Carlos no discute este derecho de los pueblos. Mi General, usted, con su indiscutible autoridad, es el llamado a ganar esta batalla Si Don Carlos da un manifiesto en sentido constitucional yo le pongo en el Trono de España.

—Siempre tendría usted enfrente a las honradas masas, dispuestas a darle guerra. Entendido que Don Carlos no se fuese con ellas, una vez coronado. ¡Eso sería lo más probable! Acuérdese usted del Deseado y las Cortes de Cádiz: De la Napolitana y del Progreso. La ingratitud es condición de Reyes.

—Don Carlos recogería la lección que supone la caída de Doña Isabel.

—Don Carlos profesa ideas de Rey Neto.

Ninguno de los dos se engañaba: Por igual se leían las intenciones. Pasó un ángel, y un olor de frutas de sartén se metió en la sala. Daba las cinco el reloj de la consola. *Lady* Cabrera, mitones y toca de encajes, pulcra momia inglesa, anunciaba el té.

VI

UN séquito rancio de emigrados españoles acompañaba en el destierro a Sus Altezas Reales Don Carlos y Doña Margarita. Don Carlos era un bello gigante mediterráneo, con soles en los ojos y barbas endrinas de pirata adriático. Jugaban en el ruedo materno Don Jaime y Doña Blanca. Doña Margarita era rubia, menuda, la boca grande, los ojos alegres, el peinado en dos conchas, la frente casta, generosa la curva del seno: De no haber nacido en paños reales, hubiera sido morena. El Pretendiente apuró el café y, dando lumbre al cigarro, salió a la galería seguido del General Algarra y Don Miguel Marichalar, Gentileshombres de Casa y Boca. Doña Margarita besó a sus hijos y, con una seña, indicó al aya que se los llevase. Los vio salir y se quedó abstraída, apoyado el pañolito sobre los ojos. Doña María La Hoz y Pimentel, en veces de camarista, acompañó un mohín de la boca con entorne de pestañas. Era muy bella matrona: Tenía empaque de dama discreta y pagada de serlo. No consentía la broma de que la llamasen Doña Pimentel. Le venía el remoquete por la media lengua de Don Jaime. Doña Pimentel guardaba en el arca del pecho íntimas y lloronas confidencias de la Señora. Doña Margarita estaba celosa y sin consuelo: Asistía entre lágrimas al entierro de sus ilusiones. Doña Pimentel dejó el bordado de una bandera, se quitó los lentes de oro y accionó con ellos doctoralmente:

—Vuestra Majestad vive con la hidra de los celos enroscada al corazón. El Rey solo piensa en vos, solo tiene ojos para vos. ¿Dónde iba a buscar cosa que se os pareciese?

Ahogó un sollozo la Reina:

—¡Me dirás que estoy ciega!

—¡Seguramente!

—¡Le hablas y sacas monosílabos!

—Son muchas sus preocupaciones. En Graz está hoy un agente de los

liberales españoles con poderes para tratar con Don Carlos.

—¿Y te parece motivo para no hablarme?

—¡Vuestra Majestad le ha mortificado con sospechas fuera de lugar!…

—¡Es verdad! Sin querer le amargo la vida. ¿Y ese emisario no es un fantasma de tu imaginación?

—Ese emisario, el primer golpe lo ha dado en Trieste: Se llama Cascajares y Azara, familia navarra, contraparientes de Marichalar.

—¡Ya veo por dónde estás enterada!… ¿Y Carlos qué ha resuelto?

—No ha resuelto todavía. Cascajares solo se ha visto con el General Algarra. Se le ha indicado que formule sus proposiciones en un escrito. Es lo más prudente.

—¿Pero Carlos puede tratar con los liberales españoles?

—Hasta la Reina María Teresa conviene en ello.

Doña Margarita se levantó con sonrojo de lágrimas:

—¡Le amargo la vida cuando tiene más preocupaciones! ¿Pero por qué no me las cuenta?

VII

DONA Margarita salió a la galería acompañada de Doña Pimentel.

—¡Perdóname, Carlos! Te molesté inoportunamente en presencia de todos, y en presencia de todos quiero disculparme.

Recostó la cabeza bajo la barba endrina del Rey: Don Carlos la besó en la frente:

—Que duren los buenos propósitos.

—¿Por qué cuando tienes preocupaciones no me las cuentas? ¿Has recibido a un emisario de los liberales españoles?

—No lo he recibido todavía.

—¿Pero estás en ello?

—¡Probablemente!

—¡No sea un lazo de los fracmasones, Carlos! Te han dirigido un documento. ¿Puedo conocerlo?

Volviose Don Carlos al General Algarra:

—¿Quieres darme el memorial de Cascajares?

La Reina, conmovida, reclinaba la cabeza en el hombro del Rey:

—Léemelo tú, Algarra.

El General lo desarchivó de una cartera y se puso al costado de la Señora. Inició la lectura en secreto, y hubo de corregirle Don Carlos:

—No está por demás que todos lo oigan.

El General tomó aliento, y empezó:

—«Señor: El cuerpo nacional gime en un lecho de espinas y el corazón de los hombres patriotas pasa por crueles pruebas. El General Don Juan Prim me ha honrado con plenos poderes, y revestido con ellos, llego a vos en solicitud de audiencia. Diferentes sucesos políticos cuya enumeración sería fuera de lugar, socaban el Trono de San Fernando. La revolución llama a rebato. El General Prim, consciente de sus responsabilidades, teme el desencadenamiento de la demagogia republicana con todos sus horrores, y aleccionado por la experiencia, reconoce en vos al legítimo Rey de España. Públicas son las causas que han enajenado la voluntad del partido progresista al actual Régimen Monárquico. El General Prim, con los hombres más significados de la opinión liberal, se ofrece al servicio de Vuestra Majestad. Todos reconocen vuestros derechos históricos, pero, al mismo tiempo, todos desearían verlos sancionados por el sufragio de la Nación. Sobre estas bases, estoy plenamente autorizado para tratar con Vuestra Majestad».

Doña Margarita parpadeó con un gesto incomprensivo:

—¿Es eso posible?

Don Félix Cascajares venía de Trieste, precedido y anunciado por una carta de la Serenísima Princesa de Beira. Doña María Teresa declarábase ajena, y aun contraria, a la misión del Señor Cascajares. Sin embargo, aconsejaba que se le oyese, aplazando toda respuesta hasta haber consultado con el Conde de Morella. La Serenísima Princesa de Beira, con aquel juego, sin declararlo, se prometía inquietar a la diplomacia vaticana interesada en la pureza del Dogma Carlista. Solo Doña Pimentel malició las intenciones de la Reina Abuela. Poco después, en la partida de *écarté*, se lo declaraba al General Algarra:

—No se pasará de conversaciones. El mayor estorbo será Don Ramón Cabrera. ¿Si el Conde de Reus hace la proclamación, qué le queda al Conde de Morella? Su candidato es Don Juan… Con Don Juan le unen otros lazos y cuenta más segura su influencia.

El General Algarra se puso un dedo en los labios:

—Hablaremos luego.

La Señora recordaba ante el piano un acompañamiento de zortzico: Entre el haz estrellado de las bujías, brillaba el oro de su pelo: Don Miguel Marichalar hinchaba el pecho robusto de elástico pelotari.

VIII

LUCES de Baskonia:—Verdes prados, boinas azules, redes al sol, lluvias de la costa, marinos pinares.— En Royal Panorama, las fichas del dominó en los mármoles, los descartes de malilla, las canciones a coro, pregonaban la cerrazón y el aburrimiento de la tarde.—Boinas, sombreretes de suela, pipas y bufandas, chaquetones de agua. El Marqués de Bradomín, en una mesa de la ventana, revisa la Prensa de París: Nieblas de tabaco y olor de achicoria mixtifican la lectura del viejo *dandy* y la distraen con melancolías del tiempo pasado, memorias desmemoriadas, imágenes de un café provinciano, tedio y amores, años de estudiante cuando el corazón corría su romántica borrasca. ¡Qué gran arquitecto había sido de castillos de naipes! ¡Cuántos lazos rotos! ¡Cuántas ilusiones fracasadas, ausencias, olvido, ceniza de desengaños!— Levantó la cortinilla de la vidriera y miró al puerto: En el abrigo del muelle barrido por las olas, cabeceaban los mástiles de algunas embarcaciones y la chimenea roja de un remolcador. La casilla del resguardo se ladeaba en la playa, y en la punta del muelle lucía con mojados reflejos, la charolada capucha de un aduanero. El Marqués de Bradomín dejó caer el cortinillo sobre la verdosa vidriera donde repicaba la lluvia, y con el ánimo disperso, volvió a la lectura de los ecos políticos, en *Le Journal des Débats*.—A la puerta del cafetín se ha detenido con pesada bambolla la venerable antigüedad de un landó tirado por mulas bernardas: Asoma en la portezuela un escuerzo vestido de luto, los pies con chanclos, abre el paraguas en el estribo y de una carrera se mete al cafetín: Pasa entre las mesas, repara a los rincones, interroga en el mostrador. La rubia le indica la mesa de la ventana. El Marqués de Bradomín ha levantado los ojos del periódico. Aquel escuerzo narigudo era el capellán de la Casa de Luyando:—Un Don Lino Lorce, *benemeritus* en los Estudios de Oñate. Se acercó alzando el chisterín con eclesiástico cumplimiento. En dos dedos suspendía el paraguas cerrado, que orinaba por la contera un hilillo de agua. El Marqués le invitó a

sentarse:

—¡Con su permiso!

—¿Cómo queda aquella familia?

—¡Señor Marqués, en qué parte faltan trabajos y penalidades! Es el pan cotidiano, un pan ácido y dulcísimo, mezcla de dos sabores, como todo en este valle. Nos redimimos por el don de lágrimas, Señor Marqués.

Cambió en un rictus amargo la sonrisa burlona del viejo *dandy*:

—¡El don de lágrimas es patrimonio de la juventud!… Don Lino, crea usted que el climaterio trae aneja la retirada de las lágrimas… Cuando la vejez se acerca, los ojos se hacen siempre menopáusicos.

El Don Lino sesgaba la sonrisa gazmoña, haciendo girar el sombrero en el puño del paraguas:

—¡No se declare viejo, Señor Marqués! Y permítame que le arguya. La aridez espiritual de que nos hablan todos los autores místicos no es la carencia de lágrimas, sino la ausencia de consuelo al derramarlas.

Hablaba con tiples nasales y recortada prosodia, euskarizando de zedas el castellano. Al Marqués de Bradomín empezaba a divertirle la ramplona pedantería de aquel narigudo, que sacaba la nuez por encima del alzacuello, con despepite de émbolo dialéctico. El viejo *dandy*, con sorna complaciente, jugó a colmarle el gusto:

—¡Don Lino, el estudio y las luces naturales harán de usted una lumbrera de la Iglesia!

Don Lino abrió la boca, negra de tabaco:

—Luces naturales no sé si las tengo, ese cuidado se lo dejo a las personas de superior conocimiento. Amor al estudio no me falta… Y a todas estas aún no le he dicho cosa de los buenos y malos acontecimientos con que se ha dignado visitar aquella casa el Señor de Cielos y Tierra. Libró con toda felicidad Doña Octavia. Pero a nublar la alegría de este suceso ha venido una indisposición del abuelo. No parece grave la dolencia, pero a sus años… Los ochenta ya no los cumple.

—El General Luyando ha sido compañero de mi padre bajo las órdenes de Don Carlos España.

—Lo ha recordado esta tarde, al darme sus instrucciones para que usted le represente en la Junta… ¡Si es que llega a celebrarse!

En el fondo del cafetín, el cotarro de los emigrados progresistas claveteaba con ajos y puños la invariable disputa preñada de augurios políticos y bravatas

revolucionarias. El Marqués de Bradomín bajó la voz:

—Me honraría muchísimo pudiendo ostentar la representación del General Luyando… En principio, y suponiendo una absoluta coincidencia de opiniones… Hablaremos luego, Don Lino.

Se guardaba los periódicos en un bolsillo del carrik, recogía los guantes y el junco indiano con virola de oro. El clérigo levantó la cortinilla para sacar pronóstico de las nubes:

—Tenemos una clara.

Salieron del cafetín y montaron en el estrafalario armatoste, que ostentaba, pintados en las portezuelas, grandes escudos de armería navarra.

IX

CON la mano en la oreja, doblado en el pescante, recibió el cochero la secreta consigna del Marqués: Interrogó con un vaho de aguardiente:

—¿Antes, pues, de llegar a Behovia?

—Al avistarla.

—¿Hay una verja?

—Justamente.

Y el viejo *dandy* entró en el carruaje seguido del ordenado, que, santiguándose, tomó plaza en la bigotera:

—Venga usted a mi lado, Don Lino. ¡Todavía no soy obispo!

Don Lino rehusó con falsos acentos de beatona protesta:

—Voy como debo… Nada más que como debo. Todavía no soy más que un fámulo, un modestísimo capellán en la noble Casa de Luyando.

El Marqués le tomó de la mano:

—Venga usted y hablemos. Me gustan poco los alardes de modestia: ¿Cuáles son las instrucciones del General?

El escuerzo narigudo se apenó mojigato, resabido de zedas éuskaras:

—No queda con salud para usar de la péñola. Empleo esta locución de los poetas porque es la propia, y hablo con quien es perito en aquilatar el valor de un vocablo.

—¿No trae usted carta alguna?

—No la traigo, ni pensé que me fuese exigida. Traigo, Señor Marqués, el carácter sacerdotal, que considero bastante para dar fe de mis palabras.

—Indudablemente. ¿Qué instrucciones verbales ha recogido usted del General Luyando?

—El Señor General, como por sus achaques no puede actuar de presencia, desea estar representado esta noche en la Junta. ¡Aun cuando no parece que llegue a celebrarse!…

—Don Lino, escúcheme usted un momento y después respóndame con franqueza: Hoy el partido carlista está más deshecho que nunca, por la mala inteligencia en que vive la familia proscripta. En el partido se marcan dos tendencias. Los partidarios de Don Juan…

—¡Muy pocos! ¡Ni siquiera cuentan!… Lasuen y algún otro perdulario.

Se inclinó con amable deferencia el Marqués de Bradomín:

—Usted acaba de nombrarme con una expresión algo arbitraria.

—¿Es usted partidario de Don Juan? ¡Nunca pude imaginarlo! ¡Lejos de mi ánimo la menor intención de ofender al Señor Marqués! ¡Estoy asombrado de verle campeón del Don Juan! ¡Retiro mis anteriores frases! ¡Una ligereza! ¡La ignorancia excusa la ofensa!

—Don Lino, no discutamos palabras. Es indudable que todos los derechos de la sucesión sálica corresponden a Don Juan.

El clérigo, que había cruzado las manos sobre el pecho, se compungía con aviesa mansedumbre:

—El Don Juan, con sus manifestaciones de liberalismo, se ha puesto en pugna con la doctrina del *Syllabus*.

Acentuaba el viejo *dandy* su amable displicencia:

—Eso nos ocurre a todos cuando hemos rodado un poco por el mundo. Don Juan no se ha liberalizado más que Don Ramón Cabrera.

—Son noticias falsas, Señor Marqués. Invenciones de las logias, que han sido desmentidas por el Héroe del Maestrazgo. Yo he visto cartas suyas…

—Yo acabo de conferenciar con el General, en Londres. También me ha honrado con sus poderes para representarle en la Junta.

—En ese caso…

—En ese caso creo que el partido no incurrirá en el absurdo de excomulgar al caudillo legendario y al Rey.

Don Lino adelantó el busto, con el reflejo de la luna en media cara, el triángulo de la nariz aplastado sobre la opuesta mejilla:

—El partido, antes que a las personalidades —así sean las más excelsas por méritos propios o timbres heredados—, debe tener presente las condenaciones

del liberalismo, expuestas, en diferentes documentos Apostólicos.

—Señor mío, no es un demagogo nuestro Don Juan.

El escuerzo narigudo saltó en el asiento:

—¡Es lo más monstruoso que puede darse en quien está ungido con la gracia real! ¡Es un ateo! Lo ha sido, cuando menos… Puede, estos tiempos, haber cambiado.

El Marqués de Bradomín adoptó el empaque de un sutil cardenal:

—Usted y otros deben tener en cuenta que ningún acto del partido puede anular los derechos históricos, vinculados en el hijo de Carlos V. El General Cabrera está dispuesto a sostenerlos frente a la tendencia ultramontana, que desea la abdicación en el Príncipe Carlos.

—Ya existe un acta de abdicación.

—Ha sido revocada.

—Pues habrá otra. El General Cabrera se quedará solo. Nadie le niega sus méritos, pero nuestra comunidad, antes que legitimista, es Católica Apostólica Romana. ¡Líbrenos Dios de otro Carolus Tercius!

—¿Y cree usted que se halla libre de parecérsele el joven Duque de Madrid?

—¡Señor Marqués, ha sido educado por una santa madre en las máximas de la más pura ortodoxia, ha tenido los mejores ejemplos políticos y morales, al lado de su ilustre abuelo el Duque de Módena! ¡Oh! Cuantos le conocen alaban su religiosidad, su condición magnánima.

—La rebeldía contra su padre obscurece tan relevantes prendas. El General Cabrera y los descamisados del partido, repugnamos esa conducta, y frente a la gran intriga apostólica, sostendremos la candidatura de Don Juan de Borbón. ¿El General Luyando es, sin duda, partidario del Príncipe Carlos?

—¡Acérrimo partidario!

—Siendo así, a usted le corresponde el honor de representarle en la Junta. Lamento no haber podido entrevistarme con nuestro ilustre veterano. El partido tiene fatalmente que evolucionar… Don Carlos, cegado por la ambición, puede llegar en sus concesiones progresistas mucho más lejos que Don Juan. El Príncipe Carlos está en inteligencia con el Conde de Reus.

El clérigo se compadeció con una carcajada omnisciente, orquestada de gallos pedantes.

—¡Para ilusionar al caudillo de la revolución y contener el trueno gordo son esos parlamentos a que alude el Señor Marqués! Sin saberlo, nos está prestando un gran servicio el viejo Cascajares.

La noche de estrellas, con los ramajes del camino blancos de luna, se metió dentro del carruaje. El clérigo retenía la escolástica suficiencia de sus gallos, con cautela de Loyola: Recobraba la mónita servil, prolongó la carátula nariguda para sacar una lección de astronomía por el vidrio de la portezuela:

—La luna nos trajo la virazón.

El viejo *dandy*, insinuante y displicente, se recogió en el fondo del carruaje:

—¡No he dormido la noche pasada!

Don Lino recobró su asiento en la bigotera. El trote de las mulas despertaba los ecos de la noche, rodaba el destartalado landó por un camino de estrellas.

X

EL Marqués de Bradomín pasó el ovillejo de los guantes por el vidrio lloroso: Miró sonámbulo:

—¡Parece que hemos llegado!

Un mayordomo, con librea de gala, acudía por una escalinata de mármol. Abre la portezuela. El viejo *dandy*, que pisa el estribo, friolero y dengoso, se recobra en el acto y sube la escalinata con gallardo continente, como si unos ojos de mujer estuviesen mirándole en cada ventana. El narigudo, guardando distancia, empuña el paraguas cerrado desviándole del cuerpo con política de aldea. Una araña de cristal y bronces ilumina el salón con pinturas, donde el mayordomo los deja, tras una reverencia del blanco pelucón. El Marqués, en las notas distantes de un piano, reconocía los compases de un aire popular que tocaban en todos los circos ecuestres de Londres. Aquella música le confirmó en la sospecha que había tenido al apearse, con las vidrieras trascendiendo al jardín el reflejo de los salones iluminados. El clérigo atravesaba un ojo, observando al Marqués:—De algo que no lograba captar le advertía su certera suspicacia.—Con roce de sedas, penetró en el salón una dama vieja y descotada, muy seca, jirafona y arrogante:

—¡*Mon cher* de Bradomín!

Mientras le alargaba la mano, volvía un cuarto de perfil sobre el hombro, y con leve inclinación, respondía al saludo del clérigo. El viejo *dandy* se sintió recaer en su tribulación y melancolía, al besar el pergamino de aquella mano: Con los ojos vueltos al pasado, cubierta el alma de recuerdos, advertía las mudanzas que aparejan los años: Disimulando sus emociones de galán viejo y

romántico, interrogó en voz baja:

—¿Han llegado los amigos?

—La Junta está aplazada. Espeleta ha cursado las órdenes…

—No he recibido ningún aviso.

—¡Usted no!… ¡Cómo privarnos de su grata compañía!… ¡Tenemos aquí al Señor!…

—Me lo había figurado.

—Viene un poco indispuesto, febril… Por eso ha sido el aplazamiento de la Junta.

La vieja dama tomó el brazo del viejo *dandy*, y se alejaron por un salón de fiestas vacío, luminoso, brillante.

XI

EN el fondo de una galería, el piano de cola destacaba su teclado con la solfa en el atril y las bujías encendidas. Unos guantes olvidados en el musiquero, una puerta entornada, un rumor apagado de voces, contenían como en potencia magnética los espectros de una escena que acababa de ser abolida. Se abrió la puerta entornada, y apareció un vejete oralino, condecorado con una banda: El Caballero de Valatier, famoso edecán que acompañó en todas aquellas andanzas al Augusto Pretendiente. El Caballero explicó con erres francesas:

—Realmente, es por mucho lamentable. El Señor se hallaba rendido, y viene de recogerse. ¡Muy contrariado en extremo! ¡Cómo siente no poder verlo a usted esta noche mismo!

El Marqués de Bradomín reparó que a su lado estaba el escuerzo narigudo en prudente atención, con los ojos bajos: La Madama de Tarbes, mirándole a través de los impertinentes, ponía el entono de vinagre con que regañaba a sus falderos y al cotorrín de la Martinica. El Marqués hizo la presentación del clérigo:

—Un capellán de la Casa de Luyando.

Se atizonó el gazmoño:

—Director espiritual y preceptor de sus vástagos. Madama de Tarbes dejó caer los impertinentes:

—Es que ha venido con usted, Señor de Bradomín.

—Trae la representación del General Luyando.

El capellán se sobaba las manos con un aire apagado y familiar:

—En la Junta esperaba que se me hubiese oído: El Señor Obispo de Pamplona me ha confiado también sus poderes.

El Caballero de Valatier le clavó los ojos con expresión enigmática:

—El General y Su Ilustrísima son dos potencias en la causa legitimista.

Madama de Tarbes vagamente le señaló un asiento hacia el fondo del salón:

—Puede usted descansar, Señor abate… Estos caballeros, para tratar sus negocios secretos, disponen de la biblioteca.

Inclinándose, asintieron el oralino edecán y el trasnochado *dandy*. El clérigo sesgaba la boca negra de tabaco:

—¡El Caballero de Valatier no me es desconocido!

Aturulló el edecán:

—¡Probablemente!

Paraba las pupilas sobre el narigudo, con expresiva advertencia de silencio: El Marqués, impuesto de aquel juego, devanaba un hilo de sospechas. Se las confirmó el narigudo con su risa gazmoña: Atizonado bajo el levitín de preceptor con lamparillas, soslayaba la muda advertencia del edecán:

—¡Al Señor Caballero de Valatier le he sido presentado en una visita que hizo al General Luyando!

El Marqués de Bradomín cruzó entre el edecán y el clérigo para inclinarse ante la vieja Madama de Tarbes:

—Le haré a usted la partida de cartas, mientras estos señores tratan sus negocios secretos.

El oralino edecán fulminaba los ojos sobre el clérigo, que se había pasmado en un gesto de hipócrita extrañeza: Volviéndole la espalda, acudió oficioso por satisfacer al viejo *dandy*:

—El Señor consultará con usted la decisión que medita. ¡Todo es problemático! La Junta de esta noche ha sido suspendida para ganar tiempo y cambiar impresiones con usted. ¡El Señor está preso en los hilos de una intriga infernal!

El narigudo se incorporó encogido al borde de su asiento, con los caños barbones despepitándose entre dos cuerdas tirantes: La Madama de Tarbes, jirafona y seca, desplegada la cola, pasa al salón de fiestas: Se abanica ceremoniosa y saluda con galleos del moño.

XII

SALIÓ Don Juan de Borbón, muy dramático, estrujando un moquero humedecido en Agua de Colonia: Era pequeño, rubio, bien formado, con aire de bailarín francés, compuesto y petulante, que tiene para todas las cosas un guiño en el ojo y una sonrisa bajo el mostacho, cuando no la gola inflada con arias y declamaciones de Manfredo:

—¡No! No he vendido mi primogenitura por un plato de lentejas. Leo esa frase en tus labios. Si quieres seguir conservando mi amistad, no la pronuncies. Mi conducta dejará de parecerte un enigma, cuando me hayas escuchado. ¡Una fatalidad ha pesado siempre sobre mí!…

Don Juan de Borbón copiaba el estilo de los folletines románticos. El Marqués de Bradomín asintió con respetuosa ceremonia y mueca incrédula:

—La fatalidad es una invención de los trágicos griegos y de los arruinados en Monte Cario.

Don Juan, con la cabeza entre las manos, se reclinaba en una consola. Apartose con el peinado en desorden y un gesto fatalista:

—Querido Bradomín. ¡Graves sucesos desde que me has dejado en Londres! ¡Un folletín! ¡Algo sorprendente y satánico! Estoy en poder de una secta carbonaria o masónica —no está claro—, que opera por el magnetismo.

El Marqués de Bradomín se pasmó con patética ironía:

—¡Discípulos de Cagliostro!

Don Juan de Borbón se ensombrecía:

—¡Estoy en sus manos!… Te contaré… Sentémonos. En Londres, como sabes, este invierno han estado de moda las sesiones de magnetismo. En los salones de la mejor sociedad se ha hecho magnetismo. ¿Qué más? Se ha hecho magnetismo en la Cámara de la Reina Victoria. Yo he visto cosas extraordinarias. ¡Qué más! Mi caso es una novela de Eugenio Sue: Estoy bajo el imperio magnético de una secta carbonaria. Vengo huyendo de Londres. La misma banda, no hace mucho, magnetizó al correo que llevaba un pliego de mi prima Isabel para Su Santidad. ¡Ahora mi caso! Tienen logias en todas las grandes capitales de Europa. ¿En los salones mundanos, en los espectáculos, no has sentido alguna vez el malestar de una mirada? Esa banda se ha introducido en la mejor sociedad. Actúa en Monte Cario, en París, en Londres, en Viena. No se diga en los círculos rusos. Entre sus afiliados hay mujeres bellísimas. Yo estoy

en manos de esa banda, por haber sido débil y dejarme hacer el horóscopo por una falsa Princesa Polaca. En manos de esa mujer fatal he obrado como un autómata. ¡Me ha sustraído importantes documentos, tan reservados, de tal índole, que sería su publicación la mayor de cuantas catástrofes han caído sobre nuestra familia, y no excluyo el martirio de Luis XVI! Ante eso, el deber de rescatarlos me imponía los mayores sacrificios. Diez mil libras me han pedido por el rescate de esos documentos, y como no disponía de numerario, me dirigí a todos los miembros de la familia interesados en que esos documentos no se divulguen. Todos han respondido llorándose, y ninguno aflojó dos cuartos. Ya estaba desesperado, con la pistola en la sien, cuando una fuerza superior me apartó el brazo, y disparé rompiendo la luna del espejo. Ante aquella advertencia de un poder sobrenatural, tiré lejos de mí la pistola. Hui de Londres. Pensé abandonar el mundo: Retirarme a un convento de Tierra Santa. Sigo en ese propósito, pero el honor de la familia no podía dejarlo caído en los círculos dantescos de una banda tenebrosa. ¡A ese precio he renunciado la primogenitura! La abdicación de mis derechos, el abandono del mundo, el fracaso de todos mis sueños, en un platillo de la balanza… En el otro, un cheque para rescatar el honor de los Borbones. ¡Tal ha sido mi odisea! Esta noche espero el desenlace.

El Marqués de Bradomín experimentaba un asombro humorístico oyendo aquellos lances de melodrama. Jugaba el Señor su papel con magnífico desparpajo. Complicando la intriga, el clérigo narigudo saliose de su rincón y cayó de rodillas ante la Augusta Persona:

—La Banca Bilbaína oponía reparos, y hasta hoy no ha podido negociarse la letra sobre Londres. Tengo en mi poder el resguardo. El General Luyando, en nombre de todo el partido, se impone ese adelanto. Luego se verá cómo cada uno contribuye. La abdicación de vuestro derecho es requisito indispensable.

Don Juan, entre las luces de la consola, cruzado el pecho por una banda, con el narigudo a sus pies, tomaba una bella actitud de teatro. Se hizo una colecta, y aquella misma noche, el narigudo intrigante salió para la Corte Carlista de Villa Seirlern.

XIII

CERCA de Graz, en una quinta con musgos románticos, jardines de recortados bojes y fuentes mitológicas, se aposentaba la Corte de Don Carlos.—Aquella tarde de nevasca, encendida la chimenea, con el telón romántico del jardín, tras el llanto de los cristales, el emisario de los revolucionarios españoles conferenciaba con el Augusto Pretendiente. Don Carlos, con benévolo acogimiento, le aseguraba que bajo su bandera cabían todos los españoles, y, sin aventurar ninguna promesa, descubría su favorable disposición para ponerse al frente de un movimiento purificador, dentro de los límites del progreso legítimo y las posibles concesiones al espíritu del siglo. Don Félix Cascajares, con premioso discurso y música progresista, ponderaba los males de la Patria:

—Señor, no olvidéis que vuestra negativa puede acarrear la más desenfrenada demagogia, días de luto y de sangre.

Don Carlos respiró ancho, poseído de una obscura conciencia histórica:

—¡Todo lo considero!

—Meditad, Señor, en la grave responsabilidad que pesa sobre vuestra conciencia de español y de Rey.

—¡Enorme!

—Aceptad el ofrecimiento de quienes antes fueron leales enemigos, y ahora acuden a vos intérpretes del sentimiento monárquico, consustancial con la Nación Española.

Don Félix Cascajares copiaba el estilo de trenos lacrimosos que había pasado de moda con el corbatín del Divino Argüelles. Por la rocalla de tópicos progresistas, apuntaba la buena intención del viejo Cascajares. Entre el acento de la ribera, por veces sacaba notas de chirimía, subiendo la voz a la cabeza, como los vascos de la montaña. Don Carlos sentíase animado de generosa voluntad, dispuesto a escribir una página de la Historia de España. El fuego confortador de la chimenea y el paisaje del jardín aterido, juntaban una gracia emotiva, favorable a las confidencias. El Olimpo de mármoles temblaba corito en lo profundo de las avenidas, bajo los abetos de carbón, salpicados de nieve. El Pretendiente estrechó la mano del viejo Cascajares:

—¡Me hallará usted siempre dispuesto a los mayores sacrificios por la Patria! Solo pido a usted tiempo para reflexionar: En asunto tan grave, deseo asesorarme con el Conde de Morella. El tiempo de escribir y esperar la respuesta de Londres Don Carlos tomó de la mesa un retrato y se lo dedicó al Generoso

Patriota Español Don Félix Cascajares y Azara. El candoroso progresista lo agradeció de primeras con música baturra, y luego que leyó la dedicatoria al pie de la ventana con notas de chirimía. El Olimpo, encoritado, huía por la negra avenida salpicada de nieve.

XIV

EL Tigre del Maestrazgo, con catarro de cabeza, la barba de ocho días y una mascada indiana al cuello, hacía solitarios en su quinta de Wentworth. *Lady* Cabrera le ponía un toquillón por los hombros, le cuidaba con tisanas y vahos aromáticos, le mimaba con caramelos: Se puso a observar la disposición del solitario que jugaba el General:

—Hace falta un Rey.

El General se volvió con expresión sagaz:

—¡Precisamente!

Desbarata los naipes y recoge el correo que le presenta el secretario. Con furruña de gato viejo, examina un sobre que trae los sellos de Graz: Se lo pasa al secretario: Soslayando el filo verde de los ojos, se limpia las gafas con una punta del pañuelo gargantero:

—Lea usted.

El secretario, un vejete con trazas de sacristán, rasgó el sobre y sacó el pliego:

—¡Carta autógrafa del Rey!

Quedó perplejo en un mudo gesto interrogante. Reiteró el General:

—Lea usted.

Don Quirse Togores, veterano de dos guerras, leyó con amilanado respeto:

—«Querido General. Estos días ha llegado un emisario de los revolucionarios españoles. Me hizo entrega del documento que te adjunto, y verbalmente me propuso una fórmula para recibir en audiencia al Conde de Reus. Aun cuando me parece que como español no debo negarme, he rehusado una respuesta afirmativa hasta recibir tu consejo. Me falta experiencia, y desearía que estuvieses a mi lado para aconsejarme en asunto tan grave, y que tan directamente se relaciona con los destinos de España. Contéstame por

telégrafo cuándo puedes ponerte en camino. Todos te esperamos. No dudo que acudirás sin tardanza, y esta será otra prueba de afecto y adhesión que nunca olvidará tu afectísimo—Carlos».

Hubo un silencio. El General se inclinaba para atizar el fuego de la chimenea:

—Expida usted un telegrama urgente a Graz: Diga usted que estoy gravemente enfermo.

—¿Y quién lo firma?

—Fírmelo usted.

Se apagó el secretario:

—¿No sería más político que lo firmase la Condesa?

—Ponga usted mi firma. Estar grave no es haberse muerto…

El Conde de Morella, que llevaba la barba de ocho días, pasó a su cámara e hizo comparecer al barbero: Sentíase con ánimos de desmentir el telegrama enviado a la Corte Carlista en Villa Seirlern.

XV

EL italiano que hacía la feria del regio autógrafo, recorría ahora los círculos de la emigración española, vestido de mago con turbante y hopalanda de Oriente. Realizaba prodigios por los míseros cafetines llenos de humo, y dejaba sobre las mesas papelitos de colores donde aparecía sacándose llamas de la boca: Leía el porvenir en las rayas de la mano, en la lumbre de las cachimbas, en la espuma de la cerveza. Recayó por la tertulia donde sonaba la bolsa un caballero jaquetón, enfermo de los ojos, andaluza fachenda. El italiano llevose la diestra al turbante y extendió el brazo con saludo masónico: El jaquetón de la pestaña tierna soltó un mal texto:

—¡Vas a leerme el porvenir en el fondo de este vaso!

El farandul doblose con sonrisa de sabio, y en las uñas negras levantó un sol de oropel que llevaba colgado sobre el pecho:

—Hermano, sírvete, a mi vista, dar tres sorbos en el vaso.

—Voy a complacerte.

Llevó la cuenta con mucha bullanga el cotarro de los emigrados:

—¡Una!
—¡Dos!
—¡Tres!
El farandul tomó el vaso:
—¡Tu estrella es negra! ¡Tu sino adverso!
Se atufó, con repentino ceño, el jaquetón de la barba rala y los ojos enfermos:
—¿Veré la revolución en España?
—¡La verás!
—¡Pues no es tan negra mi estrella!
—¡Lo es!
—Tú buscas que te sepulte el vaso en los sesos. ¿Quién traerá la revolución?
—¡Todos!
—¡Y Don Juan!
—Pesará sobre ti la acusación de su muerte…
—¡Te la has ganado!
El caballero de la pestaña tierna, con vigoroso golpe, estampó el vaso en la frente del mago, salpicándole de vino y de sangre, la media luna en el nudo del turbante. El sulfurado jaquetón se sacó del pecho un fajo de billetes, y con befa los pasó por la nariz del mago: Toda la noche había estado bebiendo por el triunfo de la revolución, y se hallaba borracho:
—¡El General Prim! ¿Alguno lo duda? ¡El General Prim!… He preguntado si alguno lo duda… La revolución es un hecho… El General Prim. He preguntado si alguno lo duda, para abrirle el sesamen con una botella. Una bomba son las noticias llegadas esta misma tarde. ¡Una bomba Orsini!… ¡Nos es conocido el telegrama circular de González!

XVI

MADRID.—Presidencia del Consejo.—Telegrama circular a todos los Gobernadores Civiles:— Urgente.— Descifre V. S. por sí mismo P. en T. —La Policía en estas últimas horas ha descubierto los hilos de un vasto complot que en modo alguno halla descuidado al Gobierno. El Gobierno, por anteriores informes, sabía que los partidos extremos buscaban una inteligencia con la Unión Liberal. Realizado el pacto, la policía no tardó en conocer los trabajos

revolucionarios: Se trataba, según todos los informes, de un cambio de Monarquía y Dinastía. Es indudable que la realización de tan criminal propósito representa la ruina del país, y su consecuencia solo puede ser el triunfo de la más espantosa demagogia. España, con una revolución de esa índole, se igualaría a las más pequeñas e impotentes Repúblicas Americanas. El Gobierno, que considera como el más alto de sus deberes salvar al país de conflicto tan pavoroso, ha detenido a los Generales Duque de la Torre, Córdova, Dulce, Zabala y Brigadier Letona. Al propio tiempo, ante el abuso que de ciertos nombres hacen los revolucionarios, dispone que salgan de España Sus Altezas Serenísimas los Duques de Montpensier. El Gobierno ha puesto en inmediata ejecución los acuerdos antedichos, y sigue reunido en Consejo. Se adoptarán las resoluciones más enérgicas para hacer frente a todas las consecuencias que puedan derivarse, y cualquiera que sea la actitud en que se coloquen los elementos revolucionarios. Sin carácter oficial, conviene que V. S. haga circular la verdad de lo ocurrido, procurando infundir al país la mayor confianza en las decisiones del Gobierno.—Reina el orden más completo en todas las Provincias de la Monarquía. Continúa y continuará inalterable en esta Capital. Recomiendo a V. S. la mayor vigilancia. Cuide V. S. de mantener el orden público, usando, si hubiere para ello el más mínimo pretexto, de un rigor que aniquile inmediatamente cualquier intentona de perturbación.

XVII

TODA España, por aquel tiempo de dictadura y trisagios, roncas y trapisondas marciales, vivía con las manos en las orejas, esperando que estallase el trueno gordo Se preparaba para el tiro, como al final de un melodrama Del Ministerio de la Gobernación salían una y otra noche mandamientos secretos de registros y prisiones. Juerguistas trasnochadores y barrenderos municipales, burras de leche y canes sonámbulos, corrían las estrepitosas nuevas por todos los rincones de la Villa y Corte. Los periódicos de la opinión liberal padecían a diario denuncias y secuestros: Se ocultaban sus redactores por sótanos y desvanillos, algunos desfigurábanse con pelucas y barbas de teatro, otros se rasuraban las suyas naturales. La Logia de la Escalerilla, siempre con oradores, propugnaba la moral del tiranicidio, y le ponía un morrión miliciano al Padre Juan de Mariana. La nociva jurisprudencia

escolástica tomó auge con la prisión de Doña Walda.—¡Doña Walda, la Estanquera de Leganitos que le hacía los pitillos a Don Nicolás María Rivero!—España, de mar a mar, se encogía con un temblor de luneta intuyendo la conjura de embozados, el misterio de santos y contraseñas en voz baja, los cabildos tenebrosos, los coros de puñales juramentados.

XVIII

PERIQUITO Gacetillero difundía el mensaje revolucionario por la redondez del Ruedo Ibérico. Y en las ciudades viejas, bajo los porches de la plaza, y en los atrios solaneros de los villorrios, y en el colmado andaluz, y en la tasca madrileña, y en el chigre y en el frontón, entre grises mares y prados verdes, Periquito Gacetillero abre los días con el anuncio de que viene la Niña. ¡Y la Niña, todas las noches quedándose a dormir por las afueras!…

EL RUEDO IBÉRICO.
VÍSPERAS SETEMBRINAS

PRIMERA PARTE
DE
BAZA DE ESPADAS

¿QUÉ PASA EN CÁDIZ?

I

FLUCTUACIÓN en los cambios. La Bolsa en baja. Valores en venta. El Marqués de Salamanca sonríe entre el humo del veguero. Un Agente de Cambio se pega un tiro:

—¿Qué pasa en Cádiz?

II

ASMODEO, el brillante cronista, también sufre los rigores del pánico bursátil: Doña Walda, la lotera, se ha negado a canjearle por cuños de plata los timbres del franqueo que, a cuenta de atrasos, pudo sacarle al Administrador de *La Época*. Asmodeo, tras de morderse las uñas, resolvió darle un sablazo al Marqués de Salamanca. El brillante cronista floreaba el junco por la acera, dispuesto, con filosófico cinismo, a soportar las burletas del opulento personaje, que solía acompañar sus esplendideces con zumbas de mala sangre.

III

EL Marqués de Salamanca, obeso, enlevitado, rubicundo, hojeaba los periódicos entre nubes de tabaco, hundido en un sillón:

—Adelante, simpático Cojuelo.

—¡Querido Marqués!

—¿Viene usted a proponerme algún negocio?

Baló Asmodeo con risa adulona:

—No tiene usted capital para asociarse conmigo.

—Usted lo dice en chanza, y yo lo tomo en veras. Ser joven es ser dueño de la lámpara de Aladino.

—¡Usted es el eterno joven!

—Hágamelo usted bueno. ¿Qué malas intenciones le traen?

—Usted lo ha dicho: Proponerle un negocio.

—Será preciso aplazarlo. Ahora tengo una reunión política.

—Mi asunto se trata en dos palabras.

—Las palabras se enredan, como las cerezas.

—Querido Marqués, seré lacónico como un espartano.

—Usted será siempre un ateniense. ¿Qué se cuenta en el Ágora de la Puerta del Sol?

—¡Parece que hay marejada!

IV

EL prócer velábase en el humo del veguero, con un remolino de moscas en disputa sobre la luna de la calva. La pechera con pedrerías, la cadena y los dijes del reloj, el amplio bostezo, el resollar asmático, toda la vitola del banquero se resolvía en hipérboles de su caja de caudales: Humeó el tabaco con sorna maleante:

—¡Está farruco González Bravo!… Los Espadones de la Unión esta mañana habrán llegado a Cádiz.

—Todavía hay quien pone en duda su embarque para el destierro…

—¿Ha recogido usted ese rumor en el santuario de *La Época*?

—Allí se teme un acto de clemencia por parte de la Reina.

—Sería necesario un cambio político. El Ministerio San Luis-Cánovas que todos patrocinamos… ¡Se ha perdido ya mucho tiempo!…

—¿Y si se pronunciase la guarnición de Cádiz?

—No la creo suficientemente trabajada.

—¡Los rumores que corren son muy alarmantes!

—Globos que inflan los bajistas en Bolsa. Los Espadones saben que todavía no es su hora. De estar resueltos a una hombrada, habrían aceptado el ofrecimiento del General Makena. Me consta que, dando ejemplo de

compañerismo y jugándoselo todo, estuvo dispuesto a sublevarse para sacarlos de San Francisco. No han aceptado, y es indicio de su poca confianza en una intentona revolucionaria.

—Cádiz puede ofrecerles mejor coyuntura.

—Los veremos embarcar como borregos. Conozco el estado de Cádiz: Allí los elementos de acción son republicanos.

—Los Duques de Montpensier cuentan con muchas simpatías.

—El Duque no afloja la mosca, y las revoluciones solo se hacen con dinero.

—Con oro nada hay que falle.

Asmodeo torcía la cabeza con esguince de gallete petulante, subrayado por una sonrisa cargada de alusiones. El prócer, calándole los pensamientos, le miró burlón, gustando la regalía del veguero:

—¿Cree usted que todo se arregla con oro?

—Casi todo.

El Marqués entornaba los párpados, acentuando la sonrisa de chanzas:

—Yo he tenido alguna vez dinero, y sin embargo, nunca he podido escribir esas bellas crónicas que le han valido a usted gloria imperecedera.

—Marqués, no sea usted cruel. A mí la pluma no me sirve ni de taparrabos. He venido a verle con las peores intenciones. Prepárese usted para un sablazo.

El prócer cerró los ojos con gesto displicente:

—Eso no tiene importancia.

—¡Querido Marqués, cómo agradecerle!…

—Nada tiene usted que agradecerme. Pero déjese ver, no venda tan caras sus visitas.

Asmodeo celebró con risa servil aquel malévolo juego del vocablo.

V

EL Marqués de Salamanca se alzó con pereza, empuñando un luciente llavero, y el brillante cronista comenzó a moverse con títere de monosabio:

—El periódico atraviesa una terrible crisis monetaria. Cobramos en sellos de franqueo, cuando cobramos… Doy este paso obligado por las circunstancias. El periódico debía haberme mandado a San Sebastián. La vida de sociedad hoy está en la Bella Easo.

El prócer, caído un párpado, apoplético, encendida la carota de luna, se

volvió con lenta soflama:

—¿Qué cifra trae usted en el magín, Asmodeo?

—¡Oh!… Verdaderamente… Real y verdaderamente, me crea usted una situación difícil, querido Marqués. Limitando todo lo posible mis pretensiones, podría arreglármelas con dos mil reales.

El Marqués acentuó la torcedura del ojo, batiendo el párpado inflado.

—¡Bueno! Trae usted pensado sacarme cincuenta duros.

—¡Dos mil reales, querido Marqués!

—Hubiera usted pedido mil pesetas. Cincuenta duros. ¡Ni un chavo más! Aprenda a no ser tímido.

—¡Marqués de mi alma!

—¡No irá usted a ninguna parte!

El Marqués se caló los quevedos para leer la tarjeta que un lacayo le presentaba en enorme bandejón de plata:

—El Barón de Bonifaz.

Asmodeo puso los hombros en las orejas, batiendo la boca con risa de cabra:

—¡Ese me venga!

VI

EL Barón de Bonifaz, la chistera y el junco sobre el pecho, el codo al aire, saludaba en la puerta con amanerado estilo de pollo gomoso. El Marqués de Salamanca le acogió con amplio y suntuoso ademán de prócer millonario:

—¡Cuánto bueno! Le hacía a usted de jornada en San Sebastián.

—He llegado esta mañana por un asunto de familia.

Entrometiose Asmodeo, siempre a la husma de novelerías para los *Ecos del Gran Mundo*:

—¿Se hace la boda de Feliche con Bradomín? Daré la noticia si usted me autoriza.

Vaciló Adolfito:

—Todavía no es un hecho.

—Puedo darla como rumor.

—Usted verá…

El Marqués de Salamanca sintiose malagueño castizo:

—Le alabo el gusto al vejestorio de Bradomín. ¡Vaya rosa de pitiminí que se

lleva el tío!

El Barón de Bonifaz lo deploró con gesto de fatua condescendencia:

—No hubo sino ceder… La niña se ha encaprichado.

El Marqués de Salamanca se puso en el mismo aire de comedia:

—Un hermano no tiene la autoridad de un padre.

—Creo haber hecho cuanto estaba de mi parte.

El prócer apuraba la guasa con rubicunda sonrisa:

—Que se casen y que sean felices.

Se dolió Adolfito:

—No podrán serlo, Pepe, Bradomín le dobla la edad. ¡Es una boda absurda!

Asmodeo, abierto su carnet de notas, se ponía la punta del lápiz en la lengua:

—¿Cuándo se celebra la boda?

El Barón de Bonifaz se afirmó en el engaño:

—Este otoño, probablemente. Nada oficial… Feliche ha dejado de consultarme… Sobre esta divergencia familiar, naturalmente, ni la menor alusión.

—¡Por Dios Santo, querido! ¿Y si usted juzga prematuro?…

—No, no… La noticia puede usted darla. Tampoco quiero coartar su libertad de cronista.

Asmodeo saludó con gestos y títeres de monosabio:

—¡No he perdido completamente la mañana!

VII

EL Marqués de Salamanca se hizo todo pompa y espurrié cuando se vio a solas con el Gallo Real:

—¿Qué vientos le traen? Conozco sus disidencias con el Gran Camarillón Ecuménico. No se arredre: Usted puede ser el salvador del Trono. ¡Es preciso convencer a la Señora! ¡Se lo juega todo si persiste en sostener a González Bravo! El Gabinete San Luis-Cánovas que yo he propuesto, aún salvaría la situación. Los revolucionarios no logran entenderse, y una amnistía pudiera ser el golpe de gracia para acabar de desunirlos. Prim, llegado ese momento, no rehusaría volver a la legalidad, y habría cesado el retraimiento del partido progresista. ¡Un gran paso!

—Prim es poco de fiar.

—Se ha comprometido con la Reina Madre.

Adolfito sonreía nervioso, el sombrero y el junco sobre los holanes de la pechera:

—¡Me lo he jugado todo, y todo lo he perdido por servir a la Reina!

Se asombró con rubicunda soflama el Marqués de Salamanca:

—¿Es posible?

—Me ha despedido con una escena de lágrimas.

—Volverá usted a consolarla.

—Se propone vivir santamente.

—¡Qué candidez!

—No se puede luchar con Sor Patrocinio. ¡Me he sacrificado estúpidamente por servir los intereses de ustedes, los de la disidencia moderada!

—Hablemos sin romanticismo. ¿Hay sustituto?

—No lo creo…

—¿Lo habrá pronto?

—Usted conoce la magnanimidad de la Señora.

—¿Quién está en ciernes?

—Vaya usted a saber la terna que le presentará la Seráfica. El Barón de Bonifaz sacó la petaca y encendió un cigarrillo: Disimulaba su despecho echando humo, los ojos duros y pérfidos, la boca con sesgo ruin. El Marqués de Salamanca puso el réquiem con un apotegma de repertorio en la disidencia moderada:

—Nuestra Augusta Señora cambia en una loseta.

El Barón de Bonifaz tiró el cigarrillo:

—En la nueva combinación de cargos palatinos se me pone en la calle. ¡Es el premio a mis servicios!

Aún insistió el prócer de las finanzas con pomposas espumas:

—¿Está firmada la combinación? Si no lo está, acudiremos a parar el golpe.

—Firmada y para salir en *La Gaceta*.

—¿Y atribuye usted su desgracia a la Monja?

—Todo lo gobierna.

—¿También las flaquezas de la Señora?

—¡Todo!

—¿No habrá cometido usted alguna ligereza? ¿Usted cumplía a toda satisfacción?

—¡Para ir a Panticosa!

—No sería usted el primero.

—¡Se me despide con menos miramiento que a Torre-Mellada!

—¿También a ese?

—A ese se lo doran haciéndole duque.

—¿Pero usted no ha sacado nada?

El prócer de las finanzas le miraba incrédulo. El Barón de Bonifaz encendió otro cigarrillo:

—Una credencial para Ultramar.

—¡No está mal! Puede usted hacer dinero.

Galleó Adolfito con cínica petulancia:

—¡Pepe, ante todo están mis escrúpulos!

Sorna y espumas financieras:

—Cuando se pasa el charco es otra la ética.

—No puedo tampoco aceptar ese destierro.

—Renunciar sería del género tonto.

—Naturalmente. He pensado hacer el traspaso de la credencial y quedarme en Madrid. Un traspaso donde vaya ganando algo. ¿Cómo se hace eso?

El Marqués jugaba con los dijes del reloj:

—Trate usted con algún cesante del ramo.

—Usted está siempre rodeado de pedigüeños. ¿No tiene usted algún candidato?

—¿De qué categoría es la credencial?

—Superintendente de Manila.

—¡Para hacerse millonario! Es una breva de exministro. Acepte usted y váyase.

—Madrid es mi centro. ¿Puede cotizarse la credencial? Una prima por delante y un giro al mes.

—Es la fórmula más frecuente de esa clase de convenios. Pero se hace preciso un personaje de campanillas… Ya pensaremos.

—¡Pepe, necesito su ayuda!

—Sabe usted que la tiene.

Otra vez el británico lacayo hacía su reverencia al filo del portier:

—El Señor Cánovas del Castillo. Lo he pasado a la biblioteca.

El Marqués de Salamanca tomó las manos de Adolfito:

—Seguiremos hablando. ¡Cánovas en la biblioteca es temible, y si me retardo no queda un libro!

VIII

EL Señor Cánovas del Castillo repasaba las estanterías, asegurándose los quevedos, con nerviosa suficiencia, la expresión perruna y dogmática: Era de una fealdad menestral, con canas y patas de gallo. El Marqués de Salamanca le alargó las dos manos, opulento y rubicundo de frases cordiales:

—¡Mi docto amigo! Es usted el primero y me congratulo: Así cambiaremos impresiones y nos pondremos de acuerdo.

—O en abierta contradicción.

Gitaneó el prócer de las finanzas:

—Usted me convencerá con su elocuencia.

Y rectificó con pedante gramática el Señor Cánovas:

—Será, en todo supuesto, con mi dialéctica. La raíz del acto cognoscitivo está en la deducción lógica, y la elocuencia no mueve la razón, sino el sentimiento. ¡Con tantas máculas como dañan la política española, ninguna de tan funesto resultado como la ñoñez elocuente de nuestros gobernantes!

Bromeó el Marqués de Salamanca:

—Aquí la ñoñez siempre ha sido el patrimonio de los viejos progresistas. ¡Buenos zorros estaban O’Donnell y Narváez!

—Disentimos. Espartero, O’Donnell, Narváez, fueron en todo momento políticos de corazonadas. La intuición de los guerrilleros, única norma de los militares españoles, imprime carácter a su actuación de gobernantes. ¡Y era fatal que así sucediese! Si en el arte militar, que tanto tiene de ecuación algebraica, lo habían fiado todo al instinto, nada más lógico que actuasen en la gobernación con un igual desprecio por la ciencia política. Toda nuestra historia en lo que va de siglo es un albur de espadas. Un albur o un barato.

—Es usted corrosivo.

—No llevo una venda sobre los ojos. Jamás Sor Patrocinio obró los milagros de nuestros invictos generales. Cuántas batallas no han ganado esos señores por obra y gracia del birlibirloque, que, en los fastos marciales, viene a ser algo como el Espíritu Santo.

—Probablemente, todas.

Cambió de terrenos el Señor Cánovas:

—Todos es demasiado absoluto. Córdova, el mayor, ha sido un militar

estudioso. Ninguno tan bien dotado. Siempre he creído que su muerte prematura constituyó una desgracia para España.

—¿Usted no juzga superior a Zumalacárregui?

—Zumalacárregui está más en nuestra tradición. Un gran instintivo, pero con muchos menos estudios militares que Córdova. Probablemente, en otro tablero militar hubiera fracasado… Conocía el terreno como los pastores y los contrabandistas, hacía la guerra allí donde había nacido. Es el caso de todos nuestros guerrilleros fracasados en las campañas de América. Martes analfabetos que no podían leer un plano, como le ocurre hoy al héroe de Los Castillejos. Otro gran instintivo.

—Es lo que da la tierra. Usted, como es un pozo de ciencia, nos desprecia a todos los instintivos, me cuento en el número. ¿Qué hubiera sido de mí sin un poco de quinqué? Andar con las suelas rotas. Los sabios, para las cátedras, para las academias… En la guerra, en la política en las finanzas, el golpe de vista… Los Napoleones no se hacen en las bibliotecas, querido Don Antonio.

Al Señor Cánovas se le cayeron los lentes: Los atrapó en el aire, y sacando una punta del pañuelo se puso a limpiarlos atufado y nervioso:

—Napoleón no era un ignorante… Es una especie totalmente equivocada… Había estudiado mucho en los libros antes de estudiar en los hombres.

—¡Napoleón hombre de biblioteca! Porque usted lo dice, lo creo.

—No he dicho, precisamente, hombre de biblioteca. Doy a mis expresiones un significado estricto.

El Marqués de Salamanca jugaba con los dijes del reloj:

—No se ofenda usted, querido Don Antonio. Vamos a otro tema: ¿Acepta usted formar Ministerio con San Luis?

—Ni con San Pedro.

El británico lacayo alzaba el portier. Sobre el umbral, dos pulcros vejestorios hacían una figura de lanceros cediéndose el paso. Y aún perduraban en la cortesana disputa, cuando sobre sus espaldas asomó las jaquetonas patillas Don Alejandro de Castro.

IX

PASOS, toses, rumores de nuevas visitas: La biblioteca se solemnizaba de calvas. Murmullos aprobatorios, cabeceos, asmas doctorales. El Señor Cánovas del Castillo peroraba con áspero ceceo y engalle de la jeta menestral. Tenía su discurso un encadenamiento lógico y una gramática sabihonda, de mucho embrollo sintáxico:

—No pertenezco, no he pertenecido jamás, al moderantismo histórico, y mi asistencia a esta reunión no supone, no puede suponer, mudanza en el ideario que durante toda mi actuación política he sustentado. Los grandes sucesos de la hora presente, la zozobra en que nos une a todos los hombres de orden la preocupación por los patrios destinos, que, a cuantos con nuestra actuación hemos contraído una responsabilidad histórica, no puede menos de inquietarnos, explica, razona y aun hacía inevitable que preopinantes de distintos credos nos juntásemos en evitación de males que hacen peligrar a las Instituciones. Más que los avances de la demagogia temo la provocación de la comunidad gobernante, temo el huracán de vesania que empuja a los elementos ultramoderados que tienen captada la Regia Prerrogativa. ¡Generales que han prestado relevantes servicios a la causa dinástica están camino del destierro! Una política que no vacilaré en calificar de desaforada e histérica, coadyuva a ponerlos en rebeldía, y tales procedimientos de gobierno, ahondando rencores, perpetúan la serie de los pronunciamientos militares, oprobio de la política española, por cuanto la indisciplina de los cuarteles solamente puede representar la subversión de todas las normas constitucionales que aseguran el turno pacífico de las diferentes comuniones políticas y la controversia doctrinal que presupone el Régimen Parlamentario. He dado mi leal consejo donde debía darlo, y al requerimiento para asumir en parte las responsabilidades de la gobernación, he opuesto un programa de rectificaciones inmediatas, he hablado con la franqueza a que me obligan de consuno mi lealtad y mi carácter. Su Majestad, otras veces tan propicia a la clemencia, ha creído prudente persistir en sus reales acuerdos y mantener el castigo impuesto a los Generales de la Unión Liberal. Os debía esta explicación, se la debía muy especialmente al Señor Conde de San Luis. ¡Los Generales hoy desterrados volverán un día, y ese día será un hecho la revolución española, y todos nosotros nos veremos envueltos en su giro y sujetos a su fatalidad! Pero las revoluciones siguen siempre un destino histórico, se contraen a cauces labrados por la tradición secular, como los ríos al desbordarse se contraen a las ondulaciones y declives geográficos, y la revolución española

nunca podrá ser una utopía demagógica, porque la forma monárquica es consustancial con la Historia de España. Diré más: Con la Historia de Europa. Pero las espadas conjuradas pueden ser un peligro para la Reina. Yo he salvado mi responsabilidad allí donde debía hacerlo, y tranquila la conciencia, con el sentimiento honroso, pero triste, del deber cumplido, abandono la lucha política para consagrarme por entero a mis estudios de aficionado a las Letras.

Unánimes murmullos, amistosos fervores, asmas y carraspeos sellaron el discurso del Señor Cánovas. El lacayo, que escuchaba tras la puerta, acudió a la cocina con la nueva:

—Dame un traguete, Jorge. Oyendo a ese tío se me ha secado la lengua. Ya puede servirse el almuerzo.

X

COMEDOR de caobas. Aparatosa magnificencia de cristales y argentería: Frutas antillanas y flores del Turia: Beatos silencios: Efusiones cordiales: Humo de regaladas brevas. El plafón de nubes mitológicas descendía a las copas del champaña con un vuelo de ninfas en el gusto del Segundo Imperio. Espuma de anécdotas. En los fastos isabelinos fueron famosas las comidas del Marqués de Salamanca: Ilustres por las sales del ingenio y los perifollos de la cocina francesa. El prócer de las finanzas, puesta la lumbre en el veguero y a punto de abandonar los manteles, hizo lectura de un telegrama expedido en Cádiz:

—«Cargamento detenido. Levante fresco. Tiempo inseguro. Tormenta probable. Escuadra al pairo. El alma en un hilo con el cargamento en tierra. Notable aumento giros Londres. Telegrafiaré novedades».

Resplandecían atentas las sesudas calvas de la disidencia moderada. Patillas y paperas hacíanse más doctas entre los almidonados foques. El telegrama iba de mano en mano:

—¡Saldré profeta!

—¡No pasará nada!

—¿La firma del despacho?

—Un seudónimo.

—¿Puede saberse quién es tu corresponsal, Pepe?

—No puede saberse. A ti te lo diré en secreto.

—Verán ustedes cómo no embarcan los Espadones.

—Todo puede suceder.
—El Gobierno se ha liado la manta a la cabeza y supongo que se hallará prevenido.
—Si Cádiz se pronuncia…
—Levante fresco. Pepe, ese tu anónimo corresponsal es un maestro de la metáfora.
—Los bajistas se ponen las botas.
—¿Marqués, qué garantía tienen esas noticias?
—Absoluta.
—Me voy al Bolsín… Si logro cubrirme…
—El que pueda, debe hacerlo.
—La escuadra al pairo. ¿Cómo lo interpreta usted?
—La escuadra, sin decidirse.
—Cádiz no puede sublevarse sin contar con la escuadra.
—Esperemos noticias.
—No pasará nada.
—¡Bajarán los fondos!
—El Gobierno es el único responsable.
—¡Saldré profeta!

XI

EL Marqués de Salamanca, con muchas fiestas y el brazo por los hombros, apartose al recato de un balcón en coloquio con el Capitán General Don José Gutiérrez de la Concha, Marqués de La Habana:
—Necesito tus consejos. ¿Entre gajes y uñas largas, a cuánto puede ascender la Superintendencia de Manila?
—¡Es muy elástico!
—Un terne de pocos escrúpulos.
Meditó el glorioso veterano:
—En Ultramar los sueldos son muy ilusorios… Para vivir, y gracias… ¡Un error suponer que allí se atan los perros con longaniza! La Superintendencia es, sin duda, para hacer dinero.
—¿Qué puede sacarse?
—¿Cómo voy a precisarte la cifra? El puesto es una bicoca.

—¿Para redondearse?

—Otros han hecho en él su pacotilla, y todos los conocemos. Eso va en la idiosincrasia del sujeto. ¿A quién le ofrecen esa ganga?

—Al favorito de la Reina.

—¿A Bonifaz?

El Marqués de Salamanca tuvo una sonrisa maleante:

—Ha sido relevado del servicio de alcoba, con esa credencial de consuelo.

—Te diré que no me sorprende.

—¡El triunfo de la Camarilla!

—¡Absoluto!

—Bonifaz es una bala perdida, pero nos era de gran ayuda.

—¡Indudablemente!

—Llegó esta mañana, y su primer cuidado ha sido verme.

—Te compadezco.

—No ha pasado de una preparación de sable. Muchas fintas y ratimagos, presentándome el filo como un negocio. Escarceos, indicaciones. Proyecta el traspaso de la credencial. Una credencial con derecho a ser beneficiada como decían nuestros abuelos de los títulos de nobleza.

—Falta saber si cuenta para ello con el beneplácito del Gobierno.

—Es lo probable. ¿Tú tienes algún candidato para ese puesto?

—Así de pronto…

—Tú estás siempre asediado de solicitantes.

—¡Pobres diablos! Para la Superintendencia hace falta un prójimo de campanillas, con alguna historia política, con algunos servicios.

—En el partido moderado sobran medias cucharas.

—Pensaré.

—Piénsalo. Negóciame la credencial, entiéndete con alguno que conozca aquello y que desee redondearse…

—Tampoco puede ser un arrancado sin garantías. Hace falta un hombre capaz de obligarse.

—El sueldo lo cobraría aquí nuestro amigo.

—A Ultramar nadie va por el sueldo.

—Bonifaz tampoco se conformará con el sueldo…

—En pasando la mar, los tratos de aquí suelen olvidarse, yo podré indicarte algún nombre, pero estoy a prueba de desengaños y de ninguna conducta respondo. El que más promete es en ocasiones quien peor cumple, y el más

hombre de bien te da un marronazo.

El Marqués de La Habana, con el veguero de través y el ojo en guiño bajo la espiral del humo, tenía una rufa expresión de carabinero veterano, impuesto en todos los secretos del contrabandeo.

XII

LOS sesudos carcamales de la disidencia moderada, con pausas y resoplos de ciencia política, opinaban repartidos en corros. Calvas y levitas, almidonadas pecheras y bigotes de moco de pavo, asmas y reumas disidentes de moderantismo, en duelo y apuro por los patrios males, hacían oráculos fumándose los habanos del Marqués de Salamanca. Sus nombres, exornados con lujosos adjetivos, han quedado en una página de Asmodeo. El brillante cronista, entre un barato de flores retóricas, sacaba filos al sable, no menos metafórico que la matona de los Generales Unionistas. El brillante cronista cobraba mal en *La Época*.

XIII

EL zapatero remendón y el cajista petulante, el marchoso de la garlopa y el terne de las chapas, entre vaso y vaso de morapio, trascendían a timo chulesco la inquietante pregunta de los círculos bursáticos:

—¿Qué pasa en Cádiz?

LA VENTA DE LOS ENANOS

I

EL Semáforo de Cádiz anunciaba temporal en el Estrecho.

Los Generales Unionistas y su séquito de ayudantes esperan una clara arrestados en el fuerte de Santa Catalina. El *Vulcano* mantiene las calderas encendidas para conducirlos al destierro de las Afortunadas. Los patriotas gaditanos alargan sus catalejos por azoteas y miradores: Crédulos y cándidos, juntan pronósticos revolucionarios al pronóstico del tiempo. La ciudad, blanca y colonial, asomada a la curva de la marina, sonora del rumor del oleaje, estremecida por el viento, que eleva espumas a sus verdes cristaleras, tenía un alocado batir de puertas y ventanas.

II

EL General Don Domingo Dulce, enfermo crónico del hígado, tumbado en una silla de lona, tras la reja de gruesos barrotes esparcía los ojos por el horizonte marino: Era un viejo taciturno, flaco, amarillento, con murrias hepáticas. Le servía de celda una sala de amortiguadas luces, muros de cal y solado de baldosín con ruedos de pleita de reciente estreno. Un sorche —fusil y bayoneta calada— hacía la centinela ante el portón abierto sobre una galería abovedada, con la hornacina del banderín y fusiles en armario. El Comandante del Fuerte saludó cuadrado en el umbral:

—¿Da Vuecencia su permiso?

—Adelante.

El amurriado veterano se había, vuelto, atusándose los bigotes. Bajo la manta

escocesa alongábanse sus escuálidas zancas. El Comandante penetró algunos pasos en la celda:

—El Brigadier Topete desea presentar sus respetos a Vuecencia.

—Lo recibiré si no se opone la consigna.

—Trae un volante del Gobernador Militar.

—Puede usted introducirle.

—Con su permiso.

Se retiró sobre la puerta, y cuadrándose, hizo pasar al Brigadier Topete. El General Dulce saliose de la manta, incorporando el madejón de huesos, para abrazar al marino. Don Juan Bautista era un gigante curtido de soles y vendavales, con un karma de cielos estrellados y luces de San Telmo. Don Domingo y Don Juan Bautista conversaron en voz baja, y con unánime recelo ponían los ojos en la puerta donde paseaba el centinela. Advirtió el lobo de mar:

—He observado que ha sido reforzada la guardia con fuerzas de Cantabria.

Asintió el General Dulce:

—Ahí tenemos amigos. Buena parte de la oficialidad y todos los sargentos están con nosotros.

Guardaron silencio. Pensativos, contemplaban el tumbo de las olas, que salpican espumas al baluarte, con centinelas y cañones. El Brigadier Topete sacó barruntos del tiempo:

—La cerrazón no puede durar, sube el barómetro y pronto tendremos cielo viejo.

Inquirió el General Dulce:

—¿Se ha visto con el Duque de la Torre?

—Conferenciaba con un enviado de San Telmo. Luego pasaré a saludarle… El Gobierno destierra a Sus Altezas.

El General Dulce avinagró la cara:

—Esos rigores equivalen a una declaración oficial de la inestabilidad del Trono.

—¡Pues así estamos!

—¿Qué tramitación ha tenido la orden de destierro?

—Por Capitanía. El General Quesada en persona se la comunicó a Sus Altezas.

Nuevo silencio. El General Dulce abismaba los ojos en la contemplación del mar: Sobre su cara fúnebre, la borleta del gorro de cuartel hacía cabriolas. En el horizonte una fragata, arriadas las velas mayores, calados los masteleros,

maniobraba de sotavento para ganar el abrigo de la Caleta. Toques militares señalaban el relevo de la guardia. —Paso redoblado y desfile de escuadras.— El blanco revuelo de un papel traspone la reja, y, con amortiguado golpe del tejuelo que lo lastra, resbala por los pliegues de la manta a los pies del achacoso General. El Brigadier Topete acude a mirar por la reja. Solo pudo descubrir al ras del muro, la sombra fugitiva de un soldado en traje de faena. El General Dulce, distanciado el papel, con guiños de présbita, deletrea el escrito: Excelentísimo Señor Duque de la Torre:

—¡Han equivocado las rejas!

Recaído en su murria taciturna, metió el papel en el gorrete borlado de oro, y sacó los zancajos de la manta.

—¿Quiere usted que pasemos a vernos con el Duque?

El Duque de la Torre, ceñido el talle en la levita del uniforme, espejos las botas, perejiles los andares, paseábase en la galería con el pomposo Don Adelardo López de Ayala. —Los General Unionistas tuvieron por prisión todo el recinto murado.—

III

EL papel venía del Coronel Merelo: Firmaba con su nombre el escrito. —Una imprudencia.— El Coronel Merelo hallábase condenado a muerte, y todas las noches jugaba al escondite con los esbirros, por las buhardillas y sotabancos de Cádiz. Hecha lectura del papel, emitió su oráculo el General Serrano.

—Ese atolondrado puede comprometernos, y será conveniente meditar la respuesta, darle largas, ganar tiempo.

El General Dulce arrugaba el fúnebre entrecejo:

—Soy poco partidario de las dilaciones…

Camanduleó el Duque de la Torre:

—Tenemos una noche para meditar.

Advirtió el Brigadier Topete:

—Mi General, sube el barómetro, y pronto se verán ustedes a bordo del *Vulcano*.

Insinuó el Señor López de Ayala:

—Cantabria podría iniciar el movimiento, si hubiese una seguridad de que

fuese secundado por la Escuadra.

Encendiose apoplético de perplejidades el marino, y con alardes fuera de todo propósito, recordó su vida de lobo de mar, la ruda y leal franqueza de su carácter. Tuvo un gesto desabrido el General Dulce:

—No desechemos, sin haberla estudiado, la proposición del Coronel Merelo.

El Duque de la Torre pasó el pliego a las solicitantes manos del Señor López de Ayala:

—Si no le sirve de molestia, lea en voz alta.

El Coronel Merelo, con caprichosa ortografía y mucho rasgueo, aseguraba el triunfo de los ideales revolucionarios. El pueblo, el noble pueblo gaditano, solo esperaba una orden para oponerse al embarque de los ilustres veteranos presos en el Castillo. El Coronel Merelo se ofrecía con heroicas gárgaras. El Duque de la Torre, atento a la lectura, denegaba moviendo la cabeza. Apuntó con aduladora metáfora el Señor López de Ayala:

—Los caballeros no pueden bajar a la taberna.

El Brigadier Topete mostrose de acuerdo:

—¡Elocuentísimo!

Premioso, cauteloso, embrollándose, resopló que el cuidado de los patrios destinos le correspondía exclusivamente a los Institutos Armados. El Coronel Merelo era un agente secreto de las logias masónicas, y su mediación provocaría el apartamiento de las fuerzas de Mar. La Escuadra no podía comprometerse en la aventura de un motín demagógico, sin otra finalidad que ensangrentar las calles de Cádiz. El General Dulce, con gesto taciturno, sacó un papel en blanco y lo puso en manos del Señor López de Ayala:

—Tenga usted la lista de los oficiales y sargentos comprometidos en el Regimiento de Cantabria. Está con tinta simpática. La química se impuso.

El Duque de la Torre, simultáneamente, encendió una cerilla y quemó la carta del Coronel Merelo:

—Con esta gente, ni a la gloria. Pasaríamos a ser prisioneros de las masas. Si Cantabria no inicia el movimiento quédense las cosas como están… Ya volveremos del destierro.

Acentuó su disconformidad el General Dulce:

—Se corre el riesgo de que otros se adelanten.

Le clavó los ojos el General Serrano:

—Alude usted al Conde de Reus.

—Prim puede, impensadamente, desembarcar en Cádiz. Haría la revolución

sin nosotros.

Denegó el Duque con fatua convicción:

—No podría.

Insistió el General Dulce:

—Debiéramos ponernos al habla con el Coronel Merelo. Ciertamente, se ha descuidado trabajar la Guarnición… Sin embargo, iniciado el movimiento por las dos Compañías de Cantabria… Aun no contando con las fuerzas de Artillería… Si secundaba la Escuadra…

El Brigadier Topete resopló que carecía de poderes para obligarse con una respuesta en nombre de sus compañeros de la Armada. Impacientose el General Dulce:

—Mi Brigadier, usted comprenderá que esa situación no puede sostenerse. Es imprescindible que se definan los elementos que usted representa. Si nosotros no hacemos la revolución, la hará el Pueblo.

—¿Con el Conde de Reus?

—O sin el Conde de Reus.

El Brigadier Topete embarulló nuevas explicaciones: Callaba con taciturna mueca el General Dulce: Intervenía con gitano navajeo el Duque de la Torre: Buscaba un acuerdo con elegantes metáforas, el Señor López de Ayala. Y reverdecidas las esperanzas en el pronunciamiento de las tropas, se le confirieron poderes para tratar con los conjurados, al pomposo vate de la Unión.

IV

EL Señor López de Ayala, aquella misma noche, recibió un misterioso mensaje para que acudiese a la tertulia de Doña Juanita Custodio. Doña Juanita era una jamona de abolengo liberal, y su tertulia, la clásica tertulia con lotería de cartones, noviazgos, juegos de prendas, rigodones y lanceros. El Capitán Ródenas, que cantaba acompañándose al piano, ganó allí sus mejores lauros: El Capitán tenía un repertorio romántico de danzones y playeras: Suspiraba en solfa por los encantos gachones de Doña Juanita. Los pollos de la tertulia, en rijoso cuchicheo, aseguraban que la viuda tenía los lunares de la copla. Era aquel un hablar de oídas, sin que ninguno aventurase vanaglorias de alcoba, y de tales propósitos libidinosos salía incólume el recato de Doña Juanita. Solamente las pulgas, a las cuales era muy propensa, como mujer

lozana, pudieron haber divulgado el secreto de sus gracias, o acaso, en alguna trúpita, el difunto Don Pascualito Custodio. La viuda, toda mieles y lisonjas, hizo lugar en el estrado al Señor López de Ayala. El vate correspondió con un madrigal dechado de jardinería poética, ramillete de flores, mariposas, aromas y céfiros. La frufruante viuda, con el poeta a su vera en el sofá de góndola, se hacía un puro misterio, al resguardo del abanico el lunar de la boca:

—¿Ha conferenciado usted con los desterrados? ¿Embarcarán?

—¡Dios sobre todo!

—¡Como yo llevase calzones, estaba armada la revolución en Cádiz!

—Ya llegará nuestro momento.

—Lo piensan ustedes demasiado. ¡Y para eso una servidora compromete su seriedad aceptando los galanteos de Panchito Ródenas! ¡Le tengo como una melcocha! ¡Que se decidan los Generales! Dígales que yo saco a la calle el Regimiento de Cantabria. ¡Yo, una mujer! ¿Quiere usted que disimuladamente llame a Panchito?

—Adorable Juanita, encárguese usted del mensaje.

—Palomita mensajera.

—¡Ave del Paraíso!

—Menos mal que no ha dicho usted serpiente.

—Porque usted no quiere ofrecerme la manzana.

—Le ofrezco a usted chocolate con bizcochos y cabello de ángel. Mis propios cabellos. Me adelanto a decirlo para evitarle a usted la molestia.

—Comprendo que haya usted trastornado al Don Panchito.

—Dispuesto lo tiene usted a recibir dos grados y mi blanca mano, si sale bien el pronunciamiento.

—Dígale usted que nos reunimos de madrugada en la Capitanía del Puerto.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¡Pues es bien poco!

—¿Qué desea usted saber?

—Sus esperanzas.

—Muy remotas.

—Así no se conspira.

La viuda, con garabateo de los ojos y juegos del abanico, engatusó, de lejos, al amelcochado Capitán de la Segunda Compañía de Cantabria: Era un barrilete rizoso, pequeño, con tacones de bailarín, los ojos de claros azules, y la tez, en

contraste, muy morena: Tenía los labios siempre húmedos, perezoso el contoneo, la parla blandengue de criollo puertorriqueño. A los mimos de la viuda correspondió poniendo los ojos en blanco, con mirar de cabeza degollada. Susurró la viuda al socaire del abanico.

—¡Un mártir! Ahí le tiene usted, resignado a lucir estrellas de comandante y cargar con mis pedazos. Voy a ponerle una vara de consuelo. ¡Me estoy comprometiendo, y ustedes maldito si lo agradecen!

El Capitán, al canto del velador, ojeaba el álbum donde las musas provincianas tejían madrigales a los encantos de la sin par Juanita. Décimas y romances brindábanle celoso tormento al corazón de Panchito Ródenas. La viuda le flechó los ojos y salió con garboso revuelo de faldas. La tertulia, sobresaltada por un campanillazo, quedó suspensa. El piano y la lotería de cartones naufragaban con desolado paréntesis, en el parpadeo de ojos y luces. La sala tenía un silencio de intriga, cargado de frívolas interpretaciones. Reapareció la viuda, y en el sofá renovó los secretos susurros con el campanudo Don Adelardo:

—Dentro de un momento se despide usted. Ahora, no… Dentro de un momento. ¡Estoy volada! Tengo a Vallín en mi tocador.

—Es usted nuestra María Egipciaca.

La viuda escondió tras el abanico una risa de alegres rubores:

—¡Ay, no!… Prefiero quedarme sin subir a los Altares.

—Es subir al Cielo.

—No me gusta la escala. ¿Qué me dice usted del destierro de Sus Altezas?

Apagados trémolos del vate unionista:

—¡Pasa por las alturas una ráfaga de vesania!

—¡En Sevilla ha caído la noticia como una bomba! Ya le contará Vallín. ¡Y los Espadones sin resolverse!

Comenzó a sonar el destartalado reloj de la consola, y espabilose una vieja:

—¡Jesús mío!

Santiguándose contó las horas, al tiempo que tiraba del ovillo de su calceta, rodado bajo el sofá. Reían a hurto unas niñas sin novio. La viuda, jugando los ojos, llamó al Capitán Ródenas:

—En el ros hallará, usted, un papelito con instrucciones.

El melcocho pretendiente tuvo un lánguido entorne de pestañas:

—¿Nada más?

—Y recuerdos para la familia.

Don Adelardo iniciaba las despedidas con pomposa rueda de gallo polainero. Tras el portier, una doncella en acecho, le condujo de tapadillo al tocador donde esperaba Vallín. Algunas matronas ya doblaban sus labores, y las niñas, bajo la mirada jurisdiccional de las mamás, apresuraban el coloquio con los novios. Comenzaron los adioses con el besuqueo de las señoras en la antesala, y las últimas bromas prolongadas a lo largo de la escalera. Damas y galanes salieron a la noche de estrellas, con frívola algazara. Una ráfaga de viento marino estremecía los faroles, y las mamás alarmaron la noche con pudendos gritos advirtiendo a las niñas que pusieran atención a las faldas. Panchito Ródenas se retrajo para leer a la luz de un farol los divinos garabatos ocultos en la badana del ros. Con la diestra sobre el costado, mandó un suspiro al balcón de la sin par Juanita.

V

EN la desierta sala de la tertulia, con las luces medio apagadas, hacían calendarios políticos Vallín y López de Ayala. Solemnes extremos del vate unionista:

—¡Pasa por las alturas una ráfaga de vesania! ¿Cómo ha reaccionado la opinión en Sevilla?

—¡Los Duques son muy queridos! A la Infanta el golpe le afectó más dolorosamente, por cuanto pone de manifiesto el encono de su hermana. Ha sido un momento conmovedor la entrevista con el Capitán General. Sus Altezas se muestran reconocidísimos a Quesada: Me han referido que se le saltaban las lágrimas al comunicarles la orden de destierro.

—¿Es metáfora?

—Prosaica referencia. El Capitán General de Sevilla hoy está casi ganado para la causa de los Duques.

—Sospecho que va usted demasiado lejos. Quesada, en el fondo, es un gran reaccionario.

—En el fondo lo son todos los espadones. Quesada no es más reaccionario que Prim.

—Prim, más que reaccionario, es un pillastre. Y con el confinamiento de nuestros amigos, ahora refluye en manos de ese *condottiero* toda iniciativa revolucionaria. Cuando menos se piense desembarcará en una playa española y

hará la revolución en provecho suyo, sin respeto a los pactos comprometidos con la Unión Liberal. Prim ha sido toda la vida un jugador de ventaja.

—¡Hay que dar el golpe! Traigo letras por valor de veinte mil libras sobre la Banca Harold-Seriketh, de Londres.

—¡Brava ayuda!

—¿Podremos negociarlas?

—Se intentará. Con ese aliado trabajaremos la guarnición. Hoy aseguraban contar con ella los amigos de Prim. Mañana creo que podremos contar nosotros. Mercurio gobierna el Carro de Marte.

—¿Y la Marina?

—Nuestra, siempre que se consiga salvar los escrúpulos del Brigadier Topete.

—Esta misión traigo de los Duques. La Infanta le escribe una carta muy cariñosa y muy apremiante. Al entregármela tuvo la deferencia de hacérmela leer. Los Duques esperan el consejo de sus leales amigos antes de abandonar San Telmo. Si Cádiz se pronunciase, no saldrían de España: El Duque hasta creo que haya pensado ponerse al frente de las fuerzas sublevadas, pero ese puesto de honor solo podría asumirlo mediante el compromiso de los contingentes de mar y tierra para imponer la candidatura de la Infanta. Proclamación, y compromiso de Cortes Constituyentes.

—¿La consulta a la voluntad nacional después del hecho consumado? ¡Magnífico programa!

—El Duque me ha hecho indicaciones muy precisas en cuanto a la conveniencia de precipitar el movimiento y hacerlo sin el Conde de Reus. A su juicio, los fines dinásticos de la revolución deben definirse desde la primera hora, adelantándose a los extravíos de las Juntas Populares.

—No creo posible sustraer el movimiento a los amigos del General Prim. Están vigilantes y tienen mucha opinión en Cádiz.

—Siempre sería una ventaja poder actuar sin la intervención directa del Conde de Reus.

—El General Serrano no pone muy buena cara a los ofrecimientos del Coronel Merelo. Prefiere el cautiverio gubernativo —son sus palabras— al cautiverio en poder de los patriotas de la Caleta.

—Mucho ha cambiado el General Bonito.

—Los años le hacen prudente.

—Aquí nos hacía falta la Duquesa.

Bromeó Ayala:

—La llamaremos.

—¿Cuál es la actitud de Don Domingo?

—Dulce tiene más vista política y conoce a Prim. El menos resuelto es Topete.

—¿Topete personalmente o las fuerzas de Mar?

—La Marina es por tradición inútil y reaccionaria. Sus gloriosas derrotas le han dado un espíritu de casta sacrificada, y todos sus anhelos revolucionarios quedarían satisfechos, con un cambio de personal en el Ministerio de Marina El más rojo de los marinos se contenta hoy con la salida de Don Martín Belda. Están con nosotros porque están en contra del Ministro. ¡Nada más!

—No comparto su pesimismo.

—Conozco a nuestros heroicos lobos de mar.

—¿No cree usted que la carta de Su Alteza?…

—De creer en algo, creo en las letras sobre Londres. Anda muy arrancado Topete.

—¿Dónde podría yo verle esta noche?…

—En el Casino jugándose las pestañas… Y en todo caso, de madrugada, en la Capitanía de Puerto.

La viuda frufruante y risueña penetró en la sala, medio apagada, de la tertulia.

—Van ustedes a tomar chocolate, y luego, como la casa tiene dos puertas, cada uno se irá por la suya.

VI

EL Señor López de Ayala se detuvo en el portón, escudriñando la calle: —Calle de San Juan, aceras mojadas, faroles claudicantes, en una esquina el sereno.— Dudoso en el rumbo, permaneció allí algunos instantes: Miraba al cielo encapotado, y decidiéndose, subió hasta la Plazuela de San Francisco. A poco le puso en cautela el rumor de unas pisadas, tan a compás de las suyas, que declaraban venirle en seguimiento. El Capitán Ródenas, señalándose con toses, pasó de largo. La tasca de un montañés entornaba media puerta, y la banda de luz que salía del interior cortaba la tiniebla nocturna. Un hombretón de zamarra y garrote, al frente de algunos ternes, se acercó al Señor López de Ayala:

—¡Feliz casualidad, Don Adelardo! Le he buscado toda la noche, y en la fonda le dejé una carta. ¡El tiempo apremia! Contamos con el pueblo y las tropas de Cantabria. Si ustedes logran decidir a los artilleros, el triunfo de la revolución será un hecho.

Murmuró evasivo Don Adelardo:

—¡Amigo Paúl, el porvenir está en las rodillas de los dioses!

—¡Gáneme usted a los pollos de Santa Bárbara!

—No son para olvidados sucesos como los de San Gil. La Oficialidad de Artillería es natural que rehúse toda inteligencia con los elementos afines al Conde de Reus.

Paúl y Angulo encaró al vate unionista con reto jaquetón:

—Ustedes, sin los artilleros y sin nosotros, son unos huéspedes de cumplido en Cádiz.

Hablaban resguardados en los Portales de San Francisco. El Café Suizo apagaba sus luces. Juntábanse en corro, bajo los porches, los compadres salidos de la tasca, capitaneados por el rumboso jerezano que noches atrás pagaba el gasto a los emigrados españoles en los bares y cervecerías de Londres. Un terne obeso, con sudeste y traje de aguas, le abordó dando vahos de aguardiente:

—Don José, si usted no dispone otra cosa, un servidor se corre con la gente para sacar el santo. Hay que no dormirse y aprovechar esta noche de marea.

Le despidió Paúl:

—Luego hablaremos.

Misterio del terne:

—¿Es el sujeto?

—El mismo.

—¡También ha sido casualidad el encuentro!

Resonaban en el silencio de la noche los discursos de un borracho en disputa con su sombra. El Capitán Ródenas compraba tabaco de contrabando, y se divertía en disputar con el joroba que tenía el tabanque de periódicos, yesca, mixtos, gomas higiénicas y cuentos verdes, a la puerta del Café. Los camareros levantaban las sillas sobre las mesas. En la rinconada del mostrador, una peña de trasnochadores azotaba el mármol con las fichas del dominó, y la doctrina del seis doble salía a la Plazuela. El Capitán Ródenas metiose al Café.

VII

EL Señor López de Ayala accionó para despedirse, deseoso por cortar el coloquio con Paúl y Angulo:

—Usted perdone, pero me urge hablar con el Capitán Ródenas.

Paúl tuvo una risa baladrona:

—¡Ese botarate no saca un soldado, Don Adelardo! La Oficialidad y Clases están comprometidas con los amigos del General Prim. Panchito Ródenas, como el portugués del cuento, irá a donde le lleven y ni siquiera tendrá gracia para acostarse con la viuda.

El Señor López de Ayala armonizó la noche con gallos calderonianos:

—¡No arrojemos lodo sobre el honor de una dama!

—Decir que ese punto no se acostará con ella, me parece que es honrarla. Vamos a entrar, y me las entenderé con una copa de amontillado mientras usted pierde el tiempo tratando la revolución con el Capitán Petenera.

—El Capitán Ródenas se compromete a sacar su Compañía.

—La Segunda Compañía está en manos de los Sargentos. Verá usted como en mi presencia no dice otra cosa ese silbante.

Paúl y Angulo, jugando el basto, firme y jaquetón, fue derecho a la mesa que había ocupado el Capitán Ródenas:

—Petenera, hablemos claramente: ¿Qué botaratada proyectas? ¿Te ha sorbido el seso Juanita Custodio?

El Capitán se puso rojo:

—Amigo Paúl, traes demasiado gas, y te conviene tomar el fresco.

Paúl golpeó la mesa:

—Responde por derecho. ¿Sacas tú a la Segunda Compañía? ¿Desde cuándo? ¡Quisiera saberlo!

—Amigo Paúl, no te remontes a la gavia. Naturalmente que no me traigo en el bolsillo la llave del cuartel. El General Prim tiene amigos en el Regimiento. ¿Dónde no los tiene ese valiente General? Pero ahora se trata de impedir el embarque de los gloriosos caudillos presos en el Fuerte de Santa Catalina.

Atajó el bronco jerezano:

—Falta saber si esos gloriosos caudillos están dispuestos a dar libertades al pueblo. ¿Cuáles son sus compromisos? ¿Has cuidado de enterarte? ¿Cuáles sus promesas? Los vicálvaros han sido siempre enemigos del pueblo, le han fusilado

en las calles después de haber subido al comedero encaramándose en sus hombros. Han hecho las revoluciones para traicionarlas al día siguiente. No podemos olvidar la Historia. Paúl y Angulo no la olvida, y puesto al frente de las masas, sostendrá los ideales revolucionarios, que hoy solamente encarnan en el Héroe de los Castillejos.

Intervino con reposada censura el Señor López de Ayala:

—No puedo, en modo alguno, dejar sin respuesta tan injustas apreciaciones. Injustas y poco meditadas, pero sobre todo desconsoladoras, porque desunen voluntades y suscitan antagonismos entre las fuerzas liberales, aliadas hoy para devolver la dignidad a la Patria.

Paúl y Angulo pasose del arranque temerón a una sorna con rejalgares:

—No pretendo que avale mis palabras el General Prim: Tengo en mi persona garantía suficiente: Por lo demás, las ofensas, si las hubo, retiradas, y me quedo con el acuse de verdades que constituyen la Historia Contemporánea. Mis recelos a la hora presente están harto justificados, pues la libertad de los Espadones Unionistas no puede ser obra exclusiva de sus afines. El Coronel Merelo ha escrito una carta ofreciéndose a realizar la hombrada de tomar el Castillo. ¡Esa carta todavía no ha merecido respuesta!

El Señor López de Ayala tuvo un cacareo de gallo petulante:

—Usted reconocerá el liviano fundamento de sus desconfianzas, cuando le haya dicho que tengo la honrosa misión de conferenciar con el valiente Coronel Merelo.

El terne jerezano apuntó una sonrisa de acautelada sorna:

—¿Se acepta o se rechaza la oferta?

El vate unionista arqueó las cejas con un gesto inflado de circunloquios:

—En principio, aceptada. Aceptada, desde luego aceptada, siempre que colaboren las fuerzas de mar y las de guarnición en la Plaza.

Estalló Paúl con risa de befas:

—Y el clero parroquial y las Hijas de María.

Atufose el Señor López de Ayala:

—Los ilustres desterrados no quieren un día de luto y de sangre. Ante esa responsabilidad prefieren el confinamiento.

—Y volver por un acto de la veleta regia.

—Es usted agresivamente suspicaz, y por ese camino no puedo seguirle. Acabaríamos riñendo.

Regocijose Paúl:

—¡Yo soy una malva!

El Señor López de Ayala denegó con una sonrisa de helada reserva:

—A ser posible, quisiera que hablásemos sin resquemores.

Declaró Paúl:

—Los demócratas gaditanos solo pedimos lealtad en los tratos.

El vate unionista se llevó una mano al corazón con altisonante ronca:

—No podrá usted acusarme por falta de franqueza. Con toda claridad he puesto de manifiesto el sentir de los ilustres desterrados y mi propia opinión. ¿Qué garantías de éxito feliz nos ofrece la propuesta del Coronel Merelo?

—Merelo se juega la cabeza.

—En un hombre tan bravo y en una cabeza tan destornillada, la garantía no es grande. ¿Dónde podré entrevistarme con Merelo?

Apuntó Panchito Ródenas con oficioso obsequio:

—Usted sabe que anda a salto de mata.

—Por eso.

Y atajó Paúl:

—¿Quiere usted verle ahora?

—Siempre sería ganar tiempo.

—Pues armas al hombro.

—¿Hasta qué punto secundarían el movimiento las tropas?

El Capitán Panchito Ródenas, con la esquela de la viuda sobre el corazón, archivada en los aforros del levitín, sentía palpitaciones heroicas:

—Yo respondo de mis leones de Cantabria.

Risas baladronas de Paúl y Angulo:

—¡Eso tiene música de Dos de Mayo!

Amistosas reservas del Señor López de Ayala:

—Piénselo usted. Es posible que mañana la suerte le designe para montar la guardia en el Castillo de Santa Catalina. Su compromiso, en ese supuesto, sería poner en libertad a los Generales. ¿Está usted resuelto a dar el golpe?

—¡Jamás he renegado de mis compromisos, y mucho menos cuando la palma y el laurel son los ojos y la sonrisa de una dama! Usted, Señor López de Ayala, es un gran poeta y comprenderá la exaltación de mis sentimientos.

Inflamábase con románticas llamas el melcocho criollo.— Azúcar y ron con dos palos de canela.— Paúl le palmoteo el hombro:

—¡Hasta el Valle de Josafat, Petenera!

La Plazuela de San Francisco, mojada y desierta, parecía agrandarse bajo la

luna con nubarrones. Paúl y Angulo escrutó el cielo:

—Amaina el temporal y urge decidirse.

El terne jerezano y el vate unionista, en silenciosa y apremurada pareja, se metieron por las angosturas de una calle que bajaba a otra también con soportales, abierta sobre un horizonte marino, sobresaltado de ráfagas salobres. Se detuvieron ante el portón de la Estrella Polar. —Almacén de Cordelería y Efectos Náuticos.— Paúl llamó con tres golpes de misterio, y en el lóbrego zaguán surgió el bulto de un encamisado, al canto de la hoja entreabierta:

—¿Qué buscan?

Estalló un azote en el nalgatorio del atremulado portero:

—¡Espabila!

—¡No son bromas, Don José!

Paúl hizo entrar al Señor López de Ayala. Alarmas del inspirado vate:

—¡Qué obscuridad!

—Dale la mano, Gatuta.

—Don José, saque usted un mixto para que podamos vernos las fisonomías.

El Señor López de Ayala, perdido en la tiniebla del zaguán, encontró la mano de Gatuta. Por el fondo lucía el estrellín de un pringoso farolete iluminando rollos de cordelería, anaqueles con botes de pintura, garrafas y bombonas El vaivén de la luz desquiciaba la perspectiva de la nave con la báscula oscilante entre una doble hilera de barricas, y el volatín del gato en fuga. Tras el farol advertíase el bulto de un hombre. Sacaba medio cuerpo por el escotillón de la cueva y con las manos en alto sostenía la tapa suspensa sobre su cabeza. Paúl y Angulo le ayudó a salir. Hablaron con misterio:

—Acaban de irse.

—¿Asistió Merelo?

—Tuvimos soplo y se ha puesto al pairo.

—Me urge verle.

—Esta noche ya no podrá ser.

—¿Por dónde se esconde?

—De cierto, no sé… Creo que a bordo del *Buenaventura*.

—Este que me acompaña es Ayala. Trae la respuesta de los vicálvaros.

—¿Qué dicen los ilustres vainas?

—Tienen el cariz del tiempo. Urge que nos avistemos con nuestro gallo.

—Hasta mañana no hay modo.

Paúl y Angulo se llegó al vate unionista:

—El Coronel Merelo no acudió a la junta. La Policía bebe los vientos para echarle el guante, y conviene andarse con ojo. El Capitán Llaugier, de la marina mercante, un bravo entre los bravos, apañará modo para que ustedes se avisten mañana.

Salieron a la noche, llena de rumor del mar, rasgada de viento y aguaceros. Un reloj de torre dejó caer tres campanadas. Paúl y Angulo volvió a escrutar las nubes que enlutaban el cerco de la luna. Al extremo placero, entre dos enormes anclas negras, revolvía el encalado esquinazo La Estrella Polar. —Cordelería y Efectos Náuticos.—

VIII

EL Señor López de Ayala se hospedaba en la Fonda de La Marina. —Portales de San Francisco.— Alumbrándose con cerillas, por corredores de numeradas puertas, sonoros de ronquidos, llegó a una sala que tenía dos alcobas. Se orientó quemándose los dedos, y al encender la bujía para acostarse, le dio el alto un papel puesto bajo el candelero:

—Urge que hablemos. Duermo vecino. Despiérteme cualquiera que sea la hora, cuando regrese.

El Señor López de Ayala requirió el candelero y salió a los umbrales de la sala. Un verde galerín, con la jaula de la cotorra, recogía las luces llorosas del alba. El temblor de la vela rodó sobre la uniformidad provinciana de la sillería enfundada de blanco, la consola con un navío de juguete, los alfombrines con luchas de leopardos y panteras. La luz y el rumor de los pasos despertaron al viajero que se había echado vestido, con el revólver al tino de la mano:

—¿Quién va?

—Ayala.

El Marqués de Redín salió de la alcoba:

—¡Madruga usted para recogerse, querido! Ya no esperaba verle.

—¿Cuándo ha llegado usted?

—Esta tarde. Tenía gran interés en poner a usted al corriente de ciertas promesas recibidas de Palacio. Se inicia un cambio, y parece que al fin la política se orienta en el sentido que hace tanto tiempo viene aconsejando la Reina Madre.

—¿Conoce usted la actitud de Cánovas? Cánovas ha impuesto ciertas

condiciones, y entiendo que no fueran aceptadas en Palacio.

—Pero pueden serlo.

—Lo dudo.

—Pues no lo dude usted y dejemos que embarquen los Generales. Ya volverán. Hubiera sido conveniente que hablásemos esta tarde, pero se me fue el tiempo en conseguir una entrevista con el Duque de la Torre. Es preciso sustraerlo a la influencia de los demócratas gaditanos. Afortunadamente los marinos juegan con dos barajas, y han puesto sobre aviso al Gobernador Militar.

El Señor López de Ayala atremoló la voz:

—¿Dónde están los caballeros?

—Yo creo que todos debemos felicitarnos. Los Generales volverán por un acto de la Corona. Verá usted cómo al fin se aceptan las condiciones impuestas por Cánovas.

Denegó el Señor López de Ayala:

—La Reina se halla en absoluto identificada con las lechuzas de la Camarilla.

—Olvida usted que la monja y el fraile, ya una vez han salido desterrados.

—Para volver con mayor valimiento y cargados de indulgencias pontificias. El Ministerio Cánovas-San Luis, fracasará en la lucha con las influencias ultramontanas, como han fracasado O’Donnell y Narváez. La revolución es inevitable, y nosotros, los hombres de orden, solo podemos aspirar a conducirla por los cauces de una sana tradición liberal, procurando que no degenere en una demagogia. Por lo demás, usted conoce mis compromisos con el Duque de Montpensier.

—Los compromisos de usted, que son los del partido unionista, están supeditados a la eventualidad de un pronunciamiento, y no estallan todas las tormentas, querido amigo. El Ministerio Cánovas-San Luis, de constituirse, sería para procurar una inteligencia con los elementos que hoy conspiran contra el Régimen. Y, tenga usted por seguro, que, al concederse una amplia amnistía, el núcleo más importante abandonará los caminos revolucionarios para volver a la legalidad. Prim está de acuerdo con la Reina Madre.

—¡Todo puede esperarse de ese *condottiero*!

—Vendría luego la convocatoria al cuerpo electoral, otorgándole un trato de favor al Conde de Reus. Cánovas quisiera que la importancia de esta minoría fuese tal que, de hecho, significase la jefatura del partido progresista en las Cámaras. En la primera crisis tendríamos un Ministerio Prim. Olózaga y

Espartero son dos ruinas. Con sus funerales políticos —tampoco es para olvidarlo— se les proporcionaría una secreta satisfacción a las dos Reinas. Doña María Cristina guarda siempre un encono napolitano contra el tresillista de Logroño. No le ha perdonado ni el destierro, ni la humillante despedida en Valencia. A Doña Isabel tampoco dejará de serle grato el apartamiento de Olózaga.

—¡Es tan olvidadiza y tan inconsciente la Señora! Cierto que no puede pasarse una esponja sobre las acusaciones que ella misma pronunció contra su Primer Ministro. ¡Se reveló digna hija del Deseado! ¡Ira y vergüenza produce aquella torpe intriga ultramontana, donde actuó de Maese Pedro Don Pedro Pidal!

—Cánovas demuestra una gran sagacidad política al procurar que la jefatura del partido progresista recaiga en Prim. ¿No aceptaría usted una cartera, de constituirse el Ministerio Cánovas-San Luis?

—El solo hecho del ofrecimiento, lo consideraría como una ofensa. La Reina se ha hecho incompatible con la dignidad nacional. El Ministerio Cánovas-San Luis, no pasa de ser una de tantas fantasías financieras de Salamanca.

—Salamanca cree poder convencer a la Reina. Ha sido llamado telegráficamente a San Sebastián.

—Sin duda ante el fracaso de la reunión política celebrada en su casa.

—Está usted mal informado. Lo que usted llama fracaso, fue una hábil maniobra de Cánovas. Una reiteración de las condiciones impuestas, y un pretexto para dirigirle algunas saludables advertencias a la Reina. Tendremos Ministerio Cánovas-San Luis. No necesitaré decirle, querido amigo, que traigo la honrosa misión de vencer los escrúpulos de usted, para que acepte una cartera.

—¡Jamás!

—Cánovas no se mostraba menos reacio que usted, y ha cedido.

—No tenía los compromisos que yo tengo.

—En ocasiones como la presente, el patriotismo impone esos dolorosos cambios de conducta. Quiero ser con usted leal: Topete no rechaza una cartera.

—¿Le habló usted?

—Le hablaron otros.

—No quiero juzgar la conducta del Señor Topete. Para mí la única fórmula honrosa, dados mis compromisos, es la abdicación de la Reina.

—¿Y la Regencia del Duque de Montpensier?

—La Regencia la votarían unas Cortes Constituyentes.

El Señor López de Ayala se interrumpe: Llamaban en la puerta con reiterado golpe de artejos:

—Faltan veinte minutos para la salida del tren.

El Marqués de Redín alzó la voz:

—Que suban por las maletas.

Asomó la jeta rubicunda y pitañosa de un galopín que se alzaba la gorra de visera:

—A la orden, caballeros.

El Marqués estrechó la mano del Señor López de Ayala:

—Acaso los acontecimientos le convenzan mejor que mis razones. Espero que nos veremos pronto, porque usted regresará a Sevilla.

—¿Y estará usted allí?

—Probablemente.

—Pues hasta Sevilla. Siento no acompañarle a la estación, pero no puedo faltar a la junta en Capitanía.

Cabrilleaban los llorosos vidrios del mirador con luces madrugueras, subían de la calle garganteados pregones, y sobre la consola, bajo la fúlgida bomba del fanal, entre madréporas y conchas perleras navegaba una fragata de juguete.

IX

POR la Plazuela de Capitanía, alegre de luces mañaneras, coincidieron los Señores López de Ayala y Fernández Vallín. Divisaron al Brigadier Topete tras los cristales de un mirador fulgente de sol, bajo los vuelos de la bandera. El glorioso lobo de mar, en mangas de camisa y gorra con recamo de oro, sorbía una jícara de café negro, divertido con cachaza burguesa ante el jaulote de la cotorra. Los farolones de la conjura orleanista le saludaron de lejos, desdoblada la atención entre el luminoso mirador y los charcos de la Plazuela. Don Juan Bautista, luego de corresponderles, se retiró subiéndose los tirantes, dando voces al asistente para que previniese la cafetera. Aun cuando la visita nublaba su optimismo matinal, puso a reventar las gomas de los tirantes, sacando el pecho de Neptuno.

—¿Aceptarán una taza de caracolillo? ¡Vaya, que no los hacía tan madrugadores!

Con repentino encogimiento, disculpándose, se metió por una mampara y

salió por otra abrochándose la levita con doradas bocamangas. Volvía con rubicundo sofoco, como de una navegación por mares tropicales. Tartamudeando, premioso de alientos, repitió el agasajo.

—Aceptarán una taza de buen café. El Señor Fernández Vallín nos dará su opinión como criollo. Yo también soy criollo. De San Juan de Tuxtlán, en el seno de Méjico.

Arañándose la patilla, estiraba el cuello, la oreja pronta para el susurro de la conjura. Fernández Vallín, decorando el ademán, con ampuloso silencio, le ofreció el pliego de Su Alteza Serenísima la Señora Duquesa de Montpensier. El lobo marino se caló las gafas.

—¿Si ustedes me autorizan?…

Y se traspuso al galerín, donde la cotorra peina el ala, para descifrar los augustos garabatos. Don Juan Bautista leyó con cautelosa parsimonia, alternando reflexivas miradas sobre la costa y cálculos de piloto. Volvió guardándose la carta.

—¡Nos viene escaso el tiempo!… La Marina es fiel a sus tradiciones… ¿Qué decirles a ustedes?… No es tampoco que yo pueda asumir la representación del Cuerpo…

Camanduleó el Señor López de Ayala:

—Los Duques, a lo que entiendo, confían el logro de sus esperanzas a la personal iniciativa del Brigadier Topete.

Don Juan Bautista se rascaba la patilla:

—¡Soy mal diplomático!… La Infanta, indudablemente, tiene muchos partidarios; pero tampoco le faltan simpatías a la Reina.

Fernández Vallín cambió una mirada con el pomposo Don Adelardo.

—Si Don Juan Bautista rehúsa, creo que debemos dar por terminada nuestra gestión en cuanto a impedir el embarque de los generales.

Atajó Don Juan Bautista sofocándose:

—¡No rehúso; pero esa gestión hemos de darla por fracasada! Comprueben ustedes mismos cómo sube el barómetro… Miren allá cómo maniobra el *Vulcano*… Me apuesto que están embarcando a los Generales.

El Brigadier Topete ofreció el catalejo a los embajadores de San Telmo.

X

GAVIOTAS. Filas de roses y bayonetas. Un oficial que saluda con el sable. Pañuelos. Un grupo de uniformes sobre la toldilla del *Vulcano*. Coros marinos de zarzuela. Cádiz saca sus catalejos por galerines, miradores y azoteas. Loros y cotorras, embadurnado el pico de chocolate, ordenan la maniobra, con voces de zafarrancho:

—¡A babor! ¡A estribor! ¡Fuego! ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

XI

UNA clara de sol encendía las banderas del *Vulcano*. Las tabernas echaban roncas republicanas. Los pilotos de muralla, la mano en la visera, hacían pronósticos náuticos:

—¡Mucha la mar!

—¡Es barco marinero!

—¡La mar lo come!

No lo comió la mar; pero bailó la zarabanda entre promesas y novenas de los ilustres veteranos a la Virgen del Carmen.

XII

—¡A babor! ¡A estribor! ¡Fuego! ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

La fábula de luces tropicales anunciaba la revolución en los miradores de Cádiz.

ALTA MAR

I

LA Antorcha de Gadex, logia del rito escocés, famosa en los anales setembrinos, acordó enviar parlamentarios al Desterrado de Londres. Los Hermanos Tiberio Graco y Claudio Nerón, una noche de aquellos idus julianos, salieron del escondite para embarcarse en Gibraltar. Esperando pasaje hicieron conocimiento con dos tenientes, capitanes graduados por la Campaña de África: Otro día se les juntó un clérigo sin licencias, que mediaba en los tratos para sublevar al Fijo de Ceuta: Reunidos en camarada, tomaron pasaje a bordo de un viejo vapor perteneciente a la casa armadora Lewinson y Calvo:—El *Omega*, abanderado en Cádiz.—Embarcaron una tarde de bochorno, aburrida en la lectura de la Biblia. Tarde dominical, con la quietud y el cromatismo de una estampa litográfica:—Azoteas, mástiles y banderas, gorretes colorados, reductos y cañones, geometría castrense.

II

ASOMABAN por la borda jipis y gorras a cuadros, cofias y pañuelos: El pasaje de cámara balconeaba, contemplando los reductos y oyendo las cornetas militares: Se aburrían al filo de la obra muerta, rubicundas carátulas con salacot y monóculo, barbas judaicas, desgarbadas *misses*, cabezas morenas de levantinos, un mundo abigarrado de aventureros y turistas burgueses, embarcados en los puertos del Mediterráneo:—Alejandría, Malta, Nápoles.— En el sollado el pasaje de tercera permanecía indiferente, acomodado al sol entre maletas, fardeles y canastos. Lloraba un crío en el regazo de la madre, algunos

hombres jugaban a los naipes, una rubia se desenredaba la mata del pelo con un peine sin púas. A la sombra del foque, un gigante barbudo, imprecador, enorme la boca desdentada, los ojos azules arrebatados de alocada inocencia, reunía un grupo de franceses e italianos: Hablaba gesticulante, con grandes ademanes: Le oían, cambiando guiños burlones, dos prójimos que fumaban recostados en la amura de babor: Habían embarcado por la mañana, y se mantenían aislados del pasaje, con un secreto y agresivo resentimiento de españoles fuera de España. El capitán, con uniforme azul, paseaba en el puente. La marinería patuleaba descalza, subiendo y bajando las escaleras de lucientes bronces. En el corro de oyentes, a la sombra del foque, el barbudo gigante, y los dos compadres españoles, recostados en la amura tirando de la colilla, entornaban displicentes la pestaña.

III

LA rubiales del peine sin púas, luego de hacerse el moño, sacó de la faltriquera un espejillo redondo, con marco de latón, limpió la luna frotándola en la falda, y se miró ajustándose las horquillas: Era una mujer joven, pálida y marchita, los ojos verdes, la boca pintada: Quedó suspensa, fija en el gigante barbudo, que abría los brazos con patéticas voces de un significado oculto: Llenose de dudas al advertir el gesto con que le oían los dos compadres recostados en la amura, y se juntó con ellos:

—¿Entendéis alguna cosa?

El más joven lanzó una salivilla al mar:

—¡Mochales perdido!

—¡Pues esos bien atentos le oyen!

—Porque son unos papanatas.

—¡Pero tú sacas alguna cosa de lo que habla!

—Bastante.

La rubia le miró de reojo:

—¡Lo que menda!

El otro compadre, un vejete cargado de espaldas, gorra de seda, corbatín negro, y el aire ambiguo de falsedad y petulancia que suelen tener algunos sacristanes, enseñaba un diente verdinegro:

—La oratoria de ese punto no vale un pimiento.

La rubiales torció la boca con popular desgaire:

—¡También usted chamulla ese latín, Don Teo!

Don Teo jorobó los hombros, arqueó las cejas, ladeó el cuello, se frotó las palmas:

—¡Alguna cosa!

La rubiales engalló el moño:

—¡Miau!

El otro compadre, que asestaba salivillas al mar, se despegó de la amura con petulante parsimonia:

—¡A ver si te la ganas!

Era alto, flaco, verdino, rizoso, con zamarra de pana, pantalón abotinado y quepis. La prójima fulguró sobre el chulapón el veneno de sus ojos verdes:

—¡Me estoy cansando de ser tu esclava!

—Pues toma asiento, que va para rato.

—¡Habría que verlo!

El verdino la atenazó por el brazo:

—¡Repítelo!

—¡Escárbate la oreja!

Terció Don Teo:

—Sé más filósofo, Indalecio.

La prójima se desprendió con un remangue. Indalecio la traspasó con una larga mirada de reproches sentimentales: Tenía el romanticismo menestral de los chulos que viven a costa de las mujeres, las azotan, las aman y las celan:

—¡Sofi, no busques que te encienda el pelo!

Formuló la amenaza socarrando la voz, con los dientes apretados. El gigante barbudo había cruzado los brazos con teatral silencio. Sus ojos azules fulminaban un anatema sobre la desavenida pareja, y el círculo de oyentes, las cabezas vueltas, levantaba marea de airadas reconvenciones. El verdino los encaró con reto, pero el vejete le puso la mano en la boca hablándole a la oreja:

—Repara a quién tenemos aquí. ¡Prudencia!

IV

AGARRÁNDOSE al pasamanos, con el credo en la boca bajaba la pina escalera del sollado un pasajero de la primera cámara, señorón obeso, bamboleante, jipi y terno de piqué blanco, muchos dijes y cadenas. Los dos compadres se desviaron de la rubiales para acantonarse más lejos, recostadas las espaldas en la obra muerta. Sigiló Don Teo:

—Aquí no media conocimiento. Hay que esperar cómo opera el jefe.

El obeso pasajero traía el cigarro apagado, y se detuvo solicitando lumbre: Solapaban una ambigua advertencia sus ojos sin pestañas, saltones y redondos, que tenían el iris amarillento de las ranas. Don Teo, con falsa premura, acudió a cachearse los bolsillos del paleto: Arqueaba las cejas, y hacía grandes aspavientos, enseñando el diente limoso:

—¡Pues servidor poseía un yesquero!

Indalecio, a lo tunante, encendió una cerilla en la nalga. Don Teo le dio un codazo, y la mató de un soplo. Al fin el taimado vejete extrajo el yesquero, y comenzó a batir el eslabón: La piedra daba chispa, pero sus lumbres no prendían en la mecha. El orondo pasajero, con el cigarro apagado en la boca, observaba de reojo:

—Pudiera ser que la salitre del mar hubiese humedecido el artefacto…

Don Teo jorobó los hombros con servil asentimiento:

—Así será.

Se apresuró a liar el yesquero, guardándoselo en el paleto: Enseñaba el diente limoso, y ponía hocico de ratón. El abotijado pasajero silabeó capcioso:

—¿Habrá dónde comprar cerillas?…

Saltó Don Teo:

—En la cantina.

—¿Adónde cae?

—Un poco complicado… Servidor puede guiarle.

Indalecio se alzó picajoso:

—¡A menda se le da esquinazo!

El orondo pasajero echó sobre el tuno los ojos saltones:

—Yo hago lo que me sale de los redaños.

Aquel soplado del jipi, los dijes, las cadenas y el terno habanero, matón jubilado de los garitos madrileños, no era otro que el Pollo de los Brillantes, Don Joselito Cartagena.

V

LA cantina, bajo el escotillón de proa, estaba penetrada de olor de tabaco: Las candilejas de petróleo apenas alumbraban en la niebla de humo. El cantinero era gaditano, fugado por un proceso a Gibraltar: Residía allí de muchos años, amancebado con una inglesa sargentona, que le ayudaba en los negocios de contrabando. Con el apaño de la cantina sacaba también muy buenos patacones: Vendía tabaco, naipes, velas, arenques, café y bebidas. Hallábase encorvado sobre el anafre, donde tenía una gran cafetera. El vapor elevaba anclas. En la niebla de humo, la candileja del mostrador tenía una luz triste y remota de faro en niebla de naufragio. Percibíase el retemblar de las cuadernas, y el ferroneo de las cadenas al ser arrolladas. La parroquia era escasa: Tres jugadores de carteta y un marinero silencioso, que esperaba al pie del mostrador: Como corría el tiempo y el cantinero no se daba prisa por servirle, repitió la demanda con reposada urbanidad:

—Un arenque.

El gaditano colgó el soplillo con que avivaba la lumbre del anafre, y se limpió las manos en la faldeta del mandil:

—¿Bebida?

—Agua clara.

Con desabrida chunga, el gaditano alcanzó un botijo, y lo asentó de golpe en el mostrador:

—¡Toma, y jártate!

—Gracias.

—¡Pero que vas a estropearte la salud, esgraciado! ¡Arenques con agua! ¿Estás en tus cabales?

El marinero, un mozo de barbujas rubias y ojos claros tenía la expresión serenada de firmeza:

—El agua es mi bebida.

—¿Roña o penitencia?

—Gusto.

El cantinero ceceó con desdeñosa sentencia:

—¡Pues has nacido para rana!

VI

EL Pollo de los Brillantes y Don Teo ocuparon una mesilla de rinconada. El Pollo, con mucho guiño y soflama, lució una fosforera de oro y puso lumbre al cigarro: Luego, por hábil juego de manos, extrajo un papel hecho menudos dobleces:

—Son las señas: Están escritas con tinta química… Guárdeselas usted en la badana de la gorra, y hasta Londres… Hay que operar con mucho quinqué, y no es conveniente que volvamos a vernos.

Don Teo hacía frunces al hocico con husma arratada:

—Comencemos por justificar nuestra presencia en este santuario pidiendo unos chatos.

—Pídalos usted.

—¿De ginebra?

—De ginebra.

—Patrón, unos chatos de ginebra. ¡Este punto la tiene de buten!

El Pollo de los Brillantes encarnizó los ojos de rana sobre el hiperbólico vejete:

—Es usted un borrachín impenitente y sus exploraciones son peligrosas cuando media un negocio tan serio. Como llegue a sospechar que usted puede irse de la lengua, antes se queda sin ella.

Don Teodolindo Soto sacó el diente verdino, corcovó los hombros, ladeó el cuello, se acarició las manos:

—¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé! No ignoro con quién trato… Conozco mis autores… Por eso, si este servidor alguna vez experimentase la tentación de berrearse, tocado en el corazón por lo que sea, no por intemperancia alcohólica, antes vería de darle a usted mulé. Este servidor también es un hombrecito.

—¡Todavía nadie me ha madrugado, Don Teo!

El vejete tenía una expresión de rata regocijada:

—Indudablemente. Pero mientras tomamos el sol en este valle, todos podemos argumentar lo mismo. ¿Cree usted que a mí me han madrugado, o al patrón, o al marinerito aquel que chupa la raspa? Por cierto que ese no es lo que aparenta… Repárele usted a las manos. ¡Son manos muy señoritas!

El Pollo, recalmado, paraba los ojos sobre el marinero: Hecha la comprobación, dio algunas chupadas al cigarro y lo tiró apagándolo con el pie:

—¡Esta puta tagarnina no arde!

Apuntó metafórico Don Teo:

—El traidor no es menester siendo la traición pasada.

Con un docto entorne de párpados acentuaba la cita del clásico: Don Teodolindo Soto, entre sus varios oficios, había sido traspunte de comedia cuando el mecenazgo del Conde de San Luis.

VII

ASOMÓ un mozalbete huraño, desmedrado, greñudo, los ojos suspicaces bajo el entrecejo de un rojo almagreño, la máscara de calmuco: Desde la puerta, con brusca obstinación, hizo señas al marinero apostado al pie del mostrador: Esperó a que pagase el gasto, y salieron juntos. El mozalbete inició la conversación en mal francés:

—¿Lo creerás, hermano? No resta ni un kopek del fondo recaudado en Cádiz. ¡Ni un kopek! El Maestro lo ha repartido entre los parias del pasaje… Tiene agujereadas las palmas.

El marinero alzó los ojos sin mostrar la menor extrañeza:

—Ha dado lo que era suyo.

—¿Y ahora? ¿Qué hacemos ahora? ¡Ni un kopek! ¡Nada! ¡Ni para fumar!

—¡Ejemplo admirable!

—Lo sería si luego no renegase como un energúmeno Se ha echado en la litera, y ruge que esta noche abrirá un barreno al barco.

Al marinero le salían lumbres a la cara:

—¡Es el caso que yo tampoco tengo plata!

El mozalbete le clavó los ojos:

—¿No has reservado nada de la colecta hecha en Cádiz?

—¡Nada!

—Conociendo al Maestro, has debido hacerlo.

El marinero se detuvo, con la expresión encalmada del hombre prudente que domina su enojo:

—No lo hice, ni lo haré en ninguna ocasión.

El mozalbete torció la boca con una sonrisa de cínica superioridad:

—Acabo de convencerme de que eres un sentimental.

—Acaso.

—No debes enojarte conmigo, hermano.

La máscara calmuca del mozalbete tenía una expresión de astucia burlona que contrastaba con el tono de sus palabras. Al marinero no le pasó inadvertida esta duplicidad, y permaneció silencioso, esforzándose por ocultar el sentimiento que experimentaba, la antipatía ahora casi dolorosa, pero adormecida y vergonzante en las obscuridades de su conciencia, desde el momento en que se habían encontrado sobre la cubierta del vapor.

VIII

LA luz penetraba por el escotillón. Se habían detenido al pie de la escalera. El barco navegaba con grandes bandazos: Soplaba duro el viento de Levante. El marinero permanecía silencioso, cohibido por aquel sentimiento de repulsión que surgía en su alma y al cual se entregaba pasivamente, con un obscuro disgusto de sí mismo. No era hombre de rencores, y hubiera querido mostrarse amistoso, pero incapaz de simulaciones, sentía los ojos cobardes, irresolutos. Aquella máscara calmuca, aquellas greñas color de buey, aquellos ojos oblicuos, brillantes de astucia, se le hacían insoportables. Era suplicio la voz, que repetía obstinada:

—Ha sido un error lo que has hecho, y debes reconocerlo. ¡Un error, hermano! No has debido poner la suma íntegra en manos del Maestro. Te enojas, y no tienes razón, hermano. Lealmente te manifiesto mi opinión, y todas las opiniones tienen opción a ser oídas. ¿Cuáles son nuestras obligaciones respecto al Maestro? ¿Las obligaciones de los que seguimos la luz de su doctrina? Hermano, si te enojas, lo sentiré, pero no conseguirás que silencie mis reproches. El Maestro es un niño gigante, y cuantos le amamos hacemos poco ensangrentándonos las manos por apartarle las zarzas del camino. ¿Qué hubieras hecho con un niño? El Maestro es un niño y necesita tutores.

El marinero objetó con austera timidez:

—El Maestro, al repartir sus bienes entre unas pobres gentes necesitadas de amor, de pan y de justicia, nos da ejemplo… Y nosotros, sus discípulos, no podemos incurrir en la culpa de impedirlo, solamente porque nos falte la virtud para imitarlo.

La máscara calmuca adquirió una expresión de dureza colérica, la boca se contraía con rictus sarcástico, las greñas color de buey le obscurecían la frente y

se le metían por los ojos, que adquirían un ligero estrabismo. De pronto estalló en una risa insolente:

—El Maestro distribuye su dinero entre los menesterosos, pero a condición de que los amigos no le cierren la bolsa. Se adelanta a la hora del reparto social con una bella sonrisa para todos los Cresos. Ahora ruge en su litera porque no tiene un kopek. Vive en un mundo de fantasma, con una despreocupación de bohemio contrae deudas que no piensa en pagar, siempre rodeado de una corte de pícaros y de bufones que le comen los ojos. Esta inconsciencia en cuestiones de dinero, este epicureismo odioso obscurece la claridad de su doctrina.

Hablaba con apasionamiento rencoroso y clarividente, era un cernícalo encarnizado sobre su presa. El marinero ahora le miraba con enérgica protesta, los ojos dolidos de reconvenciones:

—El Maestro tiene flaquezas como todos los hombres pero bien compensadas están por sus virtudes.

El otro estranguló una carcajada rabiosa:

—¡Un santo con los pies en el lodo!

Arsenio Petrovitch Gleboff, aquel mozalbete desmedrado, de ojos brillantes, de ademanes bruscos, tenía el alma envenenada y heroica: Maníaco de la destrucción universal, era de una singular rigidez de costumbres, cruel para sí mismo y para los demás: Intrigante por doctrina, díscolo por temperamento, capaz de soportar las mayores privaciones, de mantenerse con un mendrugo y de dormir sobre una piedra, de una sequedad calvinista, de un renunciamiento absoluto, amaba y odiaba al Maestro. Se apartó las greñas que se le metían por los ojos, hizo un gesto vago y comenzó a caminar deprisa por el mal alumbrado corredor que conducía al entrepuente donde se hacinaba el pasaje de tercera: Se volvió con una sonrisa capciosa:

—El Maestro desea hablarte.

IX

EL vapor daba tumbos y el respingo de las olas empaña de espumas el ojo de buey que clarea la luz del ocaso al extremo del corredor. Entre el marullo del oleaje desgranaba sus notas un acordeón de emigrante. Parpadeaban las candilejas: Abrían y cerraban desconcertados ángulos de sombra. Por un paso de tres escalones se bajaba al sollado: El ácido olor de las heces viciaba el aire: Las

literas se repartían a babor y estribor. De raro en raro algún bulto doliente se incorporaba con las bascas del mareo: Las pálidas cabezas casi tocaban la viguería. Los más de los lechos estaban vacíos, otros ocupados por maletines y atadijos de ropas. Indalecio, sentado en su litera, los pies colgando, cantaba con un acompañamiento de acordeón. Letra y música eran de un sentimentalismo menestral. La Sofi, con el moño deshecho y las horquillas sueltas, se quejaba en otra litera pareja:

—No me atormentes, Inda. Calla, por favor, que se me saltan las sienes.

El tuno remató un arpegio con muchas florituras, y alargando el zancajo, hizo rodar el balde que la desgreñada tenía a su cabecera.

—¡A ver, tú, si te enciendo el pelo para que dejes la monada!

—¡Y serás capaz, mala sangre!

El chulo volvió a teclear, con un postinero entorne de párpados:

—¡Parece que no me conoces!

La rubiales se incorporó, oprimiéndose las sienes, y salió del camastro, desatadas las faldas, un pecho fuera:

—¡Verdugo!

Arrimada a la litera, se metía los zapatos. Indalecio ponía en la coima un ojo atravesado:

—Cúbrete ese pecho, relajada.

—¡Vas a enseñarme tú decencia!

—¡Y tanto!

La prójima, sin cubrirse el pecho desnudo, se ataba las faldas:

—¡Pirante!

—¡Abotónate!

—¡Y que me quede con el fandango al aire!

—¡Abotónate, so pingo!

—Cuando me ataque las enaguas…

—¡Que vas a ganarte una solfa!

El chulo había soltado el acordeón y se rascaba tras de la oreja. La coima se descaró con un impulso de rabia:

—¡Luzco lo mío!

—¡Tirada!

Indalecio la tomó del moño, zarandeándola con requemada soflama:

—¡Lo tuyo!… Guárdate esa gaita… ¿Tienes tú algo, so pendón?… ¡Lo tuyo! ¡Esto es lo tuyo!

De un revés le llenó la cara de sangre.

X

—¡SALOP!

La voz resonó en las profundidades del sollado: En un camastro vecino se erguía la barbuda cabeza del Maestro: Se arrancó de los labios la pipa apagada, levantándola como una maza. El chulo se volvió, tanteándose la herramienta:

—¿Qué se ofrece?

El Maestro se incorporó: Su cabeza tocaba el techo: Siempre enarbolada la pipa, avanzó algunos pasos: Injuriaba al rufián con voces de sochantre: Repetía las mismas imprecaciones en ruso, en alemán, en italiano, en francés. Indalecio había sacado la herramienta y picaba una tagarnina con bravucona jactancia:

—Tío Papa-Moscas, hable usted en cristiano.

Echaban lumbre los azules ojos del gigante. Atropellado, se puso la pipa entre las mondas encías y se registró los bolsillos, a la rebusca de una brizna de tabaco. La tagarnina que picaba el chulo le encendía el apetito de fumar. Tornó a retirar la pipa de la boca, y golpeando con ella en la palma, barboteó en francés:

—¡Oh! ¿Es que se puede así maltratar a una mujer? La pareja humana tiene los mismos derechos.

Indalecio presumió el sentido de aquellas palabras, y repuso contoneándose, arrastrando las palabras con dignidad marchosa:

—Míster, esta mujer se ha comportado como una mundana.

El Maestro insistía registrándose los bolsillos, la cachimba apretada entre los labios: Indalecio dobló la navaja y le brindó con el tabaco que tenía picado en la palma:

—Sírvase, míster.

Aquel gigante barbudo le contempló con sonrisa de ogro benévolo. Cargó la pipa, le puso lumbre y fue en busca de la coima, que se lavaba la sangre: Tomándola de la mano la condujo a donde había quedado el chulo, ocupado en liar un cigarro, y amonestó en francés, con el barbolleo de un pope ruso:

—Yo os conjuro para que os deis un ósculo de perdón.

Los ojos del gigante tenían una claridad de azules infancias, una efusión toda echa de poder de olvido, de inconsciencia y de ilusiones. Como en aquel

momento vio revolar las greñas color de buey, y más lejos aparecer una gorrilla de marinero, levantó los brazos con ademanes de triunfador, saludando con la pipa, dando al aire bocanadas de humo.

XI

EL marinero de las manos pulidas se acercó con un gesto de reserva. El barbudo gigante le llevó aparte, hablándole en inglés.

—En Gibraltar han embarcado algunos revolucionarios españoles. ¿Los has visto?

—No, Maestro.

—Haz por verlos… Es probable que alguno sea tu amigo…

—¿Y han embarcado en Gibraltar?

—Ciertamente. El sobrecargo me ha confiado que son masones… Cuanto antes debes avistarte con esos hermanos…

—Veré de hacerlo.

El calmuco los observaba desde lejos, con expresión recelada y burlona. El Maestro parecía inquieto:

—Es cuestión de nosotros dos… El Boy debe permanecer ajeno… Procurará espiarte, sonsacarte… No te dejes aprisionar en sus redes. Engáñale sin escrúpulos… ¡Guárdate del Boy!

Con este nombre solía designar al calmuco cuando hablaba entre iniciados. El marinero asintió con serena sonrisa:

—Nunca seremos amigos.

El Maestro le estrechó la mano:

—Así evitarás que un día te traicione. Sin que lo advirtieses, procuraría apoderarse de toda tu persona. No es un canalla, pero cuando cree actuar en provecho de la causa, nada le detiene. Introducido en tu intimidad, te espiaría, te calumniaría, abriría todos tus cajones, leería toda tu correspondencia, y cuando una carta le pareciese interesante, es decir, comprometedora, no vacilaría en robártela. Si le presentases a un amigo, inmediatamente se propondría enemistaros. Su primer móvil es siempre sembrar el odio y la discordia. Si tienes una hija o una hermana, intentará seducirla, hacerle un chico para arrancarla a las leyes morales de la familia e inducirla a una protesta revolucionaria contra la sociedad. Su única excusa es su fanatismo: Ha identificado completamente su

propia persona con la causa de la Revolución. Es un gran ambicioso, pero no un egoísta atento al medro personal, porque lleva una vida de mártir, de privaciones, de trabajo. Cuando hay que servir a la causa, no vacila ni se detiene ante nada: Es un fanático abnegado, pero al mismo tiempo un fanático peligroso… Y esta es, sin embargo, la cualidad que principalmente me atrajo y me ha hecho durante mucho tiempo buscar su alianza. Hoy nada me pesa tanto, pero estamos demasiado unidos, y ya no podemos romper. Mutuamente nos aborrecemos y nos queremos. Voy a llamarle; no es conveniente despertar sus recelos… Tú busca a esos revolucionarios españoles, entérate de quiénes son. Su ayuda en estos momentos nos sería muy provechosa… Si son hermanos, no podrían negarse… Acerquémonos al Boy. Luego ya te daré instrucciones… ¡He administrado deplorablemente el fondo colectado en Cádiz!… ¡Una vez más he sido la cigarra de la fábula!

Volvieron a juntarse con el Boy. El Maestro, bromeando, le tiró de las greñas. Aquel gigante de ojos azules ni siquiera se daba cuenta de la comedia que representaba: Incapaz de rencores, voltario y lleno de contradicciones, sentía una vaga aprensión por la dureza con que acababa de juzgar al discípulo: Después de haber desahogado toda la hiel de su resentimiento, se persuadía de volver a quererle. El Maestro mixtificaba sus escrúpulos tirándole de la greña.

XII

EL marinero de las manos pulidas subió a cubierta: Le urgía averiguar quiénes fuesen aquellos revolucionarios españoles que habían embarcado en Gibraltar. Pensó salir de dudas entrevistándose con el sobrecargo del vapor: Sabía que era masón y recordaba haberle visto alguna vez en las logias de Cádiz. La suerte se lo deparó a la boca del escotillón: Bajaba muy acalorado, en disputa con el contramaestre, la pluma tras la oreja y un cuaderno de anotaciones en la mano. El marinero pensó que no era ocasión de interrogarle, y puesto dé refilón, saludó a soslayo, con mímica masónica. El sobrecargo, casi sin verle, todo encendido de sanguíneas lumbres, se metió por la bodega, precedido del contramaestre, un hombretón con sudeste y ropa de aguas. El marinero fue a sentarse en un banco del entrepuente: Permaneció mucho tiempo absorto en sus vagos sueños de revolucionario, los ojos dormidos sobre la lontananza marina, el ánimo suspenso en la visión apostólica de unir a los hombres con nuevos lazos

de amor, abolidas todas las diferencias de razas, de pueblos y de jerarquías: Anhelaba una vasta revolución justiciera, las furias encendidas de un terrorismo redentor. Sobre las hogueras humeantes se alzaría el templo de la fe comunista. —Destruir para crear—. Intuía la visión apocalíptica del mundo purificado por un gran bautismo de fuego: El soplo sagrado de un *Dies Irae* que volviese a las almas la gracia perdida, el sentimiento de la fraternidad universal. —Le distrajo de su sueño el llanto de una mujer acurrucada al extremo del banco: Lloraba monótonamente, la cabeza cubierta por un toquillón, el pañuelo enclavijado entre las manos dolorosas, bañadas de luna. El marinero la contempló con tímida expresión: Hubiera querido dirigirle alguna palabra de consuelo, y permanecía mirándola indeciso, asaltado por el deseo de alejarse y retenido por el primer impulso de hablarla, de conocer el motivo de aquella pena. Esperaba que la llorosa mujer hiciese algún movimiento: Tal vez se enjugase los ojos, y si levantaba la cabeza, entonces sería ocasión de hablarla: Reparó que el pañolito bañado de luna entre las manos de la llorosa, tenía salpicaduras de sangre: Se inclinó para cerciorarse: Compadecido, le retiró el pañuelo de las manos, murmurando una pregunta tímida y anovelada:

—¿Está usted enferma del pecho?

La mujer levantó la cabeza, sonriendo burlona a través de las lágrimas.

—¡Ojalá!

—¿Por qué dice usted eso?

—¡Porque acabaría pronto de penar! Mire usted cómo me ha puesto ese mal hombre.

Retirándose el toquillón que tenía caído sobre la frente mostraba el rostro acardenalado. El marinero la miraba con lástima:

—¿Y ha sido ese hombre que te acompaña?…

—¡Ese renegado!

—¿Por qué no le dejas?

—¿Y adónde voy? Ha jurado picarme el cuello. ¿Tú ves mi cara? Pues así está todo mi cuerpo.

—Debes dejarle.

—¿Y adónde voy? ¡Dejarle! Eso se dice pronto. ¿Dónde hallo otro que me acompañe los bailes? Ahora vamos los dos contratados a Londres. ¡Dejarle! ¿Creerás que no lo he pensado? ¿Pero adónde voy sola con mis bailes? No hacen número, necesito un guitarrista que me acompañe. Formamos pareja. No creas, es de los buenos tocadores: Por algo le dicen Manos de Plata. El ha sido quien

arregló este contrato de Londres. Parece ser que allí gustan ahora los bailes españoles. Si fuese verdad… Pero ya todo me da lo mismo. Un día le dejo. Y no sé qué te diga de este contrato… Por veces me parece mentira… Y malo es que a mí se me ponga una cosa en la frente… Temo que este viaje no es para cosa buena. ¡Pero ya todo me da lo mismo! ¡Quisiera morir! ¡Acabar de una vez! ¿No me crees?

—Sí, te creo.

—Tienes cara de infeliz. Lástima que tú no seas guitarrista. Nos contrataríamos juntos, y ganarías muy buenos cuartos.

Hablaba entre suspiros, voluble y alocada, riendo por veces y por veces llevándose el pañolito a los ojos. El marinero la contemplaba con una sonrisa de honesta reserva:

—Me das mucha pena.

—No me hagas caso. Oye: ¿Dónde podré tomar una taza de café? ¡Se me parten las sienes!

—¿No sabes la cantina?

—No conozco el barco. Hemos embarcado esta tarde… ¿Hacia dónde cae?

El marinero vaciló un momento:

—Si no temiera causarte un disgusto, te acompañaría.

—¿Un disgusto? Ya veo por dónde apuntas… Puedes acompañarme.

El marinero murmuró confuso, con una sonrisa ingenua:

—¿Y tu hombre?

—¿Temes que nos mate?

—Por mí no temo nada.

La miraba muy fijo, con una expresión de severa tristeza. Ella desgarraba el pañolito con los dientes, entre risas y lágrimas. Pasó el contramaestre balanceando un farol de mar. Recostado en la amura de babor tomaba la luna el sobrecargo. El marinero pensó que podría hablarle más tarde, y bajó a la cantina acompañando a la rubiales.

XIII

ANTES de entrar en la cantina percibieron cálido tumulto de voces: Delante del mostrador, una rueda de amigotes en francachela, chocaba los vasos: Menudeaban las rondas. Pagaba el gasto un relojero marsellés, pequeño,

ventrudo, fachendoso, con maneras de charlatán: Cumplía cuarenta años, y no cesaba de repetir:

—La edad en que el hombre comienza a darse cuenta de los grandes problemas vitales.

Gesticulaba enrojecido por el reflejo de la pipa, con gesticulación desorbitada y verbosa que preludiaba la borrachera. Las candilejas, adormiladas en la niebla de humo, tenían una luz remota de faros marinos. Los brindis, las risotadas, las efusiones sentimentales y babosas, giraban en círculo mortecino de las luces con soporífera insistencia. La Sofi se detuvo:

—¿Darán aquí café?

El marinero hizo un gesto asegurándola. Fueron a ocupar una mesa apartada: No acababan de sentarse cuando vieron aparecer al Maestro: Le seguían Indalecio y Don Teo. La Sofi alzó los hombros, arrebujándose en el toquillón, con un gesto de provocativa indiferencia. El marinero salió al encuentro del Maestro. La Sofi le detuvo agarrándole por la manga:

—¡Empálmate! Si te dice la menos, asegúrale un golpe que es muy traidor.

El marinero la miró reposado, con sonrisa indulgente La prójima fijó un codo en la mesa, y agarrándose la frente muy pálida, le siguió con los ojos. El Maestro abría los brazos sobre sus acompañantes y explicaba en inglés:

—Hemos hecho conocimiento por señas. Se han puesto en que los acompañe y sellemos nuestra amistad chocando los vasos. No he podido excusarme.

La risa jovial y estruendosa le corría por la barba. El marinero murmuró con tímida reserva:

—¿Maestro, sabe usted de qué gentes se acompaña?

El Maestro guiñó los azules ojos con ingenua malicia y bajó la voz, aun sabiendo que ninguno de los dos acólitos podía entenderle:

—Nuestro conocimiento es reciente y por señas… Pero no creo engañarme. Con toda certeza estos nuevos amigos son dos brigantes, y precisamente me interesan por eso… Si los ganásemos para la causa, los haríamos volver a España… Allí necesitamos agentes que nos pongan en relación con los brigantes de la Andalucía. Maduro un proyecto del cual habré de hablarte. La primera idea ha sido del Boy. ¡Qué diablo, las revoluciones no se hacen con obispos!

El marinero de las manos pulidas sonrió con disgusto: Luego se disculpó:

—Todavía no he podido entrevistarme con el sobrecargo.

El gigante descubrió las mondas encías, con su ancha sonrisa de ogro benévolo:

—Lo comprendo. ¿Acaso te lo ha impedido esa Bella Samaritana?

Al marinero se le puso la cara hecha una lumbre, e instintivamente se volvió con rápida ojeada sobre Indalecio. El tuno, con las dos manos en la faja, apurando una colilla, reparaba de través a la coima. El barbudo gigante le tocó en el hombro con la pipa, y luego, vaciándola en la palma, le pidió tabaco con un gesto expresivo. Indalecio le alargó el petacón, adornándose postinero. El gigante, que observaba de soslayo la honesta contrariedad del marinero, cargó la pipa recreándose: Le apuntaba en el fondo de los ojos una expresión regocijada y maligna. Volviose buscando al guripa, y no hallándole a su vera, puso a recaudo el petacón en las profundidades de la hopalanda que traía por los hombros y casi le arrastraba. Indalecio se había llegado a la rubiales y le atenazaba el brazo, sofocando la voz:

—¿Qué haces aquí?

—¡Ya lo ves!

—¿Y ese que te acompaña?

—Un amigo.

—¿Desde cuándo?

—¿Cuentas me pides?

—Y tanto.

—¡Vamos, aparta! ¿Cuentas de qué?

El tuno se enderezó, escupiendo una salivilla por el canto de la boca:

—¡Ya lo pondremos en claro!

El marinero los avistaba con secreta zozobra. Don Teo requería por señas al gigante para que se acercase: Corcovando los hombros, frotándose las palmas, hizo el elogio de la ginebra que expendía el gaditano, y rogó al marinero que se lo tradujese al Maestro:

—¡Va usted a decirle que de picho canela!

De reojo observaba las manos pulidas del marinero. Se acomodaron en torno de la mesa. Don Teo persistía en el elogio de la ginebra. Delante del mostrador, el relojero marsellés lucía su voz de barítono: Contoneándose con la copa en la mano, sacaba el vientre rotundo y ponía los ojos en alto. La romanza del relojero, sentimental y empalagosa, irritó al barbudo gigante: De pronto, arrancándose la pipa de la boca, comenzó a cantar la Internacional. El relojero guiñó un ojo a los amigos y se acercó a la mesa con la copa en alto. Declamó fanfarrón:

—¡Viva la fraternidad universal! Cumplo cuarenta años, lo cual quiere decir

que nací bajo el signo de la Revolución de junio. Mi primer vagido, señores, se mezcló con la fusilería de las barricadas. Marsella, mi patria, ha sido el último baluarte que en aquellas memorables jornadas arrió la bandera roja.

El Maestro le tendió la mano con un gesto teatral:

—El 23 de junio de 1848 señala una fecha sangrienta en las luchas del proletariado. ¡He sido testigo de los combates librados en las calles de París! El primer disparo partió del cuartel de los Montañeses: Yo estaba allí entre los Amigos del Pueblo. Las masas proletarias, después de una lucha heroica, cayeron vencidas por la dictadura militar que más tarde había de prostituirse bailando el cancán en las orgías del Segundo Imperio.

El relojero se enternecía:

—Simpatizamos en ideas. ¿Una copa la aceptarán ustedes? Hoy cumplo cuarenta años, la edad en que el hombre comienza a comprender los grandes problemas vitales. En absoluto no lo afirmo. Me limitaré a decir que es mi caso. Sin duda no somos todos iguales. Nunca me había preocupado la construcción de los cronómetros náuticos, y de pronto, una mañana, me embarco para estudiar los progresos de la relojería en Londres. El hombre es hijo de ventoleras. Hoy celebro mi fiesta onomástica entre el mar y el aire. Ustedes me dispensarán el honor de aceptar una copa. Se la ofrezco de todo corazón. Soy hijo de Marsella. Podía no serlo. Reconozco que podía no serlo. Vamos a chocar los vasos. Si ustedes lo autorizan, llamaré para fraternizar a los camaradas que me acompañan. Gentes del mejor trato. Nos hemos conocido a bordo y ya somos como hermanos… Es lo que tienen los viajes… ¡Oh mis buenos amigos, no permanezcáis alejados! Propongo un brindis en honor del bello sexo.

Arrastró una banqueta, acomodó el vientre rotundo delante de la mesa, puso los ojos tiernos a la rubiales y con grandes palmadas reclamó al cantinero.

XIV

DESPUÉS de beber subió toda la trinca a refrescarse sobre cubierta. Una farola encendía su ojo escarlata en el palo de mesana. Fosforecían las olas. Cabeceaba el vapor en la noche de bruma y marejada. La arboladura mecía sus cruces en mundos de estrellas. La luna tenía un halo verde. Algunos pasajeros envueltos en mantas dormitaban en sillas de lona. El piloto de guardia paseaba sobre la toldilla: Su sombra difusa marcaba los vaivenes del barco. Resplandecía

de luces la cámara de primera, en una lejanía que la noche llenaba de prestigio, inaccesible para el pasaje del sollado. Cantaban las olas. La sombra encumbrada del piloto se vestía de luna. Lloraba a popa un acordeón de emigrante. El relojero se quitó la gorra, saludando al mar y al cielo:

—¡Vendaval duro! Me agrada este tiempo.

Murmuró una voz burlona:

—¡Valiente lobo marino!

—Hijo de Marsella. Lobo marino de toda la vida. Desde tiempo de los griegos.

—¿Pero no cumples cuarenta?

—¡Y cuarenta mil! Vengan tempestades. ¡Volemos en alas de la tormenta! ¡Avante! ¡Hurra!

El barbudo gigante, con los ojos arrebatados, cargaba su pipa: Había hecho suyo el petacón del chulapo, que le miraba socarrón y maligno:

—¡Buen petacón! Permite que lo vea.

Como alargaba el brazo, el gigante presumió el sentido de las palabras, y sin el menor embarazo le alargó el petacón: Se puso la pipa en la boca, y con un alzamiento de hombros bostezó en inglés:

—No recuerdo quién me lo ha prestado. Acaso…

Miró al chulapo y se echó a reír con su gran risa jovial, que le estremecía la barba. Indalecio, con guiño maleante, deslizó en la faja el casi vacío petacón:

—¡Vaya un tío frescales!

Al marinero de las manos pulidas se le enrojeció la cara. El Maestro, humeante la pipa, le llevó aparte:

—Sería ocasión de ver si tus amigos los revolucionarios españoles pueden abrirnos un crédito hasta llegar a Londres.

El marinero insinuó confuso, con una vacilación de tímida reserva:

—Todavía no sé si son mis amigos.

—Son revolucionarios, sacerdotes de un mismo ideal… Los hermanos nos debemos protección… ¡Mi nombre les será conocido!

Se habían detenido al pie de la escalera que subía a los entrepuentes. El discípulo se mostraba indeciso:

—Los revolucionarios españoles no comparten nuestros ideales… En su mayoría son militares monárquicos: Generales despechados… Algunos, muy pocos, profesan ideas republicanas. Los demás…

El Maestro le interrumpió con un balbuceo apasionado:

—¡Te falta resolución, te falta audacia, te falta carácter! ¡Prefiero al Boy con su falta de escrúpulos! ¡Lo prefiero! No basta ser capaz de morir en una barricada. La lucha es de todos los días, de todas las horas. ¡No basta tener vocación de mártir! ¡No basta! ¡No basta! Admito tus excusas. Seré yo quien se aviste con esos hermanos. Admite tú mis referencias. ¡Son exactas! ¡He sido bien informado! ¡Seré yo quien afronte la situación!

Jadeando había subido al entrepuente, y su figura gigante parecía tocar las estrellas. Caminó algunos pasos seguido del discípulo, que se disculpaba con honesta entereza:

—No he formulado una negativa…

—Creí entenderlo.

—No la he formulado, aun reconociendo mi incapacidad para ciertas gestiones.

—Tus escrúpulos son orgullo de burgués.

—Dejé de serlo para servir a la causa.

—No basta. Es preciso saber triunfar de los prejuicios sociales. Todo es de todos.

—Me avistaré con esos supuestos hermanos.

—¡Nada de supuestos! Uno de ellos tiene órdenes sagradas.

—¿Sacerdote y masón?

—Aunque te asombre.

—Les hablaré. No respondo del resultado…

El Maestro, humeando la pipa, clavaba los ojos en la iluminada cámara de primera, donde un piano desafinado acompañaba el baile de algunas parejas: Rugió reconcentrado:

—Sobre la cubierta de un barco, la injusticia de las diferencias sociales se hace más cruel y depresiva para la dignidad humana. La reducción de espacio actúa como un alambique. ¡Con gusto arrojaría una bomba en medio de esa saturnal!

El marinero sonrió perplejo ante aquella inesperada violencia. La saturnal era el dulzarrón acompañamiento de danza que una *miss* puritana tecleaba al piano y el pausado girar de dos parejas cumplimenteras.

Rodearon la luminosa cámara, y por otra escalera se sumieron bajo el alcázar. El sobrecargo trabajaba en una cabina estrecha, inclinado sobre los libros de contabilidad: Al verlos se alzó los anteojos a la frente. El Maestro se había detenido en la puerta y trazaba sobre el pecho un lento signo masónico.

Respondió el sobrecargo con parecida mímica: Se estrecharon las manos, y el barbudo gigante presentó al discípulo, que saludó con iguales ceremonias. Luego explicó que deseaba ver las listas del pasaje y poner en claro quiénes eran aquellos hermanos embarcados en Gibraltar. El sobrecargo buscó entre los papeles de su mesa y le alargó una hoja. El Maestro se la pasó al discípulo, que a mitad de lectura levantó los ojos cegatones y con recatada sonrisa miró al Maestro:

—Hemos tenido suerte…

El barbudo gigante hizo un gesto fanfarrón:

—Lo esperaba.

—Amistad solo tengo con uno…

—Es bastante. ¿Cuándo piensas verle? Creo que debe ser ahora mismo.

El discípulo vaciló:

—Ahora acaso sea tarde… Ya se habrá recogido.

—Se le despierta. Vas a escribirle dos letras.

El Maestro le puso en las manos una pluma, y el sobrecargo le alargó un pliego. Aseguró flemático:

—Hay partida de juego.

XV

CON el primer bandazo había surgido la partida de monte. Llevaba la banca el Pollo de los Brillantes: Eran puntos los Hermanos del triángulo, los militares, el clérigo sin licencias y varios desconocidos del pasaje que hacían la oreja. El Hermano Claudio Nerón —Paúl y Angulo— sobresalía por sus puestas: Apuntaba contra los reyes y jugaba en las sotas: No cobraba ni perdía sin darse un latigazo del néctar jerezano. Estaba pendiente en el descarte de un entrés cuando el camarero le entregó un papel misterioso. En pie, dando lumbre a la tagarnina, cobró su puesta y salió a la noche multiplicada de estrellas en el salsero de las ondas. Caía la luna sobre la obra muerta y destacaba el bulto de un hombre recostado en la amura de babor. Paúl y Angulo se acercó con desconfianza cegatona:

—¿Eres Fermín?

—El mismo.

—¿Dónde embarcaste?

—En Málaga. Salí de Cádiz disfrazado de marinero, como me ves, y a bordo de un laúd contrabandista pude arribar a Gibraltar.

—¿Vas a Londres?

—Voy a Londres.

—¿Sin dinero?

—Con muy poco. Pero va un amigo con menos dinero que yo, y para ese necesito que me hagas un préstamo. En el sollado, pareja conmigo, duerme el gran revolucionario Miguel Bakunin. Digo, no duerme, que sus grandes pensamientos le tienen en vela. En Cádiz reunimos un socorro: ¡Poca cosa! La Logia de Málaga contribuyó también con algo. Allí, disimuladamente, pasamos a bordo tres compañeros: A mí me conmovió verle tan desvalido, y tomé de mi cuenta acompañarle. El apóstol del pueblo, ni un jergón tenía, ni una almohada donde reclinar la cabeza. Así va ese justo al destierro de Londres.

—¡Me has conmovido, Fermín! El gran revolucionario tiene toda mi simpatía.

—¿Qué puedes hacer por él?

—Lo que tú harías.

—¿Tanto?

—Más.

—Yo le tomaría pasaje en la segunda cámara.

—Yo, en la primera.

—No vamos a pujas.

—No vamos. En este bolso hay trescientas esterlinas, destinadas al Comité Revolucionario dé Londres. Tómalas. La única revolución decente es la rusa. Cuando pierda la última peseta, me haré anarquista. Toma la bolsa, Fermín.

—Échame el aliento.

—¿Sospechas que estoy borracho?

—Borracho, no… Pero has bebido.

—Yo bebo siempre.

—¡Y siempre estás exaltado!

—¿Tú no bebes nunca?

—¡Jamás!

—¡Pues no sabes lo que es bueno! Sin vino, sin tabaco y sin fornique, el mundo sería como para pegarse un tiro.

—Sin esos tres anzuelos, la vida nos retiene.

—¡A los santos!

—Y a los revolucionarios.

—Toma la bolsa, Fermín.

—Retiraré el préstamo, y si durante el viaje piensas otra cosa, me lo dices y recobras la suma sin otra merma.

—¡Voy a tirarte por la borda!

—Te hablo en conciencia.

—Tú pasas a cámara con el apóstol.

—Los lujos acostumbran mal el cuerpo. El Maestro aceptará porque su salud no le consiente otra cosa.

—Voy a entenderme con el sobrecargo.

—No te precipites. Déjalo siquiera hasta mañana.

—Lo que puedo hacer hoy, nunca lo dejo para mañana.

Los dos revolucionarios se estrecharon las manos. El Compañero Salvochea pasó por el mundo austero y candoroso como los pescadores que escucharon la sagrada palabra, a la sombra roja de las velas, en el lago de Tiberíades. Con la bolsa oculta en el pecho se alejó en busca del Maestro. Un bulto que salió de la sombra le siguió los pasos a recato. Se oía el tumulto de los jugadores que zurrados abandonaban la partida y en alborotada cuerda salían por el postigo del fumador. Lumbres de cigarros en fila lucieron sobre la amura, y las entreabiertas braguetas vertieron aguas en el mar de estrellas.

XVI

EL Maestro iluminaba el nuevo alojamiento con su ancha sonrisa barbuda de apóstol eslavo. Los ojos claros, de una jovialidad campesina, no mostraban asombro, y su expresión podía ser de amorosa confianza en la caridad de los hombres. Ordenaba libros y papeles en el fondo de un maletín de cuero:

—En caso de naufragio, procuraré salvar mis manuscritos, como el poeta Camoens.

El Compañero Salvochea, con fantasía andaluza, en un rápido y emotivo lostregar, tuvo la imagen del apóstol saliendo con sus manuscritos a una costa de nieblas y faros ingleses:

—No ocurrirá esa desgracia.

El Maestro abrió el cajón de una mesilla y sacó dos velas de esperma.

—No falta detalle. La burguesía occidental vive con refinamientos

desconocidos en Rusia.

La ancha y barbuda sonrisa, la frente calva, los claros ojos, inocentes como dos berzas, producían una emoción religiosa en el Compañero Salvochea.

—Maestro, usted está necesitado de descanso.

—Sin duda, esta noche no podré trabajar mucho tiempo.

—Vive usted sin dormir.

—Llamo al sueño, pero no acude.

—Esta noche no será lo mismo. La litera es más blanda que el sollado. ¡Maestro, hasta mañana!

—Compañero, escúchame. No quisiera disfrutar esta litera sin agradecérselo primero a tus amigos.

—Maestro, eso queda para otro momento.

—¡Una brava gente tus amigos! Siempre los españoles seréis nietos de Don Quijote.

—Amistad solamente tengo con uno, amistad fraternal, desde la escuela… A los otros cuatro no los conozco.

—¿Tu amigo es de los nuestros?

—Muy cercano.

—¿Cómo has dicho que se llama?

—Paúl y Angulo.

—Paúl y Angulo. ¡Buen nombre de revolucionario! Vamos a saludarle. Paúl y Angulo. Nombre de convencional.

El apóstol de la religión anarquista se alzó de la litera donde había permanecido sentado. Era, en aquel momento, un dulce gigante, con la sonrisa barbuda, campesina y jovial de los santos románicos. El Compañero Salvochea abrió la puerta del camarote: Al extremo del corredor resonaba la perenne disputa de los cinco españoles:

—Prim no ha hecho declaraciones republicanas.

—Aún puede hacerlas.

—No las hará.

—Don Juan Prim es un patriota.

—Y un monárquico rabioso que está en tratos con la Reina Madre.

—¡Baba de envidiosos!

—Si busca una solución monárquica, es natural que se entienda con las Personas Reales.

Paúl y Angulo enronquecía asegurando el triunfo del ideal republicano en

España y Portugal.

—Don Juan dará un manifiesto.

El Capitán Estévanez pone acotaciones al margen:

—¡El ideal republicano! ¿Qué ideal republicano? Son muchos y contrapuestos los ideales republicanos. ¿República unitaria? Pues este cura no está conforme.

Y sacando un juego de bufas concordancias, saludó con una genuflexión al clérigo sin licencias. Saltó el aludido:

—El cura está conforme. Quien no parece estarlo es el simpático hijo de Marte.

—Mis ideales no son, no pueden ser, una República Unitaria.

Vociferaba Tiberio Graco:

—Usted es un pimargaliano.

—Creo que soy un socialista federal. No estoy muy seguro. El clérigo, entornando la puerta del camarote, se colaba por el rendijón:

—Es usted un hombre sano de espíritu y de cuerpo, y con ese simpático optimismo se pueden profesar todas las utopías libertarias, sin contaminarse. Caballeros, la conversación es muy agradable, pero aún tengo que rezar mi breviario. Se desgañitaba Claudio Nerón:

—Una vez por todas reniego y maldigo de la revolución hecha por espadas. Temen al pueblo y quieren tenerlo en la puerta de las tabernas jaleando el paso de los soldados Un pronunciamiento más, para que dirija una proclama a los españoles el hijo de Luis Felipe. ¡Que no acabe con toda esa canalla un cólera morbo asiático! ¡Una viruela negra! ¡Un rayo del infierno!

A lo largo del corredor alumbraban nebulosas candilejas de petróleo. La llama tenía un aire miope en el abombamiento de los tubos, gruesos como vidrios de linterna. El gigante eslavo aún permanecía en la puerta de su camarote. La figura, enorme, tocaba con la cabeza el dintel. El Compañero Salvochea, en el corredor, bajaba los ojos sobre el paso de hule. Le cohibían las interjecciones y sacrilegios con que los cuatro españoles apostillaban propósitos y discursos revolucionarios. El apóstol eslavo, en la puerta del camarote, asombraba los ojos alucinantes bajo el ceño del evangelista:

—¿Ese violento, sin duda es tu amigo Paúl y Angulo?

—El mismo, Maestro.

—Presentí que lo era. ¿De qué maldice?

—Es el estilo nacional. La revolución española significa la protesta de todo

un pueblo que exige buenos ejemplos en las alturas.

—Una revolución no es una bullanga romántica, ni un cadalso. ¿Qué fruto promete al pueblo español el castigo de su Reina? ¿Le concede libertades? ¿Establece el reinado de la justicia social? Vuestra Capeta, ajusticiada, es un episodio para figuras de cera. Carlos Estuardo, Luis Capeto, María Antonieta, una cabeza más, las cabezas de todos los tiranos, no son un concepto revolucionario ni una filosofía política. Las nuevas revoluciones no son contra los reyes, sino contra la burguesía. Una revolución es como el soplo del espíritu eterno, que no destruye y no suprime sino por ser fuente de toda vida. La pasión de la destrucción es una pasión creadora. Urge educar al pueblo, imbuirle el sentimiento de la dignidad humana.

Enrojeció Salvochea:

—¡Para que no grite vivan las cadenas!

Fermín Salvochea, encendido de probidad revolucionaria, asentía a las palabras del apóstol eslavo, y entre sí acendraba íntimos votos de llevar al pueblo la buena nueva y convertir al paria en ciudadano. El ingenuo gigante, sonrojándose a su vez, recordó ejemplos de Rusia:

—El *mujik* también ama el látigo de los Zares. Hace miles de años que lleva llagadas las espaldas. Compañero Salvochea, en nuestra peregrinación por el mundo aún oiremos muchas veces el grito de ¡Vivan las cadenas!

Sentíase el barco alegre y marino, con el ruido del mar por el costado y el crujir de las cuadernas. El Maestro salió del umbral de la puerta y fue hacia los disputadores, seguido del Compañero Salvochea. Con honrada simplicidad expresó su reconocimiento a Paúl y Angulo. El marchoso andaluz, ganado por la barbuda sonrisa, mudó del improperio menestral a fórmulas corteses de andaluz señorío:

—Yo soy el deudor: La deuda yo la contraigo, Maestro: Soy un entusiasta de sus ideales, y con esa exigua suma se me admite a colaborar en los futuros destinos revolucionarios del mundo.

Los otros compañeros, con diversos estilos, también expresaron sus sentimientos cordiales al gran revolucionario. El Capitán Estévanez, emocionado y francote, finchándose, solicitó del Maestro autorización para abrazarle:

—Ya estoy compensado del viaje.

Luego, el gran revolucionario abrazó a los otros, y finalmente todos se abrazaron, sellando obligaciones fraternales, con un entusiasmo candoroso por el ritual del Triángulo. El apóstol, con un giro oriental, indicó su deseo de retirarse:

—En el mar no cantan los gallos.

Acompañaron al Maestro hasta la puerta de su camarote, y ungidos por la apostólica y barbuda sonrisa, reanudaron en el extremo del corredor las letanías revolucionarias. Fermín Salvochea, muerto de sueño, después de escucharlos un momento, se fue a dormir al sollado.

XVII

EL Compañero Salvochea, en el momento de tomar la escalera, se sintió detenido. La Sofi, en cabellos, toquillón y enaguas, crispaba los falsos anillos tirándole de la blusa, llamándole a un lado: Lívida, con cara de susto, espantaba los ojos explorando las sombras del sollado:

—¡No pases! ¡La muerte te espera! ¡Por tu madre, no pases! Yo estoy aquí con la orden de camelarte y ponerte indefenso en sus manos. La intención es matarte y robarte la bolsa de oro que llevas sobre ti. No me desmientas, que acabo de palpártela.

El Compañero Salvochea, con risueño escrúpulo, advirtió los corales del descote, la mustia flor de trapo que llevaba en el pelo la prójima:

—¿Tu hombre quiere matarme y robarme?

—¡Así es!

—¿Pero indefenso?…

—Indefenso en mis brazos…

—¿Sin esa condición?

—No te le enfrentes esta noche, que muy fácil acontece una desgracia. Déjale venir contra mí y que desahogue la rabia primero poniéndome negra.

—¿Te enamora su mal trato?

—Nada me enamora, que le aborrezco.

—¿Por qué le sigues?

—Será mi destino seguirle.

—¿Por qué esta noche le desobedeces?

—¡Antes que hacer contigo papeles de mujer mala, prefiero la muerte! Tú me has mirado tan compasivo, que con gusto te hubiera contado todas las amarguras de mi perra vida. ¡Tú eres muy otra cosa de lo que dice esa ropa de marinero! ¿A qué marinero le confían un capital como el que tú llevas contigo en la hora presente? Ya que la bolsa te suena, págate pasaje de cámara. ¡Por tu

madre, no pases! ¡No más lo dudes! Antes de separarnos permitirás que te bese la mano.

El Compañero Salvochea la vio de rodillas, el toquillón de estambre cayéndole por las caderas, la garganta con sartales, la flor de trapo en el pelo, triste, lupanaria. Le abrazaba trabándole las piernas, lívida, dramática: Con un escorzo epiléptico volvía la cara y espantaba los ojos en las sombras del sollado. El bulto de un hombre salió de improviso: El enorme facón que levanta lucía suspendido bajo la luna. La mujer, atrevida, convulsa, cortándose las palmas, se lo arrebata, y con remangue del brazo lo envía a las lunas del mar:

—¡Sin herramienta!

El Compañero Salvochea sucumbía en la lucha ronca y brutal con aquel hombre que le agarrota, que le hunde las rodillas en el pecho. Las manos de la mujer, tibias de sangre, corrían ligeras registrándole bajo la blusa. Dueña del bolso, escapa hacia la borda:

—Al mar lo tiro como no sueltes a ese hombre. Al mar se va conmigo como sigas apretando.

Las voces estridentes de la lumia alarmaron al coime, que, vuelta la cabeza, seguía apretando con una mueca forzuda y patibularia. De repente intuyó que acababa su fuero sobre aquella mujer con las carnes llenas de golpes: Su instinto erótico aleteó asombrado en una sima de resplandores románticos:

—¡Mujer sin alma, buscas perderme!

La mujer se vencía tanto sobre la borda, que ya no tocaba la cubierta con los pies: Enseñaba las medias listadas y los broches de las ligas:

—¡Ladrón, asesino!

—¡No ladres, gran maula!

El Compañero Salvochea debatíase con las uñas clavadas en los pulsos del facineroso. Corría por la borda la luz de un farol, y la mujer, pugnando por tirarse al mar, en lucha con el sereno del barco, llenaba la noche de gritos. Enredado por los flecos flameaba el toquillón, y perseguido por los gritos de la frenética, pegándose a la amura, escurríase el coime. El Compañero Salvochea, desconcertado, confuso, probó a incorporarse. Dolorido de la garganta, el pecho con angustias, la frente con fríos sudores, anublándosele los ojos, vio el mar en un plano oblicuo, y la obra muerta con la luna, y la blanca mujer en cabellos colgando por las enaguas. Se desmayó en un tumulto de luces y de voces. Recobró el sentido sobre una litera. La ancha sonrisa barbuda del gigante eslavo le acompañaba.

XVIII

EL vigilante nocturno, con una mano sobre el cuello de la frenética y la otra levantada con el bolso de oro, testimoniaba ante el piloto de guardia:

—Pasaje de Gibraltar. Rol de tercera. Viaja en compañía de un amigo. Hubo disgusto y, desesperada, ha intentado tirarse por la borda.

El piloto cargó la pipa, se la puso en los labios, la dio fuego, tragó el humo dos veces y estiró las piernas:

—¿Y el amigo?

—Largó escota.

—Pues hay que buscarlo.

—A lo que parece, la desavenencia estuvo en esta bolsa. El piloto recogió las piernas, al mismo tiempo que se retiraba la pipa de los labios para interrogar a la desesperada en un chapurreado de fantasía:

—¿Es tuya la dinera?

—¡No! Se la robé a un santo del Cielo.

El vigilante nocturno, redujo el hecho a raíces prosaicas:

—Se la robaron a un español, esta y su coime.

Saltó la rubiales, los ojos ardientes de luces adivinas:

—¡Yo sola se la robé, y no ha sido por menos que por salvarle la vida! El propio interesado no diría cosa diferente. Pregúntenle, si por suerte no la diñó a manos de ese satánico, que cuanto más goza es cuanto más negro tengo el cuerpo por su maltrato. Pregúntenle, si es vivo. ¡Que le pregunten de mi culpa! Sobre la borda, por la bajera, me salvó de la muerte este bárbaro. Pregúntenle por quién daba mi vida tan desesperada.

En la puerta del camarote apareció el médico de a bordo, tocándose la visera. Bajo el brazo sostenía un estuche con instrumental:

—¡No ha hecho falta nada! La cosa estuvo seria. Un intento de estrangulación.

El piloto volvió a ponerse la cachimba en la boca y a estirar las zancas. Sacó el revólver que tenía en el cajón de la mesa, sobre la caja de puros habanos, y lo descargó escrupulosamente. Con el mismo reparo y parsimonia volvió a incrustarle los siete balines. Ordenó perentorio:

—Un cabo con dos hombres. ¿Quiere usted acompañarme, doctor? Voy a

poner en la barra al amigo de madama.

La clamorosa cruzó sobre la cadera las puntas del toquillón y accionó con una mano:

—Señor míster, a una servidora usted le pone grilletes, la encuelga de un palo, pero la remite de ir a la barra en pareja con ese moreno. ¡Sorda me quiero antes que oír el relato de sus textos! ¡Ciega antes que verle! Usted, señor míster, me carea con el dueño de la bolsa, y que ese santo me acuse. Primero de todo, séame devuelta la bolsa para que a la presencia de todos ustedes una servidora se la entregue. Cortó el piloto humorísticamente:

—Usted y la dinera quedan depósitos sobre la mesa, con un guardia de guipo, hasta el vuelto de mí. ¡Andando!

Del mamparo de la cámara despegaron dos bultos con carabinas, el farol del condestable y una bocamanga galoneada. Ritmo de marcha y vaivén de la bocamanga.

XIX

EL tunante, agatado entre fardos en el obscuro de la bodega, atacaba la boca de un trabuco, el ojo atento a la escala del escotillón. Por allí llegarían a prenderle. En la obscuridad, dispersando a las ratas, alumbró una linterna. En el vértice del cono luminoso negreaba la minúscula figura de un vejete con paleto y gorra de músico:

—¡Indalecio, no te juegues la vida!

—¿Cómo usted aquí, Don Teo?

—Te sigo los pasos.

—¿Que usted ha entrado cegándome? A otro con esa. Usted, Don Teodolindo, solfeaba algún negocio entre estos fardos.

—Mi solfa es darte un buen consejo. Estás, hijo, en una ratonera, y con la resistencia agravas un hecho que en sí no es nada. Dos hombres que riñen ciegos por una mujer. He procurado enterarme, y al interfecto, en el término de ocho días, no le quedan ni señales del daño. Te arrebataste cuando has visto que la mujer de tus delirios recibía el bolso de dinero. Esa es tu defensa, Indalecio. Buena defensa si no te dejas envolver. Todo lo más, un mes a la sombra cultivando relaciones con la mejor sociedad de Inglaterra.

—Para ser así había usted de presentarme en un plato la lengua de la Sofía.

¡Don Teodolindo, esa viperina me delata!

—¿Porque te aborrece?

—Así es.

—¿Busca perderte?

—¡No es otro su deseo!

—¿Concertaba fugarse? ¡Abandonarte! ¡Hundirte un agudo puñal en el corazón de cal y canto! ¡Otra mujer de Putifar!

—Sí, señor, y tómelo usted a soflama.

—Indalecio, esa historia hace época en los Tribunales de Albión.

—Don Teodolindo, usted no cuenta con mi genio. Seré una mala cabeza, lo que usted quiera, pero me sobra dignidad para dejarme conducir a la barra como un manso cordero. Los primeros que asomen por esa escala, palman.

—Y de una culpa honrosa, según habíamos convenido, te haces reo de muerte. Indalecio, olvida las matonadas y sé hombre de provecho. Considera que estás llamado a un cambio de fortuna. Mira que nos regeneramos si sale el negocio de Londres. ¡Y tal como está planeado, no falla!

—¡Yo voy a ciegas!

—Según lo entiendas.

—¿Qué se me ha dicho? Que al desembarque recibiré el diario de una esterlina, y que usted me dará la consigna.

—Pues ya sabes bastante. Una libra esterlina para darte postín, y pagados los gastos de hospedaje tuyos y de la Sofi.

—¿Y por cuánto tiempo ese bizcocho? ¿Se me ha dicho? ¡No se me ha dicho nada! Las esperanzas de usted no son las mías. Usted conoce a fondo el cúrelo, y un servidor va a ciegas.

—¡Indalecio, no te hagas el guaja! ¡Tú sabes demasiado!…

—Lo que usted y el otro socio han querido decirme. Que se va sobre un negocio de contrabando.

—¿Eso te han dicho?

—¡Eso!

—Recuerda algo más.

—Usted me preguntó si había cosa que se me pusiese por delante.

—¿Y has respondido?

—¡Que no la había! ¡Porque no la hay! ¡Y usted pronto va a verlo!

—¡Aquí no! En Londres, Indalecio… Ese trabuco lo descargarás en Londres…

—¿Contra quién?

—Lo sabrás a su tiempo.

—¡Contra Prim! El día que embarcamos tuvo un sueño la Sofi.

—Indalecio, no delires con grandezas ni te guíes sobre los infundios de la Sofi. No son para nosotros esos honores. Un crimen político, para las mismas familias no era una deshonra. Tendríamos defensores en la Prensa. En caso, el golpe había de estudiarse despacio, con planos del terreno. ¡Tú no sabes cómo se trabaja en Londres! En el día, uno de los más finos planistas de aquella plaza es un español por todos reconocido como la primera cabeza. Esa visita tenemos que hacerla. Entrégame el trabuco, lo esconderé entre estos fardos. Ahora salimos, vas a la barra, y fumando un cigarro y cantando playeras aguardas a que te cumplimente el piloto de guardia.

—¡Tampoco estaría mal el golpe!

—Dame el trabuco. Lo descargarás en Londres. Ten presente que eres un amante celoso, un tipo de novela. Eso da categoría.

—Asegure usted la lengua de la Sofi.

—Le hablaré al alma.

—Que esa tía mundana declare cómo el gilí, para camelarla, le hizo tomar la bolsa al peso, y mi pena no es ninguna.

—Me alegro que lo entiendas.

—Vamos.

—No es prudente que me vean contigo. Echa tú por delante.

—Se pierde usted de oír un buen tenor en la barra.

Fue a tientas hacia el reflejo de luna en el escotillón, y gateó por la escalera. Se le oyó cantar con estilo de trémolos menestrales.

A tus plantas rendido vivía,
Con tu imagen en el corazón.
¡Y tu pecho de nieve escondía
Para mí la más negra traición!

XX

EL melodramático chulapo cantó toda la noche en la barra. El piloto que en el camarote de cubierta escribía las diligencias, se quedaba escuchándole con la pluma suspensa. El doctor, sentado en el diván de gutapercha, cabeceaba

espabilándose por momentos súbitos, entre dos compases. La Sofi, con un aire lánguido de tísica ardiente, se recogía el toquillón sobre los hombros, se alisaba las ondas, escupía en la punta del moquero:

—Ya puedes dar el do.

Interrogó el piloto:

—¿Ser cante jondo?

—No, míster.

—¿Andaluz?

—Por todas partes se canta.

—¿Gitano?

—Habanero.

—¿De los negros?

—Y de los blancos.

El doctor, a una guiñada del barco, se despertó batiendo con la cabeza en los tableros. El piloto empezó a descargar la pipa golpeando la mesa:

—¿Doctor, usted se duerme?

—¡No me deja ese canario romántico!

—¿Tiene usted redactado el parte?

—Lo redactaré mañana.

—Haremos la indagatoria entre los españoles amigos de la víctima. A ser posible, las diligencias deben pasar ultimadas al compañero que entre de guardia.

La Sofi oía con los ojos. Instintivamente se puso en pie al borde de la banqueta de hule, el cuello lívido brillante de sartas, mal prendida en las ondas del pelo la flor de trapo.

—¿Van a carearme con ese Santo del Cielo? Míster, que usted se vea recompensado.

El sereno tomó su farol y salió alumbrando, la mano libre sobre el cuello de la prójima. La disputa de los españoles resonaba a babor, en el pasillo de primera. Habían sacado banquetas a la puerta de los camarotes y fumaban en camisa y calzoncillos para estar frescos. Una voz tronaba contra el nombre de Prim. La histérica mujer se santiguó, brizada por las imágenes de aquel mal sueño que había tenido, frente a las luces de Gibraltar. Un sueño dramático, salpicado de sangre como estampa de novela por entregas. El trabuco del amante, que ella había pasado bajo las faldas, comparecía en una rueda de puñales, puesta de medio lado la gorra del moreno. El trabuco sacaba un baile.

¡Vueltas, vueltas, vueltas! La gorra, puesta de medio lado sobre la boca del cañón, salía disparada. Se despertó, y al removerse —lo recordaba—, le saltó de encima una rata. Juntaba los enigmas del sueño al enigma de aquel pasajero vestido de blanco, con cadena luciente en el chaleco. Reclinada en la borda, con un clavo de dolor en las sienes, le había visto hablar secretamente con Don Teo. Por alguna palabra indujo que el negocio que tramitaban era de compromiso, y no menos que la muerte de un hombre. La Sofi, en el primer momento, no experimentó ningún sobresalto, triste, desidiosa, razonable. Después, aquel pasajero vestido de blanco daba cuerda al reloj de oro, que cantaba haciendo la rana. Luego, Don Teodolindo le pagaba unas copas a Indalecio. Como aún le duraba la ceguera, entonces fue el sobresaltarse. ¡Y tan mareada! ¡Y tan mareada! ¡Con el dolor fijo en las sienes! ¡Todo a dar vueltas!

—¡Ay, mi madre!

El sereno no pudo sostenerla. La Sofi, golpeándose, rechinando los dientes, cayó convulsionada. Entre el desgarre de las ropas palpitaba la carne desnuda y lívida, con un furor de mal sagrado. Frenética, torcía la boca con un alarido espumante. La sujetaron brazos forzudos. El doctor, gesticulando, pedía a todos una cuchara para ponérsela entre los dientes y prevenir que se tronzase la lengua. El pasaje asomaba en las puertas. Una señora con papillotes y peinador de lazos ofrecía su frasco de sales. La Sofi, pasados los primeros furores, estrangulaba risas incoherentes. Exánime la pusieron en una litera. Movía la cabeza sobre la almohada con acelero obsesionante. La señora de los papillotes le aflojó las enaguas, mientras advertía a los hombres que no mirasen. La Sofi, desmelenada, lívida, muy azules los ramos de las venas, trascendía un encanto melodramático de figura de cera. El doctor se puso intratable y la dejaron sola. La de los papillotes, que removía la poción antiespasmódica, pasó el vaso y la cucharilla a una enfermera y se retiró majestuosa:

—Me alegraré que se mejore. ¡Buenas noches!

La Sofi, desvelada, sentía el balance y el rodar de las olas por el costado. Era un saltar alegre, con rumores como palabras. Muchas veces hablaban en las olas, muchas almas: Almas de mujeres afligidas, negras por los golpes de sus enamorados: Mujeres como ella, fatigadas de llorar penas en el mundo. Un dolor de pensar, incoherente y difuso, le taladraba las sienes. ¡Todo tiene un fin! ¡Todo para en la muerte! Todo se acaba. El amor más a prueba se acaba. En el fondo del mar, los más grandes infortunios tienen remedio. Se desvelaba. La puerta y el ojo de buey estaban abiertos para que se renovase el aire del camarote. La

enfermera roncaba con ceremoniosos saludos. Dos alegres pasajeros cruzaban el pasillo:

—¡Tenemos un tenor en la barra!

XXI

Eran ley para mí tus antojos.
Yo vivía rendido a tus pies.
¡Me miraba en la luz de tus ojos,
Esos ojos que son dos quinqués!

EL Capitán Estévanez parodiaba con gracejo el alarde del valentón que no dejaba de cantar y tenía en vela al pasaje de tercera:

—¡Más éxito que Tamberlik en *Puritanos*!

Sentenció Paúl y Angulo:

—¡Que le pongan una mordaza!

—Tendríamos una revolución a bordo. Se ha hecho el amo del sollado.

Maduraba el Capitán Meana:

—Y es el caso que yo conozco a ese punto.

Comentó Estévanez:

—Parece un chulapo romántico, que son los peores. ¡Vaya repertorio de polkas y habaneras, sembrado de besos ardientes, corazones, puñales y celos!

Paúl y Angulo se limpiaba los ojos, ligeramente enrojecidos, y volvía a ponerse las gafas azules.

—Un Espronceda de Ceuta.

Estalló el Capitán Meana:

—De Ceuta le conozco. Sirvió en el Fijo. Estuvo en la banda.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. Estos tiempos navegaba por los cafés de Madrid. Tú también le conoces, Nicolás. El guitarrista del Minerva.

—¡El melenudo!

—¡El melenudo!

—¡Pues mucho ha cambiado!

—Le he tenido en filas sin adornos capilares y no se me despinta. Ya entonces se pasaba los arrestos cantando ese repertorio.

—Hubiera estado bien darte a conocer. Seguramente le hubiera parado un

poco. ¿Fermín de qué le conoce?

—No le conoce.

—La cosa iba de veras.

—¡Y tanto!

—¿Cuál ha sido la declaración?

—Un infundio para salvar a esa pareja de pícaros.

—¡Qué absurdo!

Sentenció Paúl:

—Muy de Fermín.

—¿Pero qué ha declarado?

—Que la prójima recogió la bolsa con el santo propósito de entregársela.

—Se le había caído.

—Se supone. Al tomarla recibió un golpe, cayó y no sabe más.

El Apóstol de la Revolución Universal se llevaba un dedo a los labios:

—¡Un poco más bajo! De todo se entera. Comparto su escrúpulo de no meter en la cárcel a esos desgraciados: En la cárcel no se harían mejores.

Paúl y Angulo esforzó la voz con jocoso imperio:

—Fermín, procura dormirte y no seas pelmazo.

Se oyó la voz mustia del Compañero Salvochea:

—¿Y vosotros qué hacéis toda la noche sin acostaros?

—La noche ya se fue.

—¿Amanece?

—Amaneció.

La Sofi asomaba sigilosa y descalza:

—Permitirán ustedes que me explique con ese santo.

Sorpresa, dudas, recelos. Todos miraban a la prójima, que, descalza, mal ceñidas las enaguas, envuelta en el toquillón, apoya el hombro en el tabique del pasillo y se lleva una mano a la frente. Paúl y Angulo murmuró en sordina, con guasa chispona:

—¡Una artista! ¡Esta canta Traviata!

La mujer se despegó del tabique:

—Para ustedes soy una grandísima ladra… En sus caras lo leo. Ladra otras veces lo habré sido, y una esclava de ese mala sangre para todo lo peor.

El Compañero Salvochea salió de su camarote, en mangas de camisa, abrochándose los tirantes. Un vendaje blanco en torno del cuello le sujetaba las compresas de árnica:

—Dice verdad. La vida me ha salvado.

Se animó la prójima, con una vibración popular y dramática:

—Y si no acude el vigilante, con los peces está la Sofi.

Paúl y Angulo, en lucha con las tiernas efusiones del mosto jerezano, se mostró cruel:

—¡Una Ristori!

La Sofi le miró con indiferencia:

—¡Una desgraciada! Caballeros, ustedes me dispensen que les haya molestado.

Recogido el toquillón bajo el codo y apuntando con dos dedos, dio a todos la mano, despidiéndose en rueda. Tenía una gracia marchita de costurera provinciana que lee novelas y anda de bailes. Al Compañero Salvochea, último en el turno de la despedida, le sofocaba el sobresalto de que la prójima intentase besarle la mano. Se la representaba sobre cubierta, tísica, ardiente, rodeándole las rodillas con los brazos desnudos, el pelo suelto y la flor de trapo en el pelo, como una Dama de las Camelias. La recordaba bajo el cielo de marinos luceros, y la penosa incertidumbre, la sensación de que había procurado trabarle las piernas de acuerdo con el amante, volvía de lo inconsciente, avergonzándole. La lívida mujer solamente le alargaba dos dedos entre los flecos del toquillón:

—¡Santo del Cielo, usted sabrá mucho, pero usted no sabe de la misa la media, y ha declarado muy malísimamente queriendo redimir de la cárcel a un negro de la Guinea! Al alma que tiene, a una servidora le pica la nuez. Diga usted que tanto se me da de la vida como de la muerte. Y en el fondo del mar no hay penas.

Balbuceó el Compañero Salvochea:

—¿Qué teme usted? ¿Que la asesine?

—Naturalmente. Una servidora, al esquiciarse con el bolso para librarle de cometer una muerte, de más sabía lo que se buscaba. No se hable más. ¡Con Dios todos!

Paúl y Angulo levantó una mano sobre la cabeza de la Sofi:

—Quédese usted aquí.

La lívida mujer le clavó los ojos:

—¿Para qué?

—Para estar defendida.

—¡Si no me mata a bordo, me mata en el muelle!

—Creo que no le sacarán de la barra, pese a la favorable declaración del

amigo Salvochea.

—¡Veremos la chiripa que me cae!

Se alejó desgonzada por los balances, tocando con los hombros las paredes del pasillo. Salvochea, atemorizado por aquellos agüeros, corrió a detenerla, alcanzándola al pie de la escala. Balbuceó ruborizándose:

—Quédese usted.

La Sofi cayó de rodillas:

—¡Aquí no permanezco!

—¿Por qué?

—¡Tu vista me mata!

Fermín Salvochea volvió a sentir los brazos desnudos apretándole las rodillas con un afán amoroso. Le reprendió.

—¿Quieres hacerme caer?

—Por segunda vez. ¡Dilo! ¡Acaba! Me estás mirando todo fijo y no sabes leerme. Es verdad, como estoy a tus plantas, que cuando vi el puñal levantado pensé que tu sangre me cubriese. Fue un querer y no querer. Entrar y salir del deseo. ¡Un rayo por una ventana, aquel pensamiento! Y solamente me quedó la firme voluntad de salvarte. Ya lo sabes todo. Ahora dame con el pie como a un perro.

El Compañero Salvochea tenía una expresión agitada y confusa. La lívida mujer le miraba, y sentíase sobrecogido ante el enigma de aquellos ojos, asombrado de responsabilidades puritanas, rígido y dogmático. La llama de lujuria que ardía en los ojos verdinos de la desafortunada mujer le daba miedo. Experimentaba un sentimiento confuso de antipatía, de terror y de lástima. Alargaba el tiempo sus momentos. No supo cómo, le dio la mano para levantarla. Pero al verla resistir, sollozando humildemente, comprendió que estaba en la obligación de ser humano, y al reconocerse culpable experimentó un gran consuelo. En el otro extremo del corredor tronaba irónico Paúl y Angulo:

—El Demagogo de Judea no rechazó a la gachí de Magdala.

El Compañero Salvochea se ruborizó sonriente:

—Imitemos al Maestro.

La señora de los papillotes bajaba envuelta en un abrigo de pieles: Venía de cubierta. Con apresurado taconeo penetró en su camarote, y un momento después reapareció batiendo las palmas:

—*¡Gargon! ¡Gargon!*

Era una morena ajamonada y muy flamenca. El Pollo de los Brillantes asomó

en la puerta vecina:

—¡Mucho ha madrugado usted, Doña Baldomera!

—¿Es que ha podido dormir alguien esta noche?

—Un servidor no lo ha hecho mal.

—¿Que usted ha dormido?…

—Como un patriarca. ¿Acaso había alguna razón para permanecer en vela?

—¡Menuda!

—¿Qué ha sido ello?

Doña Baldomera se puso la mano en la boca, apagando un cuchicheo:

—No hable usted alto.

El Pollo se acercó con soflama marchosa:

—Diga usted.

—No es momento.

—Está usted misteriosa.

—Hay moros en la costa. ¡Un broncazo que a poco se matan dos pasajeros!

—¿Y eso le quita a usted el sueño?…

Doña Baldomera jugó los ojos con garabato:

—No hable usted alto. Todo ha venido por esa rubia…

—Son el diablo ustedes, las mujeres.

—No generalice, Don Pepe.

El Pollo disimulaba su alarma liando un cigarrillo, con los ojos de rana sobre la Sofi. Apuntó despectivo:

—Conozco a esa rubiales.

—¡Menudo punto está usted!

—La conozco como aficionado al género andaluz.

—¿Es bailarina?

—Y no está mal. Es una estrella del Café Minerva.

—Tiene un chulo.

—El chulo es carta forzada.

—Pues el chulo es el de la bronca. Ha querido matar a un pasajero.

—¿Sin duda se la pegaba la niña?

—No está claro.

—Esas cosas nunca están muy diáfanas.

Doña Baldomera gachoneó los ojos:

—¡Mire usted qué cuadro!

La Sofi se despedía. El Compañero Salvochea, confuso y avergonzado, le

rehuía las manos a la despenada estrella del género andaluz, que con el toquillón resbalándole por los hombros, intentaba besárselas.

XXII

INDALECIO enronquecía cantando en la barra, y el pasaje de tercera anovelaba comentarios del mejor estilo popular y folletinesco: Indalecio aparecía con un prestigio de jaque enamorado. Aquellas polkas y playeras, de un romanticismo menestral, encendían candilejas de melodrama. La Sofi, recogida al extremo de un banco, arrebujada en el toquillón, pálida, con un clavo en las sienes, cerraba los ojos sumida en irritado silencio. Don Teo, corcovándose con arrumacos de gato viejo, vino a sentarse en el banco. Se ladeó la gorra de músico, arrugando una sonrisa capciosa:

—Ese mala cabeza…

La Sofi se incorporó con adusto remangue y fue a reclinarse en la borda. El vejete la siguió garatusero. Se le encaró la prójima con un gesto trastornado:

—¿Va usted a dejarme?

—¡Pero niña!

—¡Que tome usted soleta!

—Recapacita, Sofi.

—He recapacitado.

—¡Muy bien! Eso quiere decir que has reflexionado. ¡Muy bien! Has reflexionado. Te haces cargo de que estamos en país extranjero, sometidos a las leyes de Albión. ¡De Albión, niña, que no son las leyes españolas!… Que se te quite eso del moño. Sofi, nos conviene a todos un rato de miramiento.

La Sofi se despegó de la borda, recogiéndose el toquillón:

—¡Eso, antes!

—No te falta razón. Yo soy un juez imparcial.

—Tengo el cuerpo negro de golpes.

Don Teo bajó la voz:

—Y sin embargo, ciega por ti ese trueno.

—¿Que ciega por mí?

—Y tú por él.

—Yo le aborrezco…

—Porque no has reflexionado bastante. ¿Puedes olvidar cómo alguna vez se

ha comprometido para sacarte de la ratonera?

La prójima se cruzó el toquillón con la cara hecha una lumbre:

—¿Y quién me había metido en ella? ¿Quién me procuró la llave falsa? ¿Quién me había sacado el molde? Ese malvado se aprovechó de mi ceguera.

—Otro te hubiera dejado en las astas del toro. Inda, no puedes olvidarlo, se ha portado como un caballero.

—¿Qué hizo?

—Cegar a la poli. La ingratitud no está bien en ningún momento.

La coima se arrebató:

—¡Cegar a la poli! ¡Sinvergüenza! Hacer el cabestro para que me acostase con el Comisario. ¡Y luego, llamarme pingo y ponerme negra!

Don Teo abrió los brazos:

—¿Y en esa conducta no se manifiesta un volcán de amor? ¡Mentira parece que así te obceques! Ahora hay que no irse de la lengua y proceder con decencia: La bolsa estaba en tus manos porque te la había dado ese otro punto para camelarte.

La prójima tenía los labios blancos y apretaba los dientes:

—No diré ninguna cosa que no sea cierta.

Don Teo se arrugó, enseñando el diente limoso:

—¡Pero si es la chachipé!

—¡So sinvergüenza!

—¡Niña!

—¡Quiero redimirme!

—¡Pero, hija de mi alma, esas son novelas!

—¡Querer salirse del mal camino no es novela!

—¡Pura novela!

—¡Cambiar de conducta!…

—¡Purita novela!

—¡La Sofi que usted ha conocido, se ha muerto!

—No seas histérica.

—¡Usted lo verá!

—¡Reflexiona! ¡Ten miramiento! Sobre esta cubierta nos hallamos en país extranjero, sometidos a las leyes de Albión. Ciertos pleitos no deben ventilarse fuera de la patria. ¡Todo el pasaje se pronuncia por Indalecio!

—¡Nada se me da!

—Una palabra tuya puede salvarle.

—¡Pues no la diré!

Don Teo le clavó los ojos, atenazándola por un brazo:

—¿Sabes lo que te juegas?

La Sofi se desprendió con huraño remangue:

—¿Acaso la vida?

Don Teo sesgó una sonrisa de burla insolente:

—La vida es una cosa muy seria. No voy tan lejos. Con todo, no sería extraño que viendo a ese trueno entre rejas entrase contigo un remordimiento que te secase.

—¡Tío marrajo!

El vejete se arrugó con melindre puritano:

—Hablas de volver al camino recto. ¿Pero cuál es el camino recto? ¿Lo sabes acaso? ¿Puede ser el camino recto meter en la cárcel a ese chalado que canta en la barra? Óyele cómo matiza. Para ti son todos esos trémolos. ¿Es posible que no te conmueva? ¡El camino recto! Para una mujer sensible, el camino recto sería salvarle de la condena que tiene sobre su cabeza.

La Sofi tenía los labios convulsos y una expresión de agotamiento dolorosa y apasionada. Pegó el rostro a la borda, reprimiendo un sollozo:

—¡Tendrían que arrancarme la lengua!

Don Teo sonrió con sarcasmo:

—El llanto te hará bien. ¡Ni tú ni nadie sabe cuál es el camino recto!

XXIII

—¡ *GARÇON! ¡Garçon!*

Doña Baldomera apareció sobre cubierta: Corría tras un camarero, le llamaba sofocada: Pudo alcanzarle y le apremió a recibir el lío de una manta que traía en correas. Hablando a gritos le ordenó que inmediatamente la llevase al desgraciado que iba a morir entumecido en el cepo. El camarero, con flemática impertinencia, puso el lío en un banco, y oponiendo el pretexto de otras obligaciones, trepó a la toldilla. Doña Baldomera se desbocó con despechada y pomposa perorata, condenando la grosería de los camareros ingleses. Algunos pasajeros mostraban su asentimiento. La jamona, interrumpiéndose, corrió al procuro de la manta, que rodaba sobre cubierta. Se le adelantó con apremio galante el relojero marsellés. Doña Baldomera le sonrió jugando los ojos:

—*¡Oh, merci!*

—*Parle vous française, madame?*

—*Mais oui. Je le parle bien.*

Doña Baldomera, voluble y verbosa, contó que su padre, un grande hombre, uno de los más famosos escritores españoles, la había hecho educar en las Ursulinas de Montparnasse. Conocía la vida francesa: Sus mejores recuerdos, sus mejores amigos, los tenía en Francia. Francia era para su corazón como una segunda patria. ¡Oh, qué gran pueblo!

El marsellés sonreía con fatua complacencia. A su lado revolaban las greñas del calmuco, que reía muecas de agresivo desdén:

—Se pavonea usted de un modo absurdo, como si llevase en el vientre todas las victorias napoleónicas.

El relojero volvió la cabeza con lentitud farolona:

—Amo a mi patria. Usted acaso no puede comprender ese sentimiento.

Al calmuco se le aguzaron los ojos aviesos y burlones:

—Lo comprendo, pero no lo comparto. A mí solo me interesa la causa de la Humanidad. Lo que usted llama amor patrio es para mí un sentimiento burgués y criminal causa de todas las guerras entre Naciones.

Se llenó de suficiencia el hijo de Marsella:

—El amor patrio es como el amor a la madre. ¡No se discute!

—Todo eso es mala retórica.

Aspaventose Doña Baldomera:

—¿Pero usted no ama a su Patria?

—Mi Patria es toda la tierra.

—¿No es usted ruso?

—He nacido en ese país de esclavos, pero he renunciado al honor de ser súbdito del zar.

Se infló el relojero:

—¡Si, usted, hubiese nacido francés no renegaría de serlo!

El calmuco le miró fríamente:

—¿Cree usted que su emperador vale más que el zar?

Coqueteó Doña Baldomera:

—Comprendo que no quisiera usted ser inglés. Yo tampoco. Inglaterra es un país antipático. ¡Qué hipocresía en las costumbres! En Londres los hombres se mueren de hambre y de frío en las calles, pero, en cambio, no faltan sociedades protectoras de animales.

El calmuco reía atiplado y sarcástico:

—En Inglaterra todo el mundo tiene un poco alma de solterona.

—¡Es verdad! ¡Usted los conoce! Solo se enternecen leyendo novelas. ¡Todavía no he conseguido un poco de café caliente para ese infeliz que va en la barra!

El marsellés inquirió acariciándose la barba, anublado por una sombra de celos:

—¿Se interesa, usted, mucho por su compatriota?

Doña Baldomera le flechó:

—¡Oh, sí!… ¡No puedo ver una lástima! ¿Quiere usted acompañarme? Los golpes de mar le han calado hasta los huesos, y le prometí con qué abrigarse.

Doña Baldomera no dejaba el juego de ojos. El marsellés tomó el rulo de la manta, por el asa de cuero, y, dándole gran aire, se infló con generosa suficiencia:

—¡Su compatriota, no tiene mala escuela de canto!

XXIV

INDALECIO, lívido con la fatiga de la noche en vela, la ropa pegada a los huesos, chorreando agua, parecía un cuervo mojado. Adoctrinábale Don Teo, con patético sermón que el chulo contradecía exasperado y afónico:

—¡A esa maula, le pico la nuez!

—¡Estás ciego! El hombre que no sabe capear la vida, es un primavera, y tú, con esas melopeas, te declaras juguete de las pasiones, pipi de real orden. Ni una mujer, ni cien mujeres, ni todo el ramo femenino reúnen méritos para que un hombre hipoteque su cabeza.

—¡A mí esa tía no me hace de menos!

—¡Si fuese tu legítima consorte, aún!… ¡Pero tratándose de un apaño!

—¡Una hora libre para beberle la sangre!

—¡Es un por demás!

—¡Que pueda agarrarla por los pelos y darle lo suyo!…

Don Teo se arrugaba con una mueca sarcástica:

—¡La Sofi a la tumba fría y tú a la horca! ¡Vaya tragedia!

—Si, usted, no lo comprende, será porque haya nacido para cabrón.

—Inda, te vas de la lengua, y no sabes agradecer un consejo. La Sofi, estaré

yo ciego, no me parece que reúna encantos como para justificar esa obcecación criminal.

—¡La Sofi es una diosa!

—¡Y tú un artistazo! La has idealizado y no eres capaz de la fría reflexión.

—¡Beberé su sangre! ¡Así, bebería, y después me quitaré la vida!

Don Teo se ladeó la gorra de músico, y se rascó la sien con un gesto cínico, madurado de filosofía estoica:

—No lo hagas sin dormir con ella una noche. Puede ser que se te vuele ese acaloro criminal.

Indalecio le miró con los ojos desorbitados:

—También lo he pensado. ¿Imagina usted que no lo he pensado? Pero la mataré primero.

Saltó, inmutado, el vejete:

—¡Eso, no! La camelas. Y si después de la dormida te queda algún resquemor, le das a la diosa para el pelo. ¡Lo justo, nada más que lo justo!

El chulapón rechinaba los dientes:

—¡Usted me aconseja, como si menda fuese un cabra!

Don Teo alzó los hombros, dándose un castañetazo en la visera de la gorra:

—Te aconsejo para que no seas un delincuente. Camelas a la diosa, la conduces al catre, y después del himeneo, la dejas con un corte de mangas. ¡Esa sería una faena de órdago!

Indalecio agachó la cabeza:

—Esa faena tampoco estaría mal… Pero la otra… La otra… Lo he pensado, y ya no tiene remedio.

Se atufó el vejete:

—¿Cómo que no? Primero te tanteas llevándola al catre.

—Primero la mato… ¡Y aluego me la masco a besos!

—¡Vaya programa!

El chulapo estalló en un sollozo:

—Esa arrastrada será mi perdición. No crea usted que me pesa morir por ella. Es un final de mi cuerda.

—¡Vamos, que te has propuesto ser un héroe de novela!

Indalecio se bebía una lágrima:

—¡Le pico la nuez! ¡Me mato! El corte de mangas que usted me ha propuesto, se lo hago a esta perra vida.

El vejete enseñaba el diente verdino, con una risa solapada:

—¡No te comprendo! Tienes a la diosa negra de golpes, parecía que no te importase, y ahora esos calderones. Te creía más filósofo, y más veterano en el conocimiento del bello sexo. ¡Me admira tu virginal inocencia!

Bramó el chulapón:

—Hable usted por derecho y sin derrotes.

El vejete se arrató con un guiño de compadreo:

—¿De veras te sorprende la conducta de la diosa? ¿Pero es que te sorprende?

El chulapo espumajaba de rabia:

—¡Usted tiene conocimiento de alguna zorrería de la Sofi!

Don Teo le guipaba con un párpado alicaído:

—¡Inda, deja esos papeles!

—Y usted el veneno.

Don Teo se arrancó ladeándose el quepis:

—La Sofi te ha ganado más de un duro haciendo señores.

—¡Falso!

—Ella propia me lo ha contado.

—Pues ella miente.

—¿No se la has propuesto al Comisario de la Latina?

—Y aunque así fuese. Pudo venir esa carta forzada. Pudo salirme de los redaños, y hasta pudo suceder que la obligase con dos patadas. No es el caso presente: Entonces no hacía su gusto, sino el mío.

—¿Y esos no son cuernos?

—No lo son, porque no media engaño, y la mujer no se divierte, ni hace al hombre de menos. Si usted no lo comprende es porque nunca ha pasado de ser un mandria, un sufrido sin mano para gobernar a las mujeres.

Don Teo saludó con reverencia burlona, sacándose un botellín del paleto:

—Inda, ofendes mi dignidad, pero soy magnánimo, y te convido a un trago.

Destapó el botellín, y puso el gollete en la boca de Indalecio. Al retirarlo, el chulapo le miró colérico.

—¡Ni me ha mojado la garganta!

—¡No seas ansioso! Ahora le toca a un servidor.

Bebió con los ojos entornados: Al acabar se tumbó con el botellín sobre el corazón, sonriendo soflamero, bajo el chaparrón de invectivas que le lanzaba Indalecio. Se incorporó, le dio otro tiento al botellín, y vuelta a tumbarse. Lentamente se le fue mudando la sonrisa en una pena lela y lacrimosa:

—¡Inda, te amo como un padre!

XXV

SE oyeron los gorjeos de Doña Baldomera: Pechona y rozagante, apoyada en el brazo del relojero, tenía un mecimiento de oca. El marsellés, suspendida la manta por el asa de cuero, sacaba el vientre como una proa triunfante. Detrás asomaban algunos pasajeros de tercera.—Caras curiosas: Expresiones de burlas y lástimas.— Se oía el avispero de sus voces: Hablaban y reían al mismo tiempo. A la cabeza, dando humo de la pipa, la hopalanda flotante, la melena al viento, venía el Apóstol de la Revolución Universal: Los ojos azules del gigante traslucían una expresión piadosa y exaltada: A su lado el escuerzo calmuco arrugaba las cejas, y ponía los atisbos sobre Indalecio: El Boy permanecía en solapado silencio, las cejas obstinadas sobre las pupilas en acecho, la boca contraída por un gesto de recelo, todo huido y como disimulado en el desmedro de su figura. Indalecio torcía los ojos sobre Doña Baldomera: El chulapón, lacio y desmayado, chorreaba agua salobre, y la jamona animábale con verboso desgarro, al mismo tiempo que le tendía la manta por los hombros:

—¿Ya no cantamos? ¡Ay, amigo, qué pronto se le han caído los palos del sombrajo! ¡Eso no está bien! ¡A mal tiempo buena cara! ¡Hay que sacar ánimos! Creo que usted también es madrileño: Somos paisanos. ¡Vaya que se está mejor en la Puerta del Sol! Allí no hay balances, ni remojetes, ni capitanes de barco. Los guindas madrileños son más humanos. Tomará usted un café bien caliente, con una copa de ron. Eso le dará ánimos.

Don Teo se arrugaba frotándose las manos con meloso descaro:

—Me permito recomendarle la ginebra: Es más estomacal.

Indalecio le miró con despectivo soslayo, lanzando una escupitina:

—A usted nadie le pide vela.

—¡Inda, eres ingrato! Sabes que te amo como un padre.

Indalecio apretó los dientes:

—¡Payaso!

—¿Y por quién hago mis payasadas? ¡Por ti! ¡En obsequio tuyo! ¡Por divertirte la murria, por espantarte las malas ideas! Soy un esclavo de la amistad. ¡Un esclavo! ¿Puedes dudarlo? Di que lo dudas. Me complacería que lo dijeses. Yo te probaría lo contrario. Voy a probártelo. Ten el botellín. Ginebra de primera, de la que apimpla el Príncipe de Gales. Atízate un trago. No dejes una gota.

Emborráchate, Inda: ¡Emborráchate! Te quiero como a un hijo. Te aconsejo como un padre. Doña Baldomerita, usted que es una barbiana, y una madre para el amigo, aconséjele usted, que se apimple. Es lo más recomendado en la desgracia. ¡Ah, Doña Baldomerita! ¡Lo había olvidado! Nombre histórico. Nombre símbolo. Un servidor ha sido miliciano. Este humildísimo solfista se ha batido como un león en las barricadas.

Le zahirió Indalecio:

—¡Ha cambiado usted veinte veces la casaca!

—Hijo, la necesidad, la vida paupérrima de los artistas. Me ha tentado la gloria de Apolo. ¡Ah, si me hubiera tentado la gloria de Marte!… He sido soldado, donde ponía el ojo ponía la bala. Eso se sabe en Madrid. Lo sabe quien debe saberlo. Pude ser un héroe de Los Castillejos. Pude serlo… Estuve en esa batalla que no ha sido tanto como dicen. ¡Se infla mucho el perro!

Doña Baldomera, volviéndose a derecha e izquierda, preguntaba con un borbotón de risa:

—¿Quién es este prójimo?

—Un amigo, un amigo de todos ustedes, un artista, un hombre serio. Inda me conoce. Inda dirá quién es Teolindo Soto. Teolindo Soto, profesor de guitarra por cifra. ¡Un artistazo! Si ustedes tienen gusto en ello, esta noche les daré un concierto.

Se quitó el quepis saludando, y se lo encasquetó con aire bravucón, repentinamente ensombrecido. Sentíase observado por la mirada de unos ojos de rana, amenazadores y hostiles. El Pollo de los Brillantes estaba allí, confundido con el pasaje del sollado: La blancura de su flux habanero, brillaba al sol de la mañana, entre el humo de la pipa que fumaba el barbudo gigante. El humo de aquella cachimba extendíase sobre el mar como una bruma, se enredaba en las jarcias. Y el gigante, sin haber entendido una palabra, reía con su ancha risa jovial que le estremecía la barba. Lo más absurdo era que encendiese la cachimba, cuando el humo apenas si permitía verle la cara. Aquella niebla tenía gorjeos de sol: Todas las cosas se desvanecían en la musicalidad difusa de una luz acuaria. El *Omega* se desdoblaba en un miraje, y otro vapor de fantasía navegaba por sotavento.

XXVI

DON Teo hundió las manos en los bolsillos del paleto, y alzando los hombros con desvergonzada indiferencia, comenzó a pasearse en tres palmos de cubierta: De pronto se detuvo, guiñó un ojo, abrió la boca, y se rio descaradamente, enfrentándose con el Pollo de los Brillantes. El antiguo matón palideció de rabia. Don Teo enseñaba el diente limoso, apuntando una mueca de imperioso cinismo. El Pollo, recalmado, se puso los pulgares en las sisas del chaleco, y de soslayo, por encima del hombro, miró a otro lado, silbando despectivamente. El pasaje se agolpaba sobre la amura de sotavento admirando el fenómeno de espejismo y parecía olvidado de Indalecio. El tuno, con la manta resbalándole por los hombros, y el pelo pegado a las sienes con luces mojadas, tenía un bramido melodramático:

—¡Así se trata a un hombre honrado! ¡Toda la puñetera noche en este cepo como un animal montés! ¿Y cuál es mi culpa? Venga a mi presencia ese miserable capitán, y, de hombre a hombre, le diré que es un tío vaina. ¡Declárese qué ley autoriza este maltrato! ¿De dónde un cochino capitán inglés tiene fuero sobre los naturales de España? ¿Cuál es mi culpa? ¡Volver por mi honra, no avenirme a ser un cabra!… ¡Indalecio Meruéndano los tiene como la copa de un pino, que se entere ese capitán con más pitones que un toro de lidia! España no es la Inglaterra. Ese hijo de la gran cabrona de los mares, todavía no sabe quién es Indalecio Meruéndano. Indalecio Meruéndano da la cara aquí y en todas partes. A Indalecio Meruéndano no hay nacido que le ponga mancha en su honra. ¡Ni hombre, ni mujer! ¡Y adonde lo haya lavará su honor con sangre!

El Pollo se le acercó con un gesto de disimulada advertencia:

—Me interesa usted por ser español…

Indalecio le miró con zaino desabrimiento:

—¡Pues haga usted algo por sacarme de este cepo!

—Empiece, usted, por no agravar su situación. Esas voces y esos insultos no conducen a nada.

—¿Quiere, usted, que me achante?

—Me limito a darle un consejo.

—¡Vamos, que sea un manso!

Don Joselito bajó la voz:

—Que seas prudente.

—Pues saque, usted, la cara por mí: Vea usted al capitán. Pero, usted, no quiere comprometerse por un pelanas. Toda la noche a la intemperie, sin un mal

chaquetón de aguas. La sola persona con sentimientos humanos, ha sido la Doña Baldomerita.

Don Teo que alargaba la oreja, se arrugó compungido, golpeándose el pecho:

—¡Inda, eres ingrato! ¿Cuál ha sido mi proceder? Buscarte en la bodega, pasarte la mano por el lomo, aconsejarte, confortarte con un trago del néctar holandés. ¿Que no he podido proporcionarte un chaquetón de aguas? ¿Y cómo, mi noble amigo? Tampoco he podido calmar las olas agitadas. ¡Rectifica, cuerpo gitano! ¡Rectifica! ¿Cuándo me has visto escurrir el bulto? Eso se queda para los potentados.

Indalecio escupió rencoroso, luego con una sonrisa zaina y humillada, se volvió al Pollo:

—¡La Sofi!… Avístese usted con la Sofi. Esa tía mala leche abriga la más negra traición. Como ella pueda, me manda al palo, y sin dársele cosa se va de dormida con el gilí que la camela. Ese punto tampoco es lo que aparenta. ¿Le ha mirado usted las manos? Muy pulidas. Esas son manos de monedero falso.

El Pollo de los Brillantes denegó con un gesto pomposo de señorón improvisado. Don Teo, buscando congraciarse, le hizo el acompañamiento con feble risa de badulaque. La niebla se adensaba sobre la cubierta borrando los contornos de las cosas: Las figuras, al moverse, parecían adquirir una naturaleza gaseosa e ingrávida. Desvanecido el fenómeno óptico, el pasaje hacía rueda en torno del cepo, donde el chulapo, con vanidad de primer actor ganoso de aplausos, declamaba su monólogo de melodrama.

XXVII

EL Apóstol de la Revolución Social, con empaque de rancio gentilhombre, que contrastaba con su indumentaria de artista bohemio, se dirigió a Doña Baldomera:

—Señora, permítame usted que me presente: Miguel Bakunin, ciudadano del mundo.

La jamona se animó con una sonrisa de burgueses arreboles:

—¡No es usted el ogro que cuentan! Su nombre me es muy conocido, y sus ideas…

Bakunin rio con su ancha risa de santo románico, que conservaba un encanto de remota infancia:

—Es usted muy amable, señora. Su opinión no puede menos de halagarme porque coincide con la mía. Efectivamente, no creo ser el monstruo que propalan mis enemigos.

A Doña Baldomera no se le iban los azorados arreboles, fluctuaba indecisa y deseosa de iniciar un coqueteo. El Apóstol abría sobre ella las flores azules de sus pupilas, y la jamona se inquietaba, deseosa de producir en el grande hombre una impresión inolvidable: Doña Baldomera escogía las frases, alambicaba su pronunciación francesa:

—Caballero, me he educado en un medio intelectual, mi padre ha sido uno de los más grandes escritores españoles, le perdí muy niña, pero he conservado siempre como una tradición familiar, el respeto a la inteligencia.

Bakunin no le apartaba los ojos de un azul exaltado, donde alternaban luces de malicia y candor:

—Señora, es usted tan amable, tan sin prejuicios burgueses, que no dudo ha de ser bien acogida mi demanda. Quería rogarle a usted, que admitiese un pequeño socorro mío, para aliviar el suplicio de ese hombre castigado en el cepo. No le juzgo, acaso sea un criminal, pero es un semejante mío, y el cepo es un suplicio infamante.

Había tomado entre las suyas, la mano de la jamona, y oprimiéndola con efusión cordial, deslizaba en ella algunas monedas: A Doña Baldomera le brillaron los ojos agarenos, descaradamente pintados:

—¡Oh, qué gran corazón! Crea, usted, que no ignoro los lazos de amistad que le unen con el rival de ese desgraciado.

Bakunin hizo un gran aspaviento de extrañeza, y miró al calmuco que escuchaba con taciturno sarcasmo:

—¡El Compañero Salvochea rival de ese brigante! ¿Qué suerte de rivalidad?

Doña Baldomera inició un lance de ojos:

—Rivalidad amorosa. ¿No han reparado ustedes, en una mujer rubia?

El gigante levantaba los brazos con las barbas estremecidas:

—¿Pero quién ha forjado esa novela?

La jamona se dirigió al calmuco fluctuando zalamerías:

—¿Para usted también es una novela?

El calmuco sacudió las greñas con movimiento despectivo:

—¡Absolutamente!

Doña Baldomera parecía un poco cortada:

—Dos hombres que luchan a muerte… ¡Es inexplicable si no existe alguna

rivalidad!

Abría los ojos atónitos: Sentíase defraudada ante la sospecha de que no fuese un héroe de folletín, aquel jacarandoso condenado a la barra. El gigante velaba de ironía las flores azules de sus ojos:

—Mi querida señora, no hay novela. Ese desgraciado ha cedido a la tentación de matar y robar. El Compañero Salvochea, que es un santo, le ha perdonado, y las monedas que yo acabo de poner en manos de usted, son suyas.

El calmuco escuchaba silencioso, con un gesto solapado. Doña Baldomera aún parecía perpleja:

—¿No habrán sido los celos el móvil de todo? ¡Una tempestad de celos! Ese hombre es un violento, hay tal pasión en sus palabras. ¡Si ustedes pudiesen entenderlas, acaso no le juzgasen tan criminal!

Indalecio, en la rueda de pasajeros, romanceaba su desventurado ejemplo, y ponía por disculpa las traiciones de una mala mujer. El calmuco formuló con sagaz intuición:

—Es probable que prepare su defensa, declamando el papel de Otelo.

XXVIII

VENÍAN moviendo bulla los conspiradores españoles.

Arrastraban una añeja disputa apostillada de retos y votos, augurios y jactancias. Doña Baldomera los acogió haciendo bucheos de paloma:

—¡Ni llovidos del Cielo! ¿Para ustedes ese desgraciado de la barra, puede ser un malhechor?

Ceceó Paúl y Angulo con bronca guasa:

—Un amigo de lo ajeno.

—¿Pero usted ha oído sus protestas?

—¡Un punto de cuidado!

—¿Ustedes también le condenan?

El Capitán Estévanez se puso la mano en el pecho con solemnidad socarrona:

—Yo respeto todas las morales, Doña Baldomera. Ese pinta, puede ser un prudoniano, y considerar que la propiedad es un robo. El Señor Bakunin seguramente le absuelve.

Encendiose la jamona:

—¡No! ¡También le condena!

—Pues no es lógico ni consecuente con su apostolado.

Coqueteó Doña Baldomera fraseando en la lengua de Moliere:

—¡Oh, Señor Bakunin, que usted no es lógico, que debe usted sacar la espada por ese paria! ¡Oh, sin duda se burlan un poco de mí, Señor Bakunin! Me han tomado por una romántica. Es probable que lo sea. Una mujer sensible, toda la vida. Los hombres están siempre sobre la vuelta, las mujeres somos más crédulas.

Alternaron sus chanzas, con babélico chapurreo, los Hermanos del triángulo, los milites desertores y hasta el clérigo sin licencias. El gigante eslavo sonreía entre sus barbas:

—Mi querida señora, sus compatriotas son gente de buen humor, y no debe usted apurarse. Crea usted, señora, que si ese cantante de la barra fuese un enemigo doctrinal de la propiedad privada, no hubiera intentado hacer suya la bolsa que guardaba el Compañero Salvochea. Es un brigante doblado de asesino, por eso yo lo condeno.

El Boy soslayó una mirada rencorosa sobre el Maestro:

—El injusto reparto de las riquezas, puede, en cierto modo, justificar a ese hombre. Para mí lo justifica plenamente. La desigualdad social es tan irritante, que los atentados contra la propiedad, cualquiera que sea su forma, son avances en el camino de la Revolución Comunista. Nuestro deber es defenderlos, ampararlos y provocarlos. No hacerlo es una traición a la causa.

Hablaba sin gestos, con una pasión fría y dogmática: Sus ojos, encendidos de rencores, acabaron levantándose audaces sobre el Maestro. El Capitán Meana, que todo el tiempo había asentido con un movimiento de las cejas, le alargó la mano:

—Cuanto usted ha dicho, es el Evangelio de la Revolución Social.

El calmuco adormeció los ojos, en Un ensueño taciturno:

—¡Sellaremos con sangre nuestro Evangelio!

El Capitán Meana, que, como antiguo garibaldino, era un afiliado de la secta carbonaria, se proclamaba ateo y anarquista por principios:

—Es siempre oportuno despertar los malos instintos, y aniquilar cualquier asomo de moral individualista, para consumir una moral social.

Bakunin sonreía entre las barbas, porque eran aquellas sus propias expresiones, en la *Guía Secreta*. El antiguo garibaldino, al repetirlas, había puesto en ellas una intencionada alusión: Su boca de labios sutiles, grande y sinuosa, se plegaba enigmática, en tanto que los ojos, socavados bajo las cejas,

no se apartaban del Maestro. Corría por la cubierta un apurado repique aviso del almuerzo y entraba la dispersión en los corrillos del pasaje: Bakunin posó una mano en el hombro del antiguo garibaldino, y murmuró en voz baja:

—Ya tendremos ocasión de explicarnos…

XXIX

EL gigante eslavo penetró en el comedor rodeado de los conspiradores españoles, que, con verbosas instancias, le obligaron a ocupar la cabecera de una mesa, bajo la luz marina del ojo de buey. El comedor de caobas obscuras, tapizado de reps verde, era triste y opaco, con la expresión embalsamada de una moda en fuga. El techo, muy bajo y de vigas simétricas, tenía esa leve comba que se origina de la arquitectura naval. A cada balance el horizonte de olas y espumas mudaba la perspectiva en el campo óptico del ojo de buey: Las mesas tenían puestos los violines, y por los rincones obscuros alumbraban algunos mecheros de petróleo. Bakunin, con sus barbas fluviales, sus melenas de bohemio, sus gestos de inspirado, sus ademanes proféticos, atraía las miradas: Sentado a la cabecera, en la mesa de los revolucionarios españoles, hablaba con abundante verba, enredado en una de esas místicas y pueriles divagaciones tan gratas a los eslavos:

—La vida, al modo de los sueños, tiene una cuarta dimensión que apenas podemos intuir. La vida no es el cómputo de las vidas: Es algo ajeno a ellas, como el mar es ajeno a los peces, y el aire a los pájaros, y el espacio a los astros. La vida no es alegre ni triste, ni buena ni mala, esos son sentimientos humanos, y la vida es superhumana. Indiferente, ser santo o asesino, marchar hacia la derecha o hacia la izquierda. Cualquiera que sea el rumbo de nuestros pasos, la vida los sitúa fuera de toda previsión lógica, con la antigeometría inflexible de su cuarta dimensión. Todo extravaga, todo está en fuga hacia un fin remoto acaso todavía no previsto, y cualesquiera que sean nuestras acciones siempre son una y la misma. No mudan en su íntima raíz, como el dedo que hago rodar en torno del círculo, permanece en el mismo lugar con referencia al centro, sin que el movimiento engendre mudanza. Esa cuarta dimensión que sitúa la vida fuera de los sentidos, es por naturaleza inaccesible para nosotros. Solo en los sueños podemos intuirla. Pero todo intento de interpretar la vida dentro de fines morales es absurdo. El bien y el mal desaparecen en la última intuición que todo lo

reduce a unidad. En el seno difuso de la vida, las acciones humanas se trasmudan fuera de nuestra voluntad y de nuestra inteligencia. Todos los cálculos, todos los intentos por dar un sentido moral y trascendente a la existencia, son vanos ante ese último extravagar que trastorna esta pequeña e inestable vida que nosotros concebimos, y ordena esa otra vida que proyecta su sombra en la caverna de los sueños…

Apuró la copa que tenía delante, miró el plato colmado, y se puso a comer vorazmente. Comentó irónico el clérigo revolucionario:

—¡Confesemos que, a pesar de nuestra ignorancia respecto al principio vitalista, está apetitoso este guisado de carnero!

El Apóstol levantó la cabeza, le miró y después miró al Capitán Meana:

—Usted me ha supuesto en contradicción con mis doctrinas, de las cuales en ningún momento reniego. Es preciso desencadenar todas las malas pasiones, pero no con un fin particular, sino universal: No contra el individuo, sino contra el Estado. El Estado es la negación más odiosa del concepto de Humanidad: Su ley suprema es el aumento de poderío, con el fracaso de todos los derechos innatos que dignifican al hombre. La vida nunca podrá ser una cristalización jurídica, y la única manera de salvar su íntima esencia, es destruir cuanto tienda a concretarla en una moral arbitraria. Contra el orden impuesto por los intereses de una minoría burguesa, el proletariado debe imponer un excelente y bienhechor desorden. La rebeldía es un estado de gracia. Marx considera al proletariado como clase social, y es el error de ese judío intrigante. Yo amo decir las masas, porque tal palabra define mejor ese océano de lavas ardientes que un día habrá de inundar el Universo. La acción de las masas jamás podrá concretarse en un sistema de cristalizaciones.

El clérigo sin licencias entornaba los ojos piadoso y benévolo, dispuesto a confundir las heréticas utopías de aquel grande hombre. ¡Qué absurdos filosóficos, qué ignorancia de las Sagradas Escrituras! El Señor Alcalá Zamora tomó la servilleta, y, muy pulcramente, se la pasó por los labios: Juntó los pulgares y asoñarró los ojos con doctrinal suficiencia:

—¿Me permite, usted, algunas objeciones? Santo Tomás nos habla de una armonía inmanente preestablecida por los inescrutables designios del Supremo Hacedor.

El barbudo gigante rebañaba el plato:

—Usted me permitirá que recuse ese testimonio.

—¡El testimonio del Doctor Angélico!

—Santos Doctores, Santos Padres y Santos Patriarcas no me hacen fe. Exponga usted sus razones, las suyas, y es probable que me convenza.

El clérigo dobló la sien, con mónita de seminario:

—Yo me considero tan poca cosa, que, necesariamente, busco fortalecer mis argumentos con las Autoridades de la Iglesia.

—En tal caso no espere usted convencerme.

Intervino el Capitán Estévanez:

—La armonía sideral no es un dogma católico, que requiera el testimonio del Doctor Angélico: Basta apelar al testimonio de los propios sentidos. ¿Puede negarse la coordinación de las esferas, el orden que rige los mundos?…

El gigante eslavo acautelaba una mueca irónica:

—El espacio es anterior a los astros, y de la fatalidad del espacio, no de la voluntad de los astros, proviene ese orden. Paralelamente, de igual manera que el espacio es anterior a las formas, el principio vital es anterior a las vidas, y les señala un ritmo al cual hacen violencia todos los prejuicios de la moral burguesa.

El clérigo conspirador, se abeataba juntando los pulgares:

—¿Y por qué, admitiendo que de la fatalidad del espacio proviene el orden de las esferas, no admitir igualmente, que de la fatalidad de nuestra humana naturaleza proviene el orden social?

Saltó el Capitán Meana:

—Lo que usted llama orden social, es la desigualdad entre los hombres, el crimen del Estado. Entre todos los seres solo los hombres tienen Códigos.

—Porque su razón es superior al instinto de los animales.

A Bakunin le temblaron las barbas:

—¡Siempre el mito de la razón! ¡La razón por encima del instinto de las especies! ¡La razón por encima del impulso que mueve los astros! ¡La razón por encima del Universo!

El Capitán Meana ponía sus ojos ardientes en el Señor Alcalá Zamora:

—Es el dogma de un ridículo satanismo burgués.

—La razón es un reflejo de la Divinidad.

—¿De la Divinidad o del Infierno?

Le aconsejó el Maestro:

—No se pierda usted en disquisiciones teológicas.

Ceceó Paúl y Angulo:

—Es el reclamo para la caza de codornices incautas.

Tomaban el café, y el rumboso jerezano pagaba los vegueros y el coñac. Con

la proyección de los balances, el comedor columpiaba la quimera de haberse trasmudado la vida al fondo oblicuo de un espejo. Todo subía y bajaba con el ritmo del horizonte marino en el ojo de buey.

XXX

EL Pollo de los Brillantes dobló pausadamente la servilleta, encendió un habano, y se dirigió a la puerta del comedor: Al paso se detuvo saludando a los conspiradores españoles, como asaltado de una súbita idea, aun cuando no era otra su intención: Al acercarse, condenó el lamentable espectáculo de aquel silbante que escandalizaba en la barra: Deslizó entre bocanadas de humo:

—¿Creo que la víctima tiene amistad con alguno de ustedes?… Doña Baldomera me ha impuesto de que es persona educada y de posibles.

Abrevió Paúl y Angulo despectivo y lacónico:

—Uno de los pocos hombres capaces de salvar a España.

Concluyó el Pollo:

—Pues esos son los que hacen falta. Ya es cosa fuera de lo corriente el rasgo de dormir en el sollado y comer el rancho, habiendo pasta. La Doña Baldomera es algo fantástica, pero me ha contado que el amigo de ustedes, es todo un santo laico. Pues ya tiene toda mi simpatía. Para un servidor, esos son los mejores. ¡Los santos que canoniza el pueblo soberano! ¡La opinión pública! Si ustedes me lo permiten, me sentaré un rato de charla. Creo que el señor es un famoso personaje europeo.

Se había sentado, y con un guiño de sus ojos de rana, designaba a Bakunin.

Aclaró el tonsurado con un dejo de ironía:

—¡El señor, es, nada menos, que el Apóstol de la Revolución Universal!

—La Doña Baldomera es un tanto fantástica, y uno no sabe nunca si mete el corvejón.

El Pollo hablaba con buena sombra, y aquel juicio sobre la jamona, promovió risas y comentarios. Inquirió Paúl y Angulo:

—¿Conoce, usted, mucho a esa señora?

—¡Quién no la conoce en Madrid!

Declaró el Capitán Estévanez:

—Yo sospecho que es hija de Fígaro.

—¡Hombre, el apellido suyo es Larra!

—¡Justamente!

—¿Un escritor que se ha saltado la tapa de los sesos, allá por los tiempos de Mendizábal?

—¡Para mí la primera figura entre los románticos!

—Pues si el autor de sus días era alguien escribiendo, la hija tiene un talento financiero, que no le cabe en la cabeza. ¡Un Salamanca con faldas!

Paúl y Angulo arrecelaba los ojos miopes y pitoños:

—¿En política no torea?

—Torea en todas las plazas, en todos los terrenos, y sin volver la cara a ningún morlaco. No hay cosa en que no tercie, desde correr alhajas, hasta negociar credenciales, grandes cruces y títulos del Reino.

Encomió con sorna el Capitán Meana:

—¡Pues es una potencia la Doña Baldomera!

Aseguró el Pollo:

—¡Sí, señor, una potencia! Y lo ha sido más, pero se ha significado con algunos viajes a San Telmo…

Paúl y Angulo apuntó una mueca burlona:

—¿Es partidaria del naranjero?

—Es partidaria de la Infanta. Eso dice…

—¡Mala carta juega!

—¡Eso ya se verá!

—El General Prim, tiene pocas simpatías por el franchute.

—El franchute, señores, tiene mucho parné, y si suelta la mosca…

Paúl y Angulo se atizó un latigazo de coñac:

—Si suelta la mosca, se queda sin ella.

—Hay mucha hambre en el ramo de Sargentos y Generales.

—La Revolución la hará el pueblo soberano.

—¿Me autoriza usted para dudarlo? La harán los espadones, como todas hasta la fecha.

—¿Usted no cree en la Revolución?

—Yo creo que caerán unos y vendrán otros, para seguir como antes. La Revolución todos la temen.

—El pueblo no la teme.

—El pueblo está dormido.

—Hoy el pueblo tiene noción de sus derechos.

—No quiero contradecirle, pero, si usted me lo autoriza, le diré que un

servidor no cree en los milagros: Ni en los del pueblo, ni en los de Sor Patrocinio. Vendrá Don Juan Prim, y gobernará como otro Narváez.

—Vendrá la República, que es el gobierno de las democracias.

—Más segura creo la baza de San Telmo.

Bromeó el Capitán Estévanez:

—Me parece que a usted, le ha camelado Doña Baldomera.

Tosió el Pollo, haciendo jugar los dijes del reloj, sobre la panza:

—Yo las necesito más tiernas… Y no le niego la sandunga a Doña Baldomera. Soy el primero en reconocer sus encantos físicos y morales. Sobre todo tiene un corazonazo que no puede ver una lástima. Ahora se le ha puesto en el moño solicitar el indulto del punto filipino que va en la barra. ¿No ha hecho con ustedes ningún avance?

El Pollo humeaba el veguero con apompado deleite, disimulando el secreto propósito que le había guiado a la mesa de los conspiradores. Apuntaron alternas voces con despectiva indiferencia:

—¿Un avance?

—¡Que se las componga sola!

—¡La clueca sentimental!

—¿A cuenta de qué un avance?…

Camanduleó el Pollo:

—¡Señores, qué ojazos me ha puesto para que la acompañe a presencia del Capitán! Está muy volada con todos ustedes. Se duele de que la hayan tomado por una romántica. Con todo, me extraña que no haya intentado…

Interrumpió Paúl y Angulo con chunga marraja:

—Usted, amigo, lleva plomo en el ala.

Fluctuó el Pollo:

—Hombre, a mí, como patriota, me repudre que un español, así sea el más criminal, sufra el despotismo de un Capitán inglés. ¡Para qué negarlo! Y a usted, y a todos ustedes les ocurre lo mismo.

La trinca revolucionaria tomó a chacota tales alardes:

—¡Se impone una reclamación diplomática!

—¡Que lo cuelguen de una antena!

—¡Le declararemos la guerra a la pérfida Albión!

Atajó el Pollo:

—Señores, me la envaino.

El Pollo de los Brillantes representaba la farsa del filisteo patriota, atento

solamente al logro de un callado propósito: Barruntaba el despecho del chulapón, si no acudía a remediarle, le sobresaltaba que pudiese cantar sus secretas connivencias, y encendía aquellas bengalas patrióticas, al soslayo de sacarle de la barra. Con el jolgorio que movió la trinca conspiradora, despertose el Apóstol de la Revolución Universal. —Había dado cuenta de la botella de coñac, y echaba la siesta de bruces sobre la mesa.— Sus ojos azules tenían una niebla de vagas e indolentes interrogaciones. Impensadamente apareciose Doña Baldomera: Llegaba abanicándose, corretona, todo un temblor de pechos y nalgas:

—¡Con ustedes no quiero nada! ¿Qué es de su amigo? ¡Vaya duende! He revuelto todo el vapor… La declaración que ha prestado es un rasgo… Vengo de avistarme con el Capitán: Muy bien dispuesto para aminorar los rigores del castigo… ¿Pero el héroe, el protagonista del drama dónde se esconde? Es necesario que se ratifique en su declaración.

La jamona, retaleaba con simpático garbo, jugando del abanico y de los ojos. La trinca revolucionaria, dando humo de los habanos, con motas de ceniza por barbas y chalecos, encendidos los ojos, acalorada la verba, salió a cubierta escoltándola. El sol se hundía en el mar, lloraba en la proa un acordeón de emigrante, las olas se teñían de violeta, y un sendero de oro rielaba por la banda del Poniente.

XXXI

FERMÍN Salvochea, con silenciosa obstinación, esquivo a todo regalo corporal, se había vuelto al refugio penitente del sollado: Leía a la luz de un cabo de vela. La Sofi, sentada en las tablas del suelo, la sien reclinada en un baulete, contemplaba aquella luz con ojos tristes:

—¡Muy sabio debes de ser leyendo tanto!

Fermín levantó los ojos, y la observó un momento con vergonzante sonrisa:

—¿Qué haces ahí?

—Mirarte.

Fermín no contestó: Confuso y sin saber qué decir, volvió los ojos al libro, pero le turbaba saber que no dejaban de mirarle los ojos de la Sofi: Al mismo tiempo le acudía un recelo compasivo, una alarmada timidez de mostrarse duro con aquella desvalida criatura. Lentamente dobló el libro sobre el pecho:

—Se me cansa la vista.

La Sofi le reconvino con la voz temerosa y cálida:

—¿Por qué lees siempre? ¡Podías hablarme!…

Fermín miró el cabo de vela, como si buscase su respuesta en el temblor de la luz:

—¿Eres muy desgraciada, Sofi?

—¡Más no cabe!

Quedó callada, con las manos en cruz y los ojos bajos. Fermín perdió su timidez, asistido de una efusiva compasión:

—Cuéntame tu vida.

—Para qué te voy a contar… Una vida arrastrada.

Aseguró Fermín:

—No es curiosidad, no creas…

La Sofi se mordía los labios:

—Será por haberte dicho que me hablases.

—No, tampoco es eso… ¿Cómo has podido pensarlo?

La Sofi le miró con los ojos brillantes:

—Ya sé que no es eso…

—Creo que después de contarme tus penas habías de quedar más consolada…

—¿Y tú, cuando supieses toda mi perdición, dejarías de mirarme?

Estalló en sollozos, escondida la cabeza entre las manos. Fermín esperó un momento, y luego aseguró con esquiva cortedad:

—Yo nunca sería tu juez…

La Sofí le miró entre lágrimas:

—¡Te contaré mi vida! ¡Te la contaré toda!…

A Fermín le entró de súbito una fría y recelosa sequedad una desgana egoísta de oír el relato de la Sofi. Ella le miraba indecisa, los labios trémulos de mudas palabras. Fermín salió de aquella aridez espiritual, con un atribulado sonrojo-

—Sofi, acaso no merezco tu confianza.

La Sofi se tapó la cara:

—¡Me avergüenza que me veas!

—¿Por qué?

—¿No se te alcanza? Apaga la luz.

Fermín apagó la luz. La Sofi se arrastró sigilosa a besarle las manos:

—¿Qué haces, Sofi?

—Déjame estar cerca de ti. Como no sea con la voz más baja, no podré hablarte.

Le sobrevino una congoja. Fermín, dulcemente, la sacó fuera del sollado para que recibiese la brisa del mar. Lucían las primeras estrellas, cantaban su nocturno las olas. Fueron a sentarse en uno de los bancos del entrepuente. En silencio, un poco separados, con la luna en las caras, no se atrevían a mirarse. La música del acordeón pasaba en el viento.—Taconeo. Rumor de enaguas almidonadas. Una sombra pompona. Doña Baldomera:

—¡Si estorbo, me retiro!

Fermín se puso en pie con un gesto confuso:

—¿Qué desea?

Doña Baldomera le llevó aparte. La Sofi, mustia y taciturna, quedó distanciada, recogida en la punta del banco. Fermín esperaba con una sonrisa irresoluta. Doña Baldomera garbeó los ojos, cruzó el chal de cachemira sobre el vasto pecho:

—Usted perdone: Olvidé su gracia…

—Fermín Salvochea.

—Es verdad. ¡Qué cabeza la mía! Ya, usted, tendrá ocasión de conocerme: Soy una mujer toda corazón, y como usted ha declarado tan noblemente… Sin esa circunstancia no me decidiría a dar este paso.

Fermín se defendió con un gesto huraño:

—No merezco elogios. Usted me dirá qué desea.

La jamona le caló los ojos:

—Repito que sin el rasgo de usted, porque es un rasgo de lo más hermoso… Pero no quiero herir su modestia. Se trata de hacer menos duro el castigo del delincuente. El Capitán parece bien dispuesto… Se han recogido firmas entre el pasaje, y si usted quisiera encabezarlas.

Fermín asintió, sin recatar un gesto de extrañeza:

—No puedo negar mi firma a esa petición, sin embargo de creerla inútil. Dice usted que ha visto al Capitán. Yo también le he visto.

Doña Baldomera se retocó el moño: Parecía un poco confusa:

—¿Que usted le ha visto?

—Sí, señora, y con la misma solicitud. No me ha parecido tan bien dispuesto como usted dice.

La jamona hizo grandes aspavientos:

—¿Es posible? ¡No me explico! Acaso mi buen deseo me ha llevado a

interpretar como una promesa, las ambigüedades del Capitán. ¿De todas suertes, si usted quisiese formar parte de la comisión que debe entregarle la solicitud? Yo creo que sería de un gran efecto.

Fermín iba a prometerlo, cuando sintió sobre el brazo una mano crispada:

—¡No se comprometa, Don Fermín!

El respeto del tratamiento le produjo una sensación de honesta y confiada gratitud. La Sofi tenía un fulgor de estrellas en los falsos collares. Fermín la miró con reservada expresión de reconocimiento, sin embargo, al responderle lo hizo tuteándola, dando a sus palabras un acento de suave reflexión, como solo se habla a los niños:

—Sofi, hay cosas que tú no alcanzas.

—¡No tenga compasión de ese alma negra!

Los ojos verdes de la apenada mujer suplicaban atemorizados. Fermín hizo un gesto de perpleja impaciencia:

—Sofi, procura serenarte.

Ella le miraba sombríamente:

—¡Sepa que me matará!

Fermín se estremeció:

—¡Estás loca!

—No temo que me mate… Temo que aun pueda cometer una acción más negra.

Hablaba presa de atribulado sobresalto: Le lucían los verdes ojos, áridos y febriles. Fermín adivinó, y la impuso silencio con lacónica entereza:

—He formado mi propósito.

Clamó la Sofi:

—Libre de la barra, nunca mucho tarda en afilar el cuchillo. ¡Y si solamente fuese mi verdugo!…

Intervino Doña Baldomera:

—¡Hija mía, está usted delirando!

La Sofi cayó de rodillas juntando las manos:

—¡No temo por mi vida! ¡Es por la suya! ¡Ay, qué ruin estrella!

El viento trajo rodando una gorra de músico. Bajo la luna, al arrimo de unos fardos, corría a gatas la sombra de Don Teo. Doña Baldomera, detuvo la gorra con el pie, y la empujó al mar. El fantoche salió corriendo de su escondite: Batía los brazos bajo la luna:

—¡La gran siete! ¡Vaya una producción! ¡Y se llama usted señora!

Se descaró Doña Baldomera:

—Así se guardará, usted, de espiar lo que no le importa.

Se columpió Don Teo:

—¡Que un servidor espiaba! Es usted algo improcedente al afirmarlo. Un servidor echaba un sueñecito. El derecho al sueño está universalmente reconocido. ¡Podría decir que se me ha despertado! ¡Podría achacarlo a los trinos de esa rubiales! No lo hago… Soy ecuánime y progresivo… Reconozco que la palabra no delinque…

Don Teo se columpiaba dando vahos de ginebra. Doña Baldomera le lanzó una mirada despectiva:

—Está usted sobrando.

—¡Es una opinión! Una opinión muy respetable pero poco justificada. Digo poco justificada porque a un servidor le gusta ser galante con el bello sexo. Piso esta cubierta en uso de un perfecto derecho. ¿Quiere usted que baje al fondo del mar en busca de mi gorra? ¿Desea usted que me haga buzo?

Don Teo se dejó caer en el banco: Babeaba una risa felona: Fermín, perdida la paciencia, con la súbita cólera de los tímidos, le sacudió por los hombros:

—Si usted sigue molestando, sale por la borda.

El vejete le clavó una mirada insolente, mientras a recato, con farfullos de lengua torpe, hundía una mano en el bolsillo del paleto:

—¡La gran siete!

Se puso por medio la Sofi:

—¡Déjele, Don Fermín! Haga cuenta que habla la bebida.

Don Teo se tumbó en el banco, y cruzó las manos bajo la cabeza:

—¡Muy bien, niña! ¡Muy bien! ¿Y eres tú quien me lanza esas palabras imprudentes? ¡La bebida! ¡Una copa de ginebra! ¡La bebida! ¡La bebida! ¡No miras que puedo ser tu padre! Oye, niña, la luna se ha bajado al mar. Y ese pipi, que me ha tomado por un quepis viejo. ¿A qué te has metido por medio? ¡Le hubiera abierto un ojal! ¡Sofi, francamente, eres un solemnísimo pendón! Doña Baldomerita, usted, es una persona decente. Un servidor quiere desengañarla: Inda no merece que usted se apasione. ¿Quién es Inda? Un sinvergüenza. Ese pipi se la ha ganado. Y a ti, niña, te corta la cara. ¡La gran siete! ¡La luna arriba! ¡La luna abajo! ¡Esto es un baile!

Calló con balidos de risa felona: Dio una vuelta, y rodó del banco. Se incorporó restregándose los ojos. Estaba solo sobre cubierta. La farola de mesana tenía un envase de niebla. A proa, el acordeón acompañaba el nocturno

de las olas.

XXXII

—¡QUÉ hora negra!

La Sofi, vencida, resignada, con un clavo en las sienes, había vuelto a las lobregueces del sollado. Sentada sobre las tablas del suelo, con la cabeza descansando en el borde del baulete, rememoraba las palabras de aquel santo sin hieles: Las inflexiones de la voz, el silabeo apagado y prudente, del que trascendía una austera resolución. Ecos de palabras, nieblas de imágenes, volvían en confuso y acalorado devaneo. Con las inflexiones de la voz recordaba la boca, grave de reservas, y los ojos que la habían mirado todo el tiempo con una tristeza reflexiva. Se obstinaba en la evocación de aquella mirada, al mismo tiempo que se repetía las palabras conminatorias. En medio de su abatimiento la encendían súbitos rencores contra Doña Baldomera. Temía como algo aciago e inexorable, la venganza de Indalecio. Sobre el supuesto de que las instancias del pasaje le alcanzasen el indulto, se prometía salirle al encuentro para que satisficiese en ella el fuero de su mala sangre. Ni un momento dudaba de aquellas traidoras intenciones: Obsesa de presentimientos, tenía como una conciencia irreal de hallarse cubierta de sangre. Asoporada, con la cabeza sobre el borde del baulete, su angustia adquiría la amargura macerada de un dolor pretérito: Dolor de lágrimas secas y un clavo en las sienes. Se adormecía en los negros círculos de aquel afligido y monótono pensar: Sentía cada vez más fuerte el taladro de las sienes, y pasaba del sopor a la vigilia con repentino sobresalto. Puesta de rodillas, atropellando palabras confusas, levantó la tapa del baúl. Sus manos veloces registraron entre las ropas, y sacó un cuchillo: Llevándolo oculto huyó del sollado: Helada y furtiva atravesó la cubierta, con el fulgor de las estrellas en los vidrios del collar: El corazón le golpeaba contra la hoja del cuchillo, que oprimía bajo el toquillón: Se detuvo sacándolo a hurto, reluciente en su mano de luna: Era un cuchillo grande, con el cabo negro: Lo contempló adementada, sañuda, y volvió a esconderlo: Corría en el impulso de una ráfaga, con la greña suelta, apretado el toquillón sobre el pecho. Un golpe de mar la arrastró sobre la borda, y cayó de cara, lastimándose, abrazada con el cuchillo. El toquillón se le fue en el viento. Avanzó de rodillas, con la boca dando sangre, los ojos en acecho sombrío. La luna que iluminaba la cubierta, caía con trémulos

brillos sobre la espalda de Indalecio. La Sofi reconcentraba todo el fulgor de sus ojos sobre la nuca de aquel verdugo. Quedó sobrecogida oyendo sus renegados textos, y el cuchillo se le escurrió de la mano. Enfrente, sobre el fondo de mar y luceros, sentado en un rollo de cables, estaba el santo sin hieles. Entre las luces del mar y del cielo, en la clara soledad de la noche, resonaba negra de rencores, la voz de Indalecio:

—¡Falso! ¡Más que falso! ¡No creo una sola de tus fulleras palabras! ¡Eres un blanco y quieres ganarme! ¡Por la leche que me han dado, tú no eres más que un blanco!

Fermín le oía con serena expresión, sentado en el rollo de cables:

—No es cuestión de mi valentía… Pero tampoco me asustan tus baladronadas. Si he solicitado del Capitán que te indulte de la barra, ha sido por una obligación de conciencia.

—No pido a nadie compasión.

—No es necesario que la pidas. El Capitán ya te hubiera rebajado la pena.

Bramó Indalecio:

—¿Por qué no lo hace ese tío vaina?

—Por tus baladronadas.

—¡Todavía se pretende que me achante como un mandria!

—Que te muestres arrepentido.

—¡Mal rayo me parta! ¿De qué? ¿De no haberte mascado la nuez?

Fermín le clavó los ojos severos y acusadores:

—Has intentado robarme y matarme.

—Volvía por mi honra.

Fermín, sin mudar la expresión de los ojos, tuvo una sonrisa de lástima:

—Si lo estimas provechoso para tu defensa, puedes calumniarme.

Indalecio escupió colérico:

—¡Eres más blanco que la cochina saliva!

—Es posible.

—Pónteme lejos. ¡Un rayo me parta, ya nos veremos las caras! ¡Ningún nacido hace cabrón a Indalecio Meruéndano!

Fermín le amonestó con sosegada resolución, ocupado en liar un cigarrillo:

—No creo que me busques… Si tuvieses esa mala ocurrencia, darías con tus huesos en la cárcel.

—¡Después de comerte los hígados!

Sonrió Fermín:

—Probablemente en ayunas.

Jactose el chulapo:

—No temo la cárcel: Eso se queda para ti, gran falsario. ¡De dónde tú marinero! ¿De dónde? Tú no eres lo que aparentas, tú eres un fugado de presidio.

Fermín se encendió con una sonrisa de ingenuo asombro:

—¿Eso sospechas? ¿Y cómo no me delatas?

El terne le observó capcioso, con la mosca de haberse equivocado:

—¡Tienes muy pulidos los dátiles! ¡Son propiamente de monedero falso!

—Es posible. No tengo estudios sobre las manos de los monederos falsos.

Fermín se miraba las suyas, con apuro zumbón. Atropelló el bergante:

—Quien puede dar la cara, no lo excusa, y tu ropa de marinero es un engaño. ¡Esos dátiles tan pulidos, no son de lo que aparentas!

Fermín se consternó con un gesto de piadosa ironía:

—Sin embargo, tampoco son de falsificador de moneda… Te lo aseguro.

Apremió Indalecio:

—¿Por qué te disfrazas?

—Cosas de la vida.

—¡Rejo de Dios! ¡Aún vas a dártelas de revolucionario!

—¿Crees que no pueda serlo?

—¡Me haces demasiado panoli! También ese papón de las barbas, que no tiene ni tabaco, saca la pantalla de arreglador de mundos. ¿Tú serás de su cuerda?

—No te has equivocado.

—¿Para fumar de gorra?

—Para hacer la revolución social.

—¿Sois amigos de Prim?

—Somos amigos del pueblo.

Indalecio retrucó cínicamente:

—¡Amigos de sacarle los cuartos!

A Fermín le dardeó el enojo en las pupilas, al mismo tiempo que apagaba la voz con fervores demagógicos:

—Si llegase el reparto social, yo sería más pobre.

Soflameó Indalecio:

—¿Tiene usted posibles?

En la duda, instintivamente, dejaba de tutearle: Cedía al servilismo de todos los pícaros por el dinero, y un rictus de rencorosa envidia le atembloraba la boca.

Fermín se ruborizó:

—Puedo vivir sin trabajar.

—¡Vaya un cuidado! ¡Y parece que se avergonzase!

Indalecio escupió de soslayo, con mueca de sarcasmo. Fermín volvió a ruborizarse:

—Me avergüenzo porque no siempre he comprendido mi deber, y viví mucho tiempo como un vago.

Indalecio le clavaba los ojos con expresión obtusa y maligna:

—Si tiraba, usted, de lo suyo.

—¡Lo mío! ¿Pero puede ser mío lo que otros han ganado? ¡El trabajo ajeno!

Abrevió Indalecio:

—¡Leche!

La maleante suspicacia del chulapo, llenó de sorpresa y confusión a Fermín:

—¡Haces mal no creyéndome!

Rajó Indalecio:

—¡Si no son papeles, es usted un primavera!

Protestó Fermín con azorado resentimiento:

—¡Así es como hablan los burgueses!

Indalecio asomaba una mueca zaina de dudas y menosprecio:

—Nada me va de quién usted sea. Solamente le advierto que conozco sus entrevistas con la Sofi.

Maduró Fermín con desabrida austeridad:

—La Sofi te aborrece, y ningún derecho tienes sobre ella.

La voz del terne se veló de cólera:

—¿Negará usted que esa gran maula le ha pedido consejo?

—No lo niego. Me ha pedido consejo, y se lo he dado.

—¡Metiendo cisma!

—En estricta conciencia.

Recalcó Indalecio:

—Y acaso buscándose un compromiso.

—No lo temo.

—¿Sacaría usted la cara por esa perra?

Fermín le miró con lástima:

—Nuestras vidas siguen rumbos muy diferentes. Desembarcaremos, y no espero volver a tropezarme ni contigo ni con ella.

—Usted tiene los sesos aguados, y aún puede camelarle.

—No lo temas.

Borrose de pronto la sonrisa de ingenua y puritana rigidez que asomaba en la boca de Fermín. El chulapo le vio demudarse y alzarse del rollo de cables, con inesperado sobresalto. Un grito de mujer se retorcía por el claro de luna: Transmudaba el estremecimiento convulso y sagrado de una boca epiléptica: La Sofi, dramática, con el cuchillo sobre el pecho, ponía los ojos adoloridos en Fermín:

—¡La vida me pesa!

Se desplomaba gimiente. Fermín corrió a sostenerla, y el chulapo, cautivo en el cepo, se volvía, enrevesado el torso como un pábilo negro: Alzaba sus voces blasfemas bajo el cielo de luceros:

—¡Ah, gran zorra, estabas a la escucha! ¡Por la hostia consagrada!…

XXXIII

LA Sofi solo tenía un rasguño en el pecho. Fermín se inclinaba sobre la desfallecida mujer, y al advertir lo leve del daño, inquieto por acallar el suceso, la instó a que viese de incorporarse: Con timorata zozobra la condujo al camastro del sollado. La Sofi rechinaba los dientes, la boca blanca, los ojos adustos, la expresión enloquecida y frenética: La greña, sudorosa y enredada, le obscurecía la frente. El médico de a bordo, luego de atender a restañarle la sangre, había dispuesto un antiespasmódico. La Sofi, incorporada en el camastro, con los dientes apretados, obstinábase en rechazar la pócima: Entre la maraña del pelo, el rostro tenía un lívido claror transparente y lunático. Fermín le sostenía la cabeza acercándole el vaso a los labios. La Sofi, acongojada, caída en un estado de dócil abatimiento, acabó por ceder: Entrechocaba los dientes sobre el borde del vidrio, presa de histéricos temblores, levantados los ojos, vueltos a Fermín: Apartando el vaso, que salpicó el último resto de la pócima, le besó las manos con apasionada demencia. Fermín las esquivó reconviniéndola:

—¡Qué haces! Son extremos que me desagradan.

Permaneció un momento indeciso al pie del camastro, sobrecogido de incertidumbres y suspicacias puritanas. La Sofi gemía con la frente oculta en las almohadas, y unas compadecidas mujeres que habían asistido a la cura, alternaban sus visajes consolándola. Fermín se apartó sigiloso, llevándose un dedo a los labios: Se alejaba con el propósito de salir a cubierta, y sumirse en sus

pensamientos: Temía los impulsos sentimentales de aquella infortunada, y al mismo tiempo reconocíase inclinado a no desampararla.— Un escrúpulo triste, desabrido, incierto, le ensombrecía el ánimo.— Cuando asomaba por el escotillón para salir a cubierta, avizoró al calmuco en secreto coloquio con un hombre alto, vuelto de espalda. Por la sombra que se alargaba y movía, sacó la sospecha de que fuese el Capitán Meana: Huidizo tornó a sepultarse en el sollado: Daba por fallido el propósito de hallarse a solas, si salía a cubierta, y se recogió a su petate, cruzando con pisadas furtivas ante el camastro de la Sofi. Se acostó vestido, sin levantar las cobijas. La luz remota de un farol le caía sobre los ojos, y se los cubrió con la mano: Permaneció así mucho tiempo, con caótica pesadumbre, difusa, sin imágenes, sin recuerdos, sin incidencias ni mudanzas del pensamiento, toda una, monótona, invariable. Lentamente la tribulación de su ánimo se abolía en una angustia sensorial de peso sobre el corazón. Apartó la mano que le sofocaba los párpados, y con el reflejo de la luz en los ojos, creyó entrever el bulto de la Sofi. Era una imagen confusa y doliente, que volvía como las imágenes de los sueños. La Sofi le miraba como ya le había mirado otras veces, recogida sobre el apoyo del baúl, sentada en la sucia humedad del suelo. Fermín no tuvo el más leve signo de sorpresa ante aquella reversión del tiempo que concitaba sus fantasmas en los mismos lugares:

—¿Sofi, por qué he de verte siempre ahí?…

Suspiró la sombra huraña, recogida al pie del baúl:

—Cierra los ojos si no quieres verme. De antes los tenías cerrados.

—No te sentí llegar.

—He venido descalza.

—Acaso dormía…

—Tú sabrás si dormías o cavilabas.

Fermín volvió a ponerse la mano sobre los ojos, con un gesto de apática contrariedad:

—¿Sofi, por qué no te recoges?

—¿Más recogida me quieres?

Insistió Fermín con repentina impaciencia:

—Es absurdo que permanezcas en ese rincón.

Suplicó la sombra, obstinada:

—No me miras… Te duermes sin hacer caso de mí… Figúrate que soy un perro…

Fermín, que se había salido del camastro, la requirió de un brazo:

—¡Es intolerable lo que haces!

La sombra se incorporó sobre las rodillas, con agoniada protesta:

—¡Maltrátame, santo del Cielo! Me resisto a obedecerte, arrástrame de los pelos.

Siempre de rodillas, le besaba las manos, mojándoselas de lágrimas. Fermín no intentó retirarlas, esperaba que consintiéndole aquellos extremos, habría de mostrarse más razonable. En los camastros vecinos se erguían algunas cabezas, con asoñarrada protesta, y volvió a requerirla por el brazo:

—¡Me pones en evidencia!

—¿Por qué no me dejas aquí?

—Obedece.

—Pues llévame a cubierta.

—¡Al Infierno!

La Sofi le siguió sumisa, secándose los ojos:

—Tengo un clavo en las sienes, y el aire me refrescará la cabeza.

Salieron a la noche de estrellas. Fosforecían las olas, cantaba el viento. El Capitán Meana y el calmuco conversaban reclinados en la borda. Fermín se desvió tirando de la Sofi. En la banda contraria se les ofrecía un banco todo metido en luna: Era el mismo donde habían estado anteriormente. Fermín experimentaba un alarmado despecho ante el infortunio de la Sofi: Árido de casuismos puritanos, sentía enfriársele el corazón, con repulsa y desgana del piadoso sentimiento que, fuera de sus propósitos, le movía a remediar el desamparo de aquella mujer carne de prostíbulo. Anduvieron entre balances. Con la cara vuelta a las estrellas, dormía la mona Don Teo. La Sofi, enjugándose los ojos, se recogió al extremo del banco: Con afligido miramiento procuraba apartarse de Fermín:

—Estoy sabedora… Tú no eres lo que representas… Por las palabras que has tenido con ese negro mala sangre, estoy sabedora… ¡Ni siquiera comprendo cómo tan ciega para no ver que eres sujeto de principios! Después de todo, como si fueses el más último de los hombres. Para mí la misma cosa… Que algún día me visites en la cárcel, si te da esa ventolera. Esta noche te has interpuesto, todo lo trastornó hallarte en conversación con ese verdugo. ¡Tan dispuesta que iba a clavarle el cuchillo!

Fermín le ahondó los ojos:

—¿Y luego a matarte?

La Sofi se abismó en un gesto incoherente, con la boca trémula y perpleja:

—Ese impulso me vino después… Creo que me vino después… Casi no me recuerdo… Yo iba a por él. Le hubiera enfriado. ¡De una vez para siempre, me quitaba el recelo de sus malas intenciones! ¡No llevaba otro acuerdo! La idea de volver el cuchillo contra mí, me vino después… A lo primero no… A lo primero me conformaba con ir a la galera… Si acaso, que tú me visitases alguna vez…

Fermín movía la cabeza:

—Es preciso que rechaces tales absurdos.

—¡Son luces!

—Son insensateces. Debes pensar en rehacer tu vida.

—Mi vida no va a ser más cautiva en la galera. ¡Son luces! Consiénteme que mire por ti, santo sin hieles. Ese Caín se recome de malas ideas. ¡Es un malvado muy traidor! ¡De haber podido enfriarle, qué sosiego para mi alma!

Fermín se levantó amonestándola con alarmada severidad:

—Sofi, te prohíbo…

Ella le miró adementada por ofrecérsele con las manos llenas de sangre como conjuros de amorosa expiación:

—¡No me mires tan fiero! ¡No me prohíbas cosa ninguna! ¡He de matarle para que no te mate! ¡Si resguardo tu vida, ya habré hecho alguna cosa buena en el mundo!

Los ojos tenía cerrados, la boca entreabierta por temblor epiléptico. Fermín le impuso una mano en la frente:

—Sofi, procura serenarte. Tú realizarás en el mundo otras buenas obras. Esa no lo sería. Por lo demás estate segura de que mi persona no corre ningún riesgo. Las baladronadas no son sentencias de muerte.

—Es un malvado muy traidor.

—Déjalo de mi cuenta.

—¿Y si te mata?

—Me entierran. Tú solo debes pensar en rehacer tu vida honestamente.

—¿Para qué? A ti de mi vida se te da bien poco. Llegando a Londres me tiras al agua con una piedra al cuello.

—¡Sofi, no desatines!

—¿Por un casual has venido a significar cosa diferente en lo que hablaste con ese veneno?

—¿Cómo puedes atribuirme palabras que jamás han salido de mis labios?

—No son tus palabras, son tus pensamientos… Tú has mentado solamente el diferente rumbo de nuestros caminos. Fue entonces, al oírte, cuando reviré el

cuchillo contra mí.

El viento le arrebataba la madeja del pelo, descubriéndole la frente blanca y lunática. Fermín la miraba con piadosa resolución, le acudía del fondo de la conciencia una lástima generosa y redentora, sentía como un precepto religioso la obligación de remediar el oprobio de aquella vida de prostíbulo. Tomó una mano de la Sofi:

—¡El rumbo de nuestros caminos, nadie lo sabe!

XXXIV

DON Teo se incorporaba bostezando: El maligno vejete guiñaba el ojo:

—Aquí sobra uno. ¡Buenas noches!

Don Teo se alejó refitolero, sesgada la boca por una mueca cínica: Con pérfido regocijo daba por seguro los cuernos de Indalecio. Le acudió un estornudo, y friolero, frotándose las palmas, se encaminó a la cantina: Aún se tambaleaba, y sus pensamientos en fuga hacían revoloteos entre el naufragio del quepis y Doña Baldomera: Instintivamente miró al mar: El guedejón que le valía para disimular la calva, le flameaba sobre una oreja. Desde la puerta de la cantina, con atisbo de raposo alargó la pestaña, sospechando que había de encontrarse con el Pollo de los Brillantes. Le descubrió entre la niebla de humo, aislado y pensativo ante una copa intacta, con el veguero atravesado en la boca: Se allegó corcovándose, fruncida la husma:

—¡Nos atrae un poderoso imán!

Reía con gallos santurrones, apuntando el diente verdino. El Pollo le miró recalmado:

—¿Ha dormido usted la mona?

Don Teo bajó los párpados y alzó los hombros con taimado aspaviento:

—No discutamos bagatelas. Usted lo resuelve como le haga más el gusto.

El Pollo tascaba el veguero:

—La conducta de usted es incalificable. Se conduce, usted, como un novatón, olvida, usted, que toda prudencia es poca. El Indalecio es un irresponsable, usted no, usted sabe la enorme responsabilidad que pesa sobre nuestras cabezas.

El vejete arrugaba una mueca felona:

—No creo que haya motivo para esos ditirambos.

Sofocó la voz el Pollo:

—Se nos ha designado para ejecutores de una sentencia que baja de muy alto, de muy alto, Don Teo.

—Me está usted hablando como si me hubiese rajado. Una copa de más, francamente, no justifica que usted olvide mi modesta historia. En cuantas ocasiones se me ha propuesto, jamás me rajé, y me he visto en casos muy apurados casos de jugarse la pelleja, y el busilis en el alero. ¿Puede estimarse como suficiente recompensa a mis servicios, una plaza de segundo organista en el Oratorio del Olivar? Pregúntese al Señor Conde de Cheste, y él dirá si es hombre de ideales Teolindo Soto.

El Pollo tiraba del habano, atentos los ojos al ingrávido volar de una mosca en torno de la copa que permanecía intacta: Murmuró en una nube de humo:

—Me tiene usted disgustado, profundamente disgustado.

Se atufó el vejete con gallos santurrones:

—El hombre es frágil… La Humanidad es frágil… Verdades eternas y patentadas. A usted una copa de más, se le antoja un catafalco…

Interrumpió el Pollo:

—En estas circunstancias.

—Yo con una copa soy un astrónomo. Una copa para mí, es un telescopio. Una luz que ilumina el caos. ¿Sabe usted que son perfectamente auténticos los pitones del amigo Inda? ¡Perfectamente auténticos! ¡Y eso supone una complicación de muchos bemoles! ¡El trío de baile y guitarras, era una pantalla de primera!

El Pollo se solemnizó, con apesadumbrada jactancia:

—¡Era algo bien planeado!

Aclaró Don Teo:

—La rubiales le ha puesto los ojos al propietario de la bolsa. Y ese punto no es lo que aparenta.

—Como que es un demagogo de los más rabiosos.

—Me lo había guipado.

Remató el Pollo:

—Hay que dar el golpe pronto y sobre seguro, para salvar a España. Usted va a dejar ese feo vicio…

—No se hable más.

—Estamos investidos de una misión sagrada. La hidra demagógica amenaza, como nunca, los cimientos de la sociedad española.

Apuntaba Don Teo una sonrisa aduladora:

—Que la musa le inspire a usted, y adelante. El Inda y la rubiales, tal como han rodado las bolas, representan un estorbo.

El Pollo adormecía los ojos de rana: Maduraban sus pensamientos, como frutos de cuelga, en las arrugas del entrecejo:

—Al Inda habrá que sellarle la boca.

Batió un párpado el vejete:

—Usted dirá el sello.

El Pollo se frotaba el pulgar y el índice:

—Convendrá tramitarlo a bordo.

Asesoró Don Teo con mónita santurrona:

—Hay que darle boleta para los patrios lares.

El Pollo anubarraba el gesto:

—¡Me temo la mala leche de ese pinta!

Sigiló Don Teo:

—Se le expide pasaporte para un viaje de placer.

El Pollo acompasó con la mano:

—¡Prudencia!

—Usted cuenta para todo con la devoción de este acólito.

La mano redonda y pecosa, enjoyada de gruesos anillos, reiteró sus compases:

—¡Prudencia! ¡Prudencia!

—Sabe usted que la rubiales es una Ristori. ¡Milagrosamente no lloramos la defunción de Indalecio!

—Lástima que no haya rematado la faena.

—Aún puede…

—No estaría mal.

—Cuestión de cultivarla.

—Pues a ello.

El Pollo de los Brillantes humeaba el veguero con flemática indiferencia, como si en cada bocanada quisiese disipar un incierto compromiso que podía trascender de sus palabras: Inducido por aquella camándula, se puso en pie finalizando el coloquio. Descendía el vapor con largo balance, y hubo de apoyarse en la mesa. Entrando la noche había saltado el viento, y arreciaba un temporal de mar duro con chaparrones y rachas del sudeste. El *Omega*, alternativamente, remontábase en la cresta de las olas y se abismaba como si le

faltase el mar bajo la quilla.

XXXV

DON Joselito Cartagena se alejó con medrosos compases abiertos en balancín los brazos de rana: Iba en busca de la partida de monte, sobre el atisbo de pujar la banca, y alzarse con el dinero de los puntos por las flores del salto, el pego y el amarre: Cuando penetró en el comedor vacaba el naipe, y los revolucionarios españoles escuchaban al Apóstol de la Revolución Universal. Las luminarias de un ponche alteraban los rostros con fugaces reflejos, y la boca sin dientes del barbudo gigante, adoctrinaba:

—Los suecos emplean aguardiente de cerezas que aquí hemos sustituido por ron de Jamaica. En vez de ron pudimos haber puesto aguardiente de orujo, es más parecido al kirsch. De todas suertes espero que resulte una bebida agradable.

Extinguidas las luminarias, el barbudo gigante colmó las copas, y los cofrades celebraron las excelencias del ponche sueco, con el ritual masónico de simbólicas salvas. Desentonó Paúl y Angulo:

—¡Es el Bálsamo de Fierabrás!

Entrometiose el Pollo de los Brillantes:

—Don Pepe, nosotros por lo castizo. ¿Le parece, a usted, que apuremos unos chatos de Macharnudo? Y ustedes todos, caballeros.

Tronó Paúl y Angulo:

—Venga ese contraveneno.

El Capitán Meana, en la puerta del comedor, secreteaba con el calmuco:

—Entre usted. Iniciaremos la batalla.

—Batalla perdida. Son unos burgueses.

—No aventure usted juicios.

El calmuco echa los ojos sobre la cofradía revolucionaria:

—En todo caso, ha de iniciarse la captación uno a uno. Conviene la táctica jesuítica.

—La captación sin duda… Ahora se lanza la idea.

—Son unos burgueses.

—Salvochea no es un burgués.

El calmuco sesgaba la boca con una mueca desdeñosa:

—Es algo peor, es un puritano.

—Estévanez no es un burgués.

—Tiene todos los prejuicios de la moral rutinaria.

—Paúl tampoco es un burgués.

—Como a tantos revolucionarios españoles, le incapacita para una acción a fondo, la ceguera por vuestro Prim.

El antiguo garibaldino amontonó el ceño:

—Le creía a usted con más fe en la realización de su idea, y si al proponérmela hubiera usted manifestado esas dudas…

—¿Qué hubiera hecho usted?

El calmuco le clavaba los ojos oblicuos con una sonrisa artera, que irritó al Capitán Meana:

—¿Qué hubiera hecho? Pues no perder el tiempo.

—¿Cree usted haberlo perdido?

—Indudablemente.

—¿Por qué, si estamos de acuerdo?

—Solos nada podemos.

—A los otros debemos ganarlos cautelosamente… Primero para la teoría, y luego para la acción. Usted inicia los primeros aproches sin insistir demasiado.

Cortó con adusta impaciencia el Capitán Meana:

—¿Entra usted?

—No es conveniente.

El calmuco le tendió la mano, sesgada la boca por una sonrisa de astuta complicidad, y traspuso la puerta: Desapareció sumido en el declive de un balance, estremecidas las greñas color de buey, bajo el guiño de todas las luces. El Capitán Meana llegó a la mesa de los brindis, y campanudo reclamó una crátera para hacer salva: El Pollo de los Brillantes le alargó un chato. Tintineaba el cristal de las copas en los violines, oblicuaba la mesa su plano, desquiciábase en torno el círculo del triángulo, y, florecido de una sonrisa efímera, ascendía en el múltiple guiño de las luces el busto barbado del Apóstol.

XXXVI

EL temporal de aguas y viento se mantuvo toda la noche. Bakunin, verboso y noctámbulo, prolongaba la tertulia con interminables y paradojales discusiones, convirtiendo en cenáculo de café el comedor del *Omega*.—Envuelto

en el humo de la pipa, ante la mesa llena de copas, sentíase inspirado:

—¿Queréis la revolución en España? ¿Por qué la queréis? ¿Qué ideario pretendéis implantar en sustitución del régimen existente? ¿Acaso imagináis servir una causa revolucionaria con esas interminables discusiones sobre los candidatos a la Corona de España? ¡Es insensato hacer una revolución para buscar un tirano! ¡Las masas no pueden seguiros! Devolved al pueblo sus sagrados derechos, infundidle el sentimiento de dignidad que nunca podrá darle una Monarquía. Haced la revolución, pero encendidos los corazones con la esperanza de ver derrumbarse todas las viejas dinastías europeas para ceder el puesto a las masas triunfantes. El sentido militarista de vuestra revolución, no puede interesarnos, es más, lo execramos. Vuestra revolución carece de hondura en los propósitos, es un fuego fatuo desprendido de los grandes cadáveres revolucionarios que aún prestigian la historia política de Inglaterra y Francia.

El Señor Alcalá Zamora sonreía con eclesiástica suficiencia:

—El buen sentido del pueblo español rechazará siempre el veneno de esos brillantes sofismas.

Saltó Paúl y Angulo:

—El socialismo no es un sofisma.

—Si no es un sofisma, es una utopía.

—Las utopías de hoy son las realidades de mañana.

—El español es profundamente individualista.

El Capitán Estévanez apuntó una sonrisa de chanzas:

—Es insolidario, pero no creo que sea individualista. El adoquinado de una calle no es individualista. ¡Todos los adoquines iguales e insolidarios!

Amonestó el clérigo con doctoral silabeo:

—¡Sea usted más patriota!

—Yo soy uno de tantos adoquines perfectamente insolidario.

Intervino el Capitán Meana:

—Estoy de acuerdo con que el español no sentirá nunca el dogmatismo marxista.

El Apóstol de la Revolución Universal asintió con un gran gesto velado en el humo de su pipa:

—La Asociación Internacional de Trabajadores es la aparición de una nueva tiranía que amenaza a todos los pueblos: La Humanidad, en sus múltiples fases, esclavizada por los rencores del proletariado.

Estévanez le miró reflexivo:

—No llego a ver claro en el fondo de esa doctrina…

—Ateísmo y antiestatismo. Hoy hemos de destruir el régimen político existente en todos los pueblos europeos, pero mañana nuestro destino será combatir el régimen comunista tal como lo concibe la Internacional: ¡La dictadura del proletariado!

—¿Cuál es, entonces, la revolución mundial a que usted aspira, si no es la dictadura del Estado Comunista?

—El excelente y bienhechor desorden, parteado por una explosión de las masas. El Socialismo del Estado, conforme a la doctrina marxista, solo puede alzarse sobre los escombros de las viejas sociedades, por una nueva esclavitud de las masas reducidas, en fuerza de decretos, a la obediencia, a la inmovilidad y a la muerte: La Europa Occidental, senil, corrompida, escéptica, necesita una transfusión de sangre bárbara que la saque de su cretinismo democrático. No puede haber revolución sin anarquismo: La revolución solo existe donde se abre un horizonte anárquico, y si no se lleva en su seno el rayo destructor de todos los prejuicios sociales, será una apostasía. El Régimen Parlamentario, piedra angular en las democracias occidentales, es una de las más hipócritas ficciones del sentido burgués. Yo comienzo por execrar cualquier revolución que no sea para destruir todas las Instituciones del Estado. No hay verdadera libertad, ni respeto al individuo, sin anarquía. El cimiento de la dignidad humana, se llama anarquía, y una revolución debe ser, en todos los casos, una máquina infernal.

Bakunin descargó la pipa golpeándola contra el borde de la mesa: Sonreía como si esperase la refutación de sus palabras. Insinuó el Capitán Estévanez:

—Comprendo el anarquismo como medio, pero no como fin.

El Apóstol cargaba su pipa:

—Todos los fines son ajenos a la voluntad de los hombres

—Es un fatalismo que no comparto.

—¿Negará usted el fatalismo cósmico del cual somos esclavos? Y en cuanto al distingo entre la anarquía como medio, y la anarquía como fin, no puede admitirse. Es frecuente identificar la anarquía con el terrorismo, y me parece que usted incurre en ese sofisma de la reacción burguesa. La furia destructora no es la última razón del credo anarquista. El terrorismo solo significa un accidente en la lucha revolucionaria, pero no una norma, signada con el sentido de lo absoluto como la Idea Anarquía.

Los conspiradores españoles apenas mostraban un leve desacuerdo con las utopías revolucionarias del Apóstol.

XXXVII

—¡FONDO!

Silbatadas y escapes de vapor. Caen las anclas con desgrane de cadenas, abriendo círculos de espuma. El pasaje invade la cubierta, transportando maletas, sombrereras, líos de mantas. Era general el sentimiento ahorrativo de esquivar propinas. Rostros que aún conservan la palidez del mareo, contemplan casi incrédulos la estabilidad de los muelles, prolongándose en un balance de toldillas y masteleros. Sacan su trompa entre la niebla imponentes grúas. Bocoyes, fardos, jaulas, cajas de maquinaria, ruedan entre grises patuleas, en un tráfago de vagonetas, cables, palancas, poleas, flexores, volantes. Con la sanidad pasó a bordo la policía. Un comisario, dos agentes y cuatro gatos de la secreta. La Sofi se ocultaba en el grupo de los revolucionarios españoles. Anovelose el pasaje. Corrieron fabulosas invenciones:

—Un complot de carbonarios para volar la catedral de Londres.

—Si a usted le parece bien, para volar el Parlamento.

—De cierto, nada.

—Londres no puede continuar siendo el asilo de todos los anarquistas del mundo.

—¿Bombas Orsini?

—Eso he oído.

—¡Bombas Orsini!

—En una maleta abandonada en la primera cámara.

—De cierto, nada.

—Que la policía está registrando el barco.

—¡Y que ha sido descubierta una máquina infernal!

—El carbonarismo italiano…

—Los detenidos son contrabandistas de Gibraltar. Un alijo de tabaco…

—Usted nos chafa el folletín.

—Algo más. Asesinos pagados para matar a un general carlista.

La Sofi se apretujaba el toquillón por la cabeza. Quisiera tener alas. Escapar, volando sobre las blancas toldillas y las negras barcazas de hulla, perderse en la niebla de los tejados, en el humo de tantas chimeneas, aduendarse por aquellos castillos de luces y ventanas suspensas por dos riberas. Se santiguó:

—¡Madre del Cielo!

Comentarios de Tiberio Graco:

—¿Un general carlista? ¿Cabrera? ¿Y si no fuese un general carlista?

Asentimiento de Claudio Nerón:

—He pensado lo mismo.

Don Luis Alcalá Zamora plegaba los labios con eclesiástica reserva:

—No sería la primera vez que se atentase contra la preciada vida de Don Juan.

Condenaba el Capitán Estévanez:

—¡Un Gobierno que apela a tan repugnantes medios es la deshonra de un pueblo!

Claudio Nerón soslayaba al clérigo sin licencias:

—¿Don Luis, cree usted que el golpe venga de González Bravo o de Mastai Ferrad?

—Creo, sencillamente, que el golpe, de venir, viene de los enemigos de Don Juan.

—Habla usted como los oráculos.

—No tengo datos precisos para concretar una acusación.

Saltó Paúl y Angulo:

—¡Yo, sí!

—¡Yo, no!

—¿Quiénes son los más acérrimos enemigos del General Prim?

—¡Los neos!

—No.

—¿Los moderados históricos?

—Los partidarios del Duque de Montpensier.

Atenuadas sonrisas, leves dudas.

—¿Más que los isabelinos puros?

—Más. Y más que el naciente alfonsismo. El General, que no ha hecho declaraciones republicanas, que ni siquiera las ha hecho antidinásticas, ha rehusado todo compromiso con Antón Perulero. ¿Qué dice el páter?

—Me asombro, y cavilo que sin pruebas muy evidentes no lanzaría usted esas acusaciones.

—Estoy harto de oír cómo respiran los partidarios del Naranjero. El pillete, el patulero, el pringado, son sus mejores alusiones al Conde de Reus. Todo esto debe saberlo el interesado, es preciso que lo sepa, encenderle la cara.

Sonrió cautamente el clérigo sin licencias:

—Y arrancarle declaraciones republicanas. Dudo que ustedes lo consigan.

—No queremos declaraciones, queremos una leal colaboración, el compromiso solemne de que será respetada la voluntad nacional.

El clérigo se ungió de liberales promesas:

—Puedo asegurarles que no hallarán la menor dificultad en su empresa. El General ha procurado siempre una inteligencia con las democracias españolas… Pero ustedes también tienen sus santones, y no es siempre fácil entenderse con soñadores.

XXXVIII

EL Comisario de Policía examinaba las hojas de embarque en el camarote del Capitán. Pedía aclaraciones. Releía notas de una cartera:

—Una mujer y tres hombres embarcados en Gibraltar. Sofía Aranguren, Indalecio Meruéndano, Teodolindo Soto. Los dos, profesores de guitarra española. Pasaje de tercera.

El Capitán explicó con flema británica:

—Míster Meruéndano viaja en la barra.

El Comisario repasó una hoja cubierta de anotaciones:

—Míster José Cartagena. Trabaja el comercio de naranjas. Pasaje de primera. Los cuatro, embarcados en Gibraltar. El cable recibido, al interesar su captura, alude a un complot político urdido en aquella plaza.

La pareja de agentes apareció trayendo en medio al hombre gordo, vestido de blanco. Le encaró el Comisario.

—¿Es usted Míster Cartagena?

—Si usted no manda otra cosa.

—¿Embarcado en Gibraltar?

—El mismo.

—Usted tendrá la bondad de acompañarnos.

—¿Se me permite bajar al camarote para cerrar las maletas y cambiar de ropa?

El Comisario, antes de responder, miró a los agentes:

—El camarote de usted ha sido sellado.

Se inclinó el hombre gordo:

—Me será permitida la más enérgica protesta. ¿De qué se me acusa?

El Comisario puso una sonrisa benevolente entre las patillas de cobre tostado:

—En Inglaterra la policía recibe órdenes sin conocer las causas.

—¡En todo esto hay una equivocación!

—Cumplimos órdenes.

—¡Soy una persona honorable!

—La policía no juzga, obedece.

—Protestaré ante mi Embajada.

El Comisario se levantó sonriente:

—Entre tanto, va usted a consentirme que le ponga las esposas.

El Pollo de los Brillantes le presentó las manos con cínica entereza:

—Repetiré con Garibaldi: Obedezco.

El Comisario le clavó los ojos sagaces con atención jovial:

—Soy también un admirador del gran italiano.

Le puso las esposas con irreprochable destreza. El Pollo de los Brillantes se había vuelto de cera:

—Se me trata como a un malhechor.

El Comisario denegó con gesto placentero:

—Estas formalidades no prejuzgan la condición del preso. Usted, por ahora, queda aquí incomunicado. Vuelvo.

Abatido sobre la banqueta de hule, con un guardia de vista, el hombre gordo comenzó a preparar su defensa.

XXXIX

EL pasaje se corría sobre la borda de estribor, por donde embarcaba la policía con los tres hombres esposados y la desesperada, que grita y saca las uñas entre la pareja de agentes. Protestaban románticos, desde el botalón, los revolucionarios españoles, en grupo de girondinos. Las viejas litografías han perpetuado estos gestos. El Compañero Salvochea permanecía en la escala, la cabeza desnuda, los rizos en vuelo. La Sofi le alargaba los brazos, y el treno girondino mudose en zumba y jonjana:

—¿Será Fermín un Don Juan?

—Un Don Juan en estado de inocencia.

—Don Juan sin saberlo.

—¿Sin saberlo quién? ¿Fermín o nosotros?

El clérigo sin licencias, reservado y cismático, abrió un círculo de irónicas ambigüedades:

—¿Y si les dijese a ustedes que esa mujer es el diablo?

—¡Todas las mujeres!

TRATOS PÚNICOS

I

SOBRE ruedas, en un ómnibus cargado de valijas, mundos, sombrereras y maletines, trompicaba la jacobina comunión de revolucionarios españoles, por las calles de Londres. Jovial y fraterna, y a la mira de vivir por poco coste, fue unánime el acuerdo de hospedarse en el último piso del Harcourt-Hotel.— Largos pasillos con mecheros de gas: Olores de cocina y hulla quemándose: Panorama de chimeneas: Escenas de gatos.— Los revolucionarios españoles, tomada posesión del alojamiento, estudiaron sobre un plano la red de tranvías. Acalorada disputa:

—Tranvía de Trafalgar Square.

—Mejor el ómnibus.

—¿Vive muy lejos?

—¡En la venta de Algete!

El Hotel Harcourt era una jaula de siete pisos. Escaleras y corredores de numeradas puertas, pasos perdidos, batir de colchones, rodar de camas: Un zapato, un cepillo, un hombre que canta bajo una lucerna.

II

EL General Prim, aquellos últimos días del destierro, habitaba una villa en Paddington. La casa entre enredaderas, alegre de verdes persianas, tenía un cercado de rosales que podaba en mangas de camisa —ajeno a recuerdos clásicos— el Soldado de África. El despacho, grande cuadrado, con armas, pinturas y mesas de juego, no tenía libros. Don Juan, después de los saludos y

presentaciones había clavado los ojos en el Capitán Estévanez:

—¿De dónde nos conocemos?

—De la Campaña de África, mi General.

—¿Usted ha servido en el Regimiento de Zamora?

—Teniente en la cuarta compañía del segundo batallón ¡Asombroso que usted me recuerde, mi General!

El General sacó el pecho con animosa arrogancia:

—Yo también he servido en el denodado Regimiento de Zamora. Zamora era entonces el terror de los carlistas como más tarde lo fue del moro en la Campaña de África. Le recuerdo a usted en la acción del 17 de diciembre. Tengo muy presente la conducta de usted en la retirada, mandando alinearse y numerarse bajo el fuego enemigo para contar las bajas.

El Capitán Estévanez enrojeció:

—Me preocupaba la idea de que algún hombre se me quedase herido entre aquellos jarales… Impulso sentimental, más que alarde bélico… Mi alma, como mi vitola, es la de Sancho Panza.

—¿Qué empleo tiene usted en la actualidad?

—Continúo de teniente con el grado de capitán.

—¡No ha sido mucho el adelanto! Amigo mío, esperemos mejores tiempos, esperemos el triunfo de nuestros ideales, que será el de la Justicia.

El Capitán Estévanez, tan colorado y orondo, tuvo un gesto de Diógenes:

—Antes que concederme a mí la efectividad en el grado, hay muchas cosas que arreglar en España.

El Conde de Reus frunció las cejas ante aquella risueña indiferencia:

—Todos nuestros amigos de la milicia, en el día del triunfo, recibirán dos empleos. A los que hoy sufren persecuciones y cárceles, a los que mañana harán resplandecer el sol de la libertad, a costa de su sangre, ¿qué menos puede ofrecerles la Patria? Pero es indispensable la unión de la gran familia liberal bajo la bandera de unas Cortes Constituyentes. Creo que usted lo reconoce así, al honrar esta casa y al estrechar mi mano de soldado.

—¡Así es, mi General!

El Conde de Reus le abrazó, siempre con exceso de comediante en tablas. Luego, brusco y cordial, encaró al Capitán Meana:

—¿Usted también militar?

—Sí, mi General.

—¿Y con los mismos adelantamientos?

—Sí, mi General.
—¿Y con las mismas Campañas?
—Sí, mi General.
—¿Y sin ambiciones?
—Una sola, mi General: Que usted monte a caballo y sea un hecho la libertad de España.
—¿Cree usted que yo puedo hacerlo?
—Usted puede ser el caudillo de las democracias españolas.
El General sonreía con diplomática sorna:
—Las masas son, por naturaleza, anárquicas. Me temo mucho que nuestro amado pueblo desconozca el justo medio y lo pierda todo. A rastras o por las nubes: Esclavitud o anarquía.
Ruiz Zorrilla, burócrata y prosaico, apareciose con cartas y otros papeles para la firma del General. Detrás, Sagasta, manos en los bolsillos, tupé de farandul napolitano: Le faltaban la mona sobre el hombro, y el perro sabio con el platillo para recoger los cobres. Abrazos, dobles apretones de manos, preguntas de unos y de otros, ajos y admiraciones. El General alzó un sobre con muchos lacres, de la bandeja que le presentaba el viejo asistente, ahora vestido con pomposa librea de pasadores y cordonerías:
—No es de estafeta este pliego.
—Lo ha recibido el italiano.
—Don Ruiz, ¿quiere usted enterarse?
Ruiz Zorrilla tomó el pliego y se apartó para leerlo. El Soldado de África interrogó a Sagasta:
—¡Amigo Práxedes!, ¿y esa visita?
—Judía y contra…
Sonrió Don Juan, acariciándose la barba negra y cosmética:
—¿Esas son sus impresiones?
—Tanto como esas…
—¿Ha sido larga la conferencia?
—Próximamente una hora.
—Luego me dirá usted…
Volvió Don Ruiz y sopló en la oreja del General:
—El Jefe Superior de Policía pide hora.
—¿El Jefe Superior de Policía? ¿No le hace a usted raro?
—Un poco.

—Don Ruiz, a ver si tenemos que salir tocando el organillo.

Gran frase de Don Ruiz:

—¡Lo sentiría por Inglaterra!

El Conde de Reus se dirigió al apartado grupo de sus amigos:

—Señores, una noticia que puede, si no malograr, producir un retardo en nuestros proyectos. El Jefe de Policía me visitará esta noche. Don Ruiz, cítele usted para las diez, y ofrézcale una taza de té con la Condesa. Esa visita no me da buen agüero.

El Amigo Práxedes rasgaba la boca morena, sobre las dos orejas, ajudiado el azabache de los ojos, el tupé en llamarada sobre el entrecejo:

—¿Teme usted una indicación para salir de Londres?

Ruiz Zorrilla acentuaba con prosodia integral, de castellano burgalés:

—¡Lo sentiré por Inglaterra!

El Amigo Práxedes recogió la frase, como una de aquellas pelotas que, haciendo novillos, jugaba en las murallas de Zamora:

—Inglaterra dejaría de ser la nación hospitalaria que todos admiramos.

Don Juan se puso la mano en las solapas del chaleco:

—Les pediríamos auxilio a los hermanos del Piamonte.

Saltó Paúl y Angulo:

—¡No habrá caso, mi General! Probablemente, la Policía inglesa está sobre los rastros de un complot tramado para sacarle a usted de en medio. ¡Así las gastan algunos compadres! Esta mañana hemos tenido a bordo la visita de la Policía. ¡Con esposas se llevó a tres puntos que habían tomado pasaje en el Peñón!

Don Juan permaneció en su actitud. Solo un leve movimiento de los labios:

—¿Españoles?

—Españoles.

—¿Y usted sospecha…?

—Todos sospechamos. En el Peñón, la Policía ha descubierto el complot y lo puso en conocimiento de la Jefatura de Londres.

El Soldado de África respiró el aura de sus grandes horas. Arranque teatral, gesto fogoso de farsa mediterránea:

—¡Mi vida, señores, la respetan las balas! Soy providencialista, y creo que la respetan para abrir una nueva senda en los destinos de España. En Castillejos, el plomo que rasgaba la gloriosa enseña, que hería a mi caballo, que mataba a mis ayudantes, a mí me respetaba, como ha dicho el simpático Pedro Antonio.

Una ráfaga de entusiasmo despeinó en todas las cabezas el tupé sagastino: Todas tuvieron en aquella hora un rizo en el aire, y las bocas una sonrisa cordial, y los ojos una lágrima de novela chabacana. La Condesa de Reus, en la florida penumbra del jardín, tras la puerta de cristales, llamaba con el abanico:

—Juan, un momento. ¡No se te ocurra invitarlos!

Sonrió el General:

—Ya he visto que son demasiados. Los invitaré de dos en dos. Hoy cuenta con Paúl y La Rosa. Me conviene ganarlos inmediatamente, porque se traen la representación de la Junta Republicana de Cádiz. Muéstrate amable y muy demagógica.

La Condesa de Reus, vestida de encajes negros y fulares malva, acendrada de soles criollos, honesto el escote y la garganta con guardapelo de enamorada, abría la pompa del miriñaque, jugaba el abanico y la sonrisa, en la puerta de cristales, saludando al capítulo revolucionario.

III

DE sobremesa, servido el café, puesta lumbre a los vegueros, el gran revolucionario mandó cerrar las puertas y paseándose, abrió el pecho a los Hermanos Claudio Nerón y Tiberio Graco. Don Juan Prim, verdoso, cosméticas la barba y la guedeja, levita de fuelles y botas de charol con falsos tacones, que le aumentaban la estatura, sacaba el tórax. Pisando fuerte y abriendo vocales catalanas, hacía temblar el Trono de Isabel II. Decoraba sus jaquetones propósitos con la retórica progresista que resplandece en los himnos nacionales. Si juraba, era por su espada; si prometía, era por la gloria de sus laureles.— César, en las tragedias de los corrales, no declama con más pompa endecasílaba sus hechos de Farsalia.— Don Juan, enarcando el pecho, lucía los dijes del reloj, la botonadura de diamantes, el chaleco de seda. En su alma de falacias y ambiciones púnicas encendía gallos matachines la jota del Ebro:

—¡Abajo todo lo existente! Hoy, señores, el lema de mi espada, siempre al servicio de los ideales democráticos, no puede ser otro. ¡Abajo todo lo existente! Monárquicos y republicanos podemos conducir nuestros comunes anhelos por ese cauce, y así me lo hace esperar la noble conducta de ustedes en el último fracaso de Cádiz. Mi corazón de soldado les guarda, por ello, el más profundo reconocimiento. Cartas de los amigos me han hecho conocer la actitud de

ustedes, tan leal a los pactos con el partido progresista, tan deferente para mi persona.

Paúl y Angulo, ante aquellas memorias, fiscalizó con gesto severo de jaque dogmático:

—Este último fracaso se lo debemos al egoísta exclusivismo de los vicálvaros. Su mala fe ha sido patente. No querían ni la colaboración de usted ni la del pueblo.

Recapacitó Don Juan:

—Es una lección que tendré presente.

Explicó Tiberio Graco:

—Hubieran proclamado a Montpensier.

—¿Por qué no lo han hecho?

—A última hora les falló Topete.

—¿Contaron en algún momento con Cantabria?

—En ninguno.

—¿Ni con los artilleros?

—Ni con los artilleros, ni con el Fijo de Ceuta.

—Eso ha detenido al Brigadier Topete. No olvidaré la enseñanza.

Paúl y Angulo ceceaba, demagógico:

—Mi General, la caída de todo lo existente es la sola condición que pone la Junta Democrática de Cádiz.

Saludo masónico de Don Juan:

—Aceptado. La revolución, una vez triunfante, convocará Cortes Constituyentes. No encubro mis sentimientos monárquicos, pero si el voto nacional fuese republicano, yo pondría mi espada al servicio de las nuevas Instituciones. Y como verdaderos demócratas y como hombres de honor, no dudo que ustedes aceptarán igualmente el fallo de las Cámaras.

Los Hermanos del triángulo se mostraron conformes. Grandes gestos y grandes frases. Don Juan, para sellar el pacto, colmaba las copas. Paúl y Angulo declamó con ceñuda arrogancia:

—Mi General, la revolución, para ser un hecho, solo espera la presencia de usted en las aguas de Cádiz.

Sonrió el General:

—Todavía no ha llegado el momento.

—¡Los vicálvaros pueden intentar otra jugarreta!

—No los temo. Amigo Paúl, al primer aviso, jugándomelo todo,

desembarcaré en España. Para poder realizarlo tengo, desde hace meses, un vapor fletado en Weymouth. Amigo Paúl, usted es el hombre que mejor podría representarme en Cádiz.

—¿Con mi significación republicana?

—Precisamente.

—Don Juan, usted me manda.

Abrevió Don Juan:

—¿Traen ustedes algún otro negocio?

—Ninguno.

—En ese caso, deben regresar inmediatamente a España. Esta noche seguiremos hablando.

Pasaron al salón, donde, en un círculo de emigrados hacía los honores la Condesa de Reus. Aquel mundo de emigrados españoles, todavía con una evocación de las modas románticas en barbas y melenas, en el talle de las levitas y en las corbatas, tenía una gesticulación apasionada y morena un fulgor de ojos negros, que en las nieblas londinenses recordaba el disputar de las sinagogas.

IV

EL General apartose sobre el hueco de una ventana conversando con el Amigo Práxedes.

—Dígame usted sus impresiones.

—Otro aplazamiento. El General Cabrera ha telegrafiado que su médico no le permite venir a Londres.

—¿No será un pretexto? Es hombre lleno de esquinas… Adelante.

—Hemos resuelto celebrar la conferencia en la casa de campo del Conde de Morella. Se había dicho primero que mañana a las diez. Pero he protestado, y será esta misma tarde. Las madrugadas, siempre que sea posible, deben evitarse. Don Carlos ha eludido comprometer palabra alguna, sin hallarse presente el Gato de Tortosa. ¡El más ilustre guerrero de la causa carlista!

El Amigo Práxedes, con maleante gracejo, remedaba el hablar extranjerizo, las ges y erres gordas del Pretendiente. Don Juan sonreía con los ojos cerrados, agudo de suspicacias y recelos, sumido en cábalas:

—El Conde de Morella no juega limpio. Vaya usted con esa prevención.

—El Príncipe, si se le juzga por la alzada, es un magnífico ejemplar. Habla

poco y con reservas. Los dos edecanes, dos calabazas.

Sesgó Don Juan la cara amarilla:

—Si Su Alteza es tan decorativo, ya tenemos algo.

—¡Un rey para el bello sexo!

—Sí… Un rey a caballo… España, como todos los pueblos latinos, adora las imágenes… Un rey a caballo, que luzca en paradas y procesiones, será siempre popular en España.

—Con un programa democrático, mi General.

—Amigo Práxedes, esos señores no deben tener programa. El ejemplo lo hallamos en Inglaterra. ¿Cuál es el programa de la Reina Victoria? Acatar fielmente la voluntad del pueblo.

—La voluntad del pueblo es la negación del derecho divino.

—No faltarán teólogos que lo arreglarán convenientemente.

—¡Es muy cerril la gente nea!

—Hoy tiene el escarmiento de la guerra civil. Don Carlos nos resolvería la cuestión monárquica con solo atender los consejos del Conde de Morella.

—Y divorciándose de las honradas masas, como el autor de sus días.

—¡Si es ambicioso!

—Me ha parecido un fanático.

—¡Madrid bien vale una misa! ¿Amigo Práxedes, dónde está su conocimiento de los hombres? Los príncipes también son mortales. Amigo Práxedes, la tentación es muy grande. ¡Una corona! ¡La corona de sus mayores! ¡Continuar la historia de España! ¡La historia del mundo!… ¿Se lo ha insinuado usted?

—Se lo he servido con música y bandera, en un desfile de gran parada. El Duque de Madrid, evidentemente, se juzga llamado para realizar una misión histórica, y en sus menores palabras descubre un providencialismo fanático y ultramontano. ¡Corazón de Jesús, y detente bala! Usted, sin embargo, debe verle. Acaso yo me halle influido por resabios de antiguo miliciano. Siempre me será más simpática la candidatura del Duque de Aosta. El Príncipe Jerónimo Napoleón está llamado al Trono de Francia, dada la endeble naturaleza del Príncipe Imperial, y todos los Estados Latinos quedarían entonces bajo la hegemonía de la Casa de Saboya.

—Amigo Práxedes, debemos tener en cuenta el horror legendario que tiene el español al dominio extranjero.

—Eso es lo legendario. Lo evidente es que lleva cuatro siglos soportando

dinastías extranjeras.

—Con sangre castellana y aragonesa.

—Hoy las sangres reales están todas mezcladas.

—El General del Siglo no pudo dar un rey a España.

—El General Prim puede dárselo.

El Conde de Reus anubló la frente:

—No sé si puedo.

Poco a poco la expresión preocupada se mudó en una mueca de lástima oyendo los gritos y mirando los gestos del Brigadier Miláns del Bosch: Saludaba a lo payaso en medio del salón, vestido con elegancia de viejo estrafalario: Era muy pino y muy delgado: Las cejas blancas y las pupilas extremadamente negras, las piernas de alambre y el pisar sobre huevos, que imponen los ojos de gallo:

—¡Señores! ¡Bomba! Está en Londres el llamado Carlos VII.

De las cuatro mesas de tresillo le impusieron silencio. El alegre estafermo se disculpó haciendo una pirueta. El Amigo Práxedes miró el reloj:

—A las siete debo estar en Wentworth.

—Tiene usted un tren dentro de media hora.

V

WENTWORTH —húmedas praderas, nebulosos boscajes, sones de esquilas, verdes reumáticos, rubias claras de sol, ñoñez inglesa de cromo y de novela.— El humo de las locomotoras mancha el paisaje con regularidad cronométrica registrada en la Guía Oficial de Ferrocarriles. Invariablemente, a las mismas horas, cruzan a lo lejos los trenes, raudos y silbando. El Pretendiente y sus edecanes habían llegado en el expreso de las cinco, olvidándose de prevenir al Conde de Morella. Pensaban encontrarle achacoso, al pie de la chimenea, sorbiendo tisanas, y le vieron aparecerse por las lindes del parque, vestido de cazador, con escopeta y perros. El Conde de Morella, agudos ojos de gato, la boca falsa y rasgada, saludó desde lejos, disculpándose:

—Con la vejez se me recrudecen las inveteradas dolencias que contraje en los campos de batalla, peleando por los derechos de vuestro ilustre abuelo… Me hubiera costado reñir con el doctor, un déspota que se ha propuesto alargarme los años y me tiene privado del tabaco, del café, de la conversación… Señor, un

suplicio que la vida no lo vale.

El Pretendiente se adelantó estrechando, con efusión de mozo, la mano del caudillo:

—¡Me había asustado! He creído que pudiera ser algo más grave que la tiranía del médico y tus aprensiones. Está bien que te cuides, por ti y por la Causa.

—La Causa tendrá siempre mejores defensores que este viejo valetudinario. Para todo ser que nace hay un ángel, como dice San Agustín.

Los edecanes se miraban con discreta suspicacia. El General Cabrera los saludó fríamente, marcando distancias. Penetraron en un salón con piano de cola y estores de encaje, donde ardía una chimenea de cok. Los muros tenían un papel de suaves verdes, que representaba una partida de caza: Ciervos, jaurías, amazonas, jinetes con rojas casacas, monteros que soplan retorcidas trompas, el viejo leñador que señala el horizonte y muestra el camino a un cazador extraviado, la merienda bajo los árboles.—Don Carlos tomó asiento en un sillón cerca de la chimenea, frente a la ventana abierta sobre los tilos del jardín, entre verdes cortinones:

—Querido Cabrera, me permití la libertad de darle cita en tu casa al Señor Sagasta. Llegará dentro de un momento.

—Señor, de mi persona y de esta casa disponéis siempre como dueño.

—¡Gracias! ¡Gracias!… Conozco tu lealtad y necesito tus consejos. Eres la voz más autorizada en la gran familia carlista, y abrigo la esperanza de que serás para mí lo que fuiste para mi abuelo y para mi tío Montemolín.

—Señor, los tiempos nuevos piden hombres nuevos.

—Hombres leales y experimentados. Hombres como tú, cuya historia es la página más gloriosa del carlismo.

—Señor, me honran en extremo vuestras generosas expresiones, y, animado por ellas, he de hablaros con toda lealtad, como hice siempre con vuestro augusto abuelo.

—No deseo otra cosa que oír tus consejos y seguirlos.

El Pretendiente le tendía la mano con esa afable condescendencia que los ayos palaciegos inculcan en los príncipes reales. Se incorporó mirando al jardín. El Señor Sagasta muy tronado de pergeño, airoso, con la chistera de medio lado, subía por la avenida de los tilos, conversando con el jardinero. El Conde de Morella salió a recibirle.

—Este es un gitano, será bien que yo le hable primero.

VI

EL General Cabrera —ojos de gato, cautela de zorro, falacias de seminarista, ruines propósitos de valenciano— acogió con lisonjas al Señor de Mateo. Restablecía, con exactitud de notario eclesiástico, la partida bautismal del Amigo Práxedes: Atesonado, silabeaba con hipócrita deferencia el judaico patronímico:

—Señor de Mateo, a no hallarme recluido por prescripción facultativa, jamás hubiera dado lugar a que usted se molestase.

El Amigo Práxedes, que siempre inauguraba la feria de engaños con simpáticas zalemas, ahora sentíase coartado, invadido por una frialdad espiritual que abolía sus premeditadas efusiones y todas sus artes paparrucheras de gran farandul. Parecía que mudase de sustancia psíquica al oírse llamar con tan exacta y meticulosa impertinencia Señor de Mateo. El Conde de Morella, capcioso y silogístico, recordaba sus tiempos de seminarista:

—Si, como se ha divulgado, existe un pacto entre el radicalismo revolucionario y los amigos del Señor Duque de Montpensier… Supuesto el hecho… Usted parece confirmarlo con su silencio. Si existe un compromiso con los partidarios de esa candidatura regia, el partido carlista no puede seguir oyendo cantos de sirena.

El Amigo Práxedes cubrió el corazón con su mano fina y morena de charlatán cubiletero:

—El Duque de Montpensier puede ser el candidato de sus amigos, pero ningún compromiso liga al General Prim…

—¡Seguramente! El General Prirn es un patriota y un caballero. Hemos hablado en diversas ocasiones, y en todas he visto sus generosos propósitos de laborar por la felicidad de España. Su patriotismo le impedirá siempre colocar a un extranjero en el Trono de San Fernando. El General Prim me ha expuesto su pensamiento de hacer la revolución y reunir Cortes Constituyentes. Unas Cámaras de convicciones liberales, pero que, orientadas en sentido histórico, pudiesen acordar sus votos al nieto de Carlos V. Ese feliz resultado no se lograría sin la abjuración de los dogmas fundamentales del credo legitimista, y veríamos renovarse el pleito del partido, todavía no ultimado con Don Juan. Por mi parte, no desconozco que todas las comuniones políticas deben marchar con el siglo, y, aleccionado por la experiencia, soy afecto a las formas constitucionales.

Desgraciadamente, mis convicciones no son las del partido, y he fracasado ya una vez aconsejando las manifestaciones de liberalismo, que usted habrá leído en el manifiesto de Don Juan. El Príncipe, si no representase la integridad del credo legitimista, solo sería un hijo felón, rebelde contra su padre, y no cabe tal proceder en el generoso corazón de Don Carlos. Acaso me expreso con ruda franqueza de soldado, pero usted sabrá perdonármelo, Señor de Mateo. Don Carlos, al recoger la herencia paterna y proclamar sus derechos, está imposibilitado moralmente para dar un manifiesto liberal al pueblo español. Yo, aun creyendo ese camino el mejor, tampoco puedo aconsejárselo. Me contradigo, pero me satisface que haga en esta ocasión el Don Quijote. Señor de Mateo, usted me manda. Dos veces he visto asomar a mi mujer. Me tienen prohibida la charla. A pesar de todo lo dicho, estudiaré las últimas proposiciones del Conde de Reus. ¿Las trae usted escritas?

El Amigo Práxedes se llevó las manos a la cabeza:

—¡Las he olvidado!

El General Cabrera, liado el cuello en una bufanda, y la más vieja de las boinas por la coronilla, le acompañó hasta la verja del parque. Con afectada pureza de canónigo magistral, silabeaba el judaico Mateo.

VII

DON Carlos disimulaba su impaciencia conversando de perros y de caballos con sus dos edecanes. Londres se le aparecía como una gran ciudad de nieblas y chimeneas rodeada de verdes céspedes con partidas de caza a caballo:

—¡Las mejores cuadras y las mejores jaurías!

Don Miguel Marichalar, gentilhombre de linaje navarro, gran cantador de jotas y zorcicos, se apenó cómicamente:

—Como músicos, son unos perros.

Concedió con burlona sonrisa el Pretendiente:

—Los teatros son mejores en Viena.

Intervino el General Algarra:

—El Circo de Invierno este año ha sido magnífico.

Don Miguel Marichalar casi hacía pucheros:

—¡Qué cantantes!

Tomaba la ofensiva el General Algarra:

—¡Los mejores del mundo!

—Pues aquí se acatarran.

—No es la temporada de Londres.

El Pretendiente metía paces:

—La Exposición canina ha sido para mí una sorpresa. Y las carreras. ¡Qué caballos y qué jinetes!…

Don Miguel Marichalar encendíase en lumbres patrióticas:

—Prefiero nuestros caballos andaluces. Torre-Mellada tiene ejemplares en Los Carvajales. ¿Tú los conoces, Algarra?

—Para lucir en paradas y procesiones. Caballos que no corren.

El General Cabrera entró doliéndose de sus cicatrices, alegrados los ojos de gato:

—¡Ya voló! Aún quedan judíos en España…

Insinuó Don Carlos:

—¿Os habéis entendido?

—El General Prim le brinda al partido carlista unas Cortes Constituyentes. Mediante una farsa electoral y la consiguiente apostasía por vuestra parte, os ofrece la Corona de España. Ese cirineo os la traía en la faldeta del levitín. Se ha vuelto con ella.

—¿Rotas definitivamente las negociaciones?…

—A vos queda decidirlo.

Repuso Don Carlos, sin encubrir su contrariedad:

—Eres la voz más autorizada del partido, soy muy joven, y debo hacer lo que tú me aconsejes.

El viejo lagarto de seminario se transfiguró en sulfurino dragón:

—Si no representáis la integridad del credo carlista, si reconocéis ciertos postulados políticos, apareceréis a mis ojos como un usurpador rebelde contra su padre.

El Pretendiente le miró, aserenados los ojos en una sonrisa de respeto y enojos:

—Cabrera, sé a lo que estoy obligado. Me presentarás a tu mujer. No quiero irme sin saludarla.

—Señor, la Condesa esperaba vuestra venia para presentaros sus respetos.

Saludando a lo dómine, fue hacia la puerta y entró por la mano a *Lady* Cabrera. Era la madama seca, rubia y cuáquera: Moño de batería, pañoleta de encaje, escurrida espetera, el aire pulcro de vieja protestante: Una conciencia

puritana que olía a jabón y fricciones higiénicas. Don Carlos, saludándola en inglés, le besó la mano. *Lady* Cabrera chapurreó encarecidas protestas en español de cotorra:

—¡*Sir*, me honráis más que merezco! ¡Como honráis nuestra pobre casa! ¡Nos honráis, *Sir*!… El General Cabrera quería haberos visitado en Londres. Se lo ha prohibido el doctor. Con los años se le recrudecen las dolencias contraídas en sus campañas. Pero se pondrá otra vez fuerte para defender vuestros derechos.

Lady Cabrera, muy sabihonda, recitaba de corrida la lección del seminarista valenciano. Don Carlos la escuchaba complaciente y la respondía en inglés, excusando el tuteo con que favorecía a sus parciales del Continente. Pero, al despedirse, volviendo a besarle la mano, rehúsa y modesta, pronunció en su castellano de erres gordas:

—¡No ignoro que tienes corazón de española!

VIII

CORRÍA el tren con dirección a Londres. Don Carlos, taciturno, con digna reserva y afable sonrisa, escuchaba la fútil conversación de sus edecanes. El Pretendiente disimulaba recelos y despechos jugando la alta comedia de los regios estrados. Pasó muchas horas recluido en sus habitaciones de Charing Cross. Cerca de media noche llamó a sus edecanes:

—¿Qué os parece irnos a cenar a Los Tiroleses? Antes quiero haceros conocer el borrador de una carta que dirijo al Conde de Morella. El héroe del Maestrazgo es, sin disputa, la gran figura del partido, pero no es el partido. La causa legítima tiene otros hombres que merecen ser consultados, si bien ninguno atesore los prestigios del General Cabrera. ¿Marichalar, quieres tomarte la molestia de acercar la luz? Vamos con la carta: «Londres, 23 de junio de 1868.—Mi querido Cabrera: Es indudable que la opinión española juzga inminente la caída del trono. Tal eventualidad echaría sobre mis débiles hombros el deber sagrado de salvar a España. Consciente de mis futuras responsabilidades, y para prevenir funestas disidencias, creo indispensable la reunión de un Consejo Real. Así procedieron siempre, en los grandes momentos históricos, mis antepasados. A mi ver, urge convocar representantes del clero, de la nobleza, del ejército y del estado llano. Teniendo en cuenta tus dolencias, la reunión podría celebrarse en Londres, del 20 al 30 de agosto.—Son adjuntas: l.º La lista de algunos

consejeros, para que tú la modifiques y completes. 2.ª Una minuta de las cuestiones más apremiantes. Recurro, como siempre, a tu noble patriotismo, para que en este primer paso político de mi vida me aconsejes.—Te abraza, Carlos».

El Pretendiente arrojó el papel sobre la mesa:

—Os autorizo para que, sin ambages, me digáis vuestro parecer. Gracias, Marichalar: Eres un magnífico candelera. Habla tú, Algarra.

—Señor, con lo que proponéis en vuestra carta, recibiría un golpe la influencia omnímoda del General Cabrera.

Sonrió el Pretendiente:

—¡Si yo me someto, no será mucho que haga lo mismo el Conde de Morella!

—Le conozco, y acabaría por enemistarse con todo el Consejo Real.

El Pretendiente dignificose con un gesto de galán que ensaya grandes papeles: Como ante un espejo, proyectaba la bella figura ante la Historia:

—¡Sentiría un desacuerdo con Cabrera! Aun con su voto en contra, juzgo imprescindible la convocatoria de un Consejo Real. Voy a leeros la lista. Sin duda faltan nombres, y vosotros me los iréis apuntando. ¿Marichalar, quieres sentarte a la mesa y tomar nota? Padre Luis Maldonado, Padre Torrecilla, Duque de Pastrana, Marqués de Cáceres, Marqués de la Granja, Marqués de la Romana, Marqués de Serdañola, Marqués de Tamarit, Conde de Fuentes, Conde de Morella, Conde de Orgaz, Conde de Robles, Conde de Samitier, Barón de Hervés, General Arévalo, General Arjona, Ceballos, Marichalar, López Caracuel, Marco, Moneo, Autrán, Comín, Dameto, La Hoz, Vildósola. Vosotros me diréis quiénes, a vuestro juicio, faltan y quiénes sobran.

Levantó la pluma Don Miguel Marichalar:

—Yo creo que falta el General Elío.

Asintió el Pretendiente:

—No debí haberlo olvidado… Ni a su pariente Hormazas… Apúntalos, Marichalar.

Soslayó el General Algarra:

—Acaso el Marqués de Bradomín…

Frunció el ceño Don Carlos:

—Tuve escrito su nombre, y acaso no hice bien borrándole. Olvidemos que ha sido el mayor intrigante para que mi padre no abdicase.

Don Miguel Marichalar tuvo un apuro de beato:

—¡Intrigante y volteriano!

Animose Don Carlos:

—Pero muy decorativo. Hay que incluirlo. ¿Recordáis algún otro?

Enumeró el General Algarra:

—El Marqués de Fontanar, Gómez Ochoa, Eroles, Carlos Calderón…

A su vez proponía Don Miguel Marichalar:

—El Prior de Roncesvalles, el Deán de Tudela, el General Varela-Luyando…

Resolvió Don Carlos:

—Luego haremos un expurgo en la lista. Anótalos a todos… Vamos a Los Tiroleses. Marichalar, esta noche dejas tu rosario para hacer la bomba.

Don Carlos llamó a su ayuda de cámara:

—Franz, voy a salir.

El viejo servidor, grave y patilludo como un almirante, le puso sobre los hombros un abrigo de mangas bobas, última creación del célebre sastre Gool. Luego le presentó el sombrero de seda, los guantes crema y el junco con puño de oro, puesto en moda por el Príncipe de Gales.

IX

LA Rotonda de Los Tiroleses no era el círculo de dorados escándalos que suponían, haciéndose cruces los emigrados liberales, estoicos de buhardilla, que luego sacaron unas ramplonas aleluyas contra el Pretendiente. La Rotonda de Los Tiroleses era una sala de cancán y cenas elegantes, sin los malos ejemplos de París. Pero la musa satírica de los emigrados españoles no perdía ocasión para ponerse en jarras y lucir con ingeniosas sales. Alguno aseguró que en aquella befa de consonantes, todos los versos faltos de medida, eran opimos frutos del Amigo Práxedes:

En Los Tiroleses cena
Y se le alegra la vena.

Marichalar sirve el tinto
Al nieto de Carlos Quinto.

El Terso y sus edecanes
Mojan el pan en la salsa de faisanes.

Y soñando con la Corona,
El Pretendiente pesca una mona.

A una rubia le hace cocos,
Y se gana un soplamocos.

Se rasca como un lacayo
El descendiente de Don Pelayo.

Se envilece en los placeres
En las cenas con mujeres.

De la orgía babilónica
Sale con la voz afónica.

Y se despierta por las mañanas
Entre abrazos de cortesanas.

¡Y no se contenta con una!
¡Puesto a pedir, pide la Luna!

No se contenta con una sola,
Como hace la honrada gente española.

La puritana Albión
Se escandaliza con el Borbón.

Noble España, tenlo presente
Y no corones al Pretendiente.

Que dilapida el oro a raudales
En desenfrenadas bacanales.

Mientras tu proletariado
Tiene el pan en el tejado.

No lo olvides, pueblo español,

Que rascas el hambre al sol.

Español que vives a oscuras,
Haz una hoguera para los curas.

Un hoyo grande para el carlismo
Y úngete de liberalismo.

Las espadas revolucionarias
Redimirán a las masas gregarias.

Español, abre la Historia
Y escribe una página de gloria.

Con tales juegos del ingenio, consolaban sus pálidas cuaresmas los revolucionarios españoles, estoicos de sotabanco. La Rotonda de Los Tiroleses, como un círculo infernal, abría su fábula de dorados escándalos en aquellos caletres demagógicos, encendidos de monsergas puritanas. El caviar, las trufas, los vinos espumosos, las piruetas del cancán, y el soñado perfume de las enaguas, aparecían a sus espantadas conciencias de sacristanes heterodoxos como ejemplos satánicos. Si no encendieron hogueras con cerillas inquisitoriales, debiose a su gracia de progresistas y profesos de las logias: Juvenales y Voltaires se acogieron a las musas, en pliegos de barba y rasgos de Iturzaeta:

En Los Tiroleses cena
Y se le alegra la vena.

X

EL General Prim disimulaba su enojo por aquellas paparruchas y, de secreto, persistía en los propósitos de una alianza con el Pretendiente. Autoritario, imbuido del fuero marcial, poco afecto a las utopías democráticas, cautelaba que la revolución española fuese monárquica, y como presumía el desafecto nacional por las candidaturas extranjeras, ocultas voces de su instinto le aconsejaban pactar con la Causa de Don Carlos. Paralelamente, ilustrando falacias púnicas,

mentía promesas a las ilusionadas democracias y al moderantismo palaciego, que iniciaba una conjura favorable al Príncipe Alfonso.—La Reina Madre, con sus dedos de hada antigua, tejía los hilos de aquel enredo.— El Conde de Reus, sigilosamente, adoptando misterios de aventura galante, había recibido cartas y un retrato de la Augusta Señora.—Plata las ondas del peinado, la frente anciana nostálgica de la real diadema, perenne la bella sonrisa italiana, insinuante de ciencia diplomática y coqueta.— El General Prim, en otro tiempo, alboreando sus ambiciones de conspirador, había sentido el encanto de aquella sonrisa. El Glorioso Hijo de Reus se emocionaba con romanticismo de tenor menestral que canta solos en el orfeón de su pueblo: Pero la falsía de sus tratos perduraba sobre aquellos sentimientos. Solicitado por la conjura alfonsina, fluctuaba en medias palabras, encapotado con la suspicacia de verse pospuesto si la minoría del Príncipe de Asturias aparejaba la política personal de un regente. ¿Acaso el naranjero de San Telmo? Acaso, por segunda vez, el tresillista de Logroño. España no escarmentaba. El Emigrado de Londres, oportunista y capcioso, sin doctrina y sin credo, cabildeaba, con segundas miras, el abrazo de todas las fracciones revolucionarias, bajo el señuelo rojo y gualda de la voluntad nacional. Hecha la revolución, que sería un alegre juego de pólvora, juzgaba inmediata la desavenencia de los bandos extremos. Comprometiendo pactos con las sesudas calvas moderantistas y las desmelenadas democracias, buscaba centrarse en un justo medio, que presentía propicio al logro de sus grandes ambiciones. Soldado de aventura, con una fe mesiánica en su estrella, no dejaba de mirarse sobre un bélico corcel de tiovivo, bordando los campos hispánicos, como otro patrón Matamoros. Con albures de cuartel y arrogancias de matante, presumía que puesto el ros sobre una ceja, tosiendo fuerte y echando roncas, podía ser el salvador de España.

XI

EL General Prim, con bravatas cuarteleras, y grandes gestos de teatro levantino, ilusionaba en su tertulia a los ilusos emigrados, acólitos y diáconos de la voluntad nacional. Temerón, y con reservas mentales, entre humorismos biliosos, declaraba que las revoluciones no se hacen con santos ni con santones. El Amigo Práxedes rasgaba la boca, con el rizo del tupé erecto sobre las cejas:

—Mi General, los santos en los altares, y abstenidos de operar milagros. Anónimos, con telarañas y sin un maldito sacristán que les pase la escoba por la cara: Santos sin cohetes.

—Pide usted demasiado. Las milicias eclesiásticas, por el momento, son las únicas que arden pólvoras en España.

Ceceó sañudo Paúl y Angulo:

—¡Así salen de cerriles las cochinas sotanas nacionales!

Recalcó el Conde de Reus:

—Más que a los santos con novena y fiesta, temo a los santones de la democracia. Esos apóstoles de todas las disidencias son intratables. He desistido de poder avenirlos.

Intervino con franca decisión el Capitán Estévanez:

—Don Francisco Pi y Margall nunca podrá estar de acuerdo con el ruiseñor de Cádiz. Don Francisco es la pura abstracción, casi una fórmula matemática, y el otro es un magnífico poeta.

El General se ponía la mano en las solapas, con autoritaria suficiencia de soldado ignorante:

—¡La política es instinto!… Ni tesis filosófica, ni fórmula matemática, ni tropo retórico: Instinto y acción. ¡Atributos viriles! ¡Pelotas!

El viejo asistente, decorado con pasamanerías de lacayo, anunció a míster Hutinton, Jefe de Policía:

—Espera en el despacho del Señor Conde.

Se despidió el General:

—Hasta luego, señores. Vamos a descorrer el velo de la diosa, que diría Don Salustiano. ¿A propósito, cuál es el nombre de esa señora? ¿Lo sabe usted, querido Práxedes?

—¡Como no sea la Cibeles!

—¡Que está usted tan ayuno como yo!

—Declaro modestamente que no soy una enciclopedia, mi General. Ese cante me suena, lo he oído repetidas veces, yo mismo me habré lucido con él… Y nunca supe la gracia de la susodicha, y si la supe no me acuerdo.

—Lo mismo da. Vamos a descorrer el velo de la Diosa Equis.

El Amigo Práxedes, haciendo misterios, interrogó a Paúl y Angulo:

—¿Persiste usted en que se trata de un complot urdido contra la vida del General?

—No soy el único en sospecharlo. La Policía ha hecho detenciones a

bordo… Aquí tenemos uno que, sin duda, estará más enterado.

El Compañero Salvochea, vestido pulcramente de baratillo, asomaba saludando con apagado comedimiento:

—Temo ser inoportuno.

Le llamó Paúl:

—Ven acá, Fermín. ¿Qué hay de la Ristori?

—No aparece complicada.

—¿Y los otros tunantes?

—Aún no he podido visitarlos.

—¿Y serías capaz de hacerlo?

—¡Son unos desgraciados!

—Y unos asesinos.

—¡Quién sabe!

—Tú guardas testimonios.

—No aseguraría que aquel hombre quisiera matarme.

—Hacerte una caricia.

—Atemorizarme.

—¿Y has declarado así?

—No he declarado.

—¿Y qué sabes del complot contra la vida de Don Juan?

—Ni una palabra.

El Amigo Práxedes insinuó sus dudas con simpáticas burlas:

—¿Pero existe ese complot, o son delirios de la mente loca?

Le copió el tono el Hermano Claudio Nerón:

—¡A que voy a resultar otro Fernández y González! En fin, pronto saldremos de dudas.

La tertulia, dispersa en corrillos, susurros de intriga, con repentinas tormentas de truenos y relámpagos, esperaba la vuelta del General. Era aquella noche muy lucido el ramo de Marte: Mariscal Contreras, Brigadier Miláns del Bosch, Coronel Gamíndez, Tenientes Coroneles Campos y Ponce, Comandante Lagunero, Comandante Capitán Hidalgo, Capitán Lafuente, Capitanes Tenientes Pons y Estevánez, Teniente Barbáchano, Sargento Primero Isidro Pascual. Una floresta de bélicos lauros para condimentar por siglos y siglos los guisotes nacionales. Apareció Don Juan con serena pausa, taciturno y benevolente. Rodeado de sus acólitos se detuvo para encender el veguero. Ninguno osaba interrogarle Esperaban todos la palabra del gran revolucionario: Sacó el pecho

con énfasis melodramático, de falsificación catalana:

—¡Parece que estorbo, señores!

Coro de voces a toda orquesta:

—¡Y tanto!

—¡Que sale la mía!

—¡Esperemos!

—¡Oigamos primero!

—¡Duguesclin!

—¡Felones!

—¡Oigamos!

El Soldado de África dio una chupada al veguero:

—El complot ha sido fraguado en Gibraltar.

—¿Por quién?

—No se sabe.

—¿Ni se sospecha?

—La sospecha es libre, amigo Don Ruiz.

—¿Pero hubo complot?

—Una buena voluntad para sacarme de en medio.

—¡Miserables!

La Condesa de Reus, agitado el moño, las manos crispadas y un clavillo en el pecho, entró arrastrando la cola como una médium de tablas. Se abrazó al esposo con asustada telepatía:

—¡Han querido matarte!

XII

LA recamarera yucateca, con sonrisa esclava melosa de soles yucatecos bajo los perifollos de camarista protestante, apareció enfriando una taza de salvia, remedio al sobresalto de Niña Condesa:

—¡No hay mejorito para serenarse! Al poquipoqui se va tomando… Nada de apresures… Al poquipoqui.

La Condesa movía los labios, rezándole a la Milagrosa Virgen Guadalupe, Patrona de Méjico.

La recamarera, puesta de rodillas, le presentaba el tacillo de salvia. Niña Condesa se lo llevó a la boca ante la rueda generosa y conmovida de los

emigrados. Retuvo la mano al marido, hablándole en secreto:

—¿Qué ha sido, Juan?

—Una broma de mal género. Tranquilízate. ¡Nada!

—¿Asesinos pagados?

—¡Eso parece!

—¡Cuánta infamia!

—¡Desbaratado el golpe, no vale recordarle!

—¿Qué hilos tiene la Policía?

—Cuatro hambrientos embarcados en Gibraltar. Paúl te dará referencias. Ha hecho el viaje con ese ganado.

—¿Se sabrá quién inspira ese crimen?

—No se sabe nada, ni parece fácil averiguarlo.

—¡Eso se verá, Juan!

—El complot tiene sus ramificaciones en Madrid.

—¡Teniendo ese hilo!…

—La Policía española no es la inglesa, y aun cuando lo fuese, no convendría ponerlo en claro.

—¿Los presos harán revelaciones?

—Míster Hutinton me mandará un apuntamiento de la causa. No te preocupes. La última baza será la mía y haré rodar el Trono de España.

—¡Pobre Reina!

—¡Se ha hecho imposible con la honra de España!

—¡Si Dios aún quisiese iluminarla!

—¡Ya es tarde!

—¿Y un milagro?

—Pasó el tiempo de los milagros.

—Me asusta que seas tú quien destrone a la reina.

—¡Yo también lo deploro! No olvido que mi estrella de soldado ha lucido sirviéndola, y que por sus derechos he vertido mi sangre. El pago, la emigración en tierra extranjera y una sentencia de muerte sobre mi cabeza. Allá no pudo cumplirse, y tampoco en Londres.

—¡A Nuestra Señora de Guadalupe se lo debes!

—¡Seguramente! A Nuestra Señora de Guadalupe y a la Policía de Londres.

—¡Esto no es vida, Juan!

—Me debo a la Patria.

—¡Tu vida es mía y de tus hijos!

—¡No eres razonable!

—¡Sería absurdo que lo fuese!

El Conde de Reus se hizo cargo con una sonrisa deferente y cortés, de marido que se divierte por las afueras:

—Mi destino no puede ser morir asesinado en una calle de Londres.

—¡Juan, me ciegas!

—¡Debes acostarte!

La Condesa de Reus, suspirando, puso el tacillo en las manos pueriles de la melosa yucateca:

—¡Gracias, Sólita!

—¡Verá que buen provechito le hace!

Don Juan, metido en la rueda de sus acólitos, caracoleando un hipotético corcel, arengaba que la revolución sería un alegre fuego de pólvora. Simpáticos parabienes del Amigo Práxedes:

—¡Alguna vez hemos de ser nosotros y no las sotanas!

El Amigo Práxedes se despedía. Con taima francesa y tapabocas, la chistera sobre una cadera y el saludo masónico, despertaba el recuerdo de las litografías que ilustran las novelas de Eugenio Sue. Parecía caracterizado para jugar la intriga de un romántico melodrama revolucionario. Los Hermanos Tiberio Graco y Claudio Nerón, en un aparte, concertaban quedarse los últimos para conferenciar con el gran revolucionario. A solas los tres, y cerradas las puertas, habló Don Juan:

—¡Me hacen ustedes mucha falta en Cádiz! Si no hay vapor, queda el viaje por Francia. Es más caro, pero ustedes son gente de dinero. Aquí, en cambio, andamos a la quinta pregunta, y en estos momentos no sabemos de dónde sacar un cuarto. Domingo Dulce me ha hecho repetidas ofertas, pero resistiré hasta verme con la soga al cuello. Había concertado el flete de un vapor que en cualquier momento pudiese llevarme a una playa española… Difícilmente pagaremos el plazo, que cumple mañana… Y habrá que dejarlo y romper el compromiso… ¡Una molienda! ¡Menos mal si no tuviese enfrente las talegas de Montpensier!

Asesoró Paúl y Angulo:

—Un agente montpensierista ha negociado veinte mil libras en la plaza de Cádiz.

—Esas son mis noticias.

—Veinte mil libras a cargo de Court y Compañía, banqueros reconocidos de

los Orleáns, en Londres.

—¡Exactísimo! ¡Con ese nuevo gigante luchamos! ¡Veinte mil libras! Yo estaré a su hora sobre una playa española, aunque para ello necesite un caballo con alas.

Se animaron con cándido entusiasmo los Hermanos:

—¡Magnífico!

—¡Soberbio!

—¡Le necesitamos en España!

—¡En la hora precisa estaré allí, créanlo ustedes!

—Mi General, hay que contar a todo evento con flete para España.

—¡Una ruina!

—Para usted solo.

—Y solo estoy.

Se arrancó Paúl y Angulo:

—Mi General, permítame que con la franqueza propia de mi carácter le pregunte a cuánto asciende el compromiso que tiene usted encima.

Se excusó el gran revolucionario:

—Don Ruiz lleva esas cuentas.

—¿Quiere usted que mañana nos avistemos para zanjar ese inconveniente?

Un abrazo fue la respuesta de Don Juan.

—¡Es usted un patriota!

—Soy un amigo.

—¡De los pocos, Paúl!

—Don Juan, para todo, y no digo más.

—¿Quiere usted representarme en Cádiz?

—¿Sin abjurar de mi fe republicana?

—Se permiten los sueños.

El Conde de Reus esbozaba una sonrisa de amistosa condescendencia: Atenciones de tahúr seguro de la ganancia por artes del pego, del amarre y del salto. Se despidieron con abrazos de rito masónico:

—¡Patriotas, hasta mañana!

XIII

TIBERIO Graco y Claudio Nerón, de par y en silencio, caminaban por la acera. La sutil neblina nocturna estopaba con agigantado desdibujo el contorno de los Hermanos. Caía la luna sobre el filo de la acera, y los dos la iban cortando. Paúl y Angulo, de pronto, estalló en una traca de truenos:

—¡Don Juan está condenado a muerte por esos hijos de mala madre!

—¿No será una plancha de la Policía?

—¡Eso solo pasa en España!

—¡No seas pájaro de mal agüero!

—¡Don Juan no verá la revolución!

—¡Porque no querrá hacerla! Algunas veces me parece que está representando una farsa. ¡Que hubo negociaciones con los carlistas es notorio, y todavía no sé si están rotas! ¡Juega con muchas cartas! Probablemente tampoco serán cuentos los compromisos que le cuelgan con la Reina Madre.

Protestó Paúl y Angulo:

—Infundios de los vicálvaros. En España el hombre del destino es Don Juan Prim…

—¡Acaso!

—¿Lo dudas?

—¡Lo lamento!

—¿Por qué?

—¡Será un apóstata!

—Caería sobre su cabeza la sentencia de los Hermanos.

—Esas sentencias ya no se cumplen. ¿Se ha cumplido la de Pío IX? ¡El General Prim traicionará la Revolución!

—¡Y le costará la vida!

—Otra sentencia de muerte, y son dos. Falta una tercera, y también te digo que de ese número cabalístico no escapa.

Paúl y Angulo levantó los brazos, negro y blasfemo, jurando con estilo de Fernández y González:

—¡Rayo de Dios! Parecemos gitanos… ¡La tercera ya la tiene encima, que se la impuso un Consejo de Guerra!… Era tan justo el parecido cañí, que le ladró un perro.

ALBURES GADITANOS

I

EL día 9 de agosto de 1868 estuvo señalado en los almanaques revolucionarios como el día fausto para que rompiese sus cadenas el invicto León Hispánico.

II

POR toda la redondez del Ruedo Nacional circulaban los papeles escritos con tinta simpática, que son el obligado acompañamiento de todas las jácaras revolucionarias. Corriose la consigna a los militares comprometidos, para que se pusiesen bajo las órdenes del Brigadier Topete: Se despacharon agentes con avisos a todos los Comités revolucionarios de Málaga, Granada, Córdoba y Sevilla: Salieron dobles emisarios para Londres —Alcalá Zamora, de Cádiz, y Pérez de la Riva, de Lisboa—. Comunicáronse órdenes a las tropas comprometidas en Ceuta, San Fernando y Campo de Gibraltar: Renováronse las ofertas a sargentos y generales: Procurose asegurar al indeciso Segundo Cabo de Sevilla, Mariscal de Campo Don Rafael Izquierdo. Los Brigadieres Peralta y Laserna fueron requeridos para ponerse al frente de los juramentados batallones de Cantabria. Patriotas de pelo en pecho, contrabandistas y ternes de almadraba, matantes de burdel y de colmado, jaques de playa y cumplidos de la trena, tomaban sobre su conciencia mantener el orden dando mulé a las señoras autoridades. Apóstoles de la España con Jonra, encarecían el vino en las tabernas, jurando amenazas al Trono de la Isabelona.

III

LA conjura orleanista ya no excusaba los pactos con la roja democracia. Mudaba el rumbo de las sesudas veletas unionistas al soplo elocuente del Señor López de Ayala.

—No es una inconsecuencia política el pacto que ahora propugno con los elementos democráticos, no es una veleidad engendrada por la impaciencia, sino madura reflexión y depurado juicio de los actuales advenimientos y de las fuerzas que con nosotros simpatizan, en el primordial deber de dignificar a la Patria. El Duque de Montpensier es el primero en condenar los extremos demagógicos y temer su contagio, pero a la par reconoce la nobleza de los impulsos populares, el brío generoso de sus entusiasmos. Yo quiero desechar el temor de que en ningún momento podamos ser prisioneros de las turbas. Cualquier desmán del populacho sería fácilmente reprimido si contamos con los cuarteles, y si el movimiento lo secunda la Escuadra. Los momentos son únicos, decisivos, apremiantes: Urge dar cima a nuestros ideales. Cádiz, la cuna de las patrias libertades, se manifestaría unánime en pro de nuestro generoso intento. Mayor recelo que la demagogia gaditana, mayores dudas y suspicacias, me inspira el soldado de fortuna, el *condottiero* ambicioso de lucros y mandos, el eterno conspirador hoy acogido a las playas inglesas. ¿Habéis pensado si no es un azar venturoso su destierro? Francamente, señores, y dicho en el seno de la amistad, hagamos la revolución sin ese hombre funesto, aun cuando para el logro de nuestros propósitos, y en la necesidad de buscar alianzas, sea preciso pactar con las democracias republicanas.

A media voz puso su comentario socarrón un carcamal renegado cacique del moderantismo:

—A esas, si desentonan, podemos fusilarlas.

El Brigadier Topete, asesorado por el círculo de sesudas veletas, comprometía medias palabras, para una inteligencia entre las fuerzas de Mar y Tierra. Miraba el barómetro, y salía a observar el celaje al verde mirador de la Capitanía de Puerto.

IV

EL Mariscal de Campo Don Rafael Izquierdo, Segundo Cabo de la Capitanía General de Sevilla, rencoroso, según se dijo, por augustos desdenes, también cabildeaba con los cortesanos de San Telmo. Memorable fue su respuesta a un mensajero del Serenísimo Infante:

—¡Ni quito ni pongo Rey!… Pero mi espada servirá siempre a la Patria.

El Mariscal de Campo Don Rafael Izquierdo era un cuarentón teñido y arrogante: Magnífica calva, bigotes y perillonas de química buhonera. Instó el mensajero de San Telmo:

—¿Puede contarse con la guarnición de Sevilla?

El Segundo Cabo galleó un capote de sargento torero:

—Juzgo indispensable la presencia de los Generales Duque de la Torre y Marqués de Castell-Florit. Si esos invictos patriotas montan a caballo, a caballo y en el puesto de más peligro me encontrarán con el acero desnudo… Pero para el significado de la revolución, es antes indispensable haberlos traído a la plaza de Cádiz. El pronunciamiento sin ellos será otro fracaso.

Encareció el mensajero:

—Los ilustres desterrados vendrían inmediatamente. Fruncimiento de cejas y amistoso dictamen del Segundo Cabo:

—Aplacen ustedes el pronunciamiento hasta tener a la vista el vapor que los traiga.

—Sublevada la Escuadra, iría por ellos un buque de guerra.

—Les ganaría la vez el General Prim. Aseguren ustedes que nuestros amigos sean los primeros. Por mi parte, mantengo el compromiso que contraje con los ilustres desterrados de Tenerife. La revolución, en tanto sintetice un movimiento nacional, contará siempre con mi espada. En esa misma actitud he considerado siempre al Brigadier Topete. ¡No sospechaba tal cambio de sentimientos en la Marina!… Y hasta no verlo confirmado… Los revolucionarios son ustedes grandes soñadores… ¿Está terminantemente decidido el pronunciamiento de la Escuadra?

—¡Terminantemente!

—¿La Marina simpatizaba con los Duques?

—¡Y simpatiza!

—Pues no entiendo la actitud de Topete. Pretende batir el chinchín de los barcos para que haga un paseo a caballo el Conde de Reus: El mayor enemigo de la candidatura Montpensier: ¡Topete se ha vuelto loco y con él todos ustedes! Los Generales Unionistas deben venir inmediatamente a España.

—Habla usted a un convencido.

—¡Pues a traerlos!… Y a esperar que lleguen… Que vuelva de su acuerdo el Brigadier Topete.

—¡Está muy comprometido!

—No importa.

—Temo que sea tarde.

—No lo tema usted.

—¿Quién mandaría las fuerzas de guarnición?

—Primo de Rivera.

—Yo convenceré a Primo. ¿Está en Jerez?

—En Puerto Real.

—Le llamaré para ponernos de acuerdo. Convenza usted al Brigadier Topete. ¿Quiere usted una breva?

Encendieron habanos y se los fumaron, entre calendarios políticos, ahumando el retrato de la Augusta Soberana. Ante aquellas suculentas mantecas, el cuento del rijoso despecho tomaba pábulo: Con una absurda evidencia, se comprendía la amorosa pasión del Segundo Cabo de Sevilla. La de los Tristes Destinos fue por muchos años Ninfa de los Cuarteles.

V

EL Coronel Fajarnés era otro de los militares comprometidos: Estaba de cuartel en Córdoba, recién llegado de la Jauja Filipina. Al apremio de los revoltosos gaditanos, mostraba sus remos de milite glorioso, con unturas para el reuma. El Gran Pompeyo, mensajero de los revolucionarios gaditanos, le halló inválido, en una mecedora filipina soportando los insultos de la cotorra, aburrido de mirar a la calle por la reja. Con barba de seis días, pantalones de uniforme desechados para el uso casero, y un jaique a listas por los hombros, mataba las horas haciendo pitillos en maquinilla, compitiéndole a la Gloriosa Paca de Triana. Se ladeaba el gorro:

—¡Y que eso me coja baldado!

Táctico ilustre, situó la frase, apoyándola por ambos flancos, con guerrillas de puños y ajos. Recién dada de polvos salió la Coronela:

—¡Pompeyo! ¿Pero usted aún existe? ¿De dónde sale usted, tarambana?

—De Cádiz.

—¿Qué se trae usted con mi maridito? ¡No me lo soliviante! ¡Me parecía que ya nunca más iba a tenerle conmigo! Nos vamos a los baños de Fuente Mayor.

El reumático milite la miró con humorismo de Juan Lanas:

—¿Pero quién me los ha recetado?

—¡Yo! Has venido de este viaje muy pocho.

—¿Tú qué sabes?

—¡Pues lo sabrá la mujer del vecino! ¡Qué ilusiones! ¡Tú no haces revolución por ahora!

—¡Desgraciadamente!

—No te aflijas, que has de tener tiempo para echar fuera el reumatismo de este año y del que viene. ¿Qué se traen ustedes, Pompeyo? Ya sabe usted que sé guardar un secreto… A Paco se lo he contado. ¿Qué ha sido de Vallín?

—En Sevilla lo tiene usted conspirando.

—¡Ese acaba mal!

—Ya se lo ha dicho otra gitana.

—¿Otra?

—Con menos gracia.

—Una servidora no es cañí, Pompeyo. Fajarnés fue a buscarme a los cafetales de Matanzas.

—Y se trajo toda la gracia cubana.

—¡Paco, tienes la palabra!

Leopoldina, dándose vaivén en la mecedora, cruzaba las piernas con sandunga de Coronela. El milite reumático, entre broma y quejumbre, arrugaba la cara:

—¡Me traje dos cotorras!

Saltó ocurrente la media naranja:

—Dos cotorras para un papagayo.

El Coronel Fajarnés, riose con amorosa condescendencia:

—¡No se puede con las mujeres!

—¡Don Paco, no todos los hombres tienen su suerte!

—Pues no lo agradece, Pompeyo. ¿Pero usted, qué lío gordo se trae?

—¡Salvar a España!

—¡Sueñan ustedes los patriotas!

—De los sueños salen todas las cosas grandes.

—Si no logran ustedes ponerse de acuerdo.

El Coronel respondió a la Coronela:

—Leopoldina, esas son tus opiniones.

—¡Porque estoy muy bien enterada!

—¡No lo estás! El acuerdo existe. Pompeyo me lo ha transmitido.

—¿Pero va de veras, Pompeyo?

—¡Y tanto!

—¡Paco, tú no te mueves!

—¡Desgraciadamente no puedo!

—¿Qué te va a ti en eso?

—Servir a la patria.

Leopoldina se mordió los labios, mirando las muletas, en un súbito pensar que sin aquel achaque del marido podía verse Generala: La Revolución prometía dos grados:

—¿Pompeyo, para cuándo?

—Muy pronto.

—Paco tomaría nueve baños.

El Coronel renovó el aguasonado berrinche:

—Pero ¿quién me los receta?

—Con nueve tienes bastante. Fuente Mayor hace milagros. Esclareció Pompeyo:

—Maravillosas curas terapéuticas.

—Te pones bueno, y como no te importan mis disgustos, haces un disparate.

Pompeyo le alargó la mano:

—¡Coronel, a ponerse bueno!

Cantaban las niñas en el sotabanco:

Boga, boga
Batelera,
Que me altera
Tu manera
De remar.

VI

TAMBIÉN al Brigadier Las Heras llegó el apremio de la Junta Revolucionaria de Cádiz. El glorioso milite, aun cuando gozaba de buena salud, tenía sobre el corazón la enfermedad de un pariente sacramentado en Dos

Hermanas: Sus lazos de sangre no eran muy estrechos, pero compañeros desde la escuela, jamás se perdonaría no despedirle en la hora de vámonos: Sánchez Mira, Capitán retirado, llevó a las playas gaditanas el alegato del compungido Marte: La Estrella, preclara logia masónica, toda se hizo cruces:

—¿Pero esa disculpa ha dado?

—¡Qué amante de la familia!

—¡Será que herede!

—¡Y esos son los patriotas!

—¡Por verle hacer la mueca a un pariente lejano, nos pinta a la pared!

—¡Habrá que no olvidarlo!

—Lo comprendería si se tratase de su madre.

—¡La Patria siempre es primero!

—¡También es madre!

—¡Ya solo falta que a última hora, se le arruguen al General Primo de Rivera!

—Pues me lo estoy temiendo. Estos revolucionarios de la víspera son poco de fiar.

—¿Qué noticias de Londres?

—Don Juan toma las aguas de Vichy. Alcalá Zamora ha telegrafiado que sale para Francia… Mañana probablemente se verá con el General en Vichy.

—¿Decidirá pasar la frontera?

—¡Es hombre para eso y para mucho más!

—De hacer una hombrada, entraría por el Pirineo. La revolución cuenta con las guarniciones de La Seo, Zaragoza y Barbastro.

—Barcelona y Madrid secundarían el movimiento.

—El General Prim nos dará otro desengaño. Tengo muy presentes las acusaciones de García Ruiz.

—¡Un amargado!

—La revolución española solo puede ser republicana, y en ese sentido debemos orientar a los patriotas de Cádiz. La ocasión es nuestra si sabemos aprovechar la ausencia de los espadones. Izquierdo, Peralta, Laserna, nos dan el triunfo, quedándose en casa.

—Nos lo disputará la Escuadra.

—Ni aun admitiendo que bombardease la plaza. España entera secundará el grito de Cádiz.

—A Madrid no llegan los tiros de la fragata *Zaragoza*.

—La defección de los militares comprometidos, favorece nuestros planes. ¿Hablará usted en nuestra Tenida?

—Hablaré si es necesario.

Repicaba la campanilla del hermano Epaminondas, Gran Oriente de la Estrella de Gádex: Decorado con faja, placa y mandil, aparecía tras de la mesa, puesta sobre un cadalso de tres escalones, y vestida de rojos andularios con los símbolos de la escuadra y el compás.

VII

EL General Prim, que no juzgaba tan vecino el pronunciamiento, atendía su achaque hepático en las aguas de Vichy. Mal avenidos y en perenne disputa se le presentaron una mañana el Gran Pompeyo y Alcalá Zamora —llegaban mohínos y chasqueados de Londres—. A Don Juan se le nubló la cara, oyendo las nuevas que traían de Cádiz: Tuvo una ráfaga de alarmados recelos:

—¿Han sido advertidos los desterrados de Canarias?

Susurró malicioso el clérigo sin licencias:

—No hubo tiempo…

Saltó el Gran Pompeyo:

—Los patriotas preferíamos que fuese usted el primero…

Confirmó Alcalá Zamora díscolo y contradictorio:

—Lo hubiera sido de hallarse en Londres.

Llega el Capitán Hidalgo, condenado a muerte por pasadas trifulcas, y ofrece un telegrama a Don Juan:

—Pleito para sentencia. Es la clave convenida con Paúl.

El General permaneció encapotado:

—¡No me es posible volar a Cádiz!

Aventuró con fogosa injerencia el Gran Pompeyo:

—¡Mi general, si usted monta a caballo, y da el grito en la frontera, se levanta toda España!

El Conde de Reus le amonestó con desdeñosa autoridad:

—Jamás arriesgaré el triunfo de nuestros ideales en una aventura romántica. No puedo exponerme a ser fusilado en la frontera. Regreso a Londres hoy mismo, y allí embarcaré si se sostiene la plaza de Cádiz. Mis amigos comprenderán que es un descabello intentar el paso de la frontera. No me

preocupa el riesgo de morir fusilado, sino deberle la vida a un rasgo de la Reina. Por mi prestigio y la grandeza de nuestros ideales, no puedo echarme al monte con cuatro gatos, exponiéndome a ser deshecho por la primera partida que me salga al camino. A nuestros correligionarios es preciso hacerles comprender que no me abandona el valor que he desplegado en toda mi vida militar, ni la fe en nuestros ideales de que tantas muestras he dado en mi larga carrera política, ni el arrojo revolucionario que tuve en Valencia y Pamplona, en Aranjuez y Villarejo. Háganselo ustedes comprender a los amigos, y asegúrenles que, llegado el momento, no vacilaré en hacer por la libertad, lo que hice por la Patria en Castillejos.

El General, y Ruiz Zorrilla —Don Ruiz—, que lo acompañaba en la cura de aguas, salieron aquella misma noche para Londres. En Calais, les amaneció el sol del 9 de agosto.

VIII

DOMINGO 9 de agosto de 1868. *Los Anales Taurinos*, de Castro y Montoya, consagran un recuerdo a la gran corrida de Cádiz: Seis de Torre-Mellada, lidiados por las cuadrillas de Antonio Carmona y Salvador Sánchez —el Gordito y Frascuelo—. Paúl y Angulo en la barrera, mordiendo bocas y sorbiendo chatos, capitaneaba una cuadrilla de ternes reclutada en Jerez. El Brigadier Topete, vestido de gran uniforme, le observaba con inquieto reojo desde el palco de autoridades. Citó a banderillas el Gordito: Se levantó en un asombro la plaza: El diestro iba a quebrar en el cuadro de un pañuelo extendido en la arena. Prendió un par pinturero, y saludó al tendido. Paúl le brindó con la bota al espada: —¡Antonio, echa un trago! ¡Has estado de lo bueno!

—Son muy leales estos bichos de Torre-Mellada.

—Pues no salen a su dueño.

De arriba, con un bastón, le tocaron en el hombro:

—¡El Marqués de Torre-Mellada es mi padre!

—¿Está usted seguro?

Bronca. Garrotes enarbolados. Don Segis y Fernández Vallín, sujetan a Gonzalón Torre-Mellada. El pollo forcejea ahogándose:

—¡A ese le arranco yo la lengua!

Paúl y Angulo, con valentona jactancia, se recuesta en la barrera

encendiendo un cigarro:

—No me mate usted de risa, sin haber visto doblar este toro.

Vallín y Don Segis remontaron el tendido llevándose a Gonzalón: Iba muy pálido, apretando sobre la boca un pañuelo teñido de sangre. Dobló el sexto. Paúl y Angulo salió de la plaza acosado por la tunería que pregonaba en la puerta, silbatos, abanicos, limonada y naranjas:

—¡Don José!

—¡Don Joselito!

—¡Patrón!

—¡Marqués resalao!

—¡No seas roña!

—¿Te la digo?

—¡Déjanos algo!

—¡A la orden, patrón!

—¡De agua! ¡De agua!

IX

CON el disimulo de la afición taurómaca se apañaron por tascas y figones las abullangadas rondas de ternes patriotas, venidos de los Puertos, de San Fernando y de Jerez. Paúl y Angulo, Cala, La Rosa, Guillén, Salvochea, repartían armas sigilando advertencias. Volaban susurros de órdenes secretas para entrar un contrabando de fusiles que esperaba en la playa de Puntales. Se concertaban los últimos avisos y contraseñas para entenderse en el Cuartel de Cantabria. Guillén y Salvochea recibieron la consigna de salir disfrazados para sublevarse con las fuerzas del Campo de Gibraltar. El Capitán Llangier, marino mercante, aparejaba su barco al intento de transportar la guarnición de Ceuta. Paúl y Angulo se apalabraba con los contrabandistas de Puntales: Antes de media noche quería tener doscientos hombres bien equipados:

—¡Doscientos barbianes para darle un susto al Verbo!

Hacer un alijo de rifles ingleses y armar al pueblo soberano era el acuerdo de la Estrella de Gádex. Paúl y Angulo mediaba con el Emperador de Puntales. Una caña, una breva y un apretón de los dátiles, fueron sellos en aquel compromiso de Cádiz:

—¡A ello, Don Pepe, y no se hable más! Su merced me manda. ¡También a

un servidor le puede el vilipendio de la España! Vamos, Don Pepe, a la faena. ¿Echamos por derecho, fajándonos a tiro limpio, o le damos un untazo a los carabineros?

—¿Tú qué opinas?

—El unte ha ganado más batallas que el propio Prim. Eso lo saben todos los buenos generales. ¿Hay pasta, Don Pepe?

—Hay pasta.

—Y si no hay pasta, hay crédito. Don Pepe, teniendo su garantía saco yo mi cara en todas partes.

—¡Gracias, Emperador!

—Don Pepe, convido a la última y salgo de naja.

El patriota contrabandista apiponado, con patillas de jacha, con aretes en las orejas, con el costurón de un chirlo, tenía las mejores hechuras para Emperador del Ibérico Ruedo.

X

EL Brigadier Topete, Capitán del Puerto, salía al verde mirador de su despacho y estudiaba el horizonte. Premeditaba excusarse del pacto con las alborotadas demagogias, y contraía sus esperanzas a la Rosa de los Vientos. La Escuadra, surta en bahía, alarmaba sus escrúpulos:

—¡Cuatro bandazos de levante, un pretexto para ponerse a la capa y a salvo el honor de la Marina! ¡Mi responsabilidad es enorme!

López de Ayala, Vallín, Sánchez de Castro y Primo de Rivera cabildeaban entre las bengalas de un ponche:

—La farándula democrática se ha puesto de acuerdo con Prim.

—¡Vaya unos caballeros!

—¡Esperan la llegada de ese tunante!

—Son también mis noticias.

Manipulaba el café un asistente, negro antillano, y en la amortiguada claridad de la tarde lucía con blancos almidones su traje de marinero. Los aromas del caracolillo, las flámulas del ron quemado, y el humo de las brevas, dilataban memorias de tropicales ultramares en la Capitanía del Puerto.

—¡Mi responsabilidad es enorme!

El Brigadier Topete, echando los ojos al barómetro, se paseaba en corto, con

estilo de viejo lobo de mar, cada vez más pesaroso del compromiso con las Juntas Populares. Se le acercó con majo ceceo el General Primo de Rivera:

—¿Mi Brigadier, le pesa a usted la palabra?

—¡Como una losa!

—Tan bravo en la mar y se ajoga usted en un charco. Déjelo usted de mi cuenta.

—Mi General, usted puede echarme un cabo. Dudaba proponérselo…

—Pues a mí se me gana con la franqueza.

—¿Se entenderá usted con los impacientes de Cantabria?

—Naturalmente.

—Muy de tener en cuenta los consejos del Segundo Cabo de Sevilla.

—¡Mucho!

—Traigamos a los desterrados de Canarias. Aplacemos hasta entonces el pronunciamiento de las fuerzas de Mar y Tierra.

—¡De acuerdo!

—¡Secreto de los dos!

—¡Absolutamente!

Las vidrieras del mirador metían la tarde en el despacho. Sus luces encendían la esfera del barómetro, los dorados cilindros del catalejo, los métricos círculos del astrolabio y del sextante. En la penumbra de los muros acentuaban leves destellos las vistas litográficas de Cádiz, de Liverpool, del Golfo de Nápoles. En rizadas tintas azules, dando humo por las tres chimeneas, navegaba la fragata *Numancia*. Sobre la mesa, irisados ojos de cristal aprisionaban el oficinesco papelorio.

XI

PAÚL y Angulo esperaba impaciente: Fuma y bebe en el reservado de cortinillas verdes. Entran y salen emisarios. Paúl dicta órdenes, paga rondas, regala tagarninas:

—¡A cumplir!

—¡Venga jaleo, Don José!

—Tú, con los que tienes en lista por San Juan de Dios.

—¡Al avío!

Colábase a gatas un chaval colillero:

—Que dónde se arman, pregunta el Sastre Lechuga.
—Que se pase a recibir órdenes.
Apareciose luego una vieja muy pulcra, de ramito en el moño:
—¿Es usted Don Pablo?
—Seguramente.
—Cerraré la puerta. Soy la esposa del Sargento Pernales. El Frasquito Dueñas se aprontó con mi esposo. ¿Usted está enterado de alguna cosa? Mi esposo tiene la mejor voluntad, y si puede hacer un servicio, no deja que otro lo haga. No se avista con usted, por cuanto nunca es bastante la reserva. El Emperador las ensarta de a puño, y mi esposo ha pensado que una servidora anduviese los pasos para tener cercioro. Usted resolverá, Señor Don Pablo. El Emperador me ha dado esta carta. Todo viene puesto.
Paúl leyó la carta:
—Estas proposiciones son un robo.
—No le ponga nombre tan feo.
—Tu esposo se aprovecha como un Capitán General.
—¡Es mucho lo que se juega!
—¿Cuándo quiere tocar la guita?
—Me pone usted el conforme en un papel de su mano, y al disimulo de que obscurezca se pasa usted por la atalaya de Punta Mora. No se le interesa ninguna señal, afloja usted el mosquívilis una vez rematada la faena. Para mirado no lo hay otro como mi esposo en todo el Cuerpo.
Paúl y Angulo despidió a la vieja del ramito, pagó con una pelucona, y salió a recorrer Cádiz. Por la curva y nocturna marina, donde lostregaban los focos de intermitentes farolas, bajó a un ribazo de Puntales. La garita de Carabineros, con el ventanillo acusado en luminosa cuadrícula, presagiaba matutes y tiroteos en la playa, alertas, cohechos y centinelas. Paúl y Angulo recibía esta sensación como algo inmediato, colmado de evidencia. Cortaba camino, rostro a la garita esquinada en el playazo. Sobre la puerta hacía centinela un carabinero de fusil y manta. Se destacó con ladridos un perrete lamido, rapado a la moda de los leones nacionales:
—¡Guau! ¡Guau!
—¿Quién vive?
—Gente de paz.
—¡Guau! ¡Guau!
—Calla, Pachín.

—Con ese reclamo se puede roncar en las guardias.

Abriose el postigo de la garita y, tras el reflejo de una linterna, asomó el sargento:

—Pase usted, caballero. Ya no le esperábamos.

—¿Se ha hecho la faena?

—La palabra es palabra. Vamos dentro.

La apestosa candileja de petróleo, trémula entre guiños del viento, apenas esclarecía el interior de tablas calafateadas. A los extremos de una banqueta de hule se inmovilizaban en el saludo militar dos carabineros sin galones. El Emperador de Puntales, puesto entre el uno y el otro, picaba tabaco con una navaja de a tercia:

—¡Ya estamos los cabales!

—¿Cómo ha salido el trabajo?

—A pedir de boca.

—¿Y tus furrieles?

—Cantando glorias por alguna tasca. El santo lo hemos traspuesto al Ventorrillo de Mairena.

El Emperador dobló la navaja, se puso una hojilla de papel en el belfo, y comenzó a moler tabaco entre las palmas:

—¿Le lío un pito, Don José?

—Venga.

El Sargento había descolgado un caneco gibraltarino y colmaba un vasete:

—¡Caballero, para echar fuera el relente, que es muy reumático!

El Emperador guiñaba el ojo:

—¿Trae su merced el Santolio?

Paúl y Angulo, con marchoso empaque, echó cinco peluconas sobre la mesilla de vasos y naipes puesta en el círculo luminoso del candilejo:

—Lo convenido, que es una mala puñalada, y una onza de plus.

Triple saludo marcial. El Emperador apuntaba una sonrisa de chungones rejalgares:

—Nostramo ha querido contar con vosotros. A no mediar ese miramiento, menda para el alijo, y os hace un corte de mangas.

Le amonestó el Sargento:

—¡Emperador, no metas la extremidad! Y tocante a pestaña, di que no se quiere…

—¡Dormido me apuesto a dárosla!'

Se atufaba el Sargento:

—¡Ándate con ojo! ¡No eches tanta planta, que el hijo de mi madre te arma la ratonera!…

—Un servidor vive retirado de esos contubernios.

Bulla y soflamas:

—¡Nos conocemos!

—¡Y tanto, pollo!

El Sargento Pernales, con un guiño de conchaba a los subalternos, arañó sobre la mesilla de naipes y copas los treinta dineros de la España con Jonra. Una ráfaga abrió de golpe la puerta, y apareció la noche desmelenada de estrellas sobre el mar con espumas y rizos del viento. Paúl y Angulo salió de la garita acompañado del terne Emperador de Puntales:

—¿Mudará el tiempo?

—No hace semblante.

Iban entre ráfagas y espumas costeando el arenal. El Ventorrillo de Mairena atalayaba garitero en la punta del playazo, con redes en colgarines ante la puerta. Un casco de calafate dormía de costado sobre la ribera, y viejos anclotes afloraban a medio enterrar, abandonados por la playa.

XII

EL Emperador de Puntales, con una recluta de ternes, había traspuesto el alijo al Ventorrillo de Mairena:

—Barricas con fusiles, diecinueve. Cajas de pistolas y municiones, cuarenta. Diecinueve barricas, cuarenta cajas.

Reverdecía el cuento de la buena pipa, y empinaba el vaso con un ceremonioso ringorrango. Paúl y Angulo, en el reservado de cortinillas, al entrevero de cañas y tapas, arreglaba cuentas con el Emperador:

—¿Tú me ayudarás a repartir el armamento?

—¡A todo, mi jefe! El patrón dispone la maniobra, pues a obedecer… Que si es un falucho, que si es una nave capitana… ¡Una onza! ¡Como mil! No media interés. Eso se queda para la fuerza armada. ¡Vaya tiburones! Más me pesa haber condescendido con esa ralea. Se les suben los humos y puestos a pedir no les basta el oro y el moro… ¡El apuro del tiempo, que de no! Se tiene con esos cabritos una deferencia, y no saben agradecerla. Hemos desembarcado las armas

en barricas de cal, que se la daban al Verbo. Diecinueve barricas y cuarenta cajas de pistolas y municiones. Aquí se mira a quedar a satisfacción del partido republicano. Eso se mira. ¿Se ha quedado bien?

—¡De órdago!

Abriose de improviso la puerta, y apareció el ciudadano La Rosa. Rubio, buen mozo, con la gabina de medio lado, y un garrote de nudos, entró echando lumbres:

—¡Barrunto que nos traiciona el palo de espadas! ¡No hay más que pueblo, pueblo!

El Emperador de Puntales alzó el vasete con ceremonioso ringorrango:

—¡Don Rafael, por usted y por el pueblo soberano!

Paúl y Angulo asentó un puñetazo en la mesa:

—¿Se arrepucha Cantabria?

—Media el oro de San Telmo. La Marina, si se subleva, proclama al Naranjero.

—¿Y Primo de Rivera?

—A eso vamos. Primo de Rivera cambió de escondite sin avisarnos media palabra. Probablemente, se oculta en casa de tu prima la viuda de Céspedes… Allí lo niegan, pero van y vienen emisarios al Cuartel de Cantabria.

—Yo registro la casa de mi prima, y saco de la querencia al rajado Marte. ¡Si está dentro, ya evitará la escandalera!

—¡Que nos la juega ese chafarote!

—No lo creo. A las doce se reúne la Junta Revolucionaria, y espero que acuda…

—Tú no faltes. ¡Esos caballeros son capaces de adelantar los relojes!

—¿Qué dice Topete?

—Permanece a bordo de la *Zaragoza*.

—¿Tampoco se ha puesto al habla?

—¡Tampoco!

—Haremos la revolución con el pueblo.

—Siempre lo he predicado.

—Emperador, nos hace falta gente cruda, que sepa echarse un fusil a la cara.

—Cuente, su merced, con doscientos patriotas de primera.

—Los armas y te pones a las órdenes de Don Rafael. Yo me voy a la Junta de Notables. ¡Salud y República!

Brindis, efusiones y loores. La última caña.

XIII

¡Asómate a la ventana
Hermosa flor de Cupido!…

RECORRÍAN las calles con guitarras y bandurrias, los ternes patriotas venidos de Jerez, de San Fernando, de los Puertos. La conjura popular se disimulaba cantando serenatas. No quedó rubia ni morena sin copla en aquella noche gaditana prendida de luceros, fragante de nardos, romántica de músicas, de canciones y de sueños revolucionarios como la hubiera amado *lord* Byron. Paúl y Angulo recorrió algunas tascas, asegurando voluntades con rondas de aguardiente. Paquito Puñales, Juan el Verde, Tomé Centeno, Curro Mairena, cabecilla de la plebe, recibieron las últimas órdenes:

—¿Hay coraje?

—No falta, Don Pepe.

—Un cigarro.

—Si usted me autoriza me lo guardaré como recuerdo.

—¡A cumplir, chavales!

Por la plaza de San Juan de Dios bajó a la Caleta. El reloj municipal daba las doce.

XIV

LA Junta Revolucionaria, con pálido y nervioso sobresalto, deliberaba en un sótano, almacén de mercadería náutica: Las Derrotas de Colón, frente al Muelle Viejo. Alumbraba en la sigilosa tienda una lámpara de faldetas verdes, pitona del copiador y la partida doble. La Junta estaba en cisma con la ausencia del General Primo de Rivera. El Brigadier Topete, taciturno y reservón, soslayaba el compromiso de la Escuadra. Don Joaquín Pastor, amigo y oráculo, le ponía en la oreja un soplo furtivo. Paúl y Angulo llegó cantando la solfa romántica de las herejías democráticas. López de Ayala y Fernández Vallín significaban la sensatez burguesa y las traiciones políticas de la Unión Liberal. Acallose la disputa de los conjurados, bajo el foco de una linterna que lució en la

escalerilla del sótano:

—¡Caballeros, buenas noches!

El Capitán Sánchez Mira llegaba con nuevas del invisible Hijo de Marte. El General Primo de Rivera y las tropas juramentadas mantenían unánimes el compromiso de sublevarse cantando el himno de Patria y Libertad. En cuanto a ser los primeros en aquellas gárgaras, lo escuchaban por atrevido y expuesto al fracaso. Dentro del cuartel no era unánime el acuerdo de jefes y sargentos. En las calles era un albur perdido batirse con la Artillería de Plaza. El General Primo de Rivera proponía que ocupasen los muelles fuerzas de la Escuadra. Los conjurados permanecían en silencio esperando la respuesta del Brigadier Topete. Don Juan Bautista, secretamente, rebosaba amistosos sentimientos por el General Primo de Rivera. Arrugó las cejas con simulado pique:

—Necesitaría consultar con mis compañeros… La hora avanzada en que se propone el desembarque de fuerzas, y no estar previamente convenida tal maniobra, hace imposible su ejecución hasta la madrugada. Se pierde la noche.

Paúl y Angulo se sulfuró con protestantes gallos:

—Haremos la revolución con las fuerzas ciudadanas.

El Brigadier Topete, premioso y temeroso, disputaba que el primer grito debía partir de los cuarteles. El Don Abelardo López de Ayala, pomposo y retórico, jugando la comedia, acriminaba al valiente soldado que hacía el duende por los desvanes de Cádiz. Fernández Vallín, con su verba criolla, repetía los consejos del General Izquierdo. El tumulto asordado de las voces en disputa resonaba en la bóveda del sótano:

—¡Traigamos a los desterrados de Canarias!

—¡Y al General Prim!

—¡A todos!

—¡La Marina mantiene sus compromisos!

—¡Y Cantabria!

—¡Faltan entorchados!

—¡Faltan bragas!

—¡Pongámonos de acuerdo!

—¡Una fuga vergonzosa!

—A estas horas solicitar un desembarque de fuerzas es irse por los calzones.

—Urge llevar una respuesta a los comprometidos de Cantabria.

—¡Al paisanaje, que lo parta un rayo!

—¡El barco hace agua, pues a buscar calafates!

—¡Traigamos a los Generales!

—¡Otro aplazamiento!

—¡Otro fracaso!

—¡Por un tío mandria!

El quinqué de las faldetas verdes, aburrido de la disputa, daba las boqueadas. Los conjurados salieron en fila india, repelando el rabo de la contienda. Con medidos y prudentes espacios pasaban a la noche marina de faros y constelaciones, frente al Muelle Viejo. Las Derrotas de Colón abrían y cerraban media puerta untada de aceite. Paúl y Angulo acudió perentorio a los soportales donde se había citado con el ciudadano La Rosa. El reloj municipal daba dos campanadas. Rondas de iluminados patriotas pernoctaban por la plaza de San Juan de Dios y calle Nueva. El Emperador de Puntales, apostado en una esquina, señalose con jaque garganteo. Paúl le llamó:

—¡A escurrir el bulto!

—¿Se aplaza la faena?

—¡Por ahora!

—¡Con lo bien dispuesta que estaba la gente!

—Dale una ronda a cuenta de los fondos de la revolución y cada mochuelo a su olivo. El trago ayuda a conservar la moral, y todo hace falta.

Paúl, La Rosa, Cala, Carrasco, Guillén, Salvochea, deliberaron hasta la mañana en el reservado de cortinillas verdes. Milagro fue que saliesen a salvo de aquella intentona los ilusos patriotas gaditanos. Las bandurrias y guitarras duraron toda la noche. Dormían las autoridades:

—¡A tu puerta hemos llegado
Cuatrocientos en cuadrilla;
Si quieres que te cantemos,
Baja cuatrocientas sillas!

XV

HOTEL de Francia.—Plazuela de San Francisco.—Júbilo de luces matinales. Pregones. Campaneo de misas tempranas. Paúl y Angulo renegaba entre dormido y despierto.— La cotorra, los zorros de una maritornes, el arrastre de un baúl, una raya de sol, los mosquitos.— Se cubrió la cabeza con el doblez de la sábana. Insistentes y discretos golpes en la puerta de su alcoba le

despertaron ya muy entrado el día.

—¡Adelante!

Se abrió la puerta, y destacose la cristobalona estampa de Fernández Vallín:

—¡Tiene usted un sueño de ángel!

—¡La tranquilidad de conciencia, mi noble amigo! ¿Qué le trae? ¿Vuelven de su acuerdo los Hijos de Marte?

Fernández Vallín excusó el tema con una sonrisa de insinuadas reservas:

—Gonzalón Torre-Mellada me ha pedido que le represente… Doy este paso con la esperanza de evitar un duelo absurdo.

—¿Quién es el otro padrino?

—El Barón de Bonifaz.

—¡A ese quisiera yo meterle una bala!

—¿Sabe usted que ha caído de la Gracia Real?

—¡Me alegro!

—Ofrece unas cartas.

—¡Al Duque con ellas! ¡Se arruina si las compra todas! Van a salir más cartas que muelas de Santa Polonia. ¿Qué hace el Barón de Bonifaz en Cádiz?

—Se va con un momio a las Filipinas.

—¿A robar?

—¡A lo que salte!

—¡Para eso tiene España Ultramares! ¿Amigo Vallín, quiere usted pasar al gabinete en tanto me visto?

—Son dos palabras, y sigue usted durmiendo. ¿Tiene usted algún interés en batirse con Gonzalón Torre-Mellada?

—¡Ninguno!

—¿Y en rehusarle una explicación?

—No había pensado en dársela…

—Creo que no debe usted obcecarse.

—Si no me obceco… Es que no tengo ningún interés en dar satisfacciones a ese pollo. ¿De qué se duele? De una pregunta que todavía no me ha contestado.

—¡Ha sido usted cruel!

—¡Pues ya no tiene remedio!

—Usted no puede batirse con un hombre en las últimas.

—Los moribundos no van a los toros, se están en la cama.

—Gonzalo Torre-Mellada ha tenido un vómito de sangre.

—¡En su primera juventud!

—Al salir de la plaza.

—¿Y desea una satisfacción *in articulis mortis*?

—Gonzalón desea batirse.

—¿Y usted media para evitarlo?

—¡Usted haría lo mismo!

—Seguramente. ¡Reconozco que un tísico desahuciado no debe pretender llevarme al terreno!

—Usted como más fuerte es el obligado a mostrarse generoso. ¿Quiere usted autorizarme para que yo explique la frase?

—Jamás me retracto de lo que digo.

—Gonzalón, para usted, era un bromista que se daba por hijo de Torre-Mellada.

—¿Para qué enredarlo? Dígale usted que lo siento mucho y que no me busque camorra hasta que vuelva curado de Panticosa. Que no admito padrinos sin certificado del médico.

—¿Usted me autoriza para arreglarlo?

—¡Autorizado!

—¡Gracias, Paúl!

—De nada, amigo.

Paúl sacó un cuaderno oculto entre los colchones y se puso a repasarlo: Antonio Soto, Londres; Simón Larrocha, París; Leónidas Durán, Vichy. Era la clave telegráfica para entenderse con el gran revolucionario. Redactó un despacho, hizo tres copias y firmó Pablo.

XVI

—«APLAZADO el embarque».

El General Prim recibió el despacho en Calais. Venía reexpedido por Simón La Rocha —Salvador Damato—. Lo leyó entre los apuros de la partida para Londres. Don Ruiz, en el buró, recogía los pasajes. Un mozo cargaba las maletas en el ómnibus, a la puerta del hotel. El General, con el abrigo al brazo, gorra inglesa de viaje, falsos tacones y una lujosa cartera en banda, paseábase bajo la marquesina de cristales. Regresó Don Ruiz y Don Juan le alargó el telegrama.

El secretario se puso los lentes, con gesto burgués y concienzudo, de honrado

fiel de fechos castellanos:

—¡No me sorprende!

—¡Es mucha la fantasía de los gaditanos!

—¡Siempre me ha parecido una locura!… El pronunciamiento sin usted, tenía que ser un fracaso.

—Que fracasen solos es muy conveniente.

—Sin duda contaban que usted pudiese embarcar en Londres.

—Por suerte que ya conozco a esos Capitanes Araña. Ninguno quiere hacer punta, y juzgan indispensable que yo, en todo momento, me juegue estúpidamente la cabeza. Don Salustiano no dejará de lanzarme alguna flecha envenenada. Me acusarán de irresoluto y de cobarde. ¡A mí, que cien veces me jugué la vida en los campos de batalla! ¡A mí, que, por la libertad, estoy siempre pronto para repetir la hombrada de Los Castillejos! ¡Hay para aburrirse y mandarlo todo al Infierno! ¡Ahora con que me cuelguen el fracaso de Cádiz!… ¡Y de esos marrajos todo hay que temérselo!… ¿Qué habrá pasado en Cádiz?

—¡Un aplazamiento! El telegrama no tiene otra interpretación. Esperemos. ¿Quién sabe? Un aplazamiento no es un fracaso.

—Usted jamás pierde la esperanza, Don Ruiz.

—¡Jamás!

—Bajaremos al muelle dando un paseo. Mejoraba haber interrumpido la cura de mi achaque, por ese fandango de Cádiz. ¿Qué cuenta hace, usted, del tiempo, Don Ruiz?

Don Ruiz miró al cielo, un jirón azul entre tejados:

—¡Soy poco marino!

—¿Bailaremos?

—La orilla —como dicen los labradores de mi tierra—, no parece mala.

Persistió en la suya el Gran Revolucionario:

—¡Otra vez a marearse!

—Usted, Don Juan, se marea de imaginación. ¡Vamos a tener un viaje de damas!

—No me vendría mal devolver la bilis… ¡Vichy me hubiera puesto nuevo!

El muelle movido de mástiles y banderas, gentil de luces, salobre, vocinglero, victorioso de olas y vientos, tenía una emoción comercial de audacias y riesgos alegres. El General Prim rememoró la vista de Cádiz: La curva marina de azoteas y miradores, el cielo azul con el humo de románticos pronunciamientos:

—¡Exceso de fantasía, Don Ruiz!

—¡Probablemente!

XVII

—¡UN aplazamiento no es un fracaso!

Los patriotas gaditanos no desmayaban: Su fantasía era más fuerte que todos los desengaños.

—¡A otra!

—¡La mecha está en el polvorín!

—¡El triunfo será nuestro!

—¡A otra!

Unionistas y demócratas se picoteaban las crestas:

—¡Señor Paúl!

—¡Señor López de Ayala!

—¡Lealtad en los tratos!

—¡No deseo otra cosa!

—¿Quieren ustedes que vengan los Espadones de Tenerife? Pues a ello. Nosotros llamaremos al General Prim. El tiempo apremia, y urge decidirse, Señor López de Ayala.

—Si llegásemos a un acuerdo, crea usted que yo sería el primero en advertir al caudillo progresista. Seguro, claro está, de que el personaje no haría otro tanto con nosotros, porque ha sido siempre un madrugador con pocos escrúpulos.

—Unos madrugan y otros no se acuestan. El tiempo apremia y urge decidirse. Nosotros contamos con el pueblo.

—El pueblo es una fuerza ciega, y los hombres de orden no podemos constituirnos en prisioneros de las turbas.

—El pueblo, hoy, tiene plena conciencia de sus deberes.

—Darle armas es aventura muy peligrosa.

Entre unionistas y demócratas a todo momento, recriminaciones y polémicas. Con mutuas reservas mentales firmaron el compromiso de Gádex. Un folio de gramática procesal, donde constaba el acuerdo de hacer el juego con todo el palo de espadas. Hubo brindis, abrazos y vegueros.

—¡Se impone el patriotismo!

—¡Bebamos por el feliz arribo de los ilustres veteranos!

—¡Sin exclusiones!

—¡Compromiso solemne!

—¡Juramentados!

—¡Juramentados!

—¡Urge prevenir a los Generales!

—El Conde de Reus dispone de un vapor en Londres. Puede zarpar en cualquier momento para recoger a los desterrados en Tenerife.

—¿Es un vapor inglés?

—Un vapor griego. Con todos a bordo, hará rumbo a Cádiz.

—¡A ponerse de acuerdo con Prim!

—¡Que haga suyo el compromiso!

—¡Lo hará!

—¡Nosotros!…

—¡Prim!…

—¡Serrano!…

Paúl y Angulo, Cala, La Rosa, Sánchez Mira, López de Ayala, Vallín, una vez de acuerdo, aseguraron con áureas promesas, el ánimo indeciso de las fuerzas de Mar y Tierra.

Soplaban los muertos rescoldos avivando esperanzas. Salieron nuevos emisarios para entenderse con la Juntas Revolucionarias de Sevilla, Córdoba y Granada. Todos llevaban la misma copla en el pico:

—¡Un aplazamiento no es un fracaso!

XVIII

EL Capitán Sánchez Mira, aquel jaquetón patilludo y calvo, con persianas de flamenco, que había solicitado el retiro para conspirar a su talante, llevó los nuevos acuerdos al Segundo Cabo de Sevilla. El General le acogió con alarmados vinagres:

—Pudo usted advertirme, y nos hubiéramos visto sin dar un cuarto al pregonero. Ustedes me buscan un compromiso. El Capitán General, ayer mismo me ha llamado para comunicarme que por confidencias reservadas y papeles anónimos se le prevenía contra algunos jefes de la guarnición. Usando de muchas salvedades vino a decirme que de aquellas precauciones no escapaba mi nombre. Protesté destemplándome, y como es un blanco, me aseguró que no

daba crédito alguno a tales testimonios: Hoy he recibido un papelucho anónimo que sin duda viene de Capitanía. Yo no me creo aquí muy seguro… El día menos pensado me mandan a las Chimbambas… A Vallín le expuse con toda franqueza mi compromiso con el General Dulce. Traigan, ustedes, inmediatamente a los ilustres desterrados. Mucha cautela y no dormirse. ¿Usted cuándo regresa a Cádiz?

—Probablemente mañana.

—Si hemos de volver a vernos, no debe ser aquí. No me busquen ustedes un compromiso. El Capitán General tiene la mosca en la oreja. Es incondicional del Gobierno. La Revolución no puede darle más de lo que tiene.

—Puede conservárselo.

—La Revolución ha de verse y desearse para contentar a todas sus Espadas. A Vasallo, si ha de armarse la gorda, no le temo, porque siempre ha sido un blanco.

—¿Con qué fuerzas se podría contar en Sevilla?

—Los Cuarteles de Caballería.

—¿Se pondría usted al frente, mi General?

—Nada deseo tanto como arrojar la careta. No soy hombre para disfraces y disimulos.

Don Luis Alcalá Zamora, el clérigo sin licencias, tomó sobre sí comunicar aquellos acuerdos a los Clubs revolucionarios de toda la Andalucía Baja. Disimulado con atavíos cortijeros, manta y retaco, aprovistadas alforjas y pellejuda de mosto, una mañana de calores, llegó a Córdoba.

FIN DE UN REVOLUCIONARIO

SEGUNDA PARTE

Vísperas de Alcolea

EL MEDIADOR

I

—¡VIVA la Soberanía Nacional!

Por toda la redondez del Ruedo Ibérico, populares bocanadas de morapio y aguardiente jaleaban el grito de las tropas de mar y tierra, sublevadas en Cádiz.

—¡Viva! ¡Viva!

II

SOBRE el Puente de Alcolea, avistábanse los batallones de la revolución y los fieles de la Reina. Cornetas y clarines trastornaban el ritmo de las claras y anchas villas ribereñas. —Soñarrera pueblerina, dejos andaluces y lentos, curias y usuras, vivir holgazán de ricos, miseria al sol del jornalero, gazpacho de mendrugos, naranjas con aceite, cales, rejas, geranios sardineros—. Entraban y salían tropas batiendo marcha. Redobles y bayonetas apostillaban el pregón de los bandos militares:

—¡Racataplán!

III

LOS Generales Serrano y Novaliches —Paco y Manolo— se enviaban notas secretas, solapados en el propósito de coronar al Príncipe de Asturias. Detenido en Córdoba el héroe de la revolución, miraba con ceño ordenancista la

bullanga demagógica de las Juntas Populares. Amoscado con aquellas murgas, procuraba el folletín patriótico del abrazo sobre el Puente. En uno y otro campo, se esperaba la abdicación de la Reina. El Marqués de Novaliches, con afligido escrúpulo, había aconsejado aquel sacrificio, y cambiaba telegramas cifrados con el Gobierno. Acampados sobre una y otra ribera, los soldados de la revolución, y los leales, robaban gallinas mientras llegaba la abdicación de la Reina.

IV

VILLA del Río amanece y se duerme al son de cornetas.

Entran y salen tropas. No hay casa sin alojado. Ya no se cierran las tabernas ni el Casino de Caballeros, ni el Billar de Tatay, ni la Casa de Cristeta. Recorren las calles, parrandillas de soldados peneques. Bulla y coplas de guitarra. Ladran los perros. Feria a una niña, la vieja sin dientes. Despierta los ecos de una callejuela, el eco de una montura. Don Segis —calañés y manta— retiene la jaca ante el Parador de diligencias. La jaca, amaestrada, bate con el casco el portón. Alza las trancas un mozo soñoliento:

—¡Todo está ocupado!

—Vengo buscando a un huésped.

El Niño apeose y entregó las riendas al virote que, por el zaguán, sacó la montura al patio lleno de carros y caballerías. Arrieros y trajinantes dormían entre serones, tapados los ojos con el ruedo de los sombreros. Alforjas y enjalmas servían de cabezales.

—¡Cómo trae su merced de sudada la jaca! ¡Bueno ha sido el julepe!

Murmuró Don Segis:

—Sin desensillarla, échale un pienso.

El Niño se metió en el zaguán. Colgada de la pared una candileja de petróleo, con reverbero de latón, alumbraba el descansillo de la escalera. Un comandante mayor ajustaba cuentas ayudado de un sargento. Se corría, sobre la mesa, la vela de sebo. Hacían pilas de duros, que luego guardaban en taleguitos de lona. Tras el cortinillo de percal que cubría el vano de una puerta, resonaba el ronquido del posadero. El Niño metió la cabeza.

—¡Tío Celonio!

El coime, que dormía vestido, se incorporó en el camastro:

—¡Quién va!

—¡Gente de paz!

Salió afuera el posadero, restregándose los ojos. Jeta de obispo, jubón colorado con botones de metal, bragas potrosas, botines de vaqueta:

—¿Qué se ocurre, Don Segis?

Secreteó el Niño:

—¿Para por aquí el yerno de Gálvez?

—¿Gálvez el de Puente Genil?

—El mismo.

—¿Sabe usted en lo que media el habanero?… ¡Van a darle un disgusto! He oído conversaciones entre oficiales, y no le miran muy bien… ¡Sin duda que otros muchos están en la conchaba!

—Vamos a levantar a ese compadre.

El Tío Celonio, que había empezado a picar la tagarnina, con una navaja de a tercia, sin interrumpirse, echó el vistazo al zaguán, reparó cómo la vela se derramaba alumbrando las pilas de dinero, y guiñando un ojo comenzó a subir la escalera:

—¡Parece que habrá venta!

Fuera cantaba, con rasgueos de guitarra, la parrandilla de sorches peneques:

Isabel me dio un clavel
Y lo puse a la ventana.
Vino el viento y lo llevó.
¡Adiós, Isabel del alma!

V

FERNÁNDEZ Vallín, sentado ante una mesilla con tapete de hule, contaba grandes fajos de billetes a la luz de un quinqué que tenía roto el tubo. Por veces, consultaba una clave. Escribía un número y una letra en la tira blanca de la envoltura. Levantó la frente oyendo pulsar en la puerta. Montó el revólver y lo puso sobre la mesilla:

—¿Quién es?

—¡Un amigo!

Vallín, reconociendo la voz, abrió la puerta, que tenía echada la llave.

—¡Adelante!

El Niño de Benamejí se volvió al posadero:

—Tío Celonio, vea usted si ese tuno le ha echado un pienso a mi tordilla.

El posadero, siempre picando la tagarnina, procuraba meter el ojo en la habitación del huésped:

—Se hará al gusto de su merced. Aquí estamos para cumplir y dar satisfacción al auditorio como decía un padre predicador, don Benjamín. Cuando ha entrado su merced he visto que traía el caballo falto de una herradura. ¿Quiere su merced que se le lleve al maestro?

—Ya el mozo habrá cumplido esa diligencia.

—¿Se lo ha ordenado su merced?

—¡Al apearme!

Fernández Vallín empujó fuera al patrón y cerró la puerta echando dos vueltas de llave.

VI

EL Niño de Benamejí se asombraba con irónico aspaviento, ante la mesilla, cubierta de oro y billetes:

—¿Tiene usted tórculo?

Vallín hizo un gesto misterioso:

—¿Sabe usted cuánto hay sobre la mesa? Un millón de reales…

—Y otro millón en letras que tiene usted en la cartera.

—¡Es usted el demonio!

—¡O el ángel de Tobías! Vamos a cuentas. Ha sido interceptado un pliego que usted enviaba al Cuartel General.

—¿Quién tiene ese pliego?

—Pregunte usted quién lo tuvo. Leído y quemado. Para prevenirle he venido reventando la jaca. ¡Póngase usted en salvo! ¡El Coronel Ceballos le pega a usted cuatro tiros, si le atrapa! Tenemos a ese loco en Los Carvajales.

—Ya lo sé.

—Allá queda dando voces. Le han llevado el soplo de que usted duerme aquí esta noche, y se congestiona, con que va a fusilarle a usted, sobre el campo.

—¿Tanto me odia ese grotesco personaje?

—Todo se junta. Ceballos es un fanático muy metido con la gente de sotana. Los neos también aconsejan la abdicación, pero con el reconocimiento de los legítimos derechos de Don Carlos.

—La Historia se repite, Segis. Frente a la renovación democrática, el Santo Oficio. Vuelve la intriga apostólica que fracasó en San Carlos de la Rápita. El Rey consorte, ahora como entonces, conspira por el triunfo del obscurantismo, personalizado en el Terso.

Vallín había puesto el oro en un cinto, y los billetes en un gran portapliegos, que se colocó en banderola. Miró el reloj:

—¡Vamos!

—¿Adónde?

—Yo, a Montoro.

—¡Benjamín, que se está usted jugando la cabeza!

—La doy por bien jugada.

—Tome usted precauciones.

—Tengo un salvoconducto del General Novaliches. En Montoro trataré con el Marqués de los Llanos.

—¿Qué tropas manda?

—Cazadores de Madrid y tercero de Lanceros.

—¿La columna de Ceballos?

—¡Justamente! La columna de ese orate.

—¿Por qué no toma usted un disfraz?

—Y un cartel que diga: «¡Voy temblando!».

—¿Le espera a usted el marqués?

—Ese aviso me trajo un ayudante.

—¿Qué, tendremos abrazo?

—¡Es indispensable! El Ejército y los partidos de orden no pueden entregar el país al pueblo soberano. Los tratos están iniciados, y acabará por imponerse el patriotismo.

—¿Con qué calendario? ¿Proclamación del Príncipe Alfonso?

—Proclamación del Príncipe Alfonso y Regencia de los Condes de Girgenti. Ese podría ser el pacto.

—¿Y la candidatura orleanista?

—¡En un *in pace*!

—¿El compromiso de Serrano?

—No puede subsistir ningún compromiso, cuando está en el tablero la salvación de la Patria. El compromiso de todos es evitar el desenfreno demagógico de las Juntas Populares.

VII

BAJARON al zaguán y pidieron las monturas. El sargento emborronaba de números una libreta. El comandante mayor se había ido al Casino para multiplicar los fondos del regimiento.

CONCIERTO DE VOLUNTADES

I

CORNETAS. ¡Alertas! —Fernández Vallín, filo de media noche, llegó a las avanzadas de Montoro. Un centinela le echó el alto. El sargento salió entre el humo de una hoguera, recogió el salvoconducto, deletreó la firma, olió la tinta, puso los ojos de través, confrontando las señas personales, y otorgó el pase. Don Benjamín se metió por las calles de la villa, un poco desorientado. Estaban iluminadas todas las tabernas. Luna con nubarrones. Patrullas de caballos. Serenata de pistolos. La copla era otra que en Villa del Río:

¡Montoro ya no es Montoro,
Que es un segundo Washington!…
¡Tié Casino, toa la hostia
Y unas chicas de pistón!

II

VALLÍN llegó a la plaza Real. Las candilejas de un tiovivo le asustaron la montura, y la obligó con la espuela, llevándola a los porches de un parador, que tenía en la muestra un sol pintado. En el esquinazo de la iglesia, una jamonaza, con flores en el rodete, despachaba aguardiente y limonada. Los bizarros cazadores requebraban al mujerío acercándose en parejas, cogidos de ganchete. Las mozuelas reían casquivanas, y se tomaban del brazo, imitando la táctica de Marte. Vallín ató el caballo a los hierros de una reja, y se metió en el parador, para informarse. Salió a poco, seguido hasta la puerta de una vieja chillona:

—¿El Café de Don Genaro? No más que volver la iglesia… Mano derecha. No vaya su merced a figurarse que aquí los cafeses son como en Córdoba.

Vallín extendió los ojos por la plaza. El reloj de la iglesia daba las cuatro:

—¿Puede ser esa hora?

—Aquí el reloj anda como todo en España. Poco pasará de las doce. El Café de Don Genaro, como digo a su merced, mano derecha pasada la iglesia.

III

FERNÁNDEZ Vallín atravesó la plaza. El traje de campo, andaluz, hacía aún más cristobalona la figura del cubano. Doblando por el esquinazo de la iglesia, avistó el Café de Don Genaro. Las luces y la baraúnda de voces, salían fuera. Metiose adentro, y buscó una mesa apartada. Oficiales de Cazadores y Lanceros jugaban al dominó, golpeando las fichas. La atmósfera de tabaco y achicoria, ahogaba el estrépito de tejuelos. El mozo vino a pasar un rodillo por la mesa:

—¿Qué va a ser, caballero?

—¿Tú eres Felipe?

—Para servir a usted. Felipe Romero García.

—¿Conoces al Capitán Gordillo?

—De mi propio pueblo.

—¿Ha venido esta noche?

—¿Usted le busca?

—A ti te toca responder.

—El Capitán Gordillo pudiera ser que antes tenga estado. No lo recuerdo.

—Si ha estado, te habrá dicho que vendrían buscándole.

—Nada me ha dicho, pero un servidor sabe dónde puede usted verle.

—Desconozco el pueblo.

—No tiene pérdida. Sigue usted toda la calle; al final ya ve usted los billares del Recreo. Allí le encuentra usted. Seguro, seguro a las dos y media. Estos días nadie duerme en Montoro.

Vallín echó un centén sobre la mesa.

—¡Eres listo! Dame café, y guárdate el vuelto.

IV

EN una rinconada de dos mesas discutía acaloradamente la tertulia de oficiales:

—Un grado más.

—¡No lo verán tus ojos!

—Los revolucionarios ofrecen un grado, y nosotros, si les damos en la cresta, no vamos a recibir menor recompensa.

—¡Si les damos en la cresta!

—Y les daremos. Serrano no tiene cañones.

—Y nosotros no tenemos cargas para los nuestros. ¡Iguales!

—¿Vendidos?

—¡Una marotada!

—¡Eso! ¡Eso! ¡Eso!

—¡Y está bien que así sea! ¡Todos somos españoles, señores! ¡La guerra entre hermanos, es odiosa!

—Y la relajación revolucionaria, ¿qué calificativo merece? ¿Van a calarse el gorro frigio los generales unionistas?

—Debimos haber ocupado el puente… ¡No comprendo la inactividad del Cuartel General!… Parecía indicado el avance de nuestras líneas…

—¡Toda España está pronunciada! ¡Ha dimitido el Gobierno de González Bravo! ¡Pezuela y los Conchas aconsejan la abdicación de la Reina!

—¡Pezuela es contrario!

—¡Señores, batiremos el cobre y les daremos en la cresta a los enemigos de la Patria!

—¡Por menos ha sido fusilado el General León!

—La batalla no se ha dado, esperando que se incorporase a su regimiento el Conde de Girgenti.

—¡Corre dinero!

V

SE abría y cerraba a cada momento la mampara de la puerta. El batiente de aire conmovía la atmósfera de humo, luces, espejos empañados. Entró un

ordenanza, puesta la mano en la sien, con el saludo militar. Felipe, el mozo, le hizo una seña llamándole a la puerta del fregadero. Eran de una tierra, y el pistolo, asistente del Capitán Gordillo. Hablaron con reserva. Se fue el pistolo, y el camarero, con un pico del mandilete sobre la cadera, y la servilleta al hombro, pasó a recoger el servicio en la mesa de Fernández Vallín:

—Siga usted a ese quintarraco. No hay prisa, que en tanto usted no salga, se estará al pairo en la calle.

VI

EN la esquina de la iglesia, el soldado se fumaba el chicote de un puro que arrojó su capitán. Sale Vallín, y el pistolo se mete entre callejuelas. Vallín le sigue, hasta un campillo iluminado por la luna. Tapias blancas y cipreses negros, concierto de grillos y sapos, lejanas hogueras de un vivac. Cuatro casucas en fila, las rejas sobre el encalado parecen dibujadas con tinta chinesca. El brillo que se descubre bajo los alamillos viene al encuentro de Vallín. Pasan emparejados.

—El Coronel no tardará. Hablemos en tanto nosotros. Aquí somos muchos los simpatizantes con el movimiento iniciado en Cádiz. ¡Muchos! ¡Pero no somos todos! La opinión unánime es evitar días de luto a la Patria. ¡Esa es la opinión unánime!

Interrumpió Vallín:

—¡Son indispensables mutuas concesiones!

—¡Estamos en ello! ¿Cuáles son los compromisos del Duque de la Torre? Aquí le suponemos prisionero de la Junta Popular de Córdoba.

—No lo es todavía, pero puede llegar a serlo. Al Marqués de Novaliches le alcanzaría la responsabilidad, dada la actitud conciliadora del Duque de la Torre. La Reina se ha hecho imposible, y el pacto solo puede sellarse con la proclamación del Príncipe Alfonso.

—¿Y la Regencia?

—Se someterá a la voluntad nacional.

—¡La voluntad nacional es un mito en España!

—Vamos a que no lo sea.

—Lo será durante mucho tiempo. La Regencia debe designarla el pueblo. ¿Podemos proclamar Rey al Príncipe? ¡Pues igualmente podemos proclamar el

Regente! Esa prerrogativa pertenece al Ejército. La voluntad nacional sería la voluntad del político chanchullero que hiciese las elecciones. Ahí es donde hallará usted más duro al general en jefe.

—¡La Reina puede no abdicar! ¿Cuál sería entonces la actitud de estas tropas? ¿El Marqués de Novaliches se hallará, en cualquier caso, dispuesto a la proclamación del Príncipe? La proclamación es el reconocimiento del hecho revolucionario, y el único modo de abrirle cauces legales. Representa, dentro del orden, el triunfo de las ideas liberales. ¿Cómo darle esa significación ante el país, a la regencia ejercida por el matrimonio Girgenti?

—Habla usted a un convencido. Yo, como usted, juzgo seguro el triunfo del movimiento iniciado en Cádiz. Creo igualmente que debe evitarse la lucha entre hermanos, y procurar el abrazo de los generales. A ese fin he hablado con algunos compañeros… según le había prometido a usted. No todos juzgan el porvenir como nosotros, y apuntan diversas opiniones. El Duque de Montpensier tiene aquí partidarios, como los tiene el Terso. El Príncipe Alfonso, sin embargo, es el que reúne mayores sufragios, ejerciendo la Regencia sus hermanos los Condes de Girgenti. Esa es la candidatura más simpática a estas tropas. Yo le hablo a usted lealmente, para que conozca la situación y no camine a ciegas. ¿Preguntaba usted si la abdicación es requisito indispensable para proclamar al Príncipe? Creo que no. En todo caso, el hecho consumado traería la abdicación. Para algunos la duda está en la actitud que adopte el General Prim. ¿Reconocerá también el hecho consumado?

—¿Qué otra le queda?

—¿No se uniría con los elementos antidinásticos?

—En Cádiz se ha visto que carecen de fuerza. El General Prim se halló allí completamente anulado, frente al acuerdo del Duque de la Torre con Topete. ¡Los Espadones unionistas han copado, y hoy todavía son los dueños de la situación!… Mañana, ¿quién sabe? El Marqués de Novaliches puede ser el responsable de que arda todo el país como una pira.

—Preséntele usted ese cuadro. Porque indudablemente, puede venírsenos encima una tormenta muy negra. ¡Aquí tenemos al Coronel!

VII

POR el carrero de Osma, pegado a la tapia encalada, venía un bulto negro. Hongo y bufanda, cortísimo de piernas, pequeño y bombón. El Capitán Gordillo y Fernández Vallín se adelantaron a encontrarle. El Marqués de los Llanos tenía la expresión rubia, franca y honrada.

—Perdón por la espera, querido Vallín. Ahora mismo ha terminado el cónclave. Mi ayudante le habrá puesto en antecedentes: proclamación del Príncipe y Regencia de Sus Altezas los Condes de Girgenti.

—¿Sin el requisito previo de la abdicación?

—¡Indudablemente! No podemos dejar que el país caiga en la anarquía y, desgraciadamente, se ha hecho imposible la Señora.

—¿Esa es la opinión en el Cuartel General?

—No puede ser otra. En las presentes circunstancias, lo que urge es salvar las Instituciones. Trabaje usted el abrazo. Proponga usted un parlamento de los dos generales. Consiga usted que se vean. El Marqués de Novaliches es un patriota, y tiene mucho navajeo el Duque de la Torre. No dudo que se entiendan. ¿Cuándo proyecta usted ir al Cuartel General?

—Apenas amanezca.

—¿Aún vuelve usted a Villa del Río?

—Si usted juzga que no debo tratar aquí con otros elementos…

—No es necesario. Consiga usted que se entrevisten los dos generales. Eso sería recorrer de una vez todo el camino. No se ande usted por las ramas. En el Cuartel General reina una absoluta desorientación. No cesan las conferencias telegráficas con el Gobierno. Las noticias más contradictorias explotan como bombas. Se dijo, primero, que no había abdicación; después corrió el rumor de que sí la había. Luego, que no. Últimamente se daba por cierta la abdicación, reconociendo los derechos de la rama de Don Carlos. Me lo han asegurado con referencia a un telegrama de Marfori. ¡Las discordias civiles, tantos hechos heroicos, tanta sangre vertida, tantos sacrificios de la opinión liberal, borrados de un plumazo! Me resisto a creerlo.

—¡Yo no! El carlismo disfrazado, ni un solo momento dejó de intrigar en Palacio. La abdicación en la rama proscrita es el último absurdo de esa Señora. Un absurdo lógico, dadas las influencias de que ha vivido siempre rodeada.

—¡Qué ceguedad! El Ejército no hará nunca suya la causa del Pretendiente. Al General Serrano puede usted asegurarle que estoy resueltamente a su lado, y dispuesto a secundar sus deseos.

VIII

EL capitán ayudante, que permanecía un poco apartado, se acercó, a una seña del Coronel. Caminaron juntos hasta el final del campillo y allí se despidieron. Fernández Vallín reconoció la callejuela por donde le había guiado el pistolo, y se enhebró por el bocón negro.

—¡Alerta!

TÍO CELONIO

I

NOCHE de estrellas, rodada de ecos parranderos. Fernández Vallín concertando planes, salió al Parador del Sol. Desató el caballo, penitente de la reja, le ajustó las cinchas, le reparó el barboquejo y salió trotando. Los alojados trastornaban el ritmo cotidiano de la villa. Voces empinadas, nocharniegas luces de tabernas, rijoso berrido de la jota, guitarras y acordeones, copla de andaluza tristeza, retos y jactancias de avinados Martes. Luna de septiembre.

II

VALLÍN salió a la carretera, y entre alertas, mostrando el salvoconducto, atravesó las líneas. Con grises de amanecer, entraba en Villa del Río. —Cornetas de un relevo—. Se dirigió a la posada, estudiando, entre sí, los medios para enviar noticias de aquel campo, al Duque de la Torre.

El Tío Celonio, cuando le vio entrar se puso un dedo en los labios, mirando a todas partes, con asustado silencio:

—¡Don Benjamín, no me traiga su merced compromisos!

—¿Qué habla usted, tío Celonio?

El posadero levantaba el cortinillo de su camaranchón, y con el ademán requería al huésped para que se ocultase. Tan pronto ponía el ojo en la puerta de los corrales, como acechaba los altos de la escalera. Don Benjamín siguió un momento el camino de aquellas miradas, y cada vez más apremiado por las señas del posadero, se ocultó tras el cortinillo:

—¿Qué sucede?

—¡Un volcanazo! Salir su merced, y una escolta de Caballería, echándome abajo el portón. Acudo con el mozo para averiguar lo que traen con tanto estrépito, y ya nos están apuntando con las carabinas. Echó la voz fuera el que los mandaba: «¿Por qué no abrías? ¡Ajo y reajo! ¡Voy a mandarte quemar la casa!». Con todo el susto, me figuraba que no iba a ser tanto; pero el mozo se puso a temblar y cayó con una alferecía entre los caballos. No vino mal, pues con aquel teatro, ya se pusieron más humanos. Ello es que venían para prender a su merced. Todo lo han registrado. ¡Hasta por la chimenea metían las lanzas! ¡El jefe pateaba!

—¿Quién era el jefe?

—¡Un sargento de lo más renegado! ¡El hombre no ignoraba la que tenía sobre su alma! Pues al poco rato, que se presenta el Coronel. ¡Casi se lo come! Venía muy contento con sus ayudantes y el castrense, seguro de tener al pájaro. Se volvió un basilisco. Me mandó que le llevase al cuarto de su merced, y arriba está con los ayudantes y el castrense, revisando los papeles que su merced dejó en una valija.

Alentó Vallín en la obscuridad del camaranchón:

—¡Ya bajan!

El rumor de voces, los pasos, el ferrancheo de las espuelas y los sables descendía por la escalera.

Cuchicheó el Tío Celonio:

—¡Me najo! ¡No extrañen mi falta!… Su merced cuide de no rebullir.

—Tío Celonio, cien onzas si usted me hace la capa.

—¡Son las mismas que yo daría por no tener este rayo suspendido sobre mi casa!

—¡Doscientas, Tío Celonio!

—No media interés, Don Benjamín. Se le ayuda a su merced por simpatía con las ideas; el relajo del obscurantismo tiene que acabarse. ¡La Isabel solo ha servido para empobrecer la España! Túmbese su merced en el camastro. Aquí han registrado a lo primero, y es lo más seguro que no vuelvan.

El posadero salió restregándose los ojos, abierta la boca en un bostezo. En una mesa batía con el sable el Coronel Cebados. El capellán, pequeño, pálido, la nariz de alfanje, las manos flacas, se había salido a la puerta, adonde llegaba un tropel de caballos. Dos ayudantes, en otra mesa, con los portapliegos abiertos, anotaban, numerándolos con lápiz azul, los papeles encontrados en la valija de

Fernández Vallín.

III

EL sargento Benítez, con solfa de reniegos, había metido pie en tierra, y cuadrado en el umbral, saludaba puesta la mano en la carrillera del chacó:

—Mi Coronel, han sido cumplimentados los registros que ordenó usía, sin haber descubierto cosa ninguna.

El coronel metió la barba en el pecho, fruncida de dudas la frente:

—¿Ningún rastro?

—Ninguno, mi Coronel.

—¡Pero, no se lo habrá tragado la tierra!

Se encolerizó, subiéndose a la gavia, con agudos gritos. El sargento Benítez, siempre con la mano en la carrillera, esperaba una orden. En la calle resonaban las herraduras y el choque de los sables en los estribos. Se iba a la empinada el caballo del caporal, que un soldado tenía del bridón. Montonera de grupas, relinchos, corvetas. El sargento Benítez permanecía inmóvil, con el rostro vuelto al zaguán. El jefe, los ayudantes y el Castrense deliberaban bajo la escalera. Al moverse, las espuelas recogían en candiles, el cortinillo del camaranchón. Los ayudantes se mostraban cautos, y sin aventurar ninguna razón concreta, nadaban entre aguas, avenidos, por adelantado, con la opinión del jefe. El Capellán Castrense apuntó con sorda inquina:

—Probablemente tiene ese sujeto un salvoconducto, y ha cruzado las líneas. ¡Se prepara una venta ignominiosa!

El Coronel Ceballos mordía el veguero apagado.

—¡No prosperará ese vil soborno! Sargento Benítez, distribuya usted la fuerza en parejas, guardando todas las entradas y salidas del pueblo.

—¿Ninguna otra cosa manda usía, mi Coronel?

—Cumpla usted lo ordenado.

—A la orden, mi Coronel.

El sargento Benítez batió los talones, sonando espuelas, dejó caer el brazo a lo largo del cuerpo, marcó la media vuelta con arreglo a ordenanza, y salió arrastrando el sable. ¡Tac! ¡Tac! El Coronel se volvió a sus ayudantes:

—¡Que toquen botasillas! Vamos a batir el campo. ¡A ese traidor me lo fusilo yo esta mañana!

IV

UNA vieja, en la calle, pregonaba aguardiente y buñuelos.

El Capellán Castrense la llamó. La vieja en medio de un grupo de soldados con manta y gorro de cuartel, se arremangaba la falda, y metía los cobres en la faltriquera:

—No me retardo, Padre Santo.

El Castrense invitó a su Jefe.

—¡Vamos a matar el gusanillo, mi Coronel!

—¡Vamos a envenenarnos!

El tío Celonio aparentaba dormir, sentado tras el mostrador. La vieja se metió en el zaguán haciéndole una mueca.

—¡Tío Celonio, no me eche usted la escandalosa, que nada vengo a quitarle! Es un obsequio a estos señores militares, y no media interés, Tío Celonio. ¿Verdad, usías, que no van a pagarme?

El Tío Celonio levantó la cabeza, y un súbito trastorno le nubló la cara. La punta de un cigarro, caída al pie del cortinillo, empezaba a quemarle, y la llama subía por el canto como una sierpe. Acudió en dos zancadas. El cortinillo, al sacudirle, se onduló transformado en un telón de fuego. El Tío Celonio aún entrevistó la sombra que se escondía bajo las tablas del camastro. Arrancó el jirón encendido y lo pisoteó. Con el cuerpo tapaba la puerta.

—¡El demonio lo hace!

De reojo, miraba el camaranchón lleno de humo. La vieja se santiguaba.

—¡Ocurre esto cuando no hay gente, y arde la casa!

El Coronel Ceballos apuró una copa.

—¡Las ratas no fuman, Tía Marizápalos!

Sonaban clarines. Un ordenanza a caballo traía por las riendas la montura del Jefe. Echábase a los corrales, dando voces por su asistente, el Capellán.

V

EL toque de botasillas, alegró la mañana. Quedó sin gente el zaguán, y el posadero apresurose a cerrar el portón, poniéndole las trancas. Luego acudió en busca de Don Benjamín.

—¡Vivo! ¡Vamos a que su merced se ponga en salvo! Fernández Vallín se incorporó cubierto de polvo, esportillando el camastro.

—¿Se ha ido esa canalla?

—Solos estamos, pero no será por mucho tiempo. Voy por unas tijeras para que se rape las patillas su merced. Luego se verá la manera de que se disfrace.

—No es posible lo que usted me propone, Tío Celonio. Me cubriría de ridículo presentándome disfrazado en el Cuartel General.

—¡Don Benjamín, que su merced se trae una faena de mucho mamporí, para irse tan a cara descubierta! ¡No tiente su merced, al diablo!

Fernández Vallín salió al zaguán, sacudiéndose el polvo.

—Tengo un salvoconducto que me asegura contra las bajas pasiones del Coronel Ceballos.

—¡Está muy ciego!

—¡Desprecio sus bravatas!

—Procure su merced, no encontrárselo en el camino. Fernández Vallín se peinaba con los dedos las patillas, mostrando indiferencia.

—Sáqueme usted el caballo, Tío Celonio. En estos momentos constituye para mí una cuestión de honra entrevistarme con el General Novaliches.

El posadero se avino con gran aspaviento.

—La honra cada cual la entiende por su manera. Su merced la pone primero que la vida. No hay otro mejor juez… ¡Y nada hemos hablado! ¡Su merced me hará el servicio de salir por el huerto!

VI

SE encaminaron a las cuadras. Aparejado el caballo, el posadero salió en descubierta a otear desde las tapias del corral. Un cordón de tropas con fusiles y mochilas, desfilaba por la carretera. Se movían otras líneas lejanas. Patrullas de caballos pisoteaban un campo todo amarillo de la reciente siega… Rodar de carros artilleros, estrépito de armas, luces y sones marciales. Fernández Vallín saltó al campo, con resolución temeraria. Ya se metía por el olivar, cuando

una patrulla de caballos se le vino encima con repicadas voces:

—¡Alto! ¡Alto!

Se detuvo y mostró el salvoconducto del Cuartel General. Mientras el sargento leía, halagaba el cuello de la montura, sin dejar traslucir la zozobra en que estaba. Le dejaron paso, y entrose al olivar, espoleando. Hacía propósito de adelantarse a la orden de prenderle, y aquel primer encuentro dábale aceros al ánimo. Un impulso romántico embellecía su aventura revolucionaria. Metido por atajos de mal andar, rehuyendo la carretera, rodeó un lugarón con gruñidos y cacareos. Bordeaba el camino la erosión barcina de un cerrillo. Bélicas clarinadas encendían la mañana. Sobre la rosa del sol, era el artilugio una noria inmóvil. Fernández Vallín se levantaba sobre los estribos para descubrir el campo, con el recelo de haberse extraviado. El temoso abejorro de un presentimiento, enfriábale sin acobardarle.

VII

A la puerta de un ventorrillo, la dueña —refajo, chanclas, pañuelo pingón por los hombros— barría el umbral. Fernández Vallín la interrogó, para cerciorarse del camino que llevaba. Sobre la cerca, ladrábale furioso un perro con carlanga y cadena. Tomó al galope, mal informado por las suspicacias de la vieja, que permaneció atisbona en el umbral, viéndole alejarse hasta que se perdió en una revuelta. Desorientado, subiendo y bajando cuetos, acabó por decidirse y entrar en la carretera, galopando a riesgo y ventura, entre una nube de polvo. Urgíale ganar tiempo. Aún volvió a salirse del camino real para rehuir el encuentro con una columna de infantería. Por sendas de campo y olivares, siguió hasta cerca de Montoro. Tornó a la carretera. Algunos soldados de caballería abrevaban sus monturas en la orilla de un arroyo. Al descubrirlos, otra vez quiso buscar el amparo de los olivares, pero aquella tropa ya tenía el santo de prenderle, y le tiroteó, hiriéndole el caballo en un brazuelo. Corren a rienda suelta, le alcanzan y rodean levantando los sables. Fernández Vallín, con airadas voces, exigía que le llevasen a Montoro. Replicaba el cabo de la fuerza, que la orden era conducirle a presencia de su Coronel. Un soldado le toma las bridas, y al trote cojitranco del caballo, emprenden la vuelta a Villa del Río. Se cruzan a poco con el Segundo Batallón de Mallorca. Más lejos, gran polvareda de caballería, y los batidores en línea de a cuatro, aparecen dominando un repecho,

siluetados sobre el cielo.

El Coronel Ceballos blandió el sable con bélicas voces, y seguido de sus ayudantes, galopó al encuentro del prisionero, que desquiciaba la cristobalona fachenda, sobre la montura cojitranca.

—¡Viva la Reina! ¡Traidor, repite el grito de los leales! ¡Vas a ser fusilado sobre el campo! ¡Soldados, es un espía de las logias infernales! ¡Un traidor a la Reina! ¡Estamos vendidos! ¡Aquí solo hay traidores! ¡Responde, vil sobornador! ¡Responde!

Fernández Vallín se irguió con áspero coraje:

—¡Tengo un salvoconducto del Cuartel General!

—¡La traición no tiene salvoconducto, para el Coronel Ceballos!

—¡El General en Jefe le exigirá a usted cuentas de tan bárbaro atropello!

—¡Sabré dárselas! ¡Es usted un traidor, y no he de dejar a vida un solo enemigo de la Reina! ¡Va usted a ser fusilado!

—¡Asesinado!

El Coronel se alzó sobre los estribos, blandiendo el sable:

—¡Cuatro tiradores al frente!

—¡Miserable!

Fernández Vallín había sido desmontado. Increpaba al Coronel en medio de la carretera, entre los caballos de los batidores, que le tenían bajo los suspensos charrascos. El Coronel se le fue encima atropellándole:

—¡Vas a morir!

Fernández Vallín se levantó cubierto de polvo.

—¡Cobarde! ¡Asesino!

Se interpusieron los ayudantes y el Castrense.

—¡Mi Coronel!

—¿Qué hay?

—¡El Jefe del Cantón es el Coronel Marqués de los Llanos!

—¿Y qué?

Terció el Castrense:

—¡Mi Coronel, no complique usted su conciencia, negándole al reo los auxilios de la Iglesia!

Encapotose el rostro del Coronel Ceballos.

—¡Despache usted, Padre Capellán!

El Castrense se puso al costado de Vallín.

—¡Hijo mío, procure usted recogerse sobre su vida pasada! ¡Un momento!

¡Basta un momento!

Fernández Vallín le rechazó.

—¡No quiero ofrecerme a la ruin venganza de un malvado!

—¡Procure limpiar su corazón de bajos pensamientos! Vamos a desviarnos un poco para que pueda oírle sin testigos. ¡Fumaremos un pito! La Divina Misericordia no tiene límites. ¡Un momento de contrición, es muy suficiente para lavar las mayores culpas! ¡Hijo mío, rece el yo pecador!

—¡No me resigno a ser asesinado! ¡Tengo un salvoconducto del General en Jefe!

—¡Resígnese, hijo mío! ¡No admite esa falsa moneda la lealtad del Coronel Ceballos!

—¡Ese hombre es un miserable!

—Considere la suerte que le espera como un designio de la Suprema Justicia.

—¡Ese canalla quiere vengarse!

—¡Procure limpiar su alma de mundanos rencores! ¡Solo así podré absolverle!

VIII

EL Coronel daba voces entre sus ayudantes.

—¡Que uno de ustedes lleve el parte al Jefe del Cantón! Pocas palabras: —Un espía que voy a fusilar sobre el campo—. ¡No he de dejar a vida un solo enemigo de la Reina! ¡Adelante usted, Polito! ¡Mucho estudio a la cara del Marqués de los Llanos! ¡La traición nos rodea!

Polito salió al galope. La columna volvió a ponerse en marcha. El prisionero, maniatado, puesto en cabeza, hubo de caminar a pie entre los batidores.

LA NOTICIA EN MONTORO

I

POLITO Bargés —el Capitán ayudante—, al galope, desempedrando calles, llegó al alojamiento del Marqués de los Llanos: —Caserón con rejas; el patio de naranjos, convertido en tinelo; cerca del pozo, ordenanzas en faena de limpiabotas: por las ventanas, mozas de servicio con flores en el moño.— El Jefe del Cantón, media cara enjabonada, en manos de un asistente que le hacía la rasura, escuchó el parte, escupiendo la espuma de los labios.

—¡Alto! ¡Alto! ¡Señor Capitán! Todo eso es muy confuso. ¡Que yo me entere! Sírvase usted repetirme fielmente, las palabras del Señor Coronel Ceballos. ¡Sin atropellos!

El Ayudante, esta vez, procuró hablar muy recortado.

—El Señor Coronel del Regimiento de España, me ordena poner en conocimiento de vuecencia, que acaba de prender a un paisano, espía de las tropas revolucionarias, y que, comprobado el hecho, se dispone a mandarlo fusilar.

El Marqués de los Llanos —pantuflas con corona, abierta la bragueta colorada, rabillos los tirantes, una toalla como babero— hurtose a las manos del asistente.

—¡Señor Capitán, soy el Jefe del Cantón! ¡Vuélvase usted al galope, y hágaselo presente al Señor Coronel Ceballos de la Escalera! Prescríbale usted que inmediatamente traiga vivo y a mi disposición al prisionero, para que se le juzgue con arreglo a Ordenanza. ¡Fusilar! ¡Ese hombre está loco!

II

EL Capitán ayudante —Polito Bargés— giró sobre los talones. El Marqués de los Llanos, tras los cristales, con la toalla a guisa de babero, le vio montar y salir espoleando. Con aquellas galopadas, la villa, puesta en curiosidad, abullangose por balcones y azoteas, atenta a descubrir la columna de tropas que avanzaba por la carretera. Algunos vecinos extendían sus catalejos. Se juntaban en las aceras grupos de oficiales, salían de los alojamientos con el ros ladeado, ajustándose las correas. Entraba batiendo marcha una guerrilla de pistolos. La calle de Nuño de Lara, que baja a la carretera, se llenaba de pueblo. Una adivinación melodramática llamaba todos los ojos a la carretera de Villa del Río.

El Marqués de los Llanos, empuñado el bastón de mando, echábase a la calle, con espumilla de jabón en las orejas. Con premura marcial, en medio de su Estado Mayor, balanceando la cabeza, bajó por Nuño de Lara, Montoro, desde allí, descubre en una larga distancia, la carretera de Villa del Río. El Marqués de los Llanos requirió los gemelos de campaña, en medio de su Estado Mayor.

III

LOS Cazadores de Mallorca habían hecho alto en un paraje próximo, donde dicen la Rebolleda. Fernández Vallín, con esposas en las manos, erguíase al pie de una gran cruz de piedra que hay en aquel paraje. Tenía un vivo centelleo el Cristo de latón que le presentaba el Capellán Castrense. Fernández Vallín lo rechaza con negra repulsa de masón excomulgado. Todo Montoro, que echa fuera los ojos por azoteas y balcones, se conmueve con el melodrama de aquel mal ejemplo. Al galope, blandiendo el sable, llega a la cruz el Coronel Ceballos. Se proyecta con un grito mudo en la lente de los catalejos. Los ayudantes a uno y otro lado, refrenan la carrera de sus monturas. Parecen atónitos. Polito Bargés habla con la mano en la carrillera del chacó. Por el gesto, se denuncian las voces del Coronel. El Marqués de los Llanos pide su caballo:

—¡Corramos, señores, para evitar el crimen de ese insensato!

ASÍ FRACASÓ EL ABRAZO

I

EL Coronel Ceballos grita a los gastadores:

—¡Fuego! ¡Fuego!

Los gastadores vacilan, puestos los ojos en el Capitán Bargés.—Acaban de oírle transmitir las órdenes del Marqués de los Llanos.— El Coronel de Mallorca, bélico matamoros, echa el caballo sobre el prisionero y le hunde el sable en la espalda. Vallín se incorpora cubierto de polvo y de sangre:

—¡Villano! ¡Canalla! ¡Solo así puedes vengarte!

El Coronel revuelve el caballo y se lanza sobre las tropas con el sable levantado:

—¡Traición! ¡Traición! ¡Fuego sobre ese hombre! ¡Fuego! ¡Fuego!

Los gastadores apuntan, disparan. Fernández Vallín se dobla sobre las rodillas:

—¡Asesino!

Una segunda descarga le cubre de humo, y cae muerto al pie de la cruz. El Coronel agita el sable con marciales voces:

—¡Soldados, viva la Reina! ¡Muerte a los traidores! ¡Viva el ejército leal!

II

EL Padre Capellán, acompañado de algunos soldados, atropellaba un responso. Volvió al lado del Coronel:

—¡Mala disposición mostraba para ir al cielo!

Repuso con apasionado misterio el Coronel:

—¡A mí, probablemente, van a sumariarme! ¡No me importa! ¡Este escarmiento será de una gran ejemplaridad para otros traidores!

El Padre Capellán se colgaba al cuello el Cristo de latón:

—¡Puede salvar el Trono!

III

LA muerte alevosa del parlamentario, desbarató los conciertos para el abrazo sobre el puente, mudó el folletín patriótico en sangrienta fechoría y finiquitó la proyectada tramoya, metiéndolo todo a los albures de la pólvora. El Capitán General, Conde de Cheste, pudo más tarde muchas veces recordar campanudo e irónico dos versos de *El Bernardo*:

—¡Con qué facilidad mudan de asiento
las más bien asentadas esperanzas!

UN BASTARDO DE NARIZOTAS

PÁGINA HISTÓRICA

I

LA primavera, en la campaña romana, es siempre friolenta, con extremadas lluvias ventosas, y no fue excepción aquella de 1868. Una diligencia con largo tiro de jamelgos bamboleaba por el camino de Viterbo a Roma. Tres viajeros ocupaban la berlina. Dos señoras de estrafalario tocado, católicas irlandesas, y un buen mozo que dormita envuelto en amplio jaique de zuavo. El cochero fustigaba el tiro, jurando por el Olimpo y el Cielo Cristiano. A lo lejos, entre los pliegues del aguacero, en la tarde agonizante, insinuaba su curva mole la cúpula del Vaticano.

PORTA DEL POPOLO

II

CRUZÓ la diligencia dando tumbos bajo el gran arco dórico que trazó Miguel Ángel. Mendigos y perros sarnosos la saludaron con rezos y alharaca. Desde lejos, desplegada en guerrilla, una turba de chicuelos la tiroteaba con pellas de barro, sin respeto para la guardia de zuavos franceses que jugaba a la malilla sobre una manta. Al otro lado del arco, era la masa sombría de dos iglesias con altas cúpulas. Monaguillos vestidos de rojo soplaban los incensarios en la puerta de Santa María di Monte. Un obelisco cubierto de jeroglíficos faraónicos daba turbadora y resonante expresión a la gran plaza desierta. El cochero detuvo el tiro y saltó del pescante a la intimación de un aduanero barbudo, con capa y sombrerote tirolés de brigante de ópera. El zagal de la diligencia, abriendo la portezuela, advirtió a los viajeros que iban a ser revisados equipajes y pasaportes.

III

DE las alturas de la diligencia se desgranó un rosario de seminaristas. Negros zapatos con grandes hebillas, medias moradas, revuelo de sotanas. Eran becarios del Colegio Conciliar de Santa Verónica del Janículo. Tenían un encogimiento de campesinos enfermos de nostalgia, rudo y apocado. Bajo la avalancha de zapatos eclesiásticos y canillas moradas, asomábase al vidrio de la berlina el sombrero estrafalario de *Mistress* Pamela Bristol. A su vera apurábase la dama de compañía revolviendo el cabás abierto sobre las rodillas.

—¡Oh! ¡Que nos han robado los pasaportes!

Mistress Pamela se volvió con un gesto perplejo:

—Creo que no es ahí donde usted los guardaba… En el otro cabás… ¿Por qué no mira usted?

—¡He mirado, Señora, he mirado; nos los han substraído!

—¿Por qué supone usted eso, *Miss* Mery? ¡Hace usted mal en abrigar un juicio tan poco cristiano de los súbditos de Nuestro Santo Padre!

—¡Yo no acuso a los súbditos del Santo Padre!… ¡Líbreme Dios de tan mal pensamiento! Yo no acuso a nadie… Pero si se me permite una sospecha, diré que en esto, como en todo lo malo que ahora ocurre en el mundo, anda la mano de los carbonarios. ¡Yo la veo, y me extraña que no sea usted de mi opinión, *Mistress* Pamela!

—No sospeche usted que defiendo a esa secta, pero nuestros pasaportes, ¿qué valor tienen para esos enemigos de la sociedad?

—¡Y quién sabe adónde llegan sus tenebrosas maquinaciones!

—¡*Miss* Mery, tiene usted una imaginación meridional! Déjeme usted suponer que los pasaportes se han extraviado.

—¡Oh, *Mistress* Pamela! ¡No deseo contrariarla; quiero suponer lo mismo que usted!… Pero no podía menos de ocurrimos algún contratiempo. ¡Un cochero blasfemo, que no ha cesado de profanar el Santo Nombre de Dios! ¡Un sin entrañas que constantemente maltrataba a las pobres bestias del tiro!… ¡Yes poco que nos hayan robado los pasaportes!

Mistress Pamela, alta, rubia, escuálida, pecosa, sin edad, tenía un gesto incrédulo y vacilante.

—¡Son las novelas que la hacen pensar a usted así, *Miss* Mery!

—¡Oh, qué equivocada su opinión, *Mistress* Pamela! Considere usted que,

dada la debilidad de nuestro sexo, si hubiéramos caído en poder de los carbonarios…

—¡Sin duda!

—¡Cuáles no hubieran sido los ultrajes de esos enemigos de la sociedad! ¡Horroriza el pensarlo!

El aduanero abrió la portezuela y saludó con galante cortesía, llevándose la mano al aludo sombrero de brigante:

—Excelencias, sírvanse entregar los pasaportes para el visado.

Mistress Pamela quiso explicar la desaparición de aquellos documentos, pero no hablaba el italiano y chapurreó sus disculpas en francés. El aduanero barbudo aseguró su bella sonrisa de brigante bajo las alas del fieltro tirolés:

—*Non capisco!*

Se atortoló *Miss* Mery:

—¡Que no comprende! ¡Oh!… ¡Cómo decirle! ¡Somos víctimas de los carbonarios!

En estas vino a ocupar el puesto vacante en la berlina el zuavo pontificio. Lucía divisas de capitán, era arrogante mozo, la barba negra con aceitosos lustres, los ojos de calina expresión, colmada de engaños, ojos moriscos, sensuales como la boca de belfo imperial, y la gran nariz aborbonada. Lánguida y expresiva, le contó su apuro *Mistress* Pamela. El capitán, con aterciopelada sonrisa, se puso al servicio de la conturbada señora. Hablaba el toscano con nasales francesas. Persuasivo, dejó un escudo de plata en la mano del aduanero y lo despidió en gran señor, acentuando un gesto de deferencia. El barbudo del tirolés, emulándole la escuela, saludó con aparatoso rendimiento:

—¡Excelentísimo príncipe, soy vuestro más humilde siervo!

IV

MISTRESS Pamela, ruborizándose como una colegiala, explicó que era viuda y el recuerdo del esposo difunto puso un apenado remilgo en su boca pueril:

—¡Dios se llevó al elegido de mi corazón, dejándome sola en este valle!

El capitán de zuavos la miraba amable, con gallarda osadía de buen mozo que sabe hacerse perdonar toda insinuación demasiado lanzada, y la redime con gentil sonrisa. Este capitán de los zuavos pontificios, conde de Blanc en París,

marqués de Toledo en Monte Cario, príncipe Luis María César de Borbón en su avatar romano, y donde quiera aventurero de gran estilo, se decía nieto por la mano izquierda del rey Fernando VII de España. La madre Patrocinio, monja seráfica que edificaba con sus milagros el protobeaterio hispano, habíale alcanzado las charreteras, en apostólicas milicias de Su Santidad Pío IX. El Príncipe, ahora, mediaba como correo diplomático en una gran intriga que con monjas y frailes, camarilleros isabelinos y emigrados carcundas, conducía monseñor Antonelli, cardenal secretario de Estado y camarero secreto de Su Santidad. Regresaba el Príncipe de la corte isabelina, con malquerencia del Espadón. El Nuncio de Su Santidad en Madrid había mediado aconsejándole que se volviese a Roma. La Conjura Apostólica zozobraba y con ella otros piadosos ardides de la monja para que su ahijado, en un ceremonial palatino, alcanzase el reconocimiento de su sangre, acogido como deudo de las Reales Personas. Por mediación de la seráfica madrina hubo secretas entrevistas en los desvanes del Palacio. Recordaba las lágrimas y besuqueo, las promesas y mieles, con esperanzas de tiempos mejores, los fallidos ofrecimientos de ayudarle con dineros. Volvía desilusionado, temeroso de perder su valimiento con el cardenal. En Roma, los usureros, después de la tregua que le habían concedido, iban a redoblar el acoso. El Príncipe, sin embargo, no se apuraba por los ladridos de aquella jauría, que acompañaban en todas partes su vida de aventura. *Mistress* Pamela, con la fantasía de los pasaportes y los carbonarios, le había sugerido una idea empecatada. Vender a las logias los documentos de su correo, o vendérselos al mismo Vaticano. Había levantado todos los sellos y sabía cuánta era la importancia de aquellos pliegos. La novela de los carbonarios, soñada por las dos viejas inglesas, le hizo sonreír. ¿Y si enamorase a *Mistress* Pamela? Levantó los ojos para mirarla. La dama sonreía pudibunda, ruborizándose, como si le ofreciese su mano pecosa y escuálida.

—¡Oh, le somos a usted deudoras de un favor inolvidable!… Nos han recomendado el Bristol Hotel. ¿Cree usted, caballero, que es un hospedaje honorable para señoras?

El Príncipe, con arrogante decisión de aventurero, respondió imperturbable:

—Yo me dirijo también al Bristol Hotel.

—¡Oh, qué buena ventura tenerle por compañero! ¿Ha oído usted, *Miss* Mery? El Príncipe también se hospeda en el Bristol Hotel.

Miss Mery saludó con una cortesía desgarbada. La diligencia trompicaba por la plaza de España.

V

EL Bristol Hotel —Vía de los Santos Mártires— ocupaba el palacio Foscarine. Era frecuentado de obispos y monseñores en viaje, rancias damas católicas y aristócratas legitimistas emigrados en Roma. La Vía de los Santos Mártires es una de las más solitarias. Apenas, de tiempo en tiempo, un clérigo, una beata, la infantil bandada de un colegio de monjas, la fugitiva hopalanda de un judío, el arqueológico landó de un cardenal, con lacayos de peluca blanca, medias de seda y protocolario paraguas rojo. La murmuración popular susurraba que aquel hospedaje, poblado de sombras talares y ecos santurrones, era propiedad de los Padres Ignacianos. De la noble decoración antigua conservaba un patio de mármol con bella columnata, y el jardín con fuentes en el estilo de *Bernini*. Bajo sacrílegos revoques, desaparecían los frisos de la gran escalera y de la lucerna. El Príncipe, encerrado en su aposento —echada la llave y cubierta la cerradura con el fez—, examinaba con un lente los pliegos que traía de España. Estaba bajo la lámpara con una sonrisa de cautela. Había vuelto a colocar los sellos, y no se traicionaba la menor señal de fractura. Sin embargo, le acudía más fuerte la tentación de jugarle una burla al cardenal Antonelli. El deseo furbo y maligno de sentirse canalla, se agrandaba en su alma de aventurero. Volvió a poner los pliegos en la valija, apagó la luz y, disimulándose bajo una menguada capa de hombre de pueblo, salió a la escalera de criados. La calle estaba obscura. En la Roma Pontificia, cuando el calendario anunciaba luna, no se encendían los faroles. El Príncipe, recatado en el embozo, se entró por una calleja que bajaba al Ponte Vecchio. La luna entre nubarrones no disipaba las sombras. El viento, la llovizna, el marullo del río, los pasos de una ronda, la puerta iluminada de una taberna, se escalonaban como motivos de la ciudad dormida. Los muros de iglesias, palacios y conventos cerraban todos sus ojos de piedra. Arcos, obeliscos, estatuas, cúpulas, tenían una insinuación ceñuda, en perspectivas llenas de sombra. Una potencia ciega y geomántica, cargada de siglos, aboliéndose en la gran taciturnidad de un sueño de piedra. El Príncipe bajó al Trastevere. Buscó una puerta, y cuando se disponía a llamar, vio venir una procesión de gente del pueblo con faroles. Rumor confuso de rezos jaquelado a intervalos por el repique de una campanilla que invadió la callejuela. El viento y el aguacero estremecían los farolillos. Las devotas luces tenían el

temblor de vidas efímeras, zozobrantes en un naufragio sin orillas, entregándose a la noche inexorable con arrebujo angustiado. Bajo enorme paraguas, en medio del cortejo, venía un clérigo revestido de sotana y roquete, y delante repicaba la campanilla del monago. El Príncipe, que se había recogido en el quicio de la puerta, sintió rechinar la cerradura. La puerta se abría lentamente y un retablo de mujerucas, con luces y mantos, aparecía en las tenebrosidades del zaguanejo. Las figuras perfilaban su bulto arrodilladas, entre el temblor de las velillas, en el cerco de sombras.

VI

EL Príncipe interrogó a un viejo sórdido, barbas aborrascadas, capa melodramática, greñas de bandolero:

—¿A quién viatican?

—¡A un cristiano!

El Príncipe había sentido una tufarada vinosa en mitad de la cara. Acudió con su explicación una devota.

—Viatican al Señor Cosimo Bolsena.

Cosimo Bolsena era el nombre supuesto de un patriota garibaldino, apasionado del juego, de las mujeres y de la unidad italiana. Con disfraz de músico ambulante y ostentosas muestras de piedad, engañaba a los esbirros del Papado. Santiguábase delante de todas las iglesias, rezaba con grandes golpes de pecho, cantaba en las procesiones. Secretamente, como delegado de las logias napolitanas, guiaba los hilos de una conjura popular contra el absolutismo teocrático y el poder temporal del Pontificado. En las catacumbas carbonarias pronunciaba terroríficas arengas emplazando para un próximo fin a todas las religiones positivas. El príncipe le había encontrado, años atrás, en una hora borrascosa, alrededor de la ruleta, en Monte Cario. Cosimo Bolsena era entonces el Comendatore Andrea Balduini, y Marqués de Toledo el Príncipe Luis María César. Después anduvieron unidos sus nombres cuando la misteriosa desaparición, en un baile de máscaras, del collar que lucía la famosa pecadora Marión Brizac. Cosimo Bolsena, vicioso y corrompido, explotador de mujeres fáciles, acusado de monedero falso y de tahúr, a través de una vida de crápula y procesos, jamás había vendido el secreto político, fiel a la gran idea del Reino de Italia. El Príncipe, presintiendo una farsa del audaz conspirador, se había unido

al cortejo. El de las barbas aborrascadas volvía la cabeza con aire marrullero:

—¿Cosimo, ha dicho la señora? ¡No te fíes demasiado, carísimo! ¡Y después de todo, lo mismo da un nombre que otro! ¡Yo lo lloro sin conocerlo! ¿Qué importa que se llame Cosimo? ¿No es verdad? ¡Yo lo lloro! ¡Lo lloraré toda mi vida! Estaba jugando a la lotería ¡y he dejado el cartón cuando tenía terno! Es muy edificante esta ceremonia, y no debe perderse. ¡Cosimo! ¿Qué importa que se llame Cosimo? ¡Hay que perdonar!… ¡Uno falta!… ¡El corazón es de ley!… Uno es sensible y tiene lágrimas fáciles… ¡Muy conmovedora la ceremonia! ¡Y lo mismo sería si no se llamase Cosimo! ¿Cosimo ha dicho esta señora?

Algunas voces imponían silencio. El viejo subía la angosta escalera, apretado por el cortejo, pisándose la capa, y a su espalda quedaba el rastro de una gran tufarada vinaria. La campanilla del acólito repicaba en lo alto, metiéndose por la puerta del guardillón, donde hacía duelo una mujer vistosa, peinado de rizos, casabé descotado, con lazos y volantes. La Señorita Julia, suripanta de ópera, pasaba por sobrina del Señor Cosimo Bolsena. Indicó el camino con un gesto pintado:

—¡Qué sola me deja!

En la alcoba angosta, sobre un catre de hierro, el bulto del enfermo tenía pavoroso estertor. La luz de una bujía, velada por el papel aceitoso de un periódico, puesto delante a guisa de pantalla, mantenía en la sombra el rostro del moribundo. Apenas se presentía el relieve de la cabeza en el hueco de las almohadas. El olor de los jaropes, se mezclaba con otro craso y sudado de cosméticos baratos. El cortejo, arrodillándose, posó los farolillos a la vera. Llenose el suelo de carreros luminosos, quedó al descubierto el rebujo de ropa escondido de prisa bajo las patas del catre, y los agujeros del pelado alfombrín, que descubre la trama, y los tacones de unos zapatos femeninos en intento de baile con el pelote de un sillón. El clérigo, galopante sobre un rezo latino, despachaba la ceremonia, y el moribundo, dando ejemplo de entereza, respondía conforme al ritual canónico. Al término de la ceremonia, con el último amén, sopló el acólito la candelilla del rito, y el cortejo, con difuso, sucesivo rumor, fue apagando sus luces, dispersándose a lo largo de la escalera.

—¡Dejé el cartón de la lotería cuando apuntaba terno!… ¡Se bebe, se puede alguna vez faltar!… ¡Pero hay religión! ¡No somos como perros! ¡Allá nos espere muchos años! ¡No era un amigo de la infancia, pero como si lo fuese!

VII

CUANDO la Señorita Julia intentó cerrar la puerta, halló el saludo burlón del Príncipe Luis María César.

—Usted, ¿qué desea?

El Príncipe entró en situación melodramática, llevándose un dedo a los labios:

—Vengo a comprar el violín del Señor Cosimo Bolsena. El Señor Cosimo se había incorporado en las almohadas empuñando un par de pistolas. La Señorita Julia corrió agachada, soltando las horquillas del peinado, perdiendo un chapín, y se acurrucó a la cabecera del catre. El sacramentado encañonaba al Príncipe.

—Un paso más y bajas al infierno. ¿Qué se ofrece?

—¡Comprarte el Estradivarius!

El exmoribundo reconoció la voz y el talle aventajado del antiguo Marqués de Toledo.

—Julieta, aparta el periódico que tapa la luz. Me parece un amigo.

La Señorita Julia cuchicheaba irresoluta. El Príncipe destacose de la puerta, alcanzó la bujía y la levantó, alumbrándose la figura, suspensa de un hombro la capa plebeya.

—No soy una sombra. Señorita, si usted desea convencerse, puede tocarme y palparme.

Interrogó el carbonario:

—¿Qué traes?

—¡Un gran proyecto!

—¡Estoy muy vigilado!

—¡No importa!

—¿Has estado en España?

—De allí vengo.

—¿Sigues en las pretensiones de ser reconocido por nieto de Narizotas?

—¡Todo lo llevo en ese naipe!

—¿Y qué has sacado?

—¡Hasta ahora, nada! La Real Familia me recibía secretamente. Mi amante tía me besuqueaba y vertía un diluvio de lágrimas. La madre Patrocinio me auguraba el mejor resultado en mi empeño… Y cuando creía allanados todos los obstáculos para obtener el reconocimiento legal, se le antoja poner el veto al

Espadón. ¡Tiene en un puño a la Familia Real!

—¿Y el pueblo?

—¡Tumbado al sol!

—¿Y sus tribunos?

—Allí, al que dice pío, lo mandan a un presidio de África.

—¿No crees en el próximo levantamiento de toda España?

—¡No lo creo!

—¡Pues está anunciado!

—Ya lo sé.

—¿Tú qué has visto?

—Un pueblo dormido. En España, por mucho tiempo, acaso por siglos, las revoluciones no pasarán de meriendas de generales.

—¿Pero los españoles no sienten su oprobio? ¿Esa Familia Real? ¡Esa Reina!

—Yo creo que se alegran. ¡Me han parecido los españoles unos orgullosos, y he visto que nada les agrada tanto como tener motivo para denigrar a los que descuellan en puesto preeminente!

Murmuró el carbonario, con desdén pesimista:

—¡Lo mismo ocurre con nuestra plebe romana!

Y bromeó el Príncipe:

—¡Monseñor Antonelli lo llama pecado contra el Espíritu Santo!

En la sombra de la pared, la gran nariz del carbonario se arrugó como si le llegase un olor ingrato.

—No soy teólogo, y en mi lenguaje eso se llama envidia.

La Señorita Julia, sentada a los pies del catre, escuchaba, cargados los ojos de perplejas interrogaciones. El exmoribundo había vuelto a esconder las pistolas bajo el rimero de almohadones, y en el fondo de la alcoba, sobre la puerta con cerrojos, encendía un brigadier el bastardo del rey Narizotas:

—No perdamos más tiempo. Necesito hacerte importantes revelaciones y temo aburrir a esta bella señorita.

Se levantó la suripanta.

—¡Oh!… Para significarme que estorbo, no hace falta tanta retórica.

Con la punta del pie buscó bajo el catre un zapato que se le había caído, doblose cuchicheando al oído del sacramentado y se fue taconeante, con empaque orgulloso de princesa del Rábano.

VIII

EL Príncipe Luis María César tenía puestos los ojos en el carbonario:

—¡Eres un gran comediante!

Encareció el exmoribundo, con farsa beatona:

—¡Y tú un gran sacrílego, dudando de la sinceridad de mi arrepentimiento!

Recalcó el efímero Marqués de Toledo:

—¡No he dudado!

El carbonario, en pernetas, saltó del catre y empezó a vestirse.

—Te aseguro que estaba para irme al otro mundo, y solamente me he quedado para recibir tu visita.

—¡Perdona que haya sido tan inoportuno! Y otra vez que decidas morirte, no olvides solicitar la bendición *in extremis* de Su Santidad. Un gran pecador como tú no puede cerrar el ojo sin ese requisito.

El Señor Cosimo sacó la lengua dándose una palmada en el cogote, con una mueca de hereje caricato.

—¡Lo tendré presente!

El Príncipe asintió, burlón:

—Es un consejo de amigo y, consecuentemente, espero que no me niegues el tuyo en un negocio de menos importancia. Tengo en mi poder algunos documentos que pueden ayudar a limpiar la senda de lobos.

El Príncipe usaba el lenguaje simbólico del carbonarismo. Atajó el sacramentado:

—¿Documentos de la corte española? ¡De esas bulas están llenos los archivos de la Venta Suprema de Nápoles!

—¡Oh!… ¡Qué engañado!

—¡De otros semejantes!

—¡Tampoco!

—¡Quién sabe!

—Carísimo, es aventurado emitir opiniones sobre documentos que permanecen secretos.

El carbonario insistió sin mudar el tono de mercader que tarifa, encarece tachas y rehúsa con desdenes.

—Recientemente nos han sido ofrecidas unas cartas referentes a la legitimidad de la prole isabelina. ¡Muy interesantes! Creo que anda en

negociaciones para comprarlas el Duque de Montpensier. A ese podrán interesarle como pretendiente a la corona de España. La Suprema Venta de Nápoles hoy está adscrita a completar la gran obra de la Unidad, con Víctor Manuel en Roma. ¡Todo lo que sea distraer recursos de ese propósito es un crimen!

—Los documentos que yo guardo no son tan ajenos como quieres suponer a los manejos de la Suprema Venta de Nápoles. Y voy a explicártelo. La corte española es un satélite de la política vaticana. Su Santidad ha concertado la boda del Conde de Girgenti con la infanta Isabel Francisca. Esta infanta es la llamada a reinar, dada la salud endeble del Príncipe de Asturias. Entre mis documentos está un informe suscrito por los médicos de la Cámara Real. Muerto el Príncipe de Asturias, la diplomacia vaticana conseguiría la abdicación de Isabel II. Tendrías en España de Rey Consorte a un hijo del Rey Bomba. ¡No creo que pueda serle esto indiferente a los fines de la Venta Suprema!

—¡Dios mejora sus horas! ¡Ya has comprobado, con mi ejemplo, cómo se vuelve de las puertas de la muerte! Los revolucionarios españoles trabajan por obtener la abdicación en el Príncipe Alfonso. Esos son nuestros informes. En cuanto a las dudas de su legitimidad y el escándalo consiguiente, bueno será dejárselo a la grey carcunda y al Duque de Montpensier. ¡Son los más interesados!

Viendo fallidos sus intentos, derivó a la burla el bastardo de Narizotas.

—Usaré en mi provecho esas bulas, y me presentaré como candidato al trono de España.

Estaba en pie, recogiéndose la capa. El carbonario lo detuvo, con ademán amistoso:

—Puedes darme un listín de esos documentos para facilitar mi gestión. Deseo servirte. Acaso los revolucionarios españoles… De aquí podemos mediar ofreciéndoselos, y si les pones un precio razonable. Ahora vamos a cenar. ¡Una pobre cena de proscripto! ¡Quédate! Es conveniente que hagas las paces con Julieta.

Chirriaba la luz, boqueante sobre el arandel, y el carbonario, envuelto en su redingote de músico ambulante, acudió a encender otra bujía, que colocó en el gollete de una botella. Fue a la puerta y, con toses cavernosas, llamó a la enojada y reclusa suripanta.

IX

LA Señorita Julia había puesto la mesa. Una lámpara, colgada encima, proyectaba su circunferencia de luz sobre el hule rameado que substituía a los manteles. La habitación, adesvanada, tenía las paredes cubiertas de estampas piadosas. En el rescoldo de un anafre, la cazuela de la cena esparcía vahos de guisote. La Señorita Julia conversaba con un viejo de hopalandas raídas, calvo, barbudo, friolento, que trascendía en las ropas húmedas el arrecido de una caminata a través de la noche sin estrellas. El carbonario presentó al Príncipe:

—Un antiguo amigo del comendador Andrea Balduini.

La boca rasgada, rumiando aquel circunloquio, se contraía con una mueca de cínica soflama. El exmoribundo era flaco, menudo, muy moreno, prematuramente envejecido por los azares de una vida tormentosa. La mirada negra y ardiente animaba con tenebroso contraste la cara terrosa, cribada de la viruela. El viejo de la hopalanda, con gesto huraño, alargó su mano de momia al bastardo de Narizotas.

—Antonio Paleri, vendedor de ratoneras en el Coso.

Y señaló el rincón donde hacía brillos el rimero de la mercancía. Explicó el carbonario:

—Es mi huésped. ¡Un santo varón, ocupado en limpiar de ratones la Ciudad Eterna! Proveedor del Vaticano. ¿Verdad, primo, que has construido una ratonera de plata para la alcoba de Su Santidad?

—¡Verdad! ¿Por qué no ha de ser verdad? Una ratonera de plata que pesa cinco libras.

—Entran en ella los cardenales, ¿verdad, primo?

—¡Qué impertinencia, Cosimo! El Vaticano tiene ratas como carneros. ¡Ratas de dos mil años, que han roído las sandalias de San Pedro! Sí, he construido una ratonera de plata para la alcoba de Su Santidad. ¿Tiene algo de particular?

El viejo tenía una expresión maligna, de momia cascarrabias. El Príncipe se distraía procurando cambiar miradas con la rubia suripanta. La Señorita Julia, desdeñosa, se movía gobernando la casa. El Príncipe, en una pasada, tuvo ocasión de inclinarse, murmurándole a la oreja:

—¡No sea usted rencorosa!

—¡Qué hombre cargante!

Burlona, volvió medio ojo gachón y pintado. El Príncipe, que era muy dado a las faldas, se encandiló con aquel gesto y acechó la ocasión de nuevos avances para rendir a la Señorita Julia. El viejo de la hopalanda salió con el carbonario, y quedaron solos.

—He aceptado este convite con la esperanza de borrar la mala impresión que usted, sin duda, ha formado de mí. ¡Yo soy un hombre galante, Señorita!

—Caballero, usted parece ser un amigo de mi tío, y eso basta.

—¿No está usted enfadada conmigo?

—¡De ninguna manera!

—¿Quiere usted darme la mano?

—¿Por qué no?

—¿Me permite usted que se la bese?

—Cuando las tenga lavadas.

—¿Ahora no?

—Ahora huelen a guisado.

—¿Me permite usted que me cerciore?

—De ninguna manera. Luego creería usted que se cenaba mis manos. ¡Sea formal, para que podamos ser amigos!

—¿No lo somos ya?

—¡Pues no dice usted nada! La amistad nace del trato.

—¿Y el amor?

—¡Vaya, que me ha tomado usted por el oráculo de Napoleón!

La Señorita Julia tenía un gracioso descoco. Se levantó y fue a la puerta. El Príncipe intentó detenerla.

—¡El amor nace sin tiempo!

—¡Será sietemesino!

—¡Es obra de una mirada!

—¡Pues lo pintan ciego!

—¡Con una venda!

La Señorita Julia escapó meciendo el talle, y gritó, desde la puerta:

—¡No quejarse si se chamusca el guiso!

El carbonario y el viejo de la hopalanda entraron hablándose con misterio. El vendedor de ratoneras, acercándose al anafre, quemó unos papeles. Aún traía en la nariz las antiparras, como si acabara de leerlos.

X

DESPUÉS de la cena —guiso de carnero muy especiado, y abundantes libaciones de alegre chacolí de los pagos romañolos— sobrevino el alegrarse. La Señorita Julia cantaba una romanza, y con arrumacos humedecía los labios en todas las copas. El Príncipe, a hurto, le tomó la mano.

—¡Imprudente!

Esquivose con remangue de ultrajada Lucrecia. Quedaron mirándose, ella furtiva, alardoso el bastardo de Narizotas. De pronto, el carbonario se levantó para traer un frasco de Montefiascone. El viejo de la hopalanda reía arrugando los ojos:

—¡Cosimo, hay que ser temperante!

La Señorita Julia acudió para servir el vino, y entonces hubo de inclinarse, aplastando el pecho sobre el hombro del Príncipe. Murmuró calina:

—¿Dónde te hospedas?

El Príncipe escribió con el cuchillo en el hule de la mesa:

—Bristol.

Un reloj de torre daba las seis. En los Estados Pontificios regía el antiguo cuadrante romano que marca las horas hasta veinticuatro, comenzando a contarse la primera después de vísperas. El viejo guiñaba los ojos.

—¡Niña, ven al lado de papá Antonino! ¡Toma un sorbo de este cáliz! Luego tendrás que acostarme. ¡Media noche! ¿Quién vende ratoneras mañana?

El Príncipe observó que el viejo, al beber, se derramaba el vino por las barbas, y le inquietó el tabanillo de un recelo. La Señorita Julia besaba al viejo al mismo tiempo que ponía el ojo gachón y pintado en el bastardo de Narizotas. Entre los vapores del mosto veleteaban los recelos del Príncipe. El exmoribundo se levantaba para brindar:

—¡Carísimo, por que te corones rey de España!

La Señorita Julia escurrió la copa del viejo con insinuaciones de hallarse mareada.

—¡Me ofrezco de reina!

El carbonario la miró paternal.

—Julieta, debes acostarte.

Y el viejo:

—¡Oh! ¡Qué delirio de grandezas!

Inclinose con aparatosa galantería el bastardo de Narizotas:

—¡No una corona, una tiara merece la Señorita Julia!

La Señorita Julia corrió a echarle los brazos. Le rodeaba el cuello, sofocándole. El carbonario y el viejo también lo abrazaban. Aturdido, intentó levantarse. Sintió que lo despojaban de las pistolas. No pudo gritar. Manos de hierro le apretaban una servilleta a la boca. Vio en torno suyo confuso remolino de sombras. Había entrado gente. Logró levantarse, y cayó arrastrando la mesa bajo un brillo de puñales. Ahora le vendaban y le ataban las manos. Eran ¿cuántos? ¡Muchas manos! Le sofocaban con un pañuelo. Respiraba un olor muy pronunciado, como de éter y manzanas. Una campana remota le sonaba en el cerebro, con onda larga, cristalina, dolorosamente prolongada. Se sintió ligado en una maroma que lo invalidaba, caído en un verde mecimiento de donde salía el ojo trapalón de la Señorita Julia. La gorja sensual barboteaba la risa como un cántaro roto, se impostaba en el círculo eléctrico de la cristalina campana.

XI

EL viejo de la hopalanda, acurrucado al pie del anafre, seguía quemando papeles. Le ayudaban dos acólitos forasteros:

—¡Este nido ya no es conveniente!

—¡Muy peligroso!

—¡Hay que levantar el vuelo sin dejar rastro!

—¡Pues nos ha traído buena ayuda el Santo Viático!

—¡Y el primo, otro Salvini! ¡Qué bien representó la comedia! Yo venía alumbrando, y he tenido momentos de emoción, como en *La Dama de las Camelias*. Ese durmiente estaba a mi lado. Me había infundido sospecha y me tuvo todo el tiempo con la mano en el cuchillo. Papá Antonino se ríe. ¡Bueno! Pues cuando llegaste a la tratoría y me dijiste que hacía falta aquí, tuve la corazonada de que se trataba del mismo prójimo que había tenido a mi lado durante la ceremonia. ¡Al entrar lo reconocí!

Esparcía un aliento vinoso. Era fornido, cuadrado, la máscara sanguínea, con venosidades violáceas. Greñas y barbas tenían un movimiento borrascoso, como si hubiese pasado la vida sobre el puente de un navío desarbolado.

Apuntó el otro acólito:

—¿Y quién viene a ser ese mameluco?

Se difundió una tufarada vinaria, verbosa, filosofante:

—El nombre de las personas es un accidente. Te bautizan, te ponen un nombre: Cosimo, Pietro, Lindoro. ¿Tú lo encuentras bueno? Sigues con él a cuestas. ¿Que no lo encuentras de tu gusto? Te rebautizas. Es el derecho al alfabeto.

El viejo de la hopalanda, mientras quemaba papeles, ponía la oreja en los rumores de fuera, oyendo el rezo de los dos acólitos.

XII

LA Señorita Julia espiaba en la puerta de la escalera, y el exmoribundo, un poco retirado, atendía igualmente, con el chapeo sobre los ojos, embozado en la capa del Príncipe.

—¿Estás segura que escribió en el hule Bristol?

—Segura.

—Es posible que se haya dejado los papeles en otro lugar.

—Yo pensé que los trajese encima.

—¡Es muy hábil!

—¿No saldrá todo fallido?

—¡Vamos a verlo!

—Al tomarle las pistolas le cayó la llave. Tenla.

El carbonario sacó la linterna que llevaba debajo de la capa y miró el número grabado en la patena de cobre sujeta por una cadenilla al ojal de la llave.

—¡La edad del descamisado de Judea!

Cubrió la linterna y salió a la escalera. La Señorita Julia lo siguió:

—Cosimo, ¿crees que todo saldrá bien? ¿Qué será de mí si tú me faltas, Cosimo?

—Papá Antonino cuidará de llevarte a Nápoles. Allí seguirás ayudando a los primos. ¡Hasta luego o hasta nunca!

—¡Cosimo!

—¡Retírate! No son los momentos para que hagas una escena.

El carbonario comenzó a bajar la escalera. La Señorita Julia arrimó la puerta y, con prudente sigilo, pasó el cerrojo.

XIII

—¡PAPÁ Antonino, vamos a salir ahumados como chorizos!

La Señorita Julia estaba en el corredor. El viejo se incorporó, luego de soplar el anafre.

—Haz un lío con tu ropa, que nos vamos.

—¡Ya está hecho!

—¡Al primo pueden echarle el guante! ¡Y todos en cuerda, a las mazmorras de Santángelo!

Las palabras del viejo quedaron flotando en el aire con un halo de melodrama. Entre todos levantaron el cuerpo del durmiente y lo liaron en mantas disimulando la forma. La Señorita Julia esperaba en el corredor, cubierta con un manto, oculto bajo las puntas el lío de sus galas.

XIV

AL amparo de la noche, entre ráfagas de vendaval, con el fardo a hombros, bajaron a la orilla del río y se embarcaron en una falúa amarrada al abrigo de la Puente Sixtina.

EPÍLOGO

LA carta de que era portador el famoso conde Blanc fue vendida en Londres en el mes de junio de 1868. Don Felipe Solís y Angulo, ayudante del Duque de Montpensier, la adquirió en dos mil libras para el archivo de Su Alteza Serenísima.

EL TRUENO DORADO

I

LA Taurina, de Pepe Garabato, fue famosa en los tiempos isabelinos. Era un colmado de estilo andaluz, donde nunca faltaban niñas, guitarra y cante. Aquella noche reunía a lo más florido del trueno madrileño. El Barón de Bonifaz, Gonzalón Torre-Mellada, Perico el Maño y otros *perdis* llegaban en tropel, después de un escándalo en Los Bufos. Venían huyendo de los guardias, y con alborozada rechifla, estrujándose por la escalera, se acogieron a un reservado de cortinillas verdes. Batiendo palmas pidieron manzanilla a un chaval con jubón y mandil. Entraron dos niñas ceceosas, y a la cola, con la guitarra al brazo, Paco el Feo.

II

COMENZÓ la juerga. Las niñas batían palmas con estruendo, y el chaval entraba y salía toreando los repelones de Luisa la Malagueña. La daifa, harta de aquel juego saltó sobre la mesa y, haciendo cachizas, comenzó a cimbrearse con un taconeo:

—¡Olé!

Se recogía la falda, enseñando el lazo de las ligas. Era menuda y morocha, el pelo endrino, la lengua de tarabilla y una falsa truculencia, un arrebato sin objeto, en palabras y acciones. Se hacía la loca con una absurda obstinación completamente inconsciente. En aquel alarde de risas, timos manolos y frases toreras advertíase la amanerada repetición de un tema. La otra daifa, fea y fondona, con chuscadas de ley y mirar de fuego, había bailado en tablados andaluces, antes de venir a Madrid, con Frasquito el Ceña, puntillero en la cuadrilla de Cayetano. Asomó cauteloso el Pollo de los Brillantes. Esparcía una ráfaga de cosmético que a las daifas del trato seducía casi al igual que las luces

de anillos, cadenas y mancuernas. Susurró en la oreja de Adolfito:

—¡Estate alerta! A Paquiro le han echado el guante los *guindas* y vendrán a buscaros. Ahora quedan en el Suizo.

Interrogó Bonifaz en el mismo tono:

—Paquiro ¿se ha berreado?

—No se habrá berreado más que a medias, pues ha metido el trapo a los *guindas*, llevándolos al Suizo.

Adolfito vació una caña.

—¡Bueno! Aquí los espero.

—¿Crees que no vengan?

—¡Y si vienen!…

Acabó la frase con un gesto de valentón. Luisa la Malagueña se tiró sobre la mesa, sollozando con mucho hipo. Saltó la otra paloma:

—¡Ya le ha entrado la tarántula!

Gritó Adolfito Bonifaz:

—Luisa, deja la pelma o sales por la ventana a tomar el aire.

Los amigos sujetaban a la daifa, que, arañada la greña y suspirando, miraba al chaval de jubón y mandil andar a gatas recogiendo la cachiza de cristales. La Malagueña se envolvía una mano cortada en el pañuelo perfumado de Don Joselito. Entró Garabato con gesto misterioso:

—Caballeros, abajo están los *guindas*; van a subir. No quiero compromisos en mi casa. Si andan ustedes vivos, creo que pueden pulirse por la calle de la Gorguera.

III

RESONABAN pasos en el corredor. Asomaron los bigotes de un guardia:

—¿Dan ustedes su permiso?

El guardia, detenido en la puerta, miró a las daifas, al chaval del mandilón y a Garabato. Le inspiraban un sentimiento familiar en su calidad de pueblo, y mirándolos consolaba su aturdimiento. Toñete Bringas y el Pollo de los Brillantes probaron la captación del guardia y lo torearon al alimón, como ellos decían:

—Guardia, no haga usted caso de borrachos.

—Guardia, no se quede usted en la puerta.

—Beba usted una caña, guardia.

Repuso, excusándose, el guardia:

—Caballero, si no lo toma usted a falta…

Adolfito, montado en una silla, con mueca que le torcía la boca, miraba al guardia:

—Pase usted, beba una caña y diga lo que desea.

Pepe Garabato le empujó amistoso:

—No empieces tú faltando, Carballo.

Entró el guardia, saludando de nuevo con la mano en la visera, y tomó la caña que le alargaba la Malagueña:

—¡A la salud de ustedes!

Ordenó Adolfito:

—Maño, abre la ventana. Hace aquí demasiado calor, y hay que atemperarse antes de salir a la calle. ¿No le parece a usted, guardia?

El guardia, receloso, empezaba a discernir el escarnio que le tenían dispuesto. Miró a Garabato. El patrón, con gesto encapotado, le recomendaba prudencia. Por la ventana abierta sobre las livideces del alba, entró un revuelo de aire frío, agitando las luces. Adolfito apuró una caña.

—¿Tiene usted buena voz, guardia?

El guardia sonrió como una careta, bajo los grandes bigotes de betún:

—No muy buena. Pero ustedes sabrán… Ello es que tienen ustedes que molestarse en llegar hasta la Comisaría.

Perico el Maño se alzó, ofreciéndole una silla:

—Toma asiento, Fernández.

Todos celebraron la chungada, y en la selva de voces descollaban las risas de Luisa la Malagueña. Gonzalón Torre-Mellada brindó con mala sombra:

—¡A la salud de su señora, guardia!

El del orden se hizo un paso atrás y respondió secamente:

—Se agradece.

Adolfito, muy lento, sosteniendo una caña en la mano, se acercó al guardia:

—Otra.

—¡Gracias!

Adolfito, torciendo la boca, se arrancó con insolencia de jaque:

—Esta la bebe usted porque a mí me da la gana.

Y se la estrelló en la cara. Quiso el otro recobrarse, pero antes le llovieron encima copas, botellas y taburetes. Gritó la Malagueña, escalofriada de gusto:

—¡Adolfito, hazlo viajar por la ventana!

Cayeron sobre el guardia los alegres compadres, y en tumulto, alzado en vilo, pasó por la ventana a la calle. Puso el réquiem la daifa fondona:

—¡Jesús, que lo habéis escachifollado!

Fueron las últimas palabras, porque todos huían escaleras abajo.

IV

—¡EN los altos del Suizo!

Corrida la consigna, cada cual buscó su argucia para salir del enredo. Adolfito y Gonzalón se entraron en un cuarto vacío, que aún tenía sobre la mesa los relieves de una cena. Adolfito ordenó con helada prudencia:

—¡Siéntate y cuélgate una servilleta!

Gonzalón obedecía con aire sonámbulo:

—¡Adolfo, has ido demasiado lejos!

—¡Silencio! Nosotros hemos cenado aquí y nada sabemos.

El Barón de Bonifaz ocupó una silla, alzó la botella y leyó el membrete:

—Matusalem.

Se sirvió una copa. Gonzalón abría los ojos con alelamiento, incomprensivo y atónito:

—¡Nos puede salir cara la broma!

—¡Allá veremos!

—¿Tú estás tranquilo?

—¡Pss!…

Se levantó, dirigiéndose a la puerta:

—¿Adónde vas?

—¡Espérame! Se me ha ocurrido ofrecerme a los guardias y darles mi tarjeta. Un acto de deferencia a la autoridad y de respeto al orden. Verás como así nos dejan tranquilos.

—Y yo ¿qué hago?

—Acabar de emborracharte.

—¿Hay grupos fuera?

—Probablemente.

—Yo voy a ver si me escurro.

—¡Tú no te mueves!

El Barón de Bonifaz, humeando el veguero, vestido de frac, con la gabina de soslayo, se registraba, a la rebusca de una tarjeta. Salió despacio, frío, correcto, con un pliegue en las cejas. Musitó Gonzalón:

—¿Podrás arreglarlo?

—Seguramente. No te muevas.

Gonzalón llenó un vaso con los restos de la botella y se echó un trago al gaznate, relajados, laxos el ademán y el gesto.

—En último recurso, que afloje la mosca el buen Don Diego. ¡A mí, plin!

Quedose aletargado en nieblas alcohólicas, mecido en un confuso y alterno marasmo de confianza y recelo. El Barón de Bonifaz salía levantando en dos dedos su tarjeta. Una pareja de guardias llegaba por el corredor, precedida de Pepe Garabato. El coime, con los brazos arremangados y mandilón de tabernero, venía abriendo a derecha e izquierda las puertas de los reservados. El Barón de Bonifaz se adelantó, cambiando un guiño con Garabato:

—Señores guardias, un deber de ciudadanía me lleva a buscarles: tengan ustedes esta tarjeta y cuenten conmigo para cualquier declaración que haya necesidad de prestar. Garabato, tú tienes la culpa del bochornoso drama ocurrido esta noche. Tú conoces a esa gentuza, y hace mucho tiempo que debías haber puesto mano en estos escándalos. Por mi parte, es la última vez que visito tu casa. ¡No hay derecho a comprometer a las personas decentes que desean pasar un rato de agradable expansión! Guardias, ustedes cuentan conmigo para esclarecer el incalificable crimen de esta noche.

Interrogó uno de los guardias con suspicacia y respeto:

—¿Usted estaba presente, por un casual?

Adolfito humeó el veguero con delicada y condescendiente sonrisa:

—Soy Grande de España y tengo tratamiento de Excelencia. En fin, como la soga rompe siempre por lo más delgado, cuenten ustedes conmigo para sostenerlos en sus puestos. Es intolerable el crimen de esta noche. Yo cenaba en ese reservado con otro amigo; ignoro todos los detalles del hecho; pero estoy convencido de que en esta ocasión el desgraciado compañero de ustedes ha sido víctima de su deber. Garabato, manda por un simón, y que suban una botella para que refresquen estos beneméritos.

Bajo los marciales bigotes mascculló la pareja embrolladas palabras de agradecimiento. Pepe Garabato, con un guiño, marcó su aplauso por la faena y, corredor adelante, siguió abriendo puertas. Gonzalón roncaba a un canto de la mesa, de bruces sobre el mantel, y una mariposa nocturna se quemaba en la

lámpara.

V

EL Pollo de los Brillantes empujó la puerta, escurridizo y lagarto:

—¡Vaya faena!

Con alertado sigilo corrió el cerrojo. Adolfito Bonifaz se pasó el veguero a un canto de la boca:

—No creo que nos hagan responsables.

El Pollo guiñó el ojo, abanicándose con el moquero perfumado:

—Adolfo, alma mía, se impone una untada de *parné* entre el sacerdocio de Themis.

Gonzalón, mal despierto, babeaba de bruces sobre los arrugados manteles:

—¡Me corto la coleta!

Adolfito le derramó sobre el cogote la ceniza del veguero:

—¡Pelmazo, que tu padre afloje la *mosca*!

Asintió Don Joselito con chunga sombrona:

—Ya tenemos banquero.

Gonzalón levantó la cabeza. Sacudiéndose la ceniza, fijaba los ojos turbios en el Pollo de los Brillantes:

—¡Espantoso!

El Pollo, llevándose un dedo a los labios, se acercó a la puerta y pegó el oído con mímica turulata.

—¡Han llamado!

El Barón de Bonifaz humeaba el veguero con petulante cinismo.

—Abre.

Interrogó el Pollo:

—¿Quién va?

—Garabato.

Don Joselito entornó media puerta, y el patrón se coló con avinagrado refunfuño:

—¡Ahora solo falta que la broma me cueste un multazo y el cierre del establecimiento!

Habló Gonzalón:

—¡Espantoso!

Se atufó Garabato:

—Para usted siempre habrá bula.

Gonzalón le miró incomprensivo:

—Me corto la coleta.

Garabato, percatándose de que estaba curda, torció el gesto con desabrida misericordia. El Barón de Bonifaz humeaba el veguero:

—¿Cómo ha ocurrido ese desaguisado, Pepe?

El patrón le sostuvo la mirada fanfarrona y cínica:

—¿Usted no lo sabe?

—Vagamente.

Gitaneó Garabato:

—Pues este servidor está a ciegas.

El Pollo de los Brillantes volvía a darse aire con el moquero, esparciendo brisas de pachulí:

—No hay prenda como la vista, Garabato… Quinqué y mucho quinqué… ¿Vas a decirme que no conoces al punto que riñó con el guardia? Tú te las apañas hasta dar con la pista de ese silbante.

El patrón requirió una silla y se apoyó sobre el respaldo con reservona soflama.

—A lo que barrunto, la *combina* de ustedes es camelar a un pelanas para que se declare autor del estropicio. No me parece mal cavilado, y como haya luz… ¡Es mucha el hambre, caballeros!

Recomendó el Pollo:

—Echa el catalejo entre tu parroquia.

—Ya está echado.

Don Joselito le caló los ojos:

—¡Eres un astrónomo!

Aventuró Garabato con taimada sonsaca:

—En tales casos, la lumínica ha de ir por delante.

El Pollo le miraba socarrón, jugando con los dijes de la leontina portuguesa.

—¡Conque la lumínica por delante! Eso será en tu tierra. Un pelanas no tiene solvencia, y si aflojas la *guita*, luego, a la hora de cumplir, te paga con un corte de mangas.

Aspaventose Garabato:

—¡Aún quedan por el mundo sujetos de palabra, Don José!

—Pocos.

El patrón se puso en la boca la colilla que llevaba en la oreja.

—Ya se verá de cumplir. Usted *diquela* más que un servidor. Pero si vale mi consejo, en estos negocios hay que ser un Salamanca.

Gonzalón inflaba su sollozo entre babas:

—¡Me corto la coleta!

Adolfito, puesta de medio lado la chistera, bostezó con fatua displicencia:

—Pepe, avisa un simón.

Garabato se dirigió a la puerta, y al tiempo de cerrarla aún recomendó, asomando la cabeza:

—Caballeros, ustedes me echarán un capote si la Curia me busca el gato.

VI

EL Barón de Bonifaz se arrancó el cigarro de la boca y lo estrelló contra la pared:

—Yo me voy a dormir, y salga el sol por Antequera.

El Pollo de los Brillantes marcó unas toses de apicarada soflama:

—Deja la comedia, alma mía. Conozco estos belenes, y si das con un juez mala sangre…

Adolfito le clavó los ojos, ladeándose la bimba:

—¿Cómo has dicho? ¡Si doy!…

Anubarrose Don Joselito.

—¡No seas insensato! ¿A qué conducen esos alardes? Esta misma noche es preciso dar con un *punto* que se preste a ser huésped del Saladero.

Baló Gonzalón con trasnochada vehemencia:

—¡Adolfo, te aplaudo!… ¡Que sí!… ¡Que afloje la *mosca* el buen Don Diego!… ¡Te aplaudo!

El Pollo de los Brillantes entornó furtivamente la ventana y acechó la calle, alarmado por el tumulto de los vecinos, que comentaban el suceso. El cuerpo del guardia yacía inmóvil, aplastado en la acera, y el sereno, con mugidos galaicos, esgrimía el chuzo para abrir rueda. El Pollo arrimó las contras con sigiloso recelo:

—Adolfo, vamos a salir de naja.

El Barón de Bonifaz se atusó el bigotejo con cínica petulancia:

—He pedido un simón. ¡Aquí tenemos a Garabato!

El patrón habíase detenido en el umbral con asomada mímica, el reojo vuelto sobre un narigudo vejete de quepis y carrik, que le seguía pisándole la sombra:

—Aquí el maestro puede dar a ustedes un consejo. Es sujeto de luces y *chanela* lo suyo…

El vejete se adelantó, puesto un hombro en la oreja, haciendo floreos con el quepis:

—Don José, que conoce a un servidor, puede dar referencias.

El Pollo de los Brillantes le miró, entornada la pestaña, y luego se arrancó:

—Le hacía a usted a la sombra en el Saladero. ¡Voy a cenarme sus redaños, Don Teo!

El narigudo arrugose con risa de cabra:

—Don Joselito, a nuestra edad es una cena indigesta.

Intervino Garabato:

—Si entre ustedes median cuentas, a luego las aclaran.

El Don Teo declinaba el tajamar de la nariz sobre el hombro que ponía en la oreja:

—Francamente, no esperaba tan amable recibimiento de mi antiguo y querido jefe. ¿Qué suposiciones no harán estos caballeros, a quienes no tengo el gusto de conocer, si no es para servirles?

Corcovándose sacó una tarjeta del carrik y jugando la mano se la presentó al Barón de Bonifaz. Explicó Don Joselito con resquemor de agraviado:

—A este vaina le estuve pasando dos duros…

Saltó con apurado cacareo el vejete, apretándose el quepis contra el pecho:

—¡Por los clavos de Cristo! Don Joselito, no olvide usted lo que era aquella chirlata. El más infeliz de los *puntos* se la diñaba al autor de sus días.

El Pollo de los Brillantes sacaba la panza señorona, jugando con los dijes de la cadena:

—Abusó usted indignamente de mi confianza.

Don Teo esbozó una sonrisa de conmiseración:

—¡Dos duros! ¿Y cuántas veces no me he ganado la laureada?…

—Con matones figurados.

El narigudo vejete lanzó una salivilla por el canto de la boca y se limpió con el borde del quepis:

—Don Joselito, no olvide usted que un servidor va a todas partes.

Don Joselito rio con soflama:

—Ya lo pondremos en claro. Ahora bébase usted un chato y tome asiento.

¿Sabe usted de lo que se trata?

—Algo me indicó el amigo Garabato.

El Pollo de los Brillantes se infló con aires de bravucona condescendencia:

—Don Teodolindo, tiene usted ocasión de rehabilitarse.

El narigudo dejó escurrir de la manga un navajón de a tercia y, arrugándose con mueca turulata, se lo guardó en las profundidades del carrik:

—¡He venido con el ramo de oliva!

El Pollo de los Brillantes le echó encima los ojos de rana con baladrona misericordia:

—¿A qué santo se había usted empalmado?

—¡Es el escarbadientes, Don José!

—¡No tenga usted que tragárselo!

—San Blas haría un milagro.

—¿Le enteró a usted Garabato?

—Algo me dijo.

El Barón de Bonifaz, a horcajadas en una silla, saludaba con la bimba y releía en alta voz la mugrienta tarjeta que le había dado el vejete:

—«Teodolindo Soto, diplomado del Real Conservatorio de Lisboa. Academia de canto. Se imposta la voz. Se enseña en treinta lecciones la guitarra por cifra. Clases particulares y a domicilio. Honorarios módicos».

El Pollo de los Brillantes, a socapa, le advertía con un guiño la conveniencia de tratar con aquel compadre.

Don Teo había comenzado su vida de apagacirios en el oratorio del Caballero de Gracia. Allí sirvió como correo en las intrigas apostólicas y saltó al ruedo del mundo con una credencial de cabo del Resguardo. Le empapelaron por un gatuperio y escapó a Portugal. Archivado y olvidado el proceso, regresó cantando fados con acompañamiento de vihuela. Se anunció como memorialista y profesor de solfeo. Fue músico de café y corista de zarzuela, soplón y espía, cherinol de lenocinios y baratero de chirlata. Aquel borrachín de mala entraña, falso y bufonesco, era notorio arbitrista de fullerías, escalos y matutes y huésped frecuente del Saladero. Como nunca alternaba mucho tiempo entre rejas, susurrábase en aquellas aulas de la picaresca que tenía misteriosos valedores.

VII

DON Teo arrugaba la cara con su mueca capciosa:

—Algo me ha dicho el amigo Garabato. Para mis cortas luces, hay que desviar las investigaciones judiciales por una pista falsa.

Dictaminó Adolfito con desdeñosa suficiencia:

—Yo creo lo más derecho entenderse con un mangante que cargue con el mochuelo.

Don Teodolindo se puso los hombros en las orejas:

—Un servidor respeta todas las opiniones, y máxime cuando las emite persona tan eminente. Ahora que si a ese presunto mangante, antes de tratar, podemos tenerlo entre rejas… El hombre entre rejas es más razonable. A eso miraba al indicar la urgencia de inducir las investigaciones judiciales sobre una pista conveniente…

El Barón de Bonifaz apuntaba su disentimiento entre bocanadas de humo:

—Demasiado complicado. ¿Cómo poner a la Policía sobre esa pista?… No me convence.

Don Teo sonreía con mansa advertencia:

—Hay mil medios. En este caso, un anónimo sería suficiente. El finado tenía sus enemistades. ¡Qué cristiano está sin ellas! Si ustedes me otorgan su confianza, espero que no tendrán motivo de arrepentimiento. Se da la circunstancia favorable de que por mediar conocimiento con el difunto, me hallo algo informado. Una hija del difunto, estos tiempos, se ha ido a vivir con el silbante que hace el acompañamiento en el tablado del café Minerva. El padre se había sacrificado para tenerla en una academia de baile, y cuando empezaba a llevar algún dinero a la casa, un buen día desaparece. Como la gachí va camino de ser una estrella coreográfica, natural, el difunto se hallaba peleado a muerte con el apaño. ¡Un ficha muy grande! Si le ponen entre rejas, será razonable, porque no le falta pestaña. Ustedes deciden. Mi dictamen ya lo conocen, y si lo dejan de mi cargo, formularé el oportuno escrito para ayudar al esclarecimiento del hecho. El gachó tiene antecedentes penales, y reiteradamente ha proferido amenazas de muerte contra el difunto. ¡Un juez competente le saca veinte años de cadena!

Don Teo emitía sus oráculos con un fraseo a flor de labio y sonrisas de suficiencia. El Pollo de los Brillantes le miraba de través, entornada la pestaña, bailando los dijes de la leontina portuguesa. Adolfito daba al aire el humo de otro veguero, y con reiterada mala sangre derramaba la ceniza sobre la nuca de

Gonzalón. El curda se incorporó asoñarrado:

—¡Vas a divertirte con tu abuela!

Adolfito le palmoteo el hombro:

—Calla e ilústrate. Prosiga usted, Don Teo.

El vejete se corcovó, saludando con el quepis:

—En cuanto a mis emolumentos, tratándose de tan ilustres clientes, no hallo inconveniente en aplazarlos hasta celebrar una entrevista con el Señor marqués de Torre-Mellada. Su noble primogénito no parece que haya puesto demasiada atención a lo que ahora hablamos.

Gonzalón le miró con afligido ceño:

—¡A mí que no me joroben!

Don Teo aprobó con una mueca complaciente:

—¡Muy razonable! Caballeros, ustedes lo meditan. A este humilde servidor le cumple retirarse. Tendré redactado el documento, que con ello nada se pierde, y es cosa de poco. Socarroneó Don Joselito:

—¿Hay formulario?

Don Teo se encasquetó el quepis dándose una palmada en la frente:

—¡Hay fósforo!

Y saludó con asainetada reverencia.

VIII

EL Pollo de los Brillantes volvió a la ventana inquieto por el vocingleo callejero. Miró haciendo visera con la mano, esparciendo brisas de pachulí al frotar el vidrio con el moquero. Se retiró, aportillada la boca por un gesto de perplejidades.

—¡Se han llevado al fiambre!

Don Teo acauteló el hocico, asomando un diente limoso, con suficiencia de rata leguleya:

—Milagros del amigo Garabato. A lo mejor, el forense ha certificado de síncope.

Interrogó Gonzalón con aire sonámbulo:

—¿Adónde se lo han llevado?

Don Teo le ilustró paternalmente:

—Al domicilio conyugal para que su señora le ponga compresas.

—¿No ha muerto?

El vejete entornó los ojos con un susurro benévolo:

—Morirá a su debido tiempo. Hay un ángel que vela por ustedes.

A Gonzalón le asaltó una luz de malicia bobalicona:

—¿Usted?

—Pudiera serlo.

El Pollo de los Brillantes se enjuagó con un chato:

—Ese vaina ya pasará la cuenta.

Aclaró Don Teo:

—No era oportuno que el interfecto permaneciese sin auxilios en la acera. Garabato me consultó sobre el caso y le aconsejé la faena con el sereno. No quiero ser pelma. A la orden de ustedes. Si ustedes resuelven utilizar mis servicios, abajo me tienen. En todo caso, redactaré la soflama y le daré curso. Nada se pierde porque vaya a la sombra el guitarrista del Minerva. La Sofi se verá por una temporada libre de golpes. Repito, ustedes me mandan.

Hizo un saludo muy floreado con el quepis y salió cerrando la puerta. El Pollo de los Brillantes la abrió con el recelo de que hubiese quedado a la escucha y echó una ojeada al corredor, apenas alumbrado por mortecina candileja. Bostezó Adolfito:

—¡Vaya un pinta de cuidado!

—Nos servirá de cabeza.

—Y nos costará un ojo.

—No lo creas. A ese lagarto le gusta cultivar las buenas amistades. Sabe que los padrinos valen más que el dinero.

Adolfito palmoteo el hombro de Gonzalón:

—¡Arriba, pelmazo! Hay que pagar.

Gonzalón se incorporó, frotándose los párpados:

—¡Todo me da vueltas!

Chungueó el Pollo:

—Vamos a dejarte en el hogar paterno para que la ronques.

Se echaron fuera, en fila india, recatados en los embozos como terceto de conspiradores en número de zarzuela, y montaron en el simón que esperaba con el cochero dormido en el pescante.

IX

GONZALÓN Torre-Mellada, vinoso y soñoliento, en la prima mañana, como tantas veces, pasó entre los criados que lustraban la enorme antesala. Cruzó torpón entre los trastos revueltos, y con el mismo aire sonámbulo se acostó, ayudándole una vieja que le había mecido en la cuna. Se durmió con feliz ronquido de borracho. Dormido estaba cuando entró con gran aspaviento la antigua niñera:

—¡Hijo! ¿Qué has hecho? Quieren llevarte a la cárcel. ¡El mundo está loco! ¿Con qué compañías te has juntado? Cuatro guardias en la escalera. ¡No es para ti, niño mío, el cadalso! El inspector está en disputa para llevarte. ¡Tus papás están traspasados! ¡Hijo!, ¿qué estás a discurrir?

Barboteó Gonzalón:

—¡Que suelte la *mosca* mi padre! Yo me quedo en la cama. Explícales que me acosté tarde… Mi madre, que es muy diplomática, sabrá arreglarlo, y si no, que mi padre se lo pida al Cristo de Medinaceli.

—¡El inspector trae orden para prenderte!

—Que vuelva cuando no moleste.

—¡Será lo mejor!

—¡Indudablemente!

—Puede ser que un ángel te dicte lo que haces. Estate en la cama, que no serán atrevidos a llevarte en pernetas. Voy a meter toda tu ropa en los armarios y a esconder las llaves.

—Que mi padre afloje la *guita*.

—Pero ¿qué has hecho?

—Ni lo recuerdo.

—¿Mataste a un guardia?

—¡Le dimos una broma! ¡Si no sabe llevarlas, que aprenda!

—¡Un guardia es un cristiano! Tus papás podrán arreglarlo; pero es necesario que te enmiendes y no les amargues sus días. Los papás representan a Dios. ¡Tú te corrompes con gente reprobada!

Gonzalón vio salir a la vieja y, cambiando de pensamiento, la llamó con un grito:

—Dame el traje de campo, que me voy a Los Carvajales. ¡Allí que me busquen!

—¡Hay guardias en la antesala!

—Se les ciega. Al Señor inspector, con todo respeto, dile que me presentaré apenas me vista, y avisa a Toñete.

X

EL marqués se presentó en el cuarto de su hijo, un poco friolero, zapatillas bordadas, gorro y bata de rey Mago. Se dramatizó en la puerta con respingo de fantoche:

—¡Acabas de echar un borrón sobre tu sangre! ¡Incomprensible! ¡Sin explicación!

Se disculpó el hijo con gesto amurriado:

—¡Una broma!

Gritó el padre:

—¡De borrachos!

El primogénito se miró al espejo, poniéndose el calañés del traje campero:

—Querido papá, debes comprender que ha sido una fatalidad y que me estás desesperando. El espectro del guardia no se aparta de mis ojos. ¡Acabaré por pegarme un tiro!

—¡No lo tomes tan por lo trágico!

Y todo el flácido sentimiento paternal del repintado vejestorio se desbarató en una fuga de gallos. Gonzalón hacía la escena como los actores sin facultades, en un tono medio de monólogo y aparte, con un gesto aguado y una acción desarmónica, puesto ante el espejo, para ladearse el calañés. Asomó Toñete:

—El inspector volverá dentro de dos horas, pero dejó guardias en el zaguán.

Suspiró el marqués:

—¿Se les podrá cegar?

Se mostró docto en el humano saber el criado:

—Cuestión de *guita*.

Se lanzó el afligido marqués:

—¿Con mil duros será bastante?

Le miró el criado como a un doctrino:

—¡Y con veinte!

Se conmovió el vejete:

—¡Pobrecitos! Veinte no es nada. Si lo arreglas con veinte, dales cincuenta.

—¡A quien habrá que arreglar con algunos miles será a la viuda del cadáver!

Todos comprendían que debía costar algunas pesetas el consuelo de aquella mujer ronca y desconocida, que acaso clamaba maldiciones en un barrio lejano, ante el cadáver del guardia.

XI

LA marquesa de Torre-Mellada tenía crispaciones, ahogos, gritos, soponcios y otros mil remilgos de dama nerviosa. Por ráfagas fulguraba en su pensamiento el súbito espanto de la casa llena de guardias, con los criados atónitos cambiando mudos signos. Una visión estática y trastornada como la del relámpago, de lívidas imágenes en movimiento sin mudanza. La doncella, para calmar aquellas congojas, le sirvió una taza de tila con cinco perlas de éter, receta de un famoso especialista de París —el doctor Jenkins—. La marquesa tenía la fórmula por su gran amiga la duquesa de Morny. Se animó con la tila y el éter. El marqués se anunció con dos golpes discretos en la puerta del tocador:

—¿Puedo pasar?

La doncella, a una seña dolorida de su señora, abrió la puerta, cuadriculada de espejillos con figuras pompeyanas. Entró de puntillas el marido:

—¡Carolina, estas desgracias suceden en todas las familias!

La marquesa se exaltó bajo el influjo del éter:

—¡Un hijo asesino no lo tienen todas las madres!

El marqués, escandalizado, se tapó los oídos:

—¡Carolina, no desbarres! ¡Ha sido una desgracia! ¡Ha sido una desgracia!

Sollozó la marquesa:

—¡Y tendrá que ir a la cárcel!

—¡Imposible! Ya Toñete pudo comunicarse con el gitano y le ha puesto en la boca un candado de dos mil reales.

Apartando la mano de los ojos, murmuró la marquesa:

—¿Has visto a Narváez?

—Estuve en la Presidencia. No pudo recibirme. ¡Parece que está grave! He visto a Marfori, y esta noche veré a Luis Bravo.

La marquesa se acongojó, ahogando su grito en los cojines del canapé:

—¡Me horroriza haber llevado tal monstruo en las entrañas!

El palatino se crucificó sobre un gesto lacrimoso, abriendo los brazos:

—Mañana hablará la autopsia, y los médicos forenses sospechan si el guardia pudo morir alcoholizado. Un ataque apoplético, y los muchachos, para no verse comprometidos, sin saber lo que hacían… ¡Criaturas inexpertas!

Gimió la marquesa:

—¿Has visto los periódicos? Todos hablan.

—¿También *La Época*?

—¡Todos!

—¡No lo hubiera creído de Escobar! Siendo así, reconozco que estamos en una situación molesta.

—¡Horrible! Yo me voy a París en cuanto recobre algunas fuerzas.

—Haremos ese viaje. Se está poniendo esto muy revuelto. Narváez puede morirse y aquí solo queda González Bravo. ¿Cómo es la palabra para decir loco? ¡Ah! Sí. ¡Un vesánico!… A mí me ha creado una situación insostenible en Palacio. ¡Carolina, eso te deja indiferente!

—¡Jerónimo, tengo el corazón tan lejos de esas vanidades!…

Tiró de la campanilla y vino la doncella. Interrogó en francés, con fría indiferencia, la dama:

—Aline, ¿qué mundo hay en el salón?

—La Señora marquesa de Redín con la Señorita Eulalia. Antes vino muy acongojada la Señorita Feliche. Como *madame* no recibía, se fue, para volver.

—¡Pobre Feliche! Advierta usted que la pasen aquí. Jerónimo, discúlpame con todos.

—Con tu permiso.

Salió con premura casquivana, feliz de verse lejos, a la golosina del salón, donde todo eran mundanidades, en un ritmo que dominaba, como el bailarín, los quiebros y figuras de su danza. La marquesa volvió a su enajenado silencio, abismándose en la aridez de una contemplación interior. Miraba ceñuda el pasado y solo descubría la continuidad de un dolor largo y mezquino. Este afán marchito, desilusionado, era la vida; pasaba a través de todos los instantes, articulándolos de un modo arbitrario, y no valía más que el resorte de alambre que un muñeco esconde en el buche de serrín.

—¡Qué asco de vida!

XII

LA marquesa abrió los ojos con cierta extrañeza de insomnio alucinado. Un murmullo de voces apagadas venía del tocador. Respondía la doncella. Pero ¿quién interrogaba? La marquesa se incorporó en los cojines de encaje:

—¿Eres tú, Feliche? Pasa; estoy trastornada. ¿Y tú, mi pobre niña? ¿Cómo no has entrado antes? ¡Todo el tiempo acordándome de ti!

Sollozó Feliche:

—¡Es horrible! Una pobre mujer con cuatro niños pequeños. ¡Horrible! Siento repugnancia de mi hermano…

—Cálmate. ¿Cómo sabes eso de la mujer con los niños?

—¡Lo he oído! Me lo han dicho. No sé. ¡Estoy muerta! Eso de la mujer y los niños lo trae un periódico.

—¡Cálmate!

—Perdóname.

Se besaron abrazándose:

—He pensado en visitar a esa familia y socorrerla con lo poco que yo pueda.

—¡Déjame esa obligación!

—Quiero enterarme por mí, ver a esa pobre mujer, a los huérfanos. Horrorizarme, aborrecer esta vida aún más de lo que la aborrezco.

—¡Me asustas!

—He venido por si quieres acompañarme.

Dudó la marquesa.

—¿No será una locura, Feliche?

—Es un deber, Carolina. ¡Un deber!

Volvieron a llorar juntas. La marquesa, con resabio de añeja coquetería —solo lloraba en las entrevistas galantes—, recogíase las lágrimas al borde del párpado para que no corriesen abriendo surco en el dulce carmín. Feliche gemía con la voz impostada en un sollozo:

—¡Me da vergüenza de mi hermano!

La Torre-Mellada se reconcentró en un grito agudo:

—¡Y no lo llevaste en las entrañas!

La doncella, tocando discretamente en la puerta, preguntó si podría entrar a despedirse la Señora marquesa de Redín. Carolina se hizo toda un lánguido arrumaco:

—¡Eulalia, pasa! ¿Por qué querías irte sin que te viese?

Advirtió la camarista:

—La Señora marquesa está en el salón y envía a preguntarlo.

Entró el marqués con falso rendimiento:

—Carola, hija del alma, si pudieses con esfuerzo pasar al salón. ¡Lo comprendo, estás traspasada, pero el mundo tiene estas exigencias! Los amigos que en estos trances nos acompañan nos dan también un consuelo. Nadie le concede importancia a lo sucedido. ¡Un guardia muerto! ¡Bueno! ¡Una desgracia! Era un borracho sempiterno y reventó. ¡Que los chicos se hayan asustado es muy natural! Solo algún malvado puede culparles. Pobrecitos, lo que estarán renegando de habérseles ocurrido echar una cana al aire. Porque eso ha sido: una cana al aire, probablemente para celebrar el envío de la Rosa de Oro a la reina de España. ¿Eso es un crimen?

Se exaltó Feliche:

—En último término va a salir con la culpa Su Santidad Pío IX.

—¡Qué tontería! Fíjate, Feliche: lo que yo digo no es ningún disparate. La Reina, cuando se entere de que todo vino por ella, se interesará en salvarlos. ¡Creo yo! Carolinita, ¿tú qué dices?

—¡Jerónimo, ten compasión de mí!

—¡Pero, hija!

—¡Estoy trastornada! Vuelve al salón. Déjame con Feliche. Las dos juntas nos consolamos.

—No insisto. Te disculparé. En nuestro mundo, afortunadamente, todos saben lo que son nervios.

XIII

Cayetana, la antigua niñera, con un trotecillo voluble y asmático, acudía al requerimiento de la Señora marquesa. Viéndola entrar ordenó, perentoria, la madama:

—Una falda de trapillo y tu manto. Vísteme como para visita de pobres.

Feliche, pálida y ojerosa, esperaba en pie, las manos crucificadas sobre su libro de misa y su rosario. Cayetana arrugaba la boca con un puchero:

—La Señora marquesa ¿necesita el coche?

Denegó la dama con el gesto:

—¡Estoy helada! ¡Este disgusto me acelera la vida! Feliche, si te parece tomaremos un alquilón. Cayetana, tú debes acompañarnos.

Repuso la vieja con resabio de tercería:

—Voy por los mantos. La Señora marquesa ¿saldrá por la escalera de servicio?

—Tú verás por dónde es más disimulado.

Susurró la antigua servidora:

—¡Hay guardias en el zaguán!

Gimió nerviosa la marquesa:

—¡Qué vergüenza!

—El niño se escabulló por las cocheras.

—¿Adónde ha ido?

—Me parece que a Los Carvajales. Se quita de muchas molestias. ¡Pobrecito, está traspasado!

—¡No me lo nombres!

—¡Son malas compañías!

Salió la vieja con su trotecillo asmático y no tardó en reaparecer con el manto. La marquesa Carolina se lo puso temblándole las manos. Maquinalmente se miró al espejo y se tocó los rizos:

—¡Qué pálida estoy! Esto me acelera la vida. Vamos, Feliche.

Se detuvo, sofocando un sollozo con el pañuelo sobre el rostro. Feliche le murmuró al oído, al tiempo que la tomaba del brazo:

—¡Carolina, ahora tenemos que ser fuertes! Vamos.

—Pobre niña, tú me enseñas y me das ánimo. Cayetana, ve delante.

Y otra vez el relámpago de la casa en susto, con las figuras lívidas, paralizadas en una acción, como figuras de cera.

XIV

RODABA el simón por una calle angosta de tabernuchos y empeños. Feliche se recogió en el fondo, echándose la mantilla a los ojos:

—¡Creo que nos ha visto!

—¿Quién?

—Bradomín. Salía de la Nunciatura.

La marquesa sonrió triste y comprensiva, acariciando la mano de Feliche:

—¿Nos habrá visto o nos habrá adivinado?

Feliche sintió una delicada sospecha de albores remotos en la negra oquedad

de sus pensamientos. La marquesa le oprimió la mano. Cayetana, que iba mirando por el vidrio, se santiguó:

—¡Bendito Dios! ¡Por qué calles nos trajo!

El cochero arrimaba el penco a la puerta de un conventillo. La portera, colérica, arañaba con un peine sin púas la greña de un chaval que rasgaba la boca con berrido de oreja a oreja. Advirtió la marquesa:

—Cayetana, no se te escape el tratamiento. Somos dos señoras de San Vicente. Dos señoras modestas que cumplimos un acuerdo de la Asociación. ¿No te parece, Feliche?

—Sin duda.

Cayetana interrogó a la portera:

—¿Vive aquí la viuda del guardia?…

—¿El desgraciado que maltrataron anoche unos curdas de la *goma*? Como viuda, todavía no lo es. Aquí vive. Pues qué, ustedes, por un casual, ¿se interesan por verla?

Anheló Feliche:

—¿Ha dicho usted que el marido no ha muerto?

—Está para ello. Difícil que salga. ¡Se enciende la sangre considerando las injusticias del mundo! ¡Ya verán ustedes como esos *gomas* no van al Saladero!

La marquesa cambió una mirada con Feliche. Pueril y mundana, hubiera querido taparse las orejas para no oír las imprecaciones de aquella vieja, que se encendía en gritos apoyada en la escoba, con un montón de basura ante las chancletas. El corazón se le cerraba con orgulloso sobresalto:

—Somos dos señoras de San Vicente… Ya volveremos… Ahora solo queríamos enterarnos…

La portera dio un escobazo:

—Aquí vive, pero ha salido a pretender de asistenta. Pues ¿qué otra le queda? ¿Tirarse por la ventana con sus cuatro críos? ¡El marido, estropeado de por vida si sale avante! ¡Hay que considerarlo! ¡Cuatro críos y un inútil vitalicio! ¡Háganse ustedes el cargo! Más conveniencia le trae quedarse viuda y apañárselas como otras nos las hemos apañado. Una servidora se ha quedado viuda el 65, en la barricada de Antón Martín. ¡Allí me lo sacrificaron!

La marquesa tocó el hombro de su antigua criada y discretamente le deslizó algunas monedas para que se las entregase a la portera. La vieja miró las monedas con un gesto ambiguo de codicia y recelo:

—¿Para mí u para la Macaría?

La marquesa murmuró con un gesto lacio:

—Para usted.

La vieja se agarró a una oreja del crío:

—¡Muchísimas gracias! Da las gracias, Celino. ¡Límpiate las narices y besa las manos de estas señoras!

Celino saludaba con su berrido de oreja a oreja. Montaron en el simón las madamas, y echándose el velo a la cara murmuró la marquesa:

—Creo que hemos tenido suerte no encontrándonos a esa pobre mujer. Era un paso muy aventurado, Feliche. Fácilmente podía entrar en sospecha y reconocernos. Vendrá Cayetana y se enterará de lo que necesita esa infeliz familia y se la socorrerá. Pero nosotras, creo que no debemos volver. Yo voy enferma. ¡Es horrible cómo vive esa gente!

Cayetana, la vieja servidora, pulcramente asomada a la puerta de un tabernucho, llamaba al cochero, que levantaba el vaso de morapio brindando por la República. En el arroyo, el clásico borracho hacía saludos joviales. Un enjambre de chicuelos macilentos rodeaba el simón, y alguno más ariscado se encaramaba a la trasera. Al advertir que el cochero salía de la taberna se desbandaron; pero el curdela siguió tambaleando sus cortesías delante del caballo. El cochero restalló la fusta, encaramado en el pescante:

—¿Quieres apartarte, pelmazo?

Declamó el curda:

—¡Atropéllame! ¡Atropella a un paria, a un hijo del pueblo!

—¡Tú no te apartes!…

Desde la puerta de la taberna terció un chulapo valentón:

—A ver si también tú nos resultas pollo de la *goma*.

La marquesa se recogía en el fondo del coche:

—¡Dónde nos hemos metido!

A Feliche le llameó la cara:

—Creo que no debiéramos irnos como lo hacemos.

—¡Estoy verdaderamente asustada!

Cayetana acudió a darle ánimos:

—No pasará nada. Es buena gente.

Una pella de barro vino a estrellarse en la portezuela. El cochero, echando votos, saltó del pescante para considerar el estropicio. Encarecía la marquesa:

—¡Aprisa! ¡Aprisa! Feliche, no te perdono esta locura.

Se apasionó Feliche:

—Podrá serlo… Yo te aseguro que saco ánimos y vuelvo.

Repetía la marquesa:

—¡Aprisa! ¡Aprisa!

El cochero, en medio del arroyo, zarandeaba al borracho:

—No me comprometas.

Se apuró la marquesa:

—¿Qué hace ese hombre? Cayetana, llámale. Ofrécele una buena propina. Que nos saque de aquí cuanto antes.

Instó Feliche:

—¡Carolina, procura dominar tus nervios!

La marquesa se mordía el labio abrochándose un guante:

—No habrá otro remedio.

El cochero soltaba al curda y, disputando con el chulapo valentón, se metía en la taberna. Quedaba el curda en el arroyo recogiéndose la faja. De nuevo hacía rueda en torno del simón la chusma pelona, y los más arriscados, subidos al estribo, pegaban los mocos al vidrio. La escoba de la portera acudía en defensa de las madamas:

—¡Hace falta poca vergüenza! ¡A ver si tengo que refregarle a alguno la cara!

Se dispersó la chusma con burlete de guiños, frunce de hocicos y saque de lengua. Cayetana abrió la portezuela con solicitud oficiosa:

—En el entanto que llego a ver si traigo al cochero, estarían más a resguardo en la casa del guardia.

Las madamas se apearon, santiguándose, un poco inconscientes, y de carrerilla se metieron al zaguán, protegidas por la escoba de la napoleónica portera.

XV

AL fondo del patio, un zapatero que batía la suela, silbaba el Himno de Riego. De tiempo en tiempo ponía el reojo en la jaula de un mirlo, colgada al sol mañanero. El pájaro acompañaba algunos compases, y el remendón se afirmaba en el propósito de sacarle maestro en aquella solfa progresista. El patio era grande, y la casa, de corredor con balconaje pintado de ocre. En cordeles colgaban innumerables prendas de ropa. Las camisas, crucificadas por las

mangas, estremecían impúdicamente sus faldetas. Se inflaban enaguas y refajos. Vistosos pingos flameaban como gallardetes y resaltaba al sol la tela nueva de los remiendos. Eran tan profusos los colgarines que entoldaban el patio y lo alegraban de luces y colores, en baile ventolinero. La balconada tenía macetas y gatos. Toda la casa, gritos, cantares, súbitas furias maternas con acompañamiento de azotainas y lloriqueos.

El remendón que batía la suela en el fondo del patio alzó los ojos al balconaje del corredor, donde asomaba una vecina haciéndose el moño:

—¡Rosita temprana!

—¿Qué se ofrece, tío Roque?

—Esa víctima de las clases superiores, ¿la entrega o no la entrega?

—No me pida usted pronósticos.

Feliche, encendida y animosa, había penetrado en el patio:

—Pueden ustedes indicarme…

El zapatero, un vejete de jubón amarillo y mandilote de cuero, se incorporó con la horma entre las rodillas, oficioso y resabido:

—¿Desea usted informarse de la vivienda, o séase morada, del guardia Carballo? A su mano derecha, segunda escalera.

La escalera, sórdida, ilustrada con letreros y atributos fálicos, tenía en los descansillos calderetes de basuras. Feliche subía apresurada, con enérgica resolución. La marquesa, muy en rezago, se apoyaba en el brazo de su doncella y exageraba el melindre a la vista de aquellos cúmulos, formados por tronchos de berzas, peladuras de patatas y ratones fiambres amortajados entre cenizas y cáscaras de huevo. La madama, pesante sobre el brazo de su doncella, sorbía un pomo de sales y procuraba esquivar todo roce con aquellos hediondos calderetes. A mitad de escaleras las alcanzó una mujeruca de mantón que subía con afanosos hipos:

—¿Son ustedes, por un casual, las señoras de San Vicente? Una servidora es la Macaría.

La marquesa volvió los ojos a su doncella, que saltó, advertida y gazmoña:

—Somos las propias.

Hipó la mujeruca, esparciendo vahos de aguardiente:

—La portera me ha puesto al tanto de cómo habían ustedes preguntado por una servidora.

La Cayetana recitó la lección que traía aprendida:

—Hemos tenido conocimiento por una persona piadosa de que había una

familia necesitada de socorro…

La Macaría respiró con sofoco, bajándose a los hombros el mantón que llevaba por la cabeza:

—Ustedes ¿me han proclamado por la viuda del guardia? ¡Entodavía no llegó esa triste hora! ¡Me lo trajeron sin conocimiento! Tiene abierta la cabeza de un tolondro, que se le ven los sesos, y partida la raspa. En la parroquia dejo avisado el Santolio.

La marquesa terció con avinagrado melindre:

—Haremos que le vea un médico de fama.

La Macaría suspiró, pasándose alrededor de los ojos un pico del pañuelo que llevaba sobre el moño:

—El maestro que trabaja en el patio sabe de algebrista, y ha dicho que no la cuenta. ¡Vean ustedes cómo el trueno de unos curdas deja sin pan a cuatro criaturas y a una mujer empeñada para toda la vida! ¡Cuatro bocas! ¡Que no fueran ellos a mantenerlas! ¡Justo Juez, que se vean con todos mis trabajos; más no quiero!

La marquesa se oprimía las sienes. Y sermoneó la Cayetana:

—Dios nos manda perdonar.

—Perdón con penitencia.

—Hay que dejársela a la Divina Majestad.

Bramó la aguardentosa:

—¡Hay que reclamársela!

Feliche, con lumbre en los ojos, esperaba al final de la escalera:

—¡Qué iniquidad!

XVI

LAS vecinas que cotilleaban en el corredor acudieron con alarmado aspaviento a la puerta donde daba voces una abuela perlática:

—¡Se acaba! ¡Se acaba!

La Macaría corrió también, alzándose, plañidera y de prisa, el mantón a la cabeza:

—¡Ay, Carballo, te vas de este mundo amargo sin considerar la carga que en él me dejas!

Empujando a la abuela perlática entrose puerta adelante y asomó por una

ventana:

—¡Esos cuatro ángeles que vengan para la despedida! Por otra ventana contestó una vecina despechugada:

—¡Ahora te los llevo, Macaría!

Salió al corredor con cuatro parvulines encadillados a la falda. La abuela perlática los acogió en la puerta levantando la muleta:

—¡Este adiós es el último despido, y lo habéis de tener presente toda la vida!

La vieja se limpiaba los ojos con un pañolete deshilachado, la cabeza y las manos en baile. Los cuatro pelones entraron sin soltar la falda de la vecina, los cuatro con el mismo gesto compungido y huraño. La Macaría, tras un cortinillo rameado, se ponía en la boca el gollete de una botella:

—¡Ay, que se acaba!

Las vecinas instaron, oficiosas, a las madamas:

—¡Pasen ustedes!

—¡No se recelen!

—¡La Maca tiene la cabeza levantada!

—¡Hay que considerar el caso! ¡Cuatro huérfanos!

—¡No se recelen! ¡Pasen ustedes!

La abuela, encorvada sobre la muleta, la barbilla bailona y el trapujo sobre los ojos, instó, a su vez, con pianillos desvencijados:

—Pasen ustedes. Mi hija tiene el sentido levantado con la desgracia. Pasen ustedes y sírvanse dispensarla. ¡Qué depravación la juventud del día! ¡Los hijos de las mejores familias, propios criminales! ¡Pasen ustedes, no se queden fuera!

Feliche tomó el brazo de la marquesa:

—Carolina, ten ánimo. No podemos negarnos.

—¡Estoy muerta!

—Dios nos tomará en cuenta este sacrificio. ¡Y que a los culpables les sirva de rescate!

Entraron rodeadas por las vecinas. La alcoba, en penumbra, tenía un alto ventanillo con las luces verdes de un gato. El moribundo, envuelta la cabeza en un sangriento vendaje, volvía el rostro cargado de sombras a las cuatro criaturas que rodeaban el camastro y se miraban entre sí con asustado y reprimido lloro. La madre llenó una copa de anisete y la repartió, haciendo beber a los cuatro:

—Ahora vais a decir conmigo: ¡Padre del alma, adiós para siempre!

Los niños repetían las palabras de la madre, envueltos como en una niebla, en el deseo de fugarse. La abuela, en el umbral de la alcoba, alzaba la muleta:

—Ordénales que se arrodillen, Macaría.

Entre el susurro de los rezos aconsejó una voz mesurada y severa:

—Alejen ustedes a esos niños.

La abuela se volvió, ladeada sobre un hombro la cabeza perlática:

—¡Don Fermín, no hay más que un padre!

—¡Tiempo tienen de saber lo que son penas!

Aquel Don Fermín de la voz suave y recriminadora casi desaparecía en el corredor. Podía advertirse que era alto, rubiales, barbujas descoloridas, anteojos. Apagado y circunspecto se llegó a los niños y los sacó fuera de la alcoba. Feliche, que estaba arrodillada entre las vecinas, atrajo al más pequeño y lo besó. Indecisa y sofocada interrogó al Don Fermín:

—¿No hay ninguna esperanza?…

El Don Fermín asintió:

—¡Una desgracia!

—¿Es usted el médico?

—No soy nada.

—Usted perdone.

Don Fermín, penetrado de simpatía, explicó poniéndose rojo:

—No soy nada. Apenas un desconocido.

A su vez enrojeció Feliche:

—¿Y cómo le obedecen?

Aduló una vecina:

—¡Por sus buenos ejemplos!

El Don Fermín reparó en la mujeruca con austera timidez:

—¡Me hacen ustedes la vida imposible con sus invenciones!

Dirigió a Feliche una apagada sonrisa y salió llevándose a los cuatro arrapiezos.

Comentó la vecina:

—¡No hay otro más bendito! Un santo con las peores ideas. Propio anárquico, señorita, de los más anárquicos. Es, por lo que dicen, sujeto de muchas luces, y algo de trastorno tiene. En el verbigracia de no mirar al dinero ya es dexagerado. Donde hay una lástima, allí *perene*. El mal suyo son las ideas. Sin esa tacha, un santo de los buenos, señorita, pero de los buenos.

El moribundo arañaba el cobertor, y aquella cotilla se levantó oficiosa para cruzarle las manos. Experimentó un sobresalto supersticioso al descubrir las verdes pupilas del gato inmóviles en lo alto del ventanillo. Corretona y furtiva

volviose adonde estaba. Desde allí dirigió una mirada al camastro. El moribundo, bajo las lucientes pupilas del gato, desenredaba los dedos con torpe lentitud, y otra vez arañaba el remendado cobertor. Respiraba con anhelante ronquido. Apuntó la cotilla:

—Alímpiale las flemas, Macaria.

La mujer le pasó por la boca el trapo de sus lágrimas. Oíase la campanilla del Viático. La cotilla informó a Feliche:

—Voy por un cabo de vela.

Salió apresurada, y detrás, las otras comadruelas.

XVII

LA Macaría se dobló, oprimiéndose los vacíos:

—¡Conia! ¡Y ahora, el flato!

Resignada, dio un sorbo al botellín del anisete, se pasó por los labios un pico del mandil y reventó en hipos. Feliche acercose al camastro y dejó su portamonedas bajo la almohada. La marquesa, observándola, entregó el suyo a la doncella y con un gesto le indicó que hiciese lo mismo. La Macaría, entre hipos de aguardiente, renovó sus clamores, pugnando por besar las manos de Feliche. Llegaban con luces las vecinas, y el revuelo de la campanilla poblaba la casa. El clérigo, panzudo y rebollo, penetró en la alcoba metiendo prisa al acólito, que, arrimado al quicio de la puerta, raspaba una cerilla en el zapato para encender la vela. Interrogó avendavalado:

—¿Podrá confesar?

Aclaró la Macaría:

—Dende ayer que me lo trajeron no ha recobrado el habla.

La abuela perlática desvencijó la cabeza con tartajosos pianillos:

—¡Un paralís!

El clérigo abrió el breviario, reviró la mano y atrajo por una oreja al acólito:

—¡Alumbra, papanatas!

A seguida comenzó un barullo de latines, encorvándose sobre el moribundo. Volvió a preguntar:

—¿Tampoco podrá recibir al Señor?

Tuvo un gesto de incertidumbre la Macaría:

—Eso, usted lo verá.

Resolvió el clérigo:

—Vamos con los Santos Olios.

Y otra vez el barullo de latines. Una vecina oficiosa se alzó sin ruido y, arrodillándose a los pies del camastro, levantó las cobijas. El capellán apresuraba rezos y manipulaciones. Al signar la frente del moribundo —el estopín de los Óleos en suspenso— volviose con brusca advertencia al monago, que se dormía en los amenes:

—¡Vivo, mastuerzo, que se nos va por la posta!

Pasó con negro revuelo tras la luz de la vela y, levantadas las cobijas, puesta al descubierto la cera de los pies, ungió las plantas y los calcañares. Remató la faena con una genuflexión, haciéndose la cruz con los dedos. Por la sisa de la sotana sacó la petaca, lio un cigarrillo, bambollando los consuelos de rutina, y lo encendió en la vela del monago:

—¡Es el camino de todos y no hay otra que tener paciencia! Pudo haber muerto sin auxilios y caer precipitado en las calderas de Satanás. Acatemos y reverenciemos los designios providenciales. La divina misericordia es tan grande que le ha permitido recibir esta confortación *in extremis*. El mejor pasaporte para que allá sea bien acogido. Cuanto que rinda el alma, si quieres que la campana haga señal, mandas aviso a la parroquia. Es una tarifa módica. Si tenéis velorio, no propasarse en el aguardiente y continencia en lo restante. ¡A ser todos buenos cristianos!

Salió como un negro vendaval, y la comadre oficiosa se llegó al camastro para someter las cobijas. Habíase extinguido el afanoso ronquido; un brazo colgaba fuera, y la mano amarilla, con los artejos doblados, rozaba el suelo. La comadre se retiró de puntillas, andando de espalda:

—¡A mi ver, acabó!

La Macaría, con súbito desgarre de gritos y las manos en la greña, acudió a la cabecera, sonando las chancletas. Se hizo religioso el comadreo:

—¡Talmente como un pájaro!

—¡No quiso dar guerra!

—¡Y el trueno de *gomistas* no irá al Saladero!

La Macaría, con recelosa previsión, cateaba bajo la almohada el socorro de las señoras de San Vicente. Tocó los portamonedas y las buscó con los ojos. Ya no estaban. Entre hipos contó el dinero. Un pasmo religioso cubrió la voz de las comadres:

—¡Vaya lotería!

—¡Ya puedes pasarlo bien!

—¡Quien así lo tira mucho tiene!

—¡Esas también son *gomistas*!

—¡La rubiales no estaba a gusto!

—¡La joven era la más animosa!

—¡Y qué guapa morena!

XVIII

LAS señoras de San Vicente aún iban por la escalera. La Torre-Mellada se sostenía en el brazo de su doncella. Ahora la rezagada era Feliche. Creía oír el gimoteo de los huérfanos y recordaba al Don Fermín. ¡Un santo de malas ideas! Se encendió con repentina luz. Era una obligación de conciencia velar por aquellas criaturas. La madre parecía una mujer abominable. ¡Qué olor de aguardiente! El desamparo de los huérfanos le oprimía el corazón; los veía, pelones y mocosos, pasar ante ella, las cuatro cabezas asustadas y compungidas. Al Don Fermín que los empujaba fuera de la alcoba le brillaban los anteojos. ¡Qué horrible rito el de la despedida al padre moribundo! ¡Y todo aquel trastorno por una broma criminal! El Don Fermín, con sus anteojos llenos de reflejos, no era el médico como ella había supuesto. ¡Qué absurdo! ¡Un santo de malas ideas!

¡Todo era absurdo! ¡Aquella broma criminal! ¡La muerte de aquel desgraciado! Nacemos para sufrir; solamente así la vida podía tener sentido. ¡Solamente así! ¡Un dolor, un continuo dolor!… Abrazarse con su cruz y esperar el castigo de los culpables. Feliche se angustiaba. ¡Y para que la vida no fuese un absurdo, el castigo no podía faltar! ¡Y se sintió toda sacudida por la obligación familiar, el latido de la sangre que obliga al amor!

—¡Dios mío, qué horrible es la vida!

Salieron al patio donde el remendón progresista silbaba el Himno de Riego. La marquesa se volvió con una sonrisa pálida:

—¡Qué espectáculo!

Feliche advirtió con lástima el pintado melindre de aquel rostro aviejado:

—¡Pobre Carolina!

—¡Ay, Feliche, cómo envidio tu fortaleza!

Celino, que arrastraba una lata de basuras, comenzó a berrear:

—¡Madre! ¡Madre!

Acudió la portera con el peine en la greña:

—¡Ya despachó ese infeliz! Ustedes me dispensen que me presente con este apaño; pero estaba disponiéndome para acercarme adonde el finado. Al cochero lo tienen en la taberna. Celino, corre a darle aviso. Ustedes no pasen cuidado, que se basta una servidora para poner orden en la calle.

El jamelgo del simón meditaba a la puerta de la taberna. Las madamas dirigían inquietas miradas a la calle. Apenas transitaba alma viviente. El cochero, rojo como un farol, subió al pescante y las madamas se apresuraron a montar. La portera las acompañó hasta el coche. La marquesa se apretaba el velo sobre la cara:

—¡Aún tenemos que volver! No es la última vez. La tendremos presente.

El cochero saltó del pescante para asegurar la barbilla del caballo. Venían en disputa por la acera una rubiales y un prójimo con catadura de músico de cafetín, la guitarra en funda, tufos, gorra de seda y lunar de rizo. La portera les salió al paso con misterios de comadre:

—¡Gente de postín! Han preguntado por la Maca. Para mí que le han traído un socorro.

Saltó, agresiva, la rubiales:

—¿Las furcias del simón?

—Las propias.

Intervino el pelanas del violín:

—¡Me puede que tu madrastra se guarde el conquis sin contar contigo!

La rubiales se salió al arroyo con apuro de lágrimas y remangue de faldas.

El cochero arreaba el penco:

—¡Espera, cristiano! Que las señoras disimulen una palabra. ¡Ay, mi padre!

Se llegó al coche con desgarrado y popular dramatismo. La marquesa Carolina asomó su melindroso perfil:

—¿Qué se le ofrece?

—Pues ustedes no lo tomen a mal. Esta servidora es hija del guardia que maltrataron unos pollos de la *goma*. ¡Así los vea hechos cuartos! La portera me ha impuesto de que habían ustedes preguntado por la viuda… Y si esta servidora puede darles alguna razón en lo que desean…

El prójimo de la guitarra asomaba la jeta por la otra portezuela. La marquesa Carolina se recogió al fondo del coche con voluble sobresalto. En el arroyo, el clásico borracho renovaba sus saludos joviales, y el cochero restallaba la fusta

sobre el enjambre de chicuelos macilentos convocados como por ensalmo en torno del simón. La marquesa consultó con Feliche:

—¿Te parece que se entienda con esta gente Cayetana?

—Será lo mejor.

La marquesa recordó que no tenía su portamonedas:

—Cayetana, ¿tú llevas dinero? Les das un socorro.

—¿Como de cuánto, Señora marquesa?

—Lo que tú veas. Encárgate de todo.

Cayetana tentose, timorata, la faltriquera y quedó indecisa en el estribo. Por el arroyo, leyendo los números de las casas, venía una pareja de la Guardia Civil. Los tricornios metieron un vistazo al fondo del patio alegre de luces y ventolinas. Con esto alagartose la portera, cruzó la calle y se acantonó en su puesto. Uno de los guardias se destacó para interrogarla. Luego de oírle, la comadre salió al borde de la acera y le indicó al silbante de la guitarra, en coloquio de perplejidades con el apaño. Saludó el guardia y se volvió al compañero:

—¡Ahí le tenemos!

Se descolgaron del hombro los fusiles y abocaron al chulapo:

—¿Tu gracia?

—Indalecio Meruéndano.

—Sírvete acompañarnos.

Retrocedió el pinta:

—Ustedes vienen equivocados.

—Cumplimos órdenes. Junta las manos para esposarte.

—¿Qué mal ha hecho?

Soslayó uno de los guardias:

—El juez lo pondrá en claro.

La prójima, intensamente pálida, aguzaba los ojos sobre el rufete:

—Inda, ¿de qué te acusan?

—¡Ganas de amolarla!

—Inda, ¿qué mal paso has dado?

—¡Cierra el pico! Mucho aprietan ustedes, Señores guardias.

—Echa para delante.

La rubiales le vio alejarse, ceñuda y hostil.

El borracho reapareció en la esquina, siempre pisándose la faja:

—¡A la horca, amigo! ¡Vaya faena! Un ventajista ese marchoso. ¡Un

ventajista! No estoy bebido. Y si lo estoy, a nadie le importa. Dexamínenle ustedes las manos a ese pantalla. ¿Qué? ¡No descubren ustedes sangre? Podrá ser que se las haya lavado.

Como la rubiales, intensamente pálida, se recostaba en la pared y se cubría los ojos con la mano, la portera se arrancó corretona, abierta de brazos:

—¡Ay, qué *poquis* ánimos!

—¡Tengo el corazón en un salto!

La portera bajó la voz:

—¡Ese ha hecho alguna!…

La Sofi rechinó los dientes:

—¡Quién sabe!

—Vamos, serénate. Entra y bebe un sorbo de agua.

—¿Y mi padre?

—Prepárate a lo peor.

La Sofi lamentó, dramática:

—¡Qué negra estrella! Se fue del mundo sin haberme perdonado… Otra cosa no me traía. ¡Ay, qué hija mala he sido! ¡Qué sin entrañas!

La portera procuraba meterla en su camaranchón.

—Vas a oler un poco de vinagre.

La Sofi, con histérico suspiro, se abrumó en una silla baja:

—Esas criaturas me parten el alma. Al Agapito lo llevaría conmigo si su madre me lo diese. Les traía un socorro, cosa de nada… ¡Pues aun eso me lo ha birlado el Inda!

—¡También eres pánfila!

—¡En cueros me puso!

—¡Mala sangre!

—En la casa, ¿no habrá ni un amparo?

—Lo que hayan podido dejar las beatonas de San Vicente.

Alentó, rencorosa, la rubiales:

—Para que se amone la Maca.

La portera se azotó el anca:

—¡Más empedernida que nunca! Tú aún le ibas a la mano.

—¿Va usted a subir conmigo, seña Delia?

—Deja no más que me recoja la mata. ¿Tú tendrás el lujo de peinadora?

—¡Lujo! Lo pide el tablado.

La señá Delia, con las horquillas en la boca, se hizo el rodete, se echó por la

cabeza un pingo negro que sacó de la cómoda y se puso en jarras:

—¡Vamos, hija!

La Sofi se alzó sonámbula:

—¡Vamos!

En el fondo del patio, el remendón claveteaba los zapatos del difunto. En la alcoba, una comadre costurera le tomaba las medidas para la mortaja.

XIX

UNA pepona de pintados rosicleres que cascaba avellanas en la escalera se alzó con efusivo aspaviento:

—¡Sofi!

Se abrazaron. Habían sido compañeras de juegos en el patio de costura en el taller, de novios en los bailes. Aborrascose la portera, celosa de sus fueros y premáticas:

—¡Cuidado que sois guarras! ¿No tenías otro sitio donde cascar las avellanas?

La Coloretes, escondiendo media cara, guiñó un ojo y sacó la lengua:

—No había reparado en el alfombrín.

—¡Ya estás tomando una escoba!

—A la vuelta será, que ahora subo con la Sofi.

—¡Maldita la falta que tú haces!

La Sofi ahogaba los sollozos en una punta del toquillón que le resbalaba por los hombros. La Coloretes se lo sostuvo:

—Sofi, desahoga, no te reprimas. ¡Desahoga!

Las vecinas, que de puerta a puerta cotilleaban en el corredor, se les juntaron. La Macaría tuvo aviso, y de brazos abiertos, toda encendida, salió dando voces. En la faltriquera le sonaba el socorro de las señoras de San Vicente:

—¡Que aquí pises! ¡Que tan sinvergüenza seas! ¿Qué mira es la tuya? Si por herencia vienes, aquí no tienes nada.

Tremoló un alarido la Sofi:

—¡Tengo a mi padre! ¡Tengo cuatro inocentes que son mi sangre!

—¡Ahora te acuerdas! ¡Nos conocemos! ¡Tú traes el ojo abierto por estos cuatro pingajos!

Se desgarró afligida la Sofi:

—¡Para mearme en ellos quiero yo sus pingajos!

Apaciguaron las vecinas:

—¡No hay por qué dar voces!

—¡Ni razón para ello!

—¡La Sofi nada pide!

—Entra, Sofi. Vamos, sácate de la puerta, Macaría.

Escupió la mujerona:

—¡Descarrilada!

Y advertida de que le cantaba la faltriquera, de un manotazo la apuñó sobre el anca. Entrose sin cerrar la puerta, y las comadruelas terciaron sus consejos en torno de la Sofi:

—¡Eres hija y tienes derecho!

—¡Habla el aguardiente!

—¡Serénate, criatura!

La empujaban para que entrase. La Sofi rechinaba los dientes. Se le caían las horquillas del moño y tenía los labios blancos. Respiraba con angustia. El olor de la cera la sobrecogía y atemorizaba, penetrándola de un sentimiento religioso; era como un hálito del padre difunto. Vacilante, entornada por las vecinas, llegó hasta la alcoba y, toda en clamores, se dobló sobre el camastro. Al difunto le habían puesto en las manos un rosario de alambrillo dorado y cubierto la cara con el borde de la sábana. Doña Paulita, una vieja lechuza y halduda, levantó el lienzo con oficiosa deferencia. Sollozó la Sofi:

—¡Concédeme tu perdón, padre del alma!

La vieja halduda, moviéndose en silencio, le entregó un ramito de oliva para que le echase un asperges. Y como, una vez cumplimentado el rito, intentase sacarla fuera, gimoteó la Coloretes:

—¡Déjela que se alivie de lágrimas!

Doña Paulita pudo, al fin, llevársela a su guardillote, donde también estaban acogidos los cuatro huérfanos, pues la vieja le tenía alquilada una alcoba al Don Fermín. Era viuda, con un hijo tipógrafo que cumplía condena por la impresión de ciertas proclamas revolucionarias. Cuando entró la hermana, los huérfanos jugaban bajo las miradas miopes de Don Fermín. La Sofi los abrazó zozobrante:

—¿Me recordabais?

Las criaturas hacían pucheretes, recogidas sobre el pecho de la hermana. Don Fermín se desvaneció sin ruido, como una sombra. La Sofi esparcía una mirada de duelo por aquel tabuco, que tenía las paredes decoradas con litografías de *La*

Flaca. Los ojos se le anublaron, parados sobre el catre en esqueleto, con la colchoneta arrollada:

—¿Qué noticias hay de Lucio?

—¡Buenas! ¡Le falta un mes de condena!

La Sofi y el tipógrafo habían sido novios. Lucio era opuesto a que tomase lecciones de baile, y acabaron peleados. A la rubiales le habían levantado la cabeza con aquello de que podía ser una *estrella*. Después vino el proceso y la prisión del tipógrafo. Una noche, los aplausos, las luces, el copear para dar gusto a la parroquia, la trastornaron y se arregló con el pianista del cafetín. ¡Una mala hora! La Sofi, abrumada por aquel dolorido recordar, se abrazó con los huérfanos:

—¡Corazones!

Se limpió las lágrimas y los retuvo a su lado. Doña Paulita le trajo un vaso de agua:

—Bebe y serénate.

La Sofi lo recibió cavilosa, con la atención puesta en sus hermanos. Las cuatro criaturas pasmaban mirándole las sartas y los anillos:

—¿Me halláis muy cambiada?

Agapito, su predilecto, echósela encima con efusivo encomio:

—¡Muy maja!

La Sofi, toda encendida, se recogió en el toquillón, escondiendo la garganta y las manos:

—Si tu madre lo consintiese, te llevaba conmigo.

Agapito apretó los ojos, sacudiéndose los dedos:

—¡Contra! Puedo escaparme.

Los otros tres se arrugaron con pucheretes. La hermana pequeña le pegó la boca a la oreja:

—¡Quédate!

La Sofi juntó las cejas con expresión dura y contrariada:

—¡Tuvierais otra madre!

Los cuatro la asediaron con unánime lloriqueo:

—¡Quédate! ¡No te vayas!

La Sofi los apartó con ahogo histérico, puestas las palmas en las sienes:

—¡Me quitáis el aire!

Insistían los cuatro en retablo, como ánimas en pena:

—¡No te vayas! ¡Quédate!

La Sofi sintiose enajenada por una ráfaga de rencores:
—¡A comerme la herencia!
Doña Paulita, con el palo de la escoba desbarató el retablo:
—¡No le hagáis mala sangre! ¡Salios afuera!
La Sofi se tapó la cara:
—¡Qué negra estrella!
Doña Paulita se derrengó en una silla baja. Abierto el gran ruedo de las sayas y cruzada de brazos, quedose mirando a la Sofi:
—¡Vaya, mujer! ¿Tan mal te va en tu nueva vida?
La voz de la vieja descubría un pique de resentimiento. La Sofi la miró con ojos alocados:
—¡Mal es poco!
—¡Tú te lo has buscado!
Doña Paulita no le perdonaba el descarrío. La Sofi se recogía, reconcentrada y huraña:
—¡Ya no tiene remedio!
—¡Vaya un comportamiento que has tenido con Lucio!
Protestó, rencorosa, la Sofi:
—Lucio me había pospuesto a la política… Si otro se ha llevado el pan de higos, que no se queje.
Avinagrose la vieja:
—¡No pienses que se queje!
La rubiales le echó encima la exasperada locura de sus ojos verdes:
—No dirá nada, porque es el rey del orgullo.
Amoscose la doña Paulita:
—Pudiera ser que tú le ganases. Y ¿de qué fechoría acusan a tu consorte para que se lo hayan llevado los civiles?
—¡Pronto la han informado!
La Sofi, desgarrada y resentida, se levantó, ajustándose el toquillón al talle. Luego, luciendo los bajos, puso un pie sobre la silla para atarse el zapato. Doña Paulita la reconvino suspicaz:
—¿Tanta prisa tienes? ¿Quién te espera?
—No quiero bailar esta noche, y tengo que avisarlo con tiempo.
—Vuelve a sentarte, que todavía no te solté las cuatro verdades que te mereces… Desde aquí mandarás el aviso. ¡Pensar que has podido ser mi nuera! ¡Si llegan a mediar bendiciones, soy yo la que te mato! ¡Y mira que te quise! ¡Y

te quiero! ¡No para nuera! ¡Y me da dolor verte en ese relajo de vida! ¡No eras tú para eso!

La Sofi se cruzó el toquillón con despechado suspiro:

—¡La cochina política!

—¡Y tu ceguera por el baile!

—Lucio, hasta que dejó de acompañarme por andar en el jaleo de las conspiraciones, nunca había sido opuesto.

Insistió, repispoleta, la doña Paulita:

—¡Tu mala cabeza!

—¡Y la perra vida que me daba la Maca! Lucio se enfrió con la política y me hallé más que abandonada.

—¡Has hecho tu desgracia! ¡Y si solamente fuese la tuya! Lucio nada dice; pero el pundonor que tiene, raro será que al verse libre no busque a tu moreno. Y todavía no me has dicho por qué se lo han llevado los civiles.

La Sofi hizo un gesto de fatalista indiferencia:

—¡Se me da tan poco por lo que sea!…

Insinuó con taimado goce la vieja:

—¡No le muestras mucha ley!

—¡Le aborrezco!

—Rompe esa cadena.

—¡Me quitaba la vida!

—Lo que a ese tuno le interesa es conservar el chupe de lo que ganas.

—No crea usted que no lo comprendo.

—¡Ir a caer con tal sinvergüenza!

La Sofi se abstrajo mirándose los anillos. Doña Paulita hizo ademán de incorporarse con amenazador rastreo de los pies en las baldosas.

La Sofi respiró con hondo suspiro, como si saliese de un mal sueño:

—El Agapito podía llevar el recado para que me quiten del programa.

—¡No quiero belenes con la Macaria!

Doña Paulita se echó el mantón por la cabeza, como pedía la vecindad del difunto, y salió al corredor, donde la pepona de los rosicleres reía los cuentos del tío Roque. El zapatero balanceaba por los tirantes un par de botas nuevas y refería con pintoresco desparpajo los fornicios de la reina. Llegose doña Paulita, halduda y respetable:

—A usted buscaba, tío Roque.

—¿Qué hay de bueno?

—Lleve la obra.

—Puede esperar el parroquiano.

Remontó un escándalo de risas la Coloretes. Se santiguó la vieja:

—¡No había caído!… Tengo en casa a la Sofi. Quiere mandar aviso para que la quiten del programa. Hágase usted el cargo… ¡Con el padre de cuerpo presente!

El zapatero cabeceó dogmático:

—¡Pijoteras connivencias que tiene la vida! Al apaño de la gachí se lo ha llevado la pareja.

Sacó la lengua la tarambana de los rosicleres:

—¡Anda la órdiga! ¿Se sabe por qué ha sido?

Sentenció el tío Roque:

—Corre el cuento de si estaba en la juerga de los pollos *gomistas*. Ese cuento corre… Y no sería pasmo si la expansión era por todo lo alto, con cante y guitarra.

Doña Paulita, abierta en ruedo la pompa de la saya, cruzaba los brazos y exprimía un gesto de vinagre:

—¡Qué gran criminal!; porque no hay duda que habrá sido ese perverso.

Indagó la Coloretes:

—¿Qué dice la Sofi?

—Si alguna sospecha tiene, no la descubre.

Apuntó el zapatero:

—Entre el finado y ese punto mediaba un grave resentimiento. No hay que olvidarlo.

A doña Paulita le entró un apuro de lágrimas:

—¡Qué puñalada tan traidora para la hija descarriada! Tirándose el pañuelo a las cejas, seguida del zapatero, que balanceaba los zapatos del difunto, se metió por su puerta. Espantó al gato, dormido en la silleta, y se derrumbó abriendo los brazos:

—¡La que tienes encima, desgraciada! ¡El malvado que te quitó la honra te ha dejado sin padre!

La Sofi espantó los ojos:

—¿Por dónde viene ese cuento?

El remendón la apaciguó con un gesto de madura experiencia:

—No está debidamente comprobado… Tú debes inclinarte a lo peor.

Replicó con trastorno la rubiales:

—¡Mal puede ser! Anoche se puso la soberana.

Agorinó la vieja:

—¡De lo alto te viene el castigo!

El remendón entornó la pestaña, incrédulo y competente:

—Has de saber que lo propio de criminales empedernidos es apimplarse después del hecho consumado.

La Sofi se ponía las palmas en las sienes:

—¡Otra será su culpa! Vino ya alumbrado al ensayo. Ni valió darle el amoníaco que otras veces le despeja. ¡Tal embrollo metía en el acompañamiento que hicimos el número con solo las castañuelas! ¿Qué es lo que mi padre ha declarado?

Repuso la vieja muy fruncida:

—Tu padre no recobró el habla.

Asomó por la puerta con un respingo la tarambana de los rosicleres:

—Una pregunta y me vuelo. Vengo mandada por la viuda. Tío Roque, ¿puede usted hacerle la barba al finado?

El tío Roque quedó un momento caviloso:

—¡Algo me impone!

Picoteó la tarasca:

—Cuente usted con una servidora para espantarle el miedo.

Maduró el remendón con escrupulosa pelma:

—No son circunstancias para el *guasibilis*, niña. Por tratarse de un amigo, no puedo negarme.

La pepona echó un vistazo al flamante par que el vejete sostenía por los tirantes:

—¡Pronto ha despachado!

—Pues es obra a conciencia, para que la apruebe el propio San Crispín.

La Coloretes saludó sacando la lengua:

—Si otra cosa no mandan, me ausento con la respuesta.

Ganaba la puerta, y la requirió doña Paulita:

—¿Tú no has oído el comentario?

La Coloretes se volvió con garboso respingo:

—¿A tino de qué?…

Ensombreció el ceño la vieja:

—¡Del asesino!

—¿No ha sido un curda de la *goma*?

—¡Ay, qué carajeta! ¿Vas a ser tú como esta obstinada? No te hagas de nuevas.

—No me tome entre ojos, doña Paulita. Si me callaba las sospechas del otro penitente, ha sido no más que por miramiento. ¡Pudiera suceder que se hallase ignorante la Sofi!

Sentenció el remendón:

—¡Aún está todo en un veremos!

Gritó exasperada la Sofi:

—¡Acabarán volviéndome loca!

La vieja, espetada en el ruedo de las faldas, puesta la mano de perfil, accionó amonestadora:

—Te llamará el juez… ¡No te comprometas sacando la cara por ese malvado!

La Sofi abatió la cabeza entre las manos:

—¡Para mí, siempre será de noche!… ¡Oiga, maestro, quería mandar aviso para que me quiten del programa! ¿Podría usted llegarse al Salón Minerva?

—¡Niña, tú me ordenas!

Divagó la Sofi.

—Explica usted el caso. ¡Ay, mi padre! Si el representante no estuviese. ¡Se me parten las sienes! Si no estuviese, va usted al Centro Federal.

—Para ese trámite será conveniente que me eche encima la capa, parece que va uno más acompañado. ¿Corre prisa?

—Tienen que poner ensayo.

—Me llego un momento a rendir mi tributo de pésame a la viuda y salgo de naja.

La pepona garbeó el talle caminando hacia la puerta, a la zaga del remendón. Secreteó casquivana:

—Tío Roque, ¿la barba al finado se la hará usted antes de vestirle la mortaja?

—Lo propio que en vida, cabra loca. ¿Tú te pones las galas antes de pintarte la jeta?

El retablo de las cuatro ánimas asomado a la puerta desbaratose en fuga ante el remendón, que salía, balanceando por los cordones los zapatos del difunto.

XX

EL tío Roque pasó de perfil entre las comadres que hacían el planto, y a la viuda, asoporada en el reflejo de las velas, le presentó los zapatos del difunto con ceremonioso requilorio:

—Para tu consuelo, y satisfacción del finado, verás que no es obra de chapuza.

Alambicó la costurera, que pegaba una esterilla en la mortaja:

—Solados de cartón, no los rompería.

El tío Roque destacaba el brazo en la rueda de comadres, y ponía en alto los zapatos, suspendidos por los cordones:

—¡Materiales de primera! Ni a vivos ni a muertos le entrega un servidor obra de chapuza.

Apuntó, batiendo un párpado, la desgarrada del morro con rosicleres:

—¡Zapatos de tacón alto!

Los fúnebres betunes, balanceándose entre las velas, promovieron un flato de suspiros en la Macaría:

—¡Vamos a calzárselos, tío Roque!

La costurera partía la hebra con los dientes:

—¡Todo en la sepultura es pasto de gusanos! Por mi parte, con cuatro hilvanes cumplo.

Se engalló el remendón con desdeñosa soflama:

—Joven, somos un viceversa.

Rumor de voces, redoble de pasos; en la puerta, los bigotes de un alguacil.

—Hay que hacer despeje.

Tras el guardia asomaba la bimba del médico forense. El licenciado Rosillo chupaba una tagarnina y conversaba con el ayudante, en espera de que desfilase el cabildo de comadruelas. Luego pasó al borde del camastro, se aflojó la bufanda y, con el reflejo de las luces en la bimba, levantó una punta de la sábana que cubría al difunto. Reclamó al ayudante el estuche del instrumental y cortó el vendaje que oprimía la yerta cabeza. El forense torcía el gesto.

—Ese Juzgado es una cueva. Se me requiere para pasar visita a un guardia accidentado, y el interfecto es un cadáver, y el accidente, la fractura de la base del cráneo.

Insinuó el ayudante con reposada cautela:

—En la escribanía no ignoraban la defunción…

—¡Evidente!

—¿A usted no le han hablado?

—Ni media palabra. Ese Juzgado es una cueva.

—Como todos, si corre dinero. ¡La broma de esos truenos ha sido fulera!

El licenciado Rosillo plegaba las cejas, humeando la tagarnina.

—Aun no pudiendo menos de execrar el hecho, yo lo disculpo. Unas copas de más… Un mal momento… Los médicos no podemos eximirnos de ser algo psicólogos.

Se apartó del camastro, indicando con el gesto que deseaba lavarse las manos. Salió el alguacil y trajo una jofainilla prestada. Cuando el forense metía las manos, apareciose la tarasca del morro pintado, con talla de flecos y jabón de olor.

La viuda había reclinado la cabeza en los pies del catre, y soñorreaba entre tufaradas de anisete, echado un pingo de luto por la greña. El licenciado Rosillo salió al corredor enjugándose las manos.

—¡En esa zahúrda no habrá un mal apaño de escribir!…

Redactaba el oficio solicitando la diligencia de autopsia, para que lo llevase el alguacil.

Entrometiose la Coloretes:

—¡Don Fermín no está sin su buena escribanía!

El licenciado Rosillo le entregó la toalla:

—¿Tú no escribes al novio?

—Palotes en el aire.

El forense se mantenía entre dudas y soflamas:

—¿Vale tu recomendación para ese capellán?

Las otras comadruelas del corredor soplonearon con oficioso reconcomio:

—¡No la precisa!

—¡Con que ustedes se manifiesten!

—¡Es muy parcial!

La Coloretes, con respingo de desdén, soltando una chancla, metió el moño por la puerta de doña Paulita:

—¡Aquí preguntan por Don Fermín!

El forense aún sonsacó a las comadruelas:

—¿Qué clase de sujeto?…

—¡Muy cabal!

—¡Con estudios!

—¡Y mosca!…

—¡Calladamente, hace muchas caridades!

—¡Su tema es la salvación de España!

Encomió la tarasca.

—¡De tan bueno, anda mal de la cabeza!

Llenaban la puerta los siete refajos de doña Paulita:

—¡Pasen ustedes!

XXI

UNA celda de pulcras cales. Por todo menaje, el catre, con el baúl a la cabecera; dos sillas, un aguamanil de hierro y una mesa de pino con libros y papeles. Pegado a la pared con obleas, dando el Quién vive a la puerta, el retrato de Bakunin. Fanfarrón y barbudo, el apóstol fuma su cachimba, encuadrado por rojos corondeles, en un número prospecto de *La Campana*. Asomó doña Paulita:

—Aquí, el Señor forense, desea hablarle.

Los huérfanos, que retozaban en torno de la mesa, bajo la mirada pitoña del revolucionario, se fugaron a un rincón. El forense saludó, quitándose la chistera. Don Fermín se levantó apocado:

—No se descubra. Esto es el Polo Norte.

—¡Gran badulaque!

El forense, calada la chistera, le abría los brazos, con expresivas muestras joviales. Don Fermín sonreía perplejo:

—¿Cómo has averiguado?

—¡No he averiguado nada!…

—¿Mi madre habrá escrito a la tía?…

—¡Ni una palabra! ¡Para nosotros, la familia es un cero!

—¡He caído aquí!…

Don Fermín se excusaba con desgarbo, sin darse la pena de inventar un pretexto. Aquella cordialidad bullanguera de su pariente, no le era simpática.

—¡No tienes disculpa! ¿Y esos chavales?

Don Fermín enrojeció confuso:

—Son los huérfanos del guardia.

El pariente le miró con regocijada soflama:

—¿Vas a prohijarlos?

Don Fermín musitó con reflexiva entereza:

—A poder, les daría educación.

—¡Lo creo! ¡Te considero capaz de todos los disparates! ¿Y cuándo hacéis la revolución?

—Algún día la haremos…

—¿Para hacernos felices?

A Don Fermín le llameó la cara.

—¡Para devolveros la dignidad humana!

El licenciado Rosillo se volvió con chunga al retrato de Bakunin:

—¡Prefiero mis cadenas de esclavo al redentorismo de ese apóstol!

—El hombre ha necesitado miles de años para ponerse de pie.

—¿Y de qué le ha valido? Si hubiera continuado marchando sobre las manos, no tendría al presente que trabajar con ellas, ni habría revoluciones anárquicas, donde se proclama el derecho al trabajo.

—Es la consecuencia. Si como moralistas condenáis el suicidio, y como jueces encarceláis al que roba un pan.

Enrojeció el forense:

—¡Un pan! ¡Un pan! ¡Sois declamatorios! Se castiga el robo, el ataque a la propiedad. Si el hambre pudiese ser una eximente, mañana se declaraba famélica de real orden toda la pobretería madrileña.

Don Fermín entornaba los ojos pitoños, con una clara sonrisa de hombre ejemplar.

—¡Es abominable vuestro egoísmo burgués! ¡Y vosotros sois la savia de que se nutren las instituciones! ¡Vosotros sois los moralistas y los juristas! ¡El mejor de vosotros solo se preocupa de la familia!

—¡En vuestro ideario también está la destrucción de la familia cristiana!

El licenciado Rosillo tenía un ampuloso repertorio de frases pulpitables y declamatorias, de trinos patrióticos y sentimentales, de invocaciones a las sombras invictas que discurren por la floresta de laureles patrios. Era muy versado en una cierta apologética histórica, de novelón por entregas y drama romántico.

Don Fermín, aquel santo de malas ideas, tenía, oyéndole, una expresión de asombro seráfico:

—La familia cristiana que invocáis es la familia farisea. Cristo no se ha sentado nunca en el festín de los burgueses. Nunca quiso saber del honrado comercio, de la protección a las industrias, de la bandera roja y gualda, del

partido moderado y de la Guardia Civil. Obró milagros en las bodas aldeanas, cenó con los pescadores, pero jamás repartió el pan y el vino con mercaderes, latifundistas y financieros. La religión para los partidos burgueses es una patente de corso. ¡Y llega a tanto su cinismo que llaman pacificación de los espíritus a las descargas de la Guardia Civil!

El forense sacó la petaca y se puso una tagarnina entre los dientes, tascándola con expresión de reto petulante.

—¡Sois absurdos los revolucionarios! ¿Qué nos reprocháis? ¿Que nos defendamos? Es un derecho incuestionable. Diré más: ¡un deber!

—Cristo, al que invocáis siempre que os conviene, ofreció la otra mejilla. ¡Cuando se trata de intereses y privilegios, para vosotros no rezan los ejemplos del Evangelio!

El forense tuvo un gesto despectivo humeando la tagarnina:

—¡El Evangelio está lleno de exageraciones! Si discutes de buena fe, tendrás que convenir en ello.

Al licenciado Rosillo le consternaba que no hubiese una censura eclesiástica para el estilo hiperbólico del Nazareno. Hombre sesudo, razonador y metódico, deploraba que las paradojas evangélicas aprovechasen a los fines polémicos de la demagogia proletaria.

Escuchábale Don Fermín con la clara sonrisa derramándose por las barbujas rubiales. Los huérfanos habían perdido su timidez y jugaban subiéndose al baúl. De pronto se desbandaron en fuga ratonil. De bruces sobre los baldosines lloraba la más pequeña, dando sangre del morrete. Don Fermín corrió a levantarla. El forense le siguió:

—No será nada. Veamos. ¡Nada! Que te laven con agua y vinagre.

Don Fermín la sacó en brazos, consolándola.

El forense tomó asiento ante la mesa para redactar el oficio al Juzgado. Puesta en la nuca la chistera, mordía las barbas de la pluma con meditativo entrecejo. Reapareció Don Fermín:

—¿Qué haces?

—No me distraigas.

Tras breve meditación comenzó el rasgueo. Firmó, secó la tinta con polvos, hizo los rituales dobleces al pliego y puso obleas:

—No quiero responsabilidades.

Don Fermín le miró suspicaz:

—Cumple con tu deber.

—¡Naturalmente! La responsabilidad es mía, y solicito la diligencia de autopsia.

El Juzgado quería el inmediato sepelio.

—¿Para borrar las huellas del crimen?

—Abstengámonos de disquisiciones peligrosas.

—¡Vuestros Tribunales de Justicia son algo abominable!

Protestó el forense con la lógica oportunista de los prejuicios burgueses y los egoísmos complacientes:

—¡El magistrado puede ser indigno, pero la ley es sagrada!

—Si admites que el magistrado puede ser indigno, admite igualmente que puede serlo el legislador.

—La ley lleva en sí misma el precepto de acatarla y la sanción punitiva para quien no lo hace. ¡La peor ley realiza el fin moral de educar al pueblo en la obediencia!

A Don Fermín le llameó la cara:

—La sumisión ciega por miedo al castigo no es una virtud; es una cobardía. ¡El látigo solo puede hacer esclavos!

El licenciado Rosillo se levantó. Llegaba del corredor confuso rumoreo de llantos, voces y pisadas. El gato en el ventanillo arqueaba el lomo. Verdes lumbres los ojos, en acecho tras los cristales. Desfile de mantillas corujas por el corredor. Latines de un responso. En la puerta, los bigotes del alguacil. Una voluta de humo en la tagarnina del forense:

—¿Adónde se llevan el fiambre?

—Al Depósito, Señor licenciado.

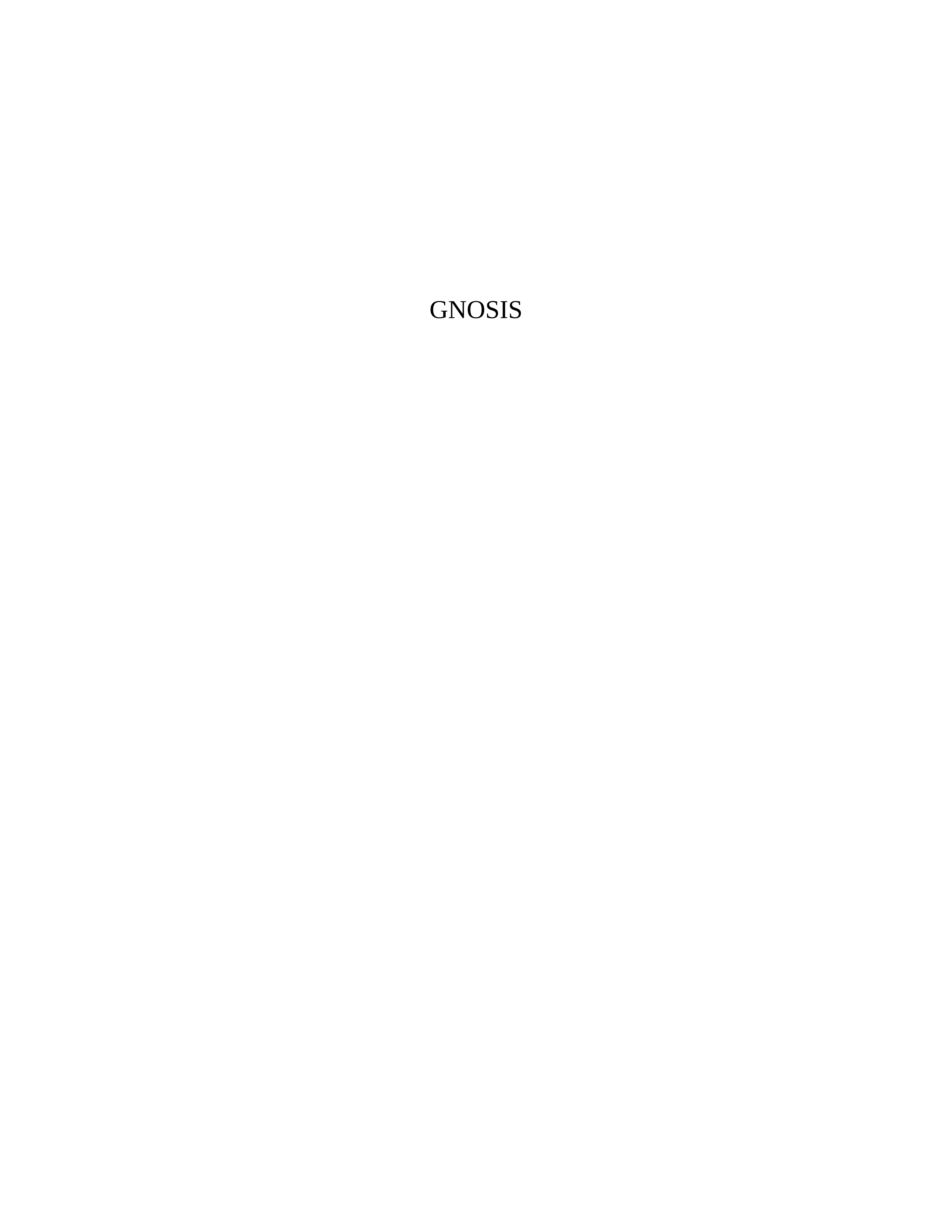
Como un relámpago llenaba la casa el grito estridente de la Sofi:

—¡Mi padre! ¡Mi padre! ¿Quién mató a mi padre?

ENSAYO

LA LÁMPARA MARAVILLOSA

EJERCICIOS ESPIRITUALES



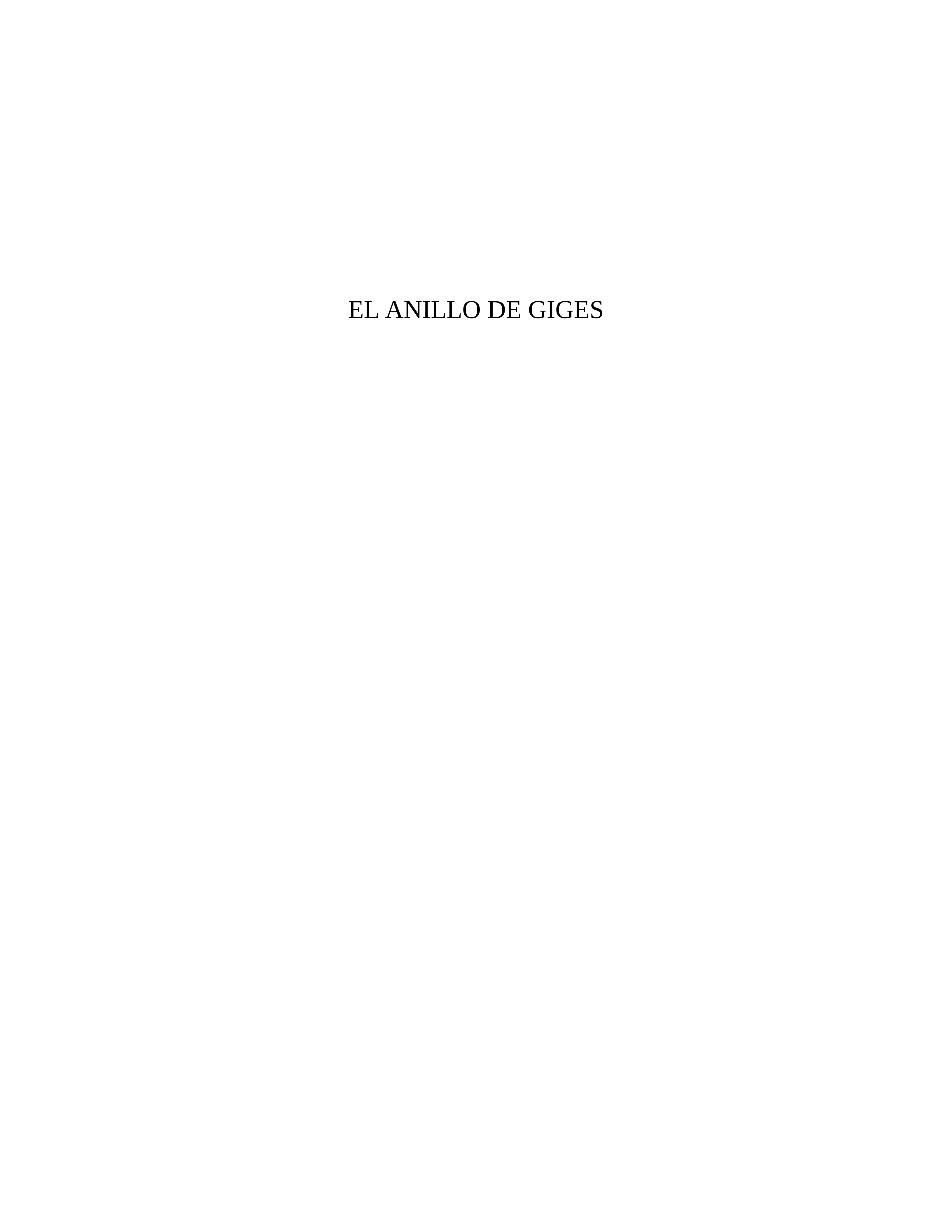
GNOSIS

HAY dos maneras de conocer, que los místicos llaman Meditación y Contemplación. La Meditación es aquel enlace de razonamientos por donde se llega a una verdad, y la Contemplación es la misma verdad deducida cuando se hace substancia nuestra, olvidado el camino que enlaza razones a razones, y pensamientos con pensamientos. La Contemplación es una manera absoluta de conocer, una intuición amable, deleitosa y quieta, por donde el alma goza la belleza del mundo, privada del discurso y en divina tiniebla: Es así como una exégesis mística de todo conocimiento, y la suprema manera de llegar a la comunión con el Todo. Pero cuando nuestra voluntad se reparte para amar a cada criatura separadamente y en sí, jamás asciende de las veredas meditativas a la cima donde la visión es una suma. Puede una inclinación filosófica ser disciplina para alcanzar el íntimo consorcio con la suprema Esencia Bella, divina razón que nos mueve al amor de todas las cosas, pero cuando una vez se llega a este final, el alma queda tan acostumbrada al divino deleite de comprender intuitivamente, que para volver a gustarle, ya no quiere cansarse con el entendimiento, persuadida de que mejor se logra con el ahínco de la voluntad. A esta manera llamaron los quietistas tránsito contemplativo, porque al ser logrado el fin, cesan los medios, como cuando la nave llega al puerto acaba el oficio de la vela y del remo: Es manera más imperfecta que la intuición mística, atendiendo que la una nos llega por enlaces de la razón que medita, y la otra es infusa: Una vista sincera y dulce, sin reflexión ni razonamiento, como escribe Miguel de Molinos.

Estos EJERCICIOS ESPIRITUALES *son una guía para sutilizar los caminos de la Meditación, siempre cronológicos y de la substancia misma de las horas. Ante la razón que medita se vela en el misterio la suprema comprensión del mundo. El Alma Creadora está fuera del Tiempo, de su misma esencia son los atributos, y uno es la Belleza. La lámpara que se enciende para conocerla, es la misma que*

se enciende para conocer a Dios: La Contemplación. Y así como es máxima en la mística teológica, que ha de ser primero la experiencia y luego la teoría, máxima ha de ser para la doctrina estética, amar todas las cosas en una comunión gozosa, y luego inquirir la razón y la norma de su Esencia Bella. Pero siempre del significado sensitivo del mundo, como acontece con la ciencia mística, se les alcanzará más a los humildes que a los doctos, aun cuando estos pueden también entrever alguna luz, si no se buscan a sí mismos ni hacen caso de su artificiosa sabiduría. Más alcanza quien más olvida, porque aprende a gozar la belleza del mundo intuitivamente, y a comprender sin forma de concepto, ni figura de cábala, ni de retórica. El amor de todas las cosas es la cifra de la suma belleza, y quien ama con olvido de sí mismo penetra el significado del mundo, tiene la ciencia mística, hállase iluminado por una luz interior, y renuncia los caminos escolásticos abiertos por las disputas de los ergotistas. Tres son los tránsitos por donde pasa el alma antes de ser iniciada en el misterio de la Eterna Belleza: Primer tránsito, amor doloroso: Segundo tránsito, amor gozoso: Tercer tránsito, amor con renunciamiento y quietud. Para el extático no existe mudanza en las imágenes del mundo, porque en cualquiera de sus aspectos sabe amarlas con el mismo amor, remontado al acto eterno por el cual son creadas. Y con relación a lo inmutable, todo deviene inmutable. El Maestro Eckhart aconseja que el alma en esta cumbre, debe olvidar el ejercicio de la voluntad, y no decidir ni del bien ni del mal de las cosas, estando muy atenta a que la intuición hable en ella. Y con la misma enseñanza adoctrinaba a sus discípulos, bajo las sombras de un jardín italiano, frente al mar latino, el español Juan de Valdés. Pero los sabios de las escuelas en ningún tiempo alcanzaron a penetrar en la selva mística. Su ciencia ignora el gozoso aniquilamiento del alma en la luz, y todo el místico conocer, porque nadie sin gustarlo lo entiende. La ciencia de las escuelas es vana, crasa y difusa como todo aquello que puede ser cifrado en voces y puesto en escrituras. El más sutil enlace de palabras es como un camino de orugas que se desenvuelven ateridas bajo un rayo de sol. Hermano peregrinante que llevas una estrella en la frente, cuando llegues a la puerta dorada, arrodíllate y medita sobre estas palabras de San Pablo:

SI QUIS INTER VOS VIDETUR SAPIENS ESSE, STULTUS FIAT, UT SIT SAPIENS.



EL ANILLO DE GIGES

CUANDO yo era mozo, la gloria literaria y la gloria aventurera me tentaron por igual. Fue un momento lleno de voces obscuras, de un vasto rumor ardiente y místico, para el cual se hacía sonoro todo mi ser como un caracol de los mares. De aquella gran voz atávica y desconocida sentí el aliento como un vaho de horno, y el son como un murmullo de marea que me llenó de inquietud y de perplejidad. Pero los sueños de aventura, esmaltados con los colores del blasón, huyeron como los pájaros del nido. Solo alguna vez por el influjo de la Noche, por el influjo de la Primavera, por el influjo de la Luna, volvían a posarse y a cantar en los jardines del alma, sobre un ramaje de lambrequines… Luego dejé de oírlos para siempre. Al cumplir los treinta años, hubieron de cercenarme un brazo, y no sé si remontaron el vuelo o se quedaron mudos. ¡En aquella tristeza me asistió el amor de las musas! Ambicioné beber en la sagrada fuente, pero antes quise escuchar los latidos de mi corazón y dejé que hablasen todos mis sentidos. Con el rumor de sus voces hice mi ESTÉTICA.

De niño, y aun de mozo, la historia de los capitanes aventureros, violenta y fiera, me había dado una emoción más honda que la lunaria tristeza de los poetas: Era el estremecimiento y el fervor con que debe anunciarse la vocación religiosa. Yo no admiraba tanto los hechos hazañosos, como el temple de las almas, y este apasionado sentimiento me sirvió igual que una hoguera, para purificar mi Disciplina Estética. Me impuse normas luminosas y firmes como un cerco de espadas. Azoté sobre el alma desnuda y sangrienta con cíngulo de hierro. Maté la vanidad y exalté el orgullo. Cuando en mí se removieron las larvas del desaliento, y casi me envenenó una desesperación mezquina, supe castigarme como pudiera hacerlo un santo monje tentado del Demonio. Salí triunfante del antro de las víboras y de los leones. Amé la soledad y, como los pájaros, canté solo para mí. El antiguo dolor de que ninguno me escuchaba se hizo contento. Pensé que estando solo podía ser mi voz más armoniosa, y fui a

un tiempo árbol antiguo, y rama verde, y pájaro cantor. Si hubo alguna vez oídos que me escucharon, yo no lo supe jamás. Fue la primera de mis Normas.

I

SÉ COMO EL RUISEÑOR, QUE NO MIRA A LA TIERRA DESDE LA RAMA VERDE DONDE CANTA.

EN este amanecer de mi vocación literaria hallé una extrema dificultad para expresar el secreto de las cosas, para fijar en palabras su sentido esotérico, aquel recuerdo borroso de algo que fueron, y aquella aspiración inconcreta de algo que quieren ser. Yo sentía la emoción del mundo místicamente, con la boca sellada por los siete sellos herméticos, y mi alma en la cárcel de barro temblaba con la angustia de ser muda. Pero antes del empeño febril por alcanzar la expresión evocadora, ha sido el empeño por fijar dentro de mí lo impreciso de las sensaciones. Casi siempre se disipaba al querer concretarlo, era algo muy vago, muy lejano, que había quedado en los nervios como la risa, como las lágrimas, como la memoria obscura de los sueños, como un perfume sutil y misterioso que solo se percibe en el primer momento que se aspira. Y cuando del arcano de mis nervios lograba arrancar la sensación, precisarla y exaltarla, venía el empeño por darle vida en palabras, la fiebre del estilo, semejante a un estado místico, con momentos de arrobo y momentos de aridez y desgana. En esta rebusca, al cabo logré despertar en mí desconocidas voces y entender su vario murmullo, que unas veces me parecía profético y otras familiar, cual si de pronto el relámpago alumbrase mi memoria, una memoria de mil años. Pude sentir un día en mi carne, como una gracia nueva, la frescura de las yerbas, el cristalino curso de los ríos, la sal de los mares, la alegría del pájaro, el instinto violento del toro. Otro día, sobre la máscara de mi rostro, al mirarme en un espejo vi modelarse cien máscaras en una sucesión precisa, hasta la edad remota en que aparecía el rostro seco, barbudo y casi negro de un hombre que se ceñía los riñones con la piel de un rebeco, que se alimentaba con miel silvestre y predicaba el amor de todas las cosas con rugidos. Otro día logré concretar la forma de mi *Dæmonium*. Ya lo había entrevisto cuando niño, bajo los nogales de

un campo de romerías: Es un aldeano menudo, alegre y viejo, que parece modelado con la precisión realista de un bronce romano, de un pequeño Dionysos. Baila siempre en el bosque de los nogales, sobre la yerba verde, a un son cambiante, moderno y antiguo, como si en la flauta panida oyese el preludio de las canciones nuevas. Cuando logré concretar esta figura, tantas veces entrevista bajo el pabellón de mi cuna, creí llegado el momento. Todas las larvas de mi reino interior eran advertidas, las sentía removerse como otros tantos arcanos, y había aprendido a oír las voces más lejanas. Entonces alcancé la segunda norma de mi Disciplina Estética.

II

EL POETA SOLAMENTE TIENE ALGO SUYO QUE REVELAR A LOS OTROS, CUANDO LA PALABRA ES IMPOTENTE PARA LA EXPRESIÓN DE SUS SENSACIONES: TAL ARIDEZ ES EL COMIENZO DEL ESTADO DE GRACIA.

¡QUÉ mezquino, qué torpe, qué difícil balbuceo el nuestro para expresar este deleite de lo inefable que reposa en todas las cosas con la grada de un niño dormido! ¿Con cuáles palabras decir la felicidad de la hoja verde y del pájaro que vuela? Hay algo que será eternamente hermético e imposible para las palabras. ¡Cuántas veces al encontrarme bajo las sombras de un camino al viñador, al mendigo peregrinante, al pastor infantil que vive en el monte guardando ovejas y contando estrellas, me dijeron sus almas con los labios mudos cosas más profundas que las sentencias de los infolios! Ningún grito de la boca, ningún signo de la mano puede cifrar ese sentido remoto del cual apenas nos damos cuenta nosotros mismos, y que, sin embargo, nos penetra con un sentimiento religioso. Nuestro ser parece que se prolonga, que se difunde con la mirada, y que se suma en la sombra grave del árbol, en el canto del ruiseñor, en la fragancia del heno. Esta conciencia casi divina nos estremece como un aroma, como un céfiro, como un sueño, como un anhelo religioso.

Recuerdo un caso de mi vida: Era en el mes de diciembre, ya cerca de la Navidad: Yo volvía de un ferial con mi criado, y antes de montar para ponerme

al camino, había fumado bajo unas sombras gratas, mi pipa de cáñamo índico. Hacíamos el retorno con las monturas muy cansadas. Pasaba de la media tarde, y aún no habíamos atravesado los Pinares del Rey. Nos quedaban tres leguas largas de andadura, y para atajar llevábamos los caballos por un desfiladero de ovejas: Mirando hacia abajo se descubrían tierras labradas con una geometría ingenua, y prados cristalinos entre mimbrales. El campo tenía una gracia inocente bajo la lluvia. Los senderos de color barcino ondulaban cortando el verde de los herberos y la geometría de las siembras. Cuando el sol rasgaba la boira, el campo se entonaba de oro con la emoción de una antigua pintura, y sobre la gracia inocente de los prados, y en el tablero de las siembras, los senderos parecían las flámulas donde escribían las leyendas de sus cuadros, los viejos maestros de aquel tiempo en que las sombras de los santos peregrinaban por los senderos de Italia. Atajábamos la Tierra de Salnés, donde otro tiempo estuvo la casa de mis abuelos, y donde yo crecí desde zagal a mozo endrino: Sin embargo, aquellos parajes monteses no los había transpuesto jamás: íbamos tan cimeros, que los valles se aparecían lejanos, miniados, intensos, con el translúcido de los esmaltes: Eran regazos de gracia, y los ojos se santificaban en ellos. Pero nada me llenó de gozo como el ondular de los caminos a través de los herbales y las tierras labradas: Yo los reconocía de pronto con una sacudida: Reconocía las encrucijadas abiertas en medio del campo, los vados de los arroyos, las sombras de los cercados. Aquel aprendizaje de las veredas diluido por mis pasos en tantos años, se me revelaba en una cifra, consumado en el regazo de los valles, cristalino por el sol, intenso por la altura, sagrado como un número pitagórico. Fui feliz bajo el éxtasis de la suma, y al mismo tiempo me tomó un gran temblor comprendiendo que tenía el alma desligada. Era otra vida la que me decía su anuncio en aquel dulce desmayo del corazón y aquel terror de la carne. Con una alegría coordinada y profunda me sentí enlazado con la sombra del árbol, con el vuelo del pájaro, con la peña del monte. La Tierra de Salnés estaba toda en mi conciencia por la gracia de la visión gozosa y teologal. Quedé cautivo, sellados los ojos por el sello de aquel valle hondísimo, quieto y verde, con llovizna y sol, que resumía en una comprensión cíclica todo mi conocimiento cronológico de la Tierra de Salnés.

III

El éxtasis es el goce de ser cautivo en el círculo de una emoción tan pura,

que aspira a ser eterna. ¡Ningún goce y ningún terror comparable a este de sentir el alma desprendida!

RECUERDO también una tarde, hace muchos años, en la catedral leonesa. Yo vagaba en la sombra de aquellas bóvedas con el alma cubierta de lejanas memorias. Ya entonces comenzaba mi vida a ser como el camino que se cubre de hojas en otoño. Había entrado buscando un refugio, agitado por el tumulto angustioso de las ideas, y de pronto mi pensamiento quedó como clavado en un dolor quieto y único. La luz en las vidrieras celestiales tenía la fragancia de las rosas, y mi alma fue toda en aquella gracia como en un huerto sagrado. El dolor de vivir me llenó de ternura, y era mi humana conciencia llena de un amoroso bien difundido en las rosas maravillosas de los vitrales, donde ardía el sol. Amé la luz como la esencia de mí mismo, las horas dejaron de ser la substancia eternamente transformada por la intuición carnal de los sentidos, y bajo el arco de la otra vida, despojado de la conciencia humana, penetré cubierto con la luz del éxtasis. ¡Qué sagrado terror y qué amoroso deleite! Aquella tarde tan llena de angustia, aprendí que los caminos de la belleza son místicos caminos por donde nos alejamos de nuestros fines egoístas, para transmigrar en el Alma del Mundo. Esta emoción no puede ser cifrada en palabras. Cuando nos asomamos más allá de los sentidos, experimentamos la angustia de ser mudos. Las palabras son engendradas por nuestra vida de todas las horas donde las imágenes cambian como las estrellas en las largas rutas del mar, y nos parece que un estado del alma exento de mudanza, finaría en el acto de ser. Y, sin embargo, esta es la ilusión fundamental del éxtasis, momento único en que las horas no fluyen, y el antes y el después se juntan como las manos para rezar. Beatitud y quietud, donde el goce y el dolor se hermanan, porque todas las cosas al definir su belleza, se despojan de la idea del Tiempo.

IV

La belleza es la intuición de la unidad, y sus caminos, los místicos caminos de Dios.

ANTES de llegar a este quietismo estético, divino deleite, pasé por una aridez muy grande, siempre acongojado por la sensación del movimiento y del vivir estéril. Aquel Espíritu que borra eternamente sus huellas me tenía poseso, y mi existencia fue como el remedo de sus vuelos en el *Horus* del Pleroma. He consumido muchos años mirando cómo todas las cosas se mudaban y perecían, ciego para ver su eternidad. Era tan firme el cimiento de mi egoísmo, que solo alcanzaba a conocer aquello que en algún modo guardaba relación con los afanes de cada hora, y los sentidos aprendían coordinados con ellos, sin desvincularse jamás, sin poder rasgar los velos que ocultan el enigma místico del Mundo. Ciego, sin la luz de amor que hace eternas todas las vidas, fui como un hombre condenado a caminar por arenales, entre ráfagas de viento que los transmudan. Hallé y gocé como un pecado místico la mudanza de las formas y el fluir del Tiempo. Años enteros de mi vida eran evocados por la memoria, y volvían con todas sus imágenes, llenos de una palpitación eterna. El momento más pequeño era un sésamo que guardaba sensaciones de muchos años. Mi alma desprendida volaba sobre los caminos lejanos, los caminos otras veces recorridos, y tornaba a oír las mismas voces y los mismos ecos. Yo sentía un terror sagrado al descubrir mi sombra inmóvil, guardando el signo de cada momento, a lo largo de la Vida.

El Tiempo era un vasto mar que me tragaba, y de su seno angustioso y tenebroso mi alma salía cubierta de recuerdos como si hubiese vivido mil años. Yo me comparaba con aquel caballero de una vieja leyenda santiaguista que, habiendo naufragado, salió de los abismos del mar con el sayo cubierto de conchas. Los instantes se abrían como círculos de largas vidas, y en este crecimiento fabuloso, todas las cosas se revelaban a mis sentidos con la gracia de un nuevo significado. Cada grano de la espiga, cada pájaro de la bandada, descubrían a mis ojos el matiz de sus diferencias, inconfundibles y expresivos como rostros humanos. Yo conocía fuera de la razón utilitaria, transmigraba amorosamente en la conciencia de las cosas y rompía las Normas.

Mis ojos y mis oídos creaban la eternidad.

Esta gracia intuitiva la disfruté por primera vez una tarde dorada, mirando al mar azul. Llegaban las barcas pescadoras, las anunciaba el caracol, volaban las gaviotas en torno de las velas ambarinas, y mis ojos las podían seguir en sus círculos más ligeros, y viéndolas desaparecer a lo lejos, al volver las reconocía una a una, no solo en el plumaje sino en el secreto de su instinto, por cansadas,

por viejas, por hambrientas, por feroces…

La tarde había perdido sus oros, y era toda azul. Yo, sentado bajo el parral de mi huerto aldeano, me puse a rezar. En aquella beatitud del campo, del mar y del cielo, me sentí lleno de un sentimiento divino. Todo el amor de la hora estaba en mí, el crepúsculo se me revelaba como el vínculo eucarístico que enlaza la noche con el día, como la hora verbo que participa de las dos substancias, y es armonía de lo que ha sido con lo que espera ser. Seguía sonando el caracol de los pescadores, y sobre las ondas se tendía el último rayo del sol: Por aquel camino luminoso se remontaron mis ojos al azulado término del mar. Entonces sentí lo que jamás había sentido: Bajo las tintas del ocaso estaba la tarde quieta, dormida, eterna: El color y la forma de las nubes eran la evocación de los momentos anteriores, ninguno había pasado, todos se sumaban en el último. Me sentí anegado en la onda de un deleite fragante como las rosas, y gustoso como hidromiel. Mi vida y todas las vidas se descomponían por volver a su primer instante, depuradas del Tiempo. Tenía el campo una gracia matutina y bautismal. Como las nubes del ocaso, el racimo que maduraba en el parral de mi huerto, mostraba en el azul profundo de sus granos maduros, la sucesión de sus metamorfosis, hasta el verde agraz. Me conmovió un gran sollozo, y en la estrella que nacía vi el rostro de Dios.

V

CUANDO SE ROMPEN LAS NORMAS DEL TIEMPO, EL INSTANTE MÁS PEQUEÑO SE RASGA COMO UN VIENTRE PREÑADO DE ETERNIDAD. EL ÉXTASIS ES EL GOCE DE SENTIRSE ENGENDRADO EN EL INFINITO DE ESE INSTANTE.

NUESTROS sentidos guardan la ilusión fundamental de que las formas permanecen inmutables, cuando no es advertida su inmediata mudanza. Hallamos que las cosas son lo que son, por lo que tienen en sí de más durable, y amamos aquello donde se atesora una fuerza que oponer al Tiempo. De todas las cosas bellas para los ojos, ninguna tanto como los cristales. El goce de los ojos al mirarlos, es un sentimiento sagrado, porque para los ojos los cristales no tienen

edad. Cuando pensamos que su ayer es de mil años y que permanecerán sin mudanza al cumplirse otros mil, sentimos la emoción religiosa de considerarlos fuera del Tiempo. Ta luz de los cristales tiene algo de oración. Concebir la vida y su expresión estética dentro del movimiento, y de todo aquello que cambia sin tregua, que se desmorona, que pasa en una fuga de instantes, es concebirla con el absurdo satánico. Los círculos dantescos son la más trágica representación de la soberbia estéril. Satanás, estéril y soberbio, anhela ser presente en el Todo. Satanás gira eternamente en el *Horus* del Pleroma, con el ansia y la congoja de hacer desaparecer el antes y el después: Consumirse en el vértigo del vuelo sin detenerse nunca, es la terrible sentencia que cumple el Ángel Lucifer. El giro de los círculos infernales apresurado hasta lo infinito, haría desaparecer lo pasado y lo venidero trocando en suprema quietud el movimiento. La aspiración a la quietud es la aspiración a ser divino, porque la cifra de lo inmutable tiene el rostro de Dios. Todas las cosas, bajo la sombra del pecado, se mueven por estar quietas sin conseguirlo jamás, pero el místico que sabe amarlas descubre en ellas un enlace de armonía, una divina onda cordial: La Gracia.

En todas las cosas duerme un poder de evocaciones eróticas. Algunas parecen despertarse apenas nos aproximamos, otras tardan en revelarse, otras aún no se revelaron, otras no se revelarán jamás. Pero si un día pudiésemos conocerlas íntegramente, las veríamos enlazarse en sucesión matemática y concretarse en un solo impulso de amor, como las entrañas de la tierra concretan en la claridad de los cristales el esfuerzo de miles de años. El conocimiento de un grano de trigo, con todas sus evocaciones, nos daría el conocimiento pleno del Universo. Un conocimiento mucho más ingenuo, mucho más claro, mucho más inocente que la mirada de un niño. En este mundo de las evocaciones solo penetran los poetas, porque para sus ojos todas las cosas tienen una significación religiosa, más próxima a la significación única. Allí donde los demás hombres solo hallan diferenciaciones, los poetas descubren enlaces luminosos de una armonía oculta. El poeta reduce el número de las alusiones sin transcendencia a una divina alusión cargada de significados. ¡Abeja cargada de miel!

Alma mía, que gimes por asomarte fuera de la cárcel obscura, enlaza en un acorde tus emociones, perpetúalas en un círculo y tendrás la clave de los enigmas. Descubre la norma de amor o de quietud que te haga centro, y tocarás con las alas el Infinito. Pon en todas tus horas un enlace místico, y en la que llega vierte todo el contenido de la hora anterior, tal como el vino añejo del ánfora pequeña se trasiega en otra más capaz y se junta con el de las nuevas

vendimias. Para romper tu cárcel de barro, colócate fuera de los sentidos, y haz por comprender el misterio de las horas, por persuadirte de que no fluyen y que siempre perdura el mismo momento. Que sean tus emociones como los círculos abiertos por la piedra en el cristal del agua, y que en la última se contenga toda tu Vida.

VI

DIOS ES LA ETERNA QUIETUD, Y LA BELLEZA SUPREMA ESTÁ EN DIOS. SATÁN ES EL ESTÉRIL QUE BORRA ETERNAMENTE SUS HUELLAS SOBRE EL CAMINO DEL TIEMPO.

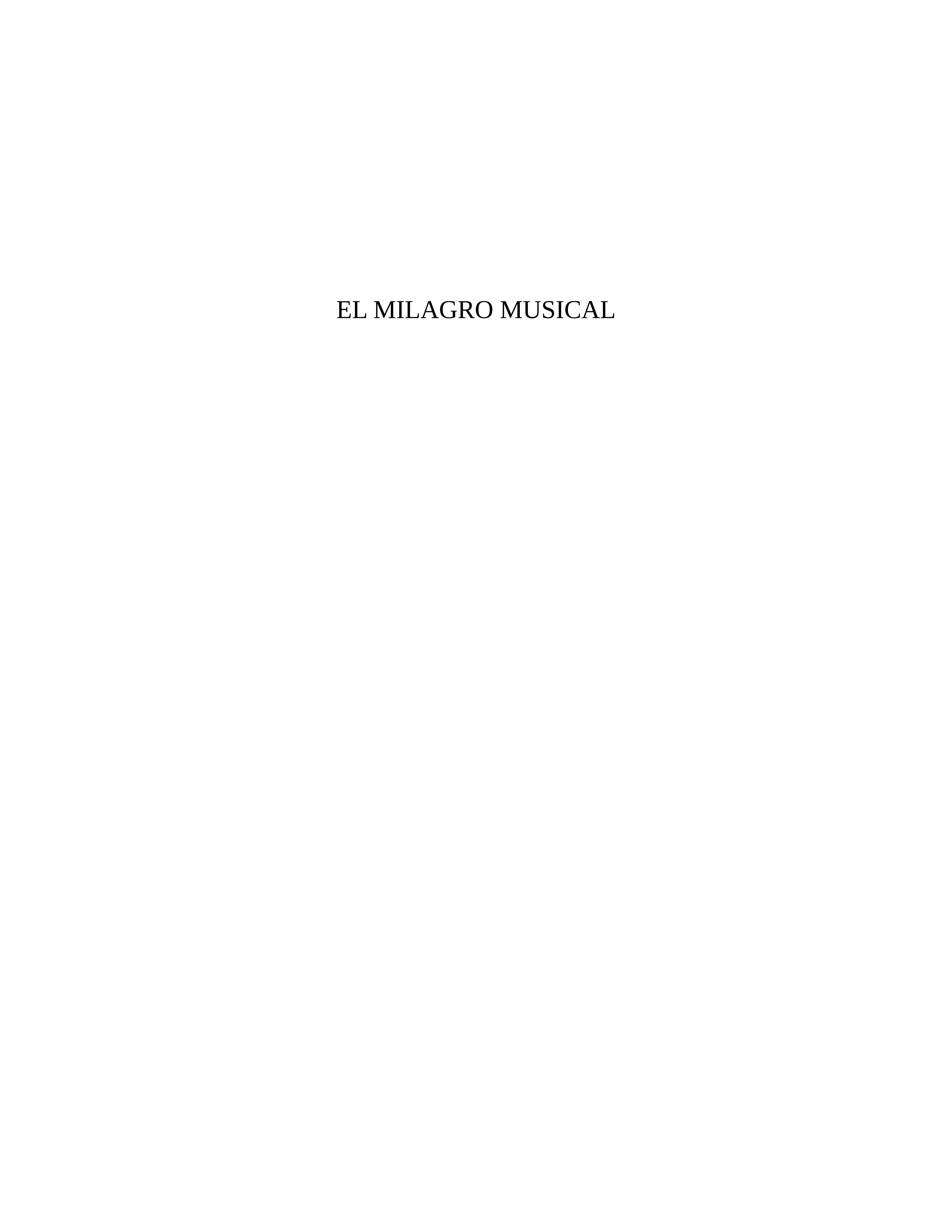
ESTE momento efímero de nuestra vida contiene todo el pasado y todo el porvenir. Somos la eternidad, pero los sentidos nos dan una falsa ilusión de nosotros mismos y de las cosas del mundo. Velos de sombra, fuentes de error más que de conocimiento, nuestros sentidos sacan el hoy del ayer, y crean la vana ilusión de todo el saber cronológico, que nos impide el goce y la visión infinita de Dios. El poeta, como el místico, ha de tener percepciones más allá del límite que marcan los sentidos, para entrever en la ficción del momento, y en el aparente rodar de las horas, la responsabilidad eterna. Acaso el don profético no sea la visión de lo venidero, sino una más perfecta visión que del momento fugaz de nuestra vida consigue el alma quebrantando sus lazos con la carne. Este soplo de inspiración muestra la eternidad del momento y desvela el enigma de las vidas. El inspirado ha de sentir las comunicaciones del mundo invisible, para comprender el gesto en que todas las cosas se inmovilizan como en un éxtasis, y en el cual late el recuerdo de lo que fueron y el embrión de lo que han de ser. Busquemos la alusión misteriosa y sutil, que nos estremece como un soplo y nos deja entrever, más allá del pensamiento humano, un oculto sentido. En cada día, en cada hora, en el más ligero momento, se perpetúa una alusión eterna. Hagamos de toda nuestra vida a modo de una estrofa, donde el ritmo interior despierta las sensaciones indefinibles aniquilando el significado ideológico de las palabras.

Era yo estudiante, y un día contemplando el juego de algunos niños que danzaban como los silvanos en los frisos antiguos, peregrinó mi corazón hacia la

infancia y tornó revestido de una gracia nueva. Al caminar bajo la sombra sagrada de los recuerdos, no experimenté la sensación de volver a vivir en los años lejanos, sino algo más inefable, pues comprendía que nada de mi psiquis era abolido. Hasta entonces nunca había descubierto aquella intuición de eternidad que se me mostraba de pronto al evocar la infancia y darle actualidad en otro círculo del Tiempo. Toda la vida pasada era como el verso lejano que revive su evocación musical al encontrar otro verso que le guarda consonancia, y sin perder el primer significado entra a completar un significado más profundo. ¡Aun en el juego bizantino de las rimas, se cumplen las leyes del Universo! Con los ojos vueltos al pasado, yo lograba romper el enigma del Tiempo. Encarnados en imágenes, veía yuxtaponerse los instantes, desgranarse los hechos de mi vida y volver uno por uno. Percibía cada momento en sí mismo como actual, sin olvidar la suma. Vivía intensamente la hora anterior, y a la par conocía la venidera, estaba ya morando dentro de su círculo. A lo largo de los caminos por donde una vez había pasado, se hacía tangible el rastro de mi imagen viva. ¡Era el fantasma, la sombra eterna que solo los ojos del iniciado pueden ver, y que yo vi en aquella ocasión terrible siendo estudiante en Santiago de Compostela! ¡Desde aquel día cuántos años se pasaron mirando atrás con el afán y el miedo de volver a ver mi sombra inmóvil sobre el camino andado! ¡Cuántos años hasta hoy en que el alma sabe desprenderse de la carne, y contemplar las imágenes lejanas, eternas en la luz lejana de una estrella!

VII

CUANDO MIRES TU IMAGEN EN EL ESPEJO MÁGICO, EVOCA TU SOMBRA DE NIÑO. QUIEN SABE DEL PASADO, SABE DEL PORVENIR. SI TIENDES EL ARCO, CERRARÁS EL CÍRCULO QUE EN CIENCIA ASTROLÓGICA SE LLAMA EL ANILLO DE GIGES.



EL MILAGRO MUSICAL

L*OS monstruos clásicos*. Este título lleno de promesas es el de un libro viejo que hallé al acaso en el taller de un maestro pintor. Sus páginas, ya rancias, reproducen en estampas los monstruos creados por la imaginación de los antiguos. Al hojearle, yo recordaba cómo en ningún día del mundo pudo el hombre deducir de su mente una sola forma que antes no estuviese en sus ojos. Puso el asirio las alas del pájaro en el lomo del toro, y el heleno pobló de centauros los bosques mitológicos de sus islas doradas. Combinaron las formas, pero ninguno las creó. La observación es vieja y solamente la saco a memoria para hacer más claro mi pensamiento y llegar a decir cómo algo semejante acontece con las palabras. El poeta las combina, las ensambla, y con elementos conocidos inventa también un linaje de monstruos. El suyo. Logra así despertar emociones dormidas, pero crearlas nunca. Lo que no está en nosotros larvado o consciente, jamás nos lo darán palabras ajenas. Aquello que me hace distinto de todos los hombres, que antes de mí no estuvo en nadie, y que después de mí ya no será en humana forma, fatalmente ha de permanecer hermético. Yo lo sé, y, sin embargo, aspiro a exprimirlo dando a las palabras sobre el valor que todos le conceden, y sin contradecirlo, un valor emotivo engendrado por mí.

Las palabras son siempre una creación de multitudes: Alumbran en la hora que se hacen necesarias como verbos de amor y comunión entre los hombres. Así acontece que aquellas larvas de emoción recóndita, indefinible, nebulosa, que a unas conciencias distinguen de otras, no pueden ser aprisionadas en sus círculos ideológicos. Habría dos hombres en toda la apariencia iguales, y cada uno se sabría distinto del otro. Esta razón de diferencia es el sentimiento de nuestra responsabilidad, el enigma que nunca puede cifrarse en signos y en voces. El poeta ha de confiar a la evocación musical de las palabras, todo el secreto de esas alusiones que están más allá del sentido humano apto para encarnar en el número y en la pauta de las verdades demostradas. Las palabras

son humildes como la vida. Pobres ánforas de baño, contienen la experiencia derivada de los afanes cotidianos, nunca lo inefable de las alusiones eternas. El hombre que consigue romper alguna vez la cárcel de los sentidos, reviste las palabras de un nuevo significado como de una túnica de luz. Entonces su lenguaje se hace sibilino. Solo podemos comprender aquello que tiene sus larvas en nuestra conciencia, y que va con nosotros desde que nacemos hasta que morimos. A veces la música de una palabra logra despertar estas larvas, y otra las hace remover, y otra les da alas, pero jamás aprendemos nada. Todo se halla desde siempre en nosotros, y lo único que conseguimos es ignorarnos menos. Por eso han de ser las palabras del inspirado como las estrellas en el fondo cenagoso de una cisterna: Un punto de luz y un halo tembloroso sobre el agua espejante, sombría, muerta. Todos los ojos verán la estrella como una simiente de oro en el fondo de las aguas negras, pero en el halo misterioso cada mirada penetrará con una visión distinta. ¿Qué adjetivo, qué imagen, qué ensamblaje alejandrino de las palabras podrá fijar cada una de esas visiones y mostrar el matiz de su diferencia? El secreto de las conciencias solo puede revelarse en el milagro musical de las palabras. ¡Así el poeta, cuanto más obscuro más divino! La obscuridad no estará en él, pero fluirá del abismo de sus emociones que le separa del mundo. Y el poeta ha de esperar siempre en un día lejano donde su verso enigmático sea como diamante de luz para otras almas de cuyos sentimientos y emociones solo ha sido precursor. El poeta debe buscar en sí la impresión de ser mudo, de no poder decir lo que guarda en su arcano, y luchar por decirlo, y no satisfacerse nunca.

I

CADA DÍA DE DIOS HEMOS DE ABRIR EN NUESTRA ALMA UNA SIMA DE EMOCIONES Y DE INTUICIONES, ADONDE JAMÁS HAYA LLEGADO LA VOZ HUMANA, NI EN SUS ECOS.

SAN Bernardo predicando en la vieja lengua de oíl, por tierras extrañas donde no podía ser entendido, levantó un ejército para la Cruzada de Jerusalén. Cierto que ninguno alcanzaba sus divinas razones, pero era tan viva la llama de aquella fe, que cegaba los caminos cronológicos del pensamiento, y

llegaba a las conciencias intuitivamente, contemplativamente, porque las palabras depuradas de toda ideología eran claras y divinas músicas. La unción con que hablaba ponía en las almas aquel religioso latido de la piedad caballeresca que convertía las florestas en lanzas. Fue obrado este ardiente milagro por la gracia musical de las palabras, no por el sentido, que acaso entendidas cabalmente hubieran sido menos eficaces para mover los corazones, porque siempre acontece que donde el intelecto discierne, arguye la soberbia de Satanás. En la predicación de aquel santo iluminado había una devoción trágica, una divina angustia, dolor y amor ante el recuerdo de la tierra de Palestina con el Sepulcro de Cristo en poder de infieles, y arrasados de sangre los verdes y fragantes senderos que habían visto pasar las sombras sagradas, y realizarse los milagros evangélicos. La triple llama que encendía el alma del monje cisterciense, estaba como una suma mística en su voz, cuando esta voz se alzaba sobre las colinas y por casales y siembras, para pedir el rescate del Santo Sepulcro. La devoción trágica, la divina angustia, el amoroso desconsuelo eran la substancia de todas las palabras, y en cada palabra, resumen de la unidad emotiva. Cuanto pudiera alcanzarse por la comprensión clara y sucesiva de las cláusulas, se contenía en la virtud del tono. El largo, cronológico y ondulante camino de los pensamientos, se cerraba en un círculo, como la muerte cierra la vida. El milagro musical realizaba el misterio de la Asunción.

II

El verbo de los poetas como el de los santos, no requiere descifrarse por gramática para mover las almas. Su esencia es el milagro musical.

RAFAEL de Urbino, el más maravilloso de los pintores, modificó siempre la línea que le ofrecían sus modelos, pero lo hizo con tal sutil manera, que los ojos solamente pueden discernirlo cuando se aplican a estudiarle y comparan las imágenes vivas frente a las de sus cuadros. Entonces se advierte que ninguna de aquellas figuras pudo moverse con la gracia que les atribuyó el pincel. Este milagro conseguido sobre las líneas, desviándolas y aprisionándolas en un canon

estético, ha de lograrlo con su verbo el poeta. Elige tus palabras siempre equivocándote un poco, aconsejaba un día, en versos gentiles y burlones, aquel divino huésped de hospitales, de tabernas y de burdeles que se llamó Pablo Verlaine. Pero esta equivocación ha de ser tan sutil como lo fue el poeta al decir su consejo: Cabalmente el encanto estriba en el misterio con que se produce. Adonde no llegan las palabras con sus significados, van las ondas de sus músicas. El verso, por ser verso, es ya emotivo sin requerir juicio ni razonamiento. Al goce de su esencia ideológica suma el goce de su esencia musical, numen de una categoría más alta. Y este poder del verso, en la rima se aquilata y concreta: La rima es un sortilegio emocional del que los antiguos solo tuvieron un vago conocimiento. Los poemas rimados de la decadencia latina están llenos de una gracia emotiva más próxima a nuestras almas y a nuestras liras que el amplio hexámetro retórico y perfecto. Estos poemas de la baja latinidad son hermanos, en el sentimiento, de la imaginería gótica donde la línea humana adquirió expresión ardiente y torturada, y fue cárcel de almas, lo que nunca había sido en la suprema armonía de los mármoles pentélicos. No lo confesamos, porque la crítica de la literatura y de las artes clásicas se ha inmovilizado en un falso e hiperbólico gesto. La rima junta en un verso la emoción de otro verso con el cual concierta: Hace una suma, y si no logra anular el Tiempo, lo encierra y lo aquilata en el instante de una palabra, de una sílaba, de un sonido. El concepto sigue siendo obra de todas las palabras, está diluido en la estrofa, pero la emoción se concita y vive en aquellas palabras que contienen un tesoro de emociones en la simetría de sus letras. Como la piedra y sus círculos en el agua, así las rimas en su enlace numeral y musical. La última resume la vibración de las anteriores. Y únicamente por la gracia de su verbo se logra el extremado anhelo dé alumbrar y signar en voces las neblinas del pensamiento, las formas ingrávidas de la emoción, la alegría y la melancolía difusa en la gran turquesa de la luz. ¡Toda nuestra vida dionisíaca entrañada de intuiciones místicas!

III

SOLAMENTE CUANDO NOS PERDEMOS POR LOS MUSICALES SENDEROS DE LA SELVA PANIDA, PODEMOS OÍR LOS PASOS Y EVOCAR LA SOMBRA DEL DESCONOCIDO QUE VA CON NOSOTROS.

SOULINAKE es un polaco místico y visionario, que viene a sentarse bajo mi parra, por las tardes, cuando se pone el sol. En esa hora dice su eterno monólogo al viento del mar y de los pinos. Sobre la frente calva y dorada vuela su mano haciendo la señal de la cruz. Para Pedro Soulinake, el nihilismo en las ciudades rusas es una larva de los espíritus afrancesados, un círculo de turbulencias místicas donde todos muerden la manzana de París. Sentado bajo la parra de mi huerto, el viejo Soulinake de barbas apostólicas y claros ojos de mar, divaga. Para Soulinake los revolucionarios rusos son niños que aman la libertad al través de un melodrama, y la patria de los melodramas es Francia. Ningún pueblo despierta tantos ecos sentimentales. Francia, con las lágrimas y las efusiones de una mala literatura, ha echado a volar por el mundo la linda balada de Amor y Libertad. Francia tiene en sus agitaciones cantos alegres, mofas de la canalla, y por momentos una emoción estética, frenética y profunda. Esos momentos son las teas que encienden la revolución rusa.

Para Soulinake, el espíritu galo está todo en los giros de su gramática, y el estudio de las declinaciones basta para llevar a las dormidas ciudades rusas, el eco de las Revoluciones de Francia. Cada lengua contiene el pasado de su gente, y la lengua francesa lleva en sí, con las notas de la *Carmañola*, los gritos de la agonía de un rey.

IV

EL IDIOMA DE UN PUEBLO ES LA LÁMPARA DE SU KARMA. TODA PALABRA ENCIERRA UN OCULTO PODER CABALÍSTICO: ES GRIMORIO Y PANTÁCULO.

LOS idiomas son hijos del arado. De los surcos de la siembra vuelan las palabras con gracia de amanecida, como vuelan las alondras. La pampa argentina y la guazteca mexicana crearan una lengua suya, porque desenvuelven sus labranzas en trigales y maizales de cientos de leguas, como nunca vieran los viejos labradores del agro romano. Los idiomas son hijos del arado y de la honda del pastor. Caín tuvo labranzas, y rebaños Abel. Labranzas y ganados ocuparon la mente del hombre en el albor del mundo, después de la caída. ¡La mente del

hombre que ya estaba llena de la idea de Dios! Así advertimos en las más viejas lenguas una profunda capacidad teológica, y una agreste fragancia campesina. El pensamiento toma su forma en las palabras, como el agua en la vasija. Las palabras son en nosotros y viven por el recuerdo con vida entera, cuando pensamos. La mengua de nuestra raza se advierte con dolor y rubor al escuchar la plática de aquellos que rigen el carro y pasan coronados al son de los himnos. Su lenguaje es una baja contaminación: Francés mundano, inglés de circo y español de jácara. El romance severo, altivo, grave, sentencioso, sonoro, no está ni en el labio ni en el corazón de donde fluyen las leyes. Y de la baja substancia de las palabras están hechas las acciones. La entereza y castidad mental del vasco se advierte en los sones de su lengua, y la condición del brusco catalán asoma en su romance, que porta el olor de los pinos montañeses con la brea de los bajeles piratas y la sal del mar. La urgencia y cordura que hubo la Vieja Castilla en dictar fueros y ordenaciones, conforme cobraba sus villas de mano del moro, están en el bronce templado de su castellano. Y en el latín galaico cantan como en Geórgicas, las faenas del campo con mitos y dioses, presididas por las fases de la Luna, regidora de siembras, de ferias y de recolecciones. Tres romances son en las Españas: Catalán de navegantes, Galaico de labradores, Castellano de sojuzgadores. Los tres pregonan lo que fueron, ninguno anuncia el porvenir.

Toda mudanza substancial en los idiomas es una mudanza en las conciencias, y el alma colectiva de los pueblos, una creación del verbo más que de la raza. Las palabras imponen normas al pensamiento, lo encadenan, lo guían y le muestran caminos imprevistos, al modo de la rima. Los idiomas nos hacen, y nosotros los deshacemos. Ellos abren los ríos por donde han de ir las emigraciones de la Humanidad. Vuelan de tierra en tierra, unas veces entre rebaños y pastores; otras, en la púrpura sangrienta de un emperador; otras, renovando la dorada fábula de los Argonautas, sobre la vela de las naves, con sol y con viento del mar. En las alas con que volaron cuando eran invasoras, se mantienen muchos siglos las maternas lenguas, y declinan de aquel vuelo originario cuando nace una nueva conciencia. El espíritu primitivo —pastoril, guerrero o mitológico— deja de animarlas, nace otro espíritu en ellas y abre círculos distintos. El encontrado batallar del alma humana agranda la cárcel de los idiomas, y a veces sus combates son tan recios, que la quiebra. Y a veces los idiomas son tan firmes en sus cercos, que nuestras pobres almas no hallan espacio para abrir las alas, y otras almas elegidas, místicas y sutiles, dado que

puedan volar, no pueden expresar su vuelo. Los idiomas nos hacen, y nosotros hemos de deshacerlos. Triste destino el de aquellas razas enterradas en el castillo hermético de sus viejas lenguas, como las momias de las remotas dinastías egipcias, en la hueca sonoridad de las Pirámides. Tristes vosotros, hijos de la Loba Latina en la ribera de tantos mares, si vuestras liras no quebrantan todas las cadenas con que os aprisiona la tradición del Habla. ¡Y más triste el destino de vuestros nietos, si en lo porvenir no engendran dialectos suyos, ciclos de una nueva conciencia en la lengua de los Conquistadores! Al final de la Edad Media, bajo el arco triunfal del Renacimiento, estaba la sombra de Platón meditando ante el mar azul poblado de sirenas. ¿Qué sombra espera bajo los arcos del Sol al fin de Nuestra Edad?

V

EN LA ÉTICA FUTURA SE GUARDAN LAS NORMAS DE LA FUTURA ESTÉTICA. TRES LÁMPARAS ALUMBRAN EL CAMINO: TEMPERAMENTO, SENTIMIENTO, CONOCIMIENTO.

EN la imitación del siglo que llaman de oro, nuestro romance castellano dejó de ser como una lámpara en donde ardía y alumbraba el alma de la raza. Desde entonces, sin recibir el más leve impulso vital, sigue nutriéndose de viejas controversias y de jactancias soldadescas. Se sienten en sus lagunas muertas las voces desesperadas de algunas conciencias individuales, pero no se siente la voz unánime, suma de todas y expresión de una conciencia colectiva. Ya no somos una raza de conquistadores y de teólogos, y en el romance alienta siempre esa ficción. Ya no es nuestro el camino de las Indias, ni son españoles los Papas, y en el romance perdura la hipérbole barroca, imitada del viejo latín cuando era soberano del mundo. Ha desaparecido aquella fuerza hispana donde latían como tres corazones la fortuna en la guerra, la fe católica y el ansia de aventuras, pero en la blanda cadena de los ecos sigue volando el engaño de su latido, semejante a la luz de la estrella que se apagó hace mil años… Nuestra habla, en lo que más tiene de voz y de sentimiento nacional, encarna una concepción del mundo, vieja

de tres siglos. En el romance de hogaño no alumbra una intuición colectiva, conciencia de la raza dispersa por todas las playas del mar, poblando siempre en las viejas colonias. El habla castellana no crea de su íntima substancia el enlace con el momento que vive el mundo. No lo crea, lo recibe de ajeno. Poetas, degollad vuestros cisnes y en sus entrañas escrutad el destino. La onda cordial de una nueva conciencia solo puede brotar de las liras.

Era nuestro romance castellano, aun finalizando el siglo XV, claro y breve, familiar y muy señor. Se entonaba armonioso, con gracia cabal, en el labio del labrador, en el del clérigo y en el del juez. La vieja sangre latina aparecía remozada en el nuevo lenguaje de la tierra triguera y barcina. El tempero jocundo y dionisíaco, la tradición de sementeras y de vendimias, el grave razonar de leyes y legistas fueron los racimos de la vid latina por aquel entonces estrujados en el ancho lagar de Castilla. Y quebrantó esta tradición campesina, jurídica y antrueja un infante aragonés robando a una infanta castellana, para casar con ella y con ella reinar por la calumnia y la astucia. Fernando V, traía con las rachas del mar Mediterráneo un recuerdo de aventuras en Grecia y la ambición de conquistas en Italia. Castilla tuvo entonces un gesto ampuloso viendo volar sus águilas en el mismo cielo que las águilas romanas. Olvidó su ser y la sagrada y entrañable gesta de su naciente habla, para vivir más en la imitación de una latinidad decadente y barroca. Desde aquel día se acabó en los libros el castellano al modo del Arcipreste Juan Ruiz. Las Españas eran la nueva Roma: El castellano quiso ser el nuevo latín, y hubo cuatro siglos hasta hoy de literatura jactanciosa y vana.

Ya nuestro gesto no es para el mundo. Volvamos a vivir en nosotros y a crear para nosotros una expresión ardiente, sincera y cordial. Desde hace muchos años, día a día, en aquello que me atañe yo trabajo cavando la cueva donde enterrar esta hueca y pomposa prosa castiza, que ya no puede ser la nuestra cuando escribamos, si sentimos el imperio de la hora. Aparentemente, tal manera perdura porque miramos las palabras como si fuesen relicarios y no corazones vivos: Las amamos más, y nos parecen más bellas cuando guardan huesos y cenizas. Las palabras son estáticas y se perenniza en ellas el sentimiento fugaz de que nacieron, dándonos la ilusión de que no hubo mudanza en nuestra conciencia. Desterremos para siempre aquel modo castizo, comentario de un gesto desaparecido con las conquistas y las guerras. Amemos la tradición, pero en su esencia, y procurando descifrarla como un enigma que guarda el secreto

del Porvenir. Yo para mi ordenación tengo como precepto, no ser histórico ni actual, pero saber oír la flauta griega. Cuanto más lejana es la ascendencia hay más espacio ganado al porvenir. La rosa se deshoja a poco de nacer, y para nuestras ilusiones el cristal no nace ni muere. El Arte es bello porque suma en las formas actuales evocaciones antiguas, y sacude la cadena de siglos, haciendo palpitar ritmos eternos, de amor y de armonía.

VI

La belleza es la posibilidad que tienen todas las cosas para crear y ser amadas.

El Tiempo desgrana eternamente sus horas, y en cada hora los sentidos del hombre aprenden a conocer el Universo. Un día nuestros ojos y nuestros oídos destruirán las categorías, los géneros, las enumeraciones, herencia de las viejas filosofías, y de las viejas lenguas habladas en el comienzo del mundo. Ojos y oídos, sutilizados por una educación de siglos, crearán nuevas razones entre las cosas. Nuestro conocimiento será más cabal, y por cada grano de la espiga, por cada hoja de la flor, por cada pájaro del nido será distinta la emoción en las almas. Todas las cosas, lo mismo en sus diferencias que en sus semejanzas, se multiplicarán para el goce del conocimiento, y los sentidos aun sutilizados indefinidamente, no podrán contenerlas jamás. El Universo, sin haber cambiado, nos dará una emoción distinta y dirá otra relación con Dios. ¡Pero en la luz divina de este día aún seguiremos cautivos de los ritmos clásicos, y de su tradición y de sus claras normas! Aparentemente nada tan efímero como las almas que guardan su misterio fecundo en líneas, en ritmos, en números de palabras, y, sin embargo, son las únicas que vuelan sobre los siglos. Un largo pasado de amor, de quietud y de armonía, es siempre augurio de un largo porvenir: Las rosas nacidas con el alba se deshojan cuando llega la tarde, y solo el cristal que cuenta mil años puede contar otros mil. La conciencia estética del pasado está siempre en lo futuro, porque toda acción de belleza es un centro de amor que engendra los infinitos círculos de la esfera. El instante más pequeño de amor es eternidad.

Afanosos por conservar aquellas normas clásicas que fueron como soles, animamos con nuevos significados el arte de los antiguos y luchamos antes de alejarnos para siempre de su comprensión. Se ha obscurecido el significado de los poetas griegos, y seguimos llevando en nosotros su culto con una llama de fe y de amor al amor pasado. ¡Cuántas veces al buscar la belleza en los rudos poemas de otro tiempo somos como tejedores de una tela inconsútil y dorada! Nuestras almas inquietas de modernidad vierten en los ritmos viejos el tesoro de sus emociones nuevas. Los poemas famosos y fabulosos, teologales y musicales crisoles del alma antigua, serían como apagadas escorias si nosotros no los vistiésemos de luz. La obra de belleza, creación de poetas y profetas, se acerca a la creación de Dios: Ha tenido una significación en lo pasado, y lleva a lo futuro otra distinta, como el Universo. El alma demiurga está en nosotros, y el verso y el ritmo vuelven a ser creados.

VII

TODA FORMA SUPREMA DE AMOR, ES UNA MATRIZ CRISTALINA Y ETERNA. SER BELLO ES HACERSE CENTRO DE AMOR, Y MORAR OTRA VEZ EN EL HIMEN DIVINO.

Y fueron las artes de los metales y de la piedra las primeras en definir el arquetipo de su belleza, porque son realizadas sobre substancias duras, firmes, casi eternas, que a través de los siglos perduran en una gracia matinal llena de evocaciones y de luz. Son las artes de los ojos de un conocimiento fácil y placentero, y las literarias arcanas por demás. ¡Siempre alejándose, siempre en espectros! Las hace inexpresivas la mudanza en los usos, absurdas el cambio de religiones, intrincadas la modificación en las escrituras, opacas la corrupción prosódica de las lenguas. Las artes literarias dan la sensación de no haberse definido aún, y de luchar por ser. Aparecen como largos caminos por donde las almas van en la exploración de su Mundo Interior. Y las otras artes que cifran en la luz el goce de su belleza, son como rosas de la Geometría. Por lo permanente de su emoción, por la alegría del conocimiento, por la esencia de sus normas, tienen algo de cristales. Son las artes engendradas y definidas por el Sol.

Yo gusto de hacer clara distinción entre los dos sutiles caminos matemáticos

por donde nos llegan las emociones estéticas: Todas las cosas bellas y mortales que nosotros creamos, son para los ojos o son para los oídos, alternativamente. Su goce no pueden disfrutarlo los dos sentidos a la vez. En las creaciones del alfabeto, la luz es un medio para el conocimiento, pero la esencia que exprimen las letras es de la música. Solamente en el baile se juntan los sutiles caminos de la belleza, sonido y luz, en una suprema comprensión. La armonía del cuerpo perdura en la sucesión de movimientos por la unidad del ritmo. El baile es la más alta expresión estética, porque es la única que transporta a los ojos los números y las cesuras musicales. Los ojos y los oídos se juntan en un mismo goce, y el camino craso de los números musicales se sutiliza en el éter de la luz. En la luz está la purificación de todas las cosas. Los sonidos son más de la substancia de las horas, más yuxtaposición de un instante con otro instante. Todo el sistema de las palabras es un sistema de larvas, de formas embrionarias, de matrices frías que guardan yerto el conocimiento de las ideas adquiridas bajo el ritmo del Sol.

VIII

La suprema belleza de las palabras, solo se revela, perdido el significado con que nacen, en el goce de su esencia musical, cuando la voz humana por la virtud del tono, vuelve a infundirles toda su ideología.

La edad de oro amanecía, y los griegos, divinos pastores, contemplaban aún las pálidas estrellas. Era en el silencio de las majadas, sobre las colinas con olivos, entre los perros vigilantes. Sus almas se revelaron con la aurora, aquellos cabreros tenían los ojos soberanos de las águilas y todas sus intuiciones las arrancaron a la celeste entraña del Sol. Los bosques de sagrados senderos, los arroyos claros, las grutas de donde vuelan en los ocasos los pájaros de largas alas, las sombras de los laureles, las playas lejanas y doradas, con el mar azul, fueron los pobladores de sus almas. Con ojos maravillados bajo la luz, recibían todas las imágenes como especies eucarísticas, y eran tantas y tan diversas las imágenes que en ellas se cifraban las normas de todo el conocimiento. El sentir de los griegos fue hijo del mar y del cielo, de las colinas con olivares y viñedos, y de las serranías con rebaños, de los bosques con genios y de la lujuria de las

formas. La varia emoción que iban devanando los ojos por los agrios caminos, dio agilidad a los cuerpos y a las mentes. No recibían el conocimiento del mundo como una herencia fría en la urna de las palabras, manera de entender siempre larga, obscura, cronológica y crasa. Para aquellos pastores las ideas significaban números y formas bajo el ritmo del Sol. Cuando se reposaban en las alturas mirando al fondo de los valles arados, verdes, intensos, experimentaban la emoción mística de la suma. Aquellos pastores arcádicos gozaron el éxtasis panida desde las crestas donde trisca el macho cabrío. Lo que habían aprendido de una manera semoviente era gozado en quietud. El conocer cronológico se hacía estático, y las almas se despojaban de la memoria como de la tela del tiempo, para aprender por el divino camino del Sol. Fue después, bajo el cielo latino, cuando los poetas, guiados por el hilo de las palabras, tal como sonaban en la pauta griega, quisieron revelar el secreto de un mundo que no sabían ver. Nació entonces el arte bajo del remedo clásico. Pero aquellos hombres míticos, después de arar el pardo regazo de la llanura, de conocer uno a uno sus senderos, como largos relatos, se hacían centro y conciencia de visión sobre las cumbres. Y cada noche estrellada, reunidos en torno de las hogueras, sintiendo el vaho de los rebaños dormidos, era el goce de recordar las imágenes del día, y hacerlas revivir en el relato de los más ancianos. Y fue un ciego cantor, para quien la noche parecía eterna, quien primero en la música de las palabras hizo arder la corona del Sol.

IX

EL PADRE HOMERO PUDO LLAMAR A SUS VERSOS CON UN NOMBRE DE FLOR: HELIOTROPOS.

SON las palabras espejos mágicos donde se evocan todas las imágenes del mundo. Matrices cristalinas en ellas se aprisiona el recuerdo de lo que otros vieron, y nosotros ya no podemos ver, por nuestra limitación mortal, aun cuando todas las imágenes y todos los verbos sean eternidades en el seno de la luz, como explicaba el mago Apolonio de Tiana. Para el iniciado que todas las cosas crea y

ninguna recibe en herencia, la luz es numen del Verbo. Las palabras en su boca vuelven a nacer puras como en el amanecer del primer día, y el poeta es un taumaturgo que transporta a los círculos musicales la creación luminosa del mundo. En los números pitagóricos aprisiona las Ideas de Platón. Pero las imágenes, eternidades en la luz, solo dejan en la palabra la eternidad de su sombra, un rastro cronológico de aquello que los ojos contemplaron y aprendieron de una vez. El pensamiento humano es como el fruto sagrado del Sol. Así en todas las lenguas madres se revela la condición expresa de un paisaje, y así la armonía de la lengua griega es fragancia de las islas doradas. Los mitos helénicos nacen en las cristalinas cuevas de los montes, en el verdoso seno de las frondas, en la azul ribera del mar. Si el eremita ama su yermo, es porque su pensamiento se reposa fuera del mundo, y para mantenerlo en quietud huye de las solicitaciones de la naturaleza. Toda llanura es yermo espiritual. En la llanura solo florecen los cardos del quietismo. El criollo de las pampas debe a la vastedad de la llanura su alma embalsamada de silencio, y si alguna emoción despiertan en ella los ritmos paganos, es por la mirra que quema en el sol latino, la lengua de España. En la llanura las imágenes son tristes y menguadas, se suceden con medida monótona y tarda, como sombras arrastradas en los pasos de un lento caminar. Allí la emoción para los ojos está en lo largo de los caminos y en lo largo del tiempo para mudar la vista de las cosas. Aquel horizonte monótono y curvo, ante el cual los ojos se aduermen un día entero de jornada, aquieta y aniquila las almas. Es el desierto donde la fantasía muere de sed. Estas llanuras miliarias recorridas de un cabo al otro cabo por los pasos del hombre, son largas como una vida, y en ellas los ojos jamás gozan en un acto puro la emoción de ser centro, si no es mirando al cielo. ¡Ay, faltan las suaves y azules montañas que ofrecen desde sus cumbres, la visión integral de los valles, el conocimiento gozoso de la suma, la mística quietud del círculo y de la unidad! ¡Qué enorme y difusa entre dos mares, la Pampa Argentina! Allí los poetas tienen los ojos estériles, y su sentimiento clásico solo se nutre en el seno cristalino de las palabras, que, como divinas ánforas, atesoran los mirajes de los países lejanos. Las imágenes verbales, a pesar de su esencia cronológica y de representar todas las cosas en teoría, son en aquella soledad más fecundas que las formas de la naturaleza. Están más llenas del secreto de vida que buscaba en la forma sensible el divino Platón. Todo el conocimiento délfico de los ojos, es allí convertido en ciencia de los oídos, y en sutil aprender de topos. Se siente el paso de las sombras clásicas, pero ninguno puede verlas llegar. Los pueblos de la

pampa, cuando hayan levantado sus pirámides, y sepultado en ellas sus tesoros, habrán de hacerse místicos. Sus almas cerradas a la cultura helénica oirán entonces la voz profunda de la India Sagrada.

X

ÁGUILAS Y TOPOS SON LAS BESTIAS QUE SIMBOLIZAN LOS MODOS DEL HUMANO CONOCER. ÁGUILAS DE OJOS SOBERANOS, Y TOPOS AUDITORES. DEL DIVINO LAUREL DEL DÍA, NACE LA ROSA DEL MILAGRO MUSICAL.

EXÉGESIS TRINA

EL enigma bello de todas las cosas es su posibilidad para ser amadas infinitamente. Cristo Señor Nuestro cifró en el amor la suma perfección, y su divina norma, prodigio de prodigios, tiene el aspecto ingenuo de una flor en el campo. El mortal que resolviese en amor todas sus acciones, volvería al estado primitivo de sobrenaturaleza y vería el rostro de Dios. Este milagro se obra en el éxtasis, cuando el alma abiertas las alas angélicas y despojada de la conciencia humana, penetra bajo el arco de la otra vida, que en la interpretación gnóstica no guarda el enigma del futuro, sino el del pasado. Amar es comprender, y el éxtasis es la rosa mística del conocimiento, por sus caminos tornamos a ver el mundo bajo el rocío sagrado de la primera aurora, y aun cuando sea gracia concedida a pocos, no por ello habrán de negarse sus dones. Ásperos son los caminos para desnudarse de la percepción cronológica, sin embargo, quien no los anda yerra en toda la doctrina estética, pues siendo la belleza atributo de la esencia divina, no puede realizarse su logro por las rodadas del Tiempo. Nuestros sentidos solamente son gusanos de luz sobre el místico y encumbrado sendero por donde la humana conciencia transmigra en las cosas, y está en ellas como la imagen en el fondo del espejo, que no puede ser separada. Cuando se realiza este vínculo, todas las representaciones inteligibles y sensibles dejan de ser en el hilo de las horas, y convertidas en intuiciones eternas aparecen despojadas de su sentido efímero. Para el extático no existe mudanza en las imágenes del mundo, porque en cualquiera de sus aspectos sabe amarlas con el mismo amor. El éxtasis es el goce contemplativo de todas las cosas en el acto de ser creadas: Uno, Infinito, Eterno. Y el Arte es nuncio de aquel divino conocimiento cuando alumbra un ideal de conciencia, una razón de quietud y un imán de centro, plenarios de vida, de verdad y de luz. Tres son los tránsitos por donde pasa el alma antes de ser iniciada en el misterio de la Eterna Belleza: Primer tránsito, amor doloroso: Segundo tránsito, amor gozoso: Tercer tránsito, amor con renunciamiento y

quietud.

I

AMOR ES UN CÍRCULO ESTÉTICO Y TEOLOGAL, Y EL ARTE UNA DISCIPLINA PARA TRANSMIGRAR EN LA ESENCIA DE LAS COSAS Y POR SUS CAMINOS BUSCAR A DIOS.

EN la antigüedad griega los amados de los dioses nacían bajo la estrella de un destino funesto. La fatalidad, como un viento sagrado, los arrastraba agitando sus almas, sus vestiduras y sus cabellos. Era así la fatalidad un don celeste, porque las vidas convulsas de dolor son siempre amadas. Si los héroes de la tragedia se perpetúan en nuestro recuerdo con un gesto casi divino, es por el amoroso estremecimiento con que los miramos. En la exégesis teológica de la tragedia amor y dolor son como el símbolo de la vida humana y nunca van deshermanados. Amor sin dolor es una comprensión divina: Dolor sin amor un círculo de Satanás. Dentro del esoterismo de la tragedia, la fatalidad es gracia teologal, tiene algo del aliento de los dioses y pone en las pasiones humanas un sentido eterno. Las sombras de las fábulas antiguas, cubiertas de horror y de sangre, levantan sus brazos entre la niebla de los mitos, como espectros de nuestra conciencia que se busca ávidamente en todo grito de dolor y tiembla al reconocerse. Y este instinto obscuro que nos advierte cómo bajo el imperio de la fatalidad pueden mordernos todos los dolores, es al mismo tiempo una intuición estética. Aquel gesto violento y divino con que pasan ante nosotros los héroes de la tragedia, tanto nos sobrecoge de horror, cuanto promueve una onda amorosa, piadosa, gozosa, cordial. ¡Amable milagro salido del seno de la Esencia Bella!

Toda la doctrina estética es una enseñanza para amar el bien, y ninguna máxima encamina nuestra conciencia hacia este logro, como la fatalidad en las fábulas griegas. Amor y dolor son vientos de estrago que pasan sobre ellas: Está determinado en los astros el camino sangriento de las vidas, y la gloria de los claros linajes se les junta para mover a piedad los corazones. Aquellos reyes de resplandecientes armas, aquellas princesas convulsas de un terrible mal nos conmueven con otra eficacia que las cuitas de un mendigo, porque siempre

somos más llamados de la soberbia que de la humildad: Jamás olvidamos por entero nuestros fines mundanos, y aun en el amor nacido de la emoción estética vigila aquel gallo negro que simboliza el humano egoísmo en el Ritual Mágico de Cornelio Agrippa. Los lívidos héroes de las venganzas, los bermejos mancebos del amor se revisten en nosotros y nos imbuyen su conciencia en voces desesperadas. Son figuras ululantes, violentas y carnales, pero de un sentido religioso tan profundo, que mueven al amor como los dioses, y este es el don sagrado de la fatalidad.

II

ALMA EN CÁRCEL, SI QUIERES AMAR SÉ TAUMATURGA, OBRA LA MARAVILLA DE TRANSMIGRAR POR EL DOLOR EN LA CONCIENCIA AJENA. AMOR CON DOLOR ES EL PRIMER TRÁNSITO DE LA INICIACIÓN ESTÉTICA, Y EL ENIGMA DE LA FATALIDAD EN LA TRAGEDIA ANTIGUA.

EL siglo XIII, siglo de alquimistas y de teólogos, exhala una canturía de ingenuo latín. Yo me lo imagino como esos cielos cubiertos de constelaciones y de zodíacos nigrománticos que hay en los libros de la Astrología. Bajo la bóveda cristalina de aquella gran hora mística se oye una voz que habla con la hormiga, y con el agua, y con las yerbas y los ajenjos del monte. Es el alma del Pobrecito de Asís, carece de ciencia teológica, pero está llena de la inocente fragancia que tienen las malvas en los huertos de sus monjas Claras. Un gran ideal estético se guarece como divino ruiseñor en el capillo franciscano que enseña la Imitación de Cristo Jesús. Las parábolas en el recuesto de las colinas verdes, los milagros por caminos de sementeras y de vendimias, las pláticas con los hombres que pisan la uva en los lagares, los consejos a las mujeres que hilan bajo los techos de cedro en las casas de Nazareth, toda la vida campesina y enigmática de los Evangelios, tiene un sentido nuevo en el corazón del Santo de Asís. Con el amor por las cosas humildes y fragantes enseñaba una comprensión de la belleza, como si el mundo acabase de nacer y aún estuviese cubierto del rocío de la mañana. Todo el arte de los primitivos italianos se unge

con la emoción franciscana igual que con un divino óleo. La pintura se hace amable, y en las vidrieras y en los frescos murales, y en las claras tablas de la escuela florentina aparecen los milagros evangélicos como rosas que acaban de abrirse. El alma de los pinceles está llena de emoción y de sonrisa, los temas son de un candor amoroso, de un sentimiento familiar y divino. El concepto religioso y el concepto estético, en hermandad, se apartan del fatalismo griego y del terror medioeval de la muerte. La pobreza franciscana enseña a los corazones el sendero de un amor gozoso, más intenso que el amor y la lástima por los héroes de la tragedia. Los Cristos lívidos y sangrientos del arte gótico quedan olvidados en la penumbra de las capillas, aquel temblor milenario que pobló de monstruos las puertas de las catedrales, se convierte en sonrisa, y las arcadas se pueblan de ángeles cantores que solfean en los rollos de piedra. Los esmaltes, los paños litúrgicos, las tablas pintadas donde brilla el oro tienen una emoción de latín rimado.

Pero aquellos primitivos aún seguían oyendo las músicas paganas y no pudieron descubrir toda la amorosa y viva entraña del Pobrecito de Asís. Sus almas, como murciélagos de la noche, temblaban bajo el arco de aquel místico amanecer, sin poderlo pasar. Solamente algunos ascéticos advirtieron el sentido inefable de una belleza donde los ojos aman por la gracia de ver y los oídos por la gracia de escuchar, sin el halago de las formas sensibles, con olvido del sentimiento genitor que anima la tragedia. Toda la vida franciscana está llena de este ejemplo, y en algunos pasos su emoción es tan honda que sobrecoge. Yo me represento a Meser Francisco, como le llaman las viejas historias de los conventos, caminando en compañía de Fray León desde Perugia a Santa María de los Ángeles: Ya cerca del anochecido oyen la campana de un leproso que viene hacia ellos, y entonces Meser Francisco, como por su voto de pobreza no puede hacerle limosna de dineros, lleno de amor le besa en la cara hedionda, y puesto otra vez a caminar le explica a Fray León el sentido de la perfecta alegría. Esta rosa del rosal franciscano tiene el aroma de aquellas que se abrían en los huertos nazaritas cuando pasaba la sombra de Jesús. Pero la comunión con el espíritu del seráfico mendicante estaba reservada a los humildes, y mejor que los teólogos y definidores la tuvieron aquellos legos que en las cocinas de las granjas por donde postulaban, referían a modo de cuento ejemplar los milagros y penitencias del Glorioso Señor San Francisco. Estas son las *Florecillas* que un siglo después ponía en escritura Fray Hugolín de Monte Giorgio. El Pobrecito de Asís, con total olvido de las razones egoístas y carnales, nos enseña el amor

inocente, igual por la oruga que por la estrella. Ama las cosas, no por lo que son para nuestros fines, sino por aquella razón de conciencia que a todas las hace ser distintas y buenas: Unas veces para sí, otras para el ajeno, otras para Dios.

¡Alma que peregrinas en busca de la Eterna Belleza, pon cilicio a tus gustos, castígalos y quebrántalos! ¡Un día sentirás el gozo de amar las ásperas ortigas como si fuesen verdes y suaves linos! No mires con desabridos ojos el calvero, ni el tremedal con susto, sobre el calvero salta el agua primaveral de la nieve con claros cristales, y en el tremedal tiene seguro el sapo venenoso. ¡Busca en todas las cosas un ingenuo conocimiento y procura amarlas en el bien ajeno, olvidada para siempre de tus fines mundanos, alma peregrina del mundo! Si tal alcanzas, te será revelada la íntima belleza de todas las cosas, y sin ciencia de sabios, cubierta de luz, entenderás la palabra campesina y enigmática del Hijo.

III

GOZO Y AMOR EN LA GRACIA DE TODAS LAS VIDAS, ES EL SEGUNDO TRÁNSITO PARA ENTENDER LA BELLEZA DEL MUNDO.

LAS Ideas Platónicas son intuiciones del quietismo estético, en cuanto todo lo inmutable es eternamente bello. Pero mejor se logra esta comprensión conformándose a la doctrina de los gnósticos y buscando la quietud en nosotros mismos, más allá de las formas, muerta la voluntad, muerto el deseo, crucificada el alma en un solo pensamiento, amando por igual todas las imágenes del mundo, las entrañas fecundas y las estériles, infinitamente olvidada la razón generadora de los estoicos. Los monstruos del arte bizantino, donde las formas originarias degeneran hasta el absurdo, nos enseñan esta comprensión de la belleza, en pugna con aquel helenismo que perpetúa el sentido eterno de la vida en las Ideas de Platón. Gárgolas, canecillos, endriagos, vestiglos, traían esta nueva intuición entrañada en sus formas perversas, y el carácter, rebusca de lo singular, fue contrapuesto al arquetipo tras el cual había peregrinado el mundo antiguo. El espíritu de los gnósticos descubre una emoción estética en el absurdo de las formas, en la creación de monstruos, en el acabamiento de la vida. Dueños de una doctrina alucinante, deducen de ella categorías de belleza libres de aquel

íntimo enlace con el genio de la especie que había tenido el arte arcaico de los griegos. Para los gnósticos la belleza de las imágenes no está en ellas, sino en el acto creador, del cual no se desprenden jamás, y así todas las cosas son una misma para ser amadas, porque todas brotan de la eterna entraña en el eterno acto, quieto, absoluto y uno.

Descubrir en el orden del mundo un sentido de belleza más allá de nuestros fines mortales, y de la reproducción de las eternas formas, es caminar por los senderos del quietismo y sumirse en la *Divina Caligo*. El hombre que penetra en el misterio siente en los hombros las alas del ángel y halla en las cosas una razón de conciencia fuera del orden de las horas, como explica el iluminado Taulero. Pero esta comprensión esotérica del mundo es ajena al arte clásico, y aún hoy continúa vinculada en la Teología Mística. Fue, sin embargo, doctrina profesada por pitagóricos y neoplatónicos. La Escuela de Alejandría conservó esta enseñanza en medio de una gran confusión de mitos y símbolos: De Plotino y Porfirio la reciben los gnósticos y los priscilianistas, acaso también el filósofo arábigo Aben-Tofail. Llega de Oriente, como todo el conocimiento estático, y tiene su origen en las prácticas de los yoguis, que hacen penitencia bajo los soles caniculares, metidos en las ciénagas de los ríos cuando abren sus flores azules los glandes cañamares de Bengala.

IV

Alma, permanece en tu cimiento olvidada del discurso y fuera de los círculos mortales. Ama por igual todas las cosas y ninguna en sí. El último y más levantado tránsito de la intuición estética es el amor con aniquilamiento, renuncia y quietud.

TRES son las veredas extáticas, aun cuando de antiguo solamente dos fueron declaradas y seguidas: Caminos contrarios, que sin embargo conducen a un mismo final, porque todos los caminos prolongados hasta el infinito, fatalmente en el infinito se encuentran. De estas dos veredas la una es gozosa y la otra desengañada: La una descubre el pecado en todo el entender carnal de los

sentidos, y la otra un feliz desleimiento en el seno de todas las cosas: Por la una oye el alma las músicas panidas, por la otra solo alcanza desconsolada soledad, yerma quietud, y en toda la largura de estas dos veredas tan contrarias se percibe el ondular sutil de la serpiente: En la ortodoxia cristiana, panteísmo y quietismo proyectan una sombra de herejía, porque las almas nunca peregrinan por sus tránsitos sin quebrantar el Enigma Ternario de Dios. Panteísmo y quietismo son aquellas dos columnas simbólicas que estaban a uno y otro lado de la magna puerta, en el templo cabalístico de Salomón: Estas dos columnas representaban en la doctrina oculta de los magos caldeos, los misterios del antagonismo, y la lucha entre el hombre y la mujer, porque según la interpretación hermética, la mujer debe resistir al hombre y el hombre debe fascinarla, para someterla. El principio de acción busca al principio de negación, y así la serpiente del símbolo quiere morderse la cola, y al girar sobre sí misma se huye y se persigue. Quietismo y panteísmo son las dos claves místicas, representadas en Bohas y Jakin.

¡Y las dos columnas simbólicas se unieron bajo la curva del arco! ¡Y entre las dos iba un camino de estrellas! Desde aquel día de amor, quien buscó una orientación cierta para llegar a conocer intuitivamente, fue por este camino siguiendo las pisadas y la sombra blanca de Cristo Redentor. No hay otra verdad que las celestiales palabras con que se cierra el libro cabalístico de la *Tabla de Esmeralda*: Te doy el amor en el cual está contenido el sumo conocimiento. —Solo el corazón que ama milagrosamente todas las cosas, solo la mano que bendice puede enlazar el momento que pasó con el que se anuncia, y detener el vuelo de las horas. Aquel que en el grano infinitamente pequeño de cada instante gozase en amor todas las vidas que una vez han sido, todas las que son, todas las que aguardan ser, volvería a transmudar el pan y el vino en la carne y la sangre del Verbo. Si la serpiente cerrara el círculo se tornaría divina. Tornarse centro de amor, tal es el ideal abierto como una fuente viva en la roca del mundo, por aquel blanco techador de casas que murió en la cruz y fue anunciado como el Hijo del Hombre. El Nazareno, por el amor, unidad y eternidad de su esencia, gozó la comunión con el Espíritu: Por el amor se convirtió en las ansias de todo lo creado y en la Idea del Padre Creador.

El Símbolo del Verbo enlazó la doctrina estática de quietistas y panteístas. El quietismo, tal como lo entendieron los gnósticos alejandrinos, es el beato desasimiento de la vida, y el aborrecimiento por las ejemplares formas de las cosas, eternos vasos del Eterno Padre: El quietismo es la comunión con el

Paracleto. Y contrariamente, el éxtasis panida representa la suma en el arcano sideral y los desposorios con el Alma Creadora: Así por modos diversos, quietismo y panteísmo rompen el Divino Ternario. ¡Y sin embargo, en la antagonía de estos dos caminos encuentra el alma iguales goces cuando se reposa en su término, porque los caminos más contrapuestos se juntan en el Infinito! El Paracleto representa la quieta Unidad. El Demiurgo resume el Todo. El Verbo es el amor universal que los enlaza.

V

EN LA CIENCIA HERMÉTICA DE LOS MAGOS, EL CENTRO, EN CUANTO UNIDAD, Y LA ESFERA, EN CUANTO INFINITO, SON SÍMBOLOS DEL PADRE Y DEL ESPÍRITU.

SON tres las rosas estéticas, y cada una tuvo amanecer distinto. Son tres como las normas de amor y de conciencia. Fue la primera la rosa erótica, rosa de sangre que se abre en el corazón del mundo guardadora del enigma panida, plena de amor y plena de posibilidades. Los Coros de Himeneo agitan sus antorchas con las divinas furias del sol mancebo bajo el cielo estrellado del mundo antiguo. El arte primitivo de los griegos, evocador del sentido eterno de la vida, cifraba la suprema comprensión de la belleza en el conocimiento que se alcanza colocando las imágenes del mundo fuera del Tiempo. En aquel mítico amanecer del ciclo arcaico las formas son logos de multiplicación, vasos fecundos de la imagen eterna. La Idea del Demiurgo está en la estética como en la teología, y la tragedia, toda mito y símbolo, encarna en el furor erótico la eterna voluntad del mundo. Sus héroes se nos aparecen como dioses condenados a vivir vida de hombres, tienen una humanidad que nace del dolor, y un dolor que nace del sexo.

Nunca los griegos supieron del terror de la muerte, buscaron la belleza, con un impulso ciego, en aquella condición armoniosa y fecunda que hace eternas las formas, y olvidando que el hombre perdura en el bien y en el mal de sus obras más que en el semen, sintieron como un anhelo religioso el instinto de perpetuarse. El erotismo anima como un numen las normas de aquel momento

estético donde la voz del sexo es la voz del futuro. Eternos ritmos vitales conmueven el arte arcaico de los griegos, sus números sin enigma tienen la claridad del día y el enlace armonioso de las horas, la euritmia de los cuerpos desnudos anima los mitos religiosos y heroicos: Apolo y Venus representan el ansia religiosa del instinto genitor por hacer divino el ideal humano. La antigüedad helénica nunca fue inquietada por el enigma singular de cada vida, por el secreto que cada conciencia sella, peregrinó eternamente enamorada de las supremas normas. En el ciclo arcaico los ojos estuvieron ciegos para todo el conocimiento místico, porque siempre los fines de la especie se prevalen y esconden en los goces de la lujuria. Toda la carne arde por ella y por ella se consume. En el erotismo del arte griego se descubre el sentido hermético de las Ideas Platónicas: Es la afirmación eterna del futuro por el amor que perpetúa las formas. En todos los momentos del mundo la belleza ha sido una cifra de amor y una clave teológica, pero este vuelo místico solo lo alcanza cuando rompe el enigma ternario del Tiempo: La estética entonces se revela como una aspiración al éxtasis, y devuelve a la vida su significado religioso, divinamente bello. Equilibrio y armonía son quietud. Cuando se rompe el enigma temporal, cualquiera de sus tres modos, Pasado, Presente, Porvenir, desvinculado de los otros, es una representación eterna y quieta.

VI

La primera rosa estética florece del concepto teológico del Logos Espermático: Se abre en el cielo del Padre Creador y sella con el enigma del futuro, la eterna voluntad del mundo.

En el segundo círculo se abre la rosa clásica, rosa de maravillosa geometría, rosa andrógina, rosa verbo que junta en una suprema síntesis el antagonismo de las horas y de las vidas. No guarda el enigma del futuro como la rosa erótica, ni guarda el enigma del pasado, que solo existe cuando recordamos y sabemos de nosotros mismos por las voces que da la conciencia: Su anhelo es enlazar las formas contrarias, los movimientos contrarios, y el instante que pasa

y el que se anuncia. Todo el renacentismo italiano aparece imbuido de este concepto metafísico, que en el mundo antiguo había tenido su más hermética alegoría en los mitos de sirenas y centauros. Pero Leonardo de Vinci, más sagaz, busca el ideal estético en la expresión ambigua: El nacer y el declinar de la sonrisa, es el sutil comentario que exprimen sus pinceles sobre la boca de la Gioconda. Y el mismo sentido del arte se advierte en el vasto pincel velazqueño que difunde todas las imágenes en la luz y las aleja en el espacio revistiéndolas de un encanto quietista, como hace la memoria al evocar las imágenes alejadas en las horas. A Don Diego Velázquez yo me lo figuro en una vasta estancia encalada, con su brasero de cobre en el fondo, sus puertas de tracería obscura y una ventana abierta sobre el cielo norteño. La claridad del día penetra igual, sin accidente durante muchas horas, y entre largos espacios de reflexión pinta Don Diego. La luz parece aprisionada, es una creación del pintor para el cuadro y un bien gozado largamente. El español y el florentino, con maneras diversas, expresan el mismo concepto metafísico y estético que tres mil años antes había alumbrado en el mármol andrógino de Venus Afrodita. El griego enlaza las formas contrarias. El florentino los movimientos. El español las horas. La rosa clásica, maravillosa armonía de antagonismos, nos llega de los azules y estrellados campos donde aman los dioses. La trae en el pico el cuervo de Prometeo. Todo enlace es amor, y el clasicismo fue en el orden de la belleza el anuncio de la Ley de Gracia.

El motivo flamígero en el arte ojival es una interpretación mística de este concepto. Bajo el pico de un cantero devoto, la llama fugaz, indecisa y mudable, se perpetúa en una evocación estética sobre la piedra dura, obstinada y terca, rebelde a modificar el perfil de su arista. Lo ingrávido se enlaza con la substancia grávida en una divina armonía de contrarios. ¿Dónde aprendió el viejo cantero a labrar en la piedra el temblor de la llama? ¿Qué brujo maestro de masonerías imbuido por los terrores del milenario, definió y labró el primero con su pico en la piedra, la expresión de la llama en el viento? Cantero medioeval, con tu oración de terror ante el misterio de la muerte, el viento y su instante en la llama, tornaste en llama y en viento de piedra. ¡En la llama viste, en la piedra revertiste temblando al decir Amor de Dios! Devoto cantero, místico cantero, brujo cantero, abren las alas en tu oración, Viento, Mudanza, Tiempo. Viejo cantero que alumbraste como un cirial, tres ángeles rebeldes son esclavos en la piedra de las catedrales que tu pico beato labró. ¡Viento! ¡Mudanza! ¡Tiempo! Tres enemigos de Dios. Este enlace dice la belleza eterna del Hijo. El arte ojival

interpreta teológico y místico, la quietud y el vuelo de las horas en la piedra. La llama fugaz, indecisa y mudable, se perpetúa en una evocación Estática y Estética.

VII

LA ROSA CLÁSICA DE MARAVILLOSA GEOMETRÍA, ENLACE DEL MOMENTO QUE PASA Y EL QUE SE ANUNCIA, SELLA EL ENIGMA DEL PRESENTE Y SE ABRE EN EL CIELO, TODO AMOR, DEL VERBO.

LA tercera rosa estética apenas se anuncia en el alba del día, rosa enigmática del matiz, su aroma perdura en todas las vidas, a través de las horas y de las mudanzas: Con las vidas nace, con las vidas muere. El matiz, modo el más sutil de amar la belleza, es una intuición quietista que intenta el conocimiento de todas las cosas por aquella condición que no muda en ellas, y busca necesariamente al hombre en el secreto de su conciencia, como él se busca a sí mismo, y en la responsabilidad que le hace eterno para el enjuiciamiento de Dios. Conocer las cosas en su eternidad, es conocerlas en un sentido divino. El arte arcaico las buscó en la eternidad de las formas, el clásico en la eternidad del amor que todo lo enlaza, el místico en la eternidad de conciencia.

Pero esta sierpe de orgullo que hace sus anillos de nuestras horas, es lo más difícil de conocer y definir. Apenas sabemos balbucear el secreto sentimental que nos hace distintos, porque cuando creemos vivir para nosotros, vivimos para la especie. Nos guía su instinto lo mismo en el dolor que en el deleite. Conocemos con un conocimiento que busca la razón de utilidad, y esclavos del impulso obscuro del eterno semen, no podemos descifrar el sentido esotérico del mundo. Para llegar a tan sutil y transcendente estado hay que amar todas las vidas como ellas se aman, y conocerlas fuera de los sentidos, como ellas se conocen, en un supremo alejamiento de cuanto a nuestros fines dice utilidad. El conocer de los ojos y de los oídos, todo el humano y camal conocimiento exprime dolor, porque encubre siempre el deseo de perpetuarnos sobre el haz de la Tierra. Los sentidos aprenden a distinguir las cosas, no por lo que ellas son,

sino por el aspecto que conviene a nuestro egoísmo, que es el egoísmo de la especie, y cuando creemos saber mejor, solamente aumentamos el caudal de nuestras acciones utilitarias. Para amar las cosas hay que sentirlas imbuidas de misterio, y contemplarlas hasta ver surgir en ellas el enigma obscuro de su eternidad. Solamente cuando nuestra conciencia deduce un goce ajeno a toda razón de utilidad temporal, comenzamos a entrever el significado místico de la onda, del cristal, de la estrella. Contemplación, Meditación, Edificación, son caminos de luz por donde el alma huye de su cárcel.

La rosa del matiz es la llama pequeña con que nace una vida, y la llama pequeña con que se apaga. Es el primer instante y el último instante de todas las esencias, místico enlace que junta los dos polos del nacer y del morir en el principio de conciencia que nos pasa de claro como una flecha. El hierro que me rasga el costado derecho, es el mismo que por el izquierdo me asoma, y así pudieron decir los sabios magistas que el primer instante está contenido en el último instante. Todas las mudanzas de nuestra vida temporal, son vanas apariencias, y a su final se integran como unidad de amor o de dolor en el arcano de otra vida inmortal. Este es el terrible misterio del camino que hacemos sobre la tierra. ¡Labramos un estado eterno de conciencia sobre el vuelo de las horas, y las hacemos quietas en la razón de responsabilidad, al pasar bajo el arco de la muerte! Pero nunca sabremos de nosotros mismos, sino recordando y mirando atrás. Del grano de las horas fluye la eternidad del Pecado.

VIII

LA TERCERA ROSA ESTÉTICA, UNIDAD DE CONCIENCIA, SELLA EL ENIGMA DEL PASADO, Y SE ABRE EN EL CIELO ESTÁTICO DEL PARACLETO.

POR cualquiera de las tres veredas estéticas que peregrinen las almas, siempre en el reposo del último tránsito, allí donde se cierra el círculo, rompen el enigma del Tiempo. Pasado, Presente, Porvenir, los tres instantes se desvinculan y cada uno expresa una cifra del Todo. El cimiento esotérico del éxtasis no es otra cosa que el poder espiritual para quebrantar el enigma trino del

Tiempo. Cada Persona de la Divinidad sella uno de los instantes, uno solo, absoluto, distinto, perfecto y fuera de los otros dos. El Demiurgo, arcano de la vida, sella la Idea del Futuro: El Verbo, arcano del amor, sella la Idea del Presente: El Paracleto, arcano del conocimiento, sella la Idea del Pasado. Es el *Pronoia* de los gnósticos, donde mora aquella verdad cardinal que la vida esconde y la muerte desvela, lo que una vez ha sido ordenado y nunca acaba. Tres son los tránsitos de amor, y los caminos extáticos y los de la belleza: Tres las caídas en la culpa. Por el amor y por el pecado nuestra conciencia es una y trina: Mundo, Demonio y Carne se nutren de Pasado, de Presente y de Futuro. A los tres centros divinos están vinculados los tres círculos temporales, y a los círculos temporales los tres enigmas del Mal. El Pecado del Mundo fluye de la entraña del día, está en el hilo angustioso de las horas, en lo que pasa y no vuelve jamás, en lo que acaso nunca ha sido. El Mundo, en su interpretación teológica de enemigo del alma, simboliza el mudar de las cosas y el cuidado que ponemos en ello. Toda nuestra vida es una mirada atrás, y un recordar para saber. El Mundo nos aprisiona en el círculo de sombra que cada hora difunde, y nos veda el conocimiento contemplativo, la comunión con el Paracleto. Su alegoría es la serpiente enroscada a los pies de la paloma: Su enigma, el Pasado.

El Demonio encarna en nosotros la culpa angélica, por eso libertados del hilo de las horas, y desnudos de la tierra, perduramos en él: Nexo en tantos dolores y mudanzas como padecemos, no nos deja jamás, y está del lado de la vida como del lado de la muerte: Tiene una eternidad estéril, sin quietud, sin amor, sin posibilidad creadora, desmoronándose en todos los instantes y volviendo a nacer en cada uno: Es el que grana el rencor y la envidia, la aridez y el odio. Es la sierpe satánica del yo, la ondulación que atraviesa por todos mis días, la que los junta y me dice quién soy. Su enigma es el Presente: Su alegoría, el alado dragón que, obstinado en ser divino, vuela en el *Horus* del Pleroma.

La Carne es el pecado nefando, aquel goce sensual donde se relaja y profana la Idea Creadora. Es la lujuria estéril que no perpetúa la vida en la entraña de la mujer con el sagrado semen: El Íncubo, Sodoma y Onán. Su alegoría es la serpiente enroscada al árbol de la vida: Su enigma, el Futuro. El Monstruo de la Lujuria libra sus combates contra el numen fecundo que los antiguos representaban con aquel mítico coro de mancebos desnudos y fuertes, que enlazados los brazos y las voces van en carrera veloz agitando la antorcha bajo la bóveda estrellada. El concepto teológico de los antiguos, está animado por las infinitas posibilidades del Logos Espermático. Viendo nacer el sol en el alba del

primer día, los hombres caminaron hacia el Oriente para ser dueños de la luz. Ágiles y saltantes, iban con ellos los sátiros, los faunos y los silvanos. Trenzaban los sátiros las patas de chivo con el impulso sagrado de correr la tierra, reían los faunos, se coronaban de acanto los silvanos, y los hombres cantaban con el ritmo alegre que conduce las almas a través de los sueños…

Pero durante la noche, en el gran silencio del mundo, los hombres se sintieron sobrecogidos por el enigma de su Destino. Un enigma rudo como aquel primer sendero que abrían peregrinando sobre la tierra, para llegar a los Reinos del Sol. Desde entonces el pensamiento del mañana se hermanó en cada una de sus jornadas con el pensamiento de la muerte y fue creciendo con ellas. Aquel primer sendero abierto en los bosques abría otro sendero de luz en la conciencia de los hombres. Y aún cantaba la tribu nómada: ¡Más allá! ¡Más allá! Ninguno llevaba el cuento de las jornadas. Debía hacer mucho tiempo que peregrinaban, porque el enigma de la muerte empezaba a cubrir sus almas, como la sombra de las montañas cubre la llanura al tramonto del día. Fue una desde entonces, en las conciencias, la idea de la muerte y de la vida. Pero la risa de los faunos y la siringa de los sátiros, y la danza trocaica de los silvanos aún estremecen los bosques, y los hombres no han dejado nunca de oír a los genios inmortales.

En el comienzo del mundo los sentidos exaltados son conducidos por los siderales corceles. El arte arcaico es una creación de panidas que se desenvuelve en la eternidad de las formas, mientras que el arte alejandrino, creación de atormentados, se desenvuelve en el secreto de la conciencia, noción mística engendrada por el recuerdo de las horas pasadas. El arte alejandrino es la expresión estética del enigma singular de cada vida. Al modo que esta senda conduce a la quieta unidad, la otra conduce a la universal armonía, y abierta en infinitos brazos como un río paternal, se derrama en la selva del sol. Enlace de uno y otro camino tan contrarios es el Símbolo del Verbo. Lo que pasó y lo que está por venir se juntan en la eternidad del enlace. Pero la serpiente al morder la manzana en el árbol del mundo, quedó prisionera en el seno difuso de las horas, y en esta prisión levanta sus tres cabezas rebeldes contra la Divina Tríada. Una cabeza mira atrás, otra mira adelante, otra muerde el corazón del mundo. De cada cabeza brota la llama de un pecado distinto.

IX

A LOS TRES CENTROS DIVINOS ESTÁN VINCULADOS LOS TRES CÍRCULOS DEL TIEMPO, Y

al Tiempo los tres enigmas del Mal. La Carne peca contra el Padre. El Demonio peca contra el Verbo. El Mundo peca contra la comprensión extática que resplandece en el Paracleto.

EL QUIETISMO ESTÉTICO

TOLEDO es una vieja ciudad alucinante. Yo he sentido bajo sus arcos que se desmoronan el paso de la muerte, la densidad de los siglos, el fluir continuo de las horas como la arena de un reloj… Las crónicas, las leyendas, los crímenes, los sudarios, los romances, toda una vida de mil años parece que se condensa en la tela de una araña, en el huso de una vieja, en el vaivén de un candil. Sentimos cómo en el grano de polvo palpita el enigma del Tiempo. Toledo es alucinante con su poder de evocación. Bajo sus arcos poblados de resonancias, se experimenta el vértigo como ante los abismos y las deducciones de la Teología. Estas piedras viejas tienen para mí el poder maravilloso del cáñamo índico, cuando dándome la ilusión de que la vida es un espejo que pasamos a lo largo del camino, me muestra en un instante los rostros entrevistos en muchos años. Toledo tiene ese poder místico: Alza las losas de los sepulcros y hace desfilar los fantasmas en una sucesión más angustiosa que la vida.

La ciudad alucinante ha tenido un artista también alucinante que alumbra como un cirio de cera en esta gran penumbra de piedras góticas: Domenico Theotocópuli tiene la luz y tiene el temblor de los cirios en una procesión de encapuchados y disciplinantes. Parece estremecido por un rezo de brujas. Cuando se penetra en las iglesias donde están sus pinturas, aún escuchamos el vuelo de aquel espíritu bajo las lámparas de los altares, un vuelo misterioso y tenebroso que junta los caprichos del murciélago y la quietud estática de la Paloma Eucarística. En la penumbra de las capillas los cuadros dan una impresión calenturienta, porque todas las cosas que están en ellos han sufrido una transfiguración. Sobre los fondos de una laca veneciana y profunda están los rostros pálidos que nos miran desde una ribera muy lejana. Las manos tienen actitudes cabalísticas, algo indescifrable que enlaza un momento efímero con otro momento lleno de significación y de taumaturgia. Esta misma significación, esta misma taumaturgia tiene el ámbito sepulcral de Toledo. En el vértigo de

evocaciones que producen sus piedras carcomidas prevalece la idea de la muerte como en el trágico y dinámico pincel de Domenico Theotocópuli.

I

TODAS LAS COSAS SE MUEVEN POR ESTAR QUIETAS, Y EL VÉRTIGO DEL TORBELLINO ES EL ÚLTIMO TRÁNSITO PARA SU QUIETUD. ATRACCIÓN ES AMOR, Y AMOR ES GRACIA EXTÁTICA.

TOLEDO es a modo de un sepulcro que guarda en su fondo huesos heroicos recubiertos con el sórdido jirón de la mortaja, y cuando todas sus piedras se hayan convertido en polvo se nos aparecerá más bello, bello como un recuerdo. Toledo solo tiene evocaciones literarias, y es tan angustioso para los ojos, como lleno de encanto para la memoria. En nuestras creaciones bellas y mortales, las imágenes del mundo nunca están como los ojos las aprenden, sino como adecuaciones al recuerdo. En el recuerdo todas las cosas aparecen quietas y fuera del momento, centros en círculos de sombra. El recuerdo da a las imágenes la intensidad y la definición de unidades, al modo de una visión cíclica. El recuerdo es la alquimia que depura todas las imágenes, y hace de nuestra emoción el centro de un círculo, igual al ojo del pájaro en la visión de altura. Las nociones de lugar y de tiempo se corresponden como valores del quietismo estético: El águila, cuando vuela muy alto, parece tener las alas quietas, y todas las cosas que pasaron y son recordadas, quedan inmóviles en nosotros, creando la unidad de conciencia. La quietud es la suprema norma. Si purificásemos nuestras creaciones bellas y mortales de la vana solicitación de la hora que pasa, se revelarían como eternidades. Todas las imágenes del mundo son imperecederas y solo es mudable nuestra ordenación de las unas con las otras. Con relación a lo inmutable, todo es inmutable, y el alma que sabe hacerse quieta se convierte en centro, de tal suerte que, en la relación con ella, todo queda polarizado e inmóvil. El encanto del tiempo pasado está en la quietud con que se representa en el recuerdo. Así las viejas y deleznables ciudades castellanas son siempre más bellas recordadas que contempladas, ciudades como aquellas desaparecidas hace

mil años, las que nunca hemos visto, y las mismas ciudades malditas castigadas y abrasadas por el fuego del Señor.

II

EN LAS CREACIONES DEL ARTE, LAS IMÁGENES DEL MUNDO SON ADECUACIONES AL RECUERDO DONDE SE NOS REPRESENTAN FUERA DEL TIEMPO, EN UNA VISIÓN INMUTABLE.

DE todas las rancias ciudades españolas, la que parece inmovilizada en un sueño de granito, inmutable y eterno, es Santiago de Compostela. La ciudad de las conchas acendra su aroma piadoso como las rosas que en las estancias cerradas exhalan al marchitarse su más delicada fragancia. Rosa mística de piedra, flor románica y tosca, como en el tiempo de las peregrinaciones conserva una gracia ingenua de viejo latín rimado. Día por día, la oración de mil años renace en el tañido de sus cien campanas, en la sombra de sus pórticos con santos y mendigos, en el silencio sonoro de sus atrios con flores franciscanas entre la juntura de las losas, en el verdor cristalino de sus campos de romerías, con aquellos robles de excavado tronco que recuerdan las viviendas de los ermitaños.

En esta ciudad petrificada huye la idea del Tiempo. No parece antigua, sino eterna. Tiene la soledad, la tristeza y la fuerza de una montaña. Sus piedras no exhalan esa impresión de polvo, de vejez y de muerte que exhalan las ruinas de Toledo. En su arquitectura la piedra tiene una belleza tenaz macerada de quietismo, y las ciudades castellanas son deleznables y sórdidas como esos pináculos de calaveras que se desmoronan en los osarios. Ciudades amarillas, calcinadas y desencantadas, recuerdan el todo vanidad de las cosas humanas. Acaso sus hastiales de adobe tienen las evocaciones de una crónica que en bárbaro latín reza loores de santos y hazañas de reyes, acaso sus claustros que se desmoronan bajo el encalado moruno, juntan a la emoción ascética, una emoción literaria, pero su ámbito sin resonancias nunca es bello con la belleza de la arquitectura, toda fuerza y armonía, sonoridad y quietud. El romance es lo único

que vive con vida potente en el cerco de estas ciudades de adobe, donde solo por acaso se encuentra algún sillar más fuerte que los siglos. Y Compostela, como sus peregrinos de calva sien y resplandeciente faz, está llena de una emoción ingenua y románica de que carece Toledo. Toledo es en todos sus momentos la calavera que ríe con tres dientes sobre el infolio de un anacoreta, y dice que todo es polvo. La ciudad castellana, evocadora como una crónica, sabe de reyes y reinas, de abades y condes, de frailes inquisidores y de judíos mercaderes. En Toledo cada hora arrastró un fantasma distinto. Pero Compostela, inmovilizada en el éxtasis de los peregrinos, junta todas sus piedras en una sola evocación, y la cadena de siglos tuvo siempre en sus ecos la misma resonancia. Allí las horas son una misma hora eternamente repetida bajo el cielo lluvioso.

III

SOLO BUSCANDO LA SUPREMA INMOVILIDAD DE LAS COSAS PUEDE LEERSE EN ELLAS EL ENIGMA BELLO DE SU ETERNIDAD.

LAS almas menores son eternas enamoradas de lo perecedero, el movimiento las llama y pone en vela porque siempre es más advertido que la quietud. Así sucede con la estrella fugaz que pasa por el cielo y desaparece, en tanto que la estrella fija permanece perdida en la inmensidad y en el número. La relación efímera de las conciencias con el mundo es como el polvo de los caminos cuando pasan los rebaños, y el arte que engendra tampoco vale más que una ráfaga de polvo. Y acontece en este sutil adoctrinamiento estético, que lo efímero no sea lo que vuela más ligero en las horas, sino aquello que aun pasando tardo apenas labra surco en la memoria. La chispa luce fugaz en el pedernal, y, sin embargo, lo define mejor que la forma, porque va unida a todas las mudanzas y en todas las horas puede brotar. La chispa revela la íntima substancia.

Descubrir en el vértigo del movimiento la suprema aspiración a la quietud es el secreto de la estética. Amamos la vida porque sabemos que al final del camino está la muerte, y somos como las sombras de una tragedia que solo alcanzan plenitud de belleza en aquel gesto que presagia su Destino. Entonces la ráfaga de

violencias adquiere la significación de la quietud, porque un instante basta a revelar el sentido inmutable de la órbita. Decía Leonardo que el movimiento solo es bello cuando recuerda su origen y define su término, y lo comparaba con la línea de la vida en los horóscopos. El quietismo estético tiene esta fuerza alucinadora. Inicia una visión más sutil de las cosas, y al mismo tiempo nubla su conocimiento porque presiente en ellas el misterio. Es la revelación del sentido oculto que duerme en todo lo creado, y que al ser advertido nos llena de perplejidad. Cuando los ojos quieren mirar fuera de la caverna obscura quedan ciegos de luz, *Divina Caligo* de cuantos alcanzan una comprensión del mundo más allá de la enseñanza temporal y mortal de los sentidos. Como Ireneo Alejandrino, el iniciado no mira el vuelo de la flecha porque penetra en la conciencia del arquero. Sabedor de los destinos, es sabedor de los caminos, sin ser ellos desenvueltos. Y el camino de la flecha estuvo antes en el ojo y en la mente del arquero.

IV

PARA EL OJO QUE SE ABRE EN EL GNÓSTICO TRIÁNGULO, TODAS LAS FLECHAS QUE DISPARA EL SAGITARIO ESTÁN QUIETAS.

EN los comienzos de mi iniciación estética solo tuve ojos para gozar y amar el divino cristal del mundo, ojos como los pájaros que cantan al alba del sol. Todas las formas y todas las vidas me decían el secreto inefable del Paraíso, y me descubrían su lazo de hermandad conmigo. Ninguna cosa me era ajena, pero yo sentía la congoja del místico que sabe engañoso su camino. Las horas aún labraban una continua mudanza en mi conciencia, y el alma, eterna peregrinante, se desarraigaba del goce que conocía, para buscar un goce desconocido. En esta ansia divina y humana me torturé por encontrar el quicio donde hacer quieta mi vida, y fui, en algún modo, discípulo de Miguel de Molinos: De su enseñanza mística deduje mi Estética. Yo también quería advertir en la vana mudanza del mundo la eterna razón que lo engendra en cada instante, creando la divina identidad de todos los ayeres con todos los mañanas. Fue una

áspera disciplina hasta encontrar la norma estética sobre el mismo sendero que conduce a la beata quietud. Estaba solo, sin otra alma que me adoctrinase, y caminaba en noche obscura. Solamente me guio el amor de las musas.

Ambicioné que mi verbo fuese como un claro cristal, misterio, luz y fortaleza. En la música y en la idea de esta palabra cristal, yo ponía aquel prestigio simbólico que tienen en los libros cabalísticos las letras sagradas de los pantáculos. Concebía como un sueño, que las palabras apareciesen sin edad, al modo de creaciones eternas, llenas de la secreta virtud de los cristales. Y años enteros trabajé con la voluntad de un asceta, dolor y gozo, por darles emoción de estrellas, de fontanas y de yerbas frescas. Como un viejo alquimista busqué el rostro de su inocencia en el espejo mágico, y quise verlas nacer de la entraña del día, rosas délficas llenas de luz y llenas de esencia. Me torturé por sentir el estremecimiento natal de cada una, como si no hubiesen existido antes y se guardase en mí la posibilidad de hacerlas nacer.

Fue un feliz momento aquel en que supe purificar mis intuiciones de lo efímero, y gozar del mundo con los ojos divinizados. Igual que en las palabras, escudriñé en las acciones humanas una actualidad eterna, y vi desenvolverse las vidas por caminos sellados como la pauta de las estrellas. En estas horas fue mi maestro Pico de la Mirándola. Iniciado en parte de su ciencia, tuve como dos intuiciones, la mudable de los ojos y otra quieta, que por ser del alma despojaba todas las imágenes de la vana solicitación de la hora que pasa, y las llenaba de eternidad. ¡Pero cuánta aridez y desgana a lo largo del sendero, antes de poder imaginarme esta vida mía en el comienzo y en el final de las edades separada por siglos de siglos, y en los dos polos hallarla una! Obseso de aquella ciencia alejandrina, quería descubrir en las cosas el secreto de lo que habían sido, y el secreto de lo que estaban llamadas a ser, para alcanzar su significado hermético, en la conjunción fugaz que tenían conmigo. Y maceré mis intuiciones con el fervor de descubrir en las formas su razón eterna, y en las vidas su enigma de conciencia. Y un día, por la maravillosa escala de la luz peregrinó mi alma a través de vidas y formas para hacerse unidad de amor con el Todo. Desde una ribera muy remota contemplé mi sombra desencarnada y conté sus pasos sin eco.

V

CUANDO NUESTRA INTUICIÓN DEL MUNDO SE DESPOJA DE LA VANA SOLICITACIÓN DE LA

HORA, SE OBRA EL MILAGRO DE LA ETERNA BELLEZA.

DE todas las imágenes entrevistas un instante a lo largo del camino, parece que se han desprendido las divinas sombras ejemplares, y que van con nosotros y que se inclinan para verse en los remansos del alma, como los sauces en las fuentes claras. Y por el hilo sutil de esta mística verdad, me vino aquella otra verdad de que ninguna cosa del mundo es como se nos muestra, y que todas acendran su belleza en los cristales del recuerdo, cuando se obra la metamorfosis de los sentidos en la visión interior del alma. Solo la memoria alcanza a encender un cirio en las tinieblas del Tiempo. Todo el saber es un recuerdo. El Adamita al morder la simbólica manzana, contaminó de ciencia y de experiencia el inmaculado conocer de los sentidos, y desapareció de los ojos aquella visión gozosa del mundo, que aun cambiando bajo los números del sol, era quieta. Antes del pecado, la gracia colmaba las almas, y la vida en sus espejos era eterno renacer, y toda la tierra era Paraíso. Las almas moraban siempre felices en el quicio beato del instante único, siempre cubiertas del rocío de la primera aurora, siempre encantadas ante el nacimiento del mundo. Gracia plena de amor en todos los instantes, por todas las formas y todas las vidas, creaba el eterno instante. Y ahora, alma mía, solo tienes cinco caminos de tierra por donde volver al goce quieto del mundo, cinco estrellas se encienden sobre ellos, y abren sus círculos en tu noche obscura, son las cinco rosas de la memoria. Era la intuición un divino cristal, y lo quebró el pecado. Las almas cegaron, y el dolor de la culpa fue conciencia de la hora pasada y conjetura de la venidera. En las mudanzas del mundo solo hallaron los hombres el terror de la muerte. El inmaculado conocer de los sentidos se manchó de ciencia y de experiencia, la geometría lo profanó con sus tres pautas de dimensión: Tres caminos cronológicos, tres modos de la idea. El alma aún quiso volar, redimirse de su silo de tierra, pero los ojos estaban llenos de sombras, y como habían perdido la gracia extática de ser centros, no podían volver a sellar en una mirada el círculo del horizonte: Habían de pasar sobre su curva remota, desenvolverla y recordarla, para que la memoria, después de haber aprendido sucesivamente, sacase de sí un círculo de conocimiento. Se le negó a los ojos contemplar la forma cabal de la esfera. Solo en la suma de

todas las miradas puede engendrarse la ideal mirada fuera del Tiempo. Alma mía, dedúcela de ti, vuelve a sellar las tres mesuras geométricas en una sola mesura, intuición absoluta de la Idea. Las imágenes se suceden a lo largo del camino, pasan como las horas, pero su gesto extático queda reflejado en el fondo de la conciencia.

VI

PARA QUE EL RECUERDO SE HAGA QUIETUD Y VISIÓN INTERIOR, OLVIDEMOS LOS CAMINOS POR DONDE NOS LLEGA, COMO CUANDO LA NAVE LLEGA AL PUERTO OLVIDA EL OFICIO DE LA VELA Y DEL REMO, QUE AMABA DECIR MIGUEL DE MOLINOS.

ESTOS mis ojos de tierra están tristes de mirar y de amar. Yo, sin embargo, cuando evoco las imágenes desvanecidas a lo largo del camino, siempre procuro olvidarme de que son los ojos que han visto. La conciencia, como ha depurado mis intuiciones, me ayuda para este logro, y todas las imágenes que estuvieron un momento en los ojos se me aparecen desintegradas de sus cristales, a modo de creaciones innatas. Recuerdo que en aquellos comienzos de mi adoctrinamiento estético, cuando aún caminaba por caminos de pecado, fue tan vivo mi ardor por alcanzar la intuición quietista del mundo, que caí en la tentación de practicar las ciencias ocultas para llegar a desencarnar el alma y llevar el don de la aseidad a su mirada. Y esta quimera ha sido el cimiento de mi Estética, aun cuando no hallé en las artes mágicas el filtro con que hacerme invisible y volar en los aires, como aquella Sor María del Valle y de la Cerda. Teofrasto Paracelso, sin embargo, me enseñó que la mirada mortal es algo tan efímero que puede compararsela con el punto que vuela, como decía de la línea recta el divino Platón.

Son de tierra los ojos, y son menguadas sus certezas. Cada mirada apenas tiende un camino de conocimiento a través de la esfera que se cierra en torno de todas las cosas, y que en infinitos círculos guarda la posibilidad de las infinitas conciencias. La unidad del mundo se quiebra en los ojos, como la unidad de la

luz en el prisma triangular de cristal. Es preciso haber contemplado emotivamente la misma imagen desde parajes diversos, para que alumbre en la memoria la ideal mirada fuera de posición geométrica y fuera de posición en el Tiempo. Las pupilas ciegas de los dioses en los mármoles griegos, simbolizan esta suprema visión que aprisiona en un círculo todo cuanto mira. Es la gracia plural y matinal que tienen los viejos poemas y las viejas piedras de la arquitectura. ¡Gracia plural, gracia religiosa, comunión con la eterna substancia!

La expresión estética llena de luz como una estrella, centro de amor y de conocimiento, solo puede nacer de la visión cíclica. La expresión estética es un divino cristal, los viejos poemas y las viejas piedras de la arquitectura tienen la claridad del día, parecen creaciones eternas alumbradas bajo la gran turquesa azul, en la pauta de los números solares rimadores de toda vida. Su palpitación oceánica y profunda está inundada de amor y de sangre, tiene la armonía y la plenitud generosa del apolíneo sol en conjunción con la tierra madre, paridora y devoradora de carne humana. Los pueblos son círculos de almas con la mirada ciega de los dioses, la mirada eternamente quieta, llena de símbolo. Dentro de este karma esotérico y fatal, el poeta abre el karma suyo como otro círculo. El Padre Homero es la voz de las islas doradas, en sus hexámetros canta la lujuria solar de dioses y bestias. Aún no se han borrado las huellas del celeste toro en la orilla del mar azul, aún suenan en pastoriles flautas alegres dianas, y al obscurecer de la tarde, cuando vuelan de las ruinas de mármol los pájaros de largas alas, resucita el viento entre los últimos laureles, el reposado murmullo de los diálogos socráticos, estelar filosofía transmigrada de mitos y fábulas.

Y tú, alma mía, abre las alas gnósticas para volar, para entender. Solo la mirada extática puede hacerte centro de amor y de conocimiento. Pero en tanto mires las cosas con codicia de buena pro, estás ciega. Sal del silo de barro, ama y desea con el corazón del mundo, crea en ti la voluntad de estar en todo, transmigra a través de vidas y formas, sé el ansia de cada una y las infinitas ansias. Mira al árbol como lo mira el labrador cuando recoge el fruto, y el peregrino que busca la sombra, y el pájaro en los aires para hacer el nido, y la oruga enroscada en la hoja verde. Sé para el árbol Universo. Míralo con los ojos de todas las criaturas, ámalo con todas sus codicias, limpia de lucros, olvidada de ti y de tus fines mundanos. Trueca en eucarístico don la mirada egoísta del labrador, la del peregrino, la del pájaro, la de la oruga, purifica en tus ojos la voluntad tiránica y desenamorada del mundo.

VII

PEREGRINO DEL MUNDO, SI MIRAS CON TODOS LOS OJOS AMARÁS CON TODOS LOS CORAZONES, Y TU INTUICIÓN SERÁ UN CÍRCULO.

YO conocí a una santa siendo niño, y nunca me fue acordada mayor ventura. Después de muchos años he vuelto como un peregrino a visitar el huerto de rosales donde en la tarde azul, la tarde que es como el símbolo de toda mi infancia, tuve la revelación de aquella santidad. Al final del camino de cipreses, en la escalinata de piedra, estaba sentada mi Madrina. Leía bajo un vuelo de palomas con el libro devoto abierto en la falda. Aún recuerdo cómo me sentí penetrado de la gracia de su mirar ideal y cándido. Aún evoco y revivo en mí la emoción sagrada. Otras muchas veces había visto a mi Madrina en igual actitud, al término del camino de cipreses que se juntaban en una sucesión de pórticos, y solamente en aquella tarde de leyenda piadosa gusté tan inefable alegría al contemplarla. Bajo la sombra de los viejos cipreses, mi alma de niño enlazaba la emoción estética y la emoción mística, como se enlazan en la gracia de la rosa color y fragancia. Acaso fue aquella mi primera intuición literaria: Yo había llegado a encarnar en la substancia de la vida y en sus sombras más bellas las historias piadosas y los cuentos de princesas que mi abuela me contaba.

La tarde azul en el huerto de rosales fue el momento de una iniciación donde todas las cosas me dijeron su eternidad mística y bella. Yo guardé aquel secreto de emociones con el recelo del niño que advierte cómo no puede ser entendido el misterio de su alma y teme profanarlo. Así callando, celando un día y otro día, el secreto infantil y cándido se convirtió en un anhelo doloroso que llenó de angustia mi infancia, que hizo gemir como un arco mi adolescencia, que ahora en la vejez me salva y me vuelve a Dios. A los nueve años me enamoré de mi Madrina. Y no he comprendido jamás cómo aquella sombra amable y bella que pasó tan de prisa por el mundo se me reveló en la tarde lejana con su encanto de azucena celeste, cuando tantas veces la había visto sin alcanzar nada de su perfume ni de su gracia. Pero desde aquel momento todos sus actos se me aparecieron llenos de un divino significado. Mi Madrina me mostraba las

estampas de su libro devoto, cortaba las rosas, sonreía mirando una estrella, y todas sus acciones, al sucederse me parecían la misma, porque todas estaban ungidas de una emoción igual y única. Mi Madrina era llena de gracia, y ninguna cosa en el mundo podía cambiar el sentido de su vida, que decía siempre Amor. Contemplando a mi Madrina durante horas enteras, yo experimentaba una sola emoción inefable y sutil que ascendía por luminosa escala a divinas estancias: Tránsito, Arrobo, Deliquio, Éxtasis. Mi alma era entonces en su amanecer de cristal y hallábase apta para comprender el sentido esotérico del mundo: Todo nacía para ella y todo le contaba el misterio del nacer. Y mi Madrina, en la más leve de sus sonrisas, decía su destino celeste, como si en cada una de ellas volviese a ser y se contuviese toda entera. Tal en la forma eucarística la substancia eterna.

VIII

APRENDAMOS A DESCUBRIR EN CADA FORMA Y EN CADA VIDA AQUEL ESTIGMA SAGRADO QUE LAS DEFINE Y LAS CONTIENE.

DOMENICO Theotocópuli, bajo la insignificancia de nuestras actitudes cotidianas sabía inquirir el gesto único, aquel gesto que solo ha de restituirnos la muerte. En el hospital de San Juan Bautista está colgado a la sombra del presbiterio el retrato del Cardenal Tavera. Una figura monástica, de ojos cavados y macerada sien. Domenico Theotocópuli parece ser que no había visto nunca a ese terrible místico, y alguien cuenta que la pintura donde le representa es una evocación hecha sobre la máscara mortuoria calcada por Alonso Berruguete. Confirmado está en papeles viejos que cuando el pintor cretense llegó a la ciudad castellana ya se cumplían treinta años desde que había pasado por el mundo el prócer cardenal Don Juan de Tavera. Pero la máscara donde la muerte con un gesto imborrable había perpetuado el gesto único, debió ser como la revelación de una estética nueva para aquel bizantino que aún llevaba en su alma los terrores del milenario y las disputas alejandrinas.

¡Cuántas veces en el rictus de la muerte se desvela todo el secreto de una vida! Hay un gesto que es el mío, uno solo, pero en la sucesión humilde de los

días, en el vano volar de las horas, se ha diluido hasta borrarse como el perfil de una medalla. Llevo sobre mi rostro cien máscaras de ficción que se suceden bajo el imperio mezquino de una fatalidad sin transcendencia. Acaso mi verdadero gesto no se ha revelado todavía, acaso no pueda revelarse nunca bajo tantos velos acumulados día a día y tejidos por todas mis horas. Yo mismo me desconozco y quizá estoy condenado a desconocerme siempre. Muchas veces me pregunto cuál entre todos los pecados es el mío, e interrogo a las máscaras del vicio: Soberbia, Lujuria, Vanidad, Envidia, han dejado una huella en mi rostro carnal y en mi rostro espiritual, pero yo sé que todas han de borrarse en su día, y que solo una quedará inmóvil sobre mis facciones cuando llegue la muerte. En ese día de la tierra, cuando los ojos con las pestañas rígidas y los párpados de cera se hundan en un cerco de sombra violácea; cuando la frente parezca huir levantando las cejas; cuando la nariz se perfile con una transparencia angustiosa; cuando la mandíbula, relajada en sus ligamentos, ponga en los labios una risa que no tuvieron jamás, sobre la inmovilidad de la muerte recobrará su imperio el gesto único, el que acaso no ha visto nadie y que, sin embargo, era el mío… Contemplémonos en nosotros mismos hasta descubrir en la conciencia la virtud o el pecado raíz de su eterna responsabilidad, y la veremos quieta y materializada en un gesto.

IX

El quietismo estético es la significación más expresiva de las cosas, en un nuevo entrever.

ESTE sentido astrológico del mundo, que parece desencarnar las almas de los cuerpos, que advierte en todas las acciones un significado sobrenatural, que conoce el gesto único de cada vida y lo llena de eternidad, de responsabilidad y de misterio, estremeció mi alma de niño como un viento nocturno. Aún recuerdo la angustia de mi vida en aquel tiempo, cuando estudiaba latín bajo la férula de un clérigo aldeano. Todos los sucesos de entonces se me aparecen en luz de anochecer y en un vaho de llovizna. Nos reuníamos en la cocina: El ama, con el gato en la falda, asaba castañas, el clérigo

leía su breviario, yo suspiraba sobre mi Nebrija. Llamaban a la puerta, en el regazo del ama avizorábase el gato, y entraba una vieja que acudía a la vela después de las cruces. Era ciega, ciega desde mocina, ciega de las negras viruelas. Sabía contar cuentos, y todos tenían una evocación nocturna: Cielo estrellado, sombras de árboles, viento húmedo, luces por los caminos, mal tas por el filo de las tejas. Entraba con un estremecimiento de frío, llena de luna y de campo. Sus cuentos nunca sucedían en el mundo de nuestros sentidos. Tenían un paisaje translúcido. Eran relatos campesinos que convertía en mitos el alma milenaria de aquella aldeana ciega, parecían grimorios imbuidos de poder cabalístico, tan religioso era el respeto que ponía en el signo de algunas palabras. Las figuras, el ondular de los ropajes, el rumor de las pisadas, el temblor de las almas, las vidas y las muertes, todo estaba lleno de taumaturgia y de misterio. Emanaba una sensación de silencio de aquellos relatos forjados de augurios, de castigos, de mediaciones providenciales, y el paisaje que los ojos de la narradora ya no podían ver, tenía la quietud de las imágenes aprisionadas en los espejos mágicos.

Antes de cegar había sido costurera, y guardaba del campo una visión de anochecido, cuando finada la tarea iba a las cruces. La iglesia, entre cipreses, tenía un atrio verde cubierto de sepulturas. Era en medio de maizales y caminos luneros. Aquel paisaje acendrado, inmovilizado, embalsamado de recuerdos, era el de sus historias. Todas las cosas estaban imbuidas de un misticismo estático: Las almas en pena, las mozas ofrecidas, los robos y las muertes se mezclaban en acciones profundas y silenciosas que más parecían vistas por las estrellas del cielo que por ojos humanos. Desaparecía la idea temporal, eran acciones contempladas por una conciencia difusa, milagrera y campesina, la conciencia de un karma. Y al modo que acontece en los sueños, la lógica espiritual de las acciones quebrantaba la lógica de los cuerpos. Aquella ciega de aldea cuando contaba sus historias parecía estar mirándolas en el fondo de su alma, algunas tenían el terror trágico de los poemas primitivos, sobre otras pasaba el vuelo inocente de los ángeles. El alma de la ciega era como un caracol marino lleno de resonancias, oía las voces de cien generaciones, estaba llena del rumor de los maizales, y los cuentos que contaba parecían nacidos a lo largo de las veredas bajo el influjo de la Luna. ¡Felices los ojos que ciegan después de haber visto, porque purifican su conocimiento de geometría y de cronología! Para que nuestras creaciones bellas y mortales sean divinas pautas, penetremos religiosamente bajo ese arco de luz donde todas las cosas son cerca y lejos, rotos

los lazos del lugar y de la hora.

X

SOLO EL ALMA QUE APRENDE A DESENCARNARSE PUEDE DESVELAR EL ENIGMA DEL QUIETISMO ESTÉTICO.



LA PIEDRA DEL SABIO

ANOCHECIDO, cuando bajaba del monte hacia mi casa, impensadamente, en el trillado del sendero di con una sierpe partida en dos pedazos que se retorcían sobre la arena. Una piedra estaba en medio del paso, y un pastor sobre las bardas. Sentí repugnancia, algo como grima agorera, y me detuve queriendo penetrar el sentido oculto de aquella sierpe cercenada que se retorcía sobre mi camino, por volver a juntarse en sus pedazos. Atemorizado hallé el símbolo de mi vida, también estaba rota, también se debatía bajo la losa de los remordimientos. Y al caminar de nuevo, puesto a pensar en los afanes de otro tiempo, los miré tan ajenos que casi no me parecieron míos. Pero las negras horas del pecado aún tenían una palpitación de sangre, y recordé a la sierpe que se retorcía sobre el sendero del monte, y tuve miedo de que se juntasen sus pedazos. Acaso hubiera vuelto atrás, pero se me representó el pastor sobre las bardas, dorado por el sol poniente como un arcángel, y solamente hice la señal de la cruz.

He llegado a ese momento en que se siente a la muerte tejer sus velos, cuando la conciencia nos dice que se ha cumplido todo nuestro Destino. Voy por el mundo con los ojos vueltos atrás, estoy lleno de recuerdos como si hubiese vivido mil años. En una gran tiniebla, sobre un vasto mar de naufragio, se me representa mi vida. —Algunos viejos recuerdan tiempos de su mocedad con una sonrisa iluminada, que yo comparé otras veces a los rayos del sol poniente en los cristales de las altas torres, pero mi recordar es dañino, adusto y opresor como la carlanca de un mastín. Yo estoy obseso de remordimientos, estas larvas de un pasado que no se ama, que no puede amarse, son mis agonías de conciencia. ¡Esclavo de los instintos fui violento, torvo y heridor, llené mi alma de rencores, la arrastré desnuda por camino de cardos, pasé en una ráfaga con los malos espíritus, y cuando ya no me queda sino una breve tarde, advierto cómo fueron carnales las ansias que me consumieron, y todo tan lejos, tan deleznable, tan

ajeno a lo que debiera haber sido y al amor que me estaba reservado!…

He vivido en el grano de cada instante, sobre oleajes de tormenta y lenguas de llama. Fui el creador de un mundo de miserias que mi alma desencarnada habrá de contemplar desde su estrella. A lo largo de los caminos por donde he ido, queda mi sombra en velos invisibles para los ojos mortales, presiento el sentido eterno de mis acciones, tengo la intuición de sus círculos que han de ser cilicios en carne espiritual. En este momento mi cadena de sombras sufre, llora y peca, como sufrí, lloré y pequé. Mi vida se repite en el mundo incorpóreo de los fantasmas, y cuando llegue la muerte, con el alma libre de la cárcel de barro, veré todo el pasado en el círculo eterno de las sombras mías. La forma carnal se despoja en todos los instantes de una parte impalpable de sí misma, y deja su rastro a lo largo del camino. Por donde una vez pasamos, allí perduramos. ¡Y todo perdura igual!

I

MIRAR ATRÁS CON EL DOLOR DE HABER VIVIDO, ES PASAR BAJO EL ARCO DE LA MUERTE.

YA Zenón de Elea había presentido que la flecha que vuela está inmóvil, pero como era sofista no supo demostrarlo por los caminos de la verdad, y acudió a engañosas sutilezas. La eterna inmovilidad de la flecha no puede ser referida a la conjunción efímera con nuestros ojos, sino a la visión gnóstica que solo alcanzan los iniciados, como enseña la ciencia alejandrina guardada en la *Tabla de Esmeralda*. Hay siempre una estrella remota adonde los rayos de nuestra vida solar llegan al cabo de los siglos, y el espíritu allí desencarnado puede ver a la flecha partir del arco tenso, cuando ya se ha perdido en el mundo la memoria del arquero. Y así las almas de los muertos pueden ser evocadas en las prácticas nigrománticas, ciencia negra que las fuerza a pasar por un zodíaco desde donde vuelven a contemplar su vida carnal. ¡Acaso el César Juliano, que tanto amó la bóveda celeste, mira hoy desde un sol apagado volar la flecha que desde hace quince siglos lleva clavada en el corazón! ¡Acaso está viviendo su vida en aquel extremo dolor, un dolor que puede hacerse eterno transmigrando a

través de los espacios siderales!

Pero de la corona solar a mi cárcel mortal apenas llega un rayo, el haz que brota de la entraña encendida se quiebra infinitamente para llegar a mí, y el dardo de luz, mínima comprensión de la celeste esfera, es cuanto pueden alcanzar los ojos, que nacidos de la tierra son sobre la tierra dos gusanos. Del error con que los ojos conocen nace la falsa ideología de la línea recta y todo el engaño cronológico del mundo. El Tiempo es como una metamorfosis del rayo del sol, un instante que vuela, mínima intuición de la esfera espacial y luminosa, como es la línea recta un punto que vuela, mínima intuición de la esfera geométrica y tangible. Siempre engañados, siempre ilusionados, nuestros ojos quebrantan los círculos solares para deducir la recta del rayo. Y paralelamente la conciencia quebranta el círculo de las vidas para deducir la recta del Tiempo. Consideramos las horas y las vidas como yuxtaposición de instantes, como eslabones de una cadena, cuando son círculos concéntricos al modo que los engendra la piedra en la laguna. En vano sobre el camino por donde se alarga nuestra sombra, camino de tierra, queremos hallar los significados ocultos. En el rayo de sol se engendra el engaño de la línea recta, y el engaño de las horas. Son los sentidos fuentes de error más que de conocimiento, y de los círculos eternos que abren nuestras acciones, no sabemos más que sabe la piedra cuando cae en el agua y abre sus círculos.

Yo he querido bajo los míticos cielos de la belleza, convertir las normas estéticas en caminos de perfección, para alcanzar la mirada inefable que hace a las almas centros, y mi vida ha venido a cifrarse en un adoctrinamiento por donde acercar la conciencia a la suprema comprensión cíclica que se abre bajo el arco de la muerte. El alma que busca divinizar en sus ojos la visión del mundo busca desvelar el enigma estético de la eterna quietud, borra en sí toda memoria de lo que pasó y todo anhelo por lo que será, aquieta las horas, y con las alas abiertas se cierne sobre el abismo de las supremas intuiciones. Ser centro es hacerse extático y vivir en la hora sagrada del Génesis: Es un eterno nacimiento en el grano infinitamente pequeño de todos los instantes, y contemplación gozosa en el acto teologal y fecundo: Es arrobo dulcísimo de engendrar y ser engendrado, beato esponsal del alma liberada de la carne, con el Logos Espermático.

II

TODA EXPRESIÓN SUPREMA DE BELLEZA ES UN DIVINO CENTRO QUE ENGENDRA INFINITOS CÍRCULOS.

EL amor nace de la entraña cristalina del día. Los ojos que pudiesen aprisionar de una vez en sus cristales a todos los rayos del sol, serían centros como esos divinos corazones clavados de espadas. Ya Máximo de Éfeso en sus disputas con los cristianos, explicaba que la luz es el Verbo. El Empíreo, en aquella teodicea alejandrina un poco candorosa, obscura y llena de símbolos, no era solamente la última de las doce esferas donde moran, entre espíritus angélicos, las almas desencarnadas de los filósofos y de los héroes, era también el centro de la llama inma incorruptible, y el arcano del primer móvil. Todo el gnosticismo enseña que la materia solo se actuó como sujeto de las formas, después de la luz, y que en la luz está la Universalidad. Para aquellos iniciados, como para los neoplatónicos que llevaron a los mitos helénicos la última interpretación sabia, el sol es el Logos. ¡Los infinitos caminos de amor, se abren en la clara entraña del día!

Recuerdo un caso de mi vida en que me sentí lleno de luz y de emoción musical, como si todo hubiese cambiado de repente en la percepción de mis sentidos. Yo estaba en la era llena de sol, y el viejo cachicán me trajo un puñado de trigo, que con grandes encomios del agosto, trasegó en la palma de mi mano, vertiéndolo en ramales por entre los dedos. Me cegó un tumulto de sangre y sentí en su latido la hermandad de mi carne con la tierra. La vía sacra del mundo se abría para mí, y me colmó el alma tan beato amor por aquel puñado de fruto tendido al sol en la palma de mi mano, tan mística intuición, tan gozosa eucaristía, que cada grano se me reveló distinto, con otra promesa de simiente, con otra gracia de color y de forma. Un lóstrego de sangre encendida me había puesto en los ojos la mirada inefable, la visión gnóstica que aún pide a mi ciencia de las palabras expresión distinta por cada grano. Y cuando al caer la tarde abandoné la era, de tornada por el sendero del monte, aún me estremecía aquel conocimiento místico que había tenido sobre una almuerza de trigo, y cavilaba que, logrado igual sobre todas las cosas del mundo, sería amoroso aniquilamiento en el numen solar que pauta el círculo de nuestras vidas. La beata

visión tenía el vértigo de los abismos, mi carne sentía la voz obscura de su hermandad con el barro del mundo, y mi alma vislumbraba presente en todo cuanto existe, aquel instante genesíaco que hizo conceptos sensibles en la clara entraña del día, las Divinas Ideas.

Es enorme y difusa la memoria con que el limo se reconoce y se junta a través de las infinitas metamorfosis. En vano la larva angélica cautiva al mirar, cautiva al conjeturar, siempre cautiva, quiere romper la ley geométrica y fatal que impuso al barro el Demiurgo. La lontananza que abarcan los ojos, esta *regula* de la tierra que pisan los pies. Como a la piedra y al árbol me aprisionan el paraje donde reposo, y el camino por donde peregrino. Alma mía, para estar en todas las cosas como la imagen en el fondo del espejo, que no puede ser separada, ama tu cárcel y todas las cárceles, ama tu enigma y todos los enigmas. Alumbra en ti la triple llama, junta la voz sagrada del barro y la voz genética de la forma, con el gemido de tu conciencia angélica. Interpreta el símbolo trino del mundo con la clave trina de tu humanidad, según enseña la palabra fragante de misterio, guarda en la *Tabla de Esmeralda*. ¡Alma, si quieres sentirte creada y gozar la gracia edénica del primer instante, ama la Idea del Mundo en la Mente Divina y en el Verbo del Sol!

III

TODA LA CIENCIA MÍSTICA, COMO TODA LA CREACIÓN ESTÉTICA, ES AMOR Y LUZ.

EL Universo se rige por una ley de sideral simpatía, la atracción en los astros es el amor en los organismos, y únicamente gira extravagante de esta norma, aquel soberbio que no puede amar, como suspiraba la ardiente Teresa de Cepeda. La conciencia genética está eternizada en el barro del mundo, por el numen de los sexos, y todo se halla sometido al círculo de las vidas y de las muertes, todo menos la creación estética, verbo espiritual que se perpetúa en influencias diversas de ella misma. La creación estética es una larva angélica. Fruto de la luz, como la clara entraña del día puede ser comparada a una matriz cristalina, donde cada mirada penetra con distinto rayo y alumbra un mundo distinto. Toda expresión suprema de arte, se resume en una palpitación cordial

que engendra infinitos círculos, es un centro y lleva consigo la idea de quietud y de eterno devenir, es la beata aspiración. El alma, cuando desnuda de sí, trueca su deseo egoísta en el universal deseo, se hace extática y se hace centro. Entonces el goce de nosotros mismos se aniquila en el goce de las Divinas Ideas. Solo Dios puede estar en las cosas y amarlas con plenitud, mejor que se aman ellas, porque su mente cifra la conciencia del mundo.

El centro es la unidad, y la unidad es la sagrada simiente del Todo. El centro, como unidad, saca de su entraña la tela infinita de la esfera, y sin mudanza y sin modo temporal se desenvuelve en la expresión geométrica inmutable y perfecta, sellada y arcana. La unidad no lleva mudanza a la esencia de los números, no se multiplica, pero guarda la posibilidad del infinito, porque el infinito es una expresión de ella misma.

El infinito y la unidad son modos del quietismo matemático y alegorías del quietismo teologal. En la esfera está la alegoría sensible de la gnóstica Tríada. El Paracleto se simboliza en la sagrada simiente del centro. El Demiurgo en la universalidad de la forma. El Verbo en el enlace de la forma y la esencia. El centro es la razón de la esfera, y la esfera, la forma fecunda que desenvuelve las infinitas posibilidades del centro. La expresión inmutable de la unidad se transforma en la expresión inmutable del Todo. Unidad Potencial es el centro, y la esfera, Unidad Actual. El Verbo es su enlace, la cópula eucarística realizada fuera del Tiempo.

El corazón que pudiese amar todas las cosas sería un Universo. Esta verdad, alcanzada místicamente, hace a los magos, a los santos y a los poetas: Es el oro filosofal del que habla simbólicamente el Gran Alberto: ¡La Piedra del Sabio! Todas las cosas bellas y mortales, cuando revelan su íntimo significado, se aparecen como pantáculos de los números solares. La creación estética es el milagro de la alusión y de la alegoría. Solamente los ojos del iniciado aciertan a mirar una oveja en el rebaño, como el pastor y como el lobo. Solamente el iniciado descubre la eternidad de los Destinos. En vano las imágenes del mundo cambian, trashuman, desaparecen, y en vano se suceden las vidas, el goce de amor es siempre uno para el alma que mora vestida de luz en el castillo hermético, purificada la visión interior hasta gozar de todas las cosas en la Eternidad de su Idea. El milagro del éxtasis engendra el Universo. La unidad, inmutable como la divina substancia fecunda, saca de su entraña la expresión, también inmutable, de lo infinito. Solo el número, llamado siempre a mudanza, es plural.

IV

EL ALMA ESTÉTICA DEVIENE CENTRO CUANDO AMA SIN MUDANZA, Y POR IGUAL, TODAS LAS IMÁGENES DEL MUNDO EN LAS DIVINAS NORMAS.

LA Mente Divina sella todo el conocimiento, toda la voluntad y todo el amor en una sola luz. Su reflejo, que alguna vez llega a los ojos ingenuos, en otro tiempo también se manifestó en los míos. Era gracia de amor por todas las vidas y todas las formas, era gozo de estremecer y morir. Mis ojos, en aquella hora, estuvieron llenos de supremas intuiciones, pero al peregrinar por los caminos del mundo, creyendo conocer cegaron, y la estela del milagro se quebró en ellos como el rayo de sol en el prisma triangular de cristal. Cuando caminé por caminos, cuando navegué por la mar, todo se desligó como las letras sagradas de los exorcismos, por las artes de brujería. Alboreando a mozo, estuve lleno de violencia y desamor. Fui lobo en un monte de ovejas, y el divino reflejo de la Idea Única se abrió en un haz de ideas menores. Después, el resto de la vida, ya fue andar a tientas para volver a juntarlas. El mundo perdió su divina transparencia, las formas de las cosas fueron silos herméticos, y la voz del limo, la voz originaria soturna en ellas, solo me habló con atracción profunda en la forma de la mujer.

Y pasaron áridos los días, caravana de deseos, desierto de sed… Y en medio de un gran dolor han vuelto a cantar en mi oído las alondras del amanecer. Acaso va a cerrarse el círculo de mi vida, y en la noche que acaba se anuncian las estrellas del alba. ¡Maravillosa resurrección! Aun ayer mi alma se dolía como el árbol seco de una cruz sin Cristo. Era en los últimos días de la invernada, una tarde azul ya llena de pájaros: Yo había llegado paseando hasta un campillo verde con oliveras y cipreses, que hace arrodeo a la iglesia de Lugar de Condes. Aromaba el hinojo, aromaba todo el campillo cubierto de flores menudas, llenas de gracia franciscana: —Una cabezuela amarilla entre cuatro hojas inocentes.— Me senté a la puerta de la iglesia. Había gran silencio. Después de las eras encharcadas donde pacía alguna vaca, se rizaba el mar. De tiempo en tiempo doblaba la campana y abría en el aire un círculo sonoro que se dilataba y se

perdía en el azul de la tarde llena de pájaros. Me sentí asistido de una paz devota, con angustia y gozo, como acontece en los momentos de máxima emoción, cuando la aridez interior se torna duelo de nosotros mismos. Era un estado ascético que yo conocía de otras veces: En él tengo entrevisto todas mis verdades, y en aquella hora aprendí que no hay más acendrada ventura que llorar las propias tribulaciones, como si fuesen ajenas. Yo las lloré en tal hora, no por mías, sino por el conocimiento que mi conciencia entrañaba de aquellas agonías de vida. Era el alma, libertada de los vínculos carnales, la que amaba y lloraba mirándolas desprendidas de su momento, como larvas del humano dolor, eterno sobre los caminos del mundo. Se me representó todo el pasado en un violento girar de torbellino, y mi atención estaba como el grano de arena, suspensa y quieta en el vórtice. Volvían las horas, se materializaban en círculos poblados de espectros, y unos círculos salían de otros. De pronto, al rasgarse el sésamo de los recuerdos infantiles, apareció aquel campillo verde con los pájaros revolando en torno de la iglesia, y las flores inocentes de la manzanilla. Me conmovió un gran sollozo, un eco a través de toda mi vida, un eco que se aleja, que se pierde, que no vuelve más…

Y en aquel momento, como si mirase hacia el mar, volví a extasiarme, llenos los ojos de inocencia, y el corazón imantado hacia todas las cosas. Las más espurias estaban en mí con unidad de amor, allegadas por veredas iguales, que se abrían en círculo como los rayos de una lámpara. Eran de amor todos mis caminos, y todos se juntaban en la luz del alma que se hacía extática. La espina de la zarza y la ponzoña de la sierpe me decían un secreto de armonía, igual que la niña, la rosa y la estrella. Yo gozaba la belleza del mundo penetrado de un sentimiento genesíaco, me sentía nacido de la tierra como las flores del campillo verde. Hablaba en mí la voz melliza de todos los limos, himen de todas las formas, memoria sagrada que pauta el conocer de los sentidos y los llena de bíblicas intuiciones. ¡El alma, amaba su cárcel de tierra porque era un don recibido del Señor!

V

LA BELLEZA ES AQUELLA RAZÓN INEFABLE QUE POR LA LUZ DESCUBRIMOS EN LAS COSAS PARA SER AMADAS, Y PARA CREAR, PORQUE AMOR ES LA ETERNA VOLUNTAD DEL MUNDO.

EL arco del círculo basta para deducir el centro, y deducido el centro el círculo está cerrado: Tal es el fundamento de la Astrología como la enseñaba el viejo Albertus Theutorius. Y es gran verdad que los ayeres guardan el secreto de los mañanas. Si volvemos los ojos a lo que pasó, sabremos de lo venidero, pero no será sin evocar toda nuestra vida y desandar los caminos llorando sobre ellos, porque solo en este dolor y en este arrepentimiento se despierta la conciencia y alumbra la luz del más allá… El dolor del pecado agranda el ámbito de nuestra ciudad interior, y lo llena de resonancias infinitas. Desde que nacemos hasta que perecemos, en toda la largura del camino, la voz del misterio y el terror de la muerte hablan en nosotros. El terror de la muerte es el nudo de horca con que el pecado nos sujeta en este tránsito. Tememos el misterio porque el misterio no es de nuestra naturaleza mortal, y las almas en la cárcel de los sentidos, tiemblan bajo la mirada de los fantasmas, como el agua de las albercas bajo las estrellas lejanas…

Todo nuestro saber temporal es una yuxtaposición de instantes, una línea recta, un rayo de sol. Sin embargo, este momento tan efímero volveremos a vivirlo en la remota eternidad, y lo que ahora es como el punto que vuela, será un círculo inmutable. Por la eternidad del pecado somos creadores de un mundo que la conciencia mortal no puede abarcar, pero que la muerte nos revelará, pues ninguna cosa existe sin ojo que la vea y pensamiento que la juzgue. En un día sin término, con sed de aniquilamiento mayor que fue la sed de vida en el ciclo de barro, contemplaremos este mundo soturno creado en las horas carnales, y todas nuestras acciones las veremos inmóviles en sus últimas consecuencias. El conocer contemplativo, fundamento de toda la doctrina mística, es una vislumbre de este conocer. El alma cuando se hace extática queda del todo privada, en una fatalidad indiferente para el bien como para el mal, escribe el iluminado de las *Instituciones Místicas*: Taulero.

A través de los espacios siderales reconoceremos nuestras acciones mundanas, y las abarcaremos en su responsabilidad eterna, con dolor desconsolado. Los momentos de nuestra vida mortal, son menguadas intuiciones de los círculos donde el ánima en pena se hace centro, para recoger en un acto sumo de conciencia el fruto acedo de sus horas. En esta comprensión astrológica, los pensamientos y los deseos más fugaces son larvas eternas de amor o de dolor. Al pasar bajo el arco de la muerte todas las almas aromarán como rosas, todas sentirán el mismo anhelo celeste, pero en unas el tránsito será gozoso, y en otras

atribulado, porque cautivas en los círculos creados por ellas mismas, verán con distintos velos la Divina Faz. Solamente nuestras obras pueden abrirnos la puerta hermética del huerto embalsamado, donde mora la sombra blanca que santificó el mundo con su palabra de vida, de verdad y de luz. Divino Maestro, tu resplandor está en nosotros, y en cada una de nuestras acciones podríamos ver tu semblante santo, si las conformásemos a tu ley. Amor que damos es amor que alcanzamos, amor engendra amor, pero aquellos que fuimos sembradores de odios solamente tendremos cosecha de hieles, al romperse los lazos de la carne, cuando se haga en lo arcano del alma la conciencia máxima de todas nuestras horas mortales. Cada vida es un instante, el instante infinitamente pequeño que vuela infinitamente, y crea el círculo eterno, que los sentidos no conocen jamás. Y esta intuición hizo decir a los antiguos astrólogos, que la muerte desvela el enigma de lo que ya fue.

VI

AL PASAR BAJO EL ARCO DE LA ETERNIDAD, EN LA SUPREMA COMPRENSIÓN DE NUESTRA VIDA MORTAL, ESTÁ EL PREMIO Y ESTÁ EL CASTIGO.

PEREGRINO del mundo, edifica tu ciudad espiritual sobre la Piedra del Sabio. Hermano, pálido adolescente lleno de inquietud y de dudas, haz alto en el camino, aprende a ser centro y alma solitaria sobre el monte. Como los antiguos alquimistas buscaban el oro simbólico, sello de toda sabiduría, en el imán solar, busca tú la gracia de amor que no tienes, y acaso un día podrás ver sobre el camino de la tarde, la blanca sombra, encarnación humana del Verbo de Luz. Infunde en tu alma el goce de lo bello, crea belleza, vive en belleza, y al contemplar tu pasado desde la ribera remota, contemplarás amor. No olvides que la última y suprema razón que todas las cosas atesoran para ser amadas es ser bellas. Todas son nacidas del influjo solar, y por la luz aprendidas. El limo se hace sagrado en la clara entraña del día al encarnar las celestes normas, y en el barro del hombre se redime la tierra de su obscuro pecado. La Humanidad es el fruto elegido en el connubio de tierra y sol. Cristo Jesús hace divina la negra carne del mundo, y su divinidad transciende a la eterna substancia de las cosas,

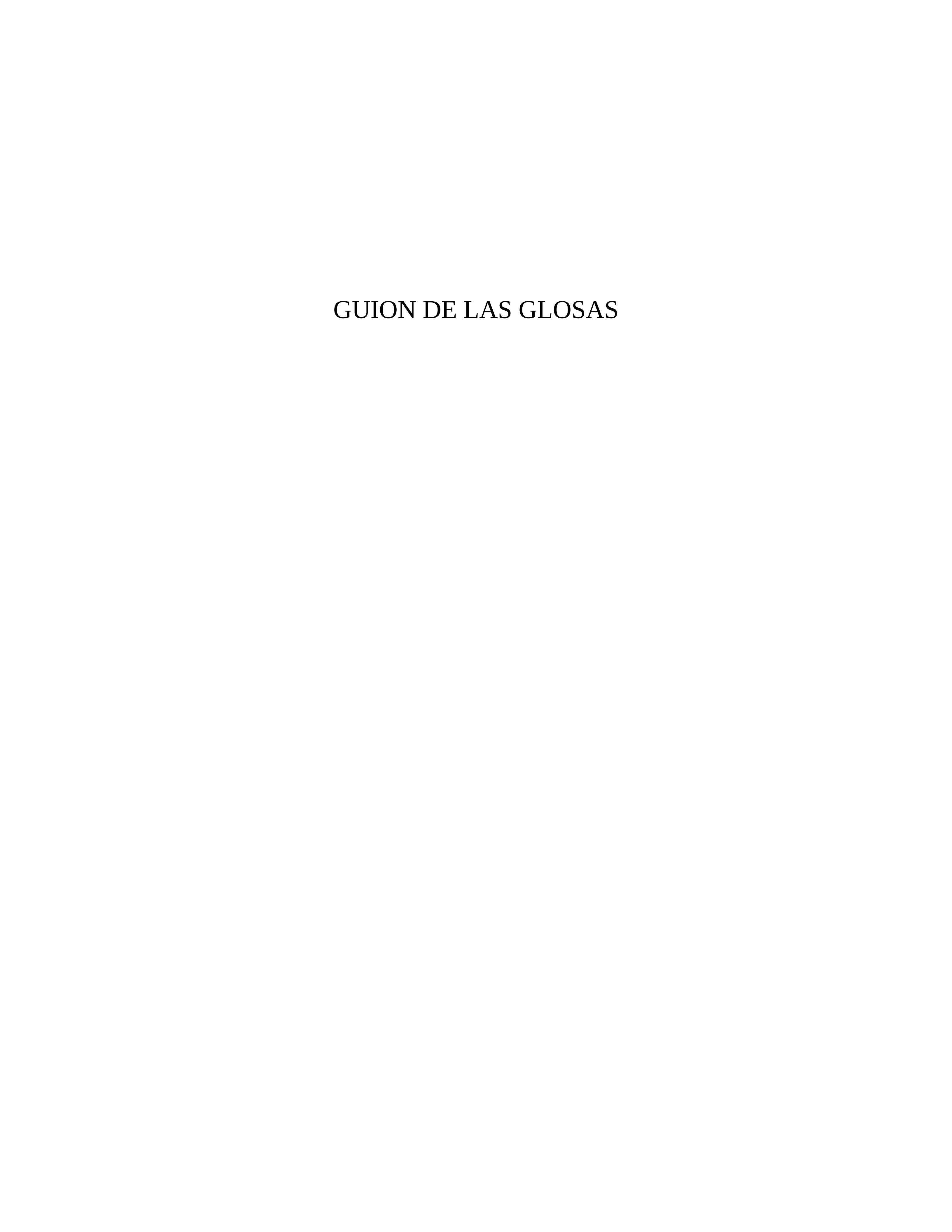
en el pan y en el vino de la Cena.

Aquellos que buscan la iniciación gnóstica se consumen en un anhelo por ser centros encendidos de amor, y caminan sobre la blanca estela del Ungido. Son las almas que reciben la luz de la gracia, pero hay otras menos felices y fortalecidas donde esta luz se quiebra, almas para quienes la intuición mística viene a ser como una estrella de argentinos caminos: Por el de la belleza peregrinan las vidas estéticas. Cada atributo teologal es un sendero con diferente resplandor, y todos conducen al regazo del Padre. En la gran noche del pecado, cuando los malos espíritus volaban sin tregua en torno de los hombres, el sendero de la belleza ya partía como un zodíaco divino, la bóveda obscura y sin luceros. Es el primer camino que se abrió en las conciencias, es anterior a toda razón ética, porque desde el nacer los ojos de las criaturas fueron divinizados en la luz, y el logos generador fue Numen.

Las almas estéticas hacen su camino de perfección por el amor de todo lo creado, limpias de egoísmo alcanzan un reflejo de la mística luz, y como fuerzas elementales, imbuidas de una obscura conciencia cósmica, presienten en su ritmo, el ritmo del mundo. Adustas acaso para el amor humano, se redimen por el amor universal, y cada una es un pantáculo que sella la maravillosa diversidad del Todo. Aún se acuerdan del día genesíaco cuando salieron del limo, y sienten el impulso fraterno que enlaza las formas y las vidas en los números del sol. La luz es el verbo de toda belleza. Luz es amor.

VII

Peregrino sin destino, hermano, ama todas las cosas en la luz del día, y convertirás la negra carne del mundo en el áureo símbolo de la Piedra del Sabio.


GUION DE LAS GLOSAS

EL ANILLO DE GIGES

I

Sé como el ruiseñor, que no mira a la tierra desde la rama verde donde canta.

II

El poeta solamente tiene algo suyo que revelar a los otros, cuando la palabra es impotente para la expresión de sus sensaciones: Tal aridez es el comienzo del estado de gracia.

III

El éxtasis es el goce de ser cautivo en el círculo de una emoción tan pura, que aspira a ser eterna. ¡Ningún goce y ningún terror comparable a este de sentir el alma desprendida!

IV

La belleza es la intuición de la unidad, y sus caminos, los místicos caminos de Dios.

V

Cuando se rompen las normas del tiempo, el instante más pequeño se rasga como un vientre preñado de eternidad. El éxtasis es el goce de sentirse engendrado en el infinito de ese instante.

VI

Dios es la eterna quietud, y la belleza suprema está en Dios. Satán es el estéril que borra eternamente sus huellas sobre el camino del tiempo.

VII

Cuando mires tu imagen en el espejo mágico, evoca tu sombra de niño. Quien sabe del pasado, sabe del porvenir. Si tiendes el arco, cerrarás el círculo que en ciencia astrológica se llama el anillo de Giges.

EL MILAGRO MUSICAL

I

Cada día de Dios hemos de abrir en nuestra alma una sima de emociones y de intuiciones, adonde jamás haya llegado la voz humana, ni en sus ecos.

II

El verbo de los poetas como el de los santos, no requiere descifrarse por gramática para mover las almas. Su esencia es el milagro musical.

III

Solamente cuando nos perdemos por los musicales senderos de la selva panida, podemos oír los pasos y evocar la sombra del desconocido que va con nosotros.

IV

El idioma de un pueblo es la lámpara de su karma. Toda palabra encierra un oculto poder cabalístico: Es grimorio y pantáculo.

V

En la ética futura se guardan las normas de la futura estética. Tres lámparas alumbran el camino: Temperamento, sentimiento, conocimiento.

VI

La belleza es la posibilidad que tienen todas las cosas para crear y ser amadas.

VII

Toda forma suprema de amor, es una matriz cristalina y eterna. Ser bello es hacerse centro de amor, y morar otra vez en el himen divino.

VIII

La suprema belleza de las palabras, solo se revela, perdido el significado con que nacen, en el goce de su esencia musical, cuando la voz humana por la virtud del tono, vuelve a infundirles toda su ideología.

IX

El Padre Homero pudo llamar a sus versos con un nombre de flor: Heliotropos.

X

Águilas y topos son las bestias que simbolizan los modos del humano conocer. Águilas de ojos soberanos, y topos auditores. Del divino laurel del día, nace la rosa del milagro musical.

EXÉGESIS TRINA

I

Amor es un círculo estético y teologal, y el Arte una disciplina para transmigrar en la esencia de las cosas y por sus caminos buscar a Dios.

II

Alma en cárcel, si quieres amar sé taumaturga, obra la maravilla de transmigrar por el dolor en la conciencia ajena. Amor con dolor es el primer tránsito de la iniciación estética, y el enigma de la fatalidad en la tragedia antigua.

III

Gozo y amor en la gracia de todas las vidas, es el segundo tránsito para entender la belleza del mundo.

IV

Alma, permanece en tu cimiento olvidada del discurso y fuera de los círculos mortales. Ama por igual todas las cosas y ninguna en sí. El último y más levantado tránsito de la intuición estética es el amor con aniquilamiento, renuncia y quietud.

V

En la ciencia hermética de los magos, el centro, en cuanto unidad, y la esfera, en cuanto infinito, son símbolos del Padre y del Espíritu.

VI

La primera rosa estética florece del concepto teológico del Logos Espermático: Se abre en el cielo del Padre Creador y sella con el enigma del futuro, la eterna voluntad del mundo.

VII

La rosa clásica de maravillosa geometría, enlace del momento que pasa y el que se anuncia, sella el enigma del presente y se abre en el cielo, todo amor, del Verbo.

VIII

La tercera rosa estética, unidad de conciencia, sella el enigma del pasado, y se abre en el cielo estático del Paracleto.

IX

A los tres centros divinos están vinculados los tres círculos del Tiempo, y al Tiempo los tres enigmas del Mal. La Carne peca contra el Padre. El Demonio peca contra el Verbo. El Mundo peca contra la comprensión extática que resplandece en el Paracleto.

EL QUIETISMO ESTÉTICO

I

Todas las cosas se mueven por estar quietas, y el vértigo del torbellino es el último tránsito para su quietud. Atracción es amor, y amor es gracia extática.

II

En las creaciones del Arte, las imágenes del mundo son adecuaciones al recuerdo donde se nos representan fuera del Tiempo, en una visión inmutable.

III

Solo buscando la suprema inmovilidad de las cosas puede leerse en ellas el enigma bello de su eternidad.

IV

Para el ojo que se abre en el gnóstico triángulo, todas las flechas que dispara el Sagitario están quietas.

V

Cuando nuestra intuición del mundo se despoja de la vana solicitación de la hora, se obra el milagro de la Eterna Belleza.

VI

Para que el recuerdo se haga quietud y visión interior, olvidemos los caminos por donde nos llega, como cuando la nave llega al puerto olvida el oficio de la vela y del remo, que amaba decir Miguel de Molinos.

VII

Peregrino del mundo, si miras con todos los ojos amarás con todos los corazones, y tu intuición será un círculo.

VIII

Aprendamos a descubrir en cada forma y en cada vida aquel estigma sagrado que las define y las contiene.

IX

El quietismo estético es la significación más expresiva de las cosas, en un nuevo entrever.

X

Solo el alma que aprende a desencarnarse puede desvelar el enigma del quietismo estético.

LA PIEDRA DEL SABIO

I

Mirar atrás con el dolor de haber vivido, es pasar bajo el arco de la muerte.

II

Toda expresión suprema de belleza es un divino centro que engendra infinitos círculos.

III

Toda la ciencia mística, como toda la creación estética, es amor y luz.

IV

El alma estética deviene centro cuando ama sin mudanza, y por igual, todas las imágenes del mundo en las divinas normas.

V

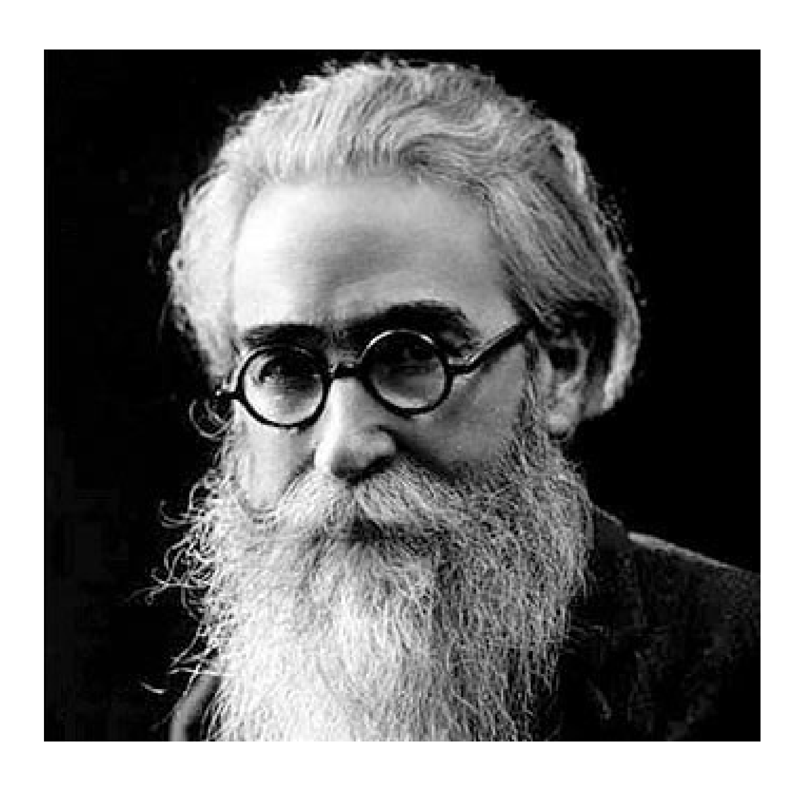
La belleza es aquella razón inefable que por la luz descubrimos en las cosas para ser amadas, y para crear, porque amor es la eterna voluntad del mundo.

VI

Al pasar bajo el arco de la eternidad, en la suprema comprensión de nuestra vida mortal, está el premio y está el castigo.

VII

Peregrino sin destino, hermano, ama todas las cosas en la luz del día, y convertirás la negra carne del mundo en el áureo símbolo de la Piedra del Sabio.



Éste que veis aquí, de rostro español y quevedesco, de negra guedeja y luenga barba, soy yo: don Ramón del Valle-Inclán.

Estuvo el comienzo de mi vida lleno de riesgos y azares. Fui hermano converso en un monasterio de cartujos y soldado en tierras de Nueva España. Una vida como la de aquellos segundones hidalgos que se engancharon en los tercios de Italia por buscar lances de amor, de espada y de fortuna (…)

Hoy marchitas ya las juveniles flores y moribundos todos los entusiasmos, divierto penas y desengaños comentando las memorias amables, que empezó a escribir en la emigración mi noble tío el marqués de Bradomín (…) Todos los años, el día de difuntos, mando decir misas por el alma de aquel gran señor, que era feo, católico y sentimental. Cabalmente yo también lo soy y esta semejanza todavía le hace más caro a mi corazón (…)

Así se presentaba Valle-Inclán en 1903 en las páginas de la revista *Alma Española*. Así comenzaba también a crearse la leyenda que ha ido velando hasta desfigurar, casi borrar, la auténtica personalidad del escritor, que con lucidez afirmaba: *Llevo sobre mi rostro cien máscaras de ficción (…) Acaso mi verdadero gesto no se ha revelado todavía. Acaso no pueda revelarse nunca bajo tantos velos acumulados día a día y tejidos por todas mis horas* (*La Lámpara*

Maravillosa, OC., III).

Notas

[1] Está edición de las *Obras completas* de Ramón del Valle-Inclán, financiada por la Fundación José Antonio de Castro, se inscribe en el marco del Proyecto de Investigación: «La obra y el legado manuscrito de Valle-Inclán estudios y ediciones» (MEC FFI2015-70845-R; asimismo en el Programa del Plan Galego de IDT de la Xunta de Galicia: PC2014/039). <<